



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

La izquierda argentina frente a la cuestión agraria en las décadas de 1960 y 1970

Autor:

Lisandrello, Guido

Tutor:

**Sartelli, Héctor Eduardo
Sanz Cerbino, Gonzalo**

2018

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título de Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Tesis de Doctorado en Historia

***La izquierda argentina frente a la cuestión agraria
durante las décadas de 1960 y 1970***

**Partido Comunista de la Argentina, Montoneros,
Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército
Guerrillero del Pueblo, Partido Comunista
Revolucionario, Vanguardia Comunista, Partido
Socialista de los Trabajadores, Política Obrera y
Organización Comunista Poder Obrero**

Parte I/II

Autor: Lic. Guido Axel Lissandrello
DNI: 33.626.995

Director: Dr. Héctor Eduardo Sartelli
Co-Director: Dr. Gonzalo Sebastián Sanz Cerbino

2018

*A Dara,
por todo.
Una vez más.*

Agradecimientos

Como toda investigación, esta tesis no es fruto únicamente de quien la escribe. Corresponde, entonces, iniciarla con un acto de justicia, nombrando a quienes de una u otra manera han prestado su colaboración, sin la cual hoy esto no hubiese sido posible. En primer lugar, mis compañeros de Razón y Revolución con quienes comparto esta imprescindible tarea de construir conocimiento científico para la acción. Esta tesis le debe mucho a las ideas y discusiones que allí se desarrollan colectivamente. Quisiera, sin embargo, destacar a algunos en particular. A Eduardo, porque fue quien puso en marcha esta máquina de producción intelectual, dotándola de una serie de ideas generales, un programa de investigación y un método de trabajo. Todo eso se plasmó en su dirección de esta tesis. A Gonzalo, que asumió la tarea de ser mi codirector, despejando dudas, aconsejando y corrigiendo errores. Mis compañeros del Grupo de Investigación de la Izquierda Argentina del CEICS, Ana y Emiliano, han hecho su aporte digitalizando fuentes y discutiendo las ideas que aquí se desarrollan. No quisiera dejar de mencionar a dos compañeros que no intervinieron directamente, pero que son muy valiosos para mí: a Fabián, por la formación, la disciplina y el rigor; y a Romina, por la confianza y el apoyo desde siempre.

En el terreno intelectual, no puedo dejar de mencionar a Juan Carlos Marín, quien humilde y desinteresadamente aceptó ser mi director de proyecto doctoral en CONICET, lo que me permitió obtener la beca que posibilitó la realización de esta tesis. También va mi agradecimiento a Gustavo Guevara, que de idéntica forma ocupó ese lugar cuando “Lito” falleció.

En el terreno de los afectos personales, sin los cuales tampoco esta tesis hubiese sido posible, quiero destacar el apoyo incondicional de Dara, con quien compartimos la vida hace más de una década. En el tiempo que duró esta investigación, tuvo que soportar malhumores, mayores obsesiones, silencios e innumerables ausencias. Pero si todo eso rindió frutos, es porque ella estaba ahí. También le debo que algunos hechos tristes del último tiempo no hayan hecho de la pena, desamparo. Dentro de los incondicionales también debo mencionar a mi mamá, que me enseñó a ser crítico y a desconfiar, actitudes sin las cuales no se puede hacer ciencia. Y a mi papá, que me enseñó a ser buena persona, actitud sin la cual no se puede aspirar a transformar nada. Sé que, si hoy estuviera acá, contaría orgulloso que uno de sus hijos escribió una tesis sobre “algo de los setenta”. Agradezco también a mis hermanos, Emiliano y Valentina, por todo lo que

vivimos juntos; lo bueno, que es mucho, y también lo malo, que no es tanto. A mis amigos, que no hace falta nombrar, y a la familia “ampliada”: Adriana, Mónica y Alejo.

Índice

Introducción.....	11
I. Objetivos, hipótesis y estructura.....	11
II. Estado de la cuestión	20
a. Las causas de la derrota	20
b. La izquierda y la cuestión agraria	34
III. Marco teórico.....	56
a. El proceso revolucionario en los ‘70	56
b. La cuestión agraria.....	64
Renta agraria	66
Clases sociales.....	69
Tendencias del capital en el agro	77
Capítulo I El escenario	80
I. La visión tradicional	81
II. Expansión y transformaciones en los ‘60 y ‘70.....	86
a. La crisis.....	86
b. La expansión	88
c. Las transformaciones estructurales	94
d. Las producciones regionales	96
e. La emergencia de las Ligas Agrarias	99
Capítulo II La burguesía frente al problema agrario: intelectuales, partidos y corporaciones.....	104
I. La corriente agrarista.....	107
a. Intelectuales	109
b. Partidos	117
c. Corporaciones	121
II. La corriente liberal.....	127

a.	Intelectuales	129
b.	Partidos políticos.....	138
c.	Corporaciones	142
III.	La política agraria del tercer peronismo	154
Capítulo III El estalinismo: el Partido Comunista de la Argentina		164
I.	El lugar de la cuestión agraria en el programa	169
II.	La producción teórica del partido y la cuestión agraria.....	184
a.	Medios y cuadros	185
b.	Formación histórica del agro argentino	190
c.	Oligarquía, latifundio y renta agraria.....	194
d.	Imperialismo, monopolios y capital extranjero	202
e.	Clase Obrera y Campesinado.....	208
	Clase Obrera.....	209
	Campesinos	213
f.	Alianza obrero-campesina y reforma agraria.....	221
g.	Crisis del agro	239
	La producción vitivinícola mendocina	243
	La producción agropecuaria cordobesa.....	246
	La producción tabacalera jujeña.....	247
	La producción azucarera tucumana	249
	La producción frutihortícola del Alto Valle del Río Negro	250
h.	Transformaciones recientes del agro	252
III.	Intervención en el agro	260
a.	Estructura de trabajo	260
b.	Movimiento obrero rural.....	270
c.	Movimiento campesino: Corporaciones, Ligas y Cooperativas	275
	Federación Agraria Argentina y Campo Unido	280
	Ligas Agrarias	283
	Cooperativas.....	285
d.	Mujeres y jóvenes	286

e. Tercer peronismo y legislación agraria.....	289
Capítulo IV El peronismo de izquierda: Montoneros.....	301
I. Antecedentes programáticos.....	307
II. El programa montonero y el lugar del problema agrario.....	310
III. La intervención	318
a. El análisis de la ganadería y del azúcar	319
b. Ligas Agrarias.....	322
c. Poblaciones indígenas.....	324
d. Proletariado rural	326
e. Políticas agrarias del peronismo	328
Capítulo V El guevarismo: Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo	335
I. El FRIP: La preeminencia del proletariado rural.....	341
II. El Partido Revolucionario de los Trabajadores	352
a. La estructura agraria: el caso del norte argentino	352
b. La persistencia del proletariado rural.....	355
La alianza FOTIA-UCIT.....	362
Otros sectores del proletariado rural	365
c. La Reforma Agraria y la colonización.....	368
III. Del PRT al PRT-ERP	371
IV. La estructura agraria de la Argentina.....	380
a. El campo santiagueño	383
b. La industria de la carne.....	384
c. La industria azucarera	386
V. La intervención del PRT-ERP	388
a. Las Ligas Agrarias	389
b. El proletariado rural	395
c. La política agraria del tercer peronismo	397

Capítulo VI El maoísmo: Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Comunista	403
I. Vanguardia Comunista	404
a. El análisis de la estructura agraria	411
La estructura agraria argentina: latifundio precapitalista y estancamiento productivo .	412
Las clases sociales: terratenientes, campesinos y proletarios.....	423
El camino de la reforma agraria	428
b. La influencia del maoísmo.....	431
La prehistoria (1964).....	432
Los inicios (1965-1968)	445
La primera rectificación (1968-1969)	446
La segunda rectificación (1969 y después)	453
c. La intervención en la lucha de clases del agro.....	460
Ligas agrarias y movimientos de productores agropecuarios.....	462
Proletariado rural.....	472
La política agraria del tercer peronismo	473
II. El Partido Comunista Revolucionario	477
a. El agro argentino.....	484
Entre el latifundio y la prusianización.....	484
Clases sociales y producción agraria.....	496
Una voz curiosamente ignorada	506
b. La adopción del maoísmo	511
Las tareas y los sujetos de la transformación agraria antes del maoísmo.....	511
Los cambios tras el acercamiento y la adopción del maoísmo.....	514
c. La organización del “campesinado” y el proletariado y sus luchas.....	525
El trabajo en el proletariado rural.....	527
El trabajo en el movimiento liguista y entre los productores rurales	540
Entre el proletariado rural y el campesinado. Un balance.....	564
El PCR frente a la política agraria peronista y la ofensiva golpista de la burguesía	570
Capítulo VII El trotskismo: Partido Socialista de los Trabajadores y Política Obrera.	587
I. Milcíades Peña.....	588
II. El Partido Socialista de los Trabajadores (PST).....	602
a. La estructura agraria argentina en los ‘40 y ‘50	607

b.	El impacto de la Revolución Cubana: el campesinado.....	617
c.	Definiciones e intervención en los '70.....	626
	El análisis de la estructura agraria en los años '70.....	626
	Intervención en los '70.....	633
III.	Política Obrera.....	651
a.	El lugar de la cuestión agraria en el programa.....	657
	El programa de transición para la Argentina.....	657
	El análisis del agro y su estructura de clases.....	660
	Las bases teóricas y empíricas.....	668
b.	La intervención.....	669
	El conflicto de la carne y el azúcar.....	670
	Ligas Agrarias.....	674
	La política agraria del tercer peronismo.....	675
Capítulo VIII Las tesis de Viñas y la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO)		
	681
I.	Las tesis de Viñas.....	681
a.	Un camino de redefiniciones.....	685
b.	Una elaboración acabada sobre el agro argentino.....	698
	Un agro capitalista.....	701
	Tecnificación.....	705
	Clases sociales.....	707
	Tenencia de la tierra.....	710
II.	El Obrero y la Organización Comunista Poder Obrero.....	714
a.	El programa socialista y la reforma agraria.....	719
b.	Una aproximación a la intervención en los '70.....	726
Conclusiones.....		733
Bibliografía y fuentes.....		740
I.	Bibliografía.....	740
a.	Bibliografía general.....	740
b.	Bibliografía sobre cuestión agraria.....	743
c.	Bibliografía sobre cuestión agraria argentina.....	743

d.	Bibliografía sobre izquierda argentina.....	749
e.	Bibliografía sobre izquierda argentina y cuestión agraria	757
II.	Fuentes.....	759
a.	Documentos partidarios y textos programáticos.....	759
	Partido Comunista de la Argentina (PC).....	760
	Montoneros	765
	Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP) / Partido Revolucionario de los Trabajadores - El Combatiente (PRT-EC) / Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)	766
	Partido Comunista Revolucionario (PCR) / Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (PC-CNRR).....	766
	Vanguardia Comunista.....	769
	Grupo Obrero Marxista (GOM) / Partido Obrero Revolucionario (POR) / Palabra Obrera / Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad (PRT-LV) / Partido Socialista de los Trabajadores (PST)	771
	Política Obrera.....	772
	El Obrero / Organización Comunista Poder Obrero.....	773
	Varios	773
b.	Publicaciones periódicas.....	775
c.	Otras fuentes	775
d.	Archivos consultados	777

Introducción

“La concepción materialista de la historia también tiene ahora muchos amigos de éstos, para los cuales no es más que un pretexto para no estudiar la historia. Marx había dicho a fines de la década del ‘70, refiriéndose a los ‘marxistas’ franceses, que ‘tout ce que je sais, c’est que je ne suis pas marxiste’ [Lo único que sé es que no soy marxista]”

(Friedrich Engels, *Carta a Konrad Schmidt*, 5 de agosto de 1890)

I. Objetivos, hipótesis y estructura

En los años '70 en la Argentina circulaba una anécdota, probablemente ficticia y de evidente contenido humorístico, que constituye un buen puntapié para plantear el problema que abordamos en esta tesis. Con variantes propias de la circulación oral, lo central de la anécdota puede sintetizarse del siguiente modo. Un buen día dos militantes de una organización de izquierda reciben una cita de su responsable en la que, le han adelantado, van a recibir una tarea militante de gran responsabilidad. Reunidos en un bar, tras haber tomado los recaudos de seguridad del caso, reciben la noticia: su partido entabló contacto con el Partido Comunista de Indochina y gestionó el viaje de una delegación para volver más fluidos los lazos. Los dos militantes citados son los encargados de viajar a Vietnam del Norte. Su responsable les encomienda aprovechar la experiencia de sus pares vietnamitas, revolucionarios que triunfaron en su revolución, y les ordena volver con un informe que le sirva al partido argentino para su revolución.

Ya en tierra vietnamita, los dos argentinos prestan detalle a cada aspecto del país, apuntan con celo lo que van escuchando en las charlas y reuniones de las que participan y el último día son recibidos por un alto mando del Partido. Con él realizan un recorrido por la capital y conocen las grandes transformaciones que logró la revolución. Uno de los comunistas argentinos hace la pregunta que viene guardándose desde el primer día: “¿Cómo hicieron para ganar?”. El vietnamita le contesta: “Conociendo a fondo la historia de nuestro pueblo”. Entusiasmados, y ya de regreso en Buenos Aires, los dos comunistas recorren las librerías porteñas de Corrientes y compran todos los libros que encuentra sobre la historia de Vietnam...

El valor de esta anécdota no está en su improbable veracidad, sino en el sentido humorístico que denuncia la existencia de cierta verdad en su formulación. En efecto, la

preocupación sobre el carácter de la revolución en la Argentina se actualizó de manera notable en los comienzos de la década del '70, cuando las movilizaciones callejeras de masas (los llamados “azos”) hicieron evidente la activación de fracciones de la clase obrera que comenzaban a poner en cuestión, consciente o inconscientemente, el ordenamiento vigente de la sociedad. La respuesta a la pregunta por la forma en que los revolucionarios debían llegar al poder se construyó a partir de diferentes elementos. Sin embargo, existió uno que ocupó un lugar destacado: la apelación a procesos históricos de ese tipo que habían culminado en lo que se juzgaba era un éxito. La cercana y “latinoamericana” Revolución Cubana, la “campesina” y “rural” Revolución China, o la más lejana Revolución Rusa, solo por nombrar las más importantes. Todas experiencias que cristalizaron en un cúmulo de conocimientos teóricos y prácticos que dieron pie a la constitución de verdaderas tradiciones: el leninismo, el trotskismo, el maoísmo, el guevarismo, el estalinismo. En ese gran acervo de conocimiento acumulado y solidificado -porque correspondía a aquello que había funcionado en un determinado tiempo y espacio- gran parte de los partidos políticos de izquierda creyeron encontrar la solución a sus propios problemas. Justamente eso es lo que ilustra la anécdota: el intento de encontrar, en otras experiencias, la respuesta a la propia. Nuestra tesis intenta recomponer el lugar que esas corrientes ocuparon en la reflexión de los partidos locales y en qué medida esta se combinó, potenció u obturó el conocimiento empírico de la propia realidad nacional que buscaban transformar.

Nuestra investigación se inscribe dentro de la disciplina histórica, tanto por el tema y objeto de estudio, como por la metodología empleada. En un sentido amplio, buscamos aportar conocimiento respecto de una etapa de la historia argentina signada por las grandes movilizaciones, los enfrentamientos sociales y una gran conflictividad política: las décadas de 1960 y 1970. Lo hacemos a partir del estudio de una parte de las organizaciones políticas que se reivindicaron de izquierda y que pretendían llevar adelante transformaciones sociales profundas, abordando así uno de los actores centrales que cobró protagonismo en aquella época. Recurrimos, para ello, al análisis de fuentes históricas a los efectos de reconstruir las ideas y la práctica concreta de cada una de ellas.

Nuestra tesis se enmarca en el campo de estudio de la historia de los partidos políticos, a partir del examen de las organizaciones políticas de izquierda que formaron parte de la

fuerza social¹ que amenazó la continuidad del capitalismo en Argentina durante el proceso revolucionario de 1969 a 1976. Nos guía la búsqueda de respuestas a un interrogante -las causas del naufragio de los proyectos de transformación social de la izquierda- que, como veremos, ha intentado resolverse desde diferentes perspectivas, con diferentes metodologías, pero que aún se mantiene abierto. Creemos que un ángulo novedoso e inexplorado, que permitiría complejizar el conocimiento disponible y el conjunto de elementos que contribuyen a responder ese interrogante, es el del análisis de los programas políticos. Todos los partidos políticos persiguen un objetivo que, a su vez, es el resultado del diagnóstico que realizan de la sociedad que pretenden transformar. Eso es el programa. Un balance sobre el desarrollo alcanzado por una estructura económico-social y la forma en que puede superarse. Como veremos a lo largo de esta tesis, la izquierda argentina ensayó las más variadas opciones programáticas. Desde quienes juzgaban un desarrollo capitalista insuficiente con supervivencias feudales o precapitalistas, y por tanto quedaba por cumplirse una revolución burguesa, hasta quienes juzgaban plenamente desarrollado el capitalismo en la Argentina y, en consecuencia, su horizonte era ya el socialismo.

Los programas comprenden múltiples elementos. Implican una determinada lectura de la historia nacional, el examen del grado de desarrollo de las fuerzas productivas, un diagnóstico sobre las clases sociales existentes, una caracterización sobre los principales movimientos políticos de la coyuntura nacional, la respuesta al interrogante sobre existencia de un Estado nacional completo o su subordinación a una potencia extranjera, y un largo etcétera.

Nuestro objetivo es examinar los programas de un amplio abanico de observables: el Partido Comunista de la Argentina, el Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo, Montoneros, el Partido Comunista Revolucionario, Vanguardia Comunista, Política Obrera, el Partido Socialista de los Trabajadores y la Organización Comunista Poder Obrero. De este modo, nuestro trabajo comprende a la totalidad de los programas que tuvieron cierto desarrollo en los '70 en la Argentina: el estalinismo, el maoísmo, el trotskismo, el guevarismo, el peronismo de izquierda y un autodenominado Socialismo Revolucionario. La cantidad de observables, que nos

¹Como desarrollaremos en el apartado teórico, cuando hablamos de fuerza social nos referimos a una alianza entre fracciones de clases sociales, que confluyen en la acción. La fuerza social revolucionaria es la alianza que reúne a capas y fracciones minoritarias de la pequeña burguesía y el proletariado, que se constituye hacia 1969 para comenzar a terciar en la disputa política, y que engloba a distintos partidos y tendencias políticas que disputan internamente la hegemonía y dirección de esta alianza.

permite realizar un análisis que atraviesa al conjunto de la izquierda, nos obliga a hacer un recorte respecto a los elementos programáticos a abordar, tomando un aspecto de ellos suficientemente acotado que nos permita estudiar el conjunto de nuestros observables en profundidad.

Por ello, nuestro objetivo es estudiar el tratamiento que la cuestión agraria recibió en los programas de los partidos y reconstruir su accionar político en el campo, atendiendo tanto a su intervención en los sectores identificados como “campesinos” así como en el proletariado rural, y ante las medidas políticas que afectaban a ese espacio. No es un elemento menor ni resultado del azar. La Argentina se ha caracterizado por ser un capitalismo de base agraria, por lo que la reflexión sobre “el campo” se convierte necesariamente en una reflexión sobre el conjunto de la estructura nacional. Un elemento histórico, además, refuerza este recorte: los años '60 y '70 están signados por la instalación del problema agrario en todo el espectro político y en todo el globo, como resultado de profundas transformaciones que se han dado en llamar “revolución verde”.

Como el problema agrario no se presenta en el vacío, sino que se inserta en el análisis de la estructura económica y social general del país, un estudio de este tipo implica abordar la caracterización sobre el estado de las fuerzas productivas, las relaciones sociales, las clases y el grado de desarrollo alcanzado por el capitalismo en el país, en la óptica de cada organización. Asimismo, el examen de la práctica política nos obliga a poner la mirada tanto en el accionar de la izquierda en sindicatos rurales y las luchas de la clase obrera del campo como en las corporaciones y movimientos de productores agrarios. Al tratarse en buena medida de un problema teórico, procedemos a desmenuzar también las estrategias argumentales, el recurso a la bibliografía de la etapa, la utilización de datos empíricos y las referencias a intelectuales de la etapa por cada organización política.

De modo que nuestro objetivo general implica, a su vez, objetivos secundarios:

- a. Estudiar el análisis que cada de los partidos realizó sobre la economía argentina, en particular, su dinámica agraria.
- b. Examinar la caracterización y el papel otorgado al campesinado en el programa y la estrategia de los partidos.
- c. Examinar cómo estas concepciones influyeron sobre su accionar político en la etapa.
- d. Reconstruir su intervención sindical y gremial, su participación en organismos corporativos (federaciones de productores, cooperativas, Ligas Agrarias) y en las insurrecciones y puebladas que tuvieron contenido o participación de sectores ligados al agro, y sus posicionamientos frente a las principales medidas gubernamentales en materia agraria.

e. Analizar el fundamento de los programas agrarios de la izquierda, atendiendo tanto a la perspectiva y autores que formaban parte del corpus teórico de los partidos así como al conocimiento empírico que poseían o sobre el que se basaban.

Sostenemos como hipótesis principal que las organizaciones de izquierda que formaron parte de la fuerza social revolucionaria en los '70 carecieron de una caracterización que se correspondiera con la situación real de la estructura agraria en la Argentina, quedando presas del prejuicio latifundista y de la ideología campesinista. Ello llevó a que en su accionar político abandonaran los intereses del proletariado rural en favor de los de sus explotadores: los chacareros y/o “campesinos”.

Subsidiariamente sostenemos las siguientes hipótesis secundarias:

- a. El análisis de la estructura agraria realizado por la izquierda se construyó a partir de la aplicación dogmática de conceptos de tradiciones políticas (maoísmo, trotskismo, guevarismo, etc.). La evidencia empírica y el conocimiento disponible en la etapa ocupó un lugar marginal o nulo en dicho análisis.
- b. La izquierda caracterizó un insuficiente desarrollo del capitalismo en el campo, dentro del cual sería mayoritaria una capa de productores directos no explotadores de fuerza de trabajo, el campesinado.
- c. El accionar político de la izquierda en el agro privilegió la inserción en los sectores identificados como campesinos, defendiendo sus intereses como pequeños productores menos eficientes en un contexto en que peligraban sus posiciones en el mercado.
- d. La intervención de la izquierda en los organismos gremiales y en las luchas del proletariado rural fue notablemente inferior a la emprendida tanto entre los productores agrarios como entre la clase obrera urbana. Dicha intervención impulsó los reclamos salariales, pero ofreció un horizonte político “campesino”: el acceso a la tierra.
- e. La defensa de la “alianza obrero-campesina” por parte de la izquierda produjo que su práctica política en el agro fomentara la confluencia entre clases explotadoras y explotadas, siendo subordinados los segundos a los primeros.

Esto es producto de que aquello que la izquierda caracterizaba como campesinado, se trataba en buena medida capas de la burguesía o pequeña burguesía rural que contrataba mano de obra tanto estacional como permanente.

- f. La izquierda definió como tarea para la transformación del agro la subdivisión de la tierra, interviniendo con la consigna de “reforma agraria” tanto en corporaciones como en organismos sindicales.
- g. La izquierda caracterizó una situación de estancamiento y crisis en el agro argentino, que sería resultado de su desarrollo por la “vía prusiana” entendida como el predominio de la gran explotación, de producción extensiva, baja productividad y poco mecanizada, en manos de una “oligarquía latifundista”. Reprodujo de este modo la “imagen tradicional” del campo.
- h. La izquierda identificó a las Ligas Agrarias como la expresión organizativa de las fracciones más combativas del campesinado. Su intervención sobre este movimiento, que aglutinó a capas de diferentes clases, privilegió los intereses de la burguesía y pequeñoburguesía agraria que lo componían.
- i. El Partido Comunista fue la organización que detentó el mayor grado de conocimiento sobre la realidad agraria argentina y la que mayores esfuerzos destinó a organizar tanto a fracciones del proletariado como de los productores. A su vez, fue la que más decididamente impulsó la política de reforma agraria.
- j. La defensa de la existencia de un campesinado argentino condujo al Partido Revolucionario de los Trabajadores y a Vanguardia Comunista a ensayar, al menos por el lapso de algunos años, una estrategia de tipo guerrillera que contemplaba el desarrollo de un foco rural.
- k. Los partidos trotskistas, el Partido Socialista de los Trabajadores y Política Obrera, fueron los que mostraron un mayor desconocimiento sobre la realidad agraria argentina y una menor disposición a organizar e intervenir en las luchas de los trabajadores rurales y de la burguesía agraria.

1. La Organización Comunista Poder Obrero, influenciada por las tesis de Ismael Viñas, fue una excepción dentro de la izquierda dado que defendió el carácter capitalista pleno en el agro argentino, rechazó el predominio del campesinado y criticó la consigna de reforma agraria. Su intervención política buscó diferenciar los intereses burgueses de los del proletariado dentro de los movimientos agrarios.

Esta investigación es de carácter fundamentalmente cualitativo, por tanto se basa en la recolección y análisis de una variedad de materiales empíricos.² Nuestro acervo de fuentes se compone fundamentalmente de documentos escritos, en tanto que la reflexión de los partidos políticos sobre la estructura económico-social argentina, y en particular agraria, se encuentra distribuida de manera fragmentaria en un amplio abanico de documentos producidos por los propios partidos políticos y que han sobrevivido hasta la actualidad. De manera que el análisis de los programas supone un proceso de reconstrucción a partir del relevamiento del conjunto de documentos producidos que permiten recomponer, como piezas de un rompecabezas, la lectura de cada organización sobre el agro argentino.

Las fuentes escritas son de diverso tipo y aportan, cada una de ellas, información de distinta naturaleza para resolver problemas diferentes. Por un lado, los documentos congresales son los que presentan mayor contenido teórico, por tratarse de instancias de discusión, debate y síntesis. En líneas generales, todas las instancias de deliberación en Congreso tienden a concluir con un texto programático que resume los trazos gruesos del programa político del partido, si bien no agotan el asunto ni se detienen en argumentar las formulaciones allí contenidas. Mientras que algunos de nuestros observables celebraron instancias de este tipo durante los años bajo estudio y dejaron como saldo esbozos de programa (PRT-ERP, PCR, VC, PC), otros utilizaron esas oportunidades para hacer balances más de tipo coyuntural y no estructural (PO, PST), mientras que otros directamente carecieron de esas iniciativas (Montoneros, OCPO). Sin embargo, todos ofrecen documentos emanados de sus conducciones nacionales, Comités Centrales u otras instancias de dirección que condensan más o menos acamadamente ciertas definiciones programáticas y estratégicas.

²Maxwell, Joseph: *Cualitative research desing. An interactive approach*, Sage Publications, New York, 1996.

En segundo lugar, contamos con los artículos de las revistas teóricas que muchos de estos partidos editaron. Tal es el caso de *Teoría y Política* del PCR, *Cuadernos Rojos* y *Temas Revolucionarios* de VC, *Nueva Era* del PC, *Revista de América* del PST y *América India* de PO. Estos documentos brindan información sobre las elaboraciones partidarias más generales, en las que se intenta dar fundamento teórico y, en ocasiones, empíricos a las interpretaciones de la izquierda sobre la estructura económico-social del país. En este tipo de fuente también pueden ubicarse los libros editados por intelectuales de los partidos que abordaron problemas económicos y/o específicamente agrarios. En este rubro se destacan el PC, en particular, y el PCR.

Asimismo, la prensa periódica resulta una fuente privilegiada para reconstruir el accionar políticos de los partidos de izquierda. El estudio de estas publicaciones permite analizar en qué medida las definiciones programáticas influyeron en la intervención política, tanto a nivel gremial y corporativo como en la escena política nacional y en el examen de los problemas coyunturales centrales de la etapa. Para esto contamos con *Nuestra Palabra* del PC; *Dimensión*, *Boletín Mensual del FRIP*, *Palabra Obrera*, *La Verdad*, *Norte Revolucionario*, *El Combatiente*, *Estrella Roja*, *Nuevo Hombre* del PRT-ERP y sus antecedentes; *Política Obrera* de PO; *Palabra Obrera*, *La Verdad* y *Avanzada Socialista* del PST y sus antecedentes; *El Descamisado*, *El Peronista*, *El Peronista lucha por la liberación*, *La causa peronista*, *Evita Montonera* de Montoneros; *No Transar* de VC, *Nueva Hora* del PCR y *El Obrero* de OCPO y sus afluentes. En el mismo sentido, contamos con publicaciones y volantes específicos de frentes sindicales que atendían a sujetos sociales propios del agro, así como documentos internos que brindan información sobre intentos de desarrollar este tipo de organización.

Construido con estos criterios, nuestro corpus documental se compone de cerca de 192 documentos partidarios y artículos teóricos, 30 libros y 22 revistas periódicas de aparición generalmente quincenal.

El conjunto de estas fuentes se ha recolectado a partir de la revisión de diversos archivos y reservorios. Por un lado, el Archivo digital del Sindicato de Trabajadores de Concord (SITRAC)³, confeccionado por la Fundación Pedro Milesi y la Biblioteca Popular de Bella Vista, que recoge una amplia y valiosa documentación del sindicato y de las organizaciones políticas que intervenían en él mientras duró aquella experiencia.

³El archivo se encuentra íntegramente disponible en: <http://www.ceics.org.ar/archivo-digital-del-ceics-actualizar-con-links/archivo-digital-del-sitrac/>. Algunos documentos fueron editados en: Duval, Natalia: *Los sindicatos clasistas: SiTrac, 1970-1971*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2014.

Por otro lado, trabajamos también con el acervo documental del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CEDINCI) que ofrece documentación sobre el conjunto de la izquierda, así como El Topo Blindado - Centro de documentación de las organizaciones político-militares y Ruinas Digitales, que brindan documentos digitalizados sobre organizaciones armadas. Por último, utilizamos también archivos sostenidos por los propios partidos que sobrevivieron hasta la actualidad o que fueron elaborados por ex militantes o simpatizantes que se preocuparon por la conservación de los registros documentales: Archivo digital que acompaña a *La Historia del PRT-ERP por sus protagonistas*, de Daniel De Santis; Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org; Biblioteca y Hemeroteca del Centro Estudios, Investigación y Publicaciones *León Trotsky*; Centro Cultural de la Cooperación “Floreale Gorini”; Centro Cultural Raíces; Fundación Pluma.

La exposición de los resultados de la investigación se organiza de acuerdo a los diferentes observables que han sido tenidos en cuenta, presentados en capítulos según afinidad programática: el estalinismo, el peronismo de izquierda, el guevarismo, el maoísmo, el trotskismo y el socialismo revolucionario. La introducción está dedicada a presentar el problema de investigación, los objetivos, la metodología, las fuentes escogidas y las hipótesis que guían la investigación. Se desarrolla allí el estado de la cuestión estructurado en dos partes: la bibliografía que ha ensayado respuestas al interrogante sobre la derrota de las organizaciones de izquierda y sus proyectos de transformación social en los '70, y aquella que abordó las definiciones y conceptualizaciones de la izquierda respecto de la cuestión agraria. Finalmente, la introducción concluye con la explicitación del marco teórico que vertebra la investigación, lo que atañe tanto al sistema de conceptos con el cual se abordará el análisis de las organizaciones políticas así como aquellos que corresponden al ámbito específico de la realidad agraria.

El primer capítulo pretende reconstruir la situación del agro argentino en los años '60 y '70, atendiendo a sus transformaciones estructurales. El segundo capítulo presenta las evaluaciones sobre el agro esbozadas por partidos, corporaciones e intelectuales de la burguesía. El tercer capítulo se adentra en la reconstrucción de las concepciones agrarias del Partido Comunista, filiado en la tradición estalinista del marxismo, atendiendo a su vasta producción teórica sobre la cuestión y a su intervención dentro de las corporaciones agrarias, el movimiento liguista y el proletariado rural. En los capítulos cuarto y quinto abordamos a los destacamentos con una intervención político-

militar que alcanzaron mayor desarrollo en la etapa, expresando los dos programas políticos que polarizaron al activismo: Montoneros del llamado peronismo de izquierda y el PRT-ERP, del guevarismo. Reconstruimos allí sus lecturas sobre el campo y su accionar político, tanto sindical como militar, entre los sectores rurales. En el sexto capítulo se analizan dos partidos que se filiaron en una corriente del marxismo que hizo particular énfasis en la cuestión campesina, dada la realidad del proceso revolucionario chino, el maoísmo. Se trata del Partido Comunista Revolucionario y de Vanguardia Comunista. En el séptimo capítulo se examina al trotskismo y sus expresiones organizativas en la etapa (el Partido Socialista de los Trabajadores y Política Obrera), a los efectos de reconstruir la posición respecto del agro de organizaciones que privilegiaron al proletariado fabril y la alianza “obrero-estudiantil” en su intervención práctica. Finalmente, en el octavo capítulo se aborda una organización que abiertamente combatió el campesinismo, la idea de la insuficiencia del desarrollo capitalista en el agro y la necesidad de una reforma agraria: la Organización Comunista Poder Obrero. Por último dedicaremos las Conclusiones a sistematizar las reconstrucciones parciales de cada capítulo para integrarlas en una explicación general que retome los objetivos y las hipótesis del trabajo, verificando su demostración. Llegado este punto podremos clarificar las particularidades de cada organización y establecer las determinaciones más generales de la fuerza social revolucionaria frente a la cuestión agraria.

II. Estado de la cuestión

a. Las causas de la derrota

La bibliografía sobre los enfrentamientos sociales y políticos en los años ‘60 y ‘70 en la Argentina ha reconocido, a pesar de las diferencias en los conceptos utilizados para caracterizar el conjunto de la etapa, que se trata de años signados por una alta conflictividad. En este sentido, si bien no existe un consenso unánime en cuanto a la existencia de un proceso revolucionario y de su derrota, lo cierto es que algunos estudios de una u otra forma han realizado balances sobre los errores o déficits que impidieron la concreción de los objetivos políticos que se plantearon las organizaciones de izquierda. En este apartado reconstruimos estas líneas de investigación para mostrar que las explicaciones hasta ahora ensayadas nos resultan insuficientes y, por tanto, justifican la investigación que nos hemos propuesto.

Las investigaciones que abordaron la conflictividad social y política durante la década del '70 en la Argentina, tomando como objeto de estudio a la izquierda, están atravesadas por una discusión central (en ocasiones explícita, en otras implícita): las causas de la derrota de los proyectos revolucionarios. Ese interrogante ha tenido diferentes respuestas. Algunos autores lo explicaron a partir de la “violencia política”, que, permeando al conjunto de las organizaciones de izquierda, habría impedido “pensar lo político”. Otros investigadores, han advertido el crecimiento de los partidos en un contexto dictatorial, pero han señalado su “aislamiento” en la nueva coyuntura abierta con el retorno de la democracia en 1973. Esto sería el resultado de una incapacidad para intervenir en un contexto democrático, lo que acabaría por separarlas de las masas cuando estas optaban por ese camino. Por su parte, desde el marxismo se ha señalado la dificultad de las organizaciones para lograr constituir un partido que se convirtiera en caudillo de la clase obrera, lo que explicaría la derrota al imposibilitar centralizar y dirigir las fuerzas. Examinaremos en detalle la bibliografía que se inscribe en estas lecturas.

Los primeros trabajos, que comenzaron a aflorar en la segunda mitad de la década del '80, se concentraron en la problemática de la “violencia política”. Si bien algunos de ellos criticaron y presentaron sus ideas como opuestas a la llamada “teoría de los dos demonios”, lo cierto es que sus hipótesis se ajustaban bien al consenso alfonsinista, pues condenaban las experiencias “violentas” desde un presente de “convivencia democrática” y “tolerancia en el pluralismo político”.⁴ Hilb y Lutzky⁵ pueden ser considerados los precursores de esta línea de investigación, que se plasmó en un trabajo realizado entre 1982 y 1983. Allí esbozaron una serie de lineamientos que serían recuperados explícita o implícitamente en estudios subsiguientes. En primer lugar, instalaron el concepto de “Nueva Izquierda” para referirse a aquellas organizaciones que nacieron y crecieron en los años '60 y '70:

“Con diferencias entre los grupos peronistas y los no peronistas, todos desarrollan el tema de la revolución como acontecer cercano y práctico, en particular el de la lucha armada, sea como práctica inmediata o como futuro no

⁴Anzorena, Oscar: *Tiempo de Violencia y Utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Editorial del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1998, p. 10.

⁵Hilb, Claudia y Daniel Lutzky: *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984.

lejano, y sobre todo como objetivo buscado. Basándonos en estas características, nos permitimos estudiarlos de conjunto”.⁶

La lucha armada aparece entonces como el elemento central a la hora de definir a esta nueva izquierda. Corresponde hacer notar lo impreciso del concepto. Cuesta encontrar un ejemplo de alguna organización que se autoproclamara de izquierda y no concibiera la revolución como “acontecer cercano” y que, además, no asumiera la posibilidad de un enfrentamiento armado en ese devenir. Incluso un partido defensor del gradualismo y la coexistencia pacífica, como el PC contemplaba esta posibilidad y, de hecho, tenía su propio aparato militar. No se comprende, finalmente, que hay de *nuevo* en la nueva izquierda y, en sentido estricto, el concepto oculta más de lo que revela puesto que tiende a homogeneizar un amplio abanico de organizaciones que apostaron a diferentes programas y estrategias.

La hipótesis central de Hilb y Lutzky es que la “nueva izquierda” nacería en un contexto de crisis del sistema político argentino y, como hija de este, portaría una “visión marcadamente instrumentalista del poder”, “una concepción que identifica política con engaño [...] negadora de toda posibilidad de pensar lo político como campo de formulación de un consenso”.⁷ La experiencia de los dos primeros gobiernos peronistas, caracterizada por los autores como de polarización extrema y de centralidad del poder ejecutivo, sumada a los gobiernos posteriores de “democracia restringida” donde la política aparece ya no como competencia sino como conquista de los “vencedores”, empujarían a la “nueva izquierda” a la lucha armada y a una lógica autoritaria. De este modo, razonarían en términos de guerra y bajo una concepción donde el otro es enemigo y la democracia es ilusión. Su crecimiento habría sido posible en el período 1969-1973, pero la instauración de una nueva democracia basada en el sufragio universal marcaría la recuperación de la legitimidad y la representación, formas en las cuales la “nueva izquierda” no tendría capacidad de intervención pues no estaba capacitada para “pensar lo político”. La nueva situación abrió canales de negociación, adhesión e identificación del individuo con la sociedad, todas ellas incompatibles con las formas de la guerra.

⁶Ídem, p. 8.

⁷Ídem, p. 12.

A mediados de la década del '80, Brocato volvería sobre planteos similares, sosteniendo una crítica a la “violencia foquista” de los '70.⁸ Considerando el carácter armado de la experiencia de varias organizaciones, sostiene que aquellos que tomaron las armas contra “la estructura social” habrían terminado por convertirse en “victimarios”. Como todos aquellos ensayistas que abordan el problema de la “violencia política”, Brocato distingue entre la violencia revolucionaria legitimada por la irrupción de masas que adquiere un carácter defensivo frente a la muerte, y por tanto es “éticamente” justificada, de aquella que pusieron en práctica las organizaciones político-militares. Su conclusión es que el “foquismo” no pasó la prueba “moral”, y sus acciones de secuestros y ajusticiamientos fueron simplemente “crímenes”. La dimensión “ética” será retomada años más tarde, en 2004, en un famoso debate que iniciara Oscar del Barco - ex miembro del grupo Pasado y Presente- a partir del cual se reponía la “sacralidad” de la vida humana -el “no matarás”-, lo que convertía a los militantes de los '70 en asesinos seriales. Este debate sería continuado por una amplia miríada de intelectuales, donde se ensayaron las más diversas posiciones.⁹

En sintonía con estas ideas acerca de la “violencia política”, se encuentra un estudio de Ollier que intenta reconstruir la identidad del “peronismo revolucionario” a partir del análisis de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros, atendiendo a su visión de la sociedad argentina, su concepción del peronismo y sus propuestas políticas de intervención.¹⁰ Al igual que Hilb y Lutzky, parte del supuesto de una cultura política argentina signada por la violencia y el autoritarismo, que llevaría a la izquierda a sustituir la política por la guerra. Puede ubicarse en esta misma línea un libro de Anzorena destinado a recopilar hechos, datos y documentos de etapa 1966-1976 como contribución al debate sobre la “violencia política”. Allí sostiene la tesis según la cual el cierre de canales de participación, la censura, la represión y la política económica en los '60 habría llevado a la constitución de una nueva izquierda o nueva oposición, que desconfía y subestima la política partidaria y termina por revalorizar la violencia como elemento de actividad política. Así, sobre todo desde 1973, la izquierda tendería a la militarización, el

⁸Brocato, Carlos: *La Argentina que quisieron*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1985.

⁹El debate fue compilado en: AA.VV.: *No matar: sobre la responsabilidad*, Universidad de Córdoba-El Cíclope, Córdoba, 2007.

¹⁰Ollier, María Matilde: *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.

autoritarismo, el aislamiento y al suicidio político (pues su accionar incentivaría la represión), y se enfrascaría en una guerra de aparatos.

A pesar del paso del tiempo, y del surgimiento de nuevas líneas de investigación que incluso pusieron en cuestión la reducción del fenómeno al uso de la violencia, las tesis que analizamos mostraron cierta persistencia en la historiografía. Ollier ha insistido con ellas en un libro publicado en 2009.¹¹ Allí, recurriendo exclusivamente a testimonios orales, examina las transformaciones en la identidad política de los miembros de la izquierda revolucionaria que sobrevivieron al exterminio y que, luego, le dieron “la bienvenida a la democracia política”.¹² Nos interesa recuperar las tesis vertidas en los dos primeros capítulos, aquellos que analizan el período que atañe a nuestra investigación.

En el primer capítulo, la autora insiste en señalar que la impronta característica de la izquierda es aquella que entiende la política como “confrontación, antinomia y persecución” siendo la negociación una práctica negativa, incluso no solo en la relación del partido con el conjunto de la sociedad sino en el interior mismo de este. Esta identidad sería resultado de una cultura política nacional signada por la lógica binaria amigo/enemigo.¹³ Así se configuraría un modelo autoritario y militarista de acción política, incluso en aquellas organizaciones que no llevan adelante la práctica militar pero reconocían que la confrontación política tarde o temprano tendría un momento signado por la violencia. Con esta lógica, la izquierda revolucionaria “no entendió” la posibilidad que se abría en 1973 con el retorno de la democracia.

En el segundo capítulo, se examinan las disidencias internas en las organizaciones y estas aparecen ligadas nuevamente a la incomprensión respecto de la etapa política abierta, esta vez, en 1976. En esta oportunidad la izquierda no habría comprendido el pasaje a la ofensiva de las Fuerzas Armadas, lo que le dificultó realizar un repliegue ordenado y, a su vez, le hizo perder la “legitimidad social ganada en la etapa previa” (¿no la había perdido ya tras la apertura democrática?).¹⁴ Esta nueva coyuntura agudizaría el militarismo, que sería la forma en la que se concebía la política en detrimento de la negociación, como ya hemos señalado. Las iniciativas en cuanto a la construcción de frentes de masas estarían siempre sujetas a esta lógica militar y no

¹¹Ollier, María Matilde: *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

¹²Idem, p. 13.

¹³Idem, pp. 16-17.

¹⁴Idem, p. 34.

política. Es importante destacar que aquí las tintas están cargadas en las conducciones de los partidos, lo que subrepticamente introduce la tesis de los “perejiles”, según la cual las bases de las organizaciones seguían ciega y acríticamente a sus direcciones.

Mención aparte merecen los trabajos de Calveiro, Vezzeti y Hilb, quienes también abordan, desde un ensayismo pobre en el uso de fuentes, la cuestión de la política y la violencia con una preocupación política explícita: poner en evidencia la responsabilidad compartida entre militares y guerrilla en la “catástrofe” (Vezzeti), el “desastre final” (Calveiro) o el “horror” (Hilb) que se inició en 1976.

Hilb manifiesta en el comienzo de su texto la necesidad de superar los esquemas polares de “buenos” versus “malos” e “inocentes” versus “culpables”, señalando que la dictadura persiguió, no a gente inocente, sino gente vinculada a un “hacer” que se había desplegado contra la legalidad vigente en el período democrático, como ser “crímenes, robos, asaltos a bancos, toma de cuarteles, etc.”.¹⁵ De modo que el planteo nuevamente aparece vinculado al problema de la violencia política. La autora recupera los postulados de Hannah Arendt¹⁶, quien distingue entre violencia puramente reactiva, espontánea, y violencia instrumentalizada, es decir, racionalizada como medio para un fin. Así sostiene que, si bien la violencia sería la negación de la política, en ocasiones podría ser la única reacción posible en una situación donde la palabra está vedada y la apelación a instituciones públicas anuladas. No es una violencia premeditada sino espontánea y como tal carece de una justificación a priori. Si bien no deja de ser “antipolítica”, es una respuesta “impolítica” a la imposibilidad de la política. Distinta sería la violencia racionalizada que actúa lisa y llanamente como sustituto de la política, que interviene bajo la modalidad de la “superioridad fija, del chantaje, del miedo, de la coerción.” Así la política como “escena plural” aparece como el “lugar a ocupar”.¹⁷

No resulta difícil advertir que este razonamiento intenta rebatir el argumento según el cual la violencia no era exclusiva de las organizaciones armadas, sino que se desplegaba en el conjunto de la sociedad. Justamente, al hablar de violencia reactiva la autora parece estar aludiendo a fenómenos como el Cordobazo, a los que termina por reconocer al menos como tolerables en un contexto de dictadura y proscripción. En cambio, la violencia instrumentalizada, aquella que es condenable, carece de toda

¹⁵Hilb, Claudia: “La responsabilidad como legado”, en: Cesar Tcach (comp.): *La política en consignas. Memoria de los setenta*, Homo Sapiens, Rosario, 2003, p. 2. Sobre el uso del concepto de violencia puede verse: Hilb, Claudia: “Violencia y política en la obra de Hannah Arendt”, en: *Sociológica*, año 16, N° 47, Septiembre-diciembre de 2001, pp. 11-44.

¹⁶Arendt, Hannah: *Sobre la violencia*, Alianza editorial, Madrid, 1970.

¹⁷Ídem, p. 4.

justificación. Como los demás autores, sostiene que los movimientos políticos de los '60 y '70 quedaron sumergidos en una práctica militarista, jerárquica, antidemocrática y antipolítica. Hasta 1973, en un contexto de clausura de instituciones, la violencia, en particular la reactiva, sería tolerable; luego de esa fecha, reinaugurada la posibilidad de “hacer política” toda práctica violenta sería antipolítica.

En una línea semejante se ubica un ensayo de Calveiro, autora que explícitamente busca combatir las posiciones que rescatan la militancia política de los setenta para que sirvan de ejemplo en el presente. Como contraposición, plantea la necesidad de revisar “qué hicieron y que no hicieron” las organizaciones armadas “para potenciar el estallido de violencia que terminó por destruirlas”.¹⁸ Si bien por momentos se refiere a la guerrilla en términos generales,¹⁹ en términos concretos su ensayo se centra en la figura de Montoneros, explicando su derrota política como producto de la carencia de “lo político”, que se vio asfixiado por lo “militar” y lo “organizativo”. Esto habría sido el resultado de un deslizamiento de lo político a lo militar, que acabó en una desvinculación de la lucha de masas.

No sin ciertos matices con este trabajo, el de Vezzetti discurre por los mismos canales explicativos. Se distancia de Calveiro en la medida que discute la idea de una desviación militarista para defender que el concepto de guerra total de destrucción y aniquilación del enemigo, estaba ya contenida en los postulados del guevarismo que luego adoptarían las organizaciones. Con este esquema, aún reconociendo la “acción social en barrios y fábricas” de las organizaciones político-militares, el autor señala que necesariamente va a prevalecer el ejército. Una vez más, la guerra o lo militar aparece como antítesis de la política, a la que se concibe como la acción destinada a ganar la voluntad colectiva.

Esta línea interpretativa, que se plasma en los trabajos que hasta aquí hemos analizado, presenta serias dificultades para comprender la totalidad del proceso y, en función de

¹⁸Calveiro, Pilar: *Política y/o violencia. Una aproximación de la guerrilla de los años setenta*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013, p. 16.

¹⁹Es notable este equívoco generalizador a partir del cual la autora, implícitamente, extiende las conclusiones sobre el análisis que realiza de Montoneros al conjunto de las organizaciones políticas de aquellos años. Demuestra, a su vez, una profunda ignorancia del amplio abanico de partidos que intervinieron, y sus diferencias programáticas, al sostener que todos coincidían en construir “modelos alternativos a la hegemonía norteamericana, cuyo común denominador era, en un sentido muy gramsciano, el de ser nacionales y populares. En todo caso, todos coincidían en la necesidad de acabar o disminuir el dominio de los Estados Unidos de la región”. (p. 18) Como veremos en nuestra tesis, existieron múltiples programas políticos encarnados en diferentes nomenclaturas que lejos estaban en considerarse “nacionales y populares” o considerar que el problema principal en el país fuera la influencia de Estados Unidos.

ello, las causas de su derrota. El concepto mismo de “violencia política” tiene poco valor explicativo. En los autores analizados implícitamente aparece equiparado a toda acción militar y/o construcción de un ejército o formación armada. Pero la realidad es que una movilización que no produzca enfrentamientos con las fuerzas del orden, igualmente es violenta porque ocupa un espacio que no fue dispuesto a esos fines. La acción política en sí misma contiene algún elemento de “violencia”. Acotado a la violencia física y con armas, el concepto es más bien pobre y poco útil, y simplifica en exceso la realidad del fenómeno. Asimismo, la condena de la violencia desconoce la dinámica histórica misma, donde ninguna transformación social sustancial careció de un “momento militar”. La Revolución Francesa sería inconcebible sin los enfrentamientos que se dieron en la propia Francia y en la lucha por la extensión de las transformaciones burguesas a toda Europa, por medio de las guerras napoleónicas. El éxito del bolchevismo en Rusia no puede ser comprendido sin la existencia del Ejército Rojo. Un ejemplo más local lo ofrece la Revolución de Mayo, inseparable de los ejércitos de hacendados que la sostuvieron.

Asociado a esto, aparece un segundo elemento a destacar. El grueso de los estudios que hemos repasado aquí se concentran en el análisis de organizaciones armadas, pero ocultan en mayor o menor grado la existencia y desarrollo alcanzado por partidos que no contemplaron ese tipo de estructura ni llevaron adelante acciones militares. Si el problema fue efectivamente el recurso a la violencia armada, no se comprende por qué partidos insurreccionalistas²⁰ también fueron derrotados. Decir que estos contemplaban en algún momento más o menos cercano un enfrentamiento armado, no invalida el argumento. El problema de fondo sigue siendo su incapacidad para acaudillar detrás de sí a fracciones mayoritarias de la clase obrera.

En tercer lugar, el esquema arendtiano que estos estudios reproducen, naturaliza la concepción burguesa de la democracia, reduciendo la política al “diálogo” y el

²⁰El insurreccionalismo es una estrategia que concibe la revolución como el resultado de una insurrección urbana protagonizada por la clase urbana y dirigida por cuadros revolucionario organizados en un partido. En este esquema, las tareas centrales de los militantes debían estar orientadas a obtener una inserción popular y el despliegue de la propaganda revolucionaria en las masas para preparar la insurrección, a fin de poder dirigir el estallido hacia la toma del poder. En este esquema, el problema militar no aparecía hasta el momento de la insurrección, con lo cual no sería necesario construir destacamentos armados ni realizar operaciones “guerrilleras”. Esfuerzos de este tipo desviaban al partido de la tarea central de inserción popular y disputa por la conciencia de las masas. No por ello la tendencia puede ser considerada pacifista, en la medida que la lucha de clases implica naturalmente el uso de la violencia, que aparece desarrollada por la clase obrera desde el mismo momento en que decide llevar adelante una huelga violentando el proceso productivo. Lo que sí la distingue es la defensa del momento estrictamente militar de la lucha de clases a posteriori de la toma del poder. El modelo clásico de este tipo de estrategia fue la revolución rusa y la experiencia del Partido Bolchevique.

“consenso”, invisibilizando el enfrentamiento de intereses sociales contrapuestos. Buena parte de los partidos de izquierda en la etapa impugnaban abiertamente los mecanismos constitucionales y cuestionaban las formas de la democracia burguesa, justamente porque consideraban que allí se legitimaban los intereses de la burguesía y no los del proletariado. El “consenso” que estos buscaban no era el de los representantes políticos parlamentarios, sino el de las capas mayoritarias de la clase obrera, a cuyo encuentro iban en los sindicatos, universidades, barrios, etc.

En resumidas cuentas, sostener que la derrota de las organizaciones revolucionarias de los ‘70 se explica por su apelación a la “violencia”, explica muy poco en la medida en que no todas las organizaciones apelaron a ella, e incluso las experiencias revolucionarias del pasado se sostuvieron mediante esa misma práctica. Ello no niega que exista un campo a explorar que, como veremos luego, puede ser útil para encontrar respuestas a nuestro interrogante: el de las estrategias guerrilleras y su adecuación o no a la realidad de un país eminentemente urbano y con un Estado que controla plenamente todo su territorio. Sin embargo, los estudios de la “violencia” no se plantean en estos términos.

Una interpretación diferente a esta puede encontrarse en los trabajos de Tortti, centrados en el estudio de las organizaciones políticas y de las experiencias culturales que emergieron en los ‘60 y ‘70 y que son caracterizadas como “nueva izquierda”.²¹ Reconociendo la existencia en los ‘70 de un proceso de “contestación generalizada”, se plantea comprender las causas que llevaron a una “catastrófica derrota” del proyecto político enarbolado por la “nueva izquierda”.²²

La clave explicativa ofrecida por esta autora se centra en la estrategia de rehabilitación democrática y reinserción del peronismo en el sistema político, que comienza a delinearse en el ‘71 con Lanusse y culmina con el triunfo electoral de Cámpora primero y Perón después, en el ‘73. Esta apuesta habría logrado producir el “debilitamiento de

²¹El desarrollo de su línea de investigación se ha plasmado en diferentes trabajos de distintos autores que fueron tomando como observable a determinadas organizaciones políticas. Una buena síntesis de este programa de investigación puede encontrarse en: Tortti, María Cristina y Mauricio Chama (dir.): *La nueva izquierda argentina (1955-1976): Socialismo, peronismo y revolución*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2014.

²²La definición de Tortti respecto de la “nueva izquierda” no difiere sustancialmente de aquella que sostienen Hilb y Lutzky y que ya hemos analizado. Nuevamente se utiliza el concepto para hacer hincapié en las supuestas novedades organizativas y programáticas que, producto de un proceso de modernización cultural y de radicalización política, derivaron en un distanciamiento respecto de la “izquierda tradicional”. Además de los trabajos ya citados de esta autora, puede verse: Tortti, María Cristina: *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Prometeo, Buenos Aires, 2009; Tortti, María Cristina: “La nueva izquierda en la historia reciente de la Argentina”, en: *Cuestiones de Sociología: Revista de Estudios Sociales*, N° 3, 2006, pp. 19-32.

los lazos que conectaba a los sectores sociales activados con las vanguardias revolucionarias”.²³ Aunque crítica de las lecturas que tienden disociar la movilización social del accionar político-militar de las organizaciones, la autora pone el énfasis en la existencia de una lógica de guerra que se traduce políticamente en la polaridad amigo versus enemigo, que lleva a ver la salida electoral como una “trampa” o “farsa”.

Si bien en un primer momento el desarrollo político de la izquierda habría sido viable por un gobierno apoyado en la fuerza militar y la falta de participación democrática, lo que empujaba a franjas importantes de la población a pronunciarse en favor de la violencia, a partir de la implementación del Gran Acuerdo Nacional se produciría un freno en su crecimiento y un progresivo aislamiento. La vanguardia revolucionaria no habría podido convertir la “eclosión popular” en un “movimiento político autónomo” por falencias propias. La izquierda no peronista quedó aislada con el regreso de Perón, producto de la ausencia de una tradición socialista arraigada en la “cultura política popular”. Aquellos que optaron por una salida armada no se acomodaron al contexto democrático, profundizaron el militarismo y mantuvieron un “solitario enfrentamiento” con las fuerzas armadas. Entre el peronismo y la lucha armada, no hubo espacio para una alternativa política. La experiencia de la “nueva izquierda” fue entonces signada por el crecimiento veloz pero a la vez fugaz, siendo explicado por el descontento antidictatorial que entroncaba con las prácticas políticas de esta izquierda, sin producir una adhesión “político-ideológica”.

En un trabajo reciente, Tortti y Chama sintetizan más claramente su posición al señalar que el factor determinante en la marginación política de la izquierda, fue su desarrollo al margen del “sólido arraigo de la cultura política peronista”.²⁴ La opción por las armas sostenida en un contexto democrático fue minando la “simpatía” con la que contaban las organizaciones armadas.

Estos trabajos muestran un análisis más atento al fenómeno en estudio, recuperando la complejidad programática y estratégica que atravesaba al conjunto de las organizaciones que se desarrollaron en la etapa. Sin embargo, sus ideas centrales pueden ser cuestionadas. En primer lugar, existen evidencias empíricas que desmienten el aislamiento de la izquierda a posteriori del ‘73. Una de las más evidentes es, a nuestro juicio, la experiencia de las Coordinadoras Interfabriles de junio y julio de 1975,

²³Tortti, María Cristina: “Protesta social y ‘Nueva Izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en: Pucciarelli, Aldo: *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 207.

²⁴Tortti y Chama, *La nueva izquierda...*, op. cit., p. 25.

conformadas para enfrentar al llamado “Rodrigazo”. A dos años del inicio del supuesto aislamiento, la izquierda mostró que su inserción en el movimiento obrero no solo no había desaparecido sino que podía canalizar el descontento de miles de trabajadores que rebasaban a las conducciones tradicionales de los sindicatos. Se podrá decir que es un momento fugaz que no impidió la posterior derrota, o que si bien la izquierda no desapareció, el retorno del peronismo logró contener y encauzar institucionalmente la conflictividad social. Todo ello es completamente cierto. Pero la experiencia de las Coordinadoras Interfabriles de 1975 muestra que, efectivamente, la izquierda había mantenido y consolidado su trabajo molecular en los niveles más bajos de la estructura gremial: las comisiones internas y cuerpos de delegados.²⁵ Allí convivían las tendencias más variadas, incluyendo a aquellos partidos que habían optado por la construcción de brazos armados.

En segundo lugar, la idea de una sólida cultura peronista arraigada en la clase obrera argentina, puede ser igualmente cuestionada a la luz de los mismos hechos que acabamos de señalar. Es evidente que, como lo afirma Tortti, el retorno del peronismo puso un freno al crecimiento de la fuerza social revolucionaria y que reavivó las ilusiones reformistas de buena parte de la clase obrera. Sin embargo, no debe olvidarse tampoco que, cuando el agotamiento económico del tercer gobierno peronista impidió sostener el incremento salarial propiciado por el Pacto Social, la conflictividad obrera mostró su vigencia e hizo eclosión justamente en las movilizaciones contra el Rodrigazo. Por otro lado, el crecimiento de organizaciones marxistas como el PRT-ERP, que se delimitaban abiertamente del peronismo y lo combatían, muestra que existían fracciones -minoritarias, por cierto- de la clase obrera que no aceptaban la dirección del peronismo. Incluso opciones políticas como las de Montoneros crecían en los límites políticos del peronismo, aún sin llegar a rebasarlos.

Hasta aquí se trata de trabajos que encuentran la clave explicativa de la derrota en los cambios acontecidos a partir de 1973, donde se harían visibles, a raíz de la reintroducción de la democracia, debilidades previas de la izquierda, que tienden a centrarse en la cuestión militar. Una compilación de Izaguirre ofrece, sin embargo, una lectura diferente.²⁶ No se trata de una investigación específica sobre la derrota, sino

²⁵Esto ha sido suficientemente probado por la investigación de Löbbe, Héctor: *La guerrilla fabril. Clase Obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2009.

²⁶Izaguirre, Inés y colaboradores: *Lucha de clases, Guerra Civil, y Genocidio en la Argentina. 1973-1983. Antecedes. Desarrollos. Complicidades*, Eudeba, Buenos Aires, 2009.

sobre lo que los autores caracterizan como un “genocidio” que se inicia como consecuencia de ella. No obstante esto, se realizan algunos señalamientos en ese sentido.

Recuperando los planteos de Marín,²⁷ se afirma que la causa del naufragio del proceso revolucionario se debió centralmente a un déficit subjetivo de la fuerza social revolucionaria, que se encontraba en un estado incipiente de desarrollo. Ese déficit se habría hecho visible en la inexistencia de una “central de inteligencia” que permitiera comprender cada momento de la lucha, atendiendo a sus propias fuerzas y a las enemigas. La dispersión en diferentes partidos sin una unidad de comando, complotó contra el crecimiento y la clarificación estratégica de la fuerza. Lo opuesto ocurrió en el bando de la contrarrevolución, que se encontraba mejor preparado para leer la situación y actuar. En un proceso que la investigación caracteriza como de “guerra”, mientras el enemigo golpeaba y asesinaba, la fuerza revolucionaria recién se encontraba pertrechándose, es decir, en preparación.

Si bien no discrepamos con estos planteos, consideramos que no avanzan en una explicación de los hechos. Señalar que la fuerza social revolucionaria se encontraba subdesarrollada mientras que la fuerza enemiga había alcanzado un desarrollo mayor, no explica por qué cada una se encontraba en ese estado. Las fuerzas sociales contienen en su interior diferentes partidos nominales que se disputan su dirección, cada uno con su programa y su estrategia. Una fuerza social se desarrolla plenamente cuando uno de estos partidos logra hegemonizar a los más amplios sectores sociales, consolidándose, al decir de Gramsci, en Partido del Caos. En los ‘70 esto no ocurrió, de allí que se afirme un estado de desarrollo embrionario de la fuerza social. Explicar este fenómeno implica sumergirse en el análisis de los partidos, de sus programas y sus estrategias para comprender por qué ninguno pudo erigirse en dirección de las fracciones más amplias de la clase obrera. Al no adentrarse en este terreno, Izaguirre constata el hecho pero no avanza en una explicación. Por ello consideramos insuficiente su análisis.²⁸

Werner y Aguirre han ofrecido otra explicación de la derrota. Parten de afirmar que la clase obrera argentina durante el período 1969 a 1976 mostró disposición al combate y a la organización desde las bases, en comisiones internas y cuerpos de delegados fabriles.

²⁷Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados. Un ejercicio posible*, La Rosa Blindada-P.I.C.A.S.O., Buenos Aires, 2007.

²⁸Para una crítica más detallada de este trabajo, véase: AA.VV.: “Hagamos ciencia. Una respuesta fraternal a los compañeros del proyecto ‘El genocidio en la Argentina’”, en: *Razón y Revolución*, N° 13, invierno de 2004.

El problema se encontraría en su dirección, que careció de capacidad para conducir adecuadamente a los trabajadores. Dicho de otro modo, la clase obrera desplegó una actividad autónoma cimentando las bases para la construcción de un partido obrero revolucionario, pero los partidos existentes en ese momento no estaban preparados para desarrollar esa tendencia. Partidos como el PRT-ERP mostrarían su incapacidad al enfrascarse en un “militarismo aventurero”, que desorganizaba las filas obreras y se concentraba en una guerra de aparatos. Pero el mayor déficit sería la ausencia de un partido trotskista con cuadros políticos formados y con inserción social:

“Una política correcta de partido y un programa que señalara las tareas y los objetivos de la revolución argentina era lo que se necesitaba para superar la crisis de dirección. Una organización que permitiera (y obligara a) una delimitación, mediante la lucha política en todos los frentes, entre revolucionarios y reformistas, ultraizquierdistas y vacilantes, nucleando a los hombres y mujeres de la vanguardia militante que se afirmasen en el terreno de la revolución, solo eso podía dar una salida positiva a la crisis de dirección. La construcción de un partido de esas características solo podía recaer en manos de los trotskistas.”²⁹

Así las cosas, la ausencia de un partido trotskista se vuelve crucial para la derrota. Esta explicación si bien advierte la existencia de un problema en la dirección, y por tanto sitúa el análisis al nivel de los partidos políticos, presente falencias. En primer lugar, tiende a analizar a la clase obrera en bloque, caracterizando que de conjunto mostraba predisposición al combate y a la organización independiente. Sin embargo, los hechos demuestran que esto ocurría solo en fracciones minoritarias, de allí el éxito momentáneo que tuvo la vuelta al peronismo para contener el ascenso de la conflictividad. El clasismo fue un fenómeno cualitativamente importante que evidenció la existencia de esa fracción, pero no puede eclipsar el hecho de que buena parte de los trabajadores seguían votando a la dirigencia sindical tradicional. El grueso de la clase se mantenía aún en los marcos de una estrategia reformista, no revolucionaria. En segundo lugar, el análisis de las organizaciones político-militares es deficiente y tiende a ocultar el grado de desarrollo que éstas tuvieron en el movimiento obrero, a pesar de apostar a la construcción de aparatos armados. Esto es particularmente llamativo, dado que estas organizaciones tuvieron una inserción más amplia que aquellos partidos que

²⁹Werner, Ruth y Facundo Aguirre: *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976*, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2009, p. 417.

privilegiaron el accionar en los frentes de masas. En tercer lugar, no se explica por qué una correcta dirección revolucionaria tenía que emerger del trotskismo, habida cuenta de que justamente fue una de las corrientes que más dificultades tuvo para crecer en la etapa.

Finalmente, destacamos un último estudio de Pozzi y Schneider que, centrado en testimonios orales de la militancia política de la época, contiene una serie de afirmaciones sobre las causas de la derrota.³⁰ Allí los autores señalan que es una percepción “idealista” aquella que intenta encontrar la explicación del derrotero de la izquierda en su línea política. Esto se refutaría con un dato elemental que nadie cuestiona: a todas las organizaciones políticas les fue mal. Los autores, sin embargo, reconocen el crecimiento que tuvo la izquierda en la etapa y la profundización de sus vínculos con la clase obrera. Su derrota la ubican en el sectarismo, la fragmentación, la inexperiencia y la juventud. Cómo estos factores entran en juego es algo que los autores no explican. Pero el verdadero problema de fondo se encuentra en una subestimación de la derrota, que Pozzi y Schneider relativizan constantemente al señalar que la izquierda tuvo errores y aciertos, y que el golpe de estado fue producto de sus aciertos.

Naturalmente, si la izquierda no hubiese sido una amenaza real al capitalismo, el golpe hubiese carecido de sentido. Sin embargo, que el poder siguiera en manos de la burguesía, y que esta haya podido proceder al exterminio físico de la fuerza social revolucionaria, no es sino el síntoma más claro de su debilidad. Por otro lado, que a toda la izquierda le haya ido mal, no invalida que deba ser estudiada su “línea política”, si por ella entendemos su programa y su estrategia.³¹ Evidentemente en este punto todas las organizaciones se mostraron deficitarias. Que el problema sea general no anula su existencia. Asimismo, analizar una “línea política” no es idealista, no se trata de ideas en abstracto. Todo programa y toda estrategia tiene una plasmación concreta en la realidad, y es en definitiva la que ordena la intervención de sus militantes. Entre la

³⁰Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider: *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.

³¹Este planteo se inserta en una discusión más general sobre la “cultura obrera”, los procesos de politización y el peso en ellos de los sentimientos, la experiencia y la racionalidad. Se trata de un debate amplio que excede los objetivos de esta tesis. Sobre ello puede verse, entre otros: Mastrángelo, Mariana: “Cultura obrera izquierdista: oralidad y memoria en el interior de la Argentina en las décadas de 1930 y 1940”, en: *Historia, Voces y Memoria. Revista del programa de Historia Oral*, N° 2, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2010, pp. 59-78; Pozzi, Pablo: “Memoria, politización y fuentes orales en la cultura de los obreros argentinos”, en: *Historia, Voces y Memoria. Revista del programa de Historia Oral*, N° 2, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2010, pp. 41-58; Pozzi, Pablo (coord.): *Rebeldes e inconformistas. Procesos de politización y rebelión en América Latina*, Imago Mundi, Buenos Aire, 2016.

formulación y la concreción pueden existir diferencias, por ello mismo el análisis de los partidos no se agota en lo prescriptivo y requiere del estudio de su puesta en práctica.

Resumiendo, los trabajos aquí señalados carecen de respuestas certeras sobre las causas de la derrota del proceso revolucionario que surcó a la Argentina entre 1969 y 1976. Creemos necesario avanzar en el estudio de los programas políticos de las organizaciones políticas de izquierda que intervinieron en la etapa para comprender en qué medida estas podían dar cuenta de las tareas necesarias para la transformación revolucionaria del país. En este sentido, sostenemos que el estudio de las posiciones sobre el agro argentino es una vía de acceso a este problema y ofrece, al menos, respuestas parciales a ello.

b. La izquierda y la cuestión agraria

La problemática de la cuestión agraria y la izquierda argentina ha tenido cierto tratamiento bibliográfico, aunque no puede decirse que se trate de un campo agotado. Los estudios existentes se concentraron fundamentalmente en el análisis de los partidos políticos que se desarrollaron en la primera mitad del siglo XX en la Argentina. Esto ha dejado como saldo una cantidad de trabajos centrados en las tres corrientes políticas que se disputaron la dirección del proletariado por aquellos años -el anarquismo, el Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista de la Argentina (PC)-, comprendiendo los años que van desde el nacimiento de ellas hasta la caída del peronismo. Nuestra investigación comprende solo uno de esos tres observables, el PC. Por un lado, porque las organizaciones que se filiaban en el movimiento ácrata, si bien existían en los '70³², tenían un peso cercano a nulo en la clase obrera y en la escena política.³³ Por su parte, el

³²Diz y López Trujillo han reconstruido el panorama del movimiento ácrata en la década del '70 en la Argentina, focalizando particularmente en la experiencia de la organización Resistencia Libertaria (RL), nombre que adoptó en 1972 el grupo originalmente conocido como Grupo Revolucionario Anarquista (GRA). En 1974 RL inició una política de proletarización que le permitió introducir militantes en algunos gremios (alimentación, judiciales, textiles, estatales, docentes, gráficos y navales). Véase: Diz, Verónica y Fernando López Trujillo: *Resistencia libertaria*, Madre Selva, Buenos Aires, 2007.

³³El inicio del declive del anarquismo en el movimiento obrero es, al día de hoy, un debate abierto en la historiografía. La clásica interpretación de Suriano, que fechaba este proceso en la década del '10, ha sido refutada por, entre otros, Sartelli y Nieto. Asimismo, López Trujillo ha mostrado la persistencia del anarquismo, no sin importantes transformaciones internas, aún en la década del '30 a través de la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA). Véase: Suriano, Juan: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001; Sartelli, Eduardo: *La sal de la tierra. Clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano (1870-1940)*, Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras, 2010; Nieto, Agustín: "Notas críticas en torno al sentido común historiográfico sobre 'el anarquismo argentino'", en: *A contra corriente*, Vol. 7,

Partido Socialista para la misma etapa ya había perdido toda pretensión de transformación social profunda. No obstante lo cual, sí consideramos el análisis de Vanguardia Comunista que nació luego de una serie de rupturas que tuvieron su origen en el PS.

Los estudios de Tarcus³⁴ han mostrado que el primer análisis marxista sobre el agro argentino fue esbozado por Germán Avé-Lallemant. Su figura será reivindicada luego tanto por el PS como por el PC. Este ingeniero alemán sostuvo que el principal problema que frenaba el desarrollo agrario argentino era el latifundio y la clase que lo usufructuaba, los propietarios ganaderos monopolizadores de la tierra. Instalando una imagen cara a toda la izquierda nativa, caracterizó a esta clase como especuladora, carente de un papel directivo y productivo, y limitada al usufructo del colono, los mayordomos y los peones. Los latifundistas ganaderos estaban así lejos de ser una burguesía rural progresiva que incentivara la agricultura intensiva, y su comportamiento no sería más que parasitario. Con este diagnóstico, Lallemant sostuvo que una verdadera transformación solo podría venir de la mano de una colonización capitalista, por medio de grandes explotaciones que organizaran de manera racional e intensiva la producción. En este punto, jugaría un papel crucial la aplicación de la ciencia y la maquinaria industrial para alcanzar una organización racional y productiva. Una transformación de este tipo precipitaría la liquidación de los terratenientes absentistas y fomentaría la formación de un vasto proletariado rural, nacido de la expropiación del colono, sentando las bases para una ulterior socialización de la tierra.

Como ha señalado Graciano³⁵, la imagen de un campo dominado por una clase terrateniente parasitaria tiñó los análisis tanto del PS como del PC y, como mostraremos en esta tesis, también se reprodujo en buena parte de la izquierda setentista.

El anarquismo no le otorgó a la cuestión agraria un lugar privilegiado.³⁶ En realidad, esta ausencia se inscribía en un déficit más general, puesto que el movimiento ácrata no llegó a producir un programa propio basado en el estudio del desarrollo histórico del

Nº 3, primavera de 2010, pp. 219-248.; López Trujillo, Fernando: *Vidas en rojo y negro: una historia del anarquismo en la Década Infame*, Letra Libre, Buenos Aires, 2005.

³⁴Tarcus, Horacio: *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007; Tarcus, Horacio: “¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890”, en: *Políticas de la memoria*, Nº 4, Verano 2003/2004, pp. 71-90.

³⁵Graciano, Osvaldo: “Utopía social y utopía tecnológica en el pensamiento de las izquierdas argentinas para la transformación del capitalismo agrario, 1890-1945”, en *Mundo Agrario. Revista de Estudios sociales*, Nº 20, volumen 10, primer semestre de 2010, s/p.

³⁶Suriano, *Anarquistas...*, op. cit.

capitalismo en la Argentina. Sin embargo, en la producción escrita libertaria se encuentran algunas definiciones sobre la realidad del campo. A partir del análisis de la tarea editorial y el trabajo intelectual del anarquismo entre los años '30 y '40, Graciano identificó una caracterización ácrata del espacio agrario argentino, signada por la existencia de los grandes latifundios y la agricultura extensiva que implicaban una traba al desenvolvimiento económico del país.³⁷ Frente a ello se postulaba como solución la socialización de la tierra y de todos los medios de producción para dar pie a la constitución de granjas y estancias colectivas y cooperativas. Ante la crisis de 1930, parte del movimiento ácrata recuperó la propuesta del teórico ruso Piotr Kropotkin de organización económica en comunas agrarias, federativas y basadas en el gobierno directo, que formaban parte de una propuesta de contenido antiurbano y que proponían un retorno a una vida campesina socializada que no debía renegar del avance material del presente.³⁸ Estas propuestas pueden rastrearse en los trabajos de Bendicente, Santillán y Lazarte que compartieron con el socialismo y el comunismo la prédica antilatifundista, pero propusieron una salida original a ese escenario dominado por la gran propiedad, distanciándose tanto de la reforma agraria como de la colectivización. Lo más destacable en este punto es la distinción que el anarquismo realizó entre el chacarero y el obrero rural, que los estudios de Etchenique han puesto de relieve³⁹. A diferencia de otras corrientes sobre las que volveremos en breve, algunos grupos anarquistas caracterizaron al chacarero como un aspirante a burgués, de manera que sus intereses se emparentaban más con los del terrateniente que con los del proletario. Si bien entre arrendatario y terrateniente habría diferencias, en lo sustantivo -las "aspiraciones"- existiría una comunidad de intereses.

De todos modos, dada la magnitud del problema y las múltiples corrientes internas del anarquismo, hubo debates importantes en su seno y su lectura del agro lejos estuvo de ser uniforme y generalizada a todo el movimiento. Un contrapunto interesante puede observarse en la negativa de Sebastián Marotta a llevar la solidaridad de la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA) a la lucha de los colonos arrendatarios que protagonizaron el Grito de Alcorta en 1912, mientras que Abad de

³⁷Graciano, Osvaldo: "La escritura de la realidad. Un análisis de la tarea editorial y del trabajo intelectual del Anarquismo argentino entre los años '30 y el Peronismo", en: *Izquierdas*, N° 12, Santiago de Chile, abril de 2012, pp. 72-110.

³⁸Graciano, Osvaldo: "Las izquierdas ante la crisis del capitalismo agrario argentino. Producción de saber para la acción política", en: Silvia Lázzaro y Javier Balsa: *Agro y política en la Argentina. El modelo agrario en cuestión, 1930-1943*. Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 2012, pp. 119-202.

³⁹Etchenique, Jorge: *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, Ediciones Amerindia, Santa Rosa, 2000.

Santillán sostuvo en las páginas de *La Protesta* la necesidad de ganar la cooperación de los arrendatarios para el triunfo de la revolución. José Vidal Mata, un protagonista del debate agrario en el movimiento ácrata, por caso, fue un defensor del chacarero como un campesino sin capacidad de acumulación, y de la consigna “la tierra para quien la trabaja”.⁴⁰

Más que en la clarificación programática, el énfasis del anarquismo estuvo centrado en la denuncia de las condiciones en las que se desarrollaba el trabajo agrario, los bajos salarios y la arbitrariedad de los capataces. No sorprende entonces que su acción en el campo estuviera concentrada fundamentalmente en el impulso a la lucha obrera y a la sindicalización, tal como lo han mostrado los trabajos de Ascolani.⁴¹ En esas instancias, el movimiento ácrata aprovechó la oportunidad para propagandizar la necesidad de una revolución social que destruyera el gobierno y reemplazara el modo de producción.

Por su parte, el PS fue el primer partido que, filiándose en la tradición marxista, le otorgó importancia al estudio de la cuestión agraria argentina, lo que lo diferenció no solo de otras corrientes de izquierda, como el anarquismo que acabamos de consignar, sino también del conjunto de los partidos del régimen que carecieron, al menos durante las primeras décadas del siglo XX, de una preocupación por comprender la forma que adoptó el capitalismo argentino.⁴² Dentro de la historiografía sobre el PS existe un amplio número de trabajos centrados en la figura de Juan Bautista Justo que aportan, en su mayoría de manera colateral, ciertos postulados sobre el agro o abordan las definiciones políticas del partido donde se incluye las definiciones sobre el campo.⁴³ Sin

⁴⁰Véase el análisis realizado por Sartelli en su tesis doctoral, sobre la que volveremos luego: Sartelli, *La sal...*, op. cit.

⁴¹Ascolani, Adrián: “El anarco comunismo rural argentino. Utopía revolucionaria y sindicalismo (1900-1922)”, en: *Estudios sociales*, N° 4, primer semestre de 1993, pp. 113-136; Ascolani, Adrián: “Corrientes sindicales agrarias en la Argentina. Socialismo, anarco comunismo y sindicalismo (1900-1922)”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 15, 1992, pp. 141-151; Ascolani, Adrián: *El sindicalismo rural en Argentina. De la resistencia clasista a la comunidad organizada (1928-1952)*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2009; Ascolani, Adrián: “La identidad de los obreros rurales pampeanos: representaciones y controversias entre socialistas, anarquistas y sindicalistas (1918-1928)”, en: Mateo, Graciela y Oscar Ernesto Mari: *Territorio, poder e identidad en el agro argentino*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2010, pp. 171-184.

⁴²Lattuada, Mario: *Política agraria y partidos políticos (1946-1983)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988.

⁴³Halperin Donghi, Tulio: “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, en: *Desarrollo económico*, vol. 24, N° 95, octubre-diciembre de 1984, pp. 367-386. Arico, José: *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999. Portantiero, Juan Carlos: *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999. Barsky, Osvaldo, Marcelo Posada y Andrés Barsky: *El pensamiento agrario argentino*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992. Tortti, María Cristina: “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en: Ansaldi, Waldo, Aldo Pucciarelli y

embargo, Adelman⁴⁴, Graciano⁴⁵, Sartelli⁴⁶ y Barandiarán⁴⁷ ofrecen estudios particulares sobre el pensamiento y la acción socialista en materia agraria, basados en la prensa partidaria y los libros escritos por referentes socialistas, que permiten comprender el programa y la intervención del socialismo en la etapa que va desde su nacimiento hasta el primer gobierno peronista.

Si bien la fundación del PS se produjo en 1896, no fue hasta 1901, año en que se celebró el Cuarto Congreso Nacional Ordinario del partido, que se le otorgó centralidad a la cuestión agraria. Para esa fecha, Justo escribió el *Programa Socialista del Campo*. Ese texto tenía como auditorio no solo a los asalariados del campo sino también a los pequeños o medianos productores. Si bien estos últimos se comportarían en ciertos momentos del ciclo agrario como burgueses, debían ser asimilados a la clase trabajadora que se caracterizaría por la aspiración a ser productor independiente. Naturalmente, en

José Villarruel: *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Biblos, Buenos Aires, 1995, pp. 199-222.

⁴⁴Adelman, Jeremy: “Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la Primera Guerra Mundial”, *Anuario del Instituto de Estudios Históricos*, N° 4, 1989, pp. 293-233.

⁴⁵Graciano, Osvaldo, “Soluciones para la crisis del capitalismo argentino. Las propuestas socialistas para la transformación de la economía pampeana en los años ‘30”, en Guido Galafassi (comp.): *El Campo Diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX*, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2004, pp. 69-94. Graciano, Osvaldo: “Alternativas de izquierda para un capitalismo en crisis. Las propuestas de los partidos Socialista y Comunista de Argentina ante la crisis de su economía agraria, 1930-1943”, en: Noemí Girbal-Blacha y Sonia Mendonça (coord.): *Cuestiones agrarias en Argentina y Brasil. Conflictos sociales, educación y medio ambiente*, Prometeo, Buenos Aires, 2007, pp. 203-221. Graciano, Osvaldo: “Entre la transformación socialista y la redención nacional. El pensamiento de izquierda ante la crisis del capitalismo agroexportador, 1914-1933”, en Graciela Mateo, Oscar Marí, Cristina Valenzuela (compiladores): *Territorio, Poder e Identidad en el agro argentino*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2010, pp. 161-175. Graciano, “Las izquierdas ante...”, op. cit.; Graciano, Osvaldo: “Las izquierdas y la cuestión agraria en la Argentina del siglo XX. La persistencia de un vínculo en la definición de sus estrategias políticas”, en: Javier Balsa, Graciela Mateo y Silvia Ospital (comp.): *Pasado y presente en el agro argentino*, Lumiere, Buenos Aires, 2008. Graciano, “Utopía social...”, op. cit. Graciano, Osvaldo: “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”, en: *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, Madrid, 2007, pp. 241-262. Graciano, Osvaldo: “Representaciones del agro argentino en el Partido Socialista: entre la Segunda Guerra Mundial y el primer peronismo. 1939-1950”, en: Galafassi, Guido y Silvia Lázzaro (comps.): *Sujetos, política y representaciones del mundo rural. Argentina 1930-1975*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, pp. 63-118. Graciano, Osvaldo: “El agro pampeano en los ‘clásicos’ del socialismo argentino. Las propuestas hacia el campo de Juan B. Justo, 1894-1928”, en: Osvaldo Graciano y Talía Gutiérrez: *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*, Prometeo, Buenos Aires, 2006, pp. 87-115; Graciano, Osvaldo: “Las izquierdas y la crítica de la economía peronista. Producción de saber social y práctica política”, en: Graciano, Osvaldo y Gabriela Olivera (coord.): *Actores sociales, partidos políticos e intervención estatal durante el peronismo 1943-1955*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 2015, pp. 93-134.

⁴⁶Sartelli, *La sal de la tierra...*, op. cit.

⁴⁷Barandiarán, Luciano: “La propaganda socialista en el campo bonaerense: la experiencia de los ‘comités de zona’ (1930-1943)”, en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, N° 7, septiembre-octubre de 2010, pp. 147-166. Barandiarán, Luciano: “El Partido Socialista bonaerense y los trabajadores rurales permanentes (Tandil, 1920)”, en: *Trabajo y Sociedad*, N° 19, Santiago del Estero, Invierno de 2012, pp. 263-278. Barandiarán, Luciano: “La concepción socialista del trabajador rural: de Juan B. Justo a Juan Nigro”, en: Graciano y Gutiérrez, *El agro en cuestión...*, op. cit., pp. 117-136.

la vereda opuesta se encontraba el latifundio ganadero, locus del atraso de las fuerzas productivas y de una clase parasitaria, rapaz, inepta y desinteresada del bien colectivo: los terratenientes. De allí brotaría un régimen político oligárquico. Todos los aspectos negativos que contenía la estancia latifundista tenían su opuesto positivo en la chacra media: dedicada a la agricultura y a la producción racional, esta aparecía como el germen del progreso material y base para una democracia real. La lectura antiterrateniente y en defensa del chacarero se condensaría luego en *La burguesía terrateniente argentina* del socialista Jacinto Oddone, texto que años después se convertiría un clásico en la materia.⁴⁸ Allí los terratenientes aparecen como devoradores del “patrimonio de la Nación” y el latifundio como una “rémora” del progreso social, mientras que condena a los “colonos” a la “peregrinación” eterna. Naturalmente, la salida que proponía era la de la reforma agraria, expropiando a los dueños de la tierra para ponerlas a disposición de quienes las trabajarán.⁴⁹

Esta alianza obrero-chacarera propuesta tuvo su plasmación tanto en el programa mínimo como el máximo del partido. En lo inmediato, el partido reclamaba por la abolición de los impuestos a la producción agropecuaria y la exención fiscal a la pequeña propiedad, reconocimiento a los arrendatarios por las inversiones realizadas en la tierra; y para los trabajadores, medidas de mejoramiento de las condiciones de trabajo, salubridad e higiene. Barandarian ha sugerido que el perfil chacarerista del partido se acentuó aún más tras los sucesos del Grito de Alcorta⁵⁰ y que se plasmó consecuentemente en la actividad legislativa socialista, con proyectos que buscaban asegurar una “posesión tranquila y segura de la tierra”, fijación de cánones de arrendamiento, cooperativas de comercio y crédito, perfeccionamiento técnico y de infraestructura y regulación laboral de seguridad e higiene⁵¹. Martocci ha puesto en evidencia que intelectuales socialistas como Mariano Vélez escribieron materiales destinados a los agricultores, defendiendo el cooperativismo y colaborando en el conocimiento de la legislación agraria.⁵² El partido además tenía una lectura negativa sobre el proletariado rural, al que calificaba de “paria”, “huraño”, “analfabeto” y

⁴⁸Oddone, Jacinto: *La burguesía terrateniente argentina*, Ediciones Populares Argentinas, Buenos Aires, 1956.

⁴⁹Balsa, Javier: “Discursos y políticas agrarias en Argentina, 1920-1955”, en: *América Latina en la historia económica*, N° 3, Vol. 19, 2012, pp. 98-128.

⁵⁰Barandiarán, “El Partido...”, op. cit.

⁵¹Barandiarán, “La concepción...”, op. cit.

⁵²Martocci, Federico: “Mariano Vélez revisitado: una lectura socialista del agro pampeano en los años treinta”, en: *Revista de historia americana y argentina*, vol. 48, N° 2, diciembre de 2013, pp. 41-69.

“pasivo”, es decir, un sujeto de escasa cultura y, por tanto, poco propenso a la organización.⁵³ Esto contrastaba con la imagen que se tenía del proletariado industrial. Graciano ha señalado cómo esta caracterización socialista del agro se mantuvo inmodificada al menos hasta la década del ‘50, período hasta el que llegan los estudios actualmente existentes sobre el tema.⁵⁴ Asimismo, ha advertido que las soluciones propuestas por el PS se alejaron de las ideas de los teóricos alemanes clásicos del materialismo.⁵⁵ En efecto, Justo propugnó una vía farmer para el desarrollo agrario que defendía la eficiencia de la pequeña propiedad, y apuntaba a minar el latifundio por la vía de un gravamen sobre la renta, que desalentara la especulación con la tierra y alentara la producción competitiva. De este modo se alejaba incluso de la consigna que en ocasiones el propio partido esgrimía, la reforma agraria, pues no contemplaba la expropiación del latifundio, sino su erosión gradual. La defensa de los pequeños y medianos productores se hizo palpable también en la crítica a la gestión económica del peronismo, pues el PS sostuvo que el sistema de comercialización de cereales y oleaginosas vía Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) constituía una política de “despojo” sobre los agricultores. Considerándola una forma de monopolio que atentaba contra la chacra y mantenía la intermediación parasitaria, el socialismo defendió la libre comercialización, la asociación en cooperativas, la división de los latifundios, el acceso a la propiedad de la tierra por los chacareros y trabajadores, un nuevo régimen laboral y facilidades crediticias.⁵⁶

Para concluir con la bibliografía sobre el PS corresponde mencionar el trabajo de Adelman⁵⁷, quien buscó explicar la atrofia del partido en el ámbito agrario a partir de sus definiciones programáticas. Privilegiando al chacarero por sobre el peón, el socialismo concentró sus esfuerzos en organizar a una clase social que no buscaba una alternativa de izquierda, sino que pretendía preservar su inestable “posición lucrativa”. En efecto, el autor ofrece ejemplos que muestran con claridad cómo el proletariado fue relegado en favor de la burguesía agraria. Por caso, en 1902 el socialismo celebró el Congreso Obrero Agrícola Regional en Santa Fe y norte de la provincia de Buenos Aires. Allí se decidió no ratificar la demanda por mejora en las condiciones de higiene y trabajo, dado que los principales empleadores eran chacareros que ya habían hecho otras

⁵³Barandiarán, “La concepción...”, op. cit.; Barandiarán, “El Partido...”, op. cit.

⁵⁴Graciano, “Los debates...”, op. cit.

⁵⁵Graciano, “Utopía social...”, op. cit.

⁵⁶Graciano, “Las izquierdas y la crítica...”, op. cit.

⁵⁷Adelman, “Una cosecha...”, op. cit.

concesiones y que sufrían la explotación de los terratenientes. Siete años más tarde el Consejo Ejecutivo del PS ordenó la creación de una Federación de Obreros del Campo, pero la mayoría de sus Centros Obreros ubicados en ciudades bonaerenses se negaron a participar de la campaña. Barandiarán confirmó en otro de sus trabajos las dificultades que el socialismo tuvo a la hora de intentar instalar “comités de zona” en el agro pampeano.⁵⁸

Finalmente, el último partido que ha merecido estudios específicos sobre su caracterización del agro argentino en la primera mitad del siglo XX, es el PC. Se trata, sin embargo, de un observable que recibió menos atención. Ascolani⁵⁹ indagó sobre su influencia y declive en el movimiento obrero agrario, pero fueron Graciano⁶⁰ y Sartelli⁶¹ los que ofrecen un estudio más detallado.

El análisis comunista manifiesta evidentes similitudes con el elaborado en el PS al coincidir en la denuncia a la estructura latifundista, una clase terrateniente ganadera parasitaria y su deriva política, el régimen oligárquico. Sin embargo, el comunismo argentino haría más hincapié en el fenómeno de la dependencia respecto del capital británico, el cual controlaría el comercio de exportación, el transporte, la banca y los frigoríficos. De este modo, se configuraría una dominación “oligárquico-imperialista” que condenaría a la Argentina a una estructura económica fundamentalmente atada a la producción primaria basada en la ganadería y el monocultivo, con mercado interno pequeño, en situación de estancamiento técnico y con una industria atrofiada. Así como se enfatizó la dependencia también se afirmó la definición del latifundio como una rémora precapitalista, que garantizaría la reproducción de relaciones semif feudales: el arriendo, la aparcería y la mediería.

Sin embargo, el mayor elemento de diferenciación entre comunismo y socialismo en materia agraria, se ubica en la salida propuesta. Mientras el partido de Juan B. Justo, como ya señalamos, apostó a la pequeña propiedad minando el latifundio por vía fiscal, el comunismo se mantuvo fiel a la experiencia bolchevique, basada en la colectivización de la tierra a partir de su expropiación masiva. Así defendió la eficiencia de la explotación a gran escala y la tendencia histórica a la concentración de la propiedad de los medios de producción. No obstante, y como ha advertido Graciano, el PC penduló

⁵⁸Barandiarán, “La propaganda...”, op. cit.

⁵⁹Acolani, *El sindicalismo...*, op. cit.

⁶⁰Graciano, “Alternativas...”, op. cit.; Graciano, “Utopía social...”, op. cit.; Graciano, “Las izquierdas...”, op. cit.

⁶¹Sartelli, *La sal de la tierra...*, op. cit.

entre la colectivización y la consigna de reforma agraria, la cual conducía al fraccionamiento del suelo. Esta última opción, señala Sartelli, se impuso con fuerza a partir de la década del '30, cuando el partido realizó un viraje estratégico, de la estrategia de "clase contra clase" a la de "frentes populares". A partir de allí el comunismo reclamó con más fuerza medidas de protección a los pequeños productores rurales, en el marco de una revolución democrática, agraria y antiimperialista. Esto puede verse claramente en la crítica a las medidas económicas del peronismo clásico, frente al cual el PC se mantuvo en una directa oposición al considerar que claudicaba frente a la "oligarquía". La defensa de los pequeños productores en este caso se materializó a partir de la exigencia al gobierno de medidas de ayuda como crédito, mejores precios, suspensión de desalojos y participación en el IAPI. Sin embargo, el planteo de fondo apuntaba a una reforma agraria, que el comunismo consideraba como la única forma verdadera de atacar a los intereses latifundistas.⁶² Siguiendo otro trabajo del mismo autor⁶³ puede considerarse que el cambio en la propuesta agraria tras el pasaje a la estrategia de frente popular, generó un retorno a las posiciones originarias del partido cuando, apenas había roto con el PS -y bajo la nomenclatura de Partido Socialista Internacional (PSI)- esbozó un análisis similar al de la socialdemocracia europea que privilegiaba a los pequeños productores.

Párrafo aparte merece la tesis doctoral de Sartelli⁶⁴ quien, constatando el profundo desconocimiento histórico e historiográfico sobre el proletariado rural pampeano, desarrolló una investigación sobre este observable en el período 1870-1940, atendiendo desde el componente estructural -el desarrollo del capitalismo agrario pampeano- hasta el más subjetivo -la lucha y la conciencia de los trabajadores del campo-. En relación a este último punto, el autor dedica el capítulo final de su tesis a examinar los programas políticos de las organizaciones que se disputaron la dirección de esta fracción de la clase obrera: el socialista, el anarquista y el comunista. Del examen de ellos, sobre el cual ya nos hemos explayado, constata que, en definitiva, fueron todas variantes de un programa chacarero que convertía al proletariado rural en sujeto políticamente subordinado a la burguesía que acumulaba en el campo.

La clase obrera rural luchaba, particularmente en la década del '30, contra el desarrollo de la acumulación de capital, poniendo en pie instituciones que iban en contra de los

⁶²Graciano, "Las izquierdas y la crítica...", op. cit.

⁶³Graciano, "Las izquierdas ante...", op. cit.

⁶⁴Sartelli, *La sal de la tierra...*, op. cit.

intereses de la burguesía rural: las bolsas de trabajo, las jurisdicciones cerradas, el reconocimiento del sindicato y el Estatuto del Peón. Los partidos políticos, en particular el comunismo y el socialismo fueron instrumento de esa lucha. Pero su déficit se ubicaba en el plano de la lucha política general donde, como se dijo, buscaban trazar alianzas con fracciones de la burguesía, lo que incluía a aquellas a las que el proletariado rural enfrentaba directamente. Dicho de otro modo, los partidos que buscaban representar los intereses del proletariado, acababan por recoger los intereses de la burguesía. Se trata evidentemente de una hipótesis provocativa, pero que creemos describe cabalmente el estado en el que se hallaba la izquierda por aquellos años. Nuestra investigación la retoma para testearla en las organizaciones que actuaron en los años '70, a fin de evaluar en qué medida estas pudieron o no superar las experiencias del pasado.

Si bien han recibido menos atención historiográfica, resulta necesario dedicar algunas líneas a los trabajos sobre la cuestión agraria argentina de intelectuales ligados al trotskismo en esta primera mitad del siglo XX. En particular, corresponde mencionar a dos especialistas que han hecho sus aportes al estudio del problema, si bien los partidos de los que fueron integrantes tendieron a menospreciar la cuestión agraria. El primero de ellos fue José Boglich, productor agrícola en la localidad de Alcorta, Santa Fe y luego partícipe del famoso Grito de Alcorta de 1912. Inició su actividad política en la Federación Agraria Argentina (FAA), ejerciendo la presidencia de la misma en la regional Firmat y siendo redactor frecuente en su periódico, *La Tierra*. El triunfo de la Revolución Rusa lo inclinó crecientemente hacia el marxismo y en 1918 fue uno de los organizadores del Partido Socialista Internacional (futuro Partido Comunista) en la ciudad de Alcorta. En 1920 elaboró la plataforma agraria del comunismo, pero acabó por alejarse del PC hacia mediados de los '30. A partir de allí se incorporó a las filas del trotskismo, particularmente del Partido Socialista Obrero (PSO).⁶⁵

En 1934 publicó *El problema agrario y la crisis actual*⁶⁶ que tres años más tarde reescribió en lo que será su obra fundamental, *La cuestión agraria*,⁶⁷ que, como ha señalado Balsa⁶⁸, se trata del ejemplo más destacado de la lectura “clasista” sobre el

⁶⁵Tarcus, Horacio (dir.): *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la 'nueva izquierda' (1870-1976)*, Emecé, Buenos Aires, 2007, pp. 75-76.

⁶⁶Boglich, José: *El problema agrario y la crisis actual*, Aras, Buenos Aires, 1934.

⁶⁷Boglich, José: *La cuestión agraria*, Claridad, Buenos Aires, 1937.

⁶⁸Balsa, Javier: “Formaciones y estrategias discursivas, y su dinámica en la construcción de la hegemonía. Propuesta metodológica con una aplicación a las disputas por la cuestión agraria en la Argentina de 1920

problema del campo. En efecto, los planteos de Boglich se ubican a contrapelo de la izquierda de su tiempo. Decidido a refutar el carácter feudal del agro argentino, en abierta discusión con el PC, el chacarero trotskista sostuvo la inexistencia en estas pampas de un campesino parcelario y, por el contrario, señaló el predominio del capitalismo agrario en el contexto de un país atrasado y semicolonial, lo que lo ubica con claridad en el campo de las definiciones esbozadas por León Trotsky. Para Boglich, la clase fundamental del agro era el proletariado, estimando que el 80% de la producción agraria se basaba en la explotación de fuerza de trabajo. De resultados de su estudio minucioso de los clásicos del marxismo sobre el campo y su propio conocimiento de primera mano sobre la materia, Boglich fue un acérrimo detractor de la consigna de “reforma agraria”, a la que consideraba innecesaria para una Argentina carente del supuesto sujeto beneficiario de ella. Por el contrario, debía desarrollarse una colonización basada en un plan científico en extensiones de tierra que hicieran posible la utilización de la tecnología y maquinaria más moderna. En definitiva, la transformación que requería el país para superar el atraso y la crisis era de tipo socialista, basada en la expropiación de los medios de producción tanto en la industria como en el agro. En este punto, se lo puede considerar parte de una fracción minoritaria del trotskismo que en los años '30 batalló contra las tesis de la “liberación nacional”, cuyo máximo referente ha sido Antonio Gallo. Dirigente por aquel entonces de la Liga Comunista Internacionalista (LCI) Sección Argentina, Gallo sostuvo que la burguesía local había cumplido todas las tareas democráticas, por lo que el proletariado no tenía que buscar aliados en otras clases para lograr una “dictadura intermedia” ni plantearse una “revolución agraria antiimperialista”, sino avanzar hacia una revolución socialista que, en materia agraria, debía expropiar el latifundio.⁶⁹

El otro intelectual que consideramos necesario destacar es Reynaldo Frigerio. De origen trotskista también, estuvo inicialmente ligado al Grupo Obrero Revolucionario (GOR), del que se alejó finalmente por no coincidir con el planteo de liberación nacional de Liborio Justo. A partir de allí se vinculó justamente a Gallo y probablemente de su mano conociera a Boglich, de quien se reconoció como “discípulo”. La década del '40

a 1943”, en: *Papeles de trabajo*, n° 11, Vol. 19, Instituto de Altos Estudios Sociales, Buenos Aires, 2017, pp. 237-260.

⁶⁹Gallo, Antonio: *¿A dónde va la Argentina? Frente Popular o lucha por el socialismo*, Ediciones J. C., Mariátegui, Rosario, 1935. Rojo, Alicia: “El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo”, en: *Cuadernos del CEIP*, N° 3, Buenos Aires, 2002. Rojo, Alicia: “Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera”, en: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, N° 1, septiembre de 2012, pp. 103-128.

lo encontró, sin embargo, vinculado a Rodolfo Puiggrós y a su intento de tender puentes entre la izquierda y el peronismo. Con él y con Eduardo Astesano comenzó a elaborar una perspectiva nacionalista, dedicándose al estudio de la formación económica y social del país. Ese momento coincidió con un interés mayor sobre la cuestión agraria pero ya en un enfoque que se había distanciado del de Boglich: para Frigerio la revolución democrático-burguesa, agraria y antiimperialista se encontraría a la orden del día, dada la pervivencia de relaciones feudales en la estructura agraria argentina y la penetración imperialista⁷⁰. En 1953 su pensamiento agrario se sistematizó en el libro *Introducción al estudio del problema agrario argentino*.⁷¹ Allí identificó el locus del problema en la “oligarquía terrateniente”, que se habría originado con las enfiteusis rivadavianas, y que administraría el país como su propia estancia, no impulsando el “trabajo, ahorro y sacrificio” sino expropiando y domesticando al criollo. Consecuente con este diagnóstico, fue partidario de una gran reforma agraria integral y orgánica, aunque insistiendo que todo proceso de colonización debía basarse en la expropiación paga y con títulos públicos.⁷²

Los estudios sobre la izquierda y la cuestión agraria, como acabamos de exponer, alcanzan a cubrir hasta la primer mitad del '50 y luego vuelven a encontrarse algunos trabajos puntuales sobre los '60 y '70, a los que haremos mención en breve. No obstante, el panorama sobre el pensamiento agrario quedaría incompleto si omitiéramos las referencias al desarrollismo, aspecto que sí ha merecido atención en la bibliografía, y que da cuenta de la preocupación por la cuestión agraria ya no desde la izquierda sino desde la propia clase dominante. El nacimiento de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) hacia fines de la década de 1940, inauguró una corriente de pensamiento político que entiende el desarrollo como un cambio de estructuras en el marco de las relaciones capitalistas de producción.⁷³ El balance cepalino pone el énfasis en el subdesarrollo de los países de América Latina, que serían el resultado de su condición periférica en el mercado mundial, al que acceden como oferentes de materias

⁷⁰Frigerio, Reynaldo: *Cuatro ensayos marxistas sobre historia nacional*, El Tiempo, Buenos Aires, 1946; Tarcus, *Diccionario...*, pp. 224-225.

⁷¹Frigerio, Reynaldo: *Introducción al estudio del problema agrario argentino*, Clase Obrera, Buenos Aires, 1953.

⁷²Balsa, “Discursos y políticas agrarias...”, op. cit. Balsa, Javier: “Las políticas de colonización y regulación de los arrendamientos del peronismo clásico (1946-1955) y los posicionamientos de la Sociedad Rural Argentina y la Federación Agraria Argentina”, en: *Estudios del ISHiR*, Investigaciones Socio Históricas Regionales, año 3, N° 6, 2013, pp. 22-42.

⁷³Lázaro, Silvia: “El Desarrollismo y el problema agrario durante las décadas de 1950 y 1960”, en: *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 84, México, 2012, pp. 127-160.

primas en el marco de condiciones de intercambio desfavorables. En ese contexto, las economías latinoamericanas serían extremadamente vulnerables a los vaivenes externos y los desequilibrios internos se tornarían crónicos. El atraso adquiriría una dimensión estructural, en la medida que los países periféricos tendrían severas restricciones para acceder a la tecnología y desplegar procesos autónomos de desarrollo industrial.

Frente a este escenario tomó forma la solución desarrollista que ponía el énfasis en la promoción planificada de la industria nacional con una orientación mercadointernista, a los efectos de sustituir las mercancías que llegan vía importación y reducir, de este modo, la dependencia externa al equilibrar la balanza de pagos. El paquete de cambios preveía además la tecnificación, la democratización del sistema político, y la reforma agraria. En esta transformación de estructuras, el Estado aparecía como un actor clave, encargado de planificar e impulsar el conjunto de reformas y de hacerlo en el marco de una política de distribución del ingreso.

Ya entrada la década de 1960 es la Alianza para el Progreso, el programa de ayuda política, económica y social de Estados Unidos para América Latina, la que acabará por definir la importancia de la reforma agraria como herramienta para alcanzar la “justicia social” y la eficiencia productiva dentro de los marcos del capitalismo y, en particular, para evitar la conflictividad y los enfrentamientos sociales en el mundo rural.⁷⁴

En la Argentina el desarrollismo se encarnó centralmente en la figura de Arturo Frondizi. Lázaro⁷⁵ ha estudiado el lugar de la política agraria y su implementación durante el gobierno desarrollista/frondizista, además de reconstruir las tensiones que generó con la burguesía agraria. Concretamente, la autora expone las transformaciones de los postulados agrarios del desarrollismo frondizista entre los primeros meses de gobierno y la etapa posterior que culminó con su derrocamiento. Advierte allí que en la primera etapa primó la defensa de los postulados originarios que se elaboraron al momento de la reestructuración de la Unión Cívica Radical, a mediados de los '40, y que quedaron plasmados en la Carta de Avellaneda. Allí en cuanto a los problemas del campo, se definía que la tierra debía ser de quienes la trabajaran, pudiendo hacerlo individualmente o en cooperativas, lo que sería conquistado por medio de una “reforma agraria inmediata y profunda” que acabaría con la especulación y dejaría la circulación

⁷⁴Lázaro, Silvia: “La problemática agraria en el contexto del Desarrollismo”, en: *Travesía. Revista de Historia Económica y Social*, 2016.

⁷⁵Lázaro, “El desarrollismo...”, op. cit.; Lázaro, Silvia: “La política agraria y la experiencia desarrollista en Argentina durante el gobierno de Arturo Frondizi, 1958-1962”, en: *Revista Humanitas*, vol. 5, Campinas, 2003, pp. 39-55.

y comercialización de las mercancías agrarias en manos de grandes cooperativas bajo control estatal. Esta transformación agraria iría de la mano de una creciente nacionalización de los recursos naturales nacionales y de los “monopolios” que atentaran contra el desarrollo económico del país. Sin embargo, la llegada de Frondizi a la presidencia comenzó a mostrar tenuemente un cambio en estos postulados. En su mensaje inaugural a la asamblea legislativa, el flamante presidente desplazó el eje de la cuestión desde la “reforma agraria” al problema del acceso a la tierra, la seguridad y la estabilidad, y el foco se puso en la necesidad de incrementar la producción y la productividad por medio de la incorporación de capital y tecnología. Lázaro destaca que existía una diferencia notable entre la “estabilidad” y la “propiedad”, en la medida que la primera podía ser alcanzada, según Frondizi, en el marco del sistema de arrendamientos. Estas ideas se plasmaron luego en la presentación de un proyecto de Ley Agraria Nacional promovido por el Ministro de Asuntos Agrarios Bernardino Horne -personaje de larga trayectoria en materia agraria⁷⁶-, en el que nuevamente comienza a percibirse un giro en el elenco gobernante, puesto que allí se afirma ya que la propiedad de la tierra, sin importar su extensión, será respetada si es objeto de explotación racional. Ello no impide, sin embargo, que se produzca una cerrada oposición a la Ley, que nunca llegó a sancionarse, por parte de los productores agrarios más concentrados que se nuclearon en la Comisión Coordinadora de Entidades Agropecuarias. Estos criticaron el proyecto en tanto constituiría una forma “política” de transformar el campo, por medio de la violación al derecho de propiedad y la expropiación.

El cambio en los postulados originales del desarrollismo frondizista acabó de producirse por entero con el lanzamiento del Plan de Racionalización y Austeridad, a comienzos de 1959. Allí todo el problema económico nacional estuvo enfocado en el volumen y valor de la producción, la productividad agraria, el perfeccionamiento tecnológico, la rentabilidad y la conversión de la explotación agraria en una verdadera “empresa moderna”. Todas transformaciones que podrían lograrse ya sin un cambio en la condición jurídica de la tierra. Asimismo, en el marco de este plan, el “sector terrateniente” podría capitalizarse a través de mejores precios, créditos y desgravación impositiva. Frigerio sintetizó estos planteos al señalar que la industrialización sería el puntapié para el desarrollo productivo del agro, soslayando la idea opuesta que concebía

⁷⁶Lázaro, Silvia: “Bernardino Horne: política, legalidad y resignificaciones de la cuestión social agraria”, en: Graciano y Gutierrez *El agro en cuestión...*, op. cit., pp. 161-180.

la reforma agraria como base del despegue industrial. El marcado sesgo productivista terminó por ser el resultado de la búsqueda de saldos exportables que generaran las divisas necesarias para impulsar el desarrollo industrial, por lo cual se tornaba necesario estimular la economía agropecuaria. En esta oportunidad, la Comisión mantuvo una actitud expectante. Si bien celebró esta política como positiva, llamó a evitar cualquier retorno a postulados previos, exigiendo la eliminación de nuevas cargas impositivas y la estabilización monetaria y de precios.

Con todo, reconociendo la complejidad de la instrumentación de las políticas gubernamentales, en otro trabajo esta autora⁷⁷ encuentra que en la provincia de Buenos Aires, durante la gestión del gobernador Oscar Alende (1958-1962), hubo una mayor preocupación por la redistribución de la tierra en favor de agricultores pequeños y medianos y en el marco de un intento de alterar el “monopolio latifundista” de la tierra. Balsa lo caracteriza como una tibia política reformista que acabó por dar cuenta de las dificultades del “discurso agrarista” (sobre el que volveremos en breve) para traducirse en políticas públicas.⁷⁸

En efecto, lo que describe Lázaro en torno a las políticas públicas del frondizismo para la industrialización y el incremento de la producción y la productividad del campo, y la resistencia que estas encontraron entre las corporaciones de la burguesía rural dan cuenta de las dificultades y las tensiones propias de un país que no abandonó su matriz agraria. La compleja relación entre campo e industria cobró fuerza en el debate sobre el desarrollo agropecuario pampeano que se reactualizó en los años 1960 y 1970 en el marco de la agudización de la crisis de acumulación capitalista en la Argentina.

Sanz Cerbino⁷⁹ y Balsa⁸⁰ coinciden en señalar la existencia de dos grandes corrientes que interpretan de forma diferente los problemas del desarrollo agrario. Por un lado, una corriente “agrarista” o “reformista”, sitúa el problema en la naturaleza de la burguesía que acumula en el campo: una capa de grandes terratenientes impediría el acceso a la

⁷⁷Lázaro, Silvia: “Inequidad rural, desarrollismo y políticas de reforma agraria. El caso de la provincia de Buenos Aires”, en: *Revista de Historia Americana y Argentina*, vol. 48, Mendoza, 2013, pp. 153-162.

⁷⁸Balsa, Javier: “La cuestión agraria y la emergencia del discurso tecnolizante: el posicionamiento de las entidades agropecuarias argentinas en los años cincuenta y sesenta”, en: *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Porto de Galinhas, Pernambuco, 15 a 19 de noviembre de 2010.

⁷⁹Sanz Cerbino, Gonzalo: “Los Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola frente al debate sobre el desarrollo agropecuario en las décadas de 1960 y 1970: propuesta programática e intervención política”, en: *XI Jornadas Nacionales de Investigadores en Economías Regionales*, Paraná, 2 y 3 de noviembre de 2017.

⁸⁰Balsa, “La cuestión agraria...”, op. cit.; Balsa, Javier: “Transformaciones en la agricultura pampeana en las últimas décadas y su relación con el conflicto agrario”, en: *X Jornadas de Investigación del Centro de Investigaciones Geográficas y del Departamento de Geografía*, La Plata, 6 y 7 de noviembre de 2008.

tierra de los productores capitalistas, limitando de este modo el desarrollo del campo. La solución propugnada por esta corriente va desde la reforma agraria (en particular, en sus formulaciones de la izquierda) hasta formas de intervención estatal (concretamente, el desarrollismo y el peronismo) que tengan como norte la promoción de los productores que se consideran más eficientes vía impuesto a la renta potencial de la tierra, planes de colonización, intervención en el mercado de arriendos y facilidades crediticias. De este modo, un agro más eficiente permitiría generar los recursos necesarios para la promoción de la industria local y el desarrollo económico general del país. Historizando esta corriente, Balsa señala que se afianzó durante las décadas de 1920 y 1940 atacando enfáticamente a los “grandes terratenientes”, llegó a su clímax los primeros dos años del peronismo⁸¹ y que en los '60 y '70 produjo una discursividad de tipo revolucionario⁸². En sintonía con ello, Sanz Cerbino⁸³ ubica en esta corriente a la izquierda maoísta y trotskista, y a destacados intelectuales filiados en esa corriente (Milcíades Peña y Eugenio Gastiazoro, respectivamente).

Frente a esta perspectiva agrarista se erigió una opuesta que ha sido denominada por los especialistas citados como “liberal” o “liberal-conservadora”, la cual invierte el diagnóstico y sus soluciones. Para los defensores de esta interpretación, el problema del retraso agropecuario no se encuentra en las características de la burguesía terrateniente, sino en un factor externo, justamente el que la corriente agrarista ubica como solución: la intervención estatal. La producción agropecuaria se vería seriamente limitada por las retenciones, los impuestos específicos que solo se aplicaban al campo, los controles en el tipo de cambio y los precios de las mercancías agrarias que acababan por desalentar a los productores. En virtud de ello cuestionaban naturalmente la estructura de gastos estatales que llamaban a sanear y requerían la eliminación del proteccionismo sobre industrias “ineficientes”, de manera que el campo dejara de ser la fuente de financiación de quienes no podían resistir la competencia en el mercado. Exaltaban la seguridad jurídica, señalaban que el problema no estaba en la tenencia de la tierra, criticaban la “excesiva” parcelación y denunciaban la reforma agraria como el resultado de la acción del comunismo internacional. Balsa indica que esta corriente apareció más claramente a comienzos del siglo XX, cuando el conflicto chacarero puso en el centro de la escena un discurso agrario crítico, pasó a la defensiva durante los primeros gobiernos peronistas y

⁸¹Balsa, “La cuestión agraria...”, op. cit.

⁸²Balsa, “La ideología...”, op. cit.

⁸³Sanz Cerbino, “Los consorcios...”, op. cit.

recuperó la ofensiva hacia mediados de los '50, despojándose de las modulaciones reformistas que había tomado en los '30.⁸⁴

Buena parte de la discusión estaba centrada en la naturaleza y las formas de superación del estancamiento agropecuario. Estas corrientes atravesaron a todos los sectores que intervinieron en el debate sobre el desarrollo agropecuario, desde corporaciones agrarias hasta partidos políticos, pasando por intelectuales y técnicos. Balsa coloca dentro de los “liberales” a la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP) y a la Sociedad Rural Argentina (SRA), sindicando a Giberti como quién llevó al punto máximo de avance a las propuestas agraristas desde el Estado, con el impuesto a la renta normal potencial de la tierra,⁸⁵ y ubica a la FAA como parte de un “agrarismo confrontativo”.⁸⁶

El mismo autor advierte la emergencia de una nueva corriente, que sería el resultado de las transformaciones productivas y, en particular, del peso alcanzado por la tecnología en la producción agropecuaria. Nuevas formas organizativas -los Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola (CREA)- agruparían a sectores del desarrollismo (fundamentalmente de la Unión Cívica Radical Intransigente), a la “elite terrateniente modernizadora e innovadora” y a las revistas agrarias, para dar pie a un “discurso tecnologizante” que ponía la mirada en la revolución técnica que los productores debían llevar a sus campos y en el desarrollo de una actitud empresarial e independiente de la actividad corporativa. Este discurso se diferenciaría tanto del “liberal clásico”, que llamaba al retiro del Estado, de SRA y CARBAP, como del más estatista de los “agraristas”. Esta posición también es suscripta por Gras.⁸⁷

En un trabajo reciente, Balsa⁸⁸ ha realizado un desarrollo teórico que fundamenta y explicita su metodología de trabajo. El autor pone la mirada en el examen de los discursos y su lugar en la disputa por la hegemonía, entendida esta última en clave laclausiana como dominación del campo de la discursividad. Para ello, trabaja con conceptos de matriz foucaultiana como “formación discursiva” y “estrategias discursivas”, si bien señala que no los aplica de manera “ortodoxa” en tanto su preocupación es volverlos operativos. En este sentido, advierte que una base conceptual

⁸⁴Balsa, “La cuestión agraria...”; Balsa, “La ideología...”, op. cit.; Balsa, “Discursos...”, op. cit.; Balsa, “Formaciones...”, op. cit.

⁸⁵Balsa, “Transformaciones...”, op. cit.

⁸⁶Balsa, “La cuestión agraria...”, op. cit.

⁸⁷Gras, Carla: “El nuevo empresariado agrario: la construcción y los dilemas de sus organizaciones, en: Gras, Carla y Valeria Hernández (coord.): *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*, Biblos, Buenos Aires, 2009.

⁸⁸Balsa, “Formaciones...”, op. cit.

común entre diferentes hablantes puede dar lugar a diferentes discursividades, en tanto y en cuanto los conceptos y tipos de enunciación pueden ordenarse de diferentes maneras dando lugar a diversas estrategias discursivas. De este modo, discursos que en pueden parecer opuestos, en un examen más atento muestran una base conceptual compartida.

Llevando estas conceptualizaciones a su campo de trabajo, señala que el discurso crítico del latifundio y favorable a la intervención estatal para modificar la tenencia de la tierra, y el discurso opuesto, que defendía la gran propiedad y exigía una retracción del Estado, en realidad forman parte de una misma formación discursiva cuyos objetos constituyentes son la tenencia del suelo y el tamaño de las explotaciones. En definitiva, dos estrategias discursivas en una misma formación discursiva.

Si bien nuestra investigación no se ubica en el campo de los estudios del análisis del discurso, sino en el análisis de los partidos políticos -lo que nos lleva a examinar tanto las construcciones programáticas como la práctica política-, consideramos que su señalamiento es atendible en la medida que brinda ciertos recaudos útiles a la hora de examinar las definiciones programáticas de la izquierda. En efecto, la combinación diferente de los mismos conceptos dentro de un programa puede generar la idea de que se elabora desde un paradigma completamente diferente, cuando en realidad no lo es. De este modo, los balances y caracterizaciones de la izquierda podrían tener una base conceptual común con las de otros actores sociales antagónicos. Por caso, la denuncia del latifundio no ubica necesariamente a las organizaciones que estudiamos en una perspectiva clasista y diferente de la consignada por corporaciones de la burguesía agraria como la FAA, por más que pueda encubrirse en una terminología en apariencia más radical. En definitiva, comparten el mismo horizonte según el cual el problema del campo es el problema de la tenencia de la tierra.

Entrada la década del '70 el debate agrario se agudizó, en particular de la mano de las políticas peronistas de concertación social y política que se expresaron en iniciativas como el Pacto Social y el Pacto Agrario. Como señala Lázaro,⁸⁹ el peronismo desarrolló una propuesta agraria que tenía por norte el incremento de la producción y la productividad. Si bien la retórica oficial puso el énfasis en los latifundios y los minifundios, lo cierto es que se buscó el acuerdo con los productores rurales. Una de las leyes que desató mayor polémica, y que muestra cómo el debate agrario se instaló en la

⁸⁹Lázaro, Silvia: "La 'Reforma agraria' en la propuesta del peronismo durante la década de 1970", en: *Revista Estudios del Ishir*, vol. 3, N° 6, 2013, pp. 110-132; Lázaro, Silvia: "La política agraria peronista en el marco del Pacto Social y los derroteros posibles", en: *Historia Crítica*, Bogotá, 2013, pp. 145-168.

opinión pública, fue la Ley Agraria promovida por el Secretario de Asuntos Agrarios, Horacio Giberti. Los trabajos de Poggi muestran efectivamente la agudeza de aquellos debates, a través del análisis de la prensa periódica. En ella se observan desde posturas sutilmente favorables a la ley -diario *La Opinión*⁹⁰ - hasta enconadas oposiciones -diario *La Nación*-⁹¹. Naturalmente, ese debate permeó también los órganos de prensa de las propias corporaciones, donde Poggi observa un cerrado rechazo en *Anales* de la SRA⁹² y una abierta defensa en *La Tierra y Agro nuestro* de FAA.⁹³ Bien que intensa, la polémica no se prologó demasiado en el tiempo, en tanto que, como advierte la misma autora, la problemática sufrió un desvanecimiento en la escena pública hacia fines de 1974.⁹⁴ Volveremos sobre esto en el Capítulo II, dedicado al debate agrario en los partidos, corporaciones e intelectuales de la burguesía.

Para concluir este acápite de nuestro estado de la cuestión, resta mencionar la escasa bibliografía que abordó, colateralmente, los planteos agrarios de algunos partidos de izquierda en la década de 1970. Pacheco analizó el programa y la trayectoria del Movimiento de Liberación Nacional (MLN-MALENA), una organización de intelectuales formada en el año 60 y disuelta hacia fines de esa década, que generó una abundante producción escrita pero que tuvo escasa incidencia en la lucha de clases.⁹⁵ En un capítulo destinado a examinar la crisis de esta organización, la autora da cuenta de un debate que enfrentó a dos de sus cuadros: Ismael Viñas y Eugenio Gastiazoro, personajes que aparecerán en nuestra tesis.

Viñas, el máximo dirigente del MLN, había modificado su evaluación sobre Argentina, considerando que se trataba de un país capitalista plenamente desarrollado, dependiente pero sin rémoras precapitalistas, por lo cual el camino estaba allanado para resolver la tarea inmediata: la revolución socialista. En particular, sostuvo que en el campo

⁹⁰Poggi, Mariana: “Estrategias discursivas y representaciones del proyecto de ley agraria (1974) en el diario *La Opinión*”, en: *Pilquen*, N° 15, 2012, pp. 1-10.

⁹¹Poggi, Mariana: “Discursos y representaciones agrarias en la prensa escrita. *La Nación* - 1973”, en: *Theomai*, N° 21, Buenos Aires, 2010, pp. 170-196.

⁹²Poggi, Mariana: “Estrategias discursivas en las representaciones del Proyecto de Ley Agraria (1974). Los casos de *La Nación* y *Anales*”, en: *Revista Oficios Terrestres*, N° 27, 2001, pp. 1-33. Poggi, Mariana: “Noticias de una reforma agraria: el rol de la prensa en la construcción de representaciones”, en: *Alternativa*; vol. 2, Córdoba, 2015, pp. 118-145.

⁹³Poggi, Mariana: “Estrategias discursivas y representaciones del Proyecto de Ley Agraria (1974) en el periódico *La Tierra*”, en: *INTERCOM*, vol. 32, N° 1, São Paulo, 2011, pp. 61-84. Poggi, “Noticias...”, op. cit.

⁹⁴Poggi, Mariana: “El desvanecimiento del discurso reformista. El rol de la prensa argentina en la cuestión agraria durante 1975 y 1976”, en: *Global Media Journal*, vol. 9, N° 18, México DF, 2012, pp. 1-15.

⁹⁵Pacheco, Julieta: *Nacional y popular. El MALENA y la construcción del programa de liberación nacional (1955-1969)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2012.

predominaba el proletariado rural, que la propiedad latifundista se regía bajo parámetros capitalistas, y que el campesinado estaba compuesto por productores para el mercado, siendo la única capa potencialmente aliada a los trabajadores aquella compuesta por la pequeño burguesía. Sin embargo, la tarea allí no era la reforma agraria, es decir, la distribución de la tierra, sino la liquidación de la propiedad privada de los medios de producción, que libere a las fuerzas productivas de sus ataduras.

En la vereda opuesta, Gastiazoro defendía la existencia de una cuestión agraria en la Argentina, que se fundaba en la apropiación monopólica de la tierra por una capa de latifundistas, que oprimían a los chacareros y campesinos mediante la renta absoluta, por la que obtenían dinero sin inversión. Se trataba de relaciones semif feudales que debían ser liquidadas por medio de una revolución democrática, agraria y antiimperialista, basada en una alianza obrero-campesina que nucleara a todos los que se enfrentaban a la oligarquía rural.

La reconstrucción realizada por Pacheco permite comprender los trazos gruesos del debate sobre la cuestión agraria en el que, al menos, se delinearon dos posiciones: una que defendía al proletariado rural como el sujeto protagónico de las transformaciones revolucionarias en el campo y otra que auspiciaba, una vez más, una alianza chacarera.

Lemmi⁹⁶, en su investigación sobre la organización política y los conflictos del sector hortícola del Gran Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XX, abordó colateralmente el programa agrario del PC, al estudiar su intervención en el Congreso Nacional de Horticultura y Fruticultura de junio de 1971. La autora ha mostrado cómo el PC en los '70, a través de un brazo gremial destinado al nucleamiento de los productores agrarios -la Unión de Productores Agropecuarios de la República Argentina (UPARA)-, intentó organizar a fracciones de la burguesía que se veían imposibilitadas de alcanzar los niveles de productividad para seguir compitiendo en el mercado. Allí el comunismo intervino conjugando la consigna de reforma agraria con los pedidos al Estado de protección a los capitalistas más chicos. Estos aportes de Lemmi estarían dando cuenta de la persistencia de los postulados programáticos del PC que examinamos en este estado de la cuestión.

⁹⁶Lemmi, Soledad: "El Partido Comunista Argentino y el Congreso Nacional de Horticultura y Fruticultura. Junio de 1971", en: *XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, San Fernando del Valle de Catamarca. 2011; Lemmi, Soledad: *Vivir como peón, pensar como patrón. Conflicto, organización política y conciencia de clase en el sector hortícola del Gran La Plata (1953-2009)*, Tesis de posgrado, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2016.

Por otro lado, Rodríguez⁹⁷ realizó un estudio sobre la relación entre el Movimiento Agrario Misionero (MAM) y Montoneros entre los años 1971 y 1976. Este trabajo lo que muestra, en primer término, es el papel directivo que alcanzó el peronismo de izquierda en un órgano corporativo que nucleaba a sectores de la burguesía agraria, puesto que al menos hasta mediados de 1974, militantes montoneros ocuparon cargos de dirección en el MAM. La autora reconstruye las tensiones internas que se dieron en el organismo, producto de la intención de los dirigentes de incorporar los intereses de los obreros rurales, bajo la idea de un frente común con los colonos en contra de los grandes productores yerbateros. No es difícil ver allí un intento de forjar una alianza obrero-campesina, lo cual era rechazado por la propia burguesía que allí se nucleaba y, a su vez, ataba la suerte del proletariado a sus explotadores.

Finalmente, queda por mencionar un trabajo de Graciano⁹⁸ que realiza una aproximación a las definiciones agrarias del PC entre 1955 y 1976. En efecto, se trata de un trabajo que nos permite sintetizar este estado de la cuestión, toda vez que pretende hacer un balance general de la historia de la izquierda y el problema agrario. Desde el cambio de siglo hasta los inicios de la década del '30, ubica una etapa que denomina como de primacía del reformismo. Desde las primeras elaboraciones en clave marxista sobre el desarrollo agrario, en los periódicos socialistas *El Obrero* y *La Vanguardia*, pasando por los aportes de Lallemand como introductor del materialismo dialéctico, hasta las propuestas de Juan B. Justo, a quien adjudica el mérito de ampliar la lucha partidaria al campo e iniciar una acción agraria de izquierda, Graciano encuentra que priman aquí las ideas de tipo reformista o socialdemócrata, toda vez que las propuestas contemplan los intereses de la burguesía agraria. En buena medida puede identificarse en los trabajos de Oddone la condensación del antilatfundismo, propio de la concepción agraria de izquierda. La segunda etapa se ubica entre los años '30 y la caída del peronismo, momento en que el autor identifica un “redescubrimiento de Marx”, destacando sobre todo el trabajo de Boglich con una rigurosa perspectiva marxista, que pone en el centro de la escena la tendencia a la concentración del capital y la consecuente proletarianización campesina. Aquí la propuesta política no es ya reformista, sino que muestra una afinidad con la experiencia de la Unión Soviética: se defiende la

⁹⁷Rodríguez, Laura Graciela: “Los radicalizados del sector rural. Los dirigentes del Movimiento Agrario Misionero y Montoneros (1971- 1976)”, en: *Mundo Agrario*, vol. 10, N° 19, segundo semestre de 2009, s/p.

⁹⁸Graciano, Osvaldo: “Izquierdas y cuestión agraria en la Argentina del siglo XX. La persistencia de un vínculo en la definición de sus estrategias políticas”, en: Balsa, Mateo y Ospital, *Pasado y presente...*, op. cit., pp. 381-406.

colectivización y la nacionalización. En este punto, pareciera que Graciano acaba por sobredimensionar los alcances del pensamiento de Boglich, puesto que lejos de hegemonizar el espectro político de la izquierda, sus ideas fueron una rara avis entre organizaciones que cifraban las expectativas en una reforma agraria más que en la colectivización. La tercera etapa corresponde el período 1955-1976, momento en el que el autor se concentra en el examen de la obra del PC, muy prolífica en aquellos años, y reconstruye la crítica partidaria a los Planes de Transformación Agraria (de 1957 y 1958) y el posterior desencanto con la política de Giberti. En función de la crisis del PS, el panorama aparece hegemonizado por las ideas del comunismo, lo que implicaría la derrota de la propuesta reformista o socialdemócrata. En este punto, nos distanciamos del autor en la medida que no creemos que el reformismo agrario haya sido derrotado, sino que por el contrario fue asimilado por el propio PC. Es cierto que las propuestas del PC no son las mismas que las del PS, pero el mismo Graciano muestra que el comunismo apuesta a la reforma agraria y define como aliados a los “campesinos laboriosos”, que en las condiciones del agro argentino es una forma de alianza con sectores burgueses. En ese sentido, aunque mediante otras herramientas, el PC al igual que el PS apuntaba a reformar la estructura agraria sin avanzar en una transformación radical de las relaciones sociales. Más allá de esta diferencia, coincidimos con el autor en que el partido muestra un marcado dinamismo en su lectura sobre agro, con trabajos que traslucen un seguimiento de los debates y estudios de organismos estatales y científicos, toman como fuente datos estadísticos de la Organización Internacional del Trabajo, Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) y CEPAL y no son ajenos al conocimiento académico. Como Graciano mismo reconoce, este conocimiento no los lleva a abandonar sus concepciones tradicionales. Sin embargo, creemos que así como las ideas de Boglich en los '30 pueden considerarse una rara avis, también puede catalogarse de ese modo la preocupación teórica y empírica del PC, preocupación que no tiene parangón en otros partidos, con la sola excepción del maoísmo.

Si bien escasos y fragmentarios, los trabajos sobre las organizaciones políticas de los '70 estarían dando cuenta de una continuidad programática en materia agraria, respecto de las corrientes de izquierda a principios de siglo. La defensa de una reforma agraria, la identificación de sectores burgueses como aliados y la consecuente militancia en el seno de sus organismos corporativos, son indicios que apuntan a la reproducción de una línea política que considera que en el campo la dinámica de clases es diferente a la que acontece en la industria. Dicho más sencillamente, que en el campo el proletariado es

una fuerza secundaria que deberá subordinarse a los intereses campesinos o chacareros. El análisis sistemático que nos proponemos realizar en esta tesis sobre los principales partidos políticos que formaron parte de la fuerza social revolucionaria en los '70 intenta contribuir al conocimiento de este aspecto.

III. Marco teórico

a. *El proceso revolucionario en los '70*

A mediados de la década del '50 el capitalismo argentino entró en una de sus recurrentes crisis que obligaba a la burguesía como clase a relanzar las bases de acumulación. Desde ese entonces, la economía argentina describiría una trayectoria errática entre cortas fases de crecimiento, que bruscamente daban paso a otras de signo contrario. La insuficiencia de la renta agraria para sostener al conjunto de los sectores y la disputa por su apropiación generó uno de los principales frentes de la lucha de clases.⁹⁹ Como consecuencia de ello, se abrió un escenario de gran conflictividad social, toda vez que los intentos por relanzar la acumulación de capital por parte de la burguesía, obligan a impulsar diferentes planes de ajuste o “planes de estabilización”, que avanzaban sobre las condiciones de vida de importantes fracciones de la clase obrera, de la pequeño burguesía e incluso de la propia burguesía, mediante el desalojo y destrucción de los capitales más ineficientes. Cuando esta crisis se prolonga en el tiempo, debido a la irrupción de factores políticos que impiden su descarga en alguno de los sectores, estamos frente a una *crisis de acumulación*.

La profundidad de esta crisis económica, generó una crisis política cuya manifestación alcanza tres niveles.¹⁰⁰ Por un lado, el del personal político, donde distintos funcionarios y hasta el ejecutivo se desgastan y se impone la necesidad de un recambio. Un segundo nivel lo constituye la crisis de régimen, cuando lo que aparece en cuestión es la forma en la que se ordena el poder. De allí la alternancia entre regímenes democráticos y dictatoriales. Finalmente, el más profundo, es el que pone en cuestión los lazos ideológicos y políticos de dominación, la ruptura del vínculo que une a la clase

⁹⁹Sartelli, Eduardo (comp.): *La crisis orgánica de la sociedad argentina*, Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Buenos Aires, 2011, pp. 7-30.

¹⁰⁰Seguimos aquí el análisis de Sanz Cerbino, *La burguesía agraria entre Onganía y el golpe militar de 1976. La Sociedad Rural Argentina, la CARBAP y la Federación Agraria Argentina ante la crisis orgánica argentina*, Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras, 2012.

dominante con la dominada. El dominio de una clase no se asienta únicamente en la coerción, por el contrario requiere fundamentalmente del convencimiento de los dominados respecto de la dominación, es decir, del consenso. Cuando la crisis ha llegado a este nivel, afloran los cuestionamientos ya no solo al personal político y al régimen, sino a la clase dominante y al Estado mismo en su rol de árbitro. Se inaugura así una *crisis de hegemonía*. Llegado este punto el cuestionamiento no se expresa a nivel individual sino colectivo, lo que no significa, sin embargo, que se exprese en un enfrentamiento del conjunto de los explotados contra el conjunto de los explotadores. Se trata de una coyuntura fecunda para la irrupción de una intervención política independiente de parte de los explotados.

El desarrollo combinado de una crisis de acumulación junto a una crisis de hegemonía, denota la existencia de lo que Gramsci denominó *crisis orgánica*.¹⁰¹ La continuidad misma de las relaciones sociales capitalistas y del tipo de sociedad que estas ordenan aparece severamente cuestionada, y con ello se encuentra objetivamente planteada la posibilidad de una transformación social que altere las bases de esa sociedad. Para la clase dominante, se impone la necesidad de grandes sacrificios, ya sea mediante concesiones crecientes a los explotados o mediante la descarga de la violencia en grandes dosis, con su consiguiente costo político.

Hacia fines de la década del '60, en particular, durante la autodenominada Revolución Argentina, el gobierno militar de Juan Carlos Onganía implementó un nuevo plan de ajuste, cuyo diseño quedó en manos del Ministro de Economía Adalberto Krieger Vasena. Este plan se basó en una importante devaluación y congelamiento de salarios, combinado con una creciente represión que se cobra la vida de varios estudiantes, y el cercenamiento de espacios democráticos (violación de la autonomía universitaria, clausura del parlamento y de los partidos, persecución a dirigentes sindicales, entre otros). Todo ello condujo a una explosión de la actividad de las masas en la calle.

El hecho que hizo visible este fenómeno fue el Cordobazo, acontecido el 29 de mayo de 1969 en la provincia de Córdoba que, iniciado como una huelga económica¹⁰², trocó

¹⁰¹ Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003, pp. 62 y ss.

¹⁰² El Cordobazo comenzó con una movilización convocada por las seccionales locales de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), la Unión Tranviarios Automotor (UTA), Luz y Fuerza y el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor de la República Argentina (SMATA), que llamaron a un paro con movilización para el 29 de mayo. Las reivindicaciones inmediatas que motivaron tal acción eran, por un lado, la derogación de las llamadas "quitas zonales", forma en la que se cercenaba parte del salario para abaratar los costos empresariales y estimular el desarrollo industrial del interior del país. Por el otro, se resistía la eliminación del "sábado inglés", conquista por la cual los trabajadores desarrollaban

rápidamente en una huelga política de masas.¹⁰³ Durante casi dos días, la movilización de obreros y estudiantes enfrentó a las fuerzas represivas del Estado, primero a la policía y luego al propio Ejército. Tanto por su radicalidad como por el golpe inmediato que significó para el gobierno -dimitieron Carlos Caballero, gobernador de la provincia, Guillermo Borda, ministro del Interior, y Krieger Vasena-, el Cordobazo ocupó el centro de la escena política. Eso contribuyó a opacar la dimensión real del fenómeno, que adquiriría un grado mayor de generalidad: los combates de masas en Córdoba fueron precedidos por el primer Rosariazo del 16 de mayo (que, a su vez, fue un emergente de las movilizaciones estudiantiles en la provincia de Corrientes del día anterior) y continuado por el segundo Rosariazo en el mes de septiembre. De este modo, más que de un hecho aislado, se trató de un ciclo marcado por una tendencia insurreccional en el seno de las masas. Tendencia que se desplegó al menos hasta 1971, cuando se produce el Viborazo o segundo Cordobazo, y que recién va a comenzar a frenarse cuando la burguesía avanza con una estrategia de apertura democrática (el lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional), para luego volver a manifestarse a mediados de 1975, en las movilizaciones que enfrentaron el llamado Rodrigazo.¹⁰⁴

La emergencia de una huelga política de masas, como momento de la lucha de clases, da cuenta de una etapa en la que las masas entran en la escena política interviniendo con independencia de sus direcciones burguesas. La lucha callejera es una muestra del agotamiento del reformismo, estrategia de la clase obrera que tiende a expresarse por canales institucionales: partidos políticos y/o sindicatos. En esos momentos el proletariado comienza a unificar lo económico con lo político en un enfrentamiento contra el Estado. Ese es el momento al que asistimos en 1969:

“Hacia mediados de mayo, los obreros, los estudiantes, los docentes, los profesionales, los vecinos, ciertas fracciones de burguesía y ciertos sectores de la Iglesia comienzan a expresar un proceso de desarticulación política en relación al Estado, dentro de una relación de oposición a la política que implementa el gobierno y/o al gobierno mismo.

actividades medio día, pero cobraban la totalidad del jornal. De conjunto, ambas constituían un ataque a las condiciones de vida de la clase obrera.

¹⁰³Para una descripción y conceptualización del fenómeno véase: Balvé, Beba y Beatriz Balvé: *El '69. Huelga política de masas. Rosariazo-Cordobazo-Rosariazo*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2005.

¹⁰⁴En el período 1969-1973 se contabilizan 18 insurrecciones: en el año '69, en mayo en Rosario y Córdoba y septiembre en Rosario; en el '70, en febrero en Neuquén, en marzo en Cipolletti, en noviembre en Catamarca y en Tucumán; durante marzo del '71 en Santa Fe y Córdoba; en el '72 en abril en Mendoza, en junio en Tucumán y en julio en Mendoza y General Roca, en octubre en Trelew; en el '73 en mayo en Capital Federal (Devotazo), en julio en Córdoba y en agosto en Tucumán. (Izaguirre et al, *Lucha de clases...*, op. cit.)

El orden y la posición que cada grupo ocupa en la sociedad comienza a estar alterado por las nuevas condiciones que el desarrollo del capitalismo impone y son estas las que crean las condiciones de la emergencia de una nueva forma de articulación política, basada en una relación social contradictoria con los intereses del capital.”¹⁰⁵

Llegado este punto, la crisis de dominación política y social de la burguesía, da un salto cualitativo que se expresa en la organización independiente de las masas, abriendo un proceso de características revolucionarias. Como señala Lenin, este momento se hace visible a través de tres elementos:

“1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable; tal o cual crisis en las ‘alturas’, una crisis de la política de la clase dominante, abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. [...] 2) Una agravación, superior a la habitual, de la miseria y las penalidades de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por las razones antes indicadas, de la actividad de las masas, que en tiempos ‘pacíficos’ se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas tanto por la situación de crisis en conjunto como por las ‘alturas’ mismas, a una acción histórica independiente”¹⁰⁶

Para dimensionar correctamente la magnitud y profundidad del fenómeno, creemos necesario establecer una distinción entre *proceso* y *situación* revolucionaria.¹⁰⁷ La existencia de un proceso de características revolucionarias está dada por la crisis en las filas de la clase dominante, y por la presencia de fracciones de la clase obrera que experimentan una ruptura con sus direcciones burguesas tradicionales (para el caso que nos compete, el peronismo) y comienzan a virar hacia posiciones revolucionarias. Ese viraje se manifestó concretamente en los ‘70 a nivel de los sindicatos, en la emergencia del clasismo¹⁰⁸, y a nivel político, en el crecimiento de las filas de las organizaciones

¹⁰⁵Balvé y Balvé, *El '69...*, op. cit., p. 56.

¹⁰⁶Lenin, Vladimir: “La bancarrota de la II Internacional”, en: Lenin, Vladimir: *Obras Completas*, tomo XXI, Cartago, Buenos Aires, 1960, pp. 211-212.

¹⁰⁷Sartelli, Eduardo: *La plaza es nuestra. El Argentinazo a la luz de la lucha de la clase obrera en la Argentina del siglo XX*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2007, p. 95.

¹⁰⁸“¿Qué significaba que fueran clasistas? Se trataba, en la forma, de un resurgimiento de los métodos de acción directa y de la democracia sindical, cuyo contenido político expresaba la independencia de clase y el cuestionamiento de las relaciones capitalistas. [...] La presencia del clasismo en las fábricas es una muestra del avance de la fuerza social revolucionaria que emerge en 1969. Evidencia que los partidos revolucionarios que intervienen en la etapa no se encontraban aislados de los obreros, sino que su

que, debatiéndose entre programas revolucionarios y reformistas, se planteaban la transformación total o parcial del capitalismo.¹⁰⁹ Se conforma de este modo una fuerza social revolucionaria que es el resultado de alianzas de hecho que trazan entre sí diferentes fracciones de clases sociales, con compromisos laxos e intereses difusos, pero que comparten objetivamente un norte común: el enfrentamiento contra el Estado.¹¹⁰ En esa fuerza, diferentes partidos políticos se disputan la dirección.

La existencia de esta fuerza social implica la disputa por el poder y la conducción general de la sociedad por parte de los explotados, pero no que la toma del poder por parte de esta fuerza social se encuentre inmediatamente planteada. Esa es apenas una *posibilidad* que depende de la evolución de ese proceso. Ahora bien, el asunto es si esa posibilidad se pone en acto, es decir, si se alcanza el momento de doble poder en el que se enfrenta el poder concentrado de la burguesía contra el poder concentrado del proletariado. Momento al que se llega cuando ambas clases se han organizado en sendos partidos orgánicos, como indica Gramsci: Partido del Orden versus Partido del Caos. Es aquí cuando dentro del proceso revolucionario se abre una situación revolucionaria. La existencia de un partido orgánico es producto de la maduración subjetiva de una fuerza social, que comprende las tareas del momento, las ordena jerárquicamente y se prepara para realizarlas acaudillando detrás de sí a las masas. En ese momento, el poder aparece en discusión inmediata. Por ello mismo, Lenin distinguía cuidadosamente entre condiciones objetivas y condiciones subjetivas, cuya mutua existencia permitían el desarrollo de una revolución: “La revolución no surge de toda situación revolucionaria, sino sólo de una situación en la que a los cambios objetivos antes enumerados viene a sumarse un cambio subjetivo.”¹¹¹

Es en este punto, en el nivel subjetivo, donde consideramos puede encontrarse la explicación a la derrota del proceso revolucionario, y es allí donde comienza el análisis

programa fue encarnado por una fracción, aunque minoritaria, de la clase.” (Harari, Ianina: “Bitacora de lucha”, en: Duval, *Los sindicatos...*, op. cit., p. 17).

¹⁰⁹Es notorio en este punto cómo las dos organizaciones que polarizaron el campo de la izquierda durante los años '70, el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y Montoneros, adquieren una influencia de masas en un espacio muy corto de tiempo, considerando su fundación. Montoneros salió a la luz en mayo de 1970 y ya en 1973 movilizaba varios miles de militantes y simpatizantes activos; el PRT-ERP, si bien viene de una tradición previa ligada al Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) con cierto anclaje en la clase obrera del norte del país, se termina de constituir como organización en su V Congreso de julio de 1970, adquiriendo rápidamente influencia a nivel nacional. El crecimiento de las filas de estas organizaciones da cuenta de que expresaban un movimiento de lo real y que ciertas fracciones de la clase obrera empezaban a mirar con buenos ojos a aquellos que plantean la necesidad de una transformación social.

¹¹⁰Marín, Juan Carlos: “La noción de bipolaridad de formación y realización de poder”, en *Cuadernos CICSO, Análisis-teoría* N° 8, Buenos Aires, 1981.

¹¹¹Lenin, “La bancarrota...”, op. cit., pp. 211-212.

del que esta tesis es parte. La fuerza social revolucionaria adoleció de un déficit subjetivo que se expresó en una debilidad programática y una debilidad estratégica. Ello contribuyó a mantenerla en un estado embrionario, que se manifestó en el grado de dispersión y fragmentación de la vanguardia -los diversos partidos nominales que operaron en la etapa- y dificultó el pasaje de la fuerza al Partido que lograra hegemonizar fracciones amplias de la clase obrera. Ello colaboró en la imposibilidad de convertir el proceso en situación revolucionaria.

Reconocer que la derrota se debe a cuestiones subjetivas nos obliga a entrar en el análisis político, en el estudio “de la valoración del grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los diferentes grupos sociales”.¹¹² Lo cual implica analizar a los partidos políticos que se disputaron la dirección del proceso.

Un partido es un conjunto de cuerpos -militantes- subordinados a un objetivo político. Ese objetivo es lo que se conoce como *programa*,¹¹³ un conjunto de tareas históricas para una sociedad. Su formulación surge de un diagnóstico del grado de desarrollo alcanzado por la sociedad vigente. De ello se desprende el carácter de la revolución, es decir qué tipo de tareas son necesarias para la transformación social, el sujeto portador de esa potencialidad y que otros sectores acompañan ese proceso, es decir, las posibles alianzas de clases. Como tal, un programa recoge los intereses principales de una de las clases fundamentales, que para el capitalismo son el proletariado y la burguesía. A su vez, puede contener los intereses secundarios -económicos- de otras clases, lo que viabiliza la existencia de alianzas.

En términos generales, existen tres tipos de programas para una sociedad capitalista de las características de la Argentina. El revolucionario, que recoge los intereses históricos de la clase obrera y, por ende, se plantea la superación del capitalismo y la construcción del socialismo. El reformista, que contiene los intereses históricos de la burguesía, asegurando la continuidad del capitalismo, pero contempla en diferentes grados los intereses económicos (la mejora en las condiciones de venta de la fuerza de trabajo) o políticos (ampliaciones democráticas) de su antagonista social. Y el reaccionario, que en relación al anterior, minimiza las concesiones a la clase obrera. Dentro de estas generalizaciones, existen diferentes variantes, aunque no tantas como partidos políticos

¹¹²Gramsci, *Notas...*, op. cit., p. 57.

¹¹³La tradición marxista ha dejado un gran acervo de textos que reflexionan sobre el programa y el partido. Se destacan: Lenin, Vladimir: *¿Qué hacer?*, Luxemburg, Buenos Aires, 2004; Lenin, Vladimir *Contra el revisionismo en defensa del marxismo*, Progreso, Moscú, 1976; Luxemburgo, Rosa: *¿Reforma social o revolución?*, Luxemburg, Buenos Aires, 2010.

nominales, dado que algunos de ellos pueden tener similitudes programáticas y diferenciarse por cuestiones estratégicas, e incluso tácticas.

Como señalamos con anterioridad, el análisis de los programa no se agota sencillamente en lo que las organizaciones dicen de sí mismas, sino que también debe contemplarse la puesta en práctica de ese programa. No necesariamente lo escrito se plasma en la realidad. De modo que el análisis no se agota en el plano prescriptivo sino que debe complementarse con el estudio de la praxis concreta de cada organización.

En esta tesis nos concentraremos en los partidos que se consideraban “de izquierda”. Siguiendo a Sartelli, entendemos a la izquierda del siguiente modo:

“La izquierda es, entonces, la expresión de una identidad política: la que encarnan quienes sostienen la necesidad de enfrentar al capital en nombre de los intereses del proletariado y del resto de la población explotada y oprimida. El grado de su enfrentamiento depende de la profundidad con la que se ligue las contradicciones más profundas de la sociedad, es decir, de las relaciones sociales básicas. Hay una izquierda ‘en el sistema’ (la que no cree necesaria su eliminación) y una ‘del sistema’ (la que se dirige contra el sistema social como tal). En términos gramscianos, es la misma distinción entre fenómenos orgánicos y de coyuntura.”¹¹⁴

En este sentido, los observables que serán motivo de nuestro análisis forman parte tanto de la izquierda reformista como de la izquierda revolucionaria pero, más allá de la naturaleza de su programa, confluyeron en la fuerza social revolucionaria en algún momento del período 1969-1976.

Las tareas que forman parte de un programa, necesitan una traducción práctica, una forma de llevarlas a cabo. Eso es lo que se conoce como *estrategia*. Karl Von Clausewitz¹¹⁵, quien la definió, al pensar la guerra como fenómeno social y no meramente técnico, como la planificación del conjunto de encuentros (batallas) requeridos para alcanzar los objetivos finales. A su vez, la intervención en cada uno de los encuentros, es lo que se reconoce como táctica. Esta planificación general puede no ser consiente para los actores, pero expresa una trayectoria racional y sirve para comprender los enfrentamientos sociales en el proceso de la lucha de clases.¹¹⁶

¹¹⁴Sartelli, Eduardo et al: “Izquierda. Apuntes para una definición de las identidades políticas”, en: *Razón y Revolución*, N° 5, Primavera de 1999, (reedición electrónica), p. 33.

¹¹⁵Clausewitz, Karl Von: *De la guerra*, Ediciones del Solar, Buenos Aires, 1983.

¹¹⁶Marín, “La noción...”, op. cit.

Las hipótesis generales del programa de investigación en el que se inserta esta tesis atañen a estos dos elementos constitutivos de los partidos políticos. En los '70 en la Argentina gran parte de las organizaciones políticas claudicaron programáticamente frente al reformismo. Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) son ejemplos de destacamentos que se inclinaron por el acercamiento o fusión en diferentes grados con el peronismo. En un contexto en que fracciones minoritarias pero crecientes de la clase obrera comenzaban a romper con esa dirección reformista, estas organizaciones se constituyeron en un dique de contención de las fracciones peronistas del proletariado. El retorno del mayor cuadro del reformismo, el General Perón, mostró que el supuesto "potencial revolucionario" del peronismo que defendían las organizaciones que se definían como "izquierda peronista" se dio de bruces contra las verdaderas tareas contrarrevolucionarias que venía a cumplir el tercer gobierno peronista.

Otro déficit se ubica en el plano estratégico, donde hubo una significativa adhesión a diferentes formas de lucha armada que llevó a las organizaciones más destacadas, como el Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Guerrillero del Pueblo (PRT-ERP) a dedicar buena parte de sus fuerzas militantes a la construcción de importantes frentes militares. Adelantándose al momento militar de la lucha de clases, sobreestimaron las tareas militares por sobre la construcción del partido en el seno de las masas, complotando contra la realización de la principal tarea de la etapa: la disputa por la clarificación de la consciencia de fracciones amplias de la clase obrera, interviniendo activamente en la crisis del reformismo.

Estos dos déficits se explican, a su vez, por un elemento más general: la pequeña burguesía, de cuyas filas saldrán las direcciones que se disputaran la dirección de la clase obrera en los '70, se activó en los '60 en un momento en que el proletariado argentino, tras la represión del frondizismo, entraba en un reflujó. Este desfaje explica el aislamiento en el que nace buena parte de la izquierda que protagonizará unos años más tarde el proceso revolucionario, y que la lleva a claudicar estratégicamente frente al guevarismo y políticamente frente al peronismo.

Tesis desarrolladas dentro de este programa de investigación ya han producido avances en ambos puntos, y a las que nuestra investigación intenta abonar. Un trabajo¹¹⁷ sobre las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) ha verificado cómo una estrategia que

¹¹⁷Grenat, Stella: *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del programa revolucionario en los '70*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2010.

privilegió la lucha armada por sobre las definiciones programáticas y la inserción en la clase obrera, condujo al abandono de la tarea de dirección política y a la disolución de la organización en el momento en que el proletariado argentino salía de su reflujo y pasaba a la ofensiva en 1969. Por su parte, el estudio¹¹⁸ del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) ha mostrado que ese aislamiento en el que surgió la organización, la condujo a intentar un acercamiento a la clase obrera mediante una política filo-peronista, que se tradujo en el diseño de un programa “nacional y popular” que luego tendrá su auge, y mostrará sus catastróficas consecuencias en Montoneros.¹¹⁹

Como señalaremos en el tercer apartado de esta introducción, nuestra tesis intenta contribuir a clarificar, por la vía de indagar sobre la “cuestión agraria”, las definiciones programáticas y estratégicas de la izquierda que intervino en la etapa. Nos adentramos en el debate acerca de la estructura agraria de la Argentina, sus clases fundamentales y su grado de desarrollo, lo que constituye el diagnóstico inicial sobre el que se asientan las definiciones programáticas de toda organización y de las que, a su vez, se desprende determinada estrategia. Intentamos así poner a prueba la hipótesis acerca de su dificultad para dar cuenta de la situación real de la estructura económico-social del país y por tanto desarrollar una intervención adecuada a ella. En este punto, creemos que la izquierda desconocía las coordenadas económicas y sociales del país que pretendía transformar. De comprobarse tal hipótesis, mostraría un déficit programático significativo que evidenciaría, a su vez, parte de la debilidad subjetiva de la fuerza social revolucionaria.

*b. La cuestión agraria*¹²⁰

La llamada “cuestión agraria” resultó un problema sumamente extendido en la década del ‘60 y ‘70, tanto en la izquierda -como veremos a lo largo de esta tesis- como en la clase dominante, con el desarrollismo y la Alianza para el Progreso. En ambos casos, aparecía como la clave para explicar el “atraso” de lo que se llamó el “Tercer Mundo”.

¹¹⁸Pacheco, *Nacional y popular...*, op. cit.

¹¹⁹Pacheco, Julieta: *Montoneros y las contradicciones del programa de liberación nacional (1970-1976)*, Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras, 2014.

¹²⁰Para este apartado nos basamos en: Marx, Karl: *El Capital. Crítica de la economía política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004; Marx, Karl: *Grundrisse: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976; Marx, Karl: *Teorías sobre la plusvalía*, Cartago, 1974. Sartelli, *La sal de la tierra...*, op. cit.

Con diferentes argumentos, el problema solía aparecer asociado al gran latifundio y la miseria campesina como explicación del estancamiento y la crisis.

En efecto, la pregunta por la “cuestión agraria” remite al problema del surgimiento del capitalismo en el agro. Como ha señalado Marx, el nacimiento del capitalismo requirió de una etapa previa de acumulación originaria, en la cual aquello que aún no era capital debió convertirse en tal. En el campo esta acumulación implicó que la tierra y la fuerza de trabajo se convirtieran en mercancías, es decir, que fueran comprables. Para ello debía procederse a la destrucción de la sociedad feudal: el campesinado, que tenía en posesión los medios de producción y era explotado por medio de una coacción extra-económica, debía ser liberado y separado de la tierra. En ese doble proceso de liberación y expropiación, el campesinado enfrenta dos destinos. Si tiene capacidad para retener los medios de producción se convierte en un propietario y, según su escala, será pequeño burgués o burgués. La diferencia entre ellos radica en la capacidad del segundo de explotar fuerza de trabajo y abandonar por entero la producción, mientras que el primero no puede hacerlo. Si pierde la tierra, no tendrá otro medio de subsistencia que la venta de su fuerza de trabajo. Pasa entonces a ser un proletario, ya sea urbano o rural. La expropiación no culmina, sin embargo, cuando se completa la acumulación originaria. La competencia capitalista constantemente desaloja a los productores más ineficientes en un proceso de concentración y centralización del capital, propio de la competencia capitalista. Motivo por el cual frecuentemente se pauperizan y proletarizan sectores de la burguesía, y la pequeña burguesía tiende a desaparecer polarizando la sociedad en un grupo cada vez más reducido de burgueses y una masa creciente de desposeídos.

De modo que la “cuestión agraria” entonces es el nombre que reciben dos fenómenos históricos más o menos separados en el tiempo: la acumulación originaria y la concentración y centralización del capital. De no cumplirse estos procesos, estaríamos ante la pervivencia de una población campesina y, por tanto, de relaciones precapitalistas que debían ser liquidadas antes o en la transición al socialismo. Ese es, finalmente, el debate en el que se encuentra la izquierda en la década del ‘70.

Además del aspecto histórico, la cuestión agraria se refiere también a una serie de fenómenos particulares del desarrollo capitalista en el campo. Existe una idea, que como veremos impregnó a la izquierda, según la cual las “reglas” generales del capitalismo no se aplican al agro. La realidad urbana y fabril sería sensiblemente distinta a la que se desarrolla allende a la tranquera en el campo. Mientras que nadie discute la existencia

de burgueses y proletarios en la ciudad, el campo aparece como el reino de otras clases sociales no tan fácilmente asimilables a aquellas: el terrateniente, el campesino, el chacarero o el peón transitorio. De igual modo, la productividad de la gran industria y la concentración no se verificaría en el agro, donde la pequeña propiedad mostraría ser más efectiva y, como consecuencia lógica, allí no habría tareas de socialización. De allí que la consigna generalmente sea la de reforma agraria, es decir la contraria a la colectivización, puesto que implica la subdivisión de la tierra para que sea propiedad de quien la trabaja.

Si bien es cierto que existen particularidades del desarrollo capitalista en el agro, no son estas que acabamos de mencionar. Por eso corresponde que, haciendo uso de los clásicos de la materia, aclaremos una serie de cuestiones elementales que signarán los análisis de los próximos capítulos, a saber: la renta agraria, las clases sociales y las tendencias generales del capital en el agro.

Renta agraria

La particularidad central del desarrollo capitalista en el agro está dada por la importancia que cobra la renta en el movimiento del capital. Ello está directamente vinculado a la tierra como factor productivo. En efecto, se trata de un bien no reproducible. El mundo tiene una superficie limitada, que no puede ampliarse. Los avances técnicos pueden incrementar la productividad, y hacer ingresar de este modo tierra antes improductiva al ciclo productivo. Pero la tierra no puede ser “fabricada”. Sí puede, a diferencia de otras condiciones de producción, como por ejemplo el aire, ser objeto de apropiación individual y privada. Es decir, puede ser monopolizada.¹²¹ Quien lo hace tiene el derecho de ceder o no su uso, al menos en una sociedad que convalide la propiedad privada, y naturalmente exigirá a cambio una porción de la riqueza que con ella se producirá. Y allí aparece el problema central: como señala la teoría marxista, solo el trabajo genera valor. La tierra en sí misma no lo tiene. Sin embargo, tiene un precio de mercado, ya sea tanto para compra como para alquiler. Ese precio, que como dijimos no corresponde a ningún valor, surge finalmente de la fuerza del monopolio. Ningún propietario la cederá sin nada a cambio, sencillamente porque el capitalismo

¹²¹Marx, *El Capital...*, op. cit., Libro Tercero, Capítulo XXXVII.

sanciona el derecho a la propiedad privada. Violentar ese derecho implicaría violentar un pilar de la sociedad burguesa.

El derecho del terrateniente a recibir algo a cambio del uso de su tierra es lo que Marx llamó renta absoluta. Se trata de una parte de la plusvalía que se genera con la explotación de la fuerza de trabajo en el ciclo productivo, que va a parar a manos de ese burgués no industrial que es dueño de la tierra. Como la producción agraria no participa de la tendencia a la formación de la tasa media de ganancia, se genera una diferencia entre los precios de producción y el valor de los productos agrarios. Esto se explica además por el hecho de que la agricultura se mantiene técnicamente atrasada en relación a la productividad media del trabajo de toda la economía, de manera que sus productos contienen una masa mayor de trabajo, que no va a parar a otras ramas más concentradas de la economía (cuestión que si acontece en el resto de la economía). ¿Qué significa finalmente esto? Que el valor que se apropia como renta no afecta la ganancia agraria, sino que surge como plusvalor de la explotación de los trabajadores rurales. En palabras de Marx:

“la naturaleza de la renta absoluta consiste en lo siguiente: capitales de igual magnitud en esferas distintas de la producción producen, según su diversa composición media, con la misma tasa de plusvalor o la misma explotación del trabajo, diferentes masas de plusvalor. En la industria, esas diferentes masas de plusvalor se nivelan para constituir la ganancia media, y se distribuyen uniformemente entre los diferentes capitales como entre partes alícuotas del capital social. La propiedad del suelo, en cuanto la producción necesita tierra, tanto para la agricultura como para la extracción de materias primas, obstaculiza esta nivelación de los capitales invertidos en la tierra e intercepta una parte del plusvalor, que de otro modo entraría en la nivelación para formar la tasa general de ganancia. La renta constituye entonces una parte del valor, más específicamente del plusvalor de las mercancías, sólo que en lugar de corresponderle a la clase capitalista, que lo ha extraído de los obreros, cae en manos de los terratenientes, que lo extraen de los capitalistas.”¹²²

Existe, además de la renta absoluta otro tipo de renta que Marx llama diferencial.¹²³ Esta brota de las cualidades de la tierra, que no es siempre igual. Esa cualidad está dada por la fertilidad y por la distancia a los mercados. Esos dos factores determinan la existencia

¹²²Marx, *El Capital...*, op. cit., Libro Tercero, Capítulo XLV, pp. 980.

¹²³Marx, *El Capital...*, op. cit., Libro Tercero, Capítulos XXXVIII y XXXIX.

de tierras mejores y tierras peores para la producción. Sucede que, por el carácter no reproducible de la tierra que ya explicamos, los precios agrarios no se generan de la misma manera que los del resto de la economía. El productor que utilice tierras más productivas tendrá costos menores, mientras que el que lo haga con tierras de peor calidad tendrá costos mayores. Como los precios se fijan en función del productor menos eficiente, aquel que tenga menores costos recibirá un ingreso extra, más allá de la ganancia y de la renta absoluta. Es, en efecto, una renta extraordinaria que brota no del capital, sino de la cualidad de la tierra. Mientras que la renta absoluta surge del plusvalor de los trabajadores rurales, la diferencial obtiene un valor por encima de la ganancia media de toda la economía. Es decir, la renta diferencial apropia plusvalía ajena, de allí la famosa frase de Marx del terrateniente que esquilma a toda la sociedad.¹²⁴ En palabras del filósofo alemán:

“esta renta del suelo no proviene de la elevación absoluta de la fuerza productiva del capital empleado, o del trabajo apropiado por el mismo, elevación que en general sólo puede reducir el valor de las mercancías, sino de la mayor productividad relativa de determinados capitales individuales invertidos en una esfera de la producción, en comparación con las inversiones de capital excluidas de estas condiciones favorecedoras excepcionales de la fuerza productiva, creadas por la naturaleza.”¹²⁵

Como puede apreciarse, la renta es un fenómeno que se explica por la propia dinámica capitalista y no corresponde a un “residuo” precapitalista. No surge tampoco de la expropiación de un terrateniente a un productor directo, ni se constituye como tal en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas. Es parte, por el contrario, de la explotación de la clase obrera. Veremos que buena parte de la izquierda realiza una lectura contraria, que la lleva a ser partícipe de lo que es realmente un conflicto interburgués en torno a la apropiación de los frutos de la explotación.

¹²⁴Marx distingue dos tipos de renta diferenciales, tipo I y tipo II. La primera, es la que ya analizamos. La segunda, surge de las diferentes calidades de los capitales que operan en el agro. Un capital más productivo tendrá costos inferiores que un capital menos productivo. Por el mismo fenómeno que surge la renta diferencial tipo I, surgirá la renta diferencial tipo II: el productor más eficiente tendrá una ganancia mayor en virtud del mecanismo de generación de precios. Hay una diferencia fundamental entre una y otra. Mientras que la primera la cobra el burgués terrateniente, la segunda, si se desarrolla después de la firma del contrato de arrendamiento, la embolsa el capitalista mientras dure el contrato. Luego, caerá en manos del propietario. Esta es la base material que explica las luchas entre burgueses terratenientes y capitalistas por la duración de los contratos. (Marx, *El Capital...*, op. cit., Libro Tercero, Capítulos XXXIX y XL.

¹²⁵Marx, *El Capital...*, op. cit., Libro Tercero, Capítulo XXXVIII, p. 381.

Clases sociales

Dos son las clases sociales que generan confusión en el análisis del agro y que alimentan aquella imagen del sentido común que señalamos al comienzo, según la cual el mundo rural es completamente distinto al urbano o fabril. Por un lado, el terrateniente; por el otro, el campesino.

Al terrateniente suele atribuírsele una serie de características que lo diferenciarían sensiblemente de un capitalista. Por un lado, se lo presenta como una clase feudal, absentista, carente de una lógica “empresarial” y dueño de un monopolio poderoso. En relación a este último punto, es común la caracterización de “oligarquía”, de cuyo control de la tierra brota el control del poder político.

Un terrateniente es quien tiene una porción de tierra bajo su propiedad privada. De modo que pueden existir diferentes variantes de clase según la sociedad de la que forme parte. A los efectos de nuestra tesis, corresponde distinguir al terrateniente feudal del burgués. Ambos, naturalmente, comparten el hecho de ser propietarios. El primero, no está determinado por el mercado. Sus derechos sobre la propiedad, que además incluían derechos económicos, políticos y judiciales sobre el campesinado, brotan de su “sangre”, son inembargables y se transmiten por herencia. Por el contrario, el terrateniente capitalista no tiene más derechos que cualquier burgués sobre su mercancía o que un proletario sobre su fuerza de trabajo. Se apropia de una porción menor de plusvalía cuya explotación directa corresponde al burgués. Por ello, el terrateniente en sentido estricto no es una clase, sino una personificación de la burguesía. Si, como suele ocurrir, toma parte en la producción directa, estamos ante una burguesía terrateniente. Pero incluso, aun no participando y viviendo solo de rentas, no deja de ser un burgués rentista (como puede ser un bonista financiero o un propietario inmobiliario). De todas maneras, es común que lo que obtiene de rentas, como todo burgués, lo invierta en otro sector de la economía.

Es sabido que Marx no llegó a sistematizar sus definiciones en torno a las clases sociales, aspecto que pensaba abordar en el Libro Tercero de *El Capital*, que finalmente quedó trunco y terminó por ordenar Engels, sin completar el capítulo LII titulado “Las clases”. Sin embargo, en *Salario, precio y ganancia* era categórico en señalar:

“La renta del suelo, el interés y la ganancia industrial no son más que otros tantos nombres diversos para expresar las diversas partes de la plusvalía de la mercancía o del trabajo no retribuido que en ella se materializa, y brotan todas por igual de esta fuente y sólo de ella. No provienen del suelo como tal, ni del capital de por sí; mas el suelo y el capital permiten a sus poseedores obtener su parte correspondiente en la plusvalía que el empresario capitalista estruja al obrero. Para el mismo obrero, la cuestión de si esta plusvalía, fruto de su plustrabajo o trabajo no retribuido, se la embolsa exclusivamente el empresario capitalista o éste se ve obligado a ceder a otros una parte de ella bajo el nombre de renta del suelo o interés, sólo tiene una importancia secundaria. Supongamos que el empresario capitalista maneje solamente capital propio y sea su propio terrateniente; en este caso, toda la plusvalía irá a parar a su bolsillo.”¹²⁶

De esta manera queda claro que, en tanto receptor de plusvalor, el terrateniente es un burgués.

Sobre el campesinado, el asunto ha sido una cuestión de largo tratamiento dentro del marxismo. El primero en plantear la cuestión fue el propio Marx en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, escrito en 1852. Allí definió al campesinado francés en función de su autosuficiencia económica, basada en el intercambio con la naturaleza -es decir la producción en su parcela-, más que en contacto con la sociedad. Por vivir bajo condiciones económicas de existencia que generan ciertos intereses que los oponen a otras clases, el campesinado sería una clase social. Sin embargo, advierte Marx, por la circunscripción local y la débil articulación “no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ni ninguna organización política, no forman una clase”.¹²⁷ Siguiendo la distinción que esbozara en *Miseria de la filosofía*,¹²⁸ podría afirmarse que se trata de una clase en sí, pero no de una clase para sí.

Así el campesinado aparecía como una supervivencia social de una etapa histórica previa y es impotente para la transformación. En efecto, es en el modo de producción feudal en el que adquiere centralidad como clase. En *El Capital*, Marx define al campesinado feudal como un productor directo que se encuentra en posesión de los

¹²⁶Marx, Karl: “Salario, precio y ganancia”, en: Marx, Karl: *Obras Escogidas*, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 61

¹²⁷Marx, Karl: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Ariel, Barcelona, 1971.

¹²⁸“En primer lugar, las condiciones económicas habían transformado la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, esta masa constituye ya una clase frente al capital, pero no lo es aún por sí misma. En la lucha, algunas de cuyas fases hemos señalado, esta masa se reúne, se constituye en clase por sí misma. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase a clase es una lucha política”. (Marx, Karl: *Miseria de la filosofía*, Gradifco, Buenos Aires, 2007, p. 172).

medios de producción y de las condiciones objetivas de trabajo para llevar a cabo la producción.¹²⁹ Su carácter de explotado surgiría de la apropiación del plustrabajo que realizaba el señor feudal, propietario de los medios de producción. Como el productor directo tenía en posesión la tierra, la coerción no podía ser sino extra-económica, de allí las relaciones de dependencia personal y vasallaje. La comunidad campesina en estos tiempos correspondía a una economía natural y autosuficiente, produciendo la mayor parte de los artículos industriales que necesitaba por medio del trabajo artesanal.

Es en realidad Engels quien aborda con mayor énfasis al campesinado, desnudando su complejidad y señalando sus transformaciones en el marco del desarrollo capitalista.¹³⁰

El teórico alemán distingue dos realidades sociales distintas. Por un lado, la del “campesinado rico y medio”, que sería aquel que tras la liberación de las trabas feudales, logró convertirse en propietario de medios de producción, e iniciar un proceso de acumulación sustentado en la explotación de fuerza de trabajo. Habiendo sufrido tal transformación ya no se trata de un campesino, sino de un burgués agrario. En el otro extremo se encuentra lo que Engels identifica como campesino en sentido estricto, un propietario o arrendatario de tierras que no explota fuerza de trabajo y produce con los brazos de su familia. Sin embargo, el avance de la acumulación capitalista y la imposibilidad de subsistir completamente aislado del mercado, lo lleva a un proceso de proletarización, razón por la cual Engels lo llama “futuro proletario”.

En definitiva, lo que el autor alemán está señalando es que la revolución burguesa y el avance de la acumulación de capital se traducen en un proceso de disolución del campesinado feudal. Por arriba, con la conversión de este en un burgués; por debajo, por un proceso de proletarización que lo despoja de los medios de producción que antes tenía en posesión; en el medio, una situación intermedia y transitoria que se identifica con el pequeño burgués que cuenta con medios de producción, eventualmente puede explotar mano de obra, pero es incapaz de abandonar la producción él mismo. Si este último tiene suerte, se convertirá en un burgués agrario, en caso contrario, engrosará las filas del proletariado.

Kautsky confirmó estas tendencias advertidas por Engels, señalando que el proceso de proletarización es complejo, y que la pequeña propiedad puede subsistir por tiempo

¹²⁹Marx, *El Capital...*, op. cit., Libro Primero, Capítulo XXIV.

¹³⁰Engels, Friedrich: *Las guerras campesinas en Alemania*, Grijalbo, México, 1984. Engels, Friedrich: “El problema campesino en Francia y Alemania”, en: Sartelli, Eduardo (dir.): *Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía, marzo-julio de 2008*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2008, pp. 313-332.

prolongado durante el avance del capitalismo en el agro.¹³¹ En este punto, muestra cómo la pequeña producción resulta funcional a la gran hacienda, al convertirse en una fuente de aprovisionamiento de fuerza de trabajo. A medida que la competencia capitalista incrementa la escala de la producción agraria, el productor que cultiva pequeñas haciendas requiere para subsistir de un ingreso en dinero, que encontrará empleándose en las grandes haciendas. Con el tiempo, ese ingreso pasará a primer plano, y la administración del trabajo familiar en su propia hacienda irá perdiendo peso, hasta convertirse en una administración doméstica limitada a la producción de bienes que complementan la alimentación, pero que ya no garantizan el sustento material de la unidad familiar. Llegado este punto, lo que aparece a primera vista como un “campesino”, no es más que un semiproletario o una capa proletaria con tierras cuya reproducción depende de la venta de su fuerza de trabajo.

Lenin vuelve sobre el tema por la vía de resolver uno de los problemas fundamentales que tiene delante de sus ojos, en la Rusia que pretende transformar. Al momento en que el revolucionario escribe, acontecía un proceso de liberación superficial del campesinado. Este se encuentra así en una situación de endeudamiento que reproduce la vieja subordinación feudal.¹³² En este punto, Lenin se preocupó por dejar en claro que el panorama ruso era singular y que en el mundo occidental este problema ya se había resuelto:

“Es indudable que en Rusia se ha afianzado ya y se desarrolla sin cesar esa misma organización capitalista de la agricultura. Tanto la hacienda terrateniente como la campesina evolucionan precisamente en esa dirección. Pero las relaciones puramente capitalistas se ven oprimidas aún en nuestro país, en inmensa medida, por las relaciones feudales. La lucha del grueso de la población, en primer lugar de las masas campesinas en general, precisamente contra estas relaciones es lo que constituye la originalidad del problema agrario ruso. En Occidente, este ‘problema’ existió por doquier en tiempos remotos, pero ha sido resuelto hace ya mucho. En Rusia se ha retrasado su solución, no lo resolvió la ‘reforma’ agraria de 1861 ni puede resolverlo, en las condiciones actuales, la política agraria stolpiana”.¹³³

¹³¹Kautsky, Karl: *La cuestión agraria. Análisis de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*, Ruedo Ibérico, París, 1970.

¹³²Lenin, Vladimir: *El problema de la tierra y la lucha por la libertad*, Editorial Progreso, Moscú, s/f. Rochester, Ana: *Lenin y el problema agrario*, Páginas, La Habana, 1944.

¹³³Lenin, Vladimir: “La esencia del ‘problema agrario en Rusia’”, en: Lenin, *El problema...*, op. cit., p. 12.

En ese contexto, Lenin distingue capas ricas, medianas y pobres entre los campesinos. Si bien no abandona el concepto, porque en Rusia es todavía una realidad, estas tres capas se pueden traducir sin dificultad a burguesía agraria, pequeña burguesía y semiproletariado. En efecto, los sectores revolucionarios en el agro eran tres. Por un lado, el proletariado agrícola, cuyo sustento se garantizaba a partir del asalariamiento (ya sea por año, por temporada o por jornada) en las empresas capitalistas agropecuarias. En segundo lugar, los semiproletarios o “campesinos parcelarios”, aquellos que “ganan su sustento, en parte, mediante el trabajo asalariado en empresas capitalistas agrícolas e industriales y, en parte, trabajando en la parcela propia o tomada en arriendo, lo que les suministra sólo cierta parte de los productos necesarios para la subsistencia”. Finalmente, los “pequeños campesinos” o “pequeños labradores” que “poseen, ya sea como propiedad o tomada en arriendo, una parcela de tierra tan reducida, que cubriendo las necesidades de sus familias y de su hacienda, no precisan contratar jornaleros.”¹³⁴

La clase obrera debía encontrar su apoyo en el “campesino” sin tierras o pobre, es decir, en su par de clase en el ámbito rural. La alianza revolucionaria, entonces, tenía un límite claro: incluía a los sectores no explotadores del agro. “Los tres grupos señalados, en su conjunto, constituyen en todos los países capitalistas la mayoría de la población rural. Por eso, está completamente asegurado el éxito de la revolución proletaria no sólo en la ciudad, sino también en el campo.” El campesinado rico no sería un aliado, mientras que el medio podría ser persuadido pero era finalmente accesorio. La colaboración con esta clase era resultado de la necesidad de combatir el absolutismo en el marco de la política de la revolución permanente. En definitiva, como señala Sartelli, la política agraria leninista apuntaba a aprovechar el impulso de la burguesía agraria emergente para enfrentar el absolutismo y desarrollar la influencia del partido en el proletariado rural.¹³⁵

Frente a la teoría marxista, en la cual claramente el desarrollo del capitalismo se traduce en la liquidación del campesinado, se erigió una teoría campesinista cuyo padre fue Chayanov.¹³⁶ Este economista ruso sostuvo que la economía campesina se caracterizaba

¹³⁴Lenin, Vladimir: “Esbozo inicial de las tesis sobre la cuestión agraria (para el II Congreso de la Internacional Comunista)”, en: Lenin, *El problema...*, op. cit., pp. 107-119.

¹³⁵Sartelli, *La sal de la tierra...*, op. cit., pp. 49-50.

¹³⁶AA.VV.: *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1987. Chayanov, Alexander: *La organización de la unidad económica campesina*, Cultura Popular,

por reposar sobre el trabajo del productor y su familia, sin recurrir en ningún momento a la contratación de trabajadores. La escala de la producción en este sentido estaba atada a la capacidad de autoexplotación y el tamaño de la unidad familiar. El segundo rasgo característico, sería su aislamiento respecto a los factores externos, de manera que podría pervivir en cualquier momento histórico y en el marco de cualquier modo de producción dominante. De este modo, la comunidad campesina es familiar, autónoma, estática y transhistórica.

Esta interpretación contiene una serie de puntos endebles que la vuelven incongruente y poco útil para comprender la realidad. En primer lugar, la unidad campesina, por más disponibilidad de recursos que tenga, es incapaz de producir absolutamente todo lo necesario para el sustento material. Una parcela de tierra, por más fértil que resulte, no puede producir todos los cultivos que una dieta requiere. De igual modo, la familia tampoco puede fabricar todos los instrumentos de labranza. Tarde o temprano, el campesino debe vincularse al mercado para comprar aquello que no produce. Y una vez que se vincula a este, no puede escapar a sus reglas. Si no vuelve más eficiente su producción, incorporando tecnología y nuevas técnicas e incluso aumentando su escala, sus mercancías cotizarán cada vez menos y resultarán inútiles para adquirir lo que precisa para completar su subsistencia.

Cabe señalar que la autoexplotación familiar es sumamente limitada, no puede extenderse infinitamente la jornada de trabajo de un día. Llegado este punto, el productor deberá recurrir a la tecnología disponible para aumentar su escala, lo que a su vez lo llevará a contratar mano de obra. Si sigue este camino con éxito, se capitaliza; si no lo hace, deberá contratarse como asalariado en otra hacienda y, por tanto, se proletariza. Chayanov mismo termina por reconocer que la familia campesina “a veces se ve obligada a emplear parte de su fuerza de trabajo en oficios rurales no agrícolas.”¹³⁷ Finalmente, su interpretación acaba por ser una abstracción teórica.

Como veremos a lo largo de esta tesis, buena parte de la confusión que lleva a plantear la existencia de un campesinado argentino, se explica por la estacionalidad propia del trabajo agrario. Determinado por el ciclo natural, el proceso de trabajo en el agro reconoce dos momentos álgidos en faenas, la siembra y, fundamentalmente, la cosecha. El resto del año, las tareas son mínimas. Cuando quiere medirse el aporte de fuerza de

México, 1975. Bartra, Roger: “La teoría del valor y la economía campesina: invitación a la lectura de Chayanov”, en: *Comercio Exterior*, vol. 25, N° 5, México, 1975, pp. 289-308.

¹³⁷Chayanov, *La organización...*, op. cit., p. 44.

trabajo ajena al núcleo familiar que opera en una unidad productiva, suele computarse los doce meses del año. Esto tiende a minimizar la importancia del trabajo asalariado y sobredimensionar el trabajo “campesino” o familiar. Si se atendiera a la particularidad del ciclo agrícola, lo que aparece como un pequeño campesino que acude a los brazos de sus hijos, se verificaría realmente como un pequeño burgués explotador o directamente un burgués. Por este mismo motivo, el proletariado rural es la clase olvidada del campo, en particular la fracción que se emplea temporariamente.

A esto contribuye sobre todo el mito de la “mano de obra familiar”, que tiende siempre a sobredimensionarse en peso y a magnificarse en potencialidad. Analizado en abstracto, se piensa la disponibilidad completa de la familia, incluso mujeres y niños cuando hay varias tareas de las que no pueden participar, y se la asume como prolongada en el tiempo, desconociendo que los hijos frecuentemente se casan y abandonan la unidad. Generalmente no se especifican las tareas concretas de la familia, que tiende más a concentrarse en las tareas de autoreproducción (mantenimiento de pequeñas huertas, cría de gallinas, etc.) y no en las tareas económicas de la unidad. De resultas de todo ello, se presume que la disponibilidad familiar es siempre ilimitada y que alcanza para evadir la necesidad de contratar fuerza de trabajo.

El debate acerca de la existencia o no de campesinos en el capitalismo se reactualizó en los '70, al calor del ascenso de la oleada revolucionaria mundial. Ese debate reprodujo los lineamientos que hemos desarrollado hasta aquí, con particular énfasis para el continente latinoamericano.¹³⁸ De un lado, los llamados “descampesinistas” o “anticampesinistas”, que continuaban las ideas que examinamos del marxismo clásico, según la cual el campesinado sucumbiría en un proceso de proletarización o de acumulación capitalista. Uno de los más destacados exponentes de esta corriente es Bartra.¹³⁹ Del otro lado se ubican los “campesinistas” que, siguiendo a Chayanov, defendieron la existencia de campesinos, incluso llegando a posiciones subjetivistas que identifican como tal a sujetos sin tierra. Entre ellos podemos citar a Warman¹⁴⁰ y Esteva¹⁴¹. El primero discute la proletarización del campesinado, defendiendo que se trata de una estrategia para obtener un ingreso complementario. Nótese, sin embargo,

¹³⁸Bengoa, José: “25 años de estudios rurales”, en: *Sociologías*, N° 10, Porto Alegre, julio/diciembre de 2003, pp. 36-98.

¹³⁹Bartra, “La teoría...”, op. cit.

¹⁴⁰Warman, Arturo: *...y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, CIS-INAH, México, 1976.

¹⁴¹Esteva, Gustavo: “¿Qué hay detrás de la crisis rural?”, en: *Comercio Exterior*, vol. 30, N° 7, Banco Nacional de Comercio Exterior, México, julio de 1980, pp. 675-683

que ya el hecho de reconocer este fenómeno violenta un pilar de la definición chayanoviana: la supuesta autonomía y autosuficiencia de la comunidad campesina. El campesino de Warman ni puede producir completamente su subsistencia ni puede, como consecuencia de ello, mantenerse al margen de las relaciones capitalistas. Esteva, por su parte, pone en evidencia la trascendencia política del debate, al señalar que hoy en día la alternativa al capitalismo no es el socialismo sino una organización social teñida por la visión campesina. Allí se trasluce la idea según la cual en América Latina el proletariado, reducido a fracción industrial, no es dominante ni puede ser el sujeto de una transformación social.

Corresponde finalmente referirse al verdadero olvidado del campo: el proletariado. Se trata evidentemente del verdadero productor de la riqueza agraria que, carente de medios de producción y de vida, solo cuenta con su fuerza de trabajo para vender en el mercado. Marx ha advertido que se trata de una de las capas peor remuneradas y sometida a las más duras condiciones de existencia. En su interior se encuentran tres formas básicas de existencia: el proletariado permanente, el proletariado con tierra y la infantería ligera del capital.

El proletariado permanente es el más fácil de detectar. Más allá de ese caso particular, se trata de la variante que tiende a aparecer en las estadísticas y censos, y lo más común no es que pase desapercibido sino lo contrario: que se lo asume como la totalidad del proletariado agrícola.

El más problemático es el llamado proletariado con tierra. Si bien su reproducción depende centralmente de la venta de la fuerza de trabajo, con lo cual es innegable su carácter obrero, este tiende a ser eclipsado en la medida que la posesión de una parcela le otorga un suplemento alimentario que puede dar pie a caracterizarlo como “campesino”. Como ya hemos señalado, las concepciones campesinistas tienden a exaltar la “identidad campesina” por el solo hecho del acceso a la tierra, sin justipreciar el peso del salario en el conjunto de la reproducción.

La importancia de la infantería ligera, la fracción más grande del proletariado rural, se explica centralmente por la estacionalidad del ciclo agrario, que acarrea grandes tiempos muertos. Los momentos álgidos de faenas dan ocupación a una masa trabajadora muy grande, que luego no puede encontrar actividad en el mundo rural, lo que la obliga o bien a realizar migraciones geográficas en busca de nuevas cosechas o bien abandonar el campo. Como el capital la demanda para una acción rápida y corta, su situación termina bordeando la desocupación intermitente.

Tanto la infantería ligera, invisibilizada por las estadísticas, como el proletariado con tierras, identificado como campesino, contribuyen a la subestimación de la magnitud del conjunto del proletariado rural. En esta tesis veremos que estos obstáculos no fueron superados por buena parte de las tendencias de izquierda que intervinieron en la Argentina por aquellos años, lo que derivó en su incapacidad para ofrecer una alternativa política a esa fracción de la clase obrera.

Tendencias del capital en el agro

Más allá de la particularidad ya mencionada sobre la tierra como bien no reproducible, la acumulación capitalista en el agro sigue las mismas tendencias generales de la economía. Es decir, opera un proceso de concentración y centralización del capital, lo que no debe confundirse con concentración de la propiedad de la tierra. En sentido estricto la tierra no es capital, sino un soporte de las actividades capitalistas y, como veremos en el próximo capítulo, a partir de la década del '40 en la Argentina ocurre un proceso de desconcentración.

Lo que si acontece en el agro es que las leyes que rigen la acumulación capitalista se desenvuelven con mayor lentitud que en otras ramas de la producción. Esta ralentización se explica por ciertas condiciones de producción que no pueden ser controladas por el trabajo humano. El tiempo que media entre la siembra y la cosecha, no puede eliminarse (aunque los avances tecnológicos más recientes tiendan a reducirlo), así como en la producción láctea necesariamente debe esperarse entre la alimentación del vacuno y la extracción de la leche. El trabajo agrario se caracteriza de este modo por la existencia de tiempos muertos, que surgen de la deferencia entre el tiempo de producción y el tiempo de trabajo.¹⁴²

¹⁴²Marx distinguía en el capítulo XIII del Libro Segundo de *El Capital* entre esos dos conceptos. Se refería particularmente al tiempo de producción como aquel tiempo que interrumpe el proceso de trabajo, donde el objeto queda expuesto a la acción de procesos físicos o químicos que no dependen de la acción humana: "El tiempo de trabajo es siempre tiempo de producción, es decir, tiempo durante el cual el capital está confinado en la esfera de la producción. Pero en cambio no todo el tiempo durante el cual el capital se encuentra en el proceso de producción es por eso necesariamente también tiempo de trabajo. Aquí no se trata de interrupciones del proceso laboral provocadas por los límites naturales de la propia fuerza de trabajo, aunque ya se ha mostrado hasta qué punto la mera circunstancia de que el capital fijo, edificios fabriles, maquinaria, etc., permanezca en barbecho durante las pausas del proceso laboral se convirtió en uno de los motivos para la prolongación antinatural del proceso laboral y para el trabajo diurno y nocturno. Aquí se trata de una interrupción independiente de la duración del proceso laboral, provocada por la propia naturaleza del producto y de su fabricación y durante la cual el objeto de trabajo está sometido a procesos naturales que duran más o menos tiempo, debe sufrir modificaciones físicas,

La existencia de condiciones de producción que no se controlan obstaculiza la introducción de tecnología, toda vez que la mecanización de tareas de una etapa del proceso de producción requiere primero poder reproducirla. Esto explica una persistencia mayor del pequeño capital en el agro. Sin embargo, y como acabamos de ver, no tiene que ver con una lógica no capitalista, sino con el desarrollo mismo del capitalismo.

Kaustky, a quien ya hemos mencionado, advirtió que incluso la persistencia de la pequeña explotación se explicaba por su funcionalidad respecto a los requerimientos de fuerza de trabajo temporaria de la gran hacienda. Presionados por la necesidad de alcanzar su propia subsistencia, la “familia campesina” de la pequeña propiedad termina por convertirse en un semi-proletariado cautivo, que encuentra en la gran propiedad el mercado donde vender su fuerza de trabajo. Tal como lo señalamos en el acápite anterior, este fenómeno es el que explica en buena medida la ilusión “campesinista” que tiene detrás, en este caso, a una fracción de la clase obrera rural. Si bien conservan una parcela, su relación con el capital lo sitúa en la condición de proletario. De este modo, Kaustky confirmó la existencia de tendencias hacia la concentración y centralización del capital, que a simple vista podían aparecer ocultas tras la persistencia de la pequeña propiedad.

Finalmente, el mismo teórico del marxismo indicó que el agro no escapaba a la lógica de la mayor eficiencia de la gran producción. Destacó que esta habilitaba una menor pérdida de la superficie cultivada, un mayor ahorro de la fuerza de trabajo humana y animal, aprovechamiento óptimo del equipo técnico, empleo de máquinas inaplicables en pequeñas extensiones, división del trabajo, dirección científica, superioridad comercial y más fácil acceso al crédito. En este punto, y volviendo a mostrar la vigencia de tendencias hacia la concentración y centralización del capital, señaló que las cooperativas lejos de mostrar la eficiencia de la pequeña propiedad, mostraban la necesidad de aumentar el tamaño de las explotaciones y de la cantidad de capitales en juego.

En síntesis, el agro presenta como única particularidad destacable el fenómeno de la renta agraria, lo que se explica por la imposibilidad de reproducción de la tierra como soporte de las actividades capitalistas. Como tal, no escapa a las tendencias más generales de la acumulación de capital, signadas por la concentración y la centralización

químicas, fisiológicas, durante las cuales el proceso laboral está suspendido total o parcialmente.” (Marx, Karl: *El Capital...*, Libro Segundo, Capítulo XIII, p. 289).

del capital, y el desalojo y destrucción de los capitales más ineficientes. De allí que el campesinado aparezca como un relicto que, luego de ser liberado, se enfrenta a la lógica de la competencia capitalista, que lo arroja a la esfera de la burguesía o del proletariado. Mientras que el terrateniente existe como burgués y no como una supervivencia feudal.

Capítulo I

El escenario

Al tratar este tema, ya conocido por mí desde antes, no esperaba tropezar con dificultades especiales; y tanto más deseaba presentar pronto mi trabajo, cuanto que no se trataba de cuestiones académicas sino de asuntos prácticos de gran actualidad. No obstante, tardé tres años en publicarlo. Ello se ha debido, en parte, a numerosas interrupciones derivadas de mi situación profesional, mis ocupaciones con cuestiones cotidianas y también mi trabajo, desde la muerte de Engels, en la publicación de las obras póstumas de Marx; en parte, se ha debido también al hecho de haber querido basar mis investigaciones fundamentalmente sobre los resultados de las estadísticas agrícolas más recientes: la encuesta de la Comisión agraria parlamentaria en Inglaterra; el tercer tomo del censo americano de 1890 que trata de la agricultura; la encuesta agraria francesa de 1892; y la estadística de empresas y profesiones agrícolas alemanas de 1895; todas ellas publicaciones que no aparecieron hasta 1897 e incluso 1898.

(Karl Kautsky, *Prólogo a “La cuestión agraria”*, diciembre de 1898)

A lo largo de esta tesis analizaremos las lecturas que la izquierda realizó sobre el agro argentino en los años ‘60 y ‘70. Corresponde entonces que comencemos nuestro recorrido con una descripción del desarrollo capitalista en el campo, lo que constituye el telón de fondo sobre el que podremos calibrar las apreciaciones analizadas en cada uno de los capítulos que siguen. Recurriendo a bibliografía especializada en el tema, reconstruiremos la situación en la que se encontraba el agro en los años bajo estudio.

El agro argentino, durante las décadas del ‘60 y ‘70 asistió a una serie de profundas transformaciones estructurales. A partir de la segunda mitad de la década del ‘50, el campo comenzó a levantar cabeza tras algunos años de crisis de la producción agrícola. A partir de allí, se produjeron una serie de importantes cambios en la estructura social, los regímenes de tenencia de tierra y la dotación tecnológica. Entre ellos, se destaca el fin del sistema tradicional de arriendo, las incorporaciones de nuevas dotaciones de maquinaria y la difusión de herbicidas y fertilizantes. Estos cambios dieron por tierra con lo que Osvaldo Barsky denominó la “visión tradicional” del agro que, si alguna vez tuvo poder explicativo sobre la estructura real del campo argentino, en los ‘60 y ‘70 lo perdió por completo. Pese a ello, esa visión estática e inmutable se perpetuó en las ciencias sociales y, como veremos a lo largo de estas páginas, en las organizaciones políticas que buscaban una transformación de las estructuras económico-sociales del país. Naturalmente, la reproducción de este esquema que captaba mal la realidad rural

del país tuvo un peso importante en los programas políticos y en la praxis concreta de cada una de ellas.

Antes de entrar en ese análisis, conviene reseñar sucintamente, a partir de un repaso por la bibliografía de los últimos 30 años sobre el tema, cuáles fueron esas transformaciones y cómo se estructuró social y económicamente el campo a partir de ellas. Sobre ese escenario podremos calibrar la capacidad de las organizaciones que confluían en la fuerza social revolucionaria, para comprender la realidad sobre la que se movían y actuar en consecuencia. Comenzaremos explicando la ya mencionada “visión tradicional”, lo que nos servirá como herramienta para evaluar si nuestros observables fueron presos de ella. Luego reseñaremos las profundas transformaciones del '60 y '70, para finalmente analizar brevemente las crisis regionales y la emergencia de las Ligas Agrarias, que estarán muy presentes en la intervención de los partidos políticos que analizaremos.

I. La visión tradicional

Oswaldo Barsky y Alfredo Pucciarelli, especialistas en materia agraria, fueron quienes señalaron los tres pilares básicos sobre los que se asienta la “visión tradicional”¹⁴³ que se ha convertido ya en un verdadero “sentido común” sobre el campo argentino.¹⁴⁴ El primero de los elementos es la alta concentración de la tierra en un puñado reducido de grandes terratenientes dedicados con exclusividad a las actividades ganaderas. El segundo, la subordinación de la agricultura a la ganadería, que se constituiría en una traba al desarrollo agrario nacional. El tercero, la existencia de la renta de la tierra como un elemento extractivo, y como freno a las inversiones y el cambio tecnológico. Estos tres elementos están interrelacionados y tienen su eje central en la clase terrateniente, a la que se identifica como la culpable del subdesarrollo agrario por la vía de imponer a sus arrendatarios importantes restricciones: la siembra de forrajeras para el ganado, trabas a las posibles mejoras al suelo y otras limitaciones en cuanto a comercialización y

¹⁴³Algunos representantes de ella son: Nemirowsky, Lázaro: *Estructura económica y orientación política de la agricultura en la República Argentina*, Rosario, 1931; Tenenbaum, Juan: *Orientación económica de la agricultura argentina*, Buenos Aires, Losada, 1946; Oddone, *La burguesía...*, op. cit.; Scobie, James: *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1968.

¹⁴⁴Barsky, Oswaldo y Alfredo Pucciarelli (Ed.): *El agro pampeano. El fin de un período*, FLACSO-Oficina de Publicaciones del CBC-UBA, Buenos Aires, 1997. Nos basamos en este trabajo, sin embargo otros escritos de ambos autores, que junto a los de Javier Balsa y Jorge Gelman, abordan la crítica a la “visión tradicional”.

contratación de servicios de trilla. Finalmente, los latifundistas se moverían por un afán especulador o rentista, un comportamiento parasitario y no productivo. Como veremos, esta idea dominaba entre los partidos de izquierda, bajo la forma del mito oligárquico.

Esta imagen se sostuvo a partir de elementos fragmentarios de la realidad que se generalizaron, tanto a nivel espacial (la extensión de las particularidades de una región a la totalidad del espacio nacional) como temporal (la asunción del carácter constante e inmodificado de ciertas prácticas, comportamientos y formas productivas), sin evidencia empírica. Sobre esa base se realizaron deducciones infundadas, configurando una imagen mítica, esquemática y ahistórica del agro argentino, asentada en una serie de presupuestos que, como veremos a continuación, no resisten la prueba de la evidencia empírica.

El primero de estos supuestos es el predominio de las grandes unidades y el alto grado de concentración de la propiedad, lo cual se habría mantenido estático durante todo el siglo XX. El segundo, un mercado de tierras signado por el escaso dinamismo y del que se sustraerían las grandes unidades. El tercero, la ya mencionada subordinación de la agricultura a la ganadería, que sería el correlato de la subordinación de la chacra a la estancia y del arrendatario al terrateniente. El cuarto, índices bajos de desconcentración de la tierra o su desconcentración compensada por fenómenos de centralización como la multipropiedad y las sociedades comerciales. El quinto presupuesto asume una identificación entre productores de menor tamaño, dedicación a la agricultura y acceso a la tierra por medio del arriendo. Esto tendió a invisibilizar formas combinadas de acceso a la tierra, ignorando, por caso, estrategias emprendidas por los propietarios a los efectos de incrementar la dotación de tierras por la vía del arriendo, evitando de este modo inmovilizar importantes cuotas de capital. El sexto, la díada chacra-estancia, como esquema de control de la tierra y organización de la producción, se traduciría en una especialización que omitía la problemática de las unidades mixtas. Finalmente, el presupuesto según el cual la apropiación del excedente en el agro se producía por la vía de la renta dada la preeminencia del latifundio que, a su vez, derivaría en conductas reacias a la inversión y proclives a la especulación. Así se explicaría el estancamiento y retraso tecnológico del agro argentino. Veamos qué hay de cierto en todo esto, a la luz de los aportes de las investigaciones de especialistas.

Comenzaremos analizando el presupuesto según el cual el agro pampeano estaría caracterizado por el gran latifundio ganadero y por su natural contraparte, la pequeña chacra bajo régimen de arriendo y dedicada a la agricultura. Barsky señaló que las

propiedades mayores a 5.000 hectáreas eran muy importantes en la década del '20, representando casi la mitad (un 49%) de la superficie de la provincia de Buenos Aires hacia 1923. Esta realidad se mantuvo a lo largo de toda la década, en la medida que los altos precios de la tierra obstruían el mercado y, consecuentemente, crecía el peso de los arrendamientos, lo que efectivamente evidencia la dificultad de acceso a la tierra por parte de productores pequeños y medianos.¹⁴⁵

En efecto, esta situación es la que se plasma en el Censo Agrario de 1937, fuente que ha sido privilegiada para el estudio del campo. Sin embargo, otras evidencias poco exploradas, como los catastros inmobiliarios, muestran que las grandes propiedades fueron perdiendo terreno, producto de un creciente fraccionamiento que las llevó a su virtual desaparición. El 80% de ese proceso se produjo entre 1923 y 1958, es decir, en la etapa previa a la que estudiamos. Algunas cifras lo ilustran: en Buenos Aires las propiedades que superaban las 2.500 hectáreas, entre esos años, se redujeron a casi la mitad (de 2.297 unidades a 1.308) y la extensión media se redujo de 7.786 hectáreas a 4.556.¹⁴⁶

Lo que explica las diferentes imágenes que muestran censos y catastros es un fenómeno particular: la desconcentración de la propiedad va de la mano con una concentración al nivel de la producción, como resultado de la estrategia de los propietarios de arrendar nuevas tierras. La desconcentración de la tierra fue un proceso de primer orden, que cruzó a todas las producciones, debido a que obedecía a cambios estructurales: la herencia, la venta de tierras y el desarrollo tecnológico que redujo el tamaño de las unidades económicas viables. Así se esfuman dos grandes mitos: la preeminencia en todo el siglo XX de la gran propiedad, supuesto asiento de una oligarquía omnipotente, y la existencia de un mercado de tierras poco dinámico.

Veamos la contraparte del latifundio. La visión tradicional sobredimensionó la presencia de arrendatarios agrícolas de tamaño chico, que recibió el nombre de “chacarero” o “campesino”. Su situación se caracterizaría por la imposibilidad de acceso a la tierra y su subordinación a la oligarquía ganadera que les impondría, a través de los contratos, qué cultivar, a quién vender y con quién contratar los servicios de trilla

¹⁴⁵Con todo, cabe destacar que la evolución de la estructura de propiedad fue compleja y no lineal, toda vez que Barsky destaca que hasta la crisis de 1930 los altos precios de los granos en el mercado internacional posibilitaron la compra de tierras por parte de numerosos arrendatarios. Proceso que se revirtió entre 1929 y 1934, cuando la crisis produjo quiebras y dificultó el pago de créditos hipotecarios.

¹⁴⁶Barsky, Osvaldo: “La información estadística y las visiones sobre la estructura agraria pampeana”, en Barsky y Pucciarrelli, *El agro...*, op. cit., p. 77.

y cosecha. Así, el terrateniente aparecía como el culpable del atraso tecnológico y del estancamiento agrario, toda vez que inhibía a los verdaderos productores.

Esta imagen se fundamentó a partir de tres datos que, en realidad, correspondían a momentos y regiones específicos, y de difícil generalización. En primer lugar, el peso mayoritario de las unidades productivas en arriendo observable en el ya mencionado Censo Agrario de 1937. En segundo lugar, la gran visibilidad que tuvieron a comienzos de siglo los enfrentamientos entre arrendatarios y propietarios, siendo su paradigma el llamado Grito de Alcorta de 1912 y los desalojos posteriores a la crisis del '30. En tercer lugar, la visión tradicional destacó el sistema de rotación trienal¹⁴⁷ que, articulando agricultura y ganadería produciría una subordinación de la primera a la segunda. Detrás de estas afirmaciones existía una serie de supuestos: la presencia de cláusulas en los contratos que, a la vez, prescribieran y restringieran tipos de producción, la inestabilidad de los arrendatarios por plazos breves de contrato, el no reconocimiento de mejoras en la tierra que desalentaran la inversión y, finalmente, el control de la venta de la cosecha y del contratismo.

Los críticos de la “visión tradicional” mostraron que esta desconocía una serie de problemas que emanaban de la propia evidencia empírica. Los señalaremos sucintamente. El arriendo agrícola no fue dominante, la mayor proporción de tierras arrendadas medidas en hectáreas se dedicaba a ganadería o producción mixta, notándose un predominio de la agricultura solo en pocas unidades. Incluso, la mayor parte de los arriendos agrícolas no se ubicaba en el estrato comúnmente asociado al chacarero y, asimismo, existieron propietarios de distintos tamaños dedicados a la agricultura. En contraparte, la mayoría de las unidades ganaderas no presentaban un gran tamaño, sino más bien un alto grado de heterogeneidad en las dimensiones de las tierras arrendadas. Al mismo tiempo, el arriendo no fue únicamente una forma de acceso a la tierra para no-propietarios, sino también una forma de ampliar la producción para propietarios que optaban por no inmovilizar grandes cuotas de capital. Pasando en limpio, no hay correlación entre unidades pequeñas, arriendo y agricultura, ni una total identificación entre gran propiedad y ganadería.

Por otro lado, el sistema de rotación trienal y el arrendamiento combinado que articulaba ganadería con agricultura, tuvo relevancia solo hasta fines de la década del '10, momento en que el mercado mundial comenzó a estimular la producción en forma

¹⁴⁷El sistema de rotación trienal consiste en la siembra de trigo, lino y posteriormente alfalfa para la alimentación de ganado.

exclusiva, o ganadera o agrícola, pero sin rotación. En igual sentido, la clásica relación entre chacra agrícola y estancia ganadera se debilita empíricamente al analizarse la distribución territorial de las producciones a nivel de los partidos. Ese análisis arroja una ausencia de contigüidad entre las explotaciones agrícolas y ganaderas. Por otro lado, el mercado de compra y venta de tierras existió y fue activo, habilitando en ciertos períodos el acceso a la tierra por pequeños y medianos productores. En cuanto a los arriendos, las leyes de 1942 habían iniciado la liquidación de los sistemas tradicionales, restringiendo los desalojos y rebajando los cánones. Finalmente, la inestabilidad y desprotección en los contratos solo cobró centralidad en las épocas de crisis, siendo la residencia efectiva, en tiempos normales, superior a lo establecido en contratos.¹⁴⁸

Resumiendo, la evidencia empírica indica que los arrendamientos no pueden asociarse exclusivamente a un estrato de pequeños productores agrícolas descapitalizados. Por su parte, el peso de los arrendamientos no se mantuvo estático ni implica necesariamente la condición de no propietario. A partir de los '30 se inició un proceso que Barsky denominó “el fin del sistema de arriendo tradicional”, lo que redundó en la disminución notable de las cantidades de tierras arrendadas y el aumento de los propietarios. El ciclo de protestas agrarias que se inició con el Grito de Alcorta culminó con la sanción en 1921 de la ley 11.170, que establecía un plazo mínimo de 4 años para el arriendo de unidades de hasta 300 hectáreas, y anulaba las cláusulas que obligaban a vender los productos y a recalar en determinados contratistas.¹⁴⁹

La prosperidad que se inició en esa misma década habilitó el acceso a la propiedad de la tierra de un número no menor de chacareros. Este proceso encontró un parate con la crisis del '30, que inauguró un nuevo período de conflictos por la caída de los precios agrícolas internacionales. En 1932 se sancionó la ley 11.637 que reformó la 11.170 anteriormente mencionada, ampliando su aplicación de las unidades superiores a 300 hectáreas (lo que muestra la importancia del arriendo en unidades que no corresponden a un minifundio), y la extensión del plazo de los contratos a 5 años.¹⁵⁰ Esta coyuntura de

¹⁴⁸Las afirmaciones de los últimos dos párrafos corresponden a: Ídem, pp. 84-87, 130-135; Barsky, “La información...”, op. cit.; Barsky, Osvaldo y Jorge Gelman: *Historia del agro argentino*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, pp. 404-416; Barsky, Osvaldo: “La caída de la producción agrícola pampeana en la década de 1940”, en Barsky, Osvaldo et al: *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1988, pp. 89-107; Barsky, Osvaldo y Alfredo Pucciarelli: “Cambios en el tamaño y en el régimen de tenencia de las explotaciones agropecuarias pampeanas”, en Barsky y Pucciarelli, *El agro...*, op. cit., pp. 367-403.

¹⁴⁹Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 264-279; Sartelli, *Patrones en la ruta...*, op. cit., pp. 66-95.

¹⁵⁰Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 318-325.

crisis también se caracterizó por el desalojo masivo de arrendatarios, incapaces de reconvertirse a la ganadería en un momento de estancamiento de la agricultura. Nuevamente, la intervención del gobierno buscó contener el conflicto y en 1942 se sancionó la ley 12.771 que prorrogaba los arriendos y se rebajaron los montos en un 20%, con nuevas eliminaciones de restricciones a la producción ganadera en arriendos.¹⁵¹ La prórroga de los contratos se fue renovando hasta 1968,¹⁵² acompañada muchas veces por la rebaja de los montos (tanto por reducción en los porcentajes de pago en especie como por acción de la inflación en arriendos congelados) y políticas de extensión del crédito. Asimismo, se implementaron planes para estimular la compra de la tierra por los arrendatarios.¹⁵³

Como resultados de estos procesos, entre 1947 y 1969 aumentó el número de propietarios y cayó notablemente el arrendamiento y las formas de aparcería y mediería. Para ese mismo período, en la región pampeana, los propietarios que explotaban su parcela pasaron del 52,1 al 73,1%, mientras que los arrendatarios cayeron del 37,5 al 18%. Este proceso fue acompañado por un fenómeno de desconcentración de la tierra y caída del número de explotaciones más chicas, verificándose un aumento de los estratos medios de entre 2.000 y 5.000 hectáreas. Sobre esta base, se inició un proceso de expansión de la actividad agrícola, concentración de la producción, incorporación de tecnología avanzada y aumento de la productividad y la producción.¹⁵⁴

II. Expansión y transformaciones en los '60 y '70

a. La crisis

Tal como ya hemos indicado, la “visión tradicional” suponía un estancamiento agrícola entre 1930 y 1960, producto de una serie de trabas que, una vez agotado el crecimiento extensivo, hacía inviable el incremento de la producción y la productividad. Esas trabas

¹⁵¹Ídem, pp. 375-376; Barsky, “La información...”, op. cit., pp. 120-135; Balsa, Javier: *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988*, Buenos Aires, 2006, pp. 87-96 y 107-122; Barsky y Pucciarelli, “Cambios en el tamaño...”, op. cit., pp. 318-327.

¹⁵²Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., p. 377.

¹⁵³Lázzaro, Silvia: “El Estado y las políticas agrarias: concepciones y estrategias en el contexto de la crisis hegemónica de la clase dominante (1955-1969)”, en Lázzaro, Silvia y Guido Galafassi: *Sujetos, política y representaciones del mundo rural. Argentina 1930-1975*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

¹⁵⁴Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 413-416; Barsky, “La información estadística...”, op. cit., pp. 120-135; Balsa, op. cit., pp. 87-96, 107-122; Barsky y Pucciarelli, “Cambios en el tamaño...”, op. cit., pp. 318-327.

eran estructurales: el latifundio, la existencia de la renta, los sistemas de arriendo, entre los principales. En oposición a ello, Barsky ha demostrado que hablar de un estancamiento para ese período sería excesivamente simplista, toda vez que en aquellas tres décadas conviven procesos diferenciados de caída y recuperación de la producción, con un desempeño general que dista de ser uniforme. La idea de una crisis y estancamiento oculta la expansión ganadera de fines de los '30 y principios de los '40, la expansión agraria de los '50 y cambios estructurales como la liquidación del sistema de arriendo tradicional y el impulso al cambio tecnológico.¹⁵⁵

Durante la década del '30, la producción agrícola de la Argentina sufrió, como tantos otros exportadores de granos, las inclemencias del mercado mundial y la crisis de sobreproducción agrícola que ya se manifestaba desde la década anterior. Es cierto que la producción local padeció altibajos, pero ellos afectaron al conjunto de los países agroexportadores. No es, entonces, el de la Argentina un caso excepcional. Incluso, la crisis de sobreproducción terminó encontrando salida gracias a la guerra y destrucción de la agricultura europea.¹⁵⁶ En rigor de verdad, recién entre 1944 y 1952 cayó en la Argentina la producción de los productos que comprendían los principales rubros de exportación: trigo, maíz y lino. En esta etapa sí el proceso se desarrollaba a contrapelo de lo que sucedía en el resto de los países productores. Pero una mirada completa debe atender al desempeño de la ganadería, que se expandió a merced del incremento del consumo interno de carne, lo que fue motivando la conversión de productores agrícolas en ganaderos. De conjunto, sin embargo, se verifica una retracción en el sector externo. Ahora bien, este retraimiento del desempeño agrario, ha mostrado Barsky, no se explica por causas internas, ya sean las limitaciones estructurales como las que aducen los partidarios de la "visión tradicional" o por el comportamiento especulador y no capitalista de los terratenientes, sino por la decidida intervención de Estados Unidos en la recomposición del mercado de granos, que boicoteó abiertamente a la Argentina tanto en la exportación de sus productos como en la importación de maquinaria y equipos. El país fue excluido de la compra de productos destinados al Plan Marshall y, siendo virtualmente Estados Unidos el único oferente de combustibles, denegó a la Argentina el abastecimiento, a la vez que bloqueó el grueso de las compras de combustibles, repuestos y vehículos. Recientemente, los alcances del boicot han sido matizados,

¹⁵⁵Barsky, "La caída de la producción...", op. cit., pp. 31-44.

¹⁵⁶Sartelli, Eduardo: "Cuando Dios era argentino. La crisis del mercado triguero y la agricultura pampeana (1920-1950)", en: *Anuario*, Universidad Nacional de Rosario, 1994.

señalando que las dificultades en la colocación de las exportaciones argentinas se explicarían por fenómenos más generales: el avance de la producción estadounidense y, más tarde, la política de autoabastecimiento de la Comunidad Económica Europea.¹⁵⁷

Sea como sea, lo cierto es que el desempeño de la producción agrícola pampeana sufrió una retracción que no responde a las particularidades de la estructura agraria local sino a una situación internacional de crisis, seguida de una reestructuración del mercado mundial en donde los productos argentinos pierden espacio frente a los norteamericanos. El país, finalmente, comenzó a levantar cabeza en las décadas del '60 y '70, recuperando los niveles de productividad, acercándose a los estándares tecnológicos mundiales y reinsertándose en el comercio mundial, ampliando los destinos y la oferta.

b. La expansión

A partir de 1952, con el fin del bloqueo norteamericano, comenzó una reversión de la caída de la producción agraria pampeana, iniciándose una expansión agrícola. Ya a mediados de los '60 se alcanzaron los máximos niveles históricos de producción, y el crecimiento continuó en las siguientes dos décadas. La Argentina se sumaba así a un proceso de expansión mundial de la producción, que se conoció como “segunda revolución agrícola”. La situación de la segunda posguerra se caracterizó por el “baby boom” -proceso signado por el incremento de la natalidad y la caída de la mortalidad- y el avance de la urbanización, lo que elevó a niveles antes desconocidos la demanda mundial de alimentos. Así, los granos ocuparon el segundo puesto, luego del petróleo, en el volumen del comercio mundial.

Esta situación coadyuvó a que el sector agrícola recibiera grandes inversiones y se impulsara el progreso técnico que elevaría la productividad: es la etapa en que comienzan a emplearse de forma masiva los pesticidas, insecticidas, herbicidas, fertilizantes y se desarrollan nuevas variedades de semillas híbridas, alcanzando un elevado rendimiento.¹⁵⁸ En el caso argentino, en los '50 la inversión bruta fija real se incrementó más del doble, y entre 1955 y 1960 la inversión ascendió al 17,7% del

¹⁵⁷Bil, Damián: *Acumulación y proceso productivo en la fabricación de maquinaria agrícola en la Argentina (1870-1975). Elementos de su competitividad en el marco del mercado internacional*, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2011.

¹⁵⁸Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 389-392.

ingreso agropecuario bruto, destinándose fundamentalmente a la incorporación de maquinaria.¹⁵⁹

A nivel de producción, entre 1950 y 1960 la agricultura se recuperó a ritmo lento pero sostenido, alcanzando las 16 millones de toneladas (cifras que se equiparaban con las de las décadas del '20 y '30) y ya en los '70 se concluyó la etapa de recupero para iniciarse una nueva de expansión plena, con un aumento del orden del 60%. Su expansión no afectó únicamente al agro pampeano. En las regiones extra-pampeanas entre los '60 y '80 la producción de granos creció un 330%, pasando a representar del 11,6 al 14% del total nacional.¹⁶⁰ Si bien se acrecentó el área sembrada, el factor determinante fue la elevación de los rendimientos.¹⁶¹ Entre los quinquenios 1960/61-1964/65 y 1982/83-1986/87, la producción de granos creció un 250% alcanzando los 32 millones de toneladas. En idéntico período la superficie cultivada y cosechada creció un 43,9 y un 62,24% respectivamente. Los rendimientos del conjunto de la producción agraria se elevaron un 51,8%, pasando de 1,5 a 2,3 toneladas por hectárea, en el mismo período.

Detrás de esto evidentemente se encuentra un profundo avance tecnológico, que cobra cabal significación si tenemos en cuenta que el incremento de la superficie sembrada no se debió a una expansión del área dedicada a granos, sino a la implementación del doble cultivo. Esto resultó viable por las nuevas semillas modificadas de ciclo corto, que abrieron la posibilidad de dos siembras y dos cosechas anuales, lo que naturalmente duplicaba los rindes.¹⁶²

Veamos brevemente el desempeño particular de algunos cultivos, que en ocasiones fueron utilizados por algunas de las organizaciones políticas que estudiamos en esta tesis para sostener la imagen del “estancamiento”.¹⁶³ Trigo y maíz forman parte de los “cultivos tradicionales” más importantes del agro argentino. En el *Gráfico 1* se despliega la evolución de la producción desde la década del '30 hasta la del '70 (en promedio por década) de ambos cultivos.

¹⁵⁹Barsky, “La caída de la producción...”, op. cit., p. 69.

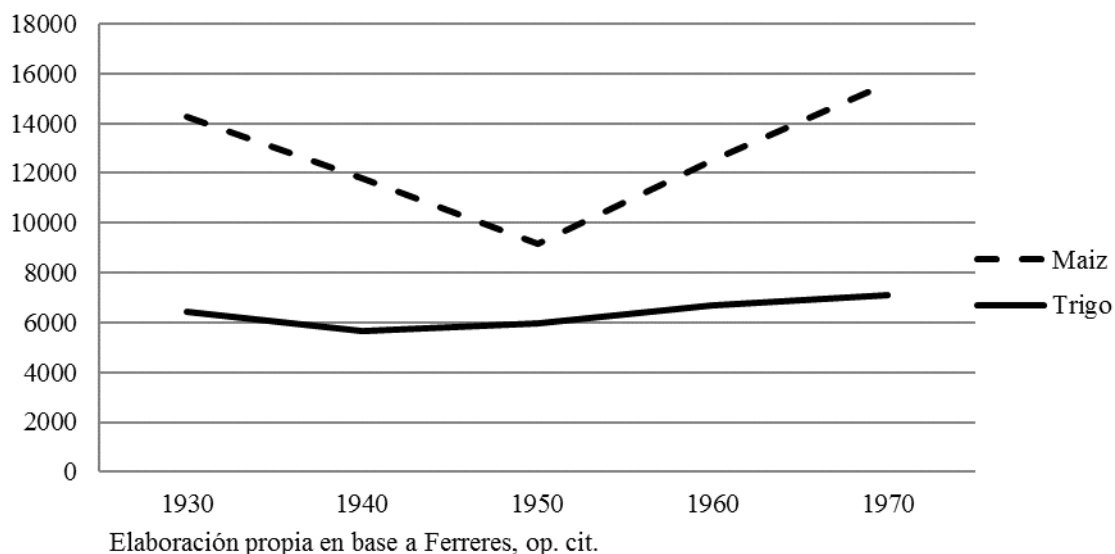
¹⁶⁰Pizarro, José y Antonio Cascardo: “La evolución de la agricultura pampeana”, en Barsky, *El desarrollo...*, op. cit., pp. 152-165, 180-183.

¹⁶¹Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 389-401 y 427-438; Balsa, *El desvanecimiento...*, op. cit., pp. 133-143, 145-154.

¹⁶²Pizarro, “La evolución de...”, op. cit., pp. 152-165 y 180-183; Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 427-438.

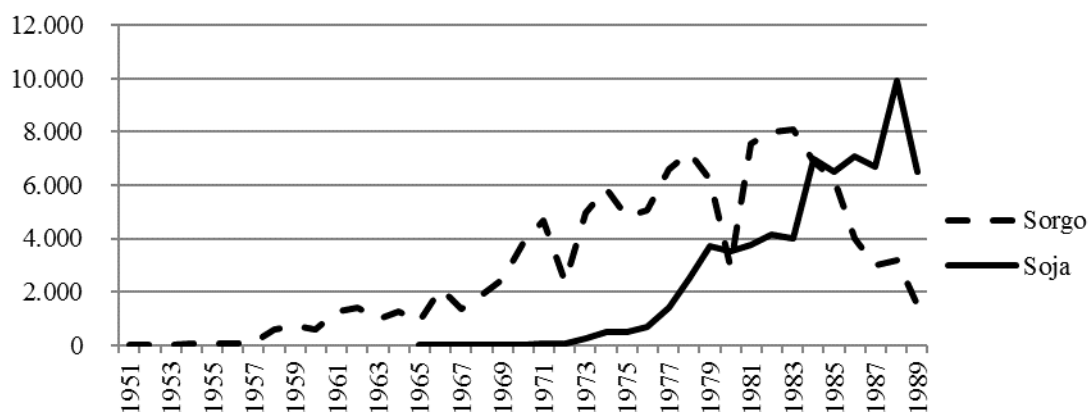
¹⁶³Para este análisis nos basamos en los datos de Ferreres, Osvaldo: *Dos siglos de economía argentina. Historia argentina en cifras*, Fundación Norte y Sur, Buenos Aires, 2007.

Gráfico 1. Producción (en miles de toneladas) promedio por década de Maíz y Trigo (1930-1970)



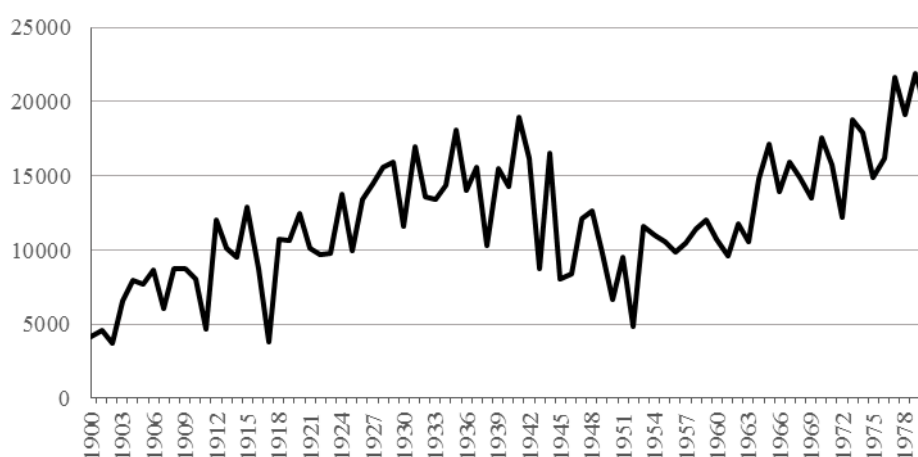
En ambos casos puede verse la misma trayectoria que señalamos para el conjunto del agro argentino en la etapa: una caída a partir de la década del '40 y un repunte para superar los niveles de la década del '30 en los '60. Como ya indicamos, esto puede explicarse sobre todo por el crecimiento del rendimiento: si para la década del '30 en promedio el trigo y el maíz tenían un rendimiento de 917,5 y 1808,1 kilogramos por hectárea respectivamente, para los '70 estos guarismos ascendían a 1502,9 y 2685,1. Es decir, el rendimiento había crecido un 63,8 y un 48,5%, respectivamente.

Asimismo, en el rubro de los cereales y las oleaginosas corresponde destacar el surgimiento de nuevos cultivos, tales como la soja y el sorgo, que comenzaron a incrementarse en superficie cultivada, producción y rendimiento hacia finales del período en estudio. Es sabido que hoy la soja se ha convertido en un cultivo fundamental. El sorgo comienza a ocupar un lugar atendible en el agro a partir de los años '60, alcanzando hacia fines de esa década una superficie sembrada 2.100 miles de hectáreas y llegando a un pico de 3.100 miles en 1974. La soja, por su parte, hace pie muy tíbiamente recién a mediados de los '60, expidiéndose con celeridad para llegar a superar los 1.000 miles de hectáreas sembradas hacia fines de los '70. El *Gráfico 2* muestra los niveles de producción de ambos cultivos. Nos permitimos incorporar los datos referentes a la década del '80 para dimensionar los niveles que ambos adquieren en el agro argentino.

Gráfico 2. Producción (en toneladas) de sorgo y soja (1951-1989)

Elaboración propia en base a Ferreres, op. cit.

La evolución positiva de la producción agrícola se observa con limpidez al examinar el volumen de las cosechas sumadas de los principales cultivos de exportación en el período (trigo, maíz, girasol y soja), que presentamos en el *Gráfico 3*. Como puede verse, la producción tendencialmente crece, con vaivenes, hasta comienzos de los '40. Luego describe una trayectoria en declive, con los peores guarismos en los comienzos de los '50, para comenzar un lento recupero hacia mediados de los '60. Durante la primera mitad de los '70 se alcanzan los niveles previos al declive y ya, desde 1975, se superan los valores históricos.

Gráfico 3. Producción total (en miles de tn) de trigo, maíz, girasol y soja (1900-1980)

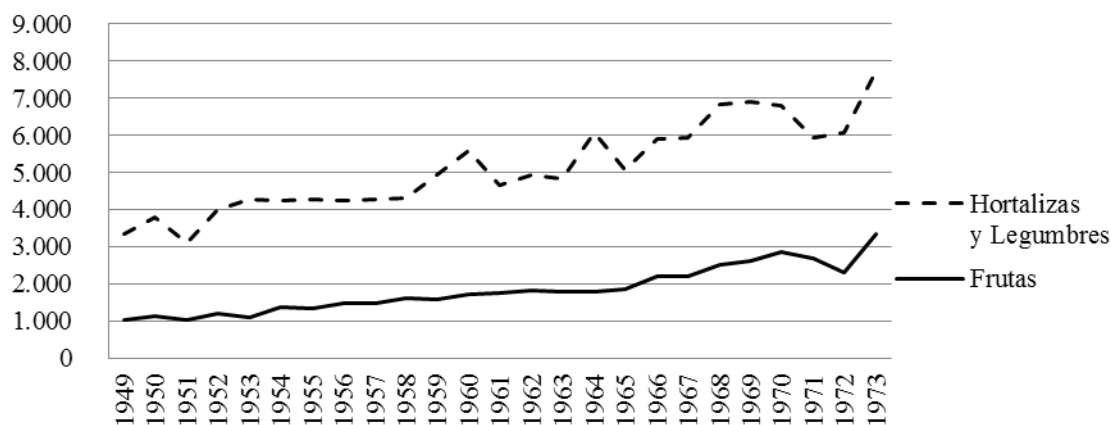
Fuente: Elaboración propia en base a Ferreres, op. cit.

Si examinamos algunos valores puntuales, encontramos que durante los años '30 el pico de producción de estos cuatro cultivos se ubica en los 18.091.000 de tn (año 1935) y el

promedio de toda la década es de 14.324.000. No es una década cualquiera: como veremos más adelante, buena parte de la izquierda considera aquellos años como una edad dorada de la producción agrícola que la Argentina no podrá recuperar. Sin embargo, lo cierto es que en 1973 se registra un volumen de 18.752.000 tn cosechadas, lo que supera los niveles de 1935. Luego siguen algunos altibajos en los años contiguos, no obstante lo cual ya desde 1977 los valores superan con creces a toda la producción histórica del país, con valores superiores a las 21.000.000 tn. Todo el promedio de la década es de 17.589.000 tn, un 22% más que en los años '30.

Finalmente, otros de los rubros que sufre incrementos notables de la producción es el de cultivos frutihortícolas y legumbres. En el *Gráfico 4* puede observarse como la producción entre la campaña 1941/1942 y la 1973/1974 se incrementa un 223% en frutas y un 90% en hortalizas y legumbres.

Gráfico 4. Producción (en miles de toneladas) de Frutas, Hortalizas y Legumbres (1949-1973)



Elaboración propia en base a Banco Central de la República Argentina: *Estadísticas agrícolas*, Volumen V, Buenos Aires, 1976.

Los especialistas en la materia coinciden en señalar que el vector central que explica este crecimiento vertiginoso de la producción agrícola y su rendimiento, es el cambio tecnológico a partir de tres elementos: la evolución de la mecanización, la utilización de híbridos y semillas mejoradas, y el aumento de uso de plaguicidas y fertilizantes.¹⁶⁴ En relación al primero, la década del '60 asiste a la completa "tractorización" del agro pampeano y la extensión de la cosecha mecánica a todos los cereales y oleaginosas, proceso que permitió un mejor manejo del suelo y reducciones de los tiempos de cosecha, disminuyendo los riesgos climáticos y los costos. Se fue extendiendo la cosechadora automotriz de plataforma de maíz y el sistema a granel, alcanzando una

¹⁶⁴Ídem, pp. 152-165, 180-183.

mecanización avanzada y total de las tareas. En efecto, asistimos a un proceso de creciente sustitución de trabajo por capital que redundó en el desplazamiento de mano de obra y la emigración campo-ciudad: mientras que en 1947 la población rural alcanzaba los 3.167.000 habitantes, 23 años después se había reducido a 2.156.000.¹⁶⁵ La mecanización fue promovida por una política económica de créditos a tasas fijas (que finalmente eran tasas reales negativas por efecto de la inflación), y por el desarrollo de fabricación nacional de maquinaria agrícola y la instalación de filiales extranjeras. Para 1950 el país lograba el autoabastecimiento en los rubros de maquinaria agrícola e implementos. El parque de tractores en 1960 alcanzaba la cifra de 104.000 con una potencia de 4 millones de caballos de vapor (cv) y en 1985 ascendía a 175.000 con 13 millones de cv. Naturalmente, esto liberó campos anteriormente destinados a animales de tiro, unos 5 millones de hectáreas pasaron de la ganadería a la agricultura.¹⁶⁶

En cuanto a los herbicidas, que permitieron el reemplazo de los métodos mecánicos de eliminación de la maleza, su uso se cuadruplicó desde los '50, y fue fundamental en la expansión de la soja en los '70. Los fertilizantes, hasta entonces demasiado costosos, terminaron de implementarse al expandirse el doble cultivo y acentuarse el déficit de nutrientes. Las hectáreas fertilizadas pasaron de 93.000 en 1977 a 1.902.000 en 1985.¹⁶⁷ Finalmente, desde los '50 también se expandió el uso de semillas híbridas para maíz, sorgo y girasol, y los ya mencionados nuevos cultivos como el sorgo granífero y la soja. En concreto, las mejoras permitieron el doble cultivo trigo-soja gracias al uso de germoplasma mexicano.¹⁶⁸

El resultado de todo ello fue que entre 1962 y 1984 el valor de la producción agrícola pampeana se triplicó, los rendimientos se duplicaron y la productividad de la mano de obra casi se cuadruplicó. La superficie destinada a agricultura se incrementó en un 30%, pero el crecimiento de los '70 en adelante se basó exclusivamente en el incremento de la productividad, a un ritmo anual acumulativo del 5%. Ello acompañado de un aumento

¹⁶⁵Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 417-425.

¹⁶⁶Ídem, pp. 389-401 y 427-438; Pizarro y Cascardo, "La evolución...", op. cit., pp. 233-238; Barsky, "La caída de la producción...", op. cit., pp. 70-87; Obschatko, Edith: "Las etapas del cambio tecnológico", en Barsky et al., *La agricultura pampeana...*, op. cit., pp. 117-135

¹⁶⁷Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 389-401 y 427-438.

¹⁶⁸Pizarro y Cascardo, "La evolución...", op. cit., pp. 152-165 y 180-183; Barsky, "La caída de la producción...", op. cit., pp. 70-87 y Obschantko, "Las etapas...", op. cit., pp. 117-135.

de la eficiencia y de la rentabilidad, con caída de los costos y aumento de los excedentes por hectárea.¹⁶⁹

Este notable proceso de agriculturización no hizo desaparecer la actividad ganadera, que se relocalizó e intensificó, incrementando la carga de animal por superficie. Las zonas con mejores aptitudes para la agricultura se especializaron en ella y la ganadería se desplazó hacia campos menos aptos, en los que se incrementó la carga animal gracias a las innovaciones tecnológicas. La caída de la dotación no debe ser vista como un estancamiento, ya que se realizó sobre una superficie menor. El desplazamiento de tierras ganaderas fue en detrimento de los equinos (ya inútiles dada la tractorización) y de ovinos (empujados hacia el sur del país), y no de los bovinos.¹⁷⁰ El stock ganadero para el total del país pasó de 43,5 millones de cabezas en 1960 a 52 millones en 1985/1987, si bien el crecimiento fue más notable entre el '60 y el '77, y declinó a partir de ese año un 13% aproximadamente, producto de que en la primera etapa los ingresos por venta de carne eran mayores a los de granos, relación que se invirtió en la segunda etapa. En cuanto a cambios productivos, debemos señalar que desapareció el esquema de cría e invernada, siendo el 70% de los grandes establecimientos ganaderos, en 1988, encargados de ambas tareas.¹⁷¹ De la tecnificación, incremento de la producción, calidad y productividad tampoco estuvo exenta la industria tampera, si bien sus transformaciones más importantes maduraron recién en 1980.

c. Las transformaciones estructurales

La expansión agrícola fue acompañada por una serie de transformaciones sustantivas en la estructura productiva de la región pampeana, algunas como resultado de tendencias previas y otras novedades propias motivadas por la expansión.

La primera transformación destacable fue la reducción de las unidades productivas de mayor tamaño. Ya señalamos, cuando discutimos la “visión tradicional” que las grandes estancias, superiores a las 5.000 hectáreas, fueron erosionadas por la subdivisión. Entre 1945 y 1988 esta fracción de propietarios cedió cerca de cinco millones de hectáreas, produciéndose el grueso de esta transformación entre 1947 y 1960. Los beneficiarios de

¹⁶⁹Barsky, “La caída de la producción...”, op. cit., pp. 117-135.

¹⁷⁰Posada, Marcelo y Pablo Pucciarelli: “La cuestión tecnológica en la ganadería. Una imagen censal hacia fines de los años 80”, en Barsky y Pucciarelli, *El agro...*, op. cit., pp. 532-541.

¹⁷¹Pucciarelli, Alfredo: “Las grandes estancias de la pampa bonaerense”, en Barsky y Pucciarelli, *El Agro...*, op. cit., pp. 336-338.

este fenómeno no fueron los “campesinos” o “chacareros”. Las pequeñas explotaciones, aquellas que quedaban por debajo del techo de 200 hectáreas, también cedieron cerca de 1,3 millones de hectáreas (casi el 30% de lo que controlaban antes del proceso de agriculturización) y perdieron 26.518 unidades. El resultado de estos dos fenómenos combinados, fue el aumento porcentual y absoluto de los estratos medios, aquellos que se ubicaban entre las 201 y 5.000 hectáreas. La extensión media de ellos se elevó de 653,8 a 752,4 hectáreas y su participación sobre el total de superficie explotada se elevó de 69 a 74%. Un fenómeno que se denominó “desconcentración sin dispersión” en virtud de que la disgregación de las grandes estancias no se tradujo en la multiplicación de las pequeñas.¹⁷²

Lo que realmente se concentra es la producción, lo que se observa en la caída del número total de las explotaciones: en el período 1969-1988 disminuyó en 160.063 unidades.¹⁷³ Las innovaciones tecnológicas que ya hemos reseñado requirieron mayores cuotas de capital y de extensión de las unidades productivas, para hacer posible el óptimo aprovechamiento de las innovaciones, lo que dejó fuera a los productores más chicos. Por caso, la implementación del tractor empujó hacia arriba el mínimo de tierras para una explotación viable. Entre los ‘70 y ‘80 las unidades de entre 25 y 200 hectáreas fueron presas de este fenómeno. Con todo, esta concentración al nivel de la producción no debe confundirse con una concentración al nivel de la tierra, tal como ya hemos visto. Lo que se extendió fue el sistema de multipropiedad, combinando tierras en propiedad con tierras en arriendo.¹⁷⁴

Ya nos hemos referido también a la liquidación del viejo sistema de arriendos, con la virtual desaparición del pequeño arrendatario y el incremento de la capa de propietarios. Lo que vino a reemplazarlas fue el contratismo en dos formas: tanteros y contratistas de maquinaria. Los primeros asumían la producción de tierras a porcentaje de cosecha por

¹⁷²Pucciarelli, Alfredo: “Estructura agraria de la pampa bonaerense. Los tipos de explotaciones predominantes en la provincia de Buenos Aires”, en Barsky y Pucciarelli, *El agro...*, op. cit., pp. 210-223; Barsky y Pucciarelli, “Cambios en el tamaño...”, op. cit., pp. 337-343; Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 401-404; Blanco, Mónica: “Propiedad, arrendamiento y formas societarias. Cambios y pervivencias en la estructura social agraria pampeana del siglo XX”, en Balsa, Mateo y Ospital, *Pasado y presente...*, op. cit., pp. 515-526; Balsa, Javier: “Cambios y continuidades en la agricultura pampeana entre 1937 y 2002. La zona agrícola del norte bonaerense”, en Balsa, Mateo y Ospital, *Pasado y presente...*, op. cit., pp. 589-603.

¹⁷³Teubal, Miguel, Diego Domínguez y Pablo Sabatino: “Transformaciones agrarias en la Argentina. Agricultura industrial y sistema alimentario”, en Giarraca, Norma y Miguel Teubal: *El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2005, pp. 58-64.

¹⁷⁴Balsa, *El desvanecimiento...*, op. cit., pp. 119-122, 133-154; Llovet, Ignacio: “Tenencia de la tierra y estructura social en la provincia de Buenos Aires”, en Barsky et al., *La agricultura pampeana...*, op. cit., pp. 256-286.

períodos acotados; los segundos, propietarios de maquinaria que las ponían en uso en otras tierras para amortiguar la inversión. Ambas formas fueron impulsadas por pequeños y medianos productores que se habían sobremecanizado, toda vez que era más accesible adquirir maquinarias que tierras. Su mercado eran los productores grandes o pequeños a los que no les resultaba rentable comprar maquinaria. Eso muestra que el arriendo no desapareció sino que sufrió grandes transformaciones: si hasta los '50 existía un importante número de pequeños capitales agrarios que arrendaban, ya hacia los '70 buena parte de ellos habían accedido a la propiedad de la tierra. En ese contexto, el arriendo se convirtió en una estrategia por la que productores ya propietarios podían elevar la escala sin inmovilizar capital, mientras que el contratismo fue una estrategia destinada a maximizar las inversiones en maquinaria.

Resumiendo, la estructura agraria de los '60 y '70 lejos estuvo de reflejar el escenario descrito por la "visión tradicional". Si alguna vez esta tuvo un correlato real, lo perdió por completo luego de las grandes transformaciones que se iniciaron desde fines de los '50. Una clara tendencia a la desaparición de las grandes unidades productivas fue acompañada por la crisis de la pequeña producción, tendiendo a incrementarse en peso y extensión los estratos medios. Los pequeños productores supervivientes no solo aumentaron su escala, sino que pudieron acceder a la propiedad de al menos una parte de la tierra que explotaban. Ello fue el resultado de un aumento de los niveles de productividad, de las innovaciones técnicas y de producción incorporadas. De este modo, los pequeños chacareros arrendatarios del Grito de Alcorta, un hito que tuvo un peso significativo en la conformación de la visión dominante respecto de la estructura agraria, y en el programa agrario de buena parte de la izquierda, ya no existía. O fue desplazado de la producción y abandonó el campo, o se convirtió en propietario de tierra y/o maquinaria, aumentando su escala mediante el arriendo o el contratismo.

d. Las producciones regionales

Los cambios en la estructura agraria no fueron privativos de la región pampeana. Si bien esta zona resulta central en la producción agropecuaria nacional, las llamadas producciones regionales estuvieron atravesadas por procesos de transformación. Durante la etapa en estudio, estas economías estuvieron permanentemente al borde de la crisis, sobre todo porque allí se encontraba una serie de pequeños productores, poco

mecanizados e ineficientes, amenazados por los procesos de concentración y centralización. Estos reclamaban la intervención estatal para evitar la sobreoferta y sostener precios que evitaran la quiebra.

Un caso paradigmático y bien conocido, es el de la industria azucarera. Esta rama entró en crisis hacia la década del '60, en particular, en la provincia de Tucumán. En 1965, una cosecha record provocó una caída del 31% del precio del azúcar, lo que impidió a los ingenios absorber las pérdidas, y terminaron por descargarla en la burguesía y pequeño-burguesía cañera y, naturalmente, sobre el conjunto de los asalariados. Tras un período tumultuoso, de alta conflictividad social y cierres de ingenios, el gobierno militar de Onganía intervino estableciendo cupos de producción e incentivando la eliminación de los productores menos eficientes, los cuales tendían a concentrarse en Tucumán (mientras que los más eficientes lo hacían en Jujuy y Salta). La desaparición de los subsidios derivó en el cierre de once ingenios y la extinción de más de seis mil cañeros. El gobierno estableció cuotas a la actividad e incentivó la reconversión tecnológica, lo que redundó en un aumento de la productividad y de la producción. No solo fueron eliminados los productores pequeños e ineficientes sino que también se expulsó población: Tucumán pasó de 1.100.000 en 1947 habitantes a 996.000 en 1970.¹⁷⁵

La década del '60 también encontró en crisis a la producción algodonera en las provincias de Chaco y Formosa, que concentraban el 70% de la actividad. En esa década se produjo una importante caída de la demanda, lo que se tradujo en el desplome del precio. Esto se debió a múltiples factores, entre ellos una crisis de sobreproducción con una oferta de fibra un 30/40% superior a la demanda, la difusión de tejidos sintéticos de menor costo que competían con el algodón y la baja calidad del producto en las provincias del norte argentino que tornaba inviable su exportación. El escenario resultante no varió sustancialmente del acontecido en Tucumán: mecanización y concentración de los productores más eficientes, progresiva reconversión hacia la ganadería bovina y el cultivo de soja, quiebra de los pequeños productores incapaces de llevar adelante estos dos últimos cambios, y expulsión de población rural (en Chaco, por ejemplo, entre 1947 y 1970 cayó un 25%).¹⁷⁶

¹⁷⁵Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 417-425.

¹⁷⁶Dal Pont, Silvina y María Soledad Ordoqui: "Caracterización económica de la provincia de Chaco", en *Apuntes Agroeconómicos*, Año 3, N° 4, Facultad de Agronomía, UBA, marzo de 2005; Di Paola, María Marta: "Expansión de la frontera agropecuaria", en *Apuntes Agroeconómicos*, Año 3, N° 4, Facultad de Agronomía, UBA, marzo de 2005, s/p; Barsky y Gelman, op. cit., pp. 417-425.

En cuanto a la producción lanar, desarrollada en la Patagonia y la Región Pampeana, esta actividad continuó con su proceso de declinación, que se fue agravando por las transformaciones ya mencionadas. La producción pampeana se desplazó hacia el sur, pero allí el aumento de las existencias de ganado no fue acompañada por un aumento de la oferta forrajera. Ello generó desertificación de terrenos y crisis de la producción, sumado a que los precios internacionales sufrieron fluctuaciones. La situación fue particularmente grave dado que el 93% de las unidades productivas tenían planteles inferiores a las 5.000 ovejas, lo que significaba que apenas garantizaban la reproducción familiar. Las existencias de ovinos a nivel nacional bajaron de 51.170.000 en 1947 a 34.690.000 en 1974.¹⁷⁷

La producción frutícola también sufrió cambios importantes en cuanto al aumento de la producción en los '60 y concentración en los '70. Mayoritariamente, esta actividad se desarrollaba en la Patagonia y el Alto Valle de Río Negro. Entre 1960 y 1973 asistimos a un período de altos precios internacionales y la introducción de nuevas tecnologías de comercialización -empaque y cadena de frío, fundamentalmente- que elevaron la producción. Con todo, los altos precios no redundaron inmediatamente en mayores ganancias, pues el mercado internacional exigió una mayor calidad del producto que requirió consecuentemente mayores inversiones y elevó el costo de producción. Avanzada la década del '70 la puesta en producción de nuevas plantaciones locales y la competencia de nuevos países productores, sumados a una retracción de la demanda mundial provocó una disminución de precios y ganancias que afectó, sobre todo, a los pequeños productores. Mientras que la burguesía agraria de mayor tamaño se tecnificó y elevó sus rendimientos, los productores más chicos debieron ajustar sus tareas como poda y raleo, lo que redujo la calidad de sus productos. Así, entraron en un círculo vicioso de descapitalización, atraso tecnológico y falta de rentabilidad.¹⁷⁸

La producción vitivinícola de Cuyo, San Juan y Mendoza tampoco estuvo ausente en este proceso de crisis y concentración. El sector en las provincias cuyanas entró en crisis como producto de la expansión descontrolada de plantaciones, la consecuente sobreproducción, retracción de la superficie sembrada y un proceso de concentración.¹⁷⁹

¹⁷⁷ Barsky y Gelman, *Historia del agro...*, op. cit., pp. 417-425

¹⁷⁸ De Jong, Gerardo, Luis Tiscornia y otros: *El minifundio en el Alto Valle del Río Negro*, Universidad Nacional del Comahue-Facultad de Ciencias Agrarias-Facultad de Humanidades, 1994, pp. 23-25, 32-39 y 112-118; Barsky y Gelman, op. cit., pp. 417-425.

¹⁷⁹ Richard-Jorba, Rodolfo: "Cuando el pasado nos acompaña. La vitivinicultura capitalista en Mendoza y San Juan en clave histórica, 1870-2006", en Balsa, Mateo y Ospital, *Pasado y presente...*, op. cit., pp. 48-51.

Finalmente, cerraremos este acápite con el caso de la yerba mate, producción con asiento en las provincias del noreste, centralmente Misiones. Como otras producciones regionales, la yerba mate se encontraba regulada por el Estado, que intervenía para mantener precios y controlar la producción. Esa intervención, sin embargo, no evitó las recurrentes crisis. Una de las que tuvo mayor profundidad aconteció a comienzos de los '60, lo que llevó a la limitación de las cosechas del '64 y '65 e incluso a la prohibición de la zafra en el '66. Recién con un encauzamiento de la oferta, se redujeron gradualmente las restricciones entre 1972 y 1976 pero los precios por debajo de los costos, la inflación y fuertes heladas en 1975 llevaron a un creciente desaliento de la producción.¹⁸⁰

En síntesis, lo que se observa en las llamadas producciones regionales es un escenario de crisis, marcado por la concentración y centralización de la producción y la quiebra de los productores más ineficientes cuya reproducción se garantizaba, con dificultades, por la intervención del Estado. Ello conlleva el desalojo de la producción de los capitales más chicos e ineficientes que no pueden adaptarse a las nuevas condiciones. No es, sin embargo, el resultado de un proceso de expansión de grandes terratenientes que fagocitan a pequeños campesinos de subsistencia, sino el resultado del desenvolvimiento normal de la competencia capitalista que lleva al enfrentamiento entre capitales. Sobre esta base el campo en los '70 será un espacio de una importante conflictividad lo que obligará a las organizaciones que forman parte de la fuerza social revolucionaria a sentar posición allí.

*e. La emergencia de las Ligas Agrarias*¹⁸¹

Uno de los emergentes de esas crisis regionales fueron las llamadas Ligas Agrarias del norte y nordeste del país. Una experiencia de organización corporativa protagonizada por diferentes capas de la burguesía rural, pequeña burguesía y proletariado con tierras

¹⁸⁰Magán, María Victoria: “¿Regulación o crisis? La influencia de la Comisión Reguladora de la Yerba Mate en los ciclos yerbateros (1924-2002)”, en Balsa, Mateo y Ospital, *Pasado y presente...*, op. cit., pp. 117-119.

¹⁸¹Para este acápite seguimos a Rozé, Jorge Próspero: *Conflictos agrarios en la Argentina. El proceso liguista (1970-1976)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011. Galafassi, Guido: “Conflicto por la tierra y movimientos agrarios en el nordeste argentino en los años setenta: la Unión de Ligas Campesinas Formoseñas”, en: *Perfiles latinoamericanos*, N° 28, vol. 26, México D.F., 2006, pp. 159-183. Galafassi, Guido: “El movimiento agrario misionero en los años setenta. Protesta, movilización y alternativas de desarrollo rural”, en: *Herramienta*, N° 38, Buenos Aires, 2008, s/p. Galafassi, Guido: “Economía regional y emergencia de movimientos agrarios. La región Chaqueña de los años setenta”, en: *Nera*, N° 10, año X, San Pablo, Junio de 2007, pp. 11-36.

de Chaco, Formosa, Misiones, Entre Ríos, Corrientes y del norte de Santa Fe. La influencia del movimiento liguista se puede dividir en tres zonas por sus características económicas.

En primer término, la región aldonera, comprendida por los territorios de Chaco, Formosa y el norte de Santa Fe. Mientras que en el norte santafesino predominaban los productores más grandes -explotadores de fuerza de trabajo estacional y permanente, y con una producción diversificada con graníferas-, en Chaco se agrupaban productores medios, que empleaban asalariados solo para tareas estacionales y con unidades productivas de menor cantidad de hectáreas. Finalmente, en Formosa las producciones eran más chicas y estaban en manos de semiproletarios o productores de subsistencia, siempre bajo la amenaza de la expropiación y proletarización. De este modo, la región aldonera comprendió socialmente desde fracciones de burguesía media hasta proletarios con tierra, pasando por una pequeña burguesía no explotadora. La caída del precio del algodón significó la ruina de los más pequeños, con la consecuente pauperización, proletarización y expulsión de la tierra, mientras que para los medianos y grandes la crisis se manifestó como imposibilidad de capitalización y endeudamiento.

La primera experiencia de organización fueron las Ligas Agrarias Chaqueñas (LACH), cuyo principal reclamo fue el precio de sus productos, disputando con las comercializadoras. Las cooperativas de comercialización ya no podían afrontar el pago de las cosechas a los productores, lo que las llevaba a atrasos y pagos en cuotas. Los productores tuvieron que recurrir entonces a acopiadores privados, que pagaban al contado, pero a un precio sensiblemente menor. De allí que el reclamo corporativo por excelencia fueran los precios y el pedido de intervención del Estado, todo ello sostenido en un discurso “antimonopolista”, en el que se acusaba a los comercializadores privados. Discurso que, ya veremos, entronca bien con el que esbozaron las organizaciones que analizaremos.

En Formosa se conformó la Unión de las Ligas Campesinas Formoseñas (ULICAF), que aglutinaron centralmente a productores chicos, semiproletarios o de subsistencia. Muchos de ellos incluso eran propietarios precarios de tierras fiscales. De allí que a la reivindicación de precios sostén, se le sumara el reclamo por tierra y la denuncia de desalojos. Esto, a su vez, se tradujo en acciones como la toma de tierras en pos de su adjudicación.

Menos radical fue la intervención de la Unión de Ligas Agrarias de Santa Fe (ULAS), hecho que se explica por su composición. Se trata de productores de mayores recursos,

con 80 hectáreas en promedio, tamaño muy superior al de las 15 hectáreas que detentaba un productor promedio formoseño. Su capacidad económica les permitía diversificarse, capear así la caída del precio del algodón, y sortear con mayores posibilidades la crisis.

La segunda subzona productiva corresponde a la del cultivo de yerba mate, cuyo epicentro se ubicaba en Misiones. Allí la crisis del sector conllevó a una reestructuración productiva: se diversificó la producción hacia cultivos de alto rendimiento (como el té y el tung) y se dio lugar a un proceso de concentración, que fue desalojando a capas de la pequeña burguesía y de la burguesía. Se inició así un proceso de movilización en el que se constituyó el Movimiento Agrario Misionero (MAM). Muchos pequeños productores pudieron reorientarse hacia los cultivos de altos rendimientos, no obstante lo cual hubo un proceso de desaparición de pequeñas explotaciones e incremento de las grandes. Con todo, el protagonismo dentro del MAM lo detentó la burguesía mediana y grande, en defensa de los precios y los créditos, y en lucha contra la descapitalización.

La tercera subzona, comprendida por las provincias de Corrientes y Entre Ríos, vio nacer un movimiento liguista de menor envergadura. Las Ligas Agrarias Correntinas (LAC), agruparon a los productores tabacaleros que se organizaban contra los propietarios de las tierras que arrendaban y contra las comercializadoras, defendiendo precios sostenidos. Por su parte, las Ligas Agrarias Entrerrianas nuclearon a los productores graníferos y avícolas, también con motivo de la mejora en la comercialización.

Resumiendo, las Ligas Agrarias fueron el resultado organizativo del impacto que tuvieron las transformaciones agrarias en curso sobre un amplio y complejo espectro de clases, capas y fracciones. En su interior, y dependiendo de la zona, se nuclearon desde burguesía chica y mediana hasta semiproletarios en vía de proletarización. Todos ellos sufrieron con desigual intensidad los efectos de la crisis de sobreproducción de los cultivos comerciales característicos de cada región. Un agudo proceso de concentración y centralización, expulsó a los más chicos e ineficientes y obligó a la reconversión a los productores capaces de asumirla. Imposibilidad de capitalización, endeudamiento, reconversión o expulsión fueron todos efectos de la crisis. La heterogeneidad de los afectados explica las diferentes líneas y formas de intervención, que fueron desde la demanda de tierras y ocupaciones en enfrentamiento a los desalojos -accionar propio de la pequeña burguesía y el semiproletariado-, hasta las movilizaciones por mejoras en los precios, intervención estatal y créditos baratos -demandas propias de las capas chicas y

medias. Como veremos en lo que sigue de esta tesis, las Ligas fueron un espacio privilegiado de la intervención de la izquierda en el agro. Sin embargo, es común que en sus caracterizaciones se desdibujen las distinciones respecto a los sujetos sociales que actúan bajo este paraguas común de las Ligas. Influye en ello una característica del tipo de producciones que entran en crisis y ven surgir, producto de ella, a este nuevo actor: al tratarse mayormente de producciones intensivas, los tamaños de las unidades productivas son significativamente menores a los imperantes en la región pampeana. Al tratarse de producciones que requieren menores dotaciones de tierras, se tiende a englobar a todos los integrantes de las Ligas bajo la categoría de “campesinos”, sin prestar atención a las distinciones sociales en su interior, entre burguesía, pequeña burguesía o semiproletariado.

Resumiendo

La evidencia empírica desmiente lo que se ha instalado como sentido común dominante respecto del agro argentino: la idea de un campo dominado por los latifundios en manos de una oligarquía ganadera o rentista que, por medio del arriendo, oprime a una masa de pequeños productores chacareros agrícolas. Fenómenos de desconcentración, tenencia combinada en propiedad y en arriendo, unidades pequeñas dedicadas a la ganadería, contratos cada vez menos restrictivos, entre otros elementos, muestran una realidad más compleja y alejada del mito oligárquico y del mito farmer.

Tampoco se corresponde la imagen de un agro en ruinas y estancado en las décadas en estudio. Por el contrario, en esos años se recuperaron los niveles históricos de producción y se alcanzó un mayor dinamismo, signado por el despegue de la productividad. Nueva maquinaria e innovaciones en semillas y aditamentos elevaron sensiblemente la productividad por hectárea. Nuevos cultivos hicieron su entrada en escena, y la ganadería se relocalizó, participando del proceso expansivo.

Todo ello produjo transformaciones estructurales significativas, inaugurando una tendencia que, en la segunda mitad del siglo XX, pondría al agro pampeano aún más lejos del mito farmer. Minando aún más la “visión tradicional”, estas transformaciones produjeron una desconcentración de la tierra sin dispersión, lo que atacó tanto a los grandes propietarios como a los chicos, en favor de la consolidación de un estrato medio. Aquello que equivocadamente podía ser caracterizado como oligarquía, se encontraba en pleno proceso de disolución. Lo que sí se concentró fue la producción

que, merced de los cambios introducidos, requirió mayores dotes de capital. En paralelo, el viejo sistema de arriendos fue liquidado, desapareciendo el pequeño arrendatario e incrementándose la capa de propietarios. El pequeño chacarero que se identificó como sujeto central del agro en el Grito de Alcorta, si alguna vez existió como clase rural predominante, ya no existía: se había proletarizado o había elevado su capacidad de acumulación accediendo a tierra y maquinaria.

Las llamadas producciones regionales, aquellas que se desarrollaban en terreno extrapampeano, no quedaron al margen de este proceso. Fundamentalmente, ellas atravesaron un proceso de crisis capitalista, como consecuencia de la sobreproducción y la caída de los precios. Un proceso que redundó en una mayor concentración y centralización del capital, que tuvo sus ganadores (los productores más eficientes) y sus perdedores (los más chicos e ineficientes). Este escenario de quiebra de fracciones de la burguesía es el que explica la emergencia de un fenómeno corporativo nuevo: las Ligas Agrarias. Su importancia no es menor en nuestro estudio, toda vez que en ellas se querrá ver la expresión organizativa de un campesino argentino en proceso de activación y movilización.

Capítulo II

La burguesía frente al problema agrario: intelectuales, partidos y corporaciones

“Es una verdad el que con frecuencia en política se aprende del enemigo.”

(Frase atribuida a Vladimir Lenin)

La cuestión agraria en la década del ‘60 y ‘70 no fue un problema privativo de aquellas organizaciones que se planteaban en el horizonte más o menos cercano la transformación de las relaciones sociales que dominaban la Argentina. Los intelectuales, corporaciones y partidos de la burguesía elaboraron también sus propios diagnósticos sobre el campo y, a partir de allí, definieron programas para dar solución a lo que consideraban eran los principales problemas. Por aquellos años fue común encontrar entre las plataformas electorales de los partidos, en los balances de los intelectuales o en los reclamos de las cámaras empresarias, la mención a medidas de gobierno que intentaban introducir cambios en el agro.

La preocupación por el “desarrollo”, sobre todo de América Latina y el denominado “Tercer Mundo” fue una tónica de época, que comenzó a gestarse en los años ‘50. En este punto, el desarrollismo fue la expresión más sintomática de una renovada preocupación por el crecimiento de los países “periféricos”. Detrás de esta preocupación se encontraba la evidente inquietud ante el ascenso de la Unión Soviética y la consolidación del comunismo como una opción frente al capitalismo. La expresión más clara de estos elementos, tanto por la búsqueda de vías de desarrollo como de alarma ante el comunismo, fue la obra de Walt Whitman Rostow, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, publicada en 1961.¹⁸² Allí presentaba de manera esquemática, cinco etapas que debían recorrer los países para alcanzar su pleno desarrollo capitalista. Etapas que comenzaban desde la “sociedad tradicional”, dominada por la agricultura, para luego lograr el “despegue económico” con un proceso de industrialización que permitiera, finalmente, alcanzar una sociedad de “consumo a gran escala”.

¹⁸²Rostow, Walt Whitman: *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1974.

No fue casual que la carrera política de Rostow estuviera ligada a la figura de John Fitzgerald Kennedy, de quien fue, entre otros cargos, Consejero de Planificación Política y, entre 1964 y 1966, miembro del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso. En efecto, la Alianza para el Progreso fue un programa de ayuda económica y política para estabilizar el continente americano en pos de contener en el redil capitalista a toda la región, en una etapa donde comenzaba a despuntar la Revolución Cubana. Dentro del paquete amplio de medidas desarrolladas, tuvo un rol particular la reforma agraria, como mecanismo para aplacar y/o neutralizar la insurgencia rural.

Ya en la década del '50 habían comenzado a proliferar diferentes instituciones que, preocupadas por el "subdesarrollo", dedicaban sus esfuerzos a investigar el problema. A partir de una confluencia entre profesionales provenientes fundamentalmente de la economía, la sociología y la historia, se produjo una extensa bibliografía rica en datos empíricos y, particularmente, cuantitativos en un amplio acervo de estadísticas. En 1948 fue fundada en Chile la primera sede de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), dependiente de la Organización de Naciones Unidas (ONU); en 1957 fue el turno de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) para América Latina y el Caribe, formada por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Específicamente en la Argentina, en 1961, durante la presidencia de Arturo Frondizi, fue constituido el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), para canalizar la ayuda externa y proyectar el desarrollo a largo plazo, a partir de la asistencia de técnicos especializados. Por aquellos años también se fundó el Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella, principal bastión de defensa de las tesis rostowianas para la Argentina, y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), en el que colaboraban historiadores, sociólogos y economistas, cuyas caras más visibles fueron Aldo Ferrer y Norberto González.

En efecto, las coordenadas propias de un país de base agraria como la Argentina, donde la producción de mercancías agropecuarias resultaba ser la rama más dinámica de la economía, empujaban a reflexionar sobre ese espacio toda vez que se abría una coyuntura de crisis. En este sentido, desde mediados de los '50 la crisis de acumulación de capital en el país reactualizó el llamado problema agrario argentino. Estas reflexiones, sin embargo, no eran enteramente nuevas. Tal como lo hemos visto en la segunda parte de nuestro estado de la cuestión, desde sus orígenes la izquierda atendió a la situación del campo, elaborando diagnósticos y programas de transformación del

mismo. Lo mismo ocurría en el terreno de la clase dominante. Esto se debía justamente a lo que acabamos de señalar: la propia estructura socio-económica obligaba a pensar en los problemas del campo en toda reflexión sobre el desarrollo nacional.

A pesar de estas determinaciones más profundas, en la etapa en estudio confluían elementos que respondían a una coyuntura particular que reabría el debate. Se trataba justamente de las transformaciones que comenzaron a operarse en los años '60 y '70 en lo que se dio en llamar la “revolución verde”, que hemos descrito en el capítulo precedente. La innovación tecnológica y el avance de la maquinaria agrícola, la incorporación de nuevos y mejores abonos, el desarrollo de plaguicidas y herbicidas, la modificación genética de semillas, entre otras novedades, significaron un despegue de la producción y un incremento de la composición orgánica del capital en la rama agraria, que condujo al desalojo de las fracciones más débiles de la burguesía que acumulaba en el campo. Ese trasfondo colaboró en la reactualización del problema agrario. A ello hay que sumar la intensificación de la disputa por la renta diferencial de la tierra, en un contexto de crisis que aparecía regularmente mediante un desequilibrio en la balanza de pagos, donde los ingresos de divisas que aportaban, fundamentalmente, las exportaciones agropecuarias no alcanzaban a cubrir la demanda de divisas para importaciones industriales.

En el profundo y extenso debate acerca del capitalismo agrario pampeano, se pueden identificar dos grandes corrientes: la agrarista o reformista, que aparece como dominante, y la liberal o liberal conservadora.¹⁸³ Ambas partían de diferentes supuestos acerca de la naturaleza social de la burguesía agraria, de la estructura social del agro pampeano y de los problemas del desempeño agrario. Compartían, sin embargo, un mismo diagnóstico, aquello que identificaban como una situación de estancamiento que afectaba la dinámica general de la economía argentina. Naturalmente, cada corriente proponía una solución diferente que se basaba en los supuestos de los que partían para explicar esa situación adversa del agro que debía ser superada.

En este capítulo, buscamos reconstruir diferentes expresiones -tanto en intelectuales como en partidos políticos y en corporaciones empresarias- de ambas corrientes en los '60 y '70, para recomponer el debate general sobre el que se insertan los programas y diagnósticos de la izquierda que examinaremos a lo largo de nuestras tesis. Los partidos

¹⁸³Sanz Cerbino opta por las categorías “dominante” o “reformista” y “liberal”, mientras que Balsa utiliza las etiquetas de “agrarista” y “liberal-conservadora”. Véase San Cerbino, “Los consorcios...”, op. cit., y Balsa, “La cuestión...”, op. cit.

políticos que constituyen nuestro observable no intervinieron sobre el vacío, sino en un debate más extenso, cargado de posiciones con las que dialogaron o contra las que se enfrentaron, tanto para disentir como para acordar. Esto, a su vez, nos permitirá evaluar hasta qué punto la izquierda hizo uso del conocimiento técnico disponible en la época y en qué medida se diferenció o reprodujo las tesis de algunas de estas dos grandes corrientes. Finalmente, daremos cuenta también de las principales políticas agrarias del tercer peronismo, toda vez que este gobierno adoptó un paquete de medidas integrales para intervenir en el campo, en un contexto signado por la conflictividad agraria (la activación de las Ligas Agrarias) en el marco del proceso revolucionario.

I. La corriente agrarista

La corriente agrarista o reformista encontraba que los déficits de la acumulación de capital en el agro, déficits que se trasladaban al conjunto de la economía, se explicaban por las características intrínsecas de las capas más grandes de la burguesía agropecuaria. En la mayoría de los casos rubricada como “oligarquía” u “oligarquía terrateniente”, esta clase era caracterizada por un comportamiento parasitario, propenso al consumo suntuario o especulativo y siempre renuente a la inversión productiva. La percepción de la renta agraria sería su actividad central. Esto sería el resultado de una productividad natural muy alta de la tierra, producto de la fertilidad del suelo pampeano, que la llevaría a vivir de la percepción de la renta agraria o, en el mejor de los casos, de la ganancia fácil. En general, esta fracción de la clase dominante era presentada como una capa de grandes ganaderos, concibiendo a esta como una actividad que demandaba poco esfuerzo, en tanto se trataba simplemente de dejar pacer los vacunos.

De este modo, se configuraría una estructura agraria dominada por el gran latifundio improductivo o ineficiente, que encararía una producción de tipo extensiva, baja en capital y en productividad. Esto traería dos consecuencias inmediatas. Por un lado, la imposibilidad del acceso a la tierra de los productores capitalistas o “verdaderos” productores. De allí que, en el mejor de los casos, pudieran acceder a explotaciones rurales exclusivamente por la vía del arrendamiento y, en general, en pequeñas parcelas o minifundios. En este punto, se hacía hincapié en la creciente inseguridad e inestabilidad del productor, lo que dificultaría su producción, y sus consecuencias en cuanto a despoblamiento del campo y éxodo hacia la ciudad en búsqueda de mejores opciones. Así estaría vedado un “verdadero” desarrollo capitalista en el agro, desarrollo

que en cierto sentido debería seguir el modelo “farmer”, es decir de pequeños propietarios. Por otro lado, el bloqueo al desarrollo no se limitaría solo al ámbito agrario sino que se extendería al conjunto de la economía. Esto ocurriría por el hecho de que, al no reinvertir productivamente la ganancia, la oligarquía impediría el despegue de la producción industrial. De allí que el latifundio y la oligarquía operaran como una traba al conjunto del desarrollo capitalista nacional.

Dentro del agrarismo, esa situación era explicada desde diferentes ópticas, algunos consideraban que era resultado de supervivencias feudales o precapitalistas, de la deformación de la acumulación capitalista o del carácter dependiente o neocolonial. Con todos sus matices, el quid de la cuestión era el de la existencia de una clase parasitaria, dueña de grandes extensiones de tierra, que obtenía ganancias fáciles y las sustraía de la inversión productiva. De allí que el estancamiento agrario se explicara por cuestiones estructurales.

La solución a este nudo generador de atraso se encontraría en una mayor intervención estatal, que produjera reformas profundas en la estructura agropecuaria. Así se liberarían todas las trabas que impedían el acceso a la tierra por parte de los “verdaderos” productores capitalistas, que obtendrían la seguridad necesaria para producir. La propuesta concreta de esta intervención variaba en función de la variante del agrarismo que la postulaba. Las versiones más radicales, proponían una reforma agraria, que avanzara en la expropiación de los terratenientes y fragmentara y repartiera la tierra a quien quisiera trabajarla. Había dentro de esta propuesta diferentes modulaciones. Por caso, se debatía si la sustracción de la tierra de manos de su dueño debía compensarse con indemnizaciones o si, por el contrario, debía realizarse sin pago alguno. Otros proponían un cambio gradual de la estructura, que implicaba utilizar instrumentos de menor radicalidad: planes de colonización, impuestos más onerosos hacia los grandes propietarios, ayuda crediticia para que los arrendatarios puedan acceder a la propiedad o intervención en el mercado de arriendos a los efectos de brindar mayor estabilidad a los arrendatarios. Durante los años '60 y '70, la herramienta más difundida entre los reformistas fue el impuesto a la renta potencial de la tierra, que operaría como mecanismo de sanción a los productores agrarios que alcanzaran niveles de productividad inferior al que sus tierras podían brindar. Se combatiría así la baja productividad del latifundio y la tenencia ociosa de la tierra por una vía impositiva.

Tal como señala Balsa,¹⁸⁴ el agrarismo tuvo una etapa de renovación desde mediados de los '50 y durante todos los '60 en el que confluyeron diferentes vertientes del mismo. En primer lugar, se dio un proceso de profesionalización desde la sociología que estudiaba los cambios estructurales en la agricultura, lo que significó la proliferación de la sociología rural. En segundo lugar, el ascenso de una oleada revolucionaria a nivel mundial que tuvo su primer puntapié con el triunfo de la Revolución China (1949) y una década después, de la Revolución Cubana (1959). Ambas, por nombrar solo los hechos más importantes -a los que podrían sumarse el proceso de descolonización de África y Asia-, tuvieron una impronta agraria clara, tanto por el espacio físico donde se gestó el corazón del núcleo revolucionario (el agro), así como por su base (el campesinado) y el método que aparecía determinado por las variables precedentes (la guerra de guerrillas rural). Este factor también contribuyó al renovado interés por la cuestión agraria. En tercer lugar, la ya mencionada preocupación por el desarrollo económico, que llevó a los Estados Unidos a desarrollar una respuesta preventiva a los conflictos rurales, lo que cristalizó en la Alianza para el Progreso, que tendía a reproducir la prédica antilatifundista y la reforma agraria como solución. Finalmente, en el ámbito local, Balsa ubica como elemento de peso la renovación dentro del peronismo de las propuestas agraristas. Como veremos en el próximo capítulo, ello influyó en organizaciones como Montoneros.

a. Intelectuales

Como venimos señalando, el problema del desarrollo y el papel del agro en la crisis económica, desató un marcado interés intelectual por el asunto, que fue orientando el interés de diferentes disciplinas de las ciencias sociales: la economía, la sociología, la historia y, como no podía ser de otra manera, los estudios agrarios.

Desde el campo de los estudios especializados vinculados a la gestión gubernamental, Balsa destaca dos trabajos. Por un lado, el de la Junta de Planificación Económica de la provincia de Buenos Aires hacia 1958, que fuera encabezada por Alfredo Eric Calcagno, intelectual vinculado a la CEPAL. Dicho informe,¹⁸⁵ en lo que veremos fue una operación común en toda la izquierda que defendía la existencia del latifundio en el

¹⁸⁴Balsa, "La cuestión...", op. cit.

¹⁸⁵Junta de Planificación Económica de la Provincia de Buenos Aires: "Distribución de la propiedad agraria en la provincia de Buenos Aires", en: *Desarrollo Económico*, N° 1, separata Serie Estudios N° 2, La Plata, 1958.

campo pampeano, hacía hincapié en la concentración de la tierra destacando que 536 propietarios de estancias superiores a las 5.000 hectáreas concentraban el 17,5% de la superficie provincial. En la misma época, Bernardino Horne -jurisconsulto platense que tuvo una conspicua trayectoria política como Ministro de Hacienda en Entre Ríos por el Radicalismo, luego diputado nacional por la misma provincia y finalmente, Secretario de Agricultura de Frondizi¹⁸⁶ - publicaba *Un ensayo social agrario*¹⁸⁷. Allí presentaba un cuadro del agro argentino que condensaba en buena medida el diagnóstico del agrarismo. Horne sostenía que la estructura agraria argentina no había sido modificada en lo sustancial en los últimos años, por lo cual la situación del campo no difería del panorama de los '30. El estado general de atraso, la falta de actividad en las colonias agrícolas y el creciente éxodo rural protagonizado por la juventud, haría necesaria una “amplia obra”, esto es una reforma agraria, para lograr que “la economía nacional encuentre de nuevo su equilibrio”.¹⁸⁸ De este modo, se devolvería al campo su “energía” y “vitalidad” para que produjera lo necesario y así pudiera dar vida a la industria, conseguir las divisas necesarias y que el consumo del “pueblo argentino” sea satisfecho con “precios equitativos”. Así aspiraba a llegar a una “economía de abundancia”.

Con todo, la verdadera vitalidad de los análisis del rol de la rama agraria provino de los intelectuales desarrollistas. Por aquellos años, uno de sus principales exponentes fue Aldo Ferrer. Contador público y economista de profesión, alcanzó a tener también una notable trayectoria política. Entre 1958 y 1960 fue ministro de Economía y Hacienda de la provincia de Buenos Aires; entre 1967 y 1970, Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), y entre 1970 y 1971 Ministro de Economía y Hacienda la dictadura autodenominada Revolución Argentina (bajo las presidencias de Levingston y Lanusse).

En 1963, Ferrer publicó *La economía argentina: Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*¹⁸⁹, un libro que, según los historiadores Devoto y Pagano, tuvo una buena acogida en su tiempo producto de las simpatías que despertaba por entonces la escuela cepalina.¹⁹⁰ En efecto, el autor era tributario del paradigma industrialista y adscribía a la idea de un desvío o retraso en los países latinoamericanos, que sería la

¹⁸⁶Lázzaro, “Bernardino Horne...”, op. cit.

¹⁸⁷Horne, Bernardino: *Un ensayo social agrario*, Leviatán, Buenos Aires, 1957.

¹⁸⁸Ídem, p. 16.

¹⁸⁹Ferrer, Aldo: *La economía argentina: Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1963.

¹⁹⁰Devoto, Fernando y Nora Pagano: *Historia de la historiografía argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, p. 420.

consecuencia de la estructura mundial que dividía al globo en países centro y países periferia. Entre ambos polos, la ley de deterioro de los términos de intercambio llevaría al desarrollo de unos y el subdesarrollo de otros. Si bien identificaba una relación de oposición entre industria y agricultura, Ferrer era optimista acerca de la posibilidad de un “desarrollo industrial integrado”.

En lo que puede ser identificado como una influencia rostowiana, Ferrer estructuraba su libro a partir de una periodización de la historia argentina en cuatro etapas: “las economías regionales de subsistencia” que cubría del siglo XVI al XVIII, “la etapa de transición” que llegaba hasta 1860; “la economía primaria exportadora” entre 1860 y 1930; y, finalmente, “la economía industrial no integrada” que dejaría como saldo una economía “semi-industrial dependiente”.

En materia estrictamente agraria, Ferrer señalaba que la expansión de la frontera durante el siglo XIX había dado pie a la apropiación de grandes extensiones de tierra por un puñado reducido de terratenientes. Esto configuró un escenario plagado de obstáculos para el acceso a la propiedad por parte de trabajadores rurales e inmigrantes que pretendían incorporarse a la economía agropecuaria pampeana. Ante el acaparamiento, debieron acceder al factor de producción esencial mediante el arrendamiento, lo que, como ya hemos visto, configuraba una fuente de inestabilidad para las interpretaciones agraristas. Todo ello habría mermado el potencial de crecimiento de la producción rural por dos motivos. En primer lugar, porque la limitación de acceso a la tierra disminuiría la posibilidad de absorber al conjunto de la masa inmigrante. En segundo lugar, porque el sistema de arriendo no generaría una propensión a la inversión por parte de los arrendatarios, dado que sus frutos serían capitalizados luego por el terrateniente al cesar el contrato. A su vez, los dueños de la tierra destinaban sus ganancias al consumo suntuario.

Con todo, desde 1870 hasta las primeras décadas del siglo XX, la expansión de la producción agraria no manifestaría mayores problemas, toda vez que la incorporación del factor tierra era posible y no suponía un freno al crecimiento extensivo. Incluso se alcanzaría cierto crecimiento en profundidad, a través de la incorporación del alambrado, los molinos de viento, el tanque australiano, el refinamiento y mestización del ganado, la introducción de semillas del exterior y la importación de maquinaria agrícola. El punto de quiebre se daría en 1930, no solo por la crisis mundial y la caída en la demanda de bienes agrarios, sino sobre todo por el agotamiento del factor tierra al verse ocupado hasta el límite la frontera pampeana. Agotado el crecimiento extensivo,

todo dependía del crecimiento en profundidad, es decir, del incremento de la productividad por hectárea.

Con este escenario, se produjo el declive general de la producción pampeana, que perdió dinamismo y liderazgo en el conjunto de la economía. Impedido su crecimiento, el sector primario no pudo lograr abastecer la demanda interna de alimentos y materias primas, ni generar los excedentes exportables que permitieran introducir las divisas necesarias para abastecer a la industria que, al desarrollarse, podría ofrecer las maquinarias y equipos necesarios para tecnificar el agro.

En la nueva etapa, la producción agropecuaria de la zona pampeana perdió el dinamismo y la función de liderazgo que alcanzó bajo el modelo primario exportador. Habiéndose registrado una reducción de las importaciones, necesariamente se encarecerían los precios de los artículos importados, de modo que se generaban posibilidades de obtener importantes ganancias mediante la producción local. Lo que ocurriría entonces sería un proceso de industrialización por sustitución de importaciones, en el cual se reducía el grado de apertura externa. Sin embargo, la autarquía nacional no podía llegar a ser total en tanto que el avance de la industrialización hacia ramas pesadas requería importar insumos y maquinaria. Ello, a su vez, demandaba incrementar los saldos exportables, es decir, las materias primas en tanto y en cuanto, los productos industriales nacionales no tenían buena acogida en el mercado mundial.

Lo que faltó en dicha etapa, para el autor, fue una reforma agraria que permitiera la modernización del campo mediante la aplicación de maquinaria y fertilizantes, seguida de un nuevo régimen de tenencia de la tierra que creara una mentalidad empresarial, y permitiera así una complementariedad entre el agro y la industria por la vía de la provisión de materias primas para el mercado interno y la generación de los excedentes exportables. En todo ello, el Estado tendría un papel que cumplir, mediante el impulso de la infraestructura, servicios sociales y promoción de la investigación, y desarrollo de nuevas estructuras de gestión y control, favoreciendo el crecimiento económico.

Desde otra disciplina, merece destacarse el aporte de Horacio Giberti, uno de los más reconocidos ingenieros agrónomos que se dedicó a estudiar la cuestión agraria en la Argentina. Además de su extensa producción, entre la que se destaca *Historia económica de la ganadería argentina* y *El desarrollo agrario argentino*, su trayectoria laboral le otorgó visibilidad pública: fue presidente del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en la presidencia de Frondizi, y luego Secretario de Agricultura

durante el tercer gobierno peronista, entre mayo de 1973 y octubre de 1974. Por su cualidad de experto en el asunto, fue incluido en una compilación sobre la que volveremos en varias oportunidades: la edición en 1965 del libro *El problema agrario argentino*, escrito por Arturo Frondizi.¹⁹¹ Aquel volumen compiló las posiciones de buena parte del arco político burgués, incluyendo no solo el programa agrario del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), del que el propio Frondizi era parte, sino también de partidos como la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), la Democracia Cristiana y el Peronismo. Asimismo, contenía la posición de destacados intelectuales, como el propio Giberti, Rodolfo Carrera -tratadista de Derecho Agrario-, Federico Pinedo -a quien se presenta como exponente de la “visión tradicional” sobre la cuestión agraria-, y Rogelio Frigerio, dirigente del MID.

El libro en cuestión reproducía una conferencia de Giberti pronunciada en el Instituto de Capacitación y Formación Social-Sindical de la Confederación General del Trabajo (CGT), el día 7 de agosto de 1964. En su alocución el ingeniero agrónomo calibraba los alcances de la Reforma Agraria, a la que consideraba “un cambio amplio y profundo de toda la estructura agraria”. Esto significaría modificaciones no solo en el trabajo sino también en el medio social, económico y político. En suma, una transformación de gran alcance. En virtud de ello, indicaba que la reforma agraria solía confundirse con otros términos que tendrían menor alcance. Por un lado, con la reforma fundiaria que refería a la redistribución y al cambio en el régimen de tenencia de la tierra. Por el otro, con la reforma agrícola, que introduciría cambios en el cultivo y las formas de trabajo, mediante la sustitución de técnicas viejas por nuevas. Una reforma agraria implicaría a ambas, pero debía además realizarse en un período breve de tiempo. Si se producía de forma gradual y paulatina sería una transformación agraria y no una reforma. Introducidos los conceptos de reforma agraria, agrícola, fundiaria y transformación agraria, Giberti sentaba su posición: la estructura agraria argentina no requería de una reforma agraria, sino de una reforma fundiaria.

Desde el comienzo, Giberti indicaba que todo su diagnóstico se basa en la región pampeana (Buenos Aires, Córdoba, La Pampa, Entre Ríos y Santa Fe), por tratarse del área que comprende las tres cuartas partes de la producción agropecuaria nacional, siendo la zona económicamente más dinámica y demográficamente más poderosa. Mientras que el interior habría quedado relegado a la producción para el mercado

¹⁹¹Frondizi, Arturo: *El problema agrario argentino*, Editorial Desarrollo, Buenos Aires, 1965. Todas las citas corresponden a este libro hasta que se indique lo contrario.

interno, la región pampeana fue sostén del conjunto del país a través de los saldos de exportación. Como tal habría sido el motor del desarrollo nacional al menos hasta entrada la década del '40, cuando comenzó un proceso de estancamiento. A partir de allí, el interior comenzó a aumentar el volumen de su producción, mientras que el del área pampeana se estancó.

Partiendo de este escenario, el ingeniero señalaba que el problema no se encontraba en los precios, como podrían sostener buena parte de los productores agrarios. Dicho de otro modo, que el problema no era coyuntural sino estructural, lo que se observaba en una falta de capitalización que sirviera para aprovechar los estímulos de precios altos. El problema se hallaría en los niveles de productividad. Al no haber más tierras disponibles para extender la frontera, no quedaría otra vía de crecimiento que la de aumentar los rindes sobre la tierra ya ocupada, algo que el mundo habría estado experimentando en los últimos 20 años y de lo cual la Argentina se habría abstraído. Buena parte de ese estancamiento se observaría en la retracción de la agricultura y el crecimiento de la ganadería:

“Si una hectárea susceptible de ser cultivada con maíz la dedicamos a ganado para carne, disminuiríamos la productividad de la tierra y, por consiguiente, mediante esa vía no vamos a lograr un aumento de la producción pampeana, porque como todas las hectáreas están ocupadas, habríamos hecho que una hectárea brinde menos pesos que antes. Es decir, que si quisiéramos aumentar el ingreso de divisas, no lo vamos a lograr pasando de la agricultura a la ganadería”.

De la misma forma en que se reducía, según Giberti, la productividad por hectárea, también lo haría la capacidad de ocupación laboral: la hectárea de maíz requería 65 horas-hombre por año, mientras que el ganado sólo 10. El factor positivo de la ganadería sería el de fertilizar la tierra, y por tanto es un “mal necesario”. Sintetizando, la salida del estancamiento requería incorporar más capital y más trabajo humano, para alcanzar mayores niveles de productividad y producción. Esto no habría ocurrido en la región pampeana: los avances en la tecnificación fueron de la mano de la expulsión de fuerza de trabajo, de modo que operó como un juego de suma cero. Para explicar esto, Giberti se detiene a analizar cada uno de los factores de producción: tierra, capital y trabajo.

En cuanto a la tierra, el ingeniero indicaba que la propiedad de la misma es de primordial importancia para el impulso a la productividad. Un arrendatario cuyo horizonte cercano está signado por la posibilidad de no renovación del contrato, no tendría estímulo a la introducción de mejoras, dado que puede perderlas de un momento a otro. Un programa de rotación de cultivo, una producción tecnificada y racionalizada requería planes de largo aliento, incompatibles con formas contractuales limitadas a los cinco años, insuficientes para garantizar el recupero de la inversión. De modo que “tecnificación y propiedad de la tierra son procesos paralelos”.

Para sustentar estas afirmaciones, Giberti ofrecía algunas cifras. A fines del siglo XIX, las explotaciones rurales de la Argentina eran, en un 80%, puestas en producción por sus propietarios. A medida que creció la inmigración, esa cifra fue decayendo, llegando a su límite inferior en 1913 y manteniéndose estacionaria hasta 1947, año en que comenzó a aumentar la proporción de propietarios. Según el autor, esta misma tendencia se visualizaba en Estados Unidos, si bien entre 10 y 15 años antes. La pregunta que surgía de ese escenario era evidente: si la propiedad, como indicaba Giberti, era condición para el incremento de la productividad, y desde 1947 comenzaba a crecer la proporción de propietarios ¿por qué no se superaba el estancamiento de la producción? Dos fenómenos explicarían este proceso: el aumento de las propiedades de gran tamaño y el vuelco a la ganadería. Si entre 1914 y 1937 se produjo un incremento de las unidades de menos de 1.000 hectáreas, a partir de esa fecha se puso un freno a la subdivisión, llegando a 1960 con más de la mitad de la superficie explotada en unidades superiores a las 1.000 hectáreas. Este aumento de la superficie de las explotaciones se traduciría en una disminución de la productividad,

“porque los grandes tienen formas menos intensivas de producción, para no acumular tanto capital o porque así es más fácil administrar el campo. Como muchos propietarios no viven en sus establecimientos, los trabajan por medio de mayordomos o capataces; así las formas intensivas son imposibles y las extensivas mucho más factibles”.

Asimismo, la ganadería, actividad que privilegiaban los propietarios, crecería mientras que la agricultura había sido la forma productiva más común del arrendatario. Es interesante destacar que Giberti no asociaba este fenómeno a la falta de una mentalidad empresarial por parte de los dueños de la tierra. Estos iniciaban la producción para satisfacer sus necesidades. Su baja productividad se compensaba con la extensión de las

tierras que ponían en producción. De modo que no habría irracionalidad ni tampoco un interés nacional o productivo en abstracto, según el cual la burguesía produce para la mejora material de la Nación. Giberti no desconocía la existencia de grandes empresas agrarias donde la explotación extensiva resulta muy productiva, pero se trataría de casos aislados.

Expuestos estos argumentos, se comprende el porqué de la reforma fundiaria que señalábamos al comienzo: la gran propiedad tiende a ser ineficiente, lo que se requiere son unidades menores. Con todo, el autor aclara

“Ese es un proceso [...] al que no debe corresponderle el título de reforma agraria, sino, más bien, de transformación agraria o, cuando mucho, el de reforma fundiaria. Yo no diría que soy partidario de una reforma agraria, pero sí de una serie de medidas que faciliten el ineludible cambio de estructuras.”

Respecto al capital, Giberti señalaba que había una escasez de inversiones e inversiones mal dirigidas: quienes poseían el capital no tenían interés en impulsar el sector, quienes tenían el interés no poseían el capital. Las exenciones impositivas habrían servido para la compra de maquinaria, pero no para las inversiones en mejoras que quedaran adheridas al suelo, es decir, aquellas que elevaban su productividad.

Finalmente, el factor trabajo. Giberti señalaba que, al menos hacia la década de 1950, el 40% de la población urbana argentina era “clase media”, lo que se reproduciría a grandes rasgos en el agro. Esa alta proporción de clase media rural -que no se vería en otros países de América Latina donde existiría una alta polarización social- se explicaría por la presencia de explotaciones familiares. Allí está la clave del planteo de Giberti: el vector del desarrollo agrario con alta productividad radicaba en ese tipo de explotación.

En sus propias palabras:

“No solo se trata de que en una hectárea de agricultura produce 100 y de ganadería 60, sino que la distribución del ingreso no es igual. En una chacra familiar, si cinco personas trabajan y el ingreso es 100, a cada uno le correspondería, más o menos, 20. En cambio, en una estancia típica el asalariado tendría 10, por ejemplo, y el resto el empresario, en su doble carácter de director y capitalista. Vale decir: el esquema de la polarización social implica distribución menos satisfactoria del ingreso, porque hay un grupo que recibe la parte sustancial y otro mucho menos.

Claro que en zonas donde no se puede hacer más que ganadería, hay que seguir con ella. Pero hacerlo donde el suelo es apto para la agricultura implica un deterioro económico y social. Por eso nuestra estructura social puede haberse deteriorado, por el pase de la agricultura a la ganadería, que implica menor y distinta distribución del ingreso; y la distribución del ingreso, a veces es más importante que el ingreso mismo. Esto es para que tengan una idea del efecto social de la gran explotación frente a la explotación familiar.

En definitiva, estamos diciendo por qué somos partidarios del proceso de tecnificación, o sea de intensificación de las explotaciones, pero en unidades de tipo familiar”.

En esta extensa cita puede verse condensado el conjunto del planteo. El estancamiento del agro argentino sería producto del recupero de las grandes extensiones por los propietarios, que se volcaron a la ganadería. Tanto por la extensión como por la actividad desarrollada, todo ello impactó en una caída de la productividad. La salida sería la reforma agraria, aunque el agrónomo tenga pruritos en designarla de esa manera: la explotación agrícola “mediana y familiar, estimulada en la medida necesaria por un crédito adecuadamente planificado, que impulse e incite a la tecnificación”, lo que garantizará la mayor producción y una distribución equitativa del ingreso. Esta nueva estructura agraria requeriría una reversión parcial del éxodo rural, que habría afectado en particular a los más jóvenes, que serían los capacitados para adaptarse a los nuevos adelantos técnicos.

b. Partidos

Las dos divisiones de la UCR -la Intransigente y la del Pueblo-, así como la Democracia Cristiana y el peronismo, fueron exponentes partidarios de la corriente agrarista. Sobre el peronismo, nos referiremos en el último apartado de este capítulo. Aquí nos concentraremos en los primeros tres.

El libro de Frondizi, del cual tomamos el texto de Giberti, recogía la posición de aquellos partidos a los que el autor consideraba reproductores de “los conocidos esquemas del izquierdismo formal, totalmente ajenos a las realidades económicas argentinas”, esto es la UCRP, la UCRI y la Democracia Cristiana.

Respecto de la primera, el libro reproducía las resoluciones del Congreso Agrario, convocado por el Comité Central de la Provincia de Córdoba, que tuvo lugar entre el 8 y

10 de abril de 1961.¹⁹² Allí lo que se observa es una concepción de la reforma agraria clásica, según la cual la centralidad del problema pasaría por el régimen de tenencia de la tierra. En tal sentido, el Congreso resolvió bregar por una reforma de la Constitución Nacional, donde se estableciera como principio que la propiedad privada debería cumplir fines sociales. Eso serviría de base para una reforma agraria que instituya una “justa” distribución de la tierra, mediante la liquidación del latifundio, el establecimiento de límites máximos y mínimos para el tamaño de las unidades económicas, y el rechazo a la especulación bajo la consideración de que la tierra no es una mercancía.

Naturalmente, la defensa de la redistribución de la tierra iba aparejada de la eliminación de los “sistemas de explotación indirecta”: el arrendamiento, la aparcería y otras formas diferentes a la explotación por el propietario. Las tierras que se encontrarán en ese régimen deberían ser, en una virtual reforma agraria impulsada por la UCRP, adjudicadas a los “agricultores auténticos”, con su debida indemnización a pagar entre 10 y 30 años a intereses fijados por Consejos Agrarios. Detrás de esta reforma se encontraba el “mito campesino” y la defensa de un agro basado en la pequeña explotación familiar, que el partido reconocía abiertamente:

“si en vez de diez familias dueñas de tres millones de hectáreas su propiedad se distribuyera entre tres mil, es indudable que habríamos aumentado el número de familias felices sin empobrecer a ninguna. [...] la solución de nuestro problema agrario debe encararse, en este momento, en base a la entrega de la tierra a quien la trabaja, en propiedad, no como derecho absoluto que no admite limitaciones, sino como función social, que admite restricciones, impuestas por los intereses a que la propiedad sirve.”

La cuestión del tamaño de la unidad de explotación se encontraba por encima de la productividad del capital que en ella acumulaba. Esto puede observarse en la consideración que se hace acerca del latifundio, al cual se diferencia en productivo e inexplorado. Ambos deberían ser eliminados, el primero porque a pesar de cumplir con una función económica no lo hace en función social, el segundo por no cumplir función alguna (ni social ni económica).

¹⁹²“Programa agrario de la Unión Cívica Radical del Pueblo”, en: Frondizi, *El problema...*, op. cit., pp. 47-50.

Por su parte, la Democracia Cristiana¹⁹³ se ubicaba en el mismo horizonte: la Reforma Agraria, otorgando la tierra a quien la trabaja, y facilitando la transformación tecnológica, elevando la producción y logrando costos competitivos.

Como puede apreciarse, ambos partidos comparten un horizonte común en el plano de la defensa de la pequeña producción, alimentada en el mito campesino que, o bien sostiene la producción autárquica (y por lo tanto obliga al conjunto de la población a dedicarse a una vida rural) o bien propone producir en mejores condiciones, lo cual resulta verdaderamente dudoso al moverse en escalas que impiden el aprovechamiento máximo de las innovaciones técnicas y tecnológicas.

Con algunos matices, se ubica en este espectro la UCRI. En el volumen que analizamos, su posición aparece por boca de uno de sus referentes políticos en la provincia de Buenos Aires, Rodolfo Carrera -quien fuera presidente de la Comisión de Agricultura y Ganadería de la Cámara de Diputados entre 1958 y 1962- de quien se reproduce una entrevista publicada por el diario *Clarín* el 12 de febrero de 1962.¹⁹⁴

Carrera explícitamente señalaba que para la Argentina, la reforma agraria no es un “problema crítico”, pues la tarea urgente para el campo no sería la de subdividir la tierra sino el despliegue de estrategias orientadas al incremento de la producción. A pesar de advertir que en el país existía “una mala distribución de la tierra y un mal uso o explotación de la misma” y que “no nos complace que el 46,2% de las tierras aptas de nuestro país [...] sean de propiedad de solo 5.503 propietarios”, el representante de la UCRI señalaba que disolver los latifundios obstruiría el desarrollo económico. ¿Cuál es, entonces el problema agrario argentino? Carrera responde que para convertir al país en una economía agroindustrial, se requiere aumentar la riqueza agropecuaria de manera que esta financie la industrialización. Así se lograría el autoabastecimiento energético y la constitución de una industria nacional pesada (petroquímica, siderúrgica y eléctrica nacional) con una eficaz red ferroviaria y vial. Se crearían “las bases reales de la definitiva independencia nacional”. En virtud de esta máxima, dos problemas impedirían el crecimiento agropecuario: la inseguridad del productor y la baja productividad.

Respecto a la inseguridad del productor, la solución se encontraría en la conversión de los arrendatarios en propietarios, mediante la promoción del crédito y la incorporación

¹⁹³“Programa agrario de la Democracia Cristiana”, en: Frondizi, *El problema...*, op. cit., p. 51.

¹⁹⁴Carrera, Rodolfo: “¿Cuál es la política agropecuaria más conveniente para la Argentina?”, en: Frondizi, *El problema...*, op. cit., pp. 95-105.

de áreas inexploradas al proceso productivo. De esa manera, se podría prever una producción a largo plazo, que atienda a las necesidades del suelo y permita la inversión de capitales. Un productor que pasó de arrendatario a propietario señala Carrera, es

“un productor que cuida su tierra y la hace descansar, que le incorpora buenas aguadas, arboledas de reparo, buenos alambrados perimetrales y eficiente subdivisión del predio en tantos potreros como aconseja la técnica moderna, diversificando la explotación, mangas, corrales, galpones, silos, mejor sangre de sus plántulas, mejores semillas, mecanización, etc. Todo eso no lo hacía antes. Ahora redundará en una mayor producción por hectárea, con mejores rendimientos: lo hará cada uno para pagar la amortización de la compra y progresar: pero el país se beneficiará con ese aumento de producción.”

Como puede apreciarse en la cita, el problema de la propiedad está íntimamente ligado al segundo, el de la productividad. Teniendo garantizada la estabilidad, el productor podría incorporar maquinaria, tecnificarse e incrementar la productividad. El impulso a organismos como el INTA resultaría clave para el desarrollo de nuevas técnicas agrarias. Las consignas de la UCRI son claras en este sentido: “Más propietarios rurales”, “Más tecnificación y mecanización agraria”, “Más productividad o rendimiento por hectárea”, “Más producción nacional”, “Más saldos exportables”, “En una Argentina agroindustrial”.

Dentro de la UCRI corresponde naturalmente hacer mención a los análisis de Arturo Frondizi, quien fuera presidente por esta fuerza entre 1958 y 1962. Sin embargo, conviene atender a un señalamiento ya esbozado por Lázaro.¹⁹⁵ El desarrollismo frondizista fue alterando su discurso. La llamada *Carta de Avellaneda*, manifiesto que las dos variantes de la UCR reconocían como su base programática y que utilizaran como plataforma electoral, planteaba la necesidad de una “reforma agraria inmediata y profunda”, que dejara la tierra en manos de quien quisiera trabajarla, individualmente o en cooperativas, y que fuera vedado todo uso especulativo. Ello iba acompañado de la prohibición de que las sociedades anónimas pudieran ser dueñas de latifundios, y alentaba que fueran las cooperativas con participación estatal las que controlaran la comercialización.

¹⁹⁵Lázaro, “El desarrollismo...”, op. cit.

Sin embargo, ya en 1958 en su discurso de asunción, Frondizi refiriéndose al problema agrario puso en igualdad de condiciones el problema del acceso a la tierra y la necesidad de mejoras en la aplicación de tecnología en el campo. Si bien se apuntaba a la necesidad de estimular un desarrollo “armónico e integral” de todo el país que permitiera tecnificar y mecanizar las tareas agrarias, diversificar la producción y llevar la “civilización” al campo, no dejaba aún de presentarse el acceso y la estabilidad de la tierra como uno de los problemas “más agudos”.¹⁹⁶ En los discursos siguientes, el problema de la tecnificación y de la mejora en los precios fue desplazando el papel asignado a la tenencia, que prácticamente desapareció. Esta evolución se completó en 1963 cuando Frondizi creó el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID). Como veremos más adelante, a partir de allí, el desarrollismo frondizista abandonó la perspectiva agrarista por otra que centraba su mirada en el problema de la tecnología y la productividad.

c. Corporaciones

Una de las corporaciones empresarias que expresó con mayor claridad los planteos de la corriente agrarista fue la Confederación General Económica (CGE), fundada en 1952 por José Ber Gelbard con la anuencia del por entonces presidente Juan Domingo Perón. Desde su fundación, expresó los ideales de defensa de la economía nacional, la presencia del Estado como ente de intervención y la idea de que la empresa debía tener una función social. En efecto, tendía a recoger los postulados del peronismo y a constituirse sobre la base de una alianza tácita entre la pequeña y la mediana empresa mercadointernista y la clase obrera, a partir de la apuesta a un mercado interno fuerte y al incremento del empleo. Es por ello que Sanz Cerbino la caracterizó como una corporación que expresaba un programa de liberación nacional.¹⁹⁷ En 1969 Julio Broner, futuro presidente de la confederación, junto al periodista Daniel Larriqueta, publicó un libro titulado *La revolución industrial argentina*¹⁹⁸ que condesaba en buena

¹⁹⁶Frondizi, Arturo: *Mensajes presidenciales, 1958-1962*, Centro de Estudios Nacionales, Buenos Aires, 1982.

¹⁹⁷Sanz Cerbino, Gonzalo: “La lógica del enemigo: los programas de la burguesía argentina y sus límites, 1955-1966”, en: *Razón y Revolución*, N° 29, segunda época, Buenos Aires, 1er. Semestre de 2016, pp. 151-195.

¹⁹⁸Broner, Julio y Daniel Larriqueta: *La revolución industrial argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969.

medida el programa político de la CGE. Allí se traslucían los diagnósticos y soluciones propias de la corriente agrarista.

Desde el comienzo, el libro explicitaba su función política: presentar las “principales estrategias para una política industrial y económica argentina de contenido estrictamente nacional”. Ello tenía mayor validez en el momento histórico en que era escrito, puesto que se caracterizaba que el país estaba atravesando una verdadera “Revolución Industrial”. En ese contexto, era imperioso que el gobierno siguiera un rumbo cuyo norte fuera la autonomía nacional, basada en el desarrollo industrial, que evitara toda variante orientada a acentuar o perpetrar la “dependencia”. La estrategia que venía a proponer Broner como representante de la CGE, buscaba refutar las variantes que estarían apostando al retorno de la “Argentina agraria”, con políticas que ponían en riesgo la autonomía nacional. Naturalmente, se refería a las corporaciones agrarias que reclamaban un cambio en la política tributaria que dejara de convertirlas en el sostén del conjunto del país, en tanto que la rama de producción de mercancías agropecuarias era la que mostraba mayor dinamismo a nivel internacional. En este punto, el libro señalaba: “si utilizamos modelos y políticas económicas que busquen la prosperidad material a cualquier precio, corremos el riesgo de convertir al país en una colonia rica”. Un argumento sugestivo, puesto que reconocía que esa rama era efectivamente la más productiva, pero que al pensarse el desarrollo nacional solo en función de la competencia mundial, llevaría a una pérdida de soberanía. En cambio, la apuesta a la pequeña y mediana industria local significaría un “fortalecimiento de la Nación”.

El libro de marras se iniciaba con una reconstrucción de la historia económica de la Argentina. Desde el comienzo del siglo XX advertía una primacía de la actividad agropecuaria, teniendo la industria un papel suplementario, en el marco de una “economía abierta”. De este modo, por conveniencia, la economía se especializaba en la satisfacción de las demandas de mercancías agropecuarias, a la par que los bienes manufacturados eran comprados en el exterior. La apertura al mercado mundial era justamente la que ponía en peligro la soberanía, en tanto que ataba el destino del país a los designios de lo que acontecía fuera de él, mermando así la capacidad decisoria local. Justamente, la crisis de los '30 significaría un cambio de rumbo en la estrategia de desarrollo, impuesta por las “perturbaciones” internacionales. Desde mediados de esa década, comenzaría un proceso de industrialización, por el cual las manufacturas se tornarían el elemento dinámico de la economía. Comenzaba así la etapa de industrialización por sustitución de importaciones, un quiebre en la trayectoria

económica nacional que debía, en la receta de Broner, sostenerse para proseguir en el camino de la independencia política y económica.

Esta estrategia de desarrollo, en cuestión por las periódicas crisis de balanza de pagos, se encontraba en discusión. La industria mercado internista, que sobrevivía en base a protección y subsidios financiados con recursos provenientes del agro, debía sostenerse no por razones económicas sino por razones políticas. Los autores no podían brindar argumentos que mostraran una eficiencia real de la industria local, por lo cual corrían el eje de lo económico a lo político: la ventaja de la pequeña y mediana empresa nacional radicaba en su carácter de garante de la independencia del país, y no en su eficiencia. Aun así persistía el problema de sostener a un sector económicamente ineficiente, y es allí donde entraba en juego su política de transformación agraria.

En este diagnóstico, el verdadero factor de atraso nacional que explicaba la situación de crisis, se ubicaba en el terreno agrario: era el “retraso agropecuario” el “factor limitante” del crecimiento. Fiel a la imagen tradicional del campo, que hemos analizado en el primer capítulo, ese retraso dataría de la década del '30, pero se tornaría completamente visible tras el derrocamiento de Perón, cuando “la debilidad de la oferta agraria pampeana” se convirtió en “una amenaza cierta para los programas de expansión industrial y económica”. La imposibilidad de ofrecer una producción suficiente que dejara saldos exportables obstaculizaba el crecimiento industrial y, junto a las devaluaciones y el endeudamiento exterior, tornaba imposible la importación de materias primas, insumos y maquinarias necesarias. Al mismo tiempo, en el plano local, esa insuficiencia llevaba a que el mercado interno fuera deficientemente abastecido, con el consiguiente aumento de los precios, que se traducía en el encarecimiento de la mano de obra que requería el sector urbano. El reclamo de las corporaciones agrarias en pos de mejores precios para las mercancías agrarias no resolvía el asunto, sino que por el contrario, lo agravaba.

El agro adolecía de un problema estructural: el monopolio de la tierra, en manos de un sector ineficiente que vedaba el acceso a los “productores más eficientes”, merced a un “esclerosamiento en el régimen de tenencia de la tierra”. Como advierte Sanz Cerbino, con estos postulados no sorprende que la CGE se haya aliado en numerosas oportunidades con la FAA, que sostuvo en ocasiones posiciones agraristas: en 1958 en apoyo a Frondizi, en 1968 cuando FAA se integró a la CGE o en 1972 cuando ambas corporaciones actuaron en conjunto en pos del retorno de Perón. Si bien en algunas ocasiones la CGE llegó a postular una reforma agraria como salida, sus propuestas para

el agro eran más moderadas y apuntaban a la intervención por medio de instrumentos impositivos. Como señalamos al comienzo, buena parte del agrarismo menos radical, defendió el impuesto a la renta potencial de la tierra, como herramienta para gravar las explotaciones según su productividad y estimular su total aprovechamiento, eliminando las deficiencias o las áreas incultas. Liberada de los productores ineficientes y en manos de los “verdaderos productores”, la tierra pampeana podría ser el espacio de una poderosa producción agraria que generara las exportaciones necesarias para garantizar la protección de la industria pequeña y mediana. De este modo, el agro se convertiría en el puntal de una poderosa industrialización, que desbancara por completo la “vieja especialización agraria” e impidiera la caída del país en nuevas formas de “colonialismo”. En definitiva, la propuesta de la CGE, en la pluma de Broner y Larriqueta, encontraba el locus del problema del desarrollo nacional en la falta de productividad de la burguesía agropecuaria. Esta, a su vez, era el resultado de una deficiente asignación y tenencia de la tierra que impedía el acceso de los productores realmente eficientes. Todo ello llevaba a una solución en la que debía facilitarse el arribo de estos últimos, para constituir una suerte de verdadera burguesía rural, capaz de asumir la producción contra la “oligarquía parasitaria”.

Dentro de esta corriente, y en el terreno de las corporaciones agrarias, suele ubicarse a la Federación Agraria Argentina. Esta identificación es tributaria del momento de nacimiento de la corporación. A comienzos del siglo XX, en el marco del denominado Grito de Alcorta que enfrentó a las capas propietarias y arrendatarias de la burguesía rural, la corporación nació con una consigna que la singularizaba: la “reforma agraria integral”. Por aquella época se había constituido como organismo de representación de los arrendatarios de Santa Fe, motivo por el cual la exigencia de “la tierra para el que la trabaja” era un reclamo consecuente con su composición. Sin embargo, entre fines de los '40 y los '60 se produjeron importantes transformaciones que, tal como describimos en el capítulo precedente, dieron por tierra con el sistema de arriendo tradicional. Para 1969 ya tres cuartas partes de los productores agrarios eran propietarios de las extensiones que explotaban y el arrendamiento había caído por debajo del 20%. En definitiva, muchos de los viejos arrendatarios se convirtieron en propietarios, mientras que otros tantos fueron desalojados de la producción por no alcanzar las nuevas escalas que fueron imponiendo las innovaciones técnicas y tecnológicas o fueron sencillamente desalojados por los terratenientes. El resultado de todo este proceso, como señala Sanz

Cerbino, fue la alteración de la composición interna de FAA, en la que los arrendatarios redujeron su peso y lo incrementaron los terratenientes chicos del agro.

Esto no significó un abandono de la consigna originaria. A mediados de 1965, Antonio Di Rocco, por entonces presidente de la entidad, pronunció el discurso inaugural del Congreso Agrario Federado, en el cual señaló:

“La reforma agraria integral constituye la solución definitiva a todos los males que ensombrecen el horizonte de la patria. Esto es necesario que lo entendamos todos los que amamos la libertad, el orden y la paz. Que lo entiendan aquellos que se aferran a sus privilegios irritantes. Mejor es que cedan así, mediante la ley y sin despojos, antes de ceder a la fuerza frente a miles de puños, sin otra alternativa que el paredón oprobioso fraticida.”¹⁹⁹

“Decepciona pensar que en un país de casi dos millones ochocientos mil kilómetros cuadrados, tengamos escasamente quinientos mil productores agrarios, de los cuales veinticinco mil son grandes empresarios latifundistas, divididos en unas quince mil estancias, y diez mil grandes explotaciones de otro tipo, tales como ingenios azucareros, yerbatales, algodonales, etc. Trescientos mil realizan medianas explotaciones y 175 mil se desenvuelven en verdaderos minifundios, que por tales son antieconómicos. Y como si esto fuera poco, aproximadamente el 50% de los auténticos productores viven en tierra ajena”.²⁰⁰

Como puede verse, era un discurso que se adaptaba bien a los diagnóstico agraristas, en tanto fijaba el núcleo del problema del desarrollo del campo en la tenencia de la tierra. La alta concentración, en un puñado de grandes terratenientes, impediría la proliferación de productores agrarios. Frente a ello, proponía una reforma agraria por la vía legal, aunque de ella no se daban mayores precisiones y se aclaraba que de no cumplirse, podría arriesgarse a empujar al país hacia un conflicto interno de envergadura (“el paredón oprobioso fraticida”).

Sin embargo, como ha advertido Sanz Cerbino²⁰¹ la intervención en ciertas coyunturas y las alianzas temporales que tejió con otras corporaciones no ligadas al agrarismo, como Sociedad Rural Argentina (SRA), muestran que las posiciones tradicionales de FAA fueron cambiando al compás de sus transformaciones internas. Tanto la reforma agraria como la intervención mediante instrumentos fiscales convivieron con otros reclamos. El

¹⁹⁹“La Sociedad Rural y su posición sobre la reforma agraria”, *La Nación*, 06/06/1965 (Tomado de Balsa, “La cuestión...”, op. cit.).

²⁰⁰“Congreso Agrario Federado, *Clarín*, 25/06/1965 (Tomado de Balsa, “La cuestión...”, op. cit.)

²⁰¹Sanz Cerbino, “Los Consorcios...”, op. cit.

incremento de la presión estatal sobre la renta de la tierra, como resultado de la crisis de acumulación que se desató a mediados de los '50, generó una tendencia a la confluencia de todas las capas de la burguesía agraria que se oponían a esta renovada intervención del Estado. Así las consignas históricas se convierten solo en una supervivencia en el discurso que no se plasmaba en la acción.

En virtud de ello, no sorprende encontrar a la FAA en el frente opositor al intento del Onganiato de imponer un impuesto a las tierras aptas o de enfrentar también la pretensión del tercer gobierno peronista de instrumentar un impuesto a la renta potencial. En estos casos esgrimió similares argumentos a los que esbozaba la Sociedad Rural: se trataría de una pretensión excesiva que elevaba la presión fiscal en el agro para que este fuera la fuente de financiamiento de los gastos estatales magnificados, y solo se diferenció de las corporaciones “liberales”, en ocasiones, demandando reducciones para los pequeños productores. Durante los '60 y '70, los reclamos de la corporación de la burguesía más chica tienden a coincidir, en lo sustantivo, con los grandes del agro: la reducción de la presión fiscal, precios que mejoren la rentabilidad, reducción de los gastos estatales y fin de las transferencias de recursos hacia la industria.

Una de las pruebas más claras de esta creciente confluencia, que respondía a los factores estructurales ya mencionados, fue la rúbrica del documento *El Agro y el desarrollo nacional*, escrito por la Comisión de Enlace en noviembre de 1970, organismo que aglutinaba no solo a FAA y SRA, sino también a las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y a la Confederación Intercooperativa Agropecuaria Limitada (CONINAGRO).²⁰² Las conclusiones de aquel documento eran un alegato contra la política económica nacional emprendida desde el gobierno de Perón hasta el de Onganía, a la que consideraban basada en la transferencia de los ingresos del agro hacia otros sectores de la economía. Los impuestos a la exportación, la alteración en el tipo de cambio, las restricciones a las importaciones que conducían necesariamente a comprarle a la ineficiente y costosa industria nacional o las formas de centralización del comercio exterior, eran todas políticas que acabaron por producir el tan mentado “estancamiento” de la producción agraria. La crítica apuntaba también al Estado, que se consideraba “sobredimensionado e ineficiente”, una pesada burocracia que lo único que lograba era aumentar el gasto público que recaía sobre el único sector realmente eficiente, el agro. Esto constituía una declaración contra los capitales menos productivos, esencialmente

²⁰²CRA, SRA, FAA, CCEA, CONINAGRO: *El agro y el desarrollo nacional. Conclusiones*, Buenos Aires, 17 de noviembre de 1970.

los industriales, pero también hacia los sectores trabajadores, pues se cuestionaba el subsidio al consumo mediante los controles de los precios de las mercancías agrarias. Un aspecto interesante para destacar, puesto que como veremos luego, partidos como el PC consideraban que la FAA era un posible aliado de la clase obrera.

Con este diagnóstico, la solución puede intuirse. En primer lugar, sería necesario dismantelar todo el esquema proteccionista y de subsidios a la industria urbana, dando por tierra con la “sustitución de importaciones” que solo tenía por objeto sostener al conjunto de los capitales más ineficientes. Dismantelado ello, podría apuntalarse la acumulación de la burguesía agropecuaria eliminando todos los mecanismos de transferencias. Como veremos a continuación, se trataba de una posición más ligada a la corriente liberal que a la agrarista. Por el momento basta con advertir que el diagnóstico y la solución se oponía por el vértice a la esbozada por la CGE. Mientras que para la corporación empresaria el problema era la estructura de tenencia y la burguesía agraria misma, para lo que se requería la intervención estatal; para las corporaciones agrarias, entre las que se contaba, al menos en esta coyuntura, a FAA, el problema era todo el entramado industrial pequeño y mediano que drenaba vía Estado a los verdaderos productores eficientes, y lo que debía lograrse era el fin de esa succión.

II. La corriente liberal

La corriente liberal sostuvo un diagnóstico y, en consecuencia una solución, opuesta por el vértice a las que proponían las diferentes variantes de la corriente agrarista. El eje de diferenciación no radicaba en la caracterización de estancamiento agropecuario, punto en común tanto de los liberales como de los agraristas. La diferenciación comenzaba en las causas de ese estado de situación del campo argentino. Para la corriente liberal, la baja acumulación de capital en el agro no se explicaba por las condiciones inherentes de la burguesía agraria ni se debía tampoco a las deficiencias estructurales del campo, es decir, nada tenía que ver con la distribución de la tierra y el régimen de tenencia. Por el contrario, el locus del atraso estaba justamente en lo que el agrarismo proponía como solución: la intervención del Estado en la economía.

En efecto, los liberales centraban su crítica en lo que consideraban una intromisión funesta de los poderes públicos en asuntos privados. Denunciaban que mecanismos como las retenciones, los aranceles a las importaciones, la alteración del tipo de cambio y otros mecanismos impositivos implicaban una expoliación sobre los productores de la

rama más dinámica de la economía argentina. El resultado sería el cercenamiento de los excedentes, bloqueando de ese modo la posibilidad de reinversión y llevando así a una caída de la producción y de la productividad. Asimismo, se produciría un despilfarro económico, toda vez que los ingresos generados por el agro irían a parar bajo la forma de transferencias al entramado industrial ineficiente y a diferentes mecanismos de gasto público para sostener el entramado estatal y sus subsidios al consumo.

En consecuencia, la solución que esta corriente esbozaba para superar el estado de estancamiento agropecuario, consistía en la definitiva erradicación de la intervención estatal que generaba un impacto negativo en la actividad. Detrás de ello estaba evidentemente el supuesto según el cual el mercado era un eficiente asignador de recursos, de manera que la autorregulación permitiría el mejor desempeño económico, premiando a los productores eficientes (los del agro) y castigando a los más ineficientes (los industriales). En lo inmediato, esta propuesta implicaría tres cuestiones. En primer lugar, la eliminación de todos los mecanismos de sustracción de recursos al agro (impuestos “inequitativos”, retenciones, control de precios, alteración del tipo de cambio, barreras aduaneras). En segundo lugar, el ajuste en las cuentas públicas del Estado, que denominaban “saneamiento”, a los efectos de reducir los gastos que demandaban mayores succiones a los ingresos de la burguesía rural. En tercer lugar, la eliminación del proteccionismo a la industria local, que venía a sostener lo que se consideraban era “industrias artificiales”, en tanto no podían reproducirse en condiciones de competencia normal en el mercado y requerían transferencias de ingresos.

Balsa señala que, tras el derrocamiento del peronismo en 1955, se produjo un relanzamiento del “liberalismo-conservador”, que apostaba a que el cambio de gobierno y de régimen avanzara con lo que esta corriente proclamaba.²⁰³ Este liberalismo en estado de resurgimiento, proponía el fin de la intervención del Estado en la actividad agropecuaria liberando la importación de maquinaria y terminando con la intromisión gubernamental en el mercado de tierras, que se brindaran garantías sobre la propiedad privada y que se garantizara la “seguridad jurídica” al terminar con las prórrogas indefinidas del sistema de arriendos.

²⁰³Balsa, “La cuestión...”, op. cit.

a. *Intelectuales*

Como señalamos en la primera parte de este capítulo, la preocupación desarrollista, y quizás más específicamente cepalina, tiñó la mirada de buena parte de la intelectualidad ligada a las Ciencias Sociales. Ello llevó a una marcada preocupación por la superación del “atraso” y el impulso al desarrollo, que ponía en el centro de la escena al propio Estado. Esa influencia llegó a tal punto que economistas e historiadores que hoy en día se reclamaban sin pruritos liberales, como Roberto Cortés Conde o Ezequiel Gallo, durante la primera parte de la década del '60 no escaparon del influjo desarrollista/dependentista. Los estudios iniciales de Cortés Conde, por caso, exaltaban las consecuencias negativas de la división internacional del trabajo y la carencia de una política proteccionista para la industria producto de la debilidad política de los industriales.²⁰⁴ Ambos, escribieron en 1967 *La formación de la Argentina moderna*,²⁰⁵ donde comenzaron a desarrollar la tesis según la cual el sector terrateniente estaba dotado de una fuerte “modernidad”, lo que lo alejaba de las tesis “feudales” y singularizaría a la Argentina respecto de Latinoamérica. Sin embargo, seguían presos de la perspectiva que sostenía la ausencia de políticas gubernamentales orientadas hacia la industrialización y el fortalecimiento del mercado interno. Gallo desarrolló una perspectiva diferente hacia 1970, cuando elaboró su tesis sobre la colonización agrícola en Santa Fe.²⁰⁶ Allí se percibe una notable reducción del peso de las políticas públicas o las condiciones estructurales en el desarrollo, mientras ganaba importancia explicativa la iniciativa privada y las condiciones empresariales. Unos años más tarde, Cortés Conde en *El progreso argentino*²⁰⁷ mostró que el mercado de tierras en la Argentina de fines del siglo XIX era marcadamente dinámico sin darse una concentración absoluta de la tierra tras las campañas militares en la frontera.

Si comenzamos por estos dos intelectuales, es para mostrar la influencia epocal de las tesis desarrollistas, en tanto hoy ambos son exponentes conspicuos del liberalismo. Pero lo cierto es que existieron intelectuales decididamente liberales que, en los años '60 y '70 defendieron fervientemente esas ideas.

²⁰⁴Cortés Conde, Roberto: “Problemas del Crecimiento Industrial” en: *Desarrollo Económico*, Vol. 3, N° 1-2, septiembre de 1963.

²⁰⁵Cortés Conde, Roberto y Ezequiel Gallo: *La formación de la Argentina moderna*, Paidós, Buenos Aires, 1967.

²⁰⁶Esta se plasmó luego en un libro: Gallo, Ezequiel: *La Pampa gringa: la colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983.

²⁰⁷Cortés Conde, Roberto: *El Progreso Argentino (1880-1914)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1979

En el campo de la disciplina económica, y por mencionar a un intelectual que no tuvo funciones políticas, podemos mencionar al economista cubano Carlos Federico Díaz Alejandro, quien en 1970 publicó *Ensayos sobre la historia económica argentina*.²⁰⁸ Para dicho autor hacia 1930 el deterioro de los términos de intercambio internacionales hicieron que la Argentina vea fuertemente reducida sus exportaciones y por consecuencia su capacidad de importar. De este modo, se habría tornado necesaria una reasignación de los recursos hacia la manufactura en detrimento del sector rural, comprensible en dicho contexto internacional. Con el golpe de 1930, el nuevo gobierno adoptó una política fiscal tendiente a equilibrar el presupuesto que fue muy eficaz, en palabras del autor, puesto que “la notable recuperación de 1933-39 se debió de manera especial a las políticas internas” que no descuidaron las exportaciones manteniendo la participación en el comercio mundial. En cuanto a la industria, esta aprovechó eficientemente los recursos disponibles. La coyuntura internacional entonces, habría hecho necesario un cambio de modelo, cambio que las autoridades lograron encauzar correctamente interviniendo sobre el mercado. Ahora bien, si la intervención fue necesaria en aquella etapa, ya hacia 1943-45 se presentaba como excesiva y perjudicial, puesto que la coyuntura internacional era mucho más favorable. En particular, el autor focalizaba el problema en la figura de Perón quien emprendió “costosos programas que favorecían a las masas urbanas y la compra de [...] activos de propiedad extranjera”, así adoptó una política contra el comercio exterior y las inversiones extranjeras que no era justificada, constituyendo una “respuesta tardía a la crisis de 1930”. El proteccionismo y la intervención no eran estrategias adecuadas para un momento de recuperación del mercado internacional. Por el contrario, se debía apuntar a una apertura total produciendo lo que naturalmente mejor se diera en cada país. La Argentina no pudo sostener la tasa de crecimiento y se fue retrasando, perjudicando sobre todo al sector rural e impulsando de forma incoherente la industria. Recién hacia 1955, con el derrocamiento de Perón, el curso económico habría comenzado a enderezarse gracias a políticas económicas tendientes hacia una mayor apertura y la eliminación gradual de controles sobre la economía que restablecieron el mecanismo de los precios como verdadera herramienta de asignación de recursos.

Otro de los más conspicuos intelectuales representantes del liberalismo, fue José Alfredo Martínez de Hoz hijo. Abogado y economista, en la etapa que nos compete solo

²⁰⁸Díaz Alejandro, Carlos: *Ensayos sobre histórica económica argentina*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.

tuvo una fugaz participación política, siendo ministro de Economía de José María Guido por escasos meses en el año 1963. Su más destacado desempeño público sería posterior, entre 1976 y 1981 como ministro de Economía de la última dictadura militar. En 1967, Martínez de Hoz publicó un libro titulado *La agricultura y la ganadería argentina en el período 1930-1960*, que condesaba las posiciones liberales en torno al agro y el desarrollo económico nacional.

Allí el economista buscaba sostener su hipótesis según la cual el desarrollo del agro, y a través suyo del conjunto de la economía argentina, se encontraba trabado por la aplicación de medidas de corte dirigista que se habían comenzado a implementar a partir de la década de 1930, por cuestiones coyunturales, pero que luego, en situaciones más favorables, no se habían abandonado. A los efectos de corroborar esto, periodizaba la historia argentina reciente en cuatro etapas: 1930-1939, 1939-1945, 1946-1955 y 1955-1960. En cada una de ellas examina el panorama económico y el papel del Estado en su desenvolvimiento. Partía, además, de identificar al agro como el sector más importante y dinámico de la economía, por su carácter de proveedor de las divisas necesarias para garantizar las importaciones que el país requiere.

La crisis mundial de comienzos de los años '30, habría significado para la Argentina el inicio de la “era del dirigismo económico”, por medio de un paquete de medidas con las que el Estado comenzaba a intervenir decididamente en el terreno de la economía. Entre ellas se destacaba la fijación del tipo de cambio oficial, una política de precios básicos para el comercio de los principales granos y la creación de una Junta Reguladora de Granos y de Carnes. Estas medidas estarían justificadas por las condiciones internacionales, donde la crisis mundial implicaba el cierre creciente de los mercados extranjeros y obligaban a un proteccionismo moderado. Esa moderación se visualizaba en la operación de un doble tipo de cambio (fijo y libre), precios básicos que compensaban solo la caída de los precios mundiales y las Juntas cuya acción no adquiriría rasgos monopólicos, toda vez que los productores podían vender libremente en el mercado.

Las turbulencias más notables comenzarían en la segunda etapa, cuando la influencia de la Segunda Guerra Mundial se hizo notar negativamente en las exportaciones argentinas. Las compras de cosecha por el Estado no lograron una buena colocación en el mercado mundial, a la vez que el accionar de las juntas reguladoras comenzaban a operar de manera monopólica para evitar el alza de los precios. Comenzaba a delinearse

así una política “agresiva” hacia los productores, que redundaba en la caída de sus ganancias.

El tercer período, el verdaderamente adverso, sería el que inauguró el gobierno peronista, que Martínez de Hoz denomina sin pruritos “la época de la regresión”. Terminada la Segunda Guerra Mundial se abriría una “brillante oportunidad” para aprovechar la demanda mundial de productos agropecuarias en el marco de la reconstrucción de la Europa de posguerra. Sin embargo, la política aplicada fue “equivocada” al perpetuar medidas dirigistas: la estatización y centralización del comercio de granos a través del IAPI y su política de precios únicos (ya no mínimos, como la primera etapa), la subordinación de la Junta de Carnes al Estado y su intervención sobre la Corporación Argentina de Productores de carne (CAP), el tipo de cambio sobrevaluado que impedía al productor agrario la apropiación íntegra de su ganancia, la pérdida de mercados por el intento de imponer “precios abusivos” y la industrialización a expensas del campo.

Este momento se caracterizó por la reducción de los saldos exportables, como resultado del aumento de la importación de bienes que demandaba la ineficiente industria local, el alza salarial y el consecuente incremento del consumo en el mercado interno a expensas del externo. Martínez de Hoz aclaraba, sin embargo, que el problema no era la industrialización -proceso saludable- sino la forma en que era realizado, en detrimento del agro y a expensas de un desarrollo armónico en el conjunto de las ramas de la economía nacional.

El saldo de todo este proceso fue la pérdida de posiciones del país en el mercado mundial, que dejó de ser el granero del mundo y el principal exportador de carne, para convertirse en un importador de trigo y emprender racionamientos internos de carne. Los recursos excepcionales que proveía la coyuntura internacional favorable había sido dilapidados, puesto que en lugar de servir a la capitalización de los sectores más productivos (es decir, el agro) fueron derrochados en nacionalizaciones de servicios públicos obsoletos y en la repatriación de la deuda externa. La descapitalización creciente del sector agrario inició el descenso de los rindes y el estancamiento agropecuario.

Finalmente, el cuarto período -rubricado como “El reestablecimiento económico de la Nación”- se iniciaría con el derrocamiento del peronismo y el fin de su “estatismo centralizador y absorbente”. Las primeras medidas de desmantelamiento del intervencionismo fueron la unificación del tipo de cambio y el establecimiento de un

tipo de cambio libre, la fijación de precios mínimos de sostén y el fin del IAPI. Estas políticas, sin embargo, no habrían sido totales y el productor agrario seguiría pagando innecesariamente los costos de otras ramas más ineficientes. Por caso, el productor no recibía el precio íntegro de sus cosechas ya que debía liquidar las divisas al cambio oficial. Esta liberalización moderada permitiría el incremento gradual de la producción y la exportación, pero sin llegar a revertir el saldo negativo de la balanza de pago. Esto se debía a que el núcleo del asunto era la dificultad para incrementar los niveles de rendimiento, para los cuales se requería que los productores se capitalizaran, lo que se veía dificultado por el hecho de que los salarios seguían siendo altos y la maquinaria agrícola escaseaba.

Como diagnóstico a futuro, Martínez de Hoz señalaba la existencia de dos elementos que obturaban un nuevo despegue del agro. Uno, externo y por lo tanto menos controlable, que era la dificultad de colocar saldos exportables a partir de la adopción del proteccionismo en numerosos países. El segundo, era de origen interno: la disminución de la producción agropecuaria. Allí era donde se mostraba imperioso el incremento de la productividad, para lo cual era necesaria la ya mencionada capitalización y tecnificación. Lograrlo requeriría echar por tierra con la protección, tanto a la industria como al consumo. Por esa vía se lograría importar bienes de capital para el agro y recuperar el nivel de ganancia de los productores agrarios a los efectos de que pudieran reinvertirlos. La tecnificación chocaba contra el alto costo de los tractores nacionales, la prórroga de los arrendamientos que no dejaba descansar la tierra y degradaba su calidad, las deficiencias en transporte y comercialización, entre otras. La superación de este estado de cosas requeriría una adecuada política crediticia y la desgravación impositiva, todo lo cual reduciría costos y permitiría una mejor canalización de las ganancias hacia la tecnificación.

Otro intelectual resonante del liberalismo fue Federico Pinedo, quien ya en los '60 tenía una extensa carrera como funcionario y era considerado como un claro exponente del liberalismo económico. En calidad de economista había sido Ministro de Hacienda de Agustín Justo (1933-1935), de Roberto Ortiz (1940-1941) y de José María Guido (por escasos 15 días en 1960). La década del '60 lo encontró participando de varios debates con exponentes del desarrollismo²⁰⁹, del cual la reforma agraria fue parte y Frondizi lo

²⁰⁹Haidar, Victoria: "La polémica liberal con los desarrollismos: un análisis del pensamiento de Álvaro Alsogaray y de Federico Pinedo entre 1958 y 1973", en: *Nuevo Mundo Nuevos Mundos Nuevos*, s/n, Buenos Aires, diciembre de 2015, s/p.

incluyó en su libro *El problema agrario argentino*, para dar lugar a lo que consideraba una posición contraria a la suya.²¹⁰

El texto de Pinedo es polémico desde sus inicios. Se planteaba discutir la posibilidad de aplicar una reforma agraria en la Argentina, propuesta que caracteriza como un “prejuicio” infundado. El país no presentaría ninguna supervivencia de tipo feudal, en tanto que no se presentaban formas de dependencia personal, ni existía una masa campesina. Tampoco sería determinante la existencia de pequeñas chacras de autosubsistencia, primando por el contrario la actividad rural como “una industria que produce para el mercado; para el mercado interno y para el mercado internacional y que es necesario que lo haga cada vez mejor produciendo cada vez más y a menos costo”. Esas imágenes, señala Pinedo, correspondían a un imaginario que se había quedado en el tiempo:

“pesa más de lo debido la creencia heredada de que la República es hoy, como lo fue originariamente -por razones que no corresponde analizar aquí- un país de enormes propiedades, deficientemente explotadas por un pequeño grupo de terratenientes, que al monopolizar la tierra impedían el establecimiento de una numerosa población campesina, capaz de explotar el suelo convenientemente. [...] se sigue diciendo o creyendo que ésa sigue siendo la situación de hoy; que la tierra sigue monopolizada [...] por un grupo de terratenientes holgazanes, suficientemente ricos para contentarse con percibir lo que la tierra les produce con una inapropiada explotación extensiva [...] [o que] lo hacen explotando a colonos arrendatarios cuyos pagos, excedan o no de la renta económica de la tierra, se supone por los arrendatarios y por muchos que no lo son, que es íntegramente un producto del trabajo; un tributo arrancado por el propietario al que labora el suelo.”

Señaladas estas consideraciones generales, Pinedo procedía a discutir lo que consideraba una serie de prejuicios sobre el agro. En primer lugar, señalaba una tendencia al fraccionamiento de las grandes propiedades, lo que debilitaría la imagen de un agro dominado por el latifundio. Las cifras muestran que, según el censo de 1914, en Buenos Aires las explotaciones de más de 5.000 hectáreas representaban casi el 30% de la tierra, mientras que “publicaciones oficiales recientes” mostrarían una reducción de ese guarismo al 17%, de manera que se “puede considerar, sin duda, que el 17% del

²¹⁰Pinedo, Federico: “Reforma agraria. Necesidad o prejuicio”, en: Frondizi, *El problema...*, op. cit., pp. 107-135.

suelo ocupado por grandes propiedades es una proporción muy elevada, pero no puede considerarse que el fraccionamiento de la gran propiedad ha sido nulo”.

En segundo lugar, indicaba que la tierra explotada por sus propietarios no era una excepción, alcanzando esa situación en Buenos Aires al 53,4% (dependiendo de la fuente) de las explotaciones, con extensiones promedio de 266 hectáreas. Otros estudios sobre la región de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y La Pampa, es decir el corazón más productivo del agro, mostrarían un panorama similar: la superficie trabajada por sus propios dueños alcanza el 49,4% con extensiones promedio de 282 hectáreas. Estas cifras mostrarían que no se verificaba en la realidad una pequeña proporción de propietarios frente a una mayoría de productores carentes de tierra en propiedad.

Sin embargo, Pinedo advertía otro elemento de peso analizando la situación del agro norteamericano. Allí verificaba una evolución hacia la reducción de la proporción de propietarios: en 1880 los arrendatarios representaban el 25,6% del total de explotaciones, mientras que 50 años después habían ascendido al 42,4%. Situación análoga acontecería en Francia. Lo significativo aquí sería que en ningún caso se comprobaba que el incremento del arrendamiento se traduciera automáticamente en “una prueba de malestar campesino”. Por el contrario, lo que se observaría era una tendencia de los productores “más enérgicos” a adquirir medios modernos de producción en detrimento de la compra de tierras. Tal como lo hemos señalado en esta tesis, se trata de una estrategia orientada a evitar la inmovilización de capital a largo plazo. De manera que Pinedo insistía en señalar que no había correlación entre propiedad y productividad, dado que lo determinante en esta última era la capacidad de incorporar maquinaria e implementos.

En tercer lugar, realizaba un interesante señalamiento sobre la cuestión de la renta agraria. Cuando el arrendatario paga un canon, señalaba, lo que está entregando es una porción de la renta diferencial y “no está pagando como arrendamiento nada que se deba a su trabajo [...] la diferencia no es fruto del trabajo del productor que tiene la suerte de ocupar el suelo mejor, sino renta del suelo.” La conversión del arrendatario en propietario no alteraría la existencia de dicha renta, “y lo probable es que el fisco se ingeniaría para percibirla o gravarla en buena proporción”.²¹¹ De manera que la consigna de la tierra para quien la trabaja no anula que la tierra sea un bien de renta.

²¹¹Ídem, p. 119.

En cuarto lugar, analizaba la viabilidad concreta de una reforma agraria en las condiciones reales del país. Nuevamente según “informes oficiales” que no se citan, presentaba la cifra de 240.000 arrendatarios, de los cuales solo 60.000 manifestarían la aspiración a tener tierra propia, cifra que en informes posteriores se reduciría a la mitad. De allí concluye que un problema que afectaría sólo a 30.000 personas, es decir a menos del 1% del país si se tenía en cuenta al conjunto de la familia, no resultaría proporcionalmente significativo. De igual modo, argumentaba que no sería significativo el número de tierras para repartir. A los efectos de demostrar este punto, el autor trabaja con las siguientes cifras de la provincia de Buenos Aires:

Tabla I. Distribución de la tierra en la Provincia de Buenos Aires en la década de 1960, según Federico Pinedo

Tamaño de la explotación	Número de explotaciones	Hectáreas que ocupa	Superficie media (en hectáreas)
50 a 299	45.341 (69,3%)	6.259.945 (22,1%)	138
300 a 999	14.804 (22,6%)	7.593.415 (26,8%)	512,9
1.000 a 4.999	4.702 (7,2%)	9.453.530 (33,4%)	2.010,5
5.000 o más	559 (0,9%)	4.971.422 (17,6%)	8.893,4
Total	65.406 (100%)	28.278.312 (99,9%)	432,35

Fuente: Pinedo, “Reforma...”, op. cit., p. 125.

A partir de allí señala que, como indica el total de la cuarta columna, de repartirse el conjunto de la tierra cada unidad productiva tendría en promedio un tamaño similar al de la segunda categoría (unidades entre 300 a 999 hectáreas). Por ello, este sector escaparía a la división propiciada por la reforma agraria, lo que también se aplicaría a la primera categoría (50 a 299) y a toda explotación inferior a las 50 hectáreas. En decir, casi un 49% de la tierra escaparía a la medida.

Las tierras susceptibles de división serían las que corresponden a las últimas dos categorías, en razón de su tamaño. Si las tierras comprendidas en la categoría de 1.000 a 4.999 hectáreas fueran divididas en función de la superficie media general (432 hectáreas), eso daría por resultado unas 21.900 explotaciones, es decir 17.200 más de las actuales (4.702). Respecto a la última categoría, este mismo proceso arrojaría un total de 11.700 explotaciones de 432 hectáreas, es decir un aumento de poco más de

11.000 explotaciones respecto del actual (559). En síntesis, la expropiación de todas las unidades superiores a las 1.000 hectáreas arrojaría un total de 28.200 unidades nuevas. Justipreciando este número contra la población total del país, indica que sólo serviría para dar tierra al 1,4 por mil de la totalidad de los argentinos. De ello concluye Pinedo que

“se percibe claramente que tal traspaso de propiedad no puede ser considerado seriamente como una alteración fundamental de las condiciones del pueblo argentino, cuya inmensa mayoría quedaría después de la ‘reforma agraria’ en la misma condición que antes de ella [...] no tiene el carácter de una revolución reparadora y niveladora”.

Esto, a su vez, debe insertarse en el escenario trazado inicialmente por el autor: Argentina tiene un agro orientado a la producción para el mercado, donde no existen campesinos autosuficientes ni enormes masas hambrientas de tierras:

“Tampoco puede decirse que sea un fenómeno real de la vida argentina la existencia de grandes masas humanas ansiosas de llevar una existencia bucólica, cuidando cada familia algunos animales y sacando de la chacra propia el alimento con el esfuerzo de los propios brazos, y que estén impedidos de hacerlo por un régimen jurídico-social que mantiene la tierra estancada y estéril en manos de un pequeño grupo social.”

Así, defender la reforma agraria “es aferrarse a una concepción anacrónica y adoptar a destiempo un ideal retrógrado, que en nada contempla la realidad”. En una clara posición de defensa del derecho burgués, el autor señalaba que la expropiación solo era viable con un correcto pago indemnizatorio (sin lo cual sería arbitraria e ilegal) y siempre que persiga un “bien público notorio”. Naturalmente su rechazo se fundaba en este último punto, justificado por la operatoria que hemos descripto, según la cual sólo se beneficiaría un sector muy minoritario de la sociedad.

Entonces, ¿cuál era la vía para resolver el estancamiento de la producción agraria? Aquella, señala el autor, que contemple dos elementos: el aumento de la productividad y la libertad de mercado. Respecto de la primera, Pinedo descartaba que la propiedad de la tierra garantizara una producción más eficiente. Por el contrario, privilegiaba la extensión de la explotación a escala suficiente como para tornar rentable la gran inversión de capital en tecnología.

En cuanto a la libertad de mercado, el autor argumentaba que la libre evolución de las fuerzas económicas, en el marco de un régimen fiscal “razonable”, se encargaría por sí misma de impulsar cambios en función de la conveniencia económica. Cuando fuera económico unidades productivas más pequeñas, el mercado alentaría la división. Cuando ocurriera lo contrario, fomentaría la concentración. De modo que lo central es evitar la intervención artificial “del burócrata de turno”. Es evidente en este punto que la reforma agraria no es sino una gran intervención sobre el movimiento “natural” de la economía y ello explica el profundo rechazo que el autor tiene por ella.

b. Partidos políticos

La corriente liberal tuvo su expresión partidaria a lo largo de la historia argentina, y específicamente en la etapa que nos compete. Lattuada reconoce una treintena de partidos políticos que fueron referentes empíricos del programa “liberal-conservador”.²¹² Entre ellos se destacaron el Partido Demócrata Nacional, entre 1931 y 1957, la Federación de Partidos de Centro, la Unión del Pueblo Argentino (UDEPA) y el Partido Cívico Independiente, para el período 1958 y 1970; la Alianza Popular Federalista, la Alianza Republicana Federal y Nueva Fuerza entre 1973 y 1983. Sin embargo, como el mismo autor observa, en general se trató de formaciones partidarias de duración efímera, con una influencia más bien local o regional y de escasa representatividad a nivel nacional, hecho que los llevó, en muchos casos, a configurar alianzas electorales con fuerzas del mismo signo político. Sin embargo, incluso mediante esa estrategia su representatividad electoral nacional entre la década del '40 y el '80 se mantuvo en cifras del orden del 10%.

Sanz Cerbino ofrece una explicación a este fenómeno, que se encuentra justamente en el programa propio del liberalismo.²¹³ La concreción de este tipo de programa daría lugar a una política sumamente impopular, que generaría resistencias no solo entre los sectores obreros sino incluso en la mayoría de la burguesía industrial. Anular todas las transferencias del agro tornaría prácticamente inviable al conjunto del entramado industrial, que no puede sostenerse de manera autónoma. Eso llevaría a la quiebra y la ruina de importantes capas de la burguesía, lo que dejaría en la calle a sectores

²¹²Lattuada, *Política agraria...*, op. cit. En el mismo sentido, puede verse: Lattuada, Mario: *Política agraria del liberalismo conservador, 1946-1985*, CEAL, 1987.

²¹³Sanz Cerbino, “La lógica...”, op. cit.

numéricamente amplios del proletariado urbano. Asimismo, la eliminación de todo subsidio al consumo se traduciría en una caída del salario real. El resultado de ello sería una catástrofe social y política de envergadura, que crearía un frente de oposición política profunda, en la medida que se haría inviable la vida misma para una fracción amplia de la población argentina.

En términos globales, las propuestas de estos partidos se condecían con los lineamientos que acabamos de señalar al comienzo de este acápite. Su planteo respecto al agro se basaba en dos pilares: la seguridad jurídica de la propiedad privada de su patrimonio y la libre disponibilidad de ellos, junto con la defensa de una economía abierta hacia el exterior, donde las fuerzas del mercado pudieran desenvolverse sin ataduras ni intervenciones. La defensa del patrimonio privado no se reducía a la tierra y el conjunto de los medios de producción, sino también a la defensa y la libertad de disponer de sus propios ingresos. Es decir, la negativa a que el Estado pudiera ejercer una extracción sobre ellos. Por su parte, la libertad de mercado venía a reforzar este argumento, llamando a que se dejara al sector agropecuario librado a su evolución “natural”, sin control y/o interferencias. Reteniendo en sus manos sus propias ganancias, la burguesía agraria podría avanzar en la capitalización y tecnificación de sus explotaciones. El Estado en lugar de “castigar al campo”, debía limitarse a actuar en defensa de estos postulados. Su rol debía ser el de garantizar la seguridad jurídica, la rentabilidad y brindar un marco de estabilidad de las políticas y decisiones gubernamentales, de manera que la economía fuera previsible y brindara confianza.

En medidas concretas, estos postulados significaban brindar la suficiente flexibilidad al mercado de tierras para la compra y el arrendamiento, evitando las prórrogas impuestas desde el gobierno, así como la transferencia de tierras fiscales y estatales al mercado, a los efectos de que pudieran ser adquiridas por privados y puestas en producción. Otra de las preocupaciones que eran recogidas por los partidos liberales era el problema del minifundio, por lo que solían incorporarse la exigencia de normas legales que impidieran la fragmentación de las parcelas por venta o herencia, estableciendo superficies mínimas para sostener una explotación agropecuaria en condiciones económicas y habilitando la constitución de sociedades anónimas como cobertura para perpetuar la unidad de la explotación en el traspaso generacional. Dos puntos más solían aparecer en las plataformas de estos partidos. El total cobro por parte de los productores del precio internacional de las mercancías agrarias y su comercialización por la vía de

empresas privadas, y el rechazo a los gravámenes como retenciones o derechos de exportación e impuestos progresivos a la tierra o a la renta potencial del suelo.

Algunos ejemplos concretos pueden ilustrar este programa. El economista y militar Álvaro Carlos Alsogaray fundó en 1956 Partido Cívico Independiente y en 1972 Nueva Fuerza. Con este último, por caso, alcanzó a conquistar poco más de 230.000 votos, lo que representaba un 1,96% del padrón. Por el contrario, sus resultados fueron mejores en el terreno del funcionariado público. Fue Ministro de Industria de la Revolución Libertadora, de Economía y de Trabajo en la presidencia de Frondizi y nuevamente ministro de Economía con José María Guido. En este derrotero político y electoral, supo expresar una serie de ideas consustanciadas con el liberalismo agrario. En 1960, siendo ministro de Frondizi, en una conferencia de prensa advirtió que para el año siguiente:

“la industria privada tendrá menor protección y deberá competir con la extranjera [...] Las industrias han tenido tiempo para prepararse pero deben hacerse a la idea que deberán competir con una razonable protección, con la industria extranjera. No es posible que se obtengan ganancias desmesuradas al amparo de esa protección. De ninguna manera vamos a permitir el enriquecimiento mediante una protección excesiva”.

La tarea del gobierno sería “mantener la estabilidad monetaria y funcionar dentro de un presupuesto razonable”. Auguraba así un futuro promisorio en la medida que “la Argentina ha recuperado su prestigio en el exterior y no hemos hipotecado riqueza alguna”.²¹⁴ Es interesante advertir la moderación del planteo liberal cuando es esbozado desde el gobierno. Encargado de ejercer funciones públicas, Alsogaray se veía obligado a adoptar mayores cuotas de realismo y no podía llevar consecuentemente a la práctica sus postulados acerca de la libre empresa. La progresiva atenuación del proteccionismo, sin llegar a su desmantelamiento completo, era prueba de ello.

Dos años más tarde, cuando el rumbo económico no cumplió las expectativas auguradas, en la XIV Asamblea Anual de la Federación Argentina de Cooperativas Agrarias (FACA), Alsogaray señaló que era imperioso “corregir el rumbo general” para lograr que lleguen las inversiones al campo. Y culpó de ello a la excesiva protección industrial. Defendió el sistema de “economía libre” y acotó toda intervención del Estado

²¹⁴“Analizó la evolución económica Alsogaray”, en: *El Litoral*, 28/12/1960.

a “destituir maniobras monopolísticas que afectan el equilibrio entre producción y consumo”.²¹⁵

Ya fuera del gobierno, los planteos de Alsogaray adquirieron otra tónica. En 1971 balanceó que los últimos cuatro años de la economía argentina se habían caracterizado por la falta de “estabilidad y libertad económica”, que encontraba su explicación en la “inflación provocada por el desarrollismo y el dirigismo” junto con el “nacionalismo estatizante”. En concreto, la emisión monetaria habría generado el alza de precio, “porque el Estado gasta directa o indirectamente más de lo que recauda y precisa”.²¹⁶ Para darle fuerza a sus argumentos, señaló la existencia de una encuesta que indicaba que el 65% de la población defendía el “sistema de libre empresa” y solo un 17% propugnaba el estatismo.

Ya en 1975, en medio de la crisis acuciante, su programa político se expresó con mayor claridad. En una alocución en la sede de la Confederación de Asociaciones Rurales del Centro y Litoral Oeste (CARCLO), atribuyó la situación caótica de la economía al papel que se le había asignado a la producción agropecuaria en el país: el ser la fuente de financiamiento de otros sectores de la economía, por la vía de recibir precios por debajo de los que ofrecía el mercado nacional y la aplicación de retenciones e impuestos. En medio de la ofensiva de las corporaciones burguesas, el economista llamó a los “hombres de campo” a “no luchar por soluciones parciales, para su sector, sino por una política económica integral, ya que la única solución para el país es promover un cambio completo en la materia”.

Otra expresión partidaria del liberalismo, que cobró visibilidad en los primeros años de la década del '60, fue la UDELPA liderada por Eugenio Aramburu. Este agrupamiento buscó presentarse como el defensor de los intereses agrarios, bajo el concepto de que ese era el sector más importante de la economía, responsable de ingresar las divisas que podían garantizar la modernización del país. En virtud de ello, su principal preocupación como partido sería promover todas aquellas medidas que tendieran a la capitalización de los productores agrarios y el combate contra la política fiscal que “castiga con el impuesto al que más produce, en vez de hacerlo con el haragán”. Al mismo tiempo, el partido señalaba la necesidad de agilizar la comercialización, logrando que el productor perciba el pago en tiempo y forma. A tal punto defendía los intereses de la burguesía agraria que procuró proveerla de mano de obra barata

²¹⁵“Alsogaray refirióse a la actual crisis económica”, en: *El Litoral*, 22/03/1962.

²¹⁶“Criticó Alsogaray la política económica”, en: *El Litoral*, 19/01/1971.

promoviendo “la radicación en el país de inmigrantes decididos a laborar el campo”. Todo su programa era un alegato de defensa de la producción agraria y de la libre empresa. Justamente los miembros del partido criticaban al gobierno de Illia por su “tendencia estatizante”. En un discurso Aramburu señaló:

“Yo soy un firme convencido, señores -agregó- de que la gran barrera que tiene el país para poder salir de este atraso, de este estancamiento injusto, es la barrera que se llama Estado. Son los hombres que manejan el Estado y que carecen de la mentalidad, de la energía, de la capacidad y de la decisión necesaria para poder poner en juego las fuerzas vitales de la Nación, para que ella sea lo que todos los argentinos queremos.”²¹⁷

c. Corporaciones

La corriente liberal tuvo su expresión más clara dentro del universo de las corporaciones empresariales en la más antigua de las entidades rurales, la Sociedad Rural Argentina. Fundada en 1866, la SRA nucleaba a la burguesía ganadera más concentrada del campo, que posteriormente se diversificaría hacia la producción agraria. Como ya señalamos, Balsa diagnostica una ofensiva del liberalismo conservador a partir de 1955, de la cual naturalmente SRA fue parte junto a la CARBAP. Esta última, en 1957 se pronunciaba contra la “excesiva parcelación de la tierra, inadecuada ley de arrendamientos, inoportuna intervención estatal, burocracia, errores de la seguridad social, dificultades en las ‘relaciones de trabajo’, lo que motiva el retroceso de la producción rural.”²¹⁸ Como se ve, el clásico discurso según el cual el factor determinante del estancamiento agropecuario era resultado de la intervención estatal, que había afectado tanto el mercado de tierras y la tenencia (ley de arrendamientos y parcelación), como incrementado los gastos que llevaban a una mayor succión sobre las ganancias de los productores (la seguridad social). La SRA fue crítica, luego del peronismo, de lo que consideraba un excesivo gradualismo para salir de sus políticas intervencionistas, poniendo la mirada en la Revolución Libertadora. De ella impugnó la lentitud con la que se avanzó en la desregulación del mercado de arriendos, considerando que acababa por perpetuar la “subversión institucional lograda por el régimen al que no

²¹⁷“Declaraciones para ‘El Litoral’ formuló el Gral. P. E. Aramburu”, en: *El Litoral*, 18/01/1965.

²¹⁸CARBAP: *Memorias*, 1957. (Tomado de Balsa, “La cuestión...”, op. cit.)

pertenecían”.²¹⁹ El otro frente de queja, esta vez por boca de CARBAP, fue la falta de apertura de las importaciones de manera que quedaba bloqueada la compra de maquinaria agrícola o esta se veía encarecida por las barreras aduaneras y el tipo de cambio. En este sentido, también advertía que no iba a tolerar subsidios a la industria de maquinaria local, que sería otro mecanismo por el cual los productores agropecuarios acababan por pagar de sus bolsillos la ineficiencia: “La industria local es cara y mala; el productor debe elegir el tipo de maquinaria que necesita”,²²⁰ “Los restos de la armazón dirigista sirven para prolongar la vida de algunas industrias artificialmente promovidas, que son un lastre para el progreso [...] Debemos marchar en el camino de la libertad económica.”²²¹ En resumidas cuentas, el eje de la oposición se concentraba en la intervención estatal y, en particular, en lo que aparecía como su consecuencia más alarmante: el sostenimiento de un entramado industrial improductivo que se nutría de la transferencia de riqueza que se acaparaba a partir del despojo de los verdaderos productores del país, los que pertenecían al sector agropecuario.

Entrada la década del '60, cuando la reforma agraria como consigna comenzaba a ganar adherentes por izquierda y por derecha, la SRA se pronunció categóricamente:

“Debemos cuidarnos muy bien de aplicar este viejo instituto, proyectado fuera del país propiciado al unísono y por rara paradoja tanto por los doctrinarios marxistas cuanto por catedráticos norteamericanos, no aplicado en los países más adelantados del mundo e impuesto por los administradores de la Alianza para el Progreso a los países signatarios como condición de ayuda.”²²²

Mediante una larga nota aparecida en el diario *La Nación*, la SRA manifestaba que la reforma agraria era una “vieja táctica demagógica”, utilizada por dirigentes para crear confusión en la opinión pública y tergiversar la verdad con “ideologías foráneas”. Su ineficacia como herramienta de gestión de la producción alimenticia se manifestaría en el “hambre que convulsiona y oprime a los pueblos de Rusia, China y Cuba”. Sus consecuencias serían múltiples. En lo inmediato, produciría el “encarecimiento de costos, retroceso técnico, merma de la producción y fomento de la inmoralidad”, en tanto que a largo plazo tendría un carácter más nocivo ya que es la “avanzada” para

²¹⁹Sociedad Rural Argentina: *Anales*, 1956. (Tomado de Balsa, “La cuestión...”, op. cit.)

²²⁰CARBAP: *Memorias*, 1956. (Tomado de Balsa, “La cuestión...”, op. cit.)

²²¹CARBAP: *Memorias*, 1957. (Tomado de Balsa, “La cuestión...”, op. cit.)

²²²Funes, Víctor Luis: “Tierra y reforma”, en: *Anales de la SRA*, mayo de 1969. (Tomado de Balsa, “La cuestión...”, op. cit.)

lograr un programa basado en la abolición del derecho de propiedad y la colectivización, ahogando las “libertades individuales”, atentando contra el orden, la paz y disolviendo la patria. En función de todo ello, la SRA se sentida con “plena autoridad” para repudiar el intento de “implantar ideologías extremistas” y señalaba su propuesta de solución para el agro:

“Que lo inteligente y útil para el país es la ‘promoción agraria’, consistente en tecnificar el campo, educar y capacitar a la juventud campesina y respetar la iniciativa individual. Todo ello dentro de una política de seguridad jurídica y estabilidad económica, respetuosa de los derechos y garantías que consagran la Constitución, que manda subdividir las infecundas tierras fiscales, antes de negar el derecho de propiedad y destruir la obra privada, que colocan a la Argentina entre las principales naciones del mundo.”²²³

Una buena síntesis de la lectura de la SRA sobre el problema agrario puede encontrarse en uno de los volúmenes del Instituto de Estudios Económicos de la corporación, que fue encargado al ingeniero Saturnino Zemborain y fue publicado bajo el título *La verdad sobre la propiedad de la tierra en la Argentina*.²²⁴

El libro en cuestión era un alegato contra la imagen tradicional de la llamada “oligarquía ganadera”. El objetivo de Zemborain era analizar los orígenes de la propiedad de la tierra y su movilidad en la zona pampeana, a los efectos de derribar lo que se consideraba era una imagen infundada según la cual el suelo fue apropiado en pocas manos, configurándose una clase de propietarios rurales cerrada sobre sí misma y que vivía improproductivamente a partir de la percepción especulativa de renta. Frente a esta idea, Zemborain sostenía que la estructura agraria argentina se caracterizaba por la constante transformación y el dinamismo, puesto que los mecanismos del mercado garantizaban una dinámica autocorrectiva de la tenencia de la tierra. Fiel a los postulados del liberalismo agrario, defendía allí que “el problema del agro argentino es de precio de los productos y de los insumos, de relativa estabilidad de los precios en términos reales, de extensión e investigación, de comercialización, de crédito, de presión tributaria, pero no de tenencia de la tierra.”

De este modo, uno de los grandes esfuerzos del libro pasaba por examinar las características del mercado de tierra en la Argentina, a los efectos de determinar si la propiedad del suelo era estática o dinámica. Analizando la compra y venta de campos, encontraba que entre 1917 y

²²³“La Sociedad Rural y su posición sobre la reforma agraria”, en: *La Nación*, 06/07/1965.

²²⁴Zemborain, Saturnino: *La verdad sobre la propiedad de la tierra en la Argentina*, Instituto de Estudios Económicos de la SRA, Buenos Aires, 1968. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este libro.

1964 la superficie vendida fluctuó entre las 500.000 y 1.500.000 hectáreas, y que incluso una parte importante de las ventas corresponden al Plan de Transformación Agraria entre los años '54 y '56 que garantizó la adquisición de tierras a colonos arrendatarios. Incluso advertía que, en parte de las operaciones de compra, intervinieron sectores industriales o comerciales urbanos como estrategia de diversificación de sus inversiones, lo que echaría por tierra la idea de una “clase cerrada”. A partir de ello, concluía que la sociedad agraria argentina era abierta y que el acceso a la tierra era una cuestión sencilla.

Otro aspecto que abordó Zemborain fue el del minifundio y el latifundio. Allí señaló que la mayor productividad del primero, no estaba vinculada a una supuesta superioridad del pequeño productor, sino a que este tipo de tenencia se destinaba a los cultivos de tipo comercial. En función de este razonamiento, la comparación en abstracto de las magnitudes de la tierra resulta poco indicativa. En cuanto al latifundio, el autor descreía de que los productores dejaran grandes extensiones con potenciales productivos, fuera de la producción efectiva. Por el contrario, defendía que, como toda rama, la actividad agropecuaria era susceptible de alcanzar una economía de escala. En función de ello, la reforma agraria aparecía como una medida carente de sentido:

“mentes proclives a la reforma agraria consistente en subdividir explotaciones de gran extensión y buscar mecanismos para aumentar la superficie de la tierra de los que tienen poco. En este sentido el concepto de unidad económica tiene un definido sentido política, aunque se procure darle un fundamento técnico-económico”.

Finalmente, el último tópico importante que se examinaba en el libro era el del sistema de arriendo. En este punto, Zemborain señalaba la existencia tanto de pequeños como de grandes arrendatarios, refutando la idea del pequeño colono oprimido por el gran propietario. Incluso reivindica esa forma contractual como el mecanismo que habilitaba a que una persona con un pequeño capital inicial pueda iniciarse en la explotación agropecuaria, es decir, era un “instrumento de movilidad social ascendente”. Todo el “problema arrendatario” se le aparecía al autor como una exageración política de un problema de pequeñas proporciones, en particular cuando buena parte de quienes estaban en esa relación contractual habían accedido a la propiedad de la tierra.

En síntesis, el libro constituía una defensa del mercado que, en tanto institución autoregulada, sería un eficaz asignador de recursos, en este caso, la tierra. Productores que aumentan la escala, adquirirían nuevas parcelas, mientras que otros que se arruinan o deciden dirigir sus inversiones hacia otras ramas, las liberan. La alta movilidad social

que de ello se concluía, refutaría que la propiedad de la tierra era un privilegio y que los productores agrarios eran una clase cerrada y concentradora del suelo. Lo que sería verdaderamente nocivo, y que introduciría rispideces y obstáculos en esta realidad, sería la intervención estatal, que en diferentes momentos habría actuado innecesariamente sobre el mercado y los arriendos, afectando el desenvolvimiento económico.

Para finalizar con este acápite, nos detendremos en variante acerca de la interpretación del problema agrario que tuvo también su expresión en el plano corporativo y que comenzó a gestarse hacia fines de la década del '50, como resultado del peso que adquirió la innovación tecnológica en la producción agropecuaria. Hacia 1957 un productor bonaerense, Pablo Hary, creó el primer Consorcio Regional de Experimentación Agrícola (CREA), experiencia organizativa que se fue replicando llegando a contarse, a mediados de los '70, más de 100 de ellos. La proliferación hizo que ya en 1960 se fundara la Federación Argentina de Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola (FAACREA), abroquelando detrás de sí a los productores que creían que la superación del estancamiento agropecuario debía venir del incremento de los rendimientos a través de la incorporación de innovaciones tecnológicas. Esta tendencia “tecnologizante”, señala Balsa, fue el resultado de la convergencia de tres líneas: una desarrollista, que había abandonado la consigna de reforma agraria, los propios grupos CREA y, en tercer lugar, las revistas agropecuarias que brindaban buena parte de sus páginas a los problemas de la mecanización y la gerencia.

El rasgo característico de estos grupos fue la mirada puesta en la revolución técnica y la actitud empresarial, para lograr una elevación de la productividad. Así fue que los impulsores de los CREA combinaron tareas de investigación, experimentación y difusión de sus soluciones técnicas y organizativas a través de cursos, congresos y publicaciones. Al mismo tiempo, llamaban a transformar a los productores en empresarios, adoptando una moral y una profesionalización propia del “hombre moderno” del campo, capaz de ejercer la innovación y el liderazgo. Lejos entonces de poner la mirada en la intervención del Estado o en la autorregulación del mercado, los productores nucleados en los CREA aspiraban a la profundización de los aspectos técnicos.

Un buen ejemplo de esta perspectiva lo constituye el último estadio del desarrollismo frondizista, el ya mencionado MID. En 1963 la Unión Cívica Radical Intransigente sufrió un desprendimiento partidario encabezado por Frondizi y Rogelio Frigerio, presidente y secretario de relaciones socio-económicas entre 1958 y 1962,

respectivamente. El grupo rupturista ponía su énfasis en la necesidad de promover el desarrollo industrial del país, por la vía de fomentar la inversión de capitales extranjeros. Naturalmente, la preocupación por el despegue económico del país no se limitaba únicamente al desarrollo fabril nacional, incluía también un balance sobre la cuestión agraria.

Para este partido, el problema agrario se enmarcaba en un problema más general: el desarrollo económico del país en todas sus ramas de la producción. Si bien se consideraba que ello implicaba fundamentalmente la promoción de la industria, en particular la pesada, se balanceaba que sin una correcta política agraria el desarrollo chocaría contra trabas insuperables.

En el ya citado libro de Frondizi -*El problema agrario argentino*- contenía una serie de argumentaciones del propio autor y de Frigerio, así como el *Programa agrario del MID*, escrito también por él.²²⁵

En primer lugar, el MID reconocía que la producción agropecuaria era uno de los sectores más importantes del país, toda vez que era la principal fuente de ingreso divisas por exportación. Como toda rama económica, su designio debía ser producir más al menor costo posible. Dicho de otro modo, el problema del agro era superar su baja productividad, debilidad de la que adolecía el conjunto de la economía argentina. La solución pasaría por promover el crecimiento económico, entendido como el aumento de la tasa de capital y de insumos tecnológicos. Solo de esa manera podría aprovecharse la excepcionalidad natural argentina: tierras de gran calidad, con un clima templado, regímenes de abundantes lluvias y geografía poco accidentada. Partiendo de este diagnóstico, el partido de Frondizi y Frigerio discutía una serie de “mitos” sobre el agro, que tenderían a confundir el verdadero problema de fondo, y finalmente proponía una serie de transformaciones necesarias para sacarlo del estancamiento productivo.

El MID se mostró crítico de la consigna de reforma agraria, sosteniendo que esa propuesta reducía toda la cuestión a un problema jurídico de tenencia de la tierra. Tal propuesta no se aplicaría al país, toda vez que “no estamos en los tiempos de los Gracos ni en cualquier período de la historia precapitalista. Vivimos, en cambio, en un mundo de relaciones económicas dinámicas, en la cual el incremento de la producción es un mandato inexorable”.

²²⁵Frondizi, Arturo: “Prefacio”, en: Frondizi, *El problema...*, op. cit., pp. 7-31; Frondizi, Arturo: “El programa agrario del MID”, en: Frondizi, *El problema*, pp. 33-46; y, Frigerio, Rogelio: “La reforma agraria”, en: Frondizi, *El problema...*, op. cit., pp. 137-157. Todas las citas corresponden a este libro hasta que se indique lo contrario.

Es decir, el agro argentino sería plenamente capitalista, lo que se corroboraría al constatar la existencia de cinco elementos: 1. Las relaciones entre arrendatarios y propietarios, y entre éstos y los obreros agrícolas, se basan en contratos y no en relaciones de “status”; 2. La producción tiene como destino el mercado y no la autosubsistencia; 3. La renta de la tierra es renta capitalista; 4. La mano de obra libre se utiliza en forma masiva; 5. Un bajo índice de población rural sumado a una mecanización relativa de las tareas, dejaba al avance tecnológico como único elemento posible para abaratar los costos.

Esto venía a confirmar que el problema no se encontraba, como en otros países desarrollados, en la necesidad de superar estructuras económicas precapitalistas, ni resolver un problema de concentración de propiedad en una sociedad predominantemente campesina, ni en constituir cinturones verdes que abastezcan las ciudades. Casos como el peonaje mexicano, el inquilinato chileno o el colonato en Bolivia sí mostrarían formas feudales basadas en la sujeción del trabajador a la tierra (que lo distingue del obrero rural libre) y las prestaciones personales o pago en trabajo, y en una hacienda o fundo ajeno a las leyes de oferta y demanda del mercado. Allí sí la reforma agraria obró como mecanismo de liberación de la tierra y del productor directo. Sin embargo, en Argentina el panorama sería completamente otro: “Nuestro problema es, en cambio, convertir o transformar las explotaciones agrarias en verdaderas empresas, cuya diferencia con la empresa propiamente industrial no es otra que el objeto a que están dedicadas.” Recuperando los planteos de Frondizi acerca de la inaplicabilidad de tal medida para el país, Frigerio de manera contundente señalaba:

“la izquierda criolla -desde los comunistas y socialistas hasta los Radicales del Pueblo- se coloca en un terreno cada días más anacrónico y divorciado de la realidad. Lo que caracteriza a la reacción es, precisamente, su doble desubicación en el tiempo y en el espacio: es inactual y desconoce el ambiente físico en que se mueve. Nuestras izquierdas manejan ideas y técnicas anquilosadas y cada vez ignoran más completamente las necesidades objetivas del país que habitan.”

Asimismo, discutiendo con la UCRP, señalaba que plantear una expropiación con indemnización no se resolvía el problema de la renta. Al ser expropiado con pago, el viejo propietario no haría más que recibir una renta que cubría lo que obtendría en concepto de arriendo por aproximadamente 30 años. Ahora bien, el viejo arrendatario y

nuevo propietario pagaría por igual tiempo un monto al banco que financió la compra. De modo que no se alteraba en nada la renta, que seguía existiendo a pesar de la liquidación del arriendo.

Seguidamente, se planteaban una serie de discusiones con ideas comunes sobre el agro. Por un lado, cuestionaba que la agricultura sea una actividad más “progresista” que la ganadería, lo que se trataría “de un prejuicio antes que de un juicio económicamente válido”. El carácter progresista o superior no se encontraría inscripto en la naturaleza de tal o cual actividad. Una agricultura diversificada y tecnificada sería superior a una ganadería de campos naturales, pero esta última actividad sostenida sobre la base de pasturas artificiales y ganado refinado, sería más progresista que la agricultura atrasada. En efecto, el norte en el agro debería ser una ganadería altamente mecanizada en el marco de una agricultura tecnificada, dado que la perspectiva histórica indicaría que granos y cereales tenían una colocación más limitada en el mercado externo, mientras que las carnes eran de más fácil colocación.

En segundo lugar, discutía que el problema del agro argentino fuera el de la propiedad, expresado en la tradicional disputa dueño versus arrendatario. El problema no se encontraría en el régimen jurídico contractual. La experiencia argentina mostraría que el progreso tecnológico -única forma que para el desarrollismo del MID puede alcanzarse una elevación de la productividad- no creció a la par que el aumento del número de propietarios. Del mismo modo, las zonas con mayor presencia de tractores y maquinaria agrícola serían aquellas típicamente pobladas por arrendatarios, y además, la ganadería, siendo mayoritariamente de propietarios, se encontraba levemente tecnificada. Ofreciendo datos, Frondizi señalaba que mientras que en 1937 había un 40% de productores agrarios propietarios, esta cifra se elevó a 50% en 1960 sin ser acompañada de un aumento de la producción, lo que “nos está diciendo que el postulado de la propiedad de la tierra no es un factor sine qua non para el incremento de la productividad agrícola.”

En oposición a la cuestión de la propiedad, Frondizi defendía como factor central la tecnificación del agro. El problema agrario argentino estaría dado por la baja composición orgánica del capital que acumula en el agro:

“La Argentina necesita producir más y a mejores costos. Ello es impostergable porque así lo requiere la creciente necesidad interna de un país lanzado a la industrialización y porque el incremento de las exportaciones nacionales es una exigencia que no requiere

comentarios. El problema nacional en materia agropecuaria es, pues, un problema de producción. Y el camino para obtenerla es uno solo: la incorporación masiva a la tierra de capital y de alta tecnología.”

Siguiendo estos criterios, la tarea urgente sería barrer con las explotaciones de carácter extensivo, de modo que la tecnificación abra paso a los cultivos intensivos. Ello debería ser acompañado por la mejora general en la infraestructura: caminos, transporte y comunicaciones, aspectos que constituyen “elementos definitorios del subdesarrollo”. De este modo, una industria liviana y pesada integrada, sumada a un sistema de transporte fluido habilitaría el progreso agrario con independencia del régimen jurídico de la tierra. Por caso, la industria química podría fortalecer la producción de fertilizantes y plaguicidas que, volcados al agro, generarían un “desarrollo integral”. La clave entonces se hallaba en el incremento de las inversiones tanto en la industria como en el agro, interrelacionándose ambos elementos de la economía a través de la complementación en la producción de maquinaria, fertilizantes, herbicidas, semillas y ganado refinado.

Otro de los elementos que el frondizismo discutía era la cuestión de la extensión de la propiedad como factor de rendimiento. Frente a quienes defendían a la pequeña y mediana producción como las que detentaban mayores índices de eficiencia, el MID insistía en que el factor definitorio era la inversión de capital. La cuestión de la propiedad no puede, señalaba Frondizi, evaluarse en abstracción de las condiciones reales de producción: la ubicación geográfica de las explotaciones, el tipo de cultivo y la inversión en maquinaria, químicos y mano de obra. Por lo tanto, no puede reducirse todo el problema a la extensión de la tierra, sino que se debe atender a la productividad, pues en condiciones de producción intensiva “la extensión deja entonces de jugar papel determinante”. Asimismo, la concentración en este plano sería resultado del proceso normal de la economía, lo que se corroboraría en las cifras del país: entre 1930 y 1960 el número de explotaciones se redujo en un 50%, mientras que a partir de la segunda posguerra la productividad se elevó en un 140%.

La cuestión de la explotación familiar es otro de los temas abordados. A este respecto, Frondizi destacaba que el trabajo sostenido por la mano de obra que aporta el núcleo familiar tiende históricamente a disminuir, mientras que crecería el número de obreros agrícolas, ya sean fijos o temporarios. La siguiente etapa correspondería a la disminución del número de obreros por el incremento del grado de mecanización. En

ambas, lo común sería la tendencia a la disminución absoluta del peso del trabajo familiar. Al verificarse esta evolución, la defensa de la explotación familiar sería históricamente inviable. Las ilusiones en una “clase media agraria” o “chacarera” se diluyen toda vez que esa fracción social se enfrenta a dos posibilidades:

“a) que se produzca una mayor concentración de las extensiones, cosa hasta cierto punto inevitable; b) que la chacra evolucione hacia su conversión en empresa agrícola. En ambos casos desaparecería esa clase media, bien sea por absorción, bien sea por su conversión en empresaria”.

En este punto, el frondizismo se muestra más perspicaz que quienes tendían a reproducir la imagen tradicional del campo o quienes defendían el mundo chacarero o campesino. Fomentar ese tipo de explotación implicaría “congelar el desarrollo económico”. Incluso, Frondizi señalaba que la forma de trabajo familiar “no existe en la chacra media de la zona cereal; lo que allí predomina es la contratación de mano de obra”. Frigerio reforzaba este aspecto, ofreciendo cifras que muestran que mientras que para 1914 el trabajo familiar en los predios representaba el 70,8% del total, ya para 1957 los asalariados representaban el 75%. La denuncia a una utopía campesina es muy clara, como lo ilustra el siguiente pasaje:

“lo que es ya un embrión de empresa retrocede hacia las formas atrasadas del patriarcalismo campesino: a la cabeza de la explotación, el jefe de la familia, el resto trabajando como no asalariado. Es la autoexplotación familiar. Esta forma envuelve un autoengaño: a base de no contabilizar gastos en salarios, el jefe de la explotación cree obtener más beneficio que en aquellas chacras que contratan mano de obra; y los obtiene, sin duda, sobre la explotación de su familia. [...] el ahorro es el resultado de la autoexplotación. [...] Se produce entonces un fenómeno social regresivo; las horas-trabajo familiares resultan en detrimento del descanso y de la expansión cultural; los hijos son encadenados a la explotación, sin posibilidad de acceder a la escuela o a los estudios superiores.”

Otra línea de combate del desarrollismo fue contra las soluciones que, ante el éxodo rural, sostenía la necesidad de una “vuelta al campo”. Frondizi señalaba que la migración del campo a la ciudad no habría sido producto de una revolución tecnológica, sino de un desarrollo desigual y anormal de la industria. Los migrantes no habrían sido

expulsados del campo para integrarse a los batallones obreros de una industria pesada en expansión. De ocurrir eso, la expulsión resultaría compensada dado que “volvería” al campo bajo la forma de maquinaria agrícola. Pero lo que habría sucedido fue que los expulsados fueron absorbidos por la industria liviana y en el sector servicios. De esta manera, la productividad del capital agrario no despegó. Frente a ello, la solución no se encontraría en el repoblamiento del campo, sino en su capitalización mediante la inversión y tecnificación. El vector del progreso rural es “técnico-económico” y no “un problema humano”.

Finalmente, Frondizi concluía que la estrategia para la política agraria debía seguir la siguiente máxima: mejor productividad y, en consecuencia, mayor producción. Cumplir con ella requeriría resolver cuatro problemas: la inestabilidad, los precios no remunerativos, la falta de mecanización y la dependencia.

En cuanto a la estabilidad, el MID señalaba que históricamente la legislación agraria tendió a fomentar un sistema de arriendos precarios, con frecuentes desalojos arbitrarios. Recién desde 1948, las leyes agrarias comenzarían a atender este problema, pero sin resolverlo. Frente a ello, la solución inmediata debería ser la creación de una nueva legislación agraria que atienda los siguientes puntos: 1. Definición de una unidad económica determinada por la correcta aplicación de todos los recursos tecnológicos y las prácticas económico-administrativas más racionales. Se erigirá así una verdadera empresa agropecuaria cuyos límites serán los que impongan su propio funcionamiento racional. 2. Unificación y simplificación de la legislación agraria que atienda a la realidad nacional y regional. 3. Elección de los miembros integrantes de las Cámaras de Arrendamiento y Aparcerías rurales. 4. Actualización y vigencia obligatoria del Estatuto del Peón, y perfeccionamiento de las Cámaras Paritarias. 5. Definición exacta bajo ley de los regímenes de aparcería, mediería y otras formas contractuales. 6. Actualización y definición de los sistemas de ocupación y explotación de tierras fiscales. 7. Estabilidad del productor bajo contratos de cinco años con opción a tres más. 8. Fomento a las cooperativas.

El segundo problema sería el de los precios. En este punto, el MID replicaba el discurso antimonopolista, que ya hemos visualizado en gran parte de la izquierda argentina: “la aparición de los grandes monopolios comercializadores modifica esta ley económica al centralizar la demanda en esos grupos compradores, que se ponen de acuerdo para fijar los precios.” El Estado debería intervenir a los efectos de corregir ese desequilibrio, pero cuidando de ejercer esa función “con rigor económico” para no generar una nueva

distorsión como podría ser la de “fijar precios máximos a los artículos de consumo popular”. Como puede apreciarse, el frondizismo no tenía ningún prurito en reconocerse defensor de los intereses de los “productores”, aún a costa de los “consumidores”. Incluso Frigerio señala que la “función social” de la propiedad de la tierra:

“no puede ser otra que la de producir en abundancia a bajos costos, base del bienestar social de todos los habitantes del país y base indispensable del bienestar, tanto del empresario como del obrero del campo. La sociedad cometería un crimen social si pusiera restricciones a la libre e intensa inversión de capitales en la tierra, que significan la introducción de procesos tecnológicos avanzados.”

Al problema de los precios, se sumaría el de los impuestos, que se orientan a conseguir una mayor recaudación para el Estado, antes que a la promoción de la producción. Una correcta política impositiva, como la de la mayoría de los “países avanzados” se basaría en la financiación de las exportaciones, la liberación de impuestos y las primas a la exportación a los efectos de aumentar la introducción de divisas. Tanto los impuestos como los precios minan la estabilidad de propietarios y arrendatarios, lo que volvería a confirmar que el problema no se ubica en el plano jurídico de la tenencia.

Veamos la solución a este problema. Lo que requeriría el productor era estabilidad, pero no bajo la forma de propiedad, sino en la posibilidad de capitalizarse. El Estado debería promover esta política que “al multiplicar la productividad y la producción, eleva el nivel de la vida del hombre de campo, en su condición de productor, no de propietario”. Para ello debía orientarse por los siguientes puntos: 1. Crédito selectivo por zonas geográficas y rubro de la producción. 2. Créditos de promoción para productores que quieran crear nuevas explotaciones en zonas marginales. 3. Precios remunerativos evitando precios topes. 4. Comercialización libre en el mercado interno y externo a través de cooperativas de productores y de exportación. 5. Fomento a la instalación de industrias de transformación del agro tales como frigoríficos, molinos, aserraderos, curtiembres, lavaderos, etc. 6. Recuperación del suelo mediante un plan nacional de irrigación, forestación y adecuados sistemas de laboreo. 7. Fomento de técnicas más modernas de cultivo y cría. 8. Defensa de la autarquía del INTA. 9. Creación del Banco de Crédito Agrícola y reforma de la Carta del Banco de la Nación para que sirva a la promoción de ramas prioritarias. 10. Sistemas de enseñanza agrícolas (facultades, escuelas institutos) “con sentido moderno”.

En cuanto a la mecanización, el MID señalaba que entre la industria y el agro existía una relación de complementariedad, sin que ningún sector económico deba primar por sobre el otro. Así, mientras la industria debería llevar al campo las conquistas de la técnica moderna, el agro abastecería de materias primas y divisas (vía saldos exportables) a la actividad fabril. Tecnificación del agro e industrialización del país resultan entonces dos caras de un mismo proceso de desarrollo integral. Es esta la clave para el incremento de la productividad, que podría realizarse por los productores con o sin propiedad de la tierra.

Finalmente, el problema del agro se encontraría también en la falta de autonomía nacional. Caracterizando a la Argentina como un país subdesarrollado, la tarea económica central pasaría por la diversificación de sus ramas de la producción y su generalización geográfica, constituyendo así un “todo orgánico”. La prioridad en este punto sería la promoción de la industria pesada de maquinaria, energía y química, que a la vez coloca al campo en un plano privilegiado. Tanto el agro como la industria adolecían de la insuficiencia de capital. En el campo, deberían liquidarse las formas improductivas, tanto bajo el latifundio como el minifundio. No con una reforma agraria que subdivida la tierra: “la verdadera reforma agraria es la que, en su aspecto económico, provee al productor los recursos financieros y técnicos necesarios para hacer de su actividad una verdadera empresa moderna y de alto rendimiento”.

III. La política agraria del tercer peronismo

El tercer gobierno peronista, iniciado con la presidencia de Héctor Cámpora en mayo del '73, continuado con Juan Domingo Perón entre octubre de ese mismo año y julio del '74, y concluido desde esa fecha hasta el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 por Isabel Perón, fue un hito dentro del proceso revolucionario abierto en 1969. En efecto, la reimplantación de la democracia, que fue pergeñándose desde 1971 con el Gran Acuerdo Nacional (GAN), sumado al retorno del peronismo, constituyó un intento de la burguesía por descomprimir la conflictividad social por la vía de canalizarla institucionalmente. El peronismo en el poder aspiró a dar una serie de concesiones que contribuyeran a la desmovilización, a la vez que buscó resolver la crisis económica que atravesaba el país.

En ese escenario, el agro ocupó un rol central. Dada la estructura económica del país, en la que la producción de mercancías agrarias constituyen el motor del capitalismo

argentino, el financiamiento de un plan de gobierno que contuviera concesiones a la clase obrera -como fue el incremento de los salarios reales vía Pacto Social²²⁶- y a la industria, requería una fuente de financiamiento que no podía provenir de otro sector de la economía. A diferencia de la etapa previa, los años peronistas coincidieron con un aumento de los precios internacionales y, por tanto, de la renta. Por ello mismo, la burguesía agraria se encontraba en una situación compleja frente al gobierno: por un lado, sus intentos de pacificación social resultaban sumamente atractivos; por el otro, afectaba sus intereses económicos inmediatos. En efecto, 1973 fue un año marcado por las disputas entre las corporaciones agrarias y el gobierno en torno a los niveles de renta agraria capturada por el Estado. Ya hacia mediados de 1974 avanzó y se consolidó una línea antiperonista en el conjunto de la burguesía agraria, por idénticos motivos.²²⁷

El Ministro de Economía, José Ber Gelbard, fue el encargado de diseñar y emprender el plan económico que colocaba al agro en el centro de la cuestión. Mediante la estatización del comercio de granos y carne, las retenciones agrarias y la sobrevaluación del tipo de cambio, un 45% de la renta agraria fue a parar a mano de sectores no terratenientes. La industria se benefició de ello por medio de los subsidios y los créditos a tasas de interés promocionales.²²⁸

Como señala Lázaro,²²⁹ la propuesta agraria del peronismo en 1973 tenía por objetivo central la elevación de la producción y la productividad, con un programa que proponía

²²⁶El Pacto Social fue firmado el 6 de junio, ante el Ministro de Economía José Ber Gelbard, por la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Confederación General Económica (CGE). El objetivo de la medida era compatibilizar los intereses de los trabajadores y de los empresarios para apuntalar la economía, amortiguar la inflación y alcanzar una participación de los asalariados en el ingreso nacional que llegara a un 40 ó 50%, en vistas de recuperar la experiencia de los dos primeros gobiernos peronistas. Para ello la burguesía nucleada en la CGE y la UIA se comprometía al congelamiento de precios y aceptaba un alza general de salarios, y los trabajadores, representados por el entonces secretario general de la CGT José Ignacio Rucci, aceptaban la suspensión de la negociación colectiva sobre el salario durante el plazo de dos años. Concretamente, el acuerdo estipulaba la congelación de salarios en su nivel vigente con un aumento de \$20.000 y el 40% de aumento de las asignaciones familiares por dos años, contemplando reajustes en junio de 1974 y junio de 1975. Asimismo fijaba un salario mínimo de \$100.000 y reajustes para jubilados y pensionados de entre el 23 y 28%. Las convenciones colectivas de trabajo estarían habilitadas solo para discutir todo aquello que no refiriera a materia salarial. El sector empresarial por su parte, se comprometía a aceptar estos aumentos y la congelación de precios de ciertos artículos que conformaban la canasta familiar, si bien los precios contemplarían un aumento para absorber el incremento tarifario (básicamente combustibles). Como contrapartida, el Estado les garantizaría créditos en condiciones especiales (reducción de tasas en un 4%, entre otras) a fin de que pudieran absorber el incremento salarial de sus obreros.

²²⁷Para un análisis de la intervención de las diferentes corporaciones de la burguesía agraria frente al tercer peronismo, véase: Sanz Cerbino, *La burguesía...*, op. cit., en particular Capítulo IV.

²²⁸Castellani, Ana: *Estado, empresas y empresarios. La relación entre intervención económica estatal, difusión de ámbitos privilegiados de acumulación y desempeño de las grandes firmas privadas. Argentina 1966-1989*, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2006, pp. 85-94.

²²⁹Lázaro, Silvia: "La 'Reforma agraria'...", op. cit.; Lázaro, "La política...", op. cit.

inicialmente una “reforma agraria integral” que erradicara los latifundios improductivos y el minifundio antieconómico, en pos de unidades familiares de “auténticos productores”, base sobre la cual podría desplegarse una producción eficiente. Lejos de implicar un cambio radical de estructuras, la autora indica que primó la búsqueda de acuerdo y concertación con los productores agrarios por lo que la propuesta reformista no tuvo consecuencias reales.

Concretamente, la política agropecuaria consistió en una serie de leyes que se fueron implementando entre 1973 y 1974. Este programa agrario cubría dos frentes. Por un lado, aspiraba a transformar la estructura agropecuaria alterando el régimen de tenencia de la tierra. Esto implicaba el acceso a la propiedad de quienes eran los “verdaderos” productores, lo que significaba cumplir con una demanda central de la Federación Agraria Argentina y de las diferentes Ligas Agrarias. De hecho, buena parte de las leyes que se sancionaron (y otras que no corrieron idéntica suerte) fueron elaboradas por la FAA. En paralelo, se pretendía llevar la producción al nivel óptimo en el conjunto de las tierras aptas para la explotación tanto agrícola como ganadera. Todo ello intentó ser instrumentado a través de un impuesto a la renta normal potencial de la tierra y regulaciones sobre arrendamiento, colonización, uso y tenencia de la tierra.

Por otro lado, el segundo frente que venía a abarcar el programa agropecuario peronista, era el de la comercialización. Para ello se sancionaron un conjunto de leyes cuyo norte eran la nacionalización y centralización del comercio interior y exterior de granos y carne en manos del Estado. Con ello, el gobierno podía disponer de una parte significativa de la renta agraria para sus planes -transferencias a la industria y a la clase obrera-, a la vez que le era útil para esgrimir un discurso contra la “intermediación parasitaria” o antimonopolista, que entroncaba bien con el que esbozaban las Ligas Agrarias o incluso las organizaciones políticas que aquí estudiamos. La Junta Nacional de Granos (JNG) y la Junta Nacional de Carnes (JNC) se convirtieron en organismos destinados a cumplir con estos fines. Pagando un precio inferior a los internacionales, el Estado captaba una cuota de renta agraria adicional a la que obtenía por la vía impositiva y cambiaria. Del mismo modo, en el mercado interno intervenía directamente sobre la fijación de los precios agropecuarios como forma de controlar la evolución de la inflación y “subvencionar el consumo”.²³⁰

²³⁰Lattuada, Mario: *La política agraria peronista (1943-1983)*, vol. 2, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986; Lázaro, Silvia: “La política agraria del peronismo a comienzos de la década 1970. Estado, políticas sectoriales y corporaciones”, en: *VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*,

La voluntad de desarrollar un plan agrario integral se expresó en la elaboración por parte del gobierno, tras una serie de reuniones concreadas entre el equipo del Ministerio de Economía y los dirigentes de la Sociedad Rural Argentina, Confederaciones Rurales Argentinas, Confederación Intercooperativa Agropecuaria Limitada, Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP) y FAA e instituciones integrantes de la Confederación General Económica, del “Acta de Compromiso entre el Estado y los Productores para una Política Agropecuaria y Forestal”, popularizada luego como “Pacto Agrario” en analogía al “Pacto Social”. Allí se trazaban los lineamientos de la política que acabamos de señalar. Los productores se comprometían a llevar adelante una explotación “racional” para lo cual debían cumplir con metas de producción fijadas, y aceptaban tanto el impuesto a la renta potencial a partir de 1975 - gravamen que, como veremos, finalmente no se llegó a implementar- como un seguro agrario integral. Como contrapartida, el gobierno aseguraba previsibilidad por los próximos doce años: garantía de precios “justos y compensatorios” acordados con los productores, mantenimiento de la legislación impositiva sin modificaciones por los siguientes cuatro años, respeto a la propiedad privada de la tierra, créditos promocionales para la renovación tecnológica y la expansión agropecuaria así como la defensa de las cooperativas y el fin del minifundio. Como garantía del cumplimiento de los derechos y obligaciones de cada una de las partes, se disponía la creación de una Comisión de Política Concertada, con representantes de todas las corporaciones y funcionarios, para discutir medidas vinculadas a los acuerdos. Mediante esta política, el gobierno logró abroquelar temporalmente detrás de sí al conjunto de las corporaciones agrarias, con excepción de CARBAP que se negó a rubricar el Acta.

La gestión Gelbard sancionó cerca de media docena de leyes claves para la producción agropecuaria. Hubo dos que fueron obra, como señalamos, de la propia FAA: la Ley 20.518 que suspendía los desalojos y la ejecución de la sentencia que pesaba sobre los arrendatarios a los que se les aplicó la Ley 17.253 de 1967 (más conocida como “Ley Raggio”, que ponía fin a la intervención estatal sobre el mercado de arriendos); y la llamada Ley de Fomento Agrario (nº 20.543) que brindaba facilidades y beneficios crediticios a arrendatarios o aparceros que pretendieran acceder a la propiedad del predio que explotaban. Es interesante destacar que, tal como Sanz Cerbino advierte, estas leyes se sancionaron sin ninguna resistencia y fueron una suerte de concesión más

“América Latina: realineamientos políticos y proyectos en disputa”, Recife-Pernambuco (Brasil), 15 al 19 de noviembre de 2010.

bien simbólica a las FAA, pues tal como destacaba la prensa para ese entonces, la figura del arrendatario era ya poco común y se estimaba que la ley solo beneficiaría, en el mejor de los casos, a un millar de productores agropecuarios.²³¹

Otro paquete de leyes apuntó a la comercialización de granos y carnes. La Ley n° 20.535 (conocida como “Ley de Carnes”) otorgó al Estado el monopolio del comercio exterior de carnes y un importante control en la comercialización interna. A diferencia de lo que puede creerse, no generó una resistencia importante en las corporaciones agropecuarias, las cuales solo objetaron que la reestructuración de la JNC las dejó sin representación. Sanz Cerbino atribuye esta conformidad de la burguesía agropecuaria al monopolio estatal del comercio y la potestad del Estado de fijar los precios al escaso margen de acción que dejó el elevado caudal de votos que recibió el peronismo y a los altos precios internacionales, que permitían, aún con la apropiación estatal, elevados niveles de renta agraria.

Distinta fue la situación con la Ley de Granos (n° 20.573) que encontró una mayor resistencia, no obstante lo cual fue sancionada hacia fines del '73. La manzana de la discordia no fue, nuevamente, el control estatal del comercio, sino una cláusula particular: aquella que fijaba que las empresas de capital nacional podían actuar en la comercialización como agentes de la JNG. El proyecto original de la FAA no lo contemplaba, fue un añadido del gobierno cuando se presentó al Senado, que lo aprobó. La dilatación y la polémica se desató en el Congreso, donde luego de muchos debates e idas y vueltas, se eliminó el artículo. No obstante esto, la Cámara Alta volvió a incorporarlo y así fue aprobado.²³²

Una última ley fue aprobada, también con una enconada resistencia: la Ley n° 20.538, que fijaba un impuesto a la renta normal potencial de la tierra. Esta actuaba sobre el impuesto de emergencia a la tierra que creara en 1969 el Ministro de Economía Adalbert Krieger Vasena. Durante 1973, ese impuesto se vería modificado en sus cargas y los mínimos no imponibles. Al año siguiente, señalaba el cuerpo de la ley, adquiriría progresividad y se vería alterada la materia imponible (mientras que antes se calculaba sobre el valor fiscal de la tierra, ahora se haría bajo su valor de mercado), lo que implicaba una mayor exacción sobre los terratenientes. Entrado 1975, regiría ya un

²³¹Sanz Cerbino, *La burguesía...*, op. cit., pp. 356-357.

²³²Lattuada, op. cit., pp. 247-249.

impuesto a la renta normal y potencial de la tierra, pero la ley no fijaba ni porcentajes ni fórmula para cálculo de dicha renta potencial. Esta etapa jamás llegó a aplicarse.²³³

Finalmente, Horacio Giberti, quien detentaba la titularidad de la Secretaría de Asuntos Agrarios, elaboró un proyecto de Ley Agraria que establecía la explotación de la tierra en “función social”. Para la FAA se trataba de una iniciativa más que saludable, que vendría a expresar la tan mentada “Reforma Agraria Integral” por el hecho de subordinar la propiedad privada a lo social. El cuerpo de la ley fijaba criterios por los cuales en caso de no lograrse una explotación consecuente con la capacidad potencial de la tierra, se podría perder el dominio de la parcela y, por tanto, ser expropiada por el Estado, previo pago en bonos, o ponerla forzosamente bajo arriendo. La Ley pretendía ser un arma tanto contra el latifundio, presionando a los grandes propietarios, como contra el minifundio mediante la “reconcentración”, a la vez que pretendía dar paso a una nueva colonización. Las corporaciones que nucleaban a los propietarios más grandes rechazaron la ley, que nunca llegó al Congreso y cayó en el olvido tras la dimisión del equipo de Gelbard, en octubre de 1974.

La Ley Agraria fue, sin lugar a dudas, uno de los puntos más debatidos de esta política. Si se atiende a los discursos de las corporaciones agrarias podía parecer “revolucionaria”, e incluso dio pie al inicio de un proceso de acercamiento entre las diversas entidades rurales que aunaron esfuerzos contra la política del Secretario de Agricultura. Sin embargo, la ley se ubicaba en el mismo tono reformista del tercer gobierno peronista, afectando solo a las tierras ociosas. Con todo, expresa la intensidad que cobró el debate agrario en la etapa.

La ley tuvo un notable impacto en la opinión pública y desató agrias discusiones. Poggi ha estudiado este aspecto a través de la prensa periódica y nos permite aproximarnos a la polémica. Por caso, el diario *La Opinión* atendió a la totalidad del debate sobre la Ley Agraria de 1974 y tendió a expresar sutilmente su posición favorable a la medida del gobierno. De este modo, en sus páginas puede verse el apoyo brindado a la iniciativa por las entidades agrarias como las Ligas Agrarias y la FAA, sindicales como la CGT o de intelectuales como Jorge Abelardo Ramos, quien la celebró como un ataque a los terratenientes. En contraposición, la SRA ensayó un tono alarmista frente a lo que considera una reforma agraria en toda la regla, y CARBAP que la condenó como un atentado al derecho de propiedad. Sin embargo, en una serie de notas sin firma o de

²³³Ídem, pp. 249-252.

redactores del diario se filtraba su posición favorable, por medio de una crítica a los ganaderos y entidades “tradicionales” que emprendían una “acción psicológica” en defensa de sus intereses contra una ley de cambio que afecta los intereses del latifundismo²³⁴. Por su parte, *La Nación* mostraba la continuidad de su perfil favorable al sector agrario, más específicamente del de mayor tamaño. En sus páginas se expresó un discurso de abierta oposición a las iniciativas agrarias del gobierno, caracterizándolas como proclives a la expropiación y el fomento a la improductividad por medio de la parcelación latifundista. Por ello Poggi lo caracterizara como portador de un discurso conservador notablemente afín a SRA²³⁵, lo que la autora percibe al compararlo con los argumentos vertidos en la revista *Anales* de dicha corporación²³⁶, órgano que mantuvo una cerrada oposición a la ley.²³⁷ Por su parte, la concepción de la política agraria y, en particular, de la Ley Agraria de la FAA se plasmó en su órgano, *La Tierra*. A diferencia de *La Opinión* que también se mostró favorable, *La Tierra* no dio cuenta de la totalidad del debate, sencillamente porque intervino en él como parte de la lucha en defensa del proyecto, al que consideraba como una herramienta para la resistencia a la concentración de la tierra. De allí que en sus páginas predominara una impronta basada en argumentaciones positivas acerca de los beneficios de la ley.²³⁸ La posición de la FAA también se replicó en un órgano agrario de interés general, *Agro nuestro*, bien que en un tono menos combativo.²³⁹

Como puede apreciarse, se trató de un intenso debate que, como muestra el análisis de estos periódicos, estuvo instalado en la escena pública. Sin embargo, hacia fines de 1974, tal como señala Poggi²⁴⁰ se produce un desvanecimiento de la impronta agraria reformista y, consecuentemente, en las páginas de los periódicos la cuestión se vuelve secundaria o accesoria y se aplaca el recurso argumental. Como indica Sanz Cerbino²⁴¹, esto coincide con un nuevo giro político del actor corporativo que con mayor vehemencia impulsó la ley, FAA, que hacia 1975 vuelve a coincidir con CARBAP y SRA en el reclamo de mejores precios, impulsando con estas corporaciones medidas de protesta contra el gobierno, los llamados paros agrarios.

²³⁴Poggi, “Estrategias... en el diario La Opinión”, op. cit.

²³⁵Poggi, “Discursos...”, op. cit.

²³⁶Poggi, “Estrategias... Los casos de La Nación y Anales”, op. cit.

²³⁷Poggi, “Noticias...”, op. cit.

²³⁸Poggi, “Estrategias... en el periódico La Tierra”, op. cit.

²³⁹Poggi, “Noticias...”, op. cit.

²⁴⁰Poggi, “El desvanecimiento...”, op. cit.

²⁴¹Sanz Cerbino, *La burguesía...*, op. cit.

Como hemos reconstruido hasta aquí, el tercer peronismo arribó al poder con un plan económico que contemplaba una importante batería de leyes que intervenían sobre la producción agropecuaria. Si se la examina teniendo en cuenta las corrientes que hemos reconstruido y analizado en este capítulo, los postulados básicos de la acción gubernamental peronista coincide con la corriente agrarista. Se trata de un paquete de medidas cuyo norte central es elevar la producción agraria nacional para, a través de ella, poder sostener el entramado industrial local y realizar una serie de concesiones a la clase obrera, en un contexto signado aún por su activación. Dentro de esa preocupación, la cuestión de la tenencia de la tierra tiene un lugar, más retórico que concreto, pero es atendido aún con medidas de corto vuelo (las relativas a los arrendatarios) y otros que finalmente quedaron en el cajón. Como veremos en los próximos capítulos, las organizaciones de izquierda prestaron particular atención a las medidas agrarias del tercer peronismo, realizando en sus periódicos análisis sobre ellas, ya sea para criticarlas -la mayoría de las veces- o para apoyarlas -en menor medida-.

Resumiendo

Como hemos podido ver en este capítulo, las décadas del '60 y '70 asistieron a la reactualización del problema agrario argentino. En gran medida, ello era tributario de las profundas transformaciones estructurales, técnicas y sociales que asolaron al agro durante esas décadas, introduciendo notables cambios en su fisonomía. El debate era producto, a su vez, de la crisis de acumulación, que se manifestaba periódicamente como estrangulamiento de divisas.

Vimos que se ensayaron al menos dos grandes respuestas al interrogante acerca de las razones de aquello que se interpretaba era un estancamiento productivo. A un lado, intelectuales, partidos y corporaciones empresarios creían encontrar que el nudo gordiano del “atraso” se ubicaba en la distribución del factor esencial, la tierra. Reproducían así por entero la imagen tradicional del campo: una “oligarquía” parasitaria -generalmente ganadera- acaparó el suelo en enormes proporciones, dando nacimiento a una Argentina latifundista. Privados de toda posibilidad de desarrollo y progreso, una enorme fracción de “verdaderos productores” -chacareros, campesinos o colonos, según el caso- quedaban fuera del sector o se veían obligados a subsistir, oprimidos por el sistema de arrendamiento. Frente a la incapacidad de generar un excedente capitalizable -ya sea porque la “oligarquía” lo dedicaba a un consumo

suntuario o porque el pequeño productor no podía generarlo o le era arrebatado-, todo el entramado productivo nacional quedaba subdesarrollado, en particular la industria urbana. Con mayores o menores cuotas de gradualismo, por la acción directa o por la vía institucional, la solución a todo este panorama radicaba en la redistribución de la tierra. En definitiva, la reforma agraria. Desde el desarrollismo al radicalismo pasando por el peronismo, desde los planteos originarios de FAA a la creación de la CGE, y desde la escuela cepalina a los técnicos agraristas, todos coincidieron, aún con sus modulaciones, en la necesidad de algún tipo de reforma de la estructura agraria.

Sin embargo, los defensores de esta posición parecieron no advertir la contradicción entre su propio diagnóstico y la solución propuesta. En las condiciones productivas y técnicas en las que se encontraba el campo argentino en las décadas del '60 y '70 -que hemos reconstruido en el primer capítulo- la fragmentación de tierra (es decir, la reforma agraria) lejos de impulsar un incremento de la producción y de la productividad, redundaría en su contrario. La reducción de la extensión de las unidades de explotación volvería más inviable el aprovechamiento óptimo de las innovaciones agrícolas, tanto técnicas como tecnológicas. Justamente, la quiebra de una amplia capa de productores por aquellos años estaba relacionada con su incapacidad para adaptarse a estas novedades productivas. En lugar de proponer una estrategia superadora, la reforma agraria constituía un mecanismo para generalizar a todo el campo la ruina que estaban sufriendo las capas menos productivas del agro.

Del otro lado, intelectuales, partidos y corporaciones liberales encontraron la explicación y la solución en una inversión completa a los planteos agraristas. Lejos de ubicar el problema en la distribución de la tierra, lo encontraban justamente en lo que los agraristas creían era la solución: la renovada intervención del Estado, tanto en materia fiscal como en la injerencia en el mercado de tierras. La sustracción de las ganancias de la burguesía agraria impediría la reinversión y ello explicaría la situación de estancamiento. La solución, sería evidente: reducción del gasto público, fin del subsidio a las industrias ineficientes y anulación de los impuestos "distorsivos" que pesaban sobre el agro. En definitiva, que el mercado se autorregulara sin ninguna injerencia estatal. Las consecuencias sociales, económicas y políticas de semejante plan, en un país donde fracciones enteras de la burguesía industrial requerían subsidios, son las que explican el escaso éxito electoral de las pequeñas formaciones partidarias que encarnaron este programa. Asimismo, el énfasis en la presión fiscal del Estado constituía una exageración utilizada como herramienta de presión en el marco de una

disputa por la apropiación de la renta agraria. Incluso pudiendo reconocer un mayor peso de los impuestos sobre el campo, lo cierto es que el Estado no avanzaba sobre la ganancia agraria generando descapitalización, sino sobre la ganancia extraordinaria (la renta), lo cual no afecta a la inversión.²⁴² A ello se suma que, como hemos señalado en el primer capítulo, la producción y la productividad no se encontraban estancadas, sino en un proceso expansivo.

Por otro lado, las transformaciones propias de la etapa en estudio, llevaron también al desarrollo de una corriente de opinión según la cual, el factor fundamental era la incorporación de la “revolución verde” al campo argentino, mediante la conversión de las estancias en modernas empresas y la adquisición de las novedades técnicas y tecnológicas.

Esta reconstrucción nos muestra, en definitiva, la existencia de un amplio debate, cargado de interpretaciones y argumentaciones en torno a la cuestión agraria argentina. Habiendo explicitado los trazos de ese debate, estamos en condiciones de examinar la intervención de la izquierda en él, a los efectos de poder calibrar si efectivamente logró poner en pie una posición que terciara entre las esbozadas por su antagonista social -la burguesía- o si, por el contrario, terminó expresando, con sus matices, alguna de las variantes existentes.

²⁴²Una crítica a las posiciones liberales que muestra cómo las percepciones estatales amputan ganancia extraordinaria, véase: Sartelli et al, *Patrones...*, op. cit.

Capítulo III

El estalinismo: el Partido Comunista de la Argentina

“Los oportunistas dirigían y dirigen toda su atención a la tarea de inventar formas de conciliación teórica y práctica con la burguesía, incluyendo al campesino rico y medio (de éstos hablaremos más abajo), y no a la del derrocamiento revolucionario del gobierno burgués y de la burguesía por el proletariado”.

(Vladimir Lenin, *Esbozo inicial de las tesis sobre la cuestión agraria*, 1920)

El Partido Comunista de la Argentina es un observable fundamental a la hora de examinar los planteos de la izquierda frente a la cuestión agraria. Como hemos podido reconstruir en el estado del arte en la introducción de esta tesis, al menos para sus primeros 30 años de existencia, hay evidencias suficientes que indican el interés que el partido le brindó a la problemática del campo. Los años '70 no son una excepción y vienen a confirmar que el interés agrario del PC bien puede considerarse una constante en su historia. En este punto, y adelantándonos a la exposición que sigue, es menester destacar que se trata de la organización que mayor preocupación le brindó al problema que nos convoca. Tanto por el material producido como por la preocupación por organizar a todos los sectores sociales del campo, el PC ocupa un lugar central en la reflexión sobre la relación entre izquierda y cuestión agraria. En las páginas siguientes reconstruiremos las concepciones programáticas, la asignación de recursos militantes que el comunismo argentino le otorgó a producir conocimiento sobre el campo, expondremos sus ideas y, finalmente, echaremos luz sobre la presencia del partido entre el proletariado rural y las corporaciones de la burguesía.

Los antecedentes del PC se remontan a los primeros años de la década de 1910, cuando en el seno del PS comenzó a coagular una tendencia de izquierda.²⁴³ Los militantes que se coaligaron en ella esbozaron centralmente dos críticas. Por un lado, rechazaban lo que consideraban posiciones reformistas y parlamentaristas, siendo el principal foco de impugnación la figura y la acción de Juan Bautista Justo. Por el otro, impugnaban las

²⁴³Para esta reconstrucción nos basamos en: Camarero, Hernan: *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007; Casola, Natalia: *Estrategia, militancia y represión. El Partido Comunista de Argentina bajo la última dictadura militar, 1976-1983*, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letra - Universidad de Buenos Aires, 2012; Campione, Daniel, “La izquierda no armada en los años setenta. Tres casos, 1973-1976”, en: Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de estado*, Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, México, 2007.

posiciones oficiales en torno a la construcción sindical, según las cuales debía garantizarse la autonomía del movimiento obrero respecto al partido. Para los críticos, esta visión impedía vincular las reivindicaciones corporativas con lo político.

Los hechos comenzaron a precipitarse a partir de 1914 y culminaron con una expulsión cuatro años después. Concretamente, el debate estalló en torno a la gran guerra de 1914. Los parlamentarios socialistas debían pronunciarse acerca de la ruptura de las relaciones con Alemania o la neutralidad en el enfrentamiento bélico. Estos tomaron la primera de las opciones, formando parte de la campaña que llamaba a enfrentar al bando alemán en defensa del comercio exterior argentino.²⁴⁴ El hecho desató la disputa interna y debió convocarse un Congreso Extraordinario. Allí la corriente de izquierda, encabezada por Penelón y Ferlini, defendió y logró imponer el rechazo a la participación bélica. Sin embargo, la dirección del partido decidió desconocer los resultados y los parlamentarios votaron la ruptura de relaciones con Alemania. El estallido posterior de la revolución de Octubre no hizo sino agravar el escenario de conflicto. La dirección condenó a los bolcheviques por promover un “golpe de Estado” y expulsó a todos los izquierdistas que se solidarizaron con los “maximalistas” rusos.

El 6 de enero de 1918 los expulsados, que contabilizaban unos 700 militantes de Capital Federal, Gran Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, pusieron en pie el Partido Socialista Internacional (PSI), definiendo una declaración de principios, un estatuto, órganos directivos (Comité Central y Comité Ejecutivo) y una prensa, *La Internacional*. Su máximo dirigente en aquel entonces fue Penelón y en posiciones destacadas se encontraban Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, los principales referentes para los años que abarca esta tesis.

En diciembre de 1920 en un Congreso Extraordinario, el partido acordó plegarse a las 21 condiciones para la admisión a la Internacional Comunista (IC). Ello convirtió al PSI en el Partido Comunista Sección Argentina de la Internacional Comunista, y lo llevó a adoptar las máximas de la IC: la defensa de partidos obreros de vanguardia basados en el centralismo democrático, la insurrección como vía revolucionaria, y la dictadura del proletariado como forma de gobierno. Unos meses después se creó la Federación Juvenil Comunista (FJC) y su periódico *Juventud Comunista*.

²⁴⁴La Argentina había adoptado una posición neutralista, no sin oposiciones internas. El debate se reavivó en junio de 1917 cuando un submarino alemán hundió el buque a vapor argentino “Toro”, que trasladaba cueros, lanas, carne congelada, entre otros productos. A partir de allí comenzó una gran campaña con movilizaciones callejeras exigiendo la ruptura de relaciones con el país germano a los fines de proteger el comercio argentino con Gran Bretaña.

Fiel a dicha adscripción internacional, el PC adoptó la estrategia fijada por el III Congreso de la IC en junio de 1921: el frente único. Lo que esta política proponía era la unidad entre las fuerzas de la izquierda, incluso allí donde los partidos comunistas no tuvieran condiciones para marcar el rumbo de la dirección, como forma acercarse a fracciones amplias de la clase obrera. Ya en 1925 el partido inició su “bolchevización”, es decir, la adopción de una estructura férrea, disciplinada y centralizada, y el inicio de una táctica de proletarización para adquirir una composición mayoritariamente obrera. A partir de entonces, alcanzó una influencia significativa en el movimiento obrero, ascendió a la cifra promedio de 2.500 militantes y lograba movilizar entre 10 y 20 mil personas a sus actos. Tenía ya una fisonomía propia, notablemente diferenciada del PS y en completa sintonía con el comunismo internacional.

En 1927 sufrió una importante escisión -no era, sin embargo, la primera- que culminó en la salida de Penelón y la consolidación en la dirección de Ghioldi y Codovilla. A partir de allí el Partido avanzó con la nueva política de la IC de clase contra clase, que ponía el eje en la independencia de los comunistas, la ruptura de relaciones con partidos socialdemócratas y el enfrentamiento entre fascismo y comunismo. El PC en su VIII Congreso (1928) terminó de dar forma a su programa político en el que definía a la Argentina por su escaso desarrollo capitalista, la dependencia exterior, la existencia de una oligarquía latifundista y la necesidad de cumplir tareas democrático previas, que abrían la puerta a la alianza con fracciones de la burguesía, para luego dar paso al socialismo. Lo que luego pasaría a ser reconocido como el “clásico etapismo estalinista”. Al mismo tiempo, se colocó bajo el designio de la política de clase contra clase y de ese modo, conquistó nuevas posiciones en el mundo sindical.

Dos años más tarde, el PC volvió a realizar un cambio de estrategia, adoptando la construcción de frentes populares basados en alianzas con lo que se consideraba fracciones “progresivas” de la burguesía, en pos de construir un frente antifascista. Se ha destacado que esta política llevó al partido a constituir la Unión Democrática frente a la emergencia del peronismo, en una suerte de “error histórico” que lo alejó de las masas. Sin embargo, estudios recientes han mostrado que la acción decidida del partido puso un coto al proyecto de tintes fascistas y abiertamente represivo que había comenzado a delinear la “Revolución del ‘43” y a continuar el propio Perón.²⁴⁵

²⁴⁵Kabat, Marina: *PerónLeaks. El peronismo y sus documentos secretos 1943-1955*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2017.

A pesar de ello, lo cierto es que desde 1955 el PC mismo comenzó a revisar su pasado y delineó una estrategia en sentido opuesto que podría “redimirlo”: el trabajo unitario con el peronismo en los sindicatos, ante el hecho de que no se constataba una “desperonización” de la clase obrera. Estas formulaciones cristalizarían más tarde en lo que se denominó el “giro a la izquierda del peronismo”. Por aquellos años el comunismo apoyó la candidatura de Frondizi, pero pronto denunció su “traición” a un programa que debía estar centrado en el desarrollo de un “capitalismo nacional”, el “bienestar del pueblo” y la “independencia de la Nación”. En 1962, cuando se hizo público el documento donde diagnosticaba el “giro a la izquierda del peronismo”, el partido llamó a votar a los candidatos peronistas.

El análisis que realizamos en este capítulo se desarrolla en los años marcados por esa política de revisión del papel del peronismo y la confluencia con ciertos sectores de ese movimiento. Sin embargo, esta política tuvo sus consecuencias. Junto a otros hechos comenzaron a generar tensiones internas: el apoyo a los militares “azules” en su enfrentamiento con los “colorados” y el impacto de la Revolución Cubana que, si bien fuera saludada por el partido, ponía en cuestión la “vía pacífica” que el PCA comenzaría a propugnar. En 1963 aconteció la primera ruptura, que dio lugar al grupo de intelectuales gramscianos de Córdoba (Oscar del Barco, Héctor Schmucler y José Aricó, solo por nombrar a algunos), *Pasado y Presente* -por el nombre de la revista que editaban-, y en 1964, un grupo de jóvenes bonaerenses que fundaran Vanguardia Revolucionaria (VR). Unos años más tarde se produciría su más importante ruptura, la que diera lugar al Partido Comunista Revolucionario (PCR), sobre el que volveremos luego.

En 1963 el Partido celebró su decimosegundo Congreso, en el que sancionó que las transformaciones revolucionarias debían seguir preferentemente una vía pacífica. No se descartaba por entero que el proceso pudiera desarrollarse por una vía “no pacífica”, pero esta se consideraba como última opción, frente a lo cual se privilegiaba “la acción de masas”. Lo cierto es que detrás de estas palabras, lo que se proponía era el gradualismo, el parlamentarismo y el electoralismo como formas de cumplir los objetivos “democráticos” y “progresistas” que permitieran alcanzar un “gobierno de nuevo tipo”. En sintonía con el cambio en la valoración del peronismo, ahora se lo consideraba una fuerza progresista y, naturalmente, aliada. Programáticamente, el partido defendía que la revolución en la Argentina debía atravesar etapas. En la primera, donde el capitalismo se libraría de las trabas a su desarrollo, la burguesía tendría un

papel relevante que cumplir. La segunda, a la que se llegaría luego de cumplir la anterior, iniciaría la construcción del socialismo. Fue la adscripción a estas tesis y su funcionamiento plenamente ubicado bajo los lineamientos del PCUS, que lo llevó a reivindicar la figura de Joseph Stalin y defender la vía pacífica y el gradualismo sancionado por el XX Congreso del PCUS, el que lo identificó como el más fiel representante del estalinismo como programa.²⁴⁶

Con estas definiciones, el PC intervino durante la primera mitad de la década del '70. Si tomamos por buenas las cifras oficiales, en el período que corresponde al de la denominada Revolución Argentina (1966-1973) se cosecharon 60.000 nuevas afiliaciones. La cifra resulta espectacular, pero debe considerarse que no es equiparable a la categoría de militante. La afiliación suponía un acuerdo general con el partido y un compromiso de sostenimiento del mismo, que se basaba en un aporte monetario. El hecho de que la tirada del periódico rondara los 28.000 ejemplares es prueba de la laxitud de las afiliaciones. No obstante ello, es un indicador válido para medir la influencia comunista. Considerando estos aspectos y otros elementos, Casola estima que la militancia comunista podría alcanzar la cifra de 15.000 personas.

Cuando comenzó a esbozarse la apertura electoral, el PC lanzó una iniciativa conocida como el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA) que funcionó como un agrupamiento multipartidario en el que confluyó el Partido Revolucionario Cristiano (PRC), el Partido Intransigente (PI) y la Unión del Pueblo Argentino (UDELP). El objetivo del frente era presionar en pos de la convocatoria a una Asamblea Constituyente. Con el avance de la convocatoria electoral y la puesta en marcha de los preparativos de la misma, los integrantes del ENA presentaron la Alianza Popular Revolucionaria (APR) con la fórmula Oscar Alende presidente y Horacio Sueldo vicepresidente, que obtuvo poco más del 7% de los votos en marzo de 1973.

Tras el triunfo del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) e iniciada la gestión peronista, el PC adoptó una política de apoyo crítico, según la cual se buscaría impulsar las medidas progresivas y criticar las negativas para defender al gobierno de los intentos “retornistas” de la “derecha”. Tras la renuncia de Cámpora y el nuevo llamado a elecciones, la APR decidió no presentar lista y llamó a votar por Perón. Desde allí la política comunista frente al gobierno se basó en la exigencia del cumplimiento del

²⁴⁶Los planteos etapistas que caracterizan al estalinismo pueden verse sintetizados en: Stalin, Joseph: *Los fundamentos del leninismo. Conferencias pronunciadas en la Universidad Sverdlov*, 1924. Y la crítica a la teoría de la Revolución Permanente, que lo demarcaría de su principal rival Trotsky, en: Stalin, Joseph: *Cuestiones del leninismo*, 1926.

programa electoral del FREJULI. Este panorama se completa con la presencia de José Ber Gelbard en la cartera de economía, un empresario de conocidos vínculos con el partido en la época. De conjunto, la coyuntura inaugurada en 1973 fue caracterizada por el comunismo como un proceso tendiente a la liberación nacional.

Si bien aún está pendiente una evaluación de la influencia del comunismo en el movimiento obrero de los años '70, lo cierto es que en esa época el PC puso en pie el Movimiento Nacional Intersindical, cuya figura más destacada -aún sin reivindicarse como miembro del partido- fue el gremialista Agustín Tosco, referente indiscutido en ese momento del sindicalismo combativo. Aún con presencia en gremios de diferentes ramas, el PC no tuvo un rol preponderante en las Coordinadoras Interfabriles del '75, pues consideró que eran dirigidas por la "ultraizquierda". En relación a esta última, el partido, fiel a su defensa de la vía pacífica, fue un duro crítico de las acciones de las organizaciones político-militares, condenando públicamente sus iniciativas, a las que consideraba favorables a los servicios de inteligencia del imperialismo norteamericano.

Avanzado el deterioro del gobierno de Isabel, el colapso económico (en particular, con la salida de Gelbard) y el avance represivo estatal y paraestatal, el comunismo esbozó críticas abiertas hacia su figura y señaló que ello contribuía al avance golpista. En virtud de ello, reactualizó su consigna de un gobierno de unidad entre todos los partidos pero introdujo una sensible modificación, llamando en esta oportunidad a una "gabinete cívico-militar", al cual debían integrarse los militares constitucionalistas, democráticos y antiimperialistas. En ese contexto, además, llamó a terminar con el terrorismo de "ambos signos": ultraderecha y ultraizquierda.

Iniciado el proceso de reorganización nacional en marzo de 1976, el partido caracterizó la existencia de tendencias enfrentadas dentro del gobierno militar, una democrática y la otra "pinochetista". La consecuencia lógica del planteo fue el apoyo de la primera contra la segunda y así evitar un "viraje a la derecha". En virtud de ello, durante toda la etapa se siguió batallando por un "gabinete cívico-militar".

I. El lugar de la cuestión agraria en el programa

Desde su fundación en 1918, el PC le otorgó importancia al problema agrario. A pesar de esta preocupación inicial, recién en el VIII Congreso del partido (1928) se elaboró un programa específicamente agrario. Según el dirigente del partido José María García, en ese congreso se produjo una completa asimilación del marxismo-leninismo que permitió

una mayor comprensión del campo argentino. A partir de allí se adoptó como consigna cardinal la reforma agraria profunda como única “solución progresista y revolucionaria”, en el marco de una revolución agraria y antiimperialista promovida por una alianza de clases entre el campesinado y el proletariado.²⁴⁷ En diciembre de 1946, analizando el Plan Quinquenal del gobierno peronista, Victorio Codovilla, secretario general del PC, señalaba que “el problema de los problemas que es preciso resolver para desatar el nudo de las contradicciones en que se debate desde hace tiempo la economía de nuestro país, es el problema agrario”.²⁴⁸

No resulta extraño encontrar una profusa bibliografía y un amplio acervo documental del partido sobre esta problemática, ya desde aquellos años y, con mayor énfasis, en las décadas del ‘60 y ‘70. No nos detendremos en este apartado a analizar la producción teórica -abordaje que realizaremos en el próximo acápite-, sino que nos abocaremos al estudio de los documentos partidarios centrales, a los efectos de clarificar el lugar que le corresponde al problema agrario en el diseño programático del PC. Dada la abundancia de fuentes, nos concentraremos en aquellos documentos confeccionados en las décadas bajo estudio, fundamentalmente en los que surgen de instancias congresales, por ser los que sintetizan las concepciones políticas más generales.

Desde el 22 de febrero al 3 de marzo de 1963, en la ciudad de Mar del Plata sesionó de manera clandestina, dado que la dictadura militar había ilegalizado al partido, el XII Congreso Nacional del Partido Comunista. Allí, entre otras tareas y deliberaciones que se llevaron a cabo, se votó, como solía ocurrir en esa instancia, un documento programático para el partido. El programa elaborado caracterizaba a la Argentina como “un país de desarrollo económico atrasado y desigual, dependiente del imperialismo, cuyo pueblo trabajador sufre grandes penurias”.²⁴⁹ El atraso y la dependencia serían los culpables de que la enorme riqueza nacional fuera arrebatada de las manos del “pueblo” por “un reducido grupo de grandes terratenientes, de grandes capitalistas y de monopolios extranjeros que los explotan unilateralmente”. Esta estructura capitalista particular habría obturado un “desarrollo económico independiente y una vida próspera y feliz a nuestro pueblo”.

²⁴⁷García, José María: *El campo argentino y la reforma agraria*, Ediciones del Calicanto, Buenos Aires, 1968, p. 147.

²⁴⁸Codovilla, Victorio: *¿Puede ser realizado el Plan de Gobierno?*, Buenos Aires, diciembre de 1946.

²⁴⁹Partido Comunista de la Argentina: *Programa del Partido Comunista de la Argentina. Aprobado por el XII Congreso realizado en la ciudad de Mar del Plata entre los días 22 de febrero al 3 de marzo de 1963*, 1963, p. 3. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

Lo que se esboza aquí es una concepción particular sobre el capitalismo que, como veremos a lo largo de este capítulo, tiñe por completo la lectura que realiza sobre el agro y, en consecuencia, la intervención que tendrá allí. Como puede apreciarse en las citas que transcribimos, la agencia combinada de grandes capitalistas, grandes terratenientes y monopolios extranjeros, sería culpable del desarrollo anormal de la Argentina. Esa anormalidad se vincularía a la incapacidad para lograr un desarrollo independiente que, según el PC, podría garantizar una “vida próspera y feliz” a los trabajadores. De ello podemos extraer la conclusión lógica a la que esta forma de razonamiento conduce: una reivindicación de un capitalismo de tipo ideal que, libre de toda injerencia externa y de todo proceso de concentración (nótese que el adjetivo “grandes” se aplica tanto a los terratenientes como a los capitalistas, y está incluido implícitamente en el concepto de “monopolio”), garantizaría una vida armónica al conjunto de la Nación, es decir a burgueses (pequeños y medianos) y proletarios.

Para despejar toda duda, citamos un fragmento más que ofrece pruebas en esa dirección:

“la preocupación de ese reducido grupo de privilegiados ha sido y es la de saquear las riquezas del país y obtener grandes beneficios mediante la intensificación de la explotación de los trabajadores y *no la de asegurar la prosperidad de la Nación y el bienestar del pueblo*”.

En este planteo, la oligarquía tiene un lugar central. Desde la declaración de la independencia del país, este grupo habría acaparado tierras en grandes extensiones, que dedicó a la ganadería y la agricultura en forma extensiva. Desde la década del ‘30, entraría en alianza con el imperialismo, que extendió su dominio adueñándose de la infraestructura clave de la economía: transporte, puertos, frigoríficos, molinos, gas, electricidad, bancos, industria y comercio. Su acción combinada no solo produciría atraso, sino también un desarrollo desigual, privilegiando el Litoral por sobre el Interior y solo invirtiendo, en razón de su control del sistema bancario, en algunas ramas, bloqueando así la diversificación en el agro.

La concentración habría producido de este modo un tipo particular de capitalismo agrario, aquel que seguía la forma de la llamada “vía prusiana”. Esto es, el desarrollo de relaciones capitalistas en el campo sobre la base de la gran propiedad y la supervivencia de resabios “semifeudales”, como la aparcería y la mediería. Este escenario se agudizaría tras la caída del gobierno peronista y el inicio de la Revolución Libertadora,

producto de la creciente influencia en el agro de los “grandes consorcios capitalistas estadounidenses” y de las sociedades anónimas.

Como la oligarquía tiene por objetivo la prosecución de ganancias “fáciles y cuantiosas” y, como ya se ha visto, se despreocupa del desarrollo nacional, adopta “formas irracionales de producción” cuya consecuencia es la crisis agraria: la falta de diversificación agrícola, la expulsión de pequeños y medianos productores por falta de precios compensatorios, la proliferación de plagas y epidemias, la deforestación, desecación, erosión del suelo y alteración del régimen pluvial. Nuevamente, siguiendo la lógica de este razonamiento, la contracara de esta explicación es la posibilidad de un capitalismo que, libre de ataduras imperialistas y semif feudales, promovería el impulso de una producción variada, asentada en la pequeña y mediana producción y en armonía con la naturaleza.

La deformación agraria se traduciría inmediatamente en una deformación industrial, toda vez que el imperialismo y los grandes capitales privilegiarían la adquisición de grandes extensiones de tierra por sobre la inversión en renovación de maquinaria y modernización de las empresas. De este modo, “el desarrollo industrial del país es obstruido y retardado también”, a lo que se suma que el imperialismo privilegia la ubicación de sus maquinarias en el mercado local, frenando toda posibilidad de desarrollo de una industria pesada. Se entiende entonces, en este razonamiento, por qué el agro es un eje central en la política del PC.

El análisis que el mismo congreso realizó sobre la coyuntura política, muestra cuales serían los sectores enfrentados al bloque oligárquico-imperialista. En él se afirma la existencia de una política reaccionaria posterior a la caída del peronismo, que produjo un incremento de la acumulación de riquezas en la oligarquía, el gran capital intermediario y los monopolios. Su contracara fue la pauperización de los obreros (industriales y agrícolas), los empleados y artesanos, campesinos pequeños y medianos y a la pequeña y mediana burguesía industrial y comercial. La clase obrera sufrió la degradación de sus condiciones de vida y de trabajo, con el alza de precios y la intensificación del ritmo de trabajo. La situación sería incluso peor para los obreros rurales, que sólo tienen trabajo algunos meses del año y, a su vez, dentro de esta capa la pasarían peor los que se emplean en provincias del interior (Santiago del Estero, Corrientes, Entre Ríos). El golpe, además, significó el incremento general del desempleo.

Proceso similar sufrirían las “familias campesinas, los medianos y pequeños arrendatarios y propietarios, los medieros y aparceros”, empujados a una situación que los obligaría a abandonar voluntariamente el campo, o ser desalojados por la violencia en medio de un proceso de concentración de las tierras en manos de la oligarquía y las sociedades anónimas extranjeras. La baja de los precios por la acción de las comercializadoras, el incremento de los arrendamientos y de la carga fiscal, junto con la escasez de créditos y su alto interés, los terminarían llevando a la ruina. Particularmente afectados estarían los “jóvenes campesinos”, al ver negada la posibilidad de formar familia en una chacra propia, y verse obligados a trasladarse a la ciudad que tampoco ofrecía mejores alternativas. La ruina de esta capa de productores complicaría, a su vez, a los técnicos e ingenieros agrónomos que no encuentra empleo, toda vez que los capitales extranjeros invertidos en el campo traen a sus propios técnicos.

En el ámbito urbano, la pequeña y mediana burguesía comercial e industrial atravesaría un proceso de descapitalización por los altos impuestos y la caída del consumo, que terminaba obstruyendo su desenvolvimiento. Esta burguesía nacional se vería afectada por la subordinación a las políticas del Fondo Monetario Internacional, que favorecerían a los capitalistas extranjeros. Todo ello atentaría contra el “desarrollo progresista e independiente de nuestro país y del bienestar de nuestro pueblo”.

Como puede observarse, la matriz explicativa del comunismo es clara y sencilla. Una coyuntura política reaccionaria (la que se inauguraría tras la caída del peronismo) está determinada por el retroceso de los sectores obreros, campesinos y burgueses nacionales. Esas son las fuerzas progresivas, sobre las que el partido se apoya y las que, en caso de llegar a gobernar, podrían alcanzar un desarrollo capitalista pleno, es decir, librado de ataduras imperiales, con una estructura farmer en el campo y una industria desplegada en todas sus ramas. La Argentina adolece, de esta manera, de un insuficiente desarrollo capitalista. En este esquema, la burguesía chica y media cumple un rol fundamental, porque es el vector de la construcción de una Nación completa. Es la clase llamada a impulsar el desarrollo nacional, mientras que el avance oligárquico constriñe toda la producción, genera plagas, desertificación, hambre y miseria generalizada.

Partiendo de esta relación entre las clases y del desarrollo alcanzado por el país, se planteó la necesidad de impulsar una “revolución democrática, agraria y antiimperialista con vistas al socialismo”, que contemple la reforma agraria, la nacionalización de las empresas y la movilización de los recursos humanos y materiales para la liquidación del atraso económico y social, por la senda del progreso y el bienestar, sostenida en un

gobierno “verdaderamente democrático y popular” de nuevo tipo. Esta transformación debiera ser motorizada por un frente de lucha amplio que, cumpliendo tareas previas al socialismo, aglutine a todas las fuerzas nacionales interesadas en resolver aquellos problemas. Participarían de este la burguesía nacional, siendo hegemónica la alianza obrero-campesina. Al conglomerado de “grandes” fuerzas oligárquico-monopólico-imperialista debería oponérsele un “Frente Democrático Nacional”, de características antioligárquicas y antiimperialistas. Ese sería el polo de agrupamiento de “los trabajadores y todos los patriotas argentinos”, para instaurar un gobierno democrático y popular que transforme la estructura económica y la superestructura política del país. Este Frente Democrático Nacional debía ser “lo más amplio posible” y se conformaría del siguiente modo:

“El frente democrático nacional representa la más amplia movilización de todas las fuerzas y corrientes opuestas al dominio reaccionario del imperialismo, la oligarquía terrateniente y el gran capital; engloba a los obreros, los empleados, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales y artistas, los profesionales, los artesanos, la pequeña burguesía, la mediana burguesía y la burguesía nacional; engloba a partidos políticos y a organizaciones sociales de todo carácter, a los sectores avanzados de la iglesia y a las corrientes populares y patrióticas de las fuerzas armadas; comprende acuerdos de voluntades entre las direcciones de los partidos, organizaciones sociales y diferentes sectores participantes, pero se funda esencialmente en la creación de organismos unitarios básicos que cubran todo el país, en las oficinas, en el campo, en las escuelas y universidades, en los barrios, en los pueblos, en todos los lugares de vivienda, de trabajo y de estudio, entendiéndose que la existencia de esos organismos unitarios básicos no sólo es indispensable para la conquista del poder, sino también para el funcionamiento del gobierno democrático y popular de nuevo tipo, en el que el pueblo pueda participar efectivamente en el ejercicio del poder y en el ejercicio de la democracia”²⁵⁰

Para completar la formulación nos remitimos al trabajo del dirigente comunista Alberto Kohen, quien en su libro *Clases sociales y programas agrarios*, señalaba que la revolución democrática, agraria y antiimperialista, “no cierra la posibilidad de participar en la lucha por su realización práctica a ninguna de las clases y capas sociales cuyos

²⁵⁰Ídem, pp. 59-60.

intereses estén en pugna con los intereses de los monopolios imperialistas, de los terratenientes y del gran capital”.²⁵¹ Sobre ella además aclaraba que

“no siendo anticapitalista en su presente etapa -lo que implica que el objetivo inmediato no es la revolución socialista- el programa no plantea, ni podría hacerlo, medidas de corte anticapitalista, sino que, según surge de su simple lectura, plantea en lo fundamental medidas de hondo corte antiimperialista y antilatifundista. Ahora bien [...] no está separada de la subsiguiente etapa socialista por una muralla china”.

Respecto a las clases interesadas en la transformación revolucionaria, Kohen sostenía que el proletariado es la clase más homogénea y más consecuente en la lucha antimperialista y antilatifundista, es la primera interesada en la revolución que posibilitará la plena ocupación, la elevación del nivel material y cultural y su propio desarrollo. Lo acompaña la “masa campesina”, un conglomerado de clases y capas que incluyen a todos lo que “nada tienen que ver con los monopolios imperialistas, los grandes terratenientes y la gran burguesía intermediaria”. Esto incluiría campesinos pobres, medios y ricos, arrendatarios, aparceros, medieros, intrusos, propietarios y “hasta algunos propietarios de extensiones considerables”. Mediante la introducción de Lenin se intenta justificar la alianza entre la clase obrera y el campesinado. No casualmente a través de su sello editorial, Anteo, el partido había editado en 1960 un volumen con escritos de Lenin titulado *La alianza de la clase obrera y del campesinado*.²⁵² Se trataba evidentemente de darle justificación teórica, basada en la autoridad de Lenin, al programa y la estrategia del partido en materia agraria.

Como puede verse, la alianza de clases propuesta por el partido es solidaria con su diagnóstico inicial. En un país dominado por fuerzas que se sostienen por la penetración imperialista, por la concentración de la tierra y por la existencia de relaciones precapitalistas, las tareas para su transformación comprenden algunas de carácter eminentemente burgués. De allí que hubiera que trazar acuerdos con el conjunto de

²⁵¹Kohen, Alberto: *Clases sociales y programas agrarios*, Editorial Quipo, Buenos Aires, 1968, p. 70. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este libro.

²⁵²Lenin, Vladimir: *La alianza de la clase obrera y del campesinado*, Anteo, Buenos Aires, 1960. El volumen incluía los siguientes artículos: “El desarrollo del capitalismo en Rusia (prefacio a la segunda edición)”, “A los pobres del campo”, “¿Disminuirá el alcance de la revolución democrática si la burguesía le vuelve la espalda?”, “Socialismo pequeñoburgués y socialismo proletario”, “El proletariado y el campesinado”, “El problema de la tierra y la lucha por la libertad”, “Acerca de la necesidad de fundar el sindicato de obreros agrícolas de Rusia”, “Informe acerca de la tierra (II Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia)” y “Esbozo inicial de la tesis sobre la cuestión agraria”.

sectores interesados en ellos: desde el proletariado, que conseguiría “mejores” patrones, hasta la burguesía nacional, que se liberaría del yugo imperialista, pasando por el campesinado, que lograría el acceso a la tierra en el marco de un desarrollo farmer.

El Frente Democrático conquistaría el poder

“por la vía pacífica, a través de la acción de masas [y] si las fuerzas de la reacción interna y del imperialismo le cierran definitivamente el camino democrático y utilizan la violencia [...] [lo hará] por el camino no pacífico para conquistar la liberación nacional y social de nuestro pueblo”.²⁵³

Dentro del conjunto de las tareas que tendría por delante la revolución de este tipo se cuentan la defensa de las libertades democráticas y los derechos ciudadanos; la recuperación de las riquezas nacionales a manos de los imperialistas para impulsar el desarrollo nacional independiente (por medio de expropiaciones que, según el caso serán pagas o no); la defensa del pequeño y mediano capital nacional (que no sería expropiado y sólo sería grabado con un único impuesto progresivo); una reforma agraria profunda e integral, el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo con jornadas por ley de 40 horas semanales y 36 de descanso, seguro social, jubilación y vivienda digna; defensa de la educación pública, impulso a la investigación científica y protección estatal a la riqueza histórica, artística y cultural; control estatal del comercio exterior, fomentando las transacciones con países limítrofes y socialistas y protegiendo el mercado local; y defendiendo la coexistencia pacífica entre naciones en cuanto a política internacional.

En materia estrictamente agraria, las tareas del Frente serían:

- “1) Destrucción de los latifundios -determinándose por cada tipo de producción qué extensión debe entenderse por latifundio para la entrega de la tierra en propiedad a quienes no la poseen o no la poseen en extensión suficiente, para trabajarla racionalmente.
- 2) Nacionalización de las grandes empresas agrarias de tipo capitalista; y explotación de las mismas por el Estado democrático o las cooperativas.
- 3) Nacionalización de las empresas monopolistas imperialistas en general y en particular aquellas dedicadas a la transformación y comercialización de la materia prima

²⁵³PC, *Programa...*, op. Cit.

vegetal y/o animal, que en la mayor parte de los casos son a la vez grandes terratenientes.

4) Creación de la industria pesada en el país, capaz de dotar a la ciudad y al campo de las máquinas y medios de producción indispensables para asegurar el proceso de la reproducción ampliada de la producción.

5) Realización en lo fundamental por el Estado democrático y las cooperativas de los propios productores de la comercialización del producto y del comercio exterior del país”.²⁵⁴

Se trata a todas luces de una salida dentro del sistema capitalista, que apuntaría a la difusión del pequeño y mediano capital (bajo el rótulo de “campesinado”, que accedería a la tierra para trabajarla “racionalmente”) y la asociación para lograr una mejor posición en el mercado, vía cooperativas comerciales.

Finalmente, el documento programático congresal consideraba que las condiciones nacionales eran favorables para la implementación de este programa, toda vez que en las masas se estaría produciendo un “giro a la izquierda irreversible”, por el cual la clase obrera comprendía la necesidad de la unidad sindical, de la alianza con las masas campesinas y de la construcción de un gran Frente Democrático Nacional. A nivel internacional la situación también sería favorable, en el orden continental por el triunfo de la Revolución Cubana y el ascenso de la conflictividad de toda la región, y a nivel mundial por el progreso de la URSS y el debilitamiento del imperialismo y el sistema capitalista.

En ese mismo Congreso, Victorio Codovilla en su informe en nombre del Comité Central del partido, dedicó un espacio a referirse a la relación entre el programa del partido y el programa agrario. Señaló allí que la cuestión agraria era una cuestión central, sin cuya resolución no habría forma de superar la crisis económica del país. Su alocución giró en torno a la necesidad de una reforma agraria profunda, que avanzara en la liquidación del monopolio de la tierra en manos de familias oligárquicas y sociedades anónimas extranjeras. Esta liquidación debería concretarse sin el pago de indemnizaciones a precios elevados que habilitaran la especulación contra los campesinos -como habrían hecho los planes gubernamentales de transformación agraria-, sino por medio de la expropiación.

²⁵⁴Kohen, Alberto: “Sobre el programa agrario del Partido Comunista”, en: *Nueva Era*, N° 9, noviembre de 1963, p. 28.

La necesidad de una reforma de este tipo, señaló Codovilla, habría penetrado en el conjunto del pueblo, motivo por el cual habría sido incorporada en la plataforma electoral de un amplio abanico de partidos políticos. Incluso, sería una demanda de la Federación Agraria Argentina, que impulsaría la conversión de arrendatarios en propietarios bajo el pago de indemnizaciones a los terratenientes, cuyo valor debería ser fijado por la valuación fiscal y no de acuerdo al precio venal. Es decir, si bien se plateaba el pago, el precio no se formaría en función de intereses especulativos. Sin embargo, el punto flaco de la FAA se encontraría en su dirección, que no promovería la lucha contra los desalojos y por la reforma agraria.

De efectivizarse la reforma agraria, esta permitiría incrementar la producción agrícola ganadera asegurando el abasto a todo el pueblo y la provisión de materias primas para la industria. Para ello se requeriría un “estado verdaderamente democrático y popular” que pueda impulsar

“la transformación progresista de la economía agraria a través del crédito, de la realización de obras de fomento (irrigación, caminos, forestación, medidas efectivas contra la erosión y las plagas, etc.), de la creación de modelos experimentales y a través del control del comercio interno y externo”.²⁵⁵

Asimismo, Codovilla se explayó sobre la Revolución democrática, agraria y antiimperialista que muestra el gradualismo en la concepción del partido, según la cual la transición al socialismo sería el resultado de la mejora creciente de las condiciones de vida del “pueblo”:

“La Revolución democrática, agraria y antiimperialista y el Estado democrático que surgirá de ella, tienen, precisamente, como tarea fundamental la de impulsar el desarrollo independiente de la economía nacional y la de asegurar trabajo permanente y elevar sustancialmente el nivel de vida material y cultural y las condiciones de trabajo y de vivienda de los obreros y empleados, de los campesinos, de los artesanos, de los profesionales e intelectuales, de todas las clases y capas sociales laboriosas de la población”.²⁵⁶

²⁵⁵Codovilla, Pablo: *Por la acción de masas hacia la conquista del poder. Informe rendido en nombre del Comité Central ante el XII Congreso del Partido Comunista que sesionó desde el 22 de febrero hasta el 3 de marzo de 1963*, 1963, p. 33.

²⁵⁶Ídem, p. 34.

En virtud de estos balances no sorprende que la Resolución Política votada en dicho congreso señalara la necesidad de reforzar la presencia del PC en el campo.²⁵⁷ En este sentido, llamaba a vincular al partido con el proceso de lucha de los campesinos, impulsando su acercamiento con la clase obrera para colocarse bajo su dirección. Para ello el foco debía estar en la ayuda a las comisiones campesinas en cada localidad y pueblo, asegurando el funcionamiento celular partidario allí. La consigna era “intensificar el trabajo político entre la masa de campesinos y obreros rurales mediante una propaganda donde se exponga con lenguaje sencillo, accesible para la misma, sus problemas y las soluciones correspondientes”.²⁵⁸ Para ello debía atender a la lucha contra los desalojos de los campesinos, al avance de la sindicalización de los obreros rurales y promover el reclutamiento de ambos. Sobre la intervención del partido en el agro volveremos luego, basta aquí con destacar que toda la base programática del agro tenía un correlato, al menos en las intenciones del partido.

El mismo año en que se celebró el XII Congreso, la revista teórica del partido editó un artículo explicativo sobre el programa del partido, cuya autoría era de Alberto Kohen. Allí, además de insistir en los lineamientos ya señalados del programa, el dirigente aclaró que la alianza que promovían “no cierra la posibilidad de participación -en la lucha por su realización práctica- a ninguna de las clases y capas sociales cuyos intereses estén en choque con los intereses de los monopolios imperialistas, de los terratenientes y del gran capital intermediario.”²⁵⁹ Señaló también que la liberación nacional es respecto del imperialismo, y la social respecto del latifundio y los grandes capitalistas intermediarios. Caracterizó, además, a uno y otro bando como el enfrentamiento entre fuerzas progresistas versus fuerzas reaccionarias. Respecto a la cuestión del socialismo señaló

“no siendo el objetivo *presente* del Partido la revolución socialista, el Programa no plantea ni podía plantear en esta etapa medidas de corte anticapitalista, sino que, como surge de su simple lectura, se plantean fundamentalmente medidas de hondo corte antiimperialista y antilatifundista amén de otras complementarias, y sobre todo de medidas no superficiales sino de fondo, atacando la raíz del mal y de manera

²⁵⁷Partido Comunista de la Argentina: *Resolución del XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina*, 1963.

²⁵⁸Idem, p. 16.

²⁵⁹Kohen, Alberto: “El programa del Partido Comunista y la revolución agraria y antiimperialista”, en: *Nueva Era*, N° 8, octubre de 1963, p. 47. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

consecuente. [...] La aplicación consecuente y a fondo de tales medidas abrirá de inmediato las perspectivas para el paso a la lucha inmediata por el socialismo en el país en las inmejorables condiciones del debilitamiento de las posiciones de la burguesía monopolista. Oponer dogmáticamente una etapa a la otra no tiene nada que ver con el método del materialismo dialéctico, no tiene nada de común con el marxismo leninismo.”

La dirección del golpe principal iría dirigido contra la burguesía imperialista que es el enemigo principal del socialismo “y de la humanidad amante de la paz”.

Asimismo, fue crítico de quienes consideraban que el país se había transformado a raíz de un avance industrial, quedando entonces superada la necesidad de una revolución democrática y allanándose así el camino para una socialista. Esto sería falso y expresaría una “tendencia al aislamiento de la clase obrera de sus aliados”, cuando debería agruparlos para enfrentar al imperialismo y al capital monopolista. Se delimitaba así de las corrientes que luego se reivindicarán como parte del Socialismo Revolucionario, sobre las que volveremos en el último capítulo.

Un año después del Congreso, Orestes Ghioldi pronunció una conferencia en la ciudad de Buenos Aires con motivo del aniversario número 70 de Victorio Codovilla. Allí, además de insistir en los lineamientos programáticos ya mencionados, aportó algunas reflexiones sobre la estrategia pacifista del partido:

“Mientras no se conquiste un verdadero régimen democrático, en el que no existan exclusiones y proscipciones, ni reglamentaciones o estatutos de los partidos políticos que sean una traba para los mismos; mientras no se restablezcan plenamente todos los derechos y garantías del hombre y del ciudadano; mientras no exista un Parlamento que refleje la auténtica fisonomía política del país y exprese verdaderamente la voluntad popular; mientras no se desmantele el ‘segundo poder’, no se puede afirmar que se ha cerrado el ciclo de golpes y contragolpes reaccionarios y que, por consiguiente, se haya abierto en nuestro país la posibilidad del camino pacífico a la revolución. No está excluido, sin embargo, que el movimiento de masas, que logró abrir una brecha democrática, vaya ensanchándola hasta conquistar el verdadero régimen democrático”.²⁶⁰

²⁶⁰Ghioldi, Orestes: *El Partido Comunista tiene una misión histórica que cumplir y nada ni nadie podrá impedir que la cumpla. Conferencia pronunciada en la ciudad de buenos aires el 1° de febrero de 1964 con motivo del 70 aniversario del nacimiento del camarada Victorio Codovilla*, Anteo, Buenos Aires, 1964, p. 32.

Esto entroncaba con un discurso pronunciado en 1956 por Codovilla que se conoció en un documento titulado “El camino argentino hacia la democracia, la independencia nacional, la paz y el socialismo”, donde señalaba

“Primero, conquistar el régimen democrático, y luego, desarrollar la democracia ‘hasta el fin’ o sea, hasta resolver los problemas de la revolución agraria y antiimperialista, a fin de abrir un camino luminoso para nuestra clase obrera, nuestro pueblo y nuestra nación que desemboque en el socialismo.”²⁶¹

La propuesta programática que hasta aquí hemos analizado se mantuvo a lo largo de todo el período en estudio. En 1968 el partido comenzó a preparar su XIII Congreso, para lo cual editó un documento preparatorio. Allí no hubo modificación de los planteos programáticos, sino un análisis coyuntural del gobierno de Onganía, que mostraría un agudizamiento de las tensiones sociales en el agro producto de su política reaccionaria, en sintonía con las que, hemos visto, se desataron a partir de la caída del peronismo. El campo estaría siendo ganado por un descontento creciente, tanto de los campesinos como de los trabajadores que protagonizan luchas en defensa de sus conquistas. El problema sería la dirección, dado que FAA y FATRE estaban en manos de conducciones conciliadoras.

En el apartado destinado a las líneas de “modificaciones” del programa, no se observan alteraciones sustanciales vinculadas ni al tipo de revolución, ni sus tareas, ni sus clases protagonistas. Lo que se observa sí es el reconocimiento de ciertos avances en las formas capitalistas en el agro que, insistimos, no modificarían la caracterización sobre la existencia de resabios precapitalistas, de la oligarquía ni de la necesidad de una alianza con el campesinado. La percepción del PC sobre los cambios operados en el agro entre los ‘60 y ‘70, será motivo de estudio en el próximo apartado. Aquí conviene señalar que se reconoce un “avance parcial” de la tecnificación, los establecimiento agrícola-ganaderos, la aparición de grandes empresas avícolas y frutihortícolas modernas, una mayor diversificación de cultivos, selección de semillas, refinamiento del ganado y perfeccionamiento de las pasturas.²⁶²

²⁶¹Ídem, p. 30.

²⁶²Partido Comunista de la Argentina: *Hacia el XIII Congreso del Partido Comunista*, Anteo, Buenos Aires, octubre de 1968, p. 35.

Con todo, este avance del capitalismo seguiría dándose en el marco de la vía prusiana, signada por el mantenimiento de la gran propiedad, los resabios semif feudales, la explotación extensiva, el detrimento de los arrendatarios en favor de contratistas y el pauperismo creciente del proletariado rural. De modo que “la fisonomía social del campo argentino no se ha modificado esencialmente”, en consecuencia, tampoco lo debe hacer el programa político del partido.²⁶³

Al año siguiente, en 1969, el partido editó su nueva *Tesis Política*. Insistiendo con la línea anterior de tecnificación y desarrollo capitalista en el agro señalaba:

“se ha acusado considerablemente el proceso del desarrollo de las formas capitalistas de producción: al día de hoy la incidencia del campesinado rico es relativamente muy grande. Esta diferenciación de clases, estimulada por el diktat anticampesino de la dictadura, se verifica sin alterar en nada la base latifundista general.”²⁶⁴

La mecanización sería “insignificante” en relación a la actividad agropecuaria nacional y comparativamente a nivel internacional, de modo que seguiría predominando la agricultura y la ganadería extensiva. Otras consecuencias de la política “anticampesina” sería la desaparición de chacras, el éxodo del interior y el crecimiento urbano del Gran Buenos Aires, la extensión del minifundio y del sistema de mediería y tanteo, el aumento de la pobreza e indigencia en la capa campesina, y un rendimiento de la tierra de los más bajos del mundo.

En cuanto a estrategia política, este documento agrega algunas cuestiones que no aparecen en los documentos ya analizados. Por un lado, señala que sin abandonar el programa de la revolución

“nuestro partido ha declarado y declara siempre su disposición a entenderse con otros partidos políticos y fuerzas sociales progresistas alrededor de un programa mínimo común cuya realización abra el camino a un régimen verdaderamente democrático, nacional y popular”.

Todo ello en virtud de un “patriotismo consecuente”.

²⁶³Ibidem.

²⁶⁴Partido Comunista de la Argentina: *Tesis política del Partido Comunista de la Argentina*, marzo de 1969, p. 6.

Ese mismo año entre el 25 y 28 de marzo tuvo lugar el XIII Congreso, cuyos documentos finales no hacen más que confirmar el programa ya analizado. Naturalmente, se partía de reafirmar las características de dependencia, atraso y desigualdad que reinan en el país. Lo que se añadía, en comparación al programa anterior, es que ese fenómeno “se ha agravado considerablemente”²⁶⁵ con el gobierno militar que inaugura el golpe de estado de 1966, toda vez que con él los monopolios imperialistas y la oligarquía terrateniente “han ocupado directamente el poder”.²⁶⁶ Criticaba, además, que la modernización del país no podía venir del incremento de la técnica que se veía obstaculizada por la estructura atrasada y las relaciones sociales anquilosadas. La única modernización posible sería aquella que surge de la destrucción del latifundio y del dominio monopolista de la economía nacional.

Cuatro años más tarde, entre el 20 y el 24 de agosto de 1973, se celebró el XIV Congreso del Partido (el último en el período bajo estudio), donde estos planteos volvieron a ratificarse, tanto en su documento preparatorio²⁶⁷ como en su programa definitivo²⁶⁸. En el apartado titulado “proposición de modificación al Programa” puede verse que carece de modificaciones sustantivas en materia agraria.

Resumiendo

Como hemos visto hasta aquí, la cuestión agraria ocupó un lugar central en el programa político del PC. Esto obedecía a su diagnóstico sobre el grado de desarrollo del capitalismo argentino y las clases fundamentales de su estructura social. Siendo la Argentina un país dependiente del imperialismo, atrasado y con supervivencias feudales, existían tareas burguesas pendientes por cumplir, lo que obligaba a constituir un frente patriótico policlasista. Este debía enfrentar los dos grandes factores del atraso: la existencia de una oligarquía parasitaria y la opresión imperial.

El primero de esos factores es el que atañe a nuestra problemática en particular. El régimen latifundista impediría el despegue de la producción y la productividad agraria, dado que la tierra se concentraría en manos ociosas, siempre preocupadas por la

²⁶⁵Partido Comunista de la Argentina: *Programa del Partido Comunista de la Argentina*, Anteo, Buenos Aires, 1969, p. 9.

²⁶⁶Idem, p. 22.

²⁶⁷Partido Comunista de la Argentina: *Hacia el XIV Congreso del Partido Comunista*, Anteo, Buenos Aires, agosto de 1972

²⁶⁸Partido Comunista de la Argentina: *Programa del Partido Comunista de la Argentina*, Anteo, Buenos Aires, 1974.

ganancia rentística y no por la inversión. El principal afectado aquí sería el campesinado, carente de tierras, oprimido por el arriendo y siempre al borde de la subsistencia. Ese sería el sujeto central en el agro. La crítica del “desarrollo prusiano”, es decir, del desarrollo agrario en manos de la oligarquía, se contrapone a la salida farmer, que pone en el centro la pequeña producción campesina. Esa es la apuesta del partido y por ello defiende la consigna de “reforma agraria”. Dicho de otro modo, la tarea para el campo es una tarea “campesina”. El PC no tiene, sin embargo, reparos en reconocer que se trata de una tarea burguesa y no socialista, que tiene un carácter antilatifundista y antioligárquico.

Liberado el “nudo” del agro, el país podría emprender un desarrollo capitalista pleno. Nótese que factores como la miseria social, la degradación de la tierra y cuestiones como sequías o inundaciones, se atribuyen al desarrollo deformado. Esto contiene implícitamente la idea según la cual el capitalismo no produciría esos fenómenos. Esto se explica por la particular concepción del PC según la cual el capitalismo implica un bienestar económico, expresado en un desarrollo integral de todas las ramas y en la elevación general del nivel de vida. Incluso en lo político, conllevaría un gobierno democrático y de plenos derechos. Así se revela en toda su plenitud la concepción comunista que termina por reproducir una imagen utópica del capital, en la cual si domina la fracción pequeña (el nacional en la industrial, el campesino en el agro) se produce una vida armónica entre el conjunto de las clases. La elevación material del nivel de vida, en gradual evolución, conduciría hacia la realización del socialismo.

II. La producción teórica del partido y la cuestión agraria

El PC desarrolló una importante producción teórica, que abarcó diversos aspectos relativos a las problemáticas del agro argentino. En este acápite, mostraremos que el programa político que ya hemos estudiado, se sustentó en una notable producción escrita, que abordó temas nodales de la llamada cuestión agraria, tales como la formación histórica del agro argentino, el papel de la oligarquía, la renta y el precio de la tierra, el accionar del imperialismo, las clases sociales en el campo y sus programas, la crisis de la producción agropecuaria, la situación de las diversas producciones regionales, los cambios ocurridos en los ‘60 y ‘70, la reforma agraria y la alianza obrero-campesina. Toda esta producción se plasmó en una serie de medios y soportes que posibilitaron la formación de los propios cuadros militantes, así como la difusión

masiva de las posiciones del PC. Ya veremos cuando nos dediquemos a la reforma agraria, cómo se editaron materiales destinados a agitar esa consigna entre las masas. Se trata a todas luces, más allá de la evaluación que se haga de su contenido, del partido que más preparación mostró en torno al problema agrario.

Una cuenta sencilla pone en evidencia este aspecto. Entre 1960 y 1976 el partido editó seis libros abocados a asuntos agrarios, tres libros sobre la estructura económica de la Argentina que incluyen capítulos de estudio sobre el campo, y quince cuadernillos y folletos específicos. A ello deben sumarse los artículos publicados en la revista teórica del partido *Nueva Era*, de periodicidad mensual, que ascienden a más de cuarenta en el período en estudio. Con sólo remitirse a la bibliografía de esta tesis, donde se detalla las fuentes de cada uno de los partidos en estudio, se puede calibrar la diferencia sustantiva entre el PC y el resto de los partidos. En cuanto a cantidad de producción, es el PCR quien más cercano se encuentra en cuanto a volumen, con dos libros sobre la materia y unos cinco artículos teóricos en su revista *Teoría y Política*. Cabe destacar que las dos organizaciones que más inserción en la clase obrera tuvieron en la etapa -Montoneros y el PRT-ERP- carecieron por completo de alguna producción específica en la materia, situación que se repite en el resto de las organizaciones maoístas -Vanguardia Comunista- y el trotskismo -Palabra Obrera y el morenismo, con la sola excepción de este último que cuenta con un libro de 1974 que compila su “Tesis Agraria” escrita en 1948-.

a. Medios y cuadros

La vasta producción comunista fue el resultado de un área específica del partido constituida a esos efectos: la Comisión Agraria. Esta tenía como tarea ocuparse de todos los asuntos relativos a la lucha de clases en el campo, tanto de su estudio teórico como de la organización del movimiento obrero rural y del llamado “movimiento agrario”, es decir, de lo que el partido entendía como “campesinos”. Su principal referente en este período fue José María García. Nos permitimos citar *in extenso* su biografía toda vez que entendemos, es muestra y a la vez explica buena parte de las posiciones del partido en materia agraria. Transcribimos a continuación los datos biográficos aportados por la editorial Ediciones Del Calicanto que editara *El campo argentino y la reforma agraria* del mencionado autor, en el año 1968:

“Hijo de una familia de chacareros, nació el año 1914 en el Partido de 9 de Julio, provincia de Buenos Aires. Sus padres y abuelos y otros familiares se hallan entre los primeros agricultores que a fines del siglo pasado y comienzos del actual sembraron trigo y maíz en el oeste (partidos de 9 de Julio, Bolívar y vecinos). Posteriormente, con su familia, en 1935, se traslada a Entre Ríos, instalando chacras en Yerúa y Los Charrúas.

En su juventud militó en los Clubes Juveniles de la Federación Agraria Argentina del partido de 9 de Julio, en donde su padre fue fundador y dirigente de filiales de la FAA, en la década comprendida entre 1923 y 1933. A raíz de la grave crisis agraria que surge a partir de 1932, con otro hermano mayor se traslada a la Capital Federal, en donde durante un período trabaja de obrero panadero, militando en el Sindicato de Obreros Panaderos.

Luego se traslada a Córdoba, donde ingresa al Partido Comunista en 1936. Como delegado de la Federación Obrera Provincial, concurre a la zona productora de maní, afectada por grave crisis a causa de los bajos precios que pagan al productor empresas monopolistas como Bunge & Born y otras. Junto con otros dirigentes agrarios organiza la Federación de Productores de Maní y Girasol de Córdoba, que abarca seis departamentos de la provincia, con veintitrés seccionales y alrededor de cinco mil agricultores agremiados, que libran importantes luchas contra los terratenientes y los monopolios. En 1940 conquistan el precio mínimo para el maní y el girasol, y otras reivindicaciones. En 1941, la Federación de Productores de Maní y Girasol llega a un convenio con el gobierno radical del Dr. Santiago H. del Castillo y Arturo H. Illia, para impulsar un plan de reactivación de la economía del agro cordobés en la región centro de la provincia. El plan contemplaba el mejoramiento general de las condiciones de vida de los obreros rurales, agricultores y población de la región productora, y reactivar la economía general de la provincia. Se planeaba organizar treinta cooperativas de productores agrarios. Cuando estaba en marcha, el plan fue paralizado por el Golpe de Estado del GOU, en 1943, que intervino la provincia. J. M. García y otros dirigentes obreros, agrarios y populares fueron detenidos y enviados al sur del país, a la cárcel de Neuquén, durante un año. Como consecuencia de la persecución de las fuerzas reaccionarias, la Federación de Productores de Maní y Girasol, sus organizadores, aconsejaron a los agricultores asociados incorporarse a la Federación Agraria Argentina, con el fin de facilitar la unidad de los agrarios para hacer frente a los monopolios y terratenientes expoliadores y luchar contra los desalojos campesinos.

En el mismo período, el autor, que integra el Comité Provincial del Partido Comunista de Córdoba, participa en la organización de sindicatos de obreros rurales y otros movimientos agrarios en la región cerealista del sur y este de la provincia.

En 1950 se traslada a Rosario de Santa Fe, en donde con un grupo numeroso de trabajadores rurales, agricultores, técnicos agrarios y dirigentes de partidos políticos populares, crea junto a Florindo Moretti, Juan Ingallinella, Mario Pelegrini, Natalio Svíser, Ramón Banegas y otros compañeros, el Movimiento de Unidad entre Agricultores, Obreros Rurales y Ciudadanos Progresistas por la Reforma Agraria, que editó el periódico agrario *Tierra Nuestra*, durante diez años en Rosario. Ocupa junto con Mario Pellegrini, Plácido Grela, Francisco Dulcich y Rodolfo Montero el Consejo de Dirección del periódico.

En dicho período integra el Comité Provincial del Partido Comunista de Santa Fe.

Actualmente es miembro del Comité Central del Partido Comunista y secretario de la Comisión Agraria Nacional del partido.

En 1956 integrando una delegación partidaria visita la Unión Soviética, China Popular y Checoslovaquia, y en 1959, invitado por el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), visita Cuba para conocer las realizaciones de la revolución cubana y su Ley de Reforma Agraria.

Ha participado de las ‘Jornadas sobre la Reforma Agraria’ organizadas en noviembre de 1963 por la CGT y forma parte de la Comisión Coordinadora de Promoción de la Reforma Agraria (COCOPRA), surgida de las mismas por iniciativa de la mayoría de sus participantes.

Intervino en el Seminario Agrario Latinoamericano realizado en La Habana en 1960 con participación de representantes de diecinueve países.

Actuó de Asesor Agrario de la delegación de la Federación Sindical Mundial ante la Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), realizada en Buenos Aires en 1961²⁶⁹.

Completamos esta ya exhaustiva biografía con algunos datos posteriores a su escritura. En los ‘70 García fue asesor general y luego secretario general de la Unión de Productores Agropecuarios de la República Argentina (UPARA), agrupamiento que durante esa década bregó por precios sostenidos, apoyo crediticio, rebaja en insumos, reforma agraria, contra los desalojos y por la unidad con FAA y las Ligas Agrarias.²⁷⁰ En calidad de integrante de ese organismo participó también del movimiento Campo Unido, el cual habían conformado la FAA, CONINAGRO, CRA y SRA aglutinados por el descontento compartido contra la política agraria de la dictadura autodenominada

²⁶⁹García, *El campo argentino...*, op. Cit., pp. 11-13.

²⁷⁰“Santa Isabel”, en: *Nuestra Palabra*, 26/09/1973.

Revolución Argentina.²⁷¹ Durante el gobierno del tercer peronismo fue parte de la Comisión Nacional de Política Agraria Concertada, presidida por el entonces Secretario Nacional de Agricultura y Ganadería Horacio Giberti.²⁷² En 1974 participó de la comitiva de la llamada “Misión Gelbard” orientada a conseguir acuerdos comerciales con los países socialistas.²⁷³

La trayectoria biográfica de García revela mucho sobre la política agraria del PC. En primer lugar, corresponde destacar que estamos ante un dirigente de peso en el partido. Para el período que nos ocupa, se desempeña como dirigente de la Comisión Agraria Nacional y del Comité Central. Es un cuadro de dirección y de larga trayectoria. Lo sugestivo son sus orígenes. Se trata de un hijo de chacareros que se abocó desde joven a militar en FAA y a organizar a los productores en torno a sus demandas centrales, en particular el precio para los productos. No hemos podido recabar más datos familiares, pero evidentemente no parece tratarse de un sector marginal de productores, toda vez que tienen asiento en la pampa húmeda dedicándose a la producción cerealera. Si bien la crisis del ‘30 parece arruinarlos, su familia tendrá la capacidad de reinstalarse en la provincia de Entre Ríos. De manera que, la política agraria del PC está dirigida por un cuadro chacarero, con probados antecedentes en la organización del movimiento agrario, tal como lo pone en evidencia su actividad entre los productores de maní y girasol en Córdoba y luego entre los productores santafesinos. Tiene además experiencia en el desarrollo de salidas cooperativistas y en trazar relaciones con el Estado para facilitarlas.

En segundo lugar, y vinculado a lo anterior, no puede dudarse de la contribución que García hace a la construcción del partido en el agro. Su biografía muestra que se trata de un militante consecuente con la propuesta del PC para el agro: la alianza obrero-campesina y la reforma agraria. Lo hemos visto intervenir con esa línea no sólo en movimientos agrarios sino también en la organización de los trabajadores rurales. Las Jornadas Agrarias de la CGT, sobre las que volveremos luego, son una evidente muestra de cómo buscaba producirse una confluencia entre las demandas de los productores y de los trabajadores.

En tercer lugar, cumple un papel nada despreciable -si consideramos que se trataba de un integrante del Partido Comunista, ubicado fuera de la coalición gobernante del

²⁷¹“El 10, el campo en Buenos Aires”, en: *Nuestra Palabra*, 03/11/1970.

²⁷²“Que no quede la fruta en las plantas”, en: *Nuestra Palabra*, 30/01/1974.

²⁷³“Apoyan la ley agraria en Santa Fe”, en: *Nuestra Palabra*, 17/07/1974.

FREJULI- en las políticas agrarias del tercer gobierno peronista, formando parte de la Misión Gelbard y de la Comisión de Política Concertada.

Para cerrar esta sección, veamos sucintamente la biografía de otros nombres que encontraremos en las filas de los teóricos agrarios del partido. Paulino González Alberdi se incorporó al PC en febrero de 1923, integrando la Juventud Clara Zetkin y siendo delegado del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas. Dos años más tarde pasó a formar parte, en calidad de militante rentado, del C.C. del Partido. Es deportado y retorna al país en 1932, siendo designado al año siguiente responsable del departamento agrario del partido. Tres años más tarde reingresa al C.C. y, además, es nombrado delegado para el Comité Ejecutivo a la Internacional Comunista. En 1943 constituye la Comisión de Estudios Económicos del PC, la cual va a presidir los cuarenta años siguientes. Del mismo modo, oficia como miembro de la dirección del periódico partidario *Nuestra Palabra*, entre 1950 y 1976, y de *Nueva Era*, entre 1962 y 1976. Es entonces, para el período que nos ocupa uno de los principales economistas del partido, que tiene bajo su mando los principales órganos de difusión.²⁷⁴

Alberto Kohen inició su militancia en la FJC en el año 1943 y fue activista, años más tarde, del Colegio de Abogados de Rosario. Tiempo después, asentado en Praga, fue miembro del Consejo de Redacción de la Revista *Internacional*. En 1975 se integró al Comité Central del partido. Su producción escrita, durante el período que estudiamos, se concentró en la relación entre el programa político del partido y la cuestión agraria.²⁷⁵

Por su parte, Mauricio Lebedinsky, psiquiatra y ensayista, fue quien estuvo a cargo de la Comisión Nacional de Estudios Económicos del partido.²⁷⁶ Este listado de militantes, al que podemos añadir a Julio Laborde -redactor de *Nueva Era*- y a Severo Cerro -miembro del Comité Provincial de Buenos Aires-, es el que compone mayoritariamente la autoría de los textos teóricos partidarios sobre cuestión agraria. La existencia de una Comisión de Asuntos Agrarios y una Comisión de Estudios Económicos, integradas ambas por militantes formados, son muestras de la preocupación del partido por el conocimiento de la realidad sobre la que interviene. Esto da cuenta de la existencia de un importante aparato teórico adscripto al PC.

²⁷⁴Tarcus, *Diccionario biográfico...*, op. cit., pp. 275-277.

²⁷⁵Página/12, 17/07/2011.

²⁷⁶Lebedinsky, Mauricio: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino? (última parte)”, en: *Nueva Era*, N° 3 (134), año XVIII, abril de 1966; Petra, Adriana Carmen: *Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963)*, Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, La Plata, 2013.

b. Formación histórica del agro argentino

El PC caracterizaba que la prehistoria del agro argentino, es decir la etapa previa a la consolidación de las relaciones capitalistas de producción en el conjunto del espacio nacional, había estado dominada por formas feudales. Ya hemos visto que la supervivencia de estas, eran las que operaban como trabas al desarrollo “progresista y democrático” de la Argentina y condenaban al país al subdesarrollo. El locus específico de la feudalidad en el agro argentino sería el latifundio. Este era visualizado como una construcción propia de la época colonial, como resultado de la voluntad de la corona española de otorgar mercedes reales de grandes extensiones de tierra, junto con el “derecho feudal -esclavista- de dominación sobre las comunidades indígenas”.²⁷⁷ De modo que el espacio que luego daría lugar a la Argentina había sufrido la traslación de las relaciones propias de la metrópoli española.

En este escenario se desarrolló la primera actividad productiva: la ganadería cimarrona, fruto de la fecundidad de la tierra y las favorables condiciones climáticas. Esta actividad habría constituido inicialmente la fuente de riqueza de la clase terrateniente que, en un principio se dedicó a explotarla con trabajo esclavo. Sin embargo, a medida que la actividad crecía y mejoraban sus precios, comenzaría un proceso de cercamiento, a los efectos de delimitar la propiedad y ponerle un freno a lo que constituía la principal amenaza a sus rebaños: el gaucho desposeído que encontraba sustento justamente en ese mismo ganado cimarrón. Es en este proceso se consolidaría el feudalismo al yuxtaponerse dos procesos unidos intrínsecamente: la apropiación monopolista de la tierra y la sujeción del gaucho.

Respecto al primer proceso, se lo caracteriza por la constitución del latifundio, entendido como una extensa propiedad rústica, en manos de un único dueño que se la apropia de manera privada y monopólica por mecanismos extraeconómicos (repartos y prebendas). Ello se implicaría que la ley fundamental que regula la vida social no era la ley de plusvalía, como corresponde a un régimen capitalista, sino la ley del monopolio basada en el afán feudal de acaparamiento de tierras como fuente de riquezas.

En relación a lo segundo, el gaucho al quedarse sin la posibilidad de vivir del cimarronaje devino en agregado, aparcerero, arrendatario, mensú o mediero, todas formas

²⁷⁷García, *El campo argentino...*, op. cit., p. 20.

de “concentración de tierras y hombres bajo una relación personal despótica”.²⁷⁸ Cobraba centralidad como relación social dominante aquella que unía al “caudillo y sus hombres”. El gaucho no era, en el análisis del partido, un proletario en tanto que no recibía un salario, cuyo monto estaba determinado por el mercado de trabajo, sino que “la paga es una dádiva del estanciero o el reparto del botín obtenido y el alimento, y el techo”.²⁷⁹ A ello se suma que los peones en ocasiones debían pagar una renta en trabajo, en especie o en dinero.

Así se consolida una economía feudal de muy baja productividad, donde primaba la producción de valor de uso, dado que los excedentes de la producción “sólo eran mercancías para el mercado externo, es decir, que se realizaban fuera del ámbito de las relaciones que regían en la estancia”.²⁸⁰ Por fuera de las relaciones feudales existieron otras clases, aunque todas ellas con un carácter minoritario que no alcanzaban a alterar la caracterización general. Entre ellas, se destacan un grupo de pequeños productores - artesanos y campesinos independientes- y relaciones capitalistas que se desarrollan fuera del feudo.

Ahora bien, dentro del bloque latifundista, el partido establecía una diferenciación. Existiría en él un sector reaccionario, compuesto por aquellos terratenientes, ganaderos y comerciantes que se vinculan al monopolio español, mientras que en la vereda opuesta se colocan los hacendados que viven del contrabando inglés, encarnaban las ideas burguesas de la Revolución Francesa y se vinculaban a otras capas oprimidas (gauchos, esclavos, agricultores, intelectuales). Éste último sería el sector políticamente más avanzado en la Revolución de Mayo (Belgrano, Moreno, Castelli, Vieytes), al defender la instauración de un régimen progresista de explotación de la tierra, impidiendo su concentración en pocas manos y privilegiando la propiedad para los labradores que la trabajan. Poblar el país, promover la agricultura, industrializar, desarrollar la cultura serían puntos nodales de su programa. Son, en definitiva, los partidarios de la liberación nacional y la liquidación del dominio feudal. Los derrotados, cuyas banderas caídas el partido apostaba a recuperar. De este modo, estaba contenido el germen de lo que signaría todo el desarrollo agrario: el enfrentamiento entre fuerzas feudales y fuerzas capitalistas.

²⁷⁸San Esteban, Ricardo: *El agro argentino: Proceso histórico*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1975, p. 68.

²⁷⁹Ídem, p. 69.

²⁸⁰Ídem, p. 68.

La Revolución de Mayo abriría un proceso de desarrollo progresista y democrático que, sin embargo, quedaría trunco. La Ley de Enfitéusis rivadaviana habría reflejado “los ideales de los revolucionarios de Mayo”²⁸¹ vinculados al liberalismo burgués, al impedir el acaparamiento de la tierra, fomentar la agricultura y financiar la construcción de un Estado. El objetivo de Rivadavia sería el de promover el desarrollo agrario capitalista, favoreciendo el afincamiento de los inmigrantes, que usarían la tierra “como un instrumento de trabajo y no de especulación, y con la perspectiva, más adelante, de entregarla en propiedad a perpetuidad al agricultor.” Naturalmente, en la lectura del PC, esto expresaría un programa político de desarrollo capitalista opuesto por el vértice al latifundio feudal defendido por la oligarquía. Es la vía “farmer” que defiende en oposición a la “prusiana”. La voluntad de la oligarquía, sin embargo, sería la que se impondría, “desvirtuando” el proceso capitalista y perpetuando el latifundio con el gobierno de Rosas. Se habría ahogado de este modo, todas las posibilidades de impulsar la agricultura en virtud de que la oligarquía terrateniente reemplazaba “al agricultor, al ser humano, por el ganado”.

Este estado de situación se habría mantenido inmodificado tras la caída de Rosas, siendo la única excepción el gobierno de Urquiza, quien a pesar de ser caracterizado como un “gran terrateniente feudal”, se apoyó en un conglomerado de fuerzas que portaban las ideas progresistas de los revolucionarios. Eso se expresaría concretamente en proyectos de colonización agrícola apoyados en la inmigración europea y el fomento parcial a la agricultura. Las presidencias de Bartolomé Mitre, Domingo Sarmiento y Nicolás Avellaneda serían escenarios de estas disputas, habilitándose experiencias de este tipo como las de Esperanza, Baradero y Chivilcoy. Otra vez, salidas farmers. No obstante lo cual, “no fueron a fondo contra el latifundio y la especulación con la tierra”. Finalmente entonces, el latifundio no fue destruido, sino que la oligarquía habría logrado conservarlo intacto, las “comunidades indígenas” fueron aniquiladas y el gaucho “domesticado” como mano de obra.

De este modo, la interpretación del PC sobre el desarrollo agrario se inscribe en una lectura según la cual las fuerzas burguesas habrían mostrado una carencia en su potencia, impidiendo la completa liquidación del feudalismo (asociado directamente al latifundio) y dejando entonces una configuración intermedia. Por ello el PC entendía que se trataba de una vía al capitalismo agrario, donde no se seguía el camino

²⁸¹García, *El campo argentino...*, op. Cit., p. 27. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este libro.

revolucionario (la expropiación del latifundio para formar granjas capitalistas), sino que el latifundio iría adoptando formas burguesas, pero sin reducirse su extensión ni poner en cuestión la renta absoluta de la tierra, lo que sería leído como un monopolio feudal. Sobre parte de esas grandes tierras, tendrían lugar explotaciones arrendadas, con altos cánones que drenarían capital del conjunto de la economía nacional, imposibilitando su mayor desarrollo.

Como resultado de esto, la historia habría seguido ese rumbo. En el interior de las estancias, el gaucho, el yanacona y el negro se convirtieron en medieros, aparceros, tanteros, peones o agregados. Los inmigrantes debieron establecerse como arrendatarios, entregando trabajo gratuito, cosecha y/o altos cánones de arrendamiento, y “su vida y labor estuvieron regidas por contratos que tienen un rancio regusto a medioevo”.²⁸² Los terratenientes se reprodujeron entonces por la adquisición de renta absoluta nacida del monopolio de la tierra, de la renta diferencial acrecentada por el trabajo de los arrendatarios y peones, y de rentas feudales nacidas de las prestaciones personales y trabajos gratuitos. La consecuencia de la apropiación de todos esos tipos de renta fue que se frenó el desarrollo del capital productivo, en particular el industrial.

Así se configuró históricamente el agro argentino para el PC, siendo dominado por una clase terrateniente ganadera que vivía a expensas del trabajo del peón y del arrendatario, con bajos niveles de productividad, siempre adoptando formas de explotación intensiva. El “verdadero” burgués agrario sería entonces subyugado por los arrendamientos, y así no habría lugar al llamado “camino americano” o “revolucionario”, basado en la pequeña propiedad explotada por sus propietarios, orientada a la agricultura y al abasto del mercado interno. El inmigrante, que debía ser el sujeto de ese desarrollo, solo pudo hacerlo en casos muy puntuales, siendo la norma el convertirse en peón o arrendatario. San Esteban lo resume de este modo:

“la premisa principal fue establecida por la existencia del monopolio de la propiedad privada de la tierra que, como hemos visto, debilitó el desarrollo capitalista e hizo de nuestra economía pasto del imperialismo al permitir su penetración por falta de anticuerpos”.²⁸³

²⁸²San Esteban, *El agro...*, op. Cit., p. 122.

²⁸³Ídem, p. 144.

Es claro, en este punto, que la propiedad de la tierra, tal como señalamos en la introducción, es leída como un elemento antitético al capitalismo. Mientras que en el siglo XIX la existencia de formas de coacción le permite sostener al partido la caracterización feudal, la ausencia de estos elementos como rasgos dominantes en pleno siglo XX le hace trasladar el eje de la “feudalidad” a la extensión de la tierra apropiada. Sin embargo, como hemos ya señalado, la propiedad privada del suelo es perfectamente compatible con el capitalismo.

c. Oligarquía, latifundio y renta agraria

Tal como señalamos en el primer apartado de este capítulo, el PC caracterizaba que el desarrollo capitalista en la Argentina se encontraba trabado y deformado. Dos eran los factores centrales que explicaban esa realidad: la subsistencia de resabios precapitalistas, básicamente constituidos por el latifundio, los terratenientes (“la oligarquía”) y el régimen de arrendamiento, y la dependencia respecto del imperialismo. Ambos operarían como una traba al desarrollo capitalista en el agro y determinarían un bajo nivel de acumulación de capital. Este apartado se concentra en el primero de esos elementos, la oligarquía, para en el próximo ahondar sobre el segundo, el imperialismo. Analizar la explicación del PC sobre el atraso agrario implica examinar tres factores interrelaciones: una clase -la oligarquía-, un espacio productivo -el latifundio- y una forma de explotación semifeudal -las formas de arrendamiento y la renta agraria-. Sobre la primera, es Lebedinsky quien ofrece una definición más acaba. Según sus palabras:

“La oligarquía terrateniente es la clase que domina grandes extensiones de tierra, que la ha hecho objeto de un monopolio exclusivo, que obstaculiza el progreso de la Nación. [...] Denominador común de esta clase es poseer la tierra, generalmente heredada, en grandes extensiones y usufructuarla con método extensivo o mediante el arriendo. [...] por la extensión y la calidad de sus tierras, por la posesión del ganado, y por su situación rectora y su vinculación con el resto de la oligarquía terrateniente, los grandes ganaderos (especialmente los vacunos) son el corazón y el cerebro de los terratenientes en su conjunto.”²⁸⁴

²⁸⁴Lebedinsky, Mauricio: *Argentina. Estructura y cambio, realidad y conciencia*, Platina, Buenos Aires, 1965, p. 174.

Aquí pueden observarse los elementos constitutivos de la oligarquía como clase. Su definición en torno a la propiedad de la tierra en grandes extensiones y su usufructo monopólico, y su tendencia al desarrollo de formas extensivas de explotación signadas por la baja productividad producto de un interés más de tipo especulativo o rentístico. La ganadería aparece como su principal actividad, en detrimento de la agricultura que requeriría mayor inversión, iniciativa y espíritu emprendedor. En efecto, la oligarquía se presenta como una clase parasitaria que, en oposición al chacarero, no estaría interesada en promover la producción y, por tanto, el desarrollo de las fuerzas productivas (incorporación de maquinaria, abonos, químicos y empleo de fuerza de trabajo en grandes cantidades). Su preocupación sería la ganancia rápida, fácil y que sustente su consumo suntuario. De allí su carácter improductivo, en la medida que sus ganancias al no reinvertirse, se sustraen del proceso productivo. Allí se encontraría la diferencia nodal entre ella y la burguesía agraria.

Sin embargo, como hemos visto en el capítulo I, la situación del agro argentino no se correspondía con esa imagen de atraso. Desde su nacimiento mostró un alto grado de productividad, gracias justamente a las grandes extensiones que hacían viable la incorporación de tecnología. El país así estuvo al nivel de los estándares mundiales. Tampoco puede decirse que se tratara de una clase feudal, toda vez que el acceso a la tierra no estaba determinado por el linaje, y no conllevaba tampoco derechos sobre las personas. La heredabilidad de la tierra no escapa a la posibilidad de heredar cualquier tipo de bienes, lo que no es incompatible con el capitalismo. De hecho, la herencia es uno de los factores fundamentales que tienden a desconcentrar la tierra durante el siglo XX.

El latifundio aparece como elemento central en la estructura agraria argentina, signada por la gran propiedad. Ya vimos que el PC argumentaba que su desarrollo fue en detrimento de la colonización agrícola, que sería el verdadero vector del capitalismo agrario. Según los datos que ofrece García en su trabajo *El campo argentino y la reforma agraria* la distribución de la tierra en la Argentina estaría determinada por la gran propiedad:

Tabla II. Superficie de las explotaciones agropecuarias en la Argentina (1952), según José María García

Superficie	Cantidad de explotaciones	Superficie (ha)	% sobre total
De 0 a 25has	235.953	2.164.239	1,08
De 25 a 200has	209.052	18.387.908	9,1
De 200 hasta 2500has	88.691	60.624.411	31,82
De 2500 en adelante	13.002	119.032.648	58

Fuente: García, *El campo argentino...*, op. cit, p. 53.

Esta distribución sería el “reflejo del dominio abrumador y retardatario que ejercen la oligarquía latifundista y el capital imperialista extranjero en la economía y la vida nacional”.²⁸⁵ Lo que verificarían estos guarismos es que la contracara del latifundio es el minifundio. Y se agravarían al atestiguar el desperdicio de la fertilidad y la potencialidad que contienen el suelo argentino por encontrarse en manos de la oligarquía. Así las cosas, de entre 230 y 240 millones de hectáreas, poco más de la mitad, se encontrarían dedicadas a la ganadería extensiva en grandes propiedades, y con un promedio de producción inferior al de una cabeza por hectárea.

Este razonamiento esencializa una variable, el tamaño de las explotaciones, y reduce todo el análisis a ese aspecto. En ningún momento se toma en cuenta la cuestión de la productividad, que puede ser muy alta en una explotación cerealera de 200 ha., ubicada en el corazón de la pampa húmeda y trabajada con tecnología de punta, y muy baja en una explotación de ganado ovino del sur del país sobre una tierra de escaso rinde natural. Incluso tomando el dato del tamaño de las explotaciones abstraído del escenario general, la existencia de 13.000 latifundistas tampoco habilita a calificar al agro como altamente concentrado o monopolizado.

El latifundio como unidad productiva engendraría todas las condiciones del atraso. Por un lado, sería culpable de la extensión de la ganadería por sobre la agricultura, lo que impediría el desarrollo de las fuerzas productivas y determinaría una baja productividad:

“Pasando de agricultura a ganadería no solo disminuimos la productividad -lo que implica un serio retroceso económico-, sino que cortamos las posibilidades de aumentar la densidad de población, con lo que esta se reduce y, por ende, el mercado zonal. Es

²⁸⁵García, *El campo argentino...*, op. Cit., p. 49.

decir, que se opera un retroceso económico, un muy serio retroceso social, un estrechamiento del mercado interno y un efecto despoblador, analfabetizante.”²⁸⁶

Asimismo, serían culpables de una baja absorción de fuerza de trabajo y de la expulsión de los agricultores, lo que explicaría la situación de éxodo agrario:

“existen alrededor de 500.000 jóvenes agrarios, hijos de las familias chacareras que impulsaron la agricultura nacional, que no pueden obtener, en condiciones favorables, una parcela de tierra para instalar sus granjas y chacras, constituir sus hogares y contribuir al progreso de la nación. Grandes núcleos de la población, campesinos y obreros rurales y sus familias, carecen de tierras y medios de vida humanos”²⁸⁷

Si se recuerda lo que planteamos en el capítulo I, la expulsión de trabajadores agrarios es un efecto del desarrollo del capitalismo, que al profundizar el régimen de gran industria e incrementar los dotes tecnológicos, reduce la demanda de mano de obra. De allí que se genere una sobrepoblación que no puede ser empleada productivamente en él. Al mismo tiempo, los datos empíricos no avalan una asociación entre gran extensión y predominio de la ganadería.

Continuando con el examen del PC, los chacareros, además de tener dificultades para adquirir tierra, sufrirían por el menor acceso a créditos, la inflación que eleva los costos de la maquinaria, los arriendos, los impuestos, combustibles y demás insumos, lo que los lleva a una situación de descapitalización y ruina.

Finalmente, esta distribución también explicaría el alto consumo ostentoso, que muestra la concentración del ingreso y la limitación a la inversión productiva, y la erosión y deterioro del suelo por el monocultivo. En el acápite correspondiente a la crisis agraria volveremos sobre estos tópicos, basta aquí con señalar que su causa se encontraría en el régimen latifundista.

El ejemplo más claro de la acción del latifundio sería el departamento de General López en Santa Fe, zona a la que el PC le dio una gran importancia. Se trata de un espacio productivo ubicado en el “triángulo de oro” de la producción maicera y triguera, donde el latifundio habría ido erosionando el mundo chacarero, lo que se observaría en la desaparición de miles de unidades de explotación, y la caída entre 1947 y 1960 de un

²⁸⁶Lebedinsky, Mauricio: *La Argentina. El país que tenemos, los cambios que necesitamos*, Cartago, Buenos Aires, 1975, p. 58.

²⁸⁷García, *El campo argentino...*, op. Cit., p. 52.

60% de la población rural. Una muestra de que el desarrollo agrario se basaría en el modelo prusiano de la gran estancia extensiva y mal explotada, que liquida a la chacra eficiente. Esto explicaría además la caída de la producción. Resulta interesante observar el análisis que realiza el partido del escenario previo a la extensión del latifundio, porque esa es la idea del agro que quiere recuperar:

“Moretti y los compañeros de lucha de la zona nos recuerdan que no siempre han sido así las cosas. Hace un par de décadas Rufino y la zona de influencia, tenían una gran cantidad de chacras. En las épocas de trabajo (sobre todo en la cosecha) bullía con los chacareros y los obreros rurales; existía un comercio muy activo. [...] El colono se responsabilizaba por el crédito que otorgaban los comerciantes a los obreros rurales. [...] [Ahora] los chacareros son casi un recuerdo [...] desaparece el trigo y el maíz, no hay papa, ni fruta, ni hortalizas.”²⁸⁸

En la argumentación, se tiende a dar por sentado que la desaparición de chacras redonda en una concentración de la tierra en menos manos y en extensiones más grandes. Sin embargo, tal como hemos visto, la realidad indica que la concentración fue favorable a los estratos medios de productores pampeanos. De manera que no se produjo un crecimiento de la cúpula de la pirámide de productores, tanto las unidades más grandes como las más chicas cedieron tierras. La ruina de los chicos no conduce automáticamente al crecimiento de los grandes, como queda implícito en el razonamiento del PC.

Hasta aquí entonces, lo que observamos es una defensa de la pequeña propiedad agrícola y, naturalmente, del sujeto que allí se encuentra: el chacarero o campesino. Recordemos, una vez más, que el fenómeno que acontece en el campo argentino por aquellos años, es el opuesto al descrito por el PC. La tierra efectivamente se fue desconcentrando, la productividad fue creciendo y, precisamente por ello, cada vez había menor espacio para la burguesía más chica e ineficiente.

Finalmente, abordamos la cuestión de la renta agraria²⁸⁹ que el partido caracteriza como una renta semifeudal y que, por tanto, explicaría la relación social dominante en el agro. La reforma agraria que defendía el PC como consigna para el campo, implicaba la destrucción del latifundio y la liberación del campesino de la expoliación a la que la

²⁸⁸Ídem, p. 171.

²⁸⁹González Alberdi, Paulino: “La renta de la tierra”, en: *Nueva Era*, N° 5 (232), año XXVI, junio de 1975.

oligarquía lo sometía. La renta finalmente sería uno de los factores primordiales del atraso, puesto que “impide el desarrollo de una agricultura racional, progresista y en constante expansión”.²⁹⁰

Conviene partir de una distinción. El PC no planteaba la existencia de relaciones feudales dominantes en el agro argentino, entendiendo a estas como vínculos de dependencia y coerción personal directa en relaciones de vasallaje y servidumbre. Por el contrario, se trataría de “resabios de relaciones de carácter precapitalista en el campo [que] alcanzan una magnitud tal que siguen predominando en la esfera particular de las formas de renta del suelo agrícola”. En este punto es en el que se introduce la distinción entre renta feudal y renta capitalista. La renta feudal supone la existencia de un terrateniente feudal y un siervo campesino, y está dada por la apropiación del primero de todo el trabajo realizado por el segundo, por encima de lo requerido para su reproducción inmediata.

Por el contrario, la renta capitalista supondría la existencia de un propietario terrateniente, un arrendatario capitalista y un obrero asalariado, e implica que el arrendatario campesino obtenga una ganancia después de pagar renta y salario. ¿Cuándo, entonces, estamos ante una renta semifeudal? Kohen señala que esta aparece cuando su monto alcanza un nivel tal, que absorbe la ganancia que le corresponde al campesino y, por tanto, obstaculiza y restringe la reproducción ampliada del capital en el agro. Así los “arrendamientos leoninos” frenan la inversión y la mecanización. Las expresiones más claras de esta forma de renta, serían la aparcería y la mediería:

“A nuestro entender, este es el elemento de juicio del que debe partirse para determinar cuándo y cómo tales formas de arriendo son atrasadas, precapitalistas. *Por su forma*, la aparcería y la mediería son relaciones de renta *atrasadas*, rémoras del feudalismo. *Cuando además implican por su magnitud despojar al campesino* (que trabaja la tierra con su familia, y aun en parte con mano de obra asalariada de carácter temporario) *de la posibilidad de obtener una ganancia y de recomenzar el ciclo agrícola, no solo son atrasadas por su forma, sino también por su contenido.*”

El arriendo no escaparía a este mecanismo, y por tanto la renta semifeudal sería una realidad general en el agro, en la medida que “el peso de los arrendatarios, aparceros y

²⁹⁰Kohen, *El campo argentino...*, op. Cit., p. 37. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este libro.

medios en la economía agraria argentina es grande.” En resumidas cuentas “la forma y magnitud de succión del trabajo agrícola por la vía del arriendo, en dinero o en especie” se traduciría en la “real descapitalización del agricultor laborioso”. Incluso, las penurias de los trabajadores se explicarían por esta renta y no por sus explotadores directos, en la medida que la renta “es factor determinante de los bajos salarios y la forma esencial en que el terrateniente expropia su pequeño capital al arrendatario”. No es difícil aquí percibir la base de la alianza obrero-campesina, dado que las condiciones de trabajo degradadas en el campo no son el resultado de la lógica burguesa de prosecución de ganancias, sino de la “voracidad oligárquica”.

La explicación del PC continúa con la clásica idea de que los contratos de arriendo generan una cuota importante de inestabilidad para el productor directo, que decide no realizar grandes inversiones dada la posibilidad de perder la tierra a corto plazo, una vez extinta la relación contractual. A la par que se preocupará menos por introducir una rotación de cultivos que favorezca la recuperación de la tierra, tendiendo por el contrario a sacar los mayores réditos posibles en el corto plazo.

Atado a la problemática de la renta semifeudal de la tierra, el PC otorgó centralidad a la cuestión del precio de la tierra. Reconociendo que en si misma esta no contiene valor, puesto que no es resultado del trabajo humano, en su análisis Kohen reconocía que su precio surgía de la renta que de ella se obtiene. La particularidad de un país como la Argentina, dominada por la oligarquía, sería que el precio venal de la tierra asciende de manera constante y a saltos influyendo notablemente en el alza de los arrendamientos. Esto no se debería exclusivamente a un proceso inflacionario sino a un aumento “artificial” decidido por los dueños de la tierra que, naturalmente, implican aumento en los costos de los productores. Cómo se podrían de acuerdo ese “monopolio” de 13.000 “oligarcas” para decidir el aumento de la tierra es algo que, desde ya, no se explica. Con este incremento artificial se produce la “absorción por los terratenientes de una parte cada vez mayor del producto del trabajo de los obreros y campesinos trabajadores.” Es decir, se trataría de otra manifestación del comportamiento más bien especulativo y no productivo de la oligarquía, que explicaría el alto costo que tendrían los productores chacareros o campesinos siendo incapaces de alcanzar así precios competitivos. De este modo “El precio de la tierra, por consiguiente, al restar la inversión de ese capital a la industria agrícola, es una barrera al desarrollo de la producción y la productividad.” Naturalmente, de este planteo surge la necesidad de una reforma agraria sustentada en la

expropiación que no contemple el pago de la tierra a precios venales. Sobre esto volveremos luego.

El autor cita algunos ejemplos que avalarían su hipótesis. Remitiéndose a un documento del partido *-La reforma agraria que Santa Fe necesita-* señala que en 1957 el Plan Mercier fijó el precio venal de la tierra en el departamento de General López a \$3.000 la hectárea con un precio oficial del trigo que para ese entonces rondaba los \$90 por quintal y \$100 para el maíz. Asimismo, un tractor de 35 HP y otros implementos requeridos para trabajar la tierra costaban unos \$232.300. De este modo, 100 hectáreas y un equipo completo costaban \$732.300, lo que equivalía a 3.662 quintales de trigo o 3.329 de maíz. Para 1964, la hectárea ya cotizaba \$150.000, el trigo \$780 y el maíz \$600. Para comprar 100 hectáreas y el mismo equipo que en 1957 se necesitaban 17 millones de pesos, es decir 21.794 quintales de trigo o 28.333 de maíz. Es decir, se necesitaban cerca de ocho veces más quintales de maíz entre 1957 y 1964. García, por su parte, se expresa en idéntico sentido al indicar que entre 1957 y 1961 la devaluación monetaria fue del 300% en el país, mientras que el precio de la tierra habría subido entre un 800 y 1000%.²⁹¹

Aún considerando estas cifras ciertas, lo que está ausente en todo el análisis es la productividad y el rendimiento de las hectáreas. Es difícil además que los propietarios de la tierra pudieran aumentar a su gusto el precio de la tierra, toda vez que de realizar esta maniobra obligarían a cientos de productores a abandonarlas, dejándolas vacantes y volviéndolas una inversión improductiva para cualquier burgués. En ese escenario, la falta de demanda deprimiría nuevamente los precios del mercado de tierras.

Se presenta aquí un problema más serio, que hace a la dinámica del capitalismo en el agro, a la que nos hemos referido en la introducción. El precio a pagar por la tierra no surge de la ganancia del capitalista agrario. El capital agropecuario percibe un ingreso doble, constituido por la ganancia media y por la extraordinaria, que toma la forma de renta. Al ser la agropecuaria una rama de baja composición orgánica, produce un mayor valor que no participa de la tasa de igualación de la ganancia y que queda en manos del terrateniente bajo la forma de renta absoluta. Los productores más eficientes, por su cercanía a los mercados o por la fecundidad de sus tierras, perciben una ganancia extraordinaria que costea el resto de la economía (por la forma particular en que se forman los precios agrarios). La renta que paga el burgués al terrateniente, no es una

²⁹¹García, *El campo argentino...*, op. Cit., p. 46.

exacción sobre la ganancia media sino sobre la ganancia extraordinaria. Si llegara al punto de que el canon de arriendo afecta la ganancia media, se produciría un abandono masivo de la rama, puesto que se volvería completamente improductiva, y la burguesía migraría a otras ramas con mayor tasa de ganancia.

d. Imperialismo, monopolios y capital extranjero

El primer apartado de este capítulo habíamos señalado que el programa del PC estaba impregnado de un fuerte dependentismo, según el cual la nación no estaría plenamente desarrollada a causa de la opresión extranjera, que se sumaba a la persistencia de relaciones precapitalistas reproducidas por la oligarquía en el agro. El capital imperialista aparece en este esquema como un factor de peso en la traba al desarrollo nacional, siendo aliado de la oligarquía y, por tanto, enemigo de las fuerzas progresistas. Lo que reconstruiremos en este acápite es el análisis que el partido realizaba sobre las formas de injerencias de los “monopolios extranjeros” en el agro.

En primer lugar, el capital imperialista aparece como latifundista, es decir, acaparando tierras y explotando vastas extensiones. De este modo, extiende su control más allá de las ramas fundamentales de la industria que ya controlaría. García ofrece algunos ejemplos: La Forestal Argentina, empresa de capitales ingleses poseería 1.200.000 hectáreas y posee además la fábrica Alpargatas; Celulosa Argentina tendría en propiedad 200.000 hectáreas y grandes fábricas de papel y químicos; Bemberg, de capitales ingleses, franceses y locales, ascendería a 250.000 hectáreas en propiedad junto con empresas cerveceras y yerbateras entre otras.²⁹² Lo que el partido parece no advertir es una contradicción en sus propias formulaciones. Lo que estas cifras estarían demostrando es que una fracción importante de la “oligarquía” tiene un pie en la industria de mayor tamaño, lo que pondría en cuestión su carácter “parasitario”, si por ello entendemos, como el PC, “vivir de rentas”.

En el campo, estos sectores se adueñarían de las mejores tierras, y además apuntarían a ocupar zonas fronterizas cuyo valor sería más estratégico-militar que productivo. Esta apropiación directa de tierra por el imperialismo se observaría, por caso, en un estudio sobre el departamento de General López, el cual mostraría que el 50% de los “mejores campos” están en manos de capitales norteamericanos, alemanes e italianos. La

²⁹²García, *El campo argentino...*, op. Cit., pp. 104-105.

expansión de estos monopolios agravaría el desalojo de los campesinos arrendatarios, y además tenderían a dedicarse a la ganadería, por lo cual extienden las pasturas en detrimento de la agricultura. Esto sería doblemente grave. La plusvalía que estos capitales extraen a sus “asalariados industriales argentinos” no iría a parar a la reinversión productiva, sino a las estancias ganaderas “irracionales”. De este modo, se produce un mayor derroche del “trabajo de toda la sociedad”.²⁹³ Como vemos, el dependentismo conduce a un abierto nacionalismo.

Asimismo, su introducción en el mundo de la producción agraria no generaría cambios en las relaciones sociales, por el contrario se acoplarían al “sistema semifeudal de explotación”, reproduciendo la producción extensiva, las relaciones semifeudales y dejando grandes extensiones incultas. En efecto, el partido denuncia “el plan contra la chacra argentina [...] De lo que se trata es de liquidar la chacra argentina y allanar el camino a la gran empresa agropecuaria, híbrido monstruoso de la oligarquía nativa y el imperialismo extranjero.”²⁹⁴ Nuevamente, una contradicción notable: si el imperialismo desmonta el terreno para el avance de la “gran empresa”, no es un vehículo del atraso, sino del desarrollo.

En segundo lugar, la presencia del imperialismo en el agro se observaría en su primacía en las etapas de la comercialización e industrialización de los productos agropecuarios. En la comercialización, el control del capital extranjero permitiría comprar barato a los productores, incluso por debajo de los precios sostén, para luego vender más caro en el mercado interno, perjudicando a su vez al consumidor. Al ser un monopolio, podría fijar el precio de compra al productor, a la vez que retrasarían por uno o dos años, dificultando la capitalización del productor.²⁹⁵ Esta operación se justificaría por el hecho de que para el capital extranjero el mercado verdaderamente provechoso es el exterior. Naturalmente, detrás de esta crítica está la idea de que el capital nacional, que apuesta al mercado interno, es más progresivo en la medida que privilegia a la clase obrera nativa y le podría ofrecer mejores precios.

Por el otro lado, en cuanto a la industrialización, la presencia allí del imperialismo copando las más diversas ramas, permitiría hacerse del control de las etapas de elaboración de los productos, vía por la cual “el capital imperialista succiona y saquea al

²⁹³Kohen, *Clases sociales...*, op. Cit., p. 36.

²⁹⁴García, *El campo argentino...*, op. Cit., p. 129.

²⁹⁵Comisión Agraria del Comité Central del Partido Comunista: *Se agrava la crisis del campo argentino. El plan del Fondo Monetario Internacional*, Anteo, Buenos Aires, abril de 1961, p. 10.

productor, quedándose con una parte cada vez mayor del producto”.²⁹⁶ De este modo, el capital local no podría hacer pie en la industria que, implícitamente en la visión dependentista del partido, sería la que le da un mayor valor agregado y la que permite constituir un “verdadero” capitalismo: “los imperialistas venden sus productos industriales a precios cada vez más altos y compran los productos de nuestro país a precios cada vez más bajos.”²⁹⁷

Una rama a la que el partido le otorgó centralidad en sus estudios y que muestra su lógica interpretativa acerca del imperialismo, es la ganadería y la industria frigorífica. Según los estudios partidarios, la producción ganadera reproduciría el esquema general del agro argentino: un cúmulo de pequeños y medianos ganaderos -mayoritariamente bajo régimen de mediería-, se verían crecientemente empobrecidos por el acaparamiento de cabezas por la oligarquía y las grandes estancias de capitales extranjeros.²⁹⁸ La estrategia de los grandes ganaderos e invernaderos sería comprar a los pequeños ganaderos sus novillos a precio bajo y venderlos más caro. Así, “explotan de esta manera a la gran masa de ganaderos y campesinos pobres y medios que también se dedican a la cría del ganado.”²⁹⁹

La causa fundamental de la carestía de la carne y su rápido encarecimiento sería el monopolio terrateniente e imperialista en la producción y los intermediarios en la comercialización. El invernador obtendría una ganancia rápida, al engordar en poco tiempo al novillo y sin mayores gastos, duplicar el precio del animal. Luego, se añadirían las ganancias que le corresponden al frigorífico, que, según el PC le recarga innecesariamente cerca del 100% del costo. Invernadores y frigoríficos coinciden en su combate contra los pequeños productores y los matarifes, porque serían quienes prescindían de los intermediarios (es decir, los propios invernadores y frigoríficos) y venden más barato. Es lo que el partido denomina la “trenza estancia-frigorífico”. Los frigoríficos imperialistas perseguirían “ganancias extraordinarias”, para lo cual no solo especularían comercialmente, sino que superexplotan con ritmos de trabajo sobrehumanos a los trabajadores.³⁰⁰ La consecuencia de todo ello sería que la carne desapareció de la mesa familiar obrera.

²⁹⁶Ibíd., p. 35.

²⁹⁷Ídem, p. 36.

²⁹⁸Cerro, Severo et al: “La situación de la ganadería y de los frigoríficos y los posibles aliados de los obreros de la carne”, en: *Nueva Era*, N° 10, diciembre de 1963.

²⁹⁹Mira, Jesús: “El problema de la carne”, en: *Nueva Era*, N° 8, año XVII, septiembre de 1965, p. 16.

³⁰⁰Cerro, “La situación...”, op. Cit., p. 51.

Frente a este panorama, lo progresivo serían los pequeños y medianos ganaderos en la producción, que ofrecerían precios más baratos al no buscar una superganancia por la especulación comercial, sino una “ganancia razonable”.³⁰¹ En paralelo, en el terreno de la venta, lo progresivo serían los matarifes, un sector muy importante por la cantidad de faena que llevan adelante, y el personal que emplean “y por ser capitales nacionales [...] por poder jugar un papel progresivo en la lucha antiimperialista y antioligárquica.”³⁰² Curiosamente, el partido reconoce dos cosas. Por un lado, que frecuentemente estos mataderos son clausurados por incumplir normas básicas de higiene y salubridad que afectan la calidad del producto final y la salud de los consumidores. Sin embargo, esto es leído como una maniobra del imperialismo, a la que incluso se prestan los dirigentes sindicales que piden la clausura de estos lugares. Aunque reconocen que en ocasiones las condiciones de salubridad e higiene son deficientes, señalan que la salida debería ser un subsidio estatal para poner los establecimientos en condiciones. Es decir, que el Estado proteja a los capitales más ineficientes.

Por otro lado, también se reconoce que ofrecen peores condiciones para los obreros que los frigoríficos:

“Es claro que en algunos casos, la explotación obrera es superior allí que en los frigoríficos. Ellos, como todos los patrones, tratan de descargar la crisis sobre las espaldas de los obreros. Por eso también, en la medida que los obreros se organicen y luchen, exigiendo sus reivindicaciones, los patrones de estos mataderos comprenderán que el único camino correcto es luchar contra sus enemigos principales, que son los grandes invernaderos, los terratenientes y sus aliados lo frigoríficos imperialistas”

Es decir, el PC reconoce que esta fracción de la burguesía ofrece peores condiciones de trabajo y una mercancía peligrosa a los consumidores, pero se los sigue defendiendo como vectores del progreso nacional. Por ello serían finalmente fuerzas a “tener en cuenta para su incorporación al Frente Democrático Nacional, para la lucha en concreto por sus distintas reivindicaciones y contra los grandes ganaderos y los monopolios frigoríficos.” Para ello, la Corporación Argentina de Productores de Carne, que

³⁰¹Partido Comunista de la Argentina: *Defendamos la ganadería nacional de la Agresión del pool extranjero*, 1970, compilado en Partido Comunista de la Argentina: *Resoluciones y declaraciones del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina. Año 1970*, Anteo, Buenos Aires, 1971; Mira, “El problema...”, op. Cit., p. 28.

³⁰²Cerro, “La situación...”, op. Cit., p. 62. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

agrupaba a los frigoríficos estatales, debería ser, cual sindicato obrero, recuperada de las manos de la oligarquía para ponerla al servicio de los pequeños y medianos ganaderos y los mataderos. Al mismo tiempo debería desarrollar un pliego de reivindicaciones centradas en: precios máximos para la venta de ganado de a pie y en todas las escalas de la comercialización; incautación del ganado de quienes no lo respeten; intervención de los frigoríficos que sabotean la producción; monopolio de la exportación en manos del gobierno satisfaciendo primero el mercado interno; censo aéreo sin aviso; derogación del decreto que prohíbe el faenamamiento y la venta tres días a la semana; cumplimiento de leyes laborales. A largo plazo se debería tender a la expropiación de las grandes estancias y la nacionalización de los ferrocarriles dado que “no es posible seguir permitiendo que los productos básicos de la alimentación estén al arbitrio de los monopolios, los frigoríficos y la vendepatria oligarquía terrateniente y ganadera.”

Con un argumento típico del dependentismo al que el PC adhiere, la economía nacional aparecería dominada por los intereses extranjeros, a partir de los créditos de organismos internacionales que requieren de la autorización del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Este organismo en materia agraria promociona la sanidad animal y las pasturas permanentes, de modo que colabora en la perpetuación de la ganadería fomentando “la eternización de la estructura dependiente y latifundista.”³⁰³ En esta lógica argumental, la ley 17.253 de desalojos rurales habría sido impuesta por el FMI a la dictadura, favoreciendo la concentración de la gran propiedad agraria de donde emerge la empresa agraria fundada en el latifundio y unida al capital financiero imperialista. Bajo este mismo argumento se explica el desmantelamiento de los ferrocarriles y la “entrega” del transporte al imperialismo. De este modo, las grandes empresas multinacionales monopolizarían el transporte de las cosechas a través del negocio del transporte automotor, espacio que controla particularmente el capitalismo yanqui.

El otro lugar donde se expresa típicamente la dominación imperialista en el país, sería en el comercio exterior. “Los convenios con el Fondo Monetario Internacional y otros organismos dependientes del gran capital yanqui” acentuarían esta penetración, sobre todo después de 1955. El “campo laborioso” sería una de las víctimas principales de la voracidad del imperialismo yanqui y de las nuevas deformaciones que el mismo introduce en su economía.

³⁰³Kohen, Alberto: “La penetración en el campo agrava la crisis agraria argentina”, en: *Nueva Era*, N° 9 (162), año XIX, octubre de 1968, p. 64.

El deterioro de los términos de intercambio y el déficit del comercio exterior se acentuarían “de manera alarmante.”³⁰⁴ Esta es la explicación central que ha esbozado históricamente el dependentismo: los productos agrarios al tener una supuesta menor elaboración, contienen menos valor agregado y, por tanto, sus precios se deterioran frente a los industriales. Un razonamiento que olvida el papel que cumple la renta agraria diferencial, mecanismo por el cual la burguesía agraria se apropia de plusvalía de los obreros de todo el mundo.

La acción del imperialismo sería evitar el desarrollo industrial de los países que domina para absorber sus excedentes por la vía comercial. Kohen, por ejemplo, señala que de 1964 a 1965 la Argentina exportó un 10% más en volumen pero a precios en promedio un 5% inferiores. Invirtiendo en el campo, el capital internacional se aseguraría la perpetuación de la economía primaria del país a la par que encuentra allí un mercado para vender su maquinaria agrícola, con lo cual realizarían un negocio doble. La diferencia de precios -“los imperialistas venden sus productos industriales a precios cada vez más altos y compran los productos de nuestro país a precios cada vez más bajos”³⁰⁵- entre materias primas y manufacturas genera una succión de capitales que se sustraen del “proceso productivo del agro argentino”.³⁰⁶

Finalmente, Kohen sintetiza lo que considera como el programa político del capital financiero, la burguesía imperialista y los monopolios:

- “1.- Mantenimiento de la estructura latifundista, acaparamiento de tierras y su propia conversión en grandes terratenientes.
- 2.- Transformación, mediante la mecanización y tecnificación de la producción con mano de obra asalariada, inclusive mano de obra de campesinos arruinados, mediante contratos a corto plazo y altos porcentajes, contratos según los cuales los mismos campesinos trabajadores deben proveer las máquinas y elementos comprados a los monopolios con el gravamen de la prenda y altos intereses, quedando atadas a la maquinaria, que los coinvierte en ‘changarines’ en no pocos casos.
- 3.- En este proceso estimulan la formación de una capa de campesinos ricos, que actúa en muchos casos como tapón en las luchas por la reforma agraria verdadera y profunda.
- 4.- Este proceso no puede operarse sino sobre la base de la ruina de una enorme masa de arrendatarios, aparceros, medieros, propietarios pobres, inclusive algunas capas de

³⁰⁴García, *El campo argentino...*, op. Cit., pp. 125-126.

³⁰⁵Kohen, *Clases sociales...*, op. Cit., p. 36.

³⁰⁶Ídem, p. 33

medianos propietarios, lo cual se expresa en la desaparición en diez años de unas 100.000 explotaciones agrarias. En el plan encajan los desalojos masivos.

El programa del imperialismo implica el mantenimiento de una política exterior dependiente, de manera que la independencia del país no sea una traba para su dumping para la lucha por los mercados y por llenar el ‘vacío’ en los países que conquistaron su independencia política.”³⁰⁷

Nuevamente, lo que parece desprenderse de la descripción es que en realidad, el imperialismo es un elemento de desarrollo puesto que avanza en la tecnificación del agro y forma una capa de productores enriquecidos y, por lo tanto, más eficientes. El PC se esfuerza en llevar la explicación por otros carriles insistiendo en que el capital imperialista no está preocupado por el desarrollo nacional, es una alternativa más explotadora que el capital local, despreocupado por el mercado interno y especulador. La contracara, es la reivindicación del capital nacional como vector de un desarrollo que contempla las necesidades de la clase obrera, ofrece mejores condiciones de vida y en el extremo, puede prescindir del capital comercial, al que no se visualiza como productivo. Sin embargo, tal y como vimos en el caso de los mataderos, las condiciones que estos ofrecen son las peores para la clase obrera, ya sea a través de los trabajadores que emplea como de los que son consumidores. Finalmente, lo que está detrás de la crítica a la intermediación comercial e industrial de los “monopolios extranjeros” es una alianza entre clase obrera e industria mercadointernista, es decir, la alianza que encarnó el peronismo.

e. Clase Obrera y Campesinado

Habiendo examinado a los enemigos del PC en el campo, la oligarquía y el imperialismo, abordaremos a continuación las otras dos clases sociales que completan el escenario social del agro argentino: proletariado rural y el campesino/chacarero. A diferencia de la clase latifundista, tanto los obreros como los chacareros aparecen para el partido como “fuerzas laboriosas y progresistas” que serán las beneficiarias de la revolución agraria y antiimperialista, de allí la importancia de, como analizaremos luego, la alianza obrero-campesina.

³⁰⁷Ídem, pp. 64-65.

Clase Obrera

En septiembre de 1962 Rodolfo Ghioldi, conspicuo dirigente comunista, publicó un artículo teórico acerca de la clase obrera rural. En la introducción del mismo destacaba la importancia que esta fracción del proletariado tenía para un partido que definía como central la alianza obrero-campesina:

“el proletariado agrícola está llamado al cumplimiento de grandes tareas históricas, y particularmente las siguientes: cimentar sólidamente la alianza entre los obreros y los campesinos; facilitar la hegemonía proletaria; canalizar todas las luchas del campo, sumamente variadas -reivindicaciones salariales de los trabajadores y, en general, todas las reclamaciones obreras; luchas contra los impuestos y la usura; acciones contra las exacciones de los terratenientes y de los monopolios imperialistas; exigencias sobre arrendamientos bajos y por precios compensadores para los chacareros; demanda de nuevos mercados, y muchas más-, en la dirección central del gran combate global contra la gran propiedad latifundista y por la reforma agraria.”³⁰⁸

Como puede apreciarse en la cita, el partido le otorga centralidad al proletariado rural, algo que en el resto de los observables que analizaremos aparece con una menor intensidad o incluso a pesar de reconocerse su centralidad, sin ningún correlato práctico real. No es ese el caso del PC. Ahora bien, resulta interesante ver los motivos de esa importancia atribuida, que están al servicio de la alianza obrero-campesina. Esto se visualiza con claridad cuando se llama al proletariado a atender a los reclamos de sus patrones (precios compensatorios, arrendamientos bajos, entre otros). Dicho de otro modo, la importancia otorgada al proletariado se explica por la estrategia del partido que se encuentra, en realidad, alejada de los intereses históricos de esa clase social.

¿Cómo define el PC al proletariado rural? Curiosamente, el artículo de Ghioldi que versa sobre ese tema, no lo define. Sin embargo, el libro de Kohen introduce una definición bastante sugestiva. El obrero agrícola es, nos dice, el desposeído del campo, que no tiene más para vender que su fuerza de trabajo. Sin ser propietario de ningún medio de producción, es el factor fundamental de la producción de la riqueza. Hasta aquí, una definición de manual. Interesa, no obstante, atender a quiénes son los que se apoderan de esa riqueza para terminar de calibrar la definición a través del examen de

³⁰⁸ Ghioldi, Rodolfo: “Los obreros rurales”, en: *Nueva Era*, N° 8, septiembre de 1962.

su opuesto. Kohen responde: en primer término, los terratenientes que a través de la renta succionan el trabajo necesario de los asalariados rurales y de los campesinos; en segundo término, otra porción de plusvalía la apropian los monopolios intermediarios en manos del imperialismo y los grandes capitalistas nacionales a través del precio del producto. Finalmente, una última porción va a manos de los campesinos ricos. ¿Y los campesinos pobres y medios? Cómo veremos, el PC oscila entre caracterizarlos como explotadores o productores directos, sin embargo en este punto señalan que “comparten sus penurias con el proletariado rural”.³⁰⁹ Dicho de otro modo, los sectores campesinos más comprometidos con la alianza obrero-campesina, no participarían de la explotación de obreros. Veremos, sin embargo, que cuando el partido se adentra en la definición de campesinos, entra en cuestión este carácter no explotador.

El primer aspecto que apunta el autor es el peso cuantitativo del sujeto en estudio. Echando mano a bibliografía secundaria y al censo agropecuario de 1952, medida al proletariado rural en una cifra cercana al 1.100.000, lo que representaría poco más del 21% de la clase obrera total.³¹⁰ Apunta, además, que Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba reúnen casi la mitad (44,1%) del total de obreros rurales. Concluye entonces que se trata de una fracción importante de la clase obrera, aunque también advierte que históricamente sufre una tendencia al achicamiento. Esto sería el resultado natural del capitalismo, que produce un éxodo por dos vías: el desarrollo de la industria que absorbe contingentes migratorios y fomenta el pasaje del campo a la ciudad y, por otro, el avance de la mecanización y la tractorización que expulsa fuerza de trabajo al suplantarla.³¹¹ Curiosamente, en esta ocasión el partido no achaca a la oligarquía el éxodo rural, reconociendo finalmente que el flujo de población a las ciudades tiene que ver con el despegue de la productividad agraria.

Seguidamente, Ghioldi señala una creciente degradación de las condiciones de vida de esta fracción de la clase obrera, lo que desmiente la imagen romántica de un campo armónico donde los gauchos son “los poseedores de las mejores esencias nacionales”.³¹² Indicando que constituye la parte “más explotada y más desprotegida de la clase obrera”, denuncia que la legislación existente no se respeta, siendo común que las

³⁰⁹Kohen, *Clases...*, op. Cit., p. 120.

³¹⁰En el libro ya citado de José María García (*El campo...*), escrito en 1968, el autor estima la cifra de obreros rurales en un número muy semejante (1.031.846).

³¹¹Como veremos luego, el PC considera que el incremento de la mecanización aumenta la productividad y no la producción, porque los terratenientes la incorporarían no para expandir la producción sino para ahorrar fuerza de trabajo.

³¹²Ghioldi, “Los obreros...”, op. Cit., p. 54.

patronales no realicen los aportes, la edad jubilatoria sea cinco años mayor la general (y no se computan en ella el período trabajado antes de los 18 años de edad), los salario padecen una tendencia a la baja, desarrollándose además formas de trabajo a destajo, y la desocupación aumenta a merced de la mecanización. A ello se suman condiciones generales de vida muy degradadas: altas tasas de mortalidad infantil, inatención sanitaria, viviendas precarias y altas tasas de analfabetismo. En su libro *El campo...*, García añade que estas condiciones son particularmente más gravosas para los trabajadores temporarios, y para aquellos que laboran fuera de la región pampeana litoral, pues allende a esas zonas, la organización gremial está menos arraigada, por lo que allí también se da una “persistencia de formas semifeudales más acentuadas [...] y a la voraz explotación de empresas imperialistas y del gran capital nacional”.³¹³

Lo interesante de este planteo es que no se lo adjudica específicamente a una lógica de explotación burguesa, sino a las formas feudales (el latifundio) y a la penetración del imperialismo, es decir propias de un capitalismo con residuos feudales y dependiente. En este punto, denuncia a los “consorcios imperialistas” como Bunge & Born, Dreyfus y otros como principales enemigos de la clase obrera y culpables de su degradación. Sin embargo, no se explica por qué el producir en mayores extensiones o tener una procedencia extranjera, convertiría a estos capitales en mayores explotadores que los chacareros argentinos. Lo único que se indica es la existencia de formas de peonazgo y conchabo que, sin estar signadas por la dependencia personal (como el yanaconazgo), son “muy allegados a los hábitos feudales”, para lo cual cita el ejemplo de “algunas” estancias de Colón (Entre Ríos) donde toda la familia trabaja para un patrón a cambio del salario del padre, o casos en los que el salario se paga en especies caracterizados como “semiservilismo”. De la magnitud real de esta forma, no se ofrece mayor evidencia empírica.

Seguidamente, Ghioldi destaca que el proletariado rural argentino nació de la subsunción del gaucho a la estancia. Como ya lo hemos señalado en el acápite acerca del desarrollo histórico del agro, mientras que las propiedades rurales no estaban claramente delimitadas, el gaucho podía vivir de la apropiación de ganado cimarrón. Cercenada esa posibilidad, el gaucho no tenía más opción que convertirse en peón o vivir fuera de la ley, opción esta última que se reprimió con las leyes contra la vagancia.

³¹³García, *El campo...*, op. Cit., p. 79.

Fue este andamiaje legal precisamente el que mostró la importante coacción estatal destinada a la proletarización.

Luego, el autor analiza dos casos de sujetos que considera como parte del proletariado rural. Por un lado, se refiere a los cañeros chicos de Tucumán. A ellos los caracteriza como semiproletarios “que en parte trabajan como asalariados, y en parte obtienen cierto ingreso de una pequeña parcela, siendo indiferente a estos que dicha parcela sea arrendada o propia”.³¹⁴ Por el otro, se refiere a los contratistas de Viñas en Mendoza y Tucumán. Allí la situación sería sensiblemente distinta. Si bien en alguna época estos podían aspirar a convertirse en grandes viñateros y bodegueros, ese camino estaría ahora clausurado para las grandes mayorías. Su reproducción entonces se garantiza a partir de un contrato en el que se establece una retribución fija por hectárea, que el contratista trabaja con su familia y su maquinaria. A este sujeto se lo caracteriza como campesino,³¹⁵ al señalarse que es “un elemento esencial de la alianza obrero-campesina”, a pesar de que incluso se reconoce que “en muchos casos el contratista debe apelar a jornaleros para realizar determinadas tareas”.³¹⁶ Es decir, se lo reconoce como un explotador de fuerza de trabajo, a pesar de que se lo introduce como parte integrante del proletariado y, seguidamente, se lo caracteriza como campesino.

En virtud de este análisis, Ghioldi destaca la importancia de militar los sindicatos que agrupan al proletariado rural, crearlos donde fuera necesario para impulsar las reivindicaciones propias del sector, y que “los mejores hijos del proletariado rural ingresen en el Partido Comunista”.³¹⁷ Ahora bien, resulta interesante analizar cuáles son estas reivindicaciones para el PC. Se hace mención a aumentos de salario, creación de fuentes de trabajo, provisión de útiles de trabajo, elaboración de un estatuto adecuado, alimentación sana, concesión de parcelas para el cultivo de legumbres y verduras, jornadas de 8 horas, paridad con el salario de la construcción y garantía de 300 jornales anuales. Sin embargo, ello se enmarca en un reclamo general: “una exigencia perentoria para mejorar la situación del campo es la ampliación del comercio exterior, mediante una conducta de independencia”.³¹⁸ Resulta sumamente curioso, porque se trata en realidad de un reclamo de la burguesía rural, no del proletariado, cuya situación de penuria material pareciera resolverse con “más empleo” o un mejor salario que se

³¹⁴Ghioldi, “Los obreros...”, op. Cit., p. 43.

³¹⁵García, *El campo...*, op. Cit., p. 78.

³¹⁶Ghioldi, “Los obreros...”, op. Cit., p. 44.

³¹⁷Ídem, p. 55.

³¹⁸Ídem, p. 51.

obtendría a partir de que su explotador encuentre mejores condiciones para su propia acumulación. Esa reivindicación general, no corresponde a una demanda obrera, sino al interés histórico de la burguesía: garantizar su reproducción como clase. No es curioso, sin embargo, si se la enmarca dentro de una alianza obrero-campesina, donde las demandas de los primeros quedan relegadas a los intereses fundamentales de los segundos.

Campesinos

Los campesinos fueron incluidos dentro de lo que el comunismo consideraba como “capas laboriosas” de la población argentina, espacio que compartían con la clase obrera. Sin embargo, para el PC, no se trataba de una clase en sentido estricto, sino de un “complejo de clases y capas sociales, que engloba a todo lo que en el campo nada tiene que ver con los monopolios imperialistas, los grandes terratenientes latifundistas y la gran burguesía intermediaria.”³¹⁹ Dentro de ese complejo, entonces, se agrupan tanto fracciones de clase obrera (proletariado con tierras o semiproletarios), como de pequeña burguesía e incluso de burguesía, que se encuentran contenidas en la definición de las capas baja, media y alta del campesinado. Es la consecuencia lógica de definirla sencillamente por oposición a la oligarquía, el imperialismo y la gran burguesía. Hecha esta aclaración, cabría preguntarse entonces por qué habiendo una realidad tan compleja y diversa dentro del rótulo campesino, sigue teniendo pertinencia utilizarlo. En definitiva, el PC llama campesinos a todo aquél que tenga alguna relación de propiedad o usufructo con la tierra en concentraciones moderadas, no latifundistas. Al punto tal que este sujeto tendría una vinculación emocional con el soporte donde emprende la producción. El dirigente San Esteban señala: “solamente quien conozca de cerca a los campesinos sabe lo que significa ese sentimiento, la emoción que les produce estar sobre la tierra, ver crecer sus frutos, ser *su* dueño”.³²⁰

Detengámonos entonces a analizar cada una de las capas campesinas. Citaremos in extenso la definición de cada uno de ellas para poder analizarlo claramente. Los campesinos pobres son:

³¹⁹Kohen, *Clases sociales...*, op. Cit, p. 89.

³²⁰San Esteban, *El agro...*, op. Cit., p. 116. En igual sentido García responde al interrogante acerca de por qué los campesinos chicos y medios siguen defendiendo la tierra a pesar de vivir en pésimas condiciones, señalando “La respuesta está dada, en primer término, en el profundo amor a la tierra de la familia campesina, que antes de abandonarla afronta toda clase de sacrificios”. (García, *El campo...*, op. Cit., p. 84).

“La inmensa mayoría de los campesinos. Todos aquellos para quienes hablar de comprar la tierra que trabajan u otra cualquiera, hablar de tecnificación y mecanización, de abonos, etc., sólo tiene el amargo sabor de una burla sangrienta. Son aquellos que no solo no tienen ganancias, beneficios, sino que ni reciben lo necesario para sus sustento ni el de su familia que trabaja a la par, desde las criaturas hasta los ancianos, y que se ven obligados a emigrar a la ciudad para trabajar por un salario o a ‘changuear’ por un jornal para el terrateniente. Pueden ser arrendatarios, aparceros o pequeños arrendatarios, pero en este último caso, sólo son ‘propietarios a medias’: se han convertido, de una u otra manera, en asalariados temporales o permanentes, por períodos más cortos o más largos. En lo fundamental, no pueden vivir sin vender su fuerza de trabajo o la de sus hijos al capitalista o al terrateniente. Por eso mismo Lenin los denomina ‘semiproletarios’”.³²¹

El propio autor reconoce que lo que llama campesinos pobres son, en sentido estricto, semiproletarios. Podrá argumentarse que finalmente la diferencia en el rótulo es una cuestión menor, pero como veremos en el apartado siguiente, acerca de la alianza obrero-campesina, ubicar a este sector del proletariado dentro del campesinado, y atribuirle una serie de reivindicaciones propias de este, tiene consecuencias políticas concretas.

En cuanto a los llamados campesinos medios, el autor los define del siguiente modo:

“Lenin caracteriza a esta capa explotada por el terrateniente, sometida por las deudas, y en el caso concreto de Argentina, expoliada junto con todas las demás capas de campesinos trabajadores por el monopolio imperialista de la comercialización y la industrialización. Puede ser un arrendatario o un propietario, pero se distingue siempre por estar sometido, de una y otra manera, directa o indirectamente, al terrateniente. Debe trabajar para éste con la máquina que aún no terminó de pagar, a fin de hacer frente a las elevadas amortizaciones e intereses de la tierra que compró a plazos, o a las cuotas del tractor o la máquina, o las consecuencias de una mala cosecha, o al hecho que, aun habiendo obtenido un buen rinde ‘no pudo’ colocar el producto convenientemente y lo malvendió [...] Está sometido al monopolio intermediario, al que debe vender obligadamente y a los precios que le imponen. No es un campesino pobre; en los años buenos logra salir adelante [...] carece de ahorros, y si los tiene, son bien

³²¹Kohen, *Clases...*, op. Cit., p. 90.

escasos. [...] Su propiedad sobre los medios de producción generalmente se trastueca: los medios de trabajo en los que puso el fruto de su propia labor y la de su familia [...] lo atan, obligándolo a trabajar simplemente para mantener su posesión, se trata de la tierra o de la maquinaria.”³²²

Se trata de una capa con capacidad de acumulación, si bien de pequeña escala: puede adquirir medios de producción (fundamentalmente maquinaria), pero es esa misma adquisición la que la dejaría endeudada y al borde de la ruina. La definición, sin embargo, es ambigua porque no permite clarificar realmente si se trata de una capa pequeño burguesa o burguesa. A ello contribuye la ausencia de datos empíricos, motivo por el cual las definiciones solo se nos aparecen como tipos ideales sin un correlato real que permita precisar su carácter social. En un texto, García dirá que es una “pequeñoburguesía rural”,³²³ pero no define un elemento central ¿son o no explotadores de fuerza de trabajo? Otro escrito de García, en donde pretende defender a los campesinos/chacareros como productores más eficientes que quienes detentan una gran extensión de tierra, señala: “las explotaciones agropecuarias trabajadas por familias laboriosas de chacareros, han sido y son de mucha mayor productividad y ocupación de mano de obra, que las grandes explotaciones latifundistas”.³²⁴ Resulta entonces, que finalmente los campesinos son los más explotadores porque son los que tienen mayor proporción de mano de obra ocupada. Hacemos notar una nueva contradicción. Cuando el partido quiere definir al campesinado como capa laboriosa y oprimida, resalta su supuesto carácter no explotador. Luego, cuando pretende presentarlo como vector del desarrollo del capitalismo en el campo, se lo describe como un productor eficiente y explotador.

Es evidente que esta cuestión para el PC es hasta cierto punto secundaria, toda vez que el partido reconoce la necesidad de alianza con capas de la burguesía nacional y fija la contradicción central en torno a la disputa con los terratenientes, agentes de una opresión que sufrirían también los “campesinos medios”. En este sentido, poco importa si son o no explotadores, porque el partido basa su estrategia no en una delimitación de clase (Burguesía versus Proletariado) sino en términos nacionales (Nación versus Imperio). En efecto, las dos capas que acabamos de analizar constituyen para el partido

³²²Ídem, pp. 91-92.

³²³García, José María et al: “¿Quiénes forman la burguesía nacional argentina? (continuación)”, en: *Nueva Era*, N° 8, año XVI, septiembre de 1964, p. 73.

³²⁴García, *Temas agrarios...*, op. Cit., p. 28.

“sectores que giran a la izquierda, acompañando en forma creciente a la clase obrera urbana y rural”.³²⁵

Según las cifras que ofrece García, se trataría de capas significativas de la población agraria. Ya hemos señalado que el proletariado rural se cuantificaba en poco más de un millón de personas. Para los campesinos pobres y medios, se indica la existencia -según el Censo Agrario de 1952- de 425.667 familias, que arrojarían un total aproximado de más de dos millones de personas.³²⁶ Dicho de otro modo, para el PC el campo argentino está dominado por los campesinos. Ya veremos qué se oculta detrás de esto cuando analicemos la distribución de estas capas en el territorio argentino.

Finalmente, queda la capa de “campesinos ricos” a los que se caracteriza como parte de la burguesía nacional, cuyos intereses entran en contradicción con el imperialismo y los terratenientes. La burguesía nacional es una clase clave para el PC, dado que el partido encuentra en ella un potencial aliado del proletariado, en virtud de la necesidad de culminar con las tareas democrático-burguesas pendientes, abriendo el paso a una nación plenamente desarrollada e independiente. Muestra de la importancia de esta clase para el programa y la estrategia comunista, lo constituye una mesa de debate convocada en junio de 1964 a los efectos de clarificar teóricamente su definición. A ella asistieron representantes de la Comisión Agraria, de la Comisión Estudios Económicos y de la Comisión de Asuntos relativos al pequeño comercio e industria, junto con miembros del comité de la revista teórica del partido, espacio donde luego se plasmaron las intervenciones y conclusiones de la actividad.³²⁷

De allí surge que la burguesía nacional es aquella capa de la burguesía cuyos intereses no estarían entrelazados con el imperialismo y la oligarquía, lo que se da en diversos ámbitos de la economía: el comercio, el agro, el transporte o la industria. En estos sectores existirían capas burguesas que defienden los intereses económicos y políticos nacionales. Sin embargo, se trataría de una clase vacilante, que ante el temor a la clase obrera puede decantarse políticamente por la oligarquía y el imperialismo. Ello no las deja fuera de la alianza revolucionaria, sino que introduce la necesidad de combatir sus vacilaciones y ganar a los sectores “más progresistas” para golpear al “enemigo

³²⁵Kohen, *Clases...*, op. Cit., p. 92.

³²⁶García, *El campo...*, op. Cit., p. 72.

³²⁷Gonzalez Alberdi, Paulino et al.: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino?”, en: *Nueva Era*, N° 1 (132), febrero de 1966, y García, José María et al.: “¿Quiénes forman la burguesía nacional argentina? (continuación)”, en: *Nueva Era*, N° 8, año XVI, septiembre de 1964. Planteos muy similares se observan también en: Correa, Eduardo: “El papel de las capas medias y la burguesía nacional”, en: *Nueva Era*, N° 1, año XXIV, febrero de 1974.

principal”. Esto se facilitaría por el hecho de que “pertenecieron en el pasado a la clase obrera y participaron de sus luchas.”³²⁸ Además de contener un valor estratégico para la revolución, luego de ella estos sectores podrían contribuir con su conocimiento técnico en la producción.

La fracción agraria de la burguesía nacional estaría representada por los campesinos ricos, que se fueron constituyendo en la pampa húmeda como resultado de un proceso de enriquecimiento de los inmigrantes que pudieron acceder a la tierra y capitalizarse (siendo o no previamente arrendatarios), dedicándose a la agricultura en zonas cerealeras. Esa acumulación, sin embargo, no evitaría que tenga una contradicción con los latifundistas, que los perjudican por el acaparamiento de tierra y de la comercialización e industrialización de la producción agropecuaria. Tal como queda implícito en su definición como burgueses, esta capa corresponde ya decididamente a sectores que explotan fuerza de trabajo. Como ya dijimos, el frente nacional que propone el PC contiene explícitamente a estos sectores explotadores. Corporativamente estarían representado por la FAA, las cooperativas agrarias y entidades tales como la Unión Cañeros Independientes de Tucumán (UCIT) o corporaciones de viñateros, tabacaleros, etc. Cuantitativamente, ascenderían a unas 96.000 familias, es decir casi medio millón de personas. Excluyendo al proletariado, pero considerando a los terratenientes, las tres capas campesinas representarían más del 90% de la población agraria. En definitiva, una Argentina campesina.

Las consignas de estas capas estarían en oposición a las políticas “proterratienientes y promonopolistas” que los afectan, tales como los precios de sus productos y los impuestos en general. Al tener un mayor nivel de acumulación, estos elementos no pesarían en su subsistencia de la misma forma que las capas más empobrecidas del campesinado, lo que los conduce a encontrar la raíz de sus problemas, no en la presión imperialista y la explotación de los grandes terratenientes, sino en la clase obrera y sus reclamos salariales. En ese factor encuentran la explicación de sus altos costos de producción y las trabas que tienen a la tecnificación y mecanización. Pero incluso al encontrar su enemigo principal en la clase obrera, no dejan de reconocer que parte del problema se encuentra en la política oficial de precios no compensatorios, en la incompatibilidad de la tecnificación con una estructura latifundista, el privilegio fiscal a los monopolios y los regímenes atrasados de tenencia de la tierra. Es decir, a pesar de su

³²⁸García, “¿Quiénes...?”, op. Cit., p. 80.

conciencia inmediata, los fundamentos últimos de su lucha, lo reconozcan o no, se encontrarían en la estructura oligárquico imperialista. Ese es el razonamiento que realiza el partido para justificar la militancia en todas las capas campesinas. E incluso el PC reconoce que existe una capa de terratenientes “que explotan la tierra con métodos capitalistas”, por lo cual corresponde diferenciarlos de aquellos que son parasitarios y llevan adelante una producción irracional, y podrán quedar exentos de la expropiación de la reforma agraria si aceptan determinadas condiciones.³²⁹

Veamos finalmente, para cerrar este apartado, cómo se distribuirían las capas agrarias según el PC a lo largo y ancho del país. Para ello, nos remitimos a un trabajo presentado por David Sepiurca y Alberto Yañez como conclusión a la ya señalada mesa de debate sobre la burguesía nacional argentina. Allí los autores, utilizando publicaciones del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE)³³⁰ y un trabajo de la Comisión de Estudios Agrarios sobre el Departamento de General López (Santa Fe), intentan darle carnadura real a estas capas campesinas dentro de la estructura agraria. Para ello siguen una clasificación de cuatro unidades productivas: explotaciones subfamiliares, familiares, multifamiliares medianas y multifamiliares grandes. El criterio de esta clasificación es la cantidad de personas ocupadas permanentemente, lo que dice muy poco del carácter social de quienes actúan en la unidad productiva. Según este criterio, las explotaciones subfamiliares tienen dos hombres permanentes, las familiares cuatro, las multifamiliares de cuatro a doce y las multifamiliares grandes, de más de doce.

Las unidades subfamiliares de la zona pampeana corresponden a aquellas explotaciones extensivas en minifundios, donde su ubicaría un sector de “campesinos pobres” y semiproletarios, ya sea bajo la forma de jornaleros a tiempo parcial o contratistas de maquinaria. Estas unidades productivas se definen por su escasa extensión, bajo rendimiento, inestabilidad en los arriendos, falta de capital y acceso al crédito, falta de mecanización y dificultades en la comercialización. En el corazón del agro, la pampa

³²⁹Lebedinsky, Mauricio: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino? (última parte)”, en: *Nueva Era*, N° 3 (134), año XVIII, abril de 1966, p. 69.

³³⁰El Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) fue creado en 1961 bajo la presidencia de Frondizi. Su principal objetivo era canalizar la financiación externa para volcarla en inversiones en grandes obras públicas y en la industria. Se ubicaba, en ese sentido, dentro de los planes del desarrollismo. En su pretensión de intervenir en la política gubernamental para proyectar un plan de desarrollo, el CONADE contó en sus filas con técnicos especializados que, previo a la elaboración de recomendaciones, elaboraron informes con una buena dotación de datos empíricos. Es por ello que frecuentemente sus documentos y bases de datos aparecieron como recurso de quienes pretendían elaborar caracterizaciones sobre el campo argentino. Véase: Jáuregui, Aníbal: “La planificación en la Argentina: el CONADE y el PND (1960-1966)”, en: *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año XIII, N° 13, Córdoba, 2013, pp. 243-266.

húmeda, representarían el 27% de las explotaciones y, comparando los censos de 1947 y 1960, se mostraría un crecimiento de su peso, lo que sería expresión del aumento del latifundio y el empobrecimiento y achicamiento de capas más acomodadas. De esta categoría, el autor excluye a aquellos minifundios de explotación intensiva, particularmente aquellos “cordones verdes” en las afueras de las ciudades destinados a la producción frutihortícola. Fuera de la pampa húmeda, estas explotaciones corresponden a unidades muy pequeñas (en Mendoza y San Juan, por caso, el 53% de la tierra irrigada se divide en explotaciones de 0 a 1 hectárea), siendo entonces el principal problema el acceso a la tierra. Allí tendería a primar la subsistencia y el monocultivo. En síntesis, en términos nacionales las explotaciones subfamiliares comprenden el 42% de la totalidad de explotaciones, siendo expresión fundamentalmente campesinos pobres y semiproletarios, con una minoría de explotaciones intensivas (frutícolas y hortícolas) que realizan mayores inversiones de capital y explotan mano de obra asalariada, por lo cual se ubican en el estrato medio de los campesinos.

Las explotaciones familiares de la zona pampeana, corresponden a las “típicas chacras”, representando allí un 62% de la totalidad. Se trataría del corazón de la agricultura cerealera, con trabajo de tipo familiar “salvo cuando los hijos han dejado la chacra, casos en que se toma un obrero fijo”.³³¹ Allí, los que se encuentran en peores condiciones serían los arrendatarios y apareceros, que progresivamente serían eliminados por el avance de la gran propiedad ganadera. Al contar con maquinaria, podrían ofrecerse como contratistas. La inestabilidad, el pago del arriendo y el monocultivo que agota al suelo suele impedirles la capitalización. En el área extrapampeana, comprenden el 37% de las explotaciones, dedicándose o bien al cultivo intensivo (en menor medida que las subfamiliares) o la ganadería extensiva.

A nivel nacional, representan el 48% de las explotaciones y sociológicamente el grueso corresponde al campesinado medio y la pequeña burguesía agraria, que “a pesar de utilizar en parte mano de obra fija (desde ya que toman en la época de cosecha) y maquinaria, sus ingresos derivan fundamentalmente de su trabajo personal y familiar, con excedentes discretos”. Otra vez, el corazón productivo agrícola es campesino para el comunismo, pero un campesino al que se reconoce como explotador. Es decir, son burgueses, y el partido no lo niega. Nótese incluso, que emplean mano de obra para el momento de la cosecha, que como dijimos anteriormente, son las etapas de mayor

³³¹García, “¿Quiénes...?”, op. Cit., p. 67. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

demanda de trabajo. Esto intenta ser matizado al indicar que serían mayoritariamente arrendatarios de modo que son “explotado[s] por la oligarquía a través del arriendo, del precio de la tierra, por los monopolios y el gran capital intermediario en la venta de su[s] producto[s]”. Fuera del grueso de estas explotaciones que cuadran esta definición, por debajo de ella se ubica una capa campesina pobre (similar a la de explotaciones subfamiliares) y en la capa superior un campesinado que se unifica con la burguesía agraria.

En cuanto a las explotaciones multifamiliares medianas, en el área pampeana, se trata de chacras “más grandes” y de estancias “más pequeñas”, que corresponden a la burguesía agraria en cuya capa superior se encuentran aquellos productores vinculados a la oligarquía y el imperialismo. Aquí ya predominaría la ganadería sobre la agricultura (que no llega al 30% de la superficie de estas explotaciones), más de un tercio se explota bajo la forma de sociedades comerciales, y de conjunto representan un 8,7% de las explotaciones de la zona. En el resto del país ese porcentaje se reduce a 4% “pero con una gran concentración de la riqueza”, mientras que a nivel nacional abarcan un 6,3% de las explotaciones. De estas capas surgirían los dirigentes de las organizaciones agrarias (FAA) y cooperativas, pero también de sus capas superiores emergerían los miembros de las confederaciones (CRA, SRA, etc.). Tienen un acceso más fluido al financiamiento, y hay un espacio muy reducido de contradicciones con la oligarquía terrateniente, que se presenta con más fuerza en los arrendatarios aunque “siempre con tendencia a la conciliación”.

Finalmente, se encuentran las explotaciones multifamiliares grandes, que en la zona pampeana corresponden a las grandes estancias dedicadas a la ganadería, siendo la agricultura una actividad suplementaria. Representan el 1,2% de las explotaciones en el área pampeana y 0,6% en el área extrapampeana. Explotan bajo una “irracionalidad absoluta”, teniendo cosechadoras solo un 30% de ellas, por lo que se recurre en gran medida al contratismo (sin que quede claro por qué sería más racional comprar la máquina que alquilarla...) Por caso, en la subzona corretino-entrerriana, las explotaciones llegan a casi 10.000 hectáreas, pero solo son cultivadas 147, generalmente bajo “métodos arcaicos”.

Esta información permite completar el panorama de las clases agrarias según el PC. Con esta última descripción completa, podemos ver que incluso la capa media, la más amplia del campesinado, es explotadora, por lo cual las llamadas “capas laboriosas” del

campesinado incluyen en su seno a la burguesía. No es realmente un problema para el comunismo, puesto que contemplan una alianza con esa clase.

f. Alianza obrero-campesina y reforma agraria

En el acápite anterior examinamos a las dos clases agrarias que, al poseer intereses antagónicos con la oligarquía latifundista, serían para el PC aquellas destinadas a constituir la alianza revolucionaria. Ahora analizaremos la naturaleza de esa alianza, atendiendo particularmente a los intereses comunes que pueden solidificar una confluencia: fundamentalmente, la consigna de reforma agraria.

En primer lugar, y retomando aquello que señalábamos con anterioridad, todo análisis de la alianza obrero-campesina debe partir de una consideración de base que sostuvo el PC durante la etapa: tanto el proletariado como el campesinado forman parte de las “masas laboriosas del campo”. Dicho de otro modo, ambos son productores en el sentido profundo del concepto: son los que generan valor en el campo y ambos, por tanto, son explotados. Kohen lo reconoce sin reservas. En el libro de su autoría, que ya hemos citado en varias oportunidades, caracteriza al “campesino” como un “productor directo” que al ser expropiado por los terratenientes y los monopolios, se encuentra en una situación análoga a la del proletariado. Esa expropiación llegaría al punto de no solo apropiarse del trabajo suplementario sino del necesario, de manera tal que anula por completo la posibilidad de obtener una ganancia. Esa expropiación habla de un proceso de disolución del campesinado en el capitalismo, que lo lleva o bien a engrosar las filas de la clase obrera o bien incorporarse a la burguesía. En cualquiera de las dos variantes, aparece como un potencial aliado, salvo que al ascender socialmente se vincule al imperialismo o los monopolios. De no mediar ese paso, seguiría siendo siempre un sujeto expropiado.

Es en este punto en el cual el PC discutía con el resto de la izquierda. Por un lado, con aquella que consideraba que el capitalismo estaba plenamente desarrollado en el agro siendo entonces la contradicción central burguesía versus proletariado. Frente a ella, defendió la existencia de la masa campesina que, de ser negada conduciría a un sectarismo afín a los intereses del gran capital, al limitar la posibilidad de alianzas introduciendo un frente de disputa con todos los productores del agro en bloque. Esta izquierda criticaría al PC por ser demasiado respetuoso de la propiedad campesina, lo que emparentaría sus argumentos con los de los terratenientes:

“hacer aparecer a las fuerzas progresistas como si actuaran *contra todo el campesinado, contra toda forma de propiedad campesina*, es el ‘argumento’ que más esgrimen los representantes de los grandes terratenientes, de los campesinos más ricos y de los monopolios imperialistas. Lo hacen a fin de contrarrestar la influencia creciente de la clase obrera y de su partido en el campo, y además, para facilitar que continúe en manos de los sectores más ricos la dirección del movimiento campesino de masas.”³³²

Por el otro, el autor criticaba a quienes exaltarían al campesinado y olvidarían que la clase hegemónica es el proletariado. Frente a ambas posiciones el PC señalaba, primero, que la clase hegemónica es el proletariado, destinado a dirigir la alianza con los campesinos; segundo, que esta clase tenía por tarea atraer a todos los aliados posibles. La política de alianzas en este punto es notablemente amplia, e incluye a todas las fracciones de clases que tienen como enemigo común a los latifundistas, los monopolios y la gran burguesía imperialista. Esta alianza debería soldarse a partir de la mutua defensa de intereses propios y, a la vez, comunes. El proletariado lucharía por salarios y condiciones de trabajo, mientras que el campesino lo haría por la rebaja de los arrendamientos, los precios compensatorios y la reforma agraria para obtener la propiedad de la tierra.

A pesar de definir al campesinado como una capa laboriosa y solapar su carácter explotador, el partido terminaba reconociendo esa realidad, al señalar que la alianza deberá cimentarse sobre el no enfrentamiento directo contra el conjunto de los productores: “Su política [la del proletariado] fue y es la de buscar los pactos y acuerdos zonales y no la lucha o la huelga en bloque contra los productores”. Lo que se está reconociendo en esta frase es que amplias fracciones del campesinado son explotadoras, pero que los obreros por ellos explotados deberán ajustar su lucha a las necesidades de la “alianza obrero-campesina” es decir, que no deberán hacer huelga a los patrones “campesinos”, sino solo a los terratenientes. Una clara muestra de las consecuencias prácticas de un programa que no privilegia los conflictos de clase, sino el carácter nacional y el tamaño del capital al que se enfrenta. La consigna central entonces es la de “marchar con todos los sectores antilatifundistas, aún con el de los campesinos ricos”. El partido puede afirmar una y otra vez que el proletariado es la clase fundamental, pero

³³²Kohen, *Clases sociales...*, op. Cit., p. 94. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este libro.

cuando se pronuncia en contra del enfrentamiento “en bloque” a los productores, está privilegiando los intereses de los explotadores.

Finalmente, ¿cuál era el factor último que determinaba la posibilidad de confluencia entre intereses obreros y campesinos? El PC respondía: el régimen latifundista que frena el desarrollo de las fuerzas productivas y que impide la colonización agraria. Si bien la norma del desarrollo capitalista sería un progresivo despoblamiento del campo, por la introducción de nuevas tecnologías que ahorran fuerza de trabajo, en nuestro país este fenómeno se produciría por motivos opuestos, es decir, por falta de desarrollo capitalista.

En el agro, el latifundio ahogaría el desarrollo de la agricultura, al arruinar a los pequeños y medianos productores que se ven imposibilitados de introducir maquinaria, ampliar sus extensiones de tierra y contratar mayores cuotas de mano de obra. El grueso de la producción quedaba así en manos de la oligarquía ganadera que empleaba métodos extensivos. Asimismo, la clase obrera obtendría mejores condiciones de contratación en la industria urbana, donde el capitalismo se encontraba más extendido. En esas unidades, el incremento de la productividad no redundaría en mayores niveles de producción, sino en un achicamiento de la explotación para obtener la misma ganancia con menos esfuerzo y trabajadores empleados. Como complemento, se degradaban las condiciones de trabajo y se pauperizaba la masa de trabajadores, cuyo indicador sería la caída del salario real. La contracara implícita de esto, es que un agro dominado por pequeños y medianos productores redundaría en un beneficio material para la clase obrera, que obtendría más oportunidades y mejores condiciones de venta de su fuerza de trabajo. De allí que la clase obrera deba confluir en la lucha antilatifundista del campesinado.

En cuanto al campesino, el desarrollo latifundista redundaría en su empobrecimiento y desalojo: aumentan los cánones de arrendamiento, el precio venal de la tierra, se dificulta crecientemente su capitalización por el aumento del costo de la maquinaria y fertilizantes, de los impuestos y por el acceso restrictivo al financiamiento. El avance del latifundio sería el avance del desalojo. En este punto surge una pregunta evidente: la suerte que corre el productor campesino, ¿no es finalmente la propia de aquel capital chico que no puede competir en un momento en que aumenta la composición orgánica del capital y, por tanto las inversiones necesarias, y termina sucumbiendo en un proceso de concentración y centralización del capital? El PC respondía que no, que eso era propio de la lógica latifundista. Pero, sin embargo, sus propios estudios indicaban que la

realidad era esa. En el mismo texto en el que se señalaban lo que describimos en este párrafo, se indica:

“Cuando se habla de costos de producción hay que tener en cuenta que estos no son los mismos para un campesino pobre, para uno medio o para un campesino rico. Al fijarse los costos promedios debe tenerse en cuenta que los costos uniformes suben al descender la capacidad económica del campesino y disminuyen notablemente al subir la escala de capacidad económica. Para los campesinos pobres los costos de producción son siempre mayores y los rindes más bajos”.

Se trata de un reconocimiento de que lo que se titula como “campesinos chicos y medios” son productores más ineficientes, dados sus mayores costos de producción y su productividad inferior. Sin embargo como finalmente para el PC todo el problema del agro se reduce a la renta de los terratenientes, la consigna central que sedimenta la alianza obrero campesina es la de reforma agraria. Antes de avanzar sobre ese problema, cerremos la cuestión de la alianza revolucionaria con algunos señalamientos estratégicos.

Para el PC el rol del proletariado en la revolución no era el mismo que el del campesinado. Como ya señalamos, el proletariado en el diseño estratégico del comunismo debía ser la clase hegemónica que nucleara y liderara las fuerzas que confluían en la revolución. El obrero rural era por ese mismo carácter una pieza clave en el terreno agrario, pero por sus condiciones de vida, su dispersión y aislamiento no podía ejercer plenamente su función unificadora, motivo por el cual seguía considerándose la fracción industrial la más importante. La conquista del campesinado se lograría a partir de la solidaridad en la lucha, las acciones comunes, la creación de instancias de confluencia (congresos, asambleas, etc.) y la inserción de reivindicaciones propias de cada sector en un programa común. Así el proletariado se daría la tarea de conquistar a todas las capas campesinas, fundamentalmente chica y media, pero también a la rica, siendo que una parte de la burguesía nacional podía ser ganada si entraba en colisión con el latifundio. Estas alianzas no debían ser entendidas

“como una cuestión táctica transitoria, sino de principio [...] como factor de unificación de todos los sectores interesados en cambios estructurales en la organización económica y política de Argentina [...] es la columna vertebral del Frente Democrático Nacional”.

Cómo veremos en el tercer acápite de este capítulo, estas alianzas tuvieron un correlato en la práctica real del partido.

La reforma agraria fue la consigna central que marcó la intervención del PC en el agro argentino, tanto para el proletariado rural como para el campesinado. En la óptica del partido,³³³ la reforma vendría a liquidar el atraso del agro argentino, lo que en concreto implicaba barrer con la propiedad latifundista, el arrendamiento como forma predominante de explotación no capitalista, los resabios de trabajo servil, el sistema de explotación irracional del latifundio de carácter extensivo, atrasado técnicamente y de bajo rendimiento, la dependencia externa que reproduce las formas atrasadas, el estancamiento de la producción y la reducción del área sembrada. Una reforma de este tipo, que permitiera dar tierra barata o gratis y repoblar el campo, debería hacerse “sobre la base de una acción política independiente del país”. Nótese, que se trata de una “independencia nacional” y no de clase, lo que resulta evidente si se tiene en cuenta que el comunismo no ocultaba que detrás de ella se asienta una alianza entre explotados y explotadores.

La reforma agraria sería la solución a dos problemas. En primer término, la entrega de tierra barata y en cantidad suficiente a los que la trabajen o quieran hacerlo, tanto en propiedad individual o cooperativa, por medio de la “libre voluntad de los interesados”. Una vez resuelto este problema, podría resolverse el segundo, a saber: la mejora en la tecnificación y mecanización del campo, siempre “en función de favorecer la creación de fuentes de trabajo y bienestar de la población laboriosa y no sólo como fuente de lucro de minorías terratenientes o monopolistas”.³³⁴ Tal como señalamos en el primer apartado de este capítulo, detrás de estas posiciones se observa una defensa del capitalismo, toda vez que se supone que, liberado de los monopolios y de la injerencia externa, el capitalismo de “libre concurrencia”, basado en la pequeña y mediana explotación, tendería a garantizar el bienestar general de la nación y, por tanto, de las dos clases que en ella se asientan: burguesía y proletariado.

La reforma se inscribe en el programa general del PC, y en el reformismo y etapismo del programa estalinista. García aclara que la reforma agraria no es todavía una medida socialista, sino que se ubica dentro del programa de la Revolución Democrática, Agraria

³³³García, José María: *El campo argentino y la reforma agraria*, Ediciones del Calicanto, Buenos Aires, 1968.

³³⁴García, José María: *Temas Agrarios Argentinos. La reforma agraria eje clave para el cambio de estructuras anacrónicas*, Ediciones Tierra y Progreso, Buenos Aires, 1963, p. 4.

y Antiimperialista, y va creando las condiciones para el paso paulatino al socialismo. Lebedinsky refuerza esta posición al señalar que “Entre la etapa a agraria antiimperialista y la etapa socialista hay relación y hay diferencias. No hay una empalizada insalvable entre ambas, no hay cadenas de montañas, pero tampoco son la misma cosa.” De allí que se la defina como una revolución “en vistas al socialismo”.³³⁵ La transición se realizaría por la vía de las cooperativas que, como veremos en el siguiente apartado fueron un espacio de intervención del partido. Su función se explicaba en los siguientes términos:

“Los comunistas, para los países que se han sacudido del yugo imperialista, propiciamos la vía no capitalista de desarrollo. Esa vía no significa, desde luego, la expropiación de los campesinos dueños de su tierra y de sus instrumentos de labor, sino su incorporación a la economía socialista a través de la cooperativas de producción, que elevan la productividad mediante la explotación de grandes extensiones con medios modernos y evitan la ruina para la mayoría de los campesinos”.³³⁶

La cita muestra una contradicción que el partido intentaba procesar. La producción campesina, de pequeña escala, no podía ser la base de un incremento de la producción y de la productividad, ni un punto de partida para la colectivización socialista, en tanto fragmentaba aquello que se buscaba centralizar. El reconocimiento de la necesidad de instituir cooperativas de productores muestra efectivamente que era necesaria una concentración de los medios de producción y no su atomización en productores más pequeños.

En cuanto a la estrategia, la reforma agraria debería hacerse “en lo posible” por “medios pacíficos”, para lo cual es condición sine qua non que se una “la gran mayoría del pueblo” en un gran Frente Nacional para derrotar a las “fuerzas retardatarias”. En caso de que esa minoría opuesta a la transformación se niegue a admitirla, se “deberá incluso recurrir a medidas de fuerza para obtenerlo”.³³⁷

La defensa de la consigna de reforma agraria se delimitó de lo que se considera una oposición por izquierda y por derecha, posiciones ambas que tendrían en común la caracterización según la cual la Argentina habría completado su proceso capitalista,

³³⁵Lebedinsky, *Argentina...*, op. Cit., p. 224.

³³⁶García, José María et al: “¿Quiénes forman la burguesía nacional argentina? (continuación)”, en: *Nueva Era*, N° 8, año XVI, septiembre de 1964, p. 79

³³⁷García, José María: *Temas Agrarios Argentinos. La reforma agraria eje clave para el cambio de estructuras anacrónicas*, Ediciones Tierra y Progreso, Buenos Aires, 1963, p. 4.

liquidando todo vestigio feudal. Los “derechistas” -así identifica el PC al desarrollismo-, defenderían la necesidad de impulsar el crecimiento capitalista por la vía de intensificar la productividad, sin alteraciones en las relaciones de producción. Al desarrollismo se lo ubicaba entre los que están interesados en fomentar la “gran empresa rural”, eliminando la economía familiar por antieconómica, un “ataque a la chacra tradicional de nuestro país, que ha sido uno de los puntales decisivos de fomento de la agricultura nacional y del progreso de Argentina”.³³⁸ Los “izquierdistas”, a los que se caracteriza como “grupos pequeños y sin base de masas”,³³⁹ por su parte, señalarían la necesidad inmediata de dar paso a una revolución socialista, pues para ellos “los chacareros serían capitalistas del agro que ninguna posibilidad revolucionaria ofrecen. Entre los obreros rurales no habría pues deseo de luchar por la tierra”.³⁴⁰ Esta frase es sumamente clarificadora del programa agrario del PC, denota la defensa de la existencia de un potencial revolucionario en los llamados “chacareros”, se cuestiona su carácter capitalista y además se reivindica lo que podríamos llamar demandas agrarias de la clase obrera, que aspiraría a convertirse también en propietaria.

Lo que estas dos posiciones obviarían, y que naturalmente reforzarían la caracterización propia del PC, es que el desarrollo industrial argentino es muy limitado, acotado sólo a la industria ligera, por lo cual no podría ser la base para un ensachamiento en profundidad (es decir, de un aumento de productividad) en el agro. El dominio imperialista aseguraría el modelo basado en la exportación de productos agropecuarios a cambio de la importación de maquinaria, químicos, motores, etc., que por lo tanto no se producen en el país. Por otro lado, que el agro se encontraría en un proceso de crisis, cayendo sus niveles de producción, por la existencia del latifundio que degradaría las condiciones de vida del obrero rural y del campesinado y fomentaría la emigración y el despoblamiento.

Un espacio particular, en donde se delimitó claramente lo que se entendía como reforma agraria fueron las Jornadas Agrarias de la CGT de 1963, sobre la que ya nos extenderemos luego. Allí se combatió especialmente a lo que eran oposiciones “por derecha”. Por un lado, la del Centro Argentino de Ingenieros Agrónomos, expuesta por Araldo Eckell (por el Sindicato de Ingenieros Agrónomos) quien, en sintonía con el desarrollismo, habría señalado que el problema central era técnico y de inversiones,

³³⁸García, *Temas agrarios...*, op. Cit., p. 26.

³³⁹Lebedinsky, *Argentina...*, op. cit.

³⁴⁰González Alberdi, Paulino: “La reforma agraria y el camino hacia el socialismo en la Argentina”, en: Nueva Era, N° 9, noviembre de 1963, p. 12.

dando lugar a una lectura que evitaba introducir cambios en las relaciones de clase y los termina haciendo “coincidir perfectamente con la de algunos sectores de la oligarquía”.³⁴¹ Héctor Argentato, en representación de la Asociación de Economistas Argentinos, sugirió que la reforma debía realizarse sobre tierras insuficientemente explotadas. Otras posiciones, como la de Ferrer, señalaron la posibilidad de realizar la reforma agraria afectando solo al 10 o 15% de la tierra, lo que daría lugar a un cambio evolutivo y no revolucionario. Dicho cambio se motorizaría por la vía de utilizar el sistema impositivo mediante un impuesto progresivo en proporción al rendimiento potencial. Esta última es considerada por el PC como una medida progresista que desvalorizaría el precio de la tierra y castigaría al productor ineficiente (latifundista). Recordemos, tal como señalamos en la introducción, que esa fue efectivamente la propuesta que a principios de siglo esbozó el socialismo. Serviría para trasladar el peso impositivo del “agro modesto” a la gran explotación improductiva.³⁴² De todos modos se advierte que su implementación sería complicada porque incluso podría arruinar pequeños productores, de manera que aquí el PC termina reconociendo el carácter improductivo de estos y, por ello, considera que este mecanismo es “accesorio” y no un reemplazo a la reforma agraria.

Para el PC en conclusión eran todas variantes que no configurarían una verdadera reforma agraria, a la que seguía considerando como la única forma de liquidar a las “fuerzas enemigas”. Esa verdadera reforma debería partir de la eliminación del latifundio, del arriendo, la mediería, la aparcería y el minifundio.

Llegado este punto, y habiendo descartado opciones que el PC no consideraba alternativas reales, surge la pregunta: ¿En qué consistía concretamente su propuesta? En primer lugar, la expropiación por parte del Estado, sin indemnización de “las grandes propiedades terratenientes”, independientemente de su carácter nacional o extranjero, dentro de lo que se cuentan las sociedades anónimas, incluyéndose tanto las incultas como las puestas en producción. Geográficamente, así como la reforma privilegiaba las grandes explotaciones, debería privilegiar a la pampa húmeda, región donde se encuentran las mejores tierras, las más cercanas a los centros urbanos, las que tienen

³⁴¹Sepiurca, David: “Una vez más sobre la necesidad de una inmediata Reforma Agraria”, en: *Nueva Era*, N° 5, año XVI, junio de 1964, p. 45.

³⁴²Lebedinsky, *Argentina...*, op. Cit., p. 229.

mejores caminos y vías férreas y donde estaría el grueso del sujeto protagónico del proceso: los “campesinos arrendatarios” y el proletariado rural.³⁴³

Esta propuesta de expropiación incorporaba los útiles de labranza y el ganado. Su reparto tendría como destinatario a los obreros sin tierra y a los campesinos. Las formas llamadas “semifeudales” -aparcería, mediería- serían prohibidas y quienes se encontraran trabajando bajo esas relaciones, recibirían tierras en propiedad. Otros beneficiarios serían los ocupantes de tierras fiscales y las comunidades indígenas históricamente expropiadas. En este sentido, se advierte como la reforma era pensada como una punta de lanza para el desarrollo capitalista, en tanto que liquidaría los resabios precapitalistas y dotaría de medios de producción a aquellos que podían dar lugar a un verdadero desarrollo farmer: campesinos y obreros. Es interesante en este punto advertir que la política para el proletariado es la de promoción de clase, su conversión en burgués o pequeño burgués.

Quienes escaparían a la expropiación serían aquellos propietarios que llevaran adelante una explotación racional, aceptaran las leyes del Estado y aseguraran buenas condiciones de vida y trabajo a sus obreros. Tampoco serían expropiadas las pequeñas y medianas propiedades dedicadas a ganadería, tambo, quinta, viñedos, frutihortícolas o productos industrializables; y todas aquellas explotaciones cuyo parcelamiento sería antieconómico. Estas últimas quedarían en manos del Estado o cooperativas.

Los sectores interesados en la reforma serían los propietarios minifundistas, los arrendatarios, los hijos de colonos sin tierras, los peones rurales y los campesinos desalojados que debieron migrar a la ciudad y podrían volver. Es decir, todos aquellos que como vimos conformaban para el comunismo las “capas laboriosas”. Sin embargo, despertaría interés, reconoce el PC, también entre los sectores urbanos: la clase obrera, los empleados, la pequeña burguesía urbana, los estudiantes, los profesionales y la burguesía nacional. Esto se debe a que la reforma agraria trazaría una alianza mercadointernista en la que confluye la burguesía industrial: el excedente agrario estimularía las exportaciones y el mercado interno, ampliándolo. A su vez, eliminaría a la oligarquía y sus “socios imperialistas”. Con estas transformaciones habilitaría un incremento rápido de la producción agraria sobre la base del correcto aprovechamiento de la gran fertilidad que el suelo que el país posee. Cuantificando el asunto, García estima que el aumento de la producción oscilaría entre el 100% y 300%, elevando el

³⁴³Lebedinsky, *Argentina...*, op. cit.

número de explotaciones a un millón (es decir, un 100% más) y permitiendo ingresos por 227.000 millones de pesos moneda nacional. Esta inyección en la economía ampliaría su capacidad de reproducción impulsando el desarrollo industrial, las fuentes de trabajo, el poblamiento del interior y la mejora de la cultura, la técnica y el progreso. En resumidas cuentas, “en la reforma agraria está la gallina de los huevos de oro que puede sacar al país de su actual crisis y no en mendigar empréstitos onerosos a las metrópolis imperialistas”.³⁴⁴ Aquí nuevamente se observa cómo la reforma es la clave para resolver el atraso argentino, en la medida que liquidada la “oligarquía”, se destrabaría el nudo que ahoga a la industria y la nación se embarcaría en un desarrollo capitalista integral, es decir, que comprendiera tanto al campo como a la industria urbana. En este sentido, el PC encontraba todas las limitaciones al desarrollo industrial del país en la ausencia de excedentes, y defendía un ideal según el cual cualquier capitalismo es capaz de alcanzar un desarrollo de todas sus ramas.

La tierra expropiada sería entregada a quienes quisieran trabajarla, gratuitamente o con un pago mínimo, pudiendo acceder los expropiados a un lote que garantice su subsistencia y la de su familia. La puesta en producción debía hacerse en parcelas individuales o asociándose voluntariamente en cooperativas, tanto para la puesta en producción como para la industrialización, comercialización o acceso a seguros y créditos. El Estado ofrecería créditos especiales a bajo interés y los impuestos se compatibilizarían con el criterio de asegurar una existencia cómoda. Todas las deudas quedarían anuladas, y la tierra ya no podría ser embargable, ni tampoco los instrumentos con los que se la trabaja.

El Estado se erigiría en un actor central, encargado de controlar que la producción pueda ubicarse a precios compensatorios en el mercado interno, y que el excedente pueda ser colocado en el exterior en condiciones adecuadas. El mismo Estado se ocuparía de construir obras de fomento como caminos, transporte, hospitales, escuelas, embalses, canalización, defensa, etc. Asimismo, fomentaría la creación de chacras y granjas experimentales y estaciones de tractores y maquinaria agrícola. La reforma agraria del comunismo tiene una clara impronta estatista, y debe tenerse en cuenta que el gobierno que emprendería esta transformación no era exclusivamente comunista sino de amplia coalición democrática.

³⁴⁴Ídem, p. 10.

El otro punto central sería el problema del pago de indemnizaciones a los expropiados. Partiendo del señalamiento de que el precio venal de la tierra se encontraba inflado, el comunismo descartaba la posibilidad de propiciar la reforma sobre la base del pago a esos montos. De hacerla de ese modo, se trataría de un negocio a favor de la minoría terrateniente y “a costa del país”, sobre todo si su pago implicaba recurrir a empréstitos del “capital imperialista extranjero”. En tal sentido, se defendió que los precios deberían fijarse teniendo en cuenta “los antecedentes históricos de la apropiación de la tierra por la clase terrateniente”, el valor fiscal y el valor productivo. Con todo, se pagaría con bonos rescatables en 25 años con “intereses módicos”, de modo que el agricultor pudiera destinar el equivalente al 5 o 10% de lo que produce anualmente para el pago del rescate. En este punto, la propuesta exhibe su moderación, toda vez que no se basa en la expropiación forzada y sin pago, sino una cotización “justa” según determinados criterios.

Como cuestión anexa, la reforma agraria comunista contemplaba la cuestión del transporte. En este punto, el PC señalaba que las deficiencias en esta materia se observan al constatar que productos agropecuarios llegan por vía marítima de Brasil a precios más económicos que los que llegan de Entre Ríos, Corrientes, Misiones y Formosa. Dado que estas regiones se encontraban cerca de la cuenca del Paraná y del Uruguay, se podría abaratar el costo por la vía de aprovechar el transporte fluvial en lugar del más costoso y lento transporte automotor. Es lo que se caracteriza como una “orientación deformante de nuestros sistemas de transporte”. Frente a ello la reforma agraria debería contemplar la resolución mediante la realización de obras que facilitaran la navegación de los ríos y una reforma hídrica que garantice obras de infraestructura para asegurar y facilitar el riego y la construcción de diques y represas que prevengan inundaciones.³⁴⁵

Con esta consigna, el partido batalló en varios frentes. Por un lado, en el ámbito parlamentario, con un proyecto de ley que, fiel al reformismo que caracterizó al partido, fue diseñado para implementar la reforma agraria por vía legal en 1962. Por el otro, una carta abierta editada en 1974 que intentaba establecer un diálogo con los campesinos para explicar la medida, es decir que fue utilizada como herramienta de agitación.

³⁴⁵“Para resolver el problema de las aguas hay que realizar la reforma agraria”, en: *Nuestra Palabra*, 22/08/1973.

El proyecto de reforma agraria fue presentado de manera integral por la militante comunista y concejal Alcira de la Peña³⁴⁶ en septiembre de 1961, en el marco de la interpelación al secretario de Abastecimiento y Policía Municipal de Capital Federal en el Consejo Deliberante de esa ciudad. Fue reeditado tres años después en forma de boletín para su difusión, a los efectos de realizar “un aporte patriótico y progresista a un problema tan fundamental”.³⁴⁷

El asunto sobre el que versaba la interpelación era sobre “carestía de la vida” a raíz de una iniciativa gubernamental que promovía la instalación de supermercados en la ciudad. En este sentido, la intervención de la concejal comunista se estructuró en dos partes. Por un lado, hizo foco en la cuestión de la comercialización a propósito de los supermercados y, por el otro, sobre lo que el partido consideraba como única medida capaz de resolver la carestía de la vida: la reforma agraria.

Señalaremos brevemente los puntos centrales de la primera intervención, pues si bien no tocan directamente la problemática que nos atañe, iluminan ciertos aspectos ya mencionados del programa del partido bajo estudio. La posición de De la Peña fue de cerrado rechazo a la instalación de las cadenas de supermercados de capitales extranjeros a los que, según denunciaba, se los había querido presentar como la solución al abastecimiento general y la resolución del problema de la carestía. Frente a ello, la concejal sostuvo que se trataba de una maniobra destinada a hacer mayores concesiones al capital extranjero, mediante la instalación de nuevos monopolios que terminarían por arruinar a los pequeños productores. Denunció que la estrategia de estos capitales era desembarcar con precios bajos, despejar el mercado y luego proceder a elevarlos artificialmente. En este punto, “La Coca-Cola es un ejemplo. [...] es el símbolo de la penetración del imperialismo yanqui en la Argentina aprovechando todas las prioridades y preferencias de que gozan las firmas extranjeras en el país.”³⁴⁸

En oposición a la llegada de grandes firmas, el PC en boca de su concejal sostuvo que la verdadera solución a la carestía se encontraba no solo en la liquidación del “monopolio comercial”, sino en la defensa de los pequeños y medianos intermediarios. Para ello era perentorio poner “un límite a las ganancias abusivas de los grandes capitales”. Los

³⁴⁶Alcira de la Peña era miembro del Comité Ejecutivo y del Secretariado del Partido (“Saludo a Alcira de la Peña”, en: *Nuestra Palabra*, 19/11/1970).

³⁴⁷Partido Comunista de la Argentina: *Proyecto de Ley de Reforma Agraria del Partido Comunista de la Argentina*, Anteo, Buenos Aires, 1965.

³⁴⁸De la Peña, Alcira: *Reforma agraria y medidas contra la carestía de la vida. Propositiones de la Consejal Comunista Alcira De la Peña ante el Consejo Deliberante de la Capital Federal*, Anteo, Buenos Aires, 1962, p. 5. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

pequeños comercializadores favorecerían un encuentro más directo entre el productor y el consumidor. Por caso, la suba de la carne se explicaría por los negocios de los grandes ganaderos latifundistas y los “trust frigoríficos”, mientras que los pequeños carniceros fueron visualizados por el sentido común como los verdaderos encarecedores, lo cual sería falso.

Aquí se hace evidente aquello que ya señalamos respecto al programa del PC: la defensa del pequeño capital como un capital no antagónico con los trabajadores (ya sea bajo la forma de vendedores de su fuerza de trabajo o como “consumidores” en el mercado), que ofrece mejores condiciones de trabajo y de vida, al producir en función de las necesidades de la Nación y del pueblo. El problema se reduce entonces a los grandes capitales y, dentro de ellos, con particular énfasis a los extranjeros que operan como formadores de precios y obligan a los chicos a vender con bajo margen. Los grandes capitales pretenden “ganancias abusivas”, mientras que los chicos y medianos parecerían tender a alguna forma de “precio justo”. Esta operación naturaliza la apropiación de plusvalía, que comparten tanto los burgueses grandes como los medianos y pequeños. Es esta lógica la misma que explica la defensa de los pequeños y medianos campesinos a los que se pretende convertir en clase revolucionaria.

Veamos el proyecto de reforma agraria. Se trata de un extenso anteproyecto que comprende 50 artículos. El 1º establece los objetivos de la reforma, a saber: promover el progreso, el desarrollo económico, social, cultural y democrático, poblar el interior, elevar el nivel de vida y las condiciones de trabajo de los obreros rurales y los “campesinos trabajadores”, eliminar el latifundio y la explotación “semifeudal y antisocial” de la tierra bajo la forma de arrendamiento, mediería y aparcería que causan el atraso y el estancamiento. El artículo 2º, por su parte, establece que la tierra será entregada en función social, dándose en propiedad a quienes quieren trabajarla “al servicio del bienestar de la colectividad”. Esto lograría aumentar la producción, combatir la inflación y la carestía y fortalecer el mercado interno.

Los siguientes seis artículos (3º a 7º) definen las características del órgano que deberá promover la transformación: el Consejo de la Reforma Agraria. Este consejo procederá al cumplimiento de una tarea inmediata, la expropiación de los latifundios superiores a las 5.000 hectáreas, o de extensiones inferiores que son explotadas deficientemente. Procederá, a su vez, a fijar por ley un límite máximo a la propiedad individual “que asegure un nivel de vida digno y cómodo a la familia agraria trabajadora”. Si alguna tierra no conviniera ser parcelada, quedaría en manos del Consejo para que la explote a

los fines de asegurar el “abastecimiento alimentario de la población y las materias primas [...] para el desarrollo de la industria nacional, y las exportaciones”, garantizando buenas condiciones de trabajo y de vida a sus obreros. Consecuentemente, el Consejo debería abolir las formas semifeudales y otorgarle la tierra a quienes las ocupaban en calidad de arrendatarios, medieros, aparceros e “intrusos”, teniendo en cuenta que cumplan las condiciones de una unidad mínima rentable. Paralelamente, procurará ubicar unos 300.000 nuevos productores, reclutados en las filas de los “jóvenes agrarios” expulsados por la ampliación del latifundio.

Los artículos del 9° al 12° fijan las tierras que serán particularmente afectadas por la reforma, estas son: las pertenecientes a sociedades anónimas (extranjeras y nacionales) y a monopolios, las de grandes terratenientes y las tierras fiscales. Las tierras inferiores a lo que se considera un latifundio serán expropiadas con pago de indemnización.

En cuanto a las tierras de “aborígenes” estas serán entregadas a quienes acrediten haber sido descendientes de tribus, no pudiendo transferirlas ni cederlas sin autorización del Consejo. Aquellas tierras sobrantes serán distribuidas por el mismo organismo. El artículo 15° fija las cuestiones primordiales para la entrega de la tierra: serán cedidas para su inmediata puesta en producción, creación de un sistema de créditos que faciliten la explotación, creación de un seguro integral que ampare a productor y trabajador, organización de Consejos Agrarios zonales para que representen a agricultores y trabajadores interesados en velar por el cumplimiento de la ley, creación de estaciones de tractores, máquinas y medios de transporte para tender a la mecanización del agro, organización de cooperativas de producción, consumo, comercialización, crédito e industrialización, y eliminación de intermediarios superfluos y especuladores procurando tender a la venta directa en lo que sea posible.

Los artículos del 16° al 23° definen las características del Consejo, que tendrá sede en Capital Federal y jurisdicción en todo el territorio nacional. Su plantel estará integrado por un presidente, un secretario y siete vocales, dos elegidos por el Ejecutivo con acuerdo del Senado, uno por una entidad gremial agraria, uno por Cooperativas Agropecuarias, uno por pequeños y medianos campesinos, uno por organizaciones de trabajadores rurales, uno en representación de las juventudes agrarias, uno por mujeres campesinas y otro por maestros y técnicos rurales. La forma de elección de estos será patrimonio del Poder Ejecutivo con consulta a ambas cámaras del Congreso Nacional. Los cargos durarán por tres años pudiendo ser reelectos o incluso removidos a pedido del propio Consejo o del Congreso. Sorprende la cantidad de atribuciones que se le

otorgan al Ejecutivo Nacional en la conformación de la dirección del organismo, mientras que a los “interesados” en la reforma solo se les otorga espacios de vocalías. A esto se suma la representación minoritaria de los trabajadores en el Consejo. En resumidas cuentas, un órgano que no respondería a una organización propia y autónoma de los sujetos revolucionarios según el partido: clase obrera y campesinos.

Los miembros sesionarían con quórum de cinco miembros y su remuneración será fijada por ley. No podrán ser miembros entidades financieras. Entre sus atribuciones se cuentan: fijación del Plan General de la Reforma, determinación de la unidad agrícola productiva, asesoramiento a agricultores en materia de producción, promoción del mejoramiento agropecuario, formación de industrias agrícola-ganaderas, inventario de tierras, registro de agricultores, consulta a los agricultores sobre la conveniencia de la prioridad de explotación. Asimismo deberá promover obras para que la tierra rinda: trazado de carreteras, ampliación de ejidos urbanos, plan de reforestación, canalización y riego, ejecución de obras de canalización, plan general de irrigación, inmediata realización de obras proyectadas.

El artículo 29° fija la forma de calcular el precio de la indemnización, que no podrá ser mayor al valor de valuación para el pago de impuestos fiscales de 1958 y de acuerdo al valor promedio de producción del campo en el período 1948-1958. El pago se efectuará en bonos del Estado a rescatar en 2 años, con amortización anual de 1,5% y un interés del 5%. Toda tierra puede ser expropiada nuevamente a los efectos de evitar refundiciones o acaparamiento.

Los artículos 31° y 32° fijan criterios en torno al parcelamiento y entrega de la tierra. Esta será definida en torno a la unidad económica que permita el mantenimiento de la familia y el incremento de la producción. Se velaría por las formas de explotación mixta, la constitución de cinturones de producción frutícola, hortícola y granjera de explotación intensiva cerca de las ciudades, en cantidades de 5 a 25 hectáreas, la diversificación de los cultivos, la formación de cooperativas y se tendrá en cuenta a la hora de determinar la extensión, la capacidad de producción de la familia.

Los artículos 33° a 35° fijan las condiciones de entrega: título definitivo y a perpetuidad del propietario, transferencia solo bajo autorización del Consejo, revocación en caso de que no se cumpla la función social y el correcto trabajo de la tierra. En caso de imposibilidad física de asumir la producción, quedará a cargo del Consejo y los agricultores quedarán eximidos del pago de impuestos hasta que la producción rinda frutos. El agricultor realizará un pago mínimo a partir de los tres años con pagos anuales

hasta un plazo de 25 años en cuotas anuales que no excederán el 7% anual, a un precio no venal ni especulativo. Nótese que aquí no desaparece el pago de la renta que antes se realizaba bajo la forma de arriendo. En lugar de ser un terrateniente, ahora el perceptor es el Estado. De manera que en función de los razonamientos previos del partido, debiera sostenerse que perviven formas feudales. Los beneficiarios de las iniciativas del Consejo serán agricultores arrendatarios, hijos casados de agricultores, obreros que quieran ser agricultores, desplazados del campo, inmigrantes, pequeños propietarios con cantidad insuficiente de tierras y cooperativas.

Se organizarán asimismo, consejos agrícolas encargados de estaciones oficiales de maquinaria, chacras-granjas modelos, dependencias técnicas de asesoramiento, mejoramiento de insumos (semillas, abonos, desinfectantes, herbicidas e insecticidas), unidad sanitaria, centros sociales de actividad gremial. Serán integrados por siete miembros ad-honorem designados por asambleas.

El proyecto también fija el otorgamiento de créditos a solo firma y con intereses no superiores al 5% para construcción de viviendas, compra de herramientas e implementos, abonos semillas y envases, maquinaria, consumo familiar, liberar los títulos de propiedad que estuvieran gravados, adquisición de inmuebles y para formar hogares en caso de ser jóvenes agrarios. También estipula la creación de cajas de seguro agrícola integral para riego, producción (granizo, sequía, incendio, etc.), accidentes de trabajo y desocupación.

Contempla también un plan de viviendas rurales para los adjudicatarios de lotes que no puedan costearlos, para los que tengan propiedades de hasta 500 hectáreas. Asimismo, los últimos articulados definen, las condiciones de trabajo y de vida de los asalariados: salario mínimo, vital y móvil, jornada de ocho horas con indemnización, pago de feriados y descanso dominical, turno rotativo de trabajo, comisiones mixtas para la resolución de diferencias entre trabajadores y agricultores, alojamiento higiénico, servicios sanitarios, enseñanza elemental y cursos nocturnos, tierras para la instalación de granjas. Este último punto resulta llamativo. Si la remuneración fuera suficiente, no sería necesario que el trabajador cuente además con granjas propias que lo obliguen a trabajar cuando vuelve del campo ajeno. Debe destacarse además el poco espacio que reciben en este proyecto los propios trabajadores rurales. Esto da cuenta de donde está puesto el foco realmente dentro de la alianza obrero-campesina.

Finalmente, el otro documento importante es un cuadernillo de agitación bajo la forma de “carta a los campesinos y al pueblo argentino”, en el que se explica de manera clara y

sencilla lo que significaba la reforma agraria para el partido. Este documento está fechado a comienzos de 1974. Es decir, en pleno proceso revolucionario el PC aún apuntaba a implementar estas medidas por la vía pacífica y legal. Escrito a manera de carta abierta y refiriéndose a un lector que es “compañero campesino” o “compañero trabajador”, el autor lo interpela señalando que es un intento de que “comprendas bien de qué se trata [la reforma agraria] para que te pongas a trabajar para lograrla de una vez”.³⁴⁹

El texto comienza ofreciendo cifras que mostrarían que la superficie de la Argentina se encuentra enormemente desperdiciada: en 137 millones de hectáreas ganaderas se ubican solo 54 millones de vacunos, mientras que de 80 millones de hectáreas aptas para cereal se encuentran sembradas solo 4 millones, a lo que se suman 22 millones de hectáreas de tierras improductivas. Una cuenta abstracta que supone que toda la tierra es apta para la agricultura. El despilfarro de la tierra se complementaría con una baja población rural, estimada en siete millones y medio contra casi dieciséis millones urbanos, cifras que descienden a tres millones y medio y seis millones respectivamente si se atiende a la franja económicamente activa. Contrastado con países europeos, sería una población muy baja. Esto contribuiría a explicar el retroceso de la producción agropecuaria (que se evalúa exclusivamente en los niveles de producción de trigo y carne) y la desaparición de 300.000 chacras. ¿Cuáles serían las causas? Ya lo hemos visto y el texto no hace sino insistir con la línea política del PC: la concentración de la tierra bajo la forma de latifundio, particularmente agravado porque existen 50 millones de hectáreas que están en manos de extranjeros, “lo que equivale a la expropiación de la tierra nacional por empresas o intereses trasnacionales”. Los objetivos de estos terratenientes no pasarían por la producción, sino por la especulación con el precio venal de la tierra. “Ahí tenés la causa del estancamiento del campo y como se refleja en todo el cuadro nacional”. Los enemigos: oligarquía e imperialismo.

La vía para la superación es la “ley de reforma agraria integral y profunda” para la liberación nacional y la reconstrucción. El texto apela al nacionalismo e incluso se emparenta con la terminología utilizada por el peronismo, entonces en el gobierno.³⁵⁰

³⁴⁹Bondone, Luis José: *¿Cómo beneficiará la Reforma Agraria al Progreso Nacional? Carta a los campesinos y al pueblo argentino*, Anteo, Buenos Aires, Marzo de 1974, p. 9. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

³⁵⁰El tercer gobierno peronista se presentó a sí mismo discursivamente como el impulsor de la liberación nacional de la Argentina, para lo cual previamente se requería un proceso de “reconstrucción”. Solo por mencionar un caso, en diciembre de 1973 Perón presentó su proyecto de gobierno a largo plazo, el “Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional”.

Seguido a ello, discute que la reforma sea sinónimo de tecnificación o modernización, sino que su clave estaría en la “modificación sustancial del actual régimen de propiedad y tenencia de la tierra”, bajo la muerte del latifundio y del minifundio. Asimismo, el folleto insiste en la idea de un frente popular puesto que “de lo que se trata hoy es de impulsar un proyecto aceptable por todos, se trata de la unidad de acción en un proyecto común”. Luego se expone:

“La reforma agraria la hacemos todos, los pequeños y medianos productores, los arrendatarios, aparceros, medieros, ocupantes de tierras fiscales, los técnicos, los obreros rurales, los políticos progresistas, las entidades que agrupan a los productores, las cooperativas, todos los argentinos que comprenden la necesidad de su realización, pero todos juntos, en un gran movimiento nacional que exija al Congreso Nacional la sanción de esta ley que el país necesita imperiosamente y a la brevedad ¡porque hemos votado por la reforma agraria!”.

Esa ley establecería la adjudicación de tierra con vivienda, maquinaria y créditos para la explotación y los arrendatarios, aparceros, medieros y obreros serán propietarios. Pero también serán beneficiados los anteriores propietarios que no tengan latifundios: “hay que sacarles de la cabeza el temor infundido de que ‘la reforma agraria les va a expropiar sus tierras’; esa es otra propaganda en contra de la reforma agraria que hacen los enemigos”. En definitiva, se beneficiarán los pequeños y medianos productores. Aquí, sin embargo, el piso en tamaño de las tierras expropiables se ha bajado a mil hectáreas, al menos para la zona pampeana. El pago, ya lo vimos, no se basará en el precio venal porque “la reforma agraria hay que hacerla revolucionariamente, para hacerla hay muchas formas, pero vamos a ubicarnos en el momento actual -1974- con gobierno popular y tenemos esta solución: la tierra se pagará a valores no venales ni de especulación”. Intentando combatir la idea de que esto constituiría un enorme gasto dinerario, el autor del texto explica que se hará con bonos a cobrar en plazos no menores a los 33 años. Despeja también el mito de la “nacionalización de la tierra”: “Estoy seguro que estarás pensando ‘que los adjudicatarios van a tener la tierra pero el verdadero dueño va a ser el Estado’. No es así. Esa es otra forma de hacer propaganda en contra de la reforma agraria. La tierra que se adjudique lo será en propiedad”. Seguidamente explica que podrán explotarse individualmente o en una cooperativa voluntaria. Luego agrega que el adjudicatario pagará el precio al que se expropió con un

incremento del 6% para gastos de administración, contemplando reducciones del 5% del monto por cada hijo y condonación de la amortización en tiempos de mala cosecha. Esta ventaja tiene una obligación: respetar los planes que establezca el Consejo, no vender la tierra. Pero a cambio habrá facilidades de créditos y seguros. Las únicas tierras de expropiación sin indemnización son las sociedades anónimas extranjeras. Finalmente, el aumento del ingreso por producción agraria permitirá que el país recupere posiciones y prescindir del crédito extranjero, lo que lo llevará a la liberación nacional.

En resumen, vemos que el partido concentró su estrategia en la alianza obrero-campesina, lo que convierte al agro es un espacio central. La consigna que debería forjar esa alianza, es la reforma agraria, de la cual ya hemos explicado en detalle sus alcances, beneficiarios y mecanismos. Lo que todo ello pone sobre la mesa es que, en rigor de verdad, el beneficiario de esa alianza es ese sector social llamado “campesinado” que, en realidad encubre a la burguesía agraria, al que se le otorgará tierras con diversas facilidades para la producción. El proletariado rural aparece completamente relegado, y solo obtiene de la reforma algunas concesiones elementales: salario mínimo y vital, jornada de 8 horas, etc. Conquistas sindicales menores que no lo sacan de su situación de miseria. Este esquema muestra, una vez más, la coherencia de un programa político que considera necesario consolidar una burguesía y que, para ello, reivindica el pequeño y mediano capital, al que considera más productivo y menos explotador.

g. Crisis del agro

El PC durante los ‘60 y ‘70 caracterizó que el agro argentino se encontraba en crisis. Esta apreciación no se limitó, sin embargo, a la situación que sobrevino en el campo en los años ‘40 y ‘50, sino que por el contrario se planteó como una crisis de estructura. Llegado este punto, las causas pueden intuirse: el latifundio como sistema de explotación extensiva, irracional, improductiva que frena el desarrollo progresista de la agricultura y la ganadería. Su nocividad se veía en la retracción del área cerealera y en el aumento de la ganadería, la baja productividad por superficie ocupada, su mínima absorción de mano de obra, la alta concentración del ingreso en pocas familias, la proliferación de inversiones improductivas y gastos suntuarios, y, emigración del campo.³⁵¹ A esto se suma la sequía y la erosión, que son leídas como resultado del

³⁵¹Lebedinsky, *Argentina...*, op. cit.

monocultivo asociado a esta forma de explotación. Se observaría así descensos en el área sembrada de cereales y oleaginosas, para lo cual se ofrecen cifras de caída de hectáreas sembradas de trigo, lino, maíz y algodón, y también de los stocks vacunos. Veamos los datos que presenta:

Tabla III. “Cifras sobre el retroceso del campo argentino”, según José María García

Trigo		Maíz		Caña de azúcar	
Año	Ha. sembradas	Años	Ha. sembradas	Años	Ha. sembradas
1910/11	6.253.180	1935/36	7.630.000	1960/61	255.300
1928/29	9.219.900	1971/71	4.400.000	1970/71	208.500
1964/65	6.496.000				
1970/71	4.201.000				

Lino		Algodón	
Años	Ha. sembradas	Años	Ha. sembradas
1931/32	3.496.550	1960/61	606.700
1963/64	1.408.800	1970/71	337.500
1971/72	635.000		

Fuente: García, *El campo argentino a 60 años*, op. cit., p. 34.

En cuanto a stock ganadero, se señala la existencia de 50 millones de cabezas de vacuno para 1955 que en 1972 se habrían reducido a 49,7 millones. Los ovinos habrían pasado de 75 millones en 1895 a 38 en 1972, así como los porcinos de 10 millones en 1944 a 3,5 millones en 1972.³⁵² A estos datos se le suma la participación argentina en la producción mundial de trigo, que pasó de estar en un 6,1% en 1928/29 a 1,5% en 1970/71 mientras que los kilos por habitantes pasaron de 582 en 1910/11 a 258 en 1970/71.

Las cifras pueden parecer espectaculares, pero si recordamos lo planteado en el primer capítulo de esta tesis, la expansión notable del agro en los ‘60 y ‘70 estuvo asociada al incremento de los rindes y la productividad, motivo por el cual el área sembrada es un

³⁵²Datos presentados en: García, *El campo argentino a 60 años*, op. Cit., p. 35. Vale señalar que hacia 1964 el PC, a través de la pluma de Sepiurca, señalaba que las áreas sembradas habrían descendido entre 1937 y 1960 en siete millones de hectáreas la agricultura en el área pampeana y la de pastoreo subió en ocho millones. Es decir, un pasaje de la agricultura a la ganadería.³⁵² Esto se ratifica en el libro de Lebedinsky ya citado, que data de 1975, por lo cual no se trata de un cambio en el análisis del partido, sino que el pasaje de la agricultura a la ganadería se inscribiría en un marco más general de crisis agraria que afecta a ambos.

indicador de poco valor. Cabría además incorporar en la evaluación a los cultivos nuevos, como la soja, y a los llamados cultivos industriales, la horticultura, fruticultura y avicultura que tiene un crecimiento notable en la etapa. Como veremos luego, el PC en realidad no desconoce estos fenómenos pero también los incluye como parte de la crisis.

García en un artículo de *Nueva Era* señala siete puntos que sintetizan los efectos de la crisis:³⁵³

1. Aumento de la inestabilidad, descapitalización y quiebra de “familias campesinas trabajadoras, los pequeños y medianos chacareros, tamberos, quinteros, medieros, aparceros, pequeños ganaderos”.³⁵⁴ Todo lo cual generaría desalojos, remates de chacras, desocupación, miseria, caída de salarios reales de los obreros y degradación de sus condiciones de vida.

2. Precios para la producción agropecuaria que no resultan sustentables para los pequeños y medianos productores, mientras que sí serían compensatorios para “los grandes latifundistas, empresarios del campo, minorías de campesinos ricos”.³⁵⁵ Esto se agravaría dado que los monopolios comercializadores no pagarían al contado la producción, sino que demorarían hasta dos años, lo cual obtura el proceso de capitalización.³⁵⁶ Las políticas gubernamentales de precios sostén no revertirían el panorama. García ofrece un ejemplo elocuente de cómo los precios sostén no sirven para solventar la producción de los más ineficientes. Crítica la política fijada por Guido-Alsogaray que estableció el mismo precio para el trigo cosechado a granel que para el que se cosecha con sistema de embolsado. Vale aclarar, la cosecha a granel es un sistema que prescinde del uso de bolsas y ahorra varios movimientos y trabajos al basarse en la utilización de maquinaria combinada que recolecta la cosecha y directamente la deposita en la tolva, desde la cual luego puede trasladarse directamente por medio de un brazo al camión recolector sin necesidad de empaque. Ese sistema, sin embargo, requiere una inversión inicial importante a los efectos de proveerse de silos, maquinaria y medios de transporte. Según las cifras que ofrece García solo entre un 10 y 15% de los “campesinos” disponen de ese método. Como el gobierno fijó precio

³⁵³ García, José María: *El campo argentino y la reforma agraria*, Ediciones del Calicanto, Buenos Aires, 1968, pp. 59-61.

³⁵⁴ García, José María: *Temas Agrarios Argentinos. La reforma agraria eje clave para el cambio de estructuras anacrónicas*, Ediciones Tierra y Progreso, Buenos Aires, 1963, p. 2.

³⁵⁵ Ídem, p. 3.

³⁵⁶ Comisión Agraria del Comité Central del Partido Comunista: *Se agrava la crisis del campo argentino. El plan del Fondo Monetario Internacional*, Anteo, Buenos Aires, abril de 1961.

independientemente del sistema de cosecha, a quienes mantienen el sistema de embolsado de costos mayores, el precio les resultó menos competitivo.

Todo ello produciría un desalojo de pequeños y medianos productores regresivo, dado que

“no solo se elimina una unidad productora eficiente, sino asimismo una fuente de consumo interno, de producción, industrial, de trabajo y desarrollo económico vital para el país, para los trabajadores, el comercio y la industria nacional. El reemplazo de los chacareros laboriosos por nuevos y grandes latifundistas y especuladores de tierras, nativos o extranjeros, contribuye a un nuevo éxodo rural”.³⁵⁷

Como puede apreciarse, nuevamente el problema se ubica en el estrato de productores menos competitivos, el problema del precio no es más que el resultado de tener mayores costos por ser más ineficientes.

3. Desvalorización monetaria que se traduciría en el rápido encarecimiento de los medios de producción: maquinaria, combustibles, abonos plaguicidas, transporte y tierra. Naturalmente, los afectados son los pequeños y medianos productores.³⁵⁸
4. Caída del crédito agrario, que obligaría a los productores a recurrir al crédito usurario, lo que finalmente los lleva a la ruina.
5. Aumento de los impuestos que son el resultado del déficit del presupuesto nacional, donde existen gastos elevados en fuerzas armadas y de represión.
6. Zonas agrarias afectadas por la sequía, agravadas por los elementos ya mencionados que impiden contar con reservas para sobrellevar la penuria.
7. Aumento de las llamadas “enfermedades sociales” del campo, en particular del chagas.

En definitiva, la crisis se expresaría como ruina de los pequeños y medianos productores agrarios. Esto, en realidad, es propio del sistema capitalista, donde naturalmente se produce un proceso de concentración y centralización del capital que desaloja a los capitales menos eficientes. Lo que el partido tiene ante sus ojos es el desenvolvimiento normal del capitalismo, y no una falta de su desarrollo o un desarrollo deformado.

³⁵⁷García, José María: *Temas Agrarios Argentinos. La reforma agraria eje clave para el cambio de estructuras anacrónicas*, Ediciones Tierra y Progreso, Buenos Aires, 1963, p. 14.

³⁵⁸En relación a esto, Lebedinsky añade que la baja utilización de fertilizantes (0,5 kilos por ha. con un promedio mundial que ronda los 23 kilos), el difícil acceso a tractores porque cuestan el doble que los producidos en el exterior (lo cual sería no una muestra del atraso agrario sino de las limitaciones de acumulación de capital en un país chico como la Argentina). (Lebedinsky, *La Argentina...*, op. cit.)

Cuando el comunismo se pliega al reclamo de los productores por precios sostenidos, en realidad está pidiendo una política de subsidios que favorezca a los menos productivos. Es decir, a aquellos que alcanzan una menor composición orgánica de capital y deben compensarla con una mayor explotación de sus trabajadores. En lugar de plantear la liquidación de la explotación, el comunismo termina por defender las formas más regresivas, edulcoradas bajo la prédica campesinista.

Dentro del análisis que el partido realizaba de la crisis agraria, un lugar importante le fue otorgado al estudio de las llamadas “crisis regionales” que afectaban a las distintas provincias del interior. Las páginas de la revista *Nueva Era* contuvieron en su interior, durante los años ‘60 y ‘70, diversos análisis de esta problemática atendiendo a la industria vitivinícola mendocina, la agropecuaria cordobesa, el tabaco jujeño, la producción azucarera tucumana y la producción frutihortícola del Alto Valle del Río Negro. Nos detendremos muy sucintamente en cada uno de estos análisis, para marcar cómo se inscriben dentro de la lógica de crisis del diagnóstico del partido expuesta en el comienzo de este acápite.

La producción vitivinícola mendocina

Comencemos por la industria vitivinícola mendocina. Se trata de un caso singular, porque, pese a señalar el peso del latifundio, allí el partido reconoce que existió una burguesía local con “una audacia sin precedentes en relación al conjunto nacional” que logró un “desarrollo realmente extraordinario”.³⁵⁹ Esta habría iniciado una producción capitalista basada en los viñedos y la producción de vino, que empujó al resto de la economía local, avanzando en el cultivo de otros productos (tabaco, olivos, trigo, sorgo, té de Ceylan) e incluso inauguró a fines del siglo XIX una destacable producción industrial (carrocería, ladrillos, jabón, cerveza, pianos, etc.) Los productores agrarios mendocinos no sólo habrían logrado una producción cuantitativamente importante, sino que además habrían logrado una industrialización de importantes cuotas del producto mediante la producción de vino. Y esto se habría trasladado luego a la industrialización de fruta, aceite de oliva, cerveza y sidra.

Se trataría, si se atiende al análisis del PC sobre la estructura argentina, de una verdadera excepción. Al punto que se le atribuye a la “oligarquía” local cierto

³⁵⁹Marianetti, Benito: “La situación de la industria vitivinícola en la crisis estructural que afecta a la república”, en: *Nueva Era*, N° 1, enero-febrero de 1963, p. 37.

protagonismo en el empuje capitalista, lo que la haría distinta del resto de sus pares nacionales. ¿Cómo habría ocurrido esto? El sistema de plantación de viñedos se basaba en la entrega de una fracción de tierra por parte del propietario a un plantador por términos de 8 a 12 años. Este último se quedaba con el producto íntegro de la cosecha, beneficio que en realidad recién empezaba a obtener al tercer año, puesto que las viñas demoran ese tiempo en comenzar a producir. En tiempos de mala cosecha naturalmente perdían, no así la “oligarquía” que recibía ingresos independientemente de la suerte corrida por la producción y además, una vez extinto el contrato, recibía una tierra con grandes extensiones de cultivos. En esta etapa dentro de los “campesinos plantadores” una fracción que logró acumular capital se convirtió en viñateros-bodegueros, es decir en industrializadores de su producto. Luego, una vez superada esta etapa de contratos largos, la oligarquía comenzó una nueva en la cual el plantador era ahora encargado de cuidar la plantación, recibiendo a cambio un porcentaje sobre la producción total y un monto en dinero, ambas partidas que no superaban el 25% de la producción total. Así nació la categoría de contratistas, que limitados a su fuerza de trabajo familiar, no podrían trabajar más que cinco hectáreas por año, con escasos ingresos atados además a la suerte de la producción. Esa era la lógica que estimuló a la oligarquía a dar impulso al desarrollo capitalista. Se entiende, en la óptica del PC, que este impulso no es directamente capitalista, sino que entronca con la voluntad no productiva de la oligarquía. “Si bien la oligarquía cuyana se encaminaba por la senda capitalista, conservaba sus mañas semifeudales”.³⁶⁰

Al mismo tiempo, dentro de la capa de bodegueros se habría producido un proceso de concentración, desplazando y/o subordinando a los más chicos. Mientras que en 1936 existían 1.515 bodegas, para 1958, con una producción total superior, el número había descendido a 1.245. El factor favorable de las grandes bodegas sería la concentración de todas las etapas de producción: producían materia prima, procesaban las uvas y elaboraban su propio vino, muchas veces comprando uvas de otros productores. Es decir, ocurre también un proceso de centralización absorbiendo etapas previas de la producción. Frente a ellas, los pequeños productores fueron conformando cooperativas de viñateros sin bodegas, que alquilan instalaciones para la manufactura en común. Con esta salida obtenían un mejor precio para su uva y ofrecían vinos de características “superiores al común”. Se denota aquí una nueva reivindicación del cooperativismo.

³⁶⁰Ídem, p. 45.

Entrada la década del '70, el partido señalaba que la producción sufrió una crisis más profunda, producto de que las grandes bodegas y fraccionadoras agitaron el fantasma de cosechas por encima de los niveles de consumo, lo que afectaría a los productores de materias primas, en particular a los pequeños y medianos. Se trataría de una maniobra para sembrar pánico y poder comprar la producción pagando menores precios (aproximadamente, la mitad del valor de la cosecha del año anterior). Lo que constituiría una “típica” acción de los monopolios para deprimir los precios y especular con su posterior venta con un mayor margen.

La solución a la que apostaba el partido era que el Estado otorgara facilidades a las cooperativas y que la Bodega Estatal GIOL absorbiera la producción y así pudiera “zafarse de la agresión de los grandes intereses”.³⁶¹ De este modo, la empresa estatal, sostenida por la plusvalía apropiada de sus trabajadores, debería subsidiar con ello a los pequeños y medianos productores ineficientes que no podían mantenerse en la producción debido a sus costos y los precios que ofrecía el mercado.

Veamos ahora los factores de la crisis. Por un lado, se menciona una retracción general del consumo en el conjunto de la economía, que llevaría a la eliminación del gasto que no hace a la subsistencia, en este caso, el vino. Esta carestía sería producto de la “crisis de estructura” y del “sometimiento del imperialismo” que genera desempleo, empobrecimiento y quiebra de la industria nacional. Por otro lado, la falta de subsidios a la producción llevarían a que el vino se “fabrique” y que no se “produzca”, es decir que pierdan carácter artesanal y que se aceleren los tiempos de conservación en vasija de roble. Pero además de esta particularidad, inciden los factores ya mencionados anteriormente: la falta de crédito barato, la ausencia de seguros contra granizo, el avance de los grandes bodegueros. Un cuadro de situación presentado por el partido que vendría a confirmar su propio punto de partida: la única solución sería la liquidación del imperialismo y una reforma agraria que quiebre el latifundio. En lo inmediato, la ayuda estatal para asegurar el levantamiento de la cosecha y su venta a precios sostenibles, el impulso a las cooperativas, facilidades para los contratistas que quieran elaborar sus uvas alquilando bodegas. Una vez más, la defensa del pequeño capital que muestra su ineficiencia.

³⁶¹Marianetti, Benito: “La empresa estatal Giol y la cuestión vitivinícola”, en: *Nueva Era*, N° 1, año XXIV, febrero de 1974, p. 28.

La producción agropecuaria cordobesa

Para el caso de la provincia de Córdoba, el análisis repite el esquema trazado por el partido.³⁶² Allí se daría una gran concentración de la tierra (2,7% de los propietarios poseía el 50% de la tierra cultivable) en una estructura de “grandes feudos”, deficientemente explotados o lisa y llanamente improductivos. Los arrendatarios chacareros experimentarían “condiciones semif feudales”, con arriendos que se llevarían entre el 20 y 25% de la producción en especie y frecuentemente tomaban la forma de “contratos accidentales”. Así las cosas, el 70% de los productores serían pobres y medianos, destacándose en la provincia la figura del tambero mediero. Este sería “brutalmente explotado”, quedando en sus manos entre el 25 y 40% de la producción, mientras que el resto era apropiado por los campesinos ricos dueños de los tambos. Otra particularidad de la provincia sería la existencia de una industria de herramientas agrícolas, constituida “en su mayoría por el esfuerzo de capitales nacionales”, y dos fábricas de tractores (DINFIA y FIAT). Pero todo este stock tecnológico no tendría salida producto de la ruina de los medianos y pequeños productores.

De resultados de ello, el agro cordobés se caracterizaría por la retracción de la siembra de trigo, maíz, girasol, cebada, centeno, mijo, alfalfa, sorgo y avena, en porcentajes que irían, en el mejor de los casos del 7,9% hasta el 56,9%. Tampoco sería ajena la provincia al fenómeno de desplazamiento de la agricultura por la ganadería y la caída de la población.

Esta situación sería el resultado de las “directivas coloniales del FMI” y su alianza con los monopolios y la oligarquía. ¿Cómo actúa el imperialismo y la oligarquía? El frigorífico Swift, por ejemplo, “expolia al pueblo” vendiendo carne barata a pocas carnicerías y dejando a la gran mayoría en condiciones de ofrecer precios muy altos. Los molinos harineros, por caso, muelen cosechas de dos años atrás, lo que indica que generan grandes stocks para luego comprar la cosecha reciente a más bajo precio o especulan con los precios para revender subproductos para forraje especulando con la sequía. Una situación idéntica ocurriría en la industria láctea, donde las empresas “monopolistas” como Nestlé, “succionan vorazmente a los tamberos y al pueblo consumidor”,³⁶³ desplazando a las cooperativas mediante el “copamiento” de los mercados ofreciendo precios muy bajos a los tamberos para luego procesar los

³⁶²Berraz, Alfredo: “Causas de la crisis del agro en Córdoba”, en: *Nueva Era*, N° 2, marzo de 1964.

³⁶³Ídem, p. 48.

productos en sus propias usinas. Mientras, estos no pueden acceder a créditos del gobierno que les permitan instalar sus propias plantas de pasteurización. Así las cosas, “Córdoba es prisionera del feudalismo terrateniente”.³⁶⁴

La producción tabacalera jujeña

La producción tabacalera jujeña se encontraría con un escenario en el cual más de 500 productores, una capa de comerciantes e industriales que manufacturan el tabaco, y más de 40.000 obreros “sienten sobre sí las garras de los monopolios imperialistas”³⁶⁵ como Nobleza y Piccardo, lo que muestra “la deformación impuesta por el imperialismo, que no planifica mirando el interés nacional sino sus propios intereses antinacionales y antipopulares”.³⁶⁶ A merced del cierre de la importación de materia prima, tanto en Salta como en Jujuy habría emergido una importante capa de productores tabacaleros (más de 30 mil familias). Tomando como año base 1937, donde el tabaco importado ascendía a las 7.416 toneladas y el nacional a 10.484 toneladas, para 1957 el primero había descendido a un 7% y el segundo llegaba ya al 235%. Este proceso sería clausurado por la injerencia del FMI, que logró levantar la prohibición de importaciones. Más allá de esto, lo interesante en este punto es que lo que el caso del tabaco jujeño está mostrando es que en una coyuntura de precios favorables, la producción agraria crece a pesar de la “estructura latifundista”.

Ahora bien, la economía regional jujeña habría entrado en crisis a causa de la acumulación de tres cosechas en las que los monopolios “pagan poco” y “pagan mal”, lo que lleva a la ruina a los campesinos. Así las cosas, “la depredación imperialista” llevó a una caída de la producción en 4 millones de kilos de tabaco. Los monopolios aducen que la producción supera al consumo y la calidad es mala, pero para el PC esos argumentos que “se ajustan a la realidad”, son efecto y no causa de la crisis, explicación que debe encontrarse en la propia estructura latifundista. La estructura de la provincia mostraría una gran concentración de la tierra que impide el acceso a los campesinos (el 90% de las explotaciones posee el 15% de la tierra, y un 10% domina el 85%).

³⁶⁴Ídem, p. 50.

³⁶⁵Cosentini, Vicente: “Los imperialistas y terratenientes saquean a los campesinos tabacaleros de Jujuy”, en: *Nueva Era*, N° 4, mayo de 1963, p. 30. Partido Comunista de la Argentina: *El tabaco ¿Qué hay detrás de un cigarrillo?*, Anteo, Buenos Aires, 1973.

³⁶⁶Ídem, p. 31.

La producción adoptaría la siguiente forma: el terrateniente aporta la tierra, eventualmente instalaciones, y el campesino arrendatario se encarga de la contratación de mano de obra y de los demás gastos corrientes. Como es pobre, pide adelantado al propietario a cuenta de la liquidación final. La cosecha final se reparte mitad y mitad, pero el costo total de la producción corre en un 80% para el campesino y en un 20% para el terrateniente. “Un trato de piratas”, según el PC. Pero hay un punto aún más curioso en esta explicación. Según el autor de la nota, los beneficios para el terrateniente son tres: cuenta con la tierra que ofrece en contratos de corta duración mientras que el campesino tiene una posesión precaria; la comercialización corre por su cuenta; y,

“Los obreros presionan con sus luchas reivindicativas al campesino ‘socio’ del terrateniente y no a este porque aparentemente nada tiene que ver con los obreros cuando en realidad, según vimos, obreros y campesinos ‘socios’ son expoliados por terratenientes y los monopolios”.³⁶⁷

Nuevamente, vemos el contenido real de la alianza obrero-campesina. Los “campesinos” son los que explotan a los trabajadores, pero eso aparece negado bajo la supuesta opresión terrateniente. Las condiciones degradadas de trabajo y vida del proletariado rural no es resultado de la búsqueda de ganancia de los “campesinos”, sino del alquiler que percibe el terrateniente.

Por otro lado, resulta interesante la caracterización que se hace de los campesinos. Estos en la capa “chica” contarían con poca tierra y no contratarían mano de obra asalariada, lo que reduce su capacidad de producción a dos o tres hectáreas. Esto viene a demostrar que efectivamente la capa no explotadora de campesinos, se reduce a aquellas que pueden explotar un puñado de hectáreas, motivo por el cual el grueso del campesinado correspondería necesariamente a capas que explotan trabajadores en importantes cuotas. Sin embargo, el partido se empeña en señalar que “el proletariado del campo, como los campesinos pobres, crean toda la riqueza de la agricultura, nada tienen y son explotados al máximo por los monopolios y señores feudales”.³⁶⁸

³⁶⁷Ídem, p. 41.

³⁶⁸Ídem, p. 44.

La producción azucarera tucumana

Naturalmente, en los exámenes regionales del partido no podía faltar el problema del azúcar tucumano. Esta sería una industria que, ya desde tiempos coloniales, se conformó a merced de la gran propiedad y de la venta a precios monopólicos que aseguran “beneficios extraordinarios” para los grandes ingenios.³⁶⁹ La producción minifundista, resultado de esta estructura, habría sobrevivido en los intersticios pero se encontraría al borde de la ruina generalizada por la limitación de la zafra impuesta por el gobierno de Onganía. Para el PC el problema no es de sobreproducción, sino de subconsumo como resultado de la carestía general de la vida. Pero la oligarquía aprovecharía la situación para liquidar a los 20.000 cañeros independientes y a los ingenios más chicos, para avanzar en la concentración monopólica de toda la producción. Ya para 1956, 21 ingenios y 188 grandes cañeros (“menos del 1% de los propietarios”) poseían más de cuatro millones de surcos (39% del total). Naturalmente, la consecuencia de este proceso sería el éxodo rural. Para enfrentar esta situación sería necesario avanzar en la unidad entre la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar (FOTIA) y la Unión de Cañeros Independientes de Tucumán (UCIT), que sería expresión de la alianza obrero-campesina.³⁷⁰ Curiosamente, el PC reconoce la contradicción entre ambos polos, al señalar:

“La contradicción que surge de las relaciones entre cañeros y obreros -particularmente con los del surco-, por la tendencia generalizada de los primeros en descargar o derivar los golpes que le asesta la oligarquía sobre los obreros, con quienes comparte idéntica miseria, no es antagónica y se resuelve en la lucha contra el enemigo principal. Ambos están interesados vitalmente en desarmar la estructura que los consume. [...] Además, de los campesinos despojados de sus tierra, de los hijos de los campesinos cañeros chicos, se componen en gran medida las filas proletarias”.³⁷¹

Por más que a renglón seguido se indique que “de estas afirmaciones no debe deducirse que la clase obrera tiene que hacer concesiones en sus reivindicaciones económicas y

³⁶⁹Laborde, Julio et al.: “El problema del azúcar en el noroeste argentino”, en: *Nueva Era*, N° 11, año XVII, diciembre de 1965; Laks, Jacobo: *La verdad sobre la cuestión azucarera*, Editorial Documentos, Buenos Aires, 1960.

³⁷⁰“Paro cañero en la zafra tucumana”, en: *Nuestra Palabra*, 22/07/1971.

³⁷¹Laborde, “El problema...”, op. Cit., p. 63.

sociales al campesinado”³⁷², va de suyo que la confección de una alianza requiere de negociaciones donde se concede algo a los efectos de obtener otra cosa.

El otro punto interesante del análisis es que el mismo partido termina por reconocer la mayor eficiencia de la gran producción. En su análisis señala que sólo tres ingenios azucareros jujeños “de magnitud importante y de gran capacidad técnica” produjeron un equivalente al 35% de 27 ingenios tucumanos, siendo además el caso de Jujuy, a diferencia del tucumano, donde hay un menor peso de cañeros independientes. En este sentido, caracteriza una “guerra” entre las “oligarquías” de las diferentes provincias, entre las cuales la de Jujuy y Salta tienen mayores posibilidades de ganar por tener mayores extensiones de tierra, un menor costo por la organización más eficiente del cultivo, riego y traslado, mayor integración, capacidad técnica y mano de obra más barata de migrantes bolivianos. Todo ello viene a mostrar entonces que, a pesar de los señalamientos del comunismo, no estamos simplemente frente a una oligarquía parasitaria que vive de rentas. En igual sentido, se reconoce que parte de la crisis se explica por “la imposibilidad de exportar debido a los mayores costos de producción de la industria nacional con relación al precio internacional”.³⁷³

La producción frutihortícola del Alto Valle del Río Negro

Finalmente, otra de las economías regionales a la que el partido le otorgó atención fue la de Río Negro y Neuquén, en cuyas provincias se desarrollaba la producción frutícola. La importancia de estas zonas puede calibrarse en función de las cifras presentadas por la revista *Nueva Era*: el Valle del Río Negro representaba para la época el 60% de la producción nacional de manzanas y el 50% de peras, siendo estos dos rubros el 90% de la fruta exportada por el país.³⁷⁴ Existiría entonces una base para impulsar la agricultura intensiva, posibilidad que, sin embargo, aparecería obturada por la existencia de la gran propiedad latifundista extensiva (en Río Negro el 2,36% de las explotaciones ocupan más del 30% del total de la superficie apta), el aumento en los costos de fertilizantes y plaguicidas que son “el negocio de la empresas imperialistas”, la concentración de la exportación en pocas manos, etc.

³⁷²Ídem, p. 64.

³⁷³Ídem, p. 72.

³⁷⁴González Alberdi, Paulino: “Los problemas de Neuquén y Río Negro y su importancia para el país”, en: *Nueva Era*, N° 1, año XVII, enero y febrero de 1965.

Habría, con todo, un vector importante para iniciar una transformación de la región: el 40% de la producción de peras, manzanas y tomates se realiza por medio de cooperativas de productores o agrupamientos de chacareros, por lo que “el gobierno debe impulsar la formación de las mismas adoptando medidas conducentes a beneficiar a este sector”.³⁷⁵ Del mismo modo, el problema central pasaría por insuficiencia de infraestructura: la ausencia de puertos que permitan no depender del de Buenos Aires (que es una “creación consiente de los intereses antipopulares”³⁷⁶), escasa capacidad frigorífica para garantizar la conservación de toda la producción frutihortícola, una red vial coordinada con el ferrocarril, la plena utilización del puerto de Bahía Blanca, el reparto de tierras fiscales, medidas que tiendan a la intensificación de la ganadería, un plan minero provincial, aprovechamiento del turismo, prolongación del ferrocarril, campaña de alfabetización, reforma del sistema sanitario y hospitalario, instalación de industrias de transformación.

Naturalmente, los problemas agrarios de la región recobraron interés para el partido hacia 1972 con las movilizaciones de productores frutihortícolas. Para el PC se trataba de un movimiento nutrido por pequeños y medianos productores que debían ir al encuentro de la clase obrera y de los “sectores progresistas” del comercio y la industria,³⁷⁷ conformando una “forma de protesta de los chacareros contra la asfixia que sufren en manos de los Grandes Monopolios que encarecen artificialmente los abonos, remedios, maquinarias, papel y otros elementos y de otros sectores que monopolizan la comercialización”³⁷⁸ Como puede sospecharse, la solución no era otra que la reforma agraria profunda, la nacionalización del comercio, la banca y las empresas imperialistas, como mecanismos para combatir el latifundio y la extranjerización. Lo llamativo es que en esta coyuntura, el partido denuncia a las grandes empresas monopólicas que no solo se encargan del procesamiento y la comercialización, sino que adquieren grandes extensiones de tierra, asumiendo todo el proceso de producción. Se los caracteriza de la siguiente forma:

³⁷⁵Ídem, p. 73.

³⁷⁶Toncovich, Otto: “Los problemas de Neuquén y Río Negro y su importancia para el país (continuación)”, en: *Nueva Era*, N° 2, año XVII, marzo de 1965, p. 64.

³⁷⁷Agnello, Mario: “El programa agrario del Valle de Neuquén y Río Negro”, en: *Nueva Era*, N° 10 (216), año XXIV, noviembre de 1973, p. 452.

³⁷⁸Grana, Roberto: “En el ‘Rocazo’ fue poder un gobierno comunal provisional de amplia coalición democrática”, en: *Nueva Era*, N° 2, (208), año XXIV, marzo de 1973, p. 140.

“En cuanto a la explotación propiamente dicha de la chacra, estas grandes empresas rebajan continuamente los costos. Sus chacras se trabajan en forma empresaria, se utiliza mano de obra asalariada y han introducido los últimos adelantos de la técnica en maquinarias y demás elementos. Compran en grandes cantidades los abonos y plaguicidas y, aunque parezca paradójico, se organizan en cooperativas, para adquirir para ellos los diversos insumos. También poseen cooperativas de seguros.”³⁷⁹

Este caso contradice por completo los puntos de partida ya analizados, según los cuales la gran extensión era por definición extensiva, poco productiva y en manos de una oligarquía latifundista cuyo interés no pasaba por la producción. Otra contradicción que puede verse en el estudio concreto del Valle del Río Negro es que en este mismo texto de análisis se reconoce que un chacarero fruticultor con 20 hectáreas en su poder es un “chacarero acomodado”, lo que significa que el propio partido aporta evidencia que muestra que la extensión de la tierra es una variable poco significativa a la hora de evaluar a que clase social pertenece el productor.

El análisis sobre las diferentes producciones y regiones del territorio nacional, además de mostrar la importancia que el partido le atribuía a la cuestión agraria, ponen sobre la mesa lo que hemos señalado al comienzo: lo que se lee como crisis no es más que el desarrollo natural del capitalismo, donde la competencia tiende a hacer desaparecer a los capitalistas más chicos. Cifrar el punto central de crítica en la destrucción de esos capitales, muestra una incomprensión de la dinámica de acumulación capitalista que lleva a una alianza con esos burgueses arruinados. Así la solución siempre aparece como una recreación de un capitalismo originario, donde el pequeño capital pueda subsistir. En lugar de convertirse en un vector del desarrollo económico, el partido termina defendiendo las salidas regresivas que perpetúan el sistema que pretende transformar.

h. Transformaciones recientes del agro

A pesar de que el PC defendió la caracterización de un agro argentino en estado de crisis y sumido en el estancamiento, su preocupación por el conocimiento empírico del campo y los esfuerzos destinados a ello, le permitieron percibir los cambios que allí acontecieron en los ‘60 y ‘70. La visualización de estas transformaciones, sin embargo,

³⁷⁹Agnello, “El programa...”, op. Cit., p. 456.

no produjeron alteración alguna en sus caracterizaciones políticas más generales, pero sí nos muestran una percepción más compleja que la del resto de la izquierda argentina, como veremos en los próximos capítulos.

La situación más general de transformaciones en el agro es caracterizada como “un proceso de desarrollo de formas más capitalistas de explotación del agro”,³⁸⁰ entendiendo por tales a aquellas unidades productivas que se basan en la racionalidad, con altos rendimientos, mecanizadas y tecnificadas. Este último es justamente uno de los puntos centrales. Un ejemplo se encontraría en la producción cerealera de Santa Fe. En los rubros centrales como maíz y trigo, para las cosechas 1963/1964 y 1964/1965 se habrían registrado picos máximos de producción, cuya magnitud se aprecia mejor si se considera que se han alcanzado en el marco de una retracción de la superficie sembrada (si se lo compara con otro pico productivo como el de 1939/1940). Mientras en la década del ‘30 una hectárea de maíz demandaba 80 horas, la mecanización redujo el trabajo necesario a cinco horas. Dicho de otro modo, hubo un incremento espectacular de la productividad. Esta mejora en los rindes se explicaría por “mejores variedades de semillas y una labor de estímulo del INTA; utilización de máquinas y técnica más moderna [...] hoy lo típico es el tractor, la cosechadora, la tendencia del paso de la bolsa al granel, etc.”³⁸¹

Sin embargo, el proceso tendría una serie de límites para el partido. El progreso estaría vinculado más a la mecanización que al mejoramiento de la tierra, conservación del suelo y utilización de elementos químicos.³⁸² La compra se haría de forma irracional, sin asesoramiento, produciendo en algunos casos una sobremecanización o el arrumbamiento de maquinaria que se compra, pero se subutiliza. Asimismo, chocaría contra los límites de una estructura que mantiene rasgos latifundistas y que arruina a los productores más chicos incapaces de capitalizarse, motivo por el cual este desarrollo en profundidad tuvo por protagonista solo a un sector de los productores. Experiencias como estas serían entonces limitadas, por lo que “el común del agro no recibe los avances técnicos”.³⁸³ A su vez, la industria de máquinas quedaría en manos extranjeras, mientras que la industria nacional caería en las “redes del capital financiero”. Eso mismo es lo que explicaría que estas nuevas formas productivas se desarrollen

³⁸⁰Gonzalez Alberdi, Paulino et al.: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino?”, en: *Nueva Era*, N° 1 (132), febrero de 1966, p. 49.

³⁸¹Ídem, pp. 56-57.

³⁸²García, José María: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino? (continuación)”, en: *Nueva Era*, N° 2 (133), año XVIII, marzo de 1966, p. 66.

³⁸³Ídem, p. 61.

impulsando la desocupación obrera, la recomposición del latifundio (por remate de pequeñas chacras o recupero de las mismas a manos de sus propietarios) y la desaparición de chacras. Es decir que “el proceso de mecanización tiene lugar en el marco del latifundio y la penetración del gran capital extranjero y nacional”.³⁸⁴

La tendencia a la mecanización aumenta la inversión mínima necesaria, lo que ubica en peores condiciones a los pequeños productores, es decir, a los menos eficientes e incrementa la renta agraria diferencial del gran productor. Un caso particular que examinó el PC fue el de la instalación de silos como síntoma del avance capitalista en el campo. Se trataba de un elemento nuevo que se empleaba solo en parcelas superiores a las 500 hectáreas, ya que en explotaciones inferiores no resultaba rentable (lo que da cuenta de la necesidad de mayores extensiones para alcanzar una mejor productividad en el cultivo de granos). Los que los utilizaban eran acopiadores que cargaban allí a granel para ventilado, logrando una calidad óptima. En ganadería se avanzó en las pasturas artificiales, la inseminación y la proliferación de cabañas de “campesinos ricos” que buscaban formas de explotación mayores y mejores ganancias.

De este modo, vemos cómo el PC reconoce las innovaciones pero la inserta en el marco explicativo ya conocido. Lo que no logra advertir es que este proceso de incremento de la productividad va de la mano con la concentración del capital, lo que supone la utilización de extensiones de tierras superiores a las de su ideal campesino. En ese sentido, lo que el PC caracteriza como estructura latifundista, es un vector de progreso capitalista, no una rémora precapitalista. La propia dinámica de ese sistema social supone la concentración. Del mismo modo, la expulsión de obreros es el resultado natural de la incorporación de maquinaria en el capitalismo, pues no tiende a la distribución de las horas de trabajo sino a la generación de una masa de desocupados al incrementar la composición orgánica de capital y ahorrar capital variable.

Por otro lado, el comunismo señalaba que el aumento de la producción y la productividad no incrementaron el volumen total de la producción, porque ese no es el interés de la oligarquía. El objetivo de la mecanización fue sustituir mano de obra y eliminar a productores chicos, pero no ampliar la producción. Del mismo modo, la penuria general de la clase obrera argentina deprimiría a tal nivel el consumo, que cualquiera incremento de la productividad agraria redundaría en fenómenos de superproducción relativa. Lo restrictivo del mercado interno sería entonces un fuerte

³⁸⁴González Alberdi, “¿Qué hay...?”, op. Cit., p. 61.

límite a la expansión de los llamados cultivos industriales. Puede advertirse que se le atribuye a la burguesía “real”, esa que no existiría en el campo argentino, una vocación de desarrollo nacional. Sin embargo, el interés que empuja al burgués a la inversión es su necesidad de acumulación, de manera que extenderá la producción allí donde el mercado lo vuelva rentable.

Además del incremento de la productividad, el PC advierte el surgimiento de nuevos cultivos. En la zona de Rosario la producción papera, que venía siendo realizada por pequeños y medianos productores habría sufrido un cambio, pasando a estar en manos de grandes propietarios que utilizan mano de obra asalariada, métodos modernos de riego y químicos, detentando a su vez el monopolio del acopio, distribución e importación. En razón de ello, los productores desplazados debieron reconvertirse y así emergieron cultivos nuevos como el de la lenteja y la arveja que tienen lugar en “chacras medianas”, las cuales “emplean mano de obra asalariada, las condiciones de trabajo existentes, generalmente a destajo, son penosas para el obrero agrícola, en especial para las mujeres y los niños, que son los que predominan”.³⁸⁵ Considerando que se trata de chacras medianas, es decir de chacareros medios a los cuales el partido consideraba aliados, resulta curiosa la descripción que se hace de las condiciones de vida del proletariado rural allí empleado.

Otro de los cambios se daría en la aparcería, que también adquiriría rasgos más capitalistas. Ya no se trataría de un colono que accede a la tierra a cambio de vivienda y una cuota de producción, sino que se hacen contratos accidentales (por cosecha) a través de contratistas, cuyos orígenes pueden ser campesinos o capitalistas, siendo dueños de equipos destinados a la siembra y la cosecha. Al mismo tiempo, surgiría un “nuevo tipo de arrendatario: es el gran arrendatario capitalista, que posee varios equipos.”³⁸⁶ Se trata de un dueño de maquinaria agrícola y de medios automotrices, que se desempeña como contratista de grandes terratenientes. Para estos últimos sería una ganancia porque ponen sus tierras en manos de productores con gran capacidad de trabajo y equipos modernos, que levantan la cosecha y luego desaparecen pues no tienen la necesidad de apegarse a la tierra como lo hacen los campesinos. En su seno existen también una capa de pequeño burgueses que se desarrollan “en medio de sus dificultades”, siendo contratistas con maquinaria usada que se ocupan directamente de la producción cuando

³⁸⁵Ídem, p. 59.

³⁸⁶Lebedinsky, Mauricio: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino? (última parte)”, en: *Nueva Era*, N° 3 (134), año XVIII, abril de 1966.

son contratados. A pesar de reconocer que “ocupan personal para el manejo de máquinas” en momentos de trilla, sus contratadores son caracterizados como campesinos.

Un rubro particularmente importante del avance de las relaciones capitalistas lo constituyen las “modernas empresas avícolas con grandes capitales nacionales o extranjeros”.³⁸⁷ La actividad avícola tendría su origen en el chacarero minifundista, que tenía con la cría de aves un sostén auxiliar para su alimentación. El desarrollo de esta actividad se habría concentrado en la pampa húmeda, por sus condiciones ecológicas pero también por su cercanía a los grandes centros urbanos de consumo, lo cual estimuló su desarrollo. La actividad registra un crecimiento notable en los primeros cuarenta años del siglo XX, alcanzado para 1937 los casi 43 millones de unidades, se retrae hacia la década del ‘40 y repunta en los ‘50, llegando a 1969 con la cifra de 45 millones, marcando un recupero y superación de los guarismos de los mejores años pasados. Ya desde la década del ‘40 las calidades mejoraron producto del uso de alimentos balanceados, especies híbridas y remedios que generan una alta resistencia a las enfermedades en las especies. Así las chacras se convirtieron en unidades especializadas.

El cambio notable comenzó a acontecer en los ‘60 cuando crece aceleradamente la producción de pollos parrilleros. Medidos en millares de cabezas, en 1957 se registraban 7.000, para 1960 ya eran 15.000, cuatro años después 65.000 y para 1971, 97.300. La producción de huevos, otro rubro clave de la avicultura, pasaba de 245 millones de docenas en 1962 a 310 millones en 1971. Un crecimiento espectacular que estaba sustentado por medio de la genética y los grandes laboratorios que eran, para el partido, el arma de penetración del imperialismo con el cual “impone a los países atrasados patentes, licencias, participación en las ganancias, en los negocios o intervención en la dirección industrial”.³⁸⁸ Gracias a este control, también establecerían sus propias cabañas que absorbían el conjunto del proceso productivo, llegando a incluso a las etapas de comercialización. El desarrollo de esta rama se daría centralmente en el cinturón bonaerense y “constituyen lo nuevo porque pasan a ser concentración de

³⁸⁷Cerro, Severo: “Lo nuevo en el campo y nuestras tareas”, en: *Nueva Era*, N° 1 (165), año XX, enero-febrero de 1969, p. 65.

³⁸⁸Gómez, Aníbal: “La avicultura argentina controlada por el imperialismo norteamericano”, en: *Nueva Era*, N° 6 (201), año XXIII, julio de 1972, p. XX. Una explicación similar puede verse en: “Los avicultores de Entre Ríos son desplumados por los monopolios”, en: *Nuestra Palabra*, 11/09/1970.

producción avícola y de trabajadores agrícolas”.³⁸⁹ En este escenario, la propuesta del partido sería avanzar en el desarrollo del INTA que permita una ciencia nacional y la liberación respecto del imperialismo.

Un ejemplo de esta rama agropecuaria sería la empresa San Sebastián, una cabaña avícola, que se convirtió en una empresa moderna que logró controlar el abastecimiento en el mercado porteño y del Gran Buenos Aires, se autoabastecía de huevos y alimentos balanceados (con cereales que ellos mismos producían), contaba con flota furgonera propia para distribución en rotiserías y restaurantes, comprando incluso la producción de pequeños avicultores cuando la propia no era suficiente.

Un proceso semejante se observaría en fruticultura, donde modernas empresas dominaban la comercialización de fruta cítrica y de carozo, y la venta de plantas de pequeños y medianos viveristas. Estas empresas se iniciaron arrendando por 5 ó 10 años montes cítricos en producción y pusieron en uso tractores, fumigadoras mecánicas, camiones frigoríficos, etc., y ocuparon tanto a obreros “comunes” como especializados. A este proceso no escaparía la horticultura y floricultura, particularmente asentadas en el Gran Buenos Aires, donde se utilizan también máquinas modernas, fertilizantes, riego por aspersión, lavadoras y seleccionadoras en unidades de pequeña colonias intensivas de 4 a 10 quintas que emplean de 15 a 80 obreros.

En el análisis del PC un elemento al que se atendió con particular énfasis fue la repercusión de todas estas transformaciones que significaban un “desarrollo relativo” del capitalismo en el agro, en la clase obrera. En primer término, se señaló la tendencia al agravamiento del éxodo rural producto de la destrucción de puestos de trabajo que significaría la incorporación de maquinaria sin apuntar a un incremento de la producción que redunde en la retracción del área sembrada. El uso del sistema a granel permitiría, por caso, que una tarea que antes realizaban entre seis y ocho trabajadores, ahora sea realizada solo por dos, incluso el uso de máquinas con tolva eliminaría un obrero más. En otro estudio, el partido afirma que en una chacra maicera de 150 hectáreas, anteriormente trabajaban en la cosecha unos 20 obreros juntadores, 3 secadores, 8 en cuadrilla de desgrane, 1 apuntador, 2 maquinistas, 1 cocinero, 3 camioneros, 1 pistín de carga, 2 pistines de descarga y 2 tolveros. Es decir, un total de 43 trabajadores. La mecanización habría reducido todo ese proceso a 1 maquinista y 1 ayudante, 1 tractorista, 2 pistines de descarga, 1 tolvero y 1 acarreador (aunque estos

³⁸⁹Ibíd.

dos podrían ser prescindibles), es decir 7 trabajadores en total.³⁹⁰ Asimismo, cambios en los procesos productivos derivarían en una mayor incorporación al trabajo de jóvenes y de mujeres.

En segundo lugar, y vinculado a esto aparecería una nueva figura, el “obrero tractorista temporario”, que constituiría una fracción más “competente”, pero a su vez, no estable. Se produjo así una “elevación del nivel tecnológico de muchos obrero rurales” que los distingue del “viejo obrero estibador, cosechador, arador”, debido a que asumen cada vez mayores responsabilidades (inseminación artificial, atención de los reproductores, reparación de máquinas complejas, etc.) y “rinden cada vez mayores cuotas de ‘plusvalía’ a sus explotadores”.³⁹¹ Según un informe de la Comisión Coordinadora de Entidades Agropecuarias, entre el período 1945/1949 y 1960/1964 el rendimiento del hombre de campo ocupado se había incrementado un 20%. A raíz de ello, el partido señala que los reclamos obreros centrales en el ámbito agrario deberían ser: subsidio a los desocupados con pago en dinero o su valor en productos alimenticios, creación de fuentes de trabajo inmediatas, aumento general de salarios de 40% y jornada de 8 horas para todo el gremio.

En tercer lugar, el partido destacó el crecimiento del peso de los trabajadores del interior (mayoritariamente santiagueños) en detrimento de los provenientes de países europeos, como acontecía en la década del ‘30 y ‘40. Esto se notaría en particular en las quintas de verduras, frutas y floricultura establecidas en los alrededores de los centros urbanos, que emplean un número importantes de obreros temporarios y permanentes, además de contar con un alto grado de mecanización. En esos mismos rubros se vería un mayor componente de mujeres.

En resumidas cuentas, el PC reconoció que en los ‘60 se produjo un incremento importante de los cultivos industriales, la horticultura, fruticultura y avicultura en diferentes zonas del país. Repuntes que, sin embargo, “no pueden cubrir el retroceso producido en el agro por la reducción y estancamiento de rubros esenciales de la producción cerealista-ganadera”. De hecho, hacia fines de los ‘60 se mostraría la crisis de este repunte, con la liquidación de pequeños y medianos agricultores de las economías regionales. Esto se explicaría porque los monopolios ejercen su dominio en la industrialización y comercialización, y la contracción del mercado interno amen del

³⁹⁰Semerene, José et al: “Lo nuevo entre los obreros rurales (continuación)”, en: *Nueva Era*, N° 7 (160), año XIX, agosto de 1968, p. 82.

³⁹¹Laborde, Julio et al: “Lo nuevo entre los obreros rurales”, en: *Nueva Era*, N° 6 (159), año XIX, julio de 1968, p. 83.

encarecimiento de los insumos agropecuarios. A su vez, reconoce que se produjo un desarrollo de las fuerzas productivas, con un aumento de la productividad y la incorporación de tecnología. Sin embargo, atribuye a la estructura latifundista una limitación en este proceso (dado que el aumento de la productividad no redundaría, paradójicamente, en un aumento de la producción) y las consecuencias negativas de un proceso que no es más que el propio de la dinámica capitalista: la concentración del capital y la expulsión de mano de obra como resultado de la incorporación de tecnología. De conjunto la situación sería

“contradictoria [...] mientras por un lado se manifiestan tendencias hacia el desarrollo de las fuerzas productivas, por el otro las relaciones de atraso predominantes en la tenencia de la tierra, el peso del sistema con el dominio de los monopolios y el bajo consumo hacen estrecho el camino del crecimiento, de lo cual es un claro ejemplo las actuales dificultades de la industria proveedora de maquinaria”.

Dicho de otro modo, se profundiza el “desarrollo prusiano” del agro.

Resumiendo

A lo largo de este acápite hemos visto que el partido prestó particular interés al estudio teórico y empírico del agro argentino. Para ello contó con una serie de cuadros militantes, con experiencia y conocimiento en la materia, que fueron destinados a desarrollar esta tarea particular, tanto en la Comisión Agraria como en la Comisión de Estudios Económicos. Con esos insumos, produjo y acumuló un conocimiento propio sobre la formación histórica del agro, las características de la oligarquía, el campesinado y los “monopolios comercializadores”, el accionar del imperialismo, la situación estructural y coyuntural de la clase obrera y el campesinado, las transformaciones recientes en el campo y delineó una propuesta estratégica propia (la alianza obrero-campesina) con una consigna concreta (la reforma agraria).

Todo ese conocimiento fue procesado, y a la vez dio sustento a, las definiciones programáticas del partido, que analizamos en el primer acápite. Poniéndolo en relación con el escenario descrito en el capítulo I, resulta claro que el comunismo no logró captar la realidad de la estructura agraria argentina, manteniéndose preso de los prejuicios latifundistas y campesinistas, defendiendo la imagen tradicional del agro. Sin

embargo, lo que resulta distintivo al compararlo con el resto de la izquierda, como veremos luego, es la importancia atribuida a este espacio y el conocimiento que ello brindó. Por caso, se trata prácticamente del único partido que advirtió las transformaciones más importantes de la década del '60 y '70.

III. Intervención en el agro

En este acápite nos proponemos examinar los esfuerzos y las iniciativas que el partido tomó para intervenir concretamente en la lucha de clases del agro argentino. Hemos visto que el PC desarrolló una profusa bibliografía sobre la cuestión agraria, motivo por el cual lo que nos preguntamos ahora es si ella tuvo un correlato en la acción política y de qué manera esta nos permite precisar el contenido real del programa comunista. El partido se acercó tanto a sindicatos, como a las Ligas Agrarias y a diferentes corporaciones y cooperativas agrarias, a los efectos de concretar en la práctica la tan mentada alianza obrero-campesina. Este apartado está destinado a analizar esa intervención.

a. Estructura de trabajo

Para el partido, el campo era el terreno de encuentro entre los campesinos y el proletariado rural, es decir, era el locus natural donde debía germinar la alianza obrero-campesina. Esos fueron, en efecto, los dos actores centrales que el partido buscó organizar a través de sus Comités provinciales, los Comités Agrarios locales e incluso, por motivos que veremos luego, a través de su Comisión de Mujeres y de Juventud. De allí que adoptara como máxima política construir un partido fuertemente enraizado en las fábricas y en el campo.³⁹² Una fuente que nos permite trazar los bosquejos generales de la estructura de trabajo en el campo, son los “Informes e intervenciones” del XII Congreso del PC que, recordemos, tuvo lugar entre el 22 de febrero y 3 de marzo de 1963.³⁹³ Se trata de un material de casi mil páginas que ofrece una aproximación a la fuerza militante del partido en el campo. Naturalmente, al tratarse de una fuente oficial y de difusión masiva -esto significa que no era una fuente interna y, por tanto no estaba

³⁹²Occhipinti, Juan: *Por un Partido Comunista de masas enraizado particularmente en las grandes empresas y en el campo*, Frente Unido, Buenos Aires, 1972.

³⁹³Partido Comunista de la Argentina: *XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina. Informe e intervenciones*, Anteo, Buenos Aires, 1963.

exenta de una utilización como herramienta de agitación política, mostrando un partido con fuerte inserción-, las cifras deben ser relativizadas. Aún con estos recaudos, constituye una vía de acceso al problema.

En ese congreso, el militante Jerónimo Arnedo Álvarez presentó un informe sobre “El papel del Partido en la lucha por la organización, consolidación y desarrollo de los movimientos de masas”, problema que constituía el segundo punto del orden del día. Dentro de su exposición, dedicó un tiempo especial a abordar la cuestión del trabajo en el campo. La tarea partidaria en ese ámbito consistiría en luchar por destruir la influencia de la burguesía agraria en las masas campesinas, a través de la “práctica de acciones comunes, asambleas y otros actos conjuntos, así como encuentros por diversos motivos entre organizaciones campesinas, obreras y populares”. Advirtió que dada la dispersión de las masas campesinas, no se requeriría solo del trabajo de las comisiones agrarias provinciales, sino de la constitución de múltiples subcomisiones a niveles locales. Seguidamente indicó que dentro universo campesino las fuerzas partidarias debían que privilegiar al campesinado pobre y a las cooperativas, “nuestros camaradas asociados a las cooperativas agrarias deben recibir mayor atención, deben ser agrupados y ayudados, porque allí las luchas van a desarrollarse con gran intensidad.”

Finalmente, cerró su intervención con un balance negativo del trabajo agrario realizado por el partido hasta ese momento. Diagnosticó un subdesarrollo en ese ámbito producto de cinco factores. En primer lugar, la insuficiente preocupación en las direcciones provinciales y locales por intensificar el trabajo en las masas campesinas. En segundo, el funcionamiento insuficiente de las células campesinas, que operarían sin objetivos ni planes de trabajo definidos. En tercero, la falta de un trabajo consecuente orientado al reclutamiento. En cuarto lugar, una desorganizada vida orgánica de las células campesinas. Quinto y último, la ausencia de una política diferenciada y particular para campesinos medios, chicos y obreros rurales. Resulta sugestivo que cuatro de los cinco problemas enunciados remitan exclusivamente al campesinado, y solo uno al proletariado.

Este déficit fue confirmado por los comités provinciales de las diferentes provincias. Juan Ochipinti, por la regional Buenos Aires, añadió al balance de Arnedo Álvarez algunos elementos. Entre ellos, la dificultad de funcionamiento de las células por las largas distancias que producen el aislamiento entre chacareros; un déficit en los dirigentes que suplantán con su propia militancia lo que debería ser tareas generales de la célula; falta de atención a las “pequeñas reivindicaciones” de los campesinos que

posibilitan una actividad continua, estable y a largo plazo; realización de tareas de agitación desligadas de la preocupación por el reclutamiento; distribución deficiente de las publicaciones partidarias necesarias para las tareas de agitación y propaganda. En virtud de este balance, señaló algunos mecanismos para su superación. En primer término, la creación de comisiones agraria en cada provincia con un responsable como secretario de organización exclusivo para el campo, que formará parte del Comité de zona (instancia que también, aconsejaba, debía crearse en todos los lugares posibles). Este tendría como tarea central atender al trabajo en el campo coordinándolo con las organizaciones obreras de la ciudad. En paralelo, formar brigadas que tomen contacto con campesinos y obreros rurales. Por otro lado, designar militantes dedicados a organizar el reclutamiento y el trabajo de las brigadas, en función del conocimiento de los problemas del lugar, y que se preocupen por la formación de cuadros dirigentes. Asimismo, estudiar los puntos de concentración de los campesinos pobres y medios que tienen pequeñas parcelas. Finalmente, llevar los problemas del campo a los sindicatos y a la CGT.

Como puede verse, la militancia en el agro aparece como un problema central en el partido. Más allá de todos los puntos que se consideran como debilidades, es evidente que la existencia, aunque juzgada irregular, de comités agrarios en algunas provincias muestra la preocupación por crecer en este ámbito. La agitación entre las “masas agrarias” es entonces una tarea que el partido asumió e intentó llevar a la práctica. Los balances y las propuestas para mejorar esta construcción no niegan el esfuerzo, por el contrario, lo confirman.

Veamos ahora el grado de desarrollo del partido en el campo, otra vez según los informes brindados en este congreso. En su balance general, Arnedo Álvarez señaló que el PC tenía influencia en más de 100 seccionales de FAA, en dos de las cuales se había logrado colocar militantes en el Consejo Directivo, y en cooperativas agrarias, además de compartir la dirección de “organizaciones campesinas”, sin detallar cuales. En cuanto al movimiento obrero rural, señaló que de 1200 sindicatos de obreros rurales, el partido contaba con militantes en la dirección de más de 250, además de tener presencia en algunas federaciones provinciales y regionales, e incluso un miembro en la dirección de una regional de la CGT. Continuando con las cifras globales, estimó que existían, a nivel nacional, 90.527 afiliados con carnet, siendo un 63% obreros (tanto rurales como urbanos), un 4,5% campesinos y el resto distribuidos entre empleados, profesionales y “otros sectores”.

Las diferentes intervenciones provinciales permiten completar el panorama. El Comité provincial de Buenos Aires informó la existencia de 52 células campesinas, de obreros rurales y de pueblos de campo sobre un total de 805 en toda la región. Asimismo, explicó que durante el año 1961 se reforzó el trabajo agrario, con actividades que pusieron a 150 militantes en brigadas para recorrer pueblos y chacras, por lo cual se logró ubicar más de mil folletos de *El significado del giro a la izquierda del peronismo* en 150 chacras, logrando reclutar 45 campesinos en una jornada de trabajo. En esa misma provincia, se habría logrado una mayor influencia en FASA,³⁹⁴ en un contexto signado por la desocupación, caída de la siembra e incorporación de maquinaria. También se destacó el hecho de que dirigentes sindicales peronistas del “sindicato agrícola” pidieron una reunión con el partido.

En Santa Fe se contaría con presencia en 89 localidades a través de 464 afiliados. Los “afiliados campesinos” actuaban en 23 filiales de FAA y sus Comisiones Directivas, “acompañados por muchos amigos peronistas”. En tres seccionales de la FAA se habría logrado presentar listas electorales, y en otra se llegó a colocar un miembro en el Consejo Directivo. En cuanto al proletariado rural, se contaría con presencia en más de 100 sindicatos rurales y forestales, y se destacó la intervención en la huelga de braceros de Villa Constitución, un conflicto que se prolongó por 107 días. En esa provincia además se erigió el Movimiento por la Reforma Agraria en el departamento de General López, donde confluyeron 70 sindicatos y 30 cooperativas. En FASA Rosario se ganó la dirección en una lista “amplia de unidad”.

La delegación Entre Ríos presentó un informe menos detallado, solo señaló el impulso que se le estuvo dando a la formación de sindicatos de FASA y al trabajo mancomunado con dirigentes de seccionales de FAA. Corrientes también mostraría una mayor presencia del partido, con la existencia de “grandes movimientos campesinos” en los que el partido “desempeñó un gran papel”. En Misiones el comunismo habría dado un salto en su crecimiento, incorporando 2.500 afiliados “mayormente obreros, campesinos pobres y medios, obreros de la construcción y la madera, profesionales y pequeña burguesía”. Allí, además, se habrían hecho “movimientos por escuelas” en las zona campesinas, se habría impulsado la organización de los “pequeños campesinos tealeros” y movimientos unitarios contra el desalojo de campesinos.

³⁹⁴En 1951 FATRE, la federación de sindicatos de obreros rurales, se fusionó con productores rurales pequeños y con la Federación Rural Argentina de Transportadores, adoptando el nombre de FASA (Federación Argentina de Sindicatos Agrarios). En 1961 retomó su denominación original.

En el noroeste, el Comité provincial de Salta informó, sin demasiadas precisiones, la influencia en zonas de campesinos y en algunos sindicatos de FASA. Valoró como el trabajo más importante la incorporación de un obrero de origen peronista que había sido dirigente del gremio azucarero y a través del cual se logró la afiliación de otros 16 trabajadores. En Jujuy, consignó una mayor influencia en campesinos producto de la lucha contra los desalojos y la existencia de una célula rural con 135 afiliados, predominantemente obreros. En diciembre de 1975 la prensa partidaria informó que, tras la realización de un picnic en esa provincia, que atrajo a 50 personas, mayormente campesinos, se afiliaron 18 nuevos militantes y se entregó carnet a 6 previamente afiliados.³⁹⁵ En Tucumán, Enrique Santos aclaró, al comienzo de su informe en el Congreso, su doble condición de comunista y campesino. En esa provincia, el partido contaría con un militante en el directorio de la UCIT, entidad que reflejaría el “giro a la izquierda” del campesinado al pronunciarse por cambios de fondo en el agro.

En Chaco se habrían constituido “células indígenas”, a la par que se dio apoyo a las Ligas Agrarias Chaqueñas, que nucleaban a “chacareros”. En este punto, se advirtió que a pesar de la intervención en estas Ligas, no se resignó la lucha por la democratización de las FAA. Se afirmó genéricamente que el partido participaba en la dirección de algunos sindicatos.

El Comité de Córdoba comenzó su informe señalando que la regional tenía una debilidad importante en el ámbito agrario. Por ello decidió la designación de un responsable encargado de constituir comisiones campesinas y de obreros rurales, para lo cual también se planeó la celebración de una escuela de cuadros campesinos y obreros. Con todo, la presencia en el agro cordobés no sería nula, allí se habría logrado poner en pie el Movimiento Pro Reforma Agraria, con el cual “el prestigio del partido creció y varios agricultores se incorporaron al mismo”, gracias a la organización de picnics. En la localidad de Canals se constituyó un Comité pro Estabilidad de los Campesinos en la Tierra integrado por FAA, Cooperativa Agraria, Sindicato de Luz y Fuerza, obreros de Magnasco (Industria lechera) y el Sindicato de obreros rurales.

En Mendoza, el MUCS constituyó más de 30 comisiones de fincas y tuvo participación en una huelga de trabajadores permitió la afiliación de 31 nuevos miembros al partido (tres de ellos, mujeres) y nueve a la FJC. Este agrupamiento de la juventud habría reclutado en el último tiempo 450 jóvenes, de los cuales “un gran porcentaje son

³⁹⁵“Reclutamiento en campo jujeño”, en: *Nuestra Palabra*, 03/12/1975.

obreros rurales”. Asimismo se celebró que muchos obreros peronistas asistieran a las reuniones del partido y se afiliaran. En la última campaña de reclutamiento un 40% de los nuevos afiliados fueron obreros y un 20% campesinos. En cuanto estos últimos, se concentraron esfuerzos en organizar a los contratistas de viñas, propugnando la unidad entre pequeños y medianos viñateros con los contratistas y los obreros rurales. La Juventud Agraria del partido realizó clubes agrarios donde se agitó el programa. El funcionamiento habría mejorado, logrando constituir 42 células campesinas, varias células femeninas y diez círculos juveniles. En este punto, el informe dado por Benito Marianetti celebró que “la prédica del partido ha calado hondo no sólo entre los trabajadores de la industria, sino también entre la pequeña y mediana burguesía vitivinícola.” Ya en 1973 la regional Mendoza informará a través de la prensa partidaria que tras organizar siete reuniones abiertas de células campesinas y de obreros rurales, se acercaron 700 personas -muchas de ellas peronistas, aclara la nota- y se consiguieron 120 afiliaciones.³⁹⁶

En Formosa, la regional contaba al momento de celebrarse el Congreso, con siete cuadros dirigentes campesinos y, según el informante, estaría en proceso de expansión. En San Juan, el trabajo en las familias de obreros rurales por la exigencia de agua, permitió la afiliación de cinco nuevos militantes, llegando a contar en un solo departamento con más de 70 afiliados. Este trabajo habría permitido llegar a la dirección de filiales de FASA y poner en pie otras, junto a “compañeros peronistas y del Partido de los Trabajadores”. En Santiago del Estero el trabajo sería más bien escaso, y el único logro destacado fue la constitución de una Liga Campesina a partir de una reunión partidaria que atrajo a 50 campesinos. Finalmente en Neuquén, se creó de una Comisión Interpartidaria para la organización de los obreros de la fruta.

La importancia otorgada a la militancia en el agro se confirma al observar los esfuerzos que dedicaron a esa tarea comisiones que no estaban estrictamente ligadas a ese ámbito: la Comisión de la Mujer y la Federación Juvenil Comunista (FJC). Respecto de la primera en el mismo Congreso que venimos analizando, Fanny Edelman, responsable de la Comisión femenina, destacó dentro de su informe general diferentes iniciativas para el campo. Por un lado, señaló que en Mendoza la Unión de Mujeres Argentinas (UMA, frente femenino del partido) recorrió varias chacras para propagandizar la lucha del partido contra el envío de tropas argentinas a Cuba. Por otro lado, destacó la

³⁹⁶“120 campesinos se afilian al PC”, en: *Nuestra Palabra*, 07/11/1973.

designación de mujeres delegadas en FASA y la conformación de una Comisión Femenina de este sindicato en Godoy Cruz. Asimismo, el partido creó en Médanos (Buenos Aires) una comisión de ajeas para defender la producción. Esa comisión, además, fue una herramienta para la participación dentro de las instancias asamblearias de FAA. Una experiencia similar se intentó en Santa Fe, realizando encuentros de campesinas y mujeres de la ciudad “pero aún es muy insuficiente el esfuerzo de las comisiones femeninas para encontrar las formas de organizar a las mujeres de las zonas agrarias”. Los informes de la regional Buenos Aires de la Comisión femenina balancearon una creciente participación campesina en Bahía Blanca y Mar del Plata, gracias al surgimiento de “campesinas que se perfilan como cuadros dirigentes”, lo que facilitó la extensión de las afiliaciones en zonas agrarias como Olavarría, Pehuajó y Carlos Casares.

En cuanto a la FJC, Jorge Bergstein destacó la participación de la juventud en las luchas agrarias. En la localidad de Colón, por ejemplo, los jóvenes comunistas ocuparon un latifundio. En Mendoza, obreros agrícolas afiliaron a la FJC a más de 100 jóvenes y durante una huelga se afiliaron una veintena más. Asimismo promovieron cursos de alfabetización en el campo, que comenzaron con una asistencia de tres obreros y culminaron con 17 afiliándose a la FJC. En una zona se ubicaron 40 ejemplares de *Giro a la izquierda...* y se afiliaron cinco jóvenes obreros rurales. Luis Heller, a su turno, destacó que durante 1961 varias brigadas realizaron salidas al campo que fueron bien recibidas, hicieron labor agitativa, pero no constituyeron una FJC agraria ni un movimiento de masas. En Pehuajó, se realizó un gran festival juvenil por la reforma agraria, en el que participaron 400 jóvenes, 100 de ellos campesinos. Además de baile y carreras de bicicletas, hubo un acto en el que habló el secretario de la FJC, un dirigente peronista y un campesino.

A pesar del balance realizado en el XII Congreso, que señalaba los déficits ya expuestos y propuso algunas soluciones, el partido, durante los años posteriores, siguió insatisfecho con su presencia en el campo. Hacia 1968, en los preparativos de lo que sería el XIII Congreso, el PC editó un documento preparatorio titulado *Sobre problemas de organización*, que contenía un apartado específico sobre la “organización en el campo”.³⁹⁷ El documento comenzaba señalando la importancia de la intervención agraria en la medida en que la alianza revolucionaria que defendía, el Frente

³⁹⁷Partido Comunista de la Argentina: *Sobre problemas de organización*, Anteo, Buenos Aires, noviembre de 1968.

Democrático Nacional, estaba basado en la unión entre obreros y campesinos en vistas de lograr la Reforma Agraria profunda. De allí que fuera crucial ganar influencia entre obreros rurales y campesinos pobres, sin menospreciar ni a los medianos ni a los ricos, a los efectos de unir a todas las fuerzas del campo contra los grandes latifundios. La tarea que debía encararse para ello era, en cuanto al proletariado rural, la disputa sindical con las direcciones conciliadoras y que defienden la colaboración de clase, y, en sentido análogo, el desplazamiento de los campesinos ricos que concilian con la “oligarquía terrateniente”.

Entrando específicamente en el balance de la intervención del partido, el documento señala que este cuenta con “un gran prestigio entre las masas campesinas”³⁹⁸, pero ello no lograría traducirse en un reclutamiento que permitiera fortalecer las células agrarias y formar cuadros campesinos. Esto se explicaría por un déficit en las tareas de agitación, para las que no se contaría con materiales específicos como periódicos zonales, folletos que analicen los problemas campesinos. Nuevamente, la propuesta para superar esto fue reforzar la creación de Comités que se encarguen de la organización de obreros rurales y campesinos en cada uno de los pueblos del país. Cada uno de estos Comités de Pueblo debería hacerse de un mimeógrafo para editar su propaganda, y organizar conferencias, charlas y fiestas para encuadrar a la “juventud campesina”. Es decir, se trata de un intento de construir una red molecular densa que llegue a todos los ámbitos agrarios.

Un año más tarde, el Comité Central del partido emitió una “Resolución sobre el campo” en la que se definían cinco directivas.³⁹⁹ En primer lugar, impulsar la organización de todos los sectores sociales del campo, tanto sindicatos como federaciones o cooperativas de productores, en los distintos lugares de trabajo (estancias, cabañas, emprendimientos avícolas y hortícolas, medieros, tanteros, contratistas, etc.), e instancias no directamente vinculadas a ámbitos de trabajo como ser los clubes juveniles. En segundo lugar, incorporar a la mujer, ya sea campesina u obrera, en el movimiento por la reforma agraria. En tercero, fortalecer la FJC buscando cubrir el déficit en la organización de la juventud agraria, principalmente afectada por la imposibilidad de acceso a la tierra o trabajo estable. Cuarto, impulsar el crecimiento partidario capitalizando la influencia y prestigio que tiene ganado. Y por último, fortalecer la Comisión Agraria Nacional, las anexas a los Comités provinciales y

³⁹⁸Ídem, p. 9.

³⁹⁹Partido Comunista de la Argentina: *Resolución sobre el campo*, 1969, compilado en Partido Comunista de la Argentina: *Resoluciones y declaraciones del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina. Año 1969*, Anteo, Buenos Aires, 1970.

zonales para mejorar el trabajo campesino y sindical para impulsar la unidad obrero-campesina.

Nuevamente, a pesar de los señalamientos y balances, todo parece indicar que el partido no lograba alcanzar un trabajo satisfactorio en el agro. Hacia 1974 encontramos dos artículos en la revista teórica *Nueva Era* que siguen planteándose ese problema. El primero de ellos era el balance de una Reunión Nacional Campesina, celebrada el 2 de marzo de ese año, y convocada por el Comité Central

“con vistas a fortalecer y extender la organización partidaria en el campo, mejorar la labor política y organizativa con relación a las entidades agrarias de masas e impulsar todas las iniciativas tendientes a la realización de una gran Asamblea Nacional Pro Reforma Agraria”.⁴⁰⁰

El informe central de la reunión, que estuvo a cargo de Florindo Moretti, por entonces responsable agrario del Comité Central, comenzó resaltando que, a pesar de los años e iniciativas tomadas, el campo, tal como se diagnosticó en el XII Congreso, seguía siendo una de “nuestras principales debilidades, especialmente en lo que se refiere al crecimiento entre obreros agrícolas, campesinos pobres y medios”.⁴⁰¹ Sin embargo habría llegado el punto en que la resolución de este problema no podía dilatarse más, dado que se evaluaba que las “masas campesinas” estaban en un estado de efervescencia y con predisposición al combate.

Ofreciendo cifras, Moretti mostraba que el reclutamiento del campo no alcanzaba a representar más que un 2% de los nuevos afiliados totales, siendo las mejores provincias en este sentido Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Mendoza. La tarea por delante tenía como meta elevar ese número al 10%. Para eso debía trazarse un plan de reclutamiento en el que se definió cantidad de células y número de campesinos a reclutar. Para ello, ninguna célula del partido, sea de trabajadores ferroviarios, metalúrgicos u otra rama, podía quedar ajena a un plan de trabajo de vinculación con el campo, para fundar en la práctica misma la alianza obrero-campesina. Dado el crecimiento de la actividad agropecuaria extra pampeana, Moretti advertía la necesidad de amoldar el reclutamiento. Insistió por ello en la constitución de una Juventud Comunista de masas

⁴⁰⁰Moretti, Florindo: “¿Cómo fortalecer y extender la organización del partido en el campo?”, en: *Nueva Era*, N° 3 (220), año XXV, abril de 1974, p. 30. “La actualidad del PC en el campo”, en: *Nuestra Palabra*, 20/03/1974.

⁴⁰¹Moretti, “¿Cómo fortalecer...?”, op. Cit., p. 31.

en el campo y del trabajo femenino agrario. Por otro lado, debería realizarse un trabajo partidario orgánico y planificado en el terreno de las cooperativas agrarias. En ese escenario, privilegiarse el impulso de UPARA, un organismo sobre el que volveremos luego. Todo este trabajo organizativo debería ir de la mano de una labor ideológica, para combatir la influencia de la “gran burguesía agraria” en el movimiento de masas, rechazando también las “posiciones aventureras, ultraizquierdistas de sectores de extracción pequeño burguesa”.⁴⁰²

El segundo de los artículos mencionados sobre los problemas de organización en el campo vuelve sobre los elementos ya señalados, a la vez que hace hincapié en otros. Por un lado, destaca la necesidad de avanzar en el conocimiento profundo de la economía de cada zona, particularmente en un momento en que se estarían produciendo transformaciones en el agro. En segundo lugar, se indica la necesidad de avanzar en una mayor integración de las comisiones agrarias, para lo cual se recomienda la elección de dos militantes en cada departamento, a los efectos de que dediquen su atención a las células de campesinos y obreros rurales y su articulación con los comités locales. Es decir, fortalecer por lo bajo la estructura ascendente de células, comités y comisiones. Los comités de pueblo y locales constituirían un “eslabón fundamental” toda vez que su asiento son las localidades y, por tanto, están en contacto directo con la “vida política, económica, cultural de campesinos [...] y otras capas”.⁴⁰³ El autor del artículo señala que en Santa Fe, una provincia que resulta clave para el PC, existen 400 localidades, teniendo presencia el partido en 115 de ellas a través de 74 comités. Como puede apreciarse, e incluso sospechando que las cifras sean magnificadas, se trata de una presencia nada despreciable.

En tercer lugar, se insiste en la necesidad de formar células, tarea que se estaría relegando al concentrarse solo en el reclutamiento de afiliados sin darles un sustento organizativo. “Una mayor vida política de las células educaría a los camaradas a que cuando salen a hacer la cosecha deben llevar la propaganda del partido, reclutar y organizar en otras localidades de la provincia o del país.”⁴⁰⁴ En cuarto lugar, se señala la necesidad de tener una adecuada política de cuadros, que superen las tendencias al “espontaneísmo”, “individualismo” y “caudillismo”. Para ello recomienda que las direcciones formen parte de la misma “capa social” que la base sobre la que ejercen

⁴⁰²Ídem, p. 35.

⁴⁰³Shapiro, J.: “Algunos problemas de la organización del partido en el campo”, en: *Nueva Era*, N° 5 (222), año XXV, junio de 1974, p. 411.

⁴⁰⁴Ídem, p. 412.

dicha dirección. Asimismo, se debe reforzar la propaganda aumentando la colocación de *Nueva Era* y *Nuestra Palabra*.

Al tratarse de documentos oficiales, sin mayor evidencia empírica, puede dudarse de la veracidad de las cifras ofrecidas. A pesar de ello, es notorio que el partido tenía una presencia significativa en el agro. Naturalmente, en ella privilegiaba al campesinado y al proletariado, dado que eran las clases fundamentales de la alianza revolucionaria. Hemos podido ver, además, que en su intervención agraria el partido llegó a puestos de dirección en organismos en los que creía ver nucleadas a esas clases: la FAA y los sindicatos rurales. Para ello trazó alianzas con sectores del peronismo, en los que visualizaba un “giro a la izquierda”. Pero incluso siendo completamente escépticos y desconfiando por completo de toda la información ofrecida por el partido, suposición exagerada, lo que muestran los documentos es una acusada preocupación por construir el partido en el campo.

b. Movimiento obrero rural

El PC consideraba que el proletariado rural era el “principal nexo” de la alianza obrero-campesina. Analizando la situación del movimiento obrero rural, el partido caracterizaba que la organización de esta fracción del proletariado se encontraba “estancada en su desarrollo y con tendencia al retroceso.”⁴⁰⁵ Muestra de ello sería que FATRE contaba para 1966 con solo 35.000 afiliados, siendo 26.000 los realmente cotizantes. Este estancamiento se explicaría parcialmente por la forma en que nacieron los sindicatos rurales. El PC sostenía que su surgimiento fue impulsado por “concepciones políticas estrechas” (léase anarquismo y anarcosindicalismo) que impulsaron una sindicalización parcial circunscripta a solo dos actividades (estibadores y pistín), y solo sobre trabajadores de carácter temporario. Asimismo, estos sindicatos “hacían todos sus reclamos contra cerealistas o campesinos”. Estos déficits se habrían perpetuado en el tiempo, complotando contra la organización del conjunto de la clase. Ese debía ser el principal norte del partido, avanzar en la sindicalización.

El comunismo balanceaba que jugaba a favor de una política de sindicalización, el hecho de que las transformaciones recientes en el campo habrían tendido a favorecer el empleo de obreros permanentes en detrimento de los temporarios, lo que a su vez haría

⁴⁰⁵Cerro, Severo: “El movimiento obrero rural”, en: *Nueva Era*, N° 11 (142), año XXIII, diciembre de 1966, p. 84. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

más acuciante la necesidad de relanzar los sindicatos sobre nuevas bases. A su vez, surgían nuevas especialidades como los tractoristas, los obreros de esquila mecánica, operarios de máquinas complejas, etc. Un nuevo obrero, propio de las empresas agrarias, que sería “más valioso por lo que llega a conocer y dominar” del proceso de trabajo, y cuya sindicalización es un “temor actual de las clases dominantes”, dado que resulta imprescindible para concretar la producción. La otra novedad, ya lo señalamos, sería la incorporación de la mujer. Ambos hechos obligarían al partido a estudiar el problema, vincularse a esa “masa desorganizada, derrotando la vieja concepción de organizar solamente a los trabajadores que viven en los pueblos o estaciones y, que por lo común son de las dos especialidades mencionadas anteriormente, y que tienden a desaparecer.” En síntesis, un sindicato de “*todos los trabajadores rurales*”.

El estudio de la prensa periódica del partido en la década del '70, muestra que efectivamente hubo una política concreta para intervenir en el principal sindicato agrario, FATRE. Allí el partido había puesto en pie la Comisión Intersindical de Obreros Rurales, que tenía como principal norte disputar la conducción nacional del gremio. El partido denunciaba que esa dirección había puesto al sindicato en un proceso de retracción, sus padrones enflaquecían -reduciéndose a un 10% de la clase obrera rural- y se intervenían las seccionales consideradas “díscolas”. Ello llevó a que seccionales más combativas, se separaran y consiguieran su propia personería gremial, como ocurrió en Bragado y Tres Arroyos.⁴⁰⁶

Una nota aparecida en 1972 en la prensa partidaria da cuenta del trabajo en FATRE. Hacia marzo de 1961 el PC, en una lista unitaria con activistas de diferentes zonas ganó la seccional San Miguel del gremio. Dos años más tarde, el número de afiliados había ascendido de 27 a 600 (400 de ellos cotizantes), a partir de la lucha por la jornada de 8 horas impulsada por el partido. Para ese entonces, según informes partidarios, la Intersindical ya nucleaba a más de 50 filiales de FATRE.⁴⁰⁷ En 1972 esa misma Intersindical inició el proceso de reorganización de FATRE Irala y la creación de FATRE San Emilio. Para ese entonces ya detentaba la conducción de la regional Junín, con una lista unitaria de peronistas y radicales.⁴⁰⁸

Ahora bien, en el ámbito gremial la tarea política central del partido fue “ayudarles [a los obreros] a fortalecer su propia organización y ayudarles a comprender que el

⁴⁰⁶“Los obreros rurales tienen que salvar a FATRE”, en: *Nuestra Palabra*, 25/05/1971.

⁴⁰⁷“Cómo actúa un sindicato con dirección clasista”, en: *Nuestra Palabra*, 21/03/1972.

⁴⁰⁸“En sindicatos rurales”, en: *Nuestra Palabra*, 21/03/1972.

enemigo no son los campesinos pobres o medios sino los terratenientes, el monopolio cerealero.”⁴⁰⁹ Por lo tanto, la tarea inmediata y central para la militancia en el ámbito de la clase obrera rural fue “ir desde ya a la concreción de acciones que luego tengan continuidad y culminen, en tiempo no lejano, en la formación de la Alianza Obrero-Campesina.”⁴¹⁰ Para llegar a ello sería necesario:

“La solidaridad recíproca con las respectivas luchas; las acciones comunes por reivindicaciones específicas; la realización conjunta de encuentros y asambleas; la participación fraternal en los congresos de sus respectivas organizaciones; la inserción en los programas respectivos de objetivos coincidentes en cuanto a la realización de la reforma agraria profunda, que dé la tierra a los campesinos, así como la plataforma y coordinación de la acción común por la conquista de un gobierno de nuevo tipo”.⁴¹¹

Lo cierto es que esta propuesta tuvo un correlato práctico real a través de diferentes iniciativas del partido, para llevar la consigna de la “reforma agraria” y la “alianza obrero-campesina” a la clase obrera rural. Para el caso ya mencionado de FATRE tenemos dos hechos que confirman este punto. En 1974 tuvo lugar un Congreso del gremio, donde el problema central fue la desocupación, particularmente en el caso de estibadores y otras especialidades que no llegaban a los 100 jornales anuales. En ese escenario, el PC intervino señalando

“un tema al que FATRE debe prestar especial atención es, a juicio de la Intersindical rural, el de la reforma agraria, promoviendo a otro plano, y con mucha más amplitud, no solo debates y mesas redondas sino acciones en común con otras organizaciones obreras, campesinas, políticas, populares”.⁴¹²

No sorprende tampoco encontrar varios artículos en las páginas de la revista teórica del partido, donde se celebran hechos concretos que expresarían la alianza obrero-campesina. Por ejemplo, un artículo destinado al análisis teórico de dicha alianza, que ya hemos citado anteriormente, celebra que en los congresos de FASA y FATRE Rosario, se aprobaron resoluciones que disponían la realización de recorridas, chacra

⁴⁰⁹García, Oscar: “El movimiento obrero y la alianza obrera y campesina”, en: *Nueva Era*, N° 7, septiembre de 1963, p. 37.

⁴¹⁰Idem, p. 40.

⁴¹¹Kohen, *Clases...*, op. Cit., p. 162.

⁴¹²“Los rurales se preparan para avanzar sobre la burocracia”, en: *Nuestra Palabra*, 17/07/1974.

por chacra, para entrar en contacto con agricultores y establecer “pactos y acuerdos zonales” y “arribar a un acuerdo amistoso entre obreros y campesinos.”⁴¹³ Por otro lado, se celebra la realización de asambleas comunes entre trabajadores y productores, como las acontecidas en Firmat en 1963 o la inauguración de sindicatos en actos con presencia de campesinos “para lograr la reforma agraria integral”. Finalmente, otro elemento común en la prensa partidaria fue la reivindicación de la intervención de obreros en los intentos de desalojo a sus empleadores.⁴¹⁴ Todos estos son hechos que el partido celebraba y estimulaba en pos de acercar a obreros y campesinos.

Con todo, una de las iniciativas más importantes en este sentido fue la participación en las Jornadas Agrarias convocadas por la CGT, celebradas los días 26, 27, 28, 29 de noviembre y 2 de diciembre de 1963. Allí asistieron organismos obreros como la propia CGT (a través de su secretario nacional, José Alonso), la Asociación Gremial del Personal del Frigorífico Lisandro de la Torre, el Sindicato de Empleados del Tabaco, FATRE y FOTIA; partidos que se reivindicaban obreros como el propio PC y partidos de la burguesía como la UCRP, Partido Demócrata Cristiano, Partido Justicialista, Partido Social Agrario; especialistas de renombre como el economista Raúl Scalabrini Ortiz e ingenieros agrarios como Horacio Giberti, y entidades académicas o profesiones como la Facultad de Agronomía, el Instituto Social Agrario de Estudios Económicos y Sociales, el Centro Argentino de Ingenieros Agrónomos, la Asociación de Economistas Argentinos entre otras; organismos que propugnaban la Reforma Agraria como la Junta de Partidarios de la Reforma Agraria; organismos estatales como la Dirección de Tierras y Colonización de Chaco y el Consejo Agrario Nacional; y corporaciones de la burguesía agraria como Federación Agraria Argentina.⁴¹⁵ Los asistentes debieron expresarse sobre un largo temario, que incluía la definición y alcance de la reforma agraria, el régimen de tenencia de la tierra en la Argentina, la situación de estancamiento agrario, las experiencias latinoamericanas de reforma agraria y las políticas, medidas y enfoques para la transformación del campo. En líneas generales, los convocantes, aunque con matices y ciertas diferencias en cuanto a su alcance, defendían la necesidad de transformaciones profundas en el agro. En efecto, el congreso culminó

⁴¹³García, Oscar et al: “Sobre la alianza obrero y campesina en nuestro país”, en: *Nueva Era*, N° 7, año XVII, agosto de 1965, p. 79.

⁴¹⁴“Triunfa y continua”, en: *Nuestra Palabra*, 11/07/1973. Kohen, *Clases...*, op. Cit., p. 107.

⁴¹⁵Confederación General del Trabajo: *Jornadas agrarias realizadas por la Confederación General del Trabajo de la República Argentina*, CGT, Buenos Aires, 1964. Sepiurca, David: “Una vez más sobre la necesidad de una inmediata Reforma Agraria”, en: *Nueva Era*, N° 5, año XVI, junio de 1964.

con la constitución de una Comisión Coordinadora pro Reforma Agraria (COCOPRA), para asegurar la continuidad del movimiento que fundaron aquellas jornadas.

Estas Jornadas fueron el puntapié para la celebración posterior de un Congreso Pro Reforma Agraria, nuevamente convocado por la CGT entre el 14 y 16 de mayo de 1965. En esta ocasión, contó con la presencia de 500 delegados de 100 organizaciones en las que se incluían el grueso de los participantes de las Jornadas de 1963. De esta instancia, contamos con un balance realizado por el PC, que da cuenta de la importancia cardinal que tenía en el marco de su estrategia la celebración de estos espacios de confluencia entre actores del mundo campesino y obrero. En tal sentido, el partido afirmó que

“por su contenido y sus resoluciones, es una expresión del grado de desarrollo alcanzado en la conciencia de la clase obrera, el campesinado, las masas populares, de la necesidad de cambios profundos en la estructura atrasada y dependiente del país, entre ellos, la reforma agraria como instrumento para la realización de los mismos.”⁴¹⁶

Fundamentalmente, se balanceaba que la fijación de un “programa progresista de cambios estructurales” permitiría “unir en la acción a la clase obrera, al campesinado y a los sectores progresistas en torno al proletariado”. Al mismo tiempo, la inclusión del problema de la reforma agraria en la agenda de la CGT, cuyo antecedente no eran solo este Congreso y las Jornadas Agrarias, vendría a confirmar la caracterización que el partido había hecho sobre el llamado “giro a la izquierda del peronismo”.

En este Congreso se habrían debatido dos programas de reforma agraria: uno elaborado por organismos técnicos asesores de la CGT y otro presentado por la FAA. El primero, en la lectura del comunismo, estaría inspirado en ideas “desarrollistas y nacionalista burguesas”, contaba con puntos positivos y otros tantos confusos, pero el PC rescataba que “expresaban una búsqueda, una apertura hacia un análisis y una salida de fondo.” El segundo, estaba atravesado por la contradicción entre sus objetivos, que debían atender a la mejora de la situación del campesinado chico y medio, y sus sectores dirigentes, que serían “una burguesía agraria relativamente enriquecida”. Sus postulados se emparentaban con la Alianza para el Progreso, al defender una reforma agraria respetuosa del derecho a la propiedad privada, y sin avanzar en la supresión del carácter de mercancía de la tierra. Sobre la caracterización de la FAA volveremos luego, aquí

⁴¹⁶Kohen, Alberto: “El Congreso Argentino por la Reforma Agraria”, en: *Nueva Era*, N° 6, año XVII, julio de 1965, p. 58. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

nos interesa destacar que a pesar de todo, se balanceó el Congreso como una instancia favorable, en la medida que aprobó “soluciones altamente positivas”. Entre ellas, el pronunciamiento por la reforma agraria como instrumento para el cambio de estructuras, incluyendo los cambios en el sistema de tenencia de la tierra, el resguardo al patrimonio del suelo nacional frente a las compañías extranjeras y la entrega de la tierra a arrendatarios sin que signifique su hipotecamiento. Se trataría finalmente, de la “confirmación del giro a la izquierda de las masas” y de la importancia que para el partido tenía llevar a entidades obreras, los reclamos “campesinos” para sustentar lo que consideraba era una alianza revolucionaria.

c. Movimiento campesino: Corporaciones, Ligas y Cooperativas

La intervención del PC sobre lo que caracterizaba como un movimiento de tipo “campesino” se centró en tres espacios: las corporaciones agrarias -fundamentalmente la FAA-, las Ligas Agrarias que cobraron fuerza a comienzos de la década del ‘70, y las cooperativas. La principal herramienta de intervención en este ámbito fue la Unión de Productores Agrarios de la Argentina (UPARA), constituida en 1967 tras una Asamblea y Congreso celebrado en Tucumán con “delegaciones de las principales organizaciones agrarias autónomas del país y más de 3.000 campesinos tucumanos”.⁴¹⁷ El objetivo de esta entidad era organizar a los agricultores, caracterizados como “campesinos chicos y medios”,⁴¹⁸ coordinar sus luchas y fomentar “la amistad solidaria con las organizaciones obreras”. En este punto se planteaba como una alternativa a la “actitud frenadora y participacionista”⁴¹⁹ de los dirigentes del Consejo Central de FAA, si bien el partido no dejó de intervenir en aquella corporación.

Hacia 1972 el Comité Central del partido emitió una resolución en la que fijaba el programa de reivindicaciones con el que habría que intervenir en el ámbito agrario, lo que puede leerse como los lineamientos que guiarían el accionar de UPARA:

“Precios compensatorios móviles al productor agrario laborioso por sus productos, de acuerdo a la carestía de la vida e inflación.

⁴¹⁷García, José María: “Los problemas del campo y las luchas campesinas”, en: *Nueva Era*, N° 4 (167), año XX, mayo de 1969, p. 340.

⁴¹⁸Shapiro, J.: “Algunos problemas de la organización del partido en el campo”, en: *Nueva Era*, N° 5 (222), año XXV, junio de 1974, p. 407.

⁴¹⁹García, “Los problemas...”, op. Cit., p. 340.

Por el abaratamiento de los costos de producción agropecuarios, desinflando el precio venal y especulativo de la tierra, del crédito, de las máquinas, plaguicidas y demás insumos que el productor necesita para producir y vivir.

Desgravación impositiva para los pequeños y medianos agricultores en especial y a los productores agrarios en general. Gravar con impuestos progresivos al latifundio y a las grandes ganancias monopolistas. Aplicación inmediata y por una vez de un impuesto de emergencia extraordinario a las grandes ganancias capitalistas y terratenientes.

Política crediticia de fomento agrario, con créditos a los chacareros a largo plazo y bajo interés; amplio apoyo crediticio a las cooperativas agrarias, exenciones impositivas al movimiento cooperativo.

Rebajas en los precios de combustibles para el trabajo en el campo, así como en las tarifas y fletes ferroviarios y del automotor.

Rebajas del 50% en los precios de los pasajes por ferrocarril y ómnibus para los cosecheros y sus familias; albergue gratuito [...] subsidio para alimentación vivienda y ropa para los braceros agrícolas desocupados.

Apoyo y defensa de las industrias cooperativas como aceiterías, desmotadoras, hilanderías, para su pleno funcionamiento y modernización. Apoyo a la industria y comercio nacional y regional.

Moratoria de cinco años para las deudas de los pequeños y medianos productores y anulación del requisito de presentación de 'libre deuda' previsional para tener acceso al crédito.

Aumento del presupuesto destinado a mantenimiento de escuelas en medios rurales [...] abastecimiento adecuado realmente a las necesidades de medicamentos, médicos, enfermeras, ambulancias, salas de primeros auxilios y hospitales.

Plan especial de apoyo a las comunidades indígenas, por parte del estado.

Constitución y funcionamiento de las juntas de algodón, té, yerba y otras en forma democrática y autárquica, con representación de auténticos productores electos por sus representados.

Política de la tierra: reforma agraria profunda e integral. [...]

Como medida inmediata: funcionamiento del Consejo Agrario Nacional de acuerdo a su ley original de creación.

Entrega definitiva de los títulos de propiedad gratuitamente a los campesinos ocupantes precarios de tierras fiscales, mal llamados 'intrusos', a los aborígenes y a la juventud agraria. Plan inmediato de entrega de tierras y créditos para trabajarlas y para construir viviendas dignas. Igualmente a los campesinos desalojados que desean volver al campo.

Creación de estaciones de máquinas y tecnificación agropecuaria-forestal, cooperativas y estatales [...]

Nacionalización de los monopolios extranjeros.

Aprovechamiento integral de los ríos, construcción de obras hidroeléctricas y de riego.

[...]

Amplio plan de reforestación, conservación del suelo y lucha contra la erosión y empobrecimiento gradual de tierras.

Contra todo intento de golpe de estado de derecha.

Por amplio apoyo al Encuentro Nacional de los Argentinos.

Por la solidaridad con las luchas campesinas y por la unidad obrero-campesina y popular.

Por un gobierno provisional de amplia coalición democrática que presida la convocatoria de una asamblea constituyente [...]"⁴²⁰

En una asamblea de la entidad celebrada los días 15 y 16 de septiembre de 1973 en el departamento de General López (Santa Fe), con la asistencia de 504 delegados de la filiales Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires e incluso con presencia de delegados del Frejuli, la UCR, la APR y del propio gobernador de la provincia, se manifestó el Apoyo al Acta Agraria del peronismo (tema sobre el que volveremos luego), y se reafirmaron las bases programáticas de UPARA:

“1. Expropiación de los latifundios. 2. Pleno funcionamiento del Consejo Agrario Nacional. 3. Incremento de la siembra de trigo. 4. Ley de reforma agraria integral y profunda. 5. Saneamiento de la CAP. 6. Precios compensatorios para pequeños y medianos productores. 7. Defensa del cooperativismo. 8. Apoyo crediticio para pequeños y medianos productores. 9. Rebaja de insumos e imposibilidad de importar productos que perjudiquen el patrimonio nacional. 10. Estabilidad de medieros y libertad de agremiación de los trabajadores. 11. Unidad con la FAA y las Ligas Agrarias.”⁴²¹

Este programa fue ratificado nuevamente en marzo de 1974, cuando se convocó una Asamblea Agraria Regional, presidida por José María García, por entonces Secretario General del Consejo Directivo Nacional de UPARA. Allí señaló la necesidad de reclamar por precios sostén, buques para el transporte de la producción, acuerdos de

⁴²⁰Partido Comunista de la Argentina: *El agro en combate contra la oligarquía y los monopolios*, 1972, compilado en Partido Comunista de la Argentina: *Resoluciones y declaraciones del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina. Año 1972*, Anteo, Buenos Aires, 1973, pp. 88-89.

⁴²¹“Santa Isabel”, en: *Nuestra Palabra*, 26/09/1973.

comercio con los países socialistas, que la Junta Nacional de Granos disponga de los silos sin utilizar de las distintas firmas cerealistas y estancias, paralización de los desalojos, ley de arrendamiento forzoso, ley de reforma agraria integral, que no falte combustible, créditos que cubran el 100% de los gastos reales, cooperativas para la juventud, fusión de las empresas CAP, FASA y Swift en un ente estatal para resolver el problema de la carne, que el impuesto a la renta normal potencial de la tierra se aplique a latifundios y no a pequeños y medianos propietarios, alerta sobre los excesivos impuestos.⁴²²

Como puede apreciarse, nada que desentone con el ya analizado programa agrario del PC, en particular en lo que hace a la defensa de los intereses burgueses en el campo. En cuanto a la composición de UPARA, según datos proporcionados por el partido en 1968,

“agrupa ya, aproximadamente a 60 mil pequeños y medianos productores agremiados en las organizaciones de viñateros y fruticultores de Mendoza y San Juan, de productores de maní de Córdoba, de tamberos de la cuenca de Córdoba, de tamberos y quinteros de Santa Fe, de cañeros de Tucumán, de algodóneros de Chaco, de quintero del cinturón de Córdoba, de agricultores de Santiago y Salta, etc.”⁴²³

Algunos datos surgidos del relevamiento de la prensa partidaria muestran que UPARA no fue un simple sello. En octubre de 1973 se realizó una asamblea de la regional Santa Fe, a la que asistieron 47 delegados de 26 localidades para discutir sobre reforma agraria y tenencia de la tierra, comercialización y mercado, tecnificación y mecanización, régimen impositivo y proyecto de estatuto para los tamberos medieros.⁴²⁴ En febrero de 1974 tuvo lugar otra reunión de UPARA, esta vez con 200 delegados de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Tucumán, San Juan, Mendoza, Chaco, San Luis, La Pampa y Formosa.⁴²⁵

Estos datos dan cuenta de que la entidad tenía una existencia real, lo que se confirma al observar la presencia en diferentes conflictos en el agro. En junio de 1971 se celebró el Primer Congreso Nacional de Horticultura y Fruticultura, que contó con delegaciones de 80 entidades vinculadas a esa rama de la actividad agraria, entre las que se destacan el

⁴²²“Un programa para el agro”, en: *Nuestra Palabra*, 10/04/1974.

⁴²³Partido Comunista de la Argentina: *Hacia el XIII Congreso del Partido Comunista*, Anteo, Buenos Aires, octubre de 1968, p. 15.

⁴²⁴“Los campesinos de Santa Fe reclaman la reforma agraria”, en: *Nuestra Palabra*.

⁴²⁵“La asamblea de UPARA denuncia la pavorosa crisis agraria”, en: *Nuestra Palabra*, 09/10/1974.

Mercado de Productores y Cooperativas de Quinteros del Cinturón de Rosario, la Asociación de Cooperativas Hortícolas Argentinas de Buenos Aires y UPARA. Por esta entidad asistió el dirigente Ricardo San Esteban, quien hizo uso de la palabra señalando la necesidad de la reforma agraria para la resolución de los problemas del agro. El saldo del congreso fue la constitución de una Federación Nacional de Entidades Gremiales de Productores Hortícolas y Frutícolas, y un balance sobre las problemáticas agrarias que coincide con las evaluaciones del PC: tenencia de tierra, regímenes crediticios e impositivos, problemas en la comercialización e industrialización y aumento del precio de la tierra.⁴²⁶

Ese mismo año, la delegación Córdoba de UPARA convocó, junto a la Comisión de Defensa de los Productores del Agro Cordobés, a una asamblea de delegados agrarios. Esta decretó la huelga y el no pago del impuesto a la tierra, un hecho que fue conocido como el “Grito de Morrison”, consiguiendo el apoyo, según cifras del partido, de 20.000 productores agrarios.⁴²⁷ Durante 1973 UPARA estuvo presente en la lucha contra una serie de desalojos en Rosario en el mes de julio, y en la organización de la Comisión Promotora de una Federación de Centros Tamberos de Santa Fe en la ciudad de Firmat.⁴²⁸ Al mes siguiente apoyó la movilización de productores desalojados en Zavalla,⁴²⁹ y en diciembre se pronunció por una política de precios favorables a los pequeños y medianos productores de trigo, variable según la dimensión de la unidad de explotación.⁴³⁰ UPARA intervino también en los debates agrarios suscitados por la impronta reformista del tercer gobierno peronista. Sobre esta cuestión, volveremos al final del capítulo. En 1975 la encontramos nuevamente reclamando por el precio de la leche y por el abaratamiento de insumos, junto a la FAA, las Ligas Tamberas de Córdoba, los Centros Tamberos de Santa Fe y la Confederación Nacional de Productores de Leche.⁴³¹ Hacia marzo de ese año también encabezó una protesta por la sanción de un proyecto de Ley Agraria Nacional y se pronunció en favor de la lucha de los agricultores de Misiones, Chaco, Formosa, Entre Ríos, Corrientes, Cuyo Tucumán y Rio Negro, por precios compensatorios y la propiedad de la tierra.⁴³²

⁴²⁶“Ha surgido una nueva fuerza entre los productores agrarios”, en: *Nuestra Palabra*, 29/06/1971.

⁴²⁷García, José María: “Las actuales luchas en el campo argentino”, en: *Nueva Era*, N° 2, (187), año XXII, marzo de 1971, p. 148.

⁴²⁸“Se organizan agrarios de Santa Fe”, en: *Nuestra Palabra*, 25/07/1973.

⁴²⁹“La tierra reclaman en Zavalla”, en: *Nuestra Palabra*, 22/08/1973.

⁴³⁰“Necesidad de precios diferenciales para el trigo”, en: *Nuestra Palabra*, 12/12/1973.

⁴³¹“Que los industrializadores paguen el valor real de la leche”, en: *Nuestra Palabra*, 29/01/1975.

⁴³²“UPARA y el pacto agrario”, en: *Nuestra Palabra*, 19/03/1975.

Federación Agraria Argentina y Campo Unido

Como hemos visto al comienzo de este acápite, el PC intervino activamente en las regionales de FAA, intentando colocar a miembros suyos en sus organismos de dirección. Si para dirigir al proletariado rural había que reconquistar sus sindicatos, para ganar a los sectores campesinos era imprescindible militar en el interior de su federación. En este sentido, el tratamiento es en ambos casos era similar: el problema no era la FAA como organismo, como no lo era la CGT, sino sus direcciones que tenderían a conciliar y se ubican a la retaguardia del movimiento de lucha. La corporación fue caracterizada en los siguientes términos:

“Es la organización gremial más fuerte del campesinado, aunque solo agrupa a una parte mínima que no excede a los 40.000 o 50.000 campesinos. Pero debemos tener en cuenta la existencia de un fuerte movimiento cooperativo agrario que en el país agrupa a unos 450.000 campesinos organizados.”⁴³³

En efecto, la intervención en este ámbito se orientaba por la línea política de “ir cambiando la relación de fuerzas en el seno de la FAA para poder desalojar de su dirección a los campesinos ricos conciliadores y sustituirlos por representantes combativos de los campesinos pobres y medios.”⁴³⁴ Por ello la consigna central era la democratización del organismo y el desplazamiento de las direcciones no representativas.

Así como se denunciaba que la dirección de FATRE vaciaba el sindicato al no impulsar la afiliación, lo mismo correspondía para Federación Agraria Argentina. El 58° Congreso de la FAA de 1970, por caso, fue caracterizado como uno de los más pobres por su escasa concurrencia: solo habrían participado 193 de 450 filiales y unos 300 afiliados sobre un total de 35.000 que, a su vez, eran parte de un universo de productores que el partido estimaba en medio millón de productores. En este punto, el PC señaló que la ausencia de las bases expresa un repudio de los agricultores a la “conducción claudicante”, pero que la no concurrencia era un error. La orientación debía ser buscar una legítima representación, interés que no sería compartido por el

⁴³³PC: *XII Congreso...*, op. Cit., p. 318.

⁴³⁴PC, *Hacia el XIII...*, op. Cit., p. 15.

presidente de la corporación, Di Rocco.⁴³⁵ En el congreso 59º, celebrado en 1971, el PC parece haber percibido un mejor panorama, en tanto señaló que se hizo visible la existencia de dos líneas políticas. Una encarnaría la conciliación con la dictadura, la oligarquía y los monopolios y su cabeza sería Di Rocco y su “burocracia”. La otra, opuesta, recogería la tradición del Grito de Alcorta, pronunciándose contra los desalojos y por la reforma agraria, línea que estaría personificada en los “numerosos delegados que llevaron el clamor de lucha de las masas campesinas.”⁴³⁶

Las principales denuncias contra la FAA estuvieron centradas en su inacción frente a la “política desalojadora [sic]” de la dictadura, sobre todo en el año 1971. Se denunciaba que verbalmente la conducción repudiaba los desalojos, pero que en los hechos se negaba a la movilización, y por tanto terminaba siendo colaboradora.⁴³⁷ De este modo, las bases en los congresos lograban instalar “resoluciones combativas”, pero luego la dirección se encargaba de convertirlos en letra muerta. A los efectos de garantizar eso, anulaba credenciales y expulsaba a los delegados más activos, entre los que se destacarían los comunistas.⁴³⁸

La FAA no fue, sin embargo, la única corporación en la que intervino el PC. A comienzos de los ‘70 también actuó dentro de un frente de corporaciones conocido como Campo Unido.⁴³⁹ Básicamente, se trató de un movimiento fundado por Carlos Manuel Acuña, quien ofició como presidente y era además dirigente de Sociedad Rural Argentina (SRA) y de Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP), y que contaba entre sus promotores a otros dirigentes de esas entidades. El objetivo era dirigir el movimiento agropecuario de oposición a la Revolución Argentina. Su fundación puede ubicarse en abril de 1970, pues si bien hubo antecedentes, en ese momento se dio a conocer su manifiesto. El frente promovía la unidad de acción entre CRA, Comisión Coordinadora de Entidades Agropecuarias (CCEA), SRA, FAA y CONINAGRO bajo una serie de demandas comunes:

“-Que se convierta la Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería en el Ministerio correspondiente. -La reducción de la presión impositiva sobre el agro. -La derogación

⁴³⁵“Di Rocco-Kugler contra la F.A.A.”, en: *Nuestra Palabra*, 29/09/1970.

⁴³⁶“Dos líneas en el Congreso de la F.A.A”, en: *Nuestra Palabra*, 12/10/1971.

⁴³⁷“Un programa que no es el de Di Rocco”, en: *Nuestra Palabra*, 03/08/1971; “Desalojan arrendatarios de Hernando”, en: *Nuestra Palabra*, 22/07/1971.

⁴³⁸Comisión Agraria del Comité Central del Partido Comunista: *Se agrava la crisis del campo argentino. El plan del Fondo Monetario Internacional*, Anteo, Buenos Aires, abril de 1961, p. 19.

⁴³⁹La información de Campo Unido ha sido extraída de: Sanz Cerbino, *La burguesía agraria...*, op. cit., pp. 272 y ss.

de los impuestos a las exportaciones. -La plena intervención de las entidades agropecuarias en la instrumentación de la política agropecuaria. -Que se modifique sustancialmente la política crediticia que se ha seguido hasta ahora. -Definición de la política que se seguirá para promover el agro en la Patagonia, y provincias del Oeste, Noroeste y Nordeste argentino [...]"⁴⁴⁰

Para el PC la iniciativa constituía un saludable “frente unitario del agro argentino contra la política expoliadora de los monopolios internacionales”,⁴⁴¹ y contra la “nefasta política antiagraria de la dictadura”.⁴⁴² Se trataba entonces de una organización que levantaba un “programa de defensa del campo” contemplando la rebaja de impuestos “asfixiantes” que, además, contaría con el apoyo de sectores obreros y populares.⁴⁴³

Así fue que el partido, a través de UPARA participó de diferentes instancias orgánicas del movimiento. En septiembre de 1970 formó parte de la reunión celebrada en Pergamino, junto a la Asociación de Cooperativas Agrarias, Cooperativa de Productores Agrarios de Rosario, Sociedad Rural de Santa Fe, Cooperativa Agropecuaria Industrial de Rojas, Cooperativa Agropecuaria de 9 de julio, Sociedad Rural de Junín y Sociedad Rural de 25 de Mayo.⁴⁴⁴ Un mes más tarde participó de una asamblea de Campo Unido junto con representantes de la Sociedad Rural, cooperativas, Instituto Provincial del Tabaco, Productores Cítricos de Bella Vista, Asociación correntina de productores de tabaco, arroceros, horticultores, Asociación de la Industria y el comercio de Goya, Sindicato Obrero de la Industria del Tabaco y 300 “campesinos”.⁴⁴⁵

Sin embargo, hacia noviembre de ese mismo año, el PC comenzó a mostrar un tono más crítico. El 26 y 27 de octubre tuvo lugar en Rosario la primera Reunión Nacional de Entidades Agropecuarias con participación de todas las corporaciones agrarias: FAA, CONINAGRO, CRA, SRA, antesala de la constitución del frente agrario por el que bregaba Campo Unido. En las páginas de la prensa partidaria se denunció que no hubo interés allí en llevar delegaciones campesinas, y que no se dio voz en el plenario a la delegación nacional de UPARA a través de su presidente -Antonio Neman García-, su vicepresidente -Pedro Arriarán- y su asesor general -José María García-. Eso fue leído como una negativa a la participación de los sectores pequeños y medianos, lo que se

⁴⁴⁰ *La Nación*, 4/8/1970, citado en: Sanz Cerbino, *La burguesía...*, op. Cit., pp. 273-274.

⁴⁴¹ “Encuentro nacional del campo”, en: *Nuestra Palabra*, 25/08/1970.

⁴⁴² “El campo argentino adopta medidas de lucha”, en: *Nuestra Palabra*, 14/07/1970.

⁴⁴³ García, “Las actuales...”, op. Cit., p. 146.

⁴⁴⁴ “‘Campo Unido’ estará el 26 en Rosario”, en: *Nuestra Palabra*, 29/09/1970

⁴⁴⁵ “‘Campo Unido’ en Goya”, en: *Nuestra Palabra*, 27/10/1970.

agravó por el hecho de que la asamblea fue deliberativa y no resolutive, no contemplando la votación de un plan de lucha.⁴⁴⁶ Ese mismo mes, el partido denunció una nueva maniobra de las entidades agropecuarias que marcó el fin de su intervención en Campo Unido. En una nueva reunión, se habría querido reemplazar la marcha sobre Buenos Aires que había promovido Campo Unido y UPARA, lo que el PC caracterizó como “una maniobra de los dirigentes de las entidades ‘madres’, muchos de los cuales son campesinos muy ricos, terratenientes, o directamente hombres de los monopolios”.⁴⁴⁷ De manera que la lucha de los campesinos debería continuar en las bases, desde UPARA y las regionales de FAA.

La intervención en Campo Unido es sugestiva respecto de la línea política que llevó adelante el PC para el agro. En este caso se observa como la defensa en abstracto del “campo” contra los “monopolios” lo llevó a un frente común ya no con los sectores más débiles de la burguesía agraria, sino con el conjunto de la clase.

Ligas Agrarias

Como es de suponer por la atención dirigida a los “campesinos”, el PC no descuidó la participación y el impulso a las Ligas Agrarias, que fueron tomando forma en los primeros años de la década del ‘70.

Desde que comenzó a cobrar visibilidad la experiencia de las Ligas, el PC leyó el fenómeno como la irrupción de las grandes masas pobres del campo en la escena política, y celebró su estructuración en la medida que permitirían “aglutinar desde las bases y lograr la mayor participación directa de nuevos sectores del agro laborioso, especialmente de la combativa juventud”.⁴⁴⁸ En este sentido, su experiencia era asimilada a las “mejores tradiciones” del Grito de Alcorta, y era evaluada como un avance en la conciencia de los sectores campesinos chicos y medios, abriéndose paso al enfrentamiento contra la oligarquía y los monopolios. Particularmente, destacó su vocación democrática mediante la toma de decisiones en Cabildos Abiertos.⁴⁴⁹ Sin embargo, se cuidó de señalar que este trabajo no debía complotar contra la actividad “por democratizar las entidades tradicionales del agro en manos de jefes claudicantes

⁴⁴⁶“El 10, el campo en Buenos Aires”, en: *Nuestra Palabra*, 03/11/1970.

⁴⁴⁷“Show de la oligarquía en la rural”, en: *Nuestra Palabra*, 24/11/1970.

⁴⁴⁸Rosales, Juan: “Los comunistas y las luchas campesinas en el noreste”, en: *Nueva Era*, N° 3 (198), año XXIII, abril de 1972, p. 243.

⁴⁴⁹“Concentración de los campesinos chaqueños”, en: *Nuestra Palabra*, 24/11/1970.

y fortalecer los movimientos sindicales y cooperativos.”⁴⁵⁰ Es decir, que el trabajo sobre las Ligas se combinó con el que se venía desarrollando previamente en el seno de la FAA.

Ante este nuevo impulso del “movimiento campesino”, el partido se decidió a intervenir, para lo cual comenzó primero asumiendo la tarea de realizar “un análisis más acabado” de la situación que vivía el nordeste argentino. Este análisis serviría como base para precisar las tareas a emprender y poder desarrollar “una labor más amplia, audaz, coordinada y consecuente destinada a incrementar la conciencia y combatividad del movimiento campesino, desarrollar su espíritu de solidaridad, fortalecer su organización unitaria”. Esta tarea contempló la convocatoria por parte de la Comisión Agraria Nacional a una reunión con los comités del Chaco, Corrientes, Misiones, Formosa y Santa Fe, junto con miembros del Comité Ejecutivo, el Comité Central, delegados de distintos frentes y de la FJC en febrero de 1972. Allí se ratificó el diagnóstico que ya hemos analizado: la experiencia organizativa de las Ligas estaba asociada a la crisis de pequeños y medianos productores por precios no remunerativos, que son el resultado de la acción de los monopolios extranjeros, lo que produce un “vaciamiento agrario”.

El comunismo no dudó en apoyar el programa del liguismo, al que consideraba adecuado en tanto recogía las necesidades inmediatas del campesinado y “amplios sectores populares”: precios compensatorios para la producción, salario adecuado para obreros rurales, apoyo y defensa de las cooperativas y sus industrias, reducción de impuestos, abaratamiento de los costos de producción y costo de vida en general y créditos que fomenten la producción. Asimismo, bregaba por desarrollar también sus tareas de fondo: reforma agraria integral y nacionalización de los monopolios, es decir una política nacionalista, antiterrateniente y antimonopolios. Por caso, en la liga correntina de productores de tabaco en Goya, el PC dio una discusión señalando que las demandas reivindicativas inmediatas eran incompletas, pues se exigía apoyo financiero sin estipular un monto y su financiamiento a costa de los monopolios, y no incorporaba la denuncia del núcleo del problema -la estructura del latifundio- y su solución -la reforma agraria-.⁴⁵¹

⁴⁵⁰Rosales, “Los comunistas...”, op. Cit., p. 243. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

⁴⁵¹“Difícil situación de los productores de Goya”, en: *Nuestra Palabra*, 18/03/1969.

Con esta línea, el PC apoyó la lucha de la UCAL y las LACH en defensa de precios compensatorios para el algodón,⁴⁵² de la ULICAF,⁴⁵³ las Ligas Tamberas de Santa Fe,⁴⁵⁴ y el MAM de los “campesinos” tealeros.⁴⁵⁵ En 1971 realizó un balance positivo sobre todo el movimiento agrario, señalando la existencia de una “formidable eclosión campesina” que tendría tres virtudes. En primer lugar, no se limitarían solo a exigir aumento de precios, sino que pondrían el foco en la estructura económica subdesarrollada, marginada e injusta, exigiendo la liquidación del latifundio mediante una reforma agraria profunda. En segundo lugar, se solidarizaban con el proletariado. Y finalmente, participaban jóvenes y dirigentes estrechamente vinculados a las bases.⁴⁵⁶

Cooperativas

El movimiento de cooperativas agrarias fue otro de los espacios privilegiados de intervención por parte del partido. La importancia de militar en este sector, se fundaba en el diagnóstico de que “se ha convertido por su volumen en el mayor agrupamiento societario de los agricultores, superando considerablemente al número de agrarios agrupados en sociedades de tipo gremial.”⁴⁵⁷ Tomando cifras del Censo Cooperativo de 1959, en la Argentina habría 1.461 cooperativas con 430.891 socios. El PC calculaba que cada socio era un jefe de familia y que estas tenían como unidad tipo cinco miembros, por lo cual el espectro al que el partido llegaba en este campo superaba los dos millones de personas.

Las cooperativas fueron caracterizadas como organismos de defensa frente a la “voraz especulación y explotación que imponían a los agricultores los monopolios y grandes acopiadores y comerciantes en el abastecimiento de víveres, aperos, maquinarias e implementos agrícolas”,⁴⁵⁸ remontándose su origen a los primeros migrantes que se instalaron en el campo a principio de siglo. La FAA, por su parte, habría estado desde sus comienzos comprometida con el impulso a estas formas de organización

⁴⁵²“Marcha del campesinado”, en: *Nuestra Palabra*, 27/10/1970. “Concentración de los campesinos chaqueños”, en: *Nuestra Palabra*, 24/11/1970. “Explotación algodonera a dos puntas”, en: *Nuestra Palabra*, 19/03/1975.

⁴⁵³“Los avances logrados por la unidad”, en: *Nuestra Palabra*, 24/02/1975. “Congreso de las Ligas Agrarias”, en: *Nuestra Palabra*, 15/06/1971.

⁴⁵⁴“El campo está que arde”, en: *Nuestra Palabra*, 05/06/1973.

⁴⁵⁵“Problemas de Misiones”, en: *Nuestra Palabra*, 28/11/1972.

⁴⁵⁶“Formidable alzamiento campesino y popular”, en: *Nuestra Palabra*, 09/11/1971.

⁴⁵⁷García, *El campo...*, op. Cit., p. 181.

⁴⁵⁸Ídem, p. 182.

cooperativa. Con todo, se trataba de espacios de disputa en la medida que existirían en su seno “capas de campesinos ricos” y “gerentes y funcionarios burocratizados”, que en lugar de promover la producción en “función social” se guiarían por intereses capitalistas. Así las cooperativas podrían devenir en organismos que sirvieran para esquilmar a los campesinos más pobres. Casos de este tipo se podrían encontrar en las cooperativas tamberas que se desarrollaron con celeridad y llegaron a industrializar gran parte de la producción de sus socios.

Al igual que en la FAA, lo importante aquí sería las bases, las “masas adherentes”, (e incluso “la mayoría de sus dirigentes y funcionarios”), en quienes predominaría un “espíritu de lucha” que serviría de fermento para la liberación nacional y la reforma agraria. En este punto, la militancia en su seno se tornaría fundamental, debido a que sería la forma en la que se podrían desbancar de la conducción a los gerentes y campesinos acomodados, y así “liberar” a la gran mayoría de los productores directos de la opresión de los monopolios comercializadores o industrializadores. De este modo, las cooperativas debería sumarse al mismo movimiento que el PC impulsaba en la FAA, el de la democratización de sus mecanismos de funcionamiento, para evitar el surgimiento de burócratas y el de direcciones que responden a una minoría, por la vía de bregar por cargos cubiertos por “funcionarios honestos y solidarios con la verdadera función social de la cooperativa.”⁴⁵⁹ De este modo el “movimiento agrario deberá renovarse y fortificarse jugando un papel cada vez mayor en el vasto frente de lucha contra los monopolios y el feudalismo terrateniente”.⁴⁶⁰

En el marco de esta depuración, el cooperativismo debería estrechar lazos con el movimiento obrero. El espacio de trabajo común entre ambos se daría en la esfera del mercado, en donde, eliminando a los monopolios comercializadores, el productor podría vender a mejor precio y el consumidor comprar más barato, dado que encontrándose directamente, los especuladores “parásitos” no podrían realizar su “voraz pillaje”.

d. Mujeres y jóvenes

Tal como señalábamos al comienzo, las comisiones femeninas y de juventud del partido estuvieron vinculadas a la problemática agraria, por eso las analizaremos sucintamente

⁴⁵⁹Ídem, p. 184.

⁴⁶⁰Ídem, p. 189.

en este apartado. No los hemos incluido en los anteriores porque dentro del partido, estos dos sectores tenían frentes diferenciados.

Ya hemos dicho que la juventud aparecía en los ojos del partido, como una de las principales víctimas de las transformaciones del campo al sufrir “desocupación creciente, sin tierra ni estabilidad, [...] obligada a recorrer el país como obreros rurales golondrinas”.⁴⁶¹ En ese contexto se abría también otra veta: “el joven obrero es muy solicitado por sus ambiciones [...] posee iniciativa, se compenetra más fácilmente con la máquina [...] y desde luego rinde más”.⁴⁶² Pero se trataría de un actor que “quiere mejores salarios y condiciones de vida y trabajo” por tanto presentaría una mayor voluntad de lucha. Este sería el escenario sobre el cual habrían surgido y cobrado protagonismo las organizaciones juveniles agrarias tales como la Federación Argentina de Centros Juveniles de Capacitación de la FAA (FACJAC), los centros juveniles de la Unión Cooperativas Algodoneras (UCAL), la Federación de Centros Juveniles Sancor, el Movimiento Juvenil de UPARA, los clubes 4-A, los grupos juveniles del Movimiento Rural Católico, Juventudes Agrarias de Santiago del Estero, Centros Juveniles de la Asociación de Cooperativas Agrarias y Confederación de Juventudes Agrarias Cooperativistas. Según las cifras que manejaba el partido, estas entidades agruparían 80.000 “jóvenes agrarios” sobre un total de más de un millón y medio. Sin embargo, el diagnóstico del partido era que “lo ya organizado es muy importante y más importante aún las posiciones que van asumiendo estas organizaciones”.⁴⁶³ Esto último refiere a las “grandiosas luchas libradas”, pero también a la adopción en asambleas, congresos y encuentros de la consigna de reforma agraria que expresa “un avance de la conciencia y de la organización de la juventud agraria.” Por ello, el PC consideraba primordial confluir en un Frente Común con todas estas organizaciones -recordemos que UPARA era una iniciativa orgánica- para enfrentar a la “contraofensiva” de la “reacción” de los monopolios, los terratenientes y el imperialismo.

La tarea de los “jóvenes agrarios comunistas” sería la de poner en pie comisiones coordinadoras por la tierra, sobre todo a través del impulso a UPARA que organizaría campesinos pobres. Esta organización inició una campaña de colecta de firmas e inscripción de aspirantes a la tierra, y en igual sentido estaría trabajando FACJAC,

⁴⁶¹Del Campo, Rafael: “Las juventudes del campo luchan por la reforma agraria”, en: *Nueva Era*, N° 4 (199), año XXIII, mayo de 1972, p. 320.

⁴⁶²Cerro, Severo: “El movimiento obrero rural”, en: *Nueva Era*, N° 11 (142), año XXIII, diciembre de 1966, p. 87.

⁴⁶³Ídem, p. 321.

donde probablemente el partido tuviera presencia. Con la recolección de firma se apuntaría a “esclarecer, organizar y movilizar [...] para llegar a la ocupación de latifundios con las masas y no en forma aventurera”. Esta campaña debía impulsar actividades juveniles de interés como los encuentros ciudad-campo, bailes, cursos y torneos de fútbol. Para ello el partido debería fortalecer la FJC en el campo, con círculos en chacras, colonias, latifundios y pueblos nucleados en comités de pueblos. El “plan concreto de trabajo” debía apuntar tanto a campesinos como a obreros rurales, aunque siempre en pos de la consigna de reforma agraria, que no es sino una aspiración campesinista.

En cuanto a la “mujer del campo”, se observan señalamientos similares. Se la visualizaba como un actor importante en el agro ya que

“cargan con buena parte de las tareas en chacras, tambos, quintas, viñedos, olivares, cañaverales, algodinales, criaderos de aves, etc. Y nadie como la mujer campesina sufre la disgregación familiar por la falta de tierra para que la trabajen sus hijos [obliga]dos a alejarse”.⁴⁶⁴

Se afirmaba que su principal reivindicación “es la del acceso a la propiedad de la tierra a través de una amplia y profunda reforma agraria.”⁴⁶⁵ De esta manera, sería necesaria su organización, su incorporación al partido y su elevación a la categoría de cuadro dirigente. La forma de acercarse a ella sería a partir de reuniones de carácter recreativo, la vía práctica para “charlar en común”. La realización de esta tarea “significará la incorporación de una gran masa de mujeres a la lucha social y política, fortaleciendo con su presencia el nudo fundamental de la unidad democrática y popular que es la alianza obrero-campesina”⁴⁶⁶

En este punto, el partido tomaba como ejemplo la experiencia de Coronda (provincia de Santa Fe), una región donde en 1972 se inició un movimiento de productores de frutilla que reclamaba por los precios y el bloqueo a la importación de la frutilla brasilera y paraguaya. En ese proceso se constituyó la Unión de Productores de Frutilla adherida a UPARA. Allí habrían tenido un papel destacado las mujeres, por lo cual se formó el Departamento Femenino del movimiento, integrado por nueve mujeres “la mayoría de

⁴⁶⁴“Las obreras rurales y las campesinas en la lucha por el cambio de poder”, en: *Nuestra Palabra*, 11/05/1971.

⁴⁶⁵Delfina, Irene: “La mujer campesina: Sus problemas. Sus luchas”, en: *Nueva Era*, N° 3 (230), año XXV, abril de 1975, p. 171.

⁴⁶⁶Ibidem.

ellas productoras”, y la célula femenina de Coronda del PC, formada por tres campesinas. Para continuar con el movimiento, se realizó el Encuentro de Mujeres de la Ciudad y el Campo, exponiendo las problemáticas propias con asistencia de 70 mujeres. Allí se discutió sobre sanidad, educación, guarderías y jardines de infantes, carestía, riego, electrificación, vivienda, defensa de la familia campesina, reforma agraria y recreación. Sobre carestía se hizo hincapié en el costo de los insumos (maquinaria, semillas, abonos) que impedían vender a precios compensatorios.

En cuanto a la mujer obrera, se tomaba como botón de muestra la experiencia de organización en dos pueblos rosarinos. En Pueblo Esther, se realizó una visita con militantes para explicar la necesidad de la organización, lo que dejó como saldo la constitución de una célula de seis militantes, con las cuales luego se constituyó una filial de UMA con once mujeres, nueve de las cuales eran del ámbito agrario. El proceso de incorporación también llevó a que se afiliaran a FATRE, al que se movilizaron con un petitorio que exigía jornada de 8 horas, guantes, botas e igual salario que el hombre. Por otro lado, en Figliera se realizó una reunión donde se constituyó una célula femenina y una comisión de obreras rurales adherida a UMA. En este caso, debieron combatir contra la dirección de FATRE que no las aceptaba por su condición de género.

En síntesis, el partido encaró en la práctica la organización de las mujeres y jóvenes, tanto campesinos como obreros apelando a su línea de conciliación entre ambos.

e. Tercer peronismo y legislación agraria

El PC le otorgó suma importancia a la legislación agraria. Esa preocupación se insertaba en una estrategia de tipo gradualista, donde las “leyes progresistas” constituían pasos adelante hacia la revolución democrática, agraria y antiimperialista, por la vía pacífica. Ya hemos visto por caso como una tarea central de ella, la reforma agraria, buscó ser impuesta por la vía legal. En este punto, el tercer peronismo significó un parteaguas en materia agraria para el partido, y merece un análisis detallado. Comenzaremos este apartado reconstruyendo brevemente cómo el partido caracterizó la legislación agraria a lo largo de la historia argentina, para luego detenernos específicamente en el tercer peronismo.

El partido reconocía la existencia de una vasta legislación agraria que, en muchos casos, conteniendo un “espíritu progresista”, no se habría logrado plasmar o bien por las propias limitaciones de los proyectos de ley o bien por la resistencia enconada de la

“oligarquía”. Los primeros antecedentes los constituirían los proyectos “farmer” de Avellaneda y Sarmiento, que buscaban impulsar el desarrollo capitalistas en el agro entrando en contradicción con los “sectores retrógrados de los grandes dueños de tierras”.⁴⁶⁷ Posteriormente, la Ley 2.985 de Transformación Agraria de Entre Ríos en 1934, habría propendido a la subdivisión y colonización de tierras fiscales y privadas, siendo declarada de utilidad pública aquella superficie superior a las 2.000 hectáreas, que no fuera una “explotación modelo”. De esta ley, el partido destacó que contemplaba como tierras aptas aquellas que eran cercanas al ferrocarril o al puerto, lo que facilitaba el traslado para el productor, y el hecho de que la expropiación podía ser pagada con títulos emitidos a esos efectos. Le siguió más tarde la ley 2.432 de colonización de Santa Fe, “sumamente inferior” en tanto no contemplaba la expropiación, pero junto con la anterior, denotarían que las movilizaciones campesinas tenían un carácter progresivo y obligaban a la sanción de este tipo de leyes. Dicho de otro modo, la legislación sería expresión de la correlación de fuerzas en un momento signado por la acción de masas.

En el marco de sus dos primeros gobiernos, el peronismo fue caracterizado por el PC como un movimiento que estuvo en el poder con un gran apoyo de la clase obrera y de los “campesinos pobres y medios y arrendatarios”, producto de la promesa de una reforma agraria basada en la consigna de “la tierra para quien la trabaja”. Así Perón habría tenido en sus manos “la más audaz iniciativa”.⁴⁶⁸ Para ello contaba con un importante antecedente: la constitución en 1940 de un Consejo Agrario Nacional, iniciativa legislativa del Partido Demócrata, junto con radicales y socialistas, que fue producto en gran medida de “la presión del Partido Comunista, pues sus militantes promovían grandes movimientos obreros y campesinos por la Reforma Agraria”. Esa ley contenía “cláusulas positivas” con las cuales un “gobierno verdaderamente popular y democrático [...] podría haber realizado una labor beneficiosa para impulsar el progreso y el bienestar del campo y la consiguiente vigorización del conjunto de la vida nacional”.⁴⁶⁹ Este sentido progresista se vería plasmado en el artículo primero, donde se manifestaba la búsqueda de un plan agrario para racionalizar las explotaciones, subdividir la tierra, estabilizar la población rural y llevar el bienestar a los trabajadores. Para ello, se lo facultaba para apropiarse de tierras improductivas mayores a 2.000 hectáreas, abonándola en función de su valoración fiscal y su productividad.

⁴⁶⁷Kohen, *Clases sociales...*, op. Cit., p. 178.

⁴⁶⁸García, *El campo argentino a 60 años...*, op. Cit., p. 29.

⁴⁶⁹García, *El campo argentino...*, op. Cit., p. 135

Como se puede apreciar, coincide con el diagnóstico que el PC realizaba sobre los problemas agrarios, motivo por el cual es congruente que apoyara medidas de este tipo. Sin embargo, la labor de este nuevo organismo, habría sido sabotada y frenada por los agentes del latifundio, y además contenía un problema en cuanto a la definición del latifundio, no atacándolo de conjunto sino cuando fuera “improductivo”.

Misma suerte habrían corrido las ya mencionadas promesas del primer peronismo, que como gobierno habría expresado las “vacilaciones características de la gran burguesía y la burguesía nacional”, de modo que no avanzó en una reforma que liquidara la estructura latifundista que, finalmente, se mantuvo intacta. Sin embargo, “presionado por las masas campesinas trabajadoras” se consiguieron varias “conquistas legales”: la Ley de Arrendamientos y Aparcerías Rurales (13.246), la Ley de Colonización (12.636), la inclusión del principio de función social de la tierra en la Constitución de 1949, dos decretos de reajuste y rebaja de los porcentajes de arriendos en aparcerías y congelamiento de arriendos y, finalmente, la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio. Este último organismo fue visualizado por el partido como una herramienta para proteger al “agricultor y al país” de la “voracidad sin límites de los monopolios en el comercio de granos”. Empero, la propia naturaleza del gobierno y la burocratización del IAPI habría desvirtuado su funcionamiento, volviéndose incapaz de asegurar precios compensatorios y apropiándose el gobierno de las “grandes ganancias” que no llegaron a los agricultores. De conjunto, estas medidas económicas resultaron “conquistas parciales y no de fondo” que no hicieron más que crear una capa de agricultores ricos sin poder afectar en lo más mínimo al latifundio.⁴⁷⁰

Ya en 1954 se visualizarían cambios en la legislación, tendientes a establecer “mayores compromisos con la oligarquía terrateniente”.⁴⁷¹ Uno de ellos fue la sustitución de la ley 12.636 por la 14.392, que abandonaba el criterio de las 2.000 hectáreas como superficie susceptible de expropiación y lo limitaba solo a aquella tierra que no fuera objeto de explotación racional. Esta sustitución, anticiparía el “paréntesis regresivo” que se abrió en 1955 con nuevos gobiernos que recuperaron “la política económica de los gobiernos oligárquicos anteriores a 1943”, para liquidar las conquistas progresivas que arrancó la movilización de masas.⁴⁷² La etapa 1955-1958 correspondería a un momento signado por una política “abiertamente latifundista”, basada en el desalojo de los arrendatarios y

⁴⁷⁰Ibídem, p. 137.

⁴⁷¹Kohen, *Clases sociales...*, op. Cit., p. 220.

⁴⁷²Ídem, p. 226.

la venta de tierra a precios especulativos. Las políticas de “colonización” aún con los límites que señalaba el partido -generalmente sobre tierra pública y con “jugosas indemnizaciones”-, cedieron terreno frente a leyes que se limitaban a “estimular” las ventas entre propietarios y arrendatarios. Así, por ejemplo, el decreto 2.187/57, conocido como “Plan Mercier”, permitió el recupero de tierras por la gran oligarquía y la compra de pequeñas parcelas por campesinos que debían pagar precios venales y terminaban endeudados.

Esta avanzada habría tenido una pausa en 1958, con la ley 14.451 de arrendamientos y aparcerías del gobierno de Frondizi, que suspendía los desalojos rurales y declaraba la utilidad pública y sujeta a expropiación de tierras cuyo locador fuera una sociedad anónima o cuando el campo contenga cuatro o más unidades económicas arrendadas. Como se puede prever, su sanción estuvo vinculada, en el diagnóstico del partido, al crecimiento de la acción de masas, que se visualizó en el surgimiento del Movimiento Pro Reforma Agraria, del que el PC formó parte, y sus movilizaciones en defensa de la ley. Sin embargo, seguía sin ser una ley de liquidación del latifundio, al contener implícitamente el mismo distingo de las leyes anteriores entre latifundio productivo e improductivo, y sin fijar un criterio de extensión. Asimismo, el mismo gobierno de Frondizi y luego el de Guido, habría impuesto a través de su Ministro de Economía, Álvaro Alzogaray, los contratos accidentales de un año de duración, lo que atentaría fuertemente contra la estabilidad de los productores.⁴⁷³

Esta escalada regresiva en materia agraria se completaría con la Revolución Argentina de Onganía, a través de la llamada Ley Raggio, que bajo el supuesto de la “modernización” impulsaría el “proceso prusiano” basado en la tecnificación de la gran propiedad, la intensificación de la explotación y la expulsión generalizadas de chacareros, arrendatarios y aparceros. Se complementaría además con una política de precios mínimos para los cereales y oleaginosas, que no permitirían cubrir los costos de producción de los chacareros en un contexto de carestía general y depreciación monetaria.⁴⁷⁴ Política agravada por el hecho de que la Junta Nacional de Granos, dirigida por “un notorio agente del monopolio cerealista”, no abonaba al contado, lo que impediría a los productores capitalizarse rápidamente y los obligaría a “caer en manos de los grandes acopiadores” que pagaban al contado pero a precios inferiores al de

⁴⁷³García, *Temas agrarios...*, op. Cit, p. 11.

⁴⁷⁴García, José María: “La dictadura contra los campesinos trabajadores”, en: *Nueva Era*, N° 3, año XVIII, abril de 1967.

sostén.⁴⁷⁵ Ya hemos visto que entrada la década del '70 se desataron importantes movilizaciones por los precios sostén y nuevas formas organizativas en las que el PC estuvo presente.

Hasta aquí, lo que vemos es que el partido asociaba el avance legislativo al movimiento de masas. Cuando existió una ley progresiva, lo que para el partido era una medida que subdividía la tierra o regulaba los arriendos, aquello fue leído como el resultado de la organización y la presión de las “capas laboriosas del campo”. Eso en rigor muestra que el partido consideraba viable la conquista de transformaciones de fondo (“progresistas”) del agro, por la vía legal.

Veamos ahora la posición del comunismo frente a la política agraria del tercer peronismo. Para comprender este aspecto debemos partir de la caracterización más general que el PC realizó sobre el nuevo gobierno que llegó al poder en 1973, primero en manos de Cámpora y luego del propio Perón.

En agosto de ese año, el partido celebró su XIV Congreso, y allí caracterizó que la naturaleza de clase del nuevo gobierno era la de una burguesía reformista capaz de llevar adelante cambios progresistas en el país.⁴⁷⁶ No es casual entonces que el comunismo haya llamado a votar al peronismo en las segundas elecciones de 1973, seducido por las “Pautas Programáticas” que constituyeron la plataforma electoral del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). Una vez que asumió, la intervención del partido estuvo orientada a apoyar los pasos positivos y criticar “francamente” las medidas que perjudiquen al pueblo y la Nación.⁴⁷⁷ Los aspectos positivos serían aquellos que “signifiquen así sea un solo paso en dirección a las transformaciones de fondo que necesita el país”.⁴⁷⁸ Estos debían ser apoyados, acompañados de la denuncia de las “debilidades” e “inconsecuencias” de la política general, y del combate de toda medida opuesta a los objetivos de fondo. Un claro apoyo al gobierno de turno que el PC reconocía abiertamente al afirmar que “hemos dicho y repetido que no queremos el fracaso del gobierno”.⁴⁷⁹ Detrás de este apoyo el diagnóstico era que “el imperialismo yanqui va cerrando su cerco alrededor de nuestro país” y en ese contexto la oligarquía y el gran capital -“la derecha cómplice del imperialismo”- conspiran desde “dentro y fuera

⁴⁷⁵Ídem, p. 52.

⁴⁷⁶Moreno, Eugenio: “El anteproyecto de Ley Agraria Nacional”, en: Nueva Era, N° 7 (224), año XXV, agosto de 1974, p. 132.

⁴⁷⁷“Clave para resolver el problema agrario”, en: *Nuestra Palabra*, 16/01/1974.

⁴⁷⁸Comisión Agraria del Comité Central del Partido Comunista: *El problema agrario y la posición de los comunistas*, Anteo, Buenos Aires, enero de 1974, p. 3.

⁴⁷⁹Ibídem, p. 13.

del gobierno” para dar un golpe de Estado que frustré la voluntad popular de liberación nacional.⁴⁸⁰ De este modo, el dependentismo y el antiimperialismo, con un claro tinte nacionalista, llevaron al partido a apoyar a gobiernos que discursivamente adoptaban ese mismo lenguaje.

En efecto, un material de 1975 evidencia que el PC caracterizó dos etapas dentro del último gobierno de Perón. Una primera, signada por un programa económico basado en freno a la inflación, la recuperación del poder adquisitivo de la clase obrera, el apoyo a la pequeña y mediana empresa poniendo un coto a los “monopolios extranjeros”, junto con gravámenes al latifundio improductivo y estímulo al comercio exterior en base a convenios con países socialistas (principalmente, convenios con la URSS y el cese del bloqueo a Cuba). De resultados de este diagnóstico, el comunismo apoyó “activamente” el plan de gobierno (el llamado Plan Trienal), en la medida que, sostenía, tendía a eliminar los efectos del atraso del país, aunque no atacara sus causas de raíz.⁴⁸¹

Tras la muerte de Perón, se produciría una “derechización general” expresada en el gabinete del Ministro de Economía Gómez Morales y su política monetarista, que liberó precios y dejó de lado la legislación de limitación al latifundio. En esta nueva etapa, se acentuaría la dependencia, la ruina de los sectores nacionales, una distribución regresiva de la renta, el avance de los monopolios y las grandes empresas multinacionales, la retracción del mercado interno y la caída de las condiciones de vida de la clase obrera seguida de un intento de liquidar a las “capas medias”.⁴⁸²

De este modo, la etapa progresista en materia agropecuaria se ubicaría entre la asunción de Cámpora y la muerte de Perón. En términos globales, la política agraria justicialista fue evaluada como un plan de la burguesía nacional en defensa del mercado interno y con contradicciones con los grandes latifundios. Aquello se plasmaría en medidas que, “aunque inconsecuentemente”, enfrentaban al enemigo fundamental: la “oligarquía”. En esta línea se ubicarían los aspectos positivos: la mejora en la distribución de los ingresos en el campo, la fijación de metas de expansión de la producción agropecuaria en general; la promoción del interior radicando industrias proveedoras; conservación y mejora del suelo; promoción del cooperativismo; aprovechamiento pleno y racional de la tierra apta y cultivable; establecimiento de precios sostenibles; medidas para asegurar un almacenamiento adecuado de la producción; política de créditos promocionales;

⁴⁸⁰Ibíd.

⁴⁸¹Comité Central del Partido Comunista de la Argentina: “Opinión del Partido Comunista sobre el Plan Trienal”, en: *Nueva Era*, N° 1, año XXIV, febrero de 1974.

⁴⁸²Lebedinsky, *La Argentina...*, op. cit., pp. 87-88.

implantación de un Seguro Agrícola Integral; desarrollo tecnológico; otorgamiento de tierras a los minifundios; política social de vivienda, educación, seguridad e infraestructura; creación de una Comisión Permanente de política concertada con participación de productores, cooperativas y obreros. Es decir, “un conjunto de reivindicaciones justas, sentidas, largamente reclamadas por el campesinado a través de muchos años de lucha” y “reivindicaciones que nuestro Partido viene agitando y exigiendo en sus programas campesinos desde siempre”.

Se comprende cabalmente así el apoyo dado por el partido. El objetivo entonces era lograr el cumplimiento de su legislación, dado que la “oligarquía” reaccionaría frente a ella y el gobierno, representando a la burguesía nacional, vacilaría. La suerte de esta política finalmente estaría atada a la movilización de las capas bajas y medias del campesinado, que debía ser estimulada por el partido.⁴⁸³

A comienzos de septiembre de 1973, el gobierno firmó, junto con las corporaciones agrarias, el Acta de Compromiso del Estado y los Productores para una Política Concertada de Expansión Agropecuaria y Forestal. Entre los firmantes se encontraban SRA, CARBAP, la Cámara de Tabacaleros, FAA, organismos que, a los ojos del PC, “expresan, en lo fundamental, los intereses terratenientes y de los campesinos medios y ricos”.⁴⁸⁴ Estuvo allí presente, por parte del partido, José María García quien destacó, según una crónica aparecida en *Nuestra Palabra*, la necesidad de una reforma agraria integral. En efecto, el PC caracterizó el Acta como insuficiente, toda vez que si bien recogía algunas reivindicaciones inmediatas de los productores, tenía también “ausencias notorias”, que se alejaban de las promesas vertidas en las “Pautas programáticas” del FREJULI. Aun reconociendo que se diferenciaba notablemente de los planes de la oligarquía latifundista, expresados en los gobiernos que se alternaron entre 1966 y 1973, señalaba que solo tenía en cuenta tangencialmente los intereses obreros y campesinos, atendiendo más a los requerimientos de la burguesía industrial y agraria nacional.

Los aspectos positivos que contendría se sintetizaban en: impuesto progresivo con mínimo no imponible, la mejora de los ingresos de los campesinos, metas de expansión de la producción, precios justos y pago en tiempo adecuado, créditos promocionales, seguro agrícola y política social (vivienda, educación, seguridad). En cuanto a los

⁴⁸³“Clave para resolver el problema agrario”, en: *Nuestra Palabra*, 16/01/1974; Comisión, *El problema...*, op. Cit., pp. 5-7.

⁴⁸⁴“El Acta de Compromiso para la política agropecuaria”, en: *Nuestra Palabra*, 12/09/1973.

negativos, el impuesto a la renta normal potencial de la tierra que podría significar la liquidación del campesino pequeño y medio, y soslayaría el problema de la reforma agraria.⁴⁸⁵ Además, se denunciaba la existencia de una trampa favorable al campesinado rico y el terrateniente: quienes cuentan con mayores adelantos técnicos tienen un excedente mayor que contribuye a rebajar el porcentaje del impuesto total, lo que acabaría por introducir un factor regresivo en materia fiscal.

En relación a ello, el 20 de octubre UPARA realizó en Buenos Aires una asamblea de delegados, que contó con la asistencia de las regionales Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Mendoza, San Juan, La Pampa, Río Negro, Neuquén, Tucumán. Allí se llamó a complementar el Acta Agraria con los siguientes puntos: restitución al trabajo productivo de las 40.000 familias desalojadas; estabilidad del arrendatario con contratos de 5 años con opción a 3 más; anulación de los contratos accidentales (ley 17.253); acceso a tierra y herramientas a los minifundistas para asegurar el nivel de producción; trato preferencial a los pequeños y medianos propietarios en las zonas afectadas por inundaciones; asegurar a los trabajadores rurales un mínimo de 300 jornadas efectivas al año; asegurar semillas para cumplir las metas del Acta; vivienda, asistencia médica, escuela y medios de comunicación; comercio exterior monopolizado por el Estado; exención del minifundista y el pequeño y mediano productor del impuesto a la renta normal potencial; reforma agraria; reforma hídrica; carreteras no paralelas a los ferrocarriles que favorezcan el repoblamiento del interior.⁴⁸⁶ Nuevamente, lo que se observa allí es la defensa del campesinado pobre y medio, al que se caracteriza como rehén de los monopolios comercializadores y de la inestabilidad propia del arriendo oligárquico.

En un folleto editado en 1974 el partido amplió estas dos críticas. Respecto al impuesto a la renta potencial, señaló que era positiva su aplicación sobre tierras ociosas, improductivas o de producción extensiva, aquellas que frecuentemente se utilizarían para la especulación terrateniente, y que impiden el acceso de los “agricultores laboriosos”. Para una oligarquía acostumbrada a pagar poco o nada en materia impositiva, esta legislación sería un factor negativo. Sin embargo, la crítica del partido al impuesto se ubica en el plano de la defensa del pequeño y mediano productor, que quedaba expuesto a esta exacción, al no fijar un mínimo no imponible. De persistir en la no inclusión de este aspecto, el campesinado correría el riesgo de ser liquidado en favor

⁴⁸⁵“El Acta de Compromiso”, en: *Nuestra Palabra*, 07/11/1973.

⁴⁸⁶“UPARA propone mejorar el acta agraria”, en: *Nuestra Palabra*, 31/10/1973.

de los terratenientes. Por eso, la tarea en relación a ello era “luchar, pues, para que el impuesto a la renta normal no se aplique al campesinado pequeño y medio y lograr a su vez que la ley sea modificada en ese aspecto, estableciendo una unidad agraria que esté exenta de su pago.”⁴⁸⁷ Aquí, nuevamente, el partido cuestionaba en la práctica uno de los presupuestos de su programa: que la fragmentación del latifundio y la reforma agraria eran el camino para expandir la producción, asumiendo que la pequeña explotación era más productiva que la grande. De ser así, no sería necesario reclamar la exención para estas capas de un impuesto que afectaba a las tierras que no produjeran a su máxima capacidad.

Por otro lado, el llamado “Pacto agrario”, tal como se conoció al Acta, contemplaba un impuesto de emergencia a efectivizarse el 1ro de enero de 1974 que funcionaría como reparo hasta que cobrara vigencia el impuesto a la renta normal. En el sí se exceptuaba a los propietarios cuya valuación de tierras no superara determinado monto, e imponía una tasa progresiva conforme al valor real de la tierra. Es decir, contenía todos los elementos que el partido consideraba como cuentas pendientes del impuesto a la renta normal, por lo que allí su consigna fue que el impuesto de emergencia sustituya al de la renta.

La segunda crítica, aquella centrada en la reforma agraria, se puede anticipar fácilmente: el Acta no establece la reforma agraria, lo que implica que no avanzaría en un cuestionamiento integral del latifundio.

A pesar de estas críticas, lo cierto es que el Partido adoptó una línea de apoyo al Acta que puede sintetizarse en cuatro puntos. En primer lugar, orientar la lucha por la aplicación de los elementos positivos y por el abandono de los negativos que afectarían al campesinado y al proletariado. En segundo lugar, exigir el cumplimiento de las reivindicaciones votadas en la ya citada asamblea de UPARA. En tercer lugar, combatir la ilusión de que el Acta podría resolver el problema agrario de fondo. Y, finalmente, continuar la lucha por la reforma agraria. No sorprende entonces encontrar al partido criticando a los “elementos ultraizquierdistas”, que sostenían que los proyectos agrarios del peronismo son “inocuos, es decir, una engañifa”.⁴⁸⁸ Incluso, José María García, en representación de UPARA, participó activamente dentro de la Comisión Nacional de

⁴⁸⁷Comisión, *El problema...*, op. Cit., p. 11.

⁴⁸⁸“Por qué está furiosa la oligarquía”, en: *Nuestra Palabra*, 14/08/1974.

Política Agraria Concertada, desde donde promovió la mejora de los precios sostén para los productores.⁴⁸⁹

Finalmente, para cerrar este apartado, mencionaremos la intervención del partido en relación a la Ley Agraria Nacional, promovida por la Secretaria de Estado de Agricultura y Ganadería, cuya titularidad detentaba Giberti. A comienzos de junio de 1974 se hizo pública la existencia de este proyecto a partir de la publicación de su texto en el diario *La Nación*, que la caracterizaba como una ley “colectivista”.⁴⁹⁰ En una nota aparecida en la revista teórica del partido se hizo un análisis de ella. En términos globales, se destacó el mensaje introductorio que acompañaba a la ley, en el que se afirmaba su utilidad como herramienta de corrección de la estructura agraria del país caracterizada por el latifundio, para lo cual proponía mejorar el régimen de tenencia de la tierra, tender a un mejor uso y conservación del suelo, incrementar la producción y productividad y mejorar las condiciones de vida y de trabajo de la población. En virtud de ello, el PC señalaba que el proyecto “avanza en el sentido de la reforma agraria como no hizo nunca ningún otro de anteriores gobiernos. Si bien no es la reforma agraria integral [...] es sin dudas un importante paso en tal sentido”.⁴⁹¹

En cuanto a los puntos positivos del proyecto, el comunismo destacaba el principio de función social de la propiedad de la tierra, lo que sería un freno al concepto tradicional del derecho de propiedad absoluto e ilimitado. De tal modo, la tierra inculta o irracionalmente trabajada por el lapso de 10 años, debía ser puesta en “arrendamiento forzoso”. En segundo lugar, el PC destacó el límite que se le ponía a los extranjeros para adquirir tierras en zonas de frontera. En tercero, se reivindicó la prohibición de los contratos precarios por una cosecha, estableciendo como base 5 años con opción a 3 más. Finalmente, se destacaba la opción de compra por el arrendatario, reconociendo como parte del precio de pago las mejoras que haya introducido para mejorar la producción.

En función de este diagnóstico, el PC llamó a

“brindar todo el apoyo y lograr que el movimiento obrero, particularmente los obreros rurales, los sindicatos, los movimientos populares y antiimperialistas, los movimientos

⁴⁸⁹“Precios compensatorios reclaman campesinos”, en: *Nuestra Palabra*, 16/01/1974; “Que no quede la fruta en las plantas”, en: *Nuestra Palabra*, 30/01/1974; “Acelerar el cumplimiento del Acta agraria”, en: *Nuestra Palabra*, 06/03/1974.

⁴⁹⁰*La Nación*, 24/07/1974.

⁴⁹¹Moreno, Eugenio: “El anteproyecto de Ley Agraria Nacional”, en: *Nueva Era*, N° 7 (224), año XXV, agosto de 1974, p. 133.

vecinales, el movimiento estudiantil universitario, todas las fuerzas interesadas en impulsar el proceso de liberación se pronuncien públicamente reclamando al Poder Ejecutivo Nacional [que apoye la Ley].”

Así debía lograrse un frente común para que la Ley Agraria Nacional llegue al parlamento sin modificaciones y que sea debatida y aprobada.⁴⁹²

Resumiendo

Tras estas largas páginas, hemos concluido con el análisis del programa agrario del PC. La sola extensión de ese análisis es indicio en sí mismo de la importancia que el partido le otorgó al estudio del campo. Artículos teóricos, notas en prensa y más de una decena de libros fueron dedicados a saldar este problema.

Como ha quedado demostrado, toda la cuestión agraria se inserta dentro del programa propio del partido, el estalinismo. La intervención en el campo es el fiel reflejo de una apuesta política que considera al país como un capitalismo atrasado, dependiente e incompleto. De allí, la importancia de una alianza con la burguesía, que el partido explícitamente reconoce bajo la forma de “burguesía nacional”, es decir el capital chico y mediano, e implícitamente bajo el concepto de “campesino” que refiere a la misma fracción del capital que acumula en el campo. Esa misma caracterización del sujeto aliado, es la que explica por qué a mediados de los '70, encontramos al comunismo alineado con el gobierno del General Perón, apoyando el corazón de sus medidas agrarias. En materia estratégica, nuevamente se refleja la apuesta estalinista a una transformación gradual y pacífica que, justamente, reserva a la legislación un lugar importante en la acción del partido.

El campesinado aparece como clase fundamental en el agro para el partido. Si bien se lo reconoce como aliado del sujeto principal, la clase obrera, lo cierto es que, como hemos visto, casi toda la política agraria del partido se basa en reclamos “campesinistas”: precios sostén, propiedad de la tierra, denuncia a los “monopolios” comercializadores, entre otras. El apoyo al pequeño y mediano capital agrario es completamente consecuente con la práctica del partido, que interviene en las Ligas Agrarias, las cooperativas y la FAA. En este escenario, el proletariado aparece con el verdadero

⁴⁹²Ibidem, pp. 134-135. Caracterizaciones bajo los mismos argumentos pueden encontrarse en: “Un abismo entre lo que cobra el campesino”, en: *Nuestra Palabra*, 11/06/1973; “El agro exige su ley”, en: *Nuestra Palabra*, 11/09/1974; “La oligarquía ladra y muerde”, en: *Nuestra Palabra*, 07/08/1974;

convidado de piedra que, como más de una vez explícitamente lo reconoce el partido, debía anteponer los reclamos campesinos frente a los suyos propios. Política que se condensa en un frente único contra la “oligarquía latifundista”, culpable final tanto de la ruina campesina como de la miseria obrera. De allí deriva la principal consigna que el comunismo agitó durante toda la etapa: la reforma agraria. Dicho de otro modo, la vuelta a un capitalismo de pequeña escala.

Capítulo IV

El peronismo de izquierda: Montoneros

“Hay algunos que vienen y dicen: ‘Ve, esta compañía tiene acá veinte mil hectáreas que siembra y obtiene y obtiene una producción extraordinaria. ¿Por qué no la divide?’ ¿Ustedes quieren algo más antieconómico que eso? Si se hacen producir a veinte o cincuenta mil hectáreas y se saca a la tierra una gran riqueza, ¿cómo vamos a dividir? Sería lo mismo que tomar una gran industria de acá y dividirla en cien pequeños talleres para que fuera antieconómico.”

(Juan Domingo Perón, *Mensaje a los agricultores reunidos en el Teatro Colón de Buenos Aires*, 11 de julio de 1953)

Los años '70 vieron nacer con fuerza un ala izquierda del peronismo, que buscaba impulsar y radicalizar los planteos del movimiento bajo la prédica del “socialismo nacional” y la liberación del país. Si bien estas formulaciones tenían antecedentes previos, lo novedoso de la época fue la emergencia de organizaciones político militares que se reconocían a sí mismas como parte del “peronismo de izquierda”. A pesar de tratarse de un abanico amplio, lo cierto es que progresivamente Montoneros fue hegemonizando el escenario, tras lograr atraer y fusionarse con diferentes organizaciones que pertenecían al mismo campo (Descamisados y las Fuerzas Armadas Revolucionarias fueron las más significativas).

En este capítulo nos abocamos a Montoneros en tanto exponente del peronismo de izquierda. Comenzamos estudiando sus antecedentes programáticos -*Programa de Huerta Grande, Programa de La Falda, el Programa del 1ro de Mayo* de la Confederación General de Trabajadores de los Argentinos (CGT-A), *Declaración de principios y Decálogo revolucionario* del Movimiento Revolucionario Peronista-, para luego concentrarnos en el programa específicamente “montonero”, analizar su particular concepción del “campesino”, y finalmente estudiar su intervención en la etapa, signada no solo por la participación en las Ligas Agrarias sino por su intervención político-militar en el agro.

Montoneros fue la organización más importante del llamado “peronismo de izquierda”, que encarnó un programa de liberación nacional. Su aparición en la escena pública es un hecho suficientemente conocido, tanto por el impacto en la escena nacional que produjo contemporáneamente como por el hecho de haber recibido una notable atención dentro

de la historiografía sobre aquellos años.⁴⁹³ En la mañana del 29 de mayo de 1970, a un año exacto de que el país fuera sacudido por el Cordobazo, Emilio Maza y Fernando Abal Medina secuestraron al Teniente General Pedro Eugenio Aramburu y lo condujeron hasta una quinta en Timote, Buenos Aires. Tres días después, y luego de ser sometido a un juicio revolucionario, fue ejecutado. Durante ese tiempo la noticia ocupó la portada de los diarios y se instaló como tema principal en la escena pública. A poco más de un mes la organización emprendió otra acción de gran calado: el copamiento de la localidad cordobesa de La Calera, en la mañana del 1 de julio, que consistió en la toma de su comisaría, la central telefónica, la municipalidad y el Banco de la Provincia de Córdoba.

Estos hechos contribuyeron a modelar la imagen de una organización “foquista”, estricta o centralmente militar. Sin embargo, lo cierto es que desde temprano la organización se preocupó por tener inserción de masas, inicialmente en el ámbito universitario y, en menor medida, sindical. Lanusse ha mostrado cómo los diversos grupos desperdigados por Santa Fe, Buenos Aires y Córdoba, que darían nacimiento a la organización, provenían de esos ámbitos o tenían conexión con ellos. El mismo autor puso de relieve cómo la represión posterior a lo que se conocería como el “Aramburazo” llevó al estrechamiento de lazos entre los grupos de las diferentes provincias que acabarían unificándose e identificándose como Montoneros.⁴⁹⁴ Recién hacia mediados de 1970 se habría producido la reunión en la que se decidió la constitución de una dirección integrada por un responsable de cada centro urbano.

Ya entrado el año '71 la organización comenzó a levantar cabeza tras la debacle que significaron las persecuciones, detenciones y caídas posteriores a las acciones mayo y junio del '70. En efecto, desde fines de ese año se produjeron nuevas acciones armadas tanto en Buenos Aires como en Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Salta. Fue a mediados de ese mismo año que se celebró el primer Gran Congreso Nacional de la organización, con el propósito de avanzar nuevamente en el objetivo de erigir una estructura nacional. Con la participación de militantes de diferentes provincias, se acordó un plazo de dos meses para conformar una dirección. Aunque demorado, ello finalmente aconteció en

⁴⁹³Para esta breve reconstrucción empírica del surgimiento y consolidación de la organización, nos basamos en: Lanusse, Lucas: *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 2010; Montoneros: *Boletín Interno N° 1*, primera quincena de mayo de 1973, citado en Baschetti, Roberto: *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, De la campana, La Plata, 1995; Perdía, Roberto: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, Grupo Ágora, Buenos Aires, 1997; Gillespie, Richard: *Montoneros. Soldados de Perón*, Grijalbo, Buenos Aires, 1988.

⁴⁹⁴Lanusse, *Montoneros*, op. cit.

diciembre del mismo año, cuando tuvo lugar la constitución del Consejo Nacional con los responsables de cada dirección regional (Noroeste, Noreste, Córdoba, Cuyo, Litoral y Buenos Aires). Se inició así un nuevo proceso tendiente a darle una estructura a la organización.

La principal novedad fue la creación de las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR), que funcionaban como complemento de las Unidades Básicas de Combate (UBC). Las UBC estarían formadas por cuadros combatientes, en células compartimentadas y clandestinas y su función sería el combate político-militar y la conducción estratégica. Por su parte, las UBR funcionarían como nexo entre los “combatientes” y las masas. En función de esta estructura se identificaron tres frentes de lucha: sindical, barrial y universitario. Una estructura que da cuenta que Montoneros no se inclinó exclusivamente por la construcción militar sino que buscó construir lo que en el universo militante se conocía como “frentes de masas”.

El crecimiento vertiginoso de la organización comenzó a partir de que se esbozara la apertura democrática con el Gran Acuerdo Nacional promovido por el entonces presidente de facto Agustín Lanusse en 1971. Plegándose a esa iniciativa, se lanzó la campaña por el “lucho y vuelve”, que tenía como norte el retorno de Juan Domingo Perón a la Argentina. El crecimiento que alcanzó en esa coyuntura la llevó a poner en pie importantes frentes de masas, entre los que se destacan por su tamaño la Juventud Peronista (JP), la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), y entre los que se cuentan también el Frente de Lisiados Peronistas, la Agrupación Evita de la Rama Femenina, la Unión de Estudiantes Secundarios, el Movimiento de Villeros Peronistas y el Movimiento de Inquilinos Peronistas. Desde esos frentes, la organización atrajo a numerosos militantes, activistas, simpatizantes y seguidores en una etapa que se ha reconocido como la del “engorde”.

Este proceso de crecimiento se canalizó en una densa estructura vertical y jerarquizada. En la cúspide se ubicaba un Consejo Nacional, integrado por los responsables de todas las regionales. Sin embargo, su reunión era episódica, por lo cual se constituyó una Conducción Nacional (CN) que ejercía la dirección en el tiempo que mediaba entre las reuniones de Consejo. Inicialmente, la CN tenía cinco miembros, pero en 1973, tras la fusión con FAR se amplió a siete: Mario Firmenich, Roberto Perdía, Roberto Quieto, Raúl Yaguer, Julio Roqué, Horacio Mendizábal y Marcos Osatinsky. Debajo de ella, se ubicaban las regionales que, a su vez, se desagregaban en una instancia inferior, las Columnas, que se contaban en un número de entre dos a cinco. A su vez, estas se

componían de entre 5 a 10 UBC que integraban, cada una, unas 6 o 12 UBR. Las UBR eran el nivel inferior de la organización, se componían de “aspirantes” (es decir, no eran miembros plenos de Montoneros, pero tenían una relación activa con la organización y aspiraban serlo). Estos tenían a su cargo diferentes agrupaciones de base, en las que se nucleaban aspirantes sobre los que Montoneros ejercía influencia.

Como suele ocurrir, la estimación real de la fuerza militante e influencia de las organizaciones es siempre un elemento difícil de medir. Si nos remitimos a las fuentes de la época, tanto publicaciones periódicas propias como diarios de tirada nacional, encontramos que la Juventud Peronista logró movilizar entre 150.000 y 200.000 manifestantes en diferentes actos públicos,⁴⁹⁵ mientras que la JTP en un acto contra la reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales llegó a 20.000.⁴⁹⁶ Por caso, el periódico *El Descamisado*, que se editó durante 1973 y parte de 1974 tenía una tirada promedio de 100.000 ejemplares.

En este proceso de crecimiento, Montoneros se convirtió en un polo de atracción de buena parte del espectro político que se ubicaba en el “peronismo de izquierda”. En 1972, se fusionó con la organización Descamisados y un año más tarde lo hicieron con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). A nivel individual, durante 1974 también atrajo a militantes de las Fuerzas Armadas Peronistas - 17 de Octubre (FAP-17). Así se consolidó como el principal polo de referencia del programa de liberación nacional identificado con el peronismo.

En el mundo sindical, aspecto que no ha recibido demasiada atención en el estudio de las organizaciones de la década del '70, Montoneros alcanzó una destacada presencia. Llegó a ganar la dirección en sindicatos como Gas del Estado, Ceramistas de Villa Adelina, Municipales de Tucumán, Estatales de Córdoba, Radiotelegrafistas, entre otros. Y tuvo presencia en las comisiones internas y cuerpos de delegados de Bagley, Yelmo, Astilleros ASTARSA, Matarazzo, Establecimientos Metalúrgicos Santa Rosa, Transporte DOTA, Molinos Río de La Plata, Lozadur, Transax, FIAT, Martín Amato, FOETRA, Bendix, Banco de la Nación, Tensa, Grafa, entre otras.

1973 fue un año bisagra para la organización. Como acabamos de mencionar, se produjo la fusión más importante, con FAR. Al mismo tiempo, los frentes de masas experimentaron un significativo crecimiento. Y, sobre todo, el 25 de mayo se producía

⁴⁹⁵Bartoletti, Julieta: *Montoneros. De la movilización a la organización*, Laborde Editor, Buenos Aires, 2011, p. 101.

⁴⁹⁶Ídem, p. 113.

el tan ansiado retorno del peronismo al poder, de la mano de la presidencia de Cámpora y, meses más tarde, del propio Perón. Para la organización, estos hechos abrían una nueva etapa política, signada por el inicio de la “reconstrucción nacional” para la liberación definitiva del país. Considerado como un “gobierno popular” y hasta cierto punto propio, Montoneros llamó a “apoyar, defender y controlar” las principales medidas económicas y sociales de ambas presidencias. Algunas fueron aceptadas con críticas (Pacto Social), otras fueron resistidas pero acatadas (Ley de Asociaciones Profesionales) y otras finalmente derivaron en enfrentamientos abiertos y rupturas (la Reforma del Código Penal y el renunciamiento de los llamados “Diputados de la Tendencia”).⁴⁹⁷

Aún sin dejar de considerar al Movimiento y a su líder como el motor de la liberación nacional, los Montoneros fueron incrementando sus diferencias, lo cual se hizo visible en la movilización del 1º de mayo de 1974 cuando Perón realizó una defensa de la derecha sindical y los sectores de la juventud decidieron abandonar la Plaza de Mayo. Unos meses antes, en marzo de ese año, la dirección montonera había advertido sobre la necesidad de “reencausar” el proceso.

La pronta muerte del por entonces presidente y la asunción de la vicepresidenta, Isabel Perón, inauguraron una nueva coyuntura. La organización tomó una importante decisión en septiembre de ese año: el famoso “pasaje a la clandestinidad”, como forma de respuesta a la avanzada represiva estatal y paraestatal. Decisión que repercutió particularmente en la dinámica de los frentes de mayor exposición, como el gremial, el estudiantil y, sobre todo, la red de locales. No obstante ello, la actividad en esos planos no se detuvo. La decisión fue justificada por la propia organización a partir de la caracterización de la etapa. En la conferencia de prensa donde se anunció el retorno a la clandestinidad, se señaló que la organización había volcado todos sus esfuerzos y había hecho diversas propuestas para lograr el “reencauzamiento” del proceso. Sin embargo, esa experiencia había dejado, a los ojos montoneros, un saldo claro: la “desnaturalización irreversible” del proceso que adquiriría ya un contenido contrario al esperado, esto es, antiperonista, antipopular, represivo y de defensa de los monopolios. Frente a ello planteó la necesidad de reasumir las formas armadas de lucha, combinadas

⁴⁹⁷Lissandrello, Guido: “Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo ante el Pacto Social”, en: *Izquierdas*, N° 13, Universidad de Santiago de Chile, 2012, pp. 83-108. Pacheco, Julieta: “Acerca del programa de la organización Montoneros: ¿reformistas o revolucionarios?”, en: *Trabajo y Sociedad*, N° 23, Santiago del Estero, 2014, pp. 249-265.

con otras formas que no debían abandonarse sino integrarse bajo el concepto de “guerra popular integral”, es decir, de una guerra que se libra en todos los frentes.

En ese contexto, y ante un balance según el cual el Movimiento Peronista había sido copado por la derecha y por el imperialismo, la organización lanzó sus propias estructuras -el Partido Peronista Auténtico (PPA) y el Movimiento Peronista Auténtico (MPA)- y pasó a una abierta oposición al gobierno. El PPA había logrado coaligar detrás de sí a importantes sindicalistas peronistas “veteranos” e incluso a los gobernadores depuestos en 1974 (Bidegain, Martínez Baca, Cepernic y Obregón). Las referencias a la “autenticidad” en aquellas nuevas formas organizativas y la denuncia de una “desviación” en el proceso, daban cuenta de que el pasaje a la oposición no era una decisión tomada en razón de una crítica al peronismo como ideología y la liberación nacional como programa. A su vez, la participación electoral en los comicios ejecutivos de la provincia de Misiones en abril de 1975, muestran la persistencia de Montoneros en una intervención que no era exclusivamente militar, como ha querido ver la bibliografía que caracterizó a la organización como exclusivamente militarista o la que creyó ver en el pasaje a la clandestinidad una forma de “regreso a las armas”. En el mismo sentido, el papel que desempeñaron los activistas sindicales montoneros en la experiencia de las Coordinadoras Interfabriles de junio y julio de 1975 evidencian la continuidad del trabajo en ese frente.

Naturalmente, el plano militar siguió siendo también un espacio de acción. En efecto, allí se desarrollaron importantes iniciativas (por ejemplo, el ataque al Regimiento de Infantería de Monte 29 de Formosa), se creó el Ejército Montonero, con una estructura jerárquica e insignias y se lanzó la “Compañía Montoneros de Monte” en el noroeste de Tucumán. En otro tipo de intervención militar, pero manteniendo el nivel de espectacularidad, se produjo el secuestro de los hermanos Born que le reportaron a la organización unos 60 millones de dólares, lo que le permitía fortalecer toda su estructura operativa. En un contexto de deterioro democrático y de ofensiva represiva, la organización reforzó su estructura militar.

El golpe militar de 1976 inauguró una nueva etapa política en el país, frente al cual Montoneros decretó el inicio de la “defensa activa” y exilió a su Conducción Nacional y a sus cuadros dirigentes. Dentro del país, la organización siguió funcionando, organizando la “resistencia” tanto en el plano sindical (con la consigna de formación de una “CGT en la resistencia”) como en el militar (con diferentes acciones emprendidas

por los “pelotones montoneros”). Se iniciaba así un período cualitativamente diferente que excede los marcos analíticos de nuestra investigación.

I. Antecedentes programáticos

Abordar las concepciones programáticas de Montoneros presenta una dificultad metodológica. La máxima organización de la izquierda peronista no realizaba con periodicidad congresos ni instancias plenarios de discusión político-programática. Sólo existió un intento de Congreso Nacional que fue postergado y, finalmente, abortado.⁴⁹⁸

De modo que no existieron instancias que produjeran documentos programáticos vertebradores de la acción del partido. Asimismo, la producción documental de la organización es realmente escasa, al menos en lo que respecta a elaboraciones teóricas. Sí existieron publicaciones de difusión masiva como *El descamisado* y sus sucesoras, *El peronista lucha por la liberación*, *La causa peronista* y *Evita Montonera*. Sin embargo, no se trata de fuentes teóricas, sino de notas periodísticas que recogen posiciones parciales y/o coyunturales de la organización.

Algunos documentos internos condensan lo central de las caracterizaciones que Montoneros sostuvo sobre la estructura económica del país, las clases sociales y las tareas de la revolución. *Línea político-militar* (1971) y *Boletín Interno n° 1* (1973) son dos de ellos, quizás los más importantes, y son los que vertebran el análisis que desarrollaremos en este capítulo. Los complementan *Documento y programa* (1973), texto menos ambicioso de lo que sugiere su título, y *Documento para el congreso nacional* (1975). Como veremos, aportan definiciones políticas, pero de manera imprecisa, primando las observaciones generales. Esta particularidad muestra una cuestión política porque, en efecto, Montoneros no consideraba necesario discutir un programa político, este ya existía -el programa de liberación nacional, esbozado desde el nacionalismo popular de comienzos de siglo hasta los programas de Huerta Grande y La Falda, pasando por los aportes de John William Cooke y el Movimiento de Liberación

⁴⁹⁸El “Gran Congreso Nacional” de mediados de 1971, al que nos referimos anteriormente, se produjo en una etapa larval de la organización, donde la prioridad fue la integración de los diferentes grupos dispersos. Allí no se dio ninguna discusión política tendiente a definir un programa ni se dejó como saldo algún documento escrito.

Nacional, entre otros- y tenía una encarnadura real: el peronismo y, más específicamente, el Movimiento Peronista bajo la conducción del General Perón.⁴⁹⁹

Comenzaremos repasando sucintamente las definiciones agrarias de algunos de estos antecedentes en los que abrevó Montoneros. El *Programa de La Falda* contenía ya la defensa de la consigna de “reforma agraria”, lo que conlleva por detrás la defensa de la pequeña explotación. En agosto de 1957, un Plenario Nacional de Delegaciones Regionales y de las 62 Organizaciones convocado por la CGT Córdoba en la ciudad de La Falda votó, entre otros puntos, el siguiente:

“Programa agrario, sintetizado en: mecanización del agro, ‘tendencia de la industria nacional’, expropiación del latifundio y extensión del cooperativismo agrario, en procura de que la tierra sea de quien la trabaja. [...] Solo una profunda reforma agraria, con las expropiaciones que ella requiera, puede efectivizar el postulado de que la tierra es de quien la trabaja.”⁵⁰⁰

Si bien se trata de definiciones generales, se puede advertir una coincidencia con los planteos comunistas que examinábamos en el capítulo precedente. La creencia en la existencia del latifundio como realidad extendida y dominante del campo argentino, encuentra su correlato político en la defensa de su fragmentación vía expropiación y reparto. Asimismo, la resolución de este problema aparece como el mecanismo para construir un círculo virtuoso entre agro e industria: el desarrollo del agro generaría un ingreso que podría trasladarse a la industria para luego volver al campo en forma de mecanización. Una lectura que se inscribe en la tradición agrarista que hemos definido en el capítulo II.

Cinco años más tarde, las 62 Organizaciones realizaban en la misma provincia, pero esta vez en la ciudad de Huerta Grande, una declaración de diez puntos, entre los que se definía: “7. Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.”⁵⁰¹ Aunque escueto, el documento se inserta en la misma línea del precedente. En 1964 se dio a conocer el Movimiento Peronista Revolucionario (MRP), una organización que nucleó a buena parte del sindicalismo peronista (entre ellos, dirigentes y secretarios generales del Calzado, Jaboneros, Viajantes, Telefónicos y Navales). El 5 de agosto de

⁴⁹⁹Los antecedentes del programa de Liberación Nacional han sido estudiados por: Pacheco, *Montoneros...*, op. cit.

⁵⁰⁰*Programa de La Falda*, 1957.

⁵⁰¹*Programa de Huerta Grande*, 1962.

ese año se realizó un plenario que definió el programa del MRP, sintetizado en dos documentos: *Declaración de principios* y *Decálogo revolucionario*. En el primero se acusaba a “Los viejos grupos oligárquicos ligados a la tradicional dependencia de nuestro país al imperialismo inglés”.⁵⁰² Mientras que en el segundo se esbozaba una consigna concreta:

“Reforma Agraria: expropiación, sin compensación, de la oligarquía terrateniente (agrícola, ganadera, azucarera, vitivinícola, yerbatera, etc.) de sus tierras y sus empresas en todas las etapas: producción, transporte, acopio y comercialización, para posibilitar la realización de una profunda reforma agraria que suprima el latifundio y elimine la renta de la tierra y la intermediación parasitaria en todas sus formas.”⁵⁰³

Hasta aquí, se trata de la elaboración más detallada que, en relación a los documentos anteriores, incorpora algunos elementos nuevos: el problema de la comercialización y la “intermediación parasitaria”, y el problema de la renta de la tierra. No son, sin embargo, novedosos si lo insertamos en la trayectoria del Partido Comunista.

Finalmente, y en la misma línea, en mayo de 1968 tras el Congreso Normalizador “Amado Olmos” que fundó la CGT de los Argentinos con Raimundo Ongaro a la cabeza, se hizo público el *Programa del 1ro. de Mayo*. En materia agraria, allí se sostenía que: “sólo una profunda reforma agraria, con las expropiaciones que ella requiera, puede efectivizar el postulado de que la tierra es de quien la trabaja”.⁵⁰⁴

Estos cuatro documentos programáticos, esbozados a lo largo de una década, sentaron las bases políticas de lo que por aquel entonces comenzaba a ser reconocido como el “peronismo combativo” y que en los ’70 será reconocido ya como “peronismo de izquierda”. De ellos se desprende una consigna central, la reforma agraria, que atacaría a una clase parasitaria en el agro, la oligarquía. Al mismo tiempo aparece allí la denuncia a los “monopolios” intermediadores que operarían como “parásitos”. Un universo explicativo nada alejado del comunista.

⁵⁰²Movimiento Revolucionario Peronista: *Declaración de principios*, 1964.

⁵⁰³Movimiento Revolucionario Peronista: *Decálogo revolucionario*, 1964.

⁵⁰⁴CGT de los Argentinos: *Programa del 1ro de mayo*, 1968.

II. El programa montonero y el lugar del problema agrario

Señalábamos en el acápite anterior, la existencia de dos documentos que permiten la reconstrucción del programa montonero. En *Línea político-militar*, primer gran documento programático de la organización, se caracterizaba a la Argentina como un país dependiente, perteneciente al Tercer Mundo, y que sufriría una opresión neocolonial, expresada tanto en aspectos económicos como políticos, culturales y militares. En virtud de ello, la tarea que se impondría sería la de impulsar un proceso de liberación nacional que avanzara en la “construcción nacional del socialismo” por medio de la liquidación del dominio imperialista, que abriera las puertas a la “supresión de la propiedad privada de los medios de producción y planificación de la economía”, y que se extendiera a todo el Tercer mundo.⁵⁰⁵

Estos objetivos identificaban a la organización con el peronismo, pues ellos “están sintetizados en las tres banderas del peronismo en su significación actual (Patria Libre, Justa y Soberana)”. En efecto, el Movimiento Peronista (MP) fue caracterizado como el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) en desarrollo por dos motivos. Por su composición, que se evaluaba como una alianza entre la clase obrera y sectores de la pequeña burguesía. En este momento la burguesía no aparecía como un aliado, en tanto “no es nacional, sino antinacional” al estar interesada en “lograr el desarrollo económico con la participación de los capitales extranjeros, o sea un desarrollo condicionado y dependiente de los monopolios internacionales”.

El segundo motivo por el cual el MP se asimilaba al MLN era su doctrina “antiimperialista y antioligárquica”. Esa potencia se habría demostrado en el período 1945-1955, cuando el movimiento enfrentó a la “oligarquía terrateniente, industrial y financiera, el imperialismo yanqui [y a] los sectores de clase media, en especial el estudiantado y los profesionales”.

Como puede apreciarse, el documento inserta a la organización dentro del peronismo. En lo que respecta a nuestra problemática en particular, reproduce el tradicional discurso del movimiento al hacer énfasis en la lucha “antioligárquica”, entendiendo a esta como una fuerza antinacional. El carácter de la clase oligárquica podemos reconstruirlo a través de las páginas de *El Descamisado*, en particular a partir de un

⁵⁰⁵Montoneros: *Línea político-militar*, 1971, compilado en Baschetti, Roberto: *Documentos (1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, De la campana, La Plata, 1995, p. 252. Salvo que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este documento.

capítulo de una novela gráfica que allí se publicaba número a número, titulada *450 años de guerra al imperialismo*. En el capítulo correspondiente a la llamada Conquista del Desierto, se sindicaba el hecho como un punto central de la conformación de una “clase gobernante [que] olvidó a la Nación y prefirió la rapiña”.⁵⁰⁶ La Conquista habría dado pie a una colonización basada en el latifundio y las grandes estancias, que generó el despoblamiento del campo. Un verdadero país con “sentido nacional y popular” hubiese sido posible en el marco de una colonización diferente. Si bien no se lo dice explícitamente, se entiende que se remite al ideal alberdiano y sarmientino de colonias agrarias de productores pequeños, en tanto estas representaban el ideal antitético al latifundio. El presente sería heredero de ese pasado, pues la oligarquía contemporánea a Montoneros sería igual de “antinacional” y estaría “ligada al imperialismo multinacional yanqui”. Esta conformación de la clase dominante en el agro sería la culpable de “que nuestro campo siga produciendo como hace cincuenta años.”

Se reproducen los elementos típicos del mito oligárquico en la “imagen tradicional” del agro. La “oligarquía” sería una clase cuyo poder brota de la apropiación de grandes extensiones de tierra, para ganar riqueza no desde la producción sino desde el saqueo, la especulación o el parasitismo. Ella habría impedido un desarrollo progresista motorizado por la pequeña propiedad que fundara una gran Nación. Otra vez, la idea de una oligarquía latifundista lleva anexada la tesis del estancamiento agrario.

En un documento posterior Montoneros hizo particular énfasis en la alianza oligarquía-imperialismo, que sería el polo opuesto al del pueblo: “la oligarquía se ha aliado estrechamente con sus nuevos amigos del dólar, y sigue disfrutando de sus campos y sus vacas, además ahora las encontramos en los directorios de las grandes empresas.”⁵⁰⁷

Con todo, las afirmaciones son bien genéricas y no se encuentra ninguna referencia a la estructura agraria. Solo se estipula que junto a los frentes de masas que se consideran centrales (sindical, barrial y universitario), la organización debería promover uno destinado a los “movimientos agrarios”. Este frente se caracteriza como “secundario”, en tanto no sería “hegemónico en el proceso”, pero sí representaría a sectores que se encontraban en contradicción con el imperialismo y sus agentes nacionales. Entonces, aún sin definiciones demasiado precisas, Montoneros manifiesta la voluntad de intervenir en las nacientes Ligas Agrarias. Sobre esta cuestión volveremos luego.

⁵⁰⁶“Los que despoblaron el campo”, en: *El Descamisado*, 26/02/1974.

⁵⁰⁷Montoneros: *Las armas de la Independencia hoy están apuntadas hacia el Pueblo*, 1971, citado en: *Cristianismo y Revolución*, N° 30, septiembre de 1971, p. 13.

Mayores precisiones programáticas, y específicamente vinculadas a lo agrario, podemos encontrar en el *Boletín Interno n° 1*, un importante documento de autocrítica en relación a *Línea político-militar*, que fue confeccionado en el marco de las discusiones por la integración de Montoneros con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) hacia 1973. Introduce así un cambio sustancial para la problemática que nos convoca.

En materia programática, la principal autocrítica apuntaba a reconocer una incompreensión de la necesidad de construcción de un frente para impulsar la Liberación Nacional, lo que se visualizó en la caracterización de la “mediana burguesía” como un sector del campo del enemigo, “sin analizar las contradicciones que la política de penetración imperialista le puede provocar”.⁵⁰⁸ De este modo, se realizaba una “reactualización” de la línea político-militar que introdujo novedades en relación a los planteos programáticos previos.

La contradicción fundamental del proceso revolucionario se inscribía en la dicotomía Nación versus Imperialismo. De un lado, la Nación estaría compuesta por clases y sectores de clases que tendrían como interés común la ruptura o limitación de la dependencia externa. Allí se ubicaba al “pueblo” y la mediana burguesía. Recordemos que en la propuesta del documento anterior la burguesía aparecía como una clase “antinacional”, por lo cual quedaba fuera de la alianza que impulsaría la Liberación Nacional. Mientras que el pueblo se compondría de las clases y sectores de clases que están “objetivamente interesados en la ruptura total de la dependencia” y en el “cambio de las relaciones de producción”; la mediana burguesía, tanto urbana como rural, era poseedora de medios de producción pero, en la situación de “dependencia” y de “desarrollo desigual” estaba interesada en la “ruptura parcial” de la dependencia para “lograr una cuota mayor de la ganancia de los sectores monopólicos”. La Nación, entonces, agrupaba a la burguesía mediana (urbana y rural) y al pueblo, entre los que se contaba a la clase obrera, los “sectores marginados del proceso productivo, peones rurales, pequeñas burguesías asalariadas independientes y propietarias urbana y rural”. Con todo, la clase obrera, como columna vertebral del pueblo, era la “única clase absolutamente interesada en la liberación nacional para la construcción del socialismo”. Al otro lado de la contradicción, el polo del Imperialismo agruparía a la gran burguesía

⁵⁰⁸Montoneros: *Boletín interno N° 1*, primera quincena de mayo de 1973, citado en: Baschetti, *Documentos...*, op. cit., p. 577. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este documento.

industrial, comercial, financiera y agropecuaria, y al imperialismo con sus formas de dominación militar, política, económica y cultural.

En cuanto al carácter de la revolución en Argentina se señalaba la necesidad de un proceso de liberación nacional sin el cual no habría socialismo posible. Este proceso comenzaría a desarrollarse a partir una alianza cuyo denominador común sería el antiimperialismo que posibilitaría el ataque al enemigo principal, y permitiría ir acumulando fuerzas en los sectores del pueblo. Esa alianza cristalizaría en un Frente de Liberación Nacional (FLN) que contendría las contradicciones relativas entre los distintos sectores que lo componen. Su conducción debía ser el Movimiento Peronista que “está integrado mayoritariamente por los sectores objetivamente interesados en el proceso de liberación”. Estos sectores estarían expresados en los frentes políticos surgidos de la apertura electoral (Frente Cívico de Liberación Nacional -FRECILINA-, La Hora del Pueblo, Asamblea de la Unidad Nacional) y las corporaciones industriales y rurales como CGE y Federación Agraria Argentina, todas ellas entidades que, incluso expresando intereses burgueses, estarían “objetivamente en la alianza contra el imperialismo yanqui”. El objetivo del FLN sería el de avanzar en una “clara tendencia hacia el establecimiento de un régimen capitalista de Estado a los efectos de que el proceso sienta las bases para la construcción nacional del socialismo”.

¿Cómo se plasmaron estas definiciones en el terreno específicamente agrario? En el apartado “políticas por frente” del documento de marras, se definieron dos sujetos rurales: la clase obrera y el campesinado o “pequeña burguesía rural”. Mientras que a los primeros se los consideraba como parte del “frente sindical” en su variable rural, a los segundos se los dotó de una especificidad propia. Cabe destacar que también se definía la existencia de una “mediana burguesía” rural, a la que se caracterizaba como poseedora de medios de producción y con intereses en una ruptura parcial de la dependencia. Estos sectores progresivamente entrarían en contradicción con los intereses del pueblo en la medida que el proceso revolucionario se fuera profundizando, pero inicialmente serían parte de los aliados.

Respecto a los obreros rurales los señalamientos fueron por demás escuetos. Asumiendo que no se requiere una precisión de la porción de la sociedad que se ubica en esa situación, se señalaba que la tarea fundamental sería la de una “sindicalización masiva”, para dotar a esa fracción de la clase de un mayor grado de organicidad. Esa tarea debería comenzar en el noreste y noroeste del país, por el grado de penuria material, desamparo y baja influencia de la burocracia sindical.

En cuanto a los sectores campesinos, primero se rubrica su importancia en dos aspectos: uno político y otro de tipo militar. En relación al primero se planteaba la importancia como frente de lucha dada su inserción en un sector clave del proceso productivo del país. En cuanto a lo segundo, se plantea la posibilidad de ser “retaguardia organizada del ejército peronista”. Concretamente, al campesinado se lo asociaba a los sectores organizados bajo la forma de “Ligas Agrarias” a la que se evaluaba como una buena estructura organizativa, con dirigentes honestos (“auténticos”, “no burocratizados”) e identificados con el peronismo. Sin embargo, no tendría un espacio específico dentro del Movimiento, con lo cual sería tarea de Montoneros dotar a este de un “auditorio campesino”.

Estos sectores representados fundamentalmente por “pequeños campesinos” estarían asentados en el centro y norte del litoral, noreste y noroeste del país y Cuyo. Zonas a las que se caracterizaba como espacios donde la oligarquía tiene “sus centros menores de poder” y donde, agregamos nosotros, cobraron fuerza las Ligas Agrarias. La contradicción principal de los campesinos sería con la oligarquía, en función de tres elementos:

1. Política de tierras: la concentración de los medios de producción en manos de la oligarquía generaría el reclamo por la tenencia de la tierra.
2. Política de créditos: al ser manejados por la oligarquía y los monopolios, estos ahogarían económicamente al pequeño productor, afectando su productividad (lo que los llevaba a tener una menor a la real, a la que tendría por la capacidad instalada) e impidiendo incrementarla.
3. Política de comercialización: la oligarquía tendría la capacidad de fijar precios y condiciones de comercialización. En este punto la intermediación aparecía como un elemento que “distorsiona el mercado y encarece artificialmente los productos”, siendo necesaria para contrarrestarla la acción de un “gobierno popular” que elimine a los “parásitos intermediarios” y logre una política de precios transparentes.⁵⁰⁹

A diferencia del PC, que intentó trazar la fisonomía real del sujeto campesino a través de datos estadísticos de diferente origen, en el caso de Montoneros todas las precisiones se agotan en las que acabamos de describir. En razón de ello, el verdadero carácter

⁵⁰⁹“La mafia del abasto”, en: *El Peronista*, 24/07/1973.

social de aquella fracción de la sociedad que la organización colocaba bajo la rúbrica de “campesinado” se vuelve completamente opaca. No se especifica la magnitud de tierras que ponen en producción, ni la magnitud de fuerza de trabajo que explotan, ni su capacidad de acumulación. Podemos intuirlo por aquello que la organización considera que es su manifestación empírica, a saber: las Ligas Agrarias. Sin embargo, esta identificación presenta la misma complicación. Como advertimos en el primer capítulo, el movimiento agrario liguista contuvo en su seno una notable variedad de capas y fracciones de clases sociales, entre las que se encontraban dueños de medios de producción y expropiados. Una complejidad tal que difícilmente pudiera ser recogida por un mismo concepto.

El año en que fue escrito el documento anterior, también fue elaborado *Documento y programa*. A pesar de lo engañoso del título, no se trataba de un balance acabado de la estructura económico-social de la Argentina, sino un análisis de la coyuntura abierta a partir del lanzamiento del GAN y la apertura electoral. Ante la perspectiva de un gobierno peronista, allí se esbozaron una serie de medidas mínimas que deberían ser implementadas inmediatamente. Entre ellas se señalaba: “Nacionalización de los monopolios de producción y comercialización. Reforma agraria mediante la nacionalización de las tierras de la oligarquía terrateniente.”⁵¹⁰ En efecto, Montoneros consideraba que la cuestión de la consigna “la tierra para el que quiera trabajarla” era parte del ideal peronista, tal como lo demuestra su inclusión en la sección “20 verdades del peronismo” del periódico *El Descamisado*.⁵¹¹

Todo ello conducía a fijar la contradicción principal en el agro entre campesinos y oligarquía. De esta manera, Montoneros resolvía uno de los problemas centrales de la caracterización del agro, el de los sujetos sociales. El peronismo de izquierda no necesitaba realizar distinciones teóricas o empíricas entre campesinado chico, mediano y grande, chacarero o farmer. Sencillamente todo aquello que escapara al dominio de la oligarquía, pasaba a integrar el campo de lo disputable para la liberación Nacional. Obreros rurales y burgueses chicos y medios unidos por la contradicción principal con la oligarquía. Esta armonización de intereses contrapuestos no pasaba inadvertida por Montoneros, que identificaba una contradicción “secundaria” entre el “campesinado asalariado” (¿semiproletariado con tierras?) y el resto de los campesinos. Si bien no se

⁵¹⁰Montoneros: *Documento y programa*, 24 de febrero de 1973, en: *Punto Final*, 22/02/1973, reproducido en Baschetti, *Documentos (1970-1973)*..., op. cit., p. 523.

⁵¹¹“Trabajadores y privilegiados. Un país de ‘única clase’”, en: *El Descamisado* 16/10/1973.

lo explicita claramente, se refiere a los enfrentamientos que surgen en tanto uno se emplea como mano de obra del otro. Pero en el marco de la Liberación Nacional, esa contradicción sería secundaria, y la posible desviación hacia ella “no es imposible (ni siquiera difícil) de contrarrestar, dada la claridad de la contradicción principal”. Dicho más sencillamente, un reconocimiento de la necesidad de contener los reclamos obreros en pos de realizar los de la burguesía nacional.

En las publicaciones periódicas de Montoneros se denota una constante identificación del trabajador rural con el burgués chico y medio, conceptualizado como campesino. En un extremo, por la vía de identificar como campesino a lo que no eran más que obreros rurales. Esto puede verse con claridad en una nota aparecida en *El Descamisado* que reseñaba la constitución de una cooperativa rural en la localidad de Aminga, provincia de La Rioja. Curiosamente señalaba que durante los 18 años de proscripción del peronismo los campesinos sufrieron hambre y miseria, pero cuando detalla sus demandas advertimos que coinciden con la de un trabajador: “castigados por los bajos salarios, la desocupación, la falta de viviendas y de atención médica”, todo lo cual los llevó a “el éxodo forzoso de enormes contingentes de trabajadores, que se amontonan en las villas miserias de las grandes capitales”.⁵¹² En igual sentido, la creación de la cooperativa habría afectado a los intereses de los patrones pues “era una amenaza para sus privilegios; ya no podrían contar con mano de obra barata para explotar, y hasta dejarían de ser los amos y señores de todo el pueblo”.⁵¹³

Una política concreta que muestra esta contradicción fue la creación de una Federación Única de Sindicatos de Trabajadores Campesinos, orientada por la JTP que nucleó a 150 obreros que trabajaban en la producción de pimentón, en la Finca Churcal de los Valles Calchaquíes de Salta. Su principal reclamo fue el pago de salarios adeudados y el otorgamiento de 70 hectáreas, para trabajarlas como cooperativas. Habida cuenta que su forma de reproducción era por la vía del asalariamiento, no se trataría del campesinado asimilable al “pequeño burgués agrario”, tal como se lo definía en los documentos que veníamos trabajando. Finalmente, pareciera que se identifica como campesino a todo aquel que vive en el campo, en independencia de su forma de reproducción.

En el otro extremo, la vía por la que se confundían explotados y explotadores del agro, radicaba en la caracterización de todos ellos como “productores” víctimas de los grandes monopolios oligárquicos y comercializadores. En una nota del semanario

⁵¹²“¡Volverán las Montoneras...!”, en: *El Descamisado*, 04/09/1973.

⁵¹³Ídem.

montonero ya citado, que realizaba una crónica sobre la lucha de los plantadores de té y yerba mate en Misiones, se señalaba que:

“El rencor subsistió durante años merced a un complicado sistema de relaciones económicas, políticas étnicas y culturales estructurado por los monopolios para que ningún grupo de trabajadores -ya fueran pequeños y medianos productores gringos o trabajadores rurales nativos- pudiera adquirir fuerza. [...] Los órganos oficiales, siempre dominados por testaferros de la oligarquía, implantaron sucesivamente todos los cultivos de la provincia. [...] Así se ven, en una provincia de tierra riquísima, plantíos superpuestos de yerba y té sin que ninguno de los dos productos *logre librar de la miseria a los productores y a sus peones*. La política de desamparo a los trabajadores, la cruda explotación de las grandes empresas y la crisis de la producción nacional convencieron finalmente a muchos jóvenes campesinos de que entre ellos y los peones había una sola diferencia: los peones sabían que los explotaban; a ellos los habían convencido hasta entonces de que eran ‘propietarios’.”⁵¹⁴

Como se ve al final de la cita, el “engaño” de aparentar ser “propietarios” no buscaba unir los reclamos de los trabajadores rurales con el semiproletariado con tierras, lo cual hubiese contribuido a soldar una fractura dentro de la misma clase. La misma cita indica que la liberación de la miseria debe ser para “los productores” y “sus peones”, con lo cual se está afirmando su calidad de explotadores y, por tanto, se invita a los obreros a aliarse con sus antagonistas de clase.

Un último elemento significativo del programa aparece en el *Documento para el Congreso Nacional*. Refiriéndose a la importancia de la apropiación de los conocimientos generados por otros pueblos en su lucha por la liberación nacional y la construcción nacional del socialismo, el documento examina el ejemplo del pueblo vietnamita. Se trataría de un caso fundamental, toda vez que su triunfo sería el resultado del combate a fondo y en todos los terrenos contra el enemigo principal de los pueblos: el “imperialismo yanqui”. Sin embargo, el documento se apresta a distinguir qué elementos son similares a la Argentina, para a partir de esa similitud extraer conocimiento que pudiera ser útil para la transformación del país. En este punto, se afirmaba que los puntos de contactos serían el enemigo principal (el imperialismo norteamericano), el carácter de “país periférico” y el contenido nacionalista de la lucha.

⁵¹⁴“El mate amargo de los misioneros”, en: *El Descamisado*, 02/10/1973.

Sin embargo, ello no es lo que más interesaba a los autores. Lo que realmente buscaban eran las diferencias, que darían cuenta de la naturaleza económico-social de la Argentina. En ese punto se realiza un análisis más minucioso.

El examen de las diferencias comenzaba señalando que “Vietnam era un país semicolonial y semifeudal con una población predominantemente campesina, una pequeña clase obrera y una casi inexistente burguesía nacional”.⁵¹⁵ Por el contrario,

“en nuestro país las condiciones objetivas y subjetivas son radicalmente distintas. Somos un país capitalista dependiente y no feudal. Como producto del desarrollo de las fuerzas productivas, la forma de dominación que se ejerce sobre nosotros es neocolonial es decir no en base al control político-militar directo de los extranjeros sino en base a la penetración monopólica y a la complicidad de clases propietarias nativas.”

En ese marco, la principal diferencia sería la existencia de una clase obrera numerosa con una gran experiencia de lucha y de una “poderosa burguesía nacional” que conservaría fuerza económica y política. El peronismo sería la identidad de la clase obrera, el freno al avance del imperialismo y el Movimiento de Liberación Nacional en desarrollo. Estas afirmaciones vendrían a relativizar el peso del campesinado, en tanto clase precapitalista, en la estructura nacional argentina y, consecuentemente, atenuaban el peso de la cuestión agraria. Un análisis atento a las publicaciones periódicas de la organización nos permiten precisar, a partir del examen de la intervención montonera, lo que hasta aquí hemos venido reconstruyendo.

III. La intervención

Habiendo examinado el programa montonero y sus antecedentes, pasaremos a analizar el accionar político de la organización para terminar de calibrar sus definiciones agrarias. Hemos podido identificar una serie de puntos nodales en su intervención: su balance sobre los problemas agrarios coyunturales de la etapa (concretamente, carne y azúcar), el impulso dado a las Ligas Agrarias, su inserción en el proletariado rural y, en particular, su papel en la organización de poblaciones indígenas, su apoyo a las políticas agrarias del peronismo y su intervención político-militar en el agro.

⁵¹⁵Montoneros: *Documento para el Congreso Nacional, 1975*, compilado en: Baschetti, *Documentos (1973-1976)*, op. cit., p. 349. Todas las notas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

a. *El análisis de la ganadería y del azúcar*

Entre noviembre y diciembre de 1973, Montoneros a través de *El Descamisado* publicó una serie de notas destinadas a examinar el “gran negociado” de las carnes, lo que nos permite contrastar algunas definiciones programáticas de la organización.

Como primer elemento, se definía a la actividad como un rubro de la economía que rinde “formidables ganancias”, pero que estaría monopolizado por un “puñado de grandes ganaderos” que concentrarían para sí el negocio del consumo interno y la exportación.⁵¹⁶ Intentando darle carnadura real a esta afirmación con datos empíricos, el artículo señalaba que el mercado de hacienda de Liniers estaría dominado por treinta ganaderos de “apellidos ilustres” de “nuestra oligarquía”: Lanusse, Fortabat, Blaquier, Bullrich, entre otros. Sus ganados oscilarían entre las 120.000 y 180.000 cabezas, lo que contrastaría notablemente con las existencias de los pequeños ganaderos, que rondarían los 100 vacunos. Datos que intentarían avalar la concentración monopólica del sector, y de los cuales no se mencionan las fuentes. Los pequeños ganaderos se verían perjudicados por su pequeña escala, que los obligaría a vender el ganado flaco para que fuera luego engordado por los grandes. La estructura del negocio de la carne se completaría con el consignatario y el matarife como intermediarios, los frigoríficos del “imperialismo” y, el mayor perdedor, el pueblo compuesto por el carnicero y el ama de casa. De este modo, la ganadería se encontraría en manos de la oligarquía, y la industria de la carne en manos del imperialismo norteamericano. Todo ello viene a confirmar la dependencia, la penetración imperialista y el dominio oligárquico que examinábamos en el acápite anterior.

El segundo elemento del análisis es el aspecto de la comercialización, donde habría nuevas trampas para los pequeños productores. La oligarquía ofrecería sus existencias por fuera del mercado de hacienda, es decir en el mercado negro, a precios más elevados que se traducirían en sobrepuestos en las carnicerías. Este negocio, sin embargo, estaría a punto de ser liquidado por la acción del gobierno que avanzaría en el control estatal de la comercialización “preparando el camino para la nacionalización de las grandes estancias de la pampa húmeda, riñón de la oligarquía ganadera argentina.”⁵¹⁷ Aquí se denota la confianza en el peronismo como bastión de la lucha antioligárquica.

⁵¹⁶“¿Quiénes son los dueños de las vacas?”, en: *El Descamisado*, 13/11/1973.

⁵¹⁷“¿Cuántos millones ganan los frigoríficos”, en: *El Descamisado*, 20/11/1973.

El tercer punto es el negocio de los frigoríficos. Para Montoneros el verdadero negocio en toda la cadena de producción de carne era el de la cría del ganado, pues en la propiedad de la tierra y de las vacas es donde estaría la mayor ganancia. El frigorífico, vendiendo en el mercado legal, tendría un negocio chico, de allí que prosperara el mercado negro, donde puede conseguir mejores ganancias. Lo interesante es que se señala que el problema de los frigoríficos es “moral” porque acumulan en el mercado en negro. Mientras que el de la oligarquía es un problema político, porque es la gran ganadora sin esfuerzo. De allí que habría que castigar “a los grandes dueños de la pampa húmeda, de la tierra argentina”.⁵¹⁸ Frente al parasitismo oligárquico, las industrias imperialistas aparecen como un mal menor.

Una excepción a esta regla de los frigoríficos, que muestra el razonamiento montonero sobre el asunto, sería el frigorífico Santa Tecla. Este realizaría jugosas ganancias comprando las achuras a todos los frigoríficos durante el verano, cuando el consumo local de esas mercancías cae y crece el consumo en el mercado mundial. Así obtendría el triple de lo invertido. Esto daría cuenta de una monopolización -“un solo frigorífico (el ‘Santa Tecla’) maneja todo el negocio de las achuras y obtiene ganancias siderales”- pero por sobre todo de un comportamiento parasitario condenable: “no arriesga nada y obtiene todo”.⁵¹⁹ Esto da cuenta que el problema para la organización peronista de izquierda es el parasitismo, propio de quien obtiene algo a costa de poco o nada de sacrificio, y no la explotación capitalista. En este sentido, no se impugna al conjunto de la burguesía sino a quienes obtienen mucho arriesgando poco. En todo caso, a las ganancias extraordinarias o fuera de lo común. Un caso similar sería el de los intermediarios en la cría de lechones. Aquí los grandes beneficiarios serían los engordadores que compran el ganado flaco, lo hacen engordar con sobrantes de comida y luego los colocan en el mercado con un alto precio. Así obtiene notables ganancias a “expensas del colono”.⁵²⁰

Finalmente, un rubro particular mostraría una significativa penetración del imperialismo: la producción de pollos parrilleros. Allí las empresas “monopólicas” como Cargill, Provita o Purina “penetraron” la rama a través del negocio de la venta de alimentos balanceados y el control de los pollos genéticamente mejorados, y desde allí comenzaron a “integrar” la producción, teniendo sus propios criaderos. El resultado fue

⁵¹⁸Ídem.

⁵¹⁹“Un negocio muy sabroso: vender achuras a Europa”, en: *El Descamisado*, 27/11/1973.

⁵²⁰Pensando en las fiestas... ¡Cómo no van estar caros los lechones!”, en: *El Descamisado*, 11/12/1973.

el desplazamiento de los “pequeños y medianos productores” por las multinacionales que coparon el mercado y que, además, no cumplen los precios oficiales.⁵²¹

La otra rama de la producción agraria e industrial que estuvo presente en la prensa montonera fue, no podía ser de otro modo, la azucarera. En este caso, la organización constató la existencia de dos polos en la estructura agraria: el latifundio y el minifundio. A diferencia del examen de la ganadería, donde el foco estaba en el primero de los polos, el de la concentración de grandes ganados en manos de la “oligarquía”, en este caso el eje estaba puesto en el minifundio cañero. La estructura azucarera tucumana daría cuenta de la existencia de unos 1.700 cañeros pequeños y medianos que tendrían en promedio unos 180 surcos (equivalente a 3 hectáreas) cada uno, que contrastarían con los 200 propietarios de aproximadamente 55.000 surcos (equivalente a 1.300 hectáreas). En este último grupo de “grandes terratenientes” se ubicarían familias “oligarcas” como los José María Paz o los Minetti, estos últimos dueños de 5.000 hectáreas del ingenio Fronterita.

La escasa capitalización de los pequeños y medianos cañeros les impediría pertrecharse con los adelantos tecnológicos, de manera que se verían perjudicados en la competencia. En este punto, el análisis que se esboza en *Evita Montonera* advierte que esto conduce a convertirlos en la capa burguesa más explotadora, en tanto emplean mano de obra y le ofrecen a ésta peores condiciones que la que pueden encontrar entre los cañeros más grandes. Concretamente:

“Los obreros que dependen de los pequeños y medianos productores sufren en general las condiciones de trabajo más duras, ya que el minifundista se encuentra habitualmente en la imposibilidad de cumplir las leyes laborales y satisfacer reivindicaciones elementales de los obreros.”⁵²²

El reconocimiento de esta realidad, contrastaba frontalmente con lo que venía sosteniendo la organización: los grandes latifundistas son finalmente los que incorporan mayor tecnología y por lo tanto, emprenden una producción más eficiente. Esto daría por tierra con su carácter “parasitario”. Por su parte, de los pequeños y medianos debería ser puesta en cuestión su potencialidad progresiva para un frente de liberación nacional en la medida que son los que pueden ofrecer más penuria y miseria a los

⁵²¹“Rockefeller y Morgan, dueños de los pollos”, en: *El Descamisado*, 24/12/1973.

⁵²²“FOTIA: 17 días de huelga”, en: *Evita Montonera*, enero-febrero de 1975.

trabajadores. A pesar de reconocer estos aspectos, Montoneros no rectificó sus caracterizaciones.

Ya fuera del terreno estrictamente rural, pero dentro de la rama azucarera, la etapa industrial de la producción de azúcar estaría también dominada por los “oligarcas industriales y terratenientes”. Frente a ellos, el elemento progresivo sería la Compañía Nacional Azucarera S. A. (CONASA), que agrupaba a fábricas expropiadas en 1966 a la Compañía Azucarera Tucumana (CAT). En el directorio de esta habría dos representantes obreros que “durante varios años fueron nominales, pero cobraron realidad al calor del triunfo electoral peronista”. En virtud de ello la CONASA “podría transformarse, con apoyo estatal, en un polo de competencia de los grandes industriales.”

Estas lecturas sobre la situación de la industria cárnica y azucarera, vienen a confirmar los planteos teórico generales que estudiamos en el acápite anterior. Montoneros privilegió la cuestión nacional por sobre la de clase, lo que dejó en un segundo plano al proletariado rural en favor de los productores chicos y medios en una supuesta coincidencia de intereses antioligárquicos y antiimperialistas. En ambos casos además ya se prefigura la defensa de lo nacional y estatal (caso CONASA) y del gobierno peronista, aspectos que veremos desplegarse con mayor fuerza cuando estudiemos las posiciones montoneras frente a la legislación agraria.

b. Ligas Agrarias

Respecto a las Ligas Agrarias, Montoneros las defendió como un órgano superior a las cooperativas en tanto que no pretendían únicamente solucionar los efectos de la crisis económica sino que eran un órgano eminentemente político. Serían la respuesta organizativa a la “larga cadena de explotación” del campesinado, que comenzaría en la etapa de comercialización del producto, donde en general acababan endeudados e hipotecando sus cosechas. El campesino medio, que podría sortear esta dificultad, se encontraba con los acopiadores, a los que debía superar mediante la organización cooperativa, para luego toparse en el mercado con los monopolios que fijarían artificialmente los precios. Las Ligas, entonces, eran la herramienta de estos sectores para destruir los monopolios por la vía de su expropiación.⁵²³

⁵²³“Contra el monopolio, por la expropiación”, en: *El Descamisado*, 28/08/1973.

La organización logró tener una destacada presencia en el movimiento liguista.⁵²⁴ En el, la organización impulsó los reclamos que enarbolaba el movimiento, fundamentalmente la promoción de créditos a baja tasa de interés para facilitar la capitalización, la mejora en los precios de venta de la producción y, en algunos casos, la entrega de tierras. El Movimiento Agrario Misionero (MAM) y las Ligas Agrarias de Chaco (LACH) fueron dos casos en los que hubo una destacada presencia montonera.⁵²⁵

En un estudio sobre el MAM, Rodríguez⁵²⁶ ha demostrado la presencia de cuadros montoneros -Estela Urdaniz y Pablo Fernández Long- en la dirección del movimiento.⁵²⁷ Y ha mostrado cómo la línea política de alianza entre trabajadores y burgueses promovida por Montoneros, generó tensiones internas entre los agricultores, llegando incluso a producirse una ruptura que dejó como saldo las Ligas Agrarias Misioneras (LAM). Si bien en muchos casos los productores rechazaban las negociaciones que se promovían con la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores, en la publicación periódica liguista *Amanecer Agrario* se explicaba que esas negociaciones estaban “destinadas a evitar los problemas entre los obreros y colonos, fortaleciendo así a ambos gremios en su lucha contra los explotadores”, entendiendo a estos últimos como las grandes instituciones yerbateras, es decir, la “oligarquía”.⁵²⁸ Incluso, Fernández Long llegaría a ser diputado provincial, y desde allí denunció las condiciones de trabajo de los obreros rurales, a la par que exigía que se investigaran negociados de los “monopolios de la comercialización” contra los “colonos”.⁵²⁹ Estos hechos atestiguan que el programa agrario de la organización tenía un correlato real en su práctica. Las tensiones internas eran, en ese sentido, prueba de la inviabilidad de esa alianza, a la que se resistían los explotadores.

Otro dato significativo en este aspecto es brindado por Roze. Al analizar el voto al Partido Auténtico ligado a Montoneros -que, llevó como candidato a vicegobernador a Pedro Peczak, dirigente de las LAM⁵³⁰- en las elecciones de la provincia de Misiones

⁵²⁴Un estudio de las Ligas que, además, muestra secundariamente la influencia de Montoneros en ellas, puede verse en: Rozé, *Conflictos agrarios...*, op. cit.

⁵²⁵A pesar de que alcanzó un lugar importante dentro de las Ligas, las noticias sobre las acciones de ellas no son frecuentes en las publicaciones montoneras. Véase: “Los campesinos se organizan para la liberación”, en: *Evita Montonera*, junio-julio de 1975; “Reclamo a Bittel”, en: *El Descamisado*, 28/08/1973.

⁵²⁶Rodríguez, *Los radicalizados...*, op. cit.

⁵²⁷Gillespie señala que durante cuatro años Fernández Long fue asesor jurídico de las Ligas Agrarias Misioneras. Gillespie, *Montoneros...*, op. cit., p. 255.

⁵²⁸*Amanecer Agrario*, julio de 1972, citado en: Rodríguez, *Los radicalizados...*, op. cit.

⁵²⁹Rodríguez, *Los radicalizados...*, op. cit.

⁵³⁰“¿Que quieren las Ligas Agrarias?”, en: *Avanzada Socialista*, 19/03/1975.

encuentra que el caudal de votos recibido por la organización provino de los departamentos donde primaban los productores más fuertes: Eldorado, Montecarlo, Iguazú, y fue significativamente menor en donde abundaban los productores marginales.⁵³¹ En igual sentido puede rescatarse dos apreciaciones más del mismo autor. Por un lado, su trabajo demuestra que en las LACH, donde Montoneros tenía una gran presencia, el grueso del movimiento se nutría de la pequeña y mediana burguesía agraria aldonera, que luchaba para defender su status de productor frente al proceso de expropiación y proletarización. Por el contrario, el mismo autor indica que en la provincia de Corrientes, en particular hacia 1974, las Ligas asumieron la representación del “sector más pobre del campesinado”, al que identifica con los aparceros tabacaleros (entregan porcentaje de la producción y no alcanzaban a cubrir su propia reproducción), y en ellas se produce la singularidad de que tanto Montoneros como la Juventud Peronista estaban “notablemente ausente[s]” no pudiendo hacer pie. Esto estaría demostrando que su predicaba tenía mayor receptividad en los sectores burgueses del movimiento liguista, lo cual resulta razonable en la medida en que Montoneros en su programa contenía sus intereses. El intento de estrechar lazos con sindicatos obreros y exigir el cumplimiento de las demandas reivindicativas de estos, no sería un gran problema para los sectores más acomodados del movimiento liguista, en tanto que su capacidad de acumulación les permitía cumplir con los reclamos. Otro dato relevante es el que aporta Gillespie en su ya clásica investigación sobre Montoneros. Osvaldo Lovey fue el secretario general de las Ligas Agrarias de Chaco y se incorporó en los años '70 a la organización, llegando incluso a ser designado, en 1979, secretario general de la rama agraria del Movimiento Peronista Montonero en el exilio.

Finalmente, se puede identificar una coincidencia entre la actitud de expectativa y apoyo que las Ligas brindaron, al menos inicialmente, a los gobiernos de Cámpora y Perón, y el apoyo brindado por Montoneros y su consigna de “apoyar y controlar al gobierno popular”.

c. Poblaciones indígenas

Montoneros desarrolló intentos de organizar a las poblaciones indígenas a través de un frente poco conocido (y probablemente de existencia efímera): la Juventud Aborígen

⁵³¹Rozé, *Conflictos...*, op. cit., p. 122.

Peronista. A partir de ella, la organización buscó organizar en cooperativas a los matacos chaqueños, de la localidad de Sauzalito. Al constituirse como frente específico, evidencia un alejamiento tanto del frente sindical que organizaba a trabajadores rurales como de aquel que se encargaría del campesinado. Sin embargo, una lectura atenta al informe que se presenta sobre esta población, se revela su verdadero carácter proletario. El artículo de *El Descamisado* recoge el posicionamiento de la Federación Agraria Argentina local que, encabezada por Mario Sacci, reclamó que la cooperativa los dejaba sin brazos para la cosecha.⁵³² Es decir, los matacos eran su fuerza de trabajo.

La preocupación por la organización de las poblaciones indígenas es singular en la etapa. Además del ya citado caso de Sauzalito, hay dos hechos más que dan cuenta de esta preocupación.

En julio de 1973 un equipo de periodistas de *El Descamisado* viajó a la provincia de Salta para entrar en contacto con pobladores que se reconocían como matacos. Estos se ubicaban en unas tierras propiedad de la familia Patrón Costas, dentro de las cuales funcionaba el Ingenio Tabacal. Allí se desempeñaban como trabajadores rurales, con una jornada laboral de entre 14 y 16 horas, sin beneficios sociales y con salarios pagados en vales y bonos. Nuevamente, queda revelado su carácter obrero. La economía familiar se completaba con la propia actividad pesquera de los varones y con el trabajo artesanal de las mujeres que hacían productos en yisca que le vendían al “almacenero yanqui”. Frente a estos, Montoneros esbozó como salida la entrega de tierras con títulos de propiedad, de manera que pudieran acceder a un medio de vida. La organización confiaba en que el gobernador Ragone concedería estos títulos afectando a los “grandes terratenientes” y su “divino y sangriento poder terrenal”.⁵³³

Tres meses más tarde, *El Descamisado* realizó un trabajo similar con poblaciones que se reivindicaban mapuches en la Patagonia. En la crónica de la revista se relataban las pésimas condiciones de vida, la pérdida de sus tierras a manos de estancieros y el intento de sostenerse por medio de la organización en cooperativas para realizar una producción más eficiente de la tierra. La solución planteada por Montoneros allí fue similar a la de los matacos: la mensura oficial de los campos, la expulsiones de quienes serían intrusos, el otorgamiento de una personería jurídica a la cooperativa, la cesión de títulos de propiedad de carácter inembargable, facilidades crediticias para la producción

⁵³²“Dicen que no sabemos nada”, en: *El descamisado*, 04/09/1973; “Matacos presos”, en: *El descamisado*, 16/10/1973.

⁵³³“Nuestra única esperanza es Perón”, en: *El Descamisado*, 31/07/1973.

agraria, entre otros. Como en oportunidades anteriores, si bien se intenta caracterizarlos como campesinos en el sentido de pequeños productores directos, no explotadores, la propia descripción de la situación muestra que son obreros: “La única solución que ha encontrado los mapuches para arrimar unos pesos a la casa, es la misma que la de sus hermanos indígenas de todo el país: abandonar tierra y familia cada tanto o permanentemente engancharse como peón en las estancias”.⁵³⁴ La nota finalmente señala que fue el Estatuto del Peón de campo el que ha hecho “tan peronistas a los mapuches” y celebra el hecho que el mapuche Abelardo Colfin sea diputado provincial por el FREJULI.

d. Proletariado rural

A pesar de tener un punto de apoyo rural fuerte entre las Ligas, no debe despreciarse la presencia de Montoneros entre el proletariado rural. Si bien aún está pendiente un estudio profundo que reconstruya la inserción alcanzada por la Juventud Trabajadora Peronista, un relevamiento de las prensas periódicas montoneras nos muestra una atendible presencia en entre los trabajadores del campo.

Los ingenios azucareros ocuparon un rol destacado en la intervención sindical de la JTP. En 1973 el frente gremial montonero comenzó a desarrollar un trabajo entre los obreros del Ingenio La Florida, en el departamento Cruz Alta de Tucumán. Hacia fines de ese año una asamblea en el lugar decidió la expulsión de quienes detentaban la conducción del sindicato de fábrica y nombró una provisoria. Celebrados un tiempo después los comicios, se impuso allí la lista de la JTP.⁵³⁵ A la par de este triunfo se produjo un proceso similar en el Ingenio La Fronterita, emplazado en el en el Departamento Famaillá de la misma provincia. Allí los trabajadores siguieron los mismos pasos que La Florida: una asamblea desplazó a la conducción vigente, estableció una provisoria y convocó a elecciones.⁵³⁶

Estos avances entre los trabajadores de ingenios tucumanos, llevaron a la JTP regional Tucumán a celebrar en junio de 1974 el “Primer Encuentro de Trabajadores Azucareros” que, en la versión oficial de la propia organización, habría aglutinado unos 300 obreros y a la Comisión Directiva de la FOTIA. Esta instancia de deliberación

⁵³⁴“La Patagonia trágica”, en: *El Descamisado*, 23/10/1973.

⁵³⁵“Triunfaremos porque somos los verdaderos peronistas”, en: *El Descamisado*, 27/11/1973.

⁵³⁶“¡Ganamos por peronistas, por leales, por obreros!” en: *El Descamisado*, 04/12/1973.

concluyó con la constitución de la Agrupación Provincial de Trabajadores del Azúcar “General Perón” con un programa reivindicatorio de cinco puntos: 1. Oposición a la introducción de máquinas integrales mientras no se resuelva la desocupación que genera. 2. Reapertura del Ingenio Esperanza. 3. Igualdad entre trabajadores del surco y de fábrica. 4. Estabilidad para los obreros con 1,5 trabajadores por cada mil surcos. 5. Aumento salarial de \$ 100.000.⁵³⁷

El accionar montonero entre los trabajadores azucareros no se limitó exclusivamente a la intervención de tipo gremial. En consonancia con su definición como organización político-militar, Montoneros también actuó militarmente en este entorno. Una de esas formas de intervención fue la destrucción de maquinaria agrícola como mecanismo para apoyar la lucha de los trabajadores contra los despidos. En septiembre de 1974 los Pelotones Milicianos de Montoneros atacaron y destruyeron una fábrica de cosechadoras integrales, y posteriormente destruyeron siete cosechadoras en Tucumán, cuatro en Salta y Jujuy e incendiaron otras tres.⁵³⁸ Asimismo, el 7 de agosto de ese año, un comando de la organización interceptó el auto en el que se trasladaba el “oligarca” José María Paz Nougués, titular del Ingenio Concepción. En medio de la operación, Paz resultó herido y falleció 20 días más tarde. También fueron detonadas ocho bombas en diferentes compañías azucareras y casas de directivos, y fue ametrallado y detonado el auto del dirigente sindical “vandorista” Lucas Santillán. Este tipo de accionar también contempló la realización de más de veinte actos relámpagos con roturas de vidrieras e incendios de diferentes compañías.⁵³⁹

Montoneros también tuvo presencia entre las luchas contra los despidos de los trabajadores de Citrícola La Candela, en Tucumán⁵⁴⁰; entre los trabajadores de los frigoríficos cordobeses La Vascongada⁵⁴¹ y Mediterráneo, alcanzado a obtener delegados en este último.⁵⁴² Otro hito destacable es la conquista de la regional Rio Negro-Neuquén de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE), por medio de la Agrupación Peronista de Trabajadores Rurales.⁵⁴³

⁵³⁷“FOTIA: 17 días de huelga”, en: *Evita Montonera*, enero-febrero de 1975.

⁵³⁸*Evita Montonera*, diciembre de 1974.

⁵³⁹“FOTIA: 17 días de huelga”, en: *Evita Montonera*, enero-febrero de 1975; “El ejército contra el pueblo”, en: *Evita Montonera*, agosto de 1975. “La epopeya de Ledesma”, en: *Evita Montonera*, junio-julio de 1975.

⁵⁴⁰“Donde nace la violencia”, en: *El Descamisado*, 13/11/1973.

⁵⁴¹“La Vascongada”, en: *El Descamisado*, 11/12/1973.

⁵⁴²“Unquillo contra los explotadores”, en: *El Peronista*, cuarta semana de agosto de 1973.

⁵⁴³“Cansados fuimos a JTP. Y aquí nos tenés, a muerte”, en: *El Descamisado*, 22/01/1974.

Así como hemos destacado la intervención militar en los gremios, otra táctica montonera de ese ámbito merece ser atendida: la promoción de cooperativas de “campesinos” e incluso de trabajadores. Un ejemplo de ello es el ya mencionado caso los hacheros “indios” del Chaco que, según el testimonio del delegado de la JAP, eran hacheros que vendían postes para conseguir alimento. Para mejorar su situación, buscaron organizarse en una cooperativa, para que el gobierno les entregue en propiedad tierras fiscales y puedan desarrollar su actividad sin problema. La Juventud Peronista impulsó este trabajo, dado que tenía en sus manos además el municipio de la localidad de Colonias Unidas. Gracias a ello consiguieron autorización para explotar el monte y así se organizó la cooperativa.⁵⁴⁴ Otro caso, previo a Montoneros pero que la organización apoyó abiertamente, fue el de la Cooperativa de Trabajadores Rurales Amingüeños Limitada, de la localidad de Aminga, La Rioja.⁵⁴⁵ Al igual que el anterior, un intento de pequeña escala limitado a 40 familias que trabajan con sus brazos.

e. Políticas agrarias del peronismo

Antes de comenzar el examen de los posicionamientos de la organización frente a la política agraria debe tenerse en cuenta que, aún en cargos inferiores y en ámbitos no decisivos, la organización dirigida por Mario Firmenich tenía presencia en dependencias gubernamentales. Dentro de aquellas que tenían jurisdicción sobre cuestiones del campo se pueden destacar dos casos. Por un lado, el del propio Lovey antes citado, que al menos en 1976 se desempeñó como subsecretario de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar de la provincia de Chaco. Por el otro, Guillermo Gallo Mendoza, militante de Montoneros que se desempeñó como ministro de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires durante la gestión de Oscar Bidegain. Gallo Mendoza, de profesión ingeniero agrónomo, había escrito para ese momento una serie de trabajos en los que defendía la reforma agraria.⁵⁴⁶

En cuanto a las políticas agrarias oficiales, Montoneros defendió las medidas adoptadas por el tercer peronismo bajo el criterio de que “el mandato de Perón” era que “la tierra

⁵⁴⁴“70 hachas organizadas para poder vivir”, en: *El Descamisado*, 11/09/1973.

⁵⁴⁵“¡Volverán las Montoneras...!” en: *El Descamisado*, 04/09/1973.

⁵⁴⁶Gallo Mendoza, Guillermo: “Definición de reforma agraria y reforma agraria en Argentina”, en: Flores, Edmundo et al: *Reformas agrarias en América Latina*, Juarez Editor, Buenos Aires, 1970; Gallo Mendoza, Guillermo: *La mano de obra en el sector agropecuario*, Consejo Nacional de Desarrollo, Buenos Aires, 1964.

sea para quien la trabaja.”⁵⁴⁷ El primer año de gobierno, la actuación de la organización estuvo centrada en la defensa de las políticas gubernamentales. Ya en el primer número de la revista *El Descamisado* se esbozó una defensa de lo que fuera la principal medida de gobierno: el Pacto Social. Mediante un esquema gráfico que sintetizaba las medidas centrales del paquete se señaló que el mismo actuaba sobre tres ejes. Por un lado, aumentaría la riqueza nacional, a través de la defensa del trabajo y la producción nacional, la transformación agraria por medio de un régimen de “tierras no explotadas”, la promoción industrial, la defensa de la pequeña y mediana empresa y de la empresa estatal y la conservación de los recursos naturales, entre otras. Esa riqueza aumentada tendría, además, una mejor distribución por la persecución a la evasión fiscal, el impuesto a la tierra, la suspensión de desalojos rurales, la regionalización del crédito y la promoción de la vivienda. Por último, pondría un freno al “saqueo imperialista” de esa riqueza con la nacionalización de las exportaciones primarias y depósitos bancarios, la prohibición de entrega de empresas nacionales, etc. El cumplimiento de este acuerdo estaría dado por “la movilización popular y el aparato penal del gobierno popular”.⁵⁴⁸

Este breve planteo permite advertir ciertos elementos. Aparece con claridad la centralidad de la disputa con el imperialismo, pues el pacto sería un freno al saqueo que promueve. Ello conllevaba la necesidad de estrechar lazos con los empresarios nacionales, chicos y medianos, de allí que se pretendiera defenderlos para proteger a la Nación. Esto constituiría la “etapa de transición -tal como la definió el compañero presidente- para pasar a etapas superiores del poder popular”.⁵⁴⁹ Como puede verse, el paquete de medidas contemplaba cuestiones relativas al agro que Montoneros destacó. En particular, los primeros meses en que funcionó el Pacto Social, la organización reivindicó con mayor énfasis el control sobre los precios de las mercancías agrarias.

En este sentido, el primer hecho celebrado dentro de la política agraria fue el control del “gobierno popular” sobre los precios máximos en el Mercado de Hacienda. Esta medida era evaluada como una genuina regulación de los precios que afectaba a los ganaderos debido a que ya “no se enriquecen indebidamente”, “el esfuerzo se reparte entre todos” y los consumidores acceden a precios que pueden pagar.⁵⁵⁰ Esto contrastaría con políticas similares de gestiones anteriores, en particular la del gobierno dictatorial de Lanusse, quien habría puesto el foco en los carniceros y no en el ganadero, el matarife y

⁵⁴⁷“Patria sí; colonia no”, en: *El Descamisado*, 07/08/1973.

⁵⁴⁸“Acuerdo social y control de los trabajadores”, en: *El Descamisado*, 12/06/1973.

⁵⁴⁹Ídem.

⁵⁵⁰“Los dos caminos de la carne. Dependencia o liberación”, en: *El Descamisado*, 05/06/1973.

el mayorista. Es decir, afectó a los pequeños comerciantes en lugar de la “oligarquía”. Con este criterio, Montoneros celebró lo que consideraba un ataque sobre todo a los intermediarios que distorsionaban los precios y se beneficiaban parasitariamente. Implementado el control sobre los precios de granos y carnes, la organización llamó a extenderlos a frutas y hortalizas, sectores de producción agraria en crecimiento que, a su vez, generaban mercancías que formaban “parte elemental de cualquier dieta”.⁵⁵¹

A nivel de gestión provincial, Montoneros se fue pronunciando en favor de determinadas políticas de los gobernadores. Apoyó por caso, el envío de un proyecto del poder ejecutivo de Santa Cruz (en manos de Jorge Cepernic) de expropiación de entre 650 y 700 mil hectáreas de tres estancias inglesas, y defendió públicamente al gobernador Juan Manuel Irrazábal de Misiones por su política agraria que, con la fundación del Instituto Provincial de Intercambio Comercial y Agrario (IPICA) creó “una especie de ‘IAPI’ provincial para terminar con el negocio de la intermediación”, lo que fue caracterizado como progresivo y como un ataque a los “grandes y conocidos poderosos” monopolios acopiadores.⁵⁵² Incluso, como señalamos, la organización participó activamente de los organismos oficiales vinculados a las problemáticas agrarias, introduciendo militantes de la Juventud Peronista o activistas de las Ligas Agrarias en órganos municipales. Una de las expresiones más claras de esta política fue el otorgamiento del Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires a Guillermo Gallo Mendoza. Aunque es claro que la posibilidad de imponer políticas de significación desde estos cargos era limitada, Montoneros lo aprovechó. Por ejemplo, a fines de 1973 la organización dio difusión a la entrega de 175 hectáreas de tierras fiscales por parte de Gallo Mendoza a la Cooperativa de Trabajo y Producción General San Martín, perteneciente a las Ligas Agrarias Bonaerenses dirigidas por la organización.⁵⁵³ Pero la organización no siempre estaba del mismo lado del escritorio: en Tucumán, donde el problema azucarero era álgido y Montoneros tenía presencia en los sindicatos de la rama, acusaron al gobernador Amado Juri de ser un cañero “más que mediano”, razón por la cual no habría tomado las riendas para “cambiar la realidad” de la provincia.⁵⁵⁴

⁵⁵¹“La mafia del abasto”, en: *El Peronista*, 24/07/1973.

⁵⁵²“Un día de tragedia para el pueblo, un día de fiesta para los oligarcas”, en: *El Descamisado*, 11/12/1973.

⁵⁵³“Ministro: Hay que peronizar el campo. Peón: Los oligarcas nunca entenderán”, en: *El Descamisado*, 24/12/1973.

⁵⁵⁴“El pueblo lucha por su reconstrucción”, en: *El Descamisado*, 13/11/1973.

Sin embargo, ya hacia 1974 la lectura de Montoneros se tornó más crítica respecto de las políticas del gobierno nacional. El mismo Pacto Social empezó a ser visto con otros ojos. En efecto, se planteaba que aunque habría garantizado, en algunas ramas productivas (las menos estratégicas para la estructura económica), los intereses de los capitales nacionales por sobre los capitales imperialistas, esto no sería necesariamente progresivo, ya que en el interior de los capitales nacionales estaría beneficiando a los sectores más concentrados por sobre los pequeños y medianos, al tiempo que en las ramas estratégicas ni si quiera se afectan los intereses del capital extranjero:

“Hubo sí cambios y es en la relación entre los distintos sectores empresarios, mejorándose la posición del puñado de grandes empresas locales representado por Gelbard frente al puñado de empresas extranjeras. Pero todos coinciden en asegurar el mismo nivel de ingresos global a los empresarios de la industria, el campo y las finanzas. En la industria la proporción se mantiene perjudicando como siempre a la pequeña y mediana empresa. *En el campo se afecta a la oligarquía tradicional y se busca beneficiar a los sectores modernos más concentrados, aquellos cuyas explotaciones en la zona pampeana oscila entre 1.000 y 3.000 hectáreas.* En las finanzas se fortalece a los grandes bancos nacionales (Galicia, Español, por ejemplo) y se limita a la actividad de los grandes bancos extranjeros. *Hay un cambio evidente de poder en el mundo empresario que afecta intereses financieros extranjeros y a la oligarquía terrateniente tradicional, pero se cuida muy bien de afectar esos intereses donde son más fuertes, es decir a las grandes corporaciones industriales extranjeras como las del automotor, petroquímica, metalúrgicas.*”⁵⁵⁵

En el mismo sentido, el control del comercio exterior de granos habría desplazado a los “grandes intermediarios” en favor de las “cooperativas agrarias” de sectores “modernos”. Y en la producción, el impuesto a la renta normal potencial del agro buscaría “la conversión de la empresa rural en una moderna empresa capitalista”. De manera que se estaría afectando a la “oligarquía tradicional” pero también al “pequeño productor rural” y al proletariado que se ve expulsado por la tecnificación.⁵⁵⁶ De este modo, la gestión económica de Gelbard tendería a negociar con el imperialismo una mejor posición para el “gran empresariado nacional” pero no para “la pequeña y

⁵⁵⁵“El Pacto Social: instrumento de la liberación o instrumento de la dependencia”, en *El Descamisado*, 19/03/1974. Los destacados son nuestros.

⁵⁵⁶“Liberación sin justicia social”, en: *El Descamisado*, 26/03/1974.

mediana industria” ni estimularía la “participación popular”.⁵⁵⁷ El saldo sería la continuidad de la dependencia, ya que no se afectaría el lugar de los “monopolios imperialistas”, y la “oligarquía terrateniente” habría visto menguado sus ingresos pero no su monopolio sobre la tierra, lo que quedó cristalizado en la desaparición de la Ley Agraria de la escena política.⁵⁵⁸

La muerte de Perón primero y el reemplazo de Gelbard por Gómez Morales en la cartera de economía profundizaron el tono de crítica, toda vez que avanzaría la “ofensiva imperialista” y se pondría un “empleado” de los monopolios a gestionar la economía.⁵⁵⁹ Durante el año 1975 Montoneros ya diagnosticaba una inminente “catástrofe nacional” que solo podría ser evitada abandonando la senda de la dependencia y retomando el camino de la liberación nacional. En función de ello, la organización propuso un paquete de medidas económicas que en lo agrario contemplaba:

“d) Modificación de la actual política de ingresos, trasladando los ingresos de la oligarquía agropecuaria y de las multinacionales hacia la clase trabajadora, la pequeña y mediana empresa, tanto industrial como agropecuaria y al Estado.

e) Política crediticia apoyada por el Estado orientada a consolidar la nueva política de ingresos, fomentando el desarrollo de las empresas estatales, de la pequeña y mediana empresa y el fortaleciendo el salario real.”⁵⁶⁰

Como puede apreciarse, se trataría de afectar la ganancia de los enemigos principales -la oligarquía y el imperialismo- para desarrollar las fuerzas nacionales -empresariado chico y mediano tanto industrial como agrario y trabajadores-. Una política afín a la corriente agrarista. Concretamente, esto debía contemplar la “eliminación de la intermediación parasitaria”, una política crediticia para favorecer “la colonización”,⁵⁶¹ el comercio con el bloque socialista, los países asiáticos, Latinoamérica y todo el tercer mundo y la nacionalización del comercio exterior de productos agrarios.⁵⁶²

⁵⁵⁷“Cuando las cifras engañan”, en: *El peronista lucha por la liberación*, 21/05/1974.

⁵⁵⁸“Sigue la dependencia”, en: *Evita Montonera*, diciembre de 1974.

⁵⁵⁹Ídem.

⁵⁶⁰Montoneros: *Ante la más grave crisis de la historia argentina , esta es la única solución*, agosto de 1975, en: Baschetti, *Documentos (1973-1976)*..., op. cit., pp. 522.

⁵⁶¹“Antes de que sea demasiado tarde”, solicitada del Partido Peronista Auténtico en: *Clarín*, 24/08/1975, citado en: Baschetti, *Documentos (1973-1976)*..., op. cit., pp. 524-528.

⁵⁶²Partido Auténtico: *El Peronismo Auténtico al Pueblo de la patria*, 24 de agosto de 1975.

Resumiendo

Montoneros adscribió a un programa de liberación nacional que fijaba la contradicción principal en la dicotomía Nación-Imperio, desplazando a un lugar secundario las contradicciones de clase. Su estrategia apuntaba a propugnar la constitución de una alianza capaz de llevar adelante las tareas de liberación nacional. El planteo era consecuente con sus postulados: si la tarea central era liquidar la opresión extranjera, entonces la burguesía nacional era una aliada del proletariado. Allí se encuentra la clave para explicar su posicionamiento frente a la cuestión agraria.

La máxima organización del peronismo de izquierda reprodujo el clásico discurso peronista “antioligárquico”. En este punto, no innovó demasiado y recuperó como antecedentes programas del “peronismo combativo”, que ya habían asumido como consigna central la “reforma agraria”. El “campesino” aparecía como principal beneficiario de ello, a pesar de que se reconocía la necesidad de organizar también al proletariado rural. En este punto, a pesar de las contradicciones presentes en la definición de “campesino”, su verdadero contenido de clase importa poco para Montoneros, pues este defiende una alianza con la burguesía de manera abierta. Su programa apostaba a la conciliación de clase y, por tanto, la confraternización entre “productor” y peón era algo que no necesitaba enmascararse detrás del campesinismo. De allí que incluso se promoviera para los trabajadores rurales una salida que buscaba constituirlo a ellos mismos en burgueses: el cooperativismo.

Por ello mismo, no sorprende que Montoneros sea una de las organizaciones que mayor desarrollo alcance en el movimiento liguista. El programa de los productores agrarios en crisis tendía a fijar como principal enemigo a las empresas comercializadoras y a los grandes terratenientes, tal cual lo hemos visto en el capítulo I. Oligarquía terrateniente y monopolios, los mismos enemigos a los que buscaba enfrentarse Montoneros. Podrá decirse, y lo veremos en los capítulos siguientes, que ese programa estuvo presente también en otras organizaciones que no lograron semejante inserción rural. Lo que singularizaba a la organización comandada por Firmenich, y quizá a ello se deba su éxito, era que tenía un canal de vinculación con el Estado, aquel al que se le exigía precio sostén y que luego pondría en marcha un “Pacto Agrario” para canalizar los reclamos agrarios de, entre otros actores, las Ligas.

Existían una serie de coincidencias entre los reclamos vehiculizados por las Ligas y el programa agrario de Montoneros, que coinciden a su vez, al menos parcialmente, con

las propuestas del peronismo. Por ello mismo, las Ligas menguan su actividad en 1973, cuando gobierna el peronismo, y Montoneros abandona su enfrentamiento con el Estado, al menos momentáneamente. Por eso creemos que no es una exageración sostener que Montoneros, dentro de la fuerza social revolucionaria, era la expresión de los intereses de la burguesía agraria de menor tamaño, aquella que por su ineficiencia se encontraba en lucha contra la crisis y la proletarización.

Capítulo V

El guevarismo: Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo

“Veamos algo importante: ¿qué es lo que el guerrillero necesita tácticamente? Habíamos dicho, conocimiento del terreno con sus trillos de acceso y escape, velocidad de maniobra, apoyo del pueblo, lugares donde esconderse, naturalmente. Todo eso indica que el guerrillero ejercerá su acción en lugares agrestes y poco poblados. Y, en los lugares agrestes y poco poblados, la lucha del pueblo por sus reivindicaciones se sitúa preferentemente y hasta casi exclusivamente en el plano del cambio de la composición social de la tenencia de la tierra, es decir, el guerrillero es, fundamentalmente y antes que nada, un revolucionario agrario.”

(Ernesto Guevara, *¿Qué es un guerrillero?*, 1959)

Durante la etapa que examinamos, buena parte del activismo político se polarizó entre el ya mencionado “peronismo de izquierda” y la izquierda marxista. Este último campo, más variado incluso que el primero, tuvo como referente más visible y con mayor presencia en la escena política al Partido Revolucionario de los Trabajadores y su Ejército Revolucionario del Pueblo. En efecto, se trató de una organización político militar cuya adscripción fundamentalmente guevarista la llevó a desarrollar iniciativas guerrilleras en el ámbito agrario, lo que derivó en la creación de la Compañía de Monte en Tucumán. En este punto, la cuestión agraria adquirió no solo importancia programática sino también estratégica por el ámbito en que debía desarrollarse el “foco guerrillero”.

En este capítulo comenzamos examinando los orígenes del PRT-ERP en el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), donde se destaca la centralidad atribuida al proletariado rural. Seguidamente examinamos la experiencia de unidad con Palabra Obrera en el PRT y la importancia otorgada al campesinado ya en el PRT-El Combatiente, para culminar con su análisis e intervención en el agro.

La trayectoria del PRT-ERP, al igual que la de otros destacamentos que son analizados en nuestra investigación, fue el resultado de un proceso de fusiones y rupturas sucedidas entre los años '60 y '70.⁵⁶³ Los primeros antecedentes los constituyen dos

⁵⁶³Para esta reconstrucción nos basamos en: Pozzi, Pablo: *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2004; Seoane, Maria: *Todo o nada. La historia secreta y*

organizaciones de tradiciones diferentes. Por un lado, el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), que nació ligado a concepciones nacionalistas y anticomunistas para luego virar hacia posiciones de izquierda antiimperialista. Por el otro, Palabra Obrera, de tradición trotskista, sobre la que volveremos en el Capítulo VI. El FRIP fue el agrupamiento que nucleó a los tres hermanos Santucho: Francisco René, Roberto Mario y Oscar Asdrúbal. El primero de ellos contaba con una librería llamada “Dimensión” en la provincia de Santiago del Estero, que pronto se convirtió en un polo de actividad cultural de cierta impronta en la zona. A partir de 1955 desde allí se editó el periódico *Dimensión* y la librería se convirtió en un centro de estudios y un centro cultural a cuya cabeza estaba Francisco René Santucho. Su figura comenzó a atraer a diferentes personas que coincidían en sus definiciones nacionalistas y antiimperialistas, a las cuales había llegado luego de un paso por el nacionalismo de derecha encarnado en la Alianza Libertadora Nacional (ALN). Para ese entonces, despuntaba como el más formado de los tres hermanos. Además de la fuente de contactos que suponía la librería, Francisco René contaba con una serie de vínculos con personas del interior de la provincia y de Salta, de las cuales surgirían futuros militantes del FRIP.

Por su parte, Mario Roberto Santucho venía desarrollando una experiencia de militancia estudiantil en la Universidad Nacional de Tucumán (UNT), a través del Movimiento Independiente de Estudiantes en Ciencias Económicas (MIECE). Aún no era el líder político que sería en la etapa del PRT-ERP. Por el momento, quien despuntaba como dirigente era Francisco René. Justamente, de él partió la iniciativa de conformar el FRIP, a partir de una reunión celebrada en territorio santiagueño hacia mediados de 1961 con militantes surgidos de las tres fuentes mencionadas: la librería, los contactos en el interior y los sectores estudiantiles. La organización se dotó de un periódico, *Boletín del FRIP*, en donde se evidencian las bases de una ideología notablemente campesinista y latinoamericanista, que celebró la Revolución Cubana pero, a la vez, la defendió del imperialismo que la acusaba de “comunista”. Las lecturas que servían de fundamento teórico de sus dirigentes, como han señalado Pozzi y Seoane, iban desde el nacionalismo peronista (Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche y John William Cooke) hasta experiencias extranjeras de cuño ideológico similar, como Víctor Haya de la Torre.

la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho, Planeta Bolsillo, Buenos Aires, 1991; Carnovale, Vera: *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011.

La extensión del núcleo hacia otras zonas como Quimilí y Suncho Corral fueron el resultado del aprovechamiento de la actividad laboral tanto de Francisco René como de Oscar Asdrúbal, ambos vendedores ambulantes que aprovechaban sus viajes para contactar y charlar con trabajadores y activistas sindicales de la provincia. Si atendemos a la reconstrucción de Pozzi, para mediados de 1963 la organización contaba con un número que oscilaría entre los 50 y 75 adherentes en docentes, estudiantes, hacheros, peones rurales, ferroviarios, textiles y con la dirección de la Federación Obrera Santiagueña de la Industria Forestal (FOSIF), distribuidos en las provincias de Santiago del Estero, Tucumán y Salta.

Llegado ese punto, el FRIP adoptó una estructura organizativa basada en comandos - que desarrollaban tareas de propaganda, elaboración de la prensa, formación, etc.- y unidades -que asumían las tareas prácticas de distribución de materiales partidarios y concreción de reuniones de diferente tipo. Para aquel momento el *Boletín* había sido sustituido por *Norte Revolucionario*, un órgano mensual de mayor extensión y elaboración. Asimismo, Mario Roberto escribió dos textos fundamentales que sintetizaban las posiciones del FRIP, sobre los que trabajaremos luego: *Cuatro tesis sobre el Norte Argentino* y *El proletariado rural detonante de la revolución argentina*.

Producto de los intentos de avanzar en la organización de los trabajadores del norte, en particular entre el proletariado azucarero, los militantes del FRIP entraron en contacto con la organización trotskista que por aquel entonces lideraba Nahuel Moreno y que también estaba apostando a organizar a ese sector desde fines de la década del '50. El 17 de julio de 1964 ambas organizaciones acordaron firmar un documento en el que se comprometían a desarrollar un trabajo común, creando un comité nacional conjunto de frente único en vistas a preparar en medio año un congreso de unificación política.⁵⁶⁴ En efecto, el 25 de mayo de 1965, en un local porteño del Sindicato de Peluqueros, cerca de cien militantes fundaron el Partido Unificado de la Revolución, poco tiempo después rebautizado Partido Revolucionario de los Trabajadores. A partir de allí, se editaron algunos números en conjunto de *Política Obrera* y *Norte Revolucionario*, para luego dar vida a *La Verdad* como órgano oficial del cual *Norte...* fue su suplemento destinado a atender a la especificidad de la coyuntura norteña.

Unos de los hitos más importantes de esta etapa de acción conjunta fue la presentación de candidatos obreros surgidos de la FOTIA para las elecciones legislativas de 1965. A

⁵⁶⁴“Frente Único FRIP - Palabra Obrera”, en: *Norte Revolucionario*, noviembre de 1964; “Del frente con Palabra Obrera al partido unificado de la revolución”, en: *Norte Revolucionario*, diciembre de 1964.

partir de un proceso de asambleas y reuniones en barrios y sindicatos azucareros, se fueron designando candidatos y se votó un programa para participar con representantes de los trabajadores en las listas de Acción Provinciana de Tucumán. El resultado fue un notable éxito en la medida en que se lograron conquistar nueve bancas para las “candidaturas obreras”, entre las que se contaban dos militantes de Palabra Obrera: Juan Manuel Carrizo (del Ingenio Trinidad) y Leandro Fote (del Ingenio San José).

La experiencia unitaria, sin embargo, no alcanzó a perdurar en el tiempo. Tan solo tres años más tarde, en enero de 1968, se produjo la ruptura en el marco de las reuniones de la Comisión Precongreso para el IV Congreso del partido. En efecto, desde hacía al menos un año se habían ido delineando claramente dos tendencias. Una, encabezada por Moreno, y la otra por Roberto Mario Santucho. El eje del debate era la cuestión de la lucha armada y la necesidad de concretar esta tarea. El grupo de Santucho, reconociendo como un acierto la estrategia “castrista-guevarista”, sostenía la necesidad de que el partido desarrollara tareas de propaganda y agitación política sobre la clase obrera y que, en paralelo, preparara y diera inicio a la lucha armada “en la perspectiva de crear un ejército en el campo y de impulsar la guerrilla urbana, tanto en apoyo a la guerrilla rural, como acompañando las luchas de masas”.⁵⁶⁵ La negativa a iniciar en lo inmediato la lucha armada, fue lo que finalmente llevó a la tendencia que se aglutinaba detrás de Moreno a conformar el PRT-La Verdad, conservando para sí el periódico que le dio nombre, *La Verdad*. Mientras que los sectores afines a Santucho dieron vida al PRT-El Combatiente y fundaron un periódico homónimo.

Este congreso tuvo, además, un valor programático significativo. Si bien en sus resoluciones se recuperan los aportes de diferentes teóricos y líderes del marxismo, desde Marx y Engels a Castro, pasando por Lenin, Trotsky y Mao (y en publicaciones posteriores habrá también una clara reivindicación de la experiencia vietnamita), lo cierto es que en términos generales el PRT-ERP puede filiarse en la tradición guevarista del marxismo. A la defensa de ciertos elementos constitutivos de otras experiencias de base rural (como China, Vietnam o Cuba) tales como la guerrilla como punto de partida para la construcción de un ejército revolucionario o la dirección político-militar, se le añadieron ciertos elementos particulares del guevarismo: la defensa de la unidad antiimperialista de América Latina en el marco de una estrategia militar continental; la combinación de la iniciativa rural guerrillera con la insurrección urbana que el PRT leyó

⁵⁶⁵Partido Revolucionario de los Trabajadores - El Combatiente: *El único camino hasta el poder obrero y el socialismo*, 1968, p. 42.

como un aporte novedoso del castrismo en relación al maoísmo; y la lucha armada como desencadenante de las fuerzas subjetivas que, combinadas con las objetivas ya existentes, permitirían el avance de la revolución. Todo ello fue complementado, además, con la aspiración moral y vital a la idea del “hombre nuevo” guevarista.

A poco de dar sus primeros pasos, dentro del PRT-EC se reinició el debate que derivaría en nuevas rupturas. La discusión se disparó cuando en octubre de 1969 Santucho presentó un plan de tareas militares para realizar entre marzo y abril de 1970. El trazado de ese plan, contemplaba la realización de diversas acciones en un corto plazo, anunciando de ese modo el lanzamiento de la lucha armada por el PRT, tanto en el plano urbano como rural. A esto se sumó en noviembre del mismo año el llamado “desastre de Tucumán”, que implicó la caída de un militante, la detención de otros siete y un contacto, además de pérdida de armas y el allanamiento de varias casas. Se delinearon a partir de la discusión, tres tendencias: Proletaria, Comunista y Leninista.⁵⁶⁶

La primera, más crítica de la construcción militar y defensora de la necesidad de impulsar las tareas de inserción sindical, abandonó rápidamente la organización. La tendencia Comunista, propició la discusión interna y buscó torcer el rumbo del partido, enfrentándose a la tendencia Leninista liderada por Santucho. Para los “comunistas”, el partido habría incurrido en una “desviación foquista” que se expresaría en un déficit político a la hora de lograr inserción y orientar con consignas a las masas movilizadas, y el abandono de la lucha teórica para enfrentar las tendencias reformistas. En el plano militar, se habrían desarrollado planes ambiciosos, y en cuanto a la vida interna, se habrían suprimido toda instancia de discusión y deliberación. Estos planteos fueron vertidos en un documento que no fue discutido, toda vez que en el Comité Central no se alcanzó la mayoría de votos para ser tratado. La Tendencia Comunista acabaría por romper para luego constituir el Grupo Obrero Revolucionario (GOR). Por su parte, el sector de Santucho avanzó con la celebración del V Congreso del PRT que resolvió el lanzamiento del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) quedando finalmente asociado a la sigla PRT-ERP. Carnovale estima que estas rupturas mermaron las fuerzas partidarias entre un 15 y un 20%. Dos nuevas rupturas se producirían entre 1972 y 1973, una favorable a mantener el vínculo con la IV Internacional (la llamada Fracción Roja) cuando el PRT-ERP se enfrentó más abiertamente a ella y decidió abandonarla, y otra

⁵⁶⁶Bajo esas denominaciones aparecen en el V Congreso del PRT, ya dominado por el santuchismo.

proclive a apoyar al peronismo en el contexto de reinstalación democrática (el ERP 22 de agosto).

Como hemos apuntado en el estado de la cuestión, la bibliografía sobre los años '70 preponderantemente atendió al problema de la violencia. Esto ha contribuido a enfatizar sobre un aspecto de las organizaciones de la etapa, la cuestión militar. En el caso del PRT-ERP esto ha llevado a destacar su actividad en ese plano, eclipsando otras prácticas y formas de intervención. Sin embargo, el partido liderado por Santucho desplegó una actividad desde diferentes frentes. Uno de los más significativos fue el Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS) que alcanzó a realizar seis congresos entre los años 1972 y 1974. Su objetivo era constituirse en una herramienta que nucleara a diferentes sectores políticos comprometidos en la lucha antiimperialista. Las primeras tres ediciones del Congreso del FAS parecen no haber logrado una atracción significativa. Recién el IV Congreso del FAS tuvo un destacado reconocimiento público en tanto intentó constituir una opción electoral de cara a la apertura democrática con la fórmula Agustín Tosco (dirigente combativo del sindicato Luz y Fuerza de Córdoba) y Armando Jaime (dirigente sindical peronista de la provincia de Salta), que finalmente no prosperó.

En tanto que el PRT-ERP consideraba que el sujeto revolucionario era el proletariado, la construcción sindical formó parte de su actividad cotidiana, y fue canalizada a través del Movimiento Sindical de Base (MSB). Allí se centralizaban agrupaciones gremiales, miembros de comisiones internas y cuerpos de delegados. Si bien aún no existen estudios que den cuenta en profundidad del grado de inserción del partido en este ámbito, está atestiguada su presencia en fábricas y empresas que protagonizaron importantes conflictos en la etapa: Frigorífico Swift, Propulsora Siderúrgica, Astilleros Río Santiago, Rigolleau, Yelmo, Scholnik, Alba, Lozadur, Del Carlo, Editorial Atlántida, Eaton, Ford, Marelli, Miluz, Temsa y Terrabussi, entre otras.

Tampoco faltó una organización juvenil, si bien es de destacar que la Juventud Guevarista (JG) fue constituida muy tardíamente, hacia 1975. Menos conocidas y convencionales fueron otras de sus dos iniciativas. Por un lado, la construcción del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC) en la que se buscó organizar a intelectuales y artistas vinculados al partido con un programa de intervención específico para la cultura. El otro, la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (COFAPPEG) que se encargó de brindar

solidaridad y asesoramiento profesional a los presos políticos a través de los abogados perretistas.

En el plano militar, el partido realizó diferentes acciones, desde desarme de policías, ajusticiamiento de represores y gerentes, secuestros para obtener financiamiento y/o presionar en favor de la resolución de un conflicto obrero, y, las de mayor envergadura, ataques a cuarteles y guarniciones militares. Parte de la iniciativa militar también contempló el desarrollo de una formación guerrillera rural: la Compañía de Monte “Ramón Rosa Giménez” que se desplegó en Tucumán.

Asimismo, el grupo de Santucho elaboró diferentes órganos de difusión. *El Combatiente*, que era la voz del partido, *Estrella Roja* del ERP, *Nuevo Hombre* del FAS y *El Mundo*, un diario comercial de noticias nacionales. Según los cálculos de la bibliografía citada, a mediados de 1973 cuando el partido aún no había sido ilegalizado, *El Combatiente* alcanzaba una tirada de 21.000 ejemplares, *Estrella Roja* 54.000, *Nuevo Hombre* 30.000 y *El Mundo* 100.000. En materia organizativa, hacia 1974 habría logrado erigir una estructura significativa en Córdoba, Rosario, La Plata, Buenos Aires, Tucumán y Santiago del Estero, y una presencia más embrionaria en Misiones, Corrientes y la Patagonia. En cuanto a fuerza militante, hacia 1975 habría contado con un número de entre 5.000 y 6.000 militantes y aspirantes.

Hacia finales de 1975 la organización comenzó a sufrir fuertemente los embates represivos. El fracaso de su acción más famosa y de mayor calado, el copamiento del Batallón de Arsenales 601 “Domingo Viejo Bueno” de Monte Chingolo, significó la caída de más de 80 militantes. En los primeros meses de 1976 una reunión del Comité Central cayó en manos de las fuerzas represivas y más de una decena de cuadros dirigentes fueron asesinados. A mitad de ese año, otros tres destacados dirigentes perdieron la vida: Santucho, Domingo Menna y Benito Urteaga. A partir de allí, prácticamente descabezada, la organización quedó severamente dañada e intentaría, sin mayor éxito, reorganizarse tanto en el exilio como en el interior del país.

I. El FRIP: La preeminencia del proletariado rural

La característica distintiva del FRIP, que interesa a los efectos de nuestro problema, fue el privilegio otorgado a la fracción rural del proletariado argentino que, hasta ese momento, había tenido un rol secundario en la estrategia revolucionaria de la izquierda. Sin embargo, sus concepciones políticas fueron sufriendo cambios significativos, que ya

hemos apuntado. Lo que analizaremos a continuación es la cuestión agraria en relación a esos planteamientos.

Antes de adentrarnos en su examen, comenzaremos analizando uno de sus afluentes que, como acabamos de señalar, fue la revista *Dimensión* de la librería y centro cultural de Francisco René Santucho. La publicación alcanzó a sacar ocho números, entre enero de 1956 y mayo de 1962, con una aparición notablemente irregular. En sus páginas se observaba una impronta marcadamente latinoamericanista con un sentido más cultural-artístico que político. En sus páginas predominaban la poesía, las reseñas de libros y los ensayos y críticas de teatro, arte, cine y literatura.⁵⁶⁷ Sin embargo, una nota particularmente sugestiva aparecida en su primer ejemplar, examinaba las “ideas agrarias” de Sarmiento.⁵⁶⁸

Allí se combatía la idea de un Sarmiento exclusivamente “educador”, lo que buscaría ocultar otros aspectos de su vida y otras facetas de su intervención intelectual. En este punto la nota interpelaba al lector “¿Qué conoce Ud. de la obra de Sarmiento dedicado al estudio del problema agrario?” En su carácter retórico la pregunta intuye una respuesta negativa. En una línea semejante a la del PC, el artículo señalaba que el problema agrario era una de las cuestiones más importantes para el país, de cuya resolución dependían los problemas nacionales de la más diversa índole.

Entrando en tema, se describía un pantallazo general de la situación del campo hacia el siglo XIX, momento en que predominaba la ganadería en base a la producción extensiva en grandes estancias, sin alambrado, con baja mestización, en forma semisalvaje y con pocos brazos. Todo ello sería “motivo de despoblación” y trabaría la agricultura, no solo en tanto el campo abierto redundaba en un ganado incontrolable, sino también en la medida que los agricultores no tenían ni estímulo ni seguridad. Al no ser propietarios de la tierra que ponían en producción, eran “esquilados” por los altos arriendos y eran desalojados cuando el terrateniente lo creía necesario. Las condiciones técnicas, consecuentemente, serían propias del atraso, primando el arado de reja de palo.

Sarmiento, sindicado como un “patriota”, habría sido uno de los más certeros críticos de esta realidad. Si bien no se lo señalaba explícitamente, su propuesta de ocupación del “desierto” se le aparecía a *Dimensión* como un arma de crítica al latifundio o, como

⁵⁶⁷Trucco Dalmas, Ana Belén: “Dimensión, una revista de cultura y crítica. Santiago del Estero 1956-1962”, en: *Políticas de la memoria*, N° 14, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina, Buenos Aires, verano 2013-2014, pp. 124-129; Tasso, Alberto: “Dimensión y la relectura de la historia”, en: *Dimensión. Revista de cultura y crítica. Edición facsimilar*, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Santiago del Estero, 2012, pp. 11-20.

⁵⁶⁸“Ideas agrarias de Sarmiento”, en: *Dimensión*, enero de 1959.

también le llaman en el artículo, “la estancia feudal”. En concreto, se reivindica sus propuestas de solución inmediata. Por un lado, el reparto de tierras mediante leyes para entregar la tierra a individuos que así se garanticen el sustento. Dicho de otro modo, la tierra para el que la trabaja, la reforma agraria. Y, por el otro, el estímulo al desarrollo agrícola por la vía del establecimiento de colonias como las de Chivilcoy. En este razonamiento, la agricultura aparece como el motor del desarrollo capitalista y del bienestar general. La temprana derrota de este proyecto “significó prolongar el atraso y la barbarie en los campos”.

La nota reviste de interés en la medida que muestra una propuesta que, sin decirlo abiertamente, es la de reforma agraria y lo hace recuperando una vertiente que, salvo en el intelectual trotskista Milcíades Peña -sobre el que volveremos-, no aparecerá abiertamente en el resto de la izquierda: la de personajes que representan las ideas de la clase dominante, como Sarmiento. Esto nos muestra que las ideas de reparto de tierra y la denuncia del despoblamiento del campo lejos están de ser exclusivas de la izquierda, tal cual vimos en el capítulo II. Es sugestivo que el antecedente sarmientino aparezca sin tapujos en un momento en que Francisco René aún no abrevaba en el marxismo.

Podemos realizar una aproximación a los primeros años del FRIP a partir de su *Boletín Mensual*, uno de los pocos vestigios documentales con los que se cuenta actualmente. En esa etapa aún la organización de los hermanos Santucho no se reivindicaba marxista y mantenía la tónica campesinista, indigenista, latinoamericanista, antiimperialista y localista que se había plasmado en *Dimensión*.

En el número 3 del *Boletín*, publicado en diciembre de 1961, fue publicado un texto de carácter eminentemente programático que permite reconstruir el grueso de las definiciones de la organización en sus primeros años de vida. Allí el FRIP se definía como un “movimiento de campesinos, obreros, estudiantes e intelectuales” cuyo objetivo era “destruir el sistema de explotación y opresión económica imperante en el país y especialmente en su región más castigada que es el Noroeste”.⁵⁶⁹ A partir de allí, procedía a caracterizar la estructura económica de Santiago del Estero intentando hallar las causas de su pobreza. Esta se explicaría por la dominación de las grandes naciones capitalistas -especialmente Estados Unidos-, la falta de planificación económica, la mala distribución de la riqueza, la dependencia de los mercados consumidores de Buenos Aires y la mala utilización de los recursos estatales. Como superación de este estado de

⁵⁶⁹“El FRIP: Ante el momento actual”, en: *Boletín mensual del FRIP*, diciembre de 1961. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este documento.

cosas, el FRIP planteaba la necesidad de una “política económica dirigida directamente por el pueblo”.

La estructura económica santiagueña estaría compuesta por una serie de sectores sociales que el FRIP considera parte del pueblo: el hachero, el pequeño agricultor, el pequeño criador, el bracero y los empleados y asalariados de la ciudad. A excepción de estos últimos, a todos los anteriores eran reconocidos como sectores “campesinos” a pesar de que allí se podrían encontrar tanto proletarios como semiproletarios o pequeñoburgueses. Nuevamente, entonces, percibimos la tendencia a asumir que todo habitante del campo es un campesino. Frente al pueblo, se erigirían las “minorías opulentas” que son los obrajeros, comerciantes, acopiadores y terratenientes. El escaso desarrollo industrial determinaría que el “sector capitalista” estaría compuesto casi exclusivamente por comerciantes. Este cuadro se completa con “la subordinación de la economía provincial a la economía centralista de Buenos Aires”.

Como propuesta de transformación de este estado de cosas, el *Boletín* señalaba que “el pueblo trabajador” debía “crear su propia fuerza” y que el FRIP es su “herramienta de lucha”. En este punto se aclaraba que se desconfiaba de las elecciones y que la organización no participaría de ellas en tanto serían una “trampa” en la que las “castas explotadoras” hacen su juego. De allí que se criticara duramente a los partidos conservadores, radicales y demócratas cristianos, y a los dirigentes peronistas que estarían lejos de aquella “experiencia peronista, gran esperanza e inolvidable realidad de mejoramiento para los sectores explotados”. E incluso se critica al PC, tanto por electoralista como por estar “supeditado como está a una estrategia internacional y a una limitación de orden teórico dogmático [que] no puede llegar a una verdadera comprensión de las realidades regionales”.

Trazada las líneas generales del programa del FRIP, veamos ahora sus definiciones agrarias. Un primer elemento que surge, es la caracterización de un agro dominado por el latifundio. En una nota en la que se estudiaba la situación del campo santiagueño. No se ofrecen estadísticas ni datos concretos, pero se afirmaba allí que la tenencia de la tierra es “desigual e irracional”, y acabaría por conducir al empobrecimiento y despoblamiento.⁵⁷⁰ Esta evaluación se acompañaba de una explícita defensa de los “pequeños agricultores” y “pequeños criadores”, muy en sintonía con la propuesta sarmientina que rescataba *Dimensión*. El primero de ellos sufriría los altos arriendos, el

⁵⁷⁰“Agro y parcelamientos”, en: *Boletín mensual del FRIP*, octubre de 1961.

endeudamiento frente al comerciante o el acopiador (los “grandes pulpos” como Bunge y Born) que lo obligan a “esclavizarse”. El segundo desarrollaría la cría de animales de corral y vacunos, pero estaría siendo “aniquilado por el ganadero capitalista y por el terrateniente o el obrajero, que lo despojan del uso de su propiedad”.⁵⁷¹ De conjunto, ambos sectores aparecían en ocasiones referidos como “campesinos”, pero se reconocía que en realidad se desempeñaban la mayoría de las veces como obreros: “para poder subsistir la familia campesina debe trabajar en la zafra tucumana, en los algodones del Chaco o en los campos de Santa Fe.”⁵⁷²

El FRIP realizó un examen concreto sobre la situación de estos sectores en los departamentos santiagueños de Matará y 28 de Marzo.⁵⁷³ Allí pequeños productores practicaban la agricultura de secano⁵⁷⁴, cultivando algodón, maíz, alfalfa y trigo. Las inclemencias del clima, los dejarían expuestos a los “especuladores” que pagaban “precios irrisorios” frente a los cuales se acababa por “malvender” la cosecha. A ello contribuiría también la ausencia de créditos estatales que sirvieran para promover la “reactivación agropecuaria”, brindando ayuda a las cooperativas para que estas puedan pagar a tiempo las mercancías a los productores, evitando así que estos caigan en manos de los especuladores. De este modo, el agro santiagueño estaría estructurado, por un lado, en función del latifundio y la concentración de la tierra; por el otro, por una capa parasitaria de comerciantes especuladores. De conjunto, ambos contribuirían a la ruina del pequeño agricultor “criollo”, “verdadero creador de riqueza sin capital y sin reservas”, “que se desloma de sol a sol para después ver mermada la ganancia por los acopiadores y las grandes firmas.”⁵⁷⁵

En cuanto al proletariado, los *Boletines* ofrecen noticias sobre su situación, lo que da cuenta del intento de acercamiento hacia esa clase. Por un lado, se atiende al bracero santiagueño, aquel que “alquila sus brazos en el levantamiento de las cosechas”⁵⁷⁶ de la caña de azúcar y a los peones de fincas⁵⁷⁷. Es notable que, de cualquier modo, este trabajador aparece también sindicado como campesino, si bien no se explicita el por

⁵⁷¹“El FRIP...”, op. cit.

⁵⁷²“La zona del Bañado de Figueroa y sus problemas”, *Boletín Nacional del FRIP*, enero de 1962.

⁵⁷³“Matará y 28 de marzo”, en: *Boletín mensual del FRIP*, octubre de 1961.

⁵⁷⁴Se trata de una modalidad de agricultura en la que el ser humano no interviene del riego, sino que el cultivo se sostiene a partir de la irrigación natural proveniente de la lluvia.

⁵⁷⁵“¿Reactivación agraria?”, en: *Boletín mensual del FRIP*, octubre de 1961.

⁵⁷⁶“El bracero Santiagueño”, en: *Boletín mensual del FRIP*, noviembre de 1961.

⁵⁷⁷“El peón de finca”, en: *Boletín mensual del FRIP*, enero de 1962.

qué. También hubo una marcada preocupación por los hacheros.⁵⁷⁸ En este punto, se volvía a criticar la irracionalidad de la estructura agraria, esta vez de la mano del gobierno que entregaría los derechos de explotación a cambio de sumas insignificantes. La política forestal del ejecutivo provincial alimentaría la “voracidad de los intereses usurarios”, que se ubicaría lejos de la “reactivación agraria”.⁵⁷⁹ El máximo perdedor sería el hachero, que trabajaba de sol a sol a cambio de un pago en vales de proveeduría o letras a 30 días, corriendo por su cuenta el gasto de traslado y vivienda. A esto se sumaba “el estigma que el patrón (muchas veces extranjero) le cuelga en la espalda para justificarse y justificar: el estigma del ocio, de la incapacidad, de la ignorancia, de la inmoralidad que le atribuye”.⁵⁸⁰ Esta última frase completa el cuadro agrario: latifundio, campesinado sumido en la pobreza, intermediación parasitaria, penetración extranjera.

La solución definitiva que permitiría cumplir con uno de los objetivos centrales del FRIP -promover el “desarrollo integral” de la provincia⁵⁸¹- sería la reforma agraria.

El grupo de los hermanos Santucho se manifestó partidario de una solución basada en “el parcelamiento de la tierra”.⁵⁸² Es de destacar que esta iniciativa debería partir del propio gobierno mediante un Consejo Provincial Agrario, compuesto por “técnicos y campesinos” en independencia de los políticos de turno. Este Consejo debería velar por un parcelamiento que no resultase antieconómico para el pequeño productor que lo pondría en explotación y debería fijar cultivos, métodos e implementos correspondientes para la explotación.

Al mismo tiempo, se ensayó una defensa de las cooperativas agrícolas que ofrecerían mejores precios a los productores que el que pagaban los almaceneros. De esta forma se convertirían en “el único medio de lucha que posee el productor para eliminar a los intermediarios”.⁵⁸³ Con ellas podría superarse, plantea el FRIP, tanto el monocultivo que impondrían los intermediarios al fijar qué compran y que no, y se estaría en mejores condiciones para tecnificar y mecanizar las fincas. Aquí puede advertirse cómo una dinámica propia del mercado capitalista, que lleva a la burguesía a producir aquello que reporta ganancias, se le atribuye un carácter personal. El monocultivo sería la voluntad de los intermediarios, lo que implica que de tener otra voluntad, no estrictamente

⁵⁷⁸“Explotación forestal y humana en Monte Quemado”, *Boletín mensual del FRIP*, noviembre de 1961; “Problemas de los obreros forestales”, en: *Boletín Mensual del FRIP*, enero de 1962.

⁵⁷⁹“¿Reactivación...?”, op. cit.

⁵⁸⁰“El obraje y los hacheros”, en: *Boletín mensual del FRIP*, octubre de 1961.

⁵⁸¹“Algo sobre el FRIP”, en: *Boletín mensual del FRIP*, octubre de 1961.

⁵⁸²“Agro y...”, op. cit. parcelamientos”, en: *Boletín mensual del FRIP*, octubre de 1961.

⁵⁸³“Cooperativas agrícolas para eliminar al parásito intermediario”, en: *Boletín mensual del FRIP*, diciembre de 1961.

económica, podrían desarrollar otras esferas de la producción y así alcanzar el desarrollo nacional integral. Por eso, la organización llama a este Consejo propuesto a estimular la formación de cooperativas en el ámbito de la producción, comercialización y consumo. Así se evitaría “los intermediarios que son la garrapata del pequeño productor”. Esta política debería estar acompañada de la estructuración de bancos que faciliten el crédito y la puesta en marcha de una nueva y mejorada infraestructura tanto en Salud como en Vialidad. Esta suerte de reforma agraria, que no se explicita como tal, no aparece motorizada por la expropiación sino por la acción de gobierno. Sin embargo, ya en el segundo *Boletín Mensual* se habla de la necesidad de lograr un “gobierno de trabajadores”, en contraposición a los gobiernos vigentes de “los patronos, el obrajero, el industrial, el banquero, el comerciante fuerte, el latifundista”.⁵⁸⁴

Reconstruiremos ahora con más detalle las clases sociales en el campo en la interpretación del FRIP: proletariado, campesinado y clases dominantes. Los planteos centrales respecto a la revalorización del proletariado rural por el FRIP se condensaron en un documento programático cuyo título es significativamente explícito: *El proletariado rural: detonante de la revolución argentina*, que data de 1964. Aquel documento comenzaba caracterizando la existencia en el país de zonas económicas diferenciadas: las avanzadas, de gran desarrollo capitalista tanto industrial como agrario, y las coloniales y subdesarrolladas, con “formas atrasadas de producción” y cuyo sector industrial estaría acotada a las “industrias primarias”. Estas últimas se harían presentes en el Norte, Cuyo y Mesopotamia. Allí el proletariado rural -azucareros, mineros, forestales, peones agrarios- estaría en condiciones de superexplotación pues “el imperialismo mantiene la explotación colonial en las industrias primarias”.⁵⁸⁵ En el caso particular del Norte, el proletariado rural detentaría un peso cuantitativo significativo, sufriendo una “cruel explotación” por parte de una “oligarquía” “sin tradición de burguesía aunque emplee las formas racionales de la explotación capitalista”, con presencia del “imperialismo que controla el paquete accionario de muchos ingenios” y con la continuidad de “antiguas formas de pago como vales, giros, etcétera.”

Se presenta aquí una contradicción en los términos del análisis del agro, en la medida que la llamada oligarquía no sería parte de la burguesía, pero tampoco se afirma la existencia de relaciones feudales o precapitalistas. Si bien existirían zonas avanzadas y

⁵⁸⁴“Un gobierno de trabajadores”, en: *Boletín Mensual del FRIP*, noviembre de 1961.

⁵⁸⁵Frente Revolucionario Indoamericano Popular: *Proletariado rural: detonante de la revolución argentina*, 1964, p. 7. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

atrasadas, esto está asociado al grado del desarrollo capitalista alcanzado, pero cuyo único signo distintivo es la mayor o menor crueldad de la explotación capitalista. El carácter oligárquico, que no implicaría la falta de formas racionales de producción, estaría entonces asociado a la “crueldad”.

A este subdesarrollo económico del Norte se le suma un elemento político: el aparato represivo del Estado se mostraría débil, “no habiendo desarrollado las clases dominantes las vías institucionales para incorporar a los sectores explotados dentro de los marcos del sistema, mejorando en algo sus condiciones de vida, amortiguando la lucha de clases”. Ello se complementa con un escaso peso de la burocracia sindical, lo que facilitaría la intervención de la izquierda en virtud de esa mayor virginidad organizativa del proletariado. De resultas de estas dos características imbrincadas del Norte, el FRIP concluía que existían condiciones objetivas de superexplotación del proletariado rural y que, por tanto, las posibilidades de la organización para la intervención eran óptimas. En síntesis, el Noroeste sería “el eslabón más débil de la cadena”.

El documento estimaba en 400.000 la cantidad de trabajadores rurales e identifica como su vanguardia a la FOTIA y, en menor medida, la FOSIF (forestales), FATRE, mineros y petroleros, entre otros. El carácter de vanguardia de la FOTIA aparecía determinado por el grado de politización, conciencia de clase y carácter combativo del proletariado tucumano, que habría desarrollado lo que se consideraba el nivel más alto de combate espontáneo: la ocupación de fábricas. Este contaría con la ventaja, además, de estar altamente concentrado ya que Tucumán mostraría los mayores índices de habitantes por kilómetro cuadrado.

Respecto al resto del proletariado rural del noroeste parece desprenderse que, de su alto grado de miseria emergería su disposición al combate: “tiene la característica común de que el grado de explotación a que se ve sometido lo obliga a buscar permanentemente una salida, una modificación sustancial, no puede aguantar más tiempo”. Solo requiere ser “despertado” y dirigido por los trabajadores de vanguardia de la FOTIA que, desde fuera del sindicato, deben recibir una estrategia revolucionaria que les permita superar los límites del capitalismo. Este planteo, evidentemente marcado por las luchas recientes de los trabajadores azucareros -como la “Marcha del hambre” de 1961-, y seguramente confirmado luego por la lucha de los obreros tucumanos contra el cierre de los ingenios azucareros durante el Onganiato, más la concepción de que la disposición a la lucha y la conciencia emergen de la miseria, parece conllevar cierto relegamiento del proletariado urbano e industrial (“sectores obreros privilegiados”). Sin embargo, el

documento aclaraba que la fracción rural de la clase obrera sería la que se active inicialmente -por ello el carácter “detonante”-, pero el éxito del proceso revolucionario estaría atado a la participación de la clase en conjunto, en la cual “los obreros urbanos tendrán una importancia primordial por su preparación, por su número”.

Por último, el documento planteaba otra virtud del proletariado rural que se vincula a la caracterización de las clases en el agro, y de las alianzas que la clase obrera debía trazar para concretar la revolución. Los trabajadores del campo contarían con las mejores condiciones para cimentar la alianza obrero-campesina. Esto se atribuía a que “los obreros rurales están unidos a los campesinos por lazos familiares y locales. Son hijos, hermanos, vecinos. Ese hecho facilita enormemente su influencia sobre el campesinado”. Aunque el documento carecía de una definición precisa sobre este sujeto crucial para la alianza revolucionaria, se indicaba que se trataba de sectores “explotados en el mercado [que tienen] intereses contrapuestos en la [sic] burguesía, la oligarquía y el imperialismo”.

Un texto posterior a *El proletariado rural...* intentó responder a una serie de cuestionamientos de los cuales habría sido objeto el FRIP en virtud de un supuesto menosprecio a la clase obrera urbana. En ese sentido, las páginas de *Norte Revolucionario* afirman que los planteos contenidos en aquel documento no apuntaban a “desdibujar el rol del proletariado fabril sino a responder a la necesidad de poner en evidencia el papel de este último [refiere al proletariado rural], que permanecía poco menos que ignorado.”⁵⁸⁶

En cuanto al campesinado, es en *Norte Revolucionario* donde podemos encontrar algunas precisiones mayores. Allí se presentaron una serie de notas concretas sobre el “campesinado” de Santiago del Estero que nos ilustran la concepción del FRIP acerca de este sujeto. En principio, el FRIP definía al campesino de la siguiente manera: “se entiende por campesino a las personas que están ligadas a la tierra, dedicándose por su cuenta a la siembra o a la cría de animales. [...] es quien tiene las herramientas y el medio de producción (la tierra), para trabajar por su cuenta.”⁵⁸⁷ Resulta menester advertir que la definición está atada a la ligadura con la tierra, al punto tal que, incluso desempeñándose bajo relaciones asalariadas, seguiría siendo campesino. Refiriéndose a esta clase social en el departamento de Figueroa, *Norte Revolucionario* señala:

⁵⁸⁶“El proletariado rural”, en: *Norte Revolucionario*, julio de 1964.

⁵⁸⁷“Depto de Figueroa: su campesinado”, en: *Norte Revolucionario*, julio de 1964.

“Estos campesinos (*que temporariamente trabajan también como obreros en la zafra, el algodón o el obraje*), hacen con las ramas cercos de 4, 6 o 10 hectáreas más o menos, dentro del bañado, aprovechando la humedad. [...] Trabajan padres e hijos y el cultivo tradicional es maíz, sandía, melón, anco, que se guarda en ‘piruas’ para el consumo de la casa. Últimamente están poniendo alfalfa y sobre todo algodón, porque tienen comprador seguro.”⁵⁸⁸

Como puede verse, ateniéndonos a la descripción, se trata de un sector del semiproletariado con tierras, toda vez que no puede prescindir de la venta de su fuerza de trabajo. Lejos se ubica también del campesino chayanoviano, dado que cuenta con una vinculación con el mercado, al que lleva su producto. Este campesinado se enfrentaría al problema de los abusos y los desalojos por los terratenientes, pues su posesión de la tierra es precaria.

En un análisis más concreto de tres departamentos agrarios santiagueños (La Banda, Clodomira y Fernández), se señalaba que eran productores independientes que poseían en promedio unas 20 hectáreas cada uno. Ellos mismos emprenderían la producción generalmente con herramientas precarias (tracción a sangre), si bien existiría una capa que logró emplear “modernos tractores”. El principal problema de este sector sería “la burguesía comercial de carácter esencialmente intermediaria”, una capa de “parásitos capitalistas” que monopolizarían la compra de los bienes a precios inferiores para hacer negocios vía comercio. La carencia material en la que esto los dejaba, limitaría sus intenciones “pequeñoburguesas” y los mantendría siempre en el nivel de la subsistencia.⁵⁸⁹ En virtud de estas definiciones, se plantea la necesidad de desarrollar la alianza obrero-campesina.

El campesino aparece en la óptica del FRIP como un explotado en el mercado, una contradicción en sus términos puesto que la explotación tiene lugar en la esfera de la producción, toda vez que surge de la apropiación del plusvalor generado por los trabajadores. La “explotación” a la que hace mención el FRIP no parece ser más que la competencia en el mercado, donde los productores más grandes y eficientes desplazan a los menos productivos. Naturalmente, en el mercado participan otras clases, siendo posible que el “campesinado” al que se refiere el documento sea pequeñoburgués o incluso un semiproletario con tierras. Sin embargo, la definición del conjunto a partir de

⁵⁸⁸Ídem. El destacado es nuestro.

⁵⁸⁹“Los campesinos en la producción agrícola”, en: *Norte Revolucionario*, diciembre de 1964.

esta supuesta explotación mercantil, introduce en la misma bolsa un amplio abanico de clases, capas y fracciones no necesariamente idénticas ni con los mismos intereses.

Tampoco se trataría de una fracción proletaria, toda vez que se señala que por su “carácter de clase”, es incapaz de protagonizar una lucha consecuente, a la vez que dominaría en su interior una gran heterogeneidad sumada a la dispersión geográfica. Dificultades que solo superaría en alianza con y bajo dirección obrera. De este modo, tiende a aparecer como una clase distinta al proletariado y a la burguesía, sujeta a la opresión comercial, tal como señalara Montoneros o el PC, de los monopolios comercializadores.

Con estas definiciones, el FRIP llamó a organizarse como “Estado Mayor de la Revolución Argentina, sobre la base primordial del proletariado rural, especialmente sobre el proletariado azucarero”. En este punto, cabe destacar que en la práctica concreta, la organización logró captar adherentes entre los hacheros y peones de las localidades santiagueñas de Monte Quemado, Titina, Quimilí, Bandera Baja, Suncho Corral, Bañado de Figueroa y en la dirección de la Federación Obrera Santiagueña de la Industria Forestal (FOSIF).⁵⁹⁰

El panorama de la estructura de clases agrarias puede completarse con otro artículo en el que el FRIP examinaba la situación tucumana, más allá del proletariado rural y el campesinado. Allí aparecen la “oligarquía azucarera”, la “gran burguesía comercial”, la “burguesía agrícola” y el “imperialismo”. La “oligarquía” estaría compuesta por los dueños de ingenios, bancos, compañías y grandes fincas cañeras. Sus intereses estarían entrelazados al “imperialismo yanqui” e inglés, que dominaría en buena medida las fábricas y parte de los ingenios. La burguesía se manifestaría tanto en el ámbito comercial (los acopiadores que venden a los “grandes pulpos” como Bunge y Born⁵⁹¹) como en el de la producción cañera grande, siendo “socia menor” del imperialismo y la oligarquía. De conjunto, serían todos “sectores parásitos”. Luego seguiría la pequeña burguesía de cañeros medianos y pequeños comerciantes e industriales, que intentarían una salida “progresista” en el marco del capitalismo.⁵⁹²

⁵⁹⁰Pozzi, *Por las sendas...*, op. cit., p.48.

⁵⁹¹“Añatuya: organizar y desarrollar los sindicatos”, en: *Norte Revolucionario*, noviembre de 1964.

⁵⁹²“La situación tucumana”, *Norte Revolucionario*, septiembre de 1964.

Resumiendo

Como hemos visto, el FRIP tuvo un origen íntimamente ligado a la realidad del norte argentino, donde el proletariado rural tenía un peso significativo. Más aún, en la rama azucarera que, hacia mediados de los '60, mostró un notable dinamismo en su disposición a la lucha. De allí que se convirtiera en una clase privilegiada en la estrategia de los hermanos Santucho, y, en el corto plazo, aún más importante que el proletariado fabril. A este último, en una caracterización que veremos repetirse en Vanguardia Comunista, se lo juzgaba más pasivo y a la retaguardia en virtud de que tendría una vida más acomodada.

En cuanto a la otra gran clase agraria, el campesinado, el FRIP no escapó a una serie de lecturas impresionistas que permearon a organizaciones como Montoneros. Para los Santucho la definición de esta clase se redujo un elemento casi estrictamente geográfico: el hábitat rural. Si una persona vivía en el campo y no poseía bajo su dominio grandes extensiones de tierra -lo que lo convertiría en parte de la “oligarquía”-, era entonces rubricado como “campesino”, independientemente de si su subsistencia se lograba por la puesta en producción de su tierra (con o sin fuerza de trabajo contratada) o si se alcanzaba por la vía del asalariamiento.

La implantación nortea del FRIP también llevó a la organización a prestar atención a la cuestión agraria. Allí repitió una serie de ideas fuerza que no se diferenciaban, por ejemplo, de las del PC o Montoneros, y que tendían a replicar rasgos de la llamada imagen tradicional: la existencia de una oligarquía latifundista y una capa de campesinos oprimidos por ella, el monocultivo como una forma particular del estancamiento agrario, la interferencia de los capitales imperialistas y la intermediación monopolista y parasitaria. Para este diagnóstico ya dominante en la izquierda, el FRIP ideó una salida que tampoco escapó al clima ambiente: la alianza obrero-campesina y la reforma agraria

II. El Partido Revolucionario de los Trabajadores

a. La estructura agraria: el caso del norte argentino

Hacia mediados de 1966, cuando el FRIP y Palabra Obrera ya se habían fusionado dando vida al PRT, Santucho publicó un pequeño artículo titulado *Cuatro Tesis sobre el*

norte argentino que, retomando el documento que acabamos de analizar, se planteó una aproximación a la estructura de clases de las provincias de Tucumán, Salta, Santiago del Estero y, en menor medida, Jujuy. A pesar de contener formulaciones escuetas y carecer de evidencia empírica, se trató del esbozo más acabado sobre las clases sociales en el agro que, como veremos, se puede encontrar en toda la tradición santuchista desde el FRIP al PRT-ERP.

El eje del documento estaba puesto, como señalamos, en la estructura económica del noroeste, cuyo núcleo económico articulador sería la industria azucarera. Esta industria habría cumplido el papel histórico, junto al ferrocarril, de ser agente de la disolución de las economías precapitalistas, caracterizadas como “viejas estructuras agrícolas ganadera y artesanales, con relaciones de producción semif feudales paternalistas, cuyo núcleo económico fundamental lo constituía la estancia”.⁵⁹³ A su vez, habría promovido la integración de la región al mercado nacional. La concentración de la industria azucarera en Tucumán convirtió a la provincia en la metrópoli de la región, y ésta junto a Salta y Jujuy alcanzó un desarrollo capitalista muy elevado, con la “característica general del país, como monoproductor, dependiente y semicolonial.”

En ese escenario, Santucho reconocía la existencia de siete clases o fracciones de clase. En primer lugar, la “oligarquía terrateniente” a la que definía como latifundista (“posee alrededor del 75% de la tierra cultivada, a pesar de constituir el 5% de los propietarios de tierras”), y con un comportamiento retardatario y parasitario, pues “su perspectiva es la extracción ilimitada de ganancias”. Como clase, estaría vinculada a la “burguesía oligárquica azucarera”, con la que no tendría ningún tipo de contradicción. Ésta última sería el “gran enemigo” de los explotados, con vinculaciones económicas con el imperialismo, a través de sus asociaciones con los ingenios. De este modo, la oligarquía sería puramente terrateniente, y la burguesía la clase que pone en producción las tierras. La tercer “clase” en juego sería el imperialismo, dueño de ingenios, fábricas, minas y fincas y cuyo rol sería el de “gran expoliador del país y de los trabajadores”. Estas tres serían las clases dominantes. Les seguiría la burguesía mediana, propietaria y explotadora de fuerza de trabajo, pero cuyo desarrollo e intentos por profundizar y extender el capitalismo, chocarían contra el obstáculo impuesto por la oligarquía, la burguesía oligárquica y el imperialismo.

⁵⁹³Santucho, Mario Roberto: “Cuatro tesis sobre el norte argentino”, en: *Estrategia*, N° 5, 3ra época, abril de 1966, p. 55. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

En el campo de las clases susceptibles de integrar una alianza revolucionaria se encontraría la pequeña burguesía urbana (profesionales, pequeños comerciantes, artesanos, empleados y estudiantes) que, en tanto manifestarían “simpatía” por la clase obrera, podrían ser atraídos por esta. Por otro lado, el campesinado, que el texto presenta como una clase, aunque al describir al sector se muestra que en su interior se presentan diversas realidades. Por un lado, la burguesía mediana (ganaderos, agricultores y cañeros grandes) que empleaba maquinaria agrícola, se ubicaba en zonas de gran fertilidad (por abundantes lluvias o por instalarse en zonas de riego) y que producía en su totalidad para el mercado. No se comprende bien por qué se la caracteriza como campesinado, pero lo cierto es que se aclara que por su comportamiento de clase debería ser identificada como la burguesía mediana anteriormente descrita, aquella que tiene contradicciones con la oligarquía, la burguesía oligárquica y el imperialismo. El siguiente grupo campesino estaría integrado por pequeños agricultores, quinteros, y cañeros chicos y medianos, carentes de maquinaria, arrendatarios, que producirían para el mercado siendo “explotados” por acopiadores y mayoristas. Políticamente, por su “dinamismo, concentración, organización y combatividad” serían un potencial aliado del obrero, toda vez que sus intereses inmediatos coincidirían con los del proletariado azucarero. Finalmente, el último estrato corresponde al “campesinado pre-capitalista”, agricultores y criadores de las zonas más atrasadas que no tienen implementos mecánicos, producen para su propio consumo y no están integrados al mercado. La existencia real de un campesinado de este tipo plantea serias dudas. Con una pequeña parcela o un reducido de rebaño, contando sólo con los brazos de su núcleo familiar y sin ningún implemento mecánico, difícilmente pudiera vivir aislado del mercado y producir todo lo necesario para su reproducción biológica. Probablemente se trate de aquellos semiproletarios a los que refieren los textos del FRIP, que producen para autoconsumo pero cuya reproducción depende de su empleo como asalariados.

Más allá de que las definiciones puedan ser o no ajustadas, lo cierto es que el planteo da cuenta explícitamente que, bajo la categoría “campesino” se encuentran fracciones de la burguesía o pequeña burguesía explotadora. Al afirmarse una alianza sin distinciones entre proletariado y campesinado, se está incorporando a esta fracción en la alianza revolucionaria. Podríamos seguir buscando contradicciones teóricas, pero en este punto lo que interesa es a qué conducían estas definiciones en la praxis real de la organización. Volveremos sobre ello en el siguiente apartado.

La última clase que completa la estructura norteña es la clase obrera que estaría llamada a encabezar “la lucha por [la] liberación nacional y social de nuestra patria y de los explotados”. Su núcleo duro estaría constituido por el proletariado azucarero, sujeto que debía ser privilegiado por el partido. Se le otorgaba importancia también a los obreros urbanos, la clase obrera de minas, canteras y forestal, y al proletariado agrícola desorganizado pero de “importancia superlativa”. Sobre esa base, se deberían tender alianzas con los campesinos cañeros, el estudiantado y toda la pequeña burguesía urbana. Respecto a la burguesía media (tanto comercial, industrial como agrícola y ganadera), se planteaba la posibilidad de alianzas circunstanciales, donde “la realidad nos dirá en qué momento puede ser posible un trabajo conjunto, concreto, sin olvidar que es una clase enemiga.”

Hasta aquí, el dato más sobresaliente es la importancia atribuida al proletariado rural. No es difícil encontrar la explicación a ello en la estructura social de las provincias en las que el FRIP y luego el PRT tuvieron implantación. Al mismo tiempo, vemos como se defendía la existencia de una oligarquía y su contraparte, el campesinado oprimido por ella y explotado por las comercializadoras “monopólicas”. A diferencia de Montoneros, aquí se intenta trazar una distinción entre campesinos y burguesía rural mediana. Diferenciación que responde a la negativa de incorporar a la burguesía en bloque en una alianza revolucionaria. Pero ello no quita que parte de la “clase enemiga” termine integrando la alianza bajo la rúbrica de “campesino”, y que incluso la burguesía media sea considerada como una aliada circunstancial.

b. La persistencia del proletariado rural

Durante esta etapa la preocupación acerca del proletariado azucarero se mantuvo muy presente, lo que muestra que el naciente PRT siguió apostando con fuerza a esta fracción de la clase obrera norteña. Ya en el primer congreso partidario se debatió dicha orientación, que ponía el eje en el proletariado azucarero de Tucumán y en particular, en la intervención dentro de la FOTIA.⁵⁹⁴ El partido atendió con marcado énfasis las luchas de los trabajadores azucareros contra los despidos,⁵⁹⁵ por el pago de quincenas atrasadas y las diferentes violaciones al convenio colectivo en gran parte de los ingenios del norte:

⁵⁹⁴“Se realizó el Primer Congreso Nacional”, en: *Palabra Obrera*, 01/06/1965.

⁵⁹⁵Incluso, atendió a los conflictos en las explotaciones cañera: “Aguadita”, en: *Norte Revolucionario*, 21/08/1967.

Esperanza⁵⁹⁶, Ledesma⁵⁹⁷, Concepción⁵⁹⁸, San José⁵⁹⁹, Bella Vista,⁶⁰⁰ Santa Rosa⁶⁰¹, La Providencia⁶⁰², San Juan⁶⁰³, Santa Ana⁶⁰⁴, Los Ralos⁶⁰⁵, Ñuñorco⁶⁰⁶, Santa Lucía⁶⁰⁷, Urundel⁶⁰⁸, Esperanza⁶⁰⁹, San José⁶¹⁰, Babiera⁶¹¹ y Lastenia.⁶¹² Incluso organizó a los trabajadores de surcos, lo que muestra que la intervención en este punto no estuvo limitada a los ingenios.⁶¹³ En ellos, el PRT defendió la ocupación con toma de rehenes como el método más eficaz para enfrentar a la patronal.⁶¹⁴

A nivel gremial se defendió la FOTIA frente a los llamados “sindicatos libres”, es decir, aquellos que escapaban a la órbita de la federación.⁶¹⁵ A esta última, se la caracterizaba como dirigida por sindicalistas “dignos de confianza, no burocratizados”,⁶¹⁶ si bien el PRT llamó a intervenir en las elecciones a los efectos de consolidar esa orientación “consiente, combativa y clasista” mediante el desplazamiento de los dirigentes

⁵⁹⁶“Jujuy: NO se cumple la Ley de Emergencia”, en: *Norte Revolucionario*, 29/03/1966

⁵⁹⁷“Un método infalible”, en: *La Verdad*, 30/05/1966.

⁵⁹⁸“Ingenio Concepción: los obreros trabajan, los capitalistas ganan”, en: *Norte Revolucionario*, julio de 1964; “Ingenio Concepción”, en: *Norte Revolucionario*, diciembre de 1964; “Terminemos con los contratistas”, en: *Norte Revolucionario*, 13/04/1965; “‘Las Cuartas’ Trampa de la patronal”, en: *Norte Revolucionario*, 11/05/1965; “Reportaje a Miguel Soria”, en: *Norte Revolucionario*, 13/07/1965; “Ingenio Concepción”, en: *Norte Revolucionario*, 19/09/1966; “FOTIA denuncia ante la opinión pública del país al gobierno”, en: *Norte Revolucionario*, 4/10/1966; “Ingenio Concepción”, en: *Norte Revolucionario*, 14/02/1967; “Ingenio Concepción”, en: *Norte Revolucionario*, 18/07/1967; “Nace la agrupación de activistas ‘Ingenio Concepción’”, en: *Norte Revolucionario*, 08/03/1966.

⁵⁹⁹“Ofensiva patronal en el San José”, en: *Norte Revolucionario*, noviembre de 1964; “Ingenio San José: 4 quincenas atrasadas”, en: *Norte Revolucionario*, diciembre de 1964; “La ocupación del ingenio San José”, en: *Norte Revolucionario*, 11/05/1965; “Paro triunfante en el Ing. San José”, en: *Norte Revolucionario*, 4/10/1966; “FOTIA denuncia ante la opinión pública del país al gobierno”, en: *Norte Revolucionario*, 4/10/1966; “San José: Una actitud correcta”, en: *Norte Revolucionario*, 21/08/1967; “FOTIA: Plan de Lucha”, en: *Norte Revolucionario*, 16/11/1965.

⁶⁰⁰“La ocupación de Bella Vista”, en: *Norte Revolucionario*, 9/03/1965; “Bella Vista: choque entre obreros y policías”, en: *Norte Revolucionario*, 18/01/1967

⁶⁰¹“Ingenio Santa Rosa: Fue derrotada la burocracia”, en: *Norte Revolucionario*, 22/06/1965

⁶⁰²“El sector Faciano pierde uno de sus últimos sostenes”, en: *Norte Revolucionario*, 22/06/1965; “FOTIA: Plan de Lucha”, en: *Norte Revolucionario*, 16/11/1965; “Ingenio Providencia”, en: *Norte Revolucionario*, 16/11/1965.

⁶⁰³“Ingenio San Juan”, en: *Norte Revolucionario*, 22/06/1965

⁶⁰⁴“Santa Ana”, en: *Norte Revolucionario*, 22/08/1966

⁶⁰⁵“Los Ralos debe prepararse para la huelga”, en: *Norte Revolucionario*, 4/10/1966.

⁶⁰⁶“Ocupación del Ingenio Ñuñorco”, en: *Norte Revolucionario*, 13/07/1965

⁶⁰⁷“Santa Lucía”, en: *Norte Revolucionario*, 14/02/1967

⁶⁰⁸“Sindicato de Surco de Urundel (Salta)”, en: *Norte Revolucionario*, 14/02/1967

⁶⁰⁹“Ingenio Esperanza. Así se frena a la patronal y se defiende a los trabajadores”, en: *Norte Revolucionario*, 7/09/1965

⁶¹⁰“Nuevo triunfo en San José”, en: *Norte Revolucionario*, 21/09/1965

⁶¹¹“Ingenio N. Babiera”, en: *Norte Revolucionario*, 16/11/1965.

⁶¹²“Ingenio Lastenia”, en: *Norte Revolucionario*, 21/09/1965

⁶¹³“Aguadita”, en: *Norte Revolucionario*, 21/08/1967.

⁶¹⁴“Ocupación con rehenes: el método más eficaz”, en: *Norte Revolucionario*, 16/02/1965

⁶¹⁵“Sigue la lucha en Ingenio Santa Ana”, en: *Norte Revolucionario*, noviembre de 1964; “Gran triunfo obrero en el Ingenio San José”, en: *Norte Revolucionario*, septiembre de 1964.

⁶¹⁶“La enseñanza del convenio: Fortalecer F.O.T.I.A.”, en: *Norte Revolucionario*, julio de 1964.

“propatronales”.⁶¹⁷ En este sentido, apoyó hacia 1965 la lista encabezada por Mario Arnaldo Aparicio, dirigente del Ingenio Fronterita que había sido electo secretario general de la FOTIA en 1963 y de conocidas simpatías con el Movimiento Revolucionario Peronista.⁶¹⁸ A pesar de ello advirtió que si bien era una tendencia “combativa” no era “revolucionaria”, por tanto el apoyo no debía hacerse acriticamente, sino con “críticas fraternales”.⁶¹⁹

En este marco, el PRT fue favorable, como mencionamos en la introducción de este capítulo, a la promoción de “candidaturas obreras” elegidas por asambleas para los parlamentos provinciales, a partir de un programa votado en un plenario. El PRT destacó que la plataforma de legisladores de la FOTIA cuya candidatura el partido promovió, ofrecía una salida inmediata a la crisis azucarera y, sobre todo, proponía medidas de fondo que alteraban completamente la estructura productiva provincial: el control por los obreros y los cañeros de los libros de los ingenios y comercializadoras, y la reforma agraria.⁶²⁰ Este programa fue incluso caracterizado por el grupo de Moreno y Santucho como la mayor “expresión alcanzada por el movimiento obrero [...] es la expresión más alta de conciencia nacional y de clase del proletariado argentino”.⁶²¹ Se diferenciaría del de Huerta Grande en tanto que “no es resultado de un viraje a la izquierda de dirigentes sindicales que toman fraseología revolucionaria por conveniencia táctica”⁶²², sino que surgió de una instancia deliberativa de base obrera. Una vez que se consiguieron nueve bancas, lo celebró como “el resultado más importante para la clase obrera, campesinado, empleados y demás sectores explotados de todo el país”.⁶²³ Posteriormente reivindicó el proyecto de Ley de Incautación de Ingenios presentado por dos de esos legisladores.⁶²⁴

⁶¹⁷“FOTIA: Hay elecciones”, en: *Norte Revolucionario*, noviembre de 1964; “C.D. se elige en FOTIA”, en: *Norte Revolucionario*, diciembre de 1964.

⁶¹⁸Jemio, Ana Sofía: “‘FOTIA, sus sindicatos y afiliados’. Una aproximación a los marcos discursivos y propuestas programáticas de la clase obrera azucarera tucumana en 1963”, en *Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, noviembre de 2012.

⁶¹⁹“C.D. FOTIA: Apoyamos la lista Unidad y Progreso”, en: *Norte Revolucionario*, 9/03/1965; “Elecciones en FOTIA”, en: *Norte Revolucionario*, 23/03/1965; “La ocupación del ingenio San José”, en: *Norte Revolucionario*, 11/05/1965

⁶²⁰“Derrotemos a la patronal en las próximas elecciones”, en: *Norte Revolucionario*, 16/02/1965; “Diputados obreros al parlamento capitalista”, en: *Norte Revolucionario*, 9/03/1965; “Huelga general con ocupación de ingenios y fábricas”, en: *La Verdad*, 29/12/1965.

⁶²¹“Tucumán: La FOTIA señala el camino”, en: *La Verdad*, 20/12/1965.

⁶²²Ídem.

⁶²³“9 legisladores de FOTIA”, en: *Norte Revolucionario*, 23/03/1965; “Tucumán: Victoria obrera”, en: *Norte Revolucionario*, 23/03/1965; “Importante pronunciamiento del bloque obrero de FOTIA”, en: *Norte Revolucionario*, 13/04/1965; “Los diputados obreros se disciplinan a la FOTIA”, en: *La Verdad*; “Tucumán: Un triunfo de la clase”, en: *Palabra Obrera*, 01/06/1965.

⁶²⁴“Errores y acuerdos de los legisladores obreros”, en: *Norte Revolucionario*, 16/11/1965.

Sin embargo, tres elementos llevaron al PRT a desarrollar una posición progresivamente más crítica hacia la conducción de la FOTIA: la discusión paritaria y del convenio colectivo, la propuesta de una Ley Azucarera y el cierre de ingenios en 1966. Hechos que, además, ilustran la intervención del partido en terreno agrario.

Buena parte del año 1965 estuvo signada, para el proletariado azucarero, por la discusión del convenio colectivo, en particular, en materia salarial. El PRT frente a esta coyuntura señaló la necesidad de intervenir y aprovechar lo que caracterizaba era una fractura de la “oligarquía azucarera” entre los productores más eficientes y los menos eficientes. Los primeros, habrían lanzado una ofensiva mediante el incremento de la caña sembrada y la modernización de sus maquinarias, a los efectos de desalojar a quienes operaban con mayores costos. Se trataría entonces de un “conflicto entre patrones”, donde cada uno de los dos sectores buscaría arrastrar tras de sí al proletariado. Los primeros, a partir de ofrecer precios más baratos; los segundo, denunciando el incremento de la desocupación que su ruina produciría.⁶²⁵ Frente a ello, se señalaba la necesidad de que la clase obrera interviniera en función de sus propios intereses para imponer una solución de fondo.⁶²⁶ El partido propuso que la discusión del convenio estuviera atada al planteamiento de los problemas de fondo de la rama, que permitirían aprovechar la debilidad del enemigo. Concretamente, el planteo era:

“a) Control obrero de los libros y administración de todo fundo cañero superior a los 5.000 surcos; b) Control obrero y cañero de los libros y administración de los ingenios; c) Reinversión en la modernización de la industria y la agricultura de todas las utilidades tanto de las fincas como de los ingenios durante 5 años; d) Precio sostén para el azúcar; e) regulación del mercado mediante cuotas de producción fijadas por el Estado.”⁶²⁷

La cita es reveladora y pone en evidencia la contradicción en la que caía el partido. Mientras que definía la interna de la “oligarquía” como un enfrentamiento entre patrones en el que proletariado debía actuar con independencia (con su “solución de fondo”), lo cierto es que como lo ilustran la totalidad de los puntos, lo que se propone es una alianza con los productores menos eficientes. Esto queda claramente demostrado en

⁶²⁵“Azúcar”, en: *Palabra Obrera*, 21/6/1965.

⁶²⁶“Derrotemos a la oligarquía azucarera en la lucha por el convenio”, en: *Norte Revolucionario*, 11/05/1965.

⁶²⁷Ídem.

el punto “d)”, pues el reclamo de los cañeros más productivos era la eliminación de la regulación de precios.

Consecuentemente, para concretar esa propuesta, las páginas de *Palabra Obrera* reclamaban al gremio “la unificación con el otro sector enemigo de los industriales tucumanos: los cañeros nucleados en la UCIT”. La propuesta consistía en golpear juntos por un precio sostén para la caña que habilitara también un incremento salarial, mediante la movilización convocada en asambleas por lugares de trabajo.⁶²⁸

Más allá de las pretensiones de instalar una discusión sobre aspectos generales, lo cierto es que el grueso de las negociaciones se concentró en el aspecto salarial y se prolongó durante meses. Ante ello, el PRT reclamó un aumento del 65% y propuso como método para obtenerlo la ocupación de los ingenios de manera escalonada para superar el estancamiento.⁶²⁹ En este sentido, criticó los métodos del gremio por considerarlos conciliadores y renuentes a la acción directa. Ya hacia noviembre, la FOTIA firmó un alza salarial del orden del 30%, lo que fue duramente criticado por el partido, que llamó a “rectificar el rumbo” del gremio.⁶³⁰

El segundo elemento que da cuenta del distanciamiento fue el debate por la Ley del Azúcar, debate que estuvo muy presente en la década del '60 en el marco de la crisis del sector. Concretamente lo que estaba en discusión era la intervención del Estado sobre la rama para contener su crisis, lo que en general atendió a dos elementos: el precio sostén y una junta reguladora del comercio. El partido consideró que lo fundamental era relanzar la producción azucarera, pero evitando que fuera con el sacrificio de los productores de menor rendimiento. Los cañeros tucumanos, que el propio PRT reconocía como minifundistas y de costos elevados, estarían en una situación precaria que les impedía tecnificarse. Esto viene a mostrar que, a pesar de criticarse a los productores de mayor tamaño, lo cierto es que el partido advertía que ese sector era el más eficiente. Es decir, que los chicos no eran un vector de desarrollo. No obstante ello, el partido sacó la conclusión política contraria: el proletariado debía apoyar las demandas de los cañeros de menor tamaño, para lo cual debía establecerse la ya

⁶²⁸“Convenio azucarero”, en: *Palabra Obrera*, 05/07/1965.

⁶²⁹“Convenio azucarero: No demorar más la movilización”, en: *Norte Revolucionario*, 13/07/1965.

⁶³⁰“FOTIA: Rectificar el rumbo”, en: *Norte Revolucionario*, 7/09/1965; “Tucumán. Un convenio sin pena ni gloria”, en: *La Verdad*, 09/09/1965; “El convenio azucarero no es un triunfo”, en: *La Verdad*, 23/08/1965.

mencionada alianza FOTIA-UCIT.⁶³¹ La siguiente cita expone con claridad estos argumentos:

“El gobierno intenta restaurar la normalidad capitalista en Tucumán, como lo hace en el resto del país: grandes ganancias para un puñado de empresas que monopolizarán la producción azucarera, desocupación y explotación para la clase obrera. Solo los trabajadores pueden cerrarle el camino, tal como lo planteamos en nuestra editorial. A la ley patronal debemos oponerle una ley azucarera obrero campesina.”⁶³²

La FOTIA proponía la reinversión de las ganancias patronales en la industria del azúcar, de manera que los ingenios se modernizaran y pudieran competir sin cerrar sus puertas. Para el PRT la propuesta resultaba insuficiente. Primero, porque al estar al borde del cierre, los ingenios no tendrían ganancias para reinvertir. Segundo, porque de tenerlas, las usarían para mecanizarse, aumentar la productividad y expulsar obreros. Por ello, proponía en cambio la “Ley azucarera obrero y campesina”, que debía contemplar la expropiación de todo ingenio que no garantizara puestos de trabajo pasando a ser de propiedad estatal, redistribución de la tierra de los terratenientes, cuotas fijas de empleo de trabajadores, garantía horaria y control obrero-cañero de las industrias y las tierras.⁶³³ Sin embargo, la solución ofrecida parecía no escapar a los mismos problemas que los que se señalan de la FOTIA: la reforma agraria crearía sobre la base de los productores más eficientes, una capa de cañeros menos productivos.

El hecho que desató una crítica frontal a la FOTIA fue el cierre de ingenios promovido por el gobierno dictatorial de Onganía hacia mediados de 1966. El PRT caracterizó que el plan económico de Onganía y Salimei, su primer ministro de Economía, era un impulso al “capital monopolista” que se afianzaba por medio de la política “modernizadora” en la cual solo subsistían un “puñado” de firmas que podían ofrecer los costos más bajos de producción y, en consecuencia, obtener mayores ingresos a costa de los obreros y la “clase media”.⁶³⁴ Más específicamente:

⁶³¹“Ley azucarera”, en: *Norte Revolucionario*, diciembre de 1964.

⁶³²“Ley azucarera”, en: *Norte Revolucionario*, 14/02/1967

⁶³³“Azúcar”, en: *Palabra Obrera*, 21/6/1965; “Ley del Azúcar”, en: *Norte Revolucionario*, 7/09/1965; “Ley azucarera”, en: *La Verdad*, 26/07/1965; “Paro provincial: por una ley azucarera obrera y campesina”, *Norte Revolucionario*, 14/02/1967.

⁶³⁴“Toda la población contra el plan Onganía-Salimei”, en: *Norte Revolucionario*, 12/09/1966.

“Esta política de concentración, que desde el punto de vista de las fuerzas productivas es progresiva, conlleva, bajo el control monopolista, a la pauperización de toda una región, la condena al hambre, la desocupación, la emigración permanente y temporaria de miles y miles de trabajadores, la miseria de miles de campesinos, la muerte de pueblos y ciudades enteros. [...] cuya contrapartida es la multiplicación incontrolada de las ganancias de los monopolios”.⁶³⁵

Las páginas de la prensa perretista se colmaron de notas sobre el asunto (más presente en *Norte Revolucionario* que en *La Verdad*).⁶³⁶ Fundamentalmente denunciaron que el plan conducía a la destrucción de fuentes de trabajo y a la erradicación de cerca de 14.000 cañeros chicos, que redundaría en la concentración de la tierra en manos de los terratenientes y de los cupos de azúcar en manos de los industriales.⁶³⁷ De fondo, lo sucedido sería el resultado de la estructura económica argentina: el país no podría ser eficiente en su producción porque su capitalismo era atrasado, semicolonial y subdesarrollado, lo que lo ubicaría como un competidor de alto costo en el mercado mundial.⁶³⁸ Ello sería, a su vez, resultado de la “concentración latifundista de la tierra”, la “exacción del imperialismo” (dueño de los ingenios) y la “irracionalidad de las empresas” con su “manejo criminal” de las ganancias.⁶³⁹

El partido, al igual que con la cuestión de la Ley Azucarera, propuso una solución inmediata y otra de fondo, en vistas de “oponer a las soluciones patronales, soluciones obreras y campesinas”.⁶⁴⁰ En lo inmediato, habría que implementar un plan de incautación sin pago de los ingenios o con bonos a 25 años, control obrero y cañero de los libros de ingenios y fincas, redistribución de la tierra expropiando a los grandes terratenientes e industriales, control obrero y popular del comercio mayorista, entrega de las viviendas a los obreros, créditos para construcción de casas a 10% del sueldo, aumento de salarios, renuncia del gobernador y convocatoria a una asamblea

⁶³⁵Partido Revolucionario de los Trabajadores: *La situación tucumana. Documento político zonal aprobado por el plenario zonal del 11 de diciembre*, 1966.

⁶³⁶“La crisis tucumana”, en: *La Verdad*, 20/6/1966; “Tucumán Exige soluciones”, en: *La Verdad*, 21/03/1966; “Una ‘solución’ del nuevo gobierno”, en: *La Verdad*, 25/07/1966; “Tucumán. Preparar la defensa sin aventuras”, en: *La Verdad*, 05/09/1966; “Plan de lucha contra la ofensiva gubernamental”, en: *Norte Revolucionario*, 4/10/1966.

⁶³⁷“¡Basta de esperar!”, en: *Norte Revolucionario*, 4/10/1966.

⁶³⁸“La ‘Revolución’ llegó a Tucumán”, en: *La Verdad*, 29/08/1966.

⁶³⁹“Tucumán. Un año de luchas obreras”, en: *La Verdad*, 29/12/1965.

⁶⁴⁰Ídem.

constituyente.⁶⁴¹ De fondo, la solución sería un gobierno obrero que impulsara la modernización sin generar desocupación ni la ruina de los cañeros:

“Si hubiera un gobierno obrero y popular en el poder es casi seguro que preconizaríamos las mismas medidas, pero estaríamos seguros que al ejecutarlas se tendría en cuenta en primer lugar la situación de los obreros y sectores populares, naturalmente desplazados.”⁶⁴²

Para el partido, la FOTIA estaba ya lejos de promover este programa e incluso de ser un elemento activo contra el cierre de los ingenios. En los primeros meses del año 1966 no se registran críticas fuertes.⁶⁴³ Pero el balance cambió en los momentos definitorios del conflicto. El PRT señaló que el gremio no convocaba a un Congreso de Delegados en el que se preparara un plan de lucha y, por tanto, se convertía en una fuerza “frenadora”. En tono severo, criticó que “FOTIA no tiene dirección”,⁶⁴⁴ que se desempeñó como un “agente del gobierno”,⁶⁴⁵ como su “mejor aliado”,⁶⁴⁶ y mantuvo una “actitud criminal” dejando a los sindicatos de empresa a su suerte.⁶⁴⁷ A partir de allí, se mantuvo una marcada oposición a la conducción, marcando su “total inconciencia”⁶⁴⁸ que llevaría a una “derrota total” que fue aceptada como “como un hecho consumado”.⁶⁴⁹

La alianza FOTIA-UCIT

Una impronta clara en la intervención en el seno del proletariado rural azucarero por parte del PRT fue la insistencia en la construcción de la alianza obrero-campesina bajo la forma de acuerdos entre la UCIT y la FOTIA. A esta primera corporación, se la definía como órgano de expresión de los cañeros chicos y medianos “tirando a grandes”,

⁶⁴¹“Contra la intervención en Tucumán”, en: *La Verdad*, 20/6/1966; “Tucumán exige”, en: *La Verdad*, 27/06/1966.

⁶⁴²“La ‘Revolución’ llegó a Tucumán”, en: *La Verdad*, 29/08/1966.

⁶⁴³“FOTIA”, en: *La Verdad*, 31/01/1966; “Gran triunfo de los trabajadores del azúcar”, en: *La Verdad*, 07/02/1966; “FOTIA. Un nuevo Plan de lucha”, en: *La Verdad*, 16/01/1967; “La FOTIA aplica el plan de lucha”, en: *La Verdad*, 14/02/1966; “Tucumán”, en: *La Verdad*, 21/02/1966; “Tucumán”, en: *La Verdad*, 21/03/1966; “FOTIA: Las elecciones de sindicato son la base para la constitución de una nueva dirección clasista”, en: *La Verdad*, 05/12/1966; “Zafra completa en todos los ingenios”, en: *La Verdad*, 29/08/1966.

⁶⁴⁴“Azúcar: Es urgente preparar el gremio”, en: *Norte Revolucionario*, 22/08/1966.

⁶⁴⁵“La ofensiva del gobierno exige firme respuesta”, en: *Norte Revolucionario*, 06/09/1966.

⁶⁴⁶Partido Revolucionario de los Trabajadores: *La situación tucumana. Documento político zonal aprobado por el plenario zonal del 11 de diciembre*, 1966.

⁶⁴⁷“Tucumán: Contra el cierre de los ingenios”, en: *Norte Revolucionario*, 19/09/1966.

⁶⁴⁸“FOTIA: Es urgente convocar un plenario”, *Norte Revolucionario*, 18/07/1967.

⁶⁴⁹“San Pablo: La conciliación debe servir para preparar la lucha”, en: *Norte Revolucionario*, 18/07/1967.

de modo que su composición sería heterogénea.⁶⁵⁰ En efecto, estas fracciones de cañeros fueron definidas alternativamente como “clase media”⁶⁵¹ o como expresión del “campesinado”⁶⁵² al que habría que aliarse contra un enemigo principal: la oligarquía azucarera y, en menor medida, los cañeros grandes, entendidos como “capitalistas que no trabajan”.⁶⁵³ En virtud de ello, sería “necesario que el movimiento obrero se diese una política hacia los cañeros para construir un frente contra la oligarquía tucumana”.⁶⁵⁴ El problema sería, justamente, aquella composición heterogénea⁶⁵⁵ que haría oscilar a la UCIT entre el apoyo a la clase obrera y el apoyo a los terratenientes. En su práctica concreta, sin embargo, el PRT encontró resistencias en ambos polos de la alianza. Parte del proletariado se negaba a acordar un curso de acción común con quienes le ofrecían salarios bajos y lo condenaban a la misma situación que los cañeros grandes, lo cual era reconocido por el partido:

“Muchos compañeros del surco y algunos de fábrica están en contra del pacto FOTIA-UCIT. Estos compañeros acusan a los cañeros de no pagar lo que estipula el convenio, lo que es totalmente cierto, y la bronca justificada, pero pensamos con la cabeza fría si la política seguida de no hacer acuerdo con UCIT nos perjudica o no”.⁶⁵⁶

Las contradicciones económicas evidentes entre proletarios y burgueses que se produce en la alianza FOTIA-UCIT debería ser contenida en función de un objetivo político: golpear al enemigo principal. Varios ejemplos concretos mostraron, sin embargo, lo irreconciliable de estos intereses. Por caso, en 1965 en el marco de la discusión paritaria, la UCIT se negó a ofrecer aumentos salariales al punto que el PRT debió reconocer que “se muestran como la patronal más intransigente con los trabajadores, que son sus aliados naturales frente a la oligarquía azucarera”.⁶⁵⁷ Frente a ello, se volvió a insistir con la misma línea: “obreros y campesinos son en el Norte Argentino las

⁶⁵⁰“Tucumán ¿Situación prerrevolucionaria?”, en: *La Verdad*, 28/03/1966.

⁶⁵¹Ídem.

⁶⁵²“Tucumán. Sigue la lucha por el convenio”, en: *La Verdad*, 19/07/1965.

⁶⁵³“La enseñanza del convenio: Fortalecer F.O.T.I.A.”, en: *Norte Revolucionario*, julio de 1964; “Borramos a los dirigentes patronales”, en: *Norte Revolucionario*, 21/08/1967; “Tucumán”, en: *La Verdad*, 13/12/1965.

⁶⁵⁴“Tucumán ¿Situación prerrevolucionaria?”, en: *La Verdad*, 28/03/1966.

⁶⁵⁵“Habla un diputado obrero por la FOTIA”, en: *Palabra Obrera*, 05/07/1965.

⁶⁵⁶“Tucumán. Sigue la lucha por el convenio”, en: *La Verdad*, 19/07/1965.

⁶⁵⁷“La paritaria azucarera está detenida”, en: *Norte Revolucionario*, 22/06/1965

clases más revolucionarias y solo su unión puede garantizar el triunfo de la Revolución Obrera y Popular por la que todos bregamos”.⁶⁵⁸

Al año siguiente, en el marco de un plenario de la FOTIA celebrado el 7 de marzo, el PRT debió volver a criticar a los cañeros:

“[Es repudiable] la cerrada negativa de las organizaciones cañeras que se han resistido a entregar las planillas para que el gobierno pague todo lo adeudado a los trabajadores. Independientemente del argumento cañero de que si no se toma esa medida ellos no podrán cobrar el importe de la materia prima entregada, condenamos la actitud inhumana de los cañeros, que están condenando al hambre a miles y miles de trabajadores, cuando tienen en sus manos una solución que ha sido conseguida precisamente por la movilización obrera”.⁶⁵⁹

Ese mismo año, el partido debió reconocer que en el marco de la discusión sobre la Ley Azucarera, la UCIT presentó un proyecto propio que no contemplaba las demandas obreras,⁶⁶⁰ cuando una semana antes había celebrado que las discusiones entre FOTIA y UCIT en el “Congreso en Defensa de la Economía” de Tucumán, daban cuenta de un paso adelante en la alianza obrero-campesina a partir de la consigna “zafra total con ocupación plena”, lo que daría una producción suficiente para que los cañeros vendieran y a su vez ingresos necesarios para pagar salarios.⁶⁶¹

Lo que estos hechos están mostrando es que, a pesar de plantearse una unidad de intereses entre proletariado y “campesinado”, los dos polos de la alianza entraban en colisión entre sí, por una sencilla razón: los segundos eran empleadores de los primeros, por tanto, sus problemas económicos se resolvían no solo en el enfrentamiento con los “latifundistas” o los “intermediarios” sino fundamentalmente contra los trabajadores, que eran parte de sus costos. La voluntad del partido, sostenida por sus propias caracterizaciones del agro, chocaba contra la propia realidad que no lograba percibir por completo.

⁶⁵⁸Ídem.

⁶⁵⁹“Plenario de FOTIA”, en: *Norte Revolucionario*, 08/03/1966.

⁶⁶⁰“El Congreso en defensa de la economía”, en: *La Verdad*, 16/05/1966.

⁶⁶¹“El Congreso en defensa de la economía de Tucumán”, en: *Norte Revolucionario*, 03/05/1966; “El congreso en defensa de la Economía”, en: *La Verdad*, 23/05/1966.

Otros sectores del proletariado rural

El otro sector del proletariado, que no era estrictamente rural, pero que se relacionaba particularmente con los problemas del campo y que alcanzó un interés relativamente equivalente en la estrategia sindical del partido fue el de la carne, donde también se apostó al desarrollo de una tendencia antiburocrática.⁶⁶² El partido estuvo atento a los conflictos de los frigoríficos de Berisso y Rosario, Swift y Armour por suspensiones, despidos y reclamos salariales,⁶⁶³ y en menor medida en aquellos ubicados en la zona de Zárate, Avellaneda (La Negra) y Mataderos (Lisandro de la Torre).⁶⁶⁴ Una construcción sindical que era deudora de la trayectoria previa del morenismo.

Del mismo modo, siguió con atención las cuestiones relativas al gremio en general, atendiendo a congresos, conflictos internos, las discusiones de los convenios colectivos y las paritarias.⁶⁶⁵ Como partido llamó a desarrollar una tendencia antiburocrática que desafiara la dirección del gremialista Eleuterio Cardozo, a quien caracterizaban como un “burócrata” de la carne.⁶⁶⁶ Para ello llamaron desde sus agrupaciones a impulsar listas anticardosistas y a reorganizar las comisiones internas y cuerpos de delegados en ese

⁶⁶²“Sindicato de la carne: Desarrollar la tendencia antiburocrática”, en: *Norte Revolucionario*, 16/02/1965

⁶⁶³“Rosario. Cuatro mil suspendidos en el Swift de Rosario”, en: *La Verdad*, 30/08/1965; “Berisso”, en: *La Verdad*, 27/09/1965; “Berisso: Hay que organizar la defensa de los despedidos”, en: *La Verdad*, 11/10/1965; “Carne. Triunfo en Berisso”, en: *La Verdad*, 07/02/1966; “Berisso. Unidad para un buen Convenio”, en: *La Verdad*, 21/02/1966; “Berisso”, en: *La Verdad*, 14/03/1966; “La vanguardia contra el ‘Guanismo’”, en: *La Verdad*, 14/03/1966; “La vanguardia se anota otro triunfo”, en: *La Verdad*, 28/03/1966; “Berisso”, en: *La Verdad*, 23/05/1966; “Berisso”, en: *La Verdad*, 30/05/1966; “Berisso”, en: *La Verdad*, 20/6/1966; “Berisso. Elecciones locales de la carne”, en: *La Verdad*, 23/01/1967; “Asamblea en Berisso”, en: *La Verdad*, 10/08/1966; “Playa Capones (Armour)”, en: *La Verdad*, 17/10/1966; “Berisso”, en: *La Verdad*, fecha ilegible, N° 134; “Berisso”, en: *La Verdad*, 09/06/1969; “A prepararse para el Congreso”, en: *Palabra Obrera*, 14/6/1965; “Hay que organizar la defensa de los despedidos”, en: *Palabra Obrera*, 05/07/1965; “Congreso en M. del Plata”, en: *Palabra Obrera*, 05/07/1965; “El Cardosismo o como gastar 365 millones de pesos”, en: *Palabra Obrera*, 05/07/1965; “Reportaje a dos congresales”, en: *Palabra Obrera*, 12/7/1965; “Berisso”, en: *Palabra Obrera*, 21/6/1965.

⁶⁶⁴“Obreros de Zárate”, en: *La Verdad*, 30/08/1965; “Carne”, en: *La Verdad*, 30/08/1965; “Paro general en Zárate: Obreros en huelga de hambre”, en: *La Verdad*, 5/09/1965; “Zárate”, en: *La Verdad*, 27/09/1965.

⁶⁶⁵“Carne”, en: *La Verdad*, 04/04/1966; “Carne”, en: *La Verdad*, 11/04/1966; “Congreso de la carne”, en: *La Verdad*, 25/04/1966; “Carne”, en: *La Verdad*, 02/05/1966; “Lucha por una conquista perdida”, en: *La Verdad*, 18/04/1966; “La federación debe ya denunciar el convenio”, en: *La Verdad*, 09/05/1966; “La Blanca y Negra comenzó la lucha por el Convenio”, en: *La Verdad*, 30/05/1966; “La lucha por el convenio”, en: *La Verdad*, 06/06/1966; “Federación de la carne: ¿La dividen?”, en: *La Verdad*, 26/12/1966; “Racionalización y convenio”, en: *La Verdad*, 08/08/1966; “El gremio quiere \$113 la hora”, en: *La Verdad*, 15/08/1966; “El gremio exige \$113 la hora”, en: *La Verdad*, 01/08/1966; “Elecciones de consejeros en la Federación de la Carne”, en: *La Verdad*, 29/08/1966; “Convenio digno o laudo miserable?”, en: *La Verdad*, 05/09/1966; “Repudiar el acuerdo patronal-cardosista”, en: *La Verdad*, 12/09/1966; “Carne”, en: *La Verdad*, 26/09/1966; “Pese al repudio del gremio, el cardosismo consumó su traición”, en: *La Verdad*, 03/09/1966; “Dirigentes ineptos se aferran al sillón”, en: *La Verdad*, 8/11/1965.

⁶⁶⁶“La carne lucha por desterrar el cardosismo”, en: *La Verdad*, 16/08/1965; “Urgente. Reunir a la tendencia Anticardosista”, en: *La Verdad*, 30/08/1965; “Blanca y Celeste de la Unidad Nacional”, en: *La Verdad*, 15/11/1965.

sentido. En 1965 el partido formó parte de listas unificadas (la “Blanca y Celeste”) del activismo de Frigoríficos Swift, Anglo, La Negra y Wilson, con presencia en Berisso, Zárate, Rosario, Capital Federal, Tucumán y el Litoral.⁶⁶⁷

Lo más importante, en este punto, fue la intervención frente al “problema de la carne”, es decir, aquello que se identificaba como un atraso en la producción que derivaba en el estancamiento y el encarecimiento de los precios. Esta exacerbación del “viejo” problema de la producción agropecuaria⁶⁶⁸ respondería a dos fenómenos. Uno de crisis estructural, de fondo, dado por la “falta de animales”. Ello sería el resultado de una estructura atrasada y estancada hace más de 30 años. Y el otro, coyuntural, momentáneo, que es sería resultado del aumento del consumo interno y, a la vez, del aumento de los precios.

A este cuadro se sumaría una pugna entre frigoríficos exportadores y pequeños mataderos clandestinos, que harían su negocio a partir del no pago de beneficios sociales ni respeto de leyes laborales, y sacarían mejores ganancias en el mercado de hacienda de Liniers. Los mataderos locales pugnarían por mayores cantidades de carne dedicadas al mercado interno, mientras que los exportadores buscarían aumentar las cuotas para el exterior. La de los mataderos fue calificada por el partido como una “política suicida” que podía arriesgar las posiciones internacionales, pero contaría con el aval de los ganaderos que se beneficiaban por la venta del animal vivo. Esto mostraría nuevamente que la oligarquía no se preocupaba por el desarrollo nacional. Frente a este dilema, el partido descartó la “solución desarrollista”, que pretendía cambiar la estructura agropecuaria con la atracción de “grandes inversiones extranjeras en el país”.⁶⁶⁹ Una solución que aumentaría la dependencia.

Consideró, en oposición, levemente más realista la solución de la CAP, organismo que “esboza otra política [...] una solución que va al fondo del problema”. Exigiría el aumento del stock ganadero, lo que implica utilizar nuevas tierras y producir pasturas artificiales, es decir “lograr un método intensivo de producción que eleve del actual medio novillo por hectárea, a la crianza de 3 o 4 novillos por hectárea”. A la vez, poner en pie más frigoríficos, mejores caminos y bajar el precio de los productos que

⁶⁶⁷“El PRT y las elecciones en Carne y Textiles”, en: *La Verdad*, 6/12/1965; “Carne”, en: *La Verdad*, 6/12/1965; “Todavía podemos derrotar a Cardoso”, en: *La Verdad*, 6/12/1965; “Carne. Votemos a la Blanca y Celeste”, en: *La Verdad*, 13/12/1965; “Unidad para derrotar a los frigoríficos y a Cardoso”, en: *La Verdad*, 22/11/1965; “Cardoso ganó, pero...”, en: *La Verdad*, 20/12/1965; “Swift Rosario: Infamias de burócrata”, en: *La Verdad*, 22/11/1965.

⁶⁶⁸“La federación debe ya denunciar el convenio”, en: *La Verdad*, 09/05/1966.

⁶⁶⁹“Nacionalización de los frigoríficos”, en: *Palabra Obrera*, 12/7/1965.

compiten con la carne: pescados, aves y porcinos. “Se está planteando las soluciones de fondo para el problema estructural”.⁶⁷⁰ Sin embargo, se quedaría a mitad de camino, porque no propone la nacionalización de los frigoríficos ni de todo el comercio de la carne, ni nacionalizar los “trust” del pescado y “quebrar la especulación con los productos de granja”.

Por fuera de todas estas variantes consideradas patronales, el partido esbozó lo que sería la única alternativa. Se trataría de una “solución revolucionaria” que contemplaría el “re poblamiento del campo” y el control de todo el proceso de producción de carne:⁶⁷¹

“la nacionalización de las *grandes* estancias productoras de ganado de exportación, de las empresas intermediarias que intervienen en la comercialización y de los frigoríficos. Si de verdad se quiere desarrollar la producción ganadera en beneficio del país y de los sectores explotados, no hay otra solución de fondo.”⁶⁷²

La prédica nacionalista y de defensa del pequeño capital que se contiene más o menos implícitamente en esta propuesta, queda completamente revelada en la siguiente consigna: “Los trabajadores no podemos permitir que se regalen así fabulosas riquezas al capital imperialista y negrero, por eso debemos levantar e imponer la única solución real del problema: que se nacionalice la industria *grande*.”⁶⁷³ Como se ve, el problema en los adjetivos utilizados en ambas citas, el problema es siempre de aquellos productores “grandes”. La condición para lograr la definitiva solución sería un “gobierno obrero” que haga pagar la crisis a la oligarquía vacuna.⁶⁷⁴ Por todo ello el PRT llamó a la federación de la carne a que asumiera una campaña por las nacionalizaciones.⁶⁷⁵

El PRT también mantuvo la preocupación del FRIP por la organización de los trabajadores del FOSIF⁶⁷⁶, planteándose la tarea de reorganizar y recuperar el sindicato a partir de la constitución de una agrupación llamada “Recuperación”. En ella se nuclearon dirigentes de trayectoria y otros nuevos activistas a los efectos de lograr esa tarea de reconquista.⁶⁷⁷ En este sentido, se llamó a los hacheros de Agroforestal en El Cadillal (provincia de Tucumán) a organizarse en el sindicato para dar su lucha contra la

⁶⁷⁰“Los frigoríficos deben ser nacionales”, en: *La Verdad*, 19/07/1965.

⁶⁷¹“Carne. La CGT debe presentar una ley en el Congreso”, en: *La Verdad*, 26/07/1965.

⁶⁷²Ídem. El destacado es nuestro.

⁶⁷³“Novillos”, en: *La Verdad*, 15/11/1965. El destacado es nuestro.

⁶⁷⁴“El problema de la carne”, en: *La Verdad*, 16/08/1965.

⁶⁷⁵“Nacionalización de los frigoríficos!”, en: *La Verdad*, 25/10/1965

⁶⁷⁶“FOSIF: Hay que cambiar de métodos”, en: *Norte Revolucionario*, noviembre de 1964.

⁶⁷⁷“Por la recuperación de la FOSIF”, en: *Norte Revolucionario*, 06/09/1966.

superexplotación, exigiendo el cumplimiento de la legislación laboral (régimen de jubilación y vacaciones, salario familiar, entre otros).⁶⁷⁸ También se celebró el ejemplo de los trabajadores forestales de Las Tinajas, que ocuparon el sindicato en contra de sus direcciones.⁶⁷⁹ El PRT también atendió a la lucha de los trabajadores La Foresta, nucleado en el gremio de chacinados, impulsando allí la reorganización del cuerpo de delegados⁶⁸⁰, y en menor medida, a los trabajadores vitivinícolas.⁶⁸¹

c. *La Reforma Agraria y la colonización*

Si en el FRIP la reforma agraria aparecía más o menos implícita y bajo otras conceptualizaciones -el parcelamiento-, en la trayectoria del PRT ya la referencia es explícita bajo la clásica formulación de “la tierra debe ser para quien la trabaja con sus manos”⁶⁸², precisando que debería hacerse mediante la expropiación de todas las explotaciones superiores a las 100 hectáreas y su entrega a los “verdaderos productores”.⁶⁸³

El partido proyectó la reforma como solución al problema de los arrendatarios, al que caracterizaba como uno de los “grandes problemas inconclusos que tiene el país”: el problema del monopolio de la tierra en manos de la “oligarquía” que “traba el desarrollo”.⁶⁸⁴ La resolución de este problema permitiría el aumento de la productividad, la tecnificación y la electrificación del campo, transformando la estructura económica nacional. Para el PRT “no hay ninguna posibilidad de desarrollar la producción agropecuaria sin una repoblación del campo, o con otras palabras, sin una recolonización”. Dicha recolonización permitiría el despegue de la producción que estaría estancada hace 30 años. Asimismo, diagnosticaba que “sin una afluencia masiva hacia el campo es imposible un aumento del desarrollo de la producción en forma integral”, lo que no ocurría por causa de las relaciones de propiedad imperantes. Para “aumentar la producción hasta el grado necesario y suficiente para capitalizar al país y

⁶⁷⁸“Hacheros superexplotados en El Cadillal”, en: *Norte Revolucionario*, 16/11/1965.

⁶⁷⁹“Forestales: Llevar adelante el ejemplo de ‘Las Tinajas’”, en: *Norte Revolucionario*, 03/05/1966.

⁶⁸⁰“La Foresta”, en: *La Verdad*, 16/05/1966; “Chacinados ‘La Foresta’”, en: *La Verdad*, 29/08/1966; “¿Sindicato obrero o cámara patronal?”, en: *La Verdad*, 26/12/1966; “Chacinados”, en: *La Verdad*, 03/09/1966.

⁶⁸¹“Vitivinícolas en plena recuperación”, en: *Norte Revolucionario*, 16/02/1965

⁶⁸²“Santa Ana, baluarte de la liberación nacional”, en: *Norte Revolucionario*, julio de 1964.

⁶⁸³“Salta voto: programático”, en: *Norte Revolucionario*, 9/03/1965

⁶⁸⁴“Ley de arrendamientos”, en: *La Verdad* 09/09/1965. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este artículo.

permitir un gran desarrollo de la industria, se debe continuar con el proceso que se inició a fines del siglo pasado y a comienzos del presente”. En definitiva, la propuesta partidaria era recuperar el pensamiento de Sarmiento y Alberdi, que fueron “defensores de un desarrollo capitalista, [e] hicieron planteos progresivos”.

Sin embargo, el planteo de reforma agraria fue oscilante. Mientras que en una oportunidad, se señalaba que debía hacerse mediante el pago en bonos a 20 años sin interés,⁶⁸⁵ en otra formulación se exigió la expropiación sin indemnización.⁶⁸⁶ Con esta última consigna, el PRT batalló dentro de la FOTIA. Concretamente, cuando se estaba interviniendo con la consigna de “candidaturas obreras”, el programa propuesto por el partido incluía la nacionalización de las grandes fábricas (“en particular las extranjeras”), la reforma urbana, la nacionalización del comercio exterior, la Reforma Agraria para los “campesinos agricultores y criadores” y la intervención del Estado para que “asegure precios firmes a los agricultores y creadores”.⁶⁸⁷ En 1965 el partido elevó una propuesta programática a la CGT: “elaborar un plan económico que capitalice al país y beneficie a los trabajadores [...] demostrará que los trabajadores pueden dirigir al gobierno y a la economía nacional”.⁶⁸⁸ Entre sus trece puntos, contemplaba:

“Reforma agraria basada en las siguientes premisas: expropiación de toda propiedad superior a 100 hectáreas pagadera en bonos del estado de acuerdo a la valuación fiscal a un interés del 4% reembolsable dentro de 20 años y nueva colonización agraria de todo el país en base a grandes de 50 y 100 hectáreas, con créditos gratuitos para comprar herramientas y construir la casa”.⁶⁸⁹

Este planteo se retomó al año siguiente, en 1966, cuando la CGT emitió una declaración “al pueblo” planteando una serie de soluciones a la crisis económica que, para el PRT, no contemplaba, entre otras cosas, la “redistribución de la tierra en unidades económicas”.⁶⁹⁰ Ese mismo año, las 62 Organizaciones votaron un programa que el PRT reconoció como “nacionalista” pero no “obrero ni revolucionario”, porque, entre otras cosas, en materia agraria sostenía la redistribución de los latifundios improductivos y la implementación de un impuesto potencial a la tierra. Para el partido:

⁶⁸⁵Ídem.

⁶⁸⁶“Marzo: derrotar el fraude con candidatos obreros”, en: *Norte Revolucionario*, noviembre de 1964.

⁶⁸⁷Ídem.

⁶⁸⁸“El programa del pueblo”, en: *La Verdad*, 09/09/1965.

⁶⁸⁹Ídem.

⁶⁹⁰“La declaración de la CGT”, en: *La Verdad*, 19/12/1966

“El problema del país no es redistribuir las tierras no productivas o aplicar un impuesto sobre las mismas, sino expropiar lisa y llanamente las inmensas posesiones de los terratenientes e invernadores que se enriquecen gracias al usufructo de un bien que debe pertenecer a la Nación. Esta es la única redistribución de la tierra que puede hacer superar la actual estructura agropecuaria en beneficio de las inmensas mayorías de la población, y no la ridícula repartija de las tierras improductivas”.⁶⁹¹

Cuando Onganía lanzó su plan económico, el PRT volvió a insistir con esta línea, con una propuesta bajo dirección “auténticamente obrera” y contra la “oligarquía y los grandes monopolios”, la cual contemplaba la “expropiación sin pago de toda estancia y latifundio privado y repartirlos en parcelas económicas”.⁶⁹²

Resumiendo

Si se lo sitúa en perspectiva, el nacimiento del PRT no implicó saltos políticos en materia agraria. Sí resulta claro que, la evolución del pensamiento de los fundadores del FRIP del nacionalismo indigenista al marxismo, sumada al contacto con una tradición trotskista de largo aliento, llevó al PRT a ubicarse en el universo conceptual del materialismo dialéctico. Pero estas transformaciones teóricas e ideológicas no repercutieron en cambios sustantivos en la percepción del agro. Categorías propias del marxismo, como la definición de semicolonias, se incorporaron para darle una conceptualización más precisa a una realidad nacional que se seguía juzgando como atrasada y dependiente. Los conceptos de campesinado y proletariado en el PRT aparecieron con más claridad que en el FRIP, donde tendían a primar las referencias más empíricas (agricultor, colono, hachero, bracero, etc.). Y la propuesta de reforma agraria sustituyó al parcelamiento. Sin embargo, tal y como puede advertirse, la línea política de fondo no sufre alteraciones. Tanto el FRIP como el PRT abogaron por una alianza entre lo que consideraban eran dos clases hermanadas por la opresión oligárquica, el campesinado y el proletariado. En ellas estaría contenida la potencia de un desarrollo farmer, un desarrollo nacional, que pudiera dar inicio a una

⁶⁹¹“Movimiento nacionalista, pero no obrero y revolucionario”, en: *La Verdad*, 11/04/1966

⁶⁹²“Se negocia a espaldas del gremio”, en: *La Verdad*, 21/11/1966.

transformación sustantiva de la realidad argentina. La reforma agraria, era el puntal de inicio de esas transformaciones en el agro.

III. Del PRT al PRT-ERP

Entrado el año 1968 la experiencia del PRT llegó a su fin. El ala de Santucho celebró el IV Congreso del partido, en el que avanzó en definiciones estratégicas que tiñeron las concepciones de la organización sobre el campesinado y el proletariado rural. En aquel congreso, el nuevo partido, que pasaría a conocerse como PRT-El Combatiente, se delimitó del morenismo, antiguo aliado, y avanzó en definiciones estratégicas propias que marcaron un corte significativo con el devenir previo.

Las resoluciones de dicha instancia deliberativa fueron difundidas en un pequeño libro titulado *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*. En el acápite destinado al balance de la evolución del problema de la “estrategia de poder y lucha armada” en el marxismo, el PRT de Santucho definió tanto su aceptación de aspectos parciales del trotskismo como de crítica al mismo. En primer lugar reconoció el valor del programa de transición al elaborar consignas consideradas correctas: revolución agraria, independencia nacional y asamblea nacional. Su déficit no aparecería tanto en el plano programático como en el estratégico, pues “yerra en la apreciación de cuáles son las formas de lucha adecuadas y las etapas futuras de la revolución”.⁶⁹³ En concreto, esto significaría una subestimación del papel del campesinado, la ignorancia respecto a la lucha de guerrillas como método para la construcción de un ejército revolucionario en el campo y la ausencia de un planteo en torno a la guerra revolucionaria civil, nacional y prolongada que sería la forma de la revolución en países de carácter agrario, colonial o semicolonial. De resultas de estas carencias “nuestro movimiento no tuvo una estrategia de poder clara y precisa”.

En tanto que el objetivo de los redactores del documento era analizar los diversos aportes de los grandes referentes del marxismo, se dedicó un apartado no sólo a Trotsky, sino también a Mao Tse-Tung y al Castrismo (dentro del cual se nucleaban tanto los aportes de Fidel Castro como los de Ernesto Guevara). Del líder de la Revolución China se recuperó la defensa de la lucha armada dirigida por el partido, bajo la forma de una

⁶⁹³Partido Revolucionario de los Trabajadores-El Combatiente: *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*, 25 y 26 de febrero de 1968 (Fecha de realización del Congreso), p. 17. Salvo que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

guerra civil prolongada y guerra de guerrilla, determinada por rasgos geográficos y sociales (regiones del país inaccesibles para el ejército rival y carácter agrario de la revolución) y técnico-militares (asimetría de fuerzas entre el ejército revolucionario y el reaccionario que obligan a un enfrentamiento de larga duración). En síntesis, lo distintivo del maoísmo sería la traslación del eje obrero y urbano de la revolución a uno agrario y campesino.

Similares aportes se le atribuyen al castrismo, defendiendo como método fundamental de lucha la construcción del ejército revolucionario a partir de un núcleo guerrillero. Su singularidad radicaría en la determinación del carácter de la revolución en el espacio latinoamericano, carácter que sería socialista y antiimperialista, y el carácter de clase de esta revolución: campesino, obrero y popular. Recupera así la máxima de Guevara según la cual las burguesías autóctonas carecen de potencial opositor al imperialismo. Asimismo, distingue al guevarismo del maoísmo por la importancia que el primero le atribuye a la lucha urbana y al llamamiento a la huelga insurreccional.

Como puede apreciarse, todos los aportes del marxismo clásico en relación a la búsqueda de una estrategia de poder, estaban vinculados a la definición de un sujeto revolucionario (el campesinado) y una estrategia (la construcción del ejército a partir de una guerrilla). Esto introduce diferencias no menores en relación a los planteos sostenidos en el FRIP. El PRT de Santucho parece poner mayor énfasis en el campesinado, a la vez que la opción armada no aparece clara en el FRIP, pues su referencia a la constitución de un Estado Mayor no necesariamente implica construcción de un ejército, sino a la necesidad de un mando centralizado de dirección, o lo que es igual, un partido. A pesar de ello, el papel atribuido al campesinado no debe sobredimensionarse. Se lo contempla como clase revolucionaria, pero ello no opaca al proletariado que es el sujeto que debería dirigir la revolución. El documento del IV Congreso lo explicita con claridad:

“La clase más revolucionaria en la Argentina es el proletariado industrial y sus aliados potenciales, la pequeño-burguesía urbana y el campesinado pobre en el norte. [...] El hecho de que el sector de vanguardia indiscutido de la clase obrera sea el proletariado azucarero tucumano y sus aliados del proletariado industrial y rural y el campesinado pobre, combinado con el hecho de que una de las zonas que vive una crisis económica más aguda sea Tucumán, determina la necesidad de elevar las luchas de la clase obrera tucumana y sus aliados.”

Con todo, y más allá de las tradiciones que reivindica el partido, en sus formulaciones propias sobre la realidad argentina es donde podemos encontrar una mayor clarificación respecto a la revolución, la estructura de clases en el agro y las tareas del partido. El PRT-El Combatiente, en consonancia con los planteos del trotskismo (bien que diferenciando los planteos de Trotsky de los formulados por los partidos que juzga “sectas trotskistas”⁶⁹⁴), caracterizó en su IV Congreso que la Argentina era una “semicolonia del imperialismo yanqui”, situada en un continente de desarrollo capitalista desigual, que atravesaba una crisis crónica y un proceso de “revolución permanente antiimperialista y socialista”. La clase dominante se compondría por la “oligarquía terrateniente, la gran burguesía nacional y el capital imperialista.”⁶⁹⁵ Ese desarrollo capitalista desigual, sin embargo, no significaría la existencia de supervivencias precapitalistas significativas.⁶⁹⁶ El campesinado, que evidentemente no se juzgaba como precapitalista, aparecía como una clase minoritaria en relación al proletariado rural (se estimaban casi tres millones y medio de obreros urbanos y rurales contra medio millón de campesinos), de manera que la Argentina se parecería más a Francia que a China, Rusia o Vietnam.⁶⁹⁷

En efecto, el atraso del país era entendido no como persistencia de relaciones de producción impropias del capitalismo sino como baja productividad del trabajo, bajo desarrollo técnico y cultural, escasa urbanización, bajo nivel de vida de las masas porque las faenas agrarias o de industrias de transformación exigen mano de obra poco calificada y menor cantidad de empleados y técnicos. En las regiones atrasadas primaría el campesinado pobre y el proletariado rural, mientras que el obrero industrial sería dominante en las zonas desarrolladas. Este último tendría un mayor desarrollo cultural (que le permite ser más permeable a la ideología revolucionaria) y se alcanzaría una alta concentración espacial (que le permiten actuar en bloque). Sin embargo, al mismo tiempo, “su mejor nivel de vida, su incorporación parcial al consumo de meros artículos de confort (heladeras, televisores, automóviles, etc.) lo haría mucho más conservador,

⁶⁹⁴“Trotquismo [sic] y confucionismo”, en: *El Combatiente*, 19/04/1969.

⁶⁹⁵“Unidad nacional o unidad obrera y popular”, en: *El Combatiente*, 24/08/1973.

⁶⁹⁶Uno de los casos de zonas con relaciones precapitalistas que presenta el PRT-ERP es el de Corrientes. Allí existiría un campesino sin tierra, que pondría en producción un lote de aproximadamente dos hectáreas del patrón para sembrar, sin título de propiedad y merced de poder ser echado en cualquier momento. A cambio, el campesino trabajaría tres o cuatro días en la tierra del patrón. (“La liberación nacional en Argentina”, en: *El Combatiente*, 27/07/1973).

⁶⁹⁷“Sobre las diferencias que separan a la izquierda argentina”, en: *El Combatiente*, 15/03/1969.

más cuidadoso de lo logrado y especialmente de su vida”.⁶⁹⁸ Eso es lo que llevaría al proletariado rural y al campesinado, “que no tienen nada y que nunca tendrán nada” a tener una mayor predisposición a la lucha. Por otro lado, el documento señalaba que la experiencia histórica mostraba que la revolución estallaba en los eslabones más débiles: por caso, aconteció en Rusia y no en Alemania. Y en las zonas de mayor concentración proletaria: Moscú, San Petesburgo. Luego el eje se trasladaría a China, Cuba, Indochina. En Argentina, la región pampeana sería la más desarrollada económicamente, con alta concentración proletaria e industrial y con una densa red de infraestructura. Sin la insurrección de este sector, no habría revolución. La pampa húmeda era definida como una región fundamentalmente agropecuaria, capitalista, poblada por campesinos medianos y ricos, un proletariado rural y campesinado pobre escaso. Allí no habría posibilidad de una “crisis catastrófica de la economía”. Por su parte en el norte se desarrollaba una importante economía azucarera (Tucumán, Salta y Jujuy) y forestal (Santiago del Estero). Se combinaba allí una alta demanda de fuerza de trabajo rural transitorio junto con una economía agraria de subsistencia en zonas marginales. Conformaba un área particular: una masa de trabajadores temporarios o semiproletarios, que son campesinos y trabajadores al mismo tiempo. En Tucumán existiría un campesino cañero independiente, cuya capa inferior era semiproletaria. No así en Salta y Jujuy, donde las grandes empresas eran las dueñas de toda la tierra y explotaban en “forma ultracapitalista”. Allí el proletariado es la clase más numerosa. Catamarca, por su parte, era zona de campesinado pobre dominante. Entre el “proletariado, el semiproletariado, campesinos pobres (que deben trabajar parte del año bajo jornal) y medios (que no [explotan] fuerza de trabajo)”⁶⁹⁹ sumarían el 80% de la población. El norte, en definitiva, era una zona esencialmente rural. Si se lee con atención, se comprende que el campesinado revolucionario no aparece en la óptica del PRT-ERP como un productor autónomo e independiente, sino como semiproletario.

De resultas de esto, salvo Salta y Jujuy “que cuentan con zonas que se hallan en pleno proceso de expansión capitalista”, Tucumán y Santiago del Estero “no tienen ninguna posibilidad alguna de desarrollar su economía sin liquidar el capitalismo”. Sumado a todo ello, el norte tiene la importancia de ser el nexo con el resto de América Latina, lo que le añadiría un valor político y militar. Mientras que el norte sería el detonante, la

⁶⁹⁸“Norte argentino: eslabón débil del capitalismo”, en: *El Combatiente*, 7/05/1969. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas refieren a este artículo.

⁶⁹⁹Esta concepción del campesinado pobre como semiproletariado puede verse también en: “Argelinos mercenario en Rosario de Lerma”, en: *El Combatiente*, 19/10/1973.

zona pampeana y las grandes ciudades urbanas sería donde se decidiría la revolución argentina.

En este punto, la revolución no sería “agraria campesina” sino “obrero y popular”. Frente a la rusa “obrero-campesina”, la argentina sería protagonizada por “proletariado-empleados-campesinos pobres (semiproletarios)”.⁷⁰⁰ Dada esta conformación social, no se trataría de evitar la influencia de la burguesía en el campesinado (como en Rusia), sino de construir un frente de liberación nacional dirigido por el proletariado al que sean arrastradas las masas de empleados y de campesinos pobres (semiproletariado). En resumidas cuentas, el país estaría determinado por “un mayor desarrollo capitalista que casi todos los demás países dependientes, un problema campesino menos importante y casi ningún resabio pre-capitalista”.

Como consecuencia del carácter semicolonial del país, la lucha revolucionaria se iniciaría en un primer momento como guerra civil, para luego desembocar en una “guerra nacional antiimperialista”, que encontraría a la “burguesía media” aliada al proletariado, cobrando entonces importancia las “tareas y consignas antiimperialistas y democráticas”. La tarea del momento, entonces, sería la “liberación nacional”. Dentro de ello se incluiría la nacionalización de los “monopolios y el capital financiero imperialista, la gran burguesía y los terratenientes”, lo que significará “la constitución de una economía socializada en las principales ramas de la industria, el transporte y los servicios y un importantísimo sector agrario socializado (las grandes estancias ganaderas y las fincas azucareras).” Estos cambios, sumados al control obrero tenderían al desarrollo de relaciones socialistas. En ese marco “subsistiría todavía un numeroso campesinado mediano y rico, la burguesía industrial y comercial mediana y el pequeño artesanado y comercio”, pero siendo lo privado más débil que lo estatal. Es importante resaltar que aquí el partido se esfuerza por marcar una diferencia con el etapismo estalinista, señalando que las tareas democráticas y socialistas de la revolución se imbrican y confunden, porque en las condiciones del país, donde la economía estaría controlada por los grandes monopolios y el capital financiero internacional, “la sola ejecución radical de la liberación nacional en el plano económico significa el comienzo de la revolución socialista a un grado muy avanzado”. En el mismo sentido se critica al PC por su apuesta a una alianza con la burguesía nacional, porque esta no podría dar un

⁷⁰⁰“El carácter de nuestra revolución”, en: *El Combatiente*, 3/04/1969. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este artículo.

“enfrentamiento consecuente” contra el imperialismo, la oligarquía y el gran capital nacional.⁷⁰¹

En este esquema se da la paradoja de que la revolución encontraría a la burguesía como aliada del proletariado en una etapa avanzada del proceso, cuando su radicalización obligaría a la intervención del imperialismo. Sin embargo, entre las clases revolucionarias en las que el partido debía actuar se encuentra el proletariado industrial (“la clase más revolucionaria en la Argentina”) y sus aliados potenciales, esto es pequeña burguesía urbana y campesinado pobre del norte. En sintonía con los planteos del FRIP, la vanguardia de la clase obrera sería el proletariado azucarero y rural del norte. Como hemos visto, de aquella organización también se retoma la idea del desarrollo desigual capitalista, donde existen zonas más avanzadas y zonas atrasadas, siendo estas últimas las que, al transitar un momento de crisis económica aguda, muestran mejores condiciones para iniciar la lucha armada. En el marco de la conflictividad social desatada por el cierre de ingenios azucareros por parte del Onganiato, no sorprende que la zona privilegiada sea la de Tucumán. En esas zonas “el apoyo del campesinado pobre para la guerra de guerrillas puede ser considerado seguro”.

Como señalamos anteriormente, el campesinado se tornaba un sujeto singular en los planteos del PRT de Santucho, producto del lugar privilegiado que se le otorgaba a la lucha armada y, en particular a la guerra de guerrillas. A esto se refiere Luis Mattini (miembro del buró político del partido desde 1972 y Secretario General desde la caída de Santucho en 1976), cuando señala que

“de la misma manera que el PRT veía en las zonas de la gran industrial, el lugar ideal para reclutar los cuadros partidarios, trataba las zonas rurales como la ‘cantera’ de combatientes y dirigentes para la guerrilla rural, de modo que el proselitismo en el campo estaba más dirigido hacia el ERP que hacia el PRT”.⁷⁰²

En efecto, el partido sostenía que, dadas las características del imperialismo -una fuerza militar poderosa, de alta cohesión y avanzado poder técnico-, el proletariado urbano -motor de la revolución- solo podría alzarse con la victoria si tenía detrás de sí el respaldo de un “ejército revolucionario estratégicamente construido en el campo”. Es

⁷⁰¹“Unidad nacional o unidad obrera y popular”, en: *El Combatiente*, 24/08/1973.

⁷⁰²Mattini, Luis: *Hombres y mujeres del PRT-ERP de Tucumán a La Tablada*, De la campana, La Plata, 2007, p. 263.

más, el ámbito urbano se volvería crecientemente menos proclive a la actividad revolucionaria, según el documento, porque la tendencia del imperialismo en los “países dependientes” es a reemplazar a los gobiernos democráticos burgueses por dictaduras militares. En este punto, el PRT realizaba una apreciación que luego los hechos mostrarían profundamente equivocada: la principal estrategia de contención del proceso revolucionario por parte de la burguesía fue justamente, la apertura democrática y el retorno del peronismo al poder, lo que introdujo un impasse en la lucha de clases. Recién en 1976, y cuando la fuerza social revolucionaria se encontraba ya al borde de la derrota, el recurso a la dictadura militar apareció como estrategia de la clase dominante para proceder a la liquidación física de las fuerzas revolucionarias.

Lo que nos interesa destacar es que el partido avizoraba un período dictatorial con libertades democráticas fuertemente restringidas, que vedaba la posibilidad de realizar acciones de masas: “[las dictaduras militares] le plantean al movimiento obrero la imposibilidad de desarrollar movilizaciones de masas y, menos que menos, defender posiciones ocupadas, ya sean fábricas o barrios”.⁷⁰³ De modo que allí entroncaba la necesidad de la construcción de un ejército popular con base rural, y en las ciudades acciones de guerrillas urbanas bajo la forma de pequeñas unidades de combate. Las posibilidades de erigir tal ejército eran evaluadas como altamente probables porque se caracterizaba una crisis económica profunda en la cual no se podía resolver el “estado de miseria del campesinado”. El planteo no estaba exento de un fuerte voluntarismo toda vez que se suponía que “manteniéndose esas bases el desarrollo del ejército revolucionario dependerá fundamentalmente de la corrección de su mando”. Dicho más sencillamente, si hay crisis y miseria, las clases afectadas se activarán necesariamente y su éxito o fracaso dependerá exclusivamente de quien las dirija.

Finalmente, el documento aprobado en el IV Congreso señalaba que el lugar fundamental del trabajo del partido era el proletariado fabril, en particular aquellas ramas de mayor concentración (metalúrgicos, carne, textiles, azucareros y automotores), privilegiando a “los más explotados” y a aquellos sectores donde “surjan elementos de vanguardia y activistas sindicales”. En este punto, se distanciaba el FRIP, organización en la cual el sector privilegiado era eminentemente rural. El PRT-El Combatiente privilegiaba el obrero industrial y especificaba que, para el norte, debería atenderse además de esta fracción, el proletariado rural y el campesino pobre.

⁷⁰³PRT-EC, *El único...*, op. cit., p. 60. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

En este sentido puede advertirse una tensión que recorre el partido, tensión que surge de la colisión entre el reconocimiento de la estructura económico-social en la que se mueve y la estrategia que se propone. El PRT, como surge de lo expuesto, tomaba como sujeto revolucionario al proletariado urbano/industrial, lo cual no tenía detrás un profundo análisis científico de la estructura de clase del país, pero sí se asentaba en una observación evidente de la realidad: el proletariado en nuestro país y en aquella época era un fenómeno eminentemente urbano, concentrado en pocas ciudades y ubicado en grandes fábricas de un puñado de ramas productivas. Sin embargo, la elección de una estrategia inspirada en la experiencia maoísta y guevarista, donde el proceso revolucionario fue eminentemente rural y asumió desde el inicio características armadas, lo llevaba a destinar esfuerzos al desarrollo de un frente militar rural. No es casual que el papel del campesinado se revalorice en el momento en que se asume la necesidad de la lucha armada rural.

Consecuente con ello, la reforma agraria aparecía como un punto central del programa del ERP⁷⁰⁴ y del FAS⁷⁰⁵. Esta debía consistir en la expropiación sin pago todos los latifundios y en la organización de la explotación de la tierra bajo la dirección del Estado Obrero-Popular, de tal modo que, trabajada racionalmente con las modernas técnicas conocidas, pudiera producir al máximo de su potencial. De ese modo generaría las bases para un desarrollo de la industria pesada.⁷⁰⁶ Sin embargo, en una nota del órgano oficial del partido, la reforma agraria aparece explicada de otra forma:

“La única Reforma Agraria posible en nuestra patria, es pues, una reforma de tipo socialista, que expropie las grandes unidades productivas y las ponga en manos del estado obrero, con participación de los campesinos. Plantearse la entrega de la tierra en pequeñas unidades resultaría antieconómico y socialmente reaccionario. Por cierto la pequeña y mediana propiedad serían respetadas, alentándolas a formar cooperativas. A los pequeños arrendatarios se les daría la posesión de la tierra en las mismas condiciones”.⁷⁰⁷

Como puede apreciarse, allí se advierte la lógica antieconómica de la fragmentación de la tierra, pero esa misma fragmentación está contenida en el respeto a la pequeña y

⁷⁰⁴“Programa del Ejército Revolucionario del Pueblo”, en: *Estrella Roja*, mayo de 1972; “Programa del Ejército Revolucionario del Pueblo”, en: *Estrella Roja*, 15/08/1973.

⁷⁰⁵“Programa del frente antiimperialista y por el socialismo”, en: *El Combatiente*, s/d.

⁷⁰⁶“Nuestro programa: Las medidas económicas”, en: *Estrella Roja*, julio de 1971.

⁷⁰⁷“La liberación nacional en Argentina”, en: *El Combatiente*, 27/07/1973.

mediana propiedad, en lugar de llamar a su concentración. Veremos en breve que, en la práctica concreta de la organización, a la reforma agraria se le asignó otro sentido y la definición que hemos citado se convirtió en letra muerta.

Estos planteos se reafirman en el V Congreso de 1970, momento en que, además, se lanza la constitución del Ejército Revolucionario del Pueblo.⁷⁰⁸ Allí se reafirma el carácter semicolonial del país y el desarrollo de una guerra civil revolucionaria que devendrá en guerra nacional antiimperialista.⁷⁰⁹ En cuanto a las clases revolucionarias, se vuelve a insistir en el peso privilegiado del proletariado industrial (específicamente de Tucumán, Córdoba, Rosario y Buenos Aires), pero se indica que la clase obrera azucarera si bien mantiene su puesto de vanguardia, tiene menos diferenciaciones respecto a los trabajadores de otras ramas, dado que la crisis económica se habría extendido. La provincia, sin embargo, seguiría siendo el espacio más adecuado para el desarrollo estratégico de la lucha armada, siendo necesaria una guerrilla rural con apoyatura en los obreros azucareros, el proletariado rural y el campesinado pobre.

Hacia mayo de 1974 esta propuesta estratégica cobraría forma. No quiere decir esto que el PRT no hubiera realizado hasta ese momento acciones armadas. Por el contrario, en el ámbito urbano había desarrollado una importante experiencia, desde pequeñas acciones de recuperación y expropiación de armamento en base desarme de policías hasta acciones complejas como la toma de cuarteles.⁷¹⁰ Sin embargo, hacia el primer cuarto del '74, el partido balanceaba que el accionar urbano había tenido un buen desarrollo, pasando de las pequeñas unidades a las unidades mayores con gran capacidad operativa, que realizaron acciones de carácter estratégico como las toma de cuarteles, el aniquilamiento de patrullas de policías o ajusticiamientos. En virtud de ese balance, se concluyó que era la hora de iniciar el Frente Rural:

⁷⁰⁸Ese fue el último Congreso del PRT-ERP como tal, pues ya entrado el año 1977 el partido organizó el repliegue en el exilio, y allí terminó por fracturarse. Sin embargo, estaba proyectada la realización de un VI Congreso, para el cual en 1973 se confeccionaron documentos de discusión. El que portaba un carácter decididamente programático -*Hacia el VI Congreso. Proyecto de programa*-, y que fuera firmado por el propio Santucho, no introduce modificaciones sustantivas respecto de los planteos que hemos retomado del IV y V Congreso.

⁷⁰⁹Conviene destacar que, a diferencia de lo planteado en el IV Congreso, en el contexto de la guerra nacional antiimperialista, las capas medianas y pequeñas de la burguesía no aparecen como aliadas sino como sectores a "neutralizar". En este mismo sentido se menciona a sectores de las fuerzas represivas.

⁷¹⁰Entre ellas, el copamiento del Batallón 141 de Córdoba por la "Compañía Decididos de Córdoba" en febrero de 1973, el Comando de Sanidad el 6 de septiembre de 1973, el Regimiento C-10 de Caballería Blindada de Azul el 19 de enero de 1974. Aquellas, fueron acciones desarrolladas antes del lanzamiento de la guerrilla rural, luego de ella siguieron los copamientos: Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada de Catamarca y Fabrica Militar de Explosivos de Villa María en agosto de 1974, el Batallón de Arsenales 121 de Santa Fe el 13 de abril de 1975 y el ya célebre asalto al Batallón de Arsenales 601 de Monte Chingolo el 23 de diciembre de 1975.

“Estas circunstancias plantean al ERP, elevar a un nivel superior el carácter de la acción político-militar, y comenzamos a desarrollar la acción revolucionaria en el Frente Rural, con el doble objetivo de cubrir una importante necesidad estratégica de la Revolución, como es el actuar en un terreno favorable que permita la construcción de unidades de gran tamaño, por un lado, y por otro organizar nuevas capas populares como el campesinado, para hacer más efectiva la ofensiva que viene librando nuestro pueblo desde hace años”.⁷¹¹

La implantación en el monte perseguía objetivos militares y políticos: el desarrollo de la guerrilla y la acción sobre el campesinado. En tal sentido, la instalación del foco en la provincia de Tucumán respondía a determinantes geográficos y sociales. En lo primero, se destacaban las características propias del monte selvático para protección, a la vez que ofrecía una significativa proximidad con las “masas trabajadoras y campesinas”⁷¹² El objetivo allí era disputar zonas geográficas al enemigo y, tal como se teorizará luego en el documento *Poder burgués y poder revolucionario*, escrito por el propio Roberto Santucho en 1974, establecer un poder dual en zonas rurales que, en tanto tales, se caracterizaban por una presencia débil del Estado, lo que facilitaba el desarrollo rápido y efectivo de “órganos de poder dual”.⁷¹³

IV. La estructura agraria de la Argentina

Habiendo reconstruido las definiciones programáticas y estratégicas centrales del PRT-ERP, veremos ahora su caracterización sobre el problema agrario. Para el partido de Santucho, el campo “es capitalista pero basado en la explotación extensiva, está muy diseminado, lo que representa un factor negativo para su organización y desarrollo político”.⁷¹⁴ La estructura de clases estaría determinada por la existencia de la “gran explotación ganadera capitalista (estancia) con una creciente porción de capitalistas

⁷¹¹“El comienzo de la guerrilla rural”, en: *Estrella Roja*, 01/07/1974. Planteos similares se observan en “La guerrilla rural y urbana”, en: *Estrella Roja*, 01/07/1974, y “El pueblo tucumano y su guerrilla rural”, en: *Estrella Roja*, 23/09/1974.

⁷¹²“Tucumán: un pueblo y una tierra para la guerrilla rural”, en: *Estrella Roja*, recorte sin fecha (probablemente de mayo-junio del 74).

⁷¹³Santucho, Roberto: *Poder burgués y poder revolucionario*, 1974, p. 34.

⁷¹⁴“Las clases sociales”, en: *El Combatiente*, 12/05/1975.

medianos parecidos a ‘farmers’ yanquis y una proporción importante de campesinos pobres”.⁷¹⁵

El primer aspecto que se destaca es la afirmación según la cual el campo argentino estaría dominado por la gran propiedad, el latifundio. Allí dominaría una clase que indistintamente se sindicaba como “oligarquía terrateniente” o “burguesía terrateniente”.⁷¹⁶ Esta se caracterizaría por no haber “tenido otro objetivo ni otra meta que la de asegurar sus ganancias fáciles, sin preocuparle qué sector de la misma burguesía quedaba postergado por eso, e incluso sin importarle el país burgués mismo”. Como consecuencia de ese interés individual y ajeno al desarrollo del país, “no tuvo ningún escrúpulos en entregarlo al imperialismo de turno, porque esa era la forma más rápida y fácil de asegurar sus ganancias”. Es decir, la clásica concepción de la oligarquía como concentradora de tierras, con un comportamiento parasitario/especulativo y un interés mezquino/antinacional. Esta oligarquía además se comportaría de manera irracional. Para sostener este argumento se ofrece como dato el Censo Agropecuario de 1969 según el cual solo el 8,8% de la tierra se encontraba cultivada. Detrás de ello estaba la idea según la cual la agricultura es una actividad productiva y la ganadería, contrariamente, “parasitaria”, especulativa y/o de ganancia fácil. Asimismo, se desprenden conclusiones a partir de un dato aislado poco indicativo, pues no toda la tierra es susceptible de ser utilizada para la agricultura.

Al menos para las provincias norteñas, se caracterizaba la existencia de un régimen “oligárquico-burgués”, sostén político de las dictaduras. A ellos se le achacaba la concentración de poder político y económico, y la condena al atraso y subdesarrollo de las provincias:

“El atraso y el subdesarrollo en Santiago es secular y proverbial. La inmensa mayoría de los santiagueños viven en la extrema pobreza, tanto el campesinado como las numerosas capas de trabajadores urbanos. Sólo un grupo reducido detenta el poder económico, monopoliza los importantes cargos burocráticos, controla los medios de expresión, los institutos de enseñanza (especialmente la Universidad Católica) y los cargos altamente rentados en la Corporación del Río Dulce, que como se sabe es mantenida con fondos

⁷¹⁵“Sobre las diferencias que separan a la izquierda argentina”, en: *El Combatiente*, 15/03/1969.

⁷¹⁶“Las diferencias del agro”, en: *El Combatiente*, 10/07/1974. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este artículo

de un oneroso crédito del BID. Naturalmente este grupo oligárquico burgués y burocrático, es el aliado y sostén político principal de la dictadura.”⁷¹⁷

Como vimos, a la oligarquía se le atribuyen distintas características, pero resulta difícil clarificar una definición que tome algún parámetro objetivo. Se podría decir que una vía de diferenciación puede encontrarse en la alianza de esta “clase” con el imperialismo. En las fuentes este aspecto aparece mencionado pero, en el mejor de los casos, refiere a un alineamiento político que no permite la delimitación de clases, que se identifican en la esfera de la producción. El otro elemento es su carácter latifundista, frente a lo cual una opción sería distinguirla a través de la magnitud de tierras en producción. Con todo, ello introduce diversas dificultades. En primer lugar, la cantidad de tierras como medida absoluta, es un indicador impreciso. Su productividad está fuertemente atada a las propiedades físicas de la tierra, su cercanía al mercado, los fertilizantes, pesticidas y abonos con los que se la nutre, la fuerza de trabajo y la maquinaria en ella empleada. Asimismo, deben contemplarse las relaciones de producción de la que esa tierra es un factor: más allá de la magnitud, puede entrar en producción siendo trabajada bajo relaciones asalariadas, puede garantizar la reproducción de una familia por su propio trabajo o puede ser un complemento al salario de un semiproletario. Otra posibilidad es asumir que la oligarquía no pone en producción la tierra y solo se dedica a vivir de rentas por medio de la puesta en arriendo. Pero ello se encuentra reñido con la evidencia empírica que muestra la disminución del peso de los arriendos y cómo estos responden en muchos casos a una estrategia de los propietarios para ampliar las tierras en producción sin inmovilizar capital. En resumidas cuentas, el término resulta completamente impreciso.

En cuanto al campesinado, se trataría de una clase “que produce para el mercado (caña de azúcar, algodón, tabaco, hortalizas) y es explotado por los monopolios (ingenios, comerciantes, consignatarios) y usureros y no por los terratenientes.” La mitad serían propietarios, y el arriendo tendería cada vez más hacia un “carácter capitalista”, pues desaparecería el pago en especie. Esta clase se concentraría en el norte, existiendo una capa importante de “campesinado pobre muy numeroso” en Tucumán, Santiago del Estero, Salta y Jujuy, Formosa y Norte de Santa Fe.⁷¹⁸

⁷¹⁷“Escalada represiva en Santiago del Estero contra obreros y campesinos”, en: *El Combatiente*, 29/11/1971.

⁷¹⁸“Sobre las diferencias que separan a la izquierda argentina”, en: *El Combatiente*, 15/03/1969.

Ya hemos examinado las definiciones acerca de este sujeto en el acápite previo. Allí hacíamos notar que el PRT-ERP puso el énfasis en el campesinado pobre, que más que un productor directo o familiar, sería un semiproletario. Sin embargo, no se ofrecía ninguna definición con anclajes empíricos del mismo. Incluso, cuando el PRT-ERP se refería al agro utilizaba indistintamente denominaciones como “campesino”, “colonos” o “chacareros”. Evidentemente se diferenciaba de la oligarquía, pero no sabemos en virtud de qué. La clarificación completa de estas definiciones exige que nos adentremos en la intervención concreta del partido, para comprender efectivamente a qué clases y capas sociales organizaba bajo esa rúbrica. Nos ocuparemos de ello en el próximo acápite.

De esta estructura agraria, se desprendía una situación de “estancamiento y retroceso” por la cual los guarismos de los diferentes rubros de la producción agropecuaria se encontrarían en niveles inferiores a la década del '30. No obstante, el PRT-ERP no ofrece cifras que avalen estas afirmaciones, solo atina a afirmar que “son inferiores en varios millones de toneladas”⁷¹⁹ y a señalar que en la producción cerealera se registraría un “retroceso” mientras que en la ganadera un “estancamiento”.⁷²⁰ La actitud parasitaria de la oligarquía llevaría a la explotación irracional, la falta de obras de infraestructura elemental (riego, diques, electrificación rural), la escasa mecanización y el atraso en la aplicación de métodos modernos.

Más allá de estos señalamientos, no hay demasiadas apreciaciones sobre la estructura agraria en el PRT-ERP. Sin embargo, algunas precisiones mayores podemos encontrar en sus análisis sobre el campo santiagueño, la industria azucarera y la industria de la carne.⁷²¹

a. El campo santiagueño

Hemos señalado con anterioridad que el FRIP tuvo desde sus inicios una implantación en la provincia de Santiago del Estero y atendió a su realidad social, sobre todo siguiendo de cerca la situación del proletariado forestal. En el PRT-ERP esa

⁷¹⁹“Intercambio: más por menos”, en: *El Combatiente*, 31/03/1975.

⁷²⁰“Nuestro programa: Las medidas económicas”, en: *Estrella Roja*, julio de 1971.

⁷²¹A diferencia de casos como el del PC o el maofismo, el PRT-ERP no prestó demasiada atención al desenvolvimiento de la industria vitivinícola. En las escasas oportunidades que se detuvo en esta rama, su análisis reprodujo el esquema planteado para otras: grandes bodegueros intentan monopolizar la producción arruinando a los pequeños viñateros, los obreros rurales, contratistas y obreros de bodegas. (“Los negociados de GIOL”, en: *El Combatiente*, 10/04/1974).

preocupación se mantuvo. La provincia fue caracterizada como un elemento importante para la estrategia revolucionaria por su carácter septentrional, es decir, por los elementos que, como vimos, hacían del norte un lugar privilegiado. Allí se distinguían dos realidades. El este provincial, dominado por la explotación forestal con relaciones de “tipo capitalista industrial o seudo industrial”, donde sería mayoritario el proletariado y semiproletariado.⁷²² En el oeste la realidad sería diferente: una economía eminentemente agraria, con un proletariado minoritario (conchabado en las grandes fincas) y, en contrapartida, un abrumador campesinado. Allí existiría una pequeña y mediana burguesía de agricultores y comerciantes que estaba “impedida de desarrollo”, a la par que el campesinado se encontraba en vías de proletarización. De resultas de esta estructura dual, existirían dos clases revolucionarias: el proletariado y el campesinado. Y la estrategia de los obreros provinciales debería ser “decirle al campesinado santiagueño, que está condenado a muerte dentro del capitalismo, y que tiene una sola salida, la salida revolucionaria, luchar contra el régimen capitalista, contra la dictadura militar”.⁷²³

b. La industria de la carne

La industria de la carne sería un caso testigo de la estructura económico social argentina. A comienzos de 1970, frente a un balance optimista de CARBAP sobre la venta de carne para el siguiente quinquenio, el PRT emitió su propio diagnóstico sobre la situación. Para el partido de Santucho, el problema no sería el stock ganadero (por el contrario, señalaba la existencia de “enormes disponibilidades ganaderas”) sino las dificultades de competir eficientemente en el mercado mundial, en virtud de los altos costos a causa del retraso en la innovación técnica.⁷²⁴ Ello, a su vez, respondería a un problema estructural profundo:

“nuestro carácter de país dependiente de las grandes potencias imperialistas que frenan y distorsionan nuestro desarrollo económico teniendo en cuenta exclusivamente sus

⁷²²“Santiago del Estero: El campo vive una crisis sin salida dentro del capitalismo”, en: *El Combatiente*, 15/03/1969.

⁷²³“Santiago del Estero: El campo vive una crisis sin salida dentro del capitalismo”, en: *El Combatiente*, 19/04/1969.

⁷²⁴“Las carnes argentinas y el imperialismo”, en: *El Combatiente*, segunda quincena de marzo de 1970.

ganancias, perspectivas de materias primas y mano de obra barata y los mercados consumidores”.⁷²⁵

A su vez, la “oligarquía ganadera” -“el más fuerte de los grupos terratenientes, constituyendo su sector más reaccionario el bonaerense”, nucleado en CARBAP⁷²⁶- sería la gran responsable por su carácter de “típico parásito” que aprovechaba la productividad de las praderas pampeanas⁷²⁷, responsable de los “inmensos latifundios inexplorados”. Ella provocaría el “estancamiento crónico” de la ganadería en los últimos 30 años. Su nota característica sería la concentración: el 50% del ganado estaba en manos de solo el 2,4% de los propietarios. Como ya se ha dicho, se definía a esta capa por un comportamiento guiado por la “ganancia fácil”, la opción por la mano de obra barata más que la tecnología y por la falta de perspectiva nacional, lo que la lleva a ser un factor de subdesarrollo industrial. Por ello se la mencionaba como la “burguesía llamada ‘nacional’”.⁷²⁸

Ya en la etapa frigorífica, el problema reaparecería bajo la forma de penetración monopólica imperialista, en tanto que los frigoríficos norteamericanos podrían acaparar mayor cantidad de ganado, y desde esa posición de fuerza intentarían evitar el bienestar de pequeños y medianos frigoríficos. En 1974 el partido denunció que los frigoríficos lograron el abastecimiento directo a las carnicerías, destruyendo cientos de pequeñas cooperativas minoristas.⁷²⁹ Eso sería otra muestra del carácter conciliador del gobierno que, además autorizó un incremento de la carne del 13%.

La salida no sería otra que la reforma agraria:

“Hay una forma de aumentar la producción de nuestro campo, y es a través de una reforma agraria que expropie a los latifundistas y organice la explotación del campo en forma racional a través de establecimientos altamente tecnificados bajo el control estatal. La expropiación de los frigoríficos al mismo tiempo que derrumbará el poder imperialista en esta rama, nos permitirá aumentar su eficiencia y convertirlos en una de las más importantes fuentes de divisas argentinas necesarias entonces para encarar el desarrollo armónico de nuestra economía.”⁷³⁰

⁷²⁵Ídem.

⁷²⁶“Contra los pecados de la carne”, en: *Nuevo Hombre*, 05/02/1976.

⁷²⁷“¿Qué pasa con las carnes?”, en: *El Combatiente*, 31/07/1974.

⁷²⁸“Frigorífico Minguillón: La otra cara de una empresa ‘nacional’”, en: *Nuevo Hombre*, segunda quincena de octubre de 1973. El destacado es nuestro.

⁷²⁹“Carnes: Otra agresión al pueblo”, en: *El Combatiente*, 21/08/1974.

⁷³⁰“Las carnes argentinas y el imperialismo”, en: *El Combatiente*, segunda quincena de marzo de 1970.

Ese sería el único rescate posible de la producción argentina, transformaciones que requerirían de un gobierno revolucionario, obrero y popular que destruya el poder burgués.

c. La industria azucarera

Para el PRT-ERP, el llamado “problema del azúcar” estaba estrictamente relacionado con la distribución de la tierra en la provincia de Tucumán. En este sentido, pretendía refutar las lecturas gubernamentales que situaban el problema en el carácter retrasado de la tecnología de los ingenios provinciales, sus cañaverales de bajo rendimiento sacarino y su clima menos propicio. En efecto, las disposiciones oficiales tendientes a imponer cupos y límites a las zafras estarían al servicio de los grandes monopolios salteños y jujeños, y a la concentración de la tierra en manos de las patronales de los ingenios y los grandes cañeros en detrimento de los cañeros independientes y de los trabajadores.⁷³¹ Este cuadro se completaba con la política del gobierno, que defendía las ganancias del gran capital. Estos harían su ganancia a partir de la explotación del proletariado azucarero, del despojo de los campesinos independientes y la fijación de precios desmesurados para el consumo masivo. Entonces, el eje de la contradicción sería campesinos y proletariados contra oligarquía, toda vez que los campesinos serían explotados. Según la caracterización del partido, los industriales monopolistas y los grandes cañeros habían obtenido fabulosas ganancias con la superexplotación de los trabajadores por un lado, y el despojo de la ganancia de los cañeros chicos y medianos. De estos últimos obtendrían una “superganancia” pagando un bajo precio por la caña que no le permitiría al pequeño productor cubrir los gastos, el endeudamiento y las inversiones.⁷³²

Para examinar esta estructura, el PRT-ERP tomó el Censo Cañero de 1971. Según esta fuente, existían 17.657 cañeros. De estos, unos 7.000 no superaban los 100 surcos; 4.000 tenían entre 101 y 200 surcos en sus fincas; y 2.000 tenían entre 201 y 300. El desglose de la cifra termina allí, en tanto el partido supone que el límite para la subsistencia se ubica en los 300 surcos. De manera que cerca de 13.000 cañeros estarían

⁷³¹“Tucumán: Industria azucarera, sus crisis”, en: *El Combatiente*, 16/07/1973.

⁷³²“Unidad obrero-campesina para enfrentar las luchas en los próximos años”, en: *El Combatiente*, 08/05/1974.

“sumergidos, disconformes” y “por lo tanto lucharán con todas sus fuerzas para cambiar esto”.⁷³³

Más allá de esta capa, unos 3.000 cañeros tendrían entre 301 y 1.000 surcos, lo que les alcanzaría para cubrir su subsistencia y capitalizarse vía compra de maquinaria, automotores o extensión de sus tierras comprando fundos a los cañeros chicos. A pesar de ello, esta capa tendría “grandes contradicciones” con los industriales que le impondrían precios no competitivos, y también contradicciones con los obreros de surco y cañeros chicos. Estos serían los cañeros medios y, si bien no se dice abiertamente, parecerían formar parte de la alianza revolucionaria o podrían ser aprovechados en su lucha por esta. Luego, los propietarios de entre 1.001 y 3.000 surcos serían menos de 1.000 y los que poseen más de 3000 unos 250. Es el terreno ya de los “latifundistas”. En el próximo acápite examinaremos la intervención concreta del partido en este sector, intervención que chocó contra una realidad diferente a la diagnosticada por el partido: aquellos cañeros que el partido consideraba como chicos e independientes eran también explotadores de fuerza de trabajo.

De esta estructura se concluía que el verdadero problema no sería la productividad de la caña tucumana ni la mecanización -“aspecto técnico que no tiene ninguna influencia en lo social”- sino que el problema de fondo residiría en la “distribución de la tierra” que condenaba a dos tercios de los cañeros a vivir con menos de lo indispensable, creando el minifundio y el latifundio.

En cuanto a representaciones gremiales, la UCIT nuclearía a medianos y pequeños cañeros. Hoy “sometida desde dentro”, infiltrada por los cañeros terratenientes y la capa alta de los medianos. En resumidas cuentas, se la caracterizaba como una entidad de base campesina con dirección burguesa. Se estimaban sus afiliados en 14.800, de los cuales 14.000 serían “campesinos que viven, en su mayoría, en condiciones tan precarias como los obreros del surco”. Los 800 restantes, serían campesinos medios y unos pocos terratenientes grandes que ejercen la dirección de la corporación.⁷³⁴ Los grandes cañeros estarían nucleados en el Centro de Agricultores de Cañeros de Tucumán (CACTU). La UCIT si bien habría protagonizado importantes luchas, para el partido habría tenido vacilaciones y mostrado signos de desorientación, lo que sería resultado de la presencia de cañeros ricos o de sectores elevados de los medios que no

⁷³³“Industria azucarera”, en: *El Combatiente*, 27/07/1973.

⁷³⁴“Las luchas campesinas”, en: *El Combatiente*, 25/02/1976; “Unidad obrero-campesina para enfrentar las luchas en los próximos años”, en: *El Combatiente*, 08/05/1974.

expresarían los intereses del verdadero cañero. De esa forma, fue conducida a una política sectaria que no logró formar un sólido frente obrero-campesino con la FOTIA para enfrentar a la burguesía azucarera.

A nivel más general, toda la industria sufriría la dependencia nacional por dos vías. Por un lado, gracias al accionar de la Sugar Act norteamericana, institución que fijaba las cuotas de compra en el mercado mundial. Para el partido ello significa que “nuestro excedente de producción está librado a la voluntad de los amos yanquis”.⁷³⁵ Aquí se presentan los problemas de la producción argentina como si fueran resultado de la intervención política del imperialismo. Pero lo cierto es que lo que acaba por describir el partido es la situación normal de competencia capitalista, donde todos los ofertantes “dependen” de que exista demanda. Amén de que, con los altos costos del azúcar argentina, difícilmente esta podría tener una inserción amplia en el mercado mundial. La otra forma de dependencia sería la compra de maquinaria pesada para los ingenios, pero, otra vez, ello más que prueba de la dominación imperialista es muestra de la incapacidad de la industria nacional. En el ámbito local, los grandes ingenios fijarían el precio de la materia prima en connivencia con la oligarquía, de modo que se verían afectados los cañeros independientes.

De todo ello se desprende una estrategia:

“Obreros y campesinos pobres deben centrar sus esfuerzos en el establecimiento de una sólida alianza que permita golpear con más fuerza y contundencia al enemigo común, la gran burguesía industrial y agraria, y al gobierno que defiende sus intereses. No hay otros caminos que conduzcan a la satisfacción de las apremiantes necesidades de quienes con su esfuerzo y sacrificio diario crean la fabulosa riqueza de la que se apropia el gran capital”.⁷³⁶

En definitiva, el PRT-ERP confirmaba la necesidad de un frente antioligárquico.

V. La intervención del PRT-ERP

En este acápite, destinado a examinar el accionar político del partido en el ámbito agrario, estudiaremos su intervención en las Ligas Agrarias, el proletariado, la unidad

⁷³⁵“Tucumán económico y social”, en: *El Combatiente*, 15/11/1971.

⁷³⁶“Azúcar: ganancias monopólicas y explotación obrero-campesina”, en: *El Combatiente*, 17/07/1974.

obrero-campesina y la política agraria del tercer peronismo. Ellos nos permitirá calibrar las consecuencias reales de las definiciones programáticas examinadas.

a. Las Ligas Agrarias

El PRT-ERP atendió al movimiento liguista, haciendo particular énfasis en las luchas protagonizadas por una de sus fracciones, las Ligas Agrarias Chaqueñas. En menor medida, también atendió a los reclamos “campesinos” en Entre Ríos, Formosa, Mendoza⁷³⁷, Corrientes⁷³⁸, La Rioja⁷³⁹ y Santiago del Estero⁷⁴⁰. El nacimiento de las LACH fue leído por el partido como el resultado de las contradicciones estructurales del país. Los productores de algodón se encontrarían presionados por las “empresas imperialistas” que dominaban la producción de hilado y tejeduría y, a la vez, por los acopiadores que ofrecían precios insuficientes. Las organizaciones corporativas existentes en la década del '60 -FAA y FACA- no ofrecerían soluciones a estos dilemas, en tanto expresarían los intereses de los colonos ricos. Hacia fines de esa década la situación incluso se agravaría por acción del gobierno de Onganía, que procedería a favorecer a los grandes monopolios -Bunge & Born- en contra de las cooperativas, que no recibían apoyo crediticio. Como resultado de ello, los “pequeños agricultores” se arruinaban y los “colonos medios” sobrevivirían a costa de hipotecarse. Todo este cuadro llevaría al crecimiento de un “sentimiento antimonopolista y antiimperialista”, que excedió a las “organizaciones tradicionales” y comenzó a gestar un movimiento campesino por los precios mínimos, créditos y títulos de propiedad

Así el germen de las Ligas comenzaría a brotar en virtud de que “los campesinos se pondrían en marcha junto a sus hermanos, los obreros y demás sectores oprimidos del pueblo, hacia el enfrentamiento con el enemigo común.”⁷⁴¹ En efecto, para el partido las LACH que surgieron del Primer Cabildo Abierto del Agro Chaqueño fueron resultado de la inacción de FACA, FAA y UCAL que no supieron representar a “sectores del campesinado medio y más aún de humildes colonos”,⁷⁴² en una situación signada por la

⁷³⁷“Los campesinos desnudan el pacto agrario”, en: *El Combatiente*, 19/12/1973.

⁷³⁸“Nuevos ataques a los campesinos pobres”, en: *El Combatiente*, 2/01/1974.

⁷³⁹“La Rioja. Lucha por la tierra”, en: *El Combatiente*, 24/08/1973.

⁷⁴⁰“Santiago del Estero. En defensa de los distritos forestales”, en: *El Combatiente*, 31/08/1973.

⁷⁴¹“La crisis del campo chaqueño”, en: *El Combatiente*, 26/10/1973.

⁷⁴²“Surgen las Ligas Agrarias”, en: *El Combatiente*, 7/11/1973.

crisis económicas de esas capas.⁷⁴³ Esa sería la base social del movimiento liguista chaqueño.

Las LACH fueron caracterizadas como un movimiento de lucha parcial, porque reclamaban mejoras económicas que, al impugnar la política económica de la dictadura, se convertían “objetivamente en una protesta general”.⁷⁴⁴ Estas nuclearían a un sector del pueblo, “el campesinado medio y pobre del NO que sufre la opresión de los monopolios y los latifundios”. Sus reclamos se sintetizarían en:

1. El acaparamiento de tierras en latifundios, el control de la comercialización y del abastecimiento de los materiales “que los chacareros necesitan para producir”.
2. El aumento constante de impuestos sobre la producción agraria.
3. Contratos de arrendamientos caracterizados por la “súper explotación del pequeño productor”, cuya consecuencia sería, en palabras de *El Combatiente*, la emigración de 250.000 pobladores que se trasladaban en las ciudades y terminaban engrosando las filas de los desocupados y las villas miseria.

Como vemos, se trata de definiciones contradictorias: en un primer momento, los campesinos aparecen como oprimidos y luego como explotados. Para una organización filiada en la tradición marxista, ambos conceptos no debieran ser equivalentes. Caracterizarlos como explotados por el pago de arriendos con cánones altos es problemático. Ya nos hemos referido en el primer capítulo al origen de lo que se apropia el burgués terrateniente por medio de la renta agraria.

El segundo elemento importante a examinar es su composición y su dirección. Para el PRT en el seno de las Ligas convivían dos sectores: el campesinado medio y el pobre. El primero, era definido como burguesía campesina media -definición que en este caso no guarda relación con la burguesía rural de otras zonas del país, por cuanto se trata de campesinos “de un nivel de vida solo algo superior al de los semiproletarios del campo”.⁷⁴⁵ Los que habría logrado erigirse en dirección del movimiento, serían aquellos más proclives a presionar al gobierno para obtener concesiones parciales -como precios mínimos- en detrimento de aquellos “más radicalizados”, que apuntaban al boicot de la siembra y la alianza con los obreros.

⁷⁴³“La batalla de las ligas agrarias”, en: *El Combatiente*, 14/11/1973.

⁷⁴⁴“La lucha de los Campesinos en el Chaco”, en: *El Combatiente*, 28/02/1972. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas refieren a este artículo.

⁷⁴⁵“La batalla de las ligas agrarias”, en: *El Combatiente*, 14/11/1973.

En este punto, se reconocía que en sentido estricto dentro del movimiento campesino había elementos explotadores, pero su penuria material los pondría en la misma situación que el semiproletariado. De allí que la línea de intervención en la etapa fuera la alianza con “los pobres del campo”.⁷⁴⁶ Se trata de un elemento importante, porque da cuenta de que las alianzas finalmente no estaban trazadas en función del carácter explotador o no explotador de los sujetos, sino de su nivel de existencia material.

Crónicas de conflictos “campesinos” aparecidos en la prensa perretista dan cuenta de que efectivamente dentro de los sectores que el partido buscaba organizar había dueños de medios de producción. Por caso, en marzo de 1975 se realizó una crónica de la lucha de los productores entrerrianos en la que se lee: “En Entre Ríos, campesinos apostaron en las inmediaciones de Crespo alrededor de 200 tractores y vehículos de diverso tipo manteniendo interrumpido el tránsito en rutas”.⁷⁴⁷ La misma situación se advierte cuando el partido denunciaba la situación del campesinado argentino en la misma época:

“Cada vez recibe menos por sus cosecha, ve estranguladas sus perspectivas de incorporar máquinas y técnicas modernas a sus campos, no encuentra aliciente alguno para aumentar las áreas de siembra y, más concretamente, carece de medios económicos para hacerlo”.⁷⁴⁸

Finalmente un tercer ejemplo muestra el contenido real del campesinado:

“Como promedio, un productor bonaerense de maíz trabaja unas cincuenta hectáreas, las que pueden rendir unos 2.000 quintales de grano. A razón de \$9.100, y previa deducción de los descuentos y retenciones que efectúa el cerealista por diversos rubros, el agricultor obtendría un neto de 15.400.000 pesos moneda nacional. De ese total, la Junta Nacional de Granos paga un 70% dentro de los 30 días de haber recibido y certificado el producto. El restante 30% -si no se verifican demoras y atrasos, que son bastante frecuentes y origen de múltiples protestas y reclamos- se liquida dentro de los próximos 120 días. En el caso de que el agricultor sea propietario de la tierra, en esos 15.400.000 deberá afrontar los gastos de recolección (2 millones) y de preparación del campo para la próxima siembra (\$7.900.000) quedándole, en consecuencia unos \$5.500.000. Vale decir que esta última cifra representa el ingreso del chacarero y su

⁷⁴⁶“Chaco: balance de la lucha agraria”, en: *El Combatiente*, 21/11/1973.

⁷⁴⁷“Campesinos: se abre un nuevo frente de lucha”, en: *El Combatiente*, 3/03/1975.

⁷⁴⁸“Apoyar y alentar la movilización campesina”, en: *El Combatiente*, 8/09/1975.

familia en todo un año. [...] Un número alto de agricultores son arrendatarios, debiendo entregar al propietario de la tierra entre el 25 y 30% de la producción. En estos casos hay que sumar a la cifra antes consignada de \$7.900.000 [...] otros \$4.600.000 pesos en concepto de arrendamiento, con lo que la ganancia se reduce a ¡\$900 mil anuales!”.⁷⁴⁹

La alianza con el pequeño capital se hace explícita cuando se caracteriza que los movimientos agrarios levantan “un programa de lucha antimonopólica y, como tal, la lucha de estos campesinos se inscribe en la lucha más general de todo el pueblo contra el enemigo principal: el imperialismo.”⁷⁵⁰ Claro que a renglón seguido se señala que el campesinado deberá estar bajo la dirección del proletariado, única forma de que tome conciencia política y se sume a las “grandes luchas del pueblo”, pero eso no invalida su carácter antagónico.

En la práctica, esto condujo a un apoyo a las Ligas Agrarias. En ningún momento se intentó distinguir su contenido de clase que aparece siempre encubierto bajo la ideología campesinista. Se homogeneizan bajo un mismo concepto la diversidad de clases presente en las ligas chaqueñas, misioneras, formoseñas, entrerrianas, correntinas y santafesinas.⁷⁵¹ En efecto, a estas se las caracteriza en bloque representando al campesinado pobre.⁷⁵² En cierto que en ocasiones se hace mención al campesinado medio, pero esto no altera en lo sustantivo el planteo, toda vez que tanto chico como medio se encontrarían igualmente perjudicados por el “capitalismo imperialista” y los “monopolios” que controlan la comercialización, el crédito y la venta de maquinaria.⁷⁵³

La intervención perretista no se limitó a la defensa de las Ligas a través de su periódico sino que la línea que aquí analizamos tuvo una práctica concreta que quedó a cargo de la Regional Noreste del partido, que aglutinaba cuatro provincias: Chaco, Corrientes, Formosa y Misiones. Allí el PRT tuvo inserción entre los “campesinos” de la localidad de Goya, alguna presencia en las LACH a través de la influencia ganada en curas del Tercer Mundo y algún trabajo incipiente en el MAM.⁷⁵⁴ Según el testimonio de Mattini, este trabajo se desarrolló a partir del envío de obreros con experiencia de masas y no cuadros pequeñoburgueses (estudiantes y profesionales), porque los primeros se

⁷⁴⁹Ídem.

⁷⁵⁰“La lucha de los Campesinos en el Chaco”, en: *El Combatiente*, 28/02/1972

⁷⁵¹“Ante el renacer de las luchas campesinas”, en: *El combatiente*, 24/02/1975.

⁷⁵²Santucho, Mario Roberto: *La definición del peronismo y las tareas de los revolucionarios*, agosto de 1973, p. 16.

⁷⁵³“Perspectivas del frente de liberación”, en *El Combatiente*, 02/01/1974.

⁷⁵⁴Entrevista a militante (sin nombre) del PRT citada en: Pozzi, *Por las sendas...*, op. cit., p. 187.

adaptaban más rápidamente a las faenas rurales. Con todo, el partido habría tenido grandes dificultades para formar cuadros “campesinos”.⁷⁵⁵

En la rama azucarera el partido balanceaba que la contradicción giraba en torno a las “grandes ganancias de los monopolistas y grandes cañeros a costa del despojo de los cañeros chicos y medianos y la superexplotación de los obreros.”⁷⁵⁶ Serían las idénticas condiciones de vida entre el “campesinado pobre” y el proletariado rural la base para la constitución de esa alianza que requeriría, previamente, eliminar a los elementos terratenientes dentro de la UCIT.⁷⁵⁷ El PRT planteaba la necesidad de impulsar una alianza entre campesinos medios y chicos y obreros del surco contra los grandes cañeros y los monopolios. Este caso, en particular, revela también el intento práctico de construir la alianza obrero-campesina en Tucumán y echa más luz acerca del verdadero carácter social del sujeto que el PRT-ERP organizó bajo el rótulo de campesino. Esta alianza que el partido, parafraseando a Lenin, consideraba “básica” debía nutrirse de las Ligas Agrarias, los cañeros la UCIT, los “pequeños viñateros” de Cuyo, cooperativas de “pequeños lecheros” de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe y pequeños yerbateros en el Litoral.⁷⁵⁸ Hasta aquí, pareciera tratarse de un planteo solidario con el programa que examinamos en el acápite anterior, donde el campesinado pobre es entendido en sentido leninista como semiproletario. Sin embargo, algunos datos concretos que surgen de la intervención del PRT-ERP abonan en otra dirección.

Un ejemplo lo constituye la posición del partido frente a la discusión salarial de los trabajadores azucareros. Ante la dificultad de los cañeros menos productivos de abonar los salarios con el aumento correspondiente, se indicaba que la contradicción entre los patrones chicos y los obreros sería secundaria:

“Una de las contradicciones que generalmente rompen e imposibilitan los acuerdos entre obreros y campesinos, es el de los jornales de los obreros del surco, que en realidad es una contradicción totalmente secundaria. [...] Al discutir la fijación de los jornales obreros, los cañeros medianos y chicos, a causa de su situación económica, son los que deben resistir más abiertamente la elevación de los mismos. De tal manera,

⁷⁵⁵Mattini, *Hombres...*, op. cit., pp. 262-263.

⁷⁵⁶“Unidad obrero-campesina para enfrentar las luchas en los próximos años”, en: *El Combatiente*, 8/05/1974.

⁷⁵⁷“Unidad obrero-campesina”, en: *El Combatiente*, 14/08/1974.

⁷⁵⁸“Una precisión necesaria sobre las alianzas básicas”, en: *El Combatiente*, 29/01/1975.

además de encontrarse en la misma trinchera de sus verdaderos enemigos se encuentra abiertamente enfrentados a sus potenciales aliados.”⁷⁵⁹

En este punto, ambos deberían aliarse para que los cañeros obtengan buenos precios y en función de ello pueda pagar los salarios correspondientes:

“Un aumento de salarios que por el costo que ha subido todo, transporte, medicinas, alimentos, ropa, etc., no puede ser inferior al 50 por ciento de aumento, y para los campesinos chicos y medianos, un precio justo para que así puedan cubrir sus necesidades y pagar como corresponde a los obreros que muchos de ellos puedan tener. La FOTIA es la que debe encabezar la lucha por los aumentos tratando de unificar en un solo pliego con los cañeros, si fuera posible, las reivindicaciones de obreros y cañeros, para hacer un frente común en la emergencia.”⁷⁶⁰

Una cuestión similar se observa al analizar otro de los problemas típicos del trabajo asalariado en el agro: la estabilidad. En este caso, nuevamente, la lucha por una demanda obrera se convierte en un obstáculo para la alianza con los campesinos:

“los reclamos de estabilidad y del empleo de un número determinado de obreros por extensión cultivada son expresión de las legítimas aspiraciones proletarias por la obtención de mejores condiciones de trabajo. Pero al convertirlos en eje de las luchas, a la vez que se posterga la cuestión central -o sea el incremento salarial- y se niega la solidaridad al campesinado pobre, se está, objetivamente, favoreciendo los intereses de la burguesía industrial (que sigue pagando por la caña menos de lo que vale) y de la gran burguesía cañeras”.⁷⁶¹

En el mismo sentido se afirma:

“Esa política, a la que han sido arrastrados incluso sectores progresistas en el campo del pueblo, tiene uno de sus ejes en la demanda de incorporación de un obrero y medio por cada millas de surcos y en la estabilidad para el trabajador rural [...] ambos reclamos apuntan a tornar más difícil aún la situación de los millares de campesinos pobres

⁷⁵⁹“Industria azucarera. El proletariado impulsa la lucha armada”, en: *El Combatiente*, 21/09/1973.

⁷⁶⁰“Unidad obrero-campesina para enfrentar las luchas en los próximos años”, en: *El Combatiente*, 08/05/1974.

⁷⁶¹“Unidad obrero-campesina”, en: *El Combatiente*, 14/08/1974.

víctimas del saqueo de la gran burguesía industrial azucarera [...] no es igual la situación para los dueños de las grandes fincas azucareras [...] ellos si están en condiciones de satisfacer la incorporación de un mayor número de trabajadores rurales y de otorgarles estabilidad”.⁷⁶²

Finalmente, estos reclamos que emergen del propio campesinado cañero chico y mediano muestran que efectivamente el partido pretendía organizar a sectores que era abiertamente explotadores de fuerza de trabajo. Que el reclamo por la estabilidad laboral y por el pago de los incrementos salariales ya pactados los afectara, es muestra de que efectivamente contrataban obreros. Y evidencia, además, que se trataba de una capa de la burguesía que ofrecía peores condiciones de vida y trabajo al proletariado rural. En su práctica concreta, el PRT-ERP no apuntaba solo a atraer a la alianza revolucionaria al “campesinado pobre” asimilable al semiproletario. Naturalmente, esta alianza se defendía en función del que sería el verdadero enemigo, el gran cañero o el gran terrateniente. Pero ello mismo enseña que la contradicción principal para el PRT-ERP no giraba en torno al enfrentamiento entre explotados y explotadores, sino que comprendía una alianza con los explotadores más débiles contra los “grandes”. Detrás de la apariencia progresista de la “alianza obrero-campesina” se encubría, en definitiva, el seguidismo a una estrategia del pequeño capital que, en la disputa interburguesa por no perecer en la competencia, buscaba tejer alianzas con los obreros contra los “monopolios”. En el reclamo de “precios justos” para los campesinos a los efectos de que estos puedan absorber los aumentos salariales, se hace evidente la operación. La ilusión campesinista le impide al PRT develar la maniobra e incluso, le dificulta poder distinguir a los obreros con tierra, que si eran explotados y constituían una base importante para la construcción del partido.

b. El proletariado rural

El proletariado azucarero siguió siendo el principal sujeto de organización por parte del PRT-ERP en el norte, aspecto que como vimos fue constitutivo de la experiencia política que se inició con el FRIP. Para esta etapa, el partido de Santucho consideraba que esta fracción de la clase obrera estaba en la primera línea del combate

⁷⁶²“Golpear a la gran burguesía azucarera, en: *El Combatiente*, 11/09/1974.

“anticapitalista y antiimperialista”⁷⁶³ y era una parte constitutiva de la vanguardia obrera nacional.⁷⁶⁴ Para intervenir en este sector, el partido se dotó de un órgano particular, el *Boletín de los obreros azucareros del PRT*. En el accionar del partido de Santucho vemos la insistencia en la crítica hacia la conducción de la FOTIA que ya se había comenzado a perfilar hacia mediados de la década del '60 en el PRT. Concretamente, las denuncias del partido se dirigen a la “camarilla santillanista” que habría sido la responsable de una política de “capitulación” dentro de la FOTIA⁷⁶⁵, traicionando de esta manera las huelgas y negándose a organizar las luchas.⁷⁶⁶ En función de ello, el partido celebró aquellos triunfos en las elecciones gremiales por parte de listas que juzgaba antipatronales y antiburocráticas, como el caso de Melitón Vázquez en Ingenio Ledesma, el proceso similar que aconteció en Calilegua o el desalojó al “burócrata” del sindicato de Ingenio Concepción “uno de los feudos tradicionales de la burocracia de la FOTIA.”⁷⁶⁷ Seguidamente, fue denunciando el accionar de la FOTIA en diversos conflictos, como su negativa a oponerse frontalmente a la introducción de máquinas cosechadoras,⁷⁶⁸ el escaso interés en fomentar la unidad de los obreros azucareros con los del citrus en toda la provincia de Tucumán⁷⁶⁹ y su inacción frente a la caída salarial y la renovación del Convenio Colectivo de Trabajo.⁷⁷⁰ El PRT-ERP intervino en las luchas del proletariado azucarero en curso, a través del Movimiento Sindical de Base⁷⁷¹, apuntando a la recuperación de los sindicatos, la reorganización del CD de FOTIA, desarrollar un plan de lucha, reorganizar la CGT regional y luchar contra el pacto social por medio de la disputa por el incremento salarial.⁷⁷²

⁷⁶³“Viva el proletariado azucarero”, en: *El Combatiente*, 25/10/1974.

⁷⁶⁴“Industria azucarera. El proletariado azucarero”, en: *El Combatiente*, 3/08/1973.

⁷⁶⁵“Tucumán. Comenzó a funcionar en un ingenio de Tucumán una ‘olla popular’”, en: *El Combatiente*, 22/04/1968.

⁷⁶⁶“Qué está pasando en Tucumán”, en: *El Combatiente*, 7/05/1969; “Industria azucarera. Diputados obreros al parlamento burgués”, en: *El Combatiente*, 31/08/1973; “Industria azucarera. El proletariado impulsa la lucha armada”, en: *El Combatiente*, 14/09/1973.

⁷⁶⁷“Las bases comienzan a luchar”, en: *El Combatiente*, 14/09/1973; “Un burócrata expulsado”, en: *El Combatiente*, 14/08/1974.

⁷⁶⁸“Vergonzosa negociación”, en: *El Combatiente*, 14/08/1974; “Tucumán: Unidad, organización y lucha”, en: *El Combatiente*, 19/03/1975.

⁷⁶⁹“Crece la movilización en Tucumán”, en: *El Combatiente*, 14/08/1974.

⁷⁷⁰“Tucumán: Nuestra lucha no cesará”, en: *El Combatiente*, 17/02/1975; “Tucumán: Unidad, organización y lucha”, en: *El Combatiente*, 19/03/1975.

⁷⁷¹“Tucumán: Tormenta sobre el azúcar”, en: *El Combatiente*, 31/07/1974.

⁷⁷²“Congreso de delegados seccionales de FOTIA”, en: *El Combatiente*, 21/09/1973; “Obreros del azúcar luchan contra la explotación”, en: *Nuevo Hombre*, segunda quincena de septiembre de 1974; “Ingenio Ledesma. Superexplotación, represión y despidos”, en: *El Combatiente*, 25/02/1974.

En menor medida, el PRT atendió también a los conflictos de los trabajadores cordobeses de la carne en el Frigorífico Mediterráneo,⁷⁷³ entre los obreros del citrus en la empresa citrícola Candelas⁷⁷⁴ y el establecimiento San Miguel⁷⁷⁵, y los obreros del Tabaco.⁷⁷⁶ Es de destacar que la intervención también contempló la acción armada. Tal es el caso del Frigorífico Swift, en el cual los trabajadores mantenían un reclamo por aumento salarial y el ERP actuó secuestrando al gerente de relaciones industriales lo que finalmente llevó a la aceptación de las exigencias obreras.⁷⁷⁷

Como línea político general de intervención en la rama, el PRT-ERP llamó a defender los ingenios que quedaron bajo la administración estatal de la CONASA, frente a la “crítica de los monopolios” que buscarían arruinarla mediante “juicios millonarios” para reprivatizarla una vez que ya invirtió en modernización. Para el partido “CONASA es una conquista obrera”, frente a la cual los trabajadores deberían adoptar una actitud de vigilancia y exigir su “administración bajo control obrero-cañero-técnico-empleados” en vistas a la total expropiación y nacionalización de todos los ingenios y destilerías. Eso debería ser acompañado de una Ley Azucarera que pusiera “en mano de los trabajadores todo el proceso y que entregue la tierra a pequeños y medianos campesinos y a obreros organizados en cooperativas.”⁷⁷⁸ Un elemento que muestra que, cuando el partido buscó intervenir con la consigna de reforma agraria, no lo hizo en “sentido socialista” como mencionaba en su programa, sino en el marco de una alianza con los pequeños y medianos productores, tal como lo vimos al analizar su intervención dentro de las Ligas Agrarias.

c. La política agraria del tercer peronismo

Finalmente, el accionar político del PRT-ERP en el agro se completa con su evaluación de la política agraria del tercer peronismo que es más bien escueta. El partido señalaba que toda la política fiscal del Estado estaba atada a las retenciones a las exportaciones agrarias, siendo estas la principal fuente de ingreso, sobre la cual se viabilizaba toda la

⁷⁷³“Cuando las bases se organizan”, en: *El Combatiente*, 05/10/1973.

⁷⁷⁴“Triunfo en el citrus”, en: *El Combatiente*, 14/11/1973.

⁷⁷⁵“La barbarie policial”, en: *El Combatiente*, 14/08/1974.

⁷⁷⁶“La lucha del tabaco”, en: *El Combatiente*, 17/04/1974.

⁷⁷⁷“El triunfo de los trabajadores del Swift enseña qué el camino está en la lucha”, en: *Nuevo Hombre*, primera quincena de marzo de 1974.

⁷⁷⁸“Tucumán. Ingenios del Conasa, su futuro”, en: *El Combatiente*, 05/10/1973.

política estatal.⁷⁷⁹ Es decir, identificaba en el agro el puntal económico de la estrategia política de Perón frente al ascenso del conflicto social.

En este sentido, la crítica estuvo orientada a develar lo que se consideraba era el verdadero carácter del gobierno que, lejos de favorecer a los trabajadores, implicaría la continuidad de la dominación de la burguesía. El Plan Trienal fue identificado como un intento de “renegociar la dependencia con el imperialismo” y una “capitulación ante la burguesía terrateniente”.⁷⁸⁰ Como tal, el plan propondría un “nuevo trato” a los sectores agrarios a través de un acta compromiso en la que los productores acordaban hacer uso pleno y racional de la tierra a cambio de la defensa de la propiedad privada y una política fiscal que estimule la producción. Ello sería severamente limitado pues “ni siquiera [se propone] una reforma agraria de tipo capitalista, como la que propiciaba Kennedy, actualmente en marcha en Perú”. El problema central para el PRT no era la existencia de “grandes extensiones improductivas” que había que introducir en la producción a través de un impuesto a la renta potencial de la tierra, sino la “subutilización parcial y generalmente rotativa” que era propia de una “oligarquía” que no frenó la producción agraria sino la “economía capitalista independiente del país en su conjunto”. Esto sería el resultado de la no reinversión de ganancias o, dicho de otro modo, del carácter parasitario de la burguesía agraria que trabó “la formación de una industria independiente.” Esto respondería, a su vez, a una cuestión de comportamiento, toda vez que la burguesía terrateniente siempre buscó “ganancias fáciles” si importarle “el país burgués mismo”.⁷⁸¹

El Acta de Compromiso Agropecuario se orientaría en el mismo sentido. En principio habría “llegado tarde”, toda vez que se concretó luego de la siembra. Como herramienta de presión, los sectores agropecuarios retrajeron la siembra a los efectos de lograr una oferta oficial de precios de cereales mejores. Por idéntico motivo habría caído la venta de tractores.⁷⁸² De resultas de todo ello, el Acta acabaría por ser un acuerdo útil a la “oligarquía”: “Por medio de ese instrumento, la burguesía hizo concesiones a la oligarquía a cambio de que se aumentara la producción agro-ganadera, una de las bases económicas de su proyecto de ‘reconstrucción’ capitalista.”⁷⁸³ Por ello mismo terminaba definiéndolo como un pacto interburgués que no contemplaba ni los intereses de los

⁷⁷⁹“Las diferencias...”, op. cit.

⁷⁸⁰“Plan Trienal: Solo propaganda burguesa”, en: *El Combatiente*, 16/01/1973. Todas las citas refieren a este artículo hasta que se indique lo contrario.

⁷⁸¹“Las diferencias del agro”, en: *El Combatiente*, 10/07/1974.

⁷⁸²“Algo más sobre la ‘reconstrucción nacional’”, en: *El Combatiente*, 26/10/1973.

⁷⁸³“Los campesinos desnudan el pacto agrario”, en: *El Combatiente*, 19/12/1973.

trabajadores ni los de las Ligas Agrarias, ambos “verdaderos productores de la riqueza”.⁷⁸⁴

Ya entrado el año 1975, el partido elaboró un balance del Plan en función de las metas oficiales fijadas (aumento de la producción y exportaciones, elevación de la productividad, plena ocupación y promoción de nuevas industrias). El primer elemento que allí advertía era el estancamiento agrario. La campaña 1973/1974 trajo una caída del área sembrada de trigo (4.252.000 hectáreas en 73/74 contra 5.627.000 hectáreas en 72/73) y la cantidad de toneladas cosechadas (6.500.000 toneladas en 73/74 contra 7.900.000 toneladas en 72/73), lo que dejarían la producción triguera por debajo de los 12 millones de toneladas realmente proyectados como meta. El maíz acompañaría este movimiento de “estancamiento” y “retroceso” y la ganadería lo arrastraría ya desde 1971, no así el azúcar que repuntó en el ’73. De conjunto, “la evolución del sector agrícola tiende a desmejorar”.⁷⁸⁵ Todo ello sería el resultado de que

“La oligarquía no está interesada en aumentar sustancialmente la producción porque para ello debería realizar grandes inversiones, incorporar técnicas modernas que solo le convendrían en el supuesto de que plantease una demanda exterior creciente, que equilibraran los precios internos con los internacionales y que se eliminaran las retenciones a la exportación. [...]”⁷⁸⁶

Frente a este cuadro de estancamiento y fracaso, cuyo fundamento sería la oligarquía y la existencia de un gobierno que realizaba los intereses de esa clase, la verdadera solución pasaría por un gobierno revolucionario que expropiara a toda “la oligarquía terrateniente y ganadera porque es una clase de carácter parasitario”.⁷⁸⁷

Este examen presenta una importante falencia. En primer lugar, la producción agropecuaria es propensa a fluctuaciones año a año, toda vez que dependen de una serie de factores que escapan al control humano, como ser inundaciones, sequías o alteraciones climáticas. Un diagnóstico que afirme el “estancamiento” debiera contemplar un plazo más largo de tiempo. Así todo, el estudio del PRT solo toma aisladamente dos cereales, cuando un examen atento a los volúmenes generales de la producción cerealera y oleaginosa evidencia que entre 1972/1973 y 1973/1974 el

⁷⁸⁴“Unidad obrero-campesina para enfrentar las luchas en los próximos años”, en: *El Combatiente*, 8/05/1974.

⁷⁸⁵“El fracaso del plan trienal”, en: *El combatiente*, 15/01/1975.

⁷⁸⁶Ídem.

⁷⁸⁷“Plan Trienal: Solo propaganda burguesa”, en: *El Combatiente*, 16/01/1973

volumen total medido en toneladas se mantuvo estable: 23.712 toneladas para el primer período contra 23.826 del segundo. Guarismos que representaban un incremento notable contra el promedio de los cinco años anteriores donde el volumen de producción estaba en 17.799 toneladas.⁷⁸⁸ Va de suyo que los datos acerca del área sembrada, en un momento de despegue de la productividad por la revolución verde, no son indicadores del desempeño agrario, tal como lo hemos explicado. Esta misma revolución, signada por el incremento de la mecanización, los plaguicidas y herbicidas, la genética de la semilla y otras tantas innovaciones chocan de frente contra la idea de una “oligarquía parasitaria”.

Resumiendo

Balanceando el conocimiento del PRT-ERP sobre la cuestión agraria, Luis Mattini señalaba:

“En realidad, el PRT desconocía los problemas del campo argentino en su conjunto y naturalmente no poseía política para el mismo. Se manejaban una serie de generalidades de poco valor concreto, los problemas del latifundio, la incidencia de la renta de la tierra sobre la economía nacional, los monopolios de comercialización, etc.”⁷⁸⁹

Creemos haber podido demostrar aquí que aquella afirmación realizada por un ex dirigente del partido es en su esencia, correcta. El partido de Santucho no tuvo ningún análisis sistematizado sobre la estructura agraria. Por tanto, desconocía completamente la dinámica de clases en ese espacio. De allí que terminara por adoptar el mito oligárquico, y su consecuente contraparte: la revalorización del campesinado, oprimido o explotado en la comercialización, como sujeto aliado al proletariado. En este último punto, la recuperación del maoísmo y centralmente del guevarismo, lo llevó a darle a ese sujeto una centralidad estratégica que no tenía en la estructura social del país. El ámbito rural se volvía crucial para la constitución de una guerrilla que fuera el sustento de un ejército. Si bien el PRT rechazaba, al menos en un primer momento, toda alianza con la burguesía, lo cierto es que su defensa del campesinado, y su correlato en la defensa de la Ligas Agrarias, lo llevaba en esa dirección. Ello era la consecuencia

⁷⁸⁸Obschatko, “Las etapas...”, op. cit., p. 128

⁷⁸⁹Mattini, *Hombres...*, op. cit., p. 262.

necesaria de la ideología campesinista. El desconocimiento habilitaba la extrapolación de estrategias propias de otras realidades económico-sociales.

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Tesis de Doctorado en Historia

***La izquierda argentina frente a la cuestión agraria
durante las décadas de 1960 y 1970***

**Partido Comunista de la Argentina, Montoneros,
Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército
Guerrillero del Pueblo, Partido Comunista
Revolucionario, Vanguardia Comunista, Partido
Socialista de los Trabajadores, Política Obrera y
Organización Comunista Poder Obrero**

Parte II/II

Autor: Lic. Guido Axel Lissandrello
DNI: 33.626.995

Director: Dr. Héctor Eduardo Sartelli
Co-Director: Dr. Gonzalo Sebastián Sanz Cerbino

2018

Capítulo VI

El maoísmo: Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Comunista

“Comencemos por hablar del estudio de la situación actual. Hemos logrado algunos éxitos en el estudio de la actual situación nacional e internacional, pero, para un partido político tan grande como el nuestro, el material que hemos reunido, relacionado con los aspectos político, militar, económico y cultural de la vida nacional e internacional, todavía es fragmentario y nuestra labor de investigación aún no es sistemática. Hablando en general, en los últimos veinte años no hemos realizado un trabajo sistemático y minucioso para reunir y estudiar los materiales relacionados con todos los aspectos enumerados, ni hemos creado un ambiente de entusiasmo por la investigación y el estudio de la realidad objetiva. Proceder como ‘un hombre que caza gorriones con los ojos cerrados’ o como ‘un ciego que pretende coger peces a tientas’, tratar las cosas superficialmente sin penetrar en sus detalles, entregarse a una verborrea jactanciosa y contentarse con conocimientos pobres y mal asimilados: tal es el estilo de trabajo, extremadamente malo, que aún se observa entre muchos camaradas de nuestro Partido, un estilo totalmente opuesto al espíritu fundamental del marxismo-leninismo. Marx, Engels, Lenin y Stalin nos enseñan que es necesario estudiar a conciencia la situación, partiendo de la realidad objetiva y no de los deseos subjetivos. Pero muchos de nuestros camaradas actúan en forma diametralmente contraria a esta verdad.”

(Mao Tse Tung, *Reformemos nuestro estudio*, 1941)

El maoísmo fue, dentro del marxismo, la corriente que más énfasis puso sobre el campesinado. Combatiendo lo que llamó “oportunismo de izquierda” dentro del Partido Comunista Chino (PCCCH) -posición que privilegiaba la inserción exclusiva en el proletariado industrial-, Mao elevó al grado de teoría la formulación según la cual en países donde la población rural tenía un peso significativo y se perpetuaban relaciones feudales, el campesinado no sólo era un aliado posible, sino principal e imprescindible. De allí su insistencia en que el partido proletario fuera al campo a buscar a su aliado y que sus intelectuales se abocaran al estudio agrario para ofrecer una solución correcta al “problema campesino”.⁷⁹⁰ En materia estratégica, el maoísmo implicó la radicalización de la forma típica de resistencia campesina, la guerrilla rural, apostando a ella como puntapié para la construcción de un ejército capaz de librar una guerra popular y prolongada.

⁷⁹⁰Un ejemplo de ello puede encontrarse en Tse Tung, Mao: “Algunas experiencias en la historia de nuestro partido”, en: Tse Tung, Mao: *Obras Escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Tomo V, Pekín, 1977, pp. 352-358.

Las décadas del '60 y '70 fueron la etapa dorada del maoísmo, programa que cobraba fuerza en un momento caracterizado por un auge revolucionario a escala mundial. Buena parte de la influencia de las ideas de Mao en ese contexto se deben a la reactualización de la “cuestión agraria” que cobró centralidad en el momento de expansión de la llamada “revolución verde”, nombre que recibió el proceso de crecimiento en profundidad de la agricultura gracias al desarrollo tecnológico, las semillas híbridas y la extensión de los fertilizantes y herbicidas. La contracara necesaria de ese proceso fue la concentración y centralización de la producción, lo que condujo al desalojo de la burguesía agraria más chica e ineficiente. La movilización de esas capas, que buscaban resistir el proceso, fue leída en muchos casos como una “resistencia campesina” para la cual el maoísmo ofrecía una estrategia que aparecía como adecuada: la guerra de guerrillas rural.

Estos planteos tuvieron una gran acogida, en particular tras la Revolución Cubana y la resistencia vietnamita. En América Latina, el maoísmo parecía ofrecer una alternativa para una realidad continental que se asumía como atrasada (abriendo la puerta a los “resabios feudales”) y predominantemente agraria. En algunos casos el atractivo fue predominantemente estratégico. Ya hemos mencionado cómo la adopción de la guerra de guerrillas rural en el PRT-ERP conllevó a una revalorización del rol del campesinado. Incluso, por un breve período de tiempo y como veremos a continuación, impactó también en Vanguardia Comunista. En otros casos, el influjo fue más programático, encontrando en las formulaciones de Mao un sustento teórico para la alianza obrero-campesina, la comprensión de los fundamentos del “atraso” nacional y la delimitación de tareas y carácter de la revolución para nuestro país. Ese fue el caso del PCR. A ello nos abocamos en las páginas que siguen.

I. Vanguardia Comunista

En sentido estricto, la historia de Vanguardia Comunista se inicia en abril de 1965. Sin embargo, su nacimiento es el resultado de una larga y sinuosa trayectoria que hunde sus raíces en el primer partido que se proclamó de izquierda en la Argentina, el Partido Socialista.⁷⁹¹ En el medio, se sucedieron las más diversas siglas: Partido Socialista

⁷⁹¹Para esta reconstrucción nos basamos en: Colectivo Emilio Mariano Jáuregui: *Vidas y luchas de vanguardia comunista: la generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores*, Tomo I, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010; Colectivo Emilio Mariano Jáuregui: *Vidas y luchas de vanguardia*

Argentino (PSA), Partido Socialista Democrático (PSD), Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) y Partido de la Vanguardia Popular (PVP). Este recorrido singulariza la experiencia de VC, toda vez que llegará al maoísmo no desde el comunismo (como fue el caso del PCR y de la gran mayoría de los partidos mundiales que adscribieron a la corriente de Mao), sino desde el socialismo.⁷⁹²

Recorrer esta trayectoria excedería con creces los intereses de esta investigación. Para nuestros objetivos basta por comenzar por el antecedente inmediato de VC, que fue el Partido Socialista Argentino de Vanguardia, un nucleamiento constituido tras la ruptura del Partido Socialista Argentino, por los militantes que se referenciaban en la figura del socialista David Tieffenberg. En la segunda mitad de 1963 aconteció una verdadera implosión del PSAV. El 20 de octubre sería la última reunión de la Conducción Nacional. Atravesada por el debate en torno a si debía insistirse en la construcción frentista con el peronismo o si, por el contrario, debía ponerse el eje del trabajo en el desarrollo de una alternativa política independiente para la clase obrera, se produjo una fractura en dos secretarías. Una en manos de Tieffenberg, y la otra en manos de Latendorf y buena parte de la Conducción Nacional. El periódico *No Transar*, que venía siendo el órgano oficial del partido desde que fuera clausurado *Sin Tregua* (que era, a su vez, el reemplazo de *La Vanguardia*), en su número 15 de noviembre de 1963, tuvo dos ediciones, una en manos de cada secretaría. El grupo de Tieffenberg fue el que avanzó con una línea de la independencia de clase, clausuró la posibilidad de vincularse al movimiento peronista y propició una alianza con las fuerzas de izquierda en la que, sin embargo, no estaba descartada la “izquierda peronista”, bien que en un segundo plano. El de Latendorf continuó insistiendo en la vinculación con el “movimiento nacional” que había intentado el PSAV, ya bajo el nombre de Partido de la Vanguardia Popular

comunista: la generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores, Tomo II, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010; Rugar, Brenda: *A emergência do maoísmo na Argentina: uma aproximação através de Vanguardia Comunista e o Partido Comunista Revolucionário*, Dissertação (Mestrado) - Universidade Federal Fluminense, Instituto de Ciências Humanas e Filosofia. Departamento de História, 2016; Celentano, Adrián: “Maoístas y nueva izquierda en Argentina. Vanguardia Comunista y su reflexión sobre la construcción del partido”, en: *III Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, 2013. Celentano, Adrián: “La Nueva Izquierda y las proletarizaciones en Brasil, Francia y Argentina”, en: *VI Jornadas de Historia de Izquierda*, Buenos Aires, 2009. Celentano, Adrián: “Unidad obrero estudiantil. La nueva izquierda y la proletarización de las corrientes maoístas en Argentina”, en: *Los trabajos y los días*, n° 1, 2009. Celentano, Adrián: “Maoísmo y nueva izquierda. La formación de Vanguardia Comunista y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1965 y 1969”, en: Tortti, *La nueva...*, op. cit.; Tortti, María Cristina: *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Prometeo, Buenos Aires, 2009.

⁷⁹²Celentano ha destacado este aspecto y ha reconstruido cómo el partido terminó reescribiendo su propia historia para ubicarse dentro de la trayectoria del comunismo. Véase: Celentano, Adrián: “Maoístas...”, op. cit.

(PVP) y su periódico *Socialismo de Vanguardia*. A partir de 1972 este grupo se embarcaría en la campaña de “Luche y vuelve”, por el retorno del líder peronista. En menor medida, surgió una tercera opción, encarnada en la llamada “Tendencia Principista”, que surgiría del departamento gremial del partido y editaría *Democracia Popular*, intentado ser una alternativa a las dos “camarillas” en pugna.

El grupo Tieffenberg, que pasaría a estar liderado por Elías Semán, hizo una autocrítica de su experiencia, señalando que se había recorrido un camino en el que se abandonó la construcción de un partido de clase para construir un “movimiento nacional”, emulando el proceso cubano, cuando ni el peronismo era el Movimiento 26 de Julio, ni el PSAV era el Partido Socialista Popular. El problema de fondo era que el socialismo había olvidado el papel de la conciencia en el proceso revolucionario, claudicando frente al “populismo”. En abril de 1965, este grupo sería el que adoptaría el nombre de Vanguardia Comunista.

Entre 1964 y 1965, Semán escribió tres textos que, a la vez que saldaron cuentas con la experiencia del PSAV, comenzaron a delinear una identidad propia para VC. Aunque algunos de ellos aparecieron firmados por el PSAV, se tratan de escritos que marcaban el sentido del quiebre que se produjera tras la implosión del partido en 1963. En ellos se denunció lo que se consideraba era una política seguidista respecto del peronismo, que ubicaba al partido bajo la dirección de Perón, y en contraposición, proponía la construcción de un partido revolucionario en el seno de la clase obrera. Allí también se advertía ya una reivindicación del maoísmo⁷⁹³ y la crítica al llamado foquismo, frente al cual se defendía nuevamente la necesidad del partido en oposición al foco.

En su número 42, con fecha de abril de 1965, *No transar* salía a la luz con una modificación sustancial: bajo su título aparecía la rúbrica “órgano oficial de Vanguardia Comunista”.⁷⁹⁴ Aquel número, del comienzo del segundo trimestre del '65, daba cuenta del nacimiento oficial de VC. Habiéndose asumido como partido marxista leninista “de nuevo tipo”, VC concentró buena parte de sus esfuerzos militantes en construir una estructura organizativa con diferentes frentes de masas, que la ligaran a los sectores sobre los que pretendía intervenir, fundamentalmente estudiantes y trabajadores. No fue

⁷⁹³Tiempo después, VC profundizaría su vinculación con el PCCh, enviando una delegación a China. Como resultado de ello, el partido liderado por Mao reconoció al agrupamiento de Semán como interlocutor argentino. Incluso, la revista internacional de la China de Mao, *Pekín Informa*, destacó en su tapa la presencia del grupo de Semán y publicó un artículo de su autoría.

⁷⁹⁴*No Transar*, 05/04/1965.

ajena a esta construcción el desarrollo de diferentes iniciativas en el plano cultural, legal e internacional.

Fiel a la tradición leninista del partido revolucionario, VC se dotó de una estructura vertical, centralizada y celular. Desde la base, los militantes se agrupaban en células partidarias cuyo eje de nucleamiento podía ser el barrio, el lugar de trabajo o el de estudio. Estas células se agrupaban, a su vez, en comités zonales y estos se integraban a comités provinciales o regionales. Por encima de todos ellos, en la punta de la pirámide organizativa, se encontraba la Dirección Nacional -luego, Comité Central-, es decir, el mayor órgano partidario. Su autoridad solo quedaba suspendida en el período en que se celebrase un Congreso, en el cual podía ratificarse o revocarse la dirección. Dentro de cada célula se asignaban diferentes funciones: de organización, de agitación y propaganda, finanzas, seguridad y aparato militar.⁷⁹⁵ Asimismo, existiría un “aparato de control de cuadros”, destinado a evitar la burocratización mediante el control de la vida pública y privada de los cuadros medios y de dirección, y una “escuela de cuadros”, cuyo objetivo era la formación teórica de los militantes, fundamentalmente en el maoísmo, y la instrucción práctica en el manejo de armas.

Según estimaciones de Celentano, al momento de su fundación en 1965 el partido contaría con unos 200 militantes,⁷⁹⁶ duplicándose esa cifra tres años más tarde.⁷⁹⁷ Siguiendo al mismo autor, la primera dirección se compuso fundamentalmente de estudiantes y graduados universitarios, siendo su primer secretario general Elías Seman y, a partir de 1968, Roberto Cristina. VC habría alcanzado a estructurar nueve regionales: Capital Federal, Córdoba, Chaco, Mendoza, Corrientes, Santa Fe, Rosario, Tucumán y La Plata.

Un año después de haberse constituido formalmente, VC juzgaba que en virtud de su crecimiento, había dejado atrás la etapa de organización de propaganda para convertirse en una organización de cuadros. A partir de allí, la inserción en la clase obrera y en el campesinado se tornó una tarea central. Encarando el trabajo de construcción sindical, la organización aspiraba a que los cuadros partidarios se convirtieran en dirigentes del

⁷⁹⁵Para la reconstrucción de esta estructura, seguimos el trabajo de Sabaj quien, a su vez, estudia una fuente elaborada por el Departamento de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires. Sabaj, Daniela: “Vanguardia Comunista 1965-1971, lucha armada y violencia política”, en: *XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2017.

⁷⁹⁶Celentano, Adrián: “La formación de Vanguardia Comunista, de la crisis del socialismo a la adopción del maoísmo y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1965 y 1969”, en: *VII Jornadas de Historia Política*, Tandil, 2012.

⁷⁹⁷Celentano, Adrián: “Maoísmo y lucha armada: el Partido Comunista Marxista Leninista”, en: *Lucha Armada*, N° 4, año N° I, septiembre-octubre-noviembre 2005, pp. 34-46.

movimiento obrero. De lo que se trataba era de poner en pie una corriente sindical clasista, combativa e independiente. Esta impronta se intensificó en 1968 cuando, como parte de una campaña de rectificación contra el foquismo -sobre la que volveremos luego-, la dirección de VC inició una política de proletarización. Siguiendo las estimaciones de Celentano, se calcula que VC proletarizó unos 80 militantes.⁷⁹⁸ Así comenzaron las Comisiones Obreras, que buscaban promover el agrupamiento de los trabajadores más combativos y conscientes en su lugar de trabajo, para dar la disputa económica y política. Para ello, se dieron como herramienta publicaciones específicas. En los frigoríficos circulaba *La Chaira*, mientras que las Comisiones Azucarera en el norte agitaban *Norte Obrero*. Progresivamente se fueron abriendo nuevas Comisiones Obreras entre los mecánicos cordobeses (donde se editó el *Boletín 14 de Enero*, en FIAT Concord), en textiles, metalúrgicos, alimentación, construcción, estatales y municipales.

Todo este trabajo quedó bajo la órbita de la Tendencia Clasista 29 de mayo, constituida en 1969. Con ella, VC logró tener presencia en varias fábricas y lugares de trabajo. Quizás una de las más significativas sea la del SITRAC, donde alcanzó a tener peso en instancias directivas del sindicato, a través de José Páez, Osvaldo Torre y Mario Giménez. También tuvo presencia en metalúrgicos (Acindar, Tensa, Somisa y Epsilon), mecánicos (con inserción en la comisión interna de Transax), azucareros (Ledesma), municipales de Mendoza (con militantes en la dirección del Sindicato de Obreros y Empleados Públicos), contratistas de viñas, Sanidad (con delegados de ATSA), ferroviarios (Ferrocarriil Mitre de Córdoba), navales (Astilleros Río Santiago), docentes (CTERA), estatales (Industria Mecánica del Estado de Córdoba, empleados públicos de Salta, municipales de Chaco) y otras empresas (Rigolleau, Transworld Electronics).

El otro frente al que VC le dedicó notables esfuerzos fue el estudiantil, tanto a nivel universitario como secundario. En 1969 fue fundada la TUPAC, Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista y Combativa. Esta corriente nació en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (UBA), pero se propagó luego hacia las demás regionales de la organización, en particular Santa Fe, Córdoba, Tucumán, Mar del Plata y Mendoza. Más tarde, en 1972, VC puso en pie el Frente Antiimperialista de Estudiantes Secundarios (FAES), que logró presencia en colegios de Mendoza fundamentalmente.

⁷⁹⁸Celentano, “La Nueva Izquierda...”, op. cit.

Estos frentes fueron complementados por otras iniciativas tales como el asesoramiento legal a trabajadores en lucha a través de los abogados del partido; la constitución de una Organización de Solidaridad con los Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (OSPPEG), para aunar esfuerzos en la lucha antirrepresiva; intervención en el plano cultural con grupos de teatro y de canto, formas de agrupamiento de los trabajadores de la cultura y emprendimientos editoriales como la revista *Los Libros* y, luego, *Puntos de vista*.

Por otro lado, existió una experiencia breve de confluencia con el PCR. Entre abril de 1972 y mayo de 1973, ambas organizaciones maoístas sostuvieron un frente de acción común cuyo norte era el boicot al Gran Acuerdo Nacional que por aquellos años ensayaba el presidente de facto Agustín Lanusse: el Frente Revolucionario Antiacuerdista (FRA). Mientras duró, editó un periódico de frecuencia quincenal denominado *Desacuerdo*, que se sostuvo durante 24 números. Los acuerdos, sin embargo, alcanzaron solo al llamado conjunto al voto en blanco, disolviéndose la experiencia una vez transitada la coyuntura electoral. En el terreno universitario también compartieron iniciativas comunes, actuando en conjunto la TUPAC con el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI) del PCR en algunas universidades (como Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) y en el sindical, con el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) cordobés.

En sus primeros años de existencia, VC se definió a sí mismo, dada la magnitud de su fuerza, como un “grupo de propaganda” que aspiraba a ser la base de un partido marxista-leninista. La tarea inicial fue de estudio, formación y discusión para ir delineando las opciones políticas de la organización. El Cordobazo encontró al partido preparándose para su Primer Congreso, para el cual ya habían sido confeccionados los documentos políticos centrales. Sin embargo, el estallido de aquella huelga política de masas frustró el intento y llevó a que la dirección de la organización decidiera, un tiempo después, trasladarse a la provincia mediterránea para seguir de cerca los acontecimientos.

Dos años más tarde, en 1971, se realizó finalmente el Primer Congreso de la organización. A partir de allí la dirección quedó conformada por Roberto Cristina como Secretario General, Mario Geller como responsable de organización y Rubén Kritskautzky como responsable de propaganda. Los años posteriores, y hasta mediados de 1973, estuvieron signados por la apertura electoral esbozada en el Gran Acuerdo Nacional. Frente a ello, se elaboró la consigna “Ni golpe ni elección, revolución” y el

partido apostó al voto en blanco, como vimos, en el marco del Frente Revolucionario Antiacuerdista.

El triunfo camporista reavivó el “viejo” debate sobre el peronismo, que tan caro había sido para los militantes del PSAV. Si bien VC caracterizaba que el movimiento liderado por Perón había cambiado su carácter y ya no era el del '45, lo cierto es que juzgaban que el gobierno tomó medidas que “coinciden con las aspiraciones populares”.⁷⁹⁹ En esta misma dirección, VC defendió a los llamados “gobernadores de la tendencia” o “gobernadores camporitas”, como Martínez Baca en Mendoza, y votó al Peronismo Auténtico (partido electoral que respondía a Montoneros) en las elecciones misioneras de 1975. Incluso, fueron parte de las columnas que participaron del acto del 1ro. de Mayo de 1974 y abandonaron la Plaza de Mayo, tras el discurso de Perón en el que elogió a las conducciones sindicales y atacó a las juventudes peronistas. No obstante ello, y a diferencia del PCR, no defendieron el gobierno de Isabel Perón -al que consideraban responsable de los asesinatos de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y de la represión parapolicial- y participaron de las Coordinadoras Interfabriles de junio y julio de 1975.

En enero 1976 VC celebró su Segundo Congreso, en el que cambió su nombre a Partido Comunista Marxista-Leninista (PCML) y comenzó a agitar la consigna “En caso de golpe, parar, ocupar y luchar”. Bajo esa nomenclatura, la experiencia iniciada en 1965 llegaría a su final tras el casi completo desmembramiento de la organización. Ya desde 1975 VC venía sufriendo duros reveses, pero en 1978 recibió una fuerte ofensiva: entre junio y agosto de ese año fueron asesinados o secuestrados buena parte de sus militantes, lo que generó la caída completa del Secretariado Nacional, buena parte del Comité Central y la virtual desintegración de sus dos regionales más importantes: Buenos Aires y Capital Federal. El grueso de los detenidos-desaparecidos de VC tuvieron como destino el Centro Clandestino de Detención El Vesubio. La organización intentaría levantar cabeza años más tarde, pero ya menguada en su fuerza militante. Actualmente dos partidos se reconocen herederos suyos: el Partido de Liberación (PL) y el Partido Revolucionario Marxista Leninista (PRML).

⁷⁹⁹“Liberación o dependencia”, en: *No Transar*, 01/10/1973.

a. *El análisis de la estructura agraria*

Tal como señalábamos en el acápite anterior, hacia 1968 Vanguardia Comunista comenzó a preparar lo que creía sería su Primer Congreso. El estallido imprevisto del Cordobazo echó por la borda estos planes, que se pospusieron durante dos años. Sin embargo, en el camino de preparación hacia aquella instancia partidaria se fueron redactando importantes documentos programáticos. El principal de ellos fue *Proyecto de resolución sobre la situación nacional*, un extenso escrito que contenía la lectura de VC sobre el desenvolvimiento histórico de la Argentina desde 1810 para luego caracterizar la naturaleza social del país en la actualidad y a partir de allí definir los enemigos (“los blancos”), las tareas y las fuerzas motrices de la revolución.⁸⁰⁰ De todo ello, se destaca un apartado titulado “La situación en el campo y el capitalismo dependiente”, que nos permite reconstruir la lectura de la organización respecto a la cuestión agraria. Una lectura que se mantuvo vigente años después, a pesar de las transformaciones que sufrirá VC -y que reconstruiremos en el próximo acápite-, tal como lo atestigua la nueva publicación de este documento en un volumen titulado *Documentos sobre la revolución nacional democrática y popular y la estrategia de poder*, por decisión del Comité Central en septiembre de 1972. Aquella compilación se inicia con una nota introductoria del Comité Permanente del C.C. de VC, en la que puede leerse la siguiente aclaración:

“Los documentos de que se extraen los fragmentos aquí publicados fueron jalonando el conocimiento por Vanguardia Comunista de la realidad argentina, su aplicación del marxismo-leninismo-maoísmo a nuestras condiciones particulares, su construcción de una línea y una estrategia correctas para la revolución argentina. Estos procesos encontraron un primer hito en el Primer Congreso del Partido, cuyo Manifiesto Programa condensa las actuales líneas y estrategia del Partido. Para la definición de toda orientación partidaria, para toda polémica, ese es el documento base y estos materiales aquí publicados constituyen solo un antecedente, síntesis parciales del proceso que desembocó en él. De todas formas, entendiendo que en ellos predominan las ideas justas y que sirven a la fundamentación de afirmaciones obligadamente sintéticas del

⁸⁰⁰Es interesante advertir que los apartados de este documento corresponden casi literalmente a los que desarrollara Mao en el texto “La revolución china y el Partido Comunista de China” de diciembre de 1936. Véase: Tse-Tung, Mao: “La revolución china y el Partido Comunista de China”, en: *Obras escogidas*, La Rosa Blindada y Nativa Libros, Buenos Aires, 1973, pp. 315-346.

Manifiesto Programa es que recomendamos su estudio a todos los camaradas y demás compañeros del movimiento revolucionario”.⁸⁰¹

Dado que el “Manifiesto-Programa” al que se hace referencia en la cita precedente solo tiene formulaciones de síntesis respecto a la cuestión agraria -manifestando allí solo las tareas revolucionarias en ese campo, sin un análisis de la estructura-, el *Proyecto...* constituye la principal fuente para realizar el estudio que nos proponemos.

La estructura agraria argentina: latifundio precapitalista y estancamiento productivo

En el análisis del campo esbozado por VC, el elemento central que tiñe toda la estructura agraria es la existencia de una situación de “concentración monopólica” del suelo, producto de que “la propiedad de las mejores tierras del país se halla en manos de un puñado de terratenientes.”⁸⁰² En cifras, un 6% de los propietarios poseería el 73% de las tierras del país, 2.100 “empresas terratenientes” (se aclara, muchas pertenecientes a las mismas familias o incluso a la misma persona) concentrarían más de 53 millones de hectáreas. En cuanto a la ganadería, se reproduciría la misma realidad: el 43% de los vacunos estarían en manos del 1,5% de los propietarios de ganado. Estas cifras avalarían la existencia y el profundo arraigo del latifundio.

Esta operación por la cual se busca dar sustento empírico a la “concentración monopólica” de la tierra es común entre los partidos que sostienen dicha caracterización. De hecho, en el espectro maoísta la volveremos a oír en boca del PCR. Las cifras en apariencia resultan espectaculares e incuestionables para el lector. Sin embargo, pueden advertirse dos problemas. Por un lado, el análisis se abstrae de las condiciones reales de producción y productividad de estas parcelas. No puede equipararse la fertilidad de unidades productivas ubicadas en el corazón de la pampa húmeda con las que pueden encontrarse, por caso, en la Patagonia, donde justamente tienden a ubicarse las unidades que concentran mayor cantidad de hectáreas. Por solo mencionar un ejemplo de dos áreas productivas completamente diferentes -la pampa

⁸⁰¹Comité Permanente del Comité Central de Vanguardia Comunista: *Documentos sobre la revolución nacional, democrática popular y la estrategia de poder*, septiembre de 1972, p. 1.

⁸⁰²Vanguardia Comunista: *Proyecto de resolución sobre situación nacional. 1er Congreso Nacional Vanguardia Comunista en marcha hacia la constitución del Partido Comunista Revolucionario*, octubre de 1968, p. 14. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

húmeda y la Patagonia-, según el Censo Agropecuario de 1969, los establecimientos superiores a las 5.000 hectáreas representaban en Buenos Aires un 0,5% del total y en La Pampa un 4,2%, mientras que en Tierra del Fuego el mismo rango de establecimientos ascendía a un 45,9% y en Santa Cruz un 75,9%.⁸⁰³ Por el otro lado, la existencia de 2.100 “empresas terratenientes” muestra que la realidad está lejos de poder ser caracterizada como “monopolio”, y haciendo justicia a los datos, lo que revela es la baja concentración de la producción en el agro. Agreguemos, además, que el documento en cuestión no explicita de qué fuente surgen estas cifras.

De la existencia del latifundio, VC desprende tres consecuencias que mostrarían un estado de importante atraso en el agro argentino. En primer lugar, la supervivencia de regímenes y formas productivas precapitalistas:

“Su primer rasgo y el más aberrante, es la supervivencia del régimen de arriendo, aparcería y tantería que oprime al 50% de los productores rurales, unos 400.000 jefes de familia con los que trabajan sus mujeres e hijos. Entre ellos, los campesinos ricos son una ínfima minoría. [...] Estos arrendatarios [...] entregan [entre] el 10 y el 50% del valor de las cosechas levantadas para el terrateniente. Además, su permanente inestabilidad les impide realizar inversiones y sumado a la explotación de que son objeto por los terratenientes, les impone condiciones de vida muy duras y en no pocos casos, miserables”

En la cita se trasluce la idea de que el arriendo es una forma regresiva, una “supervivencia” en la que el terrateniente ejerce una forma de “explotación” del encargado de llevar la unidad productiva y que, además, opera como una traba en la medida en que la imposibilidad de acceder a la propiedad de la tierra (la inestabilidad) impide las inversiones y, por tanto, la explotación más eficiente. Esta lectura de VC intenta colocarse en un espacio intermedio entre quienes sostienen la existencia supervivencias feudales y quienes consideran que las clases en el agro son burguesía y proletariado. Por un lado, VC niega la existencia de condiciones feudales, al sostener que “el capitalismo se ha desarrollado desde antiguo en el campo argentino”, toda vez que la “inmensa mayoría de los productores venden sus productos en el mercado a cambio de dinero y en consecuencia se relaciona con el mercado capitalista nacional y mundial”. Sin embargo, de ello no debería extraerse la conclusión de la inexistencia de

⁸⁰³Consejo Agrario Nacional: *La tierra en la Argentina*, Buenos Aires, 1975.

una cuestión agraria, que el enfrentamiento en el espacio rural sea entre burguesía y proletariado, y que no hay tareas democráticas sino socialistas para el agro. Afirmar eso sería una muestra de “derechismo”, según VC, e ignoraría el hecho de que no se han liquidado por completo las relaciones pre-capitalistas.

Lo cierto es que las tres formas mencionadas de explotación que no serían plenamente capitalistas -el arriendo, la tantería y la aparcería-, no se caracterizan por la existencia de alguna coacción extraeconómica del terrateniente sobre el productor directo. Ante la evidente ausencia de ese tipo de relación en el arriendo, suele privilegiarse en estas lecturas la aparcería. Sin embargo, ese régimen no es más que un contrato cuyo pago se realiza en especie, fijándose un porcentaje de la cosecha levantada, sin ninguna sujeción jurídica del propietario sobre quien asume la dirección de la producción. Sea como fuera, lo cierto es que esa forma de contrato agrario se encontraba para la época en franco declive. Como hemos señalado en el capítulo I, lo que acontece desde fines de la década del '40 es el fin del sistema de arriendo tradicional y el crecimiento del porcentaje de propietarios de tierra. Para 1969 el 73,1% de los productores de la región pampeana eran propietarios, lo que pone sobre la mesa el carácter minoritario de las formas que VC caracteriza como “precapitalistas”. Entre 1947 y 1960 los arriendos y las aparcerías caen en niveles que oscilan entre el 40 y el 50%. Si para 1947 existían 41.103.316 hectáreas bajo arriendo y aparcería, ya para 1988 habían descendido a 6.888.946. Estamos hablando entonces, de una porción menor de la tierra.⁸⁰⁴

En segundo lugar, la existencia del minifundio sería otro síntoma de atraso. Más de 160.000 “campesinos” serían “mini-propietarios”. Para sustentar ello, se ofrecen los siguientes datos: el 59% de las explotaciones rurales tienen menos de 100 hectáreas en promedio, de las cuales no pueden extraer lo suficiente para vivir. Tal como señalamos unos párrafos atrás, la magnitud de las hectáreas en abstracción de la zona, la productividad y el tipo de cultivo, es poco indicativa. Por ejemplo, en el “cinturón verde” de la provincia de Buenos Aires, donde se desarrolla la producción frutihortícola, durante la década del '70 el tamaño medio de las explotaciones era de 7 hectáreas⁸⁰⁵ pero se trataba de una producción intensiva en mano de obra y de alto valor comercial. En estos casos el minifundio no es síntoma de atraso, sino lo contrario: evidencia del

⁸⁰⁴Barsky, Osvaldo: *Aportes para un debate sobre el arrendamiento agrícola en la Argentina*, Documentos de Trabajo, Departamento de Investigaciones, Universidad de Belgrano, Capital Federal, Junio de 2014.

⁸⁰⁵Benencia, Roberto: “Transformaciones en la horticultura periurbana bonaerense en los últimos cincuenta años. El papel de la tecnología y la mano de obra”, en: *Actas del XIII Economic History Congress*, Buenos Aires, 2002.

desarrollo capitalista que alcanza a incrementar considerablemente la productividad por hectárea. Del mismo modo, en las producciones menos intensivas, que 100 hectáreas no sean suficientes para alcanzar el mínimo de una unidad económicamente rentable expresa el mismo fenómeno. En ese caso, el capitalismo ha avanzado en la concentración de la producción a tal punto que se requieren unidades productivas más grandes para triunfar en la competencia del mercado.

Finalmente, el tercer rasgo sería el carácter parasitario de los terratenientes dado por “su no reinversión de las rentas”, en razón de su “búsqueda ciega y egoísta de grandes beneficios”. Ello explicaría que solo el 30% de la tierra explotada se dedique a la agricultura, mientras que las otras dos terceras partes serían solo campos naturales de pastoreo. Eso, a su vez, generaría despoblamiento y atraso. Resulta interesante advertir la caracterización de los terratenientes como “egoístas” solo movidos por el afán de “grandes beneficios”. En función de ello, cabría preguntarse ¿los capitalistas se mueven por un afán altruista y caritativo de búsqueda de ganancias (¿moderadas?) y desarrollo filantrópico de las fuerzas productivas? ¿Impulsan el desarrollo nacional más allá de la prosecución de una ganancia propia? El énfasis crítico en los supuestos terratenientes termina llevando a VC a edulcorar el papel de la burguesía. Por otro lado, tampoco se verifica el carácter “parasitario” de los terratenientes, si se entiende por ello que no reinvierten sus rentas o ganancias.

Amén de que, como señalamos, por aquellos años la productividad agropecuaria crecía merced a la incorporación tecnológica, también vemos ejemplos de “oligarcas” que invierten más allá del ámbito rural. Algunos casos pueden ilustrar este problema.⁸⁰⁶ Celedonio Pereda provenía de una tradicional familia de ganaderos⁸⁰⁷ y se desempeñó entre los años 1972 y 1978 como presidente de la Sociedad Rural. Es decir, estaríamos ante la máxima autoridad de la “oligarquía ganadera”, si nos guiáramos por las lecturas de VC. Para ese entonces era dueño de tres importantes estancias ubicadas en el corazón de la pampa húmeda, en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe: Estancia Villa María, Paso Alsina y 13 de Abril. A pesar de ello, sus inversiones excedían al agro. Era dueño también de Somerfin, una empresa de provisión e instalación de equipos eléctricos contratista del Estado. Lanusse es otro de los apellidos que podría remitirse al imaginario oligárquico-especulador. Para los años '70 la familia seguía dedicándose a la

⁸⁰⁶Sanz Cerbino, Gonzalo: *De Perón a Videla. La estrategia de la burguesía argentina, 1955-1976*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2018.

⁸⁰⁷Cuesta, Martín: “Celedonio Pereda: Patrones de inversión de un gran empresario de la Argentina próspera”, en: *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, N° 58, mayo de 2013, pp. 79-100.

producción ganadera, pero su fuerte estaba en el comercio de vacunos, estando bien posicionados en el mercado de hacienda del país. Sin embargo, ya se había diversificado hacia las finanzas, la compra y venta de tierras y la construcción con la firma Constructora Lanusse. Finalmente, otro ejemplo interesante lo constituye el grupo Braun. Conocidos por sus extensas estancias en la Patagonia (La Josefina, Estancias La Armonía, Estancia Anita, Estancia Sara Braun, solo por nombrar algunas), el grupo tenía una conspicua presencia fuera de la economía agraria. Se había diversificado hacia la actividad comercial (Compañía Importadora y Exportadora de la Patagonia), el transporte aéreo (Aerolíneas Austral) y de mar (Resalmar y Compañía Chilena de Navegación Interoceánica), turismo y hotelería (Grandes Hoteles del Sur y Sol-Jet), editorial (Emecé y Santillana), Seguros (Aconcagua y La Regional), la construcción (Construcciones Empresas Eléctricas Mecánicas de Obras Públicas), la actividad bancaria (Banco de Mendoza, Bango General de Negocios y Banco Argentino de Comercio), fabricación de barcos (Astilleros Astarsa), maquinaria agrícola (Argentrac y SAMIA), inmobiliarias y empresas mineras. Como hemos podido ver, se trata de ejemplos que bien podrían cuadrar en el concepto de “oligarquía”, si entendemos por ello a los capitales grandes del ámbito rural. Pero su actividad lejos estuvo de limitarse al cercado de una tierra y a la adquisición de ganado para que paste libremente allí, sin más inversiones. Por el contrario, se trata de capitales de origen rural sumamente diversificados y no solamente hacia las finanzas o actividades de “especulación”.

Finalmente, la combinación de latifundio, minifundio y parasitismo explicaría para VC el estancamiento crónico del agro desde la década del '30. En más de 30 años, señala VC, la productividad habría crecido solo un 10%, cuando países como Estados Unidos lo hicieron un 130% y Francia un 70%. Un crecimiento ínfimo motorizado por la introducción de tractores (de 30.000 unidades en 1947 a 100.000 en los '60), que desplazaron a 5 millones de equinos, liberando tierras de cría y mantenimiento. Estas, sin embargo, no habrían ido a parar a producción agropecuaria pues los tractores crecieron un 230% y la producción solo un 7%.

Estas afirmaciones presentan varios problemas. En primer lugar, el incremento de la productividad del agro argentino en los años a los que se refiere VC es superior. Ya hemos hecho referencia a ello en el capítulo I. Recordemos que allí señalábamos que entre 1962 y 1984 la productividad de la mano de obra casi se cuadruplicó. Asimismo, entre los quinquenios 1960/61-1964/65 y 1982/83-1986/87, la producción de granos creció un 250%, totalizando los 32 millones de toneladas. Por su parte, la superficie

cultivada y cosechada creció un 43,9 y un 62,24% respectivamente. En cuanto a los rendimientos del conjunto de la producción agraria se elevaron un 51,8%, pasando de 1,5 a 2,3 toneladas por hectárea, en el mismo período indicado.

Para ofrecer nuevos datos, compatibles con las fechas en las que fue realizado el documento de VC veamos el rendimiento en kilos por hectárea cosechada de algunos cereales de origen predominantemente pampeano. El trigo entre 1910 y 1939 tuvo un rendimiento promedio de 832,1 kilos por hectárea cosechada, mientras que en el quinquenio 1965/1969 alcanzó los 1.400 kilos por hectárea cosechada, es decir un incremento del 68% en la productividad. En el caso del maíz, datos de los mismos períodos dan cuenta de un ascenso de 1.674,3 a 2.059, es decir un 22%.⁸⁰⁸ A todo ello deberíamos sumarle un dato central a la hora de evaluar el desempeño del agro argentino en términos capitalistas: el valor de toda esa masa de producción. Tomando la zona núcleo (Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe), nos encontramos con que de 1960 a 1970 el valor de la producción de la agricultura se incrementa un 31,5% y el de la ganadería un 9%, lo que arroja un incremento agropecuario total cercano al 20%.⁸⁰⁹

Por otro lado, el parque de tractores en 1960 se ubicaba en 104.306 y en 1969 ya había alcanzado el número de 190.666 unidades. No solo había aumentado la cantidad, sino también la potencia media de ellos, que pasó de 38,6 caballos de vapor a 46,2 en el mismo período.⁸¹⁰ De todos modos, tomar este indicador único como índice del avance técnico del capitalismo agrario resulta insuficiente. En particular, en una etapa donde se produjo a nivel mundial la llamada “Revolución Verde” que tiene como principales protagonistas a los plaguicidas, herbicidas y las semillas mejoradas. La producción de semillas híbridas adquiere una magnitud considerable en la década del '70. Si para el período 1949-1959 la producción de híbridos de maíz representaba un 5,8% de las necesidades de siembra, para la etapa 1959-1969 había ascendido al 38,6% y en la etapa 1969-1979 a un 93,8%.⁸¹¹ En el caso del sorgo granífero, para el período 1950-1957 la producción de híbridos alcanzaba al 2,4% de las necesidades de siembra y ya para la etapa 1960-1970 representaba el 51,2%.⁸¹² Lo que VC parecía no ver era el cambio de tendencia que se había producido en el agro, del estancamiento al crecimiento.

⁸⁰⁸ Barsky, “La caída de la producción...”, op. cit., p. 88.

⁸⁰⁹ Obschatko, “Las etapas...”, op. cit., p. 127.

⁸¹⁰ Huici, Néstor: “La industria de maquinaria agrícola en Argentina”, en: Barsky, *La agricultura...* op. cit., p. 146.

⁸¹¹ Gutiérrez, Marta: “Semillas mejoradas: desarrollo industrial e impacto sobre la producción agrícola”, en: Barsky, *La agricultura...* op. cit., p. 182.

⁸¹² Ídem, p. 184.

A merced de estos análisis, no puede sorprender que en el planteo de VC aparezca la idea de un desarrollo farmer truncado por el latifundio, cuya pervivencia es resultado del desarrollo del capitalismo dependiente. El monopolio de la tierra en pocas manos alejaría a la Argentina de una “vía típica capitalista”, donde un “gran número de pequeños productores compitiera entre sí y de los que fuera surgiendo una poderosa burguesía agraria enfrentada a una gran masa de proletarios rurales”. Por el contrario, los terratenientes no se convirtieron en “capitalistas agrarios”, es decir, no transformaron sus estancias en empresas usando mano de obra asalariada en gran escala. La norma sería “el monopolio de la tierra por grandes terratenientes, explotadores de los campesinos a través del arriendo y a través de mil y un otros métodos, explotación que se extiende a los pequeños propietarios”. Se trataría, entonces, de la existencia de una poderosa capa de “terratenientes puros”, es decir, aquellos que poseen tierra pero no le dan ningún tratamiento productivo, más que la usura por arriendo.

No obstante, existiría un estrato de empresas capitalistas agrarias, bien que minoritario. Ese sector representaría un 20% de las explotaciones, que utilizarían mano de obra, pero en su mayoría no más de una o dos personas “que se suman al trabajo familiar y aportan la mayor parte de la fuerza de trabajo utilizada”. De 100 habitantes de la región pampeana, 70 serían productores familiares y 30 asalariados (21 peones fijos y 9 transitorios). De resultas de esto, “ni las relaciones precapitalistas han desaparecido, ni el proletariado constituye la mayoría de los trabajadores rurales”. Examinaremos más de cerca este problema cuando nos aboquemos al PCR. Sin embargo, adelantemos que las cifras, de las que no se cita su origen, resultan dudosas. En particular, en lo relativo a los peones transitorios, que son la gran masa de trabajadores rurales. Que han sido subestimados queda claro al registrarse un número muy inferior en relación a los peones fijos. Dado el ciclo estacional del trabajo agrario, quien contrata peones fijos, es decir que los utiliza en momentos inclusive de ausencia de faenas intensivas (como la siembra y la cosecha) necesariamente contrata más trabajadores para el momento que deben realizarse estas otras tareas. De manera que el número de transitorios siempre es más elevado que el de los fijos. Por motivos que explicaremos luego, los censos agrarios son una fuente estadística con severos problemas para captar la magnitud del proletariado rural.

De este modo, según VC el campo argentino estaría en una situación de atraso, habiendo una cuestión agraria que resolver, cuya tarea central sería la liquidación del latifundio. El escenario general sería el del dominio de la pequeña producción, toda vez

que se afirma que, más allá de los terratenientes, solo un quinto explota mano de obra, pero en bajas proporciones y nunca abandonando el trabajo de su familia. Es decir, un escenario teóricamente dominado por la pequeña burguesía agraria, con una fracción explotadora minoritaria.

En los párrafos precedentes y en el capítulo I hemos expuesto los datos que permiten refutar esta imagen. Lejos de consolidar el latifundio, los cambios que se iniciaron en la década del '60 nos hablan de un fenómeno de desconcentración de la tierra sin dispersión, motivo por el cual los segmentos de explotaciones que crecen son los estratos medios y no los más grandes. En cuanto al carácter mayoritario de la pequeña producción sin explotación de fuerza de trabajo, volveremos en el próximo acápite. Por el momento, basta con señalar que es el propio partido maoísta que aquí analizamos el que reconocerá que detrás del “campesinado” se encubren explotadores de fuerza de trabajo.

Entrado 1975, VC publicó un análisis más detallado sobre la estructura del campo argentino, en especial en lo que hacía a la distribución y tenencia de la tierra. El militante Melquíades González escribió el artículo “Quienes son los dueños de la tierra” para la revista teórica del partido *Temas Revolucionarios*, a propósito de la publicación *La tierra en Argentina* elaborada por el Consejo Agrario Nacional (CAN) con datos extraídos del Censo Agropecuario de 1969.⁸¹³ Una nota que intentaba darle soporte estadístico al “monopolio de la tierra, los latifundios improductivos, la superexplotación y pobreza que sufren los campesinos minifundistas y sin tierra”, y que vendría a corroborar las apreciaciones de VC según la cual “los terratenientes y los monopolios industriales ligados a la actividad agropecuaria, son los grandes males de la economía rural.”

En líneas generales, se sostiene que el trabajo *La tierra...* “aporta nuevos datos que no hacen más que confirmar viejas certezas.”, pero ofrece a ello soluciones parciales, incompletas, que configurarían en el mejor de los casos un “modesto paliativo” para un mal grave. En síntesis, muestra bien un problema pero ofrece una mala solución. Como insumo, este texto aportaría datos concretos sobre la estructura agraria argentina, en particular: distribución de la superficie, régimen de tenencia, grado de uso de la

⁸¹³Gonzalez, Melquíades: “Quienes son los dueños de la tierra”, en: *Temas Revolucionarios*, N° 3, noviembre-diciembre de 1975, pp. 33-38. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas refieren a esta publicación.

superficie, magnitud de las tierras fiscales, sumado a algunos datos específicos basados en discriminaciones por región y estratos (en particular, los minifundios).

Iniciando el tratamiento del informe, González advierte que se ha producido un incremento en las hectáreas bajo explotación, que en 1960 ascendían a 175 millones y en 1969 se habían ampliado en 34 millones, para totalizar 209 millones. Si se miran bien las cifras, se trata de un crecimiento, en menos de una década, de casi un 20%. Semejante dato debiera ser, al menos, un insumo para relativizar la idea de un estancamiento agrario, pero el autor decide obviarlo y desechar la magnitud de este crecimiento señalando que en 1947 la cantidad de hectáreas en explotación era similar: 173 millones. El incremento en un 11% de la cantidad de explotaciones, sin embargo, lo obliga a reconocer que, si bien puede atribuírsele a una mejora en los instrumentos y herramientas censales, debió acontecer una “expansión de la actividad agropecuaria en tierras nuevas.”

El dato central sería la existencia y perdurabilidad de un acentuado monopolio de la tierra por un número reducido de propietarios. Como hemos visto, es habitual en este tipo de balances la exposición de cifras nacionales de distribución de la tierra, abstraídos de la región, niveles de productividad y tipos de cultivos allí desarrollados. En sintonía con esta estrategia argumental, VC expone en este escrito cifras de ese estilo: mientras que explotaciones con superficies menores a las 50 hectáreas representan el 53,2% del total de explotaciones y solo el 2,1% de la tierra, aquellas superiores a las 10.000 hectáreas representan el 0,6% y ocupan el 33,9% de la tierra disponible. Sobre este último dato agrega que ese 33,9% corresponde a cerca de 71 millones de hectáreas, “casi la superficie de la región pampeana”. Pero olvida aclarar que allí no se registra tal concentración de la tierra. En realidad, lo que aquel dato muestra es que en el corazón del capitalismo agrario argentino, resulta insignificante aquello que VC identifica como latifundio. Adentrándose en las diferencias de regiones y producción, González transcribe el balance del informe del CAN, organismo que reconoce la diversidad productiva:

“la [región] pampeana, considerada relativamente con el resto del país, tiene menos explotaciones chicas... La razón está en el tipo de producción: la zona pampeana es cerealera y ganadera, en tanto que las restantes regiones, tienen *producciones de destino industrial, de elevado costo de producción, alto empleo de mano de obra y gran valor de la producción, como Misiones con el té, el tung y la yerba mate; Cuyo con la vid,*

*Tucumán con la caña de azúcar; Salta, Jujuy y Corrientes con el tabaco; Chaco y Formosa con el algodón.*⁸¹⁴

Como señalamos en el primer capítulo, esas zonas de producciones intensivas corresponden a los espacios donde emergieron las Ligas Agrarias, que VC junto a casi la totalidad de la izquierda argentina, visualizó como expresión organizativa del movimiento campesino. Como indica el informe, se trata de las que más capital demandan (“elevado costo de producción”) y las más explotadoras (“alto empleo de mano de obra”). ¿Cómo responde el texto de González a este planteo? Primero señala que en esas zonas no todos son minifundios, sino que también existen grandes explotaciones. Un argumento que no hace a la cuestión, porque lo que se está discutiendo es la naturaleza de ese minifundio. La magnitud de la acumulación agraria no se mide por el tamaño de la tierra, sino por la magnitud de capital puesto en juego y la ganancia que es capaz de apropiar. Lo que debería demostrarse es que esos minifundios no alcanzan la tasa de ganancia promedio o que mantienen al supuesto “campesino” en un nivel de subsistencia. Que sean chicos en términos de tamaño físico, no indica demasiado. De ello, el autor no dice nada, solo se limita a insistir con que el minifundio es el “producto de los sistemas de colonización que la oligarquía emprendiera (o consintiera) en las primeras décadas del siglo en los nuevos territorios”, mientras que la diversificación de nuevos cultivos en la década del ’60 fue consecuencia de las “situaciones estructurales de mercado (léase penetración monopolista)”. González aduce que el minifundio es aquel cuya producción no alcanza a satisfacer las necesidades del productor y que su identificación estadística es difícil. Retomando el informe del CAN señala que de las explotaciones entre 1 y 75 hectáreas el 50% podría ser minifundio, lo que a su vez podría ampliarse al considerarse lo que los productores pierden en la esfera de la circulación comercial, al caer en las manos de acopiadores e intermediarios “monopolistas”. El asunto, sin embargo, sigue sin resolverse. No ofrece ninguna evidencia que permita equiparar minifundio en sentido físico, es decir una unidad de menos de 50 hectáreas, con un minifundio en sentido productivo, aquel que no garantiza la reproducción de su titular. En esa incapacidad de distinción, acaba por reducir todo minifundio físico a un minifundio productivo.

Un segundo elemento en el análisis es el aprovechamiento de la tierra, lo que vendría a demostrar que el latifundio es improductivo mientras que el minifundio es más racional

⁸¹⁴Los destacados son nuestros.

en cuanto a la explotación. Para ello, González toma el dato de porcentaje de superficie sometida a cultivo sobre superficie total ocupada para mostrar que las unidades de explotación de más de 5.000 hectáreas no superan el 7,7% de utilización total del suelo, lo que confirma “el carácter parasitario especulativo del latifundio”. Nuevamente, ocurre el mismo equívoco que veníamos señalando: no se advierte ni el tipo de producción ni la región. Usualmente, las tierras que superan esas magnitudes o aquellas que se muestran como “grandes latifundios” por ocupar varias decenas de miles de hectáreas, corresponden a tierras improductivas, de baja productividad o por presencia de montes u accidentes topográficos que impiden su utilización. No casualmente, estas suelen ubicarse en territorio patagónico. Ya hemos visto el caso de Santa Cruz y Tierra del Fuego. Prueba de que el porcentaje de superficie explotada no depende únicamente de la voluntad del productor, es el mismo dato que el autor ofrece para los minifundistas: las unidades de 50 hectáreas o menos, alcanzan porcentajes de utilización inferiores al 50%. Como si esto fuera poco, el propio artículo de *Temas Revolucionarios* presenta un gráfico de porcentaje de utilización de la tierra según región (pampeana, andina, patagónica, noreste, nordeste), que evidencia que los mayores porcentajes de aprovechamiento se detentan en la pampa húmeda, en unidades de entre 100 y 1.000 hectáreas, y los más bajos en La Patagonia, desde las 50 hectáreas.

En tercer lugar, el escrito examina el régimen de tenencia de la tierra. Aquí, una vez más, los datos presentados dan por tierra con los argumentos de VC. Lejos de verificarse el peso de las formas de tenencia no-propietarias (que para los partidos maoístas aparecen como semif feudales o precapitalistas), se muestra su bajo peso estadístico. La explotación por el propietario se encuentra en todas las regiones por arriba del 60% y el promedio nacional es del 73,2%. Por su parte, el arriendo no supera el 19%, con un promedio nacional del 10,7%. Incluso, el porcentaje más elevado se ubica en la región pampeana (18,3%) y detenta niveles inferiores al promedio nacional en las zonas más típicamente “campesinas”: 9,5% en el noreste y 9,2% en el noroeste. En cuanto a la aparcería, que sería uno de los mayores signos de atraso, presenta volúmenes despreciables, que a nivel nacional apenas alcanzan el 1%. Frente a estos datos, el autor señala que se encontrarían distorsionados al no discriminar el tipo de tenencia según el tamaño de la explotación. Las grandes extensiones tendrían solucionados sus problemas legales, con lo cual el arriendo sería más fuerte en las pequeñas propiedades. Esto deja, sin embargo, sin explicar por qué si el minifundio es una realidad aplastante, sobre todo en el norte del país, ello no se traduce en un peso

mercado del arriendo en aquellas zonas. Además, en todo momento el razonamiento expuesto parte del prejuicio de concebir las formas de propiedad como opuestas, sin contemplar la posibilidad del arriendo como una estrategia de los propietarios para expandir la producción.

Seguidamente, el artículo se detiene en las tierras fiscales, para rescatar del informe el bajo porcentaje de tierras en manos del Estado. Con ello pretende combatir “las mentiras tradicionales de los terratenientes”, según las cuales el problema de los sin tierra y de los minifundios, podría resolverse con la distribución de las tierras fiscales. El informe confirmaría que esto no es posible, toda vez que ese tipo de tierra se encuentra sobreocupada y su tamaño es exiguo. La solución para el CAN es la expansión de la frontera agropecuaria, mediante la habilitación de zonas marginales, la incorporación de tierras ociosas y un llamado genérico a “mejorar la distribución de la tierra y régimen justo de tenencia”. VC saca otra conclusión. Señala que si se tomaran las propiedades de más de 10.000 hectáreas, de ellas podrían surgir los 43 millones de hectáreas necesarias para darle a los 278.500 productores minifundistas o sin tierra. Se trata de un planteo abstracto, toda vez que, como vimos, las unidades más amplias se encuentran fundamentalmente en zonas de la Patagonia, mientras que las chicas se ubican en otras zonas. Si se implementara el criterio del partido, por caso, un minifundista productivo de Misiones debería trasladarse a Santa Cruz para explotar mayores extensiones de tierra pero con menor productividad.

Con este diagnóstico, VC llama a la “expropiación sin indemnización de la propiedad terrateniente”, la constitución de “granjas estatales” bajo control obrero y la “entrega de la tierra en parcelas que garanticen una explotación económica a los campesinos que la demanden”, con promoción de las cooperativas, créditos, tecnificación y precios retributivos. Como veremos en breve, esa es la consigna que VC agitó en el campo durante los '70: la reforma agraria.

Las clases sociales: terratenientes, campesinos y proletarios

Habiendo reconstruido la estructura agraria según VC, nos adentraremos ahora en las definiciones que ofreció sobre las diferentes clases sociales que habitan ese espacio: terratenientes, campesinos y proletarios.⁸¹⁵

⁸¹⁵Nos basamos en VC, *Proyecto de resolución sobre situación nacional. 1er Congreso...*, op. cit. Todas las citas corresponden a este documento salvo se indique lo contrario.

De los terratenientes ya hemos hecho algunas menciones. Básicamente, se trataría de una clase propietaria de tierra en gran escala y, a grandes rasgos, no productora “directa” (es decir, ni produce con brazos propios y familiares ni con brazos ajenos) sino rentista. Dentro de ella, VC distinguía tres fracciones que irían del terrateniente rentista pleno al capitalista agrario. Por un lado, dueños de tierras en grandes extensiones que no explotan directamente y que no viven en el campo. Una suerte de “rentistas puros”, que vivirían a partir del régimen de arriendo y aparcería. En segundo lugar, dueños de extensas tierras y copioso ganado, dotados de maquinaria agrícola, que ejercen una explotación extensiva con baja inversión de capital. Finalmente, se encontraría una fracción de grandes propietarios que desarrollan una explotación agropecuaria intensiva o dedicada a cultivos industriales, con grandes inversiones de capital y explotación de “obreros rurales y campesinos”. Estos serían la burguesía agraria real. En muchos casos, aclaraba el partido, estas tres fracciones aparecen personificadas en una misma familia. Si a esto se le suma que VC planteaba la existencia de un entrelazamiento entre terratenientes y gran burguesía asociada al imperialismo, a través de las inversiones de los latifundistas en industria, banca y comercio (y de la gran burguesía en el campo), la conclusión lógica es la inexistencia de una capa terrateniente “pura” que viva de rentas.

En cuanto a los campesinos, en términos generales fueron definidos como “trabajadores del campo explotados por terratenientes”. En esta clase, se identificaban tres capas: pobre, medio y rico. Los pobres ocuparían parcelas de poco valor -bajo la forma de tierras fiscales o arrendamientos con viviendas precarias- sin acceso al riego, con limitados y antiguos medios de producción, sin dotación de capital ni disponibilidad de créditos. Utilizarían para la explotación económica de la tierra sus propios brazos y los de su familia, lo que, sin embargo, no les alcanzaría para cubrir su propia reproducción, por lo que debían vender su fuerza de trabajo a terratenientes y campesinos ricos. Lo que le daría status de campesinos es que “permanecen dedicados a las tareas agrícolas en sus tierras y se ven necesitados de vender su fuerza de trabajo en una parte menor del año”. Aunque con “tendencias individualistas”, poca experiencia organizativa y de lucha, y un retraso relativo en lo cultural y político, se constituirían en una fuerza “muy revolucionaria”, pues “tienen a su favor hacer una experiencia como proletarios en parte del año”.

La definición ofrecida, más que ajustarse a la categoría de “campesino” parece reunir todas las características del semiproletariado con tierras. Para este sujeto la tierra

aparece como medio que le permite garantizar solo una parte de su reproducción, que deberá completar mediante la venta de su fuerza de trabajo fuera de su propio predio. Dicho de otro modo, no estamos frente a un aliado natural de la clase obrera, sino a una manifestación concreta de una capa de esa clase. Lo que a simple vista puede aparecer como una sutileza académica o un tecnicismo excesivo, tiene una consecuencia política concreta. Apelar a la “campesinidad” del semiproletario y convocarlo como tal, es decir apelando a cumplir su demanda de tierras a través de la consigna de reforma agraria, no parece una manera adecuada para combatir su “tendencia individualista”. Al mismo tiempo, al definirlos por el hecho de “trabajar la tierra”, toda persona que no sea un terrateniente se convierte automáticamente en un campesino, lo que termina por subsumir a la pequeña burguesía agraria, el semiproletariado con tierra y parte de la burguesía bajo un mismo rótulo.

En cuanto a la fracción media, se trataría de productores que viven fundamentalmente de su trabajo y el de su familia, explotando a otros solo “ocasionalmente” puesto que se bastan con el trabajo propio y familiar. La formulación abstracta y genérica así esbozada resulta insuficiente para calibrar realmente a qué sector social se refiere VC. Fundamentalmente, porque la “ocasionalidad” es crucial en ella. Como advertimos en la introducción, una de las capas más invisibilizadas del proletariado son los peones rurales transitorios. Como estos aportan su fuerza de trabajo solo en un tiempo acotado, los meses de cosecha, no son registrados en los censos y su aporte a la creación de valor es menospreciada en función de las jornadas anuales de trabajo. Si la “ocasionalidad” en la que un “campesino medio” contrata fuerza de trabajo corresponde con el tiempo de cosecha, no estamos frente a un representante de la pequeño burguesía, sino ante un burgués en toda la regla.

Dentro de los campesinos medios habría una división. La “capa inferior” dispondría de medios de producción anticuados e incompletos, y solo explotaría trabajadores en cosechas no mecanizadas “que requieren gran cantidad de mano de obra”. La “capa superior” tendría una “vida más acomodada”, ocupando obreros no solo para la cosecha sino también para otras etapas del cultivo e incluso, ante una reducción de los brazos familiares, podría disponer de peones permanentes. Sus medios de producción son más modernos (fundamentalmente, tractores e implementos mecanizados), tienen “vivienda digna” y transporte propio.

Ambas capas padecerían la explotación de la oligarquía y los monopolios a través del arriendo, los bajos precios y la falta de fuentes de financiamiento. Los afectarían

además los altos impuestos, el atraso en los pagos y el escamoteo del agua para riego. La capa inferior sería aliada natural de los campesinos chicos (y, a su vez, de los obreros), mientras que la capa superior se mostraría más vacilante y más influenciada por las clases reaccionarias, pero también debería ser impulsada a la acción.

Dicho de otro modo, al menos hasta la capa más acomodada de los campesinos, sería parte de la alianza interesada en la revolución. Es difícil ver con claridad que clase realmente está detrás de esta definición de “campesino medio”, particularmente porque desconocemos la magnitud de las tierras que explotan y muchas veces el trabajo “familiar” encubre formas de explotación que se hacen evidentes con tan solo advertir las magnitudes de las unidades productivas. Con todo es evidente que se trata, en el mejor de los casos, de pequeña burguesía explotadora o lisa y llanamente de burguesía agraria.⁸¹⁶ Incluso en la capa baja se reconoce la explotación de trabajadores en tiempos de cosecha, que vale recordar, son los momentos más álgidos de trabajo rural mientras que el resto del año las faenas son menores. Eso no les quita carácter explotador, sino que por el contrario, lo confirma. Más cuando el mismo documento que trabajamos reconoce que esas faenas son las que requieren grandes volúmenes de fuerza de trabajo. Si se lee bien, en realidad estaríamos frente a la capa más explotadora del campesinado, que compensa su imposibilidad de capitalizarse por la vía de la adquisición de maquinaria agrícola moderna, explotando más al proletariado rural.

Finalmente, la capa de campesinos ricos estaría constituida por aquellos propietarios, arrendatarios o una combinación de ambas realidades, dedicados a los cultivos industriales y a la ganadería extensiva, que utilizan maquinaria agrícola moderna, emplean mano de obra asalariada a la que “explotan cruelmente”, pero no dejan de participar directamente del trabajo. Su posición social lo pondría en contradicción con la oligarquía, en la medida que esta les impediría el acceso a mejores tierras, y con el imperialismo, puesto que sus monopolios fijan precios a través de las comercializadoras. De resultas de ello, podrían colaborar con la alianza revolucionaria en la lucha antiimperialista y ser neutrales en la lucha de obreros rurales y campesinos chicos y medios contra los terratenientes. Si bien tendrán una “conducta zigzagueante”, no son un “blanco” de la revolución.

⁸¹⁶Es interesante destacar que, en el documento ya citado, donde se hace referencia al “campesinado” cañero, cuando se habla del estrato medio se lo denomina “burguesía agraria media”, definición que destaca su carácter explotador, pero que desaparece en otros documentos. (VC, *Resolución del CC...*, op. cit., p. 8).

Lo interesante de toda esta descripción es que no se asienta sobre ningún dato empírico. No se especifican magnitudes de tierra que cada capa campesina explota, datos sobre las producciones que realizan, cifras que avalen el supuesto carácter despreciable del trabajo asalariado, información acerca del uso de maquinaria agrícola, etc. En definitiva, se trata de definiciones en abstracto, sin asidero, más propias de los “tipos ideales” weberianos⁸¹⁷ que del estudio concreto de la situación concreta, metodología que es la base del marxismo que VC reivindica. Siguiendo esta metodología, la categoría “campesino” se convierte en una suerte de profecía autocumplida y se la encuentra allí donde se la pretende encontrar.

Como queda de manifiesto, el campesinado para VC es una clase cuya determinación central es la participación directa en la explotación de la tierra. Incluso esto aplicaría a la capa rica, aunque nunca se refiere concretamente qué tareas realizan. Al no especificar ese detalle, indicar que “trabajan” bien puede reducirse a tareas de dirección de la explotación, con las cuales formalmente se opaca su carácter explotador. Si tomáramos la explotación de fuerza de trabajo como el rasgo distintivo de la burguesía, desde la capa media hacia arriba, todos los “campesinos” son burgueses hechos y derechos, que explotan trabajadores, e incluso lo son una fracción importante de la “capa inferior” del campesinado medio. Tampoco queda claro qué diferencias de clase existirían entre la fracción burguesa de los terratenientes y los campesinos ricos, en la medida en que ambos son explotadores, están fuertemente mecanizados e incluso son propietarios. La disputa por acceso a tierras, que sería el eje del interés “antioligárquico” de los campesinos ricos, resulta en realidad una pelea entre burgueses cuya acumulación depende de un factor que, por naturaleza, es limitado. Dicho de otra manera, el esquema que aquí presenta VC, tras la bruma campesinista, lo que muestra es lo que el partido se empeña en negar: que en el agro las clases sociales son esencialmente las mismas que se mueven en la industria urbana, obreros y burgueses, y en el medio de ellos fracciones pequeñoburguesas que pugnan por no proletarizarse o ampliar su escala.

Finalmente, queda el proletariado agrícola. Dentro de esta clase se nuclearían hombres, mujeres y niños que se reproducen a partir de la venta de su fuerza de trabajo para la

⁸¹⁷“Un tipo ideal está formado por la acentuación unidimensional de uno o más puntos de vista y por la síntesis de gran cantidad de fenómenos concretos individuales difusos, distintos, más o menos presentes, aunque a veces ausentes, los cuales se colocan según esos puntos de vista enfatizados de manera unilateral en una construcción analítica unificada [...] Dicha construcción no puede ser encontrada en ningún lugar de la realidad.” Weber, Max: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2006.

realización de faenas agrarias. A esas actividades se dedican todo el año o la mayor parte. En tanto que productores de la riqueza en el campo, que sufren la explotación y opresión de “terratenedores y campesinos ricos” que “violan constantemente las leyes sociales”, serían la clase “más revolucionaria” y dueños de una “historia combativa”. Sin embargo, no constituyen la amplia mayoría de los “trabajadores rurales”, lugar que ocupan los campesinos. Si bien sus demandas inmediatas estarían vinculadas a la estabilidad laboral, el salario justo y la vivienda digna, tendrían un “reciente origen campesino”, y conservarían lazos familiares con campesinos, por lo cual “la aspiración a la tierra lejos de estar muerta, permanece viva en la conciencia de estos trabajadores [...] alberga en gran medida aspiraciones ‘campesinas’.”

Aquí observamos la importancia de la experiencia en la definición de clase. Como, al parecer, el proletariado rural argentino tuvo una experiencia campesina reciente (¿en qué momento tuvo lugar una expropiación masiva de productores directos?), conserva reivindicaciones en torno al acceso de la tierra. En una estructura en la que una clase habría logrado hacerse del monopolio de las tierras, estas aspiraciones alinearían al proletariado en una alianza con los campesinos, para cumplir con las tareas democráticas agrarias, es decir, la reforma. En ningún momento VC se planteaba que esa conciencia “campesina” fuera una realidad a combatir, sino que lo visualizaba como su contrario: una virtud que facilitaría la alianza obrero-campesina. Con este razonamiento, lo que se alienta, finalmente, es la aspiración de estas clases a convertirse en propietarios de medios de producción.

El camino de la reforma agraria

Sintetizando, la estructura agraria argentina estaría caracterizada por el monopolio de la tierra (que genera el latifundio y su contracara, el minifundio), la baja productividad y el estancamiento, el predominio de productores familiares y el carácter minoritario del proletariado rural. La conclusión política de ello es que “la cuestión agraria argentina dista mucho de estar resuelta, que sigue en pie; que las tareas democráticas en el campo no están cumplidas”. De modo que el Frente Único Revolucionario, cuyo núcleo es la alianza obrero-campesina (obreros industriales y rurales junto a campesinos pobres y medios de la capa inferior), tiene por delante una compleja tarea en relación a las clases agrarias. Los terratenedores deberán ser liquidados como clase, poniendo fin a su monopolio de las tierras y las diversas formas de explotación del campesinado mediante

un reparto equitativo de la tierra y la maquinaria agrícola. Para los campesinos ricos debería adoptarse una línea de unidad que bloquee su confluencia con los terratenientes, pero sin perder la perspectiva de la limitación de sus tierras e instrumentos de trabajo, es decir de su parcial expropiación por la revolución en el campo.

Con los campesinos medios, por su parte, habría que unirse estrechamente, respetando sus intereses y llamándolos a cumplir un rol activo en la lucha antioligárquica. Con cuidado, señalaba VC, de no caer en una “política ultraizquierdista” frente a ellos, absteniéndose siempre de atacar sus intereses, dando un “franco apoyo a sus demandas”. En este punto es interesante advertir la consigna que desarrolla el partido: “toda política encaminada a la desintegración de la pequeña burguesía y su proletarización no sólo no tiene nuestro apoyo, sino que recibe nuestra oposición”. Esta propuesta es una inversión directa de aquella que esbozara Engels cuando se planteó el problema campesino. En *El problema campesino en Francia y Alemania*, señalaba:

“Ni ahora ni nunca podremos prometer a los campesinos parcelarios la conservación de la propiedad individual y de la explotación individual de la tierra contra el empuje arrollador de la producción capitalista. Lo único que podemos prometerles es que no nos entrometeremos violentamente en su régimen de propiedad contra la voluntad de ellos. [...] no podemos prestar, no ya al partido, sino tampoco a los mismos pequeños campesinos, peor servicio que el de hacerles promesas que despierten en ellos aunque sólo sea la apariencia de que nos proponemos mantener de un modo permanente la propiedad parcelaria. Esto equivaldría a cerrar directamente a los campesinos la senda de su liberación”.

Justamente, ese era el corazón de la estrategia campesinista de VC: el apoyo a la pequeña y media producción frente al avance de la concentración capitalista en el agro. Es decir, una salida regresiva que se apoya sobre los productores menos eficientes. Mientras que la concentración de la producción permite el incremento de la productividad -mediante el aumento de la escala, la implementación de más y mejores maquinarias, la reducción de costos y el ahorro de fuerza de trabajo- la pequeña explotación presenta mayores dificultades para ello, lo que en buena parte de los casos conduce al incremento de la explotación a los efectos de compensar su menor productividad y poder competir en el mercado.

Este planteo de VC se confirma al analizar las tareas que se le proponen a la “Dictadura democrático-popular”, es decir a la forma de gobierno que se instaurará al iniciarse la etapa de cumplimiento de tareas antioligárquicas y antiimperialistas:

“La clase terrateniente será expropiada sin compensación. Los terratenientes que no hayan cometido graves crímenes contra el pueblo tendrán derecho a parcelas iguales que los campesinos para que las cultiven con sus propias manos bajo el control y la vigilancia de los obreros rurales y campesinos pobres. Aplicando el principio ‘la tierra al que la trabaja’, y fomentando la explotación cooperativa, se desarrollarán las nuevas fuerzas productivas en la agricultura. Las empresas cooperativas que se formarán en el campo, sobre la base la voluntad de los obreros rurales y de los campesinos, se erigirán en un factor socialista de la agricultura. Los campesinos ricos serán limitados y sus tierras y aperos sobrantes serán distribuidos entre los obreros rurales y los campesinos pobres y medios o entregados a las cooperativas que ellos formen. Las tierras de la clase terrateniente serán entregadas en propiedad a los obreros rurales y campesinos pobres; las parcelas de los campesinos pobres y medios serán respetadas y en general ampliadas. Será abolido el arriendo. Se otorgarán créditos para ayudar a la tecnificación y desarrollar la producción. Se establecerán precios justos y compensatorios de los productos y el estado garantizará su comercialización”⁸¹⁸

Como puede verse, se trata de una reforma agraria. En las condiciones de acumulación de capital descritas en el capítulo I, una medida de este tipo no hace sino recrear un problema. Allí donde la producción ha alcanzado gran escala, se la divide en pos de recrear un grupo mayor de pequeñas y medias propiedades, contra las que luego habrá que luchar para que acepten una salida cooperativista voluntaria. En lugar de utilizar la producción más eficiente como punta de lanza para la liberación del trabajo humano, la propuesta de reforma agraria lleva a la perpetuación del trabajo y la explotación.

Resumiendo

Si recordamos lo apuntado en el capítulo I, podemos concluir que VC estuvo presa de lo que denominamos allí “visión tradicional” del campo: la tierra concentrada en grandes explotaciones improductivas o ineficientes, dedicadas a la ganadería extensiva; un

⁸¹⁸Un pliego de reivindicaciones similares puede verse en: Vanguardia Comunista: *Manifiesto-Programa de Vanguardia Comunista*, 1971, compilado en: Vanguardia Comunista: *Resoluciones del Primer Congreso Nacional “Emilio Jauregui”*, noviembre de 1971.

amplio espectro de pequeñas propiedades en arriendo destinadas a la agricultura, productores chicos esquilados por arriendos excesivos que les impedirían desplegar todo su potencial. Todo ello contribuye a generar una situación de estancamiento y desempeño agrario más bien pobre.

En líneas generales la apreciación del agro por VC puede sintetizarse en que cruzando la tranquera, la Argentina se encuentra dominada por una clase de grandes propietarios de tierra que, ajenos a una lógica productiva, aspiran a obtener rentas que agotan las potenciales ganancias de una masa de campesinos empobrecidos. Allí está la clave de la cuestión. No hay, bajo estas condiciones, tareas socialistas para el agro, toda vez que allí priman formas precapitalistas y domina una clase que, al menos en sus capas mayoritarias, no es burguesa en sentido estricto. Debajo de ella, la enorme masa de la población rural son productores directos.

Aunque se empeñen en rechazarlo, el escenario que describen, si se aceptan sus apreciaciones, es el propio del feudalismo. Como sostener la existencia de señores feudales y campesinos de la gleba resulta descabellado dada la inexistencia de cualquier tipo de coacción extraeconómica, se trata de encontrar esos rasgos en formas contractuales que no lo poseen necesariamente: arriendos y aparcerías. Justamente como el escenario es precapitalista, lo que VC propone como salida es una solución burguesa: la liquidación de los obstáculos al desarrollo del capital, esto es, la “liberación” del campesinado mediante una reforma agraria que acabe con los terratenientes.

Que el planteo esbozado no concuerda con la realidad, es un punto que el mismo partido acababa por reconocer al aceptar que, al menos gran parte de los campesinos son explotadores de fuerza de trabajo y que, los que no lo son, aspiran a serlo mediante la ampliación de sus parcelas. En virtud de que ese es el sujeto que privilegia, la política agraria es consecuente y reproduce la salida esbozada por el agrarismo más osado: la reforma agraria, cuyos resultados no son otros que la consolidación de una capa de burgueses medios y chicos. En este escenario, los intereses del proletariado industrial quedan atados a los de los “campesinos”.

b. La influencia del maoísmo

Estas definiciones respecto a la existencia una cuestión agraria en la Argentina no estuvieron desde un primer momento presentes en la organización. Se llegó a ellas a través de una compleja evolución, en la que se destaca el intento de imponer las

definiciones y la estrategia maoísta en una realidad como la Argentina, difícilmente asimilable a la china. VC se caracterizó, al menos en sus primeros años de existencia, por significativos cambios en su programa y, parcialmente, en su estrategia, lo que evidentemente fue modificando el papel del campesinado en ellos. Como hemos advertido, el grupo de Semán se reconoció desde un comienzo como maoísta. Sin embargo, el sentido de esa adscripción fue transformándose con el tiempo. Corresponde entonces, que analicemos esa evolución, atentos a sus modificaciones.

Entre 1965 y 1970 la organización realizó dos importantes autocríticas que buscaron ser superadas con “campañas de rectificación”.⁸¹⁹ De modo que se pueden identificar al menos cuatro etapas de cambios programáticos y estratégicos: la que comienza en 1964 con los primeros escritos de Semán, la que va de los orígenes de VC hasta la primera campaña de rectificación (1965-1967), la que media entre la primera y la segunda campaña (1968-1969), y la que continúa una vez concluida esta última (1969 y después). Reconstruiremos cada una de ellas atendiendo específicamente al papel del campesinado.

La prehistoria (1964)

En diciembre de 1964 salió a la luz el documento titulado *El partido marxista leninista y el guerrillerismo*. Escrito por Elías Semán y discutido y aprobado por la Dirección Nacional del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV), el documento constituye un alegato en contra del “guerrillerismo”. No es, bajo ningún punto de vista, una discusión abstracta lo que en sus hojas recogen. Muy por el contrario, la experiencia “guerrillera” tenía una notable actualidad en el contexto argentino. Ese mismo año había sido desbaratado el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), un grupo de 30 guerrilleros comandados por el periodista Jorge Masetti -y directamente vinculados a los planes continentales de Ernesto “Che” Guevara- que se habían instalado en la zona

⁸¹⁹La utilización del concepto de “campaña de rectificación” remite directamente a las ideas de Mao, quien solía insistir en la tarea del partido de criticar y autocriticar constantemente su accionar: “Rectificación significa corrección del modo de pensar y del estilo de trabajo. [...] el método consistirá, primero que todo, en estudiar una serie de documentos y, sobre esta base, examinar cada cual sus propias ideas y su trabajo y desplegar la crítica y autocrítica con el fin de descubrir los defectos y errores y de estimular lo que sea bueno y correcto. [...] El movimiento de rectificación es, como decíamos, un amplio movimiento de educación marxista. Por rectificación entendemos que todo el Partido estudia marxismo a través de la crítica y la autocrítica. Podremos sin duda aprender más marxismo en el curso del movimiento de rectificación.” Tse-Tung, Mao: “Discurso ante la Conferencia Nacional del Partido Comunista de China sobre el Trabajo de Propaganda”, en: *Obras Escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1977, pp. 466-467.

selvática de Orán, lindante con Bolivia.⁸²⁰ En paralelo, aquella estrategia era reivindicado o elogiada desde diferentes organizaciones políticas, como Vanguardia Revolucionaria (VR), los Círculos Recabarren y su publicación “El Obrero”, y Pasado y Presente. Contra todos ellos, Semán escribió este texto.

El documento de marras se compone de cuatro secciones: “En el marxismo-leninismo”, “El camino de la revolución argentina”, “La historia del excitante y la teoría del partido” y “Crítica al oportunismo”. Sus títulos ya adelantan la tónica crítica general que contiene el escrito y permiten anticipar su contenido programático y estratégico. En efecto, lo que Semán planteaba allí era la necesidad de refundar el marxismo leninismo en contra del revisionismo, para lo cual se volvería imprescindible enfrentar la estrategia en boga, el guerrillerismo. Para ello recurrió a diversos argumentos, la gran mayoría de los cuales giraban en torno a la inadecuación de aquel para el contexto argentino.

El primer apartado es el que calibra la magnitud de la polémica en curso. Semán diagnostica una fractura en el campo socialista internacional, como resultado del surgimiento de una corriente revisionista que, si bien no es explícitamente mencionada, refiere a la Unión Soviética. En este panorama, se volvería necesario un combate frontal que permita torcer el curso en los países donde el proletariado ha triunfado y se construye el socialismo, el fortalecimiento de los partidos que “permanecen fieles al marxismo-leninismo” y la reconstrucción de aquellos que, justamente, claudicaron frente al revisionismo. Dado que su intervención es en la Argentina, Semán carga las tintas en la necesidad de reconstruir allí el partido marxista-leninista. Esa sería, se sostiene en el texto, la herramienta para superar los dos obstáculos centrales de la revolución: la adscripción mayoritaria de la clase obrera al peronismo y la ausencia de una tendencia revolucionaria con arraigo de masas. En el contexto local, la degeneración revisionista se encarnaría en el “codovillismo”, es decir en el seno del PC. Para este entonces, el PSAV se postulaba justamente como reconstrucción del partido marxista-leninista de la Argentina.

En sintonía con esa gran tarea que se fijaba por delante, Semán consignaba la importancia de enfrentar las “desviaciones de izquierda” que llamaban combatir a las “desviaciones de derecha”, pero serían incapaces de superar el revisionismo.

⁸²⁰La experiencia del EGP ha sido estudiada por Gabriel Rot en: *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 2000.

Concretamente, ellas serían el guerrillerismo y el trotskismo. Respecto a la segunda, el documento no ahonda demasiado, solo se limita a señalar que como corriente “reniega de la lucha del proletariado mundial bajo la dirección de Stalin” y por tanto culmina en una “crítica irremediabilmente estéril”.⁸²¹ Naturalmente, la primera es a la que se le da tratamiento en el resto del texto.

De este balance, sostiene el autor, podrá superarse el “viejo PSAV”, aquel que “intentó conciliar el marxismo-leninismo con el populismo”. En efecto, la principal crítica a aquel partido es que desarrolló una política de inserción en el movimiento de masas sin una lucha política e ideológica. Acompañando a las masas, terminó en un “seguidismo abierto” al peronismo, reemplazando la inserción obrera por la relación con el movimiento peronista. Detrás de esta política se ocultaba, indica Semán, la idea de copiar la experiencia de Cuba o Argelia: un movimiento nacional podía sustituir a un partido de clase y llevar adelante un proceso de liberación nacional que culminara luego en el socialismo. De este modo, la tarea de los socialistas sería la de convertirse en un ala izquierda de aquel movimiento, que en la Argentina sería el peronismo. Llegado un punto, los socialistas podrían tomar la dirección del proceso. Para el autor del documento estos postulados obedecen a una conjunción de espontaneísmo, un mesianismo pequeñoburgués y la ignorancia de las normas del centralismo democrático. Estos aspectos negativos, como veremos, se emparentan con la crítica al guerrillerismo y vienen a defender una variante opuesta: aquella que coloca como tarea cardinal la construcción de un partido en el seno de la clase obrera, que actúe como agente de centralización de las luchas de la clase y como herramienta de clarificación política de la conciencia de las masas.

En el segundo apartado ya comienza a desplegarse la crítica al “guerrillerismo”. Particularmente, allí se discute la pertinencia de una estrategia centrada en el campesinado para la Argentina. Naturalmente, la experiencia guerrillera desarrollada en Salta tiñe por entero la crítica. El autor aclara que ella persigue el objeto de delinear la estrategia revolucionaria para el país, toda vez que “la negación de los caminos incorrectos es un momento en la afirmación del camino justo”. En efecto, el apartado en cuestión se inicia con una delimitación respecto del PC en relación a aquella experiencia. Semán denuncia que el partido de Codovilla acusó injustamente a los combatientes del EGP de favorecer la reacción e impedir la ampliación de la

⁸²¹Semán, Elías: *El partido marxista-leninista y el guerrillerismo*, El topo blindado, Buenos Aires, 2013, p. 49. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden al mismo documento.

democracia. Esta posición representaría “una defensa del pacifismo burgués”, que no es tanto una crítica al guerrillerismo sino una defensa de la vía pacífica al socialismo. De este modo, el documento se inicia explicitando su ángulo de crítica: lo que está en discusión no es el carácter violento del proceso revolucionario, sino cuál es el camino correcto para desenvolver dicho proceso. En tal sentido, y adelantando el balance, señala “De la crítica de la experiencia de Salta y de los fundamentos, que la inspiraban, debe surgir una lección para la izquierda. Esta lección consiste en redoblar la militancia para construir el Partido Marxista Leninista de Argentina”.

La esencia del “guerrillerismo” se encontraría en dos elementos básicos: la sustitución del proletariado por el campesinado al frente del proceso revolucionario y el reemplazo del partido como expresión de la conciencia organizada de la clase obrera, por el destacamento guerrillero que encabeza la lucha armada. En primer término, la tesis guerrillera ubica el fundamento social de la experiencia revolucionaria en el campesinado y su hambre de tierra. De este modo, adopta la forma de fuerzas armadas campesinas que incorporarán luego al proletariado industrial en la lucha. Frente a ello, Semán aclara el criterio según el cual debería fundarse una estrategia revolucionaria correcta:

“Entendemos que un principio estratégico correcto debe estar fundado en la práctica revolucionaria de las clases y los pueblos, en la generalización de esta práctica por la teoría revolucionaria, y en la aplicación de esta teoría a las condiciones particulares de nuestro país”.

La defensa del campesinado como sujeto revolucionario violentaría los tres criterios expuestos. El autor del texto señala que es el proletariado por su ubicación en el régimen de producción, la única clase “consecuentemente revolucionaria”, de cuya “emancipación depende la aniquilación del régimen de la propiedad privada, y que para negar su situación de explotada, necesita negar al capitalismo como sistema”. Por su parte, el campesinado por los mismos motivos, no podría trascender los límites de la sociedad burguesa, ya que sus aspiraciones se limitan a la propiedad privada de la tierra y, por tanto, no pueden cuestionar esa forma de propiedad. Por ello, no puede crear las formas organizativas y llevar adelante luchas que desencadenen un proceso revolucionario con norte en la destrucción de la “dominación imperialista y del régimen capitalista”. Esta afirmación, contenida ya en el “Manifiesto Comunista”, sería

complejizada por Lenin luego, al afirmar contra la socialdemocracia y su subestimación del campesinado, la necesidad de la alianza obrero-campesina.

Hasta aquí entonces, Semán argumenta teóricamente, tomando a los clásicos del marxismo, por qué el campesinado está estructuralmente imposibilitado de desencadenar y encabezar un proceso de transformación social que liquide el capitalismo. De este modo, ya descarta cualquier tipo de estrategia que pueda estar centrada en este sujeto. Sin embargo, su argumentación no termina allí. Coherente con su planteo respecto de los criterios para determinar un principio estratégico, examina la realidad nacional en la que pretende intervenir.

La Argentina, indica el documento, “es un país de economía capitalista dependiente del capital financiero internacional y, fundamentalmente, del imperialismo yanqui.” A pesar de aquel carácter dependiente, se habrían desarrollado formas avanzadas de producción capitalista, las cuales determinarían la existencia de un proletariado numeroso. El grado de desarrollo capitalista, entonces, signaría el carácter de la revolución y le otorgaría un papel central a la clase obrera, que tendría la capacidad para conducir al resto de las clases explotadas. Como signo de este desarrollo, Semán consigna que la población urbana alcanza casi el 70% y que el peso del proletariado industrial es el más alto de cualquier país dependiente, por ello mismo la Argentina sería el eslabón más fuerte de los eslabones más débiles del capitalismo mundial.

En función de ello, extrae la siguiente conclusión programática:

“La penetración del imperialismo en nuestra economía, la concentración capitalista de la producción y el ejercicio del dominio imperialista mediante el desarrollo de un capitalismo dependiente asignan a la lucha contra el imperialismo, un contenido predominantemente socialista. Es en virtud del desarrollo objetivo de nuestra economía, que la clase obrera resulta la destinada a formar la columna vertebral del proceso revolucionario, y que la pequeña burguesía, el proletariado rural, y el campesino sin tierras, constituyen las clases y sectores de clases, cuya participación en el frente único de los explotados se subordinan a la hegemonía del proletariado industrial”

De resultados de ello, no hay entonces posibilidad de una revolución campesina ni de que este sea un sujeto preponderante en alguna de las etapas del proceso revolucionario. A los efectos de reafirmar este planteo, combate dos tesis que sostienen al guerrillerismo:

por un lado, la idea de que América Latina constituye un solo país y aquella que, en sentido opuesto, plantea la existencia de dos países en la Argentina.

Respecto de la primera, el documento indica que aquella tesis considera irrelevantes las particularidades nacionales y, por tanto podría extraerse una formulación estratégica y militar homogénea para el conjunto del continente, toda vez que mostraría una misma realidad material. No es difícil ver aquí una crítica, si bien no explícita, al guevarismo. En oposición a ello, Semán señala que el desarrollo desigual del capitalismo en el continente determinó la existencia de estructuras nacionales diversas en lo económico y en lo social y de allí que cada unidad le imprima sus particularidades al proceso revolucionario nacional. De lo que se desprende que no existe una estrategia única y válida para todas las realidades nacionales.

En el otro extremo se ubica la tesis según la cual en la Argentina conviven dos países: uno en el norte, con relictos feudales, una situación social notablemente deteriorada y una masa obrera y campesina expuesta a la más pronunciada explotación. En el “otro” país, en cambio, ubicado en el Litoral y en las grandes ciudades industriales, el desarrollo capitalista se habría desplegado completamente y el proletariado tendría allí mitigada su capacidad revolucionaria. Lo que trasunta esta tesis, es el planteo según el cual la potencialidad revolucionaria de las clases emerge de sus condiciones más degradadas de vida, de modo que los sujetos sociales capaces de transformar la realidad se ubicarían en el “país” del norte. Frente a ello, Semán señala que estamos frente a un solo país, sometido a la unidad del poder de un Estado que obliga a una estrategia única porque las clases, independientemente de la región en que se encuentren, se enfrentarán a él. Por tanto, “una experiencia revolucionaria en el norte, que pretenda sustentarse en la tesis de los dos países, se enfrentará a la realidad de una nación en la cual el poder del Estado es único para los presuntos dos países.”

Esta tesis en realidad, señala el documento, confunde la existencia de dos países con el desarrollo desigual de un mismo país. Para ello recupera las posiciones de Lenin al respecto, quien señaló el desarrollo desigual como norma del capitalismo, tanto a nivel mundial como en el interior de cada país. De este modo, los dos “países” de la Argentina son producto del propio despliegue del capitalismo, de manera que el proletariado sigue siendo el sujeto privilegiado de la revolución. No hay entonces margen para su sustitución por el campesinado:

“La incorrecta interpretación del fenómeno del desarrollo desigual del capitalismo -que no se opone al carácter predominante del régimen capitalista dependiente de nuestro país- plantea al proletariado la necesidad de adecuar a su estrategia y su táctica a estas circunstancias y de conducir el proceso revolucionario considerando estas características, pero de ninguna manera estas características suprimen el rol revolucionario del proletariado. La existencia de formas atrasadas de producción en el norte del país y el alto grado de las luchas que allí se libran, no clausuran la capacidad de las clases más revolucionarias de nuestra sociedad para conducir el proceso histórico, sino que son condiciones particulares a las que la clase obrera debe adecuar su estrategia general”.

Para darle mayor sustento a su posición, Semán prosigue el documento citando afirmaciones de Mao Tse-tung, quien habría advertido para China la realidad de una frágil economía capitalista y una preponderante economía semifeudal, visible en unas pocas grandes ciudades industriales modernas y enormes distritos rurales estancados. No obstante lo cual, y habiendo dirigido masas campesinas, Mao habría defendido siempre el carácter del proletariado como clase dirigente. Por ello mismo, su experiencia guerrillera siempre estuvo subordinada a la dirección del PCCh, lo que expresaría la subordinación del campesinado al proletariado, en tanto que este tiene “la perspectiva política de más largo alcance y la más alta calidad organizativa”. En definitiva, citando a Mao: “solo el proletariado y el Partido Comunista pueden dirigir al campesinado, a la pequeña burguesía urbana y a la burguesía, superar la estrechez mental del campesinado y de la pequeña burguesía”.

Finalmente, este acápite que pone en discusión la pertinencia del campesinismo del guerrillerismo para la Argentina culmina con dos datos más que ofrece Semán. Por un lado, presenta otra evidencia empírica en contra del dinamismo del campesinado en el país. Señala que si bien el siglo XIX estuvo signado por la lucha de las masas campesinas en resistencia a su integración al capitalismo y a la apropiación de la tierra por la oligarquía -lo que sería visible en las “montoneras” rurales-, ya desde 1880 la primera huelga obrera anunciaría el nacimiento moderno del proletariado como clase revolucionaria. Justamente, el siglo XX se caracterizaría por la ausencia de luchas campesinas y la preeminencia de las grandes gestas de la clase obrera (Semana Trágica de 1919, jornadas “antioligárquicas y antiimperialistas” del '45, ejercicio de la violencia contra los gobiernos posteriores al '55).

Por otro lado, una extensa nota al pie revela cómo Semán entiende las clases sociales en la Argentina, específicamente en el terreno agrario. Allí el documento señala el peso preponderante del proletariado agrícola en el campo, siendo esta fracción la clase fundamental en ese espacio:

“Cuando hablamos de proletariado rural, nos referimos a los asalariados afectados a las tareas de la tierra en la explotación de las actividades agropecuarias. Dado el grado alcanzado por las relaciones de producción capitalista en el agro argentino, esta es la clase explotada más numerosa en el campo. [...] En las zonas más ricas y desarrolladas del país, donde el proceso de acumulación del capital es más profundo y, por lo tanto, también mayor la proletarización de las antiguas capas explotadas, es neta la división entre peones de campo que integran el proletariado rural, y los distintos tipos de empresarios capitalistas y propietarios de tierra.”

Es importante destacar que en las “zonas atrasadas”, es decir aquellas donde la tecnificación es inferior, la mano de obra más barata, el documento no habla de campesinos empobrecidos, sino de semiproletarios rurales que, según su definición, cultivan una pequeña parcela (generalmente arrendada u ocupada, infrecuentemente de su propiedad). Sin embargo, destaca el autor, se trata de trabajadores golondrinas que pasan la mayor parte del año trabajando como mano de obra barata en la cosecha de fruta, azúcar, algodón o yerba mate. Semán advierte que esta es la capa que generalmente el guerrillerismo identifica como el campesinado que será el primer motor de la revolución. El otro sector que finalmente completaría el panorama de los explotados del campo, sería el de los pequeños arrendatarios que “excepcionalmente” contratan mano de obra asalariada y presentan “características pequeñoburguesas más nítidas”.

Estas definiciones sobre la realidad social del agro argentino merecen ser destacadas. Como hemos visto hasta aquí en esta tesis (y como veremos en buena parte de los capítulos que siguen), la idea de un campo atrasado y dominado por una clase campesina, fue dominante dentro de la izquierda. El escenario que delinea Semán va a contramano de aquella, sugiriendo un campo plenamente capitalista, donde la contradicción central sería la del proletariado contra la burguesía. Es notable que no solo combate el campesinismo como ideología vertebradora del guerrillerismo, sino que incluso en su texto no aparezcan menciones a la oligarquía, a los grandes terratenientes

o a los improductivos latifundios. Lo que en pocos años después de la escritura de *El partido marxista-leninista y el guerrillerismo*, se va a convertir en una verdadera paradoja: el partido que fundará su autor, Vanguardia Comunista, no solo defenderá la existencia de un campesinado rioplatense, más aún defenderá su centralidad como sujeto revolucionario y delineará, bien que por poco tiempo, una estrategia guerrillera. Una notable y completa inversión de lo hasta aquí planteado.

El anteúltimo capítulo del documento -titulado “La historia del excitante y la teoría del partido”- constituye ya estrictamente un alegato en contra de la tesis guerrillera y una defensa de la construcción del partido, en oposición al foco, como la estrategia revolucionaria adecuada. Comienza naturalmente, definiendo qué entiende por la teoría del foco. Básicamente su punto nodal estaría en la construcción de un foco guerrillero en una zona social y geográfica apta para su supervivencia, es decir: el campo y el campesinado. Instalado allí, la lucha armada por este emprendida sería capaz de despertar las condiciones subjetivas de las masas rurales, desarrollando su conciencia, su organización y construyendo su dirección revolucionaria. Desde el campo, luego, podría irradiarse el influjo revolucionario hacia las ciudades. Se trata, en efecto, de lo que Ernesto Guevara había sintetizado, dos años antes del escrito de Semán, en *Pasajes de la guerra revolucionaria*: “Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército, no hay que esperar a que se den las condiciones para la revolución, el foco insurreccional puede crearlas.”

El destacamento guerrillero consistiría en un grupo de jóvenes, “desvinculados de la clase obrera y demás clases explotadas y de las organizaciones políticas a través de las cuales estas clases se expresan”, que se convierten en vanguardia armada. La expresión más clara de esto en territorio nacional, señala el autor del documento, sería la experiencia salteña de Jorge Masetti.

El alegato contra el foco se completa con una defensa de lo que Semán considera su opuesto: la teoría leninista de la revolución que asigna un rol central al Partido como dirigente de la clase obrera en el camino hacia la toma del poder político. En este punto, y recuperando los planteos de Lenin en *¿Qué hacer?*, destaca la imposibilidad del proletariado de superar la conciencia económica espontánea, lo que obliga a la intervención del partido para llevar la ideología revolucionaria a la clase que porta esa potencialidad, dirigiendo entonces la práctica de la clase hacia la toma del poder y la construcción del socialismo. Sin decirlo, el documento está enfatizando el papel de la disputa y la lucha por el desarrollo de la conciencia de la clase obrera que no podrá, en

esta línea estratégica, surgir espontáneamente de la boca del fusil, sino de las tareas de agitación y propaganda revolucionaria de un partido de cuadros.

En este sentido, para Semán, la tesis foquista o guerrillera reflejaría la desconfianza hacia la clase obrera y una simplificación del desarrollo subjetivo, que sería disparado sencillamente por la acción guerrillera en lugar del trabajo de síntesis del Partido a partir de la experiencia de la clase. Para reforzar este argumento, el documento transcribe una atendible cita de Lenin en la que cuestiona las posiciones guerrilleras en la realidad rusa en la que le tocó intervenir. En este punto, el dirigente del partido bolchevique señala que si la clase obrera no recibe un estímulo a su organización en un partido revolucionario a partir del padecimiento de las arbitrariedades de la autocracia rusa, difícilmente lo haría a partir de la existencia de un puñado de terroristas. Lo más lógico sería que contemplara ese escenario como un duelo entre gobierno y foco, sin que le importe lo más mínimo la suerte de ninguno de los dos. Siguiendo los planteos de Lenin, Semán agrega que toda la cuestión del foco se resume a una cuestión técnica militar: el lugar más apto militar y geográficamente para el desarrollo de la guerra de guerrillas revolucionaria, pero no necesariamente el *socialmente* más apto. De este modo, una estrategia revolucionaria (la conquista de la dirección de la clase obrera) quedaría supeditada a una cuestión táctica (el espacio donde el foco puede desarrollarse).

Finalmente, el documento concluye este capítulo cuestionando los ejemplos históricos que avalarían la tesis foquista: China, Argelia y Cuba. Respecto del primero, atiende a una cuestión central: la guerra revolucionaria china, que contempló indudablemente el desarrollo de formaciones guerrilleras, estuvo conducida por el propio Partido Comunista de China y surgió como respuesta a las particularidades de la lucha de clases de ese país, signadas por la supervivencia de relaciones feudales. De modo que “la historia de la revolución china demuestra que entre aquella experiencia y la tesis foquista, no existe vinculación alguna”. Todo lo contrario: la experiencia de Mao verificaría el papel dirigente del Partido.

El caso argelino, por su parte, estaría determinado por la dominación del imperialismo francés que convirtió a Argelia en una colonia suya. Allí, según Semán, la clase obrera, muy reducida, estaba ligada por lazos culturales, nacionales y económicos a su metrópoli y, por tanto, divorciada de la lucha del pueblo. Allí la tarea histórica, el cumplimiento de tareas nacionales, democráticas y antiimperialistas, le correspondería sí al campesinado. Pero su desarrollo subjetivo no estuvo, sin embargo, vinculado a

ningún foco catalizador, sino que fue “producto de las condiciones subjetivas que la opresión material había desarrollado en las masas, y de la experiencia de las formas de lucha ejercidas por el pueblo argelino para conquistar su independencia”.

En cuanto al caso cubano, el Movimiento 26 de Julio encabezado por Fidel Castro es caracterizado por Semán como de “evidentemente arraigo pequeñoburgués”. Pero una vez que desembarcó en la isla, supo ligarse al campesinado, al que condujo al triunfo. El desarrollo de la lucha armada, no puede reducirse a la guerra de guerrillas ni al foco que genera conciencia, indica el documento. El M26 era un movimiento político con apoyo de distintas clases y es eso lo que explicaría el desarrollo de las condiciones subjetivas. Los casos argelinos y cubanos, concluye Semán, no mostrarían la validez del foco, sino que revelarían el abandono de los partidos comunistas del potencial revolucionario del campesinado en esos países y la importancia de la insurrección armada para la toma del poder. ¿Qué deja esto de lección para la realidad argentina? Que la teoría del foco falla en un elemento central: interpreta erróneamente la especificidad cubana y argelina y, peor aún, aplica “las generalizaciones del error a un país cuyas condiciones particulares son absolutamente distintas a las de Cuba y Argelia, [lo que] constituye una actitud doblemente criminal contra los intereses del proletariado y la revolución argentina.” Dicho sencillamente, la imposibilidad de copiar experiencias sin atender a la realidad concreta en la que los revolucionarios deben intervenir.

Para concluir, el documento se cierra con un capítulo titulado “Crítica al oportunismo”, donde se plantea la crítica a organizaciones y publicaciones políticas a las que se considera oportunistas por haber intentado fusionar la tesis del foco con la del partido marxista. Se trata de Vanguardia Revolucionaria, una escisión del Partido Comunista de mediados de 1963, los Círculos Recabarren y su revista *El Obrero*, y la publicación *Pasado y Presente*.

Respecto a VR, se le adjudica un doble oportunismo producto de concesiones tácticas tanto al peronismo como al guerrillerismo. La primera impediría la superación de las direcciones burguesas por la clase obrera, toda vez que la claudicación al peronismo es la negativa a desarrollar esa ruptura. La segunda, debilitaría la estrategia general de construcción de partido. Ello se expresaría en una reivindicación acrítica de la experiencia de Masetti. Semán la opone a la que su propio partido realizara en el periódico *No transar*. En aquellas páginas, el PSAV repudió la represión estatal de la que fuera víctima la guerrilla, se delimitó a su vez del pacifismo reivindicando el carácter violento de la lucha obrera, pero defendió que la estrategia adecuada debe ser

con “la participación organizada y consiente del pueblo, y en primer lugar de la clase obrera conducida por su Partido”.

En cuanto a los Círculos Recabarren y la revista *Pasado y Presente*, Semán critica la subestimación que estos habrían hecho de la lucha por la conciencia de la clase obrera y la imagen negativa que de ella construirían a partir del concepto de “aristocracia obrera”. Para ambos, se habría gestado en el proletariado argentino una amplia capa de sectores bien remunerados y con buenas condiciones de vida que los conduce inexorablemente al reformismo, lo que explicaría, a su vez, la fuerza del vandomismo. Por ello, se debería concentrar los esfuerzos revolucionarios en las fracciones más degradadas de aquella clase (en particular, en las provincias del interior del país) y en el campesinado, por idénticos motivos. El documento considera estas apreciaciones equivocadas, pero indica que incluso aceptando la tesis de la aristocracia obrera, ella no negaría el potencial revolucionario del proletariado industrial, sino que afirmaría la necesidad de redoblar los esfuerzos en la disputa ideológica por su conciencia. En definitiva *El Obrero*

“pretende deducir la dificultad objetiva de los sectores obreros con un mayor nivel de vida de acceder a su conciencia de clase, y la posibilidad abierta en cambio para los sectores de más bajo nivel de vida entre la clase obrera, y sobre todo del campesinado, de efectuar una toma de conciencia revolucionaria”.

El campesinismo sería más acusado en *Pasado y Presente*, revista que lo definía como “primer motor” de la revolución, bien que advirtiendo que requerirá más temprano que tarde de la dirección política y revolucionaria de la clase obrera y los intelectuales. Semán denuncia que, detrás de esas tesis, se oculta la pretensión de erigir al campesinado en vanguardia revolucionaria. Y advierte que estas lecturas se abstraen de la historia real del país, signada por las grandes luchas de la clase obrera:

“¿Quiénes pueden decir en Argentina que el campesinado ‘es el primero en reaccionar’? Únicamente aquellos que prescinden de toda la historia de la lucha de clases en nuestro país, para crear una fantasía poblada de comunicativos campesinos y obreros contemplativos y respetuosos del orden, la moral y la propiedad privada”.

Finalmente, el documento denuncia una fetichización extrema de la táctica guerrillera en *El Obrero*, que se trasluce en una nota de su periódico titulada “¿Puede una guerrilla derrotar al ejército argentino?” La respuesta afirmativa a esa pregunta sería propia de un pensamiento mágico, metafísico, que presupone la infalibilidad del foco. Suposición que, a decir verdad, se opone a todas las afirmaciones de los propios teóricos de la guerrilla, como Mao Tse-Tung, quien afirmaba que aquella serviría como táctica para la acumulación militar y política, para luego, una vez quebrada la desventaja y, luego, el equilibrio de fuerzas con el enemigo, se debía avanzar en la constitución de un ejército de características regulares. Afirmar que la guerrilla puede quebrar un ejército sería similar a afirmar que el cooperativismo puede minar al capitalismo. Al mismo tiempo, Semán denuncia que el intento de conciliar guerrilla y partido, para esta misma revista, conduce a convertir al segundo en una organización táctica del primero. El partido sería la herramienta de la guerrilla para “quebrar el cerco político” que la separa de las masas. El autor advierte justamente que ello es el reconocimiento explícito del aislamiento político del foco.

Así las cosas, el documento concluye en sus últimas páginas con una declaración programático-estratégica propia:

“Fieles al leninismo, nuestra preocupación es otra, y contestando al legítimo interrogante que deben plantearse los revolucionarios acerca del curso del movimiento y las formas de lucha de la clase obrera y el pueblo, nosotros contestamos así. En virtud del desarrollo económico dependiente de Argentina, el proletariado encabezará las tareas de la liberación nacional y el socialismo. En el enfrentamiento con el imperialismo y sus aliados, la vanguardia obrera formará el frente único de los explotados y el ejército del pueblo, que destruirá a las clases enemigas en la lucha contra el ejército que las sostiene en el poder. [...] En el desarrollo de esta lucha, el proletariado argentino hará suya la experiencia adquirida por la clase obrera del mundo y aplicará las leyes de la guerra revolucionaria mediante la cual los oprimidos de Asia, África y América Latina vencieron y vencen al imperialismo. Al aplicar esta experiencia y estas leyes, *el partido de la clase obrera debe guiarse por el carácter específico que asume y las formas propias que adopta la lucha de los trabajadores argentinos.*”⁸²²

⁸²²El destacado es nuestro.

Los inicios (1965-1968)

Como señalamos, estas definiciones que asumía el antecedente político inmediato de VC, el PSAV, en la pluma de quien sería su máximo dirigente, Elías Semán, fueron completamente abandonadas, al menos en una primera etapa de la nueva organización. Esta primera etapa corresponde a los años de surgimiento de VC. Contamos con pocos documentos de aquel período y, en rigor de verdad, su reconstrucción se hace posible por las posteriores autocríticas. En los documentos donde ellas se plasmaron, se hace mención a tres informes (a los que se refiere como I, II y III) que mostrarían la “vieja” posición, de los cuales no hemos podido encontrar ninguna versión. A pesar de ello, contamos con un documento *-Hacia el congreso de la reconstrucción del Partido Comunista-* fechado en 1966, que junto a los de autocrítica permite trazar las líneas gruesas del programa del partido.

En esa primera etapa VC caracterizaba a la Argentina como un país semicolonial y semifeudal, de lo cual desprendía que la principal fuerza de la revolución era el campesinado, clase que debía enarbolar un programa democrático cuyo centro fuera el cumplimiento de las tareas antifeudales.⁸²³ En este esquema, se defendía la alianza “obrero-campesina”, pero el proletariado tenía un rol eminentemente secundario. Este planteo programático tenía una deriva estratégica consecuente: el despliegue de la actividad partidaria en el ámbito rural, particularmente en las zonas “más atrasadas”. De allí se desprendía también la necesidad de librar en ese ámbito una guerra popular, que sería la estrategia más acorde a ese programa. La lucha armada aparecía así como la tarea principal e inmediata que debía asumir el partido.

Los planteos originarios de VC hacían hincapié en la “reconstrucción” del Partido Comunista que, en la Argentina, habría caído preso del “revisionismo” personificado en Codovilla y Ghioldi. Dentro de esa crítica, se concebía como una característica “revisionista” el haber abandonado el trabajo de construcción política en zonas campesinas, y se insistía en que “la tarea de forjar el partido del proletariado implica formar el partido en las zonas campesinas”.⁸²⁴

En este punto, VC buscaba delimitarse del “foquismo”, al que caracterizaba como un “desviacionismo de izquierda que copia mecánicamente la experiencia de la revolución

⁸²³Vanguardia Comunista: “Documento del CC de Vanguardia Comunista”, en: *Cuadernos Rojos*, N° 2, septiembre de 1970, p. 13.

⁸²⁴Vanguardia Comunista: *Hacia el congreso de reconstrucción del Partido Comunista*, Ediciones No Transar, mayo de 1966, p. 8.

cubana.”⁸²⁵ Los partidarios del foco guerrillero subordinarían lo político y lo ideológico a lo técnico y militar, desconociendo el papel de las masas en la lucha armada, la construcción del partido como un factor de dirección política y la necesidad de un frente único con hegemonía proletaria. Esto último, sumado al reconocimiento de la necesidad de construir sindicalmente, muestran que efectivamente en VC había una tensión entre la defensa del campesinado como sujeto fundamental de la revolución y la realidad urbana y proletaria de la Argentina.

La primera rectificación (1968-1969)

La tensión entre la defensa del campesinado y la realidad de la estructura socio-económica argentina se confirma cuando observamos la autocrítica a esta primera etapa, a partir de una revisión que comienza en 1968 e impone cambios sustantivos en el programa. En enero de ese año tuvo lugar una reunión de dirección. En ella se planteó una discusión acerca de lo que se caracterizaba como una “desviación izquierdista” en las formas y “derechistas” en el contenido. El centro de la cuestión estaba en lo que se juzgaba ahora como una errónea caracterización de la Argentina, producto de una asunción acrítica del maoísmo que había llevado al partido a trasladar las condiciones de la sociedad china “sin considerar ni las características de la sociedad argentina ni la etapa que atravesaban nuestra revolución, la lucha del proletariado y la construcción de su partido”.⁸²⁶ Así, se indicaba que, a pesar de reconocer la necesidad de una “hegemonía proletaria”, en los hechos se negaba el papel dirigente de la clase obrera y su partido, subordinándolo todo al inicio de la lucha armada en el campo.

La raíz de esta desviación -que fue caracterizada como “militarista”, “pequeñoburguesa”, “foquista” y “dogmática”- se encontraba finalmente en una lectura pesimista sobre el potencial revolucionario de la clase obrera, en un contexto en que esta se hallaba en reflujó. En oposición a ella, las penurias de la vida rural impulsarían al proletariado rural, y al campesinado fundamentalmente, a la acción. Continuando con la autocrítica planteada en la reunión de dirección, el Comité Central de Capital Federal señalaba en octubre de 1968 que:

⁸²⁵Ibidem.

⁸²⁶VC, “Documento del CC...”, op. cit.

“No confiábamos en la capacidad revolucionaria del pueblo, y llegamos a afirmar en muchas ocasiones, que con la clase [obrera] ‘no pasa nada’, hasta que no empiece la lucha armada; o que la clase obrera estaba aburguesada porque aquí en Buenos Aires, tiene televisión, heladera, etc., al contrario de lo que pasa en el Chaco, o Salta, con los obreros rurales y los campesinos pobres. Es por ello, que el comienzo de la lucha armada en la zona principal, iba a ayudar a solucionar ‘los problemas y límites’ de la lucha económica y política de los eslabones más fuertes (ciudades) [...] nos hacía concebir que el comienzo de la lucha armada iba a ‘acelerar’ la lucha obrera”.⁸²⁷

Como resultado de estos balances, el partido se propuso “promover decididamente la investigación proletaria” para poder avanzar en la construcción del programa revolucionario.⁸²⁸ Estos esfuerzos cristalizaron en una serie de documentos que serían material de discusión del primer congreso del partido, que se proyectó inicialmente para 1969 pero que finalmente, por motivos que ya mencionamos, se postergó hasta octubre de 1971.⁸²⁹ Dos son los documentos que nos permiten ahondar en los cambios programáticos y estratégicos, y analizar qué lugar ocupa en ellos el campesinado. Se trata de *Proyecto de resolución sobre la situación nacional* y *Proyecto de resolución sobre la construcción del partido*. El primero se compone de varias partes que pueden agruparse en dos: las que corresponden a definiciones programáticas y las que avanzan en cuestiones estratégicas. Esta división resulta fundamental, pues veremos que en la segunda autocrítica esta la primera parte se conserva casi sin modificaciones, en cambio la segunda es la que recibe más críticas y modificaciones. Comencemos analizando los cambios respecto a la estructura del país, las clases y las tareas de la revolución.

En este nuevo documento, VC abandonó la caracterización de país semifeudal y semicolonial, y la reemplazó por la definición de “neocolonia”. El concepto era explicado en función de tres elementos. En primer lugar, por la dominación del imperialismo sobre la gran industria que produce para el mercado local, lo que genera un despliegue del capitalismo. En segundo lugar, por la asociación de los monopolios con la “vieja oligarquía terrateniente y comercial” junto con la “gran burguesía” en la que se incluyen a los burgueses industriales. Y, finalmente, por la generalización de las

⁸²⁷Comité Central de Capital Federal de Vanguardia Comunista: *Posición de Comité Capital frente al informe en disidencia*, octubre de 1968.

⁸²⁸Vanguardia Comunista: *Llevar la campaña hasta el fin y forjar una nueva unidad a través de la lucha*, mayo de 1968.

⁸²⁹Ortíz, Sergio: “El análisis de clase de Vanguardia Comunista”; en: Colectivo Emilio Mariano Jáuregui: *Vidas y luchas de vanguardia comunista: la generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores*, Tomo II, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010, p. 16.

relaciones de producción capitalista en la sociedad, lo que distinguirá la actual dominación imperialista, de la “vieja” asentada en relaciones semif feudales.⁸³⁰

Aquel proceso sería resultado del propio desarrollo histórico del país. La Revolución de Mayo habría tenido alcances limitados, producto de que las clases que se hicieron con el poder tempranamente se vincularon al “capitalismo colonial británico”. El proceso terminó circunscribiéndose a la independencia política y la concreción de ciertas medidas democráticas. Sobre esa base, se asentaría una sólida oligarquía que se apropió de tierras fiscales y consolidó el latifundio. Este, subordinó la agricultura con la “salvaje explotación de los arrendatarios” y convirtió al país en una semicolonía del imperialismo británico. Desde 1880 comenzarían a plantearse las contradicciones que signarían toda la trayectoria del país: proletariado industrial versus burguesía, campesinos arrendatarios versus terratenientes, burguesía nacional industrial versus monopolios imperialistas y oligarquía, y ganaderos criadores versus oligarquía invernadora. Elementos a los que nos hemos referido en el primer acápite de este capítulo.

En 1930, el Estado devendría en el administrador de los negocios de los monopolios, no solo contra los intereses obreros sino contra sectores no monopolistas de la burguesía. Recién el peronismo marcaría la llegada temporal de la burguesía industrial al gobierno que, en materia agraria, intentaría limitar a los terratenientes sin alcanzar a poner en cuestión su derecho a la propiedad de la tierra. Pero el “gobierno peronista [fue] incapaz y temeroso de apoyarse en las masas por su condición de clase”.

Así se llegaba a fines de los ‘50, momento en que se abandonarían el status de semicolonía británica y el país se convertiría en una “neocolonia yanqui”, sin completarse las tareas democráticas y perviviendo, pese al avance del capitalismo, relaciones precapitalistas en algunas ramas y zonas. Particularmente en el agro, este desarrollo llevaría al fortalecimiento de la clase terrateniente, cerrando las posibilidades de acceso a la tierra y produciendo que los campesinos sean “lanzados a los caminos”, sin acceso al crédito, debiendo pagar elevados impuestos y siendo víctimas de los acopiadores. Un ejemplo de este proceso, que se muestra en otro documento partidario⁸³¹, sería el de los cañeros azucareros. La política de cierre de ingenios durante el Onganiato no solo habría generado una enorme masa de trabajadores estables y

⁸³⁰VC, *Proyecto de resolución sobre situación nacional*, op. cit, p. 5. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

⁸³¹VC, “Documento del CC...”, op. cit.

transitorios desocupados, obligados a migrar a la ciudad para emplearse en la rama de la construcción, sino que la limitación del área de cultivo dejó en la miseria a los campesinos cañeros chicos y medianos. Los primeros, quienes tenían entre 1 y 20 hectáreas, sin implementos adecuados ni créditos, siempre al borde de la subsistencia y siendo incapaces de convertirse a otro cultivo, debieron abandonar las tierras e ir a pelar caña ajena. Dicho de otro modo, se proletarizaron. En cuanto a los segundos, que contaban con entre 20 y 200 hectáreas, vendieron su cupo al gobierno y se reconvirtieron a otras producciones, lo que los llevó a invertir dinero que tuvieron que pedir a través de préstamos, endeudándose. En suma, la cantidad de cañeros chicos y medianos arruinados, endeudados y trastabillantes por la crisis alcanzaban a 20.000 familias (dos tercios de la totalidad de cañeros), produciendo dos fenómenos: un creciente empobrecimiento de los sectores más pobres del campesinado, que se encontraban al borde de las relaciones de trueque; y serios problemas para los campesinos medios. A su vez repercutió en las villas y ciudades circundantes, donde los comerciantes medianos se endeudaron, los profesionales debieron emigrar y aumentó el número de desocupados.

Así las cosas, la revolución socialista requeriría de una etapa previa donde se cumplirían tareas antioligárquicas y antiimperialistas tendientes a la liquidación del capitalismo monopolista y la dependencia financiera del imperialismo. El resultado sería la construcción de una sociedad “democrático-popular”, en la que se consolidarían las “pequeñas y medianas industrias nacionales”. Así se iría constituyendo un marco propicio para el desarrollo de “factores socialistas”, como la hegemonía proletaria sobre el conjunto de las clases, la apropiación de los resortes de la economía por el Estado y la cooperativización del agro.⁸³² En definitiva, la concreción de una “revolución nacional, demócrata y popular que abra la vía para el socialismo y el comunismo”.⁸³³

En virtud del carácter de la revolución, se desprende que existe una alianza madre que toma la forma de alianza obrero-campesina, confluyendo el proletariado como clase dirigente en sus dos fracciones (rural e industrial), los campesinos pobres y la capa inferior de los campesinos medios. Esto sería el “Frente único de los explotados” que debería guiar a los campesinos medios y neutralizar a los ricos. Del frente también formaría parte la pequeña burguesía (urbana y rural) y la intelectualidad, en particular,

⁸³²Vanguardia Comunista (Comité del Frente Estudiantil de Capital): *Los comunistas revolucionarios respondemos al PC (CNRR)*, s/f (circa 1968), p. 6.

⁸³³Vanguardia Comunista - En Marcha: *Por la construcción del partido de la clase obrera. Declaración conjunta*, s/f (circa 1970).

los estudiantes. En cuanto a la “burguesía nacional”, se la definía como una clase dual, a la cual “solo la firme dirección del proletariado puede hacer jugar [...] un papel revolucionario”.⁸³⁴ En el bando opuesto, se alinearían los monopolios imperialistas (particularmente, los norteamericanos), la gran burguesía y los terratenientes, un polo imperialista-oligárquico.

Como puede apreciarse, se trata de un programa donde la revolución nacional, democrática y popular aparece a la orden del día y como condición necesaria y previa para el desarrollo de tareas socialistas. Esa vigencia, producto de una nación burguesa inconclusa, es la que marca la alianza con sectores explotadores, ya sea bajo la forma de “campesinos” o de burguesía nacional. En este planteo es explícita la alianza con el pequeño y mediano capital.

Veamos ahora la cuestión estratégica. Ya adelantamos que allí la crítica apuntaba a denunciar el supuesto foquismo y el aislamiento respecto de la clase obrera que se había producido en el partido. En efecto, la modificación estratégica se realizó en ese plano - en la construcción del partido en la clase obrera- sin abandonar el planteo de guerra popular prolongada. VC partía de reconocer, en clara discusión con el Partido Comunista, que no existían posibilidades para una revolución por la vía pacífica, defendiendo que “solo por la vía armada podemos llegar a una Argentina próspera y digna”.⁸³⁵ La vía armada adquiriría la forma de una guerra para la cual era necesaria la construcción del ejército. Es allí donde el campesinado mantenía una centralidad, más coherente con las definiciones programáticas previas a la primera rectificación que con las vigentes.

La preeminencia del espacio rural estaba fijada en virtud de criterios estrictamente estratégicos: como el camino de la revolución requería la construcción de un Ejército Popular, no había posibilidades de realizarlo en el ámbito urbano. En contraposición, el campo era visualizado como el eslabón más débil de la dominación burguesa en términos político-militares. Las zonas rurales se caracterizarían por su amplitud, lo que obligaría a la dispersión de las fuerzas armadas del Estado y, por tanto, acrecentaría su debilidad. Esto conducía al partido a privilegiar al campesinado, toda vez que el campo no sería solo un espacio de trabajo “militar”, sino que allí se constituirían “bases de apoyo”. Para estas últimas, el partido debía desarrollar allí una inserción en las masas y

⁸³⁴Ídem, p. 10.

⁸³⁵VC, *Proyecto de resolución sobre la situación nacional*, op. cit., “Parte II: Problemas estratégicos de la revolución argentina”, p. 5 (indicamos la aclaración de la “Parte II” puesto que a partir de allí el documento reinicia la numeración de las páginas a pesar de tratarse de un mismo documento).

la satisfacción de sus necesidades, sembrando el germen de un Gobierno Democrático Popular a partir de la liberación de la zona y la constitución de un doble poder. Aquí se encontraría el elemento decisivo en la diferenciación con el “foquismo”, que negaría la importancia de la construcción del partido.⁸³⁶ En el campo entonces podría iniciarse la constitución de una fuerza militar que marche y rodee las ciudades para tomarlas, dado que estas son “el lugar natural de concentración proletaria”.⁸³⁷

De este modo, se adscribía a la clásica definición maoísta según la cual el movimiento de la fuerza revolucionaria se iniciaba en el campo para luego marchar hacia las ciudades. Naturalmente, el planteo enfatizaba la necesidad de construcción del partido y del papel del proletariado, señalando que “bajo la dirección del proletariado, con su partido a la cabeza, nos apoyaremos en los campesinos, desarrollamos la lucha armada fundamentalmente en el campo”. Seguidamente se aclaraba que ello no suponía “negar el papel de las ciudades, y la importancia que tienen para el proletariado”, pero “esta decisión en cuanto al camino supone que el trato principal de operaciones armadas, por un largo período, será el campo”.⁸³⁸ Para ello sería necesario tomar los recaudos para evitar la “desviación izquierdista que lleva a intentar la insurrección urbana”⁸³⁹, puesto que la ciudad es un espacio, cuyo trazado de calles rectas y anchas, están diseñados para el rápido desplazamiento de las tropas enemigas.

La subordinación del partido al ejército, que es la forma de la subordinación de la inserción del proletariado a la inserción en el campesinado, se observa claramente cuando se afirma que el partido nace en las ciudades, se dirige al campo para organizar a los campesinos, formar el ejército y el frente único, y marchar nuevamente hacia las ciudades. Se puede percibir, en efecto, una tensión entre el programa y la estrategia de VC. Mientras que, por un lado, reconoce al proletariado como fuerza central de la revolución, la adopción de una estrategia que postula la formación de un ejército lo obliga a recurrir al único espacio donde ello puede parecer como posible. La estructura económica argentina empujaba a la intervención revolucionaria a las ciudades, pero VC se esforzaba en arrastrarla al campo. El maoísmo operaba de esta manera como un

⁸³⁶Vanguardia Comunista: *Circular de Vanguardia Comunista frente al aniversario de la muerte del Che*, 1969.

⁸³⁷VC, *Los comunistas...*, op. cit., p. 15.

⁸³⁸VC, *Proyecto de resolución sobre la situación nacional*, op. cit., “Parte II”, p. 12.

⁸³⁹Ibidem.

obstáculo epistemológico⁸⁴⁰. Y esto es algo que el propio partido percibía cuando señalaba que:

“En nuestro país enfrentamos una serie de peculiaridades como el escaso número de población campesina, su dispersión y su escasa tradición de lucha y organización. Esto es una dificultad relativa que no invalida el camino que hemos escogido. Nos obligará, es cierto, a preparar muy bien la lucha armada para impedir que el ejército que va naciendo se aísle de las masas.”⁸⁴¹

Esta contradicción reconocida, pero a los efectos concretos negada, se presenta en toda su magnitud en un documento que se propone definir las tareas concretas para la construcción del partido. Partiendo nuevamente de la necesidad de una alianza obrero-campesina, se reconoce que la tarea de ganar al campesinado es “secundaria” en el trabajo práctico, pero que tiene una “gran significación” estratégica, impuesta por el partido en abstracción de las condiciones reales del país en el que se desarrolla. Es interesante examinar las derivas prácticas de ello, es decir, en los lineamientos que debían regir el trabajo de VC en el seno del proletariado:

“establecer la concepción de marchar al campo a unirse con los obreros rurales y campesinos pobres y medios de la capa inferior, para estimular sus luchas, desarrollar la educación, organización y movilización de las masas campesinas, preparar, iniciar y desarrollar la guerra popular cuyo escenario principal será el campo, construir el Ejército popular y las bases de apoyo rurales, seguir el camino de rodear para finalmente tomar las ciudades y conquistar la victoria. [...] el crecimiento del partido en el proletariado industrial va posibilitando el envío de cada vez más importantes

⁸⁴⁰Gastón Bachelard acuñó el concepto de “obstáculo epistemológico” para referirse a aquellas dificultades de orden psicológico que impiden o dificultan la capacidad de los individuos para construir el conocimiento científico o real. De acuerdo con el autor, existen cinco tipos de obstáculos. Uno de ellos son los conocimientos previos que todo individuo posee antes de iniciar cualquier estudio. Se trata de ideas preconcebidas acerca de cómo y por qué las cosas son como son. Si bien en sentido estricto el factor que opera en las caracterizaciones de VC no es “psicológico”, en tanto nos referimos a los análisis de un partido como colectivo y no una simple sumatoria de individualidades, la analogía nos parece válida: la adscripción a las ideas maoístas forzó inicialmente al partido a tratar de encontrar idénticos sujetos e idéntica estructura agraria de la realidad china en la realidad argentina. Este procedimiento obtuvo la posibilidad de un conocimiento empírico y científico que diera cuenta de la sociedad que se buscaba transformar. Véase: Bachelard, Gastón: *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1988.

⁸⁴¹VC, *Proyecto de resolución sobre situación nacional*, op. cit., p. 21.

contingentes de cuadros proletarios para desarrollar el trabajo revolucionario entre los campesinos.”⁸⁴²

Ante la reconocida ausencia de un campesinado numéricamente importante, lo cual equivale a la ausencia del sujeto para la estrategia que VC defiende, la solución es que los obreros urbanos marchen al campo. VC reconoce correctamente la necesidad de “redoblar los esfuerzos por movilizar y organizar a los pobres del campo, a los obreros rurales”⁸⁴³ a partir del conocimiento de sus necesidades y demandas. E incluso admite que aquello tiene un papel secundario en relación al peso del proletariado industrial o urbano. Pero finalmente defiende la necesidad de trasladar la lucha de clases al campo, para “elevar” el enfrentamiento “a la altura de la guerra”.⁸⁴⁴

La segunda rectificación (1969 y después)

Aquella tensión entre programa y estrategia es la que está detrás de la tercera etapa de VC y su “Segunda campaña de rectificación”. Resulta sugestivo que empezaran a operarse revisiones de estas posiciones hacia 1969, cuando el Cordobazo y el ciclo insurreccional que este abrió (con los siguientes “azos”), puso en escena la activación de la clase obrera urbana y el desarrollo de una tendencia insurreccional de las masas urbanas. En septiembre de ese año, la dirección nacional de VC aprobó una circular de autocrítica sobre el trabajo partidario en la cual, a raíz del Cordobazo, reconocía que se habían subestimado las tareas de agitación política y la elaboración de un programa de lucha para organizar a las masas y sus elementos de vanguardia.⁸⁴⁵ A raíz de los hechos de masas acontecidos en la primera mitad del año, VC habría asumido la tarea de conocer la experiencia del proletariado y a raíz de ella atender a sus propias formulaciones estratégicas, puesto que esos hechos habían puesto de relieve “el papel

⁸⁴²Vanguardia Comunista: *Proyecto de resolución sobre construcción del partido. 1er Congreso Nacional Vanguardia Comunista en marcha hacia la constitución del Partido Comunista Revolucionario*, circa octubre de 1969, pp. 21-22.

⁸⁴³Vanguardia Comunista: *Resoluciones del Comité Central de VC. Resolución sobre el carácter de la sociedad y la revolución*, septiembre de 1970, compilado en: Vanguardia Comunista: *Documentos sobre la revolución nacional, democrática popular y la estrategia de poder*, Comité Permanente del Comité Central de Vanguardia Comunista, septiembre de 1972., p. 46.

⁸⁴⁴Ibidem.

⁸⁴⁵Vanguardia Comunista: *Circular de la dirección sobre la situación nacional y el trabajo partidario*, septiembre de 1969.

que podía y debía jugar la dirección política del proletariado”.⁸⁴⁶ La clase obrera mostraría indicios de una ruptura con la dirección del peronismo pero aún con formas de acción espontáneas. Lo que se imponía como tarea era la construcción de una nueva dirección, para lo cual el partido debía superar una serie de vicios, entre los que se señalaban el espontaneísmo, el economicismo, la subestimación de la propaganda y la agitación política, el descuido en la construcción ideológica, política y organizativa del partido, el espontaneísmo en la concepción de guerra popular y el descuido del trabajo en el campo.

En ese punto se profundizaron los diagnósticos previos acerca del peso del campesinado en la estructura argentina. En efecto, a partir de allí se señalaba que el “contingente fundamental de la revolución es el proletariado, en particular, el proletariado industrial” y que las anteriores caracterizaciones:

“solo se basaban en consideraciones militares acerca de la capacidad del enemigo de ocupar las ciudades con las fuerzas represivas y la imposibilidad de ocupar las vastas zonas rurales, prescindiendo de toda consideración acerca del carácter de la sociedad y de la revolución”.

Un año más tarde, VC publicó finalmente un documento *-Resolución sobre el carácter de la sociedad y de la revolución-* donde ajustaba cuentas. Allí reivindicaba, si bien con algunas reformulaciones y ampliaciones de carácter secundario, el programa político contenido en el documento que había guiado a la organización entre 1968 y 1969 - *Resolución sobre la situación nacional-*, y avanzaba en una crítica a la estrategia allí expuesta. En lo programático se destacaba que la acción neocolonial del imperialismo no se apoyaba solamente en la extracción de la riqueza del agro, sino que también se desarrollaban industrias (particularmente en la rama automotriz y en la rama siderúrgica), lo que venía a reforzar el peso del proletariado. No dejaban de subsistir relaciones precapitalistas, empero las capitalistas eran dominantes y se expandían por la intervención del imperialismo. Esto habría generado una situación estructural donde Buenos Aires, Córdoba y Rosario serían grandes concentraciones proletarias, en las que “las fuerzas subjetivas son más poderosas”.⁸⁴⁷ Estas áreas, además, estarían en estrecha

⁸⁴⁶VC, *Documento del CC...*, op. cit., p. 15. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

⁸⁴⁷VC, *Resoluciones del Comité Central de VC. Resolución sobre el carácter de la sociedad y la revolución*, op. cit., p. 38. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

vinculación con “las zonas críticas” del campo, donde son explotados los trabajadores rurales y los campesinos chicos y medios, dado que la industria se basa en la manufactura de los productos agrarios.

En resumidas cuentas, las modificaciones programáticas van en el sentido de reforzar el papel estructural y, por lo tanto político, de la clase obrera, y sostener los fundamentos de la alianza obrero-campesina en virtud de la relación concentración industrial-zonas críticas rurales. Esto acentuó el privilegio del proletariado como sujeto revolucionario, bien que sin abandonar la defensa del campesinado, que sería su aliado natural. En definitiva, no se abjuraba de la formulación programática central, aquella que planteaba un enfrentamiento entre un frente único del proletariado (rural e industrial), los campesinos pobres y la capa inferior de los campesinos medios, la pequeña burguesía urbana y rural y la burguesía nacional, contra los monopolios imperialistas, la gran burguesía y los terratenientes, en cumplimiento de las tareas nacionales, agrarias y democráticas de la Revolución Nacional, democrática y popular.

En materia estratégica, donde la crítica era más fuerte, sin embargo, no se abandonó el planteo de guerra popular prolongada. Lo que se operó fue una mayor clarificación del orden de las tareas que debía asumir el partido. En este punto, se afirmaba que las masas se encontraban en un momento de defensiva estratégica, dentro del cual se definían dos etapas. La primera, la que transitaba el país, sería la de la resistencia no armada donde la tarea central sería la “movilización del pueblo”, donde las masas avanzarían en su conciencia y en su organización, para luego pasar a un nuevo momento, dentro de la defensiva, donde la resistencia sería armada y luego se pasaría a la ofensiva para aniquilar el poder “imperialista oligárquico”. De este modo, se invierte el razonamiento que había desarrollado VC anteriormente: ahora la lucha comienza en las ciudades y es su evolución la que conlleva el traslado hacia el campo, espacio donde debería ser forjado el ejército popular, para luego marchar nuevamente a las ciudades. En ese trayecto la lucha de clases se habría elevado “a la altura del desencadenamiento de la guerra”. Estos planteos alteran la jerarquía de tareas del partido y, en consecuencia, secundarizan el rol estratégico del campesinado. La tarea central sería la movilización de masas en las grandes concentraciones proletarias sin abandonar por ello la organización de “los pobres del campo”. Dicho en sus propias palabras:

“debemos desechar por no corresponder a nuestra realidad la definición de guerra revolucionaria en nuestro país como una guerra campesina dirigida por el proletariado.

Debemos afirmar sí que la misma será una guerra de los obreros, campesinos, intelectuales revolucionarios, dirigidos por el proletariado; en particular en su primera etapa, fundamentalmente los obreros, campesinos e intelectuales de las zonas críticas”.

Lo cierto es que el partido comenzó a cosechar mayores éxitos en el ámbito urbano y ello lo fue acercando cada vez más a una posición insurreccionalista, empujado por la fuerza de los hechos. Como prueba de estas transformaciones es interesante recuperar el testimonio de Otto Vargas, máximo referente del PCR por aquellos años. Si bien se trata evidentemente de un “rival”, en la medida en que ambas organizaciones se disputaban la personificación del maoísmo en la Argentina, sus dichos son sugestivos: “A Vanguardia Comunista la sorprendió el Cordobazo, y dejó aceleradamente sus refugios en el Norte para trasladarse a Córdoba y a otras ciudades, con lo cual, en la práctica, cambió su línea”.⁸⁴⁸

No creemos, sin embargo, que se haya abandonado la estrategia de Guerra Popular Prolongada, al menos no hasta bien entrada la década del '70.⁸⁴⁹ Los documentos que aquí examinamos, que brotaron de instancias orgánicas y directivas del partido, muestran que hasta 1970 se defendía esa estrategia. En los documentos editados en 1971,⁸⁵⁰ que recogen las conclusiones del Primer Congreso de VC, se observan posiciones solidarias con la insurreccionalista (la primacía en la construcción del partido con privilegio en las tareas de inserción en el proletariado industrial, la importancia de la lucha de masas), pero no se abandonaba la defensa de una guerra popular prolongada que “permitirá establecer el gobierno popular revolucionario en regiones libres donde los nuevos órganos de poder comiencen a aplicar las medidas del programa nacional, democrático y popular”.⁸⁵¹ Incluso, como ya mencionamos, el Comité Permanente del Comité Central de VC resolvió en una reunión realizada en septiembre de 1972 reeditar aquellos documentos estratégico-programáticos: la primera parte del documento *Resolución sobre la situación nacional*, que contenía el análisis de la Argentina como

⁸⁴⁸Brega, Jorge: *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*, Ágora, Buenos Aires, 2008, p. 71.

⁸⁴⁹Esta es la posición de Celentano, quien afirma que VC era insurreccionalista, incluso desde sus inicios. Véase Celentano, “Maoísmo y nueva izquierda...”, op. cit., p. 94.

⁸⁵⁰Vanguardia Comunista: *Informe político*, 1971, compilado en: Vanguardia Comunista: *Resoluciones del Primer Congreso Nacional “Emilio Jauregui”*, noviembre de 1971. VC, *Manifiesto-Programa...*, op. cit.

⁸⁵¹VC, *Manifiesto-Programa...*, op. cit., p. 16. Vale destacar que ya el apartado que sienta las bases estratégicas del partido en dicho documento, sugestivamente se titula “Por el desencadenamiento y desarrollo de la guerra popular revolucionaria. Único camino para derrotar al poder del imperialismo y la oligarquía y establecer un Gobierno Popular Revolucionario” (p. 15).

semicolonia, y *Resolución sobre el carácter de la sociedad y de la revolución*, donde se definían los cambios ya mencionados en la estrategia de guerra popular prolongada.⁸⁵²

Un indicio más en este sentido es el Congreso Provincial de Vanguardia Comunista de Córdoba. Si bien se trata de una instancia provincial y no nacional, sus definiciones programáticas aparecen en sintonía con las nacionales. A ello debe sumarse que se trataba de la regional donde estaba instalada la dirección nacional del partido, motivo por el cual su importancia no es menor ni tampoco podía tratarse de una provincia que escapara a esa dirección. Las “Resoluciones de organización” de aquel congreso⁸⁵³ llamaban a “fortalecer nuestro Partido, ampliar audazmente sus organismos, multiplicar su influencia, insertarlo en el corazón de las masas populares -sobre todo en las concentraciones proletarias-, renovar sus métodos de trabajo y aumentar nuestro esfuerzo.” Esto da cuenta de que el proletariado industrial, más en sintonía con la estrategia insurreccional, seguía siendo un sujeto privilegiado. A modo de autocrítica también se señalaba que el partido en Córdoba tenía un perfil “municipal”, anclado en la capital, que lo alejaba de la realidad del conjunto de la provincia. Ello había conducido a “negar el papel del movimiento campesino”, a no tener ninguna capacidad de inserción sobre aquel. Lo que en concreto significaba:

“negar el papel del movimiento campesino, de su alianza con el proletariado como base para el frente único y la guerra popular [...] es al cuete hablar de ‘guerra popular’ sin incidir en el movimiento campesino, que junto a los obreros habrán de decidir el futuro de esa lucha armada. [...] necesitamos abrir trabajo en distintos puntos de la provincia.”

Todo ello era, además, el resultado de un “defecto subjetivista” del partido que, en ausencia de un “conocimiento profundo de la provincia” -en el plano económico, político, histórico y militar- impidió la comprensión de la realidad. Ese déficit de conocimiento fue cubierto, se señala en tono de autocrítica, por el “dogmatismo”, el

⁸⁵²Fundamentando esta decisión, la introducción a la reedición de estos documentos señala: “[El CC] lo hizo por entender que el crecimiento de las responsabilidades partidarias en la dirección de la lucha de masas y el avivamiento de la lucha política en el presente exigen de su militancia y de los amigos que la rodean *un conocimiento de lo más profundo posible de los fundamentos políticos y tácticos del Partido*. [...] entendiéndolo que *en ellos predominan las ideas justas* y que sirven a la fundamentación de afirmaciones obligadamente sintéticas del Manifiesto-Programa es que recomendamos su estudio a todos los camaradas y demás compañeros del movimiento revolucionario”. (VC, *Documentos sobre...*, op. cit., p. 3.

⁸⁵³Vanguardia Comunista Córdoba: *Resoluciones del Primer Congreso Provincial de Vanguardia Comunista*, Córdoba, Mayo de 1975.

conocimiento “libresco abstracto” que imponía formulaciones generales abstraídas de la experiencia real o tomando solo una experiencia parcial:

“El subjetivismo en nuestro caso particular asumió la forma principal de empirismo: no realizamos en 6 años de vida un serio y científico análisis de clases en Córdoba que nos permitiera formular un programa partidario para empeñarnos en resolver los problemas de fondo de la provincia.”

De modo que este Congreso provincial está dando cuenta de que se mantiene el privilegio al proletariado industrial y no se abandona la necesidad de un trabajo sobre el campesinado, justamente a lo que apunta la crítica es a corregir la ausencia de este en la inserción partidaria, lo que es entendido como un grave error. De igual modo, no se abandona la perspectiva de una guerra popular, en un documento que se puede considerar “tardío” en relación con el proceso revolucionario.

No hemos podido localizar ningún documento que refiera a la adopción de una estrategia plenamente insurreccionalista, pero la historia oficial de VC, según uno de sus continuadores -el Partido Revolucionario Marxista Leninista (PRML)-, señala que fue en su Segundo Congreso (1976) donde se abandonaron los “resabios” de la estrategia maoísta en favor de una orientada a los grandes levantamientos de masas.⁸⁵⁴

Sea como fuera, tal como veremos en el próximo acápite, en toda su intervención en la etapa bajo estudio el partido jamás abandonó una línea en la que el campesino tenía una importancia destacada en el proceso revolucionario. Como hemos visto, las transformaciones suscitadas en su programa y en su estrategia, fueron secundarizando el rol de los campesinos, que pasaron de ser el sujeto privilegiado en la primera etapa a tener un rol central en la estrategia en la segunda, y finalmente a ser relegados en la construcción partidaria que debía centrarse en el proletariado, en la última etapa. Todo ello no quita que fue la fuerza de los hechos la que empujó a VC a tener una creciente intervención en sectores más típicamente asociados al insurreccionalismo: los sindicatos y las universidades.⁸⁵⁵ En ningún momento, sin embargo, se abandonó la defensa de la

⁸⁵⁴<http://www.prmlargentina.org/vanguardia-comunista>

⁸⁵⁵Celentano da cuenta de la táctica de proletarización y construcción de “Comisiones obreras” desarrollada por VC, lo que le permitió tener trabajo en metalúrgicos, mecánicos, textil, alimentación, construcción, estatales, municipales, frigoríficos, docentes y, fundamentalmente, Sitrac-Sitram. (Celentano, “Maoísmo...”, op. cit, pp. 99-100). Asimismo, dirigió los centros de estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la UBA y el de la Facultad de Arquitectura de Córdoba.

alianza “obrero-campesina”, construida a partir de la confluencia del proletariado urbano y rural con los campesinos chicos y medios “de la capa inferior”.

Resumiendo

El caso de VC es sumamente ilustrativo de las consecuencias para una fuerza política de adoptar como guía formulaciones teóricas en abstracción de la realidad concreta sobre la que se debe intervenir. Más concretamente, es muestra de los problemas programáticos derivados de la adopción del maoísmo en la Argentina. Los primeros años de su experiencia ponen al descubierto parte de la debilidad subjetiva de la fuerza social revolucionaria en los ‘70. En un momento de reflujo de la clase obrera, como el que caracterizó a los ‘60, la pequeña burguesía se activó políticamente mirando hacia afuera. Desde 1966, VC asumió plenamente la estrategia maoísta de guerra popular prolongada, centrada en la construcción de un ejército en el ámbito rural. De allí que el campesinado apareciera como sujeto principal de la intervención del partido, ante un proletariado urbano que se juzgaba aletargado y/o conservador. Como ellos mismos reconocen, subestimaron la importancia del proletariado urbano, que transitaba una etapa de reflujo, trasladando mecánicamente una estrategia que no se correspondía con las particularidades de la estructura social argentina.

Sin embargo, una vez que estalló el Cordobazo, VC se vio obligada a comenzar una serie de rectificaciones. Intervenir sobre el proletariado urbano resultaba inevitable y el partido lo hizo. No es casual que fuera una de las fuerzas con mayor desarrollo en la experiencia de los sindicatos clasistas Sitrac-Sitram. Pero no lo hizo a partir de una clarificación programática asentada en el conocimiento de la realidad sobre la que buscaba intervenir. Lo hizo contra su propia línea una vez que la realidad estalló. Una vez que los hechos le pasaron por encima, su consigna inicial -marchar al campo- se reveló ineficaz. A medida que avanzó la década del ’70, VC fue cediendo ante una estrategia que ponía crecientemente el énfasis en el proletariado urbano, sin llegar a romper jamás con la idea de una alianza con el campesinado. El desarrollo de una caracterización del país, basada en el estudio científico de la realidad, le hubiese permitido sacar las conclusiones programáticas y estratégicas del caso y anticiparse a los hechos.

c. *La intervención en la lucha de clases del agro*

Unos meses después del Cordobazo, VC caracterizó que el auge del movimiento popular aún no había llegado al agro, puesto que, con excepción de los trabajadores de la caña y la vid, los obreros rurales y los campesinos se mantenían en un estado de quietud, que se explicaba por su desorganización sindical y política, y la escasa agitación desarrollada en su seno. Ello explicaría que sus “energías revolucionarias permanezcan latentes y no se hayan desplegado”.⁸⁵⁶

Sin embargo, apenas un año después, en octubre de 1970, el partido ya advirtió que se asistía a una etapa de “despertar político del campesinado”,⁸⁵⁷ debido a la ofensiva de los “grandes monopolios internacionales” que controlaban la industria frigorífica, el comercio de exportación, las industrias de transformación y gran parte de la tierra. Con complicidad de la dictadura militar, los grandes frigoríficos norteamericanos e ingleses impusieron restricciones a las faenas para bajar el precio, mientras que en el agro “hicieron correr la voz de que los precios iban a ser muy bajos”⁸⁵⁸ y desalentaron la siembra. Ya la movilización de la Unión de Cooperativas Agrícolas Limitada en noviembre de ese año fue leída como la ruptura de la “aparente calma que reinaba en el campo argentino”, aunque se juzgaba que su tono de denuncia era aún “apolítico” sin apuntar “al verdadero enemigo, la dictadura militar al servicio de los monopolios”.⁸⁵⁹

Allí, sin embargo, confluían diferentes fuerzas en oposición a la política agropecuaria de la Revolución Argentina. Hacia octubre de 1970 se constituyó la “Comisión de Enlace”, un frente que agrupaba a buena parte de la burguesía agraria representada por sus corporaciones: FAA, SRA, CONINAGRO y CRA.⁸⁶⁰ Inicialmente, estos sectores habían apoyado a la Revolución Argentina, con la esperanza de que Onganía pusiera orden en el campo, reprimiendo las “violentas huelgas” de los peones que se habían producido en las cosechas de 1965 y 1966, mejorara los precios de las mercancías agrarias y redujera la apropiación de la renta agraria mediante una devaluación y eliminación de subsidios a parte de la industria y la clase obrera. No obstante esto, a medida que se fue desenvolviendo el gobierno, la implementación de nuevos impuestos

⁸⁵⁶Vanguardia Comunista: *Circular de la dirección nacional sobre la situación nacional y el trabajo partidario*, septiembre de 1969, p. 1.

⁸⁵⁷“Se quiebra ‘la calma’ en el campo”, en: *No Transar*, 05/10/1970.

⁸⁵⁸Ídem.

⁸⁵⁹“Campesinos en pie”, en: *No Transar*, 3/11/1970.

⁸⁶⁰Sanz Cerbino, Gonzalo: “Antecedentes históricos de la unidad de las corporaciones agropecuarias pampeanas. La formación de la Comisión de Enlace y la disputa por la renta (1966-1973)”, en: *Mundo Agrario*, vol. 15, N° 29, La Plata, 2014, s/p.

al agro (en particular, el impuesto de emergencia a la tierra de 1969) y la falta de precios competitivos erosionaron el apoyo inicial que, finalmente, trocó en un frente opositor cristalizado en la mencionada “Comisión”. Los productores coincidieron en ella, denunciando la “falta de racionalidad” del entramado industrial y el elevado gasto público, que llevaba al agro a pagar siempre los costos. En lo inmediato, exigían una reforma fiscal que alivianara la carga sobre los productores agropecuarios y precios que incentivarán la producción.

Para VC, esta era una alianza entre sectores terratenientes y campesinos ricos que sufrían la apropiación de parte de su ganancia por los “monopolios”. Prueba de ello sería la movilización de sectores que representan a la “oligarquía más poderosa” como la Sociedad Rural que buscaba “obtener concesiones” de los monopolios, y de sectores “menos poderosos”, como CONINAGRO, FAA y Campo Unido, que aspiraban a una “renegociación tajante” discutiendo de igual a igual con el imperialismo. Estos últimos tendrían una plataforma más avanzada, basada en la eliminación del impuesto a la tierra, el status ministerial para la Secretaria de Agricultura, crédito suficiente, rebaja de impuestos para las industrias de transformación, protección a la producción lechera, algodónera, tabacalera y yerbatera, fortalecimiento de la corporación argentina de la carne, participación en las Juntas Nacionales de Carne y Granos.⁸⁶¹ No llegarían, sin embargo, a reclamos en torno al régimen de la propiedad de la tierra, pues son “parte del mismo tronco oligárquico”. Ninguno de estos dos sectores se encontraría en condiciones (tampoco tendría la voluntad) de liquidar la explotación de los monopolios.

El otro sector que habría entrado en activación producto de esta ofensiva sería el constituido por los campesinos pobres y medios empobrecidos, condenados por la política del gobierno al abandono de la tierra, la miseria, el hambre y la desocupación. Su entrada en escena, de la mano de las Ligas Agrarias, sería positiva, en tanto marcaría la activación del mejor aliado del proletariado, y confirmaría lo “derechista y reaccionario” de la política de organizaciones trotskistas que subestimaban al campesinado.⁸⁶² La alianza entre ambos, sobre la base de una plataforma de acción común, permitiría la liquidación de la oligarquía como clase y del régimen de propiedad de la tierra. Como ya vimos, este posicionamiento no hace más que plasmar en la práctica el planteo de alianza entre proletariado y campesinado, una propuesta en la que

⁸⁶¹Buena parte de estos reclamos también eran sostenidos por la SRA, y su carácter “avanzado” resulta por lo menos dudoso.

⁸⁶²VC: *Informe político*, op. cit., p. 10.

se aspiraba a que ninguna clase prevalezca sobre la otra, toda vez que un frente común requiere:

“programa común donde *se hagan mutuas concesiones* en aras del combate contra el enemigo [...] será necesario respetar la independencia programática y orgánica de cada clase, que tiene el perfecto derecho de no subordinar sus reivindicaciones respecto de las otras”⁸⁶³

En concreto, las reivindicaciones girarían, en primer lugar, en torno a la denuncia de los desalojos, las condiciones de los contratos de arriendos, la “voracidad” impositiva, la usura y la importación de productos agrarios. En segundo lugar, se exigiría precios retributivos, crédito barato, salarios “dignos” y leyes sociales. La acción más radical comenzaría en las “zonas críticas”, allí donde la “ofensiva del imperialismo” produciría crisis más agudas, quiebra de la economía campesina y donde habría escaso margen para amortiguar la lucha con concesiones. La práctica concreta llevaría allí a un “espontáneo” frente único.

Aquí vemos materializarse en la práctica la colaboración de clases que se esconde detrás del mote progresista de la alianza obrero-campesina. Recordemos que, al menos el campesinado medio, era un claro explotador de fuerza de trabajo. VC llamaba al proletariado rural a hacer frente común, dándole concesiones a estos sectores. Así convertía a los explotados en furgón de cola de una estrategia de la burguesía rural más débil. Vale aclarar que los reclamos de estas capas no se diferenciaban en la etapa de los de la “oligarquía”, que también exigía precios retributivos, crédito y reducción de los impuestos al agro, como quedó plasmado en la Comisión de Enlace, el frente que unía a FAA y SRA entre otros.

Ligas agrarias y movimientos de productores agropecuarios

A partir de la anterior caracterización, VC asumió en 1971 la tarea de disputar la dirección del movimiento campesino chaqueño, misionero y del noreste.⁸⁶⁴ Ese trabajo tenía por objetivos centrales promover la participación cada vez más amplia del campesinado pobre, impulsando a la incorporación plena de sus reivindicaciones en las

⁸⁶³Ibidem. El destacado es nuestro.

⁸⁶⁴Ibidem.

Ligas Agrarias, y soldar su unidad con el proletariado rural. Para ello, debía promoverse el desarrollo del movimiento agrario como expresión de la independencia del campesinado respecto de las grandes corporaciones (SRA, FAA y Campo Unido), apuntalando el reclamo contra los desalojos y los impuestos, por créditos y precios retributivos, en combate contra los monopolios acopiadores y los terratenientes.

A partir del relevamiento realizado sobre *No Transar*, publicación periódica de VC, podemos afirmar que el partido otorgó centralidad a las Ligas Agrarias Chaqueñas (LACH). A ellas, se las caracterizó como un organismo que recogía la “tradición gloriosa” del Grito de Alcorta⁸⁶⁵, y que recuperaba las banderas caídas de la FAA. Los sucesos de 1912 fueron leídos como una huelga promovida por colonos, arrendatarios y aparceros contra la explotación oligárquica latifundista, expresada en los contratos de dos años que absorbían hasta un 34% de la producción. Incluso, se presentaba al Grito de Alcorta como un hito más de las grandes huelgas de comienzo de siglo, junto a la de peones de la Patagonia, las jornadas de la Semana Trágica o la huelga de la construcción de 1936.⁸⁶⁶ En ese contexto, la FAA habría surgido como “organización combativa al servicio de la lucha antioligárquica”, pero con el paso del tiempo, los elementos combativos fueron o bien depurados, o bien se enriquecieron y se burocrataron, convirtiéndose ya en la década del ‘70 en enemigos abiertos del campesinado. Por ello la consigna era generalizar la experiencia de las Ligas y promover la ruptura de los campesinos con FAA.⁸⁶⁷

Cuando en 1972 se celebró el Congreso Extraordinario de las Ligas Chaqueñas, VC mostró que efectivamente no tenía ninguna diferencia programática con el movimiento de productores agrarios, sino que toda su disputa estaba vinculada a una cuestión del personal político que lo dirigía.⁸⁶⁸ En aquella instancia congresal se votó un pliego que exigía la fijación de un precio mínimo para el algodón, prohibición de créditos a los monopolios, intereses inferiores al 4% para los pequeños productores, prohibición de importación de fibras de algodón, inembargabilidad de los instrumentos de trabajo y expropiación del latifundio, y recogía el reclamo obrero de fijación de precios para la recolección. Para el partido, este era un programa antimonopolista positivo. No se esbozaron críticas, sino que el problema aparecería en la dirección de la lucha que

⁸⁶⁵“Los campesinos del Chaco contra el gobierno de los monopolios”, en: *No Transar*, 09/09/1971.

⁸⁶⁶VC, *Proyecto de resolución sobre la situación nacional*, op. cit., p. 3.

⁸⁶⁷Vanguardia Comunista: *En la lucha contra la dictadura y su GAN construir un frente antiacuerdista de masas. Resolución de la 3ª reunión del Primer Comité Central de Vanguardia Comunista*, agosto de 1972.

⁸⁶⁸“Imprimir una dirección proletaria al combate campesino”, en: *No Transar*, 26/01/1972.

estaba en manos de campesinos medios y ricos, mientras que estaban ausentes los obreros rurales y tenían escasa incidencia los campesinos pobres en la orientación del combate. El núcleo duro de la alianza obrero-campesina entonces aparecía alejado de las instancias decisorias.

Sin embargo, dos meses más tarde, tras una gran movilización de las LACH, VC caracterizó que comenzaba a notarse una mayor presencia de campesinos pobres y jornaleros⁸⁶⁹ y, a partir de allí, la dirección en manos de campesinos medios aparecía ya como “progresiva”, al tratarse de un sector pequeñoburgués con reclamos antimonopolistas y antioligárquicos. El único reparo del partido iba en el sentido de contener a sus “sectores reformistas” que “intentaban frenar la radicalización de los métodos de lucha”, lo cual requería la participación del campesinado pobre -pequeños productores de menos de 50 hectáreas⁸⁷⁰ - para que impulsara “métodos revolucionarios de combate”.⁸⁷¹ Por esta identidad de intereses que buscaba encarnar el partido y que se expresaban en las Ligas, no sorprende que en las páginas de *No Transar* se reproduzcan textos del movimiento liguista.⁸⁷²

Unos meses más tarde tuvo lugar el Tercer Cabildo de las Ligas Agrarias Chaqueñas, donde VC también participó. Este hecho fue celebrado como expresión del “reanimamiento de la actividad liguista”, que estaría evolucionando en su contenido político, radicalizándose adquiriendo un “carácter revolucionario”: ya no solo denunciaba a los monopolios sino que comenzaba a impugnar al gobierno dictatorial de Lanusse, que no estaba cumpliendo con la política de fijación de precios algodoneros como había prometido.⁸⁷³ De esta radicalización surgiría un creciente enfrentamiento entre las bases y las direcciones más conservadoras, en particular la del Obispo Distéfano, que buscaba mantener al movimiento lejos de la acción directa. En esta instancia, VC intervino a través del Movimiento Nueva Cultura de Corrientes (MONUC), uno de sus frentes culturales, entregando “un cuadro que representaba a dos campesinos, un gringo y un criollo, y una mujer campesina, con sus herramientas en alto, en señal de lucha”. Asimismo, hicieron lectura en público de un poema dirigido a las ligas.

⁸⁶⁹En los comienzos del movimiento agrario chaqueño, VC había advertido que el movimiento tenía una composición de campesinos medios, predominando los más acomodados, con una escasa presencia de campesinos pobres y obreros rurales, lo cual explicaba su inicial “tónica apolítica”. (“Chaco: Campesinos en pie”, *No Transar*, 03/11/1970).

⁸⁷⁰“El Litoral enfrenta la crisis”, en: *No Transar*, 6/8/1975.

⁸⁷¹“Chaco, gol en contra de Lanusse”, en: *No Transar*, 08/03/1972.

⁸⁷²“El tiro por la culata”, en: *No Transar*, 16/4/1975.

⁸⁷³“El tercer cabildo abierto de las ligas agrarias chaqueñas”, en: *No Transar*, 28/9/1972.

El balance esbozado por el grupo maoísta sobre las deliberaciones de este Congreso vuelve sobre las críticas al trotskismo, en tanto que subestimaría al sector campesino. Allí se reconoce el carácter explotador de este sector y se insiste, a pesar de ello, en la necesidad de una alianza con el proletariado:

“Es una categórica desmentida, a todas las ideas que tienden a desprestigiar la calidad revolucionaria del movimiento campesino y su papel de fuerza motriz de la revolución. Es una firme denuncia práctica del carácter reaccionario que tiene la subestimación del movimiento campesino que hacen los trotskistas, socialpedagógicos y afines; subestimación aparentemente ‘izquierdista’ pero verdaderamente derechista y reaccionaria. *Más aún, queda demostrado que estos sectores que tienen asalariados a su servicio una parte del año, y en muchísimos casos, todo el año, son tan perjudicados por los monopolios que de una u otra manera se suman a la lucha contra estos y son uno de los sectores más activos de la lucha antimonopólica en la que está empeñado el pueblo argentino.*”⁸⁷⁴

VC, más allá de las diferencias que establecía entre los campesinos pobres y ricos, reivindicaba las demandas de ambos, dado que eran esencialmente las mismas. Tal como se ve, celebraba el pliego del movimiento, supuestamente encabezado por las “capas acomodadas”, cuyo contenido corresponde a reclamos propios de burgueses que se encuentran con su posición amenazada en el mercado. En efecto, lo único que es objetado por la organización son los métodos del movimiento liguista.

El resto de las Ligas Agrarias o movimientos de productores no recibieron demasiada atención de VC.⁸⁷⁵ A diferencia de las LACH, que aparecieron con frecuencia en las páginas de *No Transar*, otras experiencias de movilización agraria como las Ligas Agrarias Entrerrianas, de Santa Fe, Formosa, Corrientes, Córdoba, Misiones, Salta, y Río Negro⁸⁷⁶ solo merecieron referencias esporádicas. En ellas primó el mismo análisis: expresarían los intereses de sectores campesinos pequeños y medios enfrentados a la “oligarquía” y los “monopolios”, reclamando por sus “justas” reivindicaciones (precios, créditos, impuestos diferenciales, cierre de la importación que compita con sus

⁸⁷⁴El destacado es nuestro.

⁸⁷⁵Al menos eso es lo que refleja el relevamiento que hemos hecho sobre la totalidad de números disponibles de *No Transar*. Actualmente no se dispone de todos los números editados en la etapa.

⁸⁷⁶“Firmeza en la lucha campesina”, en: *No Transar*, 19/3/1975; “Agro cordobés en crisis”, *No Transar*, 4/6/1975; “El litoral enfrenta la crisis”, en: *No Transar*, 6/8/1975; “Al único que no pueden sobornar es al pueblo”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975.

productos, entre las principales). Vale destacar de todos ellos, el caso de las Ligas Agrarias Correntinas por un elemento puntual. VC realizó un balance de una reunión multisectorial provincial en la que confluyeron la CGT, las 62 Organizaciones Peronistas, el Obispado, la Asociación de Comercio, las Ligas, la Asociación de Plantadores de Tabaco, la Asociación de Arroceros de Santa Lucía y Goya y el Movimiento Agrario Correntino. Allí se aprobó un programa común de cumplimiento de paritarias y apoyo al plan de la CGT nacional y el aumento de los precios para los campesinos. Para el partido se trataba “un buen ejemplo de cómo los campesinos se unen a otros sectores populares para luchar unidos contra los enemigos comunes”. En este caso lo novedoso es la amplitud de la alianza: no se trata ya solo del proletariado (la CGT) con productores agrarios (las Ligas) sino que incorpora a otros sectores de la burguesía (la Asociación de Comercio), a organismos sindicales abiertamente ligados a partidos de la burguesía (las 62 Organizaciones Peronistas) e incluso a la Iglesia.⁸⁷⁷

Más allá del movimiento liguista, VC buscó intervenir en la realidad agraria de tres provincias -Mendoza, Misiones y Córdoba-, mediante el análisis de algunas de sus ramas y la elaboración de pliegos reivindicatorios que dan cuenta del intento de plasmar su programa en la realidad. En la revista teórica del partido, *Temas Revolucionarios*, a fines de 1975 apareció un artículo firmado por Juan García, en el que se examinaba la producción vitivinícola mendocina.⁸⁷⁸ En dicha nota buscaba demostrarse que el capital extranjero, en particular el norteamericano “no produjo ningún desarrollo en la economía mendocina”, lo que vendría a confirmar que “la penetración fomenta el subdesarrollo y el atraso”. La trayectoria de la rama vitivinícola provincial habría sufrido la misma suerte que la azucarera y la algodonera, es decir la monopolización por “pulpos” que acaparan la producción, industrialización y comercialización del producto, desde la siembra de la uva hasta el embotellamiento del vino. Este fenómeno habría producido el quebranto de los productores más chicos del campo, de la industria nacional, la ruina de la “economía regional” y el incremento de la desocupación rural que derivaría en el engrosamiento de las villas miserias urbanas. Así las cosas, los trabajadores, los pequeños y medianos productores y el “pueblo mendocino” sufrían el accionar del “imperialismo y sus socios oligarcas”.

⁸⁷⁷“Llora, llora el gran terrateniente porque se mueven las Ligas de Corrientes”, en: *No Transar*, 17/9/1975.

⁸⁷⁸García, Juan: “Mendoza: el monopolio al desnudo”, en: *Temas Revolucionarios*, N° 3, noviembre-diciembre de 1975, pp. 39-44.

Los monopolios, a los que VC entendía como fusión entre el capital industrial y el financiero, habrían desembarcado en Mendoza para aprovechar la alta rentabilidad de la tierra (entre dos o tres veces más productiva que la de California) y los bajos salarios, lo que les permitirá obtener “fabulosas superganancias”. Favorecidos por la dictadura hacia fines de los '60, los “monopolios yanquis” comenzarían a participar de las acciones de las empresas ligadas a conservadores tradicionales de la provincia, y fueron ampliando la magnitud de sus plantaciones. Se produjo también la penetración al nivel de la industrialización, desembarcando en las bodegas. Por ello, durante la dictadura de Onganía quebraron muchas pequeñas bodegas, que no podían competir con la magnitud de las norteamericanas. “La finalidad de monopolizar las bodegas es bien clara si vemos que al contar con el 50% de la vasija vinaria, tiene en sus manos la posibilidad de adecuar la producción, precios de uva y vino, fecha de liberación de los vinos nuevos, exportaciones” y así acabarían perjudicando a contratistas, pequeños y medianos viñateros y bodegueros.

En cuanto a la comercialización, de la definición de los precios serían excluidos los pequeños y medianos productores, cayendo la decisión en manos del gobierno, la oligarquía y el imperialismo. Sumado a ello, pagarían en los tiempos que ellos mismos deciden, con la posibilidad de especular en función de los rindes. Además de ello, los monopolios contarían con facilidades crediticias, para conseguir dinero a bajas tasas, por lo que sería común encontrar a personeros de los monopolios entre los directorios de entidades bancarias.

De todo ello, VC extraía una serie de conclusiones políticas. En primer lugar, que el capital extranjero no produce desarrollo de la economía, sino subdesarrollo y atraso. El síntoma de esto sería el cierre de 164 bodegas. En segundo lugar, que la monopolización genera como consecuencia la desnacionalización de la economía y que el capital monopolista incrementa la desocupación: “las 600 familias de trabajadores que quedaron en la calle, cuando Viñedos y Bodegas Trapiche fueron comprados por Robert Brown; quien automatizó la bodega y hoy funciona con una docena de trabajadores.” En tercer lugar, que por la vía de la participación en los bancos, los monopolios extranjeros hacen uso a su gusto del ahorro nacional.

Estas conclusiones son sugestivas en cuanto que ilustran la forma en que VC entiende el desarrollo del capitalismo. El “capital monopolista”⁸⁷⁹ tal y como se desprende de la

⁸⁷⁹VC prestó una notable atención al fenómeno de los “monopolios”, lo que redundó en una serie de estudios y notas periodísticas: “La inversión imperialista en Argentina”, en: *Temas Revolucionarios*, N°

descripción, lejos de generar “subdesarrollo” produce “desarrollo”, claro que en términos capitalistas. En efecto, el despliegue del capitalismo tiende a la concentración y centralización del capital, por lo cual los fenómenos de quiebra de productores más chicos e ineficientes, que no logran alcanzar la ganancia media, son la regla. Quienes subsisten en el mercado son los productores más eficientes, es decir, los que producen con menos trabajo, menores costos, mayor tecnología y, por lo tanto, mayor productividad. De manera que la ruina generalizada de una enorme masa de productores lejos de poner en evidencia el “subdesarrollo”, es evidencia de lo contrario. En la medida que los pequeños capitales tienen una historia ligada al país y los grandes capitales provienen del exterior, la concentración aparece como “desnacionalización”, pero es justamente una concentración de capitales, en independencia de su nacionalidad u origen. Lo que VC cree que son las consecuencias de un capitalismo anormal, es decir dependiente o monopólico, es en realidad el desarrollo normal capitalista.

En la provincia de Misiones, el partido tuvo oportunidad de sentar posición a partir de las elecciones provinciales que se sucedieron a comienzos de 1975. Allí emitió una declaración criticando a los “monopolios nacionales y extranjeros”, a la “oligarquía y al imperialismo” por la explotación de los obreros y campesinos provinciales.⁸⁸⁰ En particular, el campesinado sufriría de los “precios de hambre” que se pagaban por el té, la yerba mate, el tung y el citrus, lo que lo llevaba al empobrecimiento que se agudizaría por la falta de tierra, dada la concentración en pocas manos,⁸⁸¹ impidiendo una explotación económica rentable. Por su parte, el proletariado rural seguiría siendo postergado en sus condiciones de vida y de trabajo, ambas de miseria.

En función de la crisis provincial, y aprovechando la coyuntura electoral para la agitación de su programa, VC fijó una serie de puntos que permitirían superar la situación socioeconómica de la provincia:

1. Liquidación del “injusto régimen de tenencia de la tierra”, culpable de la masa de campesinos pobres y medios sin tierra para una explotación económicamente rentable. Para alcanzar aquello debía brindarse crédito, ayuda técnica e implementos de labranza y la cesión de tierras fiscales con título de propiedad.

1, noviembre de 1973, pp. 3-16; “Vaciamiento triguero”, en: *No Transar*, 1/9/1973; “Que tienen nuestros enemigos”, en: *No Transar*, 19/3/1975; “Parar la prepotencia de los frigoríficos”, en: *No Transar*, 3/11/1970.

⁸⁸⁰“Golpear a la oligarquía”, en: *No Transar*, 19/3/1975.

⁸⁸¹“Quienes tienen la tierra”, en: *No Transar*, 19/3/1975.

2. Expropiación sin compensación de los latifundios para entregar en forma de cooperativa a trabajadores y nuevos colonos.
3. Diseño de un plan integral de diversificación de la producción agrícola en sintonía con las características ecológicas, la posibilidad de colocación en el mercado y el rendimiento de la tierra, elaborado por campesinos, obreros y técnicos. Protección a la producción local por la vía de clausurar la importación de yerba mate.
4. Golpear a la “intermediación parasitaria” con medidas para la molienda y el fraccionamiento de la yerba mate en el ámbito provincial, y no fuera de ella. Participación campesina en el Instituto Provincial de Industrialización y Comercialización Agraria.
5. Desarrollo de la industria local con “plena utilización de los recursos naturales y humanos”, evitando el accionar de sabotaje de los monopolios. Aprovechamiento de los recursos hidroeléctricos, “continuando la lucha contra el expansionismo brasileño que se concreta en la construcción de Itapú. Hoy, la dependencia de la provisión eléctrica desde Paraguay (presa de Acaray), controlada por los norteamericanos, es un grave atentado contra la soberanía nacional.”
6. Respeto a la legislación laboral del trabajo rural (salario mínimo, beneficios sociales, previsionales, estabilidad, asistencia médica, vivienda digna, educación). Desalojo de la burocracia sindical.
7. Fin de la compra de tierras fronterizas por colonos brasileños, que comercian con su país y difunden su idioma constituyen “atentados contra la soberanía”. Frente a ello, deberían realizarse mejoras las comunicaciones y el transporte en la provincia.⁸⁸²

El resto de los puntos ya no refieren a cuestiones estrictamente agrarias, por lo cual no los incluimos aquí. Sí destacamos que ese programa fue acompañado de exigencias “inmediatas” tales como aumento de precios para la yerba mate, citrus, té y tabaco de acuerdo con los costos reales, revisión de la Ley de Té con participación del MAM, pago de las cosechas atrasadas, unificación de todo el activismo agrario en el MAM, salarios mínimos, unidad con la CGT y garantías a la libertad sindical. Como puede apreciarse, es consecuente con las definiciones programáticas que examinamos en los acápites precedentes: se defiende a los campesinos en tanto productores para el mercado (la lucha por los precios, los créditos para poder capitalizarse y la tierra para

⁸⁸²“El programa provincial de los comunistas”, en: *No Transar*, 19/3/1975.

incrementar su producción, punto 1 y 2), e incluso se los protege en tanto que productores “nacionales” contra los extranjeros (punto 5 y 7) y como provinciales frente a las otras etapas que se desarrollan en otras provincias (punto 4). En paralelo, se evalúa un despliegue irracional de la producción agropecuaria no por su dinámica capitalista sino por estar en manos de la “oligarquía” (punto 3), se denuncia la intermediación monopolista-parasitaria (punto 4), se defiende la “soberanía nacional” (punto 7) y se contemplan reivindicaciones económicas inmediatas de la clase obrera (punto 6). Este pliego es indicativo de la naturaleza de la alianza obrero-campesina que propugna VC: de los siete puntos solo uno refiere a problemáticas y demandas de la clase obrera mientras que los seis restantes corresponden a reclamos de la burguesía y la pequeña burguesía rural, a la que se engloba bajo el concepto de “campesino”.

Finalmente, el análisis de la estructura y los problemas del agro cordobés lo encontramos en los documentos del Primer Congreso Provincial de VC, celebrado en aquella provincia en mayo de 1975.⁸⁸³ Allí sostenían que la estructura provincial reproduciría a escala local la realidad nacional en sus características neocoloniales, oligárquicas y monopólicas. Históricamente, la oligarquía terrateniente cordobesa y la burguesía comercial del Litoral se habrían ligado tempranamente al capitalismo inglés, lo que llevó a la quiebra de las manufacturas locales surgidas en el marco virreinal - incapaces de competir con las nuevas importaciones-. La producción cerealera despegaría a partir de la llegada del ferrocarril, que abrió nuevas tierras al cultivo. El campesinado tuvo intersticios para crecer, con los gobiernos de Yrigoyen y Perón, pero desde 1954 se afirmaría el dominio oligárquico y la penetración imperialista, quebrando el “desarrollo independiente que se estaba gestando” en Córdoba.

La “penetración monopólica yanqui” durante el Onganiato habría producido una tendencia a la crisis agraria que se descargó sobre los pequeños y medianos productores que quebraron, en el proletariado que sufrió un incremento en la intensidad de la explotación y en la ruina de la industria nacional. En este cuadro de situación, el partido llamó a “apoyar e impulsar la movilización campesina”, promoviendo los reclamos de tamberos y poroteros, su agremiación y la necesidad de la alianza obrero-campesina. Sin embargo, el Cordobazo dio muestras de la resistencia a la neocolonización y eso convertiría a la provincia en un “espacio favorable a la revolución”, máxime si se tiene

⁸⁸³VC Córdoba: *Resoluciones...*, op. cit.

en cuenta, como caracteriza el partido, que la “oligarquía provincial” es más débil que la porteña.

En función de esta estructura, los enemigos de la revolución serían las expresiones locales e indirectas del imperialismo en la provincia, la clase terrateniente y la gran burguesía. Como ejemplo de lo primero se cita a Piccardo, firma que controlaba la producción y elaboración del tabaco, la Cosquín Avícola y Cargill con su dominio de los fertilizantes y los alimentos balanceados. En cuanto a los terratenientes, los más conspicuos serían los Anchorena, Olmos y Lynch, todos ellos con explotaciones de más de 10.000 hectáreas y rebaños superiores a las 5.000 cabezas de vacunos. Finalmente, la gran burguesía se vería representada en las grandes firmas industriales como Roggio, Allende y Posse.

En este cuadro, la década del '70 estaría signada por el “despertar del movimiento campesino” con la formación de las Ligas Tamberas y las Ligas Campesinas, que serían las formas organizativas del “principal aliado” del proletariado. Su intervención en el marco de la crisis provincial, debería estar destinada a “descargar el peso de la crisis económica sobre el latifundio y el monopolio”, con impuestos especiales sobre ellos, y prohibición de que estos adquieran créditos en el Banco de la Provincia de Córdoba. Asimismo, debería avanzarse en la expropiación de los latifundios improductivos y su entrega a campesinos pobres y medios, impuestos sobre el resto de los latifundios con reducción de la carga impositiva sobre trabajadores y “capas medias”, y crédito barato, abundante y a largo plazo para “pequeños productores rurales y urbanos”. Finalmente, estas transformaciones debían estar destinadas a promover el desarrollo “progresista de la economía provincial” por la vía de las cooperativas de campesinos y la construcción de obras de riego. Todo ello, enmarcado en transformaciones de fondo:

“1) Por la expropiación sin indemnización de la propiedad agraria e industrial de la oligarquía y el imperialismo. 2) Por la eliminación del arriendo, la ampliación de las parcelas, el otorgamiento de créditos y el fomento de la producción cooperativa de los productores pequeños y medios [...]”

Con estos planteos, el partido se propuso jerarquizar su trabajo entre los campesinos cordobeses, a los que habría relegado interviniendo solo entre el proletariado industrial. Todo ello en pos de “ser un Partido de miles entre los obreros y los campesinos”.⁸⁸⁴

Proletariado rural

Respecto al proletariado rural, VC también desarrolló intentos de inserción y propuestas organizativas. Una de ellas fue la organización de una Comisión Obrera Azucarera de lucha, con la que se buscó disputar la conducción de la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar a partir de una propuesta de organización desde las bases, conformando comisiones de trabajadores por ingenio y surco. Jorge Weisz marchó al Ingenio Ledesma en Tucumán para iniciar un trabajo allí, a la vez que Carlos Patrignani brindó sus servicios como abogado al Sindicato de Obreros y Empleados del Ingenio Ledesma (Jujuy). En el primer caso, su intervención parece haber alcanzado trascendencia si se tiene en cuenta que hacia agosto de 1973 la Juventud Sindical Peronista (JSP) emitió una solicitada acusando directamente a Weisz de ser el artífice de un paro azucarero.⁸⁸⁵ Allí, además de impulsar demandas salariales, contra los despidos y por condiciones de trabajo, y llamar a un congreso nacional de azucareros con delegados provinciales,⁸⁸⁶ encontramos consignas que se oponían a la mecanización del trabajo: “Cuando intenten introducir máquinas cortadoras en las fincas, también debemos oponernos enérgicamente.”⁸⁸⁷

Estas comisiones tuvieron su propia publicación periódica -*El obrero azucarero*- con la que se buscó hacer pie en Ingenio La Trinidad, San Antonio, Los Ralos, Bella Vista y Nuñorco, entre otros. En este último, se impulsó la Agrupación Azucarera “13 de Noviembre”, que denunció la situación del Ingenio, donde la fachada de cooperativa encubriría un mecanismo de explotación de los grandes cañeros sobre los obreros y pequeños campesinos (“cañeritos” de entre 50 y 100 surcos). Tras la apariencia de ser “dueños” no habían recibido más que la eliminación de conquistas históricas.⁸⁸⁸ Naturalmente, desde las páginas de estas publicaciones no faltó la defensa de intereses

⁸⁸⁴“Construir un partido de miles de obreros y campesinos”, en: *No Transar*, 4/6/1975.

⁸⁸⁵“Ledesma: respuesta a una provocación”, en: *No Transar*, 1/9/1973.

⁸⁸⁶“Azucareros otra vez en pie de lucha”, en: *No Transar*, 19/3/1975.

⁸⁸⁷Comisión Obrera Azucarera de Lucha: *Nuestros puntos de vista*, abril de 1969, p. 12.

⁸⁸⁸“Declaración de Principios de la Agrupación Azucarera ‘13 de Noviembre’”, en: *Norte Obrero*, N° 10, octubre de 1971.

“campesinos” bajo consignas como “por créditos a bajo interés para agricultores pequeños y medianos”.⁸⁸⁹

La política agraria del tercer peronismo

Como sucedió con otros observables, los posicionamientos de VC respecto a la política agraria del tercer peronismo resultan de cabal importancia, en la medida en que el “gobierno popular” se aprestaba a realizar reformas que, por lo menos a nivel discursivo, coincidían con las propugnadas por aquella izquierda que denunciaba el latifundio y pugnaba por una reforma agraria. A su vez, en tanto las corrientes maoístas tienden a plantear una política agraria que en parte acepta las demandas “oligárquicas” en materia de impuestos y precios, resulta crucial observar también el posicionamiento asumido cuando las corporaciones agrarias tradicionales se embarcaron en una ofensiva decididamente golpista en 1975-1976. En función de ello, analizaremos el posicionamiento de VC frente al llamado “Pacto Agrario” y luego nos aproximaremos a la caracterización del partido acerca del accionar de las corporaciones agrarias en las vísperas del golpe militar. En este último punto, nos vemos obligados a un análisis parcial, toda vez que solo contamos con algunos números de *No Transar* de aquel año y sin documentos internos que analicen específicamente el problema. Sin embargo, el acervo documental disponible, nos permite reconstruir los trazos gruesos de las apreciaciones del partido sobre aquella coyuntura.

VC denunció el Pacto Agrario como una maniobra para generar expectativas populares, recogiendo la aspiración de terminar con los monopolios y llevar a la liberación al campo. La realidad, sin embargo, sería distinta, puesto que el paquete de medidas estaría lejos de cumplir las demandas del movimiento liguista. Ello se debía a la negativa a plantear la resolución de las tareas democráticas del agro: expropiación del latifundio, entrega de la tierra a quien la trabaja, liquidación del arriendo y la aparcería. En materia de tierras, el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI)⁸⁹⁰ se habría pronunciado reiteradas veces en oposición a la expropiación del latifundio con el objetivo de repartirla entre quienes deseen trabajarla. Por tanto, cuando afirmaba que

⁸⁸⁹Comisiones Obreras de Tucumán: “Por un gobierno popular revolucionario que nacionalice la industria azucarera”, 11 de diciembre de 1970, citado en: *Norte Obrero*, N° 3, enero de 1971; “¿Habrá zafra feliz?”, *No Transar*, 4/6/1975.

⁸⁹⁰El Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) fue la alianza electoral que llevó al peronismo al poder en 1973.

defendería la propiedad de la tierra, aunque agregue “con sentido social”, confirmaría “una clara victoria para la oligarquía latifundista”.⁸⁹¹ En cuanto a precios, la definición de estos en función de los costos y un “ingreso razonable” no resultaría efectiva, planteaba VC, en la medida que las Ligas Agrarias no habían participado ni participarían de las discusiones, motivo por el cual la fijación de ellos terminaría siendo funcional a los “sectores oligárquicos y no al movimiento agrario”. En la comercialización, no se atacaría la presencia de las organizaciones privadas, lo que constituiría un triunfo de los “monopolios” que se benefician del comercio “externo de los productos nacionales”. Finalmente, en la política crediticia no se ofrecerían garantías que privilegien al campesinado y faciliten el acceso de estos sectores a préstamos.

En relación con otras medidas, la suspensión de los desalojos (Ley 20.518) estaría muy limitada por cuanto no incluía medieros, tanteros, contratistas, morosos y/o intrusos, ni reintegraba al campo a las familias campesinas expulsadas desde 1967. Incluso, señalaba VC, era una ley mucho más regresiva que las de los primeros gobiernos peronistas, que fueron “mucho más favorables a los intereses del campesinado que esta que hoy se presenta”.⁸⁹²

Por otro lado, los intentos de avanzar sobre el latifundio serían, para el grupo maoísta, parte de una política decididamente moderada, que planteaba el arriendo forzoso a las tierras improductivas de los terratenientes, dándoles plazos para ponerlas en producción a su dueño si este quería evitar tener que cederlas en arriendo por cinco años a campesinos, y sin poner en cuestión la propiedad de la tierra. Sería una defensa del latifundio “como monumento al atraso”, que es ontológicamente improductivo (“el latifundio es por su misma naturaleza fuente de atraso”⁸⁹³), y marginaría a los campesinos porque da prioridad a los productores capacitados y equipados. En sintonía con ello, las leyes darían luz verde a los monopolios, llamando a que las comercializadoras actúen “eficientemente”.

Por estos motivos, las medidas agropecuarias del peronismo contarían con el aval de la Federación Agraria, pero habrían sido confeccionadas a espaldas de las Ligas Agrarias cuyos intereses no recogería, y por eso mismo VC llamó a rechazar el Pacto Agrario.

⁸⁹¹“Pacto Agrario: ¿Al servicio de quién?”, en: *No Transar*, 02/11/1973.

⁸⁹²Vanguardia Comunista: Folleto sin título, 06/07/1973, p. 21.

⁸⁹³Ídem.

Cuando las LACH se debatían entre suscribir o no el acuerdo, el comité de Sáenz Peña (Chaco) del partido, publicó una nota en su prensa instando a no hacerlo.⁸⁹⁴

En resumidas cuentas, y mostrando las dificultades de VC para delimitarse del nacionalismo y del gobierno “de la burguesía nacional”, “el gobierno peronista no pretende volver al ‘45 y a la constitución de un instituto que, como el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio⁸⁹⁵ de aquel entonces, ponga la comercialización en manos del estado, lo que constituye una grave concesión a los grandes monopolios de esa rama.”⁸⁹⁶ Sin embargo, como hemos visto, este planteo crítico pronto perdería fundamento, toda vez que el mismo mes en que VC reclamaba por un “nuevo” IAPI, el gobierno sancionó la Ley de Carnes y la Ley de Granos que establecían, con limitaciones, el control estatal del comercio de aquellas mercancías agrarias.

A diferencia del PCR, sobre el que avanzaremos en el próximo acápite, las fuentes de VC no nos permiten una reconstrucción profunda y detallada de sus consideraciones acerca de la coyuntura previa al golpe de estado, en la que las corporaciones agrarias protagonizaron una serie de paros. Solo podemos avanzar en algunas consideraciones generales. Por un lado, el partido caracterizó que tanto SRA como CRA estaban embarcadas en un “accionar golpista”, una “actividad antiargentina y antipopular”,⁸⁹⁷ pretendiendo erigirse en dirección de la oposición al “gobierno antipopular” de Isabel Perón. En este sentido, los terratenientes nucleados en aquellas corporaciones intentarían utilizar el argumento de la “unidad” del “campo” para “dirigir en su propio provecho la lucha de los verdaderos hombres del campo.”⁸⁹⁸ Frente a ello, VC sostuvo que la “unidad” debía ser entre los campesinos pobres y medios, en sus expresiones gremiales -las Ligas Agrarias-, por precios justos que no afecten al consumidor sino que sean absorbidos por los “monopolios” de la comercialización.⁸⁹⁹

Ante la emergencia económica y la crisis golpista, el partido elaboró un “plan económico de emergencia” para que “la crisis la paguen los monopolios y

⁸⁹⁴“No al Pacto Agrario”, en: *No Transar*, 23/01/1974.

⁸⁹⁵El IAPI fue un ente público nacional creado por decreto a fines de mayo de 1946. En sus manos debía recaer gran parte del comercio exterior de mercancías de origen agropecuario nacional que se comercializaban en el extranjero y también en el mercado interno. Asimismo, se encargaba de realizar operaciones de importación, utilizando las divisas que ingresaba por la venta para la compra de insumos que requería la producción local. Para un análisis detallado de los alcances del mismo, véase Kabat, *Perónleaks...*, op. cit., pp. 83-94.

⁸⁹⁶“Pacto Agrario: ¿Al servicio de quién?”, en: *No Transar*, 02/11/1973.

⁸⁹⁷“La clave está en la movilización obrera”, en: *No Transar*, 6/8/1975.

⁸⁹⁸“El tiro por la culata”, en: *No Transar*, 16/4/1975.

⁸⁹⁹“Vibra el sur cordobés”, en: *No Transar*, 18/6/1975.

terratenedores”,⁹⁰⁰ siendo estos los responsables del estancamiento y la baja producción agropecuaria.⁹⁰¹

“Eliminación de la intermediación parasitaria que encarece los costos y perjudica tanto al consumidor como al pequeño comerciante. Expropiación de las grandes propiedades subexplotadas, entregándose esas tierras a los campesinos sin tierra o con tierra insuficiente. Precio diferenciado de la nafta para los servicios públicos, campesinos pobres y medios y ciertas actividades profesionales.”⁹⁰²

Las fuentes disponibles, como señalamos, no nos habilitan a una reconstrucción mayor que la que acabamos de presentar. Con todo, el planteo de VC posee un notable contrapunto con el del PCR, que examinaremos a continuación. Como se podrá verificar, a diferencia del partido dirigido por Otto Vargas, VC llamó a oponerse a la ofensiva golpista, pero sin depositar ninguna esperanza en el Gobierno de Isabel, al que caracterizó como “antipopular”. Asimismo, señaló que el principal interesado en el golpe era el imperialismo norteamericano, si bien no descartó la posibilidad de un “autogolpe” o “cualquier variante golpista”.⁹⁰³

Resumiendo

Evidentemente, las formulaciones que VC realizó sobre la cuestión agraria argentina, no cayeron en saco roto. Tuvieron, por el contrario, un impacto directo en la realidad. Como hemos visto, el campesino fue un sujeto privilegiado en la lucha agraria, que se creyó encontrar en el Movimiento Liguista norteño. Allí, la táctica estuvo orientada a lograr que la dirección cayera en lo que se leía como las fracciones más avanzadas y radicales: los sectores chicos y medios. A pesar de ello, las demandas de estas capas no parecían ser sustantivamente diferentes a las de los grandes (“campesinos medios y ricos”) y en todos los casos, apuntan a mejorar su posición como vendedores en el mercado y como dueños de medios en la producción. Si en las diferentes Ligas Agrarias existían fracciones del proletariado o semiproletariado, VC no apostó a ellas ni las

⁹⁰⁰“Que la crisis la paguen los monopolios y terratenientes”, en: *No Transar*, 6/8/1975.

⁹⁰¹“Los ‘celestinos’ del campo”, en: *No Transar*, 6/8/1975.

⁹⁰²“Nuestro plan económico de emergencia”, en: *No Transar*, 6/8/1975.

⁹⁰³“El tiro por la culata”, en: *No Transar*, 16/4/1975.

interpeló como tales. Por el contrario, fomentó su identificación con la burguesía agraria fundiéndolas en una misma lucha.

La intervención en los sectores del proletariado agrícola no fue descartada, pero solo se apeló a una fracción, aquella que se reconocía abiertamente como peón. Así, fue obviado el proletariado con tierra o semiproletariado. Sin embargo, en el marco de la llamada alianza obrero-campesina, sus reivindicaciones quedaron relegadas frente a las del movimiento liguista.

II. El Partido Comunista Revolucionario

La historia del PCR discurre por canales diferentes a los de Vanguardia Comunista, surgiendo como parte de una corriente opuesta, la del comunismo.⁹⁰⁴ Sus orígenes se remontan a una ruptura del Partido Comunista, nacido en la tradición del marxismo-leninismo. Hacia 1967 comenzaba a hacerse visible una creciente disconformidad dentro de las filas del PC, fundamentalmente en la Federación Juvenil Comunista. Se criticaba cada vez más abiertamente la línea estratégica oficial del Partido. La cuestión central que dividía las aguas era el carácter pacífico o armado de la revolución en la Argentina.

La discusión tenía dos antecedentes. Por un lado, la línea adoptada en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), celebrado entre el 14 y el 16 de febrero de 1956 bajo la dirección de Nikita Kruschev. Aquel Congreso planteó dos tesis: la “coexistencia pacífica” entre socialismo y capitalismo, y la “vía pacífica” para la transición entre un sistema y otro. Ambas ideas apuntaban a sostener que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) no tenía por delante la tarea de exportar la revolución a otros países, sino que la propia competencia pacífica entre los “mundos”

⁹⁰⁴Para esta reconstrucción nos basamos en: Brega, *¿Ha muerto...?*, op. cit.; Andrade, Mariano: *Para una historia del maoísmo argentino. Entrevista con Otto Vargas*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2005; Rugar, *A emergencia...*, op. cit.; Lissandrello, Guido: “La discusión estratégica en la izquierda argentina en los años '70. Aproximación al debate entre guerrillerismo e insurreccionalismo en el nacimiento del Partido Comunista Revolucionario (PCR), 1967-1972”, en: *Revista Andes*, n° 26, 2015; Lissandrello, Guido: “La toma de la fábrica Perdriel y la clarificación de la estrategia insurreccionalista del Partido Comunista Revolucionario en los '70”, en: *VII Jornadas de Trabajo de Historia Reciente. Universidad Nacional de La Plata - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)*, La Plata, 2014; Lissandrello, Guido y Ana Costilla: “La estrategia insurreccional en los sindicatos. El Partido Comunista Revolucionario (PCR) en los '70”, en: *II Jornadas de Iniciación en la Investigación Interdisciplinaria en Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Quilmes, 2013. Califa, Juan: “Del Partido Comunista al Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria en la Argentina de los años sesenta. Una escisión con marca universitaria”, en: *Izquierdas*, n° 24, Santiago de Chile, 2015, pp.71-97.

capitalista y socialista conduciría lenta y gradualmente hacia el triunfo del segundo. Ello implicaba que no debía adoptarse una estrategia que contemplara la violencia (no habría ni insurrección armada ni guerra civil), sino que debía confiarse en el parlamentarismo y las reformas graduales, para ir acumulando fuerzas y lograr revertir la correlación en contra del capitalismo. El otro antecedente fue el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Este hecho parecía poner en tensión las concepciones del XX Congreso del PCUS, demostrando no solo la posibilidad de la vía violenta, sino su eficacia como estrategia para el triunfo de la revolución. En efecto, al calor del ejemplo cubano comenzaron a proliferar en toda América Latina las formaciones guerrilleras irregulares. Los jóvenes militantes nucleados en la FJC del PC hicieron cada vez más explícita su disconformidad con la línea estratégica oficial. La naturaleza del problema se encontraba en el creciente “revisiónismo” del PCUS que habría exigido un “replanteo” o “adecuación” de la táctica de la revolución proletaria mundial. En un artículo de la revista *Teoría y Política* -revista teórica del futuro PCR-, escrito a posteriori de la ruptura, se indica que el principal eje de la discusión era la llamada vía pacífica.⁹⁰⁵ Allí se señalaba que, si bien podía excepcionalmente producirse un acceso pacífico al poder, los revolucionarios deberían guiarse por la norma: la conquista del poder político requiere la destrucción del Estado que tiene en sus manos la clase dominante. Como en el control del Estado se juega la continuidad de una sociedad construída a imagen y semejanza de la burguesía, difícilmente esta se entregue sin combatir. De allí la actualidad de la lucha violenta.

Entre los elementos que empujaron a la ruptura, también se cuenta la acusación a la dirección de Victorio Codovilla de colocar al partido detrás de una fracción de la burguesía. Otto Vargas, principal referente de la corriente disidente, señalaba que en 1958 el PC había empujado y finalmente celebrado el triunfo de Frondizi para luego, después de la llamada “traición”, terminar apoyando la fórmula peronista de Framini-Anglada en las elecciones de 1962, sin tomar una posición activa cuando el triunfo de esta en el distrito bonaerense fue anulado por el ejecutivo.⁹⁰⁶

En suma, la corriente interna del PC caracterizaba que el partido había adoptado crecientemente una postura reformista que se expresaría con claridad en la defensa del pacifismo. Sin embargo, la voluntad de esta corriente no era generar una ruptura sino intentar una modificación en la línea estratégica. El partido no fue receptivo a la crítica

⁹⁰⁵Petri, Juan, “Problemática insurreccional”, en *Teoría y Política*, N° 2, PCR, Buenos Aires, 1969, p. 57.

⁹⁰⁶Brega, *¿Ha muerto...?*, op. cit., pp. 19-21.

y terminó expulsando en 1967-68 a cerca de 4.000 militantes, parte de los cuales terminaron por fundar el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria del Partido Comunista (CNRR-PC) en febrero de 1968. Como se puede apreciar, el nombre elegido evidencia que la voluntad no era constituir un nuevo partido, sino operar sobre el ya existente. La realidad finalmente terminaría por disuadir a los militantes de esa idea, y ya para diciembre de 1969 se celebraría el Primer Congreso del flamante Partido Comunista Revolucionario. La ruptura era entonces total y debía comenzar a delinearse un nuevo partido.

La oposición a la vía pacífica al socialismo había logrado aglutinar a un número importante de militantes del PC, que se sumaron a la CNRR. Sin embargo, esa unidad por oposición generó un debate importante al momento de elaborar una estrategia por la positiva. Detrás de la defensa de la “vía armada” se escondía una multiplicidad de formas de lucha. De este modo, procesada la discusión con el PC comenzó una nueva, tendiente a avanzar en definiciones estratégicas.⁹⁰⁷

Tres tendencias se enfrentaron en el esclarecimiento del contenido de la “vía armada” propugnada por el naciente PCR. Por un lado, una tendencia insurreccionalista que se definió por la necesidad de la construcción del partido, el desarrollo de frentes de masas, la realización de propaganda no armada y el relegamiento de la cuestión militar al momento en que se despliega la insurrección y, posteriormente, la guerra civil. En este esquema, la “violencia” no aparecía hasta el momento de la insurrección, con lo cual no sería necesario construir destacamentos armados ni realizar operaciones “guerrilleras”. Una segunda tendencia se definía como insurreccionalista, pero contemplaba como táctica subordinada el desarrollo de acciones armadas de propaganda y abastecimiento,⁹⁰⁸ a fin de desarrollar la conciencia de la necesidad de la violencia revolucionaria e ir adquiriendo pericia y conocimiento técnico-militar. Por último, encontramos una tercera tendencia que, más fielmente vinculada a la estrategia cubana, defendería la necesidad de desarrollar acciones armadas previas a la insurrección y

⁹⁰⁷Hemos analizado este proceso en: Lissandrello, Guido: “El Partido Comunista Revolucionario (PCR) y la discusión estratégica en los setenta (1967-1972)”, en: *X Jornadas de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires (FSOC-UBA), Buenos Aires, 2013. Lissandrello, “La discusión estratégica...”, op. cit.; Lissandrello, “La toma...”, op. cit.

⁹⁰⁸La táctica de propaganda armada consiste en la producción de hechos armados que contribuirían al desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Generalmente toman como blanco algún personaje, empresa o institución que encarna intereses contrarios a los de los trabajadores. Las de abastecimiento (también llamadas de “recuperación”) por el contrario, estaban destinadas al fortalecimiento del aparato y la infraestructura del partido: secuestros o copiamiento de bancos para hacerse de dinero, asalto a cuarteles o batallones para la acumulación de armamento, así como la reducción de policías.

terminaría formando grupos armados clandestinos urbanos. Es la tendencia que podemos denominar guerrillera, que rompería con el PCR para formar las Fuerzas Armadas de Liberación.⁹⁰⁹

Al poco tiempo esa discusión comenzó a saldarse. La agudización de las contradicciones sociales y el ascenso de masas iniciado a partir del Cordobazo de mayo de 1969 significaron la apertura de una nueva etapa en la Argentina. Las masas comenzaban a mostrar que se habían agotado los caminos institucionales y protagonizaban acciones insurreccionales. Al calor de esos hechos, el CNRR comenzó a cristalizar una estrategia definida. Del 11 al 14 de diciembre de 1969 se celebró en la ciudad de Córdoba el Primer Congreso del PCR. Allí se delinearon las definiciones programáticas de la organización y comenzó a clarificarse la cuestión estratégica. Lo primero que se definió fue la opción por la insurrección y la condena de la estrategia foquista o guerrillera⁹¹⁰, a la que se juzgó como propia de la pequeña burguesía en oposición a la estrategia de la clase obrera que sería la insurrección. Esta definición estratégica significó la expulsión del grupo que defendía el camino de la guerrilla, nucleado alrededor de la figura de Luis María Aguirre (cuyo nombre de guerra era “Lucho” o “Zárate”).

Sin embargo, aún no terminaba de clarificarse por completo la posición respecto a la dinámica de la insurrección. En este sentido, aún existían ciertas indefiniciones en torno a si la construcción del partido debía ir acompañada de la formación de un ejército y del desarrollo de acciones de propaganda armada.⁹¹¹ La acción concreta del PCR durante estos años pareció orientarse hacia la tendencia insurreccionalista sin acciones de propaganda. En efecto, no se encararon acciones de este tipo con firma y, en oposición, comenzó a desarrollarse, cada vez con mayor intensidad, una importante inserción sindical. El epicentro de este trabajo sindical fue Córdoba y las Agrupaciones Primero de Mayo, adscriptas al partido. Fueron los militantes sindicales del PCR los que dirigieron la toma de la fábrica Perdriel en la primera mitad de 1970.⁹¹² Frente a

⁹⁰⁹La sigla FAL refiere a tres denominaciones diferentes: Frente Argentino de Liberación, Fuerzas Argentinas de Liberación y Fuerzas Armadas de Liberación. Para un análisis minucioso sobre esta organización político-militar véase: Grenat, *Una espada...*, op. cit.

⁹¹⁰Partido Comunista Revolucionario, “Documentos aprobados por el Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario, Córdoba, 11, 12, 13 y 14 de diciembre de 1969”, en *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1º Congreso del PCR 1967/1969*, Comité Central del PCR, Buenos Aires, 2003, p. 355.

⁹¹¹Entrevista a José, archivo oral del CEICS, realizada por Stella Grenat el 6 de diciembre de 2006.

⁹¹²Estudiamos la influencia de la experiencia de la toma de Perdriel sobre la clarificación estratégica del PCR en: Lissandrello, “La toma...”, op. cit.

reticencia de la patronal para reconocer a los delegados electos, los trabajadores decidieron tomar la planta manteniendo como rehenes a los directivos y defendiéndose con bombas molotov. El resultado fue un triunfo, que posibilitó la reincorporación y el reconocimiento de los delegados.

El rol dirigente del partido en este conflicto resultó fundamental para definir el debate estratégico en favor de la posición insurreccional. Ya para agosto de ese año, se realizó un balance sobre el hecho que atestiguaba un creciente distanciamiento de la cuestión armada y una adhesión más marcada al insurreccionalismo.⁹¹³ El conflicto logró precisar el papel de la violencia y la relación entre clase obrera y partido en su ejercicio. Se definió la insurrección como una estrategia de acumulación de fuerzas que evitaría la separación entre lo militar y lo político, pues implicaba la utilización de “los métodos de la violencia revolucionaria en las luchas obreras, estudiantiles y populares”.⁹¹⁴ Esa práctica permitiría gradualmente el surgiendo de milicias obreras o populares, ya no como construcción deliberada del partido sino como emergente del proceso de lucha de clases. Paralelamente se apuntaría al trabajo ideológico sobre las Fuerzas Armadas para quebrar a la base con la oficialidad. De este modo, se saldaba la discusión en torno a las particularidades de la estrategia insurreccionalista.

En cuanto el partido clarificó su estrategia insurreccional, comenzó a darle impulso a su Comisión Sindical. En 1969 estableció los fundamentos de una “tendencia nacional clasista” propia, que funcionaría como órgano de nucleamiento de sus “Agrupaciones Clasistas Primero de Mayo”. El PCR definió una serie de “gremios claves” para organizar su trabajo sindical. Para ello tomó como criterio los puntos industriales “neurálgicos”, el grado de concentración y organización nacional del sindicato y su nivel de combatividad. De acuerdo con estos criterios, los “grandes gremios” serían metalúrgicos, automotores y ferroviarios. Al mismo tiempo, advirtió la importancia de atender a los núcleos proletarios del interior a los que consideró, por su grado de concentración, superexplotación y desamparo, como espacios vacantes con un enorme potencial político. Con este criterio, el PCR privilegió en particular la inserción en mecánicos de la provincia de Córdoba, concretamente la matricería Perdriel y las automotrices IKA-Renault y FIAT. El éxito de esta iniciativa puede medirse en la conquista, a través de la Lista Marrón encabezada por René Salamanca, del SMATA

⁹¹³Partido Comunista Revolucionario: “Conferencia Permanente del PCR”, en *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1º Congreso del PCR 1967/1969*, PCR, Buenos Aires, 2003.

⁹¹⁴Sáenz, Rodolfo: “Notas sobre el militarismo peronista”, en: *Teoría y Política*, N° 6, 1971, p. 43.

Córdoba. Salamanca provenía la “Felipe Vallese”, una agrupación de obreros metalmecánicos de Córdoba que acabaron por incorporarse al partido.

Otros espacios sindicales en los que el PCR logró alguna inserción, mucho más modesta que el caso mencionado, fueron Astilleros Río Santiago, Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata (ATULP), vidrios Rigolleau, Fate (Neumático y Electrónica), Standard Electric, Gas del Estado, Establecimiento Metalúrgico La Cantábrica, Municipales de la Capital Federal, entre otras.

Siendo una ruptura cuyo epicentro se encontró en la Federación Juvenil Comunista, el partido también “heredó” una significativa presencia universitaria. Ese trabajo se canalizó a través del Frente de Agrupaciones Universitarias De Izquierda, que al igual que la tendencia sindical, buscaba nuclear a los estudiantes combativos. A partir de ella, el partido logró representación en la Federación Universitaria Argentina, en las universidades nacionales de La Plata, La Pampa, Mar del Plata, Tucumán y Litoral y también en la Universidad Tecnológica Nacional y la UBA.

En simultáneo a este proceso de definición estratégica, el PCR iba delineando un programa político propio. Inicialmente, en su Primer Congreso, el partido caracterizaba a la Argentina como un país capitalista dependiente, condicionado y deformado por la intervención del capital imperialista, lo que generaba una opresión nacional. A pesar de ello, el enfrentamiento principal no sería entre la clase obrera y la burguesía. Por el contrario, el enemigo central para la clase obrera sería la “oligarquía burguesa-terrateniente”. Sin embargo, estas definiciones pronto cambiarían en un proceso que estuvo estrechamente vinculado con la adopción del maoísmo.

Como hemos visto, la ruptura con el PC tenía su epicentro en la estrategia gradualista y pacífica del partido de Codovilla, aspecto que trazaba una similitud con los diagnósticos que hiciera Mao en los debates del Movimiento Comunista Internacional. El líder chino había denunciado ese giro “revisionista” del PCUS y defendía abiertamente el camino violento hacia la revolución. A pesar de ello, y a diferencia de VC, el PCR no se pronunció abiertamente por el maoísmo en un primer momento. En 1970 una delegación de universitarios, entre la que se contaban militantes del PCR viajó a China. Sin embargo, allí los comunistas revolucionarios argentinos se abstuvieron de reivindicar el “libro rojo” de Mao y rechazaron el pedido de reclamarse marxistas-leninistas-maoístas.

Entrado el año 1972, más precisamente en el mes de abril, tuvo lugar el Segundo Congreso del PCR. Allí comenzaron a esbozarse algunas reivindicaciones de la

experiencia china. En concreto, se reconoció la Revolución Cultural, el apoyo de la República Popular China a las diferentes luchas de liberación en el mundo, se avanzó en la teorización de que en la URSS había habido un cambio de “naturaleza social” y se caracterizó a China como el destacamento más avanzado de las fuerzas enfrentadas al imperialismo y el revisionismo.

En el tiempo que medió entre el lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional y la concreción de las elecciones que darían como ganador a Héctor Cámpora por el Frejuli, el PCR confluyó con VC en el Frente Revolucionario Antiacuerdista. Como sus socios allí, apostaron también al voto en blanco. Ya con el peronismo en el poder, el PCR rechazó la caracterización de “gobierno popular” y denunció una política con fuertes límites que no avanzaría en la liquidación de la dependencia y el latifundio. En particular, sus críticas estaban dirigidas al Ministro de Economía, José Ber Gelbard a quien se sindicaba como ligado al PC y por tanto, representante del “socialimperialismo ruso”.

Sin embargo, sus posicionamientos sufrieron un cambio a partir de 1974. En su Tercer Congreso (marzo de 1974) el partido se reclamó marxista-leninista-maoísta. Por otro lado, a la inversa de VC, que comenzó con cierto apoyo crítico al camporismo para luego pasar a la oposición al gobierno de Isabel Perón, el PCR comenzó a tener una lectura más benévola a hacia fines del '74. El fundamento del cambio se ubicaba en el inicio de la lucha “antigolpista” contra los “dos golpes”, el que promovería el imperialismo norteamericano y el orquestado por Rusia. A partir de allí, definiría al gobierno como “tercermundista”, por su apoyo al Movimiento de Países No Alineados y el envío de delegaciones a Corea del Norte y China, y decidió “golpear junto” con él contra los imperialismos. La consigna en esta etapa fue “No a otro '55, junto al pueblo peronista, contra el golpe prorruso o proyanqui para avanzar en el camino de la revolución”. Bajo estas definiciones, el partido se opuso a las movilizaciones promovidas en 1975 contra el plan del Ministro de Economía Celestino Rodrigo y a la experiencia de las Coordinadoras Interfabriles, por considerar que la lucha reivindicativa debía pasar a un segundo plano frente a la pelea antigolpista.

Finalmente, tras el golpe militar de 1976 el partido lanzó la consigna de “quedarse a resistir”. Si bien no estuvo exento de los embates represivos -entre sus filas se contaron diez militantes asesinados en la coyuntura previa al golpe y tres durante la dictadura, más 21 detenidos-desaparecidos-, el aniquilamiento no llegó al grado que sufrió VC, preservándose su dirección y continuando como PCR hasta la actualidad.

a. *El agro argentino*

Entre el latifundio y la prusianización

A comienzos de 1968, a pocos meses de producirse la ruptura con el PC, el por entonces CNRR-PC inició la escritura de sus *Tesis para el XIII Congreso del PC*. Para aquel entonces, los rupturistas aún conservaban la voluntad de torcer el curso de la organización y por ello confeccionaban ese documento que tenía como destino formar parte de la instancia congresal del PC, proyectada para aquel año. Allí introducían una serie de definiciones sustantivas que se fueron ampliando en documentos sucesivos. En primer lugar, caracterizaban a la Argentina como “un país de desarrollo capitalista deformado por la dependencia del imperialismo y por las rémoras precapitalistas que subsisten en el campo.”⁹¹⁵ Con estas características, las fuerzas productivas encontrarían tres obstáculos que limitarían el desenvolvimiento de su desarrollo: los monopolios extranjeros, el latifundio y los grandes capitalistas entrelazados a los dos elementos anteriores.

El análisis del PCR sobre la estructura del campo argentino se organizó a partir de dos grandes elementos explicativos. Por un lado, lo que fue considerado como una aguda concentración de la tierra, bajo la forma del latifundio. Por el otro, el desarrollo del capitalismo perpetuando esa estructura, en lo que se dio en llamar “vía prusiana”. A explicar ambos elementos en la óptica del partido nos abocamos en lo que sigue.

El latifundio, elemento central en el análisis agrario del PCR, aparece de manera contradictoria. Mientras que por un lado se lo presenta como un obstáculo a las fuerzas productivas, a renglón seguido se indica que es la base de la “prusianización capitalista del agro, es decir, su desarrollo capitalista sobre la base de la conservación del latifundio.”⁹¹⁶ Su carácter “retardatario” brotaría de la apropiación privada de la tierra. Un artículo teórico sobre la tierra en el capitalismo y el papel de la renta, publicado en la revista *Teoría y Política* introduce en detalle esta cuestión. Allí se establecen algunas

⁹¹⁵Partido Comunista (Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria): *Tesis para el XIII Congreso*, noviembre de 1968, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1º Congreso del PCR. 1967-1969*, Comité Central del PCR, Buenos Aires, 2003, p. 147.

⁹¹⁶Ídem, p. 182.

cuestiones teóricas elementales, a partir de las cuales puede encontrarse el origen de la caracterización del latifundio.

El análisis comienza afirmando la particularidad de la tierra como factor limitado y la existencia de diferentes niveles de fertilidad del suelo, así como de distancia al mercado. De esta última característica se desprendería que “aquellos chacareros que exploten las mejores tierras y/o las más cercanas a los mercados [obtienen] una ganancia extraordinaria, o diferencial, respecto de los que explotan las peores tierras”.⁹¹⁷ Ahora bien, la cuestión surge a partir de la introducción de la propiedad privada, que generaría una diferenciación entre propiedad territorial y explotación económica, que a su vez daría lugar a la consecuente distinción entre terrateniente y capitalista. De esta manera la ganancia diferencial se transforma en renta diferencial, que apropia el terrateniente por la relación jurídica con la tierra (su carácter de propietario). Esto no desalentaría la explotación capitalista, porque la “ganancia diferencial” es un extra más allá de los costos de producción y la ganancia media, de modo que no impide “que el chacarero pague el arrendamiento”.

El problema aparece en las tierras de menor rendimiento, de las cuales el terrateniente también querrá obtener una renta, lo que se denomina renta absoluta. Eso implica ya no una entrega de la “ganancia diferencial”, sino un cercenamiento de la ganancia (ya sea por explotación de obreros rurales o por su propio trabajo como chacarero), de modo que el arrendatario capitalista se convierte en un “expropiado”. Al punto tal, que la “voracidad de los terratenientes” llegaría incluso a estirar la renta absoluta “hasta los niveles de subsistencia de muchos de los chacareros arrendatarios”. A su vez, la apropiación de este tipo de renta explicaría que el agro no participe de la formación de la tasa media de ganancia, pues el “remanente” que genera (producto de su baja composición orgánica de capital) no va al proceso de compensación sino a manos del terrateniente. De esto se desprende “lo retardatario de la renta absoluta aún para el propio desarrollo del capitalismo en el campo”. De este análisis se concluye, entonces, que la propiedad privada de la tierra sería un obstáculo al avance del capital.

Respecto a estos planteos, corresponde hacer una serie de señalamientos. En primer lugar, si la contradicción planteada por el PCR entre propietarios y arrendatarios alcanzara la magnitud que el partido le reconoce, deberían encontrarse un amplio número de conflictos históricos entre ellos. Sin embargo, cuando se pretende ofrecer

⁹¹⁷Galván, Roque: “Acerca del problema agrario en nuestro país”, en: *Teoría y Política*, N° 4, marzo-abril de 1970, p. 31. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

evidencia de ello todo se reduce a un pequeño puñado de hechos, en el mejor de los casos, o solo a uno, en la mayoría de ellos: el que protagonizaran “chacareros” y propietarios en Santa Fe, hacia 1912, conocido como “Grito de Alcorta”. La frecuencia en la que emergen abiertamente procesos de lucha abierta es un indicador del peso de la contradicción. Como contrapunto, valga señalar que mientras que la “lucha campesina” solo tiene para ofrecer como ejemplo del enfrentamiento a los propietarios el Grito de Alcorta, la lucha obrera en la Argentina tiene ejemplos de sobra y de gran fuste: la Patagonia Rebelde, las huelgas rurales, la Semana Roja, la Semana Trágica, la Huelga General de 1936, el Cordobazo y un largo etcétera, solo nombrando a los de mayor calibre.

En segundo lugar, de ser cierta la magnitud de la extracción de parte de la ganancia del arrendatario por el propietario, debía producirse la ruina generalizada de los primeros y su desalojo de la producción. Es decir, el arrendamiento debería ser inexistente, pues ningún productor podría subsistir en el marco de esa relación contractual. Lo cierto es que los arrendatarios no solo no se funden, sino que bajo esa forma de acceso a la tierra se encuentran burgueses con gran capacidad de acumulación. Para el año 1969 en la provincia de Buenos Aires la superficie promedio de una explotación en manos de su propietario era de 251,8 hectáreas, mientras que la de un arrendatario ascendía a 276,2 y la de un propietario y arrendatario a 452,1.⁹¹⁸ Estos datos demuestran que no hay una relación entre el arrendamiento y el pequeño productor -incluso allí se ve que el tamaño de una producción arrendataria “pura” es superior a la de un propietario “puro”-, pero por sobre todo indican que el arrendamiento es también parte de la estrategia de los productores propietarios que buscan ampliar el tamaño de sus explotaciones. En las tierras de peor rendimiento el canon de renta se ajusta a las características de la tierra, siendo menor allí donde la posibilidad de obtener ganancias extraordinarias es menor. De lo contrario, no existiría el arrendamiento por fuera de la pampa húmeda. En este punto, el PCR parece confundir los efectos de la dinámica capitalista, donde los productores con menor eficiencia van siendo desplazados del mercado al no alcanzar la productividad media, con los efectos de la renta.

La persistencia del latifundio sería la prueba de la existencia de tareas democrático-burguesas pendientes, resultado de las limitaciones del proceso iniciado en 1810. En aquel año, se inició, según la óptica del PCR, una “revolución nacional-libertadora”,

⁹¹⁸Llovet, “Tenencia de la tierra...”, op. cit., p. 275.

hegemonizada por los “terratenedores criollos” (fundamentalmente, de la región bonaerense) y grandes comerciantes asociados a ellos, que se enfrentaron al régimen feudal característico del virreinato. A partir de allí comenzaron a desplegarse y desarrollarse relaciones de producción capitalistas que, sin embargo, fueron constreñidas por la supervivencia del latifundio y, a su vez, deformadas por la intervención del imperialismo. De resultas de ello, la clase terrateniente fue caracterizada como “profundamente reaccionaria por las características de la explotación rural de la mayoría de ellos, por sus vínculos con los monopolios imperialistas y con los grandes capitalistas argentinos asociados al imperialismo.”⁹¹⁹ Ese carácter regresivo se observaría en las trabas al desarrollo de una “fuerte burguesía rural” que impidió el aprovechamiento de la inmigración europea. Esta, impedida de acceder a la tierra, terminó constituyendo una capa de “campesinos pobres y medios, medieros y aparceros que debían pagar renta en dinero, especie o trabajo”, todas ellas “formas de renta típicamente precapitalistas”. Por su parte, la única burguesía rural que surgió de ese proceso, fue el resultado de un sector terrateniente que incorporó capital a la producción agropecuaria, pero que “nunca entabló una lucha revolucionaria contra esos terratenientes”.

Así el latifundio y la dependencia limitaron no solo al agro, sino también a la industria nacional. Ello no fue alterado por ningún partido burgués. Durante los gobiernos radicales, los terratenientes, beneficiados con créditos y otras medidas, continuaron apropiándose del grueso de la renta nacional. El campesinado rico continuó creciendo lentamente a la sombra de la “gran propiedad latifundiaria”. Mientras que el peronismo, como “representante de la burguesía nacional”, adoptó medidas que “lesionaron intereses imperialistas y se recortaron beneficios a la oligarquía” (las nacionalizaciones), pero “no tocó lo fundamental de las clases dominantes: el latifundio y los monopolios imperialistas, principalmente en la industria de la carne. Tampoco fue tocado el gran capital asociado”.

De lo antes expuesto se desprende que el nudo del desarrollo agrario surge por la instauración de una forma de monopolio sobre la tierra (la propiedad privada) que sería ajena a la lógica del capital y propia de una “figura artificial” (el terrateniente). Esto presupone que el capitalismo no requiere de la propiedad privada de la tierra. El

⁹¹⁹Partido Comunista Revolucionario: *Programa del PCR. Fundamentos*, 1974, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2º Congreso, abril de 1972, hasta su 3º Congreso, marzo de 1974*, Comité Central del PCR, Buenos Aires, 2005, p. 95. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

documento lo dice abiertamente, y de hecho señala que “los burgueses más consecuentes” han sostenido la nacionalización de la tierra como consigna, e incluso que la explotación agraria se dé bajo formas jurídicas como tierras fiscales u ocupaciones gratuitas.

Todo este razonamiento se emparenta con los planteos de David Ricardo⁹²⁰, quien acusaba a los terratenientes de ser una clase parasitaria, apropiadora de la riqueza social y causante de las tendencias hacia la crisis del capitalismo. El problema de fondo radica en el propio concepto de terrateniente y en su supuesta diferenciación respecto del capitalista. Como hemos señalado en la introducción, al ser un bien no reproducible, la tierra es susceptible de ser monopolizada, es decir, de ser objeto de apropiación privada. Como no tiene valor (porque no contiene trabajo humano), su precio es el resultado de un hecho de fuerza que el capitalista acepta porque cuestionarlo significaría violentar el principio constitutivo de la sociedad capitalista: la propiedad privada. De allí surge el derecho a cobrar una renta por el acceso a la tierra. La renta absoluta no es sino parte de la plusvalía que va a parar a un explotador indirecto de fuerza de trabajo, un burgués no industrial. Eso y no otra cosa, es un terrateniente.⁹²¹ Es interesante observar cómo el énfasis en el latifundio y el terrateniente, tiende a poner en primer plano cómo serían esquilados los chacareros arrendatarios, que el propio partido caracteriza como burgueses, y opaca completamente al verdadero explotado.

Otro de los elementos que el partido identifica como retardatario del latifundio estaría vinculado a las limitaciones que impone el arriendo, no ya a la obtención de ganancia por los chacareros, sino al desarrollo de la producción y al incremento de la productividad. En relación a lo primero, los terratenientes habrían bloqueado la posibilidad de un desarrollo agrícola. Los latifundistas tendrían una predilección por la ganadería, orientándose a la cría extensiva de ganado, que otorgaba grandes ingresos sin riesgos ni utilización de capital, al tiempo que la propiedad de la tierra era una protección frente a la inflación. Así, al adueñarse de la tierra, solo abrieron la posibilidad a que la agricultura se desarrollara bajo la forma de arrendamiento, y por ello esta actividad no se constituyó “en fuente estable de progreso” ni garantizó “el asentamiento de una numerosa población en el agro”.⁹²² Esta misma particularidad es la

⁹²⁰Ricardo, David: *Principios de economía política y tributación*, Aguilar, Madrid, 1961.

⁹²¹Para un análisis más detallado de estos aspectos remitimos a: Sartelli, *Patrones en la ruta...*, op. cit., en particular Capítulo I “La cuestión agraria”.

⁹²²Gastiazoro, Eugenio: *Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*, Ediciones Pueblo, Buenos Aires, 1975, p. 18. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este libro.

que habría generado una alternativa poco atractiva para las corrientes inmigratorias europeas, que no pudieron asentarse en el agro.

Sin embargo, y como ya lo hemos señalado, no existe una clara correspondencia entre arrendamiento y agricultura, y entre propiedad de la tierra y práctica de la ganadería. Ya desde 1889, fecha en que se realiza un censo provincial de Buenos Aires, se observa que los partidos en donde domina el pastoreo la presencia del arrendamiento es muy significativa. Por su parte, el Censo Nacional de 1914 muestra que en la zona maicera (norte de Buenos Aires, sur de Santa Fe y este de Córdoba) que las unidades arrendadas representaban el 46,3% de las dedicadas a la producción agrícola y en ganadería representaban el 27,1%. Sin embargo, esto se debía a la alta productividad agrícola de esas tierras que las hacía más económicamente redituables para la agricultura que para la ganadería extensiva.⁹²³ Es decir, ni en los momentos formativos de la estructura agraria moderna de la Argentina se verifica esta supuesta correlación entre arrendamiento y agricultura, que sería el resultado de la intervención de la “oligarquía latifundista”. Menos aún, como vimos en los primeros capítulos, para la década de 1970.

Por su parte, el freno a la productividad se visualizaría, para el PCR, en el mecanismo de arrendamiento, que impediría a los chacareros realizar mejoras sustanciales en el suelo, a riesgo de perder la inversión frente a la negativa de la renovación del contrato. Las leyes de congelamiento de arrendamientos no habrían constituido históricamente una solución a este problema, en la medida que fueron renovándose a corto plazo y por ello no generaron incentivos para la introducción de mejoras. Para completar el cuadro de atraso que generaría el latifundio, el PCR se introduce en la cuestión de los plaguicidas, herbicidas, fertilizantes, genética e hibridación de semillas. En este aspecto, se parte de caracterizar que el latifundio generó una degradación de la calidad de la tierra de la pampa húmeda, que habría perdido importantes cuotas de nitrógeno y fósforo. Ello sería el resultado de prácticas propias del latifundio: monocultivo, excesivo laboreo mecánico, falta de rotación de cultivos y falta de tiempo de reposición.⁹²⁴ Estos fenómenos estarían detrás de la caída del rendimiento de las hectáreas en la zona, que lejos estaría de compensarse por el uso de fertilizantes, rubro en que la Argentina detentaría los peores guarismos de América Latina.

⁹²³Barsky, *Aportes...*, op. cit., pp. 4-5.

⁹²⁴“El problema de los fertilizantes”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 10/1973

A su vez, esa ausencia de fertilización se explicaría por el carácter dependiente del país, que no imposibilitaría una industria pesada propia que permita el despegue de la productividad agraria por la vía de la industria petroquímica. En este plano, el imperialismo vía dumping ahogaría el incipiente desarrollo nacional en ese rubro, dejando el país a merced de los “monopolios internacionales”.⁹²⁵ Idéntica situación, ligada a la “dependencia en la investigación tecnológica agropecuaria en nuestro país”, se observaría en los plaguicidas, que en la mayoría de los casos eran importados, siendo de producción local solo aquellos cuya patente internacional se venció. Esa “extranjerización” del insumo generaría además el desconocimiento sobre su toxicología, exponiendo a los trabajadores de la rama a diferentes afecciones de sintomatología desconocida por los médicos de campaña.⁹²⁶

Lo cierto, sin embargo, es que estos rubros comenzaron a crecer notablemente en la Argentina en los años ‘70, al compás de su expansión en todo el mercado mundial a merced del desarrollo de la industria química. En el caso argentino, los plaguicidas crecieron a partir de mediados de los setenta: mientras que el consumo nacional aparente de ellos se encontraba en 20 millones de dólares en el año 1970, para 1982 ya alcanzaba los 123 millones. Los valores se multiplicaron por ocho en poco más de una década.⁹²⁷

Finalmente, en cuanto a la hibridación de semillas y la genética aviar, las empresas extranjeras (fundamentalmente, Cargill que concentraba el 50% del mercado de semillas híbridas de maíz) ocuparían el grueso del mercado local y eso llevaría a la fuga de divisas por importación. Si bien el partido intentaría encontrar la clave explicativa en la penetración imperialista y en las prácticas monopólicas de las firmas extranjeras, finalmente acababa por reconocer que lo que estaba detrás era la improductividad de la industria local. Ello se hace visible cuando el PCR señala que las firmas nacionales solo pueden hacer una generación de semillas híbridas de maíz al año, cuando las empresas internacionales realizan cinco en dos años.⁹²⁸

De resultas de la estructura latifundista, se concluye que “el uso de la tierra en nuestro país es muy deficiente, estimándose que más de la mitad de la tierra se explota en forma

⁹²⁵“Fertilizantes: frenar a los monopolios”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 12/1973.

⁹²⁶“Los plaguicidas”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975.

⁹²⁷Del Bello, Juan Carlos: “Difusión de plaguicidas y estructura de la oferta”, en: AA.VV., *La agricultura*, op. cit, p. 213.

⁹²⁸“Las semillas híbridas de maíz”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975; “Genética aviar”, en: *Nueva Hora*, 13/8/1975.

inadecuada.”⁹²⁹ En cifras, un 68% de la tierra económicamente explotada se dedicaría a pastoreo, 12% a montes y bosques, 16% bajo cultivo y 4% desperdicios y viviendas. La zona pampeana, donde se concentra la mayor riqueza agrícola-ganadera, tendría bajo cultivo solo un 38% de la tierra censada. Asimismo, solo un 9% de la tierra apta se dedicaría a la producción agrícola que es la que “incorpora mucho más valor agregado”. Estas afirmaciones parten de dos supuestos falsos. Por un lado, la idea de que toda la tierra es apta para la explotación agropecuaria, en particular para la agricultura. El otro supuesto es que la ganadería no es una actividad productiva y, por lo tanto, debe ser descartada. Es ilustrativo en este punto, tomar las estadísticas de Estados Unidos, economía que para el grupo maoísta era expresión del desarrollo farmer y del cual, además, no puede dudarse de que se trataba de un país “capitalista desarrollado”. Para 1969 la utilización de la tierra norteamericana se distribuía de la siguiente manera: 17,7% en cultivo, 40% de pradera y pasturas, 22,3% de bosque, 19,8% de entramado urbano, industrial y residencial, rutas, parques, caminos, etc.⁹³⁰

Veamos la cuestión del “desarrollo prusiano”, cuyo rasgo característico sería la reproducción de la gran propiedad privada latifundista en el agro. Respecto a ello, se afirma que el latifundio se encontraría en una etapa de recomposición y expansión, extinguiendo millones de chacras. Asimismo, aumentaría la inversión y la tecnificación cuya consecuencia sería la eliminación de mano de obra y el incremento de la productividad. Ello generaría una tendencia en el agro al “incremento constante del peso y la importancia del proletariado rural”, y acrecentaría las dificultades para la reproducción de campesinos chicos y medios.

Estos argumentos resultan sumamente contradictorios. No se comprende por qué se caracteriza al desarrollo prusiano como regresivo, si justamente lo que el partido está señalando es que ellos motorizan el desarrollo de las fuerzas productivas, al incorporar nuevas tecnologías que incrementan la productividad. Para compatibilizar la tecnificación del agro con el atraso del latifundio, el PCR tiene que introducir artilugios *ad hoc*: la gran cantidad de maquinaria y tractores estaría desaprovechada (hay una “sobremecanización”), porque “la compra de las mismas, más que por el interés de aumentar la producción ha estado guiada por el de aprovechar el crédito barato y la desgravación impositiva”.

⁹²⁹Gastiazoro, *Argentina...*, op. cit. Estos argumentos se repiten en: “La tierra improductiva”, en: *Nueva Hora*, 27/8/1975.

⁹³⁰United State Bureau of the Census: *Statistical abstract of the United States: 1969*, Washington D.C., 1969, p. 599.

El llamado desarrollo prusiano se comprende mejor cuando se examina el camino que sería su opuesto, la llamada vía “farmer”, que el PCR explica de la siguiente manera:

“En Estados Unidos el acceso relativamente libre de los chacareros a la tierra, aunque luego el propio capitalismo fue creando la traba de la propiedad privada del suelo, permitió la conformación de una economía agraria fuerte sobre el desarrollo capitalista autónomo en ese país.”⁹³¹

En definitiva, la vía farmer aparece vinculada a lo que señalábamos unos párrafos atrás: a un desarrollo contrario a la gran propiedad, asentado en la producción agrícola y que funciona como base para un fuerte mercado interno.

La contradicción de este planteo es evidente. Como vimos en la introducción, no es cierto que el latifundio se encontrara en expansión. Por el contrario, la tierra tendía crecientemente a desconcentrarse, afectando tanto a las unidades de menor tamaño como a las de mayor extensión. A su vez, un proceso de concentración de capital (no necesariamente de la tierra), expulsaba también a los productores chicos, menos eficientes. Todo ello redundaba en un crecimiento de los estratos medios. Sin embargo, ese no es el problema de fondo. La cuestión central está en que el proceso que el PCR describe es un proceso de crecimiento de la productividad, con lo cual el latifundio no sería regresivo. El desalojo de pequeños y medianos productores no es más que la eliminación de los capitales menos eficientes, lo que constituye una normalidad capitalista producto del enfrentamiento en el mercado.

Cuando quiere mostrar un ejemplo de este tipo, el PCR toma como botón de muestra la producción azucarera tucumana. Allí señala lo que ya es conocido: en 1966 operaban 27 ingenios azucareros con 80 mil obreros, tres años más tarde sólo subsisten 16 con 12.000 trabajadores, lo que mostraría la “despoblación del campo” y explicaría los 90.000 desocupados en la provincia y las 250.000 personas que viven en villas de emergencia. Lo que aquí escapa al análisis del partido son los niveles de producción y productividad de la rama, criterios con los cuales debe juzgarse el desarrollo capitalista. Si comparamos el rendimiento en toneladas de caña por hectárea, nos encontramos que para el año 1969 mientras Tucumán alcanza los 38,8 tn/ha, Salta lo supera en un 38% con 53,9 tn/ha y Jujuy en un 210% con 120,5 tn/ha. En cuanto a los rendimientos

⁹³¹Galván, Roque: “Acerca del problema agrario en nuestro país”, en: *Teoría y Política*, N° 4, marzo-abril de 1970, p. 45.

fabriles, es decir, en el procesamiento de la caña para la obtención de azúcar, también la provincia de Tucumán en 1969 se encuentra por detrás con 9,6 kilos de azúcar por cada 100 kilos de caña, frente a los 11,1 de Salta y los 10,4 de Jujuy. Así, Tucumán aparece como la provincia menos productiva. Al mismo tiempo es interesante advertir que hasta 1966 la productividad tucumana había obtenido su mejor rendimiento ese año con 8,85 kilos de azúcar por cada 100 kilos de caña, y tras el inicio de los cierres de ingenio comenzó a superar aquellas marcas, con un 9,8 para el año 1968, lo que muestra que lo que está detrás de la ruina de una capa de burguesía tucumana es el incremento general de la productividad de la rama en esa provincia. Finalmente, puede apuntarse un dato más. En la provincia de Tucumán, las explotaciones azucareras de entre 0 y 60 hectáreas alcanzaban un rendimiento en promedio del 40,1 tn/ha, mientras que las explotaciones superiores a las 60 hectáreas ya detentan rendimientos superiores a las 50 tn/ha y, en particular, las de más de mil alcanzan la marca de 70 tn/ha. Lo que esto está indicando es que, lejos de los planteos del partido, el minifundio no resulta más productivo sino todo lo contrario.⁹³²

Un análisis semejante se verifica en los cultivos industriales -fruticultura y vitivinicultura-, donde el PCR destaca que “el costo de la maquinaria necesaria para operar una chacra hace que las explotaciones pequeñas no puedan competir con las grandes y sean abandonadas por sus propietarios”.⁹³³ Sin embargo, el problema no se encuentra en el proceso de proletarización ni en la despoblación, sino en el capitalismo como sistema que convierte ese desarrollo de fuerzas productivas en miseria generalizada. El incremento de la productividad no es sino la base para la liberación del trabajo. De este modo, el PCR termina cuestionando el proceso por el que se eleva la productividad en el capitalismo, en favor de opciones que, a diferencia de lo que sostiene el partido, resultan regresivas.

Para sostener estas posiciones, el partido tiene que hacer malabares teóricos. Uno de ellos consiste en afirmar el estancamiento de la producción agropecuaria desde al menos 30 años. Esto no sería resultado ni de la falta de tecnificación (que el partido reconoce, como ya mostramos) ni de los precios bajos. El problema de fondo se encontraría en que los terratenientes impulsan la tecnificación “para reemplazar mano de obra [...] y no

⁹³²El conjunto de cifras aquí vertido se encuentran en: Canitrot, Adolfo y Juan Sommer: “Productividad y ocupación en la producción de azúcar en Tucumán”, en *Económica*, vol. 18, N° 3, diciembre de 1972, pp. 251-278.

⁹³³Partido Comunista Revolucionario: *Situación nacional y tareas del partido*, compilado en: Partido Comunista Revolucionario, *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1° Congreso...*, op. cit., pp. 207-208.

para aumentar la producción”.⁹³⁴ Sin embargo, esta forma de proceder no es más que un comportamiento racional en términos capitalistas: la innovación tecnológica busca incrementar la composición orgánica del capital para evitar la caída de la tasa de ganancia aumentando la productividad. Es decir, produciendo lo mismo o más con menos trabajadores. Contradiendo sus afirmaciones respecto a la introducción de maquinarias, el PCR agrega que la voluntad de los latifundistas solo sería especular con el precio de la tierra, hecho que los ha llevado a “dar un peso exagerado a la inversión en tierras en relación a la inversión total en la empresa agraria”. Por ello el latifundio tendría baja productividad. De modo que todo se terminaría explicando por un aspecto cuasi psicológico: la mentalidad perversa de los terratenientes, que innovan tecnológicamente solo para expulsar mano de obra, aumentar la productividad y, contradictoriamente, disminuir la producción.

Cuando el partido intenta ofrecer datos que comprueben sus afirmaciones, no hace más que ofrecer evidencia que niega sus posiciones. El estancamiento que genera el latifundio, podría visualizarse en la agricultura cerealera y en la ganadería. Del primero, se ofrece como mejor ejemplo la producción maicera, en la que verifica un aumento de la producción por hombre ocupado: mientras que en 1930 una hectárea de maíz requería 100 horas hombre de trabajo, desde las tareas previas a la siembra hasta la entrega del grano, hacia el ‘71 eso se habría reducido a 10 horas. Llegó así a un requerimiento de mano de obra por hectárea equivalente al de EE.UU. Esta transformación se produjo por la sustitución de la recolección manual por la mecánica, el uso de herbicidas químicos, la sustitución del grano embolsado por el granel, la tractorización y el empleo de camiones para el transporte. Sin embargo, del ‘35 al ‘65 la participación de las exportaciones argentinas de ese grano en el mercado mundial pasaron de representar un 64% a un 11%, mientras que el rendimiento por hectárea habría pasado de estar 30% por encima del promedio mundial a estar un 11% por debajo.⁹³⁵ El documento en cuestión no indica de dónde son extraídos los datos, pero ateniéndonos a los que ofrece la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (Food and Agriculture Organization, FAO) encontramos que para los años 1934-1938 el rendimiento por hectárea de maíz en la Argentina se encontraba en el nivel de los 980 kg/ha, lo que la colocaba por encima de competidores importantes (Estados Unidos,

⁹³⁴Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario: Informe del Comité Nacional del PCR*, 1969, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados desde la ruptura...*, op. cit., p. 304

⁹³⁵PCR, *Situación nacional...*, op. cit, p. 206.

Canadá y Australia), pero por debajo del nivel mundial, de 1.100 kg/ha. A la inversa, para el año 1965 ya se encontraba por arriba de ese promedio mundial, con 1.320 kg/ha contra 1.220 kg/ha, si bien luego oscilaría ubicándose intermitentemente por debajo, mantendría un nivel superior a competidores directos como Australia.⁹³⁶ Luego, el retroceso en las posiciones en el mercado mundial son un indicador del desempeño económico del país, pero nada nos dicen de su desarrollo capitalista ni invalidan el despegue de la productividad.

Lo que aquí nos interesa destacar es que, incluso tomando como cierto estos últimos datos, lo que se verifica es un avance notable de la productividad como resultado de la aplicación de innovaciones tecnológicas que no se condice con el supuesto atraso y estancamiento que impone el latifundio.

Otro de los rubros que toma el partido para sostener la idea del estancamiento es la producción lechera, que verificaría además la pervivencia de relaciones precapitalistas. En los tambos esto se expresaría en el sistema de mediería.⁹³⁷ Veamos cómo se lo describe:

“Muchas veces esos arrendatarios e incluso los medieros son productores ricos, a pesar de los resabios precapitalistas que implica la relación del llamado tambero mediero. Pero muchas veces el dueño del tambo arrienda la tierra y entrega la explotación a un mediero que la hace con su familia, de donde del trabajo de ésta sale la renta para el terrateniente y la ganancia para el dueño del tambo. En realidad, las más de las veces ese tambero mediero es un simple ordeñador que cumple una dura jornada de trabajo. Es considerado asalariado para cumplir su labor en las madrugadas, o bajo el calor del sol estival, o como ‘trabajador independiente’ para poder privarlo de derechos sociales, o imponerle el aporte de determinados instrumentos de trabajo para aumentar su porcentaje”⁹³⁸

Tal como puede apreciarse, no se explica de donde surge el “resabio precapitalista” en esta forma de producción. Más bien lo que parece es que la mediería puede estar encubriendo una relación entre un pequeñoburgués y un burgués terrateniente o entre

⁹³⁶Barsky, “La caída...”, op. cit., pp.83-84

⁹³⁷Otros ejemplos de formas de explotación con rasgos precapitalistas serían la aparcería y el tanteo. (PCR: *Tesis para...*, op. cit., p. 182). La naturaleza no capitalista de estas formas no se explica.

⁹³⁸Partido Comunista Revolucionario: *Situación nacional y tareas del partido*, compilado en: Partido Comunista Revolucionario, *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1º Congreso...*, op. cit., p. 207.

este último y un obrero. Pero en ningún momento aparecen indicios de alguna coacción extraeconómica como supondría la existencia de algún resabio precapitalista.

Clases sociales y producción agraria

El estudio de la estructura de clases en el agro fue una preocupación constante del PCR, incluso antes de la adopción formal del maoísmo. La prueba de ello es que el primer estudio acabado sobre el asunto -que tomó forma en el artículo teórico titulado *Acerca del problema agrario en nuestro país*, que analizamos en el acápite anterior- fue publicado en 1971 y su base empírica se reprodujo en la edición de un libro al año siguiente -*Argentina hoy. Capitalismo dependiente y estructura de clases*⁹³⁹- que, a su vez tuvo sendas reediciones en 1973 y 1975, esta última ya bajo el título *Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*. En el prefacio a la edición de 1975 el autor, Eugenio Gastiazoro, se ve obligado a hacer una aclaración necesaria:

“El presente trabajo consiste en una reelaboración del anterior *Argentina hoy*, ampliado en muchos aspectos y actualizado. Si bien podemos decir, que la esencia del análisis no se altera en relación a aquél, y que, con importantes modificaciones de forma y muchos agregados, se mantiene su estructura, los nuevos elementos incorporados y la redefinición de muchos de sus conceptos fundamentales nos llevan a considerarlo otro libro”.⁹⁴⁰

La aclaración es resultado de los cambios operados en la interpretación del partido, a partir del vuelco a las tesis de Mao Tse Tsung. Pero, como señalamos al comienzo, estas alteraron más las conclusiones políticas que el análisis mismo. Por eso, en este acápite nos concentramos en reconstruir la estructura de clases en el agro propuesta por el PCR a lo largo de toda la década del ‘70, para recién en el capítulo siguiente referirnos estrictamente a los cambios derivados de la adopción del maoísmo.

El elemento fundamental a partir del cual se vertebra toda la caracterización del PCR sobre el campo, es la apropiación privada de la tierra en grandes extensiones previa a su

⁹³⁹Gastiazoro, Eugenio: *Argentina hoy. Capitalismo dependiente y estructura de clases*, Polemos Editorial, Buenos Aires, 1971. Puede mencionarse también Gastiazoro, Eugenio: *Crítica del desarrollismo*, Editores Dos, Buenos Aires, 1970, cercano a las posiciones de la edición de 1971 de *Argentina hoy*, y Gastiazoro, Eugenio: *El problema agrario argentino y sus soluciones*, Paidós, Buenos Aires, 1976, que reproduce la línea de la edición de 1975 de aquel libro.

⁹⁴⁰Gastiazoro, *Argentina...*, op. cit., p. 5. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este libro.

puesta en producción. Ya hemos visto en el acápite anterior la caracterización del latifundio y los terratenientes, motivo por el cual no volveremos sobre esta clase. Veamos las cifras ofrecidas: el 47% de la tierra económicamente explotada aparece concentrada en el 1,2% de las explotaciones (de más de 5.000 hectáreas), mientras que un 1% de la tierra se distribuye en el 38,4% de las explotaciones.⁹⁴¹ De este modo se fundamenta la existencia del latifundio y de su contracara, el minifundio. Se trata de cifras que pueden impresionar al lector por la magnitud, pero que se abstraen de la productividad real y del tipo de producción de las tierras, tal como ya indicamos para el caso de Vanguardia Comunista y de otros partidos que recurren al mismo argumento. Por caso, la producción frutícola o yerbatera, por nombrar solo dos casos, se desarrolla de manera intensiva en minifundios. Allí se desarrollan grandes capitalistas a pesar de que sea en pequeñas extensiones. El autor reconoce y advierte que la productividad de la tierra no es la misma, pero prefiere no poner en juego ese dato en su análisis y concluir que, de todos modos, se constata la realidad del latifundio.

A renglón seguido distinguen cuatro tipos de explotaciones, según su “aptitud económica”: latifundio, chacra grande, chacra mediana y minifundio. A ellas le corresponden cuatro tipos de productores: burguesía terrateniente, campesinos ricos, medios y pobres o semiproletarios.⁹⁴² De la “aptitud económica” de cada una de las explotaciones y productores no se ofrecen datos, sino que se los define por las hectáreas promedio que poseerían: terratenientes con 9.000 hectáreas en promedio, chacareros

⁹⁴¹Durante 1975, cuando se dio a conocer el informe del Consejo Agrario Nacional *La tierra en la Argentina* con datos del Censo Agropecuario de 1969, el partido fue reproduciendo en diferentes números de su prensa, los datos de distribución de la tierra en las provincias. En general, presentaba un cuadro con una distribución de frecuencias de la cantidad de establecimientos según su tamaño, para destacar la “realidad” del latifundio y el minifundio. En el cuerpo de estas notas siempre se realizaba el mismo cálculo: el porcentaje de explotaciones con menos de 100 ó 50 hectáreas para compararlo con aquellas que superaban las 5.000 hectáreas. Asimismo, se listaba la cantidad de explotaciones superiores a las 10.000 hectáreas en cada uno de los departamentos de la respectiva provincia. Con estos criterios, se presentó la distribución de la tierra en Buenos Aires (“Buenos Aires: Latifundio y Minifundio”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975; “Tanta tierra para tan pocos”, en: *Nueva Hora*, 13/8/1975), Santa Fe (“¿Dónde está, quien la tiene?”, en: *Nueva Hora*, 13/8/1975), Córdoba (“La tierra en Córdoba”, en: *Nueva Hora*, 27/8/1975), La Pampa (“El latifundio”, en: *Nueva Hora*, 3/9/1975), Entre Ríos (“Mucha para pocos”, en: *Nueva Hora*, 3/9/1975), Tucumán (“Propiedad de 280 explotadores”, en: *Nueva Hora*, 17/9/1975), Misiones (“El latifundio: dueño y señor”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975), Chaco (“En el Chaco hay mucha, pero de pocos”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975), Formosa (“La tierra en Formosa”, en: *Nueva Hora*, 8/10/1975), Corrientes (“Latifundio y Minifundio”, en: *Nueva Hora*, 27/8/1975), Santiago del Estero (“La tierra”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1975), Mendoza (“Mendoza”, en: *Nueva Hora*, 19/11/1975), San Juan (“San Juan”, en: *Nueva Hora*, 26/11/1975), San Luis (“San Luis”, en: *Nueva Hora*, 3/12/1975), Neuquén (“Neuquén”, en: *Nueva Hora*, 14/1/1976), y Santa Cruz y Tierra del Fuego (“Santa Cruz y Tierra del fuego”, en: *Nueva Hora*, 4/2/1976). Una evaluación general del material elaborado por el Consejo se encuentra en: “Expropiar los latifundios”, en: *Nueva Hora*, 23/7/1975.

⁹⁴²Conviene destacar que, mientras en la versión de 1971 se utilizaba el término “chacarero” e incluso el de “capitalistas agrarios”, en la de 1975 este último término prácticamente desaparece mientras que el primero tiende a ser reemplazado por el de “campesino”.

ricos con 2.000, medios con 350 y de los minifundios lo único que se menciona es que no alcanzan al sostenimiento de la propia familia del productor. En cuanto a tipo de producción, en los grandes latifundios predominan las praderas, montes y bosques, mientras que los minifundistas tienen una mayor proporción de cultivos con un mayor valor agregado. Justamente, aunque el partido no lo advierte, esto demuestra que lo que aparece como grandes “latifundios” son tierras sin aptitud agrícola (praderas, montes y bosques), mientras que los minifundios son en general el sostén de cultivos industriales que requieren menos hectáreas de extensión para alcanzar la productividad media.

En cuanto a la población, se la estima en 2,5 millones de personas en la tierra explotable. De ellas, 1,5 millones “trabajan”, siendo el 64% de los productores con su familia, 21% obreros permanentes y 15% obreros transitorios. En las explotaciones terratenientes, el 70% de los que trabajan serían obreros permanentes y 17% transitorios, mientras que en las chacras pobres, 84% son chacareros con su familia. A la vez advierte que la mayor cantidad de los obreros permanentes se ubica en el área pampeana (44%) y de los transitorios en el noroeste (41%). Por otro lado, las explotaciones de campesinos medios son las que absorberían el mayor número de personas asalariadas, allí hay “una mayor intensidad de trabajo en los predios, en relación a los grandes y a los latifundios, y una menor incorporación de capital constante bajo la forma de maquinarias modernas”. Nuevamente, lo que se está demostrando es la mayor eficiencia de la gran propiedad en oposición a la mayor explotación de mano de obra y menor productividad de las unidades medianas, aquellas que parecen corresponder más a la “vía farmer” que el PCR exalta. Asimismo, se reconoce que justamente son las que mayor cantidad de obreros explotan.

A grandes rasgos, de la población rural que “trabaja”, menos del 1% son terratenientes, 54% son chacareros y 45% obreros. De los chacareros, 40% son arrendatarios, 50% propietarios y 10% ocupantes de tierras fiscales. De los arrendatarios solo 9% son ricos, 56% medios y 35% minifundistas, mientras que en el caso de los propietarios los guarismos son 7%, 53% y 40%, respectivamente. A ello se le suman “campesinos” que ocupan tierras fiscales, unos 80.000, que se reparten mitad y mitad entre campesinos medios y chicos, salvo una masa de 20.000 ocupantes gratuitos, que en rigor “no hace más que encubrir una forma de relación cuasi feudal (tipo prestación personal), por la que el campesino puede trabajar su parcela gratuitamente, a cambio de vigilar la tierra y ganado de su terrateniente”. Nuevamente, no se ofrecen pruebas o explicaciones acerca

de la existencia de mecanismos extraeconómicos que garanticen la existencia de resabios feudales.

En cuanto a la clase obrera rural, se la define centralmente por su dispersión entre sus distintos patrones. Nos permitimos citar in extenso la caracterización de la distribución del proletariado rural, dado que resulta clave para entender cómo el partido entendía el agro:

“Así nos encontramos con que las grandes explotaciones terratenientes solo contratan un 20% de la mano de obra rural, unas 100.000 personas, es decir, que ocupan un promedio de 20 personas por explotación, con explotaciones que superan las 14.000 hectáreas en promedio. Un 30% es ocupado por campesinos ricos, en promedio de 3 por explotación y con un promedio de superficie algo superior a las 2.000 hectáreas. *La mitad del proletariado rural solo encuentra patrones entre los campesinos pobres y medios*, y en la mayoría de los casos, sólo temporariamente: un 30% trabaja con campesinos medios, en promedio de uno por explotación (tienen un promedio de 400 hectáreas); un 15% con campesinos pobres, en promedio de uno cada dos explotaciones (de aproximadamente 90 hectáreas en promedio); y el 5% restante lo hace con campesinos parcelarios, en promedio de 1 cada 6 explotaciones, las que tienen aproximadamente 10 hectáreas cada una.”⁹⁴³

En esa cita está el núcleo del problema, por lo que corresponde que examinemos en detalle el problema. Por un lado, las fuentes que utiliza: censos, tanto poblacionales (el de 1960) como agropecuarios (el de 1969). Se trata de una fuente que tiene significativas limitaciones. El censo agropecuario, como fuente estadística posee un severo problema a la hora de ser utilizado para cuantificar el peso del proletariado transitorio. Su unidad de registro es el establecimiento productivo, por lo tanto es común el subregistro de los trabajadores temporarios que solo se encuentran en la explotación en el momento de cosecha, que no coincide con el tiempo del relevamiento. Asimismo, el respondente típico es el patrón o un administrador o capataz que vela por sus intereses y por tanto, puede falsear deliberadamente el número de trabajadores a los efectos de ocultar a los no registrados. Finalmente, este tipo de fuente tampoco logra captar a aquellos trabajadores que no son directamente contratados por el titular de la explotación, sino a través de un patrón contratista.

⁹⁴³El destacado es nuestro.

A los efectos de obtener una cuantificación más precisa, Gastiazoro recurre al censo poblacional. Este tipo de fuente permite un estudio demográfico y social de la población agrícola más efectivo, en tanto que la unidad de registro son las personas. De este modo, el censista se encuentra frente a los trabajadores en su respectivo hogar y sin intermediarios (como el patrón o el administrador a cargo). Sin embargo, hay dos cuestiones que habilitan nuevamente a una subrepresentación de los trabajadores temporarios. Los censos poblacionales indagan sobre la ocupación principal, entendida como a la que el trabajador le ha dedicado la mayor cantidad de horas en la semana en que se realiza el censo. De modo que si la agricultura es una actividad secundaria, no aparece reflejada. Además, presenta el mismo déficit que afecta a los censos agropecuarios: los datos corresponden al momento en que se realiza el censo y, por tanto, no capta la totalidad de la demanda de trabajo estacional que crece en tiempos de siembra y se incrementa notablemente en tiempos de cosecha, y que, además proviene en muchos casos de otras provincias a las que los migrantes vuelven una vez cumplidas las faenas.⁹⁴⁴ Esta subrepresentación se percibe con claridad cuando Gastiazoro señala que en el campo existen más trabajadores permanentes que temporarios, cuando en realidad, si atendemos a la dotación de trabajo requerida por las diferentes faenas rurales debería ser al revés.

Debe destacarse, asimismo, que más allá de la subrepresentación, el grueso de la mano de obra se encuentra en las regiones que se supone, veremos luego, son el locus del campesinado combativo: el noroeste del país. Lo que el autor está reconociendo es que allí donde estaría el campesinado más empobrecido, es donde más se utiliza una fuerza de trabajo. Es decir, que los supuestos campesinos serían los más explotadores. Además de ello, cabe sospechar de las cifras expuestas. Por un lado, porque no se explica de qué tipo de producción se está hablando. 400 hectáreas dedicadas a cultivos industriales, como la fruta, requieren altas dosis de mano de obra, mientras que explotaciones de ese tipo en la pampa húmeda requiere muchos menos.⁹⁴⁵ Pero incluso en estas últimas, es

⁹⁴⁴Si bien corresponden a análisis extemporáneos al nuestro, existen trabajos que examinan las virtudes y los déficits de ambos tipos de censos para cuantificar al conjunto de los trabajadores rurales. Véase: Rosati, Germán: “La captación estadística de los asalariados agropecuarios. Reflexiones en torno a sus problemas mediante un ejercicio de comparación entre censos de población y agropecuarios (Argentina, 2001/2002)”, en: *Mundo Agrario*, vol. 12, N° 23, La Plata, segundo semestre de 2011, s/p.; Aparicio, Susana: “El empleo rural y la caracterización de los sectores sociales a través de los Censos de Población”, en: INDEC-CELADE: *Los Censos de Población del '80*, Buenos Aires, 1985, pp. 201-216.

⁹⁴⁵El propio Gastiazoro señala al pasar que “En lo que respecta a la clase obrera rural (y salvo en aquellas explotaciones dedicadas a cultivos industriales, donde se concentran temporariamente cientos de obreros) vemos que se encuentra sumamente dispersa, dadas las características de poca intensidad con que, generalmente, se trabaja la tierra en nuestro país”.

dudoso que semejante magnitud de tierra sea explotable por una familia y un solo trabajador extra. Sartelli ofrece datos a este respecto que, si bien corresponden a una etapa previa (1870-1940), permiten mensurar el aporte del proletariado.⁹⁴⁶ Realizando cuentas que contemplan la extensión de la unidad productiva, la disponibilidad de brazos familiares y la cantidad de horas para cada tarea agrícola, demuestra que la producción triguera en la región pampeana era realizada en un 24% por el productor familiar, mientras que el 76% del valor producido provenía del proletariado. Ya una explotación de 100 hectáreas dedicadas a este cultivo, y asumiendo que tres “campesinos” la trabajan directamente, requería para la cosecha la contratación de mano de obra asalariada. Para una unidad de 200 hectáreas ya incluso se requiere contratación para cumplir con al menos un tercio de las faenas propias de la siembra. Para el caso del maíz los guarismos son de 27% de trabajo familiar y 73% asalariado. Al ser más simples las faenas de este cultivo que las de trigo, el aporte “familiar” es un poco mayor en proporción, pero de todos modos ya con 100 hectáreas se necesita la contratación de fuerza de trabajo. Estos datos confirman no solo el peso del proletariado rural en el corazón del agro argentino, sino que muestran que detrás del rótulo “chacarero” se encuentra a la burguesía rural. Incluso los cálculos conservadores muestran que un arrendatario de 150 hectáreas es como mínimo un pequeño burgués explotador, al que no le alcanzan los brazos que aportan su familia.

Gastiazoro mismo acaba por reconocer que los campesinos no son más que explotadores de fuerza de trabajo. Señalar que las capas medias y chicas solo lo hacen “temporariamente” no cambia su carácter de clase, más cuando se refiere a trabajo agrario, donde prima la estacionalidad y la demanda de brazos se concentra “temporariamente”. Señalemos, además, que se había caracterizado a los minifundistas como campesinos que no llegaban a garantizar su propia reproducción familiar -incluso se los calificaba como semiproletarios-, pero que, ahora, parece que explotan el 15% de la fuerza de trabajo agraria.

Si nos remitimos a la prensa del partido, podemos encontrar allí datos concretos que confirman esto. En noviembre de 1975, *Nueva Hora* publicó una nota titulada “Habla un campesino pobre”, en la que recoge el testimonio de un pequeño productor chaqueño. En la entrevista, este agricultor indica que cultivó cinco hectáreas de algodón y cinco hectáreas de maíz. Se trata entonces, de lo que el mismo partido reconoce como

⁹⁴⁶Sartelli, *La sal...*, op. cit.

un minifundio y un campesino pobre. Interrogado acerca de los precios ofrecidos por el gobierno, el entrevistado señaló:

“El que dice el gobierno es justo para el tipo 1 a 2.600.000 pesos la tonelada y de allí para abajo. *Si nos pagan eso se puede pasar y también se puede pagar al cosechero*. Yo creo que para que sea cierto lo que se dice necesitamos la unidad de todos los colonos chicos y de los cosecheros para que juntos luchemos para que se cumpla.”⁹⁴⁷

La frase en bastardillas de la cita da cuenta de que se trata, aun siendo un “campesino pobre minifundista”, de un explotador de fuerza de trabajo. Y es el propio partido el que ofreció la evidencia. Podríamos citar un ejemplo análogo, en este caso de la rama tealera, en boca de un peón en una entrevista que también reprodujo *Nueva Hora*:

“Yo trabajo en una plantación de té de las más grandes. Allí somos como 300 obreros. [...] Y nos pagan 15 pesos por kilo, con lo que juntamos unos 7.500 pesos por día de trabajo, de sol a sol, muy por debajo del jornal que establece la ley que es arriba de los 8.000. Y por 8 horas, que es lo que tendríamos que trabajar pero aquí no se respeta. *La cosa se agrava en las explotaciones más chica; si son varios los de una misma familia que trabajan se les paga aún menos, por ejemplo 16.600 por cinco obreros.*”⁹⁴⁸

Como veremos más adelante, cuando examinemos la intervención entre el proletariado rural y el campesinado, existen varios casos en el mismo sentido.

Las contradicciones se hacen aún más notables si atendemos a la caracterización del partido sobre el fenómeno del contratismo.⁹⁴⁹ Este es leído como una estrategia de supervivencia de los campesinos pobres y medios que, ante el avance del latifundio, deben abandonar sus chacras para trabajar en tierras ajenas con sus tractores y equipos. Hay que hacer notar aquí que Gastiazoro había caracterizado a los campesinos medios (y presumiblemente a los chicos también) como aquellos que explotan más cantidad de fuerza de trabajo por su déficit de capital constante. Ahora estos se convirtieron en aquellos productores que habiendo perdido la tierra, solo cuentan con sus máquinas. Como ya señalamos, buena parte del contratismo es un fenómeno que corresponde a los pequeños y medianos productores sobremecanizados con pocas posibilidades de

⁹⁴⁷“Habla un campesino pobre”, en: *Nueva Hora*, 19/11/1975. El destacado es nuestro.

⁹⁴⁸“Charla con un peón tealero”, en: *Nueva Hora*, 17/4/1975. El destacado es nuestro.

⁹⁴⁹“El campesinado pobre de la región maicera”, en: *Nueva Hora*, segunda quincena de marzo de 1972.

explotar más tierra. Pero es esa propiedad de maquinaria lo que da cuenta que protagonizaron procesos de capitalización y que son, en efecto, dueños de medios de producción. Los contratistas son productores capaces de capitalizarse y que amortiguan la inversión convirtiéndose en contratistas.

Detrás de toda esta madeja de cifras y contradicciones, lo que se encubre es el intento por hacer pasar campesinos y/o chacareros como sujetos oprimidos por el latifundio, no explotadores y por tanto potenciales aliados de aquellos a los que explotan: el proletariado rural. Paradójicamente, la propia evidencia que se presenta demuestra lo contrario.

Para cerrar este acápite nos parece interesante destacar la existencia de un artículo en la revista teórica del partido, escrito en 1971, que muestra una realidad opuesta al análisis “oficial”, en tanto que percibe las tendencias al incremento de la mecanización, el crecimiento de los estratos medios de los productores, el incremento de la productividad y, sobre todo, discute el papel del proletariado rural en la estrategia del partido. Se trata de un texto firmado por Pedro Serdán, aparecido en *Teoría y Política* bajo el título “Acerca de la clase obrera rural (en una parte de la pampa húmeda)”.⁹⁵⁰ El artículo define a los obreros rurales como parte del proletariado por tres motivos: su carencia de instrumentos de producción y la venta de su fuerza de trabajo; la creación de valor y plusvalía; y su condición de explotados. Sin embargo, advierte la existencia de diferencias que operan como trabas para la adquisición de la conciencia de clase y para la organización: su dispersión, su baja capacitación e instrucción y la separación con los núcleos revolucionarios, ya que los intelectuales se ubican en las ciudades.

A continuación, el autor de la nota hace un recorrido histórico por la formación del proletario rural argentino. Sin embargo, interesa detenerse en el apartado sobre la situación actual. Allí se señala que en oposición al modelo de desarrollo capitalista basado en la “mecanización de la gran extensión” -propio de EE.UU., Francia o Australia-, el caso argentino siguió la forma de “mecanización de la pequeña y mediana explotación”, que se caracterizaría por la expulsión de mano de obra rural permanente y la desaparición casi total de la temporaria. Esta forma cobraría impulso en la pampa argentina desde mediados del '50 por el aumento del peso de los propietarios con explotaciones medias (del 39% al 64%) como consecuencia de la compra de tierras por ex arrendatarios, la compra de maquinaria, y por la implantación de fábricas de

⁹⁵⁰Serdán, Pedro: “Acerca de la clase obrera rural (en una parte de la pampa húmeda)”, en: *Teoría y Política*, N° 5, mayo-junio de 1971, pp. 27-52.

maquinaria agrícola y tractores para la demanda local. En este contexto se habrían producido cambios técnicos significativos con la introducción del tractor masivamente, la recolección a granel, la mecanización de la recolección de maíz, entre otros, que expulsa una gran cantidad de mano de obra ocupada. Eso produjo una caída de la clase obrera rural que, según censo de 1960 se encontraría en unos 532.000 y que probablemente, señala el autor, para los '70 cayeran aún más. Asimismo, por primera vez los obreros fijos superan a los transitorios, en 320.000 contra 212.000.

El informe cierra con un análisis de campo en distintas localidades de Santa Fe. Allí verifica las tendencias señaladas anteriormente: peso esencial de pequeños y medianos propietarios, elevado grado de mecanización, predominio de la agricultura sobre la ganadería. Caracteriza que los obreros de la zona son hijos de chacareros expulsados de las explotaciones de sus padres, que buscan conchabo en las ciudades, toda vez que los días de trabajo agrario se reducen a 70. Finalmente, en función de esto se concluye que, al menos para la región en análisis -parte de la pampa húmeda- se verifica una “tendencia a la desaparición de los obreros rurales”, de lo que se extrae una conclusión política: “no debe buscarse la posibilidad de desarrollar Partido en el interior a partir del trabajo con los trabajadores rurales”. Debe, por el contrario “apuntarse en primer lugar al trabajo con la clase obrera industrial asentada en un conjunto importante de localidades”. Atendiendo también al “trabajo con los profesionales de las localidades del Interior, por su tradicional influencia en el conjunto de la población”. Advierte, sin embargo, que otras provincias merecen un estudio particular sobre su población rural (Tucumán, por caso) para evaluar la importancia de desplegar trabajo allí.

La respuesta a este análisis no tardó en llegar, apareció dos meses después en el número siguiente de *Teoría y Política* en un artículo firmado por Andrés Marín y Lucas Fígari, titulado “El método para analizar la lucha de clases en el campo”.⁹⁵¹ En efecto, es un escrito que desde el comienzo señala su intención abierta de polemizar con Serdán, al que le reconoce el mérito de haber escrito “el primer estudio regional detallado sobre estructuras agrarias que se ha hecho en nuestro partido.” El eje de la crítica es el quinto acápite del escrito de Serdán, titulado “Algunas aproximaciones en torno a la labor del partido”, donde el autor extraía algunas conclusiones prácticas de su informe. Marín y Fígari destacan tres afirmaciones que pretenden discutir:

⁹⁵¹Marín, Andrés y Lucas Fígari: “El método para analizar la lucha de clases en el campo”, *Teoría y Política*, N° 6, Julio-Agosto de 1971, pp. 49-52. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este documento.

1. Que el partido no debía construirse en zonas agrarias del interior debido a la tendencia a la extinción del proletariado rural en esa zona, a la que se suman las dificultades para su organización y desarrollo de su conciencia.
2. En función de ello, el privilegio de los grandes centros de concentración urbana para ligarse al proletariado industrial.
3. Que todo trabajo rural debía encararse desde la inserción en los profesionales de las localidades del interior, por su “tradicional influencia en el conjunto de la población”.

A partir de allí los autores hacen una serie de señalamientos e impugnaciones. En primer lugar, afirman que Serdán cae en una serie de inconsistencias. Por un lado, señalan que la desocupación es el problema central de la población rural, lo que lleva a que en ocasiones deba conseguir empleos urbanos o no rurales. Ahora bien, si considera que las fracciones urbanas o industriales debían ser parte del trabajo del partido, no se comprende, señalan los autores, por qué a estas fracciones obreras que tienen un pie en el campo y un pie en la industria, no deben ser organizadas. Así, el “desamparo” del obrero rural lejos de ser una condición que lo aleja de la lucha, debería convertirse en el puntapié para el desarrollo de la solidaridad del conjunto de la clase.

En segundo lugar, la tendencia a la expulsión de fuerza de trabajo rural, indican Marín y Fígari, no conducen necesariamente a la “resignación”, sino que abren también lugar a la resistencia a la degradación de la vida obrera. En lugar de ser un argumento en favor del abandono del trabajo agrario debería ser un arma de crítica al capitalismo y la explotación. En tercer lugar, más allá del aspecto cuantitativo, lo que debería contemplarse es que se trata de una capa de la clase obrera y eso obliga al partido a organizarla: “Sean más o sean menos, son parte de la clase que debe hegemonizar la revolución”. Además, en particular esa fracción abre la puerta a la alianza con el “campesinado pobre y medio”, de manera que revestiría de una importancia estratégica, cualitativa, que compensa su déficit cuantitativo. En cuarto lugar, impugnan el uso de la categoría “profesionales” de Serdán, por abstraerse de las determinaciones de clase. Dentro de ese rótulo se esconderían sectores poseedores de tierra y otros “entrelazados con terratenientes o burgueses o sus organizaciones”. En este sentido, el trabajo debe estar dirigido al proletariado y al campesinado.

Por último, se adentran en el que sería el principal argumento del escrito que impugnan: el de la magnitud del proletariado rural argentino. Serdán señalaba en su artículo que la

cifra de 1.152.000 que había utilizado Marín y Fígari en otro artículo era errónea y que corrigiéndola con el censo poblacional de 1960 se reduciría a 532.000 y, posiblemente, en la fecha que se escribía el texto, 1971, sería incluso inferior. Para impugnar ello, los autores recurren a las cifras de la Gerencia de Investigaciones Económicas del Banco Central que para 1969 muestran 1.018.097 obreros rurales, siendo 327.797 estables y 690.600 transitorios. Guarismos que además denotaban un crecimiento en relación a una década atrás. Asimismo, insisten en que “la confusión domina en nuestras estadísticas agrarias” y que posiblemente el número sea incluso mayor debido a que los semiproletarios son de difícil visualización estadística. De resultados de todo esto, Marín y Fígari reafirman la importancia del proletariado rural en la construcción del partido, lo que se encuentra en sintonía con las afirmaciones sobre el proletariado que hiciera Gastiazoro y que ya hemos analizado. Como veremos en breve, fue la línea de estos dos militantes la que se impuso por sobre la de Serdán.

Una voz curiosamente ignorada

Gastiazoro no fue el único intelectual que se abocó al estudio de los problemas económicos dentro del partido. Un importante economista, con renombre en el terreno académico fue Horacio Ciafardini. Sus trabajos, sin embargo se dedicaron más a problemas económicos de orden teórico que a la cuestión agraria argentina. Entre ellos, *Trabajo asalariado, capital y valor de cambio. Análisis de la obra de Adam Smith sobre el valor de cambio*, de 1971. Se destaca también *Sobre el problema de la realización de la plusvalía y la acumulación de capital. Intento de crítica de la teoría de Rosa Luxemburg*, escrito en 1973 y editado por el grupo CICSO, en donde desarrolló un repaso crítico sobre la obra de la revolucionaria polaca que había él mismo traducido el año anterior para la edición de *Introducción a la economía política* publicada por Pasado y Presente. También colaboró en compilaciones sobre economía argentina - *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina*, publicado en 1973- y de la célebre polémica acerca de los modos de producción en América Latina que aglutinó a destacados intelectuales a comienzos de los '70 -*Modos de producción en América Latina*, 1973-.

A los efectos de nuestra investigación, lo que nos interesa es un escrito elaborado en 1971 por Ciafardini en coautoría con otros dos especialistas -Carlos Cristiá y Osvaldo Barsky-, titulado *Producción y tecnología en la región pampeana*. Allí nos encontramos

con que estaba al alcance del partido la evidencia del incremento en los rindes del maíz y el trigo desde la segunda mitad del '50 y del girasol a comienzos de los '60, para llegar los tres cultivos a los '70 con niveles superiores a los de principio de siglo.⁹⁵²

Este trabajo es verdaderamente sugestivo en tanto aporta suficiente evidencia empírica para poner en cuestión los postulados del propio partido al que Ciafardini pertenecía.⁹⁵³

A los efectos de no tornar engorrosa la exposición, y en tanto que esta evidencia no fue atendida por el partido, presentaremos sucintamente las contribuciones que el texto presenta.

Por un lado, el texto advierte un cierto dinamismo en la producción agropecuaria, en tanto que entre la Primera Guerra Mundial y la crisis de 1929-1932 la rama más dinámica habría sido la agricultura por sobre la ganadería. Las grandes alzas de los precios de los cereales, en particular trigo y lino, habrían volcado a los productores hacia esos rubros, produciendo un incremento de la superficie cosechada de cereales y lino de 11,6 millones de hectáreas a 15,2. En ese contexto, la ganadería fue cediendo para llegar a un mínimo de 21,11 millones de cabezas de vacunos en 1931. Ello fue acompañado de la introducción de maquinaria accionada por motores y la difusión de automotores y cosechadoras, que desplazaron la tracción a sangre y, consecuentemente, la cría de equinos. Por caso, en 1938/39 se habían importado más de 10.000 tractores y 5.500 cosechadoras. Sin embargo, ya en la década del '40 la relación se invierte y la ganadería vuelve a despuntar, pasando de representar el 37,6% del volumen total de las exportaciones en 1935/39 a representar el 56,2% en 1940/44, mientras que la agricultura en el mismo período pasó de 56,8% a 26,2%. Estos datos echaban por tierra la lectura más esquemática del partido, que se esforzaba por presentar un agro a imagen y semejanza de lo que creía era una "oligarquía ganadera", parasitaria y estática.

⁹⁵²Barsky, Osvaldo, Horacio Ciafardini y Carlos Cristiá: *Producción y tecnología en la región pampeana*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971. Otros trabajos acerca de la problemática agraria, específicamente ligados a la zona del Alto Valle fueron: Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: *Primer documento interno de trabajo sobre el proceso de formación de la economía y la sociedad valletanas*, Universidad Nacional del Sur, Departamento de Economía, Bahía Blanca, setiembre de 1972, (mimeo); Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: *Cuarto Documento interno de trabajo: Informe preliminar sobre las tendencias de desarrollo de las actividades económicas ligadas a la fruticultura*, Universidad Nacional del Sur, Departamento de Economía, Bahía Blanca, diciembre de 1973, (mimeo). Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: *Contribución a la Historia de la economía del Alto Valle del Río Negro. De la "Conquista del Desierto" a la fruticultura*. Diciembre de 1975 (inédito). Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: "Estudio de campo y elaboración de las cuentas sociales de Casilda para 1969. Metodología y principales resultados", en: *Desarrollo Económico*, N° 47, Vol. 12, octubre-diciembre 1972, s/p.

⁹⁵³Ciafardini se había incorporado al partido a comienzos de los '70, llegando a ocupar el cargo de secretario de redacción de *Teoría y Política*.

Otro de los datos ofrecidos refiere a la cuestión de la tenencia de la tierra. El trabajo describe el proceso de desvalorización de la tierra que acontece en los años '50, producto de los congelamientos de los cánones de arrendamiento, la prórroga de los contratos y el proceso inflacionario. De resultas de ello se produciría un movimiento de adquisición de tierras por parte de los arrendatarios pampeanos, pasando el porcentaje de propietarios del 39% en 1947 al 69% en 1960. De este modo, quedaba cuestionada la imagen de un campo argentino como reino de los pequeños arrendatarios oprimidos por los terratenientes.

Quizás lo más interesante del escrito, es que percibe con claridad el ascenso de la producción y la productividad del agro pampeano en la década del '60. Los autores reconocen que se trata de un proceso de expansión inédito, en tanto que lo protagonizan tanto la agricultura como la ganadería. Desde el agotamiento de la frontera agropecuaria en los '20, todo el desarrollo agrario se realizaba alternativamente a expensas de una u otra actividad: cuando crecía la agricultura, decrecía la ganadería. Ahora, en cambio, los dos procesos se yuxtaponían. Así, la década de 1960 había visto incrementar la superficie sembrada con cultivos anuales en la región pampeana en más de 2,6 millones de hectáreas y las existencias de vacunos en casi 3,5 millones de cabezas de ganado. Incluso cultivos como el sorgo granífero protagonizaban una expansión calificada como vertiginosa. Todo ello era posible por la liberación de hectáreas otrora dedicada a la cría de ovinos y equinos, que eran desplazados por la introducción de tractores y cosechadoras, en una etapa signada por el ascenso acelerado del parque tecnológico del agro. Un indicador para mensurar esto, que aportan los autores tomándolo del Consejo Federal Inversiones⁹⁵⁴, muestra que las unidades de tractores habían pasado de 25.950 en 1947, a 38.316 en 1952 para llegar a los 83.0957 en 1960. Así, la idea partidaria de un estancamiento agropecuario sostenido, carecía de fundamento.

Con todo, los autores advierten que no puede reducirse este proceso a una creciente mecanización, sino a una tecnificación mucho más amplia que produce un despegue de la productividad. En este sentido, y haciendo uso de los informes del INTA, destacaban las principales innovaciones: a. La aparición de semillas híbridas en el maíz y sorgo, más resistentes a la putrefacción; b. nuevas variedades de trigo con mejores condiciones para la panificación y nuevas variedades de lino con mayor resistencia a las enfermedades; c. Mejoramiento de la maquinaria disponible y emergencia de nuevas

⁹⁵⁴Consejo Federal de Inversiones-Confederación General económica: *Programa conjunto para el desarrollo agropecuario e industrial*, Segundo Informe, Tomo II.

máquinas-herramientas, con funciones más específicas para el trabajo agronómico; d. Difusión de herbicidas que revolucionaron el combate a las malezas que, a su vez, redujo el impacto de otras formas de desmalezado más dañino para los cultivos; e. En cuanto a la ganadería, la introducción de la inseminación artificial, nuevos procedimientos de selección de reproductores, mejoras en las técnicas sanitarias y nuevas sembradoras para forrajeras que mejoraron las pasturas; f. Reemplazo de la alfalfa por praderas consociadas (mezcla de gramíneas y leguminosas) e introducción del pastoreo rotativo, que incrementa el número de animales por potrero.

El resultado sería una caída notable del requerimiento de la mano de obra y el incremento de la productividad. Ofreciendo datos los requerimientos de horas hombre por hectárea eran de 98,19 en Argentina y 69,30 en Estados Unidos para toda la década del '30, pasando a 51,3 y 28,42 respectivamente para la década del '50 para llegar a 16,15 y 17,18 en el quinquenio 1960-1965. Un dato sumamente revelador, que muestra una productividad argentina por arriba de la norteamericana.

Como si estos datos no estuvieran suficientemente reñidos con los postulados partidarios, el escrito finaliza con dos conclusiones polémicas. Por un lado, se afirma que “es evidente que el campesinado arrendatario ha dejado de ser un sector numeroso”. En segundo lugar, discutiendo la idea de que hubiera habido una “revolución” en los '60 en el agro responde:

“los cambios producidos no configuran una alteración de las relaciones sociales fundamentales en el campo, en el sentido de que éstas se hagan realmente capitalista sólo en época reciente. La producción agraria argentina ha sido capitalista, cabría decir, ‘desde el inicio’, en forma más evidente en la ganadería, pero también en la agricultura, pese a la importancia que revestía el campesinado (nunca las supuestas relaciones ‘feudales’) en otros tiempos. Lo que se observa es una elevación del grado de desarrollo del capitalismo en la producción agropecuaria, en el sentido de una mayor inversión de capital por unidad de superficie, elevándose correlativamente los rendimientos ganaderos y agrícolas medidos en la misma forma.”

Este documento, recordemos que fue escrito originalmente en 1971, resulta sumamente ilustrativo. Por un lado, porque enseña que buena parte de las transformaciones que reseñamos en el primer capítulo eran perfectamente asequibles a los propios

contemporáneos. Asimismo, el conocimiento disponible en ámbitos académicos y/o técnicos tenía vasos comunicantes con los partidos de izquierda, al menos, en este caso, con el PCR a través de la figura de Ciafardini. Por otro lado, evidencia que las concepciones teóricas, tomadas del marxismo o de alguna de sus tradiciones, eran más fuertes para el partido que los datos empíricos mismos, que no podía a esta altura desconocer, pues estaban en la pluma del militante que tenía a cargo la elaboración de una revista partidaria abocada justamente a problemas intelectuales. A continuación veremos esto con más claridad al examinar la cuestión de la adscripción al maoísmo.

Resumiendo

Al igual que VC, el PCR también reprodujo la llamada visión tradicional sobre el agro argentino, sosteniendo la tesis oligárquica, el mito campesinista y el diagnóstico del estancamiento. El latifundio, como locus del atraso, fue defendido en función de lecturas impresionistas sobre distribución de tierra, abstraídas de sus condiciones reales de producción. Los avances productivos, que el partido acababa por reconocer, eran subsumidos bajo esa misma forma atrasada, dando lugar a lo que se conoció como “vía prusiana”. De esa forma el partido explicaba las transformaciones recientes en el mismo marco explicativo que venía a justificar la falta de desarrollo.

En cuanto a las clases sociales agrarias es interesante notar un elemento disonante dentro del mismo análisis del partido. Como hemos visto, un motivo de debate interno fue la cuestión del peso numérico del proletariado rural, en una discusión protagonizada por Serdán, Fígari y Marín. Los segundos sostenían que se trataba de una capa numerosa de la clase obrera, y esa será luego la línea oficial. Sin embargo, al no calibrar correctamente el peso de los obreros transitorios, tendieron a magnificar la capa de productores directos que se asumían como no explotadores. Ello condujo, paradójicamente, a perpetuar la subvaloración del proletariado. Pero ya no solo numéricamente, sino en un sentido político. La existencia de una capa de productores agrarios directos dominantes y oprimidos por el latifundio y la oligarquía, habría de conducir a una subordinación del proletariado rural a este sujeto. Sobre eso avanzaremos en los próximos acápite.

Finalmente, resta destacar un elemento sugestivo a los fines de nuestras hipótesis. La existencia de los planteos de Ciafardini, siendo este un intelectual en el seno del partido, confirman el peso de la tradición política por sobre la evidencia empírica. El PCR se

negó a aceptar los datos que lo obligaban a replantearse sus propias definiciones programáticas.

b. La adopción del maoísmo

Como señalábamos en el capítulo anterior, la adopción del maoísmo trajo aparejados cambios en la línea política del PCR. En rigor de verdad, más que introducir novedades, lo que permitió el maoísmo fue dar un sustento teórico a líneas que ya se insinuaban dentro del partido, pero que aún pervivían confusamente con otras. Es decir, la teoría de Mao permitió resolver debates internos que atravesaban a la organización.

Las tareas y los sujetos de la transformación agraria antes del maoísmo

Uno de los documentos paradigmáticos que luego fue profusamente criticado cuando el partido se volcó al maoísmo, fue la *Resolución sobre el tipo de revolución y las bases para el Programa del partido*, que se aprobó en diciembre de 1969 en el Primer Congreso del PCR. Allí se afirmaban una serie de cuestiones que luego serían sustancialmente modificadas, si bien también se adelantaban otras que perdurarían más allá de 1974: la caracterización del latifundio, la vía prusiana y la existencia de tareas democráticas en el agro (aquellas que examinamos en el acápite precedente).

Aquel documento caracterizaba a la Argentina como un país capitalista dependiente, cuyo desarrollo había sido condicionado y deformado por la injerencia del capital imperialista. Ello determinaría que el “bloque dominante” estaba compuesto por un “grupo reducido de grandes propietarios nacionales y extranjeros sobre los medios de producción”, lo que se denominó “oligarquía burguesa terrateniente”. Como polo opuesto a ese bloque, y entonces como germen de la alianza revolucionaria, se encontraría el proletariado y “capas medias” urbanas y rurales, interesadas objetivamente en la liquidación de las relaciones de producción. Esto implicaba que la contradicción principal que signaría el proceso revolucionario no sería el enfrentamiento del proletariado contra la burguesía, sino entre el proletariado y la oligarquía burguesa terrateniente. Si bien puede parecer un matiz, en realidad la opción por este tipo de contradicción tenía su importancia al momento de contemplar clases aliadas en el agro, aquellas que se vieran afectadas por la realidad del latifundio.

Con estas caracterizaciones, el PCR señalaba que no sería correcto hablar de una revolución socialista a secas y optó, en oposición, por la definición de revolución popular, democrática, agraria, antiimperialista y antimonopolista en camino al socialismo. *Popular*, porque la alianza que la impulsaría iba más allá de la clase obrera y debería atraer a todos los sectores objetivamente interesados en la liquidación de la oligarquía; *Democrática* porque su tarea política principal en la primera fase de la revolución sería cumplir con las tareas democráticas pendientes, a saber, la nacionalización de las propiedades terratenientes; *Antimonopolista*, porque atacaría mediante nacionalizaciones a los monopolios extranjeros y grandes capitales nacionales (industriales y financieros); y *Antiimperialista*, porque liquidaría la opresión extranjera. Es decir, a diferencia de una revolución socialista, el PCR no se planteaba la expropiación del conjunto de la burguesía, dado que algunas de sus capas debían aliarse al proletariado para liquidar el latifundio, los monopolios y la opresión imperialista. El resultado de este proceso sería un capitalismo independiente y sin deformaciones, antes que una sociedad sin clases y libre de explotación. Veamos más en detalle la cuestión de las tareas agrarias, que hemos excluido en esta enunciación. Respecto del campo se caracterizaba:

“El modo de producción capitalista predominante en la formación económico-social argentina, acentuado por la preeminencia de la población urbana sobre la rural, determina que la clase obrera constituya la fuerza motriz de la revolución en la Argentina. En Argentina la opresión imperialista está estrechamente vinculada a la forma histórica del desarrollo capitalista en el campo, predominando en él la vía prusiana. El grado de desarrollo capitalista en el campo argentino determina que las tareas democráticas en ese sector no signen en lo fundamental el carácter de la revolución, aunque existen reivindicaciones de campesinos pobres y medios de carácter democrático, cuya satisfacción es fundamental para resolver la cuestión agraria. El desarrollo capitalista por vía prusiana determina que por su peso el proletariado rural sea la fuerza motriz de la revolución en el campo.”⁹⁵⁵

⁹⁵⁵Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario: Resolución sobre el tipo de revolución y las bases para el Programa del partido*, 1969, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados desde la ruptura...*, op. cit., p. 404. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

Como puede apreciarse, se denota la existencia de tareas agrarias para la revolución, pero estas no signan su contenido, es decir, tienen un rol secundario. Esto se justifica en el diagnóstico de que el capitalismo en el agro habría alcanzado un desarrollo significativo. No es casual que en toda la cita no se haga mención al latifundio como un rasgo precapitalista, a pesar de que se lo reconoce como una realidad en tanto emergente de la concentración de la tierra en pocas manos. Por otro lado, se reconoce la importancia del campesinado, pero el sujeto al que se debería prestar atención en el campo es al proletariado. Finalmente, ¿Cuáles son en concreto las tareas agrarias?:

“Las nacionalizaciones constituyen la tarea económica central en una revolución que por sus tareas es popular, agraria, antiimperialista y antimonopolista. [...] En el campo las nacionalizaciones se darán dentro de una política más amplia de expropiaciones y abarcarán a los latifundios que se transformen en empresas agrícolas estatales. La formación de empresas agrícolas estatales constituye el eje de la política agraria del programa de los comunistas para el campo en la fase de liberación social y nacional. La formación de empresas estatales y las cooperativas constituyen la forma central de *colectivización* en el campo.”

Es evidente en estas citas que la propuesta no es la reforma agraria sino la nacionalización y colectivización. No sorprende si esta consigna se la inserta en el marco del análisis anterior. Siendo la “cuestión campesina” un elemento secundario subordinado a la verdadera fuerza motriz del agro, el proletariado rural, la alianza con los productores agrarios no es un interés fundamental y, por tanto, no se requieren mayores concesiones. La expropiación del latifundio sería la base para la formación de grandes empresas cooperativas estatales. De esta forma, aunque explícitamente se asumía que la revolución sería popular antes que proletaria, y democrática y antimonopolista antes que socialista, tanto por las tareas planteadas en el campo (nacionalización de grandes extensiones de tierra), como por la preeminencia del proletariado (secundarizando cualquier alianza con el campesinado), en la práctica es difícil distinguir las diferencias con el planteo de una revolución socialista sin etapas intermedias. Como veremos, esta caracterización sufrió cambios notables.

El otro aspecto que se verá modificado con la asunción del maoísmo, y que incide colateralmente en la cuestión agraria, es la caracterización de la burguesía nacional. Si

bien en estos primeros documentos el PCR afirmaba la existencia de una opresión imperialista sobre el país, la burguesía nacional no tenía un potencial revolucionario:

“si bien existen contradicciones entre campesinos ricos y capas de la burguesía industrial pequeña y mediana, y las clases dominantes, el carácter predominantemente capitalista de la economía argentina, determina que estas fracciones explotadoras, pero no dominantes de la burguesía, no puedan tener intereses objetivos en una revolución de liberación social y nacional.”

De este modo, se excluían alianzas con la burguesía nacional y, con posiciones de tintes trotskistas, se abogaba por la alianza entre clase obrera y pequeña burguesía. En resumidas cuentas, esta línea partidaria que se desarrolla en los primeros años de vida del PCR parece tener una impronta más clasista que la que veremos a continuación. Mientras que niega toda posibilidad de un “Frente Popular de Liberación”, afirma la necesidad de buscar al “par” rural de la clase obrera, y no a sus explotadores.

Los cambios tras el acercamiento y la adopción del maoísmo

Como ya lo indicamos, la adopción del maoísmo se produjo entre el II y III Congreso del PCR. En este último se adscribió formalmente al marxismo-leninismo-maoísmo. En un documento de balance de la actuación del partido entre las dos instancias congresales, se realizó una explícita autocrítica a las posiciones vertidas en el documento que hasta aquí veníamos analizando.⁹⁵⁶ En primer lugar, se reconoció que las formulaciones en él contenidas habrían tenido un carácter progresivo, en tanto que habían significado una delimitación tanto del trotskismo como del “codovillismo” (es decir, del Partido Comunista). Del primero, porque había dejado en claro que el naciente partido no adscribía a una revolución socialista “a secas”, motorizada por la contradicción abierta y directa entre proletariado y burguesía. En oposición a ello, introducía el elemento popular que aglutinaría a las clases y fracciones de clases que padecían la opresión oligárquico-latifundista. En relación al segundo, batalló contra las concepciones que afirmaban que el imperialismo estaba asociado con fuerzas

⁹⁵⁶El documento, sin embargo, señala que este error, que aparece en el programa votado en el Primer Congreso, fue corregido en la Resolución Política del mismo congreso. Sin embargo, luego se reproduce parcialmente en *Acerca del problema agrario en nuestro país*. Por esta coexistencia entre posiciones distintas, aún en un mismo período de tiempo e incluso en un mismo congreso, es que nos inclinamos por considerar que se trataba de un debate abierto en el seno del partido.

semifeudales y feudales, subestimando el desarrollo del capitalismo en el país y oponiéndose a la línea de hegemonía proletaria en el cumplimiento de tareas democráticas-burguesas.

Sin embargo, habría en aquel documento serias deficiencias. Una de ellas, la sobreestimación del desarrollo capitalista en el agro, que habría menospreciado el grado de subsistencia del latifundio como supervivencia precapitalista en el campo. Así se habría sobreestimado el grado de desarrollo autónomo del capitalismo y se subestimaba el peso de la dependencia del imperialismo como traba al desarrollo nacional. De allí que se realizara una errónea caracterización de la contradicción principal y se ubicara “en bloque” a la burguesía nacional como una fuerza del enemigo. El maoísmo habría permitido una correcta caracterización de esta fracción de clase, permitiendo comprender la existencia de sectores “patrióticos y democráticos”, económicamente débiles frente al imperialismo y los terratenientes. Lo que tendría derivas estratégicas: la política global del proletariado revolucionario frente a la burguesía, tanto urbana como rural, apuntaría a su “neutralización”. Ello implicaría ganar a los sectores “patrióticos y democráticos”, neutralizar con concesiones al otro sector y atacar a la gran burguesía aliada al enemigo. En definitiva, la constitución de un Frente Popular de Liberación, que implicaba un importante cambio respecto de la caracterización de la burguesía nacional que veíamos anteriormente.⁹⁵⁷

Lo que se evaluaba como déficits teóricos, habría llevado a “cometer serios errores en la ubicación del problema agrario”.⁹⁵⁸ Si bien no se cuestionaba la existencia de un “desarrollo prusiano” -que como vimos en el primer acápite, el partido siempre defendió-, se reconocía una subestimación del campesinado, lo que relegaría el trabajo partidario en el agro y privilegiaría la alianza obrero-estudiantil por sobre la obrero-campesina. De resultas de ello “el problema de la tierra como reivindicación central aparece minimizado en su importancia”, pues se plantea que la tarea programática en el campo es la lucha por el socialismo.⁹⁵⁹ La raíz de este error se encontraría en una errónea caracterización de la etapa 1880-1914, donde se habría querido ver la

⁹⁵⁷Un análisis detallado de la burguesía nacional puede verse en: Partido Comunista Revolucionario: *Programa del PCR. Fundamentos*, 1974, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2º Congreso, abril de 1972, hasta su 3º Congreso, marzo de 1974*, Comité Central del PCR, Buenos Aires, 2005, pp. 105-107. Sobre la política maoísta de “unidad y lucha” con la burguesía nacional, ver: Mao, “Algunas...”, op. cit.

⁹⁵⁸Partido Comunista Revolucionario: *Balace de la actividad del partido entre el II y III Congreso*, 1974, compilado en: Partido Comunista Revolucionario, *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2º Congreso...*, op. cit., p. 143.

⁹⁵⁹Ídem, p. 145.

conversión de terratenientes pastoriles en terratenientes burgueses, lo que implicaría en cierta medida la liquidación de resabios precapitalista. El documento no ahonda demasiado en los errores de la caracterización de clases en el agro, sin embargo, es evidente que lo que está detrás es el realce de la “cuestión campesina”, que cobra vigencia cuando las tareas para el agro ya no tienden al socialismo sino al problema del acceso a la tierra.

Estas rectificaciones a la línea del partido encuentran sustento teórico en un artículo de la revista *Teoría y Política*, escrito por el militante Hugo Páez y publicada en el número de Abril-Junio de 1975.⁹⁶⁰ En este artículo se busca someter a una impugnación crítica a la teoría de la dependencia, dada la gravitación política que tuvo en la Argentina y en América Latina, su supuesto valor “enriquecedor” del marxismo y para desnudar que se trataría de una teoría “mecanicista e idealista” que acaba por travestir “ideas burguesas”, alejándose entonces del marxismo para entrar en el campo del revisionismo. En este sentido, busca polemizar con Theotonio Dos Santos en el plano internacional, y con la revista *Pasado y Presente* en el ámbito local.

Como el mismo artículo señala hacia el final, este combate teórico tiene una importancia particular para las filas del propio partido ya que estos elementos analíticos estuvieron presentes en los primeros años de vida del PCR. Por aquellos años, señala Páez confirmando lo que señalábamos algunos párrafos atrás,

“el aspecto principal de la contradicción se nos presentaba, entonces, como idéntico a la contradicción que opone el proletariado a la burguesía. [...] las restantes contradicciones que la integrarían se nos presentaban como contradicciones subordinadas a aquella.”

De este modo, la revolución no sería democrática, agraria, antimonopolista y antiimperialista como se sostenía, sino que en la práctica todos esos elementos eran “rasgos” de una revolución esencialmente socialista desde el comienzo. En definitiva, estas posiciones acusaban una “carácter ultraizquierdista”. De allí la importancia entonces de reexaminar la cuestión de la dependencia bajo los planteos del maoísmo.

En primer lugar, se acusa a aquella teoría de impugnar la teoría marxista del imperialismo. Según esta última, el mundo se dividiría en metrópolis imperialistas y

⁹⁶⁰Páez, Hugo: “Teoría de la dependencia: Inútil contra el viejo amo; útil para el nuevo”, *Teoría y Política*, N° 14, abril-junio de 1975, pp. 14-23. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a esta publicación.

países oprimidos. Los primeros buscarían ganar esferas de influencia a través de la guerra. Pero para los dependentistas, el marxismo sería metropolitano, es decir las leyes descritas en *El Capital* solo se ajustarían a las potencias y superpotencias y no a la periferia, en tanto que sus preceptos fueron elaborados “desde la metrópoli”. La primera consecuencia política de este planteo es que la contradicción central en los países periféricos es, según Theotonio Dos Santos, entre pueblo y clases dominantes en bloque.

De este modo no habría tensiones entre las clases locales y el imperialismo, ni una burguesía nacional ni un enfrentamiento entre los diferentes imperialismos. La clase dominante, el enemigo principal, aparece así como capital de conjunto, sin distinciones. Así las cosas “este trazado de la contradicción embolsa cuanto sector social se pueda en el campo del enemigo, hoy o ‘como resultado final’, restringiendo al máximo el campo de los amigos (excluye hasta a una parte del proletariado)”. Por ello mismo, se eliminaría el problema de la “hegemonía” del proletariado en la estrategia y del vehículo de esta, el partido. Esta concepción “estrecha” de las fuerzas revolucionarias, lleva al PCR a caracterizar a la teoría de la dependencia como un “análisis trotskista”. Recordemos que para esta corriente vernácula del maoísmo, el “trotskismo” aparecía como una forma de izquierdismo al centrar la contradicción principal en el enfrentamiento entre burguesía y proletariado, y plantear la posibilidad de una revolución socialista y no “por etapas”.

En oposición a estos planteos, Páez calibra el papel de la burguesía nacional. Esta ya no tendría potencial para erigirse en dirección del pueblo contra su enemigo principal -esto es, el imperialismo- y sus gobiernos terminarían siempre bajo la tutela de estos. La única clase social que puede lograrlo, es el proletariado pero, nos dice el autor, a condición de que no se aísle “ni labre precipitadamente el acta de defunción de sectores sociales que pueden ser aliados”. Naturalmente dentro de estos últimos se encuentra a la burguesía nacional, cuya expresión en nuestro país sería el peronismo.⁹⁶¹ Las alianzas deberían ser amplias a fin de que den espacio a todos aquellos que tengan

⁹⁶¹Al peronismo se lo define como un “movimiento mayoritario entre el proletariado y las masas en general, dirigido por un sector burgués nacionalista y tercermundista, enfrentado a ambas superpotencias. Todo ello hace de este sector burgués un aliado natural del proletariado, y plantea la lucha -junto a la unidad- entre ambos en el plano de la hegemonía: la política reformista de ese sector burgués, y sus vacilaciones frente al enemigo hacen que no ofrezca garantías de victoria frente a él, y está en contradicción con las necesidades y aspiraciones revolucionarias de las masas. La relación entre esa dirección burguesa y esas masas constituye, pues, el talón de Aquiles de la dirección peronista, a la vez que la base de su gravitación política. De allí que sea posible -y aún existan condiciones favorables para ello- disputar a ese sector burgués para el proletariado, la hegemonía de un Frente Único Antiyanqui”.

contradicciones objetivas con el enemigo principal. No hacerlo sería obviar las consecuencias de la “monopolización” del capital: el desplazamiento de las burguesías débiles, las locales, que en ese proceso protagonizan fenómenos de resistencia.

El segundo punto de impugnación es el de la existencia de un solo campo imperialista, y allí es donde aparece la tesis maoísta del socialimperialismo ruso, del cual el PCR será el principal defensor en el ámbito local.⁹⁶² Para el dependentismo de Dos Santos, la URSS no había girado al capitalismo sino que se trataba de una capa burocrática con intereses propios que, sin poseer los medios de producción, influía en la utilización del excedente económico. Su carácter socialista se verificaría en la planificación social de la producción en base a la propiedad colectiva. En base a esto, lee lo que para el PCR son pugnas interimperialistas como un enfrentamiento entre capitalismo y socialismo. En realidad, para el autor maoísta, la URSS habría restaurado el capitalismo y sus intereses internacionales eran imperialistas, por caso, en la Argentina, buscaba subordinar a sectores burgueses que se “desilusionaron” con el imperialismo yanqui.

En materia específicamente agraria, el planteo dependentista eludiría las definiciones de clase específicas de ese ámbito. “Así se diluye totalmente el contenido agrario de la revolución”, señala el artículo, y agrega que se abandonó al “campesinado pobre y medio” en tanto “aliado principal del proletariado en la Argentina”. El PCR, reconoce Páez, había caído en esta posición, lo que lo llevó a no profundizar la acción en el campo por un desconocimiento acusado de la estructura agraria argentina. En oposición al reconocimiento de una cuestión campesina, el aliado del proletariado se encontraría en el mismo medio urbano: el estudiantado. En relación a ello, si bien se reconocían “problemas nacionales” ligados a la opresión imperialista, esta era relativizada y la revolución era social antes que nacional. Todo ello

“revelaba con particular transparencia la idea de fondo que consistía en confundir la etapa actual de la revolución -democrática, popular, agraria, antiimperialista y antimonopólica- con su etapa socialista, que se abrirá, consecuentemente, una vez que

⁹⁶²En defensa de esta tesis, el PCR editó en 1974 un libro destinado a explicarla y difundirla: Echagüe, Carlos: *El otro imperialismo. Del socialismo al socialimperialismo*, Ediciones De Mayo, Buenos Aires, 1974. La importancia atribuida por el partido a estos planteos lleva a Rugar a considerarlo como “El maoísmo que batalló contra el ‘social-imperialismo’ ruso en Argentina” (Rugar, Brenda: *A emergência do maoísmo na Argentina: uma aproximação através de Vanguardia Comunista e o Partido Comunista Revolucionário*, Dissertação (Mestrado) – Universidade Federal Fluminense, Instituto de Ciências Humanas e Filosofia. Departamento de História, 2016).

hayamos triunfado en aquella y avanzado en el cumplimiento de las tareas que le corresponden.”

Todo ello, concluye el autor, fue rectificado por entero en el tercer Congreso del partido.

El testimonio de Otto Vargas confirma estos cambios. El máximo líder del partido en una entrevista contemporánea señala que la crítica al concepto de “capitalismo dependiente” se realizó en el año 1972. Acusa al sociólogo Julio Godio de haberla introducido en el partido, que la avaló en su Primer Congreso. En sintonía con el artículo de Páez, indica que el principal problema de aquella teoría era el sobreestimar los aspectos sociales por sobre los nacionales en el proceso de liberación, lo que llevaría a un enfrentamiento con la burguesía nacional en bloque. En oposición a esta tesis, Vargas señala que

“Cuando nosotros llegamos al maoísmo ajustamos esto de la neutralización de la burguesía, planteando como camino para ello, aislar al sector más reaccionario, ganar al sector más afín a las fuerzas revolucionarias y neutralizar a la mayoría.”⁹⁶³

Asimismo, la otra crítica central a la teoría de la dependencia se ubicaba en el plano agrario, en donde se negaba la existencia de resabios precapitalistas en el campo. En este punto, el partido buscaba ubicarse en un espacio intermedio. Negando que el agro argentino fuera plenamente capitalista, como afirmaban los dependentistas, también rechazaba las posiciones del Partido Comunista que “exageraba” la pervivencia de rasgos feudales. La posición intermedia se encontró en la caracterización de subsistencia de “rasgos precapitalistas” en una estructura capitalista –tal como vimos en el acápite precedente-. Al considerar que el agro tenía relictos de formaciones previas, lo que se habilitaba era la alianza del proletariado rural con otras clases sociales, en concreto el campesinado. Pero además, permitía delimitarse del PC, que al “exagerar” los rasgos feudales, tendía a colocar a todo el campesinado en el bando revolucionario y, en particular, llevaba a trabajar codo a codo con la Federación Agraria. Para el PCR, en cambio, debía apostarse al campesinado pobre y medio. Sintetizando esta rectificación y el peso del maoísmo en ella, Vargas señalaba:

⁹⁶³Brega, *¿Ha muerto...?*, op. cit., p. 53.

“La relación con los chinos nos permitió tomar al marxismo-leninismo-maoísmo como base teórica del partido y sobre esta base unirlos. Fue el resultado más importante de nuestra relación con China. A partir de allí iniciamos un camino radicalmente distinto. [...] el maoísmo, que en última instancia es la gran experiencia de una revolución que tuvo como protagonista fundamental a los campesinos -como todas las revoluciones en los países coloniales, semicoloniales y dependientes- nos abrió la posibilidad de avanzar en el conocimiento de la realidad agraria argentina que, hay que decirlo, estábamos bastante lejos de haberlo hecho”.⁹⁶⁴

La consecuencia inmediata de esta autocrítica fue el cambio de consigna para el agro, que pasó de la nacionalización a la reforma agraria. Como se recordará, en un primer momento se señalaba que las tareas del agro eran socialistas, dado el grado de desarrollo capitalista alcanzado, siendo necesaria la nacionalización de la tierra y la expropiación del latifundio, para abrir paso a grandes empresas estatales. En el documento sobre la cuestión agraria que orientó esta primera etapa del partido, publicado en *Teoría y Política* en 1970, el autor se preguntaba acerca de cuál era la consigna central para la revolución.⁹⁶⁵ “La tierra para el que la trabaja”, respondía, tiene “su lado revolucionario y su lado reaccionario”. Lo reaccionario es la idealización de la pequeña producción individual, lo revolucionario es su “expresión de enfrentamiento a la propiedad latifundiaria”. Sin embargo, afirmaba a renglón seguido, que la consigna más adecuada, la que tiene fuerza incluso en la burguesía, es la nacionalización de la tierra “eliminando la renta absoluta, a la vez que abrimos paso a la posibilidad inmediata de ir organizando la producción en el sentido de la construcción del socialismo, a partir de las grandes extensiones terratenientes expropiadas”. Es “la medida burguesa más avanza que permite, sin retroceder a la pequeña economía individual, abrir el camino hacia la producción en gran escala mediante la creación de empresas estatales en el campo y la planificación de la economía agropecuaria en base a las mismas”. De modo que el programa agrario del partido debería tomar como centro de su política la nacionalización de la tierra para liquidar la renta como obstáculo.⁹⁶⁶

⁹⁶⁴Ídem, p. 114-119.

⁹⁶⁵Galván, Roque: “Acerca del problema agrario en nuestro país”, op. cit.

⁹⁶⁶Con todo, este documento parece estar en una situación de transición entre la nacionalización y la reforma agraria. Como hemos mostrado, decididamente abogaba por la consigna de nacionalización. Sin embargo, algunos párrafos más adelante señalaba la importancia de respetar la propiedad de los chacareros arrendatarios y entregar tierras a los minifundistas.

Sin embargo, en la reedición del libro *Argentina hoy* de 1975 vemos un programa para el campo sensiblemente diferente. Recordemos que se trata de un libro escrito por Gastiazoro, que tuvo varias reediciones y que en ellas, su contenido fue cambiando. Como señalamos algunas páginas atrás, en la versión de 1975 se aclaraba que las reelaboraciones habían sido tales, que se trataba ya de un libro nuevo. Dijimos, además, que esos cambios hacían a algunos conceptos vinculados a las conclusiones políticas, pero no al análisis de la estructura agraria que reconstruimos en el acápite precedente. Ahora corresponde que nos detengamos en la estrategia del partido para el agro, donde sí el libro ofrece novedades.

Allí, en primer lugar, se define que existen dos caminos para la resolución de la cuestión agraria. La “vía terrateniente” propone estimular el desarrollo capitalista basado en las grandes extensiones, con facilidades crediticias e impositivas y la liquidación del minifundio. La “vía campesina”, en oposición, defiende la expropiación del latifundio y la creación de unidades de producción que permitan el aprovechamiento eficiente de las técnicas modernas. La implementación de la “solución terrateniente” se observaría en la producción de azúcar, con el cierre de ingenios y la pauperización de cañeros independientes, chacareros pobres y medios y obreros fabriles y rurales.

La solución a la “irracionalidad” del desarrollo capitalista en el agro, sería la vía campesina. Para explicar su funcionamiento, el autor la aplica al caso tucumano. Considerando 1.000 hectáreas como el máximo razonable en Tucumán, reduciendo las 236 explotaciones que superan ese límite, y redistribuyendo el excedente expropiable (880.000 hectáreas) repartido entre los 16.000 minifundistas, se llegaría a explotaciones de 55 hectáreas a cada uno.⁹⁶⁷ Para el partido esto sería un cambio cualitativo: “Imagínese el salto que esta medida implicaría para el avance de la producción agraria en Tucumán y para el conjunto de la economía provincial”.⁹⁶⁸ Este mismo procedimiento aplicado a Buenos Aires liberaría 11.000.000 de hectáreas de tierra con la que podrían formarse 44 mil explotaciones de 250 hectáreas. Intuyendo el miserabilismo que puede atribuírsele a esta posición, el autor aclara que “no se trataría de distribuir la pobreza agrícola, sino de elevar considerablemente las condiciones de producción y de vida del conjunto de los chacareros pobres y medios”. En resumidas cuentas:

⁹⁶⁷Una propuesta similar se ofrece en: “Latifundios y minifundios”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 10/1973.

⁹⁶⁸Gastiazoro, *Argentina...*, op. cit., p. 59. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

“La manera campesina de resolver el problema, que significa una forma verdaderamente revolucionaria, aparece como una necesidad cada vez más imperiosa para el avance del propio capitalismo en nuestro país, para no hablar ya de la producción. Liberadas las fuerzas productivas de la traba principal que encuentran para su expansión en el campo, recién podremos hablar de bases sólidas para un desarrollo integrado en extensión y profundidad en la Argentina”.

Detrás de la reforma agraria no está sino la defensa de la pequeña propiedad, que el planteo precedente muestra con evidente crudeza. Mientras que la mentalidad terrateniente por motivos más bien ontológicos se orienta al despilfarro y la improductividad, el acceso de los campesinos a la tierra permitiría “una rápida elevación de los saldos exportables, satisfaciendo a la vez los crecientes requerimientos internos, tanto de alimentos como de materias primas”, facilitando así “el avance del conjunto de nuestra economía”. Los campesinos podrían poner en producción las tierras fértiles que los terratenientes han dejado “sin utilización”, y podrán hacer un “uso racional” de las maquinarias existentes, revirtiendo el estancamiento agropecuario, poniendo fin al éxodo rural, acabando con la explotación obrera y el empobrecimiento de los productores.

Si bien tanto la nacionalización como la reforma agraria se tocan en el punto en el que proponen la expropiación del latifundio para disolver la renta terrateniente, son muy distintas las derivas políticas concretas de cada una. En la reforma agraria el campesino se ha elevado al status de clase revolucionaria, toda vez que su lucha por la liquidación del latifundio significaría el inicio del despegue de las fuerzas productivas agrarias. En esta medida confluirían la clase obrera rural y urbana, las capas medias urbanas, los sectores mayoritarios del campo que padecen la irracionalidad (*todos* los chacareros arrendatarios y los campesinos pobres y medios condenados a la imposibilidad de acceso a la tierra y a técnicas mejores). Debe, por tanto, contener las aspiraciones de todos ellos. A los chacareros arrendatarios asegurarles el derecho a la tierra que trabajan sin restricciones y otorgándoles posibilidad de acceso a maquinaria e implementos de trabajo. A los chacareros pobres y semiproletarios otorgarles el acceso a nuevas tierras, incentivando las cooperativas agrícolas sobre la base de la voluntariedad. Y para los campesinos propietarios medios y ricos, asegurarle el derecho a la tenencia,

determinando por ley tipos de cultivo y medidas que garanticen el uso racional del suelo.

Ya en el II Congreso del partido se votó un pliego programático para el agro de once puntos, en donde se plasmaron los cambios estratégicos:

- “1. Expropiación sin indemnización de los latifundios, determinando qué se considera latifundio en función de la particularidad de cada zona geográfica.
2. Expropiación y nacionalización sin indemnización de las empresas monopolistas de comercialización y financiación del agro, sin afectar a los pequeños y medianos accionistas.
3. Aprobación de una ley de reforma agraria integral por el Estado Popular Revolucionario, que supere el atraso rural, basada en: a. Acceso gratuito a más y mejores tierras por el campesinado pobre y medio con entrega gratuita de semillas y maquinaria. b. Entrega en propiedad a quienes ocupan tierras fiscales. c. Títulos de propiedad para todos los campesinos que reciban tierras. d. Todas las tierras serán entregadas en unidades productivas acorde a la zona, el tipo de cultivo, etc. e. Se estimulará la formación de cooperativas de producción de asociación voluntaria entre campesinos (y sin pérdida del derecho de propiedad), brindando el Estado ayuda económica, financiera y técnica. f. Propender a la creación de empresas agrícolas-ganaderas de carácter estatal.
4. Prohibición del arrendamiento, la mediería, aparcería y tanteo, recibiendo estos la propiedad de la tierra. Si estas no alcanzan a formar una unidad económica, el Estado entregará más tierra.
5. Devolución de las tierras a las comunidades indígenas y otorgamiento de ayuda económica, financiera, técnica y sanitaria para su incorporación en igualdad de derechos a la vida nacional.
6. Respeto a la propiedad de los campesinos ricos que trabajen racionalmente su tierra.
7. Anulación de deudas contraídas por campesinos pobres y medios.
8. Las tierras explotadas colectiva o individualmente pagarán impuestos que garanticen un buen nivel de vida, siendo inembargables los instrumentos de trabajo.
9. Fomento a las cooperativas de comercialización y de maquinaria de campesinos pobres y medios, con participación limitada de campesinos ricos.
10. Intervención del Estado en la comercialización interna de productos asegurando precios compensatorios a los productores, impidiendo la formación de monopolios y garantizando el abaratamiento para los consumidores.

11. Participación obrero-campesina en el INTA para la creación de chacras, granjas, huertas y cabañas experimentales.”

Como puede concluirse, el partido dio un salto teórico-político con la adopción del maoísmo. Si bien nunca planteó con claridad que la contradicción central en el agro era proletariado y burguesía, sí sus definiciones iniciales tendían a privilegiar al sujeto obrero por sobre el campesino. Hasta al menos su segundo Congreso, la consigna de “Reforma Agraria” no le es ajena al partido, pero convive confusamente con la de “Nacionalización y colectivización”. Mientras que en el programa del primer Congreso se habla de la expropiación de los latifundios y de su reparto entre campesinos pobres y medios, se aclara que “estas medidas serán tomadas garantizando simultáneamente la perspectiva de transformación agrícola por la vía de colectivización”. En los siguientes congresos, esa aclaración se suprime y la palabra “colectivización” desaparece por completo, como lo muestra la cita del párrafo precedente.

El cambio a partir de 1972, y sobre todo en 1973, lleva al partido a redimensionar la importancia de los campesinos en el agro, erigiéndolo en fuerza motriz, y a impulsar una consigna consecuente con ello: la reforma agraria. Esta era una propuesta que ponía el eje en el enfrentamiento con la oligarquía y planteaba como salida la recreación de la pequeña propiedad en el campo. Los mecanismos de distribución de hectáreas que se presentan en el texto *Argentina hoy*, y que ya hemos analizado, son suficientemente claros en este aspecto. Es evidente, sin embargo, que el PCR no prescribe para la Argentina la estrategia maoísta de guerra popular prolongada, como ocurrió con Vanguardia Comunista. A este respecto, nuevamente es útil el testimonio de Vargas:

“Nosotros eso [se refiere al cercamiento de las ciudades desde el campo] no lo tomamos. [...] Nosotros siempre dijimos que la revolución en la Argentina va de la ciudad al campo y que era insurreccional. Y cuando conocimos a los chinos, cuando tuvimos reuniones en el año '72, ellos, la dirección del PCCh, nos dijo que coincidía con la caracterización que hacíamos sobre la revolución en la Argentina. Porque hay unos de los escritos militares de Mao, donde él explica la diferencia que hay entre los países en donde la revolución es de tipo insurreccional de aquellos en los que lo primordial es la guerra campesina.”⁹⁶⁹

⁹⁶⁹Andrade, *Para una...*, op. cit., p. 51.

Resumiendo

El saldo de la adopción del maoísmo es la conversión del campesinado en un sujeto revolucionario central para la estrategia del partido. El peso atribuido a esta clase se observa con nitidez al relevar la prensa periódica del partido. Hasta 1972, las noticias sobre el campesinado e incluso sobre el agro, son esporádicas y excepcionales. A partir de ese año, y con mayor énfasis en el siguiente, se vuelven no solo frecuentes, sino regulares llegándose a contar entre dos y tres por cada ejemplar de prensa.

A diferencia de VC, donde el maoísmo tiene un fuerte peso estratégico, el caso del PCR es sumamente ilustrativo de las consecuencias programáticas que conlleva la adopción del maoísmo en la Argentina. Como hemos podido ver, fue el conocimiento y la incorporación de esta tradición del marxismo la que llevó al partido liderado por Otto Vargas a brindarle centralidad al campesinado en el agro. La afirmación acerca de la existencia de campesinos en la Argentina, que el partido no impugnó, se volvió fundamental luego de este cambio. De ese modo, en materia de estrategia agraria, el partido se deslizó de la colectivización o nacionalización de la tierra, a su fragmentación y entrega a quien quisiera trabajarla. Asimismo, alteró su caracterización acerca del desarrollo capitalista en el agro y redimensionó el peso de la oligarquía en el agro, profundizando la propuesta del frente antiterrateniente. Si bien el partido tuvo su revista teórica y abordó problemas de ese tipo, la defensa del campesinismo fue el resultado de la adopción acrítica de la teoría y no del conocimiento de la realidad empírica.

c. La organización del “campesinado” y el proletariado y sus luchas

El PCR asumió la necesidad de que el partido encarara el trabajo agrario, que hiciera énfasis fundamentalmente en la organización del proletariado rural y del campesinado pobre y medio. De allí que señalara la importancia de “liquidar de cuajo” las ideas que subestimaban la intervención del partido en el campo. Esto era leído como el “pecado tradicional” de la izquierda argentina, que explicaría a su vez, el “fracaso histórico” del Partido Socialista y del Partido Comunista, y que sería el “estigma visible” de los partidos trotskistas.⁹⁷⁰

⁹⁷⁰PCR, *Informe...*, op. cit., p. 372.

A los efectos de iniciar el trabajo, el partido determinó las zonas en las que debía privilegiarse la inserción. En la pampa húmeda la agitación debía iniciarse entre el proletariado rural de Bahía Blanca, Pehuajó, Mar del Plata, Pergamino, Rosario, Santa Fe y Córdoba. En Mendoza y La Plata, además del peón, debía organizarse a los campesinos pobres y medios, de los cuales se habían heredado afiliados y vinculaciones de la ruptura con el PC. La última zona que debería privilegiarse era aquella que empezaba a mostrar dinamismo en sus luchas contra la “concentración monopólica”, es decir las áreas que empezaban a atravesar un proceso que quiebra y lucha contra la proletarianización de las fracciones más débiles de la burguesía agraria: noroeste, norte y noreste del país. Zonas en las cuales comenzaba a despuntar el movimiento liguista. En estas tres áreas, el partido debería encarar un “trabajo permanente y minucioso”, lo que debía comenzar con un estudio a los efectos de comprender la composición social, economía y costumbres. Se advertía, sin embargo, que las fuerzas represivas ejercían un importante control en la zona para desactivar intentos guerrilleros, lo cual evidentemente podía dificultar la intervención del partido.⁹⁷¹

Poco más de un año después, hacia marzo de 1971, tras una reunión nacional de todos los responsables del trabajo partidario en el campo, la Conferencia Permanente del partido diagnosticó un “retraso” en ese ámbito.⁹⁷² Frente a ello, insistió en la necesidad de “dar un viraje” que reforzara el trabajo sobre el proletariado, semiproletariado y campesinado chico y medio, sobre la base de la constitución de células partidarias⁹⁷³ en grandes fincas y estancias y la organización de comités de pueblo. Estos últimos, serían la pieza clave para garantizar la organización de obreros, campesinos pobres y medios y del “personal estable de la localidad”. Para iniciar este trabajo, sería fundamental la militancia proveniente de la “pequeña burguesía, agrónomos, médicos, maestros, etc.” Pero el trabajo de estos debía estar orientado a reclutar, elevar y transformar en dirigentes a los obreros rurales y a los campesinos pobres de sus zonas de trabajo.

⁹⁷¹Como hemos visto, para este momento el PCR se encontraba resolviendo un importante debate estratégico en sus filas, donde aún no terminaba de saldarse la discusión con posiciones favorables a la lucha armada. Por eso mismo, no descartaba la posibilidad de que de este medio agrario las formas de lucha guerrillera puedan jugar un rol de importancia. Sin embargo, advertía que “la lucha armada en estas zonas será pura charlatanería mientras se la conciba al margen de un *profundo* enraizamiento en las masas de obreros rurales y campesinos pobres del lugar, y se la quiera realizar al margen de la lucha de clases nacional”. (Ídem, p. 373).

⁹⁷²PCR, *Conferencia...*, op. cit.; “El trabajo del partido en el campo”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 12/1971.

⁹⁷³Las células eran agrupamientos de un mínimo de tres militantes y un máximo de nueve, que se organizaban en función del tipo de actividad (de fábrica, villa de emergencia, rural, estudiantil y especial) y estaban a cargo de un secretario político.

Finalmente, se señalaba la importancia particular de los militantes estudiantes que fueran originarios del interior, para que en vacaciones retornaran a sus hogares y contribuyeran a desarrollar allí, en el ámbito agrario, al partido.⁹⁷⁴

Mediante esta estructura el grupo maoísta liderado por Otto Vargas, aspiraba a impulsar los conflictos por los precios de venta de las mercancías agrarias y evitar que estos acabaran siendo canalizados por la burguesía agraria y los terratenientes. La demanda económica-reivindicativa debía ser el puntapié para la politización de la lucha, elevándola al reclamo por la tierra. En el caso del proletariado, la tarea central sería promover su sindicalización masiva. A su vez, las Agrupaciones Primero de Mayo debían iniciar la militancia en el interior de FATRE, bajo la consigna de ganar el sindicato. Ya en 1975 el partido elaboraría un cuestionario para perfeccionar la intervención en zonas rurales, intervención que debía dejar de basarse en “conjeturas”, “llevando a un conocimiento mayor de las características del lugar, de sus habitantes, de su historia.”⁹⁷⁵ En efecto, se trataba de un largo interrogatorio que contemplaba el problema del arriendo (tasas, relaciones entre propietario y ocupante de la tierra, tamaño de la unidad, luchas por el no pago), préstamos (tasas de interés, montos, atrasos, cobros), impuestos (formas de pago, impuestos extraordinarios, luchas por esta demanda), régimen de propiedad (propietarios, semipropietarios, arrendatarios o braceros), origen de los terratenientes de la zona, precios, salarios, desocupación, beneficios sociales, fertilidad del suelo, gremios locales, relación de la familia con la Iglesia, clubes locales y lugares de reunión, canciones y refranes populares, etc. En general, apuntaban a estudiar los problemas de las clases agrarias, si bien leyendo con atención se descubren más preocupaciones propias de los “campesinos” que de los trabajadores rurales.

El trabajo en el proletariado rural

Para centralizar el conjunto de las tareas vinculadas a la inserción del proletariado rural y coordinar las acciones de las agrupaciones sindicales de ese sector, el PCR puso en pie una Comisión Nacional de Obreros Rurales, en ocasiones también sindicada como Corriente Nacional Clasista de Obreros Rurales de FATRE. El partido la creó con la

⁹⁷⁴“Enseñanzas de la crisis golpista”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975; “Organizar a los pobres”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1975.

⁹⁷⁵“Cuestionario para la investigación rural”, en: *Nueva Hora*, 3/12/1975.

firme convicción de que era un supuesto falso aquel que sostenía que “los obreros rurales no han luchado nunca, por ser, dicen, una ‘masa atrasada’ o ‘aletargada’”.⁹⁷⁶ En función de este postulado, la Comisión centró su tarea en dos frentes. Por un lado, la organización de los trabajadores desde las bases, esto es trabajando estancia por estancia intentando erigir allí cuerpos de delegados. Por el otro, apuntando a la recuperación de los sindicatos en “manos de burócratas que frenan la lucha”. La conquista de FATRE fue el puntal de este trabajo. Para ello, tomó como política la elaboración de listas clasistas amplias, que excedieran las fuerzas del propio partido y que, por sobre todo, aspiraran a ganar al “trabajador peronista”. En este sentido se afirmaba:

“También hemos aprendido que el camino de tránsito desde el peronismo hacia el comunismo revolucionario no es el de la ‘desperonización’ doctrinaria e izquierdista, sino el de una práctica conjunta, de todos los días, en la lucha por la resolución de los problemas económicos y políticos.”

La Comisión elaboró un pliego programático de cinco puntos que recogía, según su lectura, las demandas centrales del proletariado del campo y, por tanto, este debía ser el ordenador de la actividad de los comunistas en este terreno. El primero de esos puntos señalaba la defensa de la Ley de Contrato de Trabajo (LCT) por sobre el Estatuto del Peón.⁹⁷⁷ A este último se lo consideraba “una avanzada” para la época en que fue creado pero se advertía que “hoy ya está perimido”. Frente a este, la LCT presentaba una serie de mejoras: la jornada de 8 horas diarias, la indemnización por despido y la estipulación de un tiempo de preaviso, una nueva tabla para definir el tiempo vacacional y la categorización de especialidades no reconocidas antes (en el ámbito agrario, la de cabañeros e insemnadores). En este sentido, esta nueva regulación podía ser un arma para “eliminar la esclavitud del trabajo de sol a sol”, la desocupación y lograr el acceso

⁹⁷⁶Comisión Nacional de Obreros Rurales: “Golpeando en el corazón de la oligarquía”, *Teoría y Política*, N° 14, abril-junio de 1975, pp. 8-13. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

⁹⁷⁷El Estatuto del Peón Rural, sancionado por decreto el 8 de octubre de 1944, ha pasado a la historia como una de las medidas más progresivas del peronismo clásico. Según la lectura propagandística y apologética del propio movimiento, este sirvió para fortalecer el poder de negociación de los sindicatos rurales y mejoró notablemente sus condiciones de vida y de trabajo. Sin embargo, atendiendo a los estudios de Kabat sobre el tema, se percibe que en realidad el Estatuto brindó derechos inferiores para el proletariado agrícola respecto del conjunto de la clase. Por caso, no fija la jornada de 8 horas ni una jornada máxima sino que estipula descansos, establece la indemnización por despido en función de un salario por año pero define una larga lista de circunstancias en las que el patrón está eximido de pagarla, asimismo no legisla sobre las condiciones laborales de menores de edad ni de mayores de 60 años. Estos son solo algunos de sus artículos, para un análisis completo véase: Kabat, *Perónleaks...*, op. cit, pp. 176-181.

“a la cultura” por el trabajador agrario. Con ella, la lucha por la jornada de 8 horas se convirtió en la consigna central de la Comisión y el partido en la etapa.

El segundo punto del pliego tenía por objetivo “humanizar el trabajo rural”, declarando la insalubridad de un conjunto de tareas. Entre ellas se destacaban las de tractoristas - que inhalaban gases tóxicos y polvo, generando afecciones pulmonares-; las de ovejeros y vaqueros -cuya manipulación de animales enfermos o en descomposición y de medicamentos y antibióticos, los hacían propensos al carbunco, la brucelosis crónica, el tétanos y la hidatidosis-; la esquila -tarea en la que el trabajador se expone a heridas cortantes, golpes físicos de los animales y afecciones generadas por la grasitud de la lana-; la avicultura -cuyas faenas habituales implican la inhalación de polvillo y plumilla con consecuencias en los pulmones, sumado a la manipulación del guano y de animales enfermos en los corrales-; horticultores y fruticultores -que utilizan químicos tóxicos en la fumigación de frutas y verduras-; hacheros -propensos a la tuberculosis y al Mal de Chagas-; y, finalmente, las tareas vinculadas a la manipulación y el almacenamiento de granos -allí abunda el polvillo, y los químicos tóxicos para prevenir ratas y gorgojos exponen al trabajador al envenenamiento.

La cuestión de la insalubridad de estas faenas fue también, al igual que la jornada de 8 horas, un punto central de la intervención del partido. Contando con médicos entre sus filas, la Comisión hizo uso de ellos para elaborar un pliego reivindicatorio específico en diferentes especialidades. Tenemos constancia de que esta iniciativa se desarrolló en, al menos, una tarea agraria: el acopio de granos en silos. El grupo de profesionales de la salud del PCR trabajó en sintonía con FATRE Coronel Dorrego a los efectos de constatar el estado de salud de los acopiadores de granos y las posibles enfermedades resultantes de la manipulación de los cereales.⁹⁷⁸ El relevamiento arrojó síntomas como ardor y lagrimeo en los ojos, falta de aire, sensación de opresión en el pecho, silbidos, náuseas, vómitos, cólicos y dolor de cabeza, en suma, problemas respiratorios, gastrointestinales y oculares. Todas ellas, afecciones que retrocedían o desaparecían una vez que se suspendía el laboreo. A partir del estudio, los médicos constataron que se trataba de síntomas que no se correspondían con enfermedades típicas, como el “pulmón de labrador”⁹⁷⁹ o la “enfermedades de los silos”,⁹⁸⁰ sino que estaban

⁹⁷⁸“Encarar soluciones por insalubridad”, en: *Nueva Hora*, 21/5/1975.

⁹⁷⁹El “pulmón de labrador” o “pulmón de granjero” es el nombre que recibe una afección pulmonar producida por la inhalación de polvos orgánicos que generan la inflamación de los alvéolos.

directamente vinculadas a la intoxicación por plaguicidas. En función de ello, elaboraron una serie de medidas para la prevención y la seguridad sanitaria, que debían ser seguidas por los trabajadores:

1. No ingerir leche después de las faenas, dado que la grasa favorece la absorción del agente químico.
2. Bañarse una vez concluido el trabajo para eliminar la presencia de contaminantes en piel.
3. Utilizar ropa de trabajo y lavarla frecuentemente.
4. Utilizar guantes en todo momento en que se manipule el grano y los químicos.
5. Destruir una vez utilizados los envases de los plaguicidas.

Estos consejos fueron transmitidos por el partido en charlas a obreros rurales y difundidos por radios zonales en pueblos agrarios. Paralelamente, y para impulsar la lucha gremial, el PCR también confeccionó un pliego de reivindicaciones específicas para impulsar desde FATRE. Concretamente este consistía en:

1. Aumentar la ventilación en los silos.
2. Proveer duchas en todos los lugares de trabajo.
3. Disponer de máscaras.
4. Utilización de guantes.

De resultados de este trabajo, el partido concluyó:

“Desde nuestra posición como médicos comunistas revolucionarios, ha quedado grabada esta experiencia como una demostración más de la importancia del estudio de la situación concreta y en profundidad para poder elaborar una resolución concreta. [...] Los médicos argentinos, podremos ayudar a solucionar partiendo de la base que las acciones de salud se podrán llevar adelante con la participación y movilización de los propios trabajadores afectados coordinando con los médicos del propio lugar unidos en la acción sindical”.⁹⁸¹

⁹⁸⁰Similar a la anterior, la “enfermedad de los silos” refiere a la afección pulmonar que genera la inhalación del dióxido de nitrógeno producido por la fermentación del grano en los silos. Puede ocasionar la muerte por edema pulmonar.

⁹⁸¹“Acerca de un trabajo médico en obreros rurales”, en: *Nueva Hora*, 21/1/1976.

Esta apuesta constituye una interesante experiencia en la que se entrecruzó el trabajo intelectual de los profesionales del partido y las tareas sindicales que este asumía, generando conocimiento útil para las luchas que se encaraban.⁹⁸² Tratándose de reivindicaciones muy sentidas de los trabajadores rurales de esas especialidades, el conocimiento profundo le permitió al partido delinear soluciones específicas que lo dejaban en una buena posición para constituirse en dirección de aquellos.

Volviendo al pliego programático de la Comisión, el tercer punto refería a las condiciones salariales, exigiendo un aumento de emergencia de \$ 100.000, uno del 50% para los trabajadores a destajo de todas las especialidades y uno específico de \$30 por cada kilo de cosecha a máquina para los peones tealeros. El cuarto punto llamaba a convocar a asambleas en estancias y pueblos para discutir nuevos convenios en todas las ramas, eligiendo para ello delegados que sean “hombres honestos y conocedores de cada una de las especialidades.”⁹⁸³ Finalmente, se exigía una edad jubilatoria de 55 años para los varones y 50 para las mujeres.

Con este pliego el PCR apostó a constituir nuevas direcciones obreras basadas en la democracia sindical, cuyos planes de lucha debían votarse en asambleas masivas, siempre dentro del gremio, al que debía fortalecerse mediante el aumento de números de afiliados y la fundación de nuevas seccionales, y con una construcción de base en función de delegados de quinta y criaderos. El partido debía arraigarse en el campo a partir de los “comités de pueblo”. Para alcanzar inserción real sería necesario “preguntar y escuchar”, “practicar y estudiar”, como base para elaborar iniciativas propias de cada rama. En este trabajo, dos elementos resultaban claves: la prensa para difundir las ideas del partido, trascendiendo los reclamos sindicales, y las finanzas que permitirían sostener a aquella e incluso podían habilitar la elaboración de periódicos zonales que, al tomar los problemas específicos, resultaban herramientas más adecuadas para la propaganda. Las tareas de la Comisión, debían combinarse con las de la Juventud

⁹⁸²Una experiencia semejante, aunque notablemente más extensa, desarrolló la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), corriente sindical de Montoneros, en articulación con el Instituto de Medicina del Trabajo (IMT). Hemos estudiado esta experiencia en: Lissandrello, Guido: “La construcción sindical montonera en los tiempos del Pacto Social: La articulación entre la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) y el Instituto de Medicina del Trabajo (IMT), 1973-1974”, en: Galafassi, Guido, Brenda Rugar y Ana Costilla: *Dirán “hubo gigantes aquí”. Izquierda, peronismo y clase obrera en los '60 y '70*, Extramuros, Buenos Aires, 2018.

⁹⁸³Comisión, “Golpeando...”. A partir de aquí, todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

Comunista Revolucionaria (JCR) para organizar a las juventudes agrarias, y también con las estructuras femeninas del partido, para acercarse a la mujer de campo.

En el documento que venimos citando de la Comisión, se señalan unos cuantos ejemplos concretos del trabajo que encaró en función de estos lineamientos que describimos:

- a) Un compañero del Partido, maestro, yendo dos veces por semana a un pueblo rural dio las puntadas iniciales para lograr la recuperación de una seccional, en manos de un dirigente propatronal. En un corto período de 4 meses se logra constituir un gran movimiento con la participación de varias decenas de obreros rurales.
- b) Compañeros trabajadores, no rurales, pero comprendiendo la necesidad del trabajo en el campo, con *Nueva Hora* y propuestas concretas de organización han avanzado en la construcción de la organización de masas y han construido células de obreros rurales.
- c) Un compañero con un año de militancia en nuestro Partido sale al campo. En su primer día camina 35 kilómetros. Afilia un hachero. Aprende. Organiza. Une. Se incorpora a las tareas rurales. Hoy es secretario de una seccional de FATRE.
- d) Un compañero, viejo conocedor de los obreros rurales, en un año organiza una seccional, que hoy es una de las más fuertes de la FATRE, y que es el motor del pueblo”.⁹⁸⁴

Al ser un documento oficial, bien podría tratarse de ejemplos sobredimensionados o exagerados con fines propagandísticos. Sin embargo, más allá de eso, en tanto que el partido los exhibe nos permite comprender cómo pretendía organizar su crecimiento en el ámbito agrario. De ellos, pueden desprenderse una serie de principios rectores. El primero de ellos muestra la importancia que tenía el planteo de “marchar al campo”, en el sentido de intentar hacer pie en pueblos cuya actividad económica giraba en torno al agro. Para ello, los militantes debían acercarse y lograr influencia entre los trabajadores. El segundo apunta en el mismo sentido y permite calibrar la importancia que se le daba al periódico en tanto herramienta de propaganda de las ideas partidarias. El tercero y el

⁹⁸⁴En las páginas de *Nueva Hora* es frecuente encontrar anécdotas de reclutamiento, entre las que en ocasiones aparecen obreros rurales, u opiniones de estos favorables a la línea del partido: “El precio de un comunista”, en: *Nueva Hora*, 2da quincena 12/1973; “Luchar por la liberación y echar a los oligarcas”, en: *Nueva Hora*, 11/12/1974; “Reclutamiento”, en: *Nueva Hora* 23/4/1975; “Por fin nos decidimos los rurales”, en: *Nueva Hora*, 23/7/1975; “Contra el golpe y por nuestros derechos”, en: *Nueva Hora*, 20/3/1975; “El camarada Elvio”, en: *Nueva Hora*, 19/11/1975; “Reclutamiento, Lucha y Programa”, en: *Nueva Hora*, 12/3/1975.

cuarto abonan en el mismo sentido que los dos anteriores, pero muestran además cómo la recuperación de FATRE estaba en el centro de la tarea sindical agraria.

Reconstruidos los lineamientos que guiaron la apuesta sindical en el campo del partido, nos detendremos ahora en intentar calibrar la magnitud de este trabajo. Para ello, primero reseñaremos sucintamente los conflictos obreros en los que el PCR intentó incidir, para luego adentrarnos en sus intervenciones gremiales dentro de FATRE.

Una de las zonas donde comenzó la organización del proletariado rural por el PCR fue en San Juan, junto a los trabajadores de la uva, la cebolla y el tomate. Este sector era caracterizado como “superexplotado”,⁹⁸⁵ en la medida que no recibían salario familiar, plus por escolaridad, ni ningún tipo de beneficio social. El partido inició allí la construcción de células y encaró tareas de agitación, promoviendo asambleas y la elección de delegados por finca.⁹⁸⁶

Las páginas de *Nueva Hora* consignan hacia septiembre de 1973 un conflicto entre los obreros viñateros de la provincia, que iniciaron un paro de actividades reclamando el pago de quincenas atrasadas, lo cual finalmente consiguieron.⁹⁸⁷ En esa misma rama, también se procuró establecer relación con los trabajadores de galpones de Tunuyán, donde se recurrió a la misma metodología: la organización galpón por galpón en cuerpos de delegados para recuperar el sindicato y ponerlo al servicio del reclamo por el cumplimiento de la legislación laboral, pago de horas extras, salario familiar, respeto a las categorías, prohibición del trabajo infantil, entre otros.⁹⁸⁸

La producción quintera fue otro de los ámbitos al que apuntó el partido. Especialmente, en el “cordón verde” de Buenos Aires. Por caso, en Merlo, donde los obreros de quinta de verdura eran afectados por los retrasos de salarios, la falta de cumplimiento en materia salarial (plus por familia, aguinaldo, feriados y obra social) y despidos o

⁹⁸⁵Existe, sin embargo, un artículo en *Nueva Hora* que introduce una valoración distinta. Titulado “Explotación en el campo”, reseña las condiciones laborales de un grupo de peones desmotadores que “son obligados a trabajar en condiciones infrahumanas. Se les paga una cantidad que no les alcanza para comer, debiendo trabajar de sol a sol bajo el rigor de las amenazas y ante la triste realidad de no tener donde ir” (“Explotación en el campo”, en: *Nueva Hora*, 2da quincena 12/1971). Al categorizar esto como explotación, el partido se aleja de las definiciones clásicas del marxismo y se acerca a concepciones vulgares según la cual el obrero es explotado cuando sufre peores condiciones de trabajo y salariales que el resto de sus pares. El marxismo, sin embargo, define como tal la extracción de un plusvalor generado por el obrero en el tiempo de trabajo no remunerado, que va a parar a manos del capitalista (véase Sartelli, Eduardo: *La cajita infeliz. Un viaje marxista a través del capitalismo*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2005, en particular capítulo III). Al tratarse de una única nota que se expresa en este sentido, entendemos que posiblemente se trate de un equívoco particular y no de una línea general.

⁹⁸⁶“Obreros rurales de San Juan”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena de junio de 1972.

⁹⁸⁷“Cuando los patrones reculan”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 9/1973

⁹⁸⁸“Tunuyán: Recuperar el sindicato”, en: *Nueva Hora*, 11/10/1974.

suspensiones arbitrarias.⁹⁸⁹ A comienzos de 1974 allí se promovió una reunión de trabajadores del rubro de diferentes zonas (Garín, Marcos Paz, Moreno, Gral. Rodríguez, Lujan, Merlo, Derqui, Tortuguitas, Cañuelas, Ezeiza, Pontevedra, Mariano Acosta, Lobos y Las Heras) para intercambiar experiencias de cara a la coordinación conjunta⁹⁹⁰ y la constitución de una regional local de FATRE.⁹⁹¹ Es importante destacar en relación a esta última experiencia, que el pliego de reivindicaciones, escrito a comienzos de 1973, sobre el que se basó el proceso organizativo, incluía un repudio al “golpe prorruso y proyanqui”, una consigna que, como veremos al final de este capítulo, fue exclusiva del PCR. Esto da cuenta de que ocupó un papel influyente en esta experiencia.

Específicamente en Marcos Paz el grupo maoísta intentó poner en pie, en 1974, un espacio de confluencia entre obreros rurales y municipales organizados contra el “desabastecimiento” del mercado por los “monopolios”.⁹⁹² En la misma zona estuvo presente en un conflicto que, durante el año 1975, afectó a los trabajadores de la Cabaña Avícola Jorjúj, en Marcos Paz, provincia de Buenos Aires. A comienzos de ese año, los trabajadores iniciaron un proceso de lucha para denunciar la negativa patronal a pagar las horas extras, el incumplimiento de la jornada de 12 horas en el turno noche, la inexistencia de baños y vestuarios adecuados y la falta de ropa de trabajo acorde. Tras cuatro días de huelga, se conquistó lo pedido. Sin embargo, entrado el mes agosto, la empresa arremetió con 24 despidos, que los trabajadores no lograron revertir, aunque consiguieron el pago de las indemnizaciones que inicialmente había sido denegado. Tiempo después, la patronal volvió a avanzar con otros 150 despidos que prácticamente acababan con la totalidad de la plantilla de personal. Tras ocupar el establecimiento, la empresa cedió y se vio obligada a considerar la reapertura conservando los puestos de trabajo.⁹⁹³ Otra de las firmas de esta rama donde el partido estuvo presente fue la Empresa Avícola San Miguel, de La Toma, San Luis. Allí los obreros nucleados en FATRE se organizaron para denunciar un problema sanitario que trascendía la fábrica: las moscas atraídas por los desechos de la planta invadían la ciudad.⁹⁹⁴

⁹⁸⁹“Los obreros rurales de Mariano Acosta en estado de alerta”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 12/1973

⁹⁹⁰“Combativa reunión de obreros rurales”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 2/1974.

⁹⁹¹“Rurales del Gran Buenos Aires”, en: *Nueva Hora*, 5/3/1975.

⁹⁹²“Marcos Paz: Frente Único contra los monopolios”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 7/1974.

⁹⁹³“Jorjúj en lucha”, en: *Nueva Hora*, 5/3/1975; “Triunfo en Jorjúj”, en: *Nueva Hora*, 12/3/1975; “Unir la fuerza laboral”, en: *Nueva Hora*, 20/3/1975; “Contra el cierre de Avícola Jorjúj”, en: *Nueva Hora*, 20/8/1975; “Denuncian sobre las actividades de Jorjúj”, en: *Nueva Hora*, 15/10/1975; “Triunfo avícola en Jorjúj”, en: *Nueva Hora*, 5/11/1975.

⁹⁹⁴“Terminar con los abusos de Lamuraglia”, en: *Nueva Hora*, 3/6/1975.

Al igual que el conjunto de la izquierda que se desarrolló en la etapa, el PCR atendió las luchas y movilizaciones que protagonizara el proletariado azucarero del norte del país, en particular el jujeño. Las referencias a las acciones protagonizadas por los trabajadores de los ingenios abundan en la prensa: Ledesma,⁹⁹⁵ La Providencia⁹⁹⁶ y La Concepción.⁹⁹⁷ En ellos, las demandas giraban en torno a las mejoras laborales, la negativa al empleo de máquinas cosechadoras que generaban desempleo, trabajo para los peones temporarios, la reapertura de otros ingenios cerrados, la defensa del sindicato frente a las intervenciones del Estado y el pago de días caídos durante los paros. Si se tiene en cuenta la línea del partido que examinamos en el apartado anterior, no sorprende ver que el enemigo central al que siempre se denunciaba eran la “oligarquía azucarera” y los “monopolios yanquis”.

En este caso, cabe destacar una de las formas en las que el PCR intentó acercarse a los trabajadores del surco, más allá del ámbito fabril. En enero de 1976 organizó una “fiesta infantil”, a la que habrían asistido 70 niños y en total más de 100 personas. Allí se realizaron diferentes juegos y actividades recreativas y, llegando al final de la jornada, un militante comunista llamó a los trabajadores a tomar el ejemplo de la organización de ese día para extenderla al ámbito laboral, pero también al territorial: luchar por servicios esenciales, agua y luz, para sus barrios.⁹⁹⁸

Otra de las ramas que en la etapa fue objeto de atención privilegiada por la izquierda, fue la de la carne. Pero allí el PCR puso énfasis más que entre los trabajadores dedicados a la cría de ganado, en los que se desempeñaban en frigoríficos. Siguiendo las páginas de *Nueva Hora* se observa un marcado interés en las elecciones del frigorífico Swift. Allí el partido participó de un frente denominado Movimiento de Recuperación Sindical “1ro. de Junio”. Sus consignas electorales apuntaban al aumento salarial, el “convenio digno”, una serie de reivindicaciones propias del trabajo femenino en la rama (en ellas incluían guardería, día femenino, pediatría, etc.) y la resolución del “problema de la carne”. Entrado el año 1975, además, el partido denunció que la conducción

⁹⁹⁵“Azucareros en lucha”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 2/1974; “Firme posición de los trabajadores”, en: *Nueva Hora* 23/4/1975.

⁹⁹⁶“Por qué luchan los azucareros”, en: *Nueva Hora*, 18/9/1974

⁹⁹⁷“La lucha debe continuar”, en: *Nueva Hora*, 24/12/1974; “Derrotar la provocación patronal”, en: *Nueva Hora*, 21/1/1976.

⁹⁹⁸“Fiesta infantil entre las familias del surco”, en: *Nueva Hora*, 21/1/1976.

gremial, los “jerarcas”, formaban parte de la alianza con el “socialimperialismo ruso” para derrocar a Isabel Perón.⁹⁹⁹

Veamos ahora la presencia del partido en FATRE que, en la mayoría de los casos que señalaremos, fue organizada a través de las expresiones locales de la Corriente Clasista de Obreros Rurales. La frecuencia con la que una serie de regionales aparecen en las páginas de *Nueva Hora* nos indican que el PCR intentó hacer pie allí. En la provincia de Buenos Aires se destacan las filiales de Coronel Dorrego, Bahía Blanca y General Madariaga. Coronel Dorrego aglutinó más de un centenar de peones que exigieron la aplicación de la LCT en oposición al Estatuto del Peón Rural y lograron de ese modo imponer la jornada de 8 horas diarias -recordemos que esa era una de las consignas centrales de la Comisión del partido-.¹⁰⁰⁰ Allí fue donde justamente se desarrolló el trabajo de los médicos ligados al partido que analizamos párrafos atrás.¹⁰⁰¹ En General Madariaga, la Corriente Clasista apuntalaba la regional local que hacia mediados de 1975 fue cerrada “porque estaba organizando y consiguiendo conquistas”.¹⁰⁰²

Seguramente haya sido Bahía Blanca la más importante en el trabajo partidario en Buenos Aires, si atendemos al espacio que se le brindó en la prensa. Allí la Corriente Clasista se constituyó hacia fines de 1974 y comenzó a editar *El chasqui sureño*. Como no podía ser de otra manera, su programa estaba en sintonía con el del PCR: impulsar la lucha contra el “imperialismo” y la “oligarquía”, exigir la más amplia democracia sindical, jornada de 8 horas, insalubridad para las tareas que lo ameriten, aumento salarial y bolsa de trabajo. Más específicamente en cuestiones gremiales exigía el cumplimiento de la cuota sindical, el reconocimiento de comisiones administrativas dentro del gremio, la entrega de carnets, el retorno a las seccionales del porcentaje que les correspondía de la cuota, préstamos a estas para adquirir locales y normalización de las regionales intervenidas (en particular, la sudeste que era justamente la de Bahía Blanca).¹⁰⁰³ Hacia comienzos de 1975 esta regional emitió un comunicado llamando a la convocatoria de paritarias y a los trabajadores a organizarse para aquella discusión. Tal

⁹⁹⁹“Barrer a los jerarcas”, en: *Nueva Hora*, 20/3/1975; “Por paritarias democráticas”, en: *Nueva Hora*, 2/4/1975; “Obrera de Swift”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1975; “Reivindicaciones femeninas”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975; “¿Qué hacer?”, en: *Nueva Hora*, 9/3/1976; “Organizarse para derrotarlos”, en: *Nueva Hora*, 9/3/1976; “Guana derrotado en fábrica”, en: *Nueva Hora* 23/4/1975.

¹⁰⁰⁰“Por las 8 horas”, en: *Nueva Hora*, 25/3/1975”; “¡Por 8 horas de trabajo en el campo!”, en: *Nueva Hora*, 2/4/1975.

¹⁰⁰¹“Encarar soluciones por insalubridad”, en: *Nueva Hora*, 21/5/1975.

¹⁰⁰²“Reabrir el sindicato”, en: *Nueva Hora*, 7/5/1975.

¹⁰⁰³“El programa del clasismo”, en: *Nueva Hora*, 26/11/1974; “Propuestas de la regional Bahía Blanca”, en: *Nueva Hora*, 8/10/1975.

como sucediera con los trabajadores del “cinturón verde” de Buenos Aires, en esa misma declaración se señalaba:

“Todo esto nos hace pensar que hoy, más que nunca, las dos superpotencias imperialistas que se disputan el mundo, quieren dominarnos y pretenden derrocar al gobierno de la señora Isabel de Perón y López Rega. Nosotros no aguantamos más este estado de cosas y decimos muy claramente: FATRE está en defensa del gobierno de Isabel. Contra todo golpe de Estado lo dirija quien lo dirija. [...] Por eso, FATRE invita a todas las organizaciones hermanas a expedirse claramente y a luchar en forma consecuente para seguir con más fuerza organizando a los trabajadores en la defensa del gobierno contra todo golpe de Estado y evitar un nuevo 1955 o ‘nueva libertadora’.”¹⁰⁰⁴

Esa era exactamente la línea que agitara el PCR en la etapa, lo que da cuenta de la influencia que tenía en la seccional. Para esa misma época, se integraban a la seccional trabajadores esquiladores que no habían tenido antes alguna experiencia de organización sindical,¹⁰⁰⁵ hacheros¹⁰⁰⁶ y trabajadores de la producción de cebolla que, en una entrevista concedida a *Nueva Hora* reproducían la línea del partido: “[entendemos que] tenemos que luchar por nuestros derechos, también, que debemos defender al gobierno de Isabel contra todas las maniobras de los que la quieren sacar, que con los golpes de estado siempre hemos estado peor que antes”.¹⁰⁰⁷

La Pampa fue otra provincia dentro de la cual FATRE tuvo una destacada atención del PCR, más específicamente en el municipio de Rancul. Allí funcionaba también la Corriente Clasista de Obreros Rurales y Estibadores, ligada al partido que, al igual que en Bahía Blanca, editaba un órgano propio, *El peón*.¹⁰⁰⁸ Desde ese periódico se llamaba a defender al gobierno de Isabel Perón y se clamaba por la unidad con los campesinos chicos y medianos contra “el imperialismo, los monopolios y la oligarquía”.¹⁰⁰⁹ Asimismo, llamaba a la FATRE local a que se ponga “en marcha para defender los

¹⁰⁰⁴“No podemos volver atrás”, en: *Nueva Hora*, 20/3/1975.

¹⁰⁰⁵“Charla con esquiladores”, en: *Nueva Hora*, 20/3/1975.

¹⁰⁰⁶“Carta de un Hachador”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1975.

¹⁰⁰⁷“Unirse y tirar para adelante”, en: *Nueva Hora*, 11/6/1975; “Unirnos y organizarnos por nuestros derechos”, en: *Nueva Hora*, 8/10/1975.

¹⁰⁰⁸“En marcha compañeros”, en: *Nueva Hora*, 22/1/1975.

¹⁰⁰⁹“La experiencia de Rancul”, en: *Nueva Hora*, 2/4/1975; “Triunfo clasista”, en: *Nueva Hora*, 19/2/1975; “Reunión clasista de obreros rurales”, en: *Nueva Hora*, 20/8/1975.

intereses de todos los rurales, en unidad con toda la clase obrera, los campesinos y todo el pueblo de la zona”.¹⁰¹⁰

Finalmente, Misiones fue otro de los espacios privilegiados donde también funcionó una Corriente Clasista de Obreros Rurales con el objetivo de ganar posiciones entre los trabajadores tealeros de la localidad de Campo Viera¹⁰¹¹ y, en menor medida, para los tareferos de la yerba mate.¹⁰¹² Desde allí el partido criticó la formación de un sindicato paralelo, la Federación de Seccionales Agrarias de Misiones (FASAM), que respondería al ex Ministro de Economía Álvaro Alsogaray, y llamó a fortalecer FATRE que habría pasado de 35 regionales a aglutinar menos de ocho, lo que se traduciría en una creciente desprotección y degradación de las condiciones de vida y empleo de los trabajadores agrarios. De todo ello culpabilizaba directamente a la dirección del gremio, que nada habría hecho para revertir la situación. Cuando en abril de 1975 se celebraron elecciones ejecutivas provinciales, el PCR llamó a los trabajadores del gremio a “no dejarse confundir y a votar masivamente al FREJULI.”¹⁰¹³

Ese mismo mes, las páginas de *Nueva Hora* recogían un balance del accionar de la Corriente Clasista entre los obreros rurales. En tono optimista se destacaba la aparición en medios de prensa y la conquista de una reunión con el secretario general de FATRE, todo lo cual llevaba a balancear que se ha “confirmado en la práctica, la existencia de una fuerza potencial en el campo, en la que una justa línea como la de nuestro partido, puede convertir en poco en un torrente incontenible.” Hacia fines de 1975, el PCR en alianza con “fuerzas patrióticas y antigolpistas” consiguió el triunfo electoral en los comicios de FATRE Misiones.¹⁰¹⁴

Por fuera de estas provincias, existen dos localidades más en las que se apostó a influir en FATRE. Por un lado, Cervantes (provincia de Río Negro), seccional que editaba el periódico *La Unión Obrera Rural* en el que en alguna ocasión se llamó a “defender a Isabel de los gorilas”.¹⁰¹⁵ Por el otro, la regional Villarino-Patagones, en la intersección entre Río Negro y Buenos Aires. Allí *Nueva Hora* reseñaba las degradadas condiciones de trabajo de los obreros del tomate, pimiento, cebolla, papa, zanahoria y ajo, frente a lo

¹⁰¹⁰“Recuperar FATRE”, en: *Nueva Hora*, 10/9/1975.

¹⁰¹¹“Los obreros pelean en la ‘capital del té’”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 11/1973; “Charla con un peón tealero”, en: *Nueva Hora*, 17/4/1975; “Comunicado de FATRE”, en: *Nueva Hora*, 13/8/1975.

¹⁰¹²“Asamblea de Rurales”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975.

¹⁰¹³“La situación de los obreros rurales en la provincia de Misiones”, en: *Nueva Hora*, 9/4/1975.

¹⁰¹⁴“Provocación PC-Auténticos”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975; “FATRE-Misiones”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975.

¹⁰¹⁵“La Union Obrera Rural”, en: *Nueva Hora*, 3/12/1975.

cual FATRE habría tomado cartas en el asunto, sumándolos además a la “alianza obrero-campesina”.¹⁰¹⁶

Finalmente, más allá de las intervenciones regionales, el partido también actuó en el seno de FATRE nacional. En principio, caracterizaba que, al igual que algunas de sus regionales, el gremio se encontraba en una situación desfavorable y de estancamiento, con una caída en los afiliados y una “dirección sectaria que no representa el sentir de los obreros de la tierra” y que, por el contrario, está “apadrinada por la oligarquía terrateniente”.¹⁰¹⁷ Frente a esta situación, destacaba las experiencias gremiales de los trabajadores de quinta en Formosa, en Esther (Santa Fe) y Médanos, Morano y Coronel Dorrego (Buenos Aires), sobre las cuales seguramente el partido tenía influencia (algunas ya las hemos mencionado) o formaba parte de su dirección. Asimismo, llamaba a la conducción nacional a ponerse a la cabeza de la lucha por las 8 horas y la modificación del Estatuto del Peón. Cuando se aproximaron las elecciones del gremio, la Corriente Nacional Clasista de Obreros de FATRE instó a construir una lista única de oposición “en contra de los patrones, los jefes y burócratas sindicales, la oligarquía y el imperialismo, en el camino de la ‘liberación nacional’”. El programa para ello replicaba el que examinamos al comienzo de este acápite, al que añadía el pronunciamiento contra la Ley de Asociaciones Profesionales, que modificaba la estructura gremial de todo el país, y la lucha por la reforma agraria.

Concluyendo, hemos visto hasta aquí que el PCR le destinó una importante atención al proletariado rural. Al comienzo estudiamos los lineamientos de la Comisión Nacional de Obreros Rurales/Corriente Nacional Clasista de Obreros Rurales de FATRE. En el relevamiento posterior vimos que el conjunto de consignas y pautas de trabajo se replicaron en la práctica. La lucha por la jornada de 8 horas estuvo presente en varios conflictos y fue incorporada al pliego reivindicatorio de diversas regionales de FATRE. Del mismo modo, lo hizo la disputa por la declaración de insalubridad de ciertas tareas y la demanda de medidas de seguridad pertinentes. Hemos verificado también la importancia de *Nueva Hora* como herramienta en la construcción de la influencia del partido entre los trabajadores del campo y vimos que en ocasiones se cumplió el objetivo de publicar prensas locales.

Con todo, el relevamiento que aquí hemos presentado no tiene por fin presuponer la orientación del partido en todas las regionales de FATRE y los conflictos obreros a los

¹⁰¹⁶“Hacer valer nuestros derechos”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1975.

¹⁰¹⁷“El próximo congreso de FATRE”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 5/1974.

que nos hemos referido. Si bien de algunos hemos destacado que puede identificarse cierta influencia, lo que nos interesa rescatar es la importancia atribuida a esta fracción de la clase obrera. Estudios posteriores podrán evaluar el grado de inserción de la organización maoísta, para nuestra investigación basta con mencionar que esa voluntad existió y que los fundamentos programáticos examinados en los acápites precedentes tuvieron un correlato en la práctica concreta.

El trabajo en el movimiento liguista y entre los productores rurales

No es casualidad que los mayores esfuerzos del trabajo partidario estuvieran abocados al “movimiento campesino” que mostraba disposición a la lucha. Con solo revisar la prensa oficial resulta claro a ojos vista la importancia atribuida al trabajo en ese espacio. Allí la consigna que ordenaba la tarea partidaria era: “nos apoyamos en los campesinos pobres, tratamos de aliarnos a los campesinos medios y neutralizamos a los campesinos ricos.”¹⁰¹⁸

El PCR había diagnosticado desde 1970, un ingreso al combate de “clases y capas sociales oprimidas por el imperialismo y la oligarquía burguesa terrateniente”,¹⁰¹⁹ producto de lo que se caracterizaba como un agravamiento de la concentración y centralización monopolista y el estímulo dado al latifundio por la dictadura militar. Dentro del movimiento campesino distinguía a aquellos sectores hegemonizados por el campesinado rico, donde primarían reclamos en torno a rebajas impositivas, créditos, freno a la usura, precios compensatorios, forraje a precio de fomento y mejoras en las leyes jubilatorias. Mientras que en las provincias del nordeste (Chaco, Misiones) y Tucumán se denotaría un componente más empobrecido, que reclamaba por la anulación de la ley de desalojo rural, por contratos de arrendamiento de cinco años, acceso a la tierra y la derogación de las “clausulas semif feudales” del estatuto del tambero mediero. En estos casos, las movilizaciones habrían escapado al control de los campesinos ricos, levantando “las reivindicaciones antiterratenientes y antimonopolistas del campesinado pobre y medio”.¹⁰²⁰ De todo ello, el rasgo más sobresaliente sería la constitución del movimiento liguista chaqueño.

¹⁰¹⁸“Organizar a los pobres”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1975.

¹⁰¹⁹PCR, *Situación nacional...*, op. cit., p. 207.

¹⁰²⁰Partido Comunista Revolucionario: *Conferencia Permanente del PCR de marzo de 1971*, compilado en: Partido Comunista Revolucionario, *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1º Congreso...*, op. cit., p. 126.

En efecto, para el PCR la constitución de las Ligas como órganos de agrupamiento era un avance saludable, una organización “independiente de la burguesía agraria y los terratenientes”, cuyo siguiente paso necesario sería la estructuración de una organización nacional que represente al conjunto del “campesinado”.¹⁰²¹ En las organizaciones existentes, los militantes comunistas deberían tensar las relaciones con el campesinado rico, para desalojarlo de la dirección de los órganos corporativos. El más apto para llevar a fondo la lucha sería la capa pobre, pero su lugar en general tendería a ocuparlo el medio, por tener más disposición de tiempo y dinero para la organización y la lucha. No obstante ello, sería el más “vacilante” y “temeroso”, más propenso a buscar una salida individual en tiempos de dificultades.¹⁰²²

En este sentido, se establecía una diferenciación entre las Ligas y la FAA, corporación esta última que aparecía definida con una dirección burguesa (si bien nada se dice de su base social) que, frente a la actividad liguista, se vería obligada a pronunciarse en contra de los “monopolios exportadores”.¹⁰²³

Dentro del movimiento campesino, uno de los elementos a los que se debía prestar particular atención era el de la juventud. A estos se los consignaba como jóvenes de entre 14 y 20 años, acostumbrados a los rigores del campo que sufrían la falta de tierras, lo que los obligaba a abandonar las parcelas de sus padres y marchar a buscar ocupación en otros lugares. Algunos lo hacían transitoriamente, una parte del año, otros definitivamente, engrosando las villas miserias de las urbes. Su malestar, resultado de la estructura latifundista, en el clima pos Cordobazo los habría sumado a la “lucha antiimperialista y antioligárquica”. El partido entonces estaba en la obligación de abrirles las puertas y sumarlos a la alianza obrero-campesina.¹⁰²⁴

Naturalmente, el movimiento campesino debía enlazarse con el movimiento obrero rural, puesto que eran, ya lo vimos, “aliados naturales” en la estrategia del PCR. Incluso, ambos serían igualmente productores de valor:

“Los colonos, generalmente campesinos pobres y medios, son junto a los obreros quienes producen la mayor parte de las riquezas del país. Ellos son también productores directos, pero relacionan al mercado capitalista a través de la venta de sus productos, distintamente que los obreros, quienes lo hacen a través de la venta de su fuerza de

¹⁰²¹“Paro activo en el noreste”, en: *Nueva Hora*, 03/11/1972.

¹⁰²²“Algunas conclusiones”, en: *Nueva Hora*, 1/10/1975.

¹⁰²³“Se extiende la organización campesina”, en: *Nueva Hora*, 09/02/1973.

¹⁰²⁴“La juventud campesina se incorpora a la lucha”, en: *Nueva Hora*, 19/11/1974.

trabajo. Por esto, y en el contexto de alta monopolización de la tierra y de otros sectores de la economía, donde los campesinos se encuentran extremadamente limitados en sus posibilidades de expandir la producción y menos aún de decidir sobre los precios, es que su lucha por el precio de los productos agrícolas adquiere similitudes con la lucha de los obreros por el precio del salario, es decir el precio de la fuerza de trabajo [...] la lucha de los campesinos por el aumento de precios para sus productos no entra en contradicción inmediata con los intereses de los obreros, principales consumidores de dichos productos, en cuanto lo que determina que sean caros para éstos y, al mismo tiempo, que cobren poco los productores agrarios, es la existencia del monopolio, que se constituye así en enemigo común”.¹⁰²⁵

No hace falta reiterar lo que ya hemos dicho sobre el análisis de clase en el agro que realiza el partido. Incluso asumiendo que los “campesinos chicos” fueran todos proletarios con tierra, basta con recordar que los llamados “campesinos medios” explotaban en promedio 350 hectáreas y absorbían la mayor cantidad de fuerza de trabajo -es decir, que eran en el mejor de los casos pequeña burguesía explotadora- para que su supuesta confluencia de intereses con el proletariado, se esfume. Si la posibilidad de una alianza entre explotados y explotadores se ubicara en la baratura de las mercancías, el proletariado urbano también debería marchar detrás de la burguesía industrial que exige subsidios a su producción para reducir los costos y, por tanto, el precio de sus productos.

El partido siguió de cerca las actividades de las Ligas. Cuando en agosto de 1973 se realizó el Parlamento Agrario, que convocó a un nutrido abanico de organismos agrarios liguistas,¹⁰²⁶ el PCR le dedicó una nota en su prensa. Allí celebró el hecho, en tanto reflejaría “lo nuevo que está surgiendo en el campesinado” y podría ser la base para la apertura de una nueva etapa en la lucha de clases del agro signada por la disputa por transformaciones de fondo, que liquiden a la “oligarquía latifundista” y los monopolios.¹⁰²⁷ Coincidente con este hecho fue el inicio de una breve sección dentro de

¹⁰²⁵Ídem.

¹⁰²⁶Este fue convocado por el movimiento agropecuario del oeste bonaerense, la asociación de chacareros, tamberos y minifundistas de Lincoln, la filial de Federación Agraria Argentina de Lincoln y los centros juveniles agrarios de localidades próximas a Lincoln. Fueron invitadas a participar las Ligas Agrarias de Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Formosa, Santa Fe y Chaco, Tamberos de Santa Fe, Ligas Tamberas de Córdoba, Cuencas tamberas de Buenos Aires. Incluso hubo participación estatal de la mano de Guillermo Gallo Mendoza, ministro de Asuntos Agrarios de la provincia.

¹⁰²⁷“Lincoln: Gran parlamento agrario”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 9/1973; “Programa del parlamento agrario”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 12/1973; “Eligieron medidas concretas contra el latifundio y los monopolios”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 2/1974.

Nueva Hora titulada “Despertar Agrario” donde se informaban novedades en la “lucha campesina”.¹⁰²⁸ Aproximadamente un año después, cuando se celebró el Segundo Parlamento Nacional de las Ligas Agrarias el tono del PCR fue más crítico y denunció la falta de democracia y de deliberación desde las bases, lo que habría llevado a las direcciones a distanciarse de las bases y apoyar iniciativas de gobierno como la Ley Agraria.¹⁰²⁹

Veamos ahora en detalle algunas intervenciones concretas sobre el movimiento “campesino”.

Ligas Agrarias de Corrientes y productores tabacaleros

El partido siguió de cerca la actividad de las Ligas Agrarias de Corrientes, publicando en su prensa nacional y su prensa provincial *-El sapucay rojo-* comunicados y extractos de los boletines de aquella o entrevistas a sus representantes.¹⁰³⁰ La base de estas Ligas eran los productores tabacaleros, que denunciaban los problemas de la aparcería, la falta de maquinaria y las dificultades en el acceso a ella por la ausencia de bienes y la ineficiencia del Instituto Provincial del Tabaco que nada haría por mejorar esta situación.¹⁰³¹ Para reclamar por ello, organizaron huelgas, actos y movilizaciones.¹⁰³²

En líneas generales, el PCR reivindicó esta experiencia y prestó atención a los conflictos que se suscitaron entre las Ligas y las compañías tabacaleras. Para el partido, las empresas acopiadoras -LM, Philip Morris y Lucky Strike- eran expresión del “mismísimo imperialismo yanqui que controla el paquete accionario mayoritario de empresas que eran argentinas hasta mediados de la década del ‘60, a quienes con sus típicas maniobras monopólicas doblegó y obligó a venderles la mayoría del capital”.¹⁰³³ Simulando dificultades en la colocación de los cigarrillos, estas firmas no se encontrarían en dificultades financieras sino que buscarían la ruina del “campesinado tabacalero”, acopiando a su gusto para incrementar sus ganancias con la especulación

¹⁰²⁸“Despertar agrario”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 9/1973; “Despertar agrario”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 10/1973; “Despertar Agrario”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 10/1973.

¹⁰²⁹“Parlamento agrario: una discusión a puertas cerradas”, en: *Nueva Hora*, 21/8/1974; “Los campesinos junto al proletariado”, en: *Nueva Hora*, 18/12/1974.

¹⁰³⁰“Concentraciones campesinas en Corrientes”, en: *Nueva Hora*, 23/02/1973; “Ligas Agrarias Correntinas”, en: *Nueva Hora*, 2da quincena 10/1973.

¹⁰³¹“Acto tabacalero”, en: *Nueva Hora*, 30/3/1973; “Ligas Agrarias Correntinas”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 10/1973.

¹⁰³²“Huelga del tabaco”, en: *Nueva Hora*, 13/4/1973.

¹⁰³³“Nacionalizar la industria del tabaco”, en: *Nueva Hora*, 5/2/1975.

comercial. Entrado el año 1975, estas maniobras se agudizarían persiguiendo “bastardos planes golpistas”.

Frente a este escenario, el PCR propuso ocupar los galpones de acopio y plantas procesadoras, poniéndolos bajo control de los campesinos y normalizando la entrega de producción. En cuanto a las industrializadoras, sostuvo que el Estado debía hacerse cargo de todo el proceso, desde la compra de la producción del tabaco hasta la industrialización del cigarrillo. La consigna central en este sentido fue la nacionalización de la industria del tabaco. Es interesante advertir que en la nota de *Nueva Hora* donde se realiza esta propuesta, se transcribe una solicitada de los productores tabacaleros de Jujuy, Salta, Tucumán y Chaco donde, entre el conjunto de reclamos se señala:

“4. La postergación del inicio del acopio, como así también la nueva modalidad en el pago, provocan una alarmante crisis financiera entre los productores, muchos de los cuales *han tenido serios inconvenientes en abonar sueldos y aguinaldos del mes de diciembre y que, presumiblemente, se encontrarán ante la imposibilidad práctica de abonar los sueldos y salarios del corriente mes.*

5. Tanto las Asociaciones de productores como los Sindicatos Agrarios se mantienen en estrecho contacto, realizando todas las gestiones pertinentes, tanto a nivel provincial como nacional, en procura de adecuadas soluciones ante la inminencia de lo que podría ser una recesión de imprevisibles consecuencias”.¹⁰³⁴

La cita resulta interesante por dos motivos. El primero, vinculado al punto 4, da cuenta de cómo los productores agrarios utilizaban el problema de los precios como un elemento de presión contra el proletariado rural, al que quieren arrastrar a sus reclamos por la vía de hacerles pagar el costo de la caída de sus ganancias. El PCR no advierte la maniobra o, al menos, no la denuncia en la misma nota en la que reproduce aquello. El segundo, vinculado al punto 5, muestra en los hechos una alianza entre los productores y los sindicatos de trabajadores que, en relación con lo anterior, persigue los intereses de los primeros. De nuevo, el partido sobre ello no expresa ninguna crítica. Por el contrario, en varias ocasiones se refiere a asambleas de este tipo en un tono reivindicatorio. Por ejemplo, en abril de 1973 se constituyó una Comisión de Apoyo a los Campesinos en Huelga que celebró una asamblea entre el Sindicato de Obreros

¹⁰³⁴El destacado es nuestro.

Tabacaleros, dirigentes de las Ligas Agrarias de Corrientes y la Asociación Correntina de Plantadores de Tabaco, a la que adhieren también trabajadores judiciales, telefónicos, viales, de correo y telecomunicaciones, mosaístas, construcción, etc.¹⁰³⁵

Ligas Agrarias de Chaco

La formación de las Ligas Agrarias de Chaco fue celebrada como un agrupamiento creado al margen de las FAA, para nuclear a los “campesinos combativos” que recogían la tradición del Grito de Alcorta. Su lucha fue reivindicada tanto en su disputa con los acopiadores por mejores precios, como contra el gobierno nacional cuando este abría las importaciones a la fibra proveniente de Brasil, que llegaba a mejores precios que la que podían ofrecer los productores liguistas locales.¹⁰³⁶ El conjunto de demandas de estas ligas, que no se diferenciaban notoriamente de las que acabamos de examinar para el caso correntino y tabacalero, también fue apoyado por el partido a propósito de una concentración protagonizada por la Unión de Ligas Agrarias del Chaco:

“se manifestaron en forma categórica solicitando una política agraria que sirva al desarrollo del campo chaqueño; que la tierra esté en manos de los auténticos productores y no de los monopolios; que el crédito esté también al servicio de los verdaderos trabajadores del campo y no de la intermediación parasitaria, y finalmente, que en el directorio del Instituto de Colonización estén representados mayoritariamente los auténticos productores”.¹⁰³⁷

La provincia de Chaco ocupó un papel destacado en la línea del partido, toda vez que tenía un comité zonal constituido allí y la firma Bunge & Born, que también estaba en la provincia, fue uno de los arquetipos de “monopolio” que frecuentemente denunciaba. Su expropiación fue una consigna largamente agitada, ya que se lo caracterizaba como un explotador de obreros y campesinos en el rubro del algodón, y se llamaba entonces a ponerla en manos de obreros, campesinos y empresarios nacionales.¹⁰³⁸ El enfrentamiento con Bunge & Born aparecía así como un factor de aglutinamiento del frente obrero-campesino en tanto se constituía como el “enemigo principal” al cual

¹⁰³⁵“Obrero y campesinos”, en: *Nueva Hora*, 11/5/1973.

¹⁰³⁶“Convergen movilizaciones campesinas”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 12/1971.

¹⁰³⁷“Del Chaco”, en: *Nueva Hora*, 11/5/1973.

¹⁰³⁸“Expropiar a Bunge y Born”, en: *Nueva Hora*, 17/9/1975.

debía combatirse para “eliminar de cuajo la opresión a las que nos someten los monopolios y la oligarquía y defender nuestra Patria y al gobierno constitucional de Isabel Perón”¹⁰³⁹

Entrado el año 1976, cuando la rama algodonera atravesaba serias dificultades el zonal chaqueño del PCR emitió una declaración en la que fijaba seis puntos:

1. Frente al excedente de producto, la Nación debería asumir el rol de acopiador directo y actuar como agente exportador.
2. El gobierno nacional debería comprar directamente a todo colono que explote menos de 25 hectáreas.
3. Asegurar una remuneración equivalente al tercio del precio del algodón levantado para los obreros cosecheros.
4. Formación de cooperativas e hilanderas “auténticamente nacionales” provistas de fondos suficientes para la compra del producto.
5. Negar todo crédito a los “monopolios” para que no “reciban un solo peso del dinero depositado por el pueblo en los bancos oficiales o privados”.
6. Expropiación de Bunge y Born.¹⁰⁴⁰

El campesinado formoseño

A diferencia de casos como los de Chaco, Misiones y Corrientes, en Formosa no se registra ningún tipo de relación del partido con la Unión de las Ligas Campesinas Formoseñas (ULICAF). No obstante ello, en las páginas de *Nueva Hora* se observa una preocupación por las iniciativas de ocupación de tierras emprendidas por el “campesinado” formoseño. Se siguió, en particular, el caso de una veintena de familias que hacia mediados de 1974 decidieron asentarse en tierras (que serían de entre 500 y 1.000 hectáreas aproximadamente) que estaban hacía una década en manos de inmigrantes franco-argelinos.¹⁰⁴¹ Ocupadas las tierras, procedieron a dividir las en parcelas de entre 30 y 40 hectáreas y las dedicaron al cultivo de algodón, poroto, maíz y mandioca. El semanario del PCR logró entrevistar a protagonistas de esta experiencia y

¹⁰³⁹“Nosotros estuvimos en Quitilipi”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975.

¹⁰⁴⁰“Programa de lucha del PCR”, 11/2/1976; “Defender el algodón contra Bunge y Born”, en: *Nueva Hora*, 25/2/1976.

¹⁰⁴¹“Ocupan tierras en Formosa”, en: *Nueva Hora*, 2da quincena 6/1974; “Mejor morir que dejar la tierra”, en: *Nueva Hora*, 4/12/1974.

ofreció como salida la pelea por conseguir que las tierras que el Estado tenía en sus manos no fueran entregadas a los “grandes propietarios” sino a los “chicos y medianos” a los efectos de evitar su proletarización. Para ello “la dirección de las Ligas Agrarias debe encabezar esta lucha y estar presente en todo momento.”¹⁰⁴²

El Movimiento Agrario Misionero

En el año '75 el partido publicó un estudio sobre la experiencia del MAM, en el cual se realizaba un balance sobre la misma y una radiografía de su composición social, del llamado “gran aliado” de la revolución.¹⁰⁴³ Es evidente que el estudio buscaba comprender aquello que el partido pretendía organizar.

El informe caracterizaba a la región misionera como productora de yerba mate y madera, crecientemente diversificada hacia el té, tung, tabaco, citrus y soja. En el balance del partido, los productores eran esencialmente inmigrantes europeos, con un bajo peso del arrendamiento aunque con una importante cuota de ocupación precaria. Los productores eran clasificados en cuatro grupos. “Pobres y semiproletarios”, los cuales producirían con mano de obra familiar, no contrataban fuerza de trabajo e incluso debían trabajar para otros a los efectos de garantizar su reproducción completa; “medianos-bajos”, que contrataban mano de obra y solían tener un tractor; “medianos-altos”, con “contratación numerosa” de mano de obra e instrumentos complejos de producción (sembradoras, cosechadoras, medios de transporte); y “ricos” quienes producían en grandes extensiones de tierra con abundante explotación de mano de obra. Estos últimos se hallarían vinculados directamente o mediante cooperativas a los “monopolios comercializadores”, tendrían acceso a créditos para renovar tecnología y buscarían hegemonizar a los “colonos medios” para frenar el movimiento agrario. Un artículo aparecido en *Nueva Hora* intentó cuantificar las explotaciones y nos permite completar este panorama. Misiones reproduciría la estructura latifundista del país: mientras que 18 explotaciones superaban las 5.000 hectáreas, unas 5.885 poseían entre 25 y 200 y más de 13.100 menos de 25.¹⁰⁴⁴

¹⁰⁴²“Mejor morir que dejar la tierra”, en: *Nueva Hora*, 4/12/1974.

¹⁰⁴³Montes, Ramón: “La lucha del gran aliado. La experiencia del movimiento campesino en Misiones”, en: *Teoría y Política*, N° 13, 1975, pp. 5-11. Este artículo es una reformulación más extensa de: “Unidad y organización para la lucha”, en: *Nueva Hora*, 11/10/1974.

¹⁰⁴⁴“El agro misionero”, en: *Nueva Hora*, 29/12/1972.

Sobre este escenario, el MAM se habría constituido por “pequeños y medianos productores” -lo incluiría desde “pobres” hasta “medios-altos”, es decir, lo que el propio partido reconocía como explotadores de fuerza de trabajo- que confluían en sus denuncias a los “monopolios comercializadores” como culpables de la baja del precio del té. En sus filas habrían intervenido también miembros de los productores ricos, para disputar su hegemonía y desvirtuarlo “hacia apacibles remansos economicistas”, sin cuestionar “el poder de los grandes del agro” y subordinando el movimiento a la “oligarquía yerbatera”. Los pequeños productores serían los responsables de la tónica más combativa del movimiento, pero al menos desde 1972 incorporaría a sectores medios. Ese mismo año es cuando el partido comenzó a dedicarle más esfuerzos a la inserción en el seno de los productores, participando de todas las acciones de lucha - particularmente en las llamadas “huelgas del té”-,¹⁰⁴⁵ recogiendo contactos en los mismos y publicando en su propia prensa comunicados emitidos por el movimiento.¹⁰⁴⁶ Realizando una autocrítica, el documento señalaba que aún no se había logrado articular consignas claras que expresaran el programa del partido para el agro.

El ascenso de la fórmula del FREJULI en 1973 marcaría un límite al movimiento. En la evaluación del comunismo revolucionario ello no se debía a que el gobierno hubiera recogido parcialmente sus demandas, sino a la conducción montonera en el MAM que habría ido imponiendo un programa “desde arriba” y minó la confianza de los agricultores en sí mismos, llevándolo luego a una ruptura (las Ligas Agrarias Misioneras).¹⁰⁴⁷ El artículo entonces realiza una autocrítica para relanzar el movimiento y la actividad del partido en su seno. Básicamente, se señala el déficit de no haber caracterizado correctamente el accionar de las capas productoras que en él intervenían. Mientras que los medianos, ya hegemónicos, tendían hacia una mayor vacilación producto de su posición y, por tanto, a ceder ante las “fuertes presiones” de los ricos; los pequeños, serían más consecuentes. Por tanto, para relanzar el movimiento, el PCR tenía que sentar base en los agricultores pobres y unirlos a los productores medianos para confluír en la lucha. De modo que “los mejores hombres de las pequeñas chacras

¹⁰⁴⁵“La huelga del té”, en: *Nueva Hora*, 14/11/1972; “La huelga del té”, en: *Nueva Hora*, 14/12/1972; “El MAM en pie de lucha”, en: *Nueva Hora*, 4/11/1974; “MAM: Marcha sobre Bs. As.”, en: *Nueva Hora*, 26/11/1974; “El MAM y las elecciones”, en: *Nueva Hora*, 17/4/1975; “5000 campesinos en las calles”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 11/1973; “El campo está que arde”, en: *Nueva Hora*, 22/10/1974.

¹⁰⁴⁶“Concentración de Agricultores del Movimiento Agrario de Misiones”, en: *Nueva Hora*, 27/4/1973.

¹⁰⁴⁷La ruptura fue analizada también en: “Unidad y organización para la lucha”, en: *Nueva Hora*, 11/10/1974.

encuentren en el Partido la escuela y el instrumento para la revolución que ellos reclaman”.¹⁰⁴⁸

Vale insistir en que, en toda su intervención en el MAM, el partido llamó a la confluencia con los peones y celebró la adhesión del Movimiento de Obreros Rurales de Misiones (MORIM) a sus acciones.¹⁰⁴⁹ Incluso cuando esa alianza mostraba sus contradicciones en los propios comunicados del MAM que el PCR reproducía en su prensa. El siguiente extracto de una nota titulada “Los agricultores quieren justicia para los obreros rurales”, es significativo al respecto:

“los pequeños y medianos agricultores se encuentran en un grave problema. *Los últimos aumentos salariales, con retroactividad al mes de mayo, exigen un gasto que no todos pueden enfrentar.* El MAM aclara al gobierno: los agricultores quieren cumplir con las leyes sociales y laborales. No quieren ser cómplices de la explotación. ¿Pero qué pueden hacer si no se les paga por el producto lo que éste vale? [...] *Si se cumplen estos reclamos se les podrá pagar a los obreros sus justos aumentos. Si el gobierno no lo hace obligará a los agricultores a ponerse fuera de la ley, ya que no podrán pagar*”.¹⁰⁵⁰

No parece, como reza el título de la nota, que los productores “quieran justicia” para los obreros. Más bien parece que los extorsionan abiertamente anticipando que no van a cobrar sus salarios, si las comercializadoras no les pagan a ellos. Lo que trasluce con claridad aquel comunicado es que la clase obrera es utilizada como fuerza de choque para conquistar intereses ajenos.

Hacia finales de 1973, frente a la crisis yerbatera, el PCR zonal de Misiones emitió una declaración.¹⁰⁵¹ Allí, primero, establecía quiénes eran los culpables de la situación. Se achacaba la crisis de la producción a los monopolios comercializadores de yerba paraguaya y brasilera que llegaron al país gracias a acuerdos internacionales firmados durante la presidencia de Arturo Frondizi. En segundo lugar, se atacaba a otros monopolios, aquellos que concentraban en sus manos la molienda, ubicados en Rosario y Buenos Aires, y arruinaban a los “chicos y mal equipados” de Misiones. Luego se cargaba las tintas sobre los grandes propietarios que “pueden cosechar íntegros sus yerbales”, la Comisión Reguladora de la Yerba, defensora de los intereses de aquellos, y

¹⁰⁴⁸Ídem, p. 11.

¹⁰⁴⁹“La huelga del té”, en: *Nueva Hora*, 29/12/1972.

¹⁰⁵⁰“Los agricultores quieren justicia para los obreros rurales”, en: *Nueva Hora*, 10/01/1973. Los destacados son nuestros.

¹⁰⁵¹“EL PCR en el combate del movimiento agrario”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 10/1973.

en el sistema bancario que ofrece préstamos en desventaja para los productores más chicos. Frente a este cuadro, la solución pasaría por:

1. Que la Comisión se ponga al servicio de los intereses de los pequeños y medianos productores y los trabajadores.
2. Se expropien y nacionalicen los grandes molinos y se de crédito a los chicos y medianos.
3. Se expropien los grandes yerbatales.
4. Se anulen los convenios comerciales con Paraguay y Brasil.
5. Se definan precios compensatorios y la comercialización no quede en manos de los monopolios.
6. Se ofrezcan facilidades crediticias.

Párrafo aparte merece la producción tabacalera en Misiones, a la que el PCR también le dedica un análisis.¹⁰⁵² Allí, parte de caracterizar que “como todos los productos de importancia económica, el tabaco se encuentra monopolizado, y no precisamente en su producción, sino en la comercialización, que es el proceso que menos riesgos ofrece”. El análisis se inicia con un estudio de la distribución de la tierra, según la cual la producción de tabaco se realizaba generalmente a partir de la colonización espontánea del monte virgen en agricultura de subsistencia, en superficies de dos a tres hectáreas mediante rozado con fuego, que luego se abandonaba agotada la fertilidad. Dato interesante, porque mostraría que los productores más chicos son responsables en el agotamiento del suelo y no solo los latifundistas, como señalaba el partido. Seguidamente calcula que la producción promedio es de 1,5 hectáreas y que existen 16.000 productores. Esta producción (tabaco oscuro fuerte), no se utilizaba en los cigarrillos argentinos con lo cual el 70% se exportaba, mayoritariamente a Francia, el principal mercado. La producción anual alcanzaría 18 millones de kilos que se acopiaban en doce empresas, cuatro de las cuales concentraban el 70%. La cantidad de empresas tampoco parece habilitar la caracterización de “monopolio” que el partido defiende para este caso.

En la cadena de comercialización, siguiendo el análisis del PCR, el productor recibía del acopiador un 34% del valor al contado y luego el 55% se lo pagaba el Estado por medio

¹⁰⁵²“Se lo fuman los monopolios”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 6/1974.

del Fondo Nacional del Tabaco. La nota ofrece un ejemplo de esto a los efectos de demostrar que el Estado financiaba a los monopolios. Para la compra de tabaco de calidad segunda, el acopiador pagaba \$2,97 el kilo, el Fondo Nacional \$5,37, por lo que el productor recibía \$8,34. El promedio de precio obtenido por exportación para el 1973 fue de \$6 por kilo. El PCR destacaba aquí el negocio del acopiador, que obtuvo más de \$3 sobre el costo de cada kilo (“los gastos de fermentación y comercialización no son extremadamente caros”), de modo que recibió “ganancias más que aceptables”. Lo que parece no advertir aquí el PCR es que el productor recibió del Estado 2,34\$ más en relación a lo fue el precio de mercado. De manera que el “campesino” estaría siendo subsidiado por los consumidores, pues el Fondo Nacional del Tabaco se financiaría con gravámenes a los paquetes de cigarrillos. El costo de un paquete sería de \$1,5 por impuesto, \$0,28 de tabaco, \$0,87 para el fabricante, lo que da \$2,6 que es el precio de kiosco. Nuevamente, los datos ofrecidos por el partido más que confirmar sus posiciones, las refutan toda vez que los subsidios estaban lejos de ser un beneficio exclusivo de la comercializadora. Como hemos visto, el “campesino” del PCR era el que recibía el grueso del aporte realizado por el Estado, que no era más que dinero que salía de la clase obrera vía impuestos.

Cañeros y productores azucareros

Esta misma alianza la vemos replicada en la rama azucarera, donde el partido llamó a la alianza de la FOTIA con la Unión Cañeros Independientes Tucumán y el Centro de Agricultores Cañeros de Tucumán, a los que visualizaba como “campesinos”. En esta rama, el enfrentamiento sería entre la oligarquía azucarera y los grandes capitales industriales y comerciales, frente a los obreros del surco e ingenio y los cañeros pobres y medios que se ven en la ruina cuando los “grandes oligarcas” muelen caña propia.¹⁰⁵³ Así, el partido proponía a los cañeros chicos y medianos a avanzar en su lucha, superando la propuesta de la UCIT y CACTU de no entregar caña, acompañando esa medida con cortes de ruta y marchas. Esas entidades cañeras, si bien aglutinarían campesinos, estarían dirigidas por los grandes cañeros que utilizaban a los chicos y medianos como carne de cañón para sus reclamos. El partido caracterizaba del siguiente modo al cañero chico:

¹⁰⁵³“El problema del azúcar”, en: *Nueva Hora*, 21/5/1975; “Conversación con un cañero tucumano”, en: *Nueva Hora*, 10/9/1975.

“Al campesinado pobre no le alcanza para vivir con lo que gana con la caña, pese a que se desloma él y su familia. Tiene que ocuparse en otra finca como obrero, o ver como sus hijos emigran ante la falta de trabajo. Tampoco le alcanza para comprar abonos, herbicidas o implementos agrícolas necesarios para aumentar la producción y así poder competir con aquellos que sí lo utilizan.”¹⁰⁵⁴

Si se lee bien, se advierte que se trata de un semiproletario con tierras, en la medida que la posesión de una parcela no le garantiza la totalidad de su subsistencia y se ve obligado a dedicarle un tiempo del año a emplearse como trabajador asalariado en otra producción. Asimismo, resulta sugestiva la salida propuesta del partido: en lugar de pugnar por su reconocimiento como obrero e impulsar su unidad con otras fracciones de la clase, lo que propone el PCR es que se convierta en un burgués eficiente, capaz de “aumentar la producción” y “competir” en mejores condiciones.

Para evitar que la lucha solo beneficie a los grandes capitales de la rama, el pliego de reivindicaciones de lucha debería incluir la fijación de cupos y molienda preferencial para los cañeros chicos y medios, dotar de categoría de productoras a las cooperativas, precios diferenciales, créditos a intereses bajos o nulos y a largo plazo, desgravación impositiva, expropiación del latifundio y reforma agraria en favor de campesinos chicos y medios, subsidios frente a las heladas, reapertura de todos los ingenios cerrados pasando a estar bajo control del Estado vía CONASA (Compañía Nacional Azucarera S.A.),¹⁰⁵⁵ una organización democrática y expropiación sin indemnización de ingenios y comercializadoras.¹⁰⁵⁶

Por su parte, el proletariado azucarero -visualizado como un sector superexplotado y de gran tradición de lucha- debería avanzar con un plan de paros por aumento de sueldo, doble aguinaldo, plus de \$1 por kilo de azúcar y \$100 por tonelada molida en surco.¹⁰⁵⁷ Ambos sectores deberían confluír contra la “propiedad latifundista de la tierra que es la mayor traba para el bienestar de trabajadores y campesinos”.¹⁰⁵⁸

¹⁰⁵⁴“Programa para luchar”, en: *Nueva Hora*, 25/3/1975.

¹⁰⁵⁵Hacia septiembre de 1975 el PCR celebró la reapertura del Ingenio La Esperanza por el gobierno de Isabel Perón y señaló: “Esta es una medida que debe ser acompañada de otras que tiendan a quitarle el poder de decisión a los grandes terratenientes propietarios de grandes ingenios y que beneficien a los obreros y campesinos de todo Tucumán” (“Reapertura de ‘La Esperanza’”, en: *Nueva Hora*, 10/9/1975).

¹⁰⁵⁶“Junto a los cañeros pobres y medios”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena de agosto de 1972; “Programa para luchar”, en: *Nueva Hora*, 25/3/1975; “Programa para la zafra”, en: *Nueva Hora*, 21/5/1975; “Reclamos de los campesinos pobres y medios de Tucumán”, en: *Nueva Hora*, 10/9/1975.

¹⁰⁵⁷“Los azucareros luchan”, en: *Nueva Hora*, 24/08/1972.

¹⁰⁵⁸“Junto...”, op. cit.

Tamberos

En la rama tambera observamos el mismo tipo de intervención por parte del partido. En la producción láctea encontraríamos a pequeños y medianos “campesinos” expoliados por los “grandes terratenientes criadores” y los monopolios de la pasteurización e industrialización de productos, donde las grandes usinas se beneficiarían pagando bajos precios y vendiendo más caro. Los más expoliados serían los tamberos medieros (“auténtico trabajador del campo argentino”¹⁰⁵⁹) que reciben entre el 35 y 40% del precio que se paga al productor, porque no son dueños ni de la tierra ni de las vacas, siendo así “uno de los sectores más postergados y castigados del campesinado argentino”.¹⁰⁶⁰ Para este sector, habría que luchar por una legislación más adecuada que contemplara vivienda, insalubridad de ciertas faenas y atención a enfermedades profesionales, seguridad social, precio único, sostén y ajustable a los costos. “Campesinos” y trabajadores -que son los que pagan los precios “inflados” por las comercializadoras- debían confluír en una lucha antimonopolista y antiterrateniente.

Bajo estos preceptos, el partido apoyó las acciones de lucha de tamberos de la cuenca lechera por aumento de precios y contra el negocio de las usinas y los comercializadores.¹⁰⁶¹ La saludaba, además, como el resultado de la ruptura de los campesinos con las direcciones de “oligarcas ganaderos y burgueses conciliadores” nucleados en la SRA, CRA, FAA, entre otras corporaciones. Si bien el PCR señalaba que el consumidor era víctima tanto como el campesinado lechero, cuando este último consiguió un aumento de los precios que se tradujo a las góndolas, no dudó en llamar a los consumidores a soportar el alza: “Es cierto que el consumidor paga los platos rotos por el aumento de los artículos de primera necesidad, pero es también justa la lucha de los productores por lograr un precio que compense su trabajo”.¹⁰⁶²

Del mismo modo, saludó las acciones de las Ligas Agrarias Tamberas de Córdoba y la Federación de Centros Tamberos de Santa Fe, consideradas como órganos de expresión de los campesinos y repudió al Comité de Defensa de la Producción Lechera que estaría hegemonizado por sectores oligárquicos, básicamente SRA.¹⁰⁶³ La salida para todos

¹⁰⁵⁹“Lincoln: El programa para los tamberos”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 12/1973.

¹⁰⁶⁰“La huelga de Tamberos”, en: *Nueva Hora*, 09/03/1973.

¹⁰⁶¹“Reunión de tamberos”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 2/1974.

¹⁰⁶²“Último momento: se reajustó el precio de la leche”, en: *Nueva Hora*, 09/03/1973.

¹⁰⁶³“Avanzar en la lucha independiente”, en: *Nueva Hora*, 12/3/1975.

estos sectores estaría dada por la alianza entre obreros de tambo, tamberos medieros y pequeñas y medianas usinas, beneficiados por precios compensatorios, créditos preferenciales, mejora en las condiciones de los obreros y los medieros, contra las grandes usinas pasteurizadoras y los monopolios de la comercialización. Naturalmente, la medida de fondo sería la reforma agraria.¹⁰⁶⁴

Vitivinicultura

La vitivinicultura fue otra rama de la producción agropecuaria que, sin dar lugar a la emergencia de un fenómeno liguista entre los productores de las provincias que desarrollaban esta producción -San Juan y Mendoza-, recibió una importante atención por parte del PCR.

En líneas generales, el partido filiaba las causas de la crisis en la particular estructura del país, culpabilizando a lo “irracional de la planificación de la economía capitalista, agravado en nuestro caso por la dependencia al imperialismo.”¹⁰⁶⁵ Si bien intentó descartar la idea de una sobreproducción de uva (que por exceso de oferta generaría bajas en el precio),¹⁰⁶⁶ pues como vimos consideraba que la nota característica del agro argentino era su baja productividad, lo cierto es que tuvo que reconocer que buena parte del problema se encontraba en el alto rendimiento de la rama, en particular en la provincia de San Juan:

“Por tercer año consecutivo, se da una cosecha espléndida. Esto permitiría lograr unos 35 millones de hectolitros en todo el país, que se sumarían a lo que hasta hace poco se consideraba como la buena producción de un año: unos 20 millones de hectolitros en la campaña 1973/74 que permanecen aún en bodega”.¹⁰⁶⁷

No obstante ello, la clave se encontraría en la “concentración monopólica” de los dos grandes factores de sector: las tierras y las bodegas. De allí que los principales responsables fueran los grandes bodegueros y los grandes terratenientes. El cuadro se agravaría como resultado del ingreso de los “piratas yanquis” a partir de la dictadura

¹⁰⁶⁴“Programa para la cuenca lechera”, en: *Nueva Hora*, 12/3/1975.

¹⁰⁶⁵“San Juan: Frente a la crisis de la vitivinicultura”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 4/1974.

¹⁰⁶⁶“¡Que la pague la oligarquía bodeguera!”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1974.

¹⁰⁶⁷“Crisis vitivinícola (I) La deben pagar los grandes bodegueros”, en: *Nueva Hora*, 5/3/1975.

militar de Onganía.¹⁰⁶⁸ ¿Cómo operarían todos estos factores? La “oligarquía viñatera” al acaparar tierras y créditos, impediría la capitalización de los pequeños y medianos productores, que se veían entonces condenados a desarrollar su producción en pequeñas parcelas, sin capacidad para conseguir abonos y agua para desarrollar una correcta producción. Así sus parrales terminaban por tener un rendimiento en quintales de uva inferior a la media.¹⁰⁶⁹ En cuanto a los grandes bodegueros, estos retacearían las vasijas de almacenamiento y ofrecerían precios por debajo de los costos, incluso procesando uva de sus propios viñedos cuando les resultara conveniente. Su “opresión” y “explotación” sería resultado de su condición de “productores integrados, como suele llamarse al monopolio”: poseen viñas, bodegas, fraccionadoras y canales de comercialización.¹⁰⁷⁰ Reconocían, de esta manera, que los pequeños productores entraban en crisis por su baja productividad, si bien, paradójicamente, no dejaban de señalar que el latifundio era improductivo.

De este modo, los grandes perdedores de la crisis serían los obreros, los contratistas de viñas¹⁰⁷¹ y los pequeños y medianos viñateros. Esa sería la base para un Frente Único Provincial que daría forma a la alianza obrero-campesina en Mendoza y Misiones. Las reivindicaciones inmediatas de estos sectores deberían ser, según el partido:

1. Aumento inmediato de sueldo y viviendas dignas para los obreros rurales y de bodega.
2. Aumento del porcentaje en la mensualidad de los contratistas de viñas, pago inmediato de los porcentajes de cosechas vencidos, asignaciones familiares, aguinaldo completo y recuperación de sus sindicatos.
3. Pago inmediato a los viñateros y control estricto de los precios pagados por los bodegueros, garantía de créditos a bajo interés.
4. Limitación a la salida de vinos de los grandes bodegueros hasta garantizar los de los pequeños y medianos a través de la compra por bodegas oficiales (GIOL en Mendoza y CAVIC en San Juan). Impuesto especial al vino de la “oligarquía”.
5. Expropiar viñedos de la “oligarquía” para darlos en propiedad a los contratistas de viñas y quienes quieran plantarlos. Mantener el precio al consumidor.

¹⁰⁶⁸“Mendoza: El PCR ante la próxima cosecha”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 3/1974.

¹⁰⁶⁹“Pequeños y medianos viñateros”, en: *Nueva Hora*, 2/4/1975.

¹⁰⁷⁰“La crisis vitivinícola y la oligarquía bodeguera”, en: *Nueva Hora*, 14/1/1976.

¹⁰⁷¹“Contratistas de viñas en lucha”, en: *Nueva Hora*, 11/12/1974.

6. Control por comités de obreros de bodegas y plantas fraccionadoras para evitar la adulteración del vino.
7. “Diversificación del uso de la uva. Expropiar a las empresas monopólicas yanquis de ventas de gaseosas, como Coca Cola, Pepsi, Seven-Up, transformándolas bajo control obrero, en empresas que envasen productos a base de jugo de uva, manzana y otras frutas también en crisis en los últimos años.”¹⁰⁷²
8. Repudiar la amenaza de la “gran burguesía fraccionadora” de plantar 150.000 hectáreas en Buenos Aires.
9. Normalización del Instituto Nacional de Vitivinicultura con mayoría de obreros, contratistas y pequeños y medianos bodegueros.¹⁰⁷³

Como en los casos anteriores, la solución definitiva vendría de la mano de una reforma agraria y de la liquidación de los monopolios, la oligarquía y la dependencia.¹⁰⁷⁴

Avicultura

El PCR intervino también en esta rama de la producción agropecuaria. Según su diagnóstico, se trataría de un sector de la economía con una fuerte monopolización, dado que Rockefeller, “monopolio yanqui”, dominaría la comercialización de aves y huevos y la producción de insumos esenciales: alimentos balanceados, remedios, antibióticos y pollos bebés, fijando precios a su gusto.¹⁰⁷⁵ Esta rama entonces expondría las limitaciones típicas de la

“dependencia de nuestra economía de la propiedad privada de los medios de producción [...] los monopolios y las autoridades que los favorecen, son los responsables de la crisis de la avicultura que en todo su peso es soportada por los pequeños y medianos productores, como así también por el consumidor”.¹⁰⁷⁶

¹⁰⁷²“¡Que la pague la oligarquía bodeguera!”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1974.

¹⁰⁷³“La crisis vitivinícola”, en: *Nueva Hora*, 29/10/1975; “La posición del PCR”, en: *Nueva Hora*, 20/3/1975; “Crisis vitivinícola (II) Tomar medidas de fondo contra la oligarquía viñatera”, en: *Nueva Hora*, 5/3/1975; “La crisis vitivinícola”, en: *Nueva Hora*, 29/10/1975.

¹⁰⁷⁴“Reportaje por TV”, en: *Nueva Hora*, 12/3/1975.

¹⁰⁷⁵“Los monopolios son culpables de la crisis”, en: *Nueva Hora*, 09/03/1973.

¹⁰⁷⁶“Expropiar a los monopolios de la avicultura”, en: *Nueva Hora*, 1ra quincena 12/1973.

Como indica el final de la cita, el PCR defendió aquí a los pequeños y medianos productores que recibían un precio por kilo vivo supuestamente inferior a sus costos, lo que habría llevado en 1973 a la quiebra de la mitad de ellos, generando un desempleo del orden del 30% y la ruina de otros tantos vinculados a las tareas siguientes de la cadena de producción (incubadoras, frigoríficos, etc.). Asimismo, criticó el levantamiento de la veda de carne vacuna que había servido a extender el consumo de aves.

En este sector de la economía agraria se desarrollaron las Ligas Agrarias de Entre Ríos, que no alcanzaron tanta visibilidad y dinamismo como otras experiencias liguistas. Sin embargo, el PCR replicó en sus páginas algunas noticias de ellas y extractos de su órgano de prensa, *La voz del productor*.¹⁰⁷⁷

Alto valle de Río Negro

El PCR también intervino en la crisis de los productores menos capitalizados de la rama frutícola del Alto Valle de Río Negro, cuya producción era destinada al mercado local y la exportación. Como en los casos anteriores, la crisis se atribuyó a las determinaciones estructurales que ya mencionamos: los grandes monopolios galponeros controlarían la comercialización, imponiendo precios a gusto en contra de los intereses de los campesinos y obreros.¹⁰⁷⁸ Ante lo que caracterizaba como la ruina de los pequeños productores, el partido los convocaba a aliarse a los peones para enfrentar al “enemigo común”:

“a los productores chicos les decimos que es preciso aliarse con los peones que tienen tranqueras adentro, para pelear juntos contra el enemigo común de tranqueras para afuera: los monopolios galponeros que les llevan hoy la fruta y les pagan cuando y lo que quieren. Pero eso significará que en cada chacra se satisfagan los justos reclamos de los trabajadores rurales y que sean éstos quienes dirijan la lucha contra el enemigo común.”¹⁰⁷⁹

¹⁰⁷⁷“Cómo está repartida la tierra en Entre Ríos”, en: *Nueva Hora*, 1ra quincena 12/1973; “El campo está que arde”, en: *Nueva Hora*, 22/10/1974.

¹⁰⁷⁸“Convergen movilizaciones campesinas”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 12/1971; “Expropiar a los pulpos en la comercialización: perjudican al productor”, en: *Nueva Hora*, 11/10/1974.

¹⁰⁷⁹“Al único que no pueden sobornar es al pueblo”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975.

La alianza resulta curiosa si se tiene en cuenta que a renglón seguido, el propio PCR reconocía que “Los obreros rurales están sintiendo muy especialmente los efectos de la crisis, que se traduce en despidos de los compañeros más antiguos y con familia más numerosa, dado que los chacareros argumentan que les es imposible pagar los nuevos sueldos.”¹⁰⁸⁰ Nuevamente, como lo vimos en casos anteriores, el antagonismo entre los dos polos de la alianza que se pretendía construir, se hacía explícito a pesar de que intentara obviárselo. En el mismo sentido, el partido publicó en su prensa una crónica de un conflicto de productores de tomate de Río Negro, que transcribimos:

“Siguiendo el ejemplo de los campesinos del Noreste, agrupados en las Ligas Agrarias, y de su lucha por mejores precios para su producción de algodón, té, tabaco, los chacareros de General Conesa, del Valle Medio (Luis Beltrán-Lamarque) y del Alto Valle (en especial Villa Regina) han protagonizado en estos días luchas exigiendo un precio de un peso para el tomate tipo platense y un peso veinte para el tomate perita contra el precio fijado por los industriales de cincuenta y sesenta centavos respectivamente. Los chacareros rionegrinos han organizado el control de las rutas provinciales 250 y 251 y la nacional 22 para evitar el tránsito de camiones cargados con tomate y han arrojado a las banquinas las cargas detectadas por valor de más de cinco millones de pesos viejos. Los chacareros preparan nuevas y más radicales medidas de lucha para el caso de no ser satisfechas sus exigencias”.¹⁰⁸¹

Como puede verse, los tomateros rionegrinos, en reclamo de mejores precios arrojaron al costado de la ruta cargamentos enteros de sus productos. El PCR no percibe allí ninguna contradicción, e incluso celebra la acción, cuando es notable que lo que está operando allí es la lógica del mercado capitalista: los “productores” pueden arruinar toneladas de alimento evitando que vayan a parar a manos de quienes los necesitan para su subsistencia, a los efectos de defender sus ganancias.

Frente a este cuadro de crisis, el comunismo revolucionario esbozó la salida que ya hemos analizado en otros casos: la expropiación de los monopolios, la compra de la totalidad de la producción de los pequeños y medianos productores por el gobierno, y la

¹⁰⁸⁰Ibidem.

¹⁰⁸¹“Río Negro: Lucha de los chacareros productores de tomate”, en: *Nueva Hora*, 09/03/1973.

alianza entre productores chicos, trabajadores rurales y del empaque para poner fin al acaparamiento de tierras.¹⁰⁸²

Cooperativas agrarias

Además del movimiento liguista, el PCR defendió la organización en cooperativas por los productores pequeños y medianos. Estas eran entendidas como un “elemento histórico” del movimiento campesino que le sirvió para enfrentar los aspectos más nocivos de la comercialización, tanto en su carácter de vendedores de mercancías agrarias como de compradores de insumos y alimentos, momentos los dos en los que terminarían en las manos de los “monopolios”. En este punto, venían a cubrir una “necesidad objetiva de los chacareros”. Sin embargo, en el decurso histórico, su objetivo inicial se habría pervertido para transformarse en “verdaderas empresas de tipo capitalista cuya prosperidad se mide por las ganancias que deje y no por los servicios que presta a los asociados.”¹⁰⁸³ Esa conversión habría sido abonada por los campesinos ricos y la burguesía agraria que anularon la participación de los campesinos chicos y medios y redujeron toda la estructura a una relación comercial. En este sentido, el movimiento campesino debía incorporar la consigna de recuperación del cooperativismo agrario.

Industria de la carne: ganaderos y frigoríficos

En el año 1973 el alza de precios y la caída del consumo instalaron el llamado “problema de la carne”. El PCR señalaba a este respecto que se trataba de “una constante en la historia de nuestro país, pues el poder de la gran burguesía terrateniente jamás fue lesionado”.¹⁰⁸⁴ La “oligarquía terrateniente” y los “monopolios de la industria frigorífica” no realizarían las inversiones necesarias para incrementar los niveles de producción, de manera que esto llevaría a las famosas “vedas de consumo de carne” y al incremento del precio al consumidor. Los beneficiarios serían naturalmente los “grandes

¹⁰⁸²“Crisis frutícola”, en: *Nueva Hora*, 15/1/1975; “Alto Valle del Río Negro”, en: *Nueva Hora*, 19/2/1975; “Monopolios galponeros: hay que expropiarlos”, en: *Nueva Hora*, 17/9/1975; “El desastre de Alto Valle”, en: *Nueva Hora*, 25/3/1975.

¹⁰⁸³“Hacer que sirvan a los campesinos”, en: *Nueva Hora*, 29/10/1975; “La situación de la Pampa Húmeda”, en: *Nueva Hora*, 23/3/1976.

¹⁰⁸⁴“¿Resolverá el Frejuli el problema de la carne?”, en: *Nueva Hora*, 27/4/1973.

estancieros o invernaderos” que controlaban los remates de hacienda y los frigoríficos extranjeros y nacionales.

A mediados de 1971 el partido realizó un estudio sobre la estructura de la industria de la carne, que fue publicado en *Teoría y política*, bajo el título de “Las carnes y su incidencia en la política argentina” y la firma de Mercedes Duarte.¹⁰⁸⁵ El trabajo en cuestión comenzaba afirmando que la industria frigorífica habría estado desde muy temprano dominada por el capital extranjero, en una disputa interimperialista entre el imperialismo británico, el primero en instalarse, y el norteamericano, que hizo su entrada a partir de 1907 fagocitando firmas locales (Swift, Armour-Morris, Hammond). Así, los frigoríficos argentinos “son gradualmente borrados del mapa ante los agresivos avances de los monopolios extranjeros”, que pasaron a controlar el grueso de los embarques al exterior. Hasta aquí vemos que, en la óptica del partido, se desarrolló una creciente extranjerización de la industria que estaba íntimamente ligada a la caracterización que realiza del país: oprimido por el imperialismo.

A esta estructura se sumaría un nuevo factor opresivo para los pequeños y medianos ganaderos: el surgimiento hacia 1920 del invernador gracias al ascenso de la carne enfriada que desplaza a la congelada. Este nuevo intermediario detentaría “una situación de privilegio para vender a los frigoríficos [y] tendrá sujetos a su poder económico a los pequeños criadores”, a la vez que lograría monopolizar enormes extensiones de las praderas más ricas. Los frigoríficos en este nuevo escenario trabaron relación con los grandes invernadores, que le ofrecían un abasto en cantidad, y recurrirían a los pequeños, sin intermediarios, “únicamente cuando hay escasez”. De resultados de todo ello, los campesinos ganaderos aparecían como los más perjudicados frente a “la vinculación oligárquica terrateniente-pool frigorífico”, alianza que iría “a contramano no solo del desarrollo agropecuario, sino del desarrollo en general”.

Ya durante los primeros gobiernos peronistas, la expansión del mercado interno abriría la puerta a la emergencia de pequeños y medianos frigoríficos nacionales que serían más adaptables por su tamaño a los cambios en la demanda, pero que tendrían además severas limitaciones tecnológicas. No obstante, habrían logrado crecer y hacia 1970 ya desplazaron a los extranjeros en materia de exportación, muchos de los cuales se redirigieron hacia otros países.

¹⁰⁸⁵Duarte, Mercedes: “Las carnes y su incidencia en la política Argentina”, *Teoría y Política*, N° 5, mayo-junio de 1971, pp. 65-75.

Ante esta situación de vuelta a la industria nacional y la “desconcentración” de la rama, el partido cargó las tintas sobre el otro problema que consideraba central: la oligarquía terrateniente vacuna. Esta sería la culpable del estancamiento del stock ganadero. Las cifras que la misma publicación ofrece no parecen avalar esa caracterización:

Tabla IV. Evolución del stock vacuno en la Argentina (1908-1970), según Mercedes Duarte

Año	Cabezas de vacunos (en miles)
1908	29.117
1914	25.876
1930	32.212
1937	33.201
1947	41.048
1956	46.940
1967	51.227
1969	51.200
1970	48.440

Fuente: Duarte, “Las carnes...”, op. cit., p. 73.

Lo que denotan las cifras es un crecimiento sostenido al menos hasta 1967, lo que da cuenta es que si todo se reduce a un problema de voluntad (“la ‘oligarquía’ no quiere invertir”) ello es falso toda vez que se verifica un incremento desde 1914. Estos datos tampoco avalan la tesis del “estancamiento desde hace 30 años”.

Frente a este panorama, el partido sostenía como salida un pliego programático¹⁰⁸⁶ que ofrecería una “solución patriótica”, basada en los siguientes puntos:

1. Nacionalización y expropiación sin indemnización del frigorífico Swift y todas las empresas del grupo Deltec. Dicha nacionalización debía estar orientada a que el Estado asumiera la responsabilidad de dar abasto suficiente al mercado interno y aumentar las cuotas de exportación. En relación a este punto, debe señalarse que chocaba contra la realidad toda vez que ya desde 1971, cuando se dictó la quiebra de Swift-Deltec, el

¹⁰⁸⁶“El PCR de La Plata ante el problema de la carne”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 5/1974; “Bahía Blanca: Frigoríficos”, en: *Nueva Hora*, 24/12/1974; “Una solución patriótica”, en: *Nueva Hora*, 22/10/1975; “Medidas inmediatas”, en: *Nueva Hora*, 22/10/1975; “Por verdaderas soluciones para las carnes”, en: *Nueva Hora*, 5/11/1975; “El problema de las carnes”, en: *Nueva Hora*, 16/3/1976.

Estado asumió la administración del frigorífico,¹⁰⁸⁷ volviendo a estar en manos de privados recién en 1977.¹⁰⁸⁸

2. Expropiación de los grandes latifundios y reparto de la tierra entre obreros y “campesinos”, para conseguir abasto suficiente. Precios diferenciales para los productores medianos y pequeños fijados por el gobiernos nacional, provincial y municipal en “comisiones de ganaderos no terratenientes, con dirección de ganaderos pobres y medios y con intervención de comisiones de consumidores integrados por sindicatos obreros rurales, cooperativas y organizaciones populares”.¹⁰⁸⁹ Eliminación de toda intermediación entre frigoríficos y carniceros. Parte de la ganancia de la comercialización de las carnes debería ser destinada a ofrecer créditos baratos a los ganaderos pobres y medios, de manera que estos puedan garantizar carne de calidad y bajo precio. Cupos para garantizar la industria frigorífica e incautación del ganado a los grandes productores que se nieguen a venderlo.
3. Mejoras salariales y en las condiciones laborales de los trabajadores. Planes de vivienda, salud y educación.
4. Trabajo para la juventud, con cupo un cupo del 10%. Igual salario para hombre y mujer.
5. Control obrero de la producción a través del cuerpo de delegados.

Movimiento de productores de La Pampa

En la provincia de La Pampa no se desarrolló un movimiento de productores agrarios que tuviera características semejantes a las de las experiencias de Chaco, Misiones o Formosa. Sin embargo, ello no evitó que el PCR pusiera su mirada en las capas pobres y medias del “campesinado” local y llamara a formar las Ligas Agrarias Pampeanas, para pelear

“Por precios compensatorios para los pequeños y medianos ganaderos. Por créditos a los chacareros pobres y medios. Por prioridad de almacenamiento de granos a los pequeños y medianos chacareros. Por la expropiación sin indemnización a los

¹⁰⁸⁷Bretal, Eleonora: “El ocaso de Swift en Berisso: representaciones de ex-obreros sobre las tensiones entre el capital y el trabajo”, en: *Theomai. Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo*, N° 33, primer semestre de 2016, pp. 83-100.

¹⁰⁸⁸Gresores, Gabriela: “Estatizaciones y reprivatizaciones en la industria frigorífica: ¿Otra forma de rentabilidad industrial?”, en: *Documentos del CIEA*, N° 2, 2004, pp. 93-102.

¹⁰⁸⁹“Intervenir las grandes estancias. Incautar el ganado”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 7/1974.

terratenientes latifundistas de sus tierras. Por la unidad obrero-campesina. Por la entrega gratuita de tierras a los chacareros arrendatarios y a los pequeños propietarios que tengan menos de la unidad económica. Por entrega gratuita de tierras a los hijos de chacareros. Por la organización de chacareros pobres y medios independientemente de las organizaciones de terratenientes latifundistas como la CARBAP, y la Asociación Agrícola Ganadera de La Pampa, como lo hicieron nuestros abuelos y padres del Grito de Alcorta y siguiendo el ejemplo de las Ligas Agrarias del Noroeste”.¹⁰⁹⁰

Este caso entonces muestra la importancia atribuida al movimiento liguista, buscando emularlo allí donde no se había alcanzado algún equivalente organizativo. En este caso, en el corazón más productivo de la pampa húmeda. Hacia fines de 1974 el Comité Zonal del partido en la provincia emitió una declaración en la que volvía insistir sobre la necesidad de la “organización independiente de las asociaciones rurales manejadas por los oligarcas”, bajo el ejemplo liguista y la tradición del Grito de Alcorta.¹⁰⁹¹ A pesar de que el PCR siguió batallando con esta línea,¹⁰⁹² todo parece indicar que su prédica no tuvo eco.

Resumiendo

Llegado a este punto, podemos realizar un breve balance la intervención del PCR en el movimiento de productores agropecuarios. Como se ha podido constatar, la defensa del “campesinado pobre y medio” llevó al partido a privilegiar el desarrollo de las Ligas Agrarias, a las cuales buscó ligarse propagandizando sus acciones, defendiendo sus reclamos e intentando orientarlas hacia lo que consideraba serían las transformaciones de fondo, revolucionarias, en un frente único con el proletariado rural. La intervención, sin embargo, no se limitó a ese sector, sino que se buscó actuar y/o sentar posición sobre buena parte de los problemas de los productores agropecuarios de las diferentes ramas y provincias donde esas actividades eran centrales.

En el conjunto de los casos, las reivindicaciones inmediatas que se apoyaron tenían que ver con los precios de mercado y el acceso al crédito, es decir, a la posición de estos sectores como defensores de su ganancia y de sus necesidades de capitalización. Estos debían tejer alianza con la clase obrera, contra los “grandes productores monopolistas”,

¹⁰⁹⁰“El PCR en La Pampa y la organización campesina”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 7/1974.

¹⁰⁹¹“Programa agrario del PCR”, en: *Nueva Hora*, 11/12/1974.

¹⁰⁹²“¡Unámonos campesinos de La Pampa!”, en: *Nueva Hora*, 14/5/1975.

que se asentaban tanto en la producción (los terratenientes y la oligarquía ganadera), como en la intermediación comercial. Asimismo, es interesante destacar que el “campesinado” no se encontraba solamente en regiones marginales del país sino incluso en el corazón del capitalismo agrario argentino, la pampa húmeda y en otras zonas que también desarrollaban una producción de exportación que generaba significativas ganancias, como el Alto Valle de Río Negro.

Entre el proletariado rural y el campesinado. Un balance

Habiendo reconstruido el accionar del partido sobre las dos clases que consideraba fundamentales en el agro -el proletariado y el campesinado-, nos interesa ahora intentar esclarecer cuál fue la naturaleza de la alianza obrero-campesina. Dicho más sencillamente, qué intereses primaron en su interior, los del primer término o los del segundo. Esto resulta central, más si se tiene en cuenta que en varias ramas de la producción agropecuaria el partido intentó organizar tanto a los productores como a los peones que allí se desempeñaban. Si se correlacionan los dos acápites anteriores, se observa que esta yuxtaposición en la intervención se dio en la producción quintera del “cinturón verde” de Buenos Aires, en la industria de la carne y del azúcar, en la producción tealera y yerbatera, entre otros. Para poder dar respuesta a este interrogante, reconstruiremos una serie de casos en los que el propio partido explicitó cuales debían ser los intereses priorizados.

Existe un documento de la ya mencionada Comisión Nacional de Obreros Rurales que muestra con claridad cómo la alianza obrero-campesina, en la práctica, significó que los intereses del proletariado estuvieran a la zaga de los del pequeño capital agrario, camuflado bajo el rótulo de “campesino”.¹⁰⁹³ Allí se ofrecen tres ejemplos sugestivos que debían “clarificar” la intervención de los peones rurales en relación a los problemas de los productores del agro: uno respecto al trabajo entre esquiladores de la Patagonia y dos que buscaban justificar la línea de la organización, uno destinado a mostrar por qué hay que apoyar a los “campesinos” incluso cuando ofrecen peores condiciones de trabajo y otro cuyo objeto era poner en evidencia que los productores que llevaban adelante una producción intensiva en mano de obra, no dejaban de ser aliados clave.

¹⁰⁹³Comisión Nacional de Obreros Rurales, “Golpeando...”, op. cit. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas corresponden a este documento. Una versión similar del contenido que aquí se analiza se encuentra en: “La alianza obrero-campesina eje principal de la lucha por la liberación”, en: *Nueva Hora*, 2/4/1975.

Los obreros esquiladores de la Patagonia, desprotegidos frente a las arbitrariedades de la patronal, decidieron superar la lucha individual y se dispusieron a acercarse al sindicato. Desde allí impulsaron un encuentro de esquiladores para la organización de la rama. Con 40 compañeros, redactaron un programa de lucha que contemplaba mejoras salariales, alojamiento y alimento, carro para la máquina, etc. Lo más interesante es lo siguiente que se presenta como otra gran conquista:

“además empujamos a los patrones de máquina para que se organicen en entidades patronales, para que peleen mejores precios a los ganaderos, porque, realmente, los ganaderos grandes son nuestros principales enemigos. [...] Ya formada la cámara de maquinistas tuvimos una reunión en conjunto. A ella nosotros llevamos algunos estudios de cuánto ellos deberían pagarnos y cobrar a los hacendados. [...] Después de discutir llegamos a acuerdo. Ellos nos pagaban \$ 1,50 al barrer y con ello logramos 1,80 por animal. Y los maquinistas fijaron \$700 al ganadero por animal. [...] Los maquinistas han empezado a dar cumplimiento a las leyes. Y la Sociedad Rural ha empezado a chillar.”

Esta política fue impulsada también por la corriente sindical del PCR entre los esquiladores del sur de Buenos Aires, en particular en FATRE Bahía Blanca. Allí el sindicato no contaba con la adhesión de obreros esquiladores, pero un grupo de unos 40 trabajadores se acercó al gremio para iniciar un proceso de organización frente a las arbitrariedades de su patronal. *Nueva Hora* entrevistó a dos representantes de esta experiencia, los cuales señalaron:

“¡Ah! Y no me quiero olvidar que empujamos a los patrones para que se organizaran en entidades patronales”

“E. CH: ¿Y cómo es eso? ¿Por qué?”

“Roberto: Porque así podrían cobrar precios uniformes y no se harían competencia desleal, cosa que nos perjudicaría”.¹⁰⁹⁴

El primer comentario de la cita fue realizado en un evidente tono celebratorio. Es indudable que se trata de la misma línea que estaba defendiendo el partido y su reproducción en la prensa orgánica da cuenta que este estaba detrás de la experiencia organizativa.

¹⁰⁹⁴“Charla con esquiladores”, en: *Nueva Hora*, 20/3/1975.

Volviendo al documento de la Comisión que veníamos trabajando¹⁰⁹⁵, el segundo ejemplo es una anécdota con relación a lo que se señala como una expresión frecuente entre los trabajadores rurales: “No hay peor patrón que patrón chico”. Los miembros de la comisión señalan que todo obrero se forma una opinión de su patrón en función de tres elementos: pago, trato y vivienda. Pero todo ello estaría determinado por el tamaño del empleador. Para explicar esto en detalle el artículo da un ejemplo completo..

Por un lado, presenta una estancia del sur de la provincia de Buenos Aires, de 14.000 hectáreas que emplea a 22 obreros en carácter de, si atendemos a la descripción, permanentes.¹⁰⁹⁶ Esta estancia cumple “estrictamente” con todas las leyes laborales, ofrece viviendas en buen estado e higiénicas, brinda buena comida y los trabajadores realizan una jornada de entre 10 y 12 horas diarias. Por su parte, un “campesino medio” de la misma zona, explota 200 hectáreas con uno o dos obreros. Generalmente, se encuentra en infracción ante las leyes laborales, ofrece un “ranchito miserable”, se come mal y hace cumplir jornadas de entre 10 a 12 horas. De manera que se está reconociendo que los pequeños productores ofrecen peores condiciones de trabajo.

El ejemplo se completa con otro que intenta estimar las ganancias de terratenientes y campesinos. En este caso, se trata de un latifundio de 5.000 hectáreas con 20 obreros. Suponiendo que se dedique a la siembra de trigo combinada con cría de ganado vacuno, el ejemplo estima que siembra 1.700 hectáreas con un rendimiento de 1.800 kg/ha obteniendo \$12.000 por quintal y que tiene un rebaño de 3.200 vacas de cría que producen 2.800 terneros engordados por año, comercializados a \$100.000 cada uno. Esto generaría ingresos brutos en un año por \$593.000.000 para el latifundista. En cuanto a gastos, contemplaría el sueldo por un año de 20 obreros, mantenimiento y amortización de la maquinaria, herbicidas, sanidad, pasturas, cosecha y administración e impuestos, por un total de \$251.500.000. Todo ello daría como saldo una ganancia anual de \$341.500.000.

¿Qué sucede con el “campesino medio”? De nuevo, supone 200 hectáreas, de cuya totalidad 50 se dedican a la producción de trigo, y en el resto del territorio pasta su ganado, compuesto por 50 vacas y 600 ovejas. Suponiendo un rendimiento de 1.800 kilos de trigo por hectárea, más 40 terneros de 200 kilos, 3 toneladas de lana (a \$15.000 por cada 10 kilos) y 400 corderos (a \$8.000 cada uno), alcanzaría un ingreso bruto de

¹⁰⁹⁵A partir de aquí, nuevamente las citas corresponden a Comisión, Golpeando..., op. cit.

¹⁰⁹⁶“3 tractoristas, 5 puesteros, 2 inseminadores, 1 herrero, 1 planchadora, 1 capataz, 3 alambradores, 1 carnicero, 1 parquero, 1 mecánico, 2 mensuales, 1 cocinera, 1 limpieza.”

\$22.100.000. A ello debe descontarse el sueldo anual de un obrero, el mantenimiento, los impuestos, etc., lo que asciende a \$13.500.000. Su ingreso neto sería entonces de \$8.600.000. De allí concluye:

“Por lo tanto el campesino tiene que ser un aliado nuestro para luchar contra el terrateniente. Los trabajadores estamos profundamente interesados en destruir el poder económico (la propiedad latifundista) de la oligarquía. [...] Si el campesino cumple con nosotros (nos paga lo que corresponde, y nos da vivienda digna) nosotros lo vamos a apoyar en su lucha por: A) precio diferencial. B) exención de impuestos para los pequeños productores e impuestos progresivos a los grandes. C) créditos. D) por la tierra. Por lo tanto, nuestra lucha es contra los terratenientes. Los obreros no dejamos de luchar por nuestras reivindicaciones porque el patrón sea chico. Pero tenemos que ubicar en cada zona al enemigo principal y sobre la base de la fuerza propia, es decir del fortalecimiento de nuestras organizaciones ir ganando en concreto a los campesinos chicos y medios que tomen las cuestiones esenciales de ellos para luchar contra la oligarquía.”

El ejemplo resulta sumamente ilustrador y condensa a la perfección la estrategia de alianza obrero-campesina que propugna el partido. Lejos de refutar la “frase común” que dio pie al ejemplo -“No hay peor patrón que patrón chico”-, esta explicación la confirma. Efectivamente, el artículo no discute que ofrezcan peores condiciones de vivienda e higiene ni el cumplimiento del mínimo establecido por las leyes laborales. Intenta, como es claro, justificarla en el hecho de que el “campesino medio” tiene una estructura de costos mayor en relación con sus ingresos, lo que le dejaría una baja ganancia. En el marco de esta justificación, lo que se están defendiendo son los intereses de los patrones pequeños por sobre el de los obreros rurales. De eso se trata la alianza obrero-campesina.

El artículo además, pone sobre la mesa un dato clave sobre el cual luego no repara. El “campesino medio” obtiene una ganancia de \$8.600.000 lo que, parece insinuarse en el texto, es algo más bien magro. El obrero permanente que este campesino explota, recibe un sueldo anual de \$3.500.000. El patrón, por la tanto obtiene durante el mismo período de tiempo un ingreso que es de más del doble que el del peón. Incluso suponiendo que el campesino realice parte de las tareas, es evidente que se está apropiando de un plusvalor que el no produjo. En definitiva, y más allá de las magnitudes, lo que el partido está defendiendo es a un explotador frente a otro de mayor tamaño. Eso es la

lucha del “campesino” contra el “latifundista”. En el medio de ello, el obrero deberá contentarse con un acuerdo en el cual, el campesino para el que trabaja le “garantiza” cumplir con sus “derechos”, cuestión que, como el mismo ejemplo ilustra, no hace mientras que los “grandes terratenientes” sí.

Como si este ejemplo no fuera lo suficientemente ilustrador, el texto de la Comisión redobla la apuesta al continuar con otro, extraído del llamado “cinturón verde” del Gran Buenos Aires (así se refiere a las quintas ubicadas en las localidades de Berisso, La Plata, Brandsen, Cañuelas, Lobos, Las Heras, Marcos Paz, Moreno, Pilar, San Miguel, Escobar, etc.) No es un ejemplo menor, toda vez que el PCR desarrollaba trabajo entre los obreros rurales de quinta, organizándolos en torno a nuevas regionales de FATRE.¹⁰⁹⁷ La importancia aquí radica en que las quintas son de pequeña extensión e intensivas en cuanto a mano de obra, es decir, en explotación. Lo que este ejemplo pone en evidencia es que el partido privilegiaba la disputa entre las diferentes capas de la burguesía agraria (las más grandes versus las más chicas) por sobre el enfrentamiento de clase (burguesía versus proletariado). Nos permitimos citar la argumentación en extenso:

“Trabajan en esta zona [el cinturón verde del Gran Buenos Aires] alrededor de 100.000 obreros rurales en alrededor de 5.500 quintas.

Esta zona es también muy rica en fruticultura, principalmente al norte del Gran Buenos Aires, tambos, floricultura y avicultura, que en nuestra experiencia es muy importante.

Es, además, una zona con grandes experiencias de lucha.

El problema del frente único en esta zona es una cuestión muy particular, puesto que existen una gran cantidad de quinteros chicos que explotan la fuerza de trabajo de miles de obreros rurales, pero como el mercado comercializador está en manos de los grandes quinteros y de poderosos grupos intermediarios, los precios que consiguen para sus productos son malos, por lo cual miran hacia abajo y superexplotan a los obreros, siempre que estos no estén organizados. Esta es la verdad que nos devuelve la experiencia.

Desde un sindicato de la zona hemos realizados reuniones con los patrones quinteros chicos. Les hemos dicho que los obreros no íbamos a aflojar en nuestras reivindicaciones, pero que teníamos muchas cosas en común. Esa lucha en común tenía que apuntar contra los grandes. Hubo acuerdos pero hay dificultades para cumplirlos.

¹⁰⁹⁷“Rurales del Gran Buenos Aires”, en: *Nueva Hora*, 5/3/1975.

Nosotros decimos: En la zona de quintas la solución de los problemas de los obreros rurales está íntimamente ligada a la solución de los problemas de los quinteros chicos, y afirmamos:

La única garantía de que los quinteros chicos apunten contra su verdadero enemigo, es que los obreros nos organicemos y nos fortalezcamos a través nuestras organizaciones, como condición esencial, y que a su vez ellos se organicen para pelear por sus reivindicaciones: precios diferencial, triple boleta, etc., en asociaciones independientes de las grandes.”

Estos reparos impactaron en lo que fue la reivindicación central del partido para el proletariado rural, la lucha por las 8 horas de trabajo. Sobre eso se indica respecto a la reunión de la Comisión:

“Otro asunto que se señaló fue que la lucha por las 8 horas debía dirigirse en primer término [hacia] los establecimientos más grandes de cada zona, por un lado porque así cunde más rápidamente la iniciativa y por el otro lugar porque si los pequeños propietarios cumplen las 8 horas y los grandes no, pronto los primeros quedarán en una situación crítica frente a los grandes, por mayores gastos y no podrán competir en el mercado.”¹⁰⁹⁸

En definitiva, como venimos señalando, para el PCR si los “campesinos” son explotadores o no, es algo secundario. Lo que se está defendiendo no es una capa de productores independientes, es decir una pequeño burguesía agraria, sino una fracción de la burguesía que tiene una menor escala y que, tal como reconoce el partido eso lo lleva a mayores tasas de explotación sobre los peones. Esto se justifica en dos elementos. Por un lado, en la magnitud de tierras sobre las que se lleva adelante la producción. Los quinteros son un ejemplo: como tienen pocas extensiones, no importa la magnitud del capital que ponen en juego ni las ganancias que ello genera, se convierten en aliados del proletariado. También los empujaría en esa dirección la parte de la ganancia que se va a manos de la burguesía comercializadora. El partido acaba por arrastrar abiertamente a la clase obrera rural a ser parte de un enfrentamiento interburgués. El PCR cree en este punto que se distancia del tronco del cual surgió, el PC. Mientras que el primero se asentaría en los obreros rurales y los campesinos, el segundo apuntaría a la burguesía agraria y a la asociación con sectores terratenientes.

¹⁰⁹⁸“La alianza obrero-campesina eje principal de la lucha por la liberación”, en: *Nueva Hora*, 2/4/1975.

No importa en este punto si la caracterización del PC es cierta, lo que interesa es destacar que el PCR no reconoce que detrás de esas fracciones “campesinas” se oculta la burguesía agraria chica.

El PCR frente a la política agraria peronista y la ofensiva golpista de la burguesía

Como ya hemos visto al analizar la cuestión del latifundio, el peronismo fue leído por el PCR como el gobierno de la burguesía nacional. En tanto tal, podía tener cierto potencial para enfrentar a los terratenientes, pero su naturaleza de clase no le permitiría ir a fondo y plantear la expropiación completa, pues no dejaría de responder a los intereses de la burguesía. Nótese la contradicción evidente en esta formulación. Si la liquidación del latifundio es una tarea burguesa no se entiende porque esa tarea no puede resolverla la burguesía nacional: o no es una tarea burguesa o no es un gobierno que encarne los intereses de la burguesía nacional. Sea como fuera, el peronismo, según el PCR tendería a un proyecto reformista en el agro, que intentaría forzar a los terratenientes a producir más (mediante el impuesto a la renta potencial) o a arrendar sus tierras improductivas (mediante la ley sobre uso de tierras) lo que implicaría “conciliar con la base del atraso”.¹⁰⁹⁹ Así, el gobierno “forcejearía” con la oligarquía, pero nunca “iría a fondo”.¹¹⁰⁰

El llamado “Pacto Agrario” (Acta de Compromiso del Estado con los Productores Agropecuarios y Forestales), que firmaron las corporaciones (SRA, CRA y FAA), sería la expresión más acabada de ello, puesto que fijaba metas productivas que debían relanzar la actividad agropecuaria del país, pero se preocupaba más por las exportaciones que por el abasto interno y, sobre todo, no establecía lo que sería la única medida capaz de lograr ese despegue: el reparto de la tierra entre los campesinos a través de una reforma agraria.¹¹⁰¹ Justamente por ello, lo habría suscripto la “oligarquía” a espaldas de las Ligas Agrarias, es decir, de los campesinos pobres y medios.¹¹⁰² El partido, sin embargo, se encontraba aquí frente a un problema. Ciertamente, las Ligas Agrarias no participaron de las negociaciones ni de la firma del Pacto, pero acabaron por darle su aval.¹¹⁰³ El propio PCR reconoció que estos sectores “apoyaron

¹⁰⁹⁹Gastiazoro, *Argentina...*, op. cit., p. 54.

¹¹⁰⁰“El PCR ante la actual situación”, en: *Nueva Hora*, 4/9/1974.

¹¹⁰¹“El ‘acta de compromiso’ contra los pobres”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 11/1973.

¹¹⁰²“Las Ligas contra el Pacto Agrario”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 11/1973.

¹¹⁰³“El ‘acta de compromiso’ contra los pobres”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 11/1973.

masivamente” a Perón en las elecciones.¹¹⁰⁴ A pesar de todo ello, el grupo maoísta guardaba confianza en que las expectativas “campesinas” no se verían cumplidas por Perón, y ello daría un nuevo aliciente al movimiento.

Un hecho importante en esta relación entre el gobierno peronista y las Ligas Agrarias lo constituye la reunión que el 19 de septiembre de 1973 mantuvo Perón con representantes liguistas de Chaco, Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos, Formosa, Misiones, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, y con el Movimiento Agrario de Salto, el Agropecuario del Oeste Bonaerense y la Confederación de Juventudes Agrarias Cooperativistas. *Nueva Hora* realizó una crónica de este encuentro. Allí señalaban que los campesinos plantearon el problema de la tenencia y de la intermediación comercial monopolista como trabas al desarrollo y la liberación nacional. El primer mandatario respondió que la tierra debía ser para quien la trabajara y llamó a los productores a organizarse en ese sentido, “como la CGT organiza a los obreros”. El PCR juzgó acertado el planteo de las Ligas, pero señaló que no se conquistarían sus reivindicaciones con petitorios sino con la toma del poder. Además, señaló que Perón olvidó explicar por qué en sus primeros dos gobiernos no repartió la tierra y siempre tomó como interlocutor a la FAA, “que estaba y está dirigida por la burguesía agraria que siempre ha tenido una actitud mezquina, cuando no contraria, respecto de las reivindicaciones del campesinado pobre y medio del país”.¹¹⁰⁵

En tanto que el FREJULI había instalado como consigna de su campaña electoral la “reforma agraria”, ello obligó al partido, que le atribuía a dicha consigna un peso central en las tareas revolucionarias, a delimitarse. La intervención en este sentido estuvo destinada a denunciar que la reforma impulsada por el peronismo ponía la mirada exclusivamente en la productividad, en el marco de una propuesta de “cuño desarrollista”, orientada según los lineamientos de la “vía latifudista” de desarrollo para el agro, a la cual ya nos hemos referido. Parfraseando a Vicente Solano Lima, el partido señalaba que el eje de la reforma era que “la tierra debe ser del que la trabaja *eficientemente*”, puesto que implementaba el gravamen a la renta potencial de la tierra, desconociendo la extensión y el tipo de productor que la explotaba. De resultas de ello, “si el productor es eficiente” el impuesto será insignificante, y si no, quebrará y dejará la tierra disponible para que la acaparen los “eficientes”. El principal golpeado por esta política sería el minifundio y el pequeño campesino, que no alcanzaría los estándares de

¹¹⁰⁴“El campesinado y las elecciones”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 10/1973.

¹¹⁰⁵“Entrevista de Perón con las Liga Agrarias”, en: *Nueva Hora*, 1ra. quincena 10/1973.

“eficiencia”. Al mismo tiempo, no afectaba a la propiedad privada sino que llamaba a utilizar la tierra en un “sentido social”. Esto significaba que el propietario no podría disponer a su gusto de la tierra, el Estado controlaría el nivel de productividad y uso, pudiendo expropiar los terrenos improductivos o subproductivos.¹¹⁰⁶ Aquí el partido acaba por reconocer la ineficiencia de los productores más chicos que quedarían por fuera de la eficiencia requerida. Nótese la contradicción entre este reconocimiento y los señalamientos que hemos analizado en los acápites precedentes, donde el partido elogiaba la productividad de las explotaciones de menor tamaño.

De este modo, la “reforma agraria” peronista preservaría el latifundio y acentuarían “las tendencias que el desarrollo de formas capitalistas en el campo ha tenido en los últimos años”.¹¹⁰⁷ Esa reforma no tendría entonces ningún aspecto revolucionario, porque “explotación eficiente y gran empresa agropecuaria no se contraponen”.¹¹⁰⁸

Por su parte la Ley de Fomento Agrario establecería algunas reglas aplicables a una “verdadera reforma agraria”, como ser el acceso a créditos y las exenciones impositivas, pero estas aparecen limitadas a quienes acrediten “idoneidad” y “capital mínimo” para la explotación, lo que dejaría afuera a “campesinos”. Sin embargo, el problema central de la ley sería que no atacaba el nudo de la cuestión: la propiedad de la tierra.

Respecto a la Ley Agraria de Giberti, el PCR planteó que el problema no era, como sostenía el Secretario de Asuntos Agrarios, el latifundio y el minifundio, sino solo el primero. En función de ello, el golpe debería ir dirigido a las grandes extensiones y no a las pequeñas. Así las cosas, la Ley sería insuficiente para resolver el problema agrario, quedando planteada la tarea de una reforma agraria basada en la expropiación de los “latifundios de los yanquis y de aquellos que traban el progreso” y su entrega en propiedad a los que quieran trabajarlos.¹¹⁰⁹ Cuando las Ligas Agrarias, en su Segundo Parlamento, apoyaron la ley, el partido volvió a criticarlas, tal como hiciera con el apoyo al Pacto Agrario, señalando que no tenían en cuenta los “verdaderos intereses” del campesinado, lo que podía atribuirse a la falta de democracia y deliberación de base.¹¹¹⁰

¿Cómo sería, entonces, una “verdadera” reforma agraria? Aquella que expropiara el gran latifundio para dividirlo y repartirlo entre campesinos, destruyendo así el poder de

¹¹⁰⁶“El Sr. Bidegain y la Reforma Agraria”, en: *Nueva Hora*, 30/3/1973.

¹¹⁰⁷“¿Reforma agraria o impuesto?”, en: *Nueva Hora*, 08/06/1973.

¹¹⁰⁸Idem.

¹¹⁰⁹“Expropiar el latifundio”, en: *Nueva Hora*, 1/10/1974.

¹¹¹⁰“Parlamento agrario: una discusión a puertas cerradas”, en: *Nueva Hora*, 21/8/1974.

la oligarquía. Este razonamiento no deja lugar a dudas y muestras las contradicciones que ya hemos destacado con relación a la concepción del latifundio del PCR: la “cuestión agraria” no está vinculada al desarrollo eficiente del agro o la transformación socialista en él, sino a la reproducción de la pequeña propiedad y subsistencia de productores de pequeña escala y más ineficientes.

Además de desarrollar esta serie de críticas a la política agraria del peronismo, el partido elaboró y difundió un conjunto de medidas que constituirían la base para construir un nuevo “Pacto”, que no debía ser ni “social” ni “agrario”, sino “obrero-campesino”.¹¹¹¹ Estas bases consistían en diez puntos, que debían ser el eje aglutinador de un Frente Único Antiyanqui entre el movimiento obrero, el movimiento campesino y el pueblo para avanzar en la expropiación del imperialismo, la oligarquía y los grandes capitalistas y liberar al país de la dependencia y el atraso:

1. Defensa incondicional de los intereses de la clase obrera: Aumento salarial, paritarias con elección de delegados de base, seguro social completo, plena ocupación.
2. Defensa incondicional de los intereses del campesinado pobre y medio: Precios compensatorios y diferenciales de acuerdo al costo, expropiación de los monopolios de comercialización que “chupan la sangre al campesinado”, control campesino de los precios.
3. Expropiación de los grandes latifundios yanquis para dar la tierra a quien quiera trabajarla. Créditos para la adquisición de maquinaria agrícola.
4. Solución al problema de la vivienda, sanidad y educación, estando el presupuesto de estos rubros bajo control de los interesados.
5. Expropiación del “imperialismo yanqui y la oligarquía”.
6. Control efectivo de precios con participación obrero-popular. Control de las ganancias de los monopolios y terratenientes. Créditos para pequeña y mediana industria. Solución al problema del desabastecimiento.
7. Libertad de agremiación y huelga, en organizaciones únicas y poderosas, sin “jerarcas”.
8. Democratización plena, cese de las persecuciones, fin de la legislación represiva, castigo a los culpables de torturas y crímenes. Libertad de todos los presos políticos y participación de las masas en los medios de comunicación.

¹¹¹¹“Bases para un pacto obrero-campesino”, en: *Nueva Hora*, 2da. quincena 7/1974.

9. Solidaridad con los países del tercer mundo.
10. Unidad del movimiento obrero con el movimiento campesino, junto al pueblo contra los enemigos de la patria.

Para concluir, veamos el caso de una ley agraria que sí fue apoyada por el partido. En mayo de 1975 el gobernador justicialista de la provincia de Corrientes, Julio Romero, presentó un proyecto provincial -que pasaría a conocerse como “Ley Romero”- en el que se planteaba la expropiación de tierras de la zona tabacalera de la provincia, que fueran puestas en producción por no propietarios (arrendatarios y aparceros, centralmente) y su entrega en propiedad en cantidades no inferiores a una unidad económica.

Para el Comité Zonal de Corrientes del PCR, se trataba de una ley positiva. Partía de caracterizar a la provincia como dominada por una oligarquía latifundista que exprimía al campesinado a través de formas feudales y que, a su vez, encarecía artificialmente el precio de la tierra, de modo que hacía imposible el acceso a esta por los pequeños y medianos productores. En el marco de una estructura de este tipo, la movilización de las Ligas Agrarias Correntinas había sido un factor de peso que dio pie para que el gobernador buscara algún tipo de solución. En este sentido, para el partido, el proyecto introducía una “reforma agraria” que beneficiaría a 10.000 familias con la distribución de 200.000 hectáreas, si bien tendría la limitación de dejar en manos del propietario la selección de la porción de tierra a expropiar. Lo fundamental sería que al dar la propiedad a los arrendatarios y aparceros, eliminaría los “resabios feudales” y desarrollaría la provincia sin cambiar profundamente el régimen de la tierra.

Justamente, al propio Romero se lo caracterizaba como un “un gran terrateniente, de tipo burgués pero terrateniente”,¹¹¹² de allí que buscara liquidar a la oligarquía feudal, pero que, a su vez, no pusiera en cuestión el latifundio mismo. Ese sería el elemento que el partido criticaba de la ley: no atacaba a la gran propiedad y no era, por tanto, una “verdadera reforma agraria”. Además, señalaba que la iniciativa de Romero pretendía afianzar el “copamiento del poder económico, social y político por el imperialismo ruso”, creando un “campesinado pobre pero propietario” que le serviría de base social para su proyecto de desarrollo basado en un “nuevo y moderno prusianismo”: el

¹¹¹²“Avanzar en la expropiación de los grandes latifundios”, en: *Nueva Hora*, 14/5/1975.

impulso a la gran estancia tecnificada en una relación de dependencia con un nuevo “amo”, el imperialismo ruso.¹¹¹³

En función de este balance, y a pesar incluso de lo criticado, el partido llamó a apoyar la ley frente al posible ataque de “una parte del feudalismo provincial” y advirtió que las limitaciones del proyecto de ley podían ser utilizados por estos sectores, motivo por el cual debía tenerse claridad política “para no errar el golpe, ya que debe estar dirigido a los grandes terratenientes”. Pero al mismo tiempo, el partido debería impulsar la mejora de la ley, exigiendo:

1. La expropiación de “todo terrateniente que no vive en la provincia” y a “todo el imperialismo yanqui”, dejando intacta la propiedad de los productores medianos.
2. Prohibir el arrendamiento, la aparcería y “otras formas de explotación del campesinado”.
3. No dejar que el terrateniente elija la fracción de la propiedad a expropiar, esto debería ser función de una asamblea de campesinos.
4. Entrega de tierra a los jóvenes para impedir la emigración y a las familias más numerosas.
5. Distribuir la tierra en magnitudes que permitan configurar unidades económicas viables para la familia campesina.
6. Entrega de tierra a los minifundistas, para que alcancen la unidad económica viable.
7. Ofrecer créditos a largo plazo y bajo interés. Definir un plan de viviendas, caminos, electrificación, hospitales, etc.
8. Precios diferenciales para la producción de tabaco.
9. Organización única del campesinado pobre y medio.
10. Extensión de la expropiación a toda la provincia.

La ley generó un acalorado debate en la legislatura provincial y no logró ser aprobada. El gobernador buscó entonces implementarla por medio de un decreto (nº 2.984). El partido, en esa ocasión, volvió a apoyar la ley y señaló que se trataba de una versión incluso superior a la original porque dejaba fuera de la expropiación a los inmuebles inferiores a las 100 hectáreas y que fueran la única propiedad rural del afectado. De este modo sería susceptible de expropiación el latifundista y no el campesino. El partido

¹¹¹³“Avanza la lucha campesina”, en: *Nueva Hora*, 25/2/1976; “La situación en Corrientes”, 11/2/1976.

reconocía que si bien “desde el punto de vista de la extensión afectada la medida es poco significativa, como dijimos, es en cambio importante la cantidad de familias que beneficia.”¹¹¹⁴

Un dato interesante en torno a esta ley y el accionar del PCR, es que este criticó a las Ligas Agrarias por utilizar “argumentos izquierdistas” contra ella.¹¹¹⁵ En efecto, las Ligas manifestaron un rechazo a la Ley Romero con el argumento de que el problema central del agro no era la tierra, sino los precios del tabaco. Para el partido, de esta manera las direcciones liguistas promovían el enfrentamiento entre campesinos, privilegiando a los medios y ricos (cuyo reclamo central sería el precio de los productos) por sobre los pobres (que reclamarían la tierra).

Finalmente, el último hito importante en el agro para la coyuntura que analizamos es el de los paros agrarios de 1975. El primer cuarto de aquel año estuvo signado por una marcada agitación en las corporaciones de la burguesía agraria, que iniciaron una intervención signada por la acción directa, bajo la modalidad de paros agrarios.¹¹¹⁶ La SRA, CRA y CONINAGRO confluyeron en un nuevo frente, el Comité de Acción Agropecuaria (CAA). El punto central del reclamo era el nivel de los precios de las mercancías agropecuarias que se encontraban deprimidos en un contexto de caída internacional. La FAA, si bien no formaba parte del frente, reclamaba por idénticos motivos y en diferentes provincias se rehusó a entregar la cosecha a la JNG. Incluso las Ligas Agrarias, sin terminar de converger con estas medidas de acción directa, convocaron paros con similares reivindicaciones. La agitación recorría de punta a punta el país, realizándose paros de productores de todos los rubros. En paralelo, el conjunto de las corporaciones empresarias avanzaban en negociaciones tendientes a la unidad que les permitieran coordinar acciones directas de mayor contundencia y envergadura. Esa unidad se alcanzaría en agosto de 1975 cuando más de un centenar de entidades y federaciones empresarias coincidieran en la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE), entre las que se destacaban SRA y CARBAP. Desde allí se delineó una estrategia golpista, de la cual las corporaciones agrarias fueron la punta de lanza.

¹¹¹⁴“El Plan Romero”, en: *Nueva Hora*, 10/9/1975.

¹¹¹⁵“El gobernador, las ligas y el golpe”, en: *Nueva Hora*, 17/9/1975; “El Plan Romero”, en: *Nueva Hora*, 10/9/1975.

¹¹¹⁶Sanz Cerbino, Gonzalo: “Tiempos violentos. Los paros agrarios de 1975 y la estrategia golpista de la burguesía”, en: *Anuario CEICS*, año 3, N° 3, Buenos Aires, 2009, pp. 37-66.

El PCR brindó en las páginas de su periódico una particular atención a esta compleja coyuntura. Su intervención se enmarcaba en una lucha “antigolpista”, ya iniciada hacia fines de 1974, que lo llevó a defender al gobierno de Isabel Perón contra el golpe de estado que, caracterizaba, podría provenir tanto del “imperialismo yanqui” como del “imperialismo ruso”. De allí la consigna que popularizara: “en defensa del gobierno de Isabel, contra todo golpe de Estado lo dirija quien lo dirija” y el llamado a luchar junto al “pueblo peronista” contra “un nuevo ‘55”, en alusión al derrocamiento del segundo gobierno de Perón.

En el ámbito específicamente agrario, el partido denunció un cambio en las relaciones políticas de quienes motorizaban el movimiento de lucha. El comité central del partido, reunido el 26, 27 y 28 de septiembre balanceó que las Ligas Agrarias habían abandonado las reivindicaciones del campesinado chico y medio (fundamentalmente la tierra, pero también los precios compensatorios). Estas, junto a la FAA y otras entidades “campesinas” como la UCIT, se habían encolumnado detrás de la burguesía agraria. Estos hechos constituían el caldo de cultivo para un “golpe restaurador” de los “terratenientes proyanquis” que buscaban minar la base social del gobierno para derrocarlo. Frente a ello, el partido llamaba a redoblar el esfuerzo en el campo, específicamente en la base campesina que aún mostraba una “voluntad combativa” que la estaría llevando a una crisis con sus direcciones. Esta intervención debía estar guiada por tres tareas: el impulso al combate salarial del proletariado rural, la lucha campesina por los precios y la tierra, y la pelea por la democracia contra el “terror yanqui”.¹¹¹⁷

Entrado el año 1975 el partido advirtió un creciente deterioro de la situación económica de los campesinos producto de que, al histórico reclamo por la tierra y las consecuencias del “estructura oligárquico-imperialista”, se le habría sumado un acelerado deterioro de los precios y el peso de los impuestos. Esta sería, entonces, una “lucha justa” de los campesinos”.¹¹¹⁸

La cuestión central para el PCR en esta coyuntura, era el aprovechamiento de las grandes corporaciones agrarias de los reclamos campesinos. Sectores de CARBAP, SRA y CRA “se montan sobre el descontento” para aprovecharlo con fines “golpistas”. En particular SRA sería la más férrea defensora del imperialismo yanqui e inglés. Para sus fines golpistas, exigirían la liberalización de la comercialización de carnes y

¹¹¹⁷“La clase obrera se prepara para grandes combates”, en: *Nueva Hora*, 11/10/1974; “Informe del Comité Central”, en: *Nueva Hora*, 12/3/1975; “¡Inmediata solución a los reclamos!”, en: *Nueva Hora*, 12/3/1975.

¹¹¹⁸“¡Inmediata solución a los reclamos!”, en: *Nueva Hora*, 12/3/1975.

haciendas y del tipo de cambio, la desgravación impositiva de las lanas, el congelamiento de impuestos y la negativa a establecer condiciones preferenciales para los frigoríficos estatales.¹¹¹⁹ Siendo los precios y los impuestos problemas reales de los productores rurales, el partido sostenía que se debía intervenir con claridad para contribuir a la resolución de ellos sin colaborar con la estrategia golpista de CARBAP, SRA y CRA que se expresaba en los paros que convocaban en nombre del “interés general” ocultando los intereses de la oligarquía.¹¹²⁰ Por eso el PCR rechazaba la liberalización del comercio y fijaba como criterio opuesto el control del stock ganadero y su incautación a los grandes productores, a la vez que defendía una gravamen impositivo progresivo contra los terratenientes¹¹²¹ y en favor de los campesinos pobres y medios, lo cual “abriría el camino para lograr el desarrollo sostenido de la producción agrícola-ganadera y conseguir la felicidad de los auténticos trabajadores del campo”.¹¹²² Otras corporaciones agrarias perseguirían idénticos fines golpistas, pero los impulsaría otro imperialismo. Ese es el caso de la FAA que con “métodos de lucha de las organizaciones campesinas pobres” -corte de ruta y paro- contribuía a realizar los intereses del “socialimperialismo ruso”.

Resulta interesante la forma en que el partido describió el enfrentamiento entre los dos imperialismos. El ruso habría alcanzado su cenit con la llegada de Gelbard al Ministerio de Economía. El Plan Gelbard con la Ley Agraria de Giberti pretendía una alianza con los sectores de “terratenedientes avanzados” y “grandes burgueses rurales”, para subordinar a los sectores “oligarcas más atrasados y reaccionarios”, por la vía de echar la culpa de los males al minifundio y amenazar al latifundio improductivo, lo que provocaba el rencor de la SRA y CRA, alineados con el “imperialismo yanqui”.¹¹²³ Tras la caída de Gelbard, el “imperialismo ruso” habría revisado su táctica acercándose al Comité de Acción Agropecuaria, “dejando de lado las diferencias que había anteriormente entre terratenientes atrasados y terratenientes avanzados o modernos” y acabó por sumarse al golpismo. Desde allí, utilizaría “las justas necesidades de precios,

¹¹¹⁹“La oligarquía engorda aún en la crisis”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975.

¹¹²⁰“El paro de CARBAP”, en: *Nueva Hora*, 25/3/1975; “Unirse contra el boicot terrateniente”, en: *Nueva Hora*, 29/10/1975.

¹¹²¹“El golpismo en el campo”, en: *Nueva Hora*, 21/1/1976.

¹¹²²“CARBAP en la conspiración”, en: *Nueva Hora*, 24/12/1974.

¹¹²³En la óptica del PCR, el capital norteamericano habría sido dominante hasta comienzo de los '70, alineado con Onganía y Levingston. Ya con el gobierno Lanusse primero y Cámpora después, se tornaría dominante el socialimperialismo ruso, que usufructuaría el Estado para obtener créditos para tierra y modernización, logrando imponerse en el rubro de los frigoríficos (antes, terreno de dominio yanqui con firmas como Swfit, Armour y Deltec). Esta caracterización se explica en: “Los obreros de la carne ante el paro ganadero”, en: *Nueva Hora*, 15/10/1975.

créditos y otras reivindicaciones”. Roto el CAA tras las denuncias de CARBAP de que SRA y CRA dilataban el plan de lucha, la CRA se acercó a la FAA. Ambas entidades lanzaron un plan de paros que se extendería hasta finales de 1975. El imperialismo soviético operaría en ese frente CRA-FAA. Estos terratenientes lo que buscarían, ante la pérdida de los mercados yanquis y europeos, sería ganar al ruso y para eso necesitaban imponer ese camino mediante una dictadura.¹¹²⁴

El otro rasgo característico del accionar del socialimperialismo ruso sería su entrelazamiento de intereses con diferentes sectores políticos. En Tucumán, por ejemplo, la Compañía Azucarera Tucumana estaría vinculada a la familia Nadra, que formaba parte de la dirección del Partido Comunista, y a Gelbard. Desde allí, estos sectores lograron un nivel de acumulación que les permitió invertir en industria y finanzas, y “comprometer” a dirigentes de organizaciones obreras y campesinas. De este modo, la CAT había ganado para el bloque soviético a la UCIT y FOTIA. La primera, habría abandonado los intereses de los cañeros pobres, la democracia, los precios diferenciales y la reforma agraria. La dirección, en manos de Lasalle, estaría vinculada al PC. Por su parte, Santillán de la FOTIA apuntaría al enfrentamiento entre obreros del surco y cañeros pobres. Con este accionar, los sectores prosoviéticos buscaron “malquistar a las grandes masas contra el gobierno nacional, transformando a Tucumán en una base operativa del golpismo”.¹¹²⁵

Un cuadro similar se vería en Mendoza y Río Negro. En el primero de los casos, el “socialimperialismo soviético” habría penetrado la actividad vitivinícola, tanto en empresas bodegueras (como Giol), en sindicatos (FOEVA, SOEVA y contratistas de viñas), en cooperativas y en el Estado.¹¹²⁶ En el segundo, los “prorrusos” buscarían instrumentar los “justos reclamos” de los chacareros en favor del golpismo, siendo el puntal de esa estrategia el Movimiento Regional de la Fruticultura, que el PCR denuncia que estaría en manos del PC con “fluidos vínculos con los grandes galponeros monopolistas”.¹¹²⁷

Más allá de las diferencias, lo que buscarían las corporaciones, independientemente del alineamiento entre tal o cual imperialismo, era imponer un “nuevo 1955” para defender sus intereses latifundistas, con diferentes “amos”, y para ello se presentarían como

¹¹²⁴“Contra los enemigos del pueblo”, en: *Nueva Hora*, 25/6/1975; “El plan Rodrigo”, en: *Nueva Hora*, 23/7/1975.

¹¹²⁵“Movilizarse independientemente por reivindicaciones y contra los golpistas”, en: *Nueva Hora*, 3/6/1975.

¹¹²⁶“Golpismo y antigolpismo en la provincia”, en: *Nueva Hora*, 21/1/1976.

¹¹²⁷“Al único que no pueden sobornar es al pueblo”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975.

representantes del “interés general” del campo.¹¹²⁸ La siguiente cita, extraída de una solicitada del PCR zonal La Pampa, con fecha del 14 de mayo de 1975, ilustra este planteo:

“Las reivindicaciones de los campesinos son una cosa buena y no una cosa mala, todo lo que está sucediendo en el campo en cuanto a la lucha es cosa buena y no una cosa mala; lo que es una cosa mala y no una cosa buena es que la dirección de la FAA y de la CRA, responden a intereses antinacionales imperialista de uno u otro signo y tratan de embarcar a todos los productores en una aventura golpista.”¹¹²⁹

Así las cosas, el escenario sería complejo y adverso puesto que en todo momento las “legítimas” reivindicaciones campesinas podrían convertirse en “caldo de cultivo sobre el que bullen los gérmenes golpistas”.¹¹³⁰ Frente a este panorama el PCR elaboró una política que introduce algunos matices en relación a la que venía desarrollando hasta aquí.

Por un lado, insistió en una serie de elementos que distinguirían los reclamos “campesinos” de los “oligárquicos”. Uno de ellos era el de la la reforma agraria que liquidara el latifundio, cuestión que naturalmente los sectores que el partido juzga como representantes de los “grandes terratenientes” no contemplarían. El otro, el asunto de la comercialización, que debía centrarse en el cuestionamiento de los “monopolios comercializadores”, que serían los verdaderos culpables y los que, nuevamente, la “oligarquía” no atacaría, pues sus intereses se entrelazan con los de ellos. Así explicaba *Nueva Hora* esta política:

“Cuando nosotros levantamos la consigna de precio diferencial lo hacemos para dividir a la gran masa de campesinos de los terratenientes. No para dividir a los campesinos pobres de los campesinos medios, y a los pobres y medios de los ricos. Pero una vez hecho esto tenemos que organizar la lucha independiente de los campesinos pobres, levantando otras reivindicaciones propias de estos. En primer lugar la lucha por la tierra.”¹¹³¹

¹¹²⁸ Ibidem; “Diferenciar justas reivindicaciones”, en: *Nueva Hora*, 14/5/1975.

¹¹²⁹ “Carta a los pequeños y medianos productores del campo”, en: *Nueva Hora*, 28/5/1975. Un planteo similar se observa en la carta del PCR de Rancul (La Pampa), llamando a los “campesinos” pobres, medios e incluso ricos a no dejarse utilizar por las maniobras golpistas. (“Millones contra centenarios”, en: *Nueva Hora*, 26/11/1975).

¹¹³⁰ “¡Inmediata...!”; op. cit.

¹¹³¹ “Enseñanzas de la crisis golpista”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975.

El matiz novedoso aparece en este punto. Al encontrarse con que las corporaciones también reclaman precios compensatorios, el PCR realizó una vuelta de tuerca a la consigna con la que agitaba entre campesinos y la reformula: ahora ya no se trataría simplemente de conseguir mejores precios, sino que estos debían ser diferenciales, atendiendo a los costos de cada tipo de productor y a las zonas de producción.¹¹³² Un aumento general beneficiaría a la “oligarquía” porque “son siempre los que más se benefician con los aumentos de precios, pues poseen las mejores tierras, más capital y mejor acceso al mercado”.¹¹³³ En sentido estricto, no es una novedad del partido, que ya había manifestado en otras ocasiones esa necesidad. Pero, fue en esta coyuntura en la que el elemento diferencial de los precios se tornó central y se puso mayor énfasis en ello ante la necesidad de delimitarse de un enemigo que adoptó idéntico reclamo. Además, se advirtió el problema de que los precios pudieran ser trasladados al consumidor, de modo que se abriría un frente de lucha entre campesinos y trabajadores. Atendiendo a este problema, el partido aclaraba:

“En una economía como la nuestra, oprimida por el imperialismo y trabada por el latifundio, la lucha de los campesinos por precios compensatorios y diferenciales para sus productos no entra en contradicción inmediata con los intereses de los obreros, principales consumidores de dichos productos.”¹¹³⁴

En su óptica, los verdaderos responsables de los precios eran justamente los monopolios comercializadores. Detrás de este razonamiento, se asumía que los productores agrarios tenían una ganancia “justa”, una retribución por su “trabajo”, y que todo el problema se ubicaba en el plano de la comercialización, donde habría una suerte de ganancia “extraordinaria”. De esta manera la base de la unidad del campo entre proletariado y campesino estaría en la lucha contra los terratenientes y los monopolios. Asimismo, debe advertirse que para aquel entonces los principales precios los fijaba el Estado -en función de las leyes que ya hemos descripto- lo que chocaría con la supuesta capacidad de los monopolios para determinarlos a su voluntad.

¹¹³²“Por mejores precios para los campesinos pobres y medios”, en: *Nueva Hora*, 18/6/1975; “Luchar por las reivindicaciones campesinas”, en: *Nueva Hora*, 12/11/1975.

¹¹³³“¡Inmediata...!” , op. cit.

¹¹³⁴“Contra el monopolio comercializador”, en: *Nueva Hora*, 22/1/1975.

En este escenario en donde avanzaba la estrategia golpista, el campesinado se volvía un sujeto fundamental para el partido. El PCR caracterizaba que el gobierno de Isabel tenía el apoyo mayoritario de la clase obrera, pero su punto flojo se ubicaba justamente entre los pequeños y medianos productores agrarios.¹¹³⁵ El gobierno nacional habría contemplado una mejora en las condiciones de vida del proletariado rural y del campesinado pobre y medio a través del “Plan Rodrigo”.¹¹³⁶ El Ministro de Economía anunciaría precios para el agro que “resultan ser notablemente superiores a los que regían hasta comienzos del mes de junio de este año” y otras medidas que ayudarían a la colocación de su producción (por ejemplo, a los cañeros pobres -de hasta 300 surcos- se les asignó un cupo de molienda). Esto cumpliría un objetivo político central: romper el frente golpista, expresado en la alianza CRA-FAA.¹¹³⁷ Este hecho es una evidencia más del alineamiento del partido con los pequeños patrones del campo, que lo llevó a encontrar elementos positivos en un plan económico de shock, eminentemente regresivo para la clase obrera, que hasta la CGT, identificada con el peronismo, se vio obligada a enfrentar.¹¹³⁸

La confluencia con el peronismo alineado con Isabel Perón fue una constante en esta etapa, bajo la caracterización de que allí anidaban “fuerzas antigolpistas y patrióticas”, con las que había que construir una unidad “desde abajo en los sindicatos y barrios” para “derrotar a los enemigos de la Patria y continuar para adelante”.¹¹³⁹ Por caso, el Comité Zonal del PCR La Pampa emitió una solicitada en la que saludaba al bloque justicialista local que acababa de emitir un llamado contra el “paro golpista de la oligarquía”:

“Pensamos que esta posición tomada por los Diputados Peronistas es un paso importante en la unidad antigolpista, en el sentido de la unidad de su partido y en el sentido de la unidad de todos los patriotas en contra de las potencias hegemónicas y sus aliados nativos que se están disputando nuestra patria impulsando el golpe de estado.”¹¹⁴⁰

¹¹³⁵“El gran aliado de la clase obrera”, en: *Nueva Hora*, 29/1/1975; “Unidad contra los monopolios y las maquinaciones golpistas”, en: *Nueva Hora*, 7/5/1975.

¹¹³⁶“Los rostros de la nueva ‘libertadora’”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975.

¹¹³⁷“Se rompe el frente golpista en el campo”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975.

¹¹³⁸El “Plan Rodrigo” implicó un aumento de las tarifas públicas del orden del 60% en gas, 75% en luz, 174% en nafta, 50% en gasoil y entre 75 y 150% en transporte público. Asimismo, los precios de la canasta básica registraron incrementos cercanos al 70%. Sumado a la devaluación monetaria, el resultado fue un abrupto descenso de los salarios reales. Véase Löbbecke, *La guerrilla...*, op. cit.

¹¹³⁹“Al único que no pueden sobornar es al pueblo”, en: *Nueva Hora*, 30/7/1975.

¹¹⁴⁰Solicitada sin título, en: *Nueva Hora*, 26/11/1975.

Estas ideas llevaron al PCR a caracterizar la política del gobierno de Isabel -tanto con la gestión económica de Celestino Rodrigo como con la de Pedro Bonanni y Antonio Cafiero-, como una política reformista favorable a los oprimidos del campo. Aún reconociendo que se trataba de medidas de corto vuelo, que no contemplaban la liquidación del latifundio,¹¹⁴¹ el partido confió en sus alcances para generar fisuras¹¹⁴² y quebrar el frente golpista. La fijación de nuevos precios agrarios en diversas oportunidades durante el año 1975, el anuncio de medidas como la compra estatal de 400.000 cabezas de ganado¹¹⁴³ o las compras preferenciales por las bodegas estatales a los viñateros chicos y medianos de Mendoza,¹¹⁴⁴ habrían servido para “desenmascarar los objetivos golpistas de los dirigentes agrarios” y dejaron en evidencia que esos dirigentes son “campesinos ricos, capitalistas agrarios y terratenientes” disconformes con el gobierno “nacionalista y tercermundista” de Isabel Perón. La concesión económica a los campesinos desnudaría así el “sentido político” de los paros agrarios.¹¹⁴⁵ No sorprende en este cuadro, que en las páginas de *Nueva Hora* se recogiera el testimonio de un “chacarero” productor de maíz y sorgo de Buenos Aires que declaraba: “Con la cosecha de trigo de este año los chacareros mejoramos un poco. Se cobró todo y a tiempo, incluido el reajuste”, a la par que exigía precios diferenciales.¹¹⁴⁶

En función de estos señalamientos, la intervención del “movimiento campesino” en 1975 debía entrelazar, en la lectura del partido, tanto la cuestión económica como la política. Esto es, la lucha por los precios y la lucha contra el golpe de estado. En el medio de ambas, el PCR llamaba a pugnar por ganar la dirección del movimiento, dado que “la mayoría del campesinado considera que el peronismo no resuelve a fondo ninguno de sus problemas aunque no ven una salida clara. Muchos ya defienden la necesidad de aplicar una política revolucionaria”.¹¹⁴⁷

¹¹⁴¹Ibidem; “Ganar al campo”, en: *Nueva Hora*, 25/6/1975.

¹¹⁴²“Ante el paro ganadero”, en: *Nueva Hora*, 24/9/75. Una exposición acabada del diagnóstico de quiebre del frente golpista y las opciones seguidas por cada uno de los sectores que lo conformaban puede verse en: “Las dificultades de los golpistas”, en: *Nueva Hora*, 17/9/1975.

¹¹⁴³“Compra y precios preferenciales”, en: *Nueva Hora*, 8/10/1975.

¹¹⁴⁴“Golpismo y antigolpismo en la provincia”, en: *Nueva Hora*, 21/1/1976.

¹¹⁴⁵“Ante el paro ganadero”, en: *Nueva Hora*, 24/9/1975.

¹¹⁴⁶“Maíz y sorgo”, en: *Nueva Hora*, 18/2/1976.

¹¹⁴⁷“Editorial: Los campesinos y el golpe”, en: *Nueva Hora*, 15/1/1975.

A mediados de 1975, el partido emitió una declaración de diez puntos para enfrentar la ofensiva golpista. Se trata de una declaración que agitó constantemente desde esa fecha hasta marzo de 1976. Ella incluía los siguientes puntos en materia agraria:

“5) Expropiación de los monopolios que provocan el desabastecimiento confiscando los productos acaparados o desviados del consumo.

6) Inmediata creación de un organismo nacional de compra y comercialización de productos agropecuarios e industriales vitales para el abastecimiento, expropiando a los monopolios extranjeros, principalmente yanquis, y restringiendo a los monopolios nacionales que actúan en esta esfera [...]

9) Reforma agraria expropiando sin indemnización los latifundios de propiedad de los grandes terratenientes asociados a los yanquis y de aquellos que traban el progreso del agro y es necesario expropiar para asegurar el inmediato acceso a la tierra de los sectores oprimidos del campo. [...] No es el pueblo el que debe pagar la crisis que han generado los enemigos de la patria sino los grandes monopolios, principalmente yanquis, y los terratenientes oligarcas.”¹¹⁴⁸

Como puede apreciarse en este apartado, la intervención del partido se centraba, en lo inmediato, en la defensa de la burguesía chica y su disputa por mejores precios, un reclamo propio de esa clase social. Cuando en coyunturas como la de 1975 esta capa de productores agrarios confluyó con los grandes para defender ese mismo reclamo, el PCR se vio obligado a buscar argumentos para explicar por qué ya no los apoya, aún cuando la reivindicación en cuestión seguía siendo la misma. El caso de las Ligas Agrarias es una buena muestra de ello. Cuando estas se alinearon con otras corporaciones agropecuarias impulsando paros, se argumentó que se había operado un cambio en su dirección o un alejamiento de sus dirigentes respecto de las bases. Sin embargo, el reclamo que motivaba las acciones seguía siendo el mismo, y correspondía a un interés burgués: los precios.

¹¹⁴⁸“10 puntos contra el golpe”, en: *Nueva Hora*, 3/6/1975. Estos puntos programáticos para la lucha antigolpista se repiten frecuentemente en la prensa partidaria durante la segunda mitad de 1975 y los primeros meses de 1976: “Propuestas del PCR para resolver la crisis”, en: *Nueva Hora*, 10/9/1975; “¿Que la crisis la paguen los que la provocaron!”, en: *Nueva Hora*, 1/10/1975; “Unir a la lucha contra el golpe la lucha por las reivindicaciones económicas y democráticas de la clase obrera, el campesinado y el conjunto del pueblo”, en: *Nueva Hora*, 15/10/1975; “Plataforma de unidad antigolpista”, en: *Nueva Hora*, 22/10/1975; “Medidas de emergencia”, en: *Nueva Hora*, 26/11/1975; “Medidas de Emergencia”, en: *Nueva Hora*, 3/12/1975; “Diez medidas básicas para la emergencia”, en: *Nueva Hora*, 25/2/1976; “El PCR propone”, en: *Nueva Hora*, 23/3/1976; “La crisis es hija de la dependencia y el latifundio”, en: *Nueva Hora*, 11/6/1975; “Urge expropiar los monopolios imperialistas y grandes latifundios de la oligarquía”, en: *Nueva Hora*, 23/7/1975.

Resumiendo

Al igual que VC, el PCR fue consecuente correlacionando la importancia atribuida al agro en su programa con la importancia que le dio a este espacio en su accionar político. Allí el campesinado, vía movimiento liguista, fue el puntal del trabajo agrario. Una de las más claras evidencias de ello fue el acercamiento del PCR a organismos liguistas o productores que decididamente eran explotadores. Como el propio partido acababa por reconocer, se trataba de los sectores que sometían a sus obreros a peores condiciones de trabajo, es decir, que eran de los más explotadores. La construcción de un frente entre la burguesía agraria y el proletariado rural bajo el pretexto de conseguir mejores precios para poder pagar mejores salarios, muestra a todas luces una claudicación: el proletariado rural aparece como un convidado de piedra, de una lucha que no es suya y a la que deberá ponerle el cuerpo para recibir migajas. Esa es la realidad que se oculta tras un discurso antimonopolista que intentaba mostrar como progresivo lo que no era más que una alianza entre las fracciones peor posicionadas de la burguesía con el proletariado para enfrentar a las más concentradas que, como vimos, no constituían ningún monopolio.

Por otro lado, la lucha por los precios agropecuarios, que ambos partidos fomentaron, se convirtió, en 1975, en un arma de la burguesía agraria que pugnaba por el golpe de estado. No es extraño, pues se trataba de una demanda patronal común a todas las capas de la burguesía en un contexto en el que el Estado fijaba precios más bajos para captar renta y financiar así sus gastos. Esto obligó, como hemos visto con claridad en el PCR, a hacer malabares argumentales para diferenciarse de los golpistas.

Finalmente, la oposición a las principales medidas agrarias promovidas por el tercer peronismo vino a exponer con crudeza esta realidad. En primer lugar, permite poner en evidencia una reivindicación solapada del primer peronismo, que parece haber sido más consecuente con los intereses “campesinos”. En segundo lugar, la impugnación al criterio “eficientista” de dichas leyes, obligó a estos partidos a reconocer aquello que se esforzaban por opacar: que los llamados “campesinos” son productores más ineficientes, por tanto, ellos no son vector del desarrollo de las fuerzas productivas ni son agentes del avance del capitalismo ni del socialismo. La expectativa con la que recibieron las políticas agropecuarias del peronismo viene a confirmar el predominio de los intereses de la burguesía en el seno del movimiento liguista, que los partidos

maoístas no hicieron más que fomentar al reivindicar la identidad campesina y la lucha por los precios e, incluso, por la tierra.

Capítulo VII

El trotskismo: Partido Socialista de los Trabajadores y Política Obrera

“El análisis concreto de la situación y de los intereses de las diversas clases debe servir para determinar el significado exacto de esta tesis al ser aplicada a tal o cual cuestión. [...] Naturalmente son posibles las más variadas combinaciones de los elementos de tal o cual tipo de evolución capitalista, y sólo unos pedantes incorregibles pretenderían resolver las cuestiones peculiares y complicadas que surgen en tales casos únicamente por medio de citas de alguna que otra opinión de Marx que se refiera a una época histórica distinta.”

(Vladimir Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, 1899).

El trotskismo como corriente tuvo su expresión en la Argentina de los años ‘70. En particular, dos partidos fueron los que se filieron en esa tradición y alcanzaron a tener cierto desarrollo en la etapa. Por un lado, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), que fue la nomenclatura que por aquellos años adoptó el morenismo, una variante vernácula del trotskismo que tomaba su nombre de su líder, Nahuel Moreno. Por el otro, Política Obrera, un núcleo surgido a partir de una experiencia previa, el grupo Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)-Praxis que fundara Silvio Frondizi en 1956.

Páginas atrás señalábamos que el PCR se delimitaba de aquellos a los que consideraban izquierdistas por negar un peso específico a la cuestión agraria. Esa acusación, casi sin excepción, tenía como objeto justamente al trotskismo. Sin embargo, como veremos, no es del todo certera. En efecto, el trotskismo planteaba una vía revolucionaria al socialismo, que si bien consideraba la existencia de tareas nacionales inconclusas, no llamaba a establecer alianzas con la burguesía ni apostaba a una etapa intermedia de desarrollo capitalista pleno. Por el contrario, sostenía que el sujeto de la revolución sería el proletariado, que protagonizaría un único proceso en el que se completarían tanto las tareas burguesas como las socialistas. A la burguesía no se le reconocía ningún potencial revolucionario, a pesar de quedar pendientes tareas propias de su clase. En cuanto a la estrategia, reivindicaba el insurreccionalismo y el partido como instrumento. En general, los partidos de esta corriente tomaron como base programática los postulados del dirigente bolchevique León Trotsky, vertidos en *La revolución*

permanente y *El programa de transición*. El primero de los textos resulta central y contiene ciertas definiciones que hacen a la cuestión que examinamos en esta tesis. Allí se planteaba el programa de la revolución para lo que se caracteriza como “países coloniales o semicoloniales”. Estos serían los países en los cuales la revolución burguesa no se habría completado. Allí habría tareas nacionales inconclusas y, en el agro, aparecería como clase fundamental el campesino. A este respecto, Trotsky señalaba:

“El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no sólo no pueden realizarse, sino que ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal-nacional.”¹¹⁴⁹

Por ello recomendaba que:

“Las secciones de la Cuarta Internacional deben, de la forma más concreta posible, elaborar programas de reivindicaciones transitorias para los campesinos (chacareros) y la pequeña burguesía de la ciudad correspondiente a las condiciones de cada país.”¹¹⁵⁰

La cuestión agraria aparece así como un problema central, en tanto se propone la alianza obrero-campesina con dirección proletaria y, en consecuencia, la definición de una serie de tareas para el campo y, concretamente, para el campesinado. De modo que el trotskismo argentino, a contramano de lo planteado por el PCR, tiene algo que decir sobre el problema que atañe a nuestra tesis. Ello es lo que analizamos a continuación.

I. Milcíades Peña

Nacido el 12 de mayo de 1933 en la localidad bonaerense de La Plata, Milcíades Peña llegó a convertirse en un historiador autodidacta y militante trotskista de cierto

¹¹⁴⁹Trotsky, León: *La revolución permanente*, 1930.

¹¹⁵⁰Trotsky, León: *El programa de transición*, 1938.

renombre, más por la primera de sus facetas que por la segunda.¹¹⁵¹ En efecto, si bien militó algunos años orgánicamente dentro de partidos que se filiaban en la tradición marxista inaugurada por León Trotsky, su trascendencia se debió más a una empresa intelectual que asumió y no llegó a concluir: la elaboración de una lectura integral de la historia argentina en clave trotskista que debía condensarse en un libro titulado *Historia del pueblo argentino*. Su influencia teórica y política sobre los grupos trotskistas merece que examinemos su figura.

Su trayectoria militante comenzó muy tempranamente, a mediados de la década del '40, cuando cursaba sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de La Plata y se incorporó a las Juventudes Socialistas de esa localidad. Unos pocos años después, hacia 1947, junto a otros militantes como Horacio Lagar y Alberto Plá, decidió abandonar la organización juvenil e integrarse al Grupo Obrero Marxista (GOM) que había puesto en pie Nahuel Moreno. A partir de allí comenzó su actividad intelectual más intensiva, dedicándose junto con Moreno al estudio del marxismo, de la realidad argentina y latinoamericana. Sus primeros aportes fueron publicados en el órgano del GOM, *Frente Proletario*, bajo el pseudónimo de Hermes Radio. Su militancia orgánica no cesó e incluso fue uno de los delegados que formaron parte del congreso que votó la transformación del GOM en Partido Obrero Revolucionario (POR), pasando a integrar su Comité Central. Mantuvo allí una actividad eminentemente intelectual, asumiendo las tareas de formación e instrucción dentro del partido (por caso, fue encargado de organizar los cursos de lectura de *El Capital*).

A comienzos de la década del '50 el partido asumió la política de proletarización como forma de iniciar un proceso de acumulación sindical en el movimiento obrero. Peña se resistió y acabó por separarse. No casualmente se acercaría entonces a otro intelectual marxista y cercano a las ideas del trotskismo, Silvio Frondizi¹¹⁵², para colaborar con él en el armado de *La realidad argentina*, un libro de diagnóstico sobre la estructura económica y social argentina. El trabajo mancomunado duró poco y en 1954 Peña volvió a ligarse a Moreno. Este le encargó la elaboración de *La Verdad*, nuevo órgano del antiguo POR que, para entonces, ya se había integrado al Partido Socialista de la Revolución Nacional como fracción interna. Más tarde asumió también la elaboración de una revista teórica, *Estrategia*.

¹¹⁵¹Nos basamos en: Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1996; Tarcus, *Diccionario...*, op. cit.; Osvaldo Coggiola en: *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006, pp. 170 a 184.

¹¹⁵²Si bien nunca se asumirá como tal, reconocía la validez teórica de la Revolución Permanente.

Hacia 1958 volvió a distanciarse de Moreno y un tiempo después se ligó a José Daniel Speroni, militante que había roto con Palabra Obrera (que para ese entonces era el agrupamiento de Moreno) y fundó una fracción sindical que editaba *Liberación Nacional y Social* y luego la *Revista de Liberación*, en la que Peña colaboró bajo el seudónimo de José Golán. Ya a mediados de los '60 inició su empresa intelectual más reconocida: *Fichas de Investigación Económica y Social*, en la que junto a Jorge Schvarzer y otros, desarrolló sus principales elaboraciones teóricas e históricas sobre la Argentina. Allí mantuvo una famosa polémica con Jorge Ramos -por aquel entonces ya fundador de lo que se dio en llamar la “izquierda nacional”-, sobre la que volveremos en este acápite. Allí firmaba sus artículos bajo su nombre, pero también con diversos seudónimos: Gustavo Polit, Alfredo Perera Dennis y Víctor Testa.

En las páginas de *Fichas* podemos ver a un Milcíades Peña que buscaba interpretar la historia argentina a la luz de conceptos netamente trotskistas: la revolución permanente, el desarrollo desigual y combinado, la condición de país semicolonial. Desde esa óptica examinó la composición de la clase dominante, defendiendo la idea de la unidad entre terratenientes e industriales y denunció los límites de esta clase para completar las tareas burguesas, a la par que rescató los proyectos “olvidados” de desarrollo nacional: Alberdi y Sarmiento. Fiel al trotskismo, defendió que la burguesía nacional era incapaz de cumplir con las tareas pendientes: expulsión del imperialismo, independencia nacional, expropiación de la oligarquía y reforma agraria. Sobre el proletariado argentino tuvo una evaluación eminentemente pesimista, destacando su “quietismo” y “conservadorismo”, elementos que, a su vez, contribuirían a explicar el ascenso del peronismo. A este último lo caracterizó como un régimen bonapartista, que arbitraba entre la burguesía y la clase obrera, en un gobierno “del como sí”, refiriéndose a la diferencia entre lo que efectivamente era y lo que decía ser.

Toda su actividad quedó trunca, sin embargo, hacia diciembre de 1965, cuando decidió suicidarse. El equipo de la revista *Fichas* continuó un tiempo con la edición de la revista y parte de sus integrantes asumieron la tarea de editar póstumamente los manuscritos de Peña que integrarían su *Historia del pueblo argentino: Antes de mayo. Formas sociales del trasplante español al Nuevo Mundo* (1969), *El paraíso terrateniente. Federales y unitarios forjan la civilización del cuero* (1969), *La era de Mitre. De Caseros a la guerra de la triple infamia* (1968), *De Mitre a Roca. Consolidación de la oligarquía anglocriolla* (1968), *Alberdi, Sarmiento, el 90. Límites del nacionalismo argentino en el*

siglo XIX (1970), *Masas, caudillos y élites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón* (1973), *Industria, burguesía y liberación nacional* (1974).

La revista *Fichas* es la que nos permite una mejor aproximación a nuestro problema, es decir, a la reconstrucción de los aportes de Peña respecto de la cuestión agraria argentina. En concreto, una serie de notas¹¹⁵³ publicadas entre fines de 1964 y principio de 1965 que constituyen una respuesta a las críticas realizadas por Jorge Abelardo Ramos al primer número de la revista *Fichas*, en un texto titulado “La cuestión nacional y el marxismo”, dentro del libro *La lucha por un partido revolucionario*. Tal como Peña señaló al comienzo del texto, la respuesta se convertía en una instancia importante para reiterar y condensar toda una serie de definiciones acerca de cómo él comprendía el problema nacional de los países atrasados y semicoloniales.

La seguidilla de notas tiene una estructura en la cual Peña toma cada afirmación de Ramos y la rebate, en particular porque Ramos le atribuía a *Fichas* posiciones que no eran realmente las que la revista sostenía. Sin embargo, a los efectos de hacer más clara la exposición y focalizarnos en lo que atañe a nuestro objeto de estudio, evitaremos abordar el conjunto del debate e intentaremos reconstruir las posiciones que nos interesan a los efectos de nuestra investigación.

Fiel al trotskismo, Peña caracterizaba a la Argentina como una nación atrasada y semicolonial por cuatro elementos. El primero, la inexistencia local de un proceso de revolución industrial que, en consecuencia, dejaba una productividad del trabajo muy baja y una baja utilización de capital. El segundo, el carácter deudor respecto al resto de las metrópolis del orbe capitalista. El tercero, el papel de proveedor de alimentos y materias primas en el mercado mundial. Y, finalmente, en cuarto lugar, la existencia de tratados (Tratado de Río de Janeiro, Carta de la Organización de Estados Americanos) en la que el país delegaba “atributos soberanos esenciales” (la potestad de declarar la guerra) en un “superestado continental controlado por Estados Unidos”.¹¹⁵⁴

¹¹⁵³Peña, Milcíades, Gustavo Polit y Víctor Testa: “Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos)”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, N° 4, año I, diciembre de 1964, pp. 58-81; Peña, Milcíades, Gustavo Polit y Víctor Testa: “Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos) [segunda parte]”, en: *Fichas*, N° 2, año I, marzo de 1965, pp. 58-65; Peña, Milcíades, Gustavo Polit y Víctor Testa: “Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos) [tercera parte]”, en: *Fichas*, N° 6, año I, junio de 1965, pp. 24-35; Peña, Milcíades, Gustavo Polit y Víctor Testa: “Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos) [cuarta parte]”, en: *Fichas*, N° 8, año II, diciembre de 1965, pp. 33-51.

¹¹⁵⁴Peña et al, “Industrialización...”, p. 59.

De resultas de ello, concluía que quedaban pendientes tareas de liberación nacional y se adentraba así en el planteo de las clases sociales interesadas en ella. Afirmaba que el proletariado era la única clase capaz de realizar esta tarea y que el otro sector interesado en ella era la pequeña burguesía urbana y rural. Como puede verse, para el proletariado y la pequeña burguesía se utilizaban conceptos diferentes para vincularlas al problema nacional. Que la clase obrera fuera *capaz* de realizar la liberación significaba que debía erigirse en dirección de dicha tarea acaudillando a otras clases, entre ellas la pequeña burguesía, que tendría *interés* en esa tarea. En efecto, la clase obrera sería la única capaz de realizar las dos tareas nacionales o democráticas pendientes: la expulsión del capital extranjero y la expropiación de los terratenientes. Al quedar las grandes empresas en manos de un Estado Obrero, la liberación nacional avanzaría ininterrumpidamente hacia el socialismo. Dicho de otro modo, se adscribe a la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Este carácter permanente estaría en parte explicado por el hecho de que el capital extranjero sería el principal capitalista industrial, es decir, que el sector más poderoso del capitalismo argentino se compondría de extranjeros, de modo que la liquidación de la penetración extranjera era en parte la liquidación del grueso del capital. Peña hacía explícito un punto de diferencia sustancial con el estalinismo y posteriormente con el maoísmo, que estaba implícito en la formulación precedente: la burguesía nacional no portaría ningún potencial, ni siquiera para el cumplimiento de tareas nacionales. En efecto, sería una clase contrarrevolucionaria, incapaz de liquidar el latifundio y expulsar al imperialismo. Es definitiva, estaba imposibilitada de impulsar la liberación nacional.

Esto nos lleva a otro punto, que fue tratado en artículos anteriores de *Fichas*, a saber, las características que Peña le atribuía a la clase dominante argentina. Lejos de plantear la existencia de un enfrentamiento entre capas agrarias e industriales de la burguesía, el intelectual trotskista sostenía un entrelazamiento de intereses. Partía de caracterizar un origen “agrario” de la burguesía industrial, toda vez que las inversiones en industria serían el resultado de las reinversiones de las ganancias realizadas por grupos financieros donde eran mayoritarios los terratenientes y el capital monopolista extranjero. Esto se sustentaría con el examen de la nómina de fundadores y dirigentes de la Unión Industrial Argentina (UIA), donde se constataba una proporción significativa de industriales que provienen de la SRA. Así la constitución de la burguesía industrial seguiría caminos diferentes a los “tradicionales”, en la medida en que no recorrería una larga etapa de desarrollo evolutivo desde el artesanado a la gran industria, y por tanto no

tendría un crecimiento “autónomo”.¹¹⁵⁵ Así, aunque la oligarquía impulsó el desarrollo industrial, como se trataría de una “pseudointustrialización”, la pervivencia del latifundio era sinónimo de atraso.

El desarrollo de una producción extensiva en grandes extensiones de tierra, repercutiría negativamente sobre el desarrollo local, por la baja incidencia del sector en la generación de empleo y la baja producción, que impedía la constitución de un mercado interno y el despegue de la industria nacional. Pero, a pesar de ser un factor atraso, el latifundio tendría un potencial para la burguesía industrial: la retracción que provocaba en el mercado local se veía compensada, al menos parcialmente, por su papel de expulsor de mano de obra que permitía a la industria contar con una fuerza de trabajo barata, constituía por los “chacareros y peones desarraigados”. Así habría ocurrido, por caso, con el aluvión inmigratorio europeo que, al encontrarse con la tranquera cerrada en el campo, tuvo que emigrar hacia las ciudades en busca de trabajo, ofreciéndose como mano de obra barata. Es este factor entonces el que explicaría el por qué la burguesía industrial no está interesada en la liquidación del latifundio, lo que a su vez reafirmaba la simbiosis entre industriales y terratenientes. En este punto, Peña discute con otro intelectual, Eduardo Astesano, quien en *Historia de la independencia económica* sostenía el antagonismo irreconciliable entre terratenientes e industriales. Nuestro autor aclaraba que si bien se producen roces, existía una unidad general de intereses. Los “roces” serían el resultado de la política de los terratenientes que, mientras el mercado mundial les ofrece buenos precios no tienen ninguna vocación “nacional” de desarrollo interno y están dispuestos a sacrificar la industria local frente a la competencia extranjera; pero se volverían acérrimos defensores de lo nacional cuando el “imperialismo” compra poco y a mal precio y requieren compensar las ventas en el mercado interno. La conclusión política de este análisis se sintetiza en el siguiente párrafo:

“Ni la superación del atraso del país ni la emancipación del imperialismo son posibles sin eliminar a los terratenientes, principales usufructuarios del latifundio, que es la columna vertebral al atraso nacional. Hasta los economistas cepalinos de Presbich han

¹¹⁵⁵Polit, Gustavo: “Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, N° 1, año I, abril de 1964, pp. 60-80.

reconocido que sin liquidación del latifundio no hay industrialización que merezca llamarse como tal, y esto nos exime de insistir sobre el tema”.¹¹⁵⁶

Si se tiene en cuenta además que para Peña la burguesía nacional argentina era cabal muestra de la idea de Trotsky, según la cual en los países atrasados ésta está íntimamente ligado al capital extranjero y no tiene vocación de desarrollo nacional, se completa el panorama de los factores que determinan el atraso argentino: el latifundio y la penetración imperialista. De allí que teorizara la existencia de un proceso de “pseudointustrialización” que sería una forma de industrialización ligada al imperialismo. Concretamente, el concepto haría referencia al injerto de fábricas en un país atrasado de la mano de trusts o monopolios que obtendrían superganancias y obturaban la difusión general de la tecnología moderna y de otras ramas de la producción. Se trataría entonces de lo que Trotsky denominó “desarrollo desigual y combinado”.

Entrando específicamente en la estructura agraria, Peña reproduce la idea de una clase latifundista ganadera que bloqueaba el desarrollo de una capa de chacareros agricultores. Ese fenómeno estaría detrás de la caída de las exportaciones de 3,2 millones de toneladas de trigo durante 1934-1938 a 2 millones en 1943-1944 y del maíz de 7 millones a menos de un décimo en similares períodos. Es decir, la tesis del estancamiento:

“Frente a esta crisis de la agricultura, que empobrecía a la mayoría de los chacareros, se alzaba la prosperidad de la ganadería, beneficiosa para los terratenientes y estancieros, y para un reducidísimo sector de chacareros muy ricos que contaban con el capital necesario para dedicarse a la ganadería extensiva.”¹¹⁵⁷

El rasgo distintivo de la “oligarquía terrateniente” sería su sostenimiento a través del latifundio. Como categoría de análisis, este refería a la concentración de la tierra en pocas manos, independientemente de que esta fuera utilizada para la agricultura o la ganadería, fuera puesta en producción por entero o fragmentada en parcelas para arriendo. Utilizando cifras del *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados* de la Provincia de Buenos Aires o de declaraciones del gobernador de la provincia, Peña

¹¹⁵⁶Idem, p. 63.

¹¹⁵⁷Idem, p. 69.

sostenía que en Buenos Aires 272 terratenientes tenían en sus manos 50.000 kilómetros cuadrados de tierra o, presentado de otro modo, que unas 1.200 personas eran dueñas de la cuarta parte del territorio provincial. En el otro extremo, 160.000 chacareros solo poseían 1.500.000 de hectáreas. De cada 100 chacareros solo 36 “son propietarios de la tierra *que trabajan*”, mientras que el resto es arrendatario o aparcerero. Nótese, además, que los chacareros serían los que “trabajan”, es decir, serían productores directos. En otro trabajo señaló que de los chacareros, el 50% eran arrendatarios y que, según datos de la *Revista de Desarrollo Económico* de la Junta de Planeación Económica de la Provincia de Buenos Aires, allí las parcelas chicas y medianas (aquellas inferiores a las mil hectáreas) representaban el 96% de las explotaciones.¹¹⁵⁸

Este fenómeno se reproduciría en los mismos términos en cuanto al stock ganadero, puesto que el 2,4% de los propietarios de vacunos poseerían el 50% del total, mientras que en el caso del bovino el 5% tenía el 64% del total.¹¹⁵⁹ Peña rechazaba que la estancia en manos de la oligarquía fuera feudal, puesto que descansaba sobre la libre contratación de la fuerza de trabajo del peón rural. En efecto, los “estancieros” se le presentan como la manifestación de la clase capitalista nacional, dueña de la tierra, de las vacas y del país.¹¹⁶⁰ No encontramos aquí ninguna novedad sustantiva en relación a los exámenes que reconstruimos en los capítulos pasados: la evaluación del agro se basa en cifras impresionistas que tienden a crear la ilusión de las dos contracasas del “mito oligárquico”: latifundio y minifundio.

Esta clase oligárquica tendría una vinculación compleja con las metrópolis imperialistas. Esa relación se asentaría fundamentalmente en el mercado mundial, pero también a través del entrelazamiento con el capital financiero para la elaboración o comercialización de sus productos, y en la inversión de la renta agraria en industrias de capitales imperialista que producían para el mercado interno. Sin embargo, este entrelazamiento no debería llevar a pensar, advertía, que por ser abastecedores del mercado mundial sean agentes incondicionales de las metrópolis. Por el contrario, el intelectual trotskista señalaba que en momentos de crisis los terratenientes pueden exigir medidas antiimperialistas “llegando, incluso a pedir la expropiación de empresas imperialistas.”¹¹⁶¹ De allí su política fluctuante entre proteccionismo y liberalismo, entre

¹¹⁵⁸Peña, Milciades: *Historia del pueblo argentino*, Emecé, Buenos Aires, 2012, p. 380 y ss.

¹¹⁵⁹Peña, “Rasgos...”, op. cit.

¹¹⁶⁰Peña, *Historia...*, pp. 145-150.

¹¹⁶¹Parera Dennis, Alfredo: “Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, N° 4, año I, diciembre de 1964, p. 8.

su rol de “vendepatria” y “defensora de la soberanía”,¹¹⁶² y que fuera falsa la afirmación según la cual no tienen interés en el desarrollo industrial local.

Peña también adscribía a la idea de la inestabilidad del arrendamiento como factor explicativo del subdesarrollo agrícola. En este punto, afirmaba que la congelación de los arriendos no brindaba mayor seguridad ni contribuía a enriquecer al campo. Señalaba que si bien se alargaba la permanencia en un mismo campo esto no alteraba la sensación de incertidumbre.

Como clase, los chacareros no explotarán fuerza de trabajo, algo que dejaba en claro cuando señalaba que el Estatuto del Peón no afectó o lo hizo de manera “insignificante” a los chacareros, mientras que sí lo hizo los terratenientes y un pequeño estrato de chacareros ricos. Esto le permitiría al autor asimilarlos al campesinado. Según sus datos, extraídos del Censo Nacional Agropecuario de 1962, al momento de aplicarse el Estatuto, de las 452.000 explotaciones solo 88.200 (menos del 20%) trabajaban con personal asalariado.

“Entonces *como hoy*, la mayoría de los chacareros eran productores familiares que trabajan con sus brazos y los de su familia, empleando escaso o ningún trabajo asalariado. (En la actualidad de cada 100 personas que trabajan en actividades agropecuarias en la región chacarera -Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa, Santa Fe- 70 son productores familiares y solo 30 son peones, de los cuales 21 fijos y 9 transitorios”¹¹⁶³

Asimismo, los chacareros arrendatarios tenían un nivel de vida apenas superior al del peón rural. Ya hemos señalado, al examinar el caso del PCR, que la utilización acrítica de los censos como fuente conduce a minusvalorar el peso del proletariado rural, en particular el transitorio. En este caso, Milcíades Peña realizaba la misma operatoria, la cual lo condujo a caracterizar un agro decididamente campesino, es decir, dominado por el pequeño productor autónomo y autosuficiente.

Seguidamente, sostenía que los chacareros eran expropiados por los terratenientes por la vía de la renta, pues entregarían, según cálculos de Giberti, al menos del 20% de su producción, lo que daría cuenta del “parasitismo de la clase terrateniente, enriquecida por el trabajo de los peones y chacareros”.

¹¹⁶²Idem, p. 13.

¹¹⁶³Peña et al, “Industrialización...”, op. cit., p. 70. El destacado es nuestro. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

Esto da pie a otra idea de la imagen tradicional a la que adscribe Peña:

“[La] utilización irracional del suelo. El régimen de la propiedad de la tierra imponía una explotación extensiva de la baja productividad y reacia a las innovaciones técnicas [...] Para los terratenientes argentinos el chacarero -inmigrante llegado al país sin otro recurso que sus brazos- no fue otra cosa que un comodín que preparaba la tierra para el ganado y encima pagaba una jugosa renta agraria. En la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, los estancieros carecían de personal idóneo y de elementos para trabajar la tierra. Optaron entonces por entregar parcelas de sus estancias en mediería, aparcería o arrendamiento a inmigrantes sin capital. Estos inmigrantes se dedicaban a la agricultura sobre dichos campos vírgenes, por períodos breves -por lo general tres años- para alfalfarlos al fin del lapso convenido, con lo cual restituían al propietario potreros de gran receptividad ganadera. [...] Así los terratenientes obtenían mejores pasturas para la ganadería, pero a costa de una vida nómada para miles de chacareros.”

Hasta aquí entonces, tenemos estancamiento, falta de tecnología y opresión rentística. El cuadro se completaría tras la guerra mundial, que profundizaría el “reemplazo de chacareros por vacas” y la emigración y proletarización de los hijos de chacareros, reconstruyéndose los grandes latifundios. Ello llevaría a la despoblación del campo. Sin embargo, el propio Peña acababa por reconocer la importancia que tenía el proletariado en este mundo dominado por terratenientes y campesinos:

“Por eso entre 1937 y 1952 el número de obreros rurales aumentó un 73% mientras que el número de productores y familiares ocupados en las explotaciones apenas creció un 9%. Es que al retroceder la agricultura (chacra familiar) y aumentar la ganadería (estancia) cobra más volumen el trabajo asalariado”.

Si se lee bien, estos datos refutan la idea de que la ganadería es regresiva en relación a la agricultura, puesto que, si desaparecen los productores autónomos y crece la explotación de fuerza de trabajo, la actividad constituye, en rigor de verdad, un vector del desarrollo capitalista.

Peña, en definitiva, esbozaba una abierta defensa de los chacareros en respuesta al planteo de Ramos acerca de que un gobierno de obreros, peones y chacareros era inviable, porque para los chacareros supondría abandonar su actividad usuraria. Frente a ello, Peña señalaba que ni eran usureros ni vivían en la holgazanería. Lo que Ramos no

vería sería la explotación que sufrirían por parte de los terratenientes. Si fueran una capa enriquecida, como dice Ramos, no se comprendería por qué no compraban más tierra o se tecnificaban. La respuesta debía encontrarse en el parasitismo rentístico. Es curioso que Peña le reprochara a Ramos el considerar a los terratenientes como “capitalistas ejemplares” y para sostener su argumento cite el texto del Segundo Plan Quinquenal del peronismo, que se refería al “desierto rural”. En relación a ello transcribía el siguiente fragmento:

“Para dar solución a ese problema el 2º Plan Quinquenal parte del principio que establece la función social de la tierra, el Plan parte precisamente del recordado concepto *revolucionario* que afirma que la tierra no debe ser un bien de renta sino un bien de trabajo. En consecuencia, establece que la tierra será dividida en unidades económicas, extirpando los restos del feudalismo oligárquico que sojuzgó el campo argentino y haciendo posible que los arrendatarios actuales y futuros se conviertan en propietarios de los predios cuyo cultivo es la obra de su esfuerzo personal y directo”.

Y defendía ese fragmento señalando que “la tesis de *Fichas* coincide no con el ‘cretinismo agrario de la oligarquía’ sino con ‘la doctrina revolucionaria’ de los llamados planes quinquenales peronistas... salvando la diferencia de que los redactores de *Fichas* se toman en serio lo que escriben.”

El ahogamiento del mercado interno, por la vía de la degradación de la “vida social campesina”, sumada a la limitación de la inmigración, por la falta de estímulo para instalarse en el campo, serían otras formas de atraso generado por el latifundio, más allá del problema de la renta.

Sintetizando, las condiciones del atraso argentino por los “aportes” de los terratenientes y el imperialismo, serían:

“El aporte de los terratenientes se sintetiza en el monopolio de la tierra y en la creación de una clase de campesinos seminómades. El latifundio, que utilizaba a los inmigrantes como auxiliares del ganado, puso un límite estrecho al crecimiento de la población y estimuló una economía agropecuaria de tipo extensivo que al cabo de pocas décadas habría de resultar absolutamente incapaz de sustentar un nivel de vida moderno para la población que crecía lentamente. El aporte imperialista se sintetiza en los ferrocarriles, que merecen párrafo aparte. Pues la Argentina constituye uno de los casos más transparentes de deformación de una economía nacional -o más exactamente, de

conformación arbitraria- lograda mediante el tendido de redes ferroviarias. De mil modos diferentes los ferrocarriles perpetuaron el atraso del país.”

En este cuadro, la forma más avanzada de producción capitalista (grandes unidades agrícolas explotadas por chacareros ricos con altos dotes de capital, sin trabajarlas directamente sino por medio de obreros, que los constituye en auténticos empresarios capitalistas) “solo existe en pequeña proporción”. La generalidad sería la baja proporción de trabajo asalariado y la abundancia de productores directos y trabajadores familiares. Por todo ello, “no es de extrañar entonces que la producción agropecuaria por habitante sea hoy 25% menor que hace 40 años, en tanto la productividad agraria por persona ha crecido un 7% respecto de la preguerra, en una época donde en EEUU aumentó un 127%, Francia 68% e Inglaterra 41%.” Una vez más, la defensa de una Argentina campesina.

En la última entrega de la seguidilla de notas, un apartado atañe específicamente a la existencia o no de una cuestión agraria en la Argentina. En este punto, Peña discutía nuevamente con Abelardo Ramos. Para este último, el país no tendría una cuestión agraria porque no existían tareas burguesas para el campo, toda vez que la contradicción sería entre terratenientes y burguesía agraria versus peón rural.

Peña comenzaba señalando que plantear la inexistencia de una cuestión agraria tenía como consecuencia lógica que el campo estaba preparado para las transformaciones socialistas, es decir “la colectivización de los medios de producción”.¹¹⁶⁴ Para darse esa situación deberían cumplirse dos condiciones entrelazadas. Por un lado, en lo económico, que las explotaciones agropecuarias fueran empresas capitalistas que produjeran a gran escala para el mercado, explotando grandes dotes de mano de obra y de medios de producción. Lo segundo, en lo social, el enfrentamiento entre una clase burguesa, dueña de los medios de producción, y una mayoría de clase obrera, desprovista de todo salvo de su capacidad de vender su fuerza de trabajo. El hecho es que, para Peña, esas dos condiciones no se presentaban en la Argentina de los años '60, tal cual lo hemos visto hasta aquí. La moderna empresa capitalista en el agro sería una excepción, por el contrario prima la

¹¹⁶⁴Peña et al, “Industrialización... [cuarta parte]”, op. cit., p. 44. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

“masa de pequeñas y medianas explotaciones, de tipo única o predominantemente familiar, carentes del capital necesario para utilizar tierra y medios de producción en la dimensión más eficiente, y en las cuales se emplea fuerza de trabajo asalariada en proporción ínfima o no se la emplea en absoluto”.

Esa masa chacarera, si bien produciría para el mercado, no constituiría una burguesía en tanto no explotaba fuerza de trabajo, sino que utilizaba sus propios brazos y los de su familia. Justamente, el monopolio terrateniente de la tierra habría impedido que los chacareros se asentasen como propietarios de la tierra y que la competencia entre ellos llevara a la paulatina diferenciación entre una minoría de burguesía agraria y una masa de proletarios y semiproletarios. Es decir, no habría habido vía “farmer”, pero tampoco una “prusiana”, en la medida que la gran explotación capitalista con fuerza de trabajo solo aconteció en la ganadería. En la agricultura primó un “desarrollo argentino” basado en el impedimento de los inmigrantes de acceder a la propiedad y su explotación no vía asalariamiento sino como productores familiares a través de arriendo, mediería o aparcería. Llamar burguesía a estos sectores sería un “crimen político tendiente a dejar a la clase obrera sin un programa agrario y sin aliados en el campo”.

Así las cosas, proletariado y burguesía serían clases minoritarias entre los productores agrarios. Incluso, el peón de chacra compartía los “valores” del chacarero y su principal aspiración a tener tierra propia. De esta manera, el planteo de Peña se ubicaba en una posición diferente a quienes consideraban que el campo argentino era feudal, pero también de los que, en una inversión de lo anterior, consideran que la agricultura se daba en grandes estancias altamente mecanizadas y que el proletariado agrícola “ni de regalo quisiera ser propietario de una parcela, aspirando tan solo a mejores salarios mientras subsista el capitalismo y a la nacionalización de las estancias cuando llegue la revolución”.

En este punto, lo que Peña estaba planteado, era la necesidad de una reforma agraria para la Argentina, que anhelarían tanto los chacareros como los obreros rurales. En ese sentido es que, en otro trabajo, reivindicaba el pensamiento de Alberdi y Sarmiento como proyectos de desarrollo nacional que, sin renegar de la clase dominante, proponían opciones “menos bárbaras que las padecidas por nuestro desgraciado país”¹¹⁶⁵. El proyecto de Sarmiento es resumido en dos puntos -educación y reforma agraria- como puntales para la construcción de una “gran nación” como Estados Unidos,

¹¹⁶⁵Peña, *Historia...*, op. cit., p. 380.

moderna y autónoma. Instrucción general para las masas para liquidar la barbarie y defensa de la experiencia farmer como forma de combate al latifundio, esos son los núcleos centrales de la recuperación sarmientina de Peña. El rescate de Alberdi era similar: su reconocimiento de la propiedad terrateniente y el parasitismo de la renta como traba al desarrollo nacional, y su énfasis en el desarrollo industrial local y autónomo que debía inspirarse en el espíritu empresarial norteamericano. En suma, en ambos lo que se reivindicaba era la propuesta programática de la estructuración de una poderosa nación capitalista que no encontraría, sin embargo, una clase social sobre la cual apoyarse. De allí, en definitiva, la imposibilidad de un desarrollo nacional burgués y la exigencia de la clase obrera de convertirse en caudillo de la nación.

En conclusión, para el intelectual trotskista la revolución en el campo tendría un carácter permanente y combinado, porque cumpliría tareas socialistas mediante la colectivización de los grandes establecimientos cuando sea política y socialmente viable, y a la par cumpliría con la nacionalización de la tierra sin pago y la entrega a quienes la trabajen con sus brazos y los de sus familiares. Justamente por ello la fórmula que esbozaba era la de “gobierno de los obreros, peones y chacareros” que sería la “traducción al lenguaje de los argentinos de aquella clásica fórmula leninista: ‘Gobierno Obrero y Campesino.’”

Habiendo reconstruido lo central del pensamiento agrario de quien se posicionaría como el principal intelectual trotskista de las décadas del '60 en adelante, podemos concluir que sus planteos carecieron de originalidad. En efecto, todas sus ideas, que no hacían más que reproducir la llamada imagen tradicional del campo, ya habían sido esbozadas por el Partido Comunista, que, en rigor de verdad, daba un mejor sustento empírico a sus posiciones. En todo caso, el rasgo distintivo de los planteos de Peña se encuentra en el intento de insertar esas ideas dentro de un marco trotskista que, a pesar de las diferencias estratégicas en cuanto al papel de la burguesía en el proceso revolucionario, no alteraba en lo sustantivo la lectura del cuadro agrario del país. Hemos visto a nuestro intelectual defender la existencia del latifundio como fuente de atraso, la presencia de una abrumadora masa campesina y la necesidad de una transformación que posibilitara, en primer lugar, el despegue del capital en el agro: la reforma agraria. Lo único que puede reconocérsele como rasgo distintivo es una cierta relativización del carácter parasitario de la oligarquía. Peña nunca renegará de ese rasgo, pero el mismo reconocía que la estructura latifundista habilitó un desarrollo industrial, bien que atrofiado y deformado (“pseudoindustrialización”). Por lo demás, no puede decirse que haya

superado el horizonte agrario trazado por el comunismo o, unos años después, por el maoísmo.

II. El Partido Socialista de los Trabajadores (PST)

La corriente más antigua y perdurable dentro del trotskismo argentino ha sido la que inaugurara a comienzos de la década del '40, Hugo Bressano. Más conocido por su seudónimo, Nahuel Moreno, de él surgió el nombre que la identificara como un elemento particular dentro del trotskismo: el morenismo. Bajo diferentes nomenclaturas, fusiones, rupturas y nuevas fusiones y rupturas, pervive hasta nuestros días, dispersa en un puñado de partidos que se reivindican morenistas.¹¹⁶⁶

El origen de lo que en los '70 fue el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), remonta sus raíces al año 1943. Hasta ese entonces, el trotskismo argentino se encontraba en un proceso larval, de gestación. Su principal actividad era la discusión teórica-programática en tertulias, como la famosa “Peña de Raurich” en el Café Tortoni. Comenzaban a despuntar las primeras figuras destacadas como Mateo Fossa, Héctor Raurich, Antonio Gallo y Liborio Justo, entre otros. También se organizaban los primeros agrupamientos que se referencian en la IV Internacional: la Liga Comunista Internacional (LCI), la Liga Obrera Socialista (LOS) y el Grupo Obrero Revolucionario (GOR), entre muchos otros, casi siempre sin superar la decena de militantes y con una vida más que efímera. Las nomenclaturas mismas ya son indicador del estado incipiente de organización. Ninguno se asumía como partido, sino como “liga” o “grupo”. Por

¹¹⁶⁶Para esta reconstrucción nos basamos en: González, Ernesto (Coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo I: Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1995. González, Ernesto (Coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo II: Palabra Obrera y la Resistencia (1955-1959)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1996. González, Ernesto (Coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo III - Volumen I: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana (1959-1963)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1999. González, Ernesto (Coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo III - Volumen II: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana (1963-1969)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1999. González, Ernesto (Coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo IV: El PRT-La Verdad, ante el Cordobazo y el clasismo (1969-1971)*, Fundación Pluma, Buenos Aires, 2006. De Titto, Ricardo: *Historia del PST. Tomo I: Del PRT-La Verdad al triunfo de Cámpora (1969-1973)*, Ediciones CEHuS, Buenos Aires, 2016; Osuna, María Florencia: *De la “Revolución socialista” a la “Revolución democrática”. Las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura militar (1976-1983)*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2015; Alba, Oscar, Diego Rosso y Georgina Perrone: *La construcción de un partido obrero revolucionario en la Argentina (1972-1983)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 2012; Coggiola, *Historia...*, op. cit.; Werner y Aguirre, *Insurgencia...*, op. cit.; Mangiantini, Martín: “Clase y partido. Surgimiento, proletarización y militancia fabril del PRT-La Verdad (1968-1972)”, en: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año II, N° 4, marzo de 2014, pp. 31-52.

aquellos años la actividad fundamental de estos agrupamientos era el debate de ideas. En lo fundamental, lo que se discutía eran las tareas de la revolución. La mejor síntesis de este debate fue la polémica entre Quebracho (seudónimo de Liborio Justo) y Ontiveros (seudónimo de Antonio Gallo). El primero, defendía la necesidad de un proceso de liberación nacional, en tanto que la Argentina sería un país semicolonial, dependiente del imperialismo por su economía agropecuaria y deformado por el irregular desarrollo de las fuerzas productivas. En contraposición, Gallo sostenía el carácter eminentemente capitalista del país, resultado de una burguesía que había cumplido ya su revolución, y por tanto no había una revolución antiimperialista que cumplir, sino una de carácter socialista.

En este contexto fue que Nahuel Moreno advirtió la necesidad de superar la etapa de la discusión, iniciando un proceso de acercamiento, inserción y acumulación en el movimiento obrero. En 1943 escribió “El partido”, un documento en el que hacía énfasis en la necesidad de intervenir en los conflictos del proletariado para que las organizaciones y las ideas trotskistas penetraran en la clase. Consecuente con ello, en junio de 1944 fundó en el barrio de Villa Crespo, el Grupo Obrero Marxista centrandolo su accionar en el partido de Avellaneda, desde donde planeaba insertarse en empresas de cuero, carne y cemento. Cierta éxito consiguió, al ganar la comisión interna de Alpargatas y atraer a sí a sectores disidentes de las juventudes del Partido Socialista. En función de ello, y tras un balance, Moreno y su gente decidieron iniciar la etapa de partido y fundar el Partido Obrero Revolucionario (POR) y su órgano de prensa, *Frente Proletario*. En su primer congreso, fechado en 1948, acusaba una fuerza de 110 militantes y se adhirió en calidad de partido observador a la IV Internacional Comunista.

Hacia 1954 el POR se integró al Partido Socialista de la Revolución Nacional, siendo fuerte en su Federación Bonaerense como “corriente interna”. El PSRN había nacido un año atrás, de la mano de los ideólogos de la “Izquierda Nacional” como Jorge Abelardo Ramos y Jorge Enea Spilimbergo, quienes se planteaban construir un ala izquierda del peronismo. Sin embargo, la caída de Perón y la instauración de la “Revolución Libertadora” significaron la caída del partido en la ilegalidad, y ello obligó a Moreno a crear un nuevo agrupamiento: el Movimiento de Agrupaciones Obreras (MAO). Desde allí decidió iniciar la “resistencia” obrera a la dictadura y practicar el entrismo en el movimiento obrero, que para ese entonces estaba completamente desorganizado. Pronto pasó a identificarse ya no por esa nomenclatura, sino por el nombre del periódico que

editaba: *Palabra Obrera*. Hacia 1957 el morenismo fundó el Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo (SLATO), una coordinadora latinoamericana ligada al Comité Internacional de la Cuarta Internacional.

En agosto de 1959 se celebró el Primer Congreso del destacamento, que oficialmente adoptaba el nombre de Palabra Obrera, siendo sus referentes más prominentes el propio Moreno y Ángel Bengochea, quien se desempeñaba como director del boletín político del partido. Para ese entonces, el morenismo ya había alcanzado cierta presencia en la clase obrera, en particular en el que había sido su núcleo de trabajo inicial -los cordones industriales del Gran Buenos Aires-, y ya se había extendido hacia el Litoral. Sobre todo, adquirió visibilidad a raíz de su acercamiento a los trabajadores azucareros de Tucumán, a través del envío de militantes, como es el caso de Leandro Fote que se vinculó al partido y logró ser secretario general del Ingenio San José. A partir de allí se iniciaron discusiones con el FRIP, que ya hemos analizado y que culminaron en la fundación del PRT, cuya vida política se extendió desde 1965 a 1968.

Como vimos, 1968 fue el año de ruptura, al calor de los debates en torno a la lucha armada y la necesidad de organizarse y actuar en ese plano. El grupo de Moreno continuó su trayectoria bajo la denominación de PRT-La Verdad, dado que retuvo para sí el periódico perretista *La Verdad*. Sin embargo, en términos de organización la ruptura significó una importante sangría de cuadros de dirección e históricos. Las principales regionales afectadas fueron las de Tucumán, Córdoba y el Litoral. Conservó, sin embargo, su influencia en el Gran Buenos Aires y La Plata, Berisso y Ensenada, con una fuerza total que no llegaba a los 300 militantes. Si se atiende a estos saldos del proceso de separación del PRT-EC y PRT-LV, puede observarse que cada uno conservó los bastiones con los que se inició: el sector de Santucho fuerte en el norte mientras que el de Moreno tenía su núcleo en Buenos Aires. Además de mantener la prensa, el PRT-LV asumió la edición de *Revista de América* que venía a suplantarse a la antigua *Estrategia* como órgano de “pensamiento revolucionario”, poniendo la mirada en la interpretación teórica y política de la coyuntura latinoamericana. Asimismo creó el sello “Ediciones Eleve” para la elaboración de textos de formación para la militancia.

Al novel partido de Moreno le tocó dar sus primeros pasos en una etapa en la que se evaluaba que el movimiento obrero estaba en retroceso, basado en el pasaje a la defensiva de la clase obrera, lo que se expresaría en luchas parciales. En consecuencia, su consigna para la etapa fue la defensa de lo que consideraban la principal conquista obrera: los cuerpos de delegados y las comisiones internas. Para ello continuó con su

estrategia de proletarización y la búsqueda de contactos con referentes de lo que se consideraba la “vanguardia obrera” del momento. Así puso en pie la Tendencia Avanzada de Mecánica (TAM) para intervenir entre los trabajadores automotrices y del neumático, lo que le dio presencia en las comisiones internas y cuerpos de delegados de Citroën y Chrysler. Otro espacio importante de inserción fue el gremio de Bancarios y, en menor medida, se desarrollaron agrupamientos como Resistencia Metalúrgica, El Activista de la Carne, Avanzada Textil y Avanzada del Seguro. Esta decisión menguó la fuerza destinada al frente estudiantil, no obstante lo cual fue asumido como un campo de intervención del PRT-LV contando con presencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Arquitectura de La Plata y en la Universidad de Tucumán, a través de la Tendencia Antiimperialista Revolucionaria Estudiantil de Avanzada (TAREA).

Hacia 1971, el partido de Moreno había comenzado a sondear la posibilidad de confluir con otras organizaciones de izquierda. Su propuesta era abrir la negociación en base a un programa suficientemente amplio, siendo la coincidencia excluyente la defensa del socialismo como norte y en vistas a constituir una suerte de “federación” de partidos con cierta independencia entre ellos y autonomía en cuanto a estructura y locales. Uno a uno se fueron descartando, en algunos casos tras reuniones, en otros por considerarlo inconducente, diferentes partidos: el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) de Abelardo Ramos, Política Obrera y el llamado “peronismo combativo”. La única negociación que parecía avanzar era la que se había entablado con el Partido Socialista Argentino (PSA), que por aquella época tenía como principal referente a Juan Carlos Coral, figura de cierta proyección tras haber sido diputado nacional por Buenos Aires y de declaradas simpatías por la Revolución Cubana.

En febrero de 1972 el comité central del PRT-LV aprobó el acuerdo político y organizativo con el PSA secretaria Coral, y dio comenzada una campaña de afiliaciones para conseguir la personería jurídica y política. Al mes siguiente, comenzó a editarse *Avanzada Socialista*, con un comité editorial que nucleaba a representantes de los dos partidos. Hasta el número 42, del 13 de diciembre de 1972, se presentó como órgano del Partido Socialista Argentino, para luego ya sindicarse como órgano del Partido Socialista de los Trabajadores.

La primera gran intervención del flamante PST fue, como mencionamos, el desarrollo de la campaña por la legalidad. En junio de ese año, el partido ya podía anunciar que había cumplido su objetivo conquistando la personería legal. Avanzado el año '72 se comenzó a preparar el Frente de los Trabajadores, herramienta electoral del partido de

Moreno y Coral, que pretendía promover las llamadas “candidaturas obreras”. Una primera reunión logró la adhesión de trabajadores de 31 gremios y 38 comisiones internas, y su norte fue la elección de candidatos y un programa a partir de la deliberación de base. Este frente se expresaría a través de la lista del PST, pero ofreciéndole este último el 75% de la composición a trabajadores. Inicialmente, la propuesta fue que la formula llevara a José Páez (SITRAC) y a Leandro Fote (Ingenio San José) a la cabeza, pero ambos se negaron. Finalmente, la dupla para el ejecutivo nacional quedó en manos de dos dirigentes del partido: Juan Carlos Coral y Nora Ciapponi. El criterio para su confección era que contuviera cuadros dirigentes capaces de propagandizar el programa electoral con solvencia y que, en el caso particular de Ciapponi, combinaba esa cualidad con el hecho ser una dirigente obrera (había sido delegada de La Hidrófila) y representante de las mujeres. El PST consiguió aproximadamente unos 80.000 votos. En su balance, el partido evaluó positivo este resultado, al que debía añadirse el salto organizativo que había significado la campaña: según datos oficiales se habían abierto cerca de 60 locales en todo el país y la tirada del periódico se había quintuplicado, pasando de 5.000 ejemplares a 25.000. El partido se reorganizó entonces en seis regionales en Gran Buenos Aires y Capital Federal y otras cuatro del interior: Santa Fe, Córdoba, Tucumán y Patagonia. En la segunda elección de 1973, aquellas convocadas tras la renuncia de Cámpora y tras el interinato de Lastiri, la fórmula fue Coral-Páez y los votos ascendieron por arriba de los 180.000.

Inaugurado el gobierno peronista, el PST se ubicó en la oposición, si bien inicialmente planteó la defensa de las medidas progresistas de Cámpora. Durante la presidencia de Perón, se opuso al Pacto Social y a la Reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales y denunció constantemente que lejos de la prédica “antioligárquica”, lo que se pretendía era pactar con la “oligarquía” y renegociar la dependencia con el imperialismo. Una constante en esta intervención crítica fue la revalorización de los primeros gobiernos del General Perón que habrían sido más progresivos que el tercero. Cuando la crisis económica y la emergencia de la oposición obrera al Rodrigazo dejó al gobierno de Isabel Perón fuertemente debilitado, el partido intervino llamando a que un senador-sindicalista (es decir, proveniente de la CGT) ocupara la presidencia de cara a la convocatoria a una Asamblea Constituyente.

Durante esta etapa, la preocupación por organizar a sectores estudiantiles se mantuvo a través de la Juventud Socialista de Avanzada, frente que reemplazó a TAREA. Su

congreso fundacional contó con 700 delegados que representaba a 2.500 miembros. En el plano sindical, continuó dedicando buena parte de sus esfuerzos a lograr inserción en el movimiento obrero, sosteniendo la estrategia de proletarización de cuadros estudiantiles. Con ellos, logró presencia en astilleros de zona norte de Buenos Aires (Río Santiago, Mestrina, Acquamarine, Astarsa, Vicente Forte, Pagliettini, Príncipe y Mengui y Sánchez), docentes (Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina), ceramistas (Lozadur), alimentación (Bagley y Noel), judiciales (San Isidro), bancarios (Banco Nación), Carne (Swift), metalúrgicos (OFA, Kaiser Aluminio, Establecimiento Metalúrgico Santa Rosa, Yelmo, Wobron, Standard Electric), neumático (FATE), mecánicos (Chrysler, Citroën, Mercedes Benz, Ford), gráficos (Editorial Abril), entre otros.

a. La estructura agraria argentina en los '40 y '50

El trabajo más acabado sobre la estructura agraria de la Argentina elaborado por la corriente morenista data de fines de los '40, no habiendo uno equivalente desde allí hasta, por lo menos, fines de la década del '70. Esto nos obliga a examinar aquel trabajo para luego rastrear, en documentos y publicaciones que abordan tangencialmente la problemática agraria, que de todo ello siguió vigente en la óptica del PST en los '70. Concretamente se trata del texto *Tesis Agraria*, publicado en 1948. Dos años más tarde, fue retomado en un documento de polémica con militantes de otra corriente trotskista, bajo el nombre de *El centrismo en cifras*. Ambos fueron recopilados posteriormente, en noviembre de 1954, añadiéndoseles un prólogo de Nahuel Moreno, en un pequeño cuadernillo titulado *La estructura económica argentina interpretada por el Partido Obrero Revolucionario*. Fue reeditado una vez más en 1959 en el número 2 de la revista *Cuadernos de Estrategia* y utilizado como material de estudio en la “Escuela de cuadros” que el PST realizó en el año 1977. Todo ello indica que, a pesar de la distancia temporal del primer documento, el análisis allí vertido seguía teniendo vigencia para el partido. Esto lo confirmaremos luego, cuando nos detengamos a analizar la intervención del morenismo en los años '70.

En el prólogo de la edición de 1954, Moreno reconocía que el partido había “descuidado peligrosamente el frente teórico”,¹¹⁶⁷ si bien no tardaba en encontrar allí una virtud. Para él ese relegamiento de la lucha teórica habría sido el correlato necesario de la “extraordinaria amplitud de nuestro trabajo” en frentes legales, latinoamericanos y en la construcción de la estructura del partido. En este sentido, la reedición de los dos documentos ya mencionados, buscaba cumplir la función de rearmar teóricamente al partido. Aquellos textos tendrían como mérito “el hacernos una pintura exacta y documentada del agro y del país”. Mientras que las *Tesis...* pondrían sobre la mesa el atraso del país y de la producción agraria en particular, *El centrismo...* ubicaría esas tesis en las coordenadas más generales de un país signado por su carácter capitalista semicolonial y relativamente avanzado. Adolecerían, sin embargo, de una falta de análisis sincrónico, es decir, eran una buena “fotografía” pero no recomponían “la película”, no alcanzando a mostrar la perspectiva más general del agro. Por ello, un “futuro gran análisis de la realidad agraria y nacional [...] está por hacerse.” Entendemos que ese déficit de análisis más general de delimitación de etapas, fue realizado por el morenismo en *Método para la interpretación de la historia argentina*, de 1975, sobre el que volveremos hacia el final de este apartado. Comenzaremos con un análisis de *Tesis Agraria*.

El documento en cuestión intentaba avanzar en la caracterización del régimen de producción imperante en el agro nacional, del régimen de propiedad, las clases sociales y, a partir de todo ello, desprender el carácter de la revolución para la Argentina. Finalmente, incorporaba un apartado más breve de “Tesis industrial”, donde se analiza el grado de desarrollo de la industria argentina. Las fuentes centrales que sostienen las afirmaciones allí vertidas fueron el Censo Nacional Agropecuario de 1937 y el Censo Nacional de 1947, más algunas estadísticas particulares y puntuales.

Primeramente, se afirmaba que la Argentina “no es un país eminentemente capitalista, sino eminentemente agrario, atrasado”. Un país “eminentemente capitalista” sería aquel en el que la producción industrial supera a la producción agropecuaria y artesanal. Para el caso argentino, la producción industrial tendría un rol secundario, lo que se visualizaría en la cantidad de personas empleadas en cada rama de la producción. Utilizando cifras del censo de 1937, el documento concluye que en el agro se

¹¹⁶⁷Moreno, Nahuel: *La estructura económica argentina*, noviembre de 1974, edición digital de la Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org, p. 1. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

empleaban dos millones de trabajadores “que dan quizás algo más de una jornada normal de trabajo anual”, contra unos 900.000 que se emplean en la industria sobre un total de 5.000.000 trabajadores en todo el país, según el censo de 1947. Esta distribución de la población activa, se correspondería con otros países atrasados (Chile, Brasil) y sería opuesta a la de países desarrollados (Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, Francia). A su vez, nótese, por ejemplo, que sumando trabajadores agrarios e industriales, no se alcanza siquiera a la mitad del total de población trabajadora. ¿En que se ocupa esa masa? Naturalmente, una buena parte de ellos se emplean en lo que los censos registran como “servicios”, variable en la que se agrupan en realidad diferentes fracciones de clase, pero que para el partido de Moreno, no serían parte de la clase obrera, si bien no se indica el por qué.¹¹⁶⁸

Hasta aquí se trata de un análisis simplista, toda vez que reduce el grado de desarrollo del capitalismo a la proporción de obreros industriales, asumiendo que el carácter agrario del país implicaría atraso. Está implícito allí un prejuicio según el cual la rama agrícola y la ganadera no son una industria, en tanto actividad de transformación en la que se genera un plusvalor. Sin embargo, el agro argentino desde tiempos tempranos mostró un gran desempeño productivo y una alta mecanización, lo que hace difícil sostener la existencia de un “atraso”.¹¹⁶⁹

En segundo lugar, adentrándonos en el análisis de las relaciones de producción imperantes en el agro, se afirmaba que allí la relación básica era familiar, siendo la mayor parte de las explotaciones trabajadas por el productor directo y su familia. Esto se correspondería con la forma en que Marx definía al agricultor independiente, dueño de medios de producción, que produce mercancías pero no explota fuerza de trabajo. Veamos cómo se sostiene esto. Nuevamente, siguiendo el censo, se contabilizaban 452.007 explotaciones, de las cuales solamente trabajarían con personal remunerado unas 88.231. En cuanto a productores, habría 1.200.00 miembros de familias que trabajaban permanente, más 360.000 productores directos que elevarían a 1.560.000 la cantidad de “trabajadores familiares”. Cifra que debería ampliarse al considerarse pequeñas quintas que el censo no contabiliza y que el autor del documento estima que

¹¹⁶⁸No sabemos con exactitud como construye los datos el documento en cuestión, toda vez que cruza ambos censos (1937 y 1947), pero no explica cómo llega a las cifras finales. En sentido estricto, el censo de 1947 registra 6.267.313 personas empleadas, que se distribuyen en 1.654.230 empleadas en “producción básica” (agropecuaria, forestal, extractiva y caza y pesca), 1.795.254 en “producción secundaria”, 2.616.878 en “servicios” y 200.901 en “actividad desconocida”.

¹¹⁶⁹Esto ha sido palmariamente demostrado por Sartelli, *La sal de la tierra...*, op. cit.

serían explotadas por unos 100.000 productores directos. A ello habría que añadirseles 160.000 obreros permanentes y 550.000 temporarios.

No nos interesa tanto discutir estas cifras, toda vez que corresponden a un momento que escapa a nuestro análisis. Por el momento, conviene que retengamos la imagen que este documento construye: la de un campo dominado por relaciones no capitalistas, donde el sujeto privilegiado es, aunque no se lo nombre aún como tal, el campesinado. En la medida que los datos varían de una época a otra, nos interesa más destacar las formas de razonamiento que se traslucen en el texto. En este sentido, es muy sugestiva la definición que se realiza del “personal transitorio”, dado que es una de las formas a través de las cuales se oculta o minusvalora el peso del proletariado rural. El morenismo no es la excepción, en tanto que afirma: “El personal transitorio no afecta la característica esencial de trabajo familiar, ya que además de ser transitorio, es decir, que coopera, que trabaja muy poco tiempo en cada explotación, solamente lo hace en 85.200 establecimientos”. Va de suyo que en ningún momento se sopesa la magnitud de esos establecimientos, ni se pone en discusión la efectiva posibilidad de los productores independientes de sostener sus explotaciones sólo con mano de obra familiar. Pero lo que es más notable es el desprecio del trabajador transitorio que, abstrayéndose de los tiempos concretos de trabajo en el campo signados por la estacionalidad, se supone que no es explotado sino que “coopera”.

En *El centrismo...* se insistía en este aspecto señalando que el “trabajo asalariado es aleatorio, utilizándose preferentemente en épocas de cosecha”. Lo que el documento no aclara es que esas épocas son efectivamente el momento de mayor requerimiento de brazos y el momento más álgido de todo el proceso de trabajo. Sorprende, por sobre todo, la forma en que se sostiene esta afirmación, apelando a un empirismo de dudosa veracidad: “Esta conclusiones han sido ratificadas por todos los militantes del partido que vienen o han trabajado en el interior del país y que nos han confirmado: *todas las chacras* las explotan familias”.¹¹⁷⁰ Teniendo en cuenta que en 1937 habían sido censadas 162.035.000 hectáreas, para realizar semejante comprobación empírica, el GOM de Moreno tendría que haber sido el partido de masas más grande la historia argentina.

En tercer lugar, el escrito busca discutir la imagen de un agro altamente productivo y tecnificado. Para ello toma la productividad por hectárea del cultivo de trigo, que dejaría

¹¹⁷⁰El destacado es nuestro.

a la Argentina en un nivel que corresponde a la mitad de la productividad de Egipto y un casi un tercio de Bélgica. Curiosamente, se indica que el mejor desempeño de países como Egipto se explica por la existencia predominante del minifundio, en unidades de explotación que promediarían las 2 hectáreas. En cuanto a la tecnificación, contabiliza poco más de 700.000 arados, pero son solo 20.000 los establecimientos que contarían con tractores. De todos modos, se introduce una salvedad significativa: el trabajo posterior a la recolección de las cosechas “se llevan a cargo con equipos mecanizados especialmente contratados. Estos equipos trabajan en muchos establecimientos”. La baja productividad estaría asociada a la renta terrateniente, único “objetivo” de esa clase, que “impide un perfecto aprovechamiento de las tierras laborables”, dado que fomentaría la ganadería y bloquearía la agricultura. Así, la propiedad privada de la tierra impediría un cultivo en mayor intensidad y rendimiento, como el logrado por la vía farmer en Estados Unidos o Canadá. Esta primacía de la ganadería confinaría la agricultura a los minifundios, toda vez que los establecimientos agrarios serían chacras, donde el 50% no supera las 50 hectáreas. Otra vez, la idea del latifundio como traba al desarrollo del capitalismo.

Pasemos ahora al análisis de la estructura de clases. Allí el documento señala la existencia de cuatro clases sociales en el agro: terratenientes, capitalistas agrarios, productores directos y proletarios. Los primeros serían los usufructuarios de la renta agraria, en su calidad de propietarios de tierras. Estos aprovecharían que la agricultura valoriza la renta, y dejarían grandes extensiones sin labrar dedicadas al pastoreo que cubrirá la demanda de carne del mercado mundial. Es decir, no los movería un afán de impulsar la producción, sino conseguir un precio razonable y así “duermen el sueño de los justos”. Con todo, no se trataría de terratenientes feudales, sino de capitalistas que se conformaron como clase en el momento en que concluía la organización nacional a partir de la producción ganadera, con explotación de obreros y vinculada al comercio mundial. El carácter atrasado del capitalismo argentino no debería confundirse, en este punto, con la persistencia de relictos feudales.

Estos terratenientes serían los culpables, además, de trabar el desarrollo por su monopolio de las tierras, lo que deriva en la extensión del arriendo y la capitalización por los terratenientes de las mejoras permanentes que en la tierra introduce el arrendatario. Tomando cifras de Oddone para la provincia de Buenos Aires, el autor concluye que “el 62% de las explotaciones no son propiedad del explotador, lo que indica el terrible monopolio de la tierra existente en Argentina”. Serían, además, la clase

siempre defendida por todos los gobiernos de turno. La intervención estatal en la comercialización no los habría afectado, puesto que se orientaba a que el chacarero recibiera sólo lo necesario para subsistir, impidiendo que se apropie del “sobre-valor comercial” y este acabe en manos de los latifundistas.

En cuanto a los capitalistas agrarios, cuya condición fundamental era la compra de fuerza de trabajo en cierta escala, se afirmaba que constituían una “minoría insignificante”: solo un 20% de las explotaciones contrataba en promedio dos obreros permanentes, y menos del 5% lo hacían con más de tres. En ellos, una capa indiferenciable de los terratenientes detentaba los establecimientos de más alta racionalización, bajo la forma de estancias y explotaciones mixtas. Otra capa correspondía a los propietarios chicos, pequeños capitalistas y arrendatarios que explotaban con trabajo familiar y poca mano de obra ajena (menos de dos obreros). Estos corresponderían a la definición leninista de campesinos medios y ricos. Los pequeños tendrían un marcado antagonismo con los terratenientes, puesto que padecían el monopolio de la tierra que les impide extender sus explotaciones.

La amplia mayoría de la población agraria, como ya lo mencionamos, caería en la categoría de productor directo, es decir, en producciones sostenidas por el trabajo familiar. En un extremo se encontraban los que eran capaces de embolsarse la renta agraria, mientras que en el otro están los “más explotados y castigados”. En terminología leninista, eran los campesinos pobres. Curiosamente, varios párrafos más adelante el documento señala que los aumentos salariales en el campo no perjudican al terrateniente sino al “pequeño productor”, lo que marca una notable contradicción, puesto que había sido definido como un no explotador.

Finalmente, en cuanto a los proletarios, estos se distinguirían entre permanentes y temporarios. Sobre los segundos, ya hemos mencionado que eran subvalorados y reducidos a la calidad de “colaboradores”. En ellos se distinguiría una capa de semiproletarios, que poseían alguna pequeña quinta para complementar su reproducción material. Muchos de ellos habitaban las ciudades, contribuyendo a magnificar la población urbana de una “Argentina rural”. En cuanto a los permanentes, su presencia sería “irrisoria”, no existiendo una verdadera concentración proletaria en el agro y, al igual que el temporario, no eran tanto un explotado, sino un colaborador, “más cerca del oficial artesano de la Edad Media que colabora con el maestro, que [d]el obrero moderno”. La única excepción se daría en las estancias y cabañas modelos, donde existirían cuadrillas de obreros trilladores con implementos mecanizados y con un

sistema de explotación que es “perfectamente capitalista”. Sobre esa base se asentarían los sindicatos rurales.

Finalmente, ¿cuáles eran las tareas agrarias de la revolución que se desprenden de este estado de situación? Según el documento, existirían dos alternativas: nacionalización y socialización. La primera, una tarea “democrático burguesa” que se traduciría en el libre usufructo de la tierra, es decir, su acceso a quien quiera trabajarla sin tener que pagar derecho ni renta. Dicho de otro modo, la liquidación del terrateniente como tal. Su condición de burguesa no se pierde por quien asuma su cumplimiento, es decir si la dirección del proceso de nacionalización cae en manos de los capitalistas agrarios o de los explotados del campo. Lo contradictorio es que se afirma que es una tarea burguesa no cumplida, porque es “la más extrema de las medidas burguesas, que la burguesía jamás la ha podido llevar a cabo, a pesar del planteamiento de sus teóricos, porque ataca una forma de la propiedad privada que, aunque no es la suya, la puede afectar”. La pregunta que surge es evidente: ¿si es una tarea de una clase, como puede ser que su cumplimiento ponga en cuestión su existencia misma? La conclusión más lógica sería pensar que el capitalismo no tiende a la nacionalización de la tierra, porque no puede liquidar aquello que le da fundamento: la propiedad privada de los medios de producción. En cuanto a la socialización agraria, esta sería una tarea socialista que corresponde al trabajo racionalizado y mecanizado de toda la tierra, que presupone un desarrollo industrial de alto nivel como condición objetiva para habilitar la expansión productiva del agro.

La particularidad en la Argentina estaría dada por una industria incapaz de racionalizar y elevar el nivel técnico de la producción agraria, no habiendo así base objetiva para el socialismo. No casualmente, el documento concluye con un apartado titulado “Tesis industrial”. Allí se afirmaba el carácter atrasado de la industria, que se observaría en su limitación a la elaboración de materias primas y productos para el mercado interno, dependiendo del imperialismo en cuanto a la producción de maquinaria. En igual sentido, la industria se encontraría, como el campo, dominada por un puñado de “empresas capitalistas perfectas” coexistiendo con “pequeñas y atrasadas producciones”. Así solo el 15% de las empresas industriales emplearían más de 10 obreros y el 20% no emplean ninguno, siendo un más de un millón y medio las personas ocupadas en talleres artesanales.

Así las cosas, la socialización de la tierra encuentra un obstáculo objetivo, en tanto no existía un desarrollo industrial acorde para expandir la productividad agraria. A la

dificultad objetiva se sumaría una incapacidad subjetiva: “la educación del mayor número de obreros agrarios marcha de acuerdo con la forma individual y familiar del trabajo”. Y el partido, al parecer, renunciaba a dar el combate contra esa conciencia puesto que “es indudable que socializaremos las empresas agrarias capitalistas en la medida de las posibilidades cuando *los trabajadores agrarios no planteen su división o parcelación*”.¹¹⁷¹ Dado que es “casi imposible movilizar al campesinado pobre y al proletariado rural en base a posiciones clasistas”, la nacionalización sin pago de la tierra será el objetivo agrario del partido revolucionario. Aunque no se plantea abiertamente en el texto, se deduce que la diferencia entre nacionalización y socialización de la tierra es que, mientras en el segundo caso la explotación es organizada por el propio Estado, en la primera opción la tierra en manos del Estado es subdividida en parcelas y entregada para su usufructo al “campesino”. Una suerte de reforma agraria en la que la propiedad es estatal y el usufructo campesino.

Para ello el proletario industrial debería ganar el apoyo y ser dirección del proletariado rural y de los campesinos y chacareros, clases rurales que sin el proletariado urbano no podrían cumplir sus objetivos. Nótese aquí que el proletariado rural no está en igualdad de condiciones que el urbano, sino que debe ser subordinado a éste. Estos sectores enfrentarán a un lado a los chacareros medianos y ricos, y al otro a los terratenientes y grandes capitalistas. En este punto, el documento resulta ambiguo porque coloca el enfrentamiento en dos frentes distintos, y surge de inmediato la pregunta acerca de si los chacareros medios y ricos podrán ser aliados contra los terratenientes. Párrafos más adelante se señala la dificultad, en los primeros momentos del gobierno revolucionario, de eliminar al “campesino medio y privilegiado”, siendo la política más correcta su “neutralización”, colocándolo bajo estricto control de campesinos pobres y obreros rurales. Incluso se señalaba que “es ridículo plantearse [...] la lucha contra el campesino rico como base de los movimientos agrarios y no principalmente la lucha contra el terrateniente”. Esta alianza implicaba impulsar los reclamos del pequeño productor (desconocimiento de las deudas y de los cánones de arrendamientos) y del proletariado y semiproletariado (mejores condiciones de trabajo). El cumplimiento de la nacionalización transformaría a los obreros en pequeños productores, lo que incrementaría el litigio entre industria y agro, y exigiría la mecanización agraria, para lo

¹¹⁷¹El destacado es nuestro.

cual será necesaria la colaboración del resto de la economía mundial. Sólo así podría elevarse el nivel productivo necesario para el socialismo.

En resumidas cuentas, la cuestión agraria para el morenismo estaría dada por el insuficiente desarrollo del capitalismo en el país, no solo en las ramas agrarias sino también en las industriales, lo que objetivamente dejaría fuera la posibilidad de impulsar el socialismo. Se requeriría, en definitiva, un momento previo de acumulación capitalista en el agro de la mano de los pequeños productores viejos (los campesinos) y nuevos (los obreros rurales). En ningún momento se planteaba la contradicción entre este carácter de pequeña producción y los requerimientos de mayor escala sin los cuales se haría imposible el aumento de la productividad.

Para concluir con la caracterización del agro previa a los '60 y '70 por parte del morenismo, veamos el segundo documento de la compilación, *El centrismo en cifras*. Este texto fue escrito en polémica con dos militantes trotskistas –de apellido Ferrero y Estrada– que abogaban por la defensa de la caracterización de la Argentina como país semicolonial, pero negaban que fuera atrasado. Frente a ello, el documento morenista reforzaba y ampliaba algunos de los elementos que hemos trazado hasta aquí.

En primer lugar, insistía en el predominio de la población empleada en actividades rurales frente a los que lo hacen en la industria urbana. Haciendo más explícito el obrerismo al que hemos hecho mención, Moreno indicaba que “los obreros industriales no forman la mayoría de los trabajadores del país. Me refiero al típico obrero capitalista y no a trabajadores explotados por capitalistas o bajo formas capitalistas. Para ser típico obrero capitalista es necesaria la técnica moderna.” Se trata de una frase verdaderamente crítica y contradictoria, pero parece traslucir un fetiche del obrero que viste overol. Se presupone, entonces, que el trabajador rural “que coopera” no es entonces el “típico obrero capitalista”.

En segundo lugar, el documento avanzaba en la clarificación de la situación de la industria, reseñando que habría unos 917.000 obreros en la industria capitalista contra un 1.000.000 de artesanos y pequeños productores. Esto no implicaría que la Argentina fuera un país artesanal, sino que en él primaba un desarrollo desigual y combinado. Con todo, el dato central sería, combinando la estructura industrial con la agraria, que “el pequeño burgués es amplia mayoría”, tanto en su vertiente rural como urbana. En la primera su importancia sería “decisiva”, lo que la tornaría “un factor de fundamental importancia en la lucha del proletariado contra el capitalismo e imperialismo”. Pese a no

poder jugar un rol dirigente, que le corresponde al proletariado, sería una masa numérica ineludible en la estrategia revolucionaria.

En tercer lugar, este documento escrito dos años después del anterior, indicaba que se había venido registrando una tendencia a la caída de los trabajadores temporarios en el agro. Esto sería el correlato del desarrollo industrial del país, puesto que el bracero migraría a la ciudad en busca de trabajo, y “en todo país atrasado que se industrializa [...] se proletariza primero el trabajador golondrina”. Salvo que la cita refiera a semiproletarios, y en ese caso se aludiría a la pérdida de la tierra que le garantizaba su reproducción parcial, no se entiende cómo puede proletarizarse alguien que ya es un proletario. Se repite la visión esquemática del “clásico obrero capitalista”.

Nuevamente, desconociendo el peso del proletariado rural bajo la forma de trabajador temporario, el documento afirmaba que “la existencia de este tipo de trabajador [...] es típico de todo país atrasado [...] el desarrollo capitalista e industrial absorbe a este trabajador de la campaña para incorporarlo al ejército industrial de reserva”. En este punto se confunden dos cuestiones. El desarrollo industrial atrae ciertamente a trabajadores rurales, siempre y cuando esté acompañado de un desarrollo productivo agrario, sin el cual la migración terminaría dejando sin brazos al agro. Ahora bien, esto no quita que el desarrollo capitalista liquide a los trabajadores temporarios, puesto que su existencia está determinada por la estacionalidad del trabajo agrario. Señalemos que el documento rechazaba que se hubiera producido una proletarización del pequeño productor, de modo que el panorama agrario seguiría dominado por el campesino. Concretamente, el autor afirma:

“no tengo ningún motivo para renunciar a considerar como el documento más serio para el estudio del problema agrario el censo de 1937. No tengo razón que me introduzca a suponer que las conclusiones general del censo agrario hayan sido modificadas en lo esencial”.

En cuarto lugar, se volvía a afirmar la preponderancia de la ganadería por sobre la agricultura, siendo en realidad esta última la que puede valorizar la tierra. Asimismo, se asociaba la primera actividad a la gran explotación latifundaria, de carácter capitalista atrasado (falta de división, tecnificación, intensificación y concentración de la producción) con baja utilización de mano de obra (“lo que caracteriza a las estancias es

el poco, casi ningún personal que emplea. Con diez peones se atiende un latifundio”). Mientras que la agricultura se desarrollaría en chacras de pequeña producción.

Finalmente, todo ello volvía a confirmar la importancia de la consigna de nacionalización de la tierra y la reforma agraria. Dado que “el peso del proletariado rural es secundario dentro de la producción general agraria del país”, su rol también será secundario en las tareas revolucionarias y en particular dentro del movimiento campesino. La nacionalización por tanto “no puede estar unida a la socialista de ‘control obrero de la producción’ en nuestro campo”, sería una consigna burguesa para la pequeña burguesía, clase mayoritaria, y su importancia como consigna radicaría en que “es uno de los motores decisivos de la revolución obrera en Argentina”, aunque no el único como en otros países latinoamericanos. Dicho de otro modo, en el campo el enfrentamiento central no era proletariado versus burguesía, sino alianza obrero-campesina contra los terratenientes.

Resumiendo, la imagen del agro construida por el morenismo en la década del ‘40 y ‘50 corresponde a la de un campo dominado por el campesinado, donde el proletariado rural tiene un peso insignificante (y más aún los braceros golondrinas, a los que ni siquiera se consideraba trabajadores), siendo el principal obstáculo para la superación del atraso la existencia del latifundio y del monopolio de la tierra. Esto explicaría el estancamiento agrario y la necesidad de impulsar tareas democrático burguesas en el agro, en concreto, la reforma agraria. Sólo partiendo de la resolución de estas tareas, puede plantearse la socialización del agro. Veamos ahora que sobrevive de esta imagen en los documentos fragmentarios que tenemos para los años ‘60 y ‘70.

a. El impacto de la Revolución Cubana: el campesinado

El triunfo de la Revolución Cubana de 1959 tuvo un gran impacto en la vanguardia política de todo el continente. Lo tuvo, entre otras cuestiones, porque mostró la posibilidad de una revolución en América Latina y porque, con el influjo del guevarismo, pareció poner sobre la mesa una estrategia y un sujeto particular y diferente al de la realidad europea: la guerra de guerrillas rural y el campesinado. En Argentina esta influencia se hizo notar en la pequeña burguesía, que comenzó a activarse políticamente en los ‘60, momento en que la clase obrera había entrado en reflujó. En el caso del morenismo, esta influencia, si bien no derivó en una adscripción a la estrategia de guerra de guerrillas –existió, sí, una discusión interna relativa a ello que derivó en

una ruptura-, tuvo impacto por la concepción de construcción partidaria de esa corriente, que privilegiaba el acercamiento a aquellas clases o fracciones de clase que mostraban disposición a la lucha, a las que identificaba como vanguardia. Sobre esto, volveremos en breve. Por el momento, señalemos que la década del '60 encontró al morenismo dedicando buena parte de sus esfuerzos a procesar la experiencia de la Revolución Cubana. A ello nos abocamos en este acápite.

El primer texto de esta corriente donde se buscó fijar una posición fundamentada sobre la Revolución Cubana y sus consecuencias para la lucha social en el continente fue *La revolución latinoamericana*, escrito por Moreno en 1962. Ese texto intentaba partir de la experiencia revolucionaria caribeña, para “formular una teoría general de la revolución latinoamericana”.¹¹⁷² En particular, en el capítulo V de aquel libro se examinaban los caminos, métodos y consignas válidos para la transformación revolucionaria de América Latina.

En primer lugar, Moreno afirmaba la validez de la Revolución Permanente para todo el continente, y Cuba parecía ser la confirmación. Ese programa planteaba la combinación de la revolución entre los distintos países y, en el interior de cada uno, de las diferentes etapas. Las tareas que se combinarían en él serían las agrarias y democráticas con las nacionalistas y socialistas. Las dos primeras tendrían por objetivo el cumplimiento de demandas no exclusivamente obreras, sino que “preocupan a la mayor parte del pueblo”. Concretamente, en lo político sería la defensa de las libertades democráticas (derecho al voto, legalidad de los partidos, independencia política y asamblea constituyente), mientras que en lo económico se contaría la resolución del “problema agrario”, la reforma urbana (problemática de la vivienda) e independencia económica del país.

La Revolución Cubana habría mostrado que la reforma urbana fue posterior a la toma del poder, siendo entonces un motor de lucha secundario. El primario estaría dado por la “revolución agraria”, que sería el motor hacia el norte de Sudamérica mientras que en el extremo sur (sur de Brasil, Uruguay, Argentina y Chile), “el problema agrario tiene menor importancia”. Como ya se señaló, los sujetos interesados en estos cambios serían los componentes del pueblo: clase obrera, campesinado y “clase media urbana”. En este punto, la experiencia cubana habría demostrado que “el dogma de que la única clase que puede cumplir las tareas democráticas es la obrera, es falso.” El proletario sería caudillo

¹¹⁷²Moreno, Nahuel: *La revolución latinoamericana*, marzo de 1962, p. 3. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

para impulsar la transición al socialismo “a pesar de que en un principio [las tareas] sean llevadas por otras clases”.

En este punto, la novedad del proceso en curso en Latinoamérica sería la emergencia del campesinado como la vanguardia de la lucha en la mayor parte de los países, puntualmente en Colombia, Perú y Brasil. Dicha activación comenzaría primero con un problema legal y económico (la sindicalización), y luego avanzaría hacia posiciones revolucionarias: abandono de los canales legales y ocupación de tierras, lo que marcaría el inicio de un “poder dual”, pues en el terreno ocupado se ejercía el mandato de las masas rompiendo la legalidad burguesa. Si bien se afirmaba que “las regiones del sur [del continente] tienen una tendencia que apunta hacia la clase obrera”, el señalamiento que se hacía sobre el potencial revolucionario del campesinado, en virtud de la ocupación de tierras, permite sospechar que en los ‘70, cuando cobren fuerzas las Ligas Agrarias, estas serían elevadas a la categoría de movimientos revolucionarios.

En el capítulo siguiente del mismo libro, Moreno volvía a referirse al problema agrario y el campesinado, al formularse la siguiente pregunta:

“¿Se ha confirmado la teoría castrista o maotsetunista, que sostiene que un grupo revolucionario debe apoyarse en el campesinado, en una geografía apta para la guerrilla, e iniciar la guerra revolucionaria partiendo de formas organizativas simples y consignas amplias? ¿O acaso se ha confirmado el marxismo proletario clásico, cuya síntesis está dada en la teoría de la revolución permanente?”

La respuesta que ofrecía el autor no era ni una ni la otra, pues la tarea revolucionaria pasaría por “sintetizar la teoría y el programa general correcto (trotskista), con la teoría y el programa particular correcto (maotsetunista o castrista)”. ¿Qué significaba esto? Para Moreno, el trotskismo encontraba su límite para el continente americano en la medida en que, como tradición, no alcanzó a comprender la ofensiva de las masas en los países coloniales. De este modo, al igual que el llamado “marxismo clásico”, el trotskismo tendría un carácter esencialmente europeo, pues era producto de un momento histórico en el cual la vanguardia revolucionaria se ubicaba en ese espacio continental. Dicho de otro modo, el Programa de Transición “resume hasta su último detalle la experiencia revolucionaria europea, producto de un modelo de las concreciones del marxismo clásico”. El castrismo y el maoísmo permitirían amoldar ese programa

general a la particularidad de América Latina. Esto se expresaría en dos elementos: la región revolucionaria y la clase de vanguardia.

Respecto al primer elemento, la Revolución Permanente habría significado un avance por cuanto señaló la posibilidad de concretar la revolución socialista en países atrasados, cuando reinaba la idea de que esta solo podía ocurrir en los adelantados. Sin embargo, el trotskismo no se habría librado de privilegiar, dentro de los países atrasados, las zonas adelantadas, es decir, la ciudad como polo de arrastre del conjunto de las clases revolucionarias. Lo que habría mostrado la Revolución Cubana era que las regiones atrasadas tenían un mayor potencial revolucionario, por estar su población en condiciones más miserables y ser espacios menos controlados económica y militarmente por la burguesía nativa y el imperialismo. Con todo, Moreno advertía que no debían fetichizarse ni las regiones adelantadas ni las atrasadas, puesto que “cualquier país y cualquier región, es apto para la revolución permanente”.

En cuanto a la clase de vanguardia de la revolución, el proceso cubano habría derribado otro mito del marxismo clásico: “el rol de segundo violín desempeñado por el campesinado, que, según ellos, debe seguir inevitablemente al proletariado [...] continuó en esto, la tradición del propio Marx y sus análisis y conclusiones provienen de la realidad europea”. América mostraría una situación inversa, toda vez que en el continente el campesinado se encontraría en la miseria y la clase obrera en una situación relativamente acomodada. Como puede verse, un diagnóstico similar al que hiciera el guevarismo y también el maoísmo vernáculo. De modo que el campesino latinoamericano habría superado su “minoría de edad” y abandonado la “impotencia” para ser caudillo de la revolución.

Finalmente, ¿de dónde brotaba el potencial revolucionario del campesino? Ya hemos visto una insinuación algunos párrafos atrás, cuando destacamos que lo elevaba a esa categoría el método de la ocupación de tierras, en tanto germen de doble poder. En este capítulo Moreno fue más explícito y brindó una definición que condensaba su concepción acerca de la vanguardia:

“En nuestros días, la revolución cubana y la china, parecieran confirmar la tesis bolchevique de que los factores subjetivos, son los fundamentales, pero con modificaciones muy importantes con respecto a la definición de los partidos y las organizaciones revolucionarias. Porque hoy está planteado este interrogante: ¿qué es una organización revolucionaria? De acuerdo al marxismo tradicional el Partido

Comunista chino o el Movimiento 26 de Julio cubano no lo son, porque clásicamente en esa definición primaba el carácter clasista y se definían como revolucionarios los partidos obrero-revolucionarios. Una dirección pequeñoburguesa, campesina o burocrática, no podía ser revolucionaria. Nosotros, nuevamente aquí, repetiremos el criterio que sustentamos a lo largo del libro: *lo fundamental no es la ubicación pasiva en las relaciones de producción, sino los fines y la actividad para lograrlos, o sea la praxis*. Si éste análisis es correcto, *debemos considerar tendencia revolucionaria, a la que por sus objetivos y acción sea en un momento dado, revolucionaria, aunque, por su ubicación, no sea obrera*. [...] la acción revolucionaria, por su dinámica, puede elevarla a una comprensión teórico-programática de su propia acción: la revolución permanente. [...] Cualquier país, *cualquier clase brutalmente explotada, pueden, por el programa y el método de la revolución permanente, plantearse la acumulación primitiva socialista* y adquirir el desarrollo económico, cultural y técnico moderno. [...] Concretamente, así como hemos descubierto que no solamente la clase obrera puede acaudillar la revolución permanente, lo mismo podemos decir de los movimientos políticos: no solo los obreros pueden organizar y dirigir las primeras etapas revolucionarias, pueden hacerlo los movimientos y organizaciones democráticas o agrarias. Es una obligación estar allí, y dar una tónica consciente a esa posibilidad revolucionaria.”

De ello desprendía Moreno que, en determinados países y/o circunstancias, practicar el entrismo en el movimiento agrario podía ocupar un lugar fundamental dentro de las tareas partidarias como hacerlo en sindicatos, soviets o partidos laboristas.

La cita es toda una declaración de intenciones y muestra una determinada matriz de pensamiento que explicaba las derivaciones concretas que realizó el morenismo en su práctica política. El potencial revolucionario de una clase no emergería de su posición en la estructura, de su relación con los medios de producción, sino de su acción coyuntural. En definitiva, un énfasis en la praxis, según el cual habría que vincularse al sector que en determinado momento mostrara algún grado de activación. No sorprenden este tipo de teorizaciones justamente en un momento en que la clase obrera argentina se encontraba en un momento de reflujo. No sorprende tampoco que encontremos al PST en los ‘70 defendiendo el movimiento agrario sin delimitar los componentes en su interior. Si todo lo que lucha es progresivo, por qué no habrían de serlo las capas burguesas que se organizaron en las Ligas Agrarias. De todos modos, hasta aquí no quedaban claras las tareas revolucionarias para la Argentina, dado que, si bien se

reconocía el papel del campesinado en toda América Latina, se señalaba que al sur del continente perdía centralidad frente al proletariado.

Seis años después, en 1968, Moreno editó dos nuevos materiales que volvían a revisar la cuestión del rol del campesinado, la problemática agraria y la guerra de guerrillas a la luz de la experiencia cubana: *La revolución latinoamericana, Argentina y nuestras tareas* y *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana*.

El primero de ellos, matizaba la caracterización que hemos revisado hasta aquí sobre el campesinado. Si antes se afirmaba que cualquier clase podía plantear el inicio de la acumulación socialista, ahora, aún sin negar un potencial revolucionario al campesinado, se reconocía que no tendría capacidad de dirección independiente:

“Sin industria no hay socialismo y marcha de la revolución mundial; sin obreros no hay industria. En esta esquemática fórmula se esconde el rol de dirección indiscutida de la revolución mundial del proletariado industrial. Esto no anula la comprobación de un hecho: el campesinado ha demostrado cualidades y capacidades revolucionarias verdaderamente colosales que lo han erigido, junto con los pueblos coloniales, en el soporte indiscutido de la revolución en esta postguerra. Pero también ha demostrado que es incapaz de procurarse una dirección propia, independiente.”¹¹⁷³

En el segundo documento, *Dos métodos...*, Moreno polemizaba con Guevara a los efectos de “intervenir de lleno en la polémica sobre la estrategia revolucionaria para América Latina”.¹¹⁷⁴ Del proceso revolucionario cubano rescataba la lucha armada para la destrucción del aparato represivo del Estado, condición para dar y comienzo a la revolución en permanencia. Sin embargo, señalaba que debería examinarse la estrategia a la luz de las “derrotas aplastantes” que habían sufrido las guerrillas en Paraguay y Venezuela. A partir de ello refutaba lo que serían los tres argumentos base del guevarismo: la necesidad de esconder la dirección, el carácter continental de la lucha y la situación explosiva del campesinado. Nos interesa detenernos en este último.

Moreno señalaba que Guevara terminó por construir un “dogma campesino”, según el cual esa clase era en cualquier país la vanguardia por excelencia, a la que debería subordinarse y “acompañar” cualquier otra clase interesada en la revolución. La crítica

¹¹⁷³Moreno, Nahuel: *La revolución latinoamericana, Argentina y nuestras tareas*, 1968, p. 3.

¹¹⁷⁴Moreno, Nahuel: *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana*, 1968, edición digital de la Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org, p. 42. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

señalaba que esa supremacía campesina no era la conclusión de un análisis de la realidad social, sino que era el resultado de asumir una estrategia particular (la guerra de guerrillas) a partir de la cual se desprendía la clase más afín a ella (el campesinado). Del mismo modo, si bien los campesinos, decía Moreno, “se movilizan contra las estructuras arcaicas que los oprimen”, de ello tampoco surgía que la guerra de guerrillas fuera la vía correcta. Con todo, volvía a enfatizar la necesidad de superar los esquemas europeos del marxismo, en la medida que no puede reducirse siempre el sujeto revolucionario a la clase obrera:

“creemos que la clase explotada a la vanguardia de la revolución latinoamericana cambia de país a país y de etapa a etapa. Hemos superado el esquema trotskista de que sólo el proletariado es la vanguardia de la revolución, pero no para caer en otro tan funesto como aquel. [...] fuimos los primeros en señalar que en Perú la vanguardia era el campesinado del Cuzco. En Bolivia en los últimos meses llegamos a creer que la clase de vanguardia podía ser el campesinado de La Paz y que el proletariado minero pasaba a un segundo plano. [...] Y no estamos dispuestos a sacrificar nuestro método por ningún dogma campesino. Tomamos la realidad, incluida la relación de las clases explotadas, tal como se da.”

Por otro lado, volvía a señalar que en los países latinoamericanos las masas tenían planteada una revolución democrático-burguesa, con tareas para el conjunto del pueblo, compuesto por el proletariado, la pequeña burguesía, el semiproletariado, los desocupados (¿no son parte del proletariado?), los campesinos y sectores “bajos” de la burguesía. Ello, sin embargo, no equivaldría a asumir que estuviera planteada, como indicaba Guevara, la lucha contra el feudalismo en el campo, pues “no creemos que la lucha contra el feudalismo sea la predominante en el campo latinoamericano. Por el contrario, la lucha contra el capitalismo agrario es casi tan importante como la lucha contra las reminiscencias semif feudales o semiesclavistas.” A pesar de existir campesinos y ser aliados del proletariado, la relación entre ambos dependería de cada región.

Finalmente, dos nuevos documentos que abordaban el tema fueron escritos entre fines de 1972 y 1973: *Argentina y Bolivia: Un balance* y *Un documento escandaloso*. En ellos, el peso político del campesinado en las fuerzas revolucionarias fue notablemente reducido. No fue casual que esto se produjera a posteriori de la ruptura del PRT y

cuando la organización de Roberto Santucho mostraba ya un crecimiento significativo. Tampoco resultaba una casualidad que fueran escritos luego del Cordobazo, es decir, en un momento en que la clase obrera mostraba signos de activación. *Argentina...* fue un texto originalmente presentado en una reunión del Comité Ejecutivo de la Cuarta Internacional (Secretariado Unificado), en el marco de las discusiones sobre estrategia. Para ese entonces, la Cuarta Internacional mandelista había reconocido al PRT-ERP como sección argentina, y defendía la construcción de partidos con brazos armados.¹¹⁷⁵ Desde las páginas del documento, Moreno denunciaba aquellas posiciones como el resultado de una creciente desconfianza hacia el proletariado y del abandono del Programa de Transición en favor del campesinismo, la pequeña burguesía y la lucha armada. La orientación proletaria, que implicaría un trabajo arduo y lento, se habría perdido en favor de un “atajo”, el de “convertir nuestro movimiento en el partido del campesinado y la pequeña burguesía urbana con una correspondiente orientación en el terreno de la lucha armada”.¹¹⁷⁶

En *Un documento...*, texto que se insertaba en la misma polémica, la cuestión de la alianza con el campesinado volvía a aparecer. Frente a la aparente unilateralidad de *Argentina...*, de la cual erróneamente se podría desprender una subestimación del campesinado, en este texto se hacía particular hincapié en la consigna de “gobierno obrero y campesino”. En este sentido, se señalaba que el proletariado debía conquistar a otras clases interesadas en la revolución, lo que implicaba construir una política hacia ellas. Es decir, el partido debía asumir un programa de transición acorde a los intereses de las clases que buscaba ganar, de modo que “no darse un programa de transición para el campesinado y la clase media pobre de las ciudades que la posibilite y ponga a los obreros en su dirección, tiene todo el aspecto de una posición obrerista y hace imposible la toma del poder.”¹¹⁷⁷ En efecto, esos movimientos no proletarios serían “objetiva y momentáneamente progresivo, revolucionarios”, a pesar de tener ideologías no proletarias. En el caso particular del campesinado:

¹¹⁷⁵El Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional fue fundado en 1963 por iniciativa de Pierre Frank, Ernest Mandel y Joseph Hansen. En abril de 1969 en Italia, se realizó su IX Congreso a partir del cual una tendencia mayoritaria abogó por la estrategia de guerra de guerrillas y una minoría, de la que el morenismo fue parte, siguió defendiendo la estrategia de construcción del partido en el seno de la clase obrera. (IX Congreso del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional: *Resolución sobre América Latina*, 1969, citado en Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad: *Acerca de la discusión en el IX Congreso Mundial de la IV Internacional*, 1969, pp. 20-21).

¹¹⁷⁶Moreno, Nahuel et al: *Argentina y Bolivia: Un balance*, diciembre de 1972, edición digital de la Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org, p. 67.

¹¹⁷⁷Moreno, Nahuel: *Un documento escandaloso*, 1973, edición digital de Marxists.org.

“Siempre el factor determinante es el factor social de la lucha de clases, no el ideológico. El movimiento campesino, por ejemplo, está frecuentemente a favor del reparto de las tierras. Esta es una ideología pequeñoburguesa pero, en la medida en que va contra los terratenientes, es progresiva. Sin embargo, cuando el movimiento campesino se aferró al reparto de tierras, oponiéndolo a la nacionalización socialista, el movimiento se transformará en reaccionario, y este carácter se trasladará a su ideología.”

Lo que pone en evidencia la cita es que la alianza con el campesinado no fue desechada en ningún momento. Se reconocía su potencial para el enfrentamiento contra los terratenientes, clase que el morenismo encontraba en la Argentina y ubicaba como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo del capitalismo en el campo. Detrás de esta alianza estaba obviamente la reforma agraria, que daría vida a un conjunto de pequeños y medianos productores, supuestos vectores del desarrollo de las fuerzas productivas. Moreno mismo reconocía ese problema en el reparto de tierras que, en la Argentina, en realidad, no existía, sino que la propia reforma agraria iba a crearlo.

Poniendo en perspectiva el conjunto de los documentos analizados en este acápite, lo que se observa es un primer encandilamiento con el campesinado, producto del influjo de la Revolución Cubana, que luego se fue matizando para culminar en la ya clásica consigna de alianza obrero-campesino. En ocasiones, se ha querido leer esta etapa del morenismo como un momento de claudicación ante la lucha armada, producto de un oportunismo o ausencia de estrategia.¹¹⁷⁸ Consideramos, por el contrario, que fue producto de la ya mencionada concepción particular de construcción del partido del morenismo, cuyo déficit se encontraba en el desarrollo de la tarea intelectual. La corriente se caracterizó por su incapacidad para erigirse en dirección política independiente de la clase obrera, puesto que su forma de concebir la construcción partidaria suponía que la tarea fundamental era identificar a la vanguardia de la clase (aquella que lidera la disputa en el nivel económico reivindicativo) y “acompañar” su lucha, plegándose a sus iniciativas (ya sea una huelga, tomas, formas de lucha armada, etc.) Se trataba de un seguidismo que se traducía en una claudicación en la tarea de dirección política. En los años de apogeo del guevarismo esto redundó en una reivindicación, más bien temporal y con un impacto acotado en la estrategia para la

¹¹⁷⁸Un ejemplo de ello es la posición de Osvaldo Coggiola en *Historia del trotskismo...*, op. cit.

Argentina, del campesinado. Que ello fue producto de esta concepción de construcción política, fue algo que el propio Moreno reconoció:

“el partido sólo podemos construirlo si utilizamos en cada momento tácticas diferentes y adecuadas, que cambian tanto como cambia la lucha de clases. Si hay elecciones, podemos ser electoralistas. Pero si no las hay, no debemos serlo. Si hay campesinos dispuestos a luchar en forma armada contra los terratenientes, debemos ser guerrilleros rurales. Pero si no lo hay, no debemos serlo.”

Veamos cómo se tradujeron estas posiciones en la praxis concreta de la organización hacia la década de 1970.

b. Definiciones e intervención en los '70

El análisis de la estructura agraria en los años '70

Como señalábamos en el primer acápite de este apartado, el trabajo más exhaustivo sobre el agro elaborado por el morenismo databa de las décadas del '40 y '50. Justamente por ello le dedicamos un análisis, a pesar de la distancia temporal respecto del período que nos interesa estudiar. Sin embargo, en los '70 Nahuel Moreno concluyó lo que en esos viejos documentos señalaba como un déficit: un trabajo que delimitara las etapas del desarrollo capitalista en la Argentina. Ello se plasmó en el libro *Método para la interpretación de la historia argentina*, publicado por primera vez en 1975. Nos interesa detenernos en ese material, puesto que contiene varias precisiones sobre la estructura agraria que se comprenden cabalmente al ponerlas en relación con aquellas elaboradas dos décadas antes.

Allí se delimitan cinco etapas en la historia argentina. Una de 1850 a 1880 signada por la acumulación primitiva capitalista, donde surgirían las clases que caracterizan a un país capitalista y se desarrollaron las fuerzas productivas de la mano de la agricultura; la siguiente, de 1880-1930, caracterizada por la deformación del desarrollo capitalista dado el inicio de la dependencia del capitalismo británico; de 1930 a 1943 la penetración del imperialismo británico se acentuaría convirtiendo a la Argentina en una semicolonias; seguidamente los dos gobiernos peronistas alcanzarían una “independencia

relativa y retaceada” para, finalmente, a partir de 1955 formalizarse la situación de semicolonía, en lo político y económico, del imperialismo norteamericano.

En la primera etapa, el desarrollo de las fuerzas productivas se produciría de la mano de la agricultura y el surgimiento de industrias vinculadas al procesamiento de los productos agrícolas (vinos, sedas, azúcar). Paralelamente, la ganadería incrementaría significativamente su cantidad (crecimiento del rebaño) y su calidad (refinamiento por mestizaje), y se avanzaría en el cercado de estancias y chacras, expansión del ferrocarril y desarrollo industrial y minero en pequeñas fábricas, puesto que las que ocupan entre 100 y 200 obreros “se cuentan con los dedos de la mano”.¹¹⁷⁹ Sobre el final de esta etapa, ya en la década del ‘80, surgirían las clases que caracterizan a una nación capitalista: terratenientes, chacareros, burgueses industriales y obreros. Recordemos que en la introducción criticamos esta misma idea de sentido común según la cual, las clases sociales en el capitalismo se transmutan cuando se pasa del ámbito urbano al rural.

Los terratenientes formarían un “grupo ultra conservador privilegiado”, cuya reproducción se realizaba solo por la obtención de una renta producto de la propiedad privada del suelo que detenta. Por tal motivo no sería identificable como un terrateniente capitalista, sino como el típico “oligarca argentino, terrateniente que vivía dos meses en su patria y diez en Europa”. Distinto sería el “gran estanciero” que “por mentalidad y actividad” era un capitalista dedicado al ganado. En cuanto a los chacareros, se trataría del “pequeño productor agrícola”, una capa pobre que, por la presión de los terratenientes, el Estado no pudo convertir en propietarios. Así fue bloqueado un desarrollo farmer, como el de Estados Unidos, basado en el acceso de millares de campesinos a la propiedad, para iniciar una colonización masiva que sea motor de un fuerte mercado interno. Esto mostraría que la oligarquía era una “tremenda rémora”, que bloqueaba el desarrollo “hasta hoy”. El proletariado (peón de campo) y el semiproletariado (que en este caso aparece como sinónimo de trabajador temporario porque es el “encargado de recoger la cosecha”), eran empleados en las grandes estancias, de lo cual se desprende que los chacareros no eran explotadores. Por otra parte, se produjo la subordinación de la agricultura a la ganadería, lo que fue el resultado de la imposición de la oligarquía porteña por sobre la del Litoral y del Interior,

¹¹⁷⁹Moreno, Nahuel: *Método para la interpretación de la historia argentina*, 1975, edición digital de la Liga Internacional de los Trabajadores (LIT-CI), p. 41. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

partidarios estos últimos de la agricultura y de los planes de Sarmiento y Avellaneda, “defensores de una gran colonización agraria”.

La evolución continuaría en el período 1880-1930, marcada por el inicio de la dependencia, es decir una situación en la que el país era políticamente independiente (lo que se manifiesta en que elige a sus gobernantes), pero su comercio o producción exterior dependía económicamente de potencias extranjeras. De ese modo, la dependencia respecto de Gran Bretaña se evidenciaría en la absorción de la Argentina del casi 50% de las inversiones externas británicas y la existencia de una balanza de pagos negativas para nuestro país. En el agro, continuaba el desarrollo de las fuerzas productivas, con un incremento en la producción por cápita en la agricultura y la emergencia de la estancia moderna para la ganadería, especializándose los criadores e invernadores y dando nacimiento al frigorífico. La industria creció bajo la forma de pequeños talleres, con alguna rama concentrada, donde serían fuertes los capitales extranjeros. Justamente, el único sector que no logró penetrar el imperialismo habría sido el campo.

En cuanto a la estructura de clases, el agro habría sufrido una fuerte transformación, que habría dejado una estructura claramente capitalista en la que se delimitaban obreros, peones y capitalistas, habiendo desaparecido el gaucho (“lumpen o semilumpen”) y consolidándose una “clase media”. Como veremos, eso no implica la liquidación de la oligarquía. Dentro de esa “clase media” se ubicaba al campesinado, del cual no sabemos si es o no explotador de mano de obra, pero sí aparece como un potencial aliado de los trabajadores. Esto se observa con nitidez en el análisis que se hace del Grito de Alcorta, en el cual se presenta a los chacareros, identificados como campesinos, como brutalmente explotados por los terratenientes a través del arriendo, que habría pasado a representar de un 15% de la cosecha líquida en 1903 a un 54% en 1912. El campesinado avanzaría en esa etapa en su organización, a lo que la oligarquía respondió con represión. De conjunto, la etapa se caracteriza por las “grandes luchas del campesinado pobre argentino”, del cual son herederas “las actuales ligas agrarias del noroeste”, a pesar de que “la clase que lo originó se aburguesó y abandonó la lucha”. Esta última frase podría dar cuenta de una crítica solapa a Federación Agraria, organismo en el que el morenismo no se planteó intervenir.

Aquí ya se empieza a visualizar cómo la defensa de la existencia de un campesinado en la Argentina llevó al apoyo político a experiencias como las Ligas Agrarias. Se denota además una contradicción elemental: si el campo efectivamente está dominado por el

campesinado, difícilmente pueda hablarse en simultáneo de una estructura “claramente capitalista”.

La tercera etapa, 1930-1943, estaría caracterizada por el pasaje del país a la situación de semicolonias, producto de la firma del Pacto Roca-Runciman. En efecto, el carácter semicolonial asignado por Moreno a la Argentina estaría justificado por la firma de pactos que cercenarían la soberanía de un país sin quitársela por completo. Si así lo hicieran, es decir, si el gobierno fuera controlado o impuesto por una potencia extranjera, ya estaríamos frente a una colonia. Este período en el agro estaría caracterizado por el inicio de una crisis de la agricultura, que produce cada vez menos granos e incluso llega a cosechas invendibles. De la mano de este estancamiento, se inició el despoblamiento del campo, pues el semiproletariado abandonó la cosecha en busca de mejores posibilidades en las ciudades. Con el peronismo, si bien se alcanzaría una independencia relativa, el desempeño del agro no mejoró, sino que “continuó la decadencia de la producción agraria”: el rendimiento medio por hectárea cayó un 8% en agricultura, un 11% en ganadería y un 18% en el conjunto de la producción agropecuaria. Con todo, la coyuntura de posguerra habría valorizado los granos y carnes colocando a Argentina en una situación de “tercera potencia financiera y comercial del mundo”. Pero la bonanza habría durado poco, la caída de los precios habría llevado a que el IAPI se convirtiera en un elemento para apuntalar y no destruir a la burguesía terrateniente, al comprar las cosechas a pérdidas. El balance final del peronismo en este punto es sugestivo: “El talón de Aquiles de su política fue no liquidar la estructura terrateniente y capitalista, así como las grandes inversiones financieras del imperialismo, a excepción de las que el propio imperialismo exigió que se liquidaran”.

Hasta aquí entonces, tenemos cuatro elementos ya presentes en los análisis previamente analizados: el terrateniente rentista que opera como freno a una colonización masiva, el predominio en el campo de pequeños productores chacareros, la subordinación de la agricultura a la ganadería producto de esos dos elementos previos, y el estancamiento del agro a partir de la década del '30.

A partir de las transformaciones generales del país que se operaron desde mediados de la década del '60, el partido reconoció un cambio en la clase dominante: “el más notorio ha sido el desplazamiento de la vieja oligarquía agropecuaria que hasta el año '43 había sido el sector más fuerte del país”.¹¹⁸⁰ A ello se sumaba el desplazamiento también de la

¹¹⁸⁰Partido Socialista de los Trabajadores: “Situación nacional”, en: *II Congreso Extraordinario del Partido Socialista de los Trabajadores*, julio de 1973, p. 5.

“vieja burguesía industrial ligada al mercado interno”, que se desarrolló en la rama de alimentos, textiles e incluso metalúrgica y que se centralizaba en la UIA. En contraste habría surgido una “nueva burguesía industrial que podemos denominar desarrollista”, producto del surgimiento de nuevas ramas de la producción, en particular aquellas penetradas por el capital monopolista extranjero: Los Pérez Companc han desplazado a los Menéndez Behety, o los Fortabat a los Martínez de Hoz.

Esto habría ido acompañado de un proceso de concentración de capital y de “penetración de los grandes monopolios”, una “colonización imperialista que llevaría a la ruina a sectores de la burguesía y pequeñoburguesía nacional”. En este contexto se profundizaron las características “neocapitalistas de la estructura burguesa nacional”.¹¹⁸¹ De resultas de ello, la racionalización de la economía habría permitido una recuperación de la ganancia y la reactivación nacional hacia comienzos de los '70. Sin embargo, de conjunto se seguía planteando que la burguesía argentina era incapaz de lograr un desarrollo sostenido, de manera que su crisis estructural se mantenía latente, a pesar de que la buena colocación temporal de cereales pudiera atemperar la situación.¹¹⁸²

En un sentido estructural más general, se mantuvo la caracterización de país como una semicolonias, en la que no existirían márgenes para realizar grandes inversiones y alcanzar el equilibrio en la balanza de pagos debido a la dependencia del imperialismo. El eje de la acumulación seguirían siendo las exportaciones de productos agropecuarios y allí se ubicaría “la segunda gran rémora para nuestro desarrollo”: la clase terrateniente.¹¹⁸³ Sobre esta base, cualquier intento de relanzamiento de la economía chocaría con la baja tecnificación y el interés especulativo de la oligarquía. El siguiente párrafo ilustra la lógica de esa clase en los ojos del partido de Moreno:

“Los terratenientes, sin meter máquinas ni aumentar la producción en sus campos aprovechan los buenos precios para obtener ganancias fabulosas y aumentar el precio interno de los productos del campo. Los beneficios de la oligarquía, para colmo, son otro ‘agujero’ en la economía: lo que no se va a los bancos extranjeros y a gastos de lujo -que aumentan la deuda externa- se utiliza en la especulación.”¹¹⁸⁴

¹¹⁸¹Partido Revolucionario de los Trabajadores – La Verdad: “Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales”, junio de 1969, en: *V Congreso del Partido de los Trabajadores Revolucionario-La Verdad*, 1970.

¹¹⁸²Partido Revolucionario de los Trabajadores – La Verdad: “Situación Nacional”, en: *VI Congreso del Partido Revolucionario de los Trabajadores – La Verdad*, 1971.

¹¹⁸³“Informe nacional”, *IV Congreso del Partido Socialista de los Trabajadores*, diciembre de 1973, p. 2.

¹¹⁸⁴“A votar por una Argentina socialista”, en: *Avanzada Socialista*, 28/02/1973.

Un estudio del partido, elaborado en 1975 en la coyuntura de los paros agrarios, intentaba dilucidar empíricamente la existencia de la oligarquía.¹¹⁸⁵ Partiendo del Censo Nacional Agropecuario de 1969 ofrece una serie de datos. Allí se identifican 522.796 explotaciones, pero el PST advertía que no eran equivalentes a cantidad de productores, porque varias empresas manejaban más de una explotación. Asimismo, habría que eliminar unos 136.500 minifundistas y 142.000 arrendatarios y apareceros “cuyos problemas e intereses son bien distintos de los de los señores de CARBAP y la Sociedad Rural”. El dato que mostraría la existencia de la oligarquía sería el de las 32.579 explotaciones que concentraban 156 millones de hectáreas. Sin embargo, lo que el partido no advierte es que se está refiriendo a explotaciones que, en promedio, quedan por debajo de las 5.000 hectáreas y que, como ya hemos visto repetidas veces, se abstraen de las condiciones reales de producción. Lo mismo ocurre cuando se identifica a los minifundios como “explotación [que] no alcanza para sustentar al productor rural y su familia”¹¹⁸⁶, sin tener en cuenta que pueden corresponder a producciones intensivas. El cuadro se completa con la subexplotación de la tierra, dado que mientras en las explotaciones de 400 hectáreas se trabaja más de 40%, en las de entre 2.500 y 5.000 se lo hace un 12,5%, en las de 5.000 a 10.000 un 7,7% y en las de más de 10.000 un 2,8%. Esto demostraría un uso irracional de la tierra.¹¹⁸⁷ Lo que el partido no parece advertir es que justamente aquellos “grandes latifundios” de, por ejemplo, 10.000 hectáreas aprovechan menos la tierra porque no se encuentran en zonas donde geográficamente sea factible la explotación agraria, como suele ocurrir en la Patagonia. De resultados de todo ello, concluye que:

“La inmensa concentración de tierras en manos de la oligarquía no es sólo una brutal injusticia que condena a la miseria a cientos de miles de pequeños campesinos y obreros rurales. Es la causa directa del atraso técnico que mantiene estancada la producción desde hace cuarenta años y que ha condenado al país a perder su posición de exportador privilegiado de carne y cereales”.¹¹⁸⁸

¹¹⁸⁵“La oligarquía moviliza a las vacas”, en: *Avanzada Socialista*, 26/10/1975.

¹¹⁸⁶Idem.

¹¹⁸⁷“El paro ganadero”, en: *Avanzada Socialista*, 31/10/1973.

¹¹⁸⁸Idem.

Por otra parte, un documento interno del 29 de abril de 1969¹¹⁸⁹, del por entonces PRT-LV a partir de informes de la CEPAL, intentaba darle sustento empírico a la tesis del estancamiento. Para ello se ofrecían datos acerca del rendimiento por hectárea y por trabajador en la producción cerealera. Según esos guarismos, la Argentina se encontraría muy por detrás de Japón, Nueva Zelanda, Estados Unidos y Australia. Sin embargo, como ya vimos en la introducción, sólo se verifica una caída en los cereales tradicionales -trigo, lino y maíz-, y lo que no se advierte son las transformaciones en torno a la producción, los cambios en los patrones de cultivos y la emergencia de nuevos cultivos. Visto desde una perspectiva general, lo que se evidencia es un crecimiento de la productividad del agro que se invisibiliza si sólo se atiende a tal o cual cultivo a nivel individual.

El partido extrae de estos datos la siguiente conclusión: “Esto demuestra que el cultivo intensivo no rinde los frutos necesarios para elevar el rendimiento por ha. Lo que demostraría la falta de tecnificación debido al latifundio imperante en nuestro campo”.¹¹⁹⁰ En otro documento se introduce en relación a este problema un argumento que forma parte de la imagen tradicional del agro: los arrendatarios no pueden convertirse en el vector de la mecanización del agro porque el 50% de su producción se extrae vía renta.¹¹⁹¹ La conclusión es, a todas luces, excesiva y carente de fundamento. En ningún momento se desprende de esas cifras que, por caso, sea el latifundio el culpable de la caída de la productividad o que sea un freno al implemento de maquinaria. Otro signo de estancamiento, referido en una nota de la prensa partidaria, sería la caída en términos absolutos del área sembrada que no se reemplazó en aumentos del stock ganadero. Este punto se desarrolla con más detenimiento en un documento posterior.¹¹⁹² Según los guarismos aportados allí, hacia 1934/1938 la Argentina participaba con un 54% de la carne exportada, para 1966 había descendido al 27%. En 1969 el rodeo bovino era de 48.260.000 cabezas, lo que tomando 1936 como valor 100, implica un descenso al 86%. El índice de faena era del 24% mientras que el de Estados Unidos era de 40%, Nueva Zelanda 39% y Australia 28%. Sobre esa base, el país estaría en condiciones adversas para aprovechar el Mercado Común Europeo en el marco del

¹¹⁸⁹Partido Revolucionario de los Trabajadores-La Verdad: *Plan de estudio económico*, 29 de abril de 1969, p. 1.

¹¹⁹⁰Ibíd.

¹¹⁹¹“Más vacas y más trigo para el pueblo”, en *Avanzada Socialista*, 31/01/1973. En este artículo se vuelven a ofrecer datos que avalarían la idea del estancamiento agrícola, pero solo se ofrecen cifras correspondientes a la etapa 1956-1960, tomados del informe *Fiat Argentina. Síntesis económica y financiera* que resultan verdaderamente atrasados para un artículo escrito más de una década más tarde.

¹¹⁹²Partido Revolucionario de los Trabajadores – La Verdad: *Sin título* (documento sobre agro), 1970.

declive de Inglaterra como compradora principal de las carnes argentinas. Esta alteración en la demanda, estaría produciendo cambios en la estructura ganadera nacional, que el partido sintetizaba en tres puntos. En primer lugar, la exigencia de carnes más magras, lo que obligaba a desarrollar nuevas razas (Chalorais, Santa Gertrudis, Polled Hereford) en desmedro de las tradicionales inglesas (Aberdeen Angus, Hereford, Shorton). En paralelo, se requerirían nuevas técnicas que reducían el engorde a ocho meses pero exigían un nuevo régimen de pasturas. En segundo lugar, se había producido el desplazamiento de la cría de ganado de la tradicional pampa húmeda hacia zonas marginales (Norte de Santa Fe, Entre Ríos, Formosa, Chaco, Corrientes). Y, finalmente, se había eliminado la división entre criador e invernador y la necesidad de pasturas artificiales que lleva a diversificar la producción. Todo lo cual, exigía una mayor inversión de capital en máquinas, abonos y semillas.

Que estas transformaciones estuvieran en curso, se choca de bruces con la idea de una oligarquía parasitaria, de un campo sin tecnología o estático y advierte que hay un proceso de creciente de capitalización cuya consecuencia será el desalojo de quienes no puedan emprenderlo.

Intervención en los '70

Como hemos hecho en capítulos anteriores, analizaremos la práctica política del PST en los '70, examinando la cuestión del proletariado rural y del movimiento liguista, la consigna agraria que el partido utilizó para agitar en la etapa y la caracterización sobre las medidas del peronismo.

En relación al proletariado rural y sus luchas, se denota a través del análisis de *Alternativa Socialista*, una atención inferior a la que se le brindaba en sus precedentes *La Verdad y Norte Revolucionario*, cuando aún se encontraba en pie la alianza con Santucho. La escasez de notas respecto a este sujeto, da cuenta de que la intención de insertarse o incidir en estos sectores fue inferior. Naturalmente, dentro de este sector no faltó la preocupación respecto al proletariado azucarero, en particular a la lucha en el Ingenio Ledesma, el San Juan y la lucha antiburocrática en el seno de la FOTIA.¹¹⁹³

¹¹⁹³“Lo que pasa en Ledesma”, en: *Avanzada Socialista*, 3 al 11 de octubre de 1973; “Diez días que conmovieron al norte”, en: *Avanzada Socialista*, 24/09/1974; “FOTIA: Peleando se puede ganar”, en: *Avanzada Socialista*, 17/09/1974; “Hablan los vecinos baleados del San Juan”, en: *Avanzada Socialista*, 24/09/1974; ““Es muy probable que se de otro Villazo””, en: *Avanzada Socialista*, 28/05/1974; “Un pequeño Ledesma”, en *Avanzada Socialista*, 01/08/1974; “Ledesma: Azúcar amargo”, en: *Avanzada*

Vale aclarar que, para esta etapa, el partido ya no contaba en sus filas con Leandro Fote, secretario general del Ingenio San José y diputado provincial en el marco de las “candidaturas obreras”, que había llegado ser militante de Política Obrera. Por documentos internos sabemos que el partido intentó hacer pie en Ingenio Concepción, a partir de una serie de contactos que se establecieron con trabajadores de allí.¹¹⁹⁴ Una de las batallas políticas que el partido encaró en este ámbito, fue la denuncia al gobernador de Tucumán, Armando Juri. Se trataba de un aspecto central porque para el partido servía como arma de crítica al gobierno nacional: con un gobernador peronista, la situación de la provincia que sufría con fuerza la crisis agraria no habría cambiado en lo sustancial. Las páginas de *Avanzada Socialista* señalaron que: “aunque sea peronista y haya sido votado por millones de obreros, es un gobierno patronal que se ha comportado como todos los anteriores”.¹¹⁹⁵ Además, la figura de Juri revestía de otro atractivo: el mismo era visualizado como un “cañero grande” merced de su participación dentro de la CACTU. Esto contribuiría a mostrar con mayor claridad el carácter “pro oligárquico” del gobierno.

De manera más acentuada continuó la preocupación por el proletariado de la carne, que ya venía siendo un objetivo del partido desde la etapa previa a la fusión que diera vida al PRT. En particular, en el Frigorífico Swift, tanto de la localidad de Berisso como en Rosario, en el frigorífico Cóndor de la localidad bonaerense de Avellaneda, en el Frigorífico Municipal de Santa Fe¹¹⁹⁶ y en el Matadero Municipal de La Plata.¹¹⁹⁷ Al igual que en casos anteriores, allí la consigna política que más se agitó fue la de nacionalización de los frigoríficos.¹¹⁹⁸ También hubo acercamientos a trabajadores lecheros nucleados en ATILRA en Córdoba.¹¹⁹⁹

Fuera del universo azucarero y de la carne, hacia 1972 el partido entró en contacto con una delegación de obreros del tung de Santo Pipo (Misiones), que se acercaron al partido para impulsar una lista de oposición. El partido los aceptó, al evaluar que

Socialista, 07/08/1974; “Tregua en la huelga del azúcar”, en: *Avanzada Socialista*, 28/09/1973; “Que se realice la unión de todos los azucareros”, en: *Avanzada Socialista*, 28/09/1973; “Azúcar, triunfo parcial”, en: *Avanzada Socialista*, 19/11/1974; “El Ledesma no ha dicho su última palabra”, en: *Avanzada Socialista*, 12/04/1975; “Ingenio Ledesma”, en: *Avanzada Socialista*, 30/12/1975

¹¹⁹⁴Partido Socialista de los Trabajadores: *Carta de E.*, s/f, circa 1972.

¹¹⁹⁵“Todo sigue igual bajo el gobierno ‘popular’”, en: *Avanzada Socialista*, 20/08/1974.

¹¹⁹⁶“Frigorífico Municipal”, en: *Avanzada Socialista*, 30 de mayo al 6 de junio de 1973.

¹¹⁹⁷“Rosario: Ese infierno helado del Swift”, en: *Avanzada Socialista*, marzo de 1974; “Swift de Berisso: El primer triunfo”, en: *Avanzada Socialista*, 11/06/1974; “Swift (Berisso)”, en: *Avanzada Socialista*, 19/04/1975.

¹¹⁹⁸“Nacionalizar los frigoríficos”, en: *Avanzada Socialista*, 20 al 27 de marzo de 1974.

¹¹⁹⁹“Lecheros de Córdoba”, en: *Avanzada Socialista*, 10/10/1975.

“demostraron compartir nuestra línea”. Sin embargo el trabajo se frustró cuando el responsable partidario local los llevó a un diario regional para difundir su testimonio, lo que hacía público un trabajo sindical que debía mantenerse clandestino. Esto alertó a la dirigencia del gremio, que amenazó con sancionarlos. Una vez ocurrido esto, se evaluó que se había desperdiciado la oportunidad por equívocos propios. El balance interno concluía: “creemos que los van a echar a todos y que perdemos así las oportunidades de tener nuestros primeros obreros clasistas.”¹²⁰⁰ También el partido intentó un acercamiento a los obreros de almacenamiento y secado de granos de la empresa Gran-D de la localidad de Rojas, Buenos Aires, que se enfrentaban a una patronal que no reconocía los convenios colectivos e impedía la afiliación a FATRE.¹²⁰¹ En este sentido se pretendió organizar a los trabajadores de la Junta Nacional de Granos de Chaco,¹²⁰² a los trabajadores agrícolas y peladores de pollos en la localidad bonaerense de Lobos¹²⁰³ y a los madereros de Oberá, Misiones.¹²⁰⁴ Pasada la primera elección nacional de 1973, el partido evaluó de manera optimista su desempeño en los comicios, particularmente en provincias como Misiones y Rio Negro, donde creía haber obtenido un caudal significativo de los obreros madereros y de los empacadores de fruta, respectivamente.¹²⁰⁵

Respecto al movimiento liguista, las fuentes son escasas pero aportan evidencia. En primer término, debemos destacar la reproducción de comunicados y entrevistas a diferentes movimientos agrarios. Del relevamiento de la prensa, surge que dos Ligas en particular recibieron atención por el partido, las chaqueñas y las misioneras, y en una notable menor medida, las correntinas.¹²⁰⁶ La primera es la que mereció mayor atención en la prensa del partido. Se la caracterizaba compuesta por propietarios de pocas hectáreas (menos de 100), campesinos y/o pequeños y medianos productores. Como ya vimos respecto al Grito de Alcorta, eran visualizados por el partido como “un sector explotado”, cuyo reclamo central era la insuficiencia de los precios fijados por el gobierno para la venta del algodón. En consecuencia, el PST “apoya sus reivindicaciones, especialmente el derecho a controlar la comercialización de sus

¹²⁰⁰Partido Socialista de los Trabajadores: *Informe de Misiones*, 1972.

¹²⁰¹“Triunfo de los obreros rurales en Rojas (Buenos Aires)”, en: *Avanzada Socialista*, 02/05/1973.

¹²⁰²Partido Socialista de los Trabajadores: *Conflictos desde el mes de Enero hasta el Congreso*, 1974.

¹²⁰³“Noticiero bonaerense del PST”, en: *Avanzada Socialista*, 14/02/1973.

¹²⁰⁴“Misiones. 300 trabajadores vivaron al socialismo”, en: *Avanzada Socialista*, 22/02/1973.

¹²⁰⁵“Las provincias olvidadas”, en: *Avanzada Socialista*, 15/03/1973.

¹²⁰⁶“Huelga agraria en Corrientes”, en: *Avanzada Socialista*, 11 al 18 de abril de 1974.

productos”.¹²⁰⁷ Respecto al MAM este fue caracterizado como un movimiento de “colonos pobres”¹²⁰⁸ al borde de la proletarización:

“En el campo los pequeños productores dueños de pequeñas parcelas de tierra tienen que ir a trabajar a otras chacras para poder subsistir. El peón de campo se encuentra en una situación de total miseria. Esta situación ha llevado a los campesinos a organizarse. Actualmente existe el MAM (movimiento agrario misionero) que nuclea a los campesinos más acomodados y de las ligas agrarias misioneras, y son el sector más empobrecido del campo.”¹²⁰⁹

Por ello, los reclamos del MAM y las LAM fueron recogidos por la prensa partidaria a través de entrevistas o crónicas:¹²¹⁰ la participación en los organismos de pequeños y medianos productores (como el Instituto Provincial de Industrialización y Comercialización Agrícola), los subsidios al kilo de tabaco, la entrega de títulos a los ocupantes de tierras fiscales y la intervención del ente comercializador de cosechas.¹²¹¹ El planteo de estos problemas en la prensa, sin ninguna crítica, es un indicio de que el partido los apoyaba. De hecho, uno de los problemas más agitados por el morenismo fue el de la intermediación, uno de “los grandes problemas” de los “chacareros chicos”:

“Para impedir estas maniobras es necesario que el Estado tome a su cargo el acopio del té, así como los secaderos. Estas actividades podrían encausarse a través del IPICA (Instituto de Industrialización y Comercialización Agraria), pero este organismo debería modificarse de modo que en su dirección tuvieran mayoría los obreros y los colonos.”¹²¹²

Incluso podemos advertir una fugaz pero sustantiva defensa de la burguesía nucleada en la Federación Agraria Argentina. Hacia comienzos de 1973, cuando se auguraba una buena oferta de precios en el mercado mundial para los cereales, criticando al gobierno de Lanusse el partido señaló:

¹²⁰⁷“Luchan contra la plaga del Pacto Social”, en: *Avanzada Socialista*, 11/04/1974.

¹²⁰⁸“En acto del P.S.T. habló el candidato de J.C. Coral” en: *El Territorio*, 27/02/1973.

¹²⁰⁹Juventud Socialista de Avanzada: *Boletín Interno*, 9 de Marzo de 1975.

¹²¹⁰“Se mueve la tierra”, en: *Avanzada Socialista*, 13/06/1975.

¹²¹¹“El campo en ruinas”, en: *Avanzada Socialista*, 12/03/1975; “¿Qué quieren las ligas agrarias?”, en: *Avanzada Socialista*, 19/03/1975; “El Partido Socialista de los Trabajadores reclama”, *Avanzada Socialista*, 14/02/1973.

¹²¹²“Sed de tierra”, en: *Avanzada Socialista*, 19/03/1975.

“En este momento, el gobierno quiere obligar a los pequeños productores de la Federación Agraria Argentina a vender su trigo a precios bajos para satisfacer la demanda interna; pero deja tranquilos a los grandes cerealeros y permite la especulación de las fuertes casas intermediaras que compran a precios reducidos y embolsan la diferencia con los precios que regirán en el mercado internacional, ganando miles de millones.”¹²¹³

Hay un punto particular a evaluar en la intervención agraria del PST que es sumamente ilustrativo: las elecciones en Misiones. Como ya hemos visto, en abril de 1975 tuvieron lugar comicios provinciales. Nuestro interés radica en que allí se desarrollaba el MAM, al que el partido le daba cierta importancia, y al que contempló en su campaña electoral. Entre marzo y abril de 1975, *Avanzada Socialista* dedicó parte de sus páginas al examen de la situación misionera y se convirtió en una tribuna de las críticas partidarias a los demás competidores en los comicios. En estas críticas, pueden verse reflejados elementos de la lectura del agro.

Como el problema agrario estaba instalado en la provincia, todos los candidatos oportunamente se vieron obligados a responder sobre el asunto y presentar sus propuestas. El PST aprovechó esa situación para realizar su crítica. El candidato del FREJULI, Miguel Ángel Alterach, señaló que existían problemas pendientes en el campo, pero que Misiones no era una “provincia de latifundios”. En consecuencia, desestimó la necesidad de una reforma agraria, señaló la importancia de subdividir solo las tierras fiscales para su colonización y enfatizó en la necesidad de desarrollar una política crediticia que impulse la producción minifundista. El PST intentó refutar estas afirmaciones señalando que 213 explotaciones concentraban la mitad de la tierra provincial y denunció a Alterach como un candidato de los terratenientes contrario a los intereses del “chacarero pobre”. En cuanto a los radicales, el candidato Barrios Arrechea se manifestó más crítico de la situación, dado que a diferencia del FREJULI -que era el partido gobernante- se ubicaba en la oposición. La UCR se pronunció de manera favorable a la expropiación de “latifundios improductivos”. Y en este punto el partido hizo una crítica que choca contra sus definiciones en los papeles. Transcribimos el párrafo completo porque lo consideramos importante para el problema que nos compete:

¹²¹³“Más vacas y más trigo para el pueblo”, en *Avanzada Socialista*, 31/01/1973.

“Vamos por parte. En primer lugar, la UCR está dispuesta (por lo menos de palabra, pues no lo hizo cuando gobernó Misiones entre 1963 y 1966) a expropiar a los latifundios *improductivos*. Pero da la casualidad que los monopolios no tienen grandes extensiones de tierra para dejarlas improductivas. Las compran para hacerlas producir, para que les den ganancias, para controlar la economía provincial. El propio ejemplo de Celulosa Argentina (que, en realidad, es italiana) citado por el candidato es una prueba de esto. Expropiar sólo a los latifundios improductivos equivale a dejar en manos de los terratenientes y de los monopolios grandes extensiones de tierras de la provincia.”¹²¹⁴

De manera que lo que esto está mostrando es que en la acción real, el partido acababa por reconocer que el latifundio no era sinónimo de improductividad y por tanto debiera cuestionarse la idea de una “oligarquía parasitaria”. Recuérdese que antes se señalaba que la mayoría de los latifundios dejaban altos porcentajes de la tierra sin producir. Ahora en cambio, “no tienen grandes extensiones de tierra para dejarlas improductivas”. Como puede suponerse, el programa electoral para el agro del PST contemplaba como medida fundamental la reforma agraria que liquidara el latifundio y permitiera la expansión del minifundio. Así se resolvería “el pavoroso problema del colono pobre” y “se podrá aumentar la producción provincial enormemente”. Como medidas transicionales a ello proponía el pago por parte del Estado de un salario para los colonos (es decir, un subsidio al productor agrario) y la provisión de viviendas en condiciones. Por otro lado, el IPICA debería controlar el comercio, el acopio, los secaderos y la industrialización ofreciendo un “precio justo” eliminando así las “fabulosas ganancias de los intermediarios”. Asimismo, contempló en su plataforma que el ministro de Asuntos Agrarios y su equipo de trabajo sea elegido por el MAM, las LAM y FATRE, de manera que no quedara en manos de la “oligarquía”. El resto de los ministerios también debería ser elegidos por entidades gremiales de manera de que se conformase un “gabinete obrero y campesino” que aplicara un programa de transformaciones votados en asamblea.¹²¹⁵ Atendió también a los trabajadores paraguayos, una fracción importante del proletariado misionero, al que se dirigió a través de volantes en guaraní.¹²¹⁶ Todas estas propuestas fueron dirigidas especialmente al MAM que

¹²¹⁴“Los candidatos patronales defienden a los terratenientes”, en: *Avanzada Socialista*, 29/03/1975. El destacado es nuestro.

¹²¹⁵“Las propuestas socialistas para el agro”, en: *Avanzada Socialista*, 5/04/1975.

¹²¹⁶“Pinceladas de la campaña”, en: *Avanzada Socialista*, 14/04/1975.

organizó el 5 de abril una asamblea con los candidatos electorales en la localidad de Campo Viera, a la que asistieron unos 3.000/3.5000 “colonos” según *Avanzada Socialista*.¹²¹⁷ El partido intervino allí aspirando a conquistar el “voto campesino”. Con todo, los resultados fueron magros: 932 votos, inferiores a los cosechados en 1973.¹²¹⁸

Tal como lo hemos visto en otros casos, esta alianza agraria con pequeños y medianos productores no es sino coherente con aquellas que llevó el partido en el ámbito industrial. En la defensa de las estructuras cooperativas, tanto de crédito como industriales, puede verse con claridad esta línea. En una nota aparecida en la prensa a propósito de una campaña de agitación iniciada por el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC), el PST caracterizó del siguiente modo a esta forma de asociación: “En general, las cooperativas de crédito, recogen el ahorro de pequeños y medianos comerciantes e industriales y lo dirigen a fomentar, mediante préstamos a sus asociados el desarrollo de sus actividades”.¹²¹⁹ Estas cooperativa tendrían un potencial para enfrentar al imperialismo, por ello Onganía habría limitado sus atribuciones. Su acción se habría convertido en

“un instrumento que impedía que parte del ahorro popular fuera a parar a las cajas de los grandes bancos privados y desviado constantemente hacia la consolidación de las grandes empresas monopolistas, operando de este modo como obstáculo al proceso de penetración imperialista y de monopolización”.¹²²⁰

Por eso habría que incorporarlas a la lucha, ya que a pesar de que “no representan siquiera el embrión de formas de propiedad distintas de las capitalistas”, servirían en la transición al socialismo como herramienta de defensa del ahorro popular contra la voracidad monopólica. De modo que “son aliados circunstanciales del proletariado”, por su antagonismo con los monopolios y el “gran capital”. El PST señalaba que para 1966 estas cooperativas manejaban unos 60.000 millones de dólares, lo que equivaldría en ese momento a unos 245 millones de dólares. Si a eso le sumamos que para la etapa 1958-1966 el IMFC estimaba que contaba con casi 1.000 cooperativas¹²²¹, un cálculo

¹²¹⁷“Los candidatos ante la Asamblea Agraria”, en: *Avanzada Socialista*, 12/04/1975; “Que el gabinete provincial surja de asambleas como estas”, en: *Avanzada Socialista*, 12/04/1975.

¹²¹⁸“Los votos del PST”, en: *Avanzada Socialista*, 19/04/1975; “Misiones, lo que muestran las cifras”, en: *Avanzada Socialista*, 19/04/1975; “Elecciones en Misiones”, en: *Avanzada Socialista*, 30/12/1975.

¹²¹⁹“Contra las trabas a las cooperativas”, en: *Avanzada Socialista*, 13/09/1972.

¹²²⁰Ibidem.

¹²²¹<http://www.imfc.coop/modules/contenido/>, consultado el 20/10/2016.

conservador daría que cada una de ellas tendría un capital promedio de 245.000 dólares, lo cual daría a pensar que esas cooperativas de pequeños y medianos productores no habría simplemente pequeños burgueses no explotadores que defienden su pequeño ahorro. Es evidente entonces que la reforma agraria y el cooperativismo urbano son los dos puntos de una misma línea: la alianza con el pequeño capital.

Un último punto a destacar aquí es la preocupación partidaria por los “grupos indígenas” que se observó en la participación del PST en un congreso celebrado en el Hotel Savoy hacia marzo de 1973, donde se debatió esa problemática junto a la UCR, el FREJULI, el PJ, Nueva Fuerza, PCP y FIP para elaborar un memorial con todas sus reivindicaciones. Allí el dirigente Juan Carlos Coral defendió la necesidad de contar con educación bilingüe y la urgencia de confiscar y devolver la tierra a sus “legítimos dueños”.¹²²²

¿Con qué línea agraria intervino el PST en la etapa? Ya en 1969, a través de un periódico interno, el partido había fijado como consigna central la reforma agraria. Según sus concepciones, un programa revolucionario debía combinar tareas democráticas y socialistas, introduciendo entre unas y otras consignas transicionales.¹²²³

Las democráticas eran definidas como aquellas que corresponden al ensanchamiento de la democracia burguesa en países coloniales o semicoloniales que, por esa misma condición, no podrían ser cumplidas por la burguesía misma. Entre ellas se ubicarían las que atañen a las libertades democráticas (elecciones libres, asamblea constituyente, libertad de opinión y organización) y las que hacen a la liberación nacional, es decir, a la liquidación de la dependencia (reforma agraria, reforma urbana). Las consignas de transición serían aquellas que se realizan en el marco del capitalismo y que, sin destruirlo, tienden un puente hacia transformaciones superiores, como ser la nacionalización de las empresas y el comercio o el control obrero de la producción. Finalmente, las socialistas serían las que instauran nuevas relaciones, como la planificación de la economía, la colectivización agraria, la nacionalización entera de la producción y la instauración de la dictadura del proletariado. En relación al problema agrario, la reforma agraria no aparecía como una tarea socialista, puesto que en el socialismo la tierra debía ser colectivizada. Sin embargo, como tal la consigna del reparto estaría vigente en la Argentina en tanto se trataba de una tarea burguesa no cumplida por la existencia del gran latifundio y la oligarquía. De manera que en lo

¹²²²La Razón, 01/03/1973.

¹²²³Partido Revolucionario de los Trabajadores – La Verdad: *Periódico Interno*, 10/05/1969.

inmediata habría que promover la fragmentación de la tierra y la multiplicación de productores de tipo farmer.

En este sentido es que se comprende la reivindicación que el PST realiza de la figura de Sarmiento, análoga a la que hiciera Milcíades Peña. Para el partido, el ex presidente supo expresar el “ideal de hacer de la Argentina un país capitalista independiente, autónomo, poderoso.” Para ello habría considerado que el sujeto capaz de impulsar ese proyecto era la “oligarquía porteña y los estancieros bonaerenses”, pero la experiencia misma lo habría llevado a desengañarse y a ubicar el problema central: la necesidad de una colonización del campo basada en miles de colonos en un proceso análogo al de Estados Unidos, es decir, la vía “farmer”. Sobre esa base se podría poner en pie un mercado interno amplio y fomentar el progreso nacional contra el “espíritu de extranjerismo”. Es decir, Sarmiento aparece como el adalid de la reforma agraria, el desarrollo de la nación y el fin de la dependencia. Dicho de otro modo, como el vector del país burgués cuya construcción quedó trunca.¹²²⁴

La preocupación por la cuestión de la reforma agraria puede verse con claridad en la revista teórica del partido, *Revista de América*. En sus páginas se puede seguir el interés en las transformaciones contemporáneas de ese tipo que tuvieron lugar en Etiopía,¹²²⁵ Honduras,¹²²⁶ Lisboa,¹²²⁷ Perú¹²²⁸ y Bolivia¹²²⁹. En todos estos casos se la defendió como un mecanismo de disolución del latifundio, favorable al campesinado, en particular pobre y medio, que, en todos los casos nacionales, sería una clase de peso en la estructura económica y social.

Sin embargo, lo más significativo fue el espacio que la consigna tuvo en la intervención nacional del partido, sobre todo en la coyuntura electoral de 1973, integrándola a su programa electoral que se autodefinía como “obrero, antioligárquico y antiimperialista”.¹²³⁰ En ocasiones denominada “Reforma Agraria Socialista” y en otros “Programa de reforma y recolonización”, implicaba no solo el parcelamiento de lo

¹²²⁴“Sarmiento: Algo más que un maestro”, en: *Avanzada Socialista*, 19/10/1975.

¹²²⁵Greco, Eugenio: “Reforma Agraria y masacre chovinista”, en: *Revista de América*, N° 4, año I, segunda época, abril de 1975, p. 14.

¹²²⁶Acosta, Daniel: “Los campesinos ocupan tierras”, en: *Revista de América*, N° 5/6, año I, segunda época, julio-agosto de 1975, p. 11

¹²²⁷García, Antonio y Jodo Rodríguez: “Defender la reforma agraria”, en: *Revista de América*, N° 13, año II, segunda época, marzo de 1976, p. 13.

¹²²⁸Blanco, Hugo: “La reforma agraria peruana”, en: *Revista de América*, N° 1, mayo de 1970, pp. 18-21.

¹²²⁹Lorenzo, Aníbal: “Las lecciones de Bolivia”, en: *Revista de América*, N° 6/7, julio-octubre de 1971, pp. 5-25.

¹²³⁰“Se votó un programa obrero, antioligárquico y antiimperialista”, en: *Avanzada Socialista*, 20/12/1972.

expropiado a la “oligarquía terrateniente”, sino también “el control de obreros y productores” sobre la planificación de la producción y la transferencia de la renta agraria “a la comunidad”.¹²³¹ En 1972, el PST elaboró un esbozo de “manifiesto programático” para el Frente de Trabajadores que impulsaba de cara a los comicios. Allí un apartado referido a los “problemas del país” señalaba:

“Expropiación y parcelación de los latifundios y entrega gratuita de las parcelas, conjuntamente con útiles, semillas e implementos necesarios para el laboreo de la tierra a los campesinos pobres, arrendatarios, y trabajadores rurales, preferentemente a aquellos que se comprometan a trabajarla colectivamente.”¹²³²

Tiempo después, esta propuesta se plasmó en la Plataforma Electoral (y en diversos materiales electoral) para la Provincia de Buenos Aires, en la que se agregó también el estímulo a la forma cooperativa de producción y la necesidad de electrificar el campo.¹²³³ Finalmente se incorporó a la plataforma nacional del partido en lo que se consideraba una “campana socialista revolucionaria”.¹²³⁴ Las páginas de *Alternativa Socialista* desarrollaron también lo que sería el “Plan Económico Obrero y Popular”, en el que se planteaban diferentes puntos. En primer lugar, nacionalización de los grandes monopolios, especialmente imperialistas, y del comercio exterior, para evitar la succión de grandes ganancias al exterior, junto con el desconocimiento de la deuda externa. En segundo lugar, la necesidad del ataque a “Nuestro segundo gran vampiro [que] es la oligarquía. Aduenada de las mejores tierras agrícola-ganadera del país, impide el asentamiento de miles de familias en el campo y aprovecha los buenos precios para obtener jugosas ganancias”. Para destruirla habría que expropiar latifundios y repartir la tierra para una nueva colonización agraria que “permitirá aumentar en pocos años la

¹²³¹“El plan trienal garantiza la continuidad de los latifundios”, *Avanzada Socialista*, 13/03/1974.

¹²³²Partido Socialista de los Trabajadores: *Anteproyecto de manifiesto programático del Frente de los Trabajadores*, 1972, pp. 2-3. Una versión similar puede verse en: “Programa del frente”, en: *Avanzada Socialista*, 20/12/1972.

¹²³³*Plataforma Electoral del PST en la Provincia de Buenos Aires*, 1972.

¹²³⁴Partido Socialista de los Trabajadores: *Partido Socialista de los Trabajadores ante las elecciones. Hagamos una campaña socialista revolucionaria*, 11 de enero de 1973; Partido Socialista de los Trabajadores: *Respuesta del Partido Socialista de los Trabajadores a un cuestionario sobre posiciones programáticas*, s/d, 1973; Partido Socialista de los Trabajadores: *Boletín sobre Campaña Electoral*, 05/09/1973; Partido Socialista de los Trabajadores: *Hagamos una campaña socialista revolucionaria*, 11 de julio de 1973.

producción agropecuaria”.¹²³⁵ Que esta consigna buscaba seducir al electorado “campesino”, lo deja claro un documento interno:

“Hay posibilidades de que las Ligas Agrarias inviten a los candidatos a presidente para el Cabildo Abierto que hacen el día 8. Convendría preparar una intervención de [Juan Carlos] Coral para el caso, ya que es el acontecimiento más importante a nivel provincial y no invitan a los partidos, de modo que no tenemos otra posibilidad de participar. Habría que destacar nuestro programa de reforma y recolonización, reclamar mayoría en el Instituto de Colonización provincial para los productores, tirarse contra los monopolios y en general desarrollar nuestra política agraria con especial atención al algodón.”¹²³⁶

A partir de allí, la reforma agraria ocupó un lugar central en todas las actividades proselitistas del PST. En enero de 1973 Juan Carlos Coral, candidato a presidente por el partido, brindó una conferencia de prensa en la provincia de San Luis. Allí habló, entre otras cosas, de las fuerzas armadas, la educación, las inversiones extranjeras y la reforma agraria como parte de sus propuestas. Respecto a ello señaló:

“Se expropiarán -dijo- los latifundios sin ninguna indemnización. En la provincia de San Luis, serán transformadas en unidades económicas las tierras que una condesa alemana y un ciudadano norteamericano poseen en el sur de la provincia.”¹²³⁷

Ese mismo mes, se presentó públicamente a Lorenzo Paredes, candidato del partido a la gobernación de Tucumán. Paredes se había desempeñado como trabajador rural en la cosecha de algodón y luego en los obrajes de Chaco y Santiago del Estero, llegando a ser delegado de la UCAL. Su candidatura fue parte de la propuesta del PST de llevar en sus listas a “obreros honestos y combativos, tuvieran la ideología que tuvieran”, dándoles una representación en las listas. En una entrevista, Lorenzo denunció “la explotación de miles de pequeños y medianos productores agrícolas por parte de los grandes terratenientes”. Y planteó como solución la “nacionalización definitiva del CONASA con control obrero de la producción y su comercialización, expropiación de

¹²³⁵“Qué queremos los trabajadores socialistas: El Plan Económico Obrero y Popular”, en: *Avanzada Socialista*, 12/01/1973.

¹²³⁶Partido Socialista de los Trabajadores: *Informe del Chaco*, 27 de agosto de 1973, p. 1.

¹²³⁷*Clarín*, 16/01/1973.

los grandes terratenientes para repartir la tierra entre aquellos que se comprometían a trabajarla en forma planificada”.¹²³⁸

En la ciudad de Santa Rosa, La Pampa, Leónide Romero, candidato a vicegobernador por el PST, criticó frente a los medios las propuestas oficiales de transformación agraria señalando que “lo que allí se hace es una máscara de reforma agraria, ya que se pretende llevar a los agricultores pobres a la zona desértica, para poder evitar que se confisquen y colonicen las tierras fértiles de Santa Rosa, Catrilo, Quemú Quemú, Maracó y Chapaleofú.”¹²³⁹

En el mes de febrero, *La Nación* realizó un reportaje a todos los candidatos a presidentes y allí Coral respondió sobre los mecanismos de impulso a las exportaciones. Además de señalar la necesidad de eliminar el “cerco tendido por los monopolios” en el mercado, señaló que la condición imprescindible para mejorar el desempeño era “mediante la explotación racional e intensiva de nuestros campos, posibilitada por la reforma agraria que propiciamos.”¹²⁴⁰ Hacia fines de ese mismo mes, Coral visitó Posadas y defendió al MAM señalando como única solución real para los “colonos pobres” la reforma agraria:

“la única reforma agraria posible es quitarle la tierra, sin indemnizaciones, a los grandes terratenientes y no a los pequeños colonos. Porque si los terratenientes vienen a reclamarnos indemnizaciones, nosotros vamos a pedirles que nos indemnicen por haber ocupado esas tierras durante más de 100 años”.¹²⁴¹

En agosto, el Frente de los Trabajadores, organizado por el PST, convocó a un plenario del clasismo para fortalecer sus candidaturas. La convocatoria se pronunciaba “Contra la oligarquía; por la expropiación de los latifundios y una nueva colonización agraria”.¹²⁴² Tras la deliberación, el programa final de aquella instancia se pronunció por “Por la nacionalización de los latifundios y la reforma y colonización agraria”.¹²⁴³ Naturalmente, luego de las elecciones siguió batallando por esta consigna.¹²⁴⁴

¹²³⁸ *El Pueblo*, 27/01/1973.

¹²³⁹ *La Nación*, 21/02/1973

¹²⁴⁰ *La Nación*, 20/02/1973.

¹²⁴¹ *El Territorio*, 27/02/1973. El destacado es nuestro.

¹²⁴² “El Frente de los Trabajadores convoca al clasismo para designar una fórmula propia”, en: *Avanzada Socialista*, 8 al 15 de agosto de 1973.

¹²⁴³ “El plenario dio estas notas”, en: *Avanzada Socialista*, 23 al 30 de agosto de 1973.

¹²⁴⁴ “Nuestro partido lo invita a luchar por estos puntos”, *Avanzada Socialista*, 3/03/1974.

Como se puede observar, se trataba de un programa que no pretendía la colectivización de la tierra y su concentración en escalas que reduzcan al mínimo posible el trabajo humano y abrieran paso a la tecnificación masiva. Por el contrario, buscaba crear una capa de pequeños y medianos productores, a los que va a integrar también al proletariado rural. Solidario con las posiciones vistas para 1940 y 1950, donde se planteaba el problema de la renta agraria y la necesidad de nacionalización de la tierra en función de que el campo no estaría preparado para una transición al socialismo.

Para calibrar la crítica del PST a la política agraria peronista, primero es necesario reconstruir su caracterización general sobre ese gobierno. La actitud frente a Cámpora fue de apoyo crítico, en la medida que el partido se comprometió a defender las medidas progresivas que tomara y llamó a defenderlo del ataque de la “oligarquía” y el “imperialismo”. Al mismo tiempo, advirtió que no confiaba en que llevara hasta el final la “lucha contra la explotación capitalista”, tarea que solo podría lograrse con la movilización de los trabajadores y con un gobierno “obrero y popular” que cumpla no solo la liberación nacional, sino que avance también hacia el socialismo. Por caso, apenas se produjo la asunción, llamó a Cámpora a que promoviera la reforma agraria, como único mecanismo capaz de sacar al país del estancamiento agropecuario en función de la expropiación de los latifundios y la creación de nuevos colonos que surgieran de los “cultivadores empobrecidos” y los trabajadores rurales.¹²⁴⁵

Al conocerse las primeras medidas de gobierno camporista, el PST criticó que el Estado, particularmente la cartera de ministros, no se había depurado de los elementos que “gobernaron 18 años”. Asimismo, se rechazó lo que se consideraba una “tregua” con la Sociedad Rural en la medida que no se cuestionaba el latifundio, base de su poder. Así no podría haber “reconstrucción”. Como salida, el morenismo batalló por un “Congreso de bases de la CGT” que ideara un “plan económico de reconstrucción del país asegurado por los trabajadores”.¹²⁴⁶ La medida agraria central de dicho plan sería, consecuente con lo que hemos venido exponiendo, la expropiación de los latifundios. No es casual que, en el marco del arribo del peronismo al gobierno, el partido publicara una nota en la que reivindicaba los programas de Huerta Grande y La Falda como un “avance para la clase trabajadora” por sus postulados “antiimperialistas y antioligárquicos”, entre los que se contaba la expropiación sin indemnización de la

¹²⁴⁵“Posición del Partido Socialista de los Trabajadores”, en: *Avanzada Socialista*, 23 al 30 de mayo de 1973.

¹²⁴⁶“No dar tregua al imperialismo”, en: *Avanzada Socialista*, 16/05/1973.

“oligarquía terrateniente” y la entrega de la tierra a quien quisiera trabajarla.¹²⁴⁷ Allí, una vez más, desconfiaba que pudiera arribarse a esas soluciones sin un gobierno obrero.

El tono crítico aumentó tras la asunción de Perón, al que se acusó de haberse distanciado de sus primeros gobiernos en los que la oligarquía aparecía como principal enemiga: “Ahora, la palabra oligarquía no figura en los discursos”, se propone “sumar al campo al proceso de liberación”¹²⁴⁸ y se aleja de los “tímidos planes de colonización que se anunciaban en los planes quinquenales”.¹²⁴⁹ Al no atacar este elemento, consideraba el morenismo, todas las metas de expansión productiva del gobierno resultarían incumplibles porque no se basaban en la liquidación de la principal traba: el latifundio. De resultas de ello, “el plan de mayor producción agrícola se basará en que la oligarquía aumente sus ganancias y no en la reforma agraria y la recolonización del campo.”¹²⁵⁰

El grueso de la crítica del partido estuvo centrada en el llamado Plan Trienal. Dos tipos de críticas se identifican en los escritos del PST. Por un lado, una que hace a la forma en la que el Plan fue diseñado. Allí se señaló que esta medida fue elaborada a espaldas de los trabajadores, puesto que no hubo asambleas de base en las que se discutiera ni tuvo una representación la CGT, de manera que “Nosotros ni hicimos ni votamos ese plan” y por tanto se denunciaba que los trabajadores se convirtieron en un “convidado de piedra”.¹²⁵¹ Por ello el objetivo de esta planificación no sería otro que “defender a los patronos, al imperialismo y a sus ganancias.”¹²⁵² Naturalmente, en este punto se criticó que el plan no conducía a la “liberación nacional” en tanto no planteaba la expropiación de los “monopolios” y los “terratenientes”, que “son los verdaderos responsables de la dependencia y la explotación”¹²⁵³. Por tanto, dejaba intacta la “dependencia semicolonial” adaptando la estructura nacional a los “nuevos esquemas de la división internacional del trabajo”.¹²⁵⁴

¹²⁴⁷“Juventud peronista: un compromiso positivo”, en: *Avanzada Socialista*, 23/04/1973.

¹²⁴⁸“Quiénes serán ‘los ricos del futuro’: ¿Los trabajadores o la oligarquía?”, en: *Avanzada Socialista*, 14 al 21 de noviembre de 1973.

¹²⁴⁹“Pacto Social y Plan Trienal: solo uno en contra”, *Avanzada Socialista*, 24/04/1974.

¹²⁵⁰Idem.

¹²⁵¹“Plan trienal. La clase obrera, un convidado de piedra”, en: *Avanzada Socialista*, 16 al 23 de enero de 1974.

¹²⁵²“El PST fija posición sobre el Plan Trienal”, en: *Avanzada Socialista*, 30 de enero al 6 de febrero de 1974.

¹²⁵³“Plan trienal. La clase obrera, un convidado de piedra”, en: *Avanzada Socialista*, 16 al 23 de enero de 1974.

¹²⁵⁴“El Plan Trienal acata las leyes de la Standard oil”, en: *Avanzada Socialista*, marzo de 1974.

En cuanto a las críticas de contenido, a comienzos de 1974 una delegación del partido - compuesta por Juan Carlos Coral, Arturo Gómez y Radamés Grano- tuvo una cita en la Casa Rosada para discutir los detalles del Plan. Allí, plantearon abiertamente sus críticas al contenido. En primer lugar, que las metas fijadas eran todas referentes al comercio exterior y no se planteaba el “saqueo de la economía nacional”. En segundo lugar, que no proyectaba la unidad de los países latinoamericanos. En este punto particular, se cuestionaba el supuesto combate a la dependencia que el gobierno emprendía por la vía de comerciar con el “Tercer Mundo”. Para el partido se trataba de una medida accesorias, toda vez que la dependencia se ubicaría en la producción: el latifundio y los monopolios imperialistas.¹²⁵⁵ En tercer lugar, que el conjunto del plan era financiado por la clase obrera y no por la “oligarquía” y los “monopolios” en tanto que no se planteaba la nacionalización del comercio y de la banca ni la redistribución del ingreso. En cuarto lugar, que no se proponía el control de los libros de contabilidad de las empresas por los propios trabajadores.¹²⁵⁶

Por todas estas falencias, el partido concluía que se trataba de un retroceso “con respecto a los antecedentes planificadores del propio peronismo”,¹²⁵⁷ y en relación a este abandonaba la preocupación por la “función social de la propiedad” y la demanda de expropiación y colonización de la tierra. Además de ello, sus metas serían incumplibles en tanto que se inserta en una trayectoria de estancamiento resultado de “una calamidad perfectamente controlable: el latifundio”.¹²⁵⁸ En este sentido, la incorporación de tecnología, la asistencia crediticia, las devaluaciones que mejoraron los valores de exportación, la superexplotación de trabajadores rurales, el desalojo de chacareros y las ganancias extraordinarias, no compensarían los niveles de producción ni erosionarían el control de la tierra por los latifundistas.

Para sostener estas afirmaciones se ofrecen datos del área sembrada, comparando 1935 contra 1972. Mientras que en el primer año habría sembradas 28.000.000 de hectáreas, a

¹²⁵⁵“Quiénes se benefician con el éxito de Gelbard”, en: *Avanzada Socialista*, 28/05/1974.

¹²⁵⁶“El PST fija posición sobre el Plan Trienal”, en: *Avanzada Socialista*, 30 de enero al 6 de febrero de 1974.

¹²⁵⁷“El Plan Trienal garantiza la continuidad de los latifundios”, en: *Avanzada Socialista*, 6 al 13 de marzo de 1974. En efecto, la crítica al tercer gobierno peronista como una experiencia regresiva en relación a los dos primeros gobiernos de Perón fue una tónica constante en el partido, que se hizo visible ya desde la campaña electoral del '73. Allí el PST apuntó al electorado peronista señalando que el “Perón de hoy” era sensiblemente diferente al del '45. Un ejemplo de esta forma de apelación a ese electorado puede verse en: “A los compañeros que quieren votar a Perón”, en: *Avanzada Socialista*, 14/02/1973. Otro artículo en donde se califican los primeros gobiernos peronistas como “progresivos” es: “Dijo Perón: ‘No podemos hablar de liberación’”, en: *Avanzada Socialista*, 14 al 21 de febrero de 1973.

¹²⁵⁸Idem.

razón de 2,1 hectáreas por habitante y 3,4 toneladas por habitante, en 1972 habría 26.500.000 hectáreas sembradas, a razón de 1,1 hectáreas por habitante y 1,7 toneladas por habitante. En cuanto a ganado, las cabezas habrían pasado de 3,4 a 1,8 por habitante. Estos datos presentan varios problemas. En primer lugar, los que refieren a producción agrícola solo analizan la siembra, lo cual oculta el rendimiento y la producción real, y no especifican tipo de cultivo. La medición en relación a los habitantes no deja de ser engañosa, porque encubre el crecimiento poblacional. Incluso, esta nota se reñía con datos brindado en artículos anteriores donde, por caso, se mostraba un crecimiento de las existencias de ganado. En noviembre de 1973 *Alternativa Socialista* había publicado una nota sobre el problema de las carnes en la que, haciendo uso de datos de la Junta Nacional de Carnes, del Banco Ganadero y del Ministerio de Agricultura mostraba que entre 1969 y 1973 las existencias de ganado había pasado de 48,3 millones a 60 millones, es decir un crecimiento del orden del 24% en un quinquenio. Claro que, para ese momento la preocupación del partido no era mostrar el supuesto carácter “parasitario” de los ganaderos, sino evidenciar que la escasez de carne no estaba justificada por el tamaño de los rebaños sino en un afán especulativo de reducir el faenamiento.¹²⁵⁹

Naturalmente, para el morenismo la única salida a este cuadro de situación era una transformación profunda que alterara la estructura agraria y así se reflataba la principal consigna agraria del PST:

“Sin una Reforma Agraria Socialista que expropie a la oligarquía terrateniente, que asegure el acceso a la tierra a los trabajadores rurales y pequeños chacareros, que planifique la producción con el control de obreros y productores y transfiera la renta agraria (1.000 millones de dólares anuales) a la comunidad, no hay posibilidad de alterar las actuales cifras del estancamiento. Ni en el sector agrario ni en el conjunto de la economía”.¹²⁶⁰

En relación a las corporaciones agrarias y el Plan, el partido en un primer momento caracterizó un apoyo “oligárquico”.¹²⁶¹ En buena medida, granjeado a partir del establecimiento del precio sostén al novillo, medida que el partido cuestionó severamente considerándola una concesión “que los invernaderos no habían conseguido

¹²⁵⁹“Las políticas de carnes”, en: *Avanzada Socialista*, 14 al 21 de noviembre de 1973.

¹²⁶⁰Ídem.

¹²⁶¹“¿De qué lado está la oligarquía?”, en: *Avanzada Socialista*, 10/07/1974.

ni durante los gobiernos conservadores ni durante las dictaduras militares”.¹²⁶² Eso se produciría en un momento en el que habría una sobreabundancia de novillos y, por tanto, podía abaratarse el precio de una mercancía de consumo básica, por lo cual el precio sosten se convertía en un verdadero negocio para la “oligarquía”. De igual modo, se habrían beneficiado los frigoríficos por la liquidación de los mataderos y el retroceso de las carnicerías a merced de los supermercados.¹²⁶³ Sin embargo, pronto advirtió una fuerte resistencia en los sectores más encumbrados de la “oligarquía vacuna”, expresados en CARBAP.¹²⁶⁴ En este punto, la política de Gelbard si bien no habría perjudicado a los productores rurales, dejó los mejores negocios para los industriales que exportaban. La oposición de las patronales agrarias, sin embargo, habría llevado a que el gobierno acabara por ceder en la segunda mitad de 1974, cuando se accedió al incremento del 13% de los precios de las carnes y a la rebaja del impuesto de emergencia a la tierra. Así el gobierno mostraría, una vez más, su afán de “concesiones” a la “oligarquía vacuna”.¹²⁶⁵ El cambio en la cartera de economía, de Gómez Morales por Gelbard, sería un mojón en esta trayectoria crecientemente favorable a los productores ganaderos. A partir del reemplazo, se desarrollaría una política de aliento a las exportaciones agropecuarias, mediante la reducción de las retenciones y el aumento del impuesto a las exportaciones.¹²⁶⁶

Otro de los elementos de la política agraria peronista que el partido atacó fue la llamada Ley Agraria. En relación a ella, planteó la necesidad de clarificar sus alcances puesto que la cerrada oposición de las corporaciones agrarias haría pensar que era una verdadera reforma agraria. Para cumplir con esta tarea, el partido reprodujo el testimonio de Julio Notta, un intelectual que, curiosamente, estaba ligado al PC.¹²⁶⁷ Se trataría de una nueva medida que, al igual que las examinadas con anterioridad, no ponía en cuestión la estructura agraria basada en la gran propiedad latifundista de la tierra y constituiría un retroceso respecto del segundo plan quinquenal de Perón. La ley fue entonces juzgada como severamente limitada en tanto que la extinción de dominio solo se estipulaba para la tierra que durante diez años consecutivos hubiera permanecido intacta o irracionalmente explotada (es decir, con una producción inferior al 30% de lo

¹²⁶²“Las vacas sagradas”, en: *Avanzada Socialista*, 15/05/1974.

¹²⁶³Idem.

¹²⁶⁴“Los vacunos se unifican contra Gelbard”, en: *Avanzada Socialista*, 25/07/1974.

¹²⁶⁵“Las vaquitas son ajenas”, en: *Avanzada Socialista*, 20/08/1974.

¹²⁶⁶Juventud Socialista de Avanzada: *Boletín Interno*, 9 de Marzo de 1975.

¹²⁶⁷“Dice el doctor Notta: ‘La única solución es la expropiación de los terratenientes’”, en: *Avanzada Socialista*, 01/08/1974.

normal para el área). En caso de que esto se produjera, primero se daría una advertencia y luego se forzaría el arriendo, pero sin prescribir el acceso de los trabajadores a la tierra. De resultas de todo ello, en nada se vería afectada la oligarquía, la cual seguiría engrosando sus ganancias vía renta para gastarla en “consumos suntuarios, en inversiones especulativas, en préstamos usurarios y en depósitos fuera del país”. Así, a merced de una “casta parasitaria”, la producción del campo “se mantiene estancada”.¹²⁶⁸ Dentro de la crítica al peronismo se ubicaba también el análisis de los paros agrarios de 1975. Ya en septiembre de 1975, el partido caracterizó una ofensiva de la “oligarquía vacuna y agraria” para “chantajear a fondo” al gobierno, aprovechando que todo su armado político descansaba en las exportaciones agropecuarias, para lo cual además había ofrecido un aumento de los precios de la cosecha gruesa del 25%. En ese escenario, se lanzaba un paro de diez días del “conjunto de la patronal del campo” para poner al gobierno “contra las cuerdas” y aumentar la “explotación que hace del país”. Su reclamo central sería el incremento en los precios local para ponerlos en sintonía con los precios internacionales, aprovechando que la Argentina tenía los costos de producción más bajos del mundo por la productividad de sus praderas y los “bajísimos” salarios. Este accionar no sería más que consecuencia de la propia política peronista que no adoptó ninguna medida “realmente revolucionaria” contra los dueños del campo.¹²⁶⁹

Resumiendo

Es evidente que entre el trotskismo morenista y posiciones que se presentaban como antagónicas, tales como el maoísmo o más fuertemente el estalinismo, hay ciertas diferencias programáticas generales. Hemos señalado en la introducción la cuestión de las tareas burguesas pendientes y cómo estas se resolverían no en una revolución por etapas sino en una revolución permanente. O la cuestión del atraso, que el maoísmo encontraba en la existencia de resabios precapitalistas y el trotskismo en un insuficiente desarrollo capitalista. Sin embargo, a la hora de analizar la posición del PST frente a la cuestión agraria, es claro que definía un sujeto -el campesino-, una alianza -la obrero-campesina- y una tarea -la reforma agraria- que no se diferenciaban de las propuestas de otros partidos que se referenciaban en otras tradiciones. Del mismo modo, se compartía un horizonte explicativo general, apelando a categorías como oligarquía, clase

¹²⁶⁸“La ley agraria no liquida el latifundio”, en: *Avanzada Socialista*, 13/08/1974.

¹²⁶⁹“El paro agrario”, en: *Avanzada Socialista*, 19/09/1975.

terratiente, latifundio y las ideas acerca del estancamiento agrario. El desinterés, sin embargo, por el conocimiento teórico y empírico es más notable que en partidos como el PC y, en menor medida, el PCR. Lo mismo en cuanto a la preocupación por organizar a los sectores rurales. Es claro que el morenismo se nutría de ideas de larga data en relación al agro argentino, comunes a la izquierda maoísta o estalinista, pero a diferencia de estas tradiciones, no se preocupaba por hacer un análisis propio para arribar a esas conclusiones.

Si bien en principio aparece un mayor énfasis en el proletariado y, en particular, en el urbano (al punto tal que se llega a afirmar que el obrero agrícola transitorio no es un explotado), la existencia de un campesinado no es discutida e incluso, durante la década del '60 fue elevado a la categoría de clase revolucionaria dirigente. Ya entrada la década del '70, menguada la influencia de la Revolución Cubana, volvió a subordinarse esta clase al proletariado. Sin embargo, no se abandonaron definiciones nodales que están contenidas en los programas del propio Trotsky acerca de la necesidad de contar con este sujeto. Ello se trasluce en una mayor preocupación del partido por insertarse sindicalmente, ganando comisiones internas y cuerpos de delegados, más que por intervenir en las Ligas Agrarias u organizar cooperativas, aspectos que reconoce pero que no tienen mayor correlato práctico. En este punto, la diferencia con el PC es notable.

Finalmente, las críticas a la política agraria del peronismo se centraban en la inconsecuencia del gobierno (no es “realmente revolucionario”) o en la traición a lo que se consideraban eran sus postulados históricos (la insistencia en la retracción de las políticas del tercer peronismo en relación a los primeros gobiernos). En este punto, no se manifestaban diferencias político programáticas insalvables entre el partido y el peronismo. Por ello mismo la crítica podía ser leída como un reclamo en torno al cumplimiento de lo que se había prometido en los comicios por el FREJULI: la liberación nacional y la tierra para el que la trabaja.

III. Política Obrera

La historia de Política Obrera es sensiblemente más corta que la de la vertiente morenista del trotskismo, sin embargo está también signada por los procesos de ruptura y la emergencia de diversas nomenclaturas que se hacen y deshacen. Los orígenes

comienzan a mediados de la década del '50, cuando se produjo la emergencia de nuevos agrupamientos trotskistas que, ajenos a las experiencias organizativas impulsadas por Nahuel Moreno, buscaban analizar la realidad nacional en función de las ideas de León Trotsky.¹²⁷⁰

En el marco de ese proceso nació el Movimiento de Izquierda Revolucionaria Praxis (MIR-Praxis), fundado por el intelectual Silvio Frondizi. Hermano de quien luego sería presidente, Arturo Frondizi, Silvio era un profesor de historia y abogado que había comenzado su trayectoria política ligado a ideas liberales y democráticas, en función de las cuales creó Acción Democrática Independiente y su periódico, *El Ciudadano*. La segunda mitad de la década del '40 lo encontró realizando un viraje hacia el marxismo a partir de la adopción del materialismo dialéctico como método analítico. A partir de allí, comenzó a trabajar en lo que consideraba era una tarea prioritaria: la escritura de un programa de base marxista para la transformación de su país. Tarea que posteriormente se plasmó en la publicación de *La realidad argentina*,¹²⁷¹ su obra cumbre en la que examinó la estructura del capitalismo en el país, sus clases fundamentales y las tareas de la revolución.

Sin reconocerse como trotskista, defendió la pertinencia de la teoría de la “Revolución Permanente” y sobre esas premisas puso en pie MIR-Praxis. Marcos Kaplan, uno de sus primeros colaboradores, estuvo a cargo del periódico de la organización, que en su primer número se llamó *Liberación* para luego cambiar a *Revolución*, debido a la aparición de una publicación de otra organización política de idéntico nombre. La forma en que Frondizi orientó la construcción de su agrupamiento se distanció del procedimiento “tradicional” en el trotskismo, donde la tarea prioritaria y central sería la agitación de ideas y consignas en el seno de la clase obrera, poniendo el énfasis en el frente sindical.¹²⁷² Por el contrario, la apuesta frondizista aspiraba a la formación de un grupo de intelectuales, altamente calificados que fueran capaces de desplegar el programa contenido en *La realidad...*, a la manera de “cuadros medios” que pudieran ser luego “grandes constructores sociales del mañana”.¹²⁷³ Bajo este esquema, MIR-Praxis asumió como prioritarias las tareas de estudio, formación e investigación, lo que

¹²⁷⁰Para esta reconstrucción nos basamos en: Coggiola, Osvaldo: *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006; Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1996.

¹²⁷¹Frondizi, Silvio: *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica. Tomo I: El sistema capitalista*, Praxis, Buenos Aires, 1957; Frondizi, Silvio: *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica. Tomo II: La revolución socialista*, Praxis, Buenos Aires, 1960.

¹²⁷²Coggiola, *Historia...*, op. cit., p. 187.

¹²⁷³Frondizi, *La Realidad...*, Tomo I, p. 227.

se plasmó en la elaboración de textos en diferentes soportes (libros, folletos, etc.) Sin embargo, no puede decirse que esta haya sido la tarea exclusiva de la organización. Existieron dentro de ella militantes que asumieron el compromiso de desarrollarse en el plano sindical. Un ejemplo de ello es el caso de Ricardo Napurí, que al igual que Kaplan había sido colaborador de Frondizi desde tiempos anteriores. Tarcus ha señalado que Napurí, fue quien se encargó de asumir el papel de organizador y activista. En virtud de que se desempeñaba como redactor de *La Razón*, allí comenzó a desplegar actividades de tipo gremial. Dada su condición de exiliado peruano, Napurí junto a otros militantes, manifestó una preocupación por la comprensión de la realidad del resto del continente, lo que motivó a Frondizi a denominar a todo este sector de la militancia como el “sector latinoamericano”. De hecho, ellos dieron impulso a un Centro de Estudios Sociales y Americanos e incluso proyectaron la elaboración de un órgano de prensa homónimo al de Praxis en Argentina, pero destinado al público peruano, proyecto que se concretó pero tuvo escaso alcance y finalmente fue abandonado.

Hacia mediados de la década del '50 la evolución de los acontecimientos de la escena política nacional llevó a la organización a intentar una mayor intervención política. Es en ese marco en el que surgió la prensa propia y en el que Frondizi acabó por terminar la edición de *La realidad...* Como lo ha señalado Díaz, se trata de un notable avance en la construcción de un partido político en el sentido leninista: con estos dos pasos MIR-Praxis ya tenía su propio programa y un periódico que funcionaba como cohesionador y ordenador de cara al interior de la organización (tarea que se complementó con la elaboración de boletines internos) y como elemento de agitación hacia el exterior.¹²⁷⁴ El avance en las tareas políticas prácticas empujó el crecimiento de la organización, que comenzó a tener un mayor poder de reclutamiento militante. Siguiendo a Tarcus, los años que van de 1958 a 1960 son, en este sentido, la etapa de esplendor del grupo frondizista.

Sin embargo, el periodo de crecimiento coincidió con una serie de cambios que acabarían en una crisis de la organización y su ruptura en diversos núcleos militantes. Hacia 1959, Silvio Frondizi inició un giro hacia posiciones nacionalistas y movimientistas que se plasmaron en el documento *Bases y punto de partida para una solución popular* editado en 1961 y en la edición de un nuevo periódico, sugestivamente titulado *Movimiento*. La transformación teórica y política del máximo dirigente de MIR-

¹²⁷⁴Díaz, Javier: “El MIR-Praxis y su intervención en el campo de la prensa periódica (1955-1961)”, en: *Hic Rodhus*, N° 13, diciembre de 2017, pp. 85-97.

Praxis resultaba notable. En sus nuevas formulaciones las propuestas originales sufrieron una marcada alteración: el socialismo cedió ante una “solución popular”, el eje organizativo pasó a ser el movimiento de liberación y no el partido revolucionario y comenzó a esbozarse la idea de una “Nueva Argentina”, en la que el socialismo adquiere un sentido “auténticamente nacional”. En ese mismo texto llamaba a incluir y superar las experiencias federalistas, el yrigoyenismo y el peronismo en una nueva política de integración que debería recuperar la soberanía sobre la base de la movilización de la clase obrera con la “clase media”, los intelectuales y la “pequeña empresa auténticamente argentina”, si bien seguía defendiendo la idea trotskista de la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir con sus tareas.¹²⁷⁵

Es pausable pensar que estos cambios políticos estuvieron de uno u otro modo vinculados a la lectura de la Revolución Cubana que ofrecía una variante “nacional y antiimperialista”. Como sea, lo cierto es que generaron una crisis interna que culminó en la implosión de la organización. En oposición a estos planteos, un grupo de militantes -entre los que se contaban Jorge Altamira, Marcelo Torrens y Roberto Gramar, rompieron con Frondizi e intentaron poner en pie una nueva organización. Reunidos con otro puñado de militantes que se habían alejado de Praxis en la ciudad de La Plata, fundaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria Argentino (MIRA) y lanzaron un periódico, *El Militante*. A poco de andar, se sumaron dos activistas que habían sido responsables sindicales del morenismo, lo cual constituyó un aporte significativo si se tiene en cuenta que el grupo fundante tenía más anclaje intelectual que sindical.

Tras una experiencia de frente único con otro agrupamiento trotskista denominado El Proletario, también surgido a mediados de los '50, MIRA, en menos de un año, se rompió por completo. Nació un efímero núcleo militante, bajo el sugestivo nombre de Reagrupar, en el que se hacía notable la influencia de Napurí (como vimos, ex militante de Praxis), quien había entrevistado al Che Guevara y participado de la guerrilla peruana de Luis De la Puente Uceda. Bajo estas ideas, el grupo defendió la lucha armada. En menos de un año, este nuevo grupo se quebró. La ruptura la impulsó Altamira, quien combatía, en nombre de la construcción del partido revolucionario, la estrategia de construcción de un foco guerrillero. Nuevamente se sucedió una etapa de

¹²⁷⁵González Canosa, Mora: “En torno de los orígenes de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). Una revisión de la escasa bibliografía sobre el tema y algunas líneas de análisis para su indagación”, en: *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia*, San Miguel de Tucumán, 2007.

dispersión militante. Varios de los defensores de la lucha armada terminaron en las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), mientras que un grupo inferior a una decena de activistas, bajo el impulso de Altamira, fundaron Política Obrera y una prensa homónima, en la que tempranamente ya se identificaron como trotskistas.

Según la historia oficial (la que elaborara el propio partido en su Primer Congreso), PO surgió sobre la base dos disputas políticas. Por un lado, contra la “izquierda oportunista” que apostaba a una alianza con el peronismo o a recibir la “herencia” del movimiento. En este punto, se cuestionaba al PC pero, por sobre todo, a Palabra Obrera en tanto que PO disputaba con ella el puesto de *la* organización trotskista argentina. Para el grupo de Altamira, la actitud pasiva del peronismo frente a la anulación por Arturo Frondizi de los comicios en los que había resultado triunfante en 1962, mostraba por entero la ausencia de vocación de lucha en este movimiento y evidenciaba que el entrismo era una política de “capitulación”. El otro frente de disputa y delimitación fue contra lo que se consideraban las “ilusiones” maoístas y foquistas, que no eran otra cosa que la continuación de la disputa en el seno de Reagrupar en defensa de la postura trotskista de construcción del partido revolucionario frente a las opciones que apostaban a diferentes variantes de lucha armada.

Tras sus primeras definiciones, PO logró incorporar una serie de militantes de otras agrupaciones, fundamentalmente a un grupo que provenía de Vanguardia Revolucionaria (ruptura del PC), estudiantes coaligados en el PSAV y núcleos católicos de Bahía Blanca. Incluso hubo tratativas con Roberto Santucho, quien propuso a PO el ingreso en el PRT hacia 1965, empresa en la que no tuvo éxito. A pesar de ello, los tres primeros años de vida merecieron, para la propia organización, un balance crítico: si bien la prensa recogía y analizaba conflictos obreros y se distribuía en las puertas de las fábricas, el grueso del partido seguía ligado a medios intelectuales, siendo pocos los obreros que ingresaban a sus filas y menos aun los que permanecían allí un tiempo prolongado. Decidido a revertir esta situación, en 1967 PO elaboró las “Tesis sobre proletarización” que diagnosticaban, en virtud del peso del peronismo y del estalinismo en la escena política, una realidad de la clase obrera argentina signada por la escisión entre intelectualidad revolucionaria y movimiento obrero. Dispuesto a superar ese déficit, la organización resolvió la proletarización de sus cuadros intelectuales y el ingreso a las fábricas de todos sus estudiantes. Entre 1967 y 1968 se crearon las primeras agrupaciones sindicales del partido: Vanguardia Metalúrgica, Trinchera Textil, Vanguardia Obrera Mecánica, y la de los obreros de la construcción en Bahía Blanca,

entre otras. Por ese mismo año, cobró forma también el frente estudiantil organizado en la Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista (TERS) y cuatro años más tarde se constituyó la Unión de Juventudes por el Socialismo (UJS).

En 1971 el partido adoptó, en función del diagnóstico de la Argentina como país semicolonial y oprimido por el imperialismo, la estrategia de Frente Único Antiimperialista que, a diferencia de las propuestas maoístas o del PC, pretendía la unidad de los trabajadores en una lucha contra el imperialismo que debía hacerse en independencia de la “burocracia sindical”, el peronismo y toda expresión del “nacionalismo burgués”. El germen de ese frente debía ser un Congreso de Bases de la CGT, consigna con la que PO batalló durante toda la etapa. Abierta la coyuntura electoral y la posibilidad de retorno del peronismo entre 1972 y 1973, el partido de Altamira planteó la necesidad de poner en pie un “bloque obrero independiente” e incluso estuvo en tratativas con el PST para desarrollar una iniciativa de ese tipo, pero fracasó. En vistas de ello, llamó al voto en blanco y criticó abiertamente la opción electoral de Perón, señalando que se trataba de una variante “contrarrevolucionaria”.

Durante la etapa de gobierno peronista, con sus tres variantes (Cámpora, Perón e Isabel Perón), PO se posicionó en una clara oposición, denunciando sus principales medidas de gobierno, fundamentalmente el Pacto Social y la reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales. Dentro del movimiento obrero pugnó por la lucha contra aquellas medidas, impulsando los reclamos salariales y la lucha antiburocrática desde los organismos de base (cuerpos de delegados y comisiones internas). En el campo de la izquierda, dos fueron sus interlocutores privilegiados. Por un lado, el PST con el que disputaba la representación del trotskismo. En líneas generales lo acusó de no ser consecuentemente revolucionario, aspirando a construir una variante “frentepopulista”, es decir, una forma de claudicación frente al enemigo de clase, la burguesía. Por el otro lado, criticó duramente tanto a Montoneros como al PRT-ERP, fundamentalmente por la opción estratégica: la lucha armada. Fiel a sus orígenes opuestos al foco guerrillero, PO denunció constantemente aquella forma de lucha, a la que consideraba funcional a la represión e, incluso, llegó a tildar a quienes la practicaban de “contrarrevolucionarios”.

El avance represivo en 1974 se cobró víctimas también entre sus filas. Jorge Fisher (miembro del Comité Central) y Miguel Ángel Bufano, ambos miembros de la comisión interna de Miluz, fueron acibillados por la Triple A. Entrado el año 1975, PO formó parte de la experiencia de las Coordinadoras Interfabriles y desde allí pugnó, inicialmente, por la consigna “Gobierno Obrero de la CGT” que luego el primer

Congreso del partido (diciembre de 1975) criticó y cambió por “elecciones libres”. En ambos casos, sin embargo, el eje estaba puesto en la inmediata renuncia de Isabel Perón. Instalada la dictadura militar en marzo de 1976, el partido reorganizó su actividad, circulando clandestinamente su prensa y manteniendo su militancia en el movimiento obrero y estudiantil, en lo que ya se consideraba la “resistencia” antidictatorial. A partir de ese momento, asumió una mayor intervención en el movimiento por las libertades democráticas.

a. El lugar de la cuestión agraria en el programa

La reconstrucción del programa agrario de Política Obrera presenta importantes dificultades. Esto se debe a la ausencia de elaboraciones específicas sobre el tema y a una falta más general de documentos analíticos sobre el desarrollo del capitalismo argentino. En las fuentes actualmente disponibles no se ha ubicado ningún trabajo que esboce siquiera los trazos gruesos de la estructura económico-social argentina: el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, las clases sociales fundamentales, las tareas planteadas para quienes pretenden su transformación profunda. Esta carencia, nos obligó a examinar detenidamente todo el material disponible, para de allí poder extrayendo algunas definiciones aisladas que dan cuenta de los aspectos mencionados anteriormente y nos permitió recomponer, como piezas de rompecabezas, la lectura de PO sobre el agro argentino, insertándola a su vez en un programa más general.

El programa de transición para la Argentina

La exposición más acaba del programa de PO se encuentra en el documento del Primer Congreso de su frente estudiantil -Tendencia Estudiantil por la Revolución Socialista-, celebrado en 1971, y puede completarse con diversas notas aparecidas en su periódico *Política Obrera*. Allí se definía a la Argentina como parte del bloque de países capitalistas que sufrían la opresión del imperialismo, bajo la forma de semicolonias. El “capital financiero internacional” sería la principal fuerza explotadora de la clase obrera local, y la burguesía extranjera la fracción hegemónica del conjunto de la clase capitalista. El carácter semicolonial sería resultado de la existencia de “tratados internacionales” que limitarían la autodeterminación nacional y restringirían la soberanía estatal. Como puede verse, el mismo diagnóstico que realizara el morenismo.

A su vez, ello garantizaría un estado de atraso, que sería el resultado directo de la dominación imperialista. Uno de los signos de ese atraso se encontraría en la baja industrialización

“que conserva su estado fragmentario, con una ancha base artesanal, con una base técnica atrasada, con un mercado interior incapaz de permitir el desenvolvimiento industrial capitalista, completamente vulnerable al aprovisionamiento y financiación extranjeras.”¹²⁷⁶

En una nota aparecida en su prensa se afirmaba que el 52% de la mano de obra se empleaba en “talleres semiartesanales” de menos de 100 obreros, y el 42% en establecimientos de menos de 50. Por lo cual, “esta estructura es precapitalista” si se la compara con Estados Unidos, donde el 75% de los obreros se emplea en fábricas de más de 500 obreros.¹²⁷⁷ Se denota aquí un esquema de razonamiento similar al que hemos visto en otros capítulos respecto del latifundio. Como señalamos en varias oportunidades, la utilización de cifras de concentración abstraídas de los niveles de productividad y tipo de producción de la tierra, generaban una falsa ilusión respecto de la realidad del agro argentino. En el razonamiento que acabamos de exponer de PO sobre la industria sucede lo mismo. Se ofrece en abstracto el número de trabajadores empleados que, al ser inferior a 100, se asume que se trata de talleres “semiartesanales” en oposición a las fábricas que emplearían más de 500. Pero se trata de una medida falsa que no da cuenta de la productividad real del trabajo en esos “talleres” ni del grado de subsunción del trabajo al capital, medida que en el marxismo clásico da cuenta del grado de desarrollo capitalista.

El otro signo, sería la implantación del “latifundio capitalista atrasado”, de baja productividad, basado en la explotación del peón y el campesino, arruinando la fertilidad del suelo. Mientras que la industrialización deficiente sería la culpable de las altas tasas de desocupación, el atraso agrario sería el culpable del estado de escasez alimentaria en el país. La conclusión de todo ello, es que el país tendría un escaso desarrollo de sus fuerzas productivas. En definitiva:

¹²⁷⁶Tendencia Estudiantil por la Revolución Socialista: *1er Congreso Nacional. La juventud se organiza para luchar por el gobierno obrero y popular y el socialismo*, octubre de 1971, p. 11. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

¹²⁷⁷“Argentina: ¿Ni atrasada, ni estancada, ni semicolonias?”, en: *Política Obrera*, 25/09/1972.

“La Argentina sufre de una insuficiencia de desarrollo capitalista, limitado su mercado interno por el desierto latifundista y la precariedad de buena parte de la industria y de un avanzado estado de putrefacción de ese mismo desarrollo capitalista, reflejado en la dominación sin atenuantes de la forma monopolista del capitalismo privado (extranjero).”¹²⁷⁸

Como consecuencia de esta estructura, estarían planteadas tres tareas: la lucha por la expulsión del imperialismo, la revolución agraria y la unión federativa socialista de América Latina. Las clases interesadas en cumplirlas, serían el proletariado y los explotados contra la burguesía en conjunto, que deberían luchar para la instauración de un “gobierno obrero campesino”. La burguesía nacional, por su parte, estaría incapacitada “para luchar consecuentemente contra el imperialismo”, puesto que sería en definitiva la “correa de transmisión” de la penetración imperialista. La estrategia para cumplir con las tareas planteadas, sería la construcción de un “Frente Revolucionario Antiimperialista”, en función de la receta planteada por la IV Internacional Comunista para los países considerados económicamente atrasados y dominados por el imperialismo. Un frente que debería nuclear a todas las “capas sociales explotadas y víctimas de la dominación imperialista”.¹²⁷⁹ Por ello mismo, este tipo de frente se distinguía del Frente Único Obrero, recomendado para los países capitalistas desarrollados, donde la alianza debía ser entre organismos de la misma clase, es decir, obreros. En el caso del Frente Revolucionario Antiimperialista el objetivo central sería el de atraer, detrás del proletariado, al campesinado y a la pequeña burguesía. En las condiciones económico-sociales que presentaba la Argentina, este frente significaba:

“El Frente Antiimperialista que proponemos es una necesidad impuesta por la actual situación. Este Frente tiene en el proletariado fabril a su vanguardia y dirección, y engloba a los más vastos sectores explotados. Las masas trabajadoras afectadas en su economía y los chacareros y arrendatarios pobres expoliados por los grandes ganaderos.”¹²⁸⁰

Estas definiciones programáticas buscaban posicionarse en un lugar diferente a las sostenidas por organizaciones que provenían del peronismo (la llamada “izquierda

¹²⁷⁸“Educación y clase obrera”, en: *Política Obrera*, 09/03/1970.

¹²⁷⁹“El Frente Revolucionario Antiimperialista”, en: *Política Obrera*, 21/07/1972.

¹²⁸⁰“Expropiar los frigoríficos”, en: *Política Obrera*, 26/10/1970.

nacional”) y del estalinismo (es decir, el PC), como de lo que se consideraba la “izquierda centrista” (VC, PCR, PRT-La Verdad) y de los planteos del “socialismo puro”. De la primera, se criticaba que entregaban la dirección del cumplimiento de las tareas democráticas a la burguesía. De la segunda, que apostaban a la construcción de gobierno no obrero, bajo la formulación de “gobiernos populares” o de dirección campesina. Finalmente, al socialismo puro lo acusaban de no captar la especificidad argentina, sosteniendo equivocadamente que el país era una nación avanzada y no oprimida (nos referiremos a esta variante en el próximo capítulo). La propuesta superadora que ofrecería PO frente a todas estas variantes sería la del programa de transición, que aunara tanto las tareas democráticas producto de la insuficiencia de desarrollo capitalista con las tareas socialistas, en un proceso permanente y sin etapas, donde la clase hegemónica debía ser del proletariado. De este modo, “liberación nacional” y “socialismo” estaban entrelazados en un mismo proceso democrático y antiimperialista, bajo dirección del proletariado apoyado en la mayoría explotada.¹²⁸¹

El análisis del agro y su estructura de clases

En lo que sigue, intentaremos avanzar en algunas definiciones más precisas que atañen a la situación del agro y su estructura de clases. En primer lugar, en el diagnóstico de PO, el campo argentino estaría signado por la gran propiedad, el latifundio. En él se desarrollaría una “oligarquía” y/o “clase terrateniente” que tendría una baja productividad y no lograría motorizar el desarrollo de las fuerzas productivas. En este punto es importante destacar que aquella “oligarquía” no es caracterizada como una clase precapitalista sino como parte de la burguesía. A diferencia de posiciones como las maoístas, en la lectura de PO la renta agraria no es una realidad precapitalista que obtura el desarrollo capitalista. En un artículo de su prensa, el partido señalaba que si bien la propiedad privada de un bien limitado, como la tierra, representa un obstáculo en el proceso de igualación de la tasa de ganancia, esa propiedad es consecuencia del desarrollo capitalista y no una traba.¹²⁸²

La “realidad oligárquica” se haría más evidente en el interior del país, al que el atraso nacional condenó a la postergación y el empobrecimiento creciente. Allí se constituyó

¹²⁸¹“Análisis del proyecto de declaración”, en: *Política Obrera*, 07/09/1971; “Los maoístas y el programa”, en: *Política Obrera*, 07/09/1971.

¹²⁸²“El impuesto a la tierra”, en: *Política Obrera*, 02/02/1969.

una “red de oligarquías agrarias lugareñas” con intereses comerciales e industriales, que monopolizan el mercado de ciertos cultivos sobre la base de las “monoproducciones provinciales”.¹²⁸³

Lejos de registrar la tendencia a la desconcentración de la tierra, PO diagnosticaba que el campo argentino atravesaba una nueva etapa de concentración de la propiedad. Desde 1955 con las leyes de descongelamiento de rentas terratenientes (en particular, con la llamada Ley Raggio), se habría producido la recuperación de tierras por los latifundios, agudizando la concentración de la tierra.¹²⁸⁴ Los arrendatarios devenidos en propietarios lo serían solo de minifundios, y por tal motivo serían tragados rápidamente por la concentración. Otro de sus efectos habría sido el despoblamiento del campo:

“En treinta años de ‘protección’ estatal al chacarero abandonaron el campo más de medio millón de campesinos. Los trabajadores rurales, propietarios o asalariados, pasaron de 2,5 millones a 1,5 millones. ¡Casi la mitad! La concentración de la propiedad de la tierra en manos de grandes capitalistas terratenientes aumentó aún más”.

Es interesante advertir la lógica del razonamiento en este argumento. El despoblamiento del campo se asociaba a la retracción del desarrollo de las fuerzas productivas. Como crecería el latifundio a expensas de las pequeñas y medianas producciones, como la oligarquía se impone al chacarero, se asumía que se estaría produciendo un estancamiento cuya primera consecuencia sería la caída de la población rural. Sin embargo, el desarrollo del capitalismo opera en términos inversos. Es el incremento de la productividad por la vía de la introducción de maquinaria agrícola, de pesticidas, herbicidas, plaguicidas y semillas mejoradas lo que conduce a disminuir la magnitud de la fuerza de trabajo requerida. Ese fenómeno es el que está detrás del despoblamiento. En parte esto se explica por el hecho de que PO no advertía el inicio del despegue de la producción agropecuaria argentina, sino que sostenía la existencia de una situación de estancamiento. El crecimiento del latifundio señalado no habría redundado en un incremento de la productividad, sino en “el más pertinaz estancamiento y retroceso en el mercado mundial”. Ese estancamiento se visualizaría en la ausencia de crecimiento en la producción y el atraso tecnológico. No se ofrecen, sin embargo, datos o citas que expongan evidencia empírica para dar asidero a los argumentos. Hemos identificado

¹²⁸³“Lanusse en Tucumán”, en: *Política Obrera*, 10/05/1972.

¹²⁸⁴“Arrendamiento: El golpe final”, en: *Política Obrera*, 10/05/1967. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas refieren a este artículo.

solo una nota en la que se afirma que el 40% de las unidades productivas cuentan con tracción mecánica, mientras que el resto sigue contando con tracción a sangre.¹²⁸⁵ Sin embargo, no se indica de dónde fue extraído ese dato o cómo fue construido. No se condice con el panorama que hemos trazado en el capítulo I.

En sintonía con la mayoría de los partidos que hemos venido analizando, PO consignaba un estancamiento de larga data, que se inicia en la década del '30 y nunca habría sido superado:

“Desde la crisis mundial de 1930 la Argentina ha venido perdiendo posiciones en el mercado mundial de carne y cereales, principales productos de exportación. [...] En un primer momento, por la contracción de los mercados y el desplome de los precios, pero luego por el estancamiento de los rindes y el despegue de EEUU y Europa.”¹²⁸⁶

Si se lee con atención, la cita parece indicar una argumentación sensiblemente diferente a la de partidos maoístas o estalinistas, en la medida en que el estancamiento de la productividad agraria argentina no parecería estar respondiendo a una situación estructural -el latifundio, la oligarquía parasitaria-, sino a un elemento externo: la retracción del mercado mundial. A partir de allí se registraría un estancamiento que llevaría a la pérdida de posiciones en la competencia a merced de nuevos competidores más eficientes, Estados Unidos y países de Europa. Sin embargo, en otra nota puede advertirse una lectura similar a la de las corrientes antes mencionadas, puesto que al referirse al estancamiento de la producción ganadera, se atribuye sus causas al “carácter parasitario y semicolonial del capitalismo argentino” y a la estructura agraria “atrasada” y basada en la “gran propiedad latifundista y la explotación y expoliación del chacarero y arrendatario pobres; por el otro el dominio de los pulpos anglo-yanquis del comercio exterior.”¹²⁸⁷

Este último punto, en el que se menciona la “expoliación” de los chacareros y arrendatarios nos introduce en el segundo aspecto importante de la cuestión agraria, el de las clases sociales. PO consideraba a los chacareros y/o campesinos (el partido recurre a las dos denominaciones sin distinción) como una clase oprimida o explotada en el campo. Es decir, una clase que debería ser, si atendemos a la formulación del Frente Revolucionario Antiimperialista, aliada del proletariado. Calibrar la importancia

¹²⁸⁵“Argentina: ¿Ni atrasada, ni estacanda, ni semicolonía?”, *Política Obrera*, 25/09/1972.

¹²⁸⁶“La política económica”, en: *Política Obrera*, 23/02/1970.

¹²⁸⁷“Expropiar los frigoríficos”, en: *Política Obrera*, 26/10/1970.

del campesinado o del chacarero en el programa de PO requiere, como en los puntos anteriores, un examen de diferentes fuentes parciales. La lectura de su prensa periódica nos permite aproximarnos al problema a partir de dos debates que el partido entabló con diferentes corrientes políticas de izquierda.

Un primer debate público con el maoísmo evidenció que el grupo trotskista no rechazaba la existencia de un campesinado argentino y que lo contempló como un aliado válido. Hacia fines de 1970, en el marco de un congreso de la Federación Universitaria Argentina (FUA), se realizó un debate acerca del carácter de la revolución en el país. Allí participaron PO, PCR y VC. Tras el debate, el partido trotskista acusó a los maoístas de tergiversar sus posiciones sobre el campesinado. Una nota en la prensa repudió explícitamente al PCR señalando que este intervino difundiendo las “mentiras desparramadas por el stalinismo sobre la hostilidad del trotskismo al campesinado”.¹²⁸⁸

Un segundo debate, acontecido casi dos años después, cuando el morenismo se unificó con el Partido Socialista de la Argentina para formar el Partido Socialista de los Trabajadores, precisó el lugar del campesinado en la estrategia. Entre marzo y julio de ese año, *Política Obrera* publicó una serie de notas que discutían con las posiciones del ya por entonces extinto PRT-LV.¹²⁸⁹ Entre muchos de los tópicos que se sometieron a debate, uno de ellos fue el papel del campesinado, a propósito de los planteos de Nahuel Moreno en textos como *La revolución latinoamericana*. Como hemos visto páginas atrás, allí el máximo referente del morenismo había esbozado la idea según la cual el proletariado no era necesariamente el caudillo de la revolución en todos los países, pudiendo ocupar ese lugar la clase media urbana, el campesinado u otra clase en función de la “brutalidad” de la explotación que padece. Para el grupo liderado por Altamira, esta afirmación constituía un abandono de la estrategia de construcción del partido revolucionario y una claudicación frente al nacionalismo burgués. En resumidas cuentas se lo visualizaba como un distanciamiento del trotskismo en favor de posiciones maoístas y castristas que serían, incluso, mal leídas por Moreno, puesto que Mao no abandonó la construcción del partido y Castro, si bien tenía un origen pequeñoburgués, había roto con su clase.

¹²⁸⁸“Bochornosa actitud del P.C.R. y V.C. ante una polémica”, en: *Política Obrera*, 4/01/1971.

¹²⁸⁹“La disolución del P.R.T. (La Verdad)”, en: *Política Obrera*, 17/03/1972; “La disolución del P.R.T. (La Verdad)”, en: *Política Obrera*, 1/04/1972; “La disolución del P.R.T. (La Verdad)”, en: *Política Obrera*, 19/04/1972; “La disolución del P.R.T. (La Verdad)”, en: *Política Obrera*, 03/05/1972. “La disolución del P.R.T. (La Verdad)”, en: *Política Obrera*, 10/05/1972; “La disolución del P.R.T. (La Verdad)”, en: *Política Obrera*, 02/06/1972; “La disolución del P.R.T. (La Verdad)”, en: *Política Obrera*, 07/07/1972.

Lo que estaba efectivamente en discusión era el papel del campesinado en la alianza revolucionaria. Para PO este no podía conquistar sus reivindicaciones sino lo hacía luchando codo a codo con la única clase que sería capaz de resolverlas, el proletariado, que debería erigirse en su dirección. Es interesante observar que el propio partido reconocía que el campesinado era una clase en disolución, toda vez que las masas campesinas sufrirían una tendencia hacia la proletarización a la par que una minoría lograría promoverse a las filas de la burguesía. En efecto, el campesinado era entendido como “pequeña burguesía minifundista”¹²⁹⁰, es decir como una clase no explotadora de fuerza de trabajo y con un escaso nivel de acumulación. Al mismo tiempo, promovería una salida que conduciría a la reproducción de la pequeña propiedad que es antagónica al socialismo. Estas formulaciones teóricas, que percibían la tendencia a la disolución del campesinado, acababan por no aplicarse a la Argentina en tanto que el partido definía al país como atrasado en el desarrollo capitalista. Hasta aquí lo que nos interesa señalar es que el campesinado es contemplado en la estrategia revolucionaria, pero como una clase subordinada al proletariado. De allí que se denuncie al maoísmo por achacarle al trotskismo una hostilidad al campesinado, pero a la vez se refute el carácter revolucionario y rector del sujeto campesino, tal como se ve en la crítica a las formulaciones de Moreno.

En relación a su lugar en la estructura argentina, PO consideraba que el campesinado era una clase numéricamente importante y que su pervivencia daba cuenta justamente del nivel de atraso del desarrollo capitalista en el país. En el ámbito rural argentino, el proletariado sería minoritario, y al lado de una clase latifundista explotadora de fuerza de trabajo conviviría un amplio universo de pequeña producción familiar:

“El atraso en la organización capitalista del trabajo se refleja notoriamente en el campo, también: la mano de obra se agrupa, fundamentalmente, en el rubro de trabajadores que producen en familia y que son el doble de los obreros rurales permanentes (la tendencia histórica, desde 1914, revela un crecimiento de los primeros y un retroceso de los segundos).”¹²⁹¹

No hace falta volver a decir que, de semejante afirmación, no se ofrecen datos concretos ni ningún tipo de evidencia empírica. En el Primer Congreso del Partido, celebrado

¹²⁹⁰“Argentina...”, op. cit.

¹²⁹¹“Argentina: ¿Ni atrasada, ni estacanda, ni semicolonias?”, en: *Política Obrera*, 25/09/1972.

hacia fines de 1975, se repite la misma caracterización, señalando que el campesinado representaba el 60% de la población agraria.¹²⁹² Como se ha visto en el acápite anterior, la estrategia del FRA contemplaba a este sector como un aliado natural del proletariado, toda vez que, como vimos, se planteaba la necesidad de construir un gobierno obrero campesino. Para mencionar un ejemplo, hacia 1970 frente a la asunción del nuevo Ministro de Economía y Trabajo Carlos María Moyano Llerena, el partido lanzó como consigna:

“Por un Frente Único de todas las organizaciones obreras, de maestros, de chacareros pobres, de estudiantes y poblaciones barriales. [...] Agrupar a la población de los barrios promoviendo su lucha por las mejoras zonales, a los chacareros que viven explotados por los consignatarios y frigoríficos –denunciando la superexplotación de estos y modificando los precios que pagan al productor familiar y los que cobran al consumidor.”¹²⁹³

Con los datos que hemos aportado en el capítulo I, podemos advertir que una alianza con el 60% de los productores rurales conllevaba implícitamente un acercamiento a capas explotadoras de la burguesía rural. En efecto, el mismo documento congresal que citábamos párrafos atrás señalaba que la clase obrera industrial debía ganar para su causa al trabajador del campo y a la pequeña burguesía agraria, es decir, al campesinado. Este último se vería afectado por la caída de los precios agrícolas que deprimen los “monopolios comercializadores” controlados por la “oligarquía” y la “infernación de la propiedad”, de manera que habría que plantear la “formación de organizaciones campesinas autónomas” que confluyan con las obreras.¹²⁹⁴

Si en efecto existía una masa campesina tan grande, más grande que el propio proletariado, y se encontraba opuesta y sujeta por la oligarquía latifundista, lógicamente de ello se desprende la consigna de reforma agraria, para liberar la tierra de las ataduras del latifundio y permitir el despegue de las fuerzas productivas en el campo, avanzando hacia el capitalismo pleno. Esa sería la condición para la superación del atraso, al menos en el espacio agrario. Efectivamente, PO defendió como consigna para el campo la

¹²⁹²Política Obrera: *Resoluciones del Primer Congreso Nacional Fisher-Bufano de la organización Política Obrera*, enero-febrero de 1976, p. 32.

¹²⁹³“Abajo la miseria salarial”, en: *Política Obrera*, 19/08/1970.

¹²⁹⁴Ibidem.

reforma agraria, pero no lo hizo de manera clara y abierta. Cuando el partido se refería a las tareas concretas para el agro, los conceptos eran variados: en ocasiones señalaba la necesidad de promover la inmediata confiscación de las “grandes propietarios agrarios”¹²⁹⁵, “la gran propiedad”¹²⁹⁶ o el “gran capital terrateniente”.¹²⁹⁷ En otras oportunidades defendió una “revolución agraria” o “colectivización”. Sin embargo en líneas generales, siempre estas definiciones aparecían excluyendo a una capa de productores agrarios: el universo “campesino”, pues el objeto de la expropiación rural siempre apareció delimitado en función de la magnitud de la tierra, considerando solo a los propietarios “grandes”. En algunos casos el respeto a la propiedad pequeña fue abiertamente reconocido: “la confiscación de la oligarquía es el primer paso real para terminar con la miseria de los campesinos y trabajadores del campo”, a la vez que “permitirá poblar el campo y terminar con ese colosal desierto creado por la oligarquía” para lo que “se impulsará una nueva colonización agraria, con trabajadores de toda América Latina.”¹²⁹⁸ Es evidente que esto implicaba una redistribución de la tierra entre más de la mitad de la población rural, la que se reconoce como campesina. El “re poblamiento del campo”, de clara reminiscencia alberdiana, es la consecuencia de la reforma agraria.

En efecto, existen escritos partidarios que abiertamente se pronuncian por esta consigna llamándola por su nombre. La referencia directa a la reforma agraria la encontramos en al menos dos oportunidades, las dos acontecidas en 1971. Por un lado, cuando el Encuentro Nacional de los Argentinos, iniciativa del PC a la que ya nos hemos referido, lanzó un programa que incluía la reforma agraria. Frente a ello, PO criticó que allí, por los vínculos del partido con Campo Unido a través de UPARA, no planteaba la expropiación de los “latifundios y el gran capital agrario”, aunque “sí plantea la reforma agraria.”¹²⁹⁹ Como puede apreciarse, esta última frase estaba expresada en un sentido positivo. Por el otro lado, una segunda mención en sentido positivo se encuentra en la crítica a los programas históricos del peronismo, a los que nos hemos referido en el capítulo de Montoneros: Huerta Grande y La Falda. El partido reconocía que estos programas se planteaban nacionalizaciones, control obrero, protección de la industria y

¹²⁹⁵PO, *Resoluciones...*, op. cit., p. 31.

¹²⁹⁶“El impuesto...”, op. cit.

¹²⁹⁷TERS, *1er Congreso...*, op. cit., p. 13.

¹²⁹⁸PO, *Resoluciones...*, op. cit., p. 31. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

¹²⁹⁹Política Obrera: *Por qué el Partido Comunista vota una alternativa reaccionaria*, Ediciones Política Obrera, 1971, p. 6; Una definición similar aparece en: “El ‘Encuentro de los argentinos’”, en: *Política Obrera*, 4/01/1971.

“la tierra para quien la trabaja”. La crítica no era a esas consignas, que se consideraban saludables, sino a la falta de una formulación por la positiva respecto a la necesidad de un gobierno obrero para conquistar esas demandas.¹³⁰⁰

Todo ello se confirmaba cuando observamos la propuesta de PO frente al impuesto a la renta potencial (aspecto sobre el que volveremos luego) de Onganía en 1969:

“nuestra ‘reforma agraria’ derribará los obstáculos que el capitalismo ha levantado al desarrollo de las fuerzas productivas en el campo. La gran propiedad y el monopolio imperialista del mercado. Nacionalizaremos la renta de la tierra y expropiaremos a la camarilla monopolista-imperialista [...] para iniciar la colectivización agraria”.¹³⁰¹

La cita tiene un sentido unívoco, plantea, tal como se viera en el agro, la alianza con los capitales chicos que confluían en la disputa contra el imperialismo. La colectivización aparece, pero en un horizonte lejano. Esto ocurre porque, como lo señalamos, se evaluaba que el capitalismo mostraba signos de atraso. Por lo tanto, la primer tarea era eliminar los obstáculos que en el agro no son otros que los que brotan del latifundio. La reforma agraria, entonces, liberaría las trabas y una vez desarrollado el capitalismo podría continuarse en transición hacia el socialismo y, por tanto, hacia la colectivización. Este planteo colisionaba contra la realidad concreta del campo argentino, en cuyas condiciones la fragmentación de la tierra significaría una caída de la productividad. PO parece no advertir esta realidad por su confianza en la existencia del latifundio y ello lo conduce como partido a defender una consigna capitalista como antesala a una socialista que, en la Argentina, llevarían a crear toda una capa de pequeños productores inexistentes, que luego se debería expropiar para ahora sí volver a concentrar la tierra de forma colectiva.

Esta alianza con el pequeño y mediano capital, ese 60% de población campesina, era consecuente con lo que se plantea respecto a la industria que, recordemos, era caracterizada como artesanal o semi-artesanal. En este sentido, los talleres familiares (así identificaba el partido a las empresas industriales con menos de diez empleados), que representaría el 90% del entramado productivo, sería un elemento a contemplar en la lucha revolucionaria. Estos sectores estarían mayoritariamente agrupados en la CGE,

¹³⁰⁰“El programa de SITRAC-SITRAM”, en: *Política Obrera*, 17/06/1971.

¹³⁰¹“El impuesto a la tierra”, en: *Política Obrera*, 02/02/1969.

“pero la única forma de sacar a este sector de su bancarrota” sería con la confiscación de “los bancos y los monopolios financieros” y mediante “un plan económico de la clase obrera [que] podrá darle una función social útil al utillaje industrial disperso del pequeño patrón”. Por eso mismo

“Las reivindicaciones dirigidas a la confiscación de los pulpos y la oligarquía, contra los acuerdos con el FMI y la banca imperialista, por el control de los precios, deben servir para forjar la alianza de obreros y campesinos, y del proletariado con todas las capas de la pequeña-burguesía: amas de casa, cooperativas agrarias y de pequeños industriales. Todos los hilos de la super-explotación de estos sectores conducen a un solo lugar: al imperialismo. El plan del FMI sería su completa catástrofe.”

Las bases teóricas y empíricas

Como hemos señalado al comienzo y a lo largo de las páginas precedentes, PO estableció caracterizaciones y definiciones sobre la estructura agraria argentina y sobre sus clases, sin ninguna evidencia empírica. Hemos mostrado en varias oportunidades que las pocas cifras que sus análisis ofrecían tenían un origen desconocido, eran sumamente contradictorias y se utilizaban de manera acrítica y abstracta. El resultado de ello fue un desconocimiento profundo de la situación del campo argentino. Sin embargo, PO no ocultó ese déficit e incluso hizo una autocrítica cuando se celebró su Primer Congreso partidario. Allí se elaboró un documento que realizaba un balance sobre el estado de construcción de la organización. En tono de severa autocrítica reconocía:

“PO no tiene aún un programa, es decir, una caracterización acabada del estadio del desarrollo de la sociedad argentina y de las tareas objetivas que se desprenden de sus contradicciones, en el cuadro de la etapa actual del capitalismo mundial. No tenemos una definición de la formación histórica de las clases en el país, un balance de su rol político, la estructuración del Estado nacional en relación al capitalismo mundial y el carácter del programa revolucionario del proletariado victorioso. [...] *No es suficiente la defensa de ideas generales del trotskismo, es necesario un programa.*”¹³⁰²

¹³⁰²El destacado es nuestro.

La crítica parece ajustarse a la situación en la que se encontraba PO, en función de lo que hemos visto. Ese Congreso tampoco resolvió el déficit. El resto de los documentos congresales no avanzó en ninguna clarificación programática, con excepción de algunas formulaciones generales y con escaso asidero empírico que citamos anteriormente.

En efecto, la única iniciativa en cuanto a la creación de un espacio para la elaboración o discusión teórica tuvo lugar en 1972, con la edición de la revista *América India*. En ella trabajaron tanto PO como el Partido Obrero Revolucionario de Bolivia, la Liga Obrera Marxista de México, El Partido Obrero Marxista Revolucionario del Perú y la Organización Marxista Revolucionaria de Chile. Bajo la consigna “Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina”, la revista pretendía ser el instrumento teórico de los trotskistas latinoamericanos. Lo cierto es que la iniciativa tuvo corto vuelo, alcanzando a editar únicamente dos números (el nº 1 en enero de 1972 y el nº 2 en julio-septiembre de ese mismo año).

Entre sus páginas no se encuentran referencias al problema agrario, no solo en el territorio nacional que nos compete, sino incluso en el conjunto de los países de Latinoamérica. La única excepción es un texto del dirigente boliviano Guillermo Lora, abocado al estudio del movimiento campesino del Virreynato del Perú en los tiempos coloniales, sin precisiones teóricas sobre el campesinado.¹³⁰³ Lo que sí merece ser rescatado es la reproducción íntegra de la respuesta de Milcíades Peña a Jorge Abelardo Ramos,¹³⁰⁴ donde se abreva en una clásica caracterización del agro argentino: la preeminencia del latifundio y de una oligarquía “parasitaria” que bloquea el desarrollo de las fuerzas productivas y vive exclusivamente de rentas. Su reproducción da cuenta de que PO reconocía como válido aquel análisis y lo que hemos examinado hasta aquí lo confirma.

b. La intervención

En este acápite realizamos una aproximación a la práctica política de PO en conflictos y problemas de naturaleza agraria. Coincidente con su escaso interés político-programático en el agro, su intervención en la etapa sobre la situación del campo fue

¹³⁰³Lora, Guillermo: “Notas sobre el movimiento campesino del siglo XVIII”, en: *América India*, N° 1, enero de 1972, pp. 23-30.

¹³⁰⁴“La crítica de Milcíades Peña a Ramos”, en: *América India*, N° 1, enero de 1972. En las páginas de *Política Obrera* también se reprodujeron extractos de la obra de Peña: “La Revolución de Mayo no fue democrático-burguesa”, en: *Política Obrera*, 28/05/1972.

escasa. Intentaremos, sin embargo, reconstruir tres aspectos: sus posicionamientos frente a los problemas de algunas industrias vinculadas a la producción de mercancías agrarias, su caracterización de las Ligas Agrarias y algunas definiciones en torno a la política agraria del peronismo.

El conflicto de la carne y el azúcar

Uno de los casos que nos permiten acercarnos a la forma en que PO intervino sobre conflictos relativos a industrias vinculadas al agro es el de los frigoríficos y la carne. Se trataba de una rama en la que el partido le dio particular importancia a la actividad de los trabajadores que allí se desempeñaban. Las noticias del frigorífico Swift (Berisso y Rosario), Anglo y Wilson aparecieron con frecuencia en las páginas de *Política Obrera*, ya sea denunciando las condiciones de trabajo, el incremento de los ritmos de producción, la suspensión y despido de trabajadores, el cierre de plantas o frente a las elecciones de cuerpos orgánicos de representación gremial.¹³⁰⁵ En todos esos casos, primó la defensa de los intereses obreros y la apuesta a la recuperación del gremio, juzgado en manos de burócratas, a partir de listas de unidad de las organizaciones de izquierda (por caso, en el Swift Rosario llamó a confluir con las agrupaciones de VC y PCR). Esta preocupación por incidir en las luchas de los trabajadores de la carne no es, sin embargo, una preocupación por el proletariado rural, en tanto nunca se avanzó en la organización de trabajadores ligados a la actividad ganadera o tambera, por caso. Lo que nos interesa no es tanto la inserción en esta rama, sino los análisis que se hicieron sobre la producción ganadera y de carne, ya que dan cuenta de la aplicación concreta de las definiciones que hemos venido examinando hasta aquí.

En la primera mitad de 1970, se registró un incremento del 12% en el precio del ganado en pie, lo que desató un enfrentamiento de las corporaciones agrarias, SRA y FAA, contra los frigoríficos de origen extranjero, que fue caracterizada por el partido como

¹³⁰⁵“Triunfo en Swift”, en: *Política Obrera*, 21/01/1970; “Swift Berisso”, en: *Política Obrera*, 22/07/1970; “Swift: Balance de las elecciones de delegados”, en: *Política Obrera*, 19/08/1970; “Continúa la ofensiva antiobrera y antipopular en el gremio de la carne”, en: *Política Obrera*, 4/01/1971; “Swift: ¡Expropiarlo sin pago!”, en: *Política Obrera*, 4/01/1971; “Buenos Aire: Carne”, en: *Política Obrera*, 4/01/1971; “Frigorífico Siracusa”, en: *Política Obrera*, 01/03/1971; “Swift Rosario: Brutal superexplotación, enconada resistencia obrera”, en: *Política Obrera*, 10/05/1971; “Swift Rosario: Por una lista clasista”, en: *Política Obrera*, 24/09/1971; “Swift Rosario: Victoria obrera y lista clasista”, en: *Palabra Obrera*, 22/09/1971.

una disputa “interburguesa”.¹³⁰⁶ El gobierno, a través del ministro de economía Dagnino Pastore estableció una veda al consumo interno de carne y fijó precios límites a las comercializadoras, de manera que se atenuara el impacto en el consumo, que ya venía registrando una caída. Frente a ello, PO criticó la acción gubernamental, señalando que la veda no sería la solución en tanto era una medida de alcance limitado en el tiempo y sería contrarrestada con el aumento de precios en otros rubros que golpeaban de igual modo al bolsillo obrero. La salida correcta sería el control obrero de todo el proceso de producción y de comercialización que “habrá de poner de relieve los fabulosos superbeneficios de los monopolios en cuestión y su política de estrangulamiento de la pequeña producción”.¹³⁰⁷ Como puede verse, se trata de una defensa del pequeño capital que ya hemos visto cuando estudiábamos la cuestión de la reforma agraria, bajo un discurso antimonopólico.

Es interesante advertir aquí que, cuando PO examinaba el negocio de la carne, reconocía que las exportaciones argentinas de carne vacuna crecieron de 249.000 toneladas en 1968 a 331.000 toneladas en 1969, es decir un ascenso del orden del 30% en un año. Y que, a su vez, algunos rubros registraron un incremento “extraordinario”: los cortes enfriados crecieron 5,5 veces, lo que fue resultado de un “reacomodamiento técnico” de los frigoríficos. Es decir, el examen de una situación concreta estaría dando cuenta de que la definición de “estancamiento agrario” debiera ser al menos puesta en discusión, pero PO no problematizaba sus propias definiciones en contraste con la realidad que tenía frente a sí. Más aún, reconocía que las mejores condiciones ofrecidas por el mercado mundial para la colocación de las carnes llevaron a la “penetración del capital financiero y frigorífico”, para conseguir un abasto continuo y con mayores niveles de producción gracias a la incorporación de maquinaria. Contra lo que el propio partido señalaba, estos elementos estarían dando cuenta que la “penetración imperialista” era un agente de la modernización del agro y del incremento de su producción y tecnificación, y no del estancamiento o la atrofia de las fuerzas productivas.

PO no solo no extraía esta conclusión lógica en función de las premisas que el mismo exponía, sino que además alegaba que todo ello conducía a una concentración de la tierra, sin ofrecer ningún dato de ello. Por el contrario, lo que se estaba concentrando era

¹³⁰⁶La caracterización de los conflictos entre ganaderos y frigoríficos como disputa interburguesa fue una constante en la prédica de PO. Por caso, véase: “La farsa del juicio a los monopolios de la carne”, en: *Política Obrera*, 4/01/1971.

¹³⁰⁷“La veda de carnes”, en: *Política Obrera*, 4/05/1970.

la producción, que demandaba mayor incorporación de capital para alcanzar una mejor producción y productividad. Señalemos, además, que el constante énfasis en el carácter extranjero de los frigoríficos constituía una confraternización solapada con los capitales nacionales, que no eran criticados por lo cual implícitamente aparecían como mejores o menos nocivos que los “imperialistas”. Por caso, cuando comenzaron a producirse suspensiones de trabajadores por el cese de las faenas y las amenazas de cierre, PO diagnosticó una ofensiva de los “frigoríficos extranjeros” que realizaban un “chantaje imperialista” frente a un gobierno que capitulaba porque tiene una impronta “pseudonacionalista”.¹³⁰⁸

El caso nos sirve, además, para clarificar la naturaleza de la “oligarquía ganadera”. PO sostenía que ante el aumento de los precios internacionales, una fracción de los “ganaderos latifundistas” reaccionó de modo “parasitario”, incrementando los precios del ganado vivo para sacar mayor ganancia. Otro sector oligárquico, habría apostado al equipamiento para incrementar su productividad, de manera que fue catalogado como “más capitalista”. Este sería minoritario, por lo cual la imagen predominante de la “oligarquía” es la de una capa parasitaria. Frente a esta situación, el partido propuso:

“La nacionalización bajo control obrero de los frigoríficos, la expropiación de los latifundios, el control obrero del comercio interior y exterior, es la única alternativa a la pauperización y para la modernización planificada del conjunto de la industria agropecuaria.”

Una vez más vemos que se introducía la reforma agraria, al plantear la expropiación solo de los latifundios y no del conjunto del capital agrario, además de que, en cuanto a los frigoríficos, afectaría solo a los extranjeros. Este último aspecto adquiere mayor notoriedad en 1971, cuando ante el cierre y la falta de pago de sueldo en algunos frigoríficos, el partido advirtió “la perentoria necesidad de constituir un frente de defensa nacional contra los monopolios, por la reapertura de los frigoríficos y por su expropiación sin pago”.¹³⁰⁹

El caso de la industria azucarera replica en buena medida lo analizado respecto a la producción ganadera, los frigoríficos y la carne. En efecto, se trata de un sector de la

¹³⁰⁸“Frente antiimperialista para confiscar los frigoríficos e imponer el control obrero”, en: *Política Obrera*, 7/09/1970.

¹³⁰⁹“Carne: frente de todos los sectores afectados para reorganizar la lucha”, en: *Política Obrera*, 25/01/1971.

economía a la que el partido le prestó atención y siguió de cerca la situación de los trabajadores que allí se desempeñaban. Las luchas encabezadas por la FOTIA, en particular durante 1974 cuando se hicieron más visibles, fueron recogidas en varias oportunidades por la prensa de PO.¹³¹⁰ De todos modos, debe señalarse que esa aparición se produjo en un momento álgido de la lucha y no se presentó de manera constante en las páginas de *Política Obrera*, lo que da cuenta de una menor preocupación en relación a otros partidos, como el FRIP.

Examinando la estructura de la producción azucarera nacional, PO advirtió que la diferencia en las provincias del norte respondía a causas estructurales. Tucumán tendría mejor calidad de tierra, pero un clima más adverso, una estructura minifundista en “condiciones atrasadas” y una marcada resistencia sindical. Por su parte Salta y Jujuy gozarían de un clima más proclive a la actividad, detentarían una distribución de la tierra donde el latifundio resultaría dominante y aprovechan la mano de obra barata proveniente de Bolivia. Si bien PO aclaraba entonces que lo que determinaba las diferencias no eran “factores naturales” sino la estructura productiva, no advirtió lo que indicaba la misma evidencia que aportaba: la zona más productiva para el desarrollo de la industria azucarera era la que detentaba mayores niveles de concentración de la tierra, mientras que donde primaba el minifundio, la productividad era menor y la actividad atravesaba una profunda crisis.

PO defendió además a los pequeños propietarios cañeros, pues denunciaba el “robo patronal” que estos sufrían al reconocérseles solo el 70% del peso de caña que realmente entregaban. De hecho, una nota de 1973 que refería a la ocupación del Ingenio Concepción, destacaba en un tono celebratorio que allí participaron tanto obreros del ingenio como del surco y que acabaron por incorporarse los cañeros.¹³¹¹ Ello se confirma cuando observamos la propuesta de la salida a la crisis azucarera esbozada por el partido:

“Únicamente podrá regularse efectivamente el mercado y la producción azucarera expropiando sin pago a los monopolios azucareros, reordenando y concentrando la industria bajo control obrero, expropiando los latifundios y cooperativizando la propiedad cañera para reestructurar la producción agraria tucumana y nacionalizando el

¹³¹⁰“Ledesma”, en: *Política Obrera*, 08/08/1974; “La huelga de la FOTIA debe triunfar”, en: *Política Obrera*, 18/09/1974; “FOTIA. Los delegados rechazaron el acuerdo Santillán-Otero”, en: *Política Obrera*, 16/10/1974; “FOTIA. Los trabajadores derrotan a Santillán y Otero”, en: *Política Obrera*, 23/10/1974; “FOTIA. Cómo ganar la lucha”, en: *Política Obrera*, 01/11/1974.

¹³¹¹“Colosal ocupación del Ingenio Concepción”, en: *Política Obrera*, 13/07/1973.

comercio que hoy es manejado por firmas consignatarias subsidiarias de los monopolios azucareros”.¹³¹²

La solución es sumamente ilustrativa. Ya nos hemos referido a la expropiación de los latifundios. Lo que nos interesa aquí es la propuesta para la propiedad cañera, a la que se le plantea la cooperativización. No debe ser confundida con la colectivización, que implicaba la expropiación generalizada de la tierra para que quede en manos de un Estado que responde a la clase obrera, sino que daba cuenta de la asociación de productores chicos que se unirían para realizar en común alguno o varios eslabones de la cadena productiva: comprar insumos, compartir maquinaria, comercio o distribución de sus mercancías. Esta salida justamente, lo que acababa por reconocer eran las dificultades de la pequeña producción que requeriría ampliar su escala mediante la colaboración con otros productores chicos. De manera que vuelve a mostrar la ineficiencia de la pequeña propiedad.

Ligas Agrarias

Cuando hicieron su aparición las Ligas Agrarias, PO celebró el hecho, indicando que su surgimiento tenía una importancia “muy grande para la lucha revolucionaria en nuestro país”, tanto por sus métodos de lucha de acción directa (movilizaciones, cortes de ruta, etc.), como por su carácter democrático y sus reclamos.¹³¹³ Organizativamente serían un avance por su ruptura con las representaciones corporativas tradicionales, la FAA. Programáticamente, si bien planteaban el incremento de precios mínimos, habrían evolucionado hacia el reclamo por la liquidación de las comercializadoras monopolistas, los créditos baratos y la propiedad de la tierra. Unos meses más tarde, el partido señaló que había dos programas en disputa dentro del movimiento: uno que ponía el eje solo en los precios mínimos, móviles y de sostén, y otro que planteaba la expropiación del latifundio. Los reclamos de las Ligas, sin embargo, tendrían un marcado contenido de enfrentamiento al capitalismo, puesto que, según señalaba el partido, la satisfacción de sus reclamos significaría “atacar a fondo a uno de los baluartes del capitalismo dominante en el país: los monopolios agrarios, comercializadores y exportadores.”¹³¹⁴

¹³¹²“Escándalo con el azúcar”, en: *Política Obrera*, 22/07/1970

¹³¹³“Las movilizaciones campesinas del nordeste”, en: *Política Obrera*, 21/01/1972.

¹³¹⁴“¿‘Populismo’ de Lanusse o ‘Chacazo’ agrario?”, en: *Política Obrera*, 10/05/1972.

Lo cierto es que PO -a pesar de llamarlas a que “avancen programáticamente y unifiquen sus objetivos de lucha con el proletariado”- no puso demasiado esfuerzo en intervenir en ese espacio más allá de la caracterización que había hecho. Prueba suficiente de ello es que solo se recojan dos artículos en *Política Obrera*, lo que contrasta claramente con otras publicaciones de izquierda donde las noticias eran recurrentes.

La política agraria del tercer peronismo

Apenas asumió el gobierno peronista de Cámpora, PO caracterizó que las masas guardaban importantes expectativas en él, de cara al cumplimiento de una serie de medidas consideradas centrales: ampliación de las libertades democráticas, nacionalización de sectores estratégicos de la economía, mejoras en el nivel de vida y castigo a los militares por casos de tortura y asesinato. Dentro de estas demandas se incluía una de corte agrario: el fin de los desalojos. De conjunto, el partido señalaba que se trataban todas de reivindicaciones de “gran explosividad” en la medida que, si bien no golpeaban por completo al imperialismo en el país, sí alteraban la correlación de clases y abrirían un “camino de poder propio”.¹³¹⁵ Sin embargo, al poco tiempo la política económica del gobierno peronista fue evaluada como propia de una etapa signada por el ascenso de la lucha obrera y la crisis capitalista. En ese marco, el gobierno buscaría “replantear la colaboración con el capital extranjero”.¹³¹⁶

En materia específicamente agraria, uno de los puntos que examinó PO fue el de la renta potencial de la tierra. Un aspecto que ya el partido había criticado en 1969, cuando el ministro de economía de Onganía, Aldalbert Krieger Vasena, intentó implementar un tributo de ese tipo. En esa oportunidad PO diagnosticó que el impuesto a la renta potencial afectaría a los capitalistas ganaderos que realizaban pocas inversiones y aprovechaban la fertilidad natural, pero sobre todo a los “campesinos marginales, que no tenían ganancia capitalista (y por tanto réditos) o que la obtienen muy pequeña”.¹³¹⁷ De este modo, operaría como una “reforma agraria capitalista” que expropiaría al campesino, concentraría el capital y la tierra, y dejaría el control de la economía agraria a manos de “grupos financieros más concentrados y ligados al imperialismo

¹³¹⁵“Reportaje a Jorge Altamira”, en: *Política Obrera*, 24/05/1973.

¹³¹⁶“Leyes económicas: reorganizar a los capitalistas, desorganizar a los obreros”, en: *Política Obrera*, 22/06/1973.

¹³¹⁷“El impuesto a la tierra”, en: *Política Obrera*, 02/02/1969.

norteamericano”.¹³¹⁸ Esta, además, sería la tendencia natural del capitalismo agrario argentino, culpable del estancamiento, atraso técnico, pérdida de competitividad, concentración, pervivencia del minifundio, miseria y proletarización del pequeño productor. Cuando fue el turno del peronismo de avanzar con esa misma medida, PO señaló:

“La propiedad latifundista permanecerá intacta. El impuesto a la renta potencial se propone incrementar la concentración de la propiedad de las tierras. Esto equivale a obligar (impuestos mediante) a los pequeños propietarios y terratenientes quebrados a vender sus tierras a los latifundios más poderosos. Como vemos, esta medida no ataca a la propiedad agraria sino que favorece la capitalización de los grupos más concentrados de la oligarquía terrateniente. Significa, como tal, un intento de arruinar a los chacareros y desorganizar a los explotados del campo frente a un fortalecimiento capitalista.”¹³¹⁹

Queda claro en las caracterizaciones realizadas en ambas coyunturas, que lo que se estaba defendiendo era la pequeña propiedad contra lo que se leía como un avance de la gran propiedad capitalista, incluso asumiendo la baja productividad de los “campesinos”. Frente a esta situación, el partido había esbozado un “contraplan obrero” que incluía la “confiscación de las grandes propietarias agrarias”.¹³²⁰ Ahora bien, si como señalaba el partido, el horizonte bajo el socialismo fuera la colectivización, la concentración no hace más que facilitar la tarea y, por tanto, no debería ser frenada.

Hacia septiembre de 1973, PO criticó por insuficiente la política de venta de granos a través de la Junta Nacional. En aquellos meses se había registrado un alza de los precios internos de los cereales. El partido señaló que esto era resultado de la “dependencia semicolonial” del país, que dejaba la comercialización a merced de los “monopolios imperialistas”. Estos afectaban particularmente a los arrendatarios y chacareros que se verían presionados a vender anticipadamente su cosecha a precios muy bajos, para que los intermediarios hicieran enormes ganancias. En el comercio exterior la opresión se notaría con claridad pues “el acceso de nuestra producción al mercado mundial no es libre, al gusto de la burguesía argentina, sino que depende de las decisiones de la

¹³¹⁸Ibidem.

¹³¹⁹“Leyes económicas: Reorganizar a los capitalistas, desorganizar a los obreros”, *Política Obrera*, 22/06/1973.

¹³²⁰“Leyes económicas...”, op. cit.

burguesía imperialista que controla aquel mercado.”¹³²¹ En este planteo, la competencia en el mercado mundial no aparece definida en términos económicos, es decir dominada por los capitales más eficientes que establecen el precio en función de su eficiencia, sino por un componente político: un capital se impone por la fuerza. En este cuadro la JNC, como solo centraliza operaciones y actuaba por medio de las empresas exportadoras, no alteraría en nada la dependencia.

Un hecho posterior mostraría la orientación, según PO, de capitulación del peronismo y del propio Perón frente a la “oligarquía terrateniente”. Hacia fines de 1973, el gobierno nacional definió la intervención de la provincia de Formosa. Gobernaba por aquel entonces Antenor Argentino Gauna, quien había iniciado una política de redistribución de tierras que estaban en manos de la empresa Deltec y se encontraba revisando una serie de asignaciones de parcelas a militares retirados. Para PO esto constituía una “tibia política de reforma agraria” en una provincia donde “el eje de la vida política [...] es el conflicto entre la gran propiedad agraria y la masa de campesinos sin tierra.”¹³²² Para ello, el partido ofreció una serie de datos, según los cuales el 88% de la tierra explotable estaba en mano de 1.400 capitalistas, mientras que 8.000 familias campesinas tendrían cerca de 20 hectáreas cada uno, lo que los convertiría en semiproletarios en virtud de que el límite para lograr el autosustento sería de 100 hectáreas. Como ya hemos señalado en otras oportunidades, no se indica de dónde se extrajeron esas cifras. Aún así, si las tomamos por buenas, la pregunta que surge es por qué el partido se empeña en interpelar a esos sectores como “campesinos”. Si se reconoce que la subsistencia se alcanza a las 100 hectáreas, las familias campesinas que tienen solo 20 hectáreas deberían recurrir a otro tipo de ingresos, lo que induce claramente a pensar que debían asalariarse (y, probablemente, en faenas rurales de las casi 1.500 “explotaciones capitalistas”). Disponiendo de los datos ofrecidos por PO, todo parece indicar que se trata de semiproletarios más que de “campesinos”. A ello agreguemos que la intervención provincial es leída por PO como una “rendición” del peronismo.

Entrado ya el año 1974, PO reconoció un incremento del enfrentamiento entre la burguesía terrateniente y la industrial, producto de que la primera manifestó una negativa a seguir financiando a la segunda.¹³²³ En un contexto signado por la crisis, la rama ganadera se resentiría particularmente por el cierre del mercado europeo que dejó

¹³²¹“Maniobras con el trigo: El gobierno encubre a Bunge y Born y a los pulpos”, en: *Política Obrera*, 07/09/1973.

¹³²²“El gobierno defiende por qué Perón intervino”, en: *Política Obrera*, 01/12/1973.

¹³²³“La burguesía se divide”, en: *Política Obrera*, 28/07/1974.

una sobreabundancia de carne a nivel nacional. El gobierno “de la burguesía nacional”, como caracterizaba PO al peronismo, mostraría nuevamente en ese contexto ser proclive a favorecer a la oligarquía y a la penetración imperialista. Esto se vería en su disposición a aceptar los reclamos en el precio del ganado para faena, que contentaría a los ganaderos, y el pedido de cierre de cooperativas de carniceros y la Junta Nacional de Carnes para control del comercio mayorista, para favorecer a los frigoríficos, con la complicidad de las dirigencias gremiales.¹³²⁴ En el marco de esta suerte de ofensiva de la oligarquía, el partido trotskista ubicaba también las presiones contra la ley agraria de Giberti,¹³²⁵ que atacara incluso la FAA.¹³²⁶

Hacia 1975, ya con Isabel Perón al mando del gobierno, este perfil concesivo a la oligarquía se acentuaría, a partir de “suculentas concesiones” entre las que se contaban mejores precios para la carne, rebajas impositivas, suspensión del impuesto a la renta potencial y reembolso de exportaciones. El resultado sería uno “de los mayores financiamientos que haya recibido la oligarquía en la historia del país”, y concretamente mostraría que:

“El peronismo -que se reclama de la liberación nacional, de la lucha antioligárquica y de la justicia social- no es sino un recurso del imperialismo, de la oligarquía y de la burguesía para salvar al capitalismo de la crisis en que lo coloca el proletariado desde el ‘Cordobazo’”.¹³²⁷

Resulta interesante advertir aquí lo mismo que señalamos para el PST: la crítica al peronismo se ubica en el punto de la “inconsecuencia” o de la “capitulación” de un programa que se considera correcto pero que no se aplica. De allí que en la cita que acabamos de transcribir se intenta poner sobre la mesa las pretensiones que se atribuía el peronismo (emprender la liberación nacional y acabar con la oligarquía) y lo que realmente sería (garante de los intereses oligárquicos e imperialistas y salvaguarda del capitalismo). Para PO, el país necesita liberarse e independizarse económicamente, al

¹³²⁴“Política ganadera peronista. El más grande negocio de la oligarquía”, en: *Política Obrera*, 28/08/1974. Ya desde 1973 PO denunciaba la existencia de un boicot a la carne por parte de la burguesía ganadera: “Carne mala, escasa y cara”, en: *Política Obrera*, 29/06/1973.

¹³²⁵“Adónde va el gobierno de Isabel”, en: *Política Obrera*, 25/10/1974.

¹³²⁶“El gobierno copado por la reacción”, en: *Política Obrera*, 16/10/1974.

¹³²⁷“Colosal subsidio del gobierno peronista a la oligarquía”, en: *Política Obrera*, 22/01/1975.

igual que el campo requiere el exterminio de quienes concentran la tierra en grandes proporciones, pero ello no puede ser cumplido por un estado cuyo personal político responde a la burguesía.

En este contexto, el plan económico de Gómez Morales y el de Antonio Cafiero significarían mayores subsidios a la burguesía agraria para garantizar su ganancia.¹³²⁸ De allí que recibiera “odas de la Sociedad Rural”, creando mejores condiciones para la acumulación en un terreno ya fecundo gracias a que la “oligarquía” tiene la “tierra más fértil del mundo” y los “salarios agrícolas más bajos del mundo”.¹³²⁹ En sintonía con las definiciones que ya hemos examinado del PC, en este contexto PO también se pronunció en contra del avance de los “grandes supermercados” en detrimento de los pequeños carniceros, ya que los primeros podían acceder a la venta directa de carne empaquetada que compran al frigorífico, con la venia del gobierno.¹³³⁰

Frente a esta situación, el partido propuso:

“Terminar con este gobierno definitivamente anti-obrero, por un gobierno obrero y campesino es preparar, organizar la huelga general, y es, desarrollar en el curso de ésta, la organización independiente de las masas en poderosos comités regionales de interfabriles obreras, organizaciones de estudiantes, ligas de campesinos y toda expresión de agrupamiento de trabajadores, con vistas a una alternativa de poder nacional”.¹³³¹

Finalmente, en los primeros meses de 1976, PO advirtió la ofensiva burguesa contra la clase obrera impulsada a través de los paros de APEGE, que sería “agente directo del imperialismo” para imponer un “pinchetazo económico y social”.¹³³²

Resumiendo

Las limitaciones de PO para comprender la realidad en la que se movía -limitaciones que como ya señalamos, el partido mismo reconocía- se explican por el supuesto que

¹³²⁸“El plan de Gómez Morales: Congelamiento para los salarios, subsidios a la oligarquía, entrega al imperialismo”, en: *Política Obrera*, 30/04/1975.

¹³²⁹“Hay que anular todas las medidas e imponer un plan económico de la clase obrera”, en: *Política Obrera*, 11/06/1975.

¹³³⁰“Dos meses con Cafiero: Entrega y hambreamiento”, en: *Política Obrera*, 24/10/1975.

¹³³¹“Trazar la perspectiva política: terminar con este gobierno antiobrero, por un gobierno obrero y campesino”, en: *Política Obrera*, 01/11/1975.

¹³³²“Lock-out para ilegalizar a la clase obrera y preparar el golpe”, en: *Política Obrera*, 16/02/1976.

guiaba al partido, según el cual el *Programa de Transición* y la *Revolución Permanente* esbozado por Trotsky ofrecerían las soluciones para la intervención de los revolucionarios, al menos en los países semicoloniales. Sorprende, a pesar de todo, la falta de un análisis que justifique ese carácter atribuido a la Argentina. Ese desconocimiento llegaba al punto de plantear la existencia de un agro de baja productividad y una industria precapitalista, sin una sola evidencia empírica atendible.

Es evidente en este punto que la concepción del campesinado es distinta a la que esbozaran partidos como el PC o el PCR. Aquí aparece como un pequeño productor independiente, es decir como pequeña burguesía no explotadora. El estalinismo, por caso, reconocía que había allí fracciones de la burguesía que eran naturalmente aliadas del proletariado, mientras que el trotskismo sostenía que la burguesía no tenía ninguna potencia revolucionaria. Pero PO, al señalar que más de la mitad del campo era campesino, y que el campesinado era una clase oprimida con la que el proletariado debía confluir, tendía necesariamente (e inconscientemente) a una alianza con fracciones de la burguesía. Como vimos, si se considera “campesino” al 60% de los productores rurales argentinos, entran allí tanto el semiproletariado y la pequeña burguesía rural no explotadora, como miles de burgueses que explotan mano de obra. Justamente que sus denuncias de los problemas del campo apuntaban hacia los “grandes” productores y no al conjunto de la clase. El foco puesto en el imperialismo como enemigo principal, también habilitaba esa conciliación con los capitales nacionales. De hecho, ellas aparecían bajo la forma de “pequeño capital”, agrario e industrial. Consignas como “repoblar el campo”, muestran efectivamente la adopción de la propuesta de reforma agraria que era, en el grado de desarrollo capitalista alcanzado por el campo argentino, regresiva. En suma, a pesar del rechazo a la alianza con la burguesía, el desconocimiento de la estructura social (y en particular de la estructura agraria), llevaba a Política Obrera a confluir con una porción de ella. De allí que su análisis de la cuestión agraria y sus consignas para el campo no se diferencien en lo sustantivo de las propuestas estalinista y maoísta.

Capítulo VIII

Las tesis de Viñas y la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO)

“La socialdemocracia, pues, no tendría motivo alguno para defender el mantenimiento de la propiedad de la tierra, dado que para ello habría que fortalecer dicha propiedad. Simplemente se trataría de hacer comprender claramente al campesino que su apurada situación procede del modo de producción capitalista y que, por lo tanto, la sola cosa que pueda ayudarle es la transformación de la sociedad capitalista en un orden socialista. Ciertamente, a la larga no sería fácil mantener consecuentemente esta política; pero si el partido había crecido lo hizo gracias a que tuvo el valor de decir verdades desagradables a la gente. [...] Desde luego, es muy posible que el rechazo del programa agrario entrañe una mayor dificultad para ganar votos en el campo; pero tampoco interesa a la socialdemocracia atraer simpatizantes que se alejan luego del partido en el momento decisivo, cuando ya nada tienen para ganar.”

(Ernst Schraepler, prólogo a la edición alemana de “La Cuestión Agraria” de Kautsky, 1966)

En franca oposición a la mayoría de las tesis que, como hasta aquí vimos, dominaron al amplio y diverso espectro de la izquierda argentina en los ‘70, existió una corriente con una caracterización excepcional de la cuestión agraria en el país. Esa excepción tuvo su nacimiento en la disolución de la experiencia del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), en la cual se destacó la figura intelectual de Ismael Viñas, y en la constitución de una nueva organización, El Obrero. El primero, elaboró un trabajo dotado de evidencia empírica que puso en tela de juicio la existencia de un agro precapitalista o capitalista atrasado. La segunda, germen de lo que luego sería la Organización Comunista Poder Obrero hizo carne parte de los postulados de Viñas y orientó su práctica política en función de las conclusiones aportadas por este intelectual. Este fue, entonces, el partido que prácticamente en soledad defendió la tesis de la revolución socialista para la Argentina sin tareas democrático-burguesas. En ambas experiencias se denota una caracterización del agro a contracorriente de lo que hemos visto y que, en muchos casos, captan con lucidez las transformaciones que ese espacio sufrió en la década del ‘60.

I. Las tesis de Viñas

Ismael Viñas nació en Río Gallegos (provincia de Santa Cruz) en mayo de 1925, en el seno de una familia de tradición radical, siendo su padre activo militante de la Unión Cívica Radical.¹³³³ De adolescente estudió abogacía y ya en esa etapa comenzó a constituirse en una figura de cierta relevancia en el mundo político-cultural. Hacia fines de 1953 asumió la dirección de la revista *Contorno*, emprendimiento que nucleaba tras de sí a importantes intelectuales (León Rozitchner, Juan José Sebreli, Oscar Masotta y Noé Jitrik, entre otros) en oposición al grupo *Sur* al que criticaban por liberal. En sus páginas se reivindicaban avances positivos del peronismo, como la “justicia social” y el desarrollo autónomo del país, a la vez que se criticaba la censura contra la oposición, específicamente en el ámbito universitario.¹³³⁴ Justamente, como resultado de esa censura, los primeros números de la revista realizaban su crítica política de manera indirecta, expresada como crítica literaria. No casualmente fue la caída del peronismo la que les permitió comenzar a elaborar números de su revista con un contenido abiertamente político.

El ascenso del frondizismo, en particular tras la publicación de *Petróleo y Política* de Arturo Frondizi, atrajo a importantes sectores intelectuales, entre los que se encontró el propio Viñas, quien se desempeñó informalmente como asesor suyo. Seducido por su impronta nacionalista y por la esperanza de forjar un movimiento de izquierda que tuviera una valorización diferente del peronismo (como la que venía expresando *Contorno*) y de ese modo pudiera acercarse a la clase obrera, Viñas se incorporó al Frente Cultural de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) y se desempeñó como editor del periódico *Política*. La llegada de Frondizi a la Casa de Gobierno lo encontró ocupando cargos públicos, concretamente en la Subsecretaría de Cultura.

El idilio duró poco y las diferencias dieron lugar a lo que se denunció como la “traición Frondizi”. Desencantado por el ingreso de capitales extranjeros que permitió el presidente y la negativa a cumplir su promesa de legalización del peronismo, Viñas y otros intelectuales decidieron expresar sus diferencias en una nueva publicación, *Qué hacer*, en la cual saldaron cuentas con Frondizi y su partido. Tras un intento de organizar a la juventud disidente de la UCRI en un Frente Intransigente Revolucionario Popular (FIRP), los críticos acabaron siendo expulsados del partido.

¹³³³Entrevista a Ismael Viñas, Archivo Oral del CEICS, noviembre de 2007, realizada por Julieta Pacheco.

¹³³⁴Pacheco, Julieta: “De Contorno al MLN. La construcción del programa del Movimiento de Liberación Nacional (1955-1960)”, en: *Anuario CEICS*, año 3, N° 3, 2009, pp. 149-168.

Viñas realizó el balance de esta experiencia y revisó la situación de la izquierda en *Orden y Progreso*, libro publicado en 1959. Tras un intento de realizar una experiencia de frente con el PC (el llamado Movimiento Nacional de Unidad Popular -MNUP- y su periódico *Soluciones Populares*), se dispuso, junto a otros que habían protagonizado este proceso con él, construir el Movimiento de Liberación Nacional a comienzos de los '60. Más conocido como Malena, fue una organización formada por intelectuales que elaboró y encarnó un programa de liberación nacional. El MLN caracterizaba que la Argentina era un país dependiente, que había alcanzado un desarrollo capitalista de manera deformada y cuya nación no estaba plenamente constituida. Esa tarea había quedado irresuelta e incluso los movimientos antiimperialistas que pugnaron por completar una nación democrático-burguesa en el siglo XX, como el yrigoyenismo y el peronismo, habrían fracasado en ese punto. Si bien esto mostraría la ruina de la burguesía nacional, el Malena no dejó de considerar la existencia de fracciones progresivas de aquella clase que, por su vocación nacional, podían ser aliadas del proletariado, siempre y cuando se ubicaran bajo su dirección. En materia agraria, el MLN sostuvo la inexistencia de un campesinado como clase importante en el agro y caracterizó el pleno desarrollo de las relaciones capitalistas. No obstante ello, la revolución debería adquirir la forma de un proceso de liberación nacional que cumpliera con las tareas democrático-burguesas pendientes, lo que requería una defensa del pequeño y mediano capital contra el imperialismo y sus socios locales.

Según la información disponible, el MLN llegó a contabilizar unos 500 militantes, distribuidos en cuatro regionales: Capital Federal, Rosario, Santa Fe y Córdoba. Su periódico, *Liberación*, alcanzó a editar unos 1.000 ejemplares por número. La fuerza militante actuaba en diferentes frentes. Por un lado, en el ámbito universitario a través la Agrupación Universitaria Liberación (AUL). Con ella logró cierta presencia en la vida universitaria de Córdoba, erigiendo células en Medicina, Filosofía, Derecho, Ingeniería, Historia, Arquitectura y Ciencias Químicas, y también en Rosario dentro de Medicina, Ciencias Económicas, Derecho y Filosofía y Letras. El Malena también intentó hacer pie en el movimiento obrero. En el Sindicato del Seguro, a través del Movimiento Renovador de Seguros, llegó a la dirección del gremio en una alianza con el PC, en lo que parece haber sido su mayor éxito. Luego logró cierta presencia en telefónicos, textiles, publicidad, docentes, curtiembres, transporte, Marina Mercante y actores de Capital Federal; judiciales, mecánicos, vialidad y Luz y Fuerza de Córdoba; metalúrgicos, cerveceros, alimentación y portuarios de Santa Fe. Sin embargo, todo

parece indicar que se trató solo de activistas presentes allí, sin alcanzar a conquistar espacios en los cuerpos de representación gremial (comisiones internas y cuerpos de delegados). Finalmente, en el frente intelectual, donde los dirigentes, por su propia trayectoria, tenían cierto prestigio con el cual impulsaron el Instituto de Estudios Argentinos (IDEA) y las revistas *Nueva Política* y *Problemas del Tercer Mundo*. De igual modo, hubo escuetos intentos de organizar un frente en colegios secundarios y en barrios del conurbano bonaerense.

Hacia fines de la década, el MLN entró en crisis, lo cual se plasmó en expulsiones, cambios en la dirección nacional y, finalmente, en la autodisolución de la organización. Naturalmente, en ese proceso se enfrentaron líneas opuestas en diferentes aspectos: organizativos, estratégicos y programáticos. A los efectos de nuestro trabajo, nos interesa concentrarnos en este último punto, para situar la mirada en el proceso que llevó a Ismael Viñas (uno de los principales dirigentes del MLN) y a la regional cordobesa de la organización, a plantear que nuestro país no tenía tareas democráticas-burguesas pendientes, que era un país plenamente capitalista y que, por tanto, estaba planteada la revolución socialista. Las derivas de estas posiciones respecto al agro son centrales y sobre ellas nos concentraremos en el grueso de este capítulo. Pero, antes de pasar a ellas, conviene hacer algunas referencias más generales respecto a la ruptura.

Hacia fines de 1969 una reunión de la Junta Nacional del MLN se convocó a los efectos de resolver la crisis y las luchas de tendencias en su interior. Allí Viñas concurrió a defender su línea que, finalmente, se impuso: la disolución de la organización producto de la inutilidad política del Malena como tal. El balance que encarnaba la fracción por él dirigida se explicitó en un documento titulado *Hegemonía proletaria en la revolución*.¹³³⁵ Allí se realizaba una autocrítica a la trayectoria de la organización, marcando una serie de déficits: la carencia de investigaciones sobre la realidad del país que derivaba en la imposibilidad de su transformación, la incapacidad de intervención en un contexto de avance de la lucha de clases y la necesidad de ajustar definiciones sobre la estructura económico-social argentina. En oposición al programa que había desarrollado hasta allí el Malena, el documento señalaba que la Argentina era un país plenamente capitalista, que ya había cumplido su revolución democrático-burguesa y que, por tanto, tenía el camino allanado para el avance hacia el socialismo sin etapas intermedias.

¹³³⁵ Aguirre, Osvaldo, Calderón Julio, Montes Raúl y Viñas, Ismael: *Cuadernos de Polémica N° 1*, noviembre de 1969.

Una tendencia opuesta, luego de la disolución del MLN, formó el Núcleo de Izquierda Revolucionaria, de efímera existencia. Su artífice fue un personaje al cual ya nos hemos referido: Eugenio Gastiazoro. En efecto, él defendió la necesidad de una revolución “popular, agraria y antiimperialista (también se puede agregar antimonopolista), en el tránsito ininterrumpido hacia el socialismo”, con una estrategia insurreccionalista en la lucha por el poder.¹³³⁶ No sorprende entonces, que luego terminara en el PCR, puliendo estas definiciones, y extendiéndolas y sistematizándolas para el agro, en los libros ya citados de su autoría.

Por su parte, la tendencia encabezada por Viñas se unió a Orientación Socialista (OS), una ruptura del PRT-ERP, para constituir Acción Comunista (AC).¹³³⁷ En el marco de este proceso, el ex líder del MLN fue madurando una serie de lineamientos programáticos bien distintos a los de su organización y, como veremos, del conjunto de la izquierda argentina. En esa etapa, fue escribiendo una serie de trabajos que son el insumo de este acápite: *Hegemonía proletaria en la revolución* (1969, en coautoría), *Capitalismo, monopolios y dependencia* (1972) y *Tierra y clase obrera* (1973).

a. *Un camino de redefiniciones*

Señalábamos al comienzo que el primer documento que da cuenta de la nueva caracterización de la Argentina por el grupo de disidentes del MLN fue el titulado *Hegemonía proletaria en la revolución*, que fuera publicado como primer número de los *Cuadernos de polémica*. Comenzaremos este acápite entonces, trabajando con dicho documento, atendiendo a sus formulaciones generales pero, en particular, a las que hacen a la problemática agraria.

Al comienzo de la publicación se aclaraba que se trataba del primer número de una revista destinada a abordar temas que se consideraban básicos para el desarrollo de una estrategia con norte revolucionario. A su vez, este primer número tenía un sentido de autocrítica y de ajuste de cuentas con el pasado: “hasta hoy, hemos actuado en el

¹³³⁶Entrevista a Eugenio Gastiazoro, Archivo Oral del CEICS, enero de 2009, realizada por Julieta Pacheco.

¹³³⁷Entrevista a Ismael Viñas, op. cit.

Movimiento de Liberación Nacional, en el desempeñamos diversas tareas de dirección. [...] nos consideramos co-responsables de las desviaciones del M.L.N.”¹³³⁸

Las intenciones particulares de este escrito se calibran en función de la caracterización de la situación del momento y las tareas urgentes que de esta se desprendían. En concreto, los autores sostuvieron que en la Argentina la lucha de clases había sufrido transformaciones. La clase obrera estaría mostrando “formas embrionarias de conciencia” -recordemos que este texto fue publicado a seis meses del Cordobazo-, y ello obligaría a las organizaciones marxistas leninistas a redoblar el trabajo sobre esta clase social. La concreción de esa tarea supondría “la elaboración y la discusión teórico-revolucionaria.” A ello se dedicaría justamente la primera publicación de *Cuadernos de polémica*: “Al tomar como tema inicial la definición de la etapa o el carácter de la revolución, hemos creído atender al punto prioritario, al lugar de partida imprescindible para la elaboración de una estrategia revolucionaria con una base firme”.

En función de ello, el documento se estructuraba en tres partes. La primera, establecía una serie de definiciones elementales que permiten comprender cómo los autores pensaban la dinámica de un proceso revolucionario. La segunda, era un estudio de experiencias concretas -Rusia y China- a partir de los escritos de clásicos del marxismo -Marx, Engels, Lenin y Mao-. La tercera, finalmente, abordaba específicamente el carácter de la revolución en la Argentina y, en función de ello, se adentra en la cuestión agraria. Analizaremos las dos primeras solo en la medida en que nos permiten comprender las argumentaciones vertidas en la tercera, que corresponde a la que temáticamente nos interesa.

En la introducción del documento se realizaban algunas apreciaciones de orden general. En primer lugar, se afirmaba que el mundo entero había agotado la etapa de las revoluciones democrático-burguesas, motivo por el cual estaría planteada la revolución proletaria o comunista. No quería decir, se advertía, que ello fuera válido para cada país, sino que debía hacerse un examen para calibrar la “forma nacional” de cada revolución. Mientras que en aquellos países que habían atravesado una revolución burguesa las tareas serían socialistas; aquellos que presentaban características dependientes, de atraso y una economía precapitalista, tendrían aún tareas no socialistas por delante. Todo ello determinaba la estrategia que debería tejer el proletariado: “la estructura económica y

¹³³⁸ Aguirre, Osvaldo, Julio Calderón, Raúl Montes e Ismael Viñas: “Hegemonía proletaria en la revolución”, en: *Cuadernos de polémica*, N° 1, noviembre de 1969, p. 1. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas pertenecen a esta publicación.

social de cada sociedad determina cual es la contradicción fundamental y cuáles son las contradicciones secundarias en la misma”. Para el caso argentino, esta discusión habría tenido larga data y un abundante tratamiento, pero este resultaría insuficiente puesto que

“aun aquellos grupos o partidos que tienen posiciones más definidas, las han tomado, si es de atender a las formulaciones expresas que aparecen en sus publicaciones, *mucho más por razones subjetivas (ideológicas en el sentido cabal de la palabra, es decir, idealistas), que basándose en análisis científicos de nuestra sociedad*”.¹³³⁹

Queda claro así el propósito del trabajo: dotar de una base científica al programa político que debería guiar a la revolución socialista en la Argentina, saldando cuentas con aquel que había sido encarnado por la antigua organización de la que los autores habían formado parte.

La primera parte del documento, como indicamos, trazaba algunas definiciones teórico-conceptuales centrales del análisis. En concreto, definía los conceptos de etapa, fases y tareas. La etapa sería el nivel más general del examen de una revolución. En efecto, la etapa a la que llegó una sociedad, sería la que signaba el carácter de su transformación. Así una sociedad podría encontrarse en tres etapas diferente. Podría ser “preponderantemente pre-capitalista” si en el campo se desarrollara la producción bajo relaciones feudales, lo cual podría coexistir sin problemas con “cierto” desarrollo capitalista en la industria. En un claro intento por delimitarse de posiciones como las que acabamos de examinar en capítulos previos (las esbozadas por el maoísmo, por ejemplo), los autores advertían que “la relación entre el campesino sometido a servidumbre y el terrateniente será de muy distinto tipo que la relación entre el campesino burgués (pobre o rico) y el terrateniente-capitalista en una sociedad en que rigen formas de producción capitalistas en el agro”. Se trata, entonces, de un punto crucial en esta lógica de razonamiento de los ex militantes del MLN: el terrateniente no era una figura necesariamente feudal y el campesinado podía ser parte de la burguesía, nótese que incluso se advertía que podrían haber campesinos burgueses pobres. Es decir, el campesinado aparecía como un sujeto que podía desarrollarse bajo una lógica capitalista (lo que aleja a este planteo de posiciones de tipo chayanovianas). Dicho de otro modo, el campesino no era necesariamente un productor directo e independiente.

¹³³⁹El destacado es nuestro.

En una sociedad “preponderantemente pre-capitalista”, tanto el campesino como el capitalista contendría un potencial revolucionario, y por tanto estarían interesados tanto como el proletariado en la disolución de las formas de producción previas. Muy diferente sería el panorama en sociedades plenamente capitalistas, donde las relaciones de producción plantearían ya la posibilidad de una revolución socialista.

Ahora bien, la etapa de la sociedad determina ciertas tareas revolucionarias, pero esto no implicaría que en una sociedad plenamente capitalista no existieran tareas no socialistas. Dicho más sencillamente, la etapa le da contenido a las tareas fundamentales, pero pueden existir tareas previas de menor envergadura, aquellas que “no son las que establecen la etapa ni el carácter de la revolución, ya que esta surge del sistema en su conjunto y no de determinadas tareas a enfrentar o aun a realizar”. De este modo la existencia de tareas no socialistas en una sociedad capitalista no signaría el contenido de la revolución. E incluso, existiría un “modo proletariado” de realizar tareas no socialistas. El ejemplo que toman los autores es bien interesante, porque atañe a nuestro objeto de examen: “El modo proletario de liquidar las formas pre-capitalistas de producción el campo, consiste en expropiar toda la tierra e instaurar la propiedad colectiva en la misma y formas de producción colectivas, comunistas.”

En este punto, aún sin decirlo abiertamente, los autores estaban saldando cuentas con partidos como el PC, que distinguían etapas dentro de una revolución, donde primero debían resolverse todas las tareas burguesas para abrir la puerta luego a tareas socialistas. De esta manera rechazaban la posibilidad de alianzas con fracciones “progresivas” de la burguesía (la nacional, por lo general) que eran la consecuencia lógica de los planteos propios del estalinismo o el maoísmo.

Finalmente, el último nivel del análisis refería a las “fases” del proceso revolucionarios. Estas no se encontrarían ligadas ni a las tareas ni a la etapa de la sociedad, sino que estaban asociadas a la correlación de fuerza entre las clases y a situaciones fortuitas que no correspondían a un nivel estructural. Por caso, en un país plenamente capitalista, una ocupación imperialista podía abrir paso a un frente por la expulsión del invasor. Todo ello no guardaba relación con las relaciones sociales ni con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Estas coyunturas no deberían llevar a que el proletariado se declare prescindente, sino que este debería

“aprovechar las fases que surjan, tanto de causas ajenas a él como de las originadas en su acción, para crear condiciones favorables en su camino hacia el poder: manteniendo

inflexiblemente su independencia, pero apoyándose en todos los elementos posibles de cada fase para debilitar a sus enemigos y aumentar sus fuerzas, atrayendo a otras capas sociales bajo su hegemonía”.

Esta distinción teórica entre etapas, tareas y fases sería fundamental para no caer en el “derechismo” de organizaciones como el PC, que confundirían las etapas con las fases y sostendrían la necesidad de cumplir todas las tareas de una formación previa para construir la siguiente, pero también de posiciones “izquierdistas” que desconocerían las fases y los compromisos que puede trazar el proletariado con otras clases para cumplirlas.

La segunda parte del documento intentaba darle sustento a estas formulaciones a través de planteos de Marx y Engels, y de las experiencias rusa (por boca de Lenin) y china (por boca de Mao). En ellos se volvía afirmar el sentido político de lo antes esbozado: no existiría un planteo rígido en torno a la resolución de todas las tareas previas para avanzar en la lucha por una sociedad superior a la presente ni a la necesidad de seguir concatenadas todas las etapas que se supone que una sociedad puede atravesar. El esquematismo del etapismo se reñiría con el análisis dialéctico y dinámico, contenido en los clásicos del marxismo. Por caso “Marx y Engels describen un proceso que comprende ‘fases’, y por ello alianzas, pero estas fases constituyen una unidad contradictoria, y no un esquema que debía realizarse en modo mecánico”. Así, sociedades como la germánica habrían pasado de una sociedad sin clase a una de tipo pre-feudal, sin mediar el esclavismo. Las etapas no necesariamente debían sucederse, pudiendo abreviarse o saltarse. No existirían así secuencias necesarias que debieran cumplirse en una línea ordenada de marcha.

En este punto, se retomaba el combate de Lenin y los bolcheviques contra la apuesta estratégica de los mencheviques que llamaban a encarar una etapa de revolución democrática-burguesa que cumpliera todas las tareas burguesas de la mano de la clase capitalista, para luego abrir una experiencia proletaria que cumpliera las tareas socialistas. Los autores destacan que Lenin, frente a la tarea burguesa de liquidación del feudalismo en el agro, apostó a una forma progresiva de resolución, el aniquilamiento de los restos de servidumbre, y no una salida que fuera regresiva, como la creación de pequeñas propiedades contra la tendencia a la concentración en grandes empresas. Del mismo modo, el Partido Bolchevique habría aprovechado las particularidades de cada “fase”, trazando alianzas y admitiendo compromisos con otras clases no proletarias a los

efectos de quebrar el bloque enemigo, siempre garantizando la independencia de clase: “una política proletaria absolutamente intransigente, fue acompañada por tácticas de ‘compromisos’ y ‘concesiones’, de coincidencias y de acuerdos, de ‘maniobras’ continuas”.

En definitiva, el valor de estos dos apartados radica en un planteo novedoso en relación a los que venimos examinando a lo largo de esta investigación. Lo que Viñas y sus compañeros están señalando es una cuestión central: no existirían recetas revolucionarias válidas para cualquier tiempo y espacio, para cualquier época y país. Los conceptos de fases, tareas y épocas tienden a complejizar el análisis y romper con el esquematismo propio de las izquierdas que orientaban su acción política en función de las experiencias coaguladas en tradiciones marxistas.

Adentrémonos en el último apartado, aquel que refiere directamente a la cuestión que nos interesa. En primer lugar, se afirmaba allí que la Argentina hacía más de siglo y medio dejó de ser colonia y su desarrollo se realizó bajo la penetración del imperialismo. Su estructura económico-social sería capitalista

“con una importante industria fabril que ha superado ya hace tiempo en valor productivo al campo, con relaciones de producción capitalista sólidamente asentadas en el agro, reinando la compra de fuerza de trabajo asalariada, y estando unificado el mercado interno en base a la circulación de mercancías”.

Este desarrollo capitalista se habría alcanzado tempranamente, en el tiempo de la llamada “organización nacional”, momento en que el país logró su plena incorporación al mercado capitalista. A pesar de ello, se trataría de una economía dependiente y con un alto grado de penetración imperialista.

En cuanto a lo específicamente agrario, la Argentina sería un país eminentemente urbano, con islotes rurales de importante concentración de campesinos y trabajadores rurales. No obstante, “el campesinado propiamente dicho (el pequeño y mediano burgués rural) constituye un porcentaje relativamente bajo de la población”. En cuanto al proletariado rural, este sería numeroso y disperso, pero, señalan los autores, incluso si se contara al “campesinado pobre” en su interior, no alcanzaría a ser más que la mitad que el proletariado urbano. De resultas de ello “la lucha pasa sin duda por las grandes concentraciones urbanas”.

Se trataba, sin lugar a dudas, de una caracterización novedosa en relación a las que estuvimos estudiando hasta aquí. Es cierto que los autores se resisten a abandonar el concepto de campesino, sin embargo reconocen que detrás de él se encuentran dos clases: la burguesía (pequeña y mediana) y una fracción proletaria o no explotadora (el “pobre”). De esta manera, el término “campesino” se convertía en un simple rótulo y no tenía el valor conceptual que en otros casos que venimos analizando. La estructura de clases agrarias era también notablemente diferente. No es un escenario dominado por el pequeño productor, sino por el proletariado, lo cual es consecuente con lo que se señalaba anteriormente con relación al dominio de las relaciones capitalistas en el agro. En la descripción de la distribución de la tierra, la caracterización vertida en el documento dista de ser novedosa. Se describía al campo argentino como dominado por el latifundio y su contraparte, el minifundio. Para ello, se tomaban cifras generales del censo de 1960 según el cual el 2,6% de los establecimientos rurales cubrían el 40% de la tierra cultivada. Los autores advertían que, si bien en líneas generales el minifundio resultaba antieconómico, dentro de ese tipo de explotación se encontraban producciones intensivas, cercanas a los cordones urbanos, dedicadas a la horticultura y floricultura, entre otros cultivos de alto rendimiento.

Con todo, la caracterización de la estructura agraria como latifundista, no conducía a concebir esto como una supervivencia feudal o semifeudal o incluso, atrasada. Por el contrario:

“las relaciones de producción en el campo son plenamente capitalistas, basadas en la propiedad privada, elevadas inversiones en capital, y en el pago en dinero o en especies por los arriendos, así como en la existencia predominante del trabajo asalariado basado en la libre venta de la fuerza de trabajo”.

Nótese que el arriendo no fue leído como una forma contractual incompatible con el capitalismo o como una supervivencia precapitalista, incluso cuando fuera pagado en especie en lugar de dinero. En igual sentido, se reconocía que en algunas zonas se daba “cierta compulsión sobre la fuerza de trabajo”, pero a nivel marginal y con un escaso peso real en la economía. La mediería y la aparcería “que no modifican por sí el carácter capitalista del campesino sometido a estas formas de pago”, eran igualmente marginales.

Por su parte, la industria estaría altamente concentrada según el censo de 1960, en el que se sindicaba que un 10% de los establecimientos con más de 10 obreros empleaban el 60% del total de la fuerza de trabajo. La estructura de clases general del país se resumiría del siguiente modo:

“En porcentajes, y teniendo en cuenta los datos del censo de 1947, puede calcularse que la gran burguesía (sumando a los propietarios, los ‘gerentes’, asesores y demás) representaba el 1% de la población activa; la burguesía mediana y pequeña burguesía explotadora, aproximadamente el 13%, la pequeña burguesía pobre no explotadora, alrededor del 5% (1% en el campo y 4% en la ciudad); los obreros rurales, el 15%; los obreros de la industria, el 20%; los obreros del comercio y los servicios, el 18%; los empleados propiamente dichos, el 17%; obreros no especificados, el 2%”.

Cifras consecuentes con el análisis que se venía desarrollando. El campesinado entendido como pequeño productor directo, es decir no explotador, resultaba marginal, con apenas el 1%. Por lejos se encontraría superado por el proletariado rural que alcanzaba el 15%. Si se suman los guarismos que corresponden a la clase obrera (industria, comercio, rural, “empleados” y “no especificados”) superan el 70% y en términos numéricos representarían poco más de seis millones de personas. Además, se aclaraba que “nuestro proletariado contrata y rompe su contrato de trabajo libremente, y libremente compite en el mercado, pudiendo abandonar un trabajo para tomar otro”. Entre sus rasgos fundamentales se encontraría el no ser “nuevo”, en tanto no es un proletariado de “primera generación”, y contaría con una gran trayectoria sindical y combatividad.

Como conclusión de todo este análisis, se afirmaba que la sociedad argentina se encontraba en la etapa de su revolución socialista. Y en clara discusión con el PC y variantes maoístas, intentaba explicarse por qué no sería agraria y antiimperialista. El primer término no sería válido en tanto que respecto al campo “ni siquiera podemos decir (si es que estamos hablando con propiedad y exactitud) que existan en este caso tareas no socialistas”, dado que no existirían allí formas precapitalistas. En este esquema, los autores argumentaban que quienes hablan de “revolución agraria” querían decir lo mismo que socialista, y por tanto era una adjetivación innecesaria (“una concesión verbal”), o sería ya un error, puesto que se pretendía resolver problemas que no existían. Adelantándose a posibles objeciones, Viñas y sus compañeros señalaban

que el “problema del latifundio”, que desde su lectura existe en el agro argentino, tenía dos formas de solución. Una democrática-burguesa, que consistía en su expropiación para el reparto en propiedad privada. Otra socialista, en donde la expropiación estaba al servicio de la colectivización. En este último caso, podía hacerse una concesión a la subsistencia de parcelas individuales, pero solo de modo transicional y para tejer algún compromiso coyuntural con alguna fracción de la burguesía que permita estar en mejores condiciones para la lucha. Justamente por ello, insistieron en señalar que la expropiación de los latifundios no tenía por qué estar acompañada de la consigna de reforma agraria que, en las condiciones del campo argentino, resultaba regresiva, sino quizás por el reclamo de “nacionalización de la tierra”. Una consigna como la de reforma agraria:

“entregará al campesino semiproletario a manos del campesino rico, y confundiría en lugar de aclarar la conciencia de la clase obrera. [...] en lugar de llevarnos a separar netamente a las clases: el obrero del pequeño burgués, el proletario rural del campesino semi-proletario, este del campesino rico, etc., llevarán a confundir entre sí a unos con otros, y, sobre todo, a los grupos pequeño burgueses semiproletarios con la burguesía, impidiendo que la clase obrera acelere su proceso de independencia y que logre imponer su hegemonía sobre los sectores que pueden ser aliados más firmes.”

En cuanto al antiimperialismo, se denunciaba que esa formulación era solidaria con la idea de la existencia de tareas democráticas burguesas previas al socialismo y que además abría la puerta a una acción común con esta clase. En oposición a ello, se afirmaba que la revolución socialista sería la encargada de liquidar al imperialismo, pero no como etapa previa sino en su propio devenir.

Todo ello, aclaraban los autores, no quería decir que el proletariado fuera a enfrentar en bloque a la burguesía. Por caso, podría trazar alianzas con la pequeña burguesía pobre, sobre todo en zonas rurales donde se concentrarían “campesinos” que, dada su penuria material, podían ser sustraídos de la influencia de las capas burguesas. El respeto a la propiedad de estos sectores permitiría convertirlos en aliados, sin alterar el privilegio de las tareas socialistas de la revolución. En sus propias palabras:

“En sus compromisos eventuales con la pequeña burguesía pobre, el proletariado no puede, pues, hacer la defensa de la propiedad privada y de la pequeña empresa, ni antes

ni después de la conquista del poder, en razón de que la extensión de la propiedad privada sea progresista, ya que, al contrario, dentro de un sistema que ya es capitalista, la pequeña empresa y la pequeña propiedad son regresivas, y luego de la conquista del poder resultarían antieconómicas. Es sólo por razones políticas, para que las masas pequeñoburguesas pobres se eduquen en la experiencia, y a partir de ella asuman el punto de vista del proletariado, que se podrán hacer concesiones.”

Lo que se pretendía en todo caso era ganar aliados conservando la hegemonía y la independencia proletaria. Sin embargo, y ateniéndonos a las cifras ofrecidas por los propios autores, cabe decir que esta alianza era insignificante, puesto que apenas representaban un 1%.

Con la “burguesía media y menor”, la situación sería diferente. Sus penurias brotarían del desarrollo capitalista, en el cual la concentración de capitales y de la propiedad tendía a expulsar a estas fracciones de la producción. Esas penurias se agravarían en las condiciones de penetración imperialista del país, pues estos sectores intermedios de la burguesía expresaban “así sea distorsionada, limitada y relativamente, el crecimiento de las fuerzas productivas internas limitadas por la opresión imperialista”. Los autores desarrollaban así un punto de vista nacional del imperialismo donde este aparecía como un freno al desarrollo de la nación en términos económicos. Sin embargo, advertían al mismo tiempo que estos sectores “nacionales” defendían una salida regresiva y desarrollaban un discurso “reformista”, al que intentaban atraer al proletariado para enfrentar a la gran burguesía y el imperialismo. Sin embargo, “en última instancia” acababan por solidarizarse con el “sistema capitalista-imperialista”. Estas contradicciones deberían ser aprovechadas por el proletariado para neutralizar a estas capas medias y debilitar al conjunto del bloque burgués. Pero, a diferencia de la pequeña burguesía pobre “no pueden ser considerados como aliados”, sino que deben ser aprovechadas las “coincidencias limitadas y parciales” de estas con el proletariado. En concreto

“una clara visión de las contradicciones interburguesas a partir de esta línea, permitirá trazar las tácticas adecuadas a cada ocasión, y llevar adelante alianzas y compromisos sin ceder en los objetivos de fondo [...] la mayor flexibilidad práctica para aprovechar todas las contradicciones de la sociedad, a partir de la contradicción entre el proletariado y el conjunto del sistema mismo”.

Tres años después de este documento, Viñas escribió un libro de divulgación - *Capitalismo, monopolios y dependencia*-, en el que apuntaba a clarificar el fenómeno del imperialismo, tanto en su faceta político-militar como económica. Es este punto, buscaba distinguir entre la presencia de capitales extranjeros en la economía nacional y el correlato político que la izquierda solía atribuirle a eso: la ausencia de soberanía nacional. No es de nuestro interés ahondar en la forma en que entiende y describe este fenómeno, sino en extraer de allí una serie de ideas centrales que lo diferencian de las organizaciones que hemos venido estudiando hasta aquí.

El primer elemento que merece ser destacado, es el objetivo político que perseguía Viñas con este material. En efecto, en el primer capítulo aclaraba que pretendía combatir lo que consideraba era un error común en las interpretaciones acerca del imperialismo. Este error consistiría en exaltar el fenómeno de la penetración extranjera y de la monopolización de la economía como elementos opresivos, lo que llevaría al embellecimiento del capitalismo. En este sentido, frente a la economía monopolizada, la vuelta a un capitalismo de libre competencia aparecería como algo progresivo. Así, de la mano de la denuncia al imperialismo y los monopolios se introducía el reformismo. Como hemos visto, esa fue en parte la forma en que partidos como el PC concibieron el asunto. Frente a estas posiciones, Viñas denunció:

“La pequeña burguesía, no pocas veces con argumentos formalmente marxistas, cree posible modificar el capitalismo actual y su tendencia a la monopolización creciente, retrocediendo a un capitalismo de libre competencia, basado en la difusión de la pequeña propiedad, apoyada por el capitalismo de Estado. Esta posición toma a menudo la forma de una propuesta que sostiene que para llegar al socialismo es necesario pasar primero por una etapa de liquidación del gran capital monopolista mediante la extensión de la pequeña propiedad y de la pequeña empresa, representada, por ejemplo, por la reforma agraria asentada en el reparto de la gran propiedad territorial. En el primer caso nos encontramos ante la alabanza abierta del capitalismo. En el segundo ante la ilusión de hacer retroceder la historia hacia el capitalismo premonopolista, bajo una apariencia progresista”.¹³⁴⁰

El razonamiento del autor se contrapone directamente con posiciones explícitas o derivaciones implícitas de buena parte de los partidos que hasta aquí examinamos.

¹³⁴⁰Viñas, Ismael: *Capitalismo, monopolios y dependencia*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972, p. 10. Hasta que se indique lo contrario, todas las citas refieren a esta publicación.

Viñas era claro en este punto y confirmaba lo que había escrito en el documento anterior: en la Argentina no haría falta una etapa de resolución de tareas burguesas ni un combate al monopolio en el nombre de la competencia. Justamente, la lectura era la inversa: porque el imperialismo expresaba un crecimiento de la monopolización (en la que nunca acaba por anularse la competencia), es decir, del reemplazo de la pequeña producción por el gran capital como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas, el socialismo estaría a la orden del día. En este sentido,

“la enorme concentración de capitales, que nace de la competencia interburguesa, facilita y crea las condiciones favorables para la expropiación del capital y para su socialización. El monopolio, es decir, la era imperialista, constituye el momento en que el capitalismo ha madurado para la expropiación.”

De esta forma, acababa por combatir tanto a las posiciones nacionalistas, de defensa de la soberanía frente al imperialismo, como a las posiciones de defensa del pequeño capital, ya sea en sus variantes agrarias (la reforma agraria) o industrial (el pequeño empresariado).

Posteriormente, al examinar cómo el desarrollo de la acumulación originaria y el nacimiento y extensión del capitalismo fue disolviendo relaciones sociales previas, Viñas echaba luz sobre la dinámica que determinaba las transformaciones del agro. En efecto, planteaba que la acumulación de los medios de producción existentes junto con la inversión en maquinaria y cultivos exponía crecientemente a los campesinos a la competencia capitalista del mercado, generando así un proceso de proletarización. Describiendo las transformaciones agrarias de Irlanda en el marco de la dominación británica, el ex dirigente del Malena señalaba que el avance del capitalismo agrario fue

“no solo separando al campesino del obrero rural, sino desplazando al campesino y convirtiendo al arrendatario en un pequeño burgués moderno, que abonaba su arriendo ya en dinero, ya en especies, pero sin tener ningún otro derecho sobre la tierra que el que provenía de esa relación contractual.”

Si se sacan las conclusiones lógicas de esta forma de razonamiento, lo que el autor estaba señalando era que el capitalismo disolvió al campesinado, pues al someterlo a la competencia capitalista acaba por arruinarlo (arrojándolo a las filas del proletariado) o

por convertirlo en un burgués (pequeño, pero burgués al fin). Una lectura solidaria con las tesis descampesinistas.

Finalmente, Viñas discutía con las perspectivas nacionalistas de “las burguesías de los países débiles”, bien que la crítica le cabía también a posiciones como las del PC o el PCR, según las cuales el imperialismo implicaba succión de capitales de la periferia al centro produciendo un retroceso o paralización de las relaciones capitalistas de producción. En este punto, nuestro autor diferenciaba desarrollo del capitalismo y dependencia. Lo primero, estaría determinado por la extensión de las relaciones capitalistas de producción y de las fuerzas productivas. La intervención del imperialismo lejos de frenar ese desarrollo, lo impulsaría, destruyendo relaciones sociales previas e impulsando las nuevas. Para ello daba como ejemplo datos de varios países. Veamos los de Argentina. Para 1887 existían 5.815 establecimientos industriales con 42.321 obreros, que se incrementaron ocho años más tarde a 8.439 y 72.701, respectivamente. En 1913 ya los establecimientos alcanzaban los 39.189. Para 1960 la industria se diversificaría, avanzando hacia ramas semipesadas (automotriz), pesada y de base (siderúrgica, petroquímica). En cuanto al agro, en el período 1925-1929 el 56% de la producción agrícola y el 46% de la ganadera iban a parar al exterior; mientras que en el período 1960-1964 el 74% de la producción agrícola y el 72% iban al mercado interno. Para ese entonces ya la producción excedía las carnes, cueros, lanas y cereales, habiéndose desarrollado la agricultura comercial (azúcar, algodón, arroz, oleaginosas, té, horticultura), lo que daría cuenta de un “aumento del capitalismo en el agro”. Todo ello, acompañado de una mayor capitalización agropecuaria por inversión en capital constante (maquinaria, abonos, fertilizantes, plaguicidas, hibridación). Esto redundó en un incremento de la productividad: el rendimiento del trigo pasó de 732,3 kg/ha en 1910-1920 a 1.335,6 kg/ha al momento en que se escribía el libro, el maíz de 1.405 kg/ha a 1.958 kg/ha, el arroz de 2.390 kg/ha a 3.652 kg/ha, la cebada de 899 kg/ha a 1.165 kg/ha, el girasol de 764 kg/ha (en 1965) a 846 kg/ha (en 1969). Lejos entonces de caracterizarse por la succión,

“las inversiones de capital crearon las condiciones para una dinámica de desarrollo superior a las que esos países hubieran generado por sí mismos. No solo porque tales inversiones constituyeron un ‘transplante’ del modo capitalista de producción desde los países imperialistas a la periferia, sino porque el imperialismo generó cambios en el

mundo tomado en su conjunto y en cada país de inversión tomado en particular, que impulsaron el desarrollo capitalista y su difusión”.

Respecto a la dependencia, Viñas no abandonó el concepto y reconocía que existían diferencias económicas significativas entre países imperialistas y países dependientes, e incluso en estos últimos la inversión extranjera habría beneficiado más a unos burgueses que a otros, porque todo desarrollo sería “desigual y combinado”. Pero en este punto el autor advertía que ello era el resultado de la propia lógica capitalista que no se regía por la producción racional de riqueza, distribuyendo equilibradamente la capacidad de producción en todas las ramas de cada economía nacional y resolviendo el conjunto de las necesidades humanas. En un sistema regido por la ganancia y la competencia, no habría ni producción, ni distribución ni consumo equitativo. Efectivamente, hemos visto que el planteo del PC contenía esta lógica de razonamiento que nuestro autor intenta refutar. Lo que Viñas estaba queriendo explicar era que la idea de un desarrollo autónomo, equilibrado y que dejara la riqueza “en manos del pueblo”, al decir del PC, era irreal en los marcos del capitalismo.

b. Una elaboración acabada sobre el agro argentino

Los planteos de Viñas respecto al desarrollo del capitalismo agrario en la Argentina, cristalizaron unos años después en un libro titulado *Tierra y clase obrera*.¹³⁴¹ Aquel trabajo tenía por objetivo determinar cuáles eran las relaciones de producción dominantes en el agro, a los efectos de determinar si su carácter era predominantemente capitalista o precapitalista, adelantado o atrasado y cuál era la magnitud, si existían, de los elementos de atraso. Explícitamente el libro combatía las posiciones del PC, VC y el PCR, partidos que, como vimos, defendían la imagen de campo atrasado que llevaba a la necesidad de que la clase obrera tome a su cargo tareas propias de una revolución democrática o popular como etapa previa a la construcción del socialismo. En oposición a ello, la tesis que defendía el autor era la siguiente:

“el campo argentino es capitalista, aunque existan en él zonas de capitalismo altamente desarrollado y zonas de capitalismo de menor desarrollo, donde aún subsiste de forma

¹³⁴¹Viñas, Ismael: *Tierra y clase obrera*, Achával Solo, Buenos Aires, 1973. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

predominante la producción mercantil simple basada en el trabajo personal del campesino, sin explotación de fuerza de trabajo asalariada. Pero aún en estos casos se trata de campesinos que producen para el mercado, es decir pequeño burgueses, y no de campesinos precapitalistas. Además, como se verá en el cuerpo del trabajo, tales campesinos constituyen una masa minoritaria en un agro donde predomina el asalariado y el empresario explota fuerza de trabajo que compra por un salario en dinero.”

Se trata a todas luces de una tesis que se delimita claramente de lo que hemos venido analizando hasta aquí. Si bien Viñas no escapaba a la utilización del término campesino, a renglón seguido aclaraba que no se refería ni a una realidad precapitalista ni a una clase diferente de las que se desarrollan en el capitalismo. Sencillamente, lo tomaba como una manifestación de la pequeña burguesía. Las formas de economía de subsistencia serían más bien excepcionales y en la mayoría de los casos, combinadas con formas capitalistas. Ello era el campesinado pobre, un “semiasalariado que en ciertas épocas del año se emplea para tareas rurales de estación en empresas capitalistas”. Casos de este tipo serían los cañeros y obrajeros de Santiago del Estero y Formosa, o las economías de enclave en Jujuy. La relación de producción atrasada correspondería a una entrega de trabajo personal gratuito del campesino al señor de la tierra, y no la contratación bajo la compulsión “que surge del funcionamiento del mercado, al cual concurre el campesino ‘libremente’”. No existirían entonces resabios feudales.

Todo lo que había dicho la izquierda a la que el libro combate, serían resultados de errores conceptuales y malentendidos. Veamos aquellos que destacaba Viñas y que a lo largo de su trabajo intentó desmontar. El primero de ellos, sería asumir como signo de atraso el hecho de que el agro sea menos productivo que otros países. Como hemos visto, esto es un aspecto que solía destacar el PCR. Baja productividad no es sinónimo de atraso, señalaba Viñas y ofrecía algunos datos extraídos de un informe del Banco Interamericano de Desarrollo (BID)¹³⁴²: para el período 1935-1939 Estados Unidos producía 25 bushels de maíz y 13 de trigo, mientras que Argentina producía 29 y 14. Con estas cifras sobre la mesa, concluye que sería difícil afirmar que en la etapa de entreguerras, Estados Unidos no era capitalista.

¹³⁴²Banco Interamericano de Desarrollo: *El desarrollo agrícola y la integración económica de América Latina*, 1970.

En segundo lugar, sería un error tomar como elemento de atraso el latifundio y los regímenes de mediería y aparcería. Frente a ello, retoma la idea de las dos vías para el agro: la “democrática” o “farmer”, donde la tierra se repartiría gratuitamente a pequeños agricultores (caso Francia o Estados Unidos), y la “prusiana” con grandes propietarios del suelo (caso Alemania, Italia y Rusia). Recordaba las enseñanzas de Lenin, quien señaló que el capitalismo no dependía de la forma de propiedad y usufructo de la tierra, sino que lo característico del sistema era que encontraba diversas formas y las sometía a su dominio. Comparando índices de concentración de la tierra, mostraba que este fenómeno no era antitético con el capitalismo: mientras que en Argentina el 1,95% de los establecimientos abarcan el 59,45% de la tierra, en Estados Unidos las cifras eran de 1,9% establecimientos para el 40,3% de la tierra. Estos y otros datos de concentración de la tierra en Norteamérica, fueron extraídos por Viñas de bibliografía especializada sobre el tema.¹³⁴³

La baja capitalización del agro argentino no respondería a la supervivencia latifundista, sino a un abanico más amplio de factores: la pervivencia de su opuesto -el minifundio-, la estructura de altos costos de la industria local de tamaño antieconómico y con maquinaria obsoleta que obligaba a la importación de maquinaria agrícola y productos químicos, y la extracción de capitales producto de la situación de dependencia que caracterizaría al país. Todos ellos serían factores que podrían superarse solo a partir de la liquidación del capitalismo y la expropiación y colectivización de los medios de producción. Tal como ya lo hemos señalado anteriormente, Viñas suscribía la idea de que la defensa de la pequeña empresa no era sino una actitud reaccionaria, que pretendía volver a atrás en la historia a los fines de repetir la dinámica histórica que se habría dado en países “desarrollados”.

El tercer falso signo de atraso serían las bajas proporciones de propietarios en relación a arrendatarios. Nuevamente, Viñas recurría a Marx y Lenin, para señalar que lo característico del capitalismo era la expropiación de la tierra de manos del productor directo, de modo que la relación era a la inversa: el dominio de los propietarios por sobre los arrendatarios es el signo de atraso. Cifras de Holanda y Estados Unidos,

¹³⁴³Beard, Carlos: *Una interpretación económica de la constitución de los Estados Unidos*, Arayu, Buenos Aires, 1953; Weinber, Alber: *Destino manifiesto*, Paidós, Buenos Aires, 1968; Merk, Albert: *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano (1843-1849)*, Paidós, Buenos Aires, 1968; Solari, Aldo: *Sociología rural latinoamericana*, Eudeba, Buenos Aires, 1963 y Guerin, Daniel: *¿Adónde va el pueblo norteamericano?*, Arayu, Buenos Aires, 1954.

extraídas de un informe de la ONU, mostrarían el aumento progresivo del arrendamiento y la caída del porcentaje de propietarios.¹³⁴⁴

El empobrecimiento de los campesinos y su expulsión -ya hemos visto este razonamiento en VC y el PCR-, sería la cuarta falsedad a desmontar. Este fenómeno, señala el autor, no era resultado de un campo escasamente capitalista, sino del propio desenvolvimiento del capital en el agro: “la pauperización y la proletarización constituyen acompañantes necesarios del capitalismo, y sólo quienes consciente o inconscientemente hacen su apología pueden afirmar, aun implícitamente, lo contrario”. Finalmente, el último signo de atraso sería la existencia de la renta absoluta de la tierra como mecanismo que obstaculizaría el desarrollo del capitalismo al limitar la afluencia de capitales al campo. Viñas señalaba que esta forma de comprender el fenómeno de la renta olvidaba que la propiedad privada del suelo era la base del capitalismo, y que en la Argentina la tierra era de la burguesía y la pequeña burguesía, es decir, de clases capitalistas. Las limitaciones al desarrollo de las fuerzas productivas existirían, pero serían las que imponían las propias relaciones de producción capitalistas.

Estos eran los errores de razonamiento que llevarían al conjunto de la izquierda que Viñas criticaba, a colocarse bajo la consigna de la reforma agraria, suponiendo la progresividad de la pequeña propiedad y el potencial revolucionario del campesinado. Todo ello sería resultado de una confusión, que surgiría del intento de copiar acríticamente la experiencia rusa, asumiendo que el latifundio capitalista argentino era igual al latifundio feudal de la Rusia zarista. De resultados de ello, cuando partidos como VC, PCR o PC llamaban a cumplir una etapa democrática para superar el atraso agrario “claro está que proponen alianzas con los campesinos ricos”. En oposición a ello, y recuperando el planteo del pleno desarrollo capitalista de nuestro país, Viñas sostuvo que la lucha por el socialismo no tenía etapas intermedias y que solo la pequeña burguesía pobre no explotadora, el campesino pobre y el semiproletariado, eran las únicas capas que podían ser hegemónicas por ella. Señaladas las críticas a la visión de la izquierda, detengámonos ahora en analizar cómo veía Viñas el campo argentino.

Un agro capitalista

¹³⁴⁴Organización de Naciones Unidas: *Progreso en materia de reforma agraria*, 1955.

Viñas señalaba que la izquierda tenía una imagen estática del agro, historizando la evolución del agro hasta principios del siglo XX y congelando a partir de allí la imagen. De este modo, se eludían los cambios profundos que comenzaron a operarse desde mediados de la década del '30. Esa operación de la izquierda daba como resultado un agro dominado por el latifundio, con escasa presencia de relaciones capitalistas. De este modo, y en consonancia con lo que señalábamos a comienzos de este trabajo, el pasado tenía por completo la imagen presente del agro.

A comienzos de siglo no sería equivocado plantear la existencia de un predominio de relaciones no capitalistas en el agro, basadas en la producción mercantil simple, dirigida al mercado, pero basada en trabajo personal y sin explotación de trabajo ajeno. Para Viñas entonces, existió una argentina campesina, pero fue arrasada en el siglo XX. Entrada la década del '30 comenzarían los cambios en el escenario, por la creciente penetración del capitalismo en el campo. Por aquellos años, el capitalismo ya sería dominante en el conjunto del país, lo que se evidenciaría a partir de una serie de datos: la población urbana superaba a la rural, el número de establecimientos industriales crecía aceleradamente y el mercado se había unificado facilitando la circulación de mercancías libre de trabas legales. Esas transformaciones irían alterando sensiblemente la fisonomía del campo.

Uno de los cambios más destacados, sería la expansión de los cultivos industriales y la producción frutihortícola, que se llevaron adelante de manera intensiva, con grandes inversiones y un mayor uso de mano de obra: algodón, té, arroz, tung, vid, tabaco, yerba mate y caña de azúcar. Según datos de la Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional (FIAT), estos habrían sufrido un crecimiento notable en área sembrada, duplicándose entre 1929 y 1970 en algunos casos (vid, arroz, yerba mate) o incluso cuadruplicándose en el mismo período (algodón). Como se ve, muchas de las producciones de las cuales surgieron las Ligas Agrarias. Viñas reconocía que, efectivamente en la década del '60 algunos de ellos entraron en crisis, siendo los más visibles la producción de caña de azúcar y la producción algodonera. Sin embargo, discutía los orígenes de esa crisis. En lugar de explicarla por un supuesto atraso, advertía un fenómeno opuesto, pues sería producto del “desarrollo en el sentido de más capitalismo”: aumenta la productividad y hay una mayor incorporación de capital

constante en maquinarias, abonos e hibridación de semillas.¹³⁴⁵ La expulsión de productores y el desempleo, sería justamente la contracara de esa tendencia normal del capitalismo.

Seguidamente, Viñas cuestionaba la idea del estancamiento que, en general, fue sostenida a partir del desempeño de los cultivos tradicionales (trigo, lino y maíz). Considerando un espectro más amplio, y tomando datos de *Argentina económica y financiera* del CONADE, mostraba que la tendencia general fue otra. La producción agrícola en general -no circunscripta a los cereales- se verificó un aumento de la producción. Tomando como índice 100 para el volumen del período 1900-1904, en 1935-1939 el guarismo asciende a 723 y a 897,3 para 1960-1964. La productividad acompañaba ese crecimiento, según indicaban informes del INTA¹³⁴⁶: 850 kilos por hectárea en 1942-1947, 1.053 para 1952-1957, y 1.064 para 1960-1962. Mientras que cereales tradicionales como el lino sufrieron una caída rotunda (de 17 millones de toneladas en 1930-1940 a 6 millones en 1960-1970), otros no tradicionales tuvieron un despegue notable como el girasol (de 782.000 toneladas en 1965-1968 a 1.180.000 en 1970-1971) e incluso cereales tradicionales lograron un buen desempeño bien que con altibajos anuales como el trigo (6.337.219 toneladas en 1930-1940 y 7.969.000 en 1965-1968). En términos más generales, la década del '60 había supuesto el incremento del área sembrada con cultivos anuales en 2,6 millones de hectáreas y del ganado vacuno en 3,5 millones de cabezas.

Viñas recordaba que ya Lenin había advertido que el desarrollo de la agricultura no podía seguirse evaluando el movimiento de los mismos productos, toda vez que la tendencia normal de la agricultura comercial era al paso de un tipo de producción a otro. Los cambios acontecidos ya señalados en la producción agrícola argentina justamente se explicaban por la demanda del mercado, que volvió atractivos ciertos cultivos y ellos, naturalmente, recibieron mayores inversiones y mejores tierras. Esto sería en definitiva, prueba de la existencia de capitalismo, en tanto que este se caracteriza por el dinamismo y la movilidad. A la inversa de lo que ha leído la izquierda, la repetición de los mismos cultivos año a año sería muestra de tradicionalismo.

¹³⁴⁵En la producción de caña de azúcar hacia 1965 se producían 60.000 kilos por trabajador, lo que se elevó a 79.700 en 1968. Para el algodón, el rendimiento por hectárea pasó de 234 kilos en 1957-67 a 246 en 1968. (Ídem, pp. 40-41).

¹³⁴⁶Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria: *La productividad de la mano de obra en el maíz*, Pergamino, 1968; Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria: *25 años de agricultura pampeana*, Pergamino, 1968; y también Sigaut, Lorenzo: *Desarrollo agropecuario y proceso de industrialización en la economía argentina*, Buenos Aires, 1964.

Tal como lo señaláramos en el capítulo I, Viñas también señaló que debía atenderse al desarrollo regional, pues una de las características del despegue en los '60 fue la introducción de la agricultura industrial fuera de la región pampeana. Las causas de estos cambios se encontrarían en la expansión continua del mercado interno, que generó mayor demanda, y en el mercado externo donde desaparecieron los compradores (Inglaterra y Europa Occidental) de productos tradicionales (carne, cereales, lanas y cueros). Por todo ello, sería incorrecto circunscribir el análisis al desempeño de la pampa húmeda:

“si en la región pampeana se profundizó el capitalismo, fuera de ella penetró y se expandió vigorosamente modificando un paisaje económico que se repite aún como un tópico pero que ya no responde a la realidad: el carácter no capitalista del agro argentino fuera de la zona pampeana.”

Para darle sustento empírico a este balance, el autor señalaba que si para 1920 la región pampeana suponía cerca del 80% del valor producido en el agro y el resto del país el 20%, ya para 1955 se había producido un cambio notorio, dejando esos guarismos en 67% y 33%

En cuanto a la ganadería, nuestro autor encontraba un proceso semejante. Si en la agricultura el despegue de la productividad tornaba irrelevante el dato de superficie sembrada, en la ganadería la mestización y refinamiento del ganado, las mejoras en el aprovisionamiento de agua, la inseminación artificial y los alimentos balanceados debían ser sopesados más allá del conteo de cabezas.

Partiendo de aquel señalamiento, ofrecía cifras para cada rubro que habían sido extraídas de los censos agropecuarios y de bibliografía de especialistas en economía y agronomía como Ortíz y Giberti.¹³⁴⁷ La cría de ovinos cayó históricamente (de 74 millones en 1895 a 48,5 en 1960), si bien, advierte, allí debería contemplarse su desplazamiento por el avance del cereal en la pampa húmeda, su relocalización en Corrientes y la Patagonia, y el aumento del porcentaje de animales refinados. El desplome del ganado caballar, por su parte, no sería un indicador importante puesto que era expresión del avance la tecnificación. El tractor suplantaba la tracción a sangre. Por su parte, el ganado vacuno, luego de un prolongado aumento habría llegado a un

¹³⁴⁷Giberti, Horacio: *Historia económica de la ganadería argentina*, Hachette, Buenos Aires, 1969; Ortiz, Ricardo, *Historia económica de la Argentina*, Pampa y Cielo, Buenos Aires, 1972.

estancamiento relativo (37 millones en 1922, 41 en 1947 y poco más de 49 para los comienzos de la década del '70). Sin embargo, estas cifras ocultarían el avance progresivo de la lechería, gracias al creciente uso de ordeñadoras, desnatadoras, proliferación del tambo, etc.: cuatro millones de animales lecheros en 1930 contra seis millones en 1960. En el caso de los porcinos su movimiento había resultado mucho más variable, con una tendencia al crecimiento y luego al estancamiento, pero cuyas variaciones se explicarían por el movimiento del precio del maíz, su alimento base. Nuevamente, insiste el autor, no alcanza con “contar cabezas”, debía contemplarse que a partir de los '50 el cerdo dejó de ser un rubro complementario al cultivo de maíz, para dar lugar a verdaderas “fábricas de cerdo”.¹³⁴⁸ Finalmente, en los últimos años surgieron nuevas producciones ganaderas: conejo, cabras y animales de peletería (visones y nutrias); y producciones artesanales adquirieron un carácter de explotación a gran escala: apicultura y avicultura. Asimismo, se verificaba la aparición de “verdaderas fábricas agrarias” en la floricultura, con invernaderos que emplean 300 obreros, en horticultura en quintas de entre 80 y 100 hectáreas con más de 100 obreros permanentes. A todo ello cabría sumarle la investigación desarrollada por el INTA que sin producir “resultados asombrosos”, habría contribuido a la creación de especies más productivas resistentes. Todas estas cifras contribuyen a mostrar, entonces, que el agro argentino estaría lejos del estancamiento, la descapitalización y el atraso.

Tecnificación

En líneas generales, Viñas verificó que el agro había mantenido un ritmo de capitalización, lo que se observaba tanto en el crecimiento de los millones de pesos invertidos en actividades productivas agropecuarias, así como en el capital constante por hombre activo que, medido en pesos de 1950 alcanzaban la cifra de 3.178 para 1910-1924 y se elevaba a 17.780 en 1955, lo que mostraría un considerable incremento de la composición orgánica del capital.¹³⁴⁹

Una de las muestras más claras de esa capitalización sería la expansión del tractor, cuyas unidades se estimaban en 17.485 para 1937 y para 1962 alcanzaban los 108.548,

¹³⁴⁸Idem, p. 57.

¹³⁴⁹Estos datos fueron construidos por el autor en base a: Bagú, Sergio: “La estructura económica de la Argentina moderna”, en: *Desarrollo económico*, julio-septiembre de 1961; Portnoy, Leopoldo: *La realidad argentina del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1961; Ortiz, *Historia...*, op. cit.

con estimaciones actuales que rondarían entre 150.000 y 200.000 unidades.¹³⁵⁰ Mientras que en 1947 se contabilizaba un tractor cada 873 hectáreas, en 1965 esta cifra se había reducido a 187,3 hectáreas. Su distribución no sería pareja a lo largo y ancho de todo el país, lo que indicaría un desarrollo desigual, pero que se explica también por los requerimientos de la maquinaria, cuyo tamaño y peso no la vuelven utilizable en todos los cultivos y terrenos. Así, por ejemplo mientras se nota una diferencia significativa en el uso del tractor a favor de las áreas cerealeras con respecto al resto del país, esa brecha se achica notablemente al atender solo a los tractores de hasta 25 HP, es decir, tractores livianos aptos para cultivos no cerealeros. Asimismo, provincias “pobres” como Chaco poseían un tractor cada 165,6 hectáreas, mientras que Buenos Aires tiene uno cada 238,7.¹³⁵¹ Ello mostraría que en las supuestas zonas atrasadas al menos conviven, junto a la pequeña producción, establecimientos altamente capitalizados.

Más difícil sería evaluar el incremento de otras herramientas como arados, segadoras y trilladoras, producto de que no sólo han dado un gran salto sino que se habían complejizado y especializado. A pesar de ello, Viñas realizó un ejercicio sencillo que mostraría el grado de tecnificación: sumando los arados de propulsión a motor y de tractor (170.000), los de tracción a sangre de manquera (372.571) y los de discos múltiples (237.469), llegaba a la cifra de 780.040 para 1960.¹³⁵² Si se tiene en cuenta que para ese mismo año se contabilizaban 471.756 explotaciones rurales, la difusión de los implementos agrarios resulta muy generalizada. Asimismo, se denotaba un crecimiento de los rodados (automóviles, camiones, acoplados y semiacoplados), si bien los censos no discriminaban entre su uso rural o urbano, motivo por el cual era difícil utilizarlo como parámetro.

El autor ofrece otro rubro que ilustra nuevamente el proceso de capitalización: el uso de químicos, la hibridación de semillas y el refinamiento. Cuantificándolo, el uso de fertilizantes pasó de 70.000 toneladas en 1961 a 147.000 en 1965. Lo mismo ocurrió con insecticidas, fungicidas y herbicidas cuyas toneladas pasaron, tomando como índice 100 para el año 1966 a 296, 263 y 506 respectivamente, para 1970.

Tanto la implementación de maquinaria como la innovación química redundarían en un incremento del desempeño rural: la productividad promedio del trabajador rural se elevó

¹³⁵⁰Datos extraídos por el autor de Llosa, Julio: *Necesidades de maquinarias agrícolas para un plan de expansión de cultivos*, CONADE, Buenos Aires, 1963; Marzocca, Ángel: “Evolución de la agricultura argentina”, en: *La Prensa*, 19/10/1969.

¹³⁵¹Tomado por el autor del *Boletín N° 11* del Instituto de Ingeniería Rural, Secretaría de Agricultura y Ganadería, 1965

¹³⁵²Datos tomados por el autor de Ortíz, *Historia...*, op. cit.; y Llosa, *Necesidades...*, op. cit.

un 20% de 1945 a 1960-1964. Esta capitalización, señala Viñas, no habría sido exclusiva de las grandes explotaciones. Para 1952 las explotaciones de entre 25 y 100 hectáreas empleaban el 49,5% de los automotores, el 37,7% de las cosechadoras y el 43,9% de las juntadoras de maíz. Asimismo, cifras recogidas del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) señalaban que las inversiones en equipos y mejoramientos entre 1960 y 1963 fueron del doble en “explotaciones familiares” respecto de “explotaciones multifamiliares”.¹³⁵³

Estos datos tirarían por la borda la tesis según la cual la pequeña extensión es el lugar natural del campesino pobre no explotador y descapitalizado. Lúcidamente, Viñas señalaba: “el carácter de nuestro campesino debe ser analizado a la luz de la economía de nuestro país, y no con los criterios válidos para la China prerrevolucionaria, la Rusia zarista, o los países realmente atrasados de la época actual.”

Clases sociales

Uno de los ejes centrales de la argumentación de Viñas era el peso del trabajo asalariado en el campo para así determinar la existencia o no de capitalismo en ese ámbito. En este punto, su argumentación comenzaba señalando un dato elemental del desarrollo capitalista: el incremento de la productividad, que como ya se ha visto fue una regularidad en los '60, provoca la expulsión de fuerza de trabajo. Dicho de otro modo, es una ley del capitalismo la disminución de la proporción de población agrícola. Mientras que en Estados Unidos la población rural activa era del 11,6%, en un país “atrasado” como Haití era de 71,6% y en la Argentina, de 25,2% para 1957. La evolución reciente del país, advertía, era la baja de la población rural activa, con un 29% (2.200.000 personas) en 1950 contra un 19% (1.500.000) en 1960.¹³⁵⁴

Echando mano a censos, Viñas intentaba discernir el peso del proletariado en la población rural. Por el tipo de fuente, se veía obligado a utilizar la categoría de campesinos. Esta categoría incluía “estancieros medios”, “chacareros ricos y pobres” y los miembros de su familia, que el censo registraba como empresarios que atienden su parcela, aunque sea solo en tareas de vigilancia y no trabajo directo. La otra categoría

¹³⁵³CIDA: *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola*, 1965; Giberti, Horacio: “Uso racional de los factores directos de la producción agraria”, en: *Desarrollo Económico*, abril-junio de 1966.

¹³⁵⁴Datos extraídos de los citados informes del CONADE y de Solari, Aldo: *Sociología rural latinoamericana*, Eudeba, Buenos Aires, 1963.

censal con la que trabajaba era la de asalariados, que incluía a aquellos que eran enteramente asalariados y también a los semiproletarios, sin distinción. Las utilizaba como categorías provisionarias, porque las fuentes referían simplemente a “asalariados” y “no asalariados” en el campo. A partir de ello su análisis mostraba que los “campesinos y miembros de su familia no asalariados” representaban en 1914 un 70,8% de la población rural, mientras que para 1957 eran ya un 25%. Mientras que “asalariados permanentes y transitorios” evolucionan de un 29,2% a 75% entre los mismos años. Es decir que si en términos generales se produjo una caída de la población agrícola, el peso de los asalariados se volvió mayor y disminuyeron los “campesinos”. Todo ello, en un contexto de incremento de la superficie explotada (162 millones de hectáreas en 1914 contra 175 millones en 1960) y el aumento del número de explotaciones (306.000 en 1914 contra 417.756 en 1960). Los datos evidenciaban la existencia regular de relaciones salariales, siendo la remuneración del trabajo en el sector agropecuario el 25% del ingreso neto, y el otro 75% del capital. Asimismo, se registraba una caída histórica del jornal medio del peón rural permanente que contrastaba con el incremento del salario del cosechero del maíz. Esto es interpretado por Viñas como evidencia de la existencia de obreros especializados y mejor remunerados en el agro, producto de la tecnificación. Asimismo, daría cuenta de que la mecanización del campo produjo un “nuevo tipo de empresario”, el contratista de maquinarias que posee equipos propios y brinda su servicio a varios establecimientos.

Intentando cuantificar las clases, Viñas estima en 26.400 los burgueses (con propietarios de más de mil hectáreas), casi 690.674 mil “campesinos” y 1.200.000 los proletarios para 1960. A esta cifra llegaba a partir del censo de ese año, que estipula “productores” en 417.360, familiares no remunerados en 273.314, familiares remunerados en 262.922, ajenos en 319.802 y transitorios en 212.582. Trabajando con la hipótesis más adversa, sostuvo que las categorías de “productores” y “familiares no remunerados”, tal como hacía el PCR, correspondían a “campesinos”, lo cual ya de por sí, reconocía, era una gran exageración. Por su parte, los “familiares remunerados” serían en sentido estricto obreros, en cuanto que producen plusvalía y son libres de vender su fuerza de trabajo. Si bien parte de ellos podrían ser semiproletarios, es decir que explotan su propia parcela pero trabajan temporariamente como asalariados, esto no modifica su contabilización como proletarios, toda vez que son un sector que debe ser conquistado por la clase obrera. Sumando así “familiares remunerados”, “ajenos” y “transitorios”, se llegaba a la cifra de 795.306. Sin embargo, el censo subestimaría notoriamente los trabajadores

transitorios porque consignaba solo los de una semana y no de todo el año. Por ello Viñas tomaba como válida la cifra, haciendo uso de otras estadísticas (que no se citan), de 1.200.000, a lo que llegaría, aproximadamente, triplicando los cómputos de transitorios según el censo.

De resultas de todo esto, el autor señala que es

“totalmente inútil lamentarse por la suerte corrida por el campesino y por la disminución de su número, aun cuando se lo hace en nombre del ‘escaso desarrollo capitalista’ del campo local. El proceso, dentro del capitalismo, y justamente por causa de su desarrollo, debía necesariamente producirse así.”

Ahora bien, no satisfecho con mostrar el predominio de los asalariados en el campo por sobre los “productores”, Viñas intentó separar la paja del trigo para cuantificar la presencia de pequeña burguesía pobre dentro del “campesinado”. Esta operatoria tenía una intención política: la pequeña burguesía no explotadora podría ser conquistada por el proletariado y aquella que explota trabajadores solo ocasionalmente, “neutralizada”. Para ello cruzaba los censos con datos del CONADE. Los estudios de este organismo dividían las explotaciones en subfamiliares (hasta 200 hectáreas), familiares (201 hectáreas), multifamiliares medianas (1.735 hectáreas) y multifamiliares grandes (7.520 hectáreas). Mientras que en las subfamiliares se estimaban 260.000 “trabajadores permanentes no asalariados”, en las familiares la cifra estaba en 96.000 más 298.600 asalariados permanentes, y en las multifamiliares (tanto medianas como grandes) los propietarios y sus familias no trabajan y contrataban 154.000 asalariados.

Los “campesinos pobres y medios”, es decir, aquellos que no explotaban trabajadores permanentes, corresponderían a la primera categoría. Es decir, el campo argentino albergaba a 260.000 campesinos. Con todo, Viñas señalaba que era probable que dentro de ese número se encontrara una proporción de explotadores de fuerza de trabajo transitoria. Por caso, el CONADE registraba que el 26% de la mano de obra de las explotaciones subfamiliares era aportada por trabajadores asalariados ajenos transitorios. Con cálculos muy conservadores, el autor estimó entonces en 30.000 los campesinos pobres y medios que combinaban su trabajo personal con el de asalariados transitorios. A ello, debería descontarse un número de muy difícil estimación, correspondiente a campesinos “que utilizan maquinarias en cierta escala sin emplear mano de obra asalariada; es decir, que se han capitalizado merced del trabajo

familiar.”¹³⁵⁵ Finalmente, aportaba otra observación necesaria si bien difícilmente cuantificable: dentro del conjunto de los “campesinos pobres” se encontraría una cantidad de semiproletarios, que los censos registran como “familiares no remunerados” pero que no estipulaba si requerían para sobrevivir durante todo el año proletarizarse ocasionalmente. Cabría agregar que debiera contemplarse la posibilidad del recurso a contratistas por parte de estos productores “autónomos”. Como vemos, aunque Viñas niega la existencia del campesinado como clase en la Argentina, tiende a presentarlo como una fuerza despreciable. Los datos censales le permiten llegar hasta allí.

Finalmente, ¿qué dicen estas cifras? Que no estaríamos frente a un agro donde primen las relaciones “campesinas” y el proletariado sea minoritario. Las consecuencias políticas de ello son evidentes: el proletariado es el sujeto revolucionario y, en el mejor de los casos, solo necesita trabar relaciones el “campesino” no explotador. De este modo, no sería necesaria una alianza con explotadores.

Tenencia de la tierra

Finalmente, el último elemento que Viñas tomó para evaluar el grado de desarrollo capitalista en el agro argentino fueron las formas de tenencia de la tierra. Recordemos que partidos como el PCR y VC identificaban a la mediería, aparcería e, incluso, al arriendo, como formas de tenencia atrasadas o precapitalistas. Frente a ello, lo primero que hizo nuestro autor fue cuantificar el fenómeno. De las 471.156 explotaciones que registraba el censo de 1960, 233.998 correspondían a propietarios, 65.715 eran arrendadas, en mediería, tantería y aparcería aparecían 12.046, ocupadas gratuitamente 15.923, tierras fiscales 40.261, formas mixtas en 32.244¹³⁵⁶ y sin especificar 69.969. Es decir, 369.551 explotaciones capitalistas contra 101.605 “atrasadas”¹³⁵⁷, siendo estas últimas entre un 22 y 23% del total. Un número que puede ser elevado pero que, por ejemplo, se correspondía con el nivel que Estados Unidos detentaba en 1910. Sin

¹³⁵⁵Ídem, p. 97.

¹³⁵⁶Dentro de ellas se distingue: 28.224 que son parte en propiedad, parte arrendada; 3.667 parte en propiedad y parte en mediería y tantería; y, 1.353 parte en propiedad y parte en ocupación de tierras fiscales.

¹³⁵⁷Al número de formas capitalistas llega sumando las que están en propiedad, en arriendo, tierras fiscales, mixtas entre propiedad y arriendo y entre propiedad y fiscales. Las atrasadas contemplan los ocupantes gratuitos y las formas de aparcería, mediería y tantería, sumado a las que presentan formas mixtas con alguna de estas variaciones. Nuevamente, se trata de cálculos conservadores operando siempre con la hipótesis más adversa.

embargo, al medir en cantidad de hectáreas las “formas atrasadas” se reducen al 13%,¹³⁵⁸ lo que indicaba que tenían un menor peso en cuanto al total de la producción. Seguidamente, Viñas analizaba en detalle las formas de tenencia. Respecto de la aparcería, mostraba que las provincias “más avanzadas desde el punto de vista capitalista y más ricas” (Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, Mendoza y Santa Fe), eran las que acumulaban el mayor número de aparceros y medieros. Reconocía que también era cierto que las provincias que mostraban un mayor número de “campesinos” eran las que tenían una mayor proporción de establecimientos en aparcería (Corrientes y Santiago del Estero). Con todo, estudiando el caso particular de Mendoza, Viñas demostraba que los aparceros no eran necesariamente campesinos empobrecidos, sino grandes o medianos burgueses. Es decir, que resultaría incorrecto derivar de una forma de tenencia una relación social unívoca. Esto muestra

“que alejados de la realidad están quienes limitan sus observaciones sobre el campo a hablar de ‘pobres campesinos’, ‘formas semif feudales’, etcétera, y a llorar sobre la suerte del arrendatario y el aparcerero. [...] Aunque la aparcería es una forma atrasada en la producción, no puede asimilarse sin más ni más a las relaciones estrictamente precapitalistas en una sociedad en cuyo agro domina el capitalismo. Estamos más bien ante una forma de transición hacia el pleno dominio de relaciones capitalistas.”

En sintonía con ello, Viñas combatió la idea de que el imperialismo era promotor del atraso. Sosteniendo la tesis opuesta, consideraba que donde el imperialismo penetró de modo más directo fue en donde las relaciones de producción capitalistas se desarrollaron más ampliamente, siendo ese el caso de la zona pampeana. Dicho de otra manera, la penetración extranjera no liquidaba relaciones capitalistas sino que las creaba. Así, lejos de sentar las bases para una potencial alianza entre la burguesía y el proletariado en defensa del desarrollo nacional, el imperialismo generaría la universalización de la lucha de clases planteando la revolución socialista en todos los países.

La última cuestión que el libro abordaba sobre tenencia de la tierra, era la relación entre propietarios y arrendatarios. En tal sentido afirmaba que la tendencia observable en la Argentina es al incremento de los propietarios, que en el plazo 1914-1960 se habían casi

¹³⁵⁸En total se registran 175.142.479 hectáreas, de las cuales 23.459.231 están bajo formas atrasadas de producción.

duplicado. Ello sería resultado de dos elementos que torcieron la tendencia general del capitalismo al incremento del arrendamiento: la incorporación de nuevas tierras a la producción, y las medidas de los gobiernos de turno tendientes a la subdivisión y la entrega de tierras fiscales en propiedad.

En cuanto a los arriendos, tal como se mencionó para la aparcería, no se podría hacer una traslación automática entre tenencia de tierra y relación social. No todos los arrendatarios eran iguales, los había pequeños y los había latifundistas, e incluso los había propietarios-arrendatarios. Por caso, en provincias donde las explotaciones tenían en promedio más de mil hectáreas (Chubut, Mendoza, Neuquén, Rio Negro, Santa Cruz y Tierra del Fuego), se encontraba en una misma proporción de latifundistas arrendatarios así como propietarios, mientras que en provincias donde primaba el minifundio (Tucumán, Jujuy, Misiones y Santiago del Estero) el porcentaje de arrendatarios era apenas superior al 15%. Asimismo, habría una fuerte proporción de arrendatarios medios, de manera que “el mito del arrendatario pobrísimo no es sino eso: un mito”.

Igual carácter mítico tendría la afirmación del peso del arrendamiento en especies, que no superaba las 4.000.000 de hectáreas. El arriendo de tierras públicas tenía un peso mayor, 28 millones de hectáreas, pero también en su interior se verificaba la existencia tanto de latifundios como de minifundios, así como de campesinos pobres como de explotadores. Finalmente, Viñas ofrecía un último dato sugestivo: existía una coincidencia entre las regiones con mayor proporción de asalariados y con mayor proporción de parcelas arrendadas. Un indicio de que el arrendamiento coincide con el mayor desarrollo capitalista, y que no implica necesariamente producción familiar o de autosubsistencia.

Resumiendo

El panorama que presenta Viñas es de una Argentina que tenía todas las características de una sociedad capitalista industrial, cuyo mercado estaba unificado, y donde su agro se caracterizaba por las relaciones capitalistas de producción, siendo las clases fundamentales la burguesía y el proletariado. El campesino, que predominaría en algunas zonas, sería un pequeño burgués que producía para el mercado, siendo la producción para la subsistencia algo muy excepcional. No es posible “como lo hacía Mao respecto a China” englobar bajo la categoría de “campesino” a aquellos que

explotan trabajadores de los que lo hacían esporádicamente, puesto que en las condiciones de la Argentina esa contratación temporal de trabajadores exigiría un mínimo de capital y la posesión de instrumentos de trabajo de cierta magnitud, única manera de que la contratación de terceros se justificara económicamente. Los campesinos pobres, es decir, no explotadores, podrían ser traccionados hacia la causa del proletariado. De este, el aliado natural en el agro sería el semiproletariado, que a pesar de tener parcela (propia o familiar) necesitaba asalariarse durante el año. En cuanto a los campesinos medios, explotadores temporales, si bien eran afectados por la pauperización, deberían ser neutralizados y no aliados. Los llamados campesinos ricos no serían sino la masa de la burguesía capitalista, no habiendo ninguna distinción significativa entre propietarios y arrendatarios. Finalmente, se encontrarían los latifundistas, grandes familias asociadas a los monopolios. De resultas de todo ello:

“Si tenemos en cuenta el peso numérico de la clase obrera tanto urbana como rural, el apoyo que puede lograr entre los asalariados no obreros –que constituyen en nuestro país una capa enorme- y las alianzas en el campo y la ciudad con la pequeña burguesía pobre, no se ve por qué se teme al aislamiento de la clase obrera y por qué se intenta fabricarle aliados que no surgen de la estructura económico-social de nuestro país. Con los sectores con los que puede hallar bases para una alianza porque no son explotadores, la clase obrera se encontraría a la cabeza de una fuertísima mayoría.”¹³⁵⁹

El análisis de Viñas, finalmente, muestra un mayor grado de complejidad que el resto de los hasta aquí reseñados. Un dato que sobresale es el recurso a datos empíricos para sostener sus afirmaciones y argumentaciones. Hemos destacado el uso de informes y documentos del INTA, BID, CONADE, FIAT, Instituto de Ingeniería Rural y ONU a los que deben sumarse otros que no hemos referido pero que formaron parte de su análisis: CEPAL¹³⁶⁰, Ministerio de Economía y Trabajo de la Argentina¹³⁶¹, Ministerio de Hacienda y Finanzas de la Argentina¹³⁶², Dirección Nacional de Estadísticas¹³⁶³, SEAG¹³⁶⁴. Así como también, el conocimiento y la utilización de bibliografía

¹³⁵⁹Idem, p. 136.

¹³⁶⁰CEPAL: *Estudio sobre distribución del ingreso en América Latina*, 1967; CEPAL: *El desarrollo económico y la distribución del ingreso en la Argentina*, 1968.

¹³⁶¹Ministerio de Economía y Trabajo: *Informe Económico*, s/f.

¹³⁶²Ministerio de Hacienda y Finanzas: *Información económica de la Argentina*, Buenos Aires, julio y agosto de 1971.

¹³⁶³Dirección Nacional de Estadísticas: *Anuario Estadístico*

¹³⁶⁴SEAG: *Producción lechera argentina*, Buenos Aires, 1969.

especializada en el tema: Giberti, Sigaut y Ortiz, entre los que mencionamos, a los que deben agregarse otros que no mencionamos pero fueron referencia en la investigación de Viñas, como Dorfman¹³⁶⁵ y Flores¹³⁶⁶, solo por nombrar algunos.

A lo largo de esta tesis, vimos la importancia que el PC le otorgó al estudio agrario, sin embargo no llegó a desarrollar un análisis tan sistemático y que pusiera en juego una multiplicidad de variables como se ha visto en este apartado. En este punto, la denuncia del ex dirigente del MLN al conjunto de la izquierda muestra su lucidez: no importa lo ocurrido en China o Rusia, el punto de partida de una estrategia revolucionaria para el campo debe partir del análisis concreto de la realidad concreta. Mediante esa práctica Viñas trazó un panorama que se reñía directamente con la imagen tradicional del agro. El campo descrito en sus trabajos es un campo que detenta altos niveles de productividad, que muestra estar a la altura de los estándares tecnológicos del mundo, esencialmente capitalista y, como consecuencia de ello, ya maduro para un horizonte nuevo, el socialismo.

II. El Obrero y la Organización Comunista Poder Obrero

Tal como señalamos algunas páginas atrás, en el contexto de disolución del MLN, la regional cordobesa se alejó planteando posiciones solidarias con la caracterización que realizaba la tendencia liderada por Viñas.¹³⁶⁷ Mientras que este, como hemos visto, emprendió la tarea de realizar un análisis sistemático ofreciendo una imagen bastante acabada del agro argentino, la organización que fundó -Acción Comunista- tuvo escasa incidencia en la lucha de clases en los '70. El caso de la OCPO, organización constituida en 1974 y cuyo núcleo central fue El Obrero, justamente la organización que se constituyó sobre los restos de la Regional Córdoba del MLN, tuvo un menor desarrollo teórico en este punto, pero un mayor alcance en su inserción e intervención

¹³⁶⁵Dorfman, Adolfo: *Evolución industrial en la Argentina*, Losada, Buenos Aires, 1942.

¹³⁶⁶Flores, Edmundo: *Tratado de economía agrícola*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1961.

¹³⁶⁷Para esta reconstrucción nos basamos en: Lissandrello, Guido: "La izquierda y el movimiento obrero: El caso de El Obrero en Córdoba (1970-1973)" en, *Razón y Revolución*, N° 21, Buenos Aires, 2011, pp. 133-146; Cormick, Federico: "Apuntes sobre la Organización Comunista Poder Obrero", en: *Cuadernos de Marte*, año VI, N° 8, enero-julio de 2015, pp. 95-128; AA.VV.: *Organización Comunista Poder Obrero. Una aproximación al Socialismo Revolucionario en los '70*, Ediciones A Vencer, Buenos Aires, 2009; Castro, Dardo y Juan Iturburu: "Organización Comunista Poder Obrero", en: *Lucha Armada en la Argentina*, año I, N° 1, diciembre-enero-febrero de 2010; Costilla, Ana: "Contra la corriente. El programa socialista de la Organización Comunista Poder Obrero (1969-1976)", en: Galafassi, Rugar y Costilla, *Dirán...*, op. cit., pp. 57-74.

política en la etapa, guiándose por tesis similares a las que planteaba Viñas. Esa es la particularidad que nos obliga a integrarla a nuestro análisis.

El Obrero se estructuró como tal a comienzos de la década del '70, a partir de un pequeño grupo de estudiantes que tras la ruptura del MLN había organizado los Grupo Revolucionarios Socialistas (GRS). Desde sus inicios, rechazaron la denominación de “partido” y optaron por la de “organización”. Ello no se debía a un rechazo de la tradición partidaria que inauguró el marxismo leninismo, al que justamente estaban abrevando, sino a una decisión de no autoproclamarse partido revolucionario cuando aún eran un grupo minoritario. Naturalmente, el punto de partida fue la demarcación respecto del MLN. En primer lugar, se le criticaba a la ya disuelta organización el haberse dedicado exclusivamente a la actividad teórica e intelectual, descuidando la inserción y acumulación en el movimiento obrero. A los ojos de los militantes de El Obrero, el Malena aparecía como un grupo intelectual escindido de la clase obrera que, cuando intervenía, ante la carencia de construcción propia, terminaba siguiendo a la CGT y al peronismo. A esta crítica respecto de la estrategia, se sumaba otra de orden mayor, programática: para los militantes cordobeses el programa de Liberación Nacional, que había sido constitutivo de su experiencia anterior, resultaba inadecuado para la realidad argentina. Como se ve, un punto de partida semejante al de Ismael Viñas.

Los análisis de El Obrero sostenían que la revolución “democrática”, es decir aquella que ponía el eje en la contradicción Nación e Imperio y que presuponía la expropiación de los “monopolios extranjeros”, la liquidación de la “oligarquía” y la realización plena de la democracia burguesa, no tenía lugar en Argentina puesto que la burguesía ya había cumplido con todas sus tareas. Como veremos en detalle luego, la organización asumió que el carácter de la revolución era netamente socialista desde el inicio. Este programa la singularizó dentro del amplio abanico de organizaciones políticas de izquierda en la Argentina.

La estrategia desarrollada por El Obrero estuvo centrada en las fábricas, particularmente el trabajo en las bases para disputar las direcciones burocráticas. En este sentido, los *Boletines*, que la organización desarrolló como herramienta de acercamiento a la clase obrera, hacían constante hincapié en emprender la organización desde las bases. De allí que se privilegiara la acción sobre las Comisiones Internas y los Cuerpos de Delegados de Base, como forma de recuperar la combatividad del movimiento obrero, que constantemente sería frenada por las direcciones burocráticas que estaban al servicio de

los explotadores. Inicialmente tuvieron una inserción escasa, pero no despreciable. La rama más importante sobre la que tuvieron presencia fue la de mecánicos y, en particular, automotrices. El Obrero intervino cotidianamente en las fábricas IKA-Renault y FIAT, en las que acercaba a los obreros sus *Boletines para el SMATA*. Incluso la organización llegó a lograr que un militante suyo, Juan Vilas, fuera el secretario general del gremio de la empresa Perkins donde existía el Sindicato de Trabajadores de Perkins (SITRAP). La presencia en estos sectores fue la que le permitió tener visibilidad en los congresos y plenarios de SITRAC y SITRAM. En menor medida, también tuvo inserción en empleados municipales, docentes y trabajadores de vialidad. En el plano estudiantil desarrollaron los Grupos Socialistas de Base, con estudiantes que ya tenían cierta trayectoria en el movimiento estudiantil y que en algunos casos habían sido referentes destacados en las facultades cordobesas. Tampoco faltó la edición de una prensa propia, *El Obrero*.

Hacia 1972, cuando comenzó a tomar forma la salida electoral gracias al Gran Acuerdo Nacional, la organización denunció que se trataba de un plan de la burguesía, con apoyo del peronismo de izquierda, para darle una salida reaccionaria a la crisis. En función de ello, llamó a continuar la senda abierta por el Cordobazo boicoteando la “farsa electoral”, avanzando en el desarrollo del clasismo y en la construcción del partido obrero revolucionario. La realidad acabó por plantearles un severo problema: las elecciones que entronizaron a Cámpora como el nuevo presidente, habían contado con una afluencia masiva a las urnas, lo que echaba por tierra los pronósticos de las organizaciones del socialismo revolucionario. El resultado entonces los obligó a repensar su intervención electoral y realizar una autocrítica a lo que pronto consideraron como “ultraizquierdismo”. El balance realizado cargó las tintas sobre la carencia de un programa para actuar en los comicios y de una política de alianzas que contemplara la participación. De resultas de ello, el nuevo llamado a elecciones para septiembre de 1973 los encontró apostando a la fórmula electoral que recogía las aspiraciones del sindicalismo combativo, Tosco-Jaime, que no llegaría a concretarse.

La organización en cuestión desarrolló una política de acercamiento a otros partidos, motivo por el cual participó en varias ediciones del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS) que promoviera el PRT-ERP, intentando darle una orientación compatible con su prédica de “socialismo revolucionario”, como El Obrero se autodefinía en razón de su defensa de la revolución socialista. Por fuera de él, intentó alianzas con quienes compartían un programa similar. Esta política tuvo un primer

resultado hacia mediados de 1974 cuando celebró un encuentro político en la provincia de Córdoba que dio origen a la Organización Revolucionaria Poder Obrero (ORPO). En ella confluyeron, además de El Obrero, Poder Obrero y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Poder Obrero era un pequeño destacamento originario de la provincia de Santa Fe. Se había constituido a partir de un grupo de la ciudad de Rosario que se distanció de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), una organización cuya actividad principal eran las acciones armadas. La disidencia había comenzado justamente por aquel motivo, puesto que el núcleo rupturista apostaba a un desarrollo de masas. Así entró en contacto con los Grupos de Base (militantes provenientes del MLN con trabajo estudiantil) y decidieron intervenir tanto en el plano sindical como en el universitario, dando vida así a Poder Obrero. En cuanto al MIR, se trataba de un grupo esencialmente estudiantil que, fundado hacia 1972, se planteaba la confluencia con destacamentos mayores a los efectos de ir construyendo el partido revolucionario del proletariado. Coincidió con El Obrero en el carácter socialista de la revolución, discutiendo abiertamente la pertinencia de un proceso de Liberación Nacional para la Argentina.

En 1974 la ORPO tuvo una presencia significativa en la lucha de Villa Constitución. Hacia mediados de 1973, la Lista Marrón había conquistado la comisión interna de la firma Acindar de esa localidad. La encabezaba Alberto Picinnini, ligado al socialismo revolucionario. Cuando en 1974 se convocó a elecciones de la Unión Obrera Metalúrgica, la conducción nacional evitó que se realizaran en Villa Constitución, a sabiendas que el clasismo combativo era allí fuerte y podía perder un bastión importante del gremio. Eso desató un proceso de lucha en torno a la convocatoria a elecciones y la defensa de la comisión interna de Acindar, que estaba siendo atacada y había sido sancionada. Se inició así una huelga de gran envergadura que terminó alcanzando el éxito al lograr que se realicen los comicios y que allí se imponga la Lista Marrón. Además de Picinnini, la ORPO intervino también con otro dirigente propio, Francisco Sobrero.

Para ese entonces, las organizaciones del socialismo revolucionario ya habían comenzado a desplegar un accionar de tipo armado: los Piquetes Obreros Armados (POA). Se trataba de una iniciativa, al menos en la formulación teórica de la misma, que apuntaba a la autodefensa de los trabajadores en el marco de iniciativas fabriles. Su objetivo era la defensa frente a los ataques de fuerzas irregulares de las empresas o de la dirigencia sindical que se veía amenazada por los activistas de base, así como de fuerzas

regulares del propio Estado. La iniciativa marcó un punto de quiebre en relación a la trayectoria previa del núcleo fundante, El Obrero, que hasta ese momento no había tenido una práctica armada.

Hacia 1975, la política de alianzas y acuerdos de la ORPO riendieron nuevos frutos, con una la incorporación de nuevas organizaciones que se unieron para dar vida a la Organización Comunista Poder Obrero. Entre ellas: Filosofía/70 (Buenos Aires), ARDES (Tucumán), Lucha Socialista (La Plata) y desprendimientos de FAL 22, FAL “Columna América en Armas”, PRT-Fracción Roja, Acción Comunista y MR17. La nueva organización continuó interviniendo en frentes de masas. En el plano sindical, parece haber cosechado una influencia importante, dado que adquirió un rol preponderante en las Coordinadoras Interfabriles de junio y julio contra el Rodrigazo.¹³⁶⁸ En el plano militar, hubo un avance hacia formas más ofensivas de acción: las Brigadas Rojas (BR). Se trataba ya de destacamentos armados que no pretendían la autodefensa obrera (de hecho, convivían con los POA como formas diferenciadas) sino que apuntaban al ataque de lo que se consideraba era el enemigo y a las acciones de propaganda. Algunos ejemplos de este accionar fueron el secuestro de una avioneta en Villa Constitución para arrojar volantes en la ciudad, el secuestro de directivos de fábricas para lograr reclamos de los obreros que estaban en lucha, actos de amedrentamiento a gerentes y destacamentos policiales y secuestros como fuente de financiamiento. En este plano, la organización se mostró muy dinámica en los primeros años de la dictadura militar, al punto que el Estado Mayor General del Ejército la consideró como una de las principales fuerzas de la subversión. En los primeros meses de 1976 incluso hubo una iniciativa compartida por Montoneros, PRT-ERP y la OCPO de constituir un frente armado común bajo la denominación de Organización para la Liberación de Argentina (OLA), que finalmente quedó trunco por el asesinato y desaparición de varios miembros de dirección de las organizaciones.

En efecto, la represión descargada por el Estado llevó a la organización a su virtual desaparición en pocos años, al punto tal que si bien pervivieron ciertos núcleos que se reactivaron a comienzos de los '80, la OCPO no logró instalar una corriente propia que perdurara hasta la actualidad ni siquiera bajo otras denominaciones o bajo la forma de destacamentos que se reivindicaran como continuadores de su historia.

¹³⁶⁸Löbbe, *La guerrilla...*, op. cit.

a. *El programa socialista y la reforma agraria*

En un temprano documento, firmado por El Obrero en 1970 y titulado *Acerca del carácter de la revolución en nuestro país*, la organización dejó en claro el programa que se mantuvo intacto a lo largo de toda la corta historia de la OCPO. En esas páginas, se pronunció por el rechazo a una “revolución democrática”, aquella que fijaba la contradicción principal entre la Nación e Imperialismo, a fin de resolver el insuficiente desarrollo del capitalismo nacional, cumpliendo tareas burguesas (expropiación de los monopolios extranjeros, plena realización de la democracia, liquidación de la oligarquía) en alianza con una burguesía nacional que tendría potencial revolucionario. En oposición a ello, El Obrero planteó una tesis innovadora, si la ponemos en relación al conjunto de la izquierda que hemos venido analizando hasta aquí, según la cual el camino ya estaba allanado para la realización de una revolución socialista, donde se enfrentarían como clases fundamentales el proletariado contra la burguesía. Esta caracterización se basó en el análisis de tres elementos: el desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones de producción dominantes y la superestructura política.

Respecto al desarrollo de las fuerzas productivas, se evaluaba que el país había roto el esquema agroexportador, caracterizándose por una economía predominantemente industrial, si bien no firmemente asentada en la industria pesada, con un alto índice de concentración. En el ámbito agrario la situación sería más compleja. Se encontrarían allí supervivencias precapitalistas, pero no asociadas a resabios feudales o semif feudales, sino a formas de producción simple de mercancías, con baja explotación de mano de obra asalariada y escasa acumulación de capital. Asimismo, El Obrero sostuvo que la existencia del latifundio, por el fenómeno de la renta, trabó la capitalización del campo y se mantuvieron fracciones de campesinado oprimido por terratenientes. Con todo, el peso de esos fenómenos no sería sustantivo, de manera que “la estructura del campo argentino es predominantemente capitalista, y no hay una verdadera Revolución Agraria [...] que cumplir.”¹³⁶⁹

En cuanto a las relaciones de producción, las clases sociales fundamentales serían proletariado y burguesía. En un documento posterior incluso aclararon: “la clase más numerosa es la clase obrera, y *no el campesinado*, y no existe en nuestro país ninguna

¹³⁶⁹El Obrero: *Acerca del carácter de la revolución en nuestro país*, 1970, p. 2.

clase o sector de clase que no sea producto del sistema capitalista”.¹³⁷⁰ Una lectura en sintonía con la de Viñas, quien destacó la realidad capitalista del supuesto campesinado argentino, al que identificaba socialmente con la pequeña burguesía. En función de este balance, el partido revolucionario debería arrastrar de tras de sí a “sectores del campesinado pobre, los aborígenes, los trabajadores del campo y la ciudad.”¹³⁷¹ En un documento posterior se afirmaba la necesidad también de alianzas con el campesinado medio, caracterizado no como “empresariado burgués en el campo”, sino como pequeñoburgués, es decir como propietario no explotador de fuerza de trabajo.¹³⁷² En otra oportunidad se hablaba de que

“no hay clase que pueda hacer esta Revolución sino es el proletariado en el poder, apoyado en todos los sectores populares oprimidos por el capitalismo (empleados, intelectuales, semiproletariado rural y urbano, campesinado pobre y pequeños propietarios empobrecidos)”.¹³⁷³

Esto parece indicar que se trataría de una alianza entre el proletariado y la pequeña burguesía no explotadora.

La cuestión se aclaró finalmente en un documento titulado *Continuando la discusión con la Tendencia Revolucionaria*, que carece de fecha. En dicho texto, El Obrero discutía con la mencionada Tendencia en torno a la caracterización de la pequeña burguesía, si esta era o no explotadora. La Tendencia definiría el carácter explotador de la pequeña burguesía en función de si podía o no sustraerse ella misma de la producción. El Obrero respondía que ese criterio no era válido, en la medida que incluso un burgués, cuyo carácter explotador no estaba en duda, podía seguir “trabajando”. El asunto central no sería si elegía o no “trabajar”, sino si el nivel de plusvalía extraído a sus obreros le alcanzaba para poder optar por no trabajar. Admitía, sin embargo, que se trataba de una diferencia sutil y de difícil percepción en la realidad. No obstante ello, el punto central de la discusión era la pequeña burguesía *rural*, puesto que la OCPO acusa a la tendencia de leer mal las clases agrarias.

¹³⁷⁰El Obrero: *El programa de Sitrac-Sitram. Aportes para la discusión*, junio de 1971, p. 3. El destacado es nuestro.

¹³⁷¹El Obrero: *La situación política actual*, agosto de 1973, p. 7.

¹³⁷²“FAS: Balance del V Congreso”, en: *El Obrero*, 14/12/1973.

¹³⁷³El Obrero (fracción disidente): *Por qué votamos y llamamos a votar al Frente de los Trabajadores*, circa 1973, p. 7. La disidencia parece haberse producido estrictamente por una cuestión de táctica electoral. Como veremos luego, los planteos programáticos de este documento no registran variaciones respecto al programa general de la organización.

Intentando refutar los postulados que consideraba erróneos, el documento recopilaba una extensa cita de Lenin en la que el revolucionario ruso señalaba que las masas explotadas del campo que pueden ser atraídas a la lucha proletaria eran: el proletariado agrícola (temporario o permanente), el semiproletariado que obtenía su sustento en parte vendiendo su fuerza de trabajo y en parte trabajando una parcela en posesión propia y, finalmente, los “pequeños campesinos” con una explotación tan reducida que alcanzarían su sustento y no requerían de jornaleros extra. Estos últimos serían vacilantes, pero ganables. Distinta sería ya la situación de los “campesinos medios”, que podían recurrir con cierta frecuencia a la contratación de mano de obra y que, en función de la evolución de la coyuntura, alcanzando a obtener ciertos excedentes que devienen en capital. Estos, enfatizaba El Obrero a partir de la cita, no eran ganables sino solo neutralizables. Ya los campesinos ricos eran decididamente explotadores de fuerza de trabajo y enemigos de la clase obrera. De todo ello, la OCPO concluye:

“De la clasificación se desprende claramente, como hemos señalado (y Uds. también) que los campesinos ricos, a pesar de trabajar manualmente en forma personal, son burgueses. Que el proletariado debe organizarse al margen de todo sector, independiente por completo. Que la pequeña-burguesía no explotadora (los campesinos pequeños, los que más estrictamente podrían llamarse campesinos pobres, aunque en cierto sentido hasta los medios son también pobres) son clasificados por Lenin por separado, aparte de los semiproletarios. Y además, no por casualidad, ya que los motivos por los que saldrían ganando con la revolución proletaria son diferentes. Y por último, que traza una divisoria clara respecto a los que explotan y los que no explotan fuera de trabajo asalariada”.¹³⁷⁴

Lo que finalmente queda claro aquí es que lo que se estaba defendiendo era la posibilidad de una alianza con una clase no proletaria, la pequeña-burguesía pero siempre ceñida a su capa no explotadora a la que se define como “campesina”. Lo que la organización no especificaba, era la magnitud de esa clase. El documento en cuestión proseguía estableciendo una diferenciación entre unidad y alianza. Mientras que la primera era la confluencia de sectores y fracciones de una misma clase con idénticos intereses, la alianza remitía a un acuerdo entre clases diferentes. Esto significaba que el proletariado debía buscar la unidad entre clase obrera industrial y clase obrera rural, y la

¹³⁷⁴El Obrero: *Continuando una discusión con la Tendencia Comunista*, s/f, p. 13.

alianza con clases no proletarias y no explotadoras, esto es, la pequeña burguesía (rural y urbana). Dentro de la alianza, y esto es lo interesante, se encontraba el semiproletario pero con el siguiente criterio:

“Plantear una alianza con estos sectores [refiere a la pequeña burguesía y al semiproletariado], sabiendo que no son proletarios, no implica en manera alguna fortalecer sus rasgos negativos. Claro está que la política frente a los semiproletarios debe ser la de combatir sus rasgos pequeñoburgueses y plantear la alianza en torno a sus rasgos proletarios”.

Lo interesante es, justamente, que la conquista de sectores no proletarios se basaba en el cuestionamiento a su propiedad de medios de producción y no a la reivindicación de su “campesinidad”, como hemos visto que ocurría en otras organizaciones de izquierda. Volviendo a la caracterización del país, el último elemento en juego era la superestructura política. En este punto, El Obrero sostenía que el Estado argentino era un estado burgués plenamente constituido y políticamente independiente, que no estaba ocupado militarmente por ninguna nación extranjera. Argentina no sería entonces ni colonia, pues su gobierno no es una delegación de un poder político extranjero, ni una semicolonia, pues no es un país semifeudal, sin industria, atrasado y que depende de una metrópolis comercial. Esto significaba que la burguesía había cumplido su tarea revolucionaria principal, por lo que “la bandera de la Liberación Nacional, es una bandera falsa para nuestro país”.¹³⁷⁵ Justamente, entre los promotores de este tipo de programas, se encontrarían sectores de la pequeña y mediana burguesía, dirigentes sindicales peronistas (como Rucci y Atilio López) y, más peligroso según El Obrero, partidos como VC y PRT.

En un documento posterior, de 1973, en el que se llamaba a votar la fórmula electoral del Frente de Trabajadores (impulsada, como hemos visto, por el PST), esta caracterización se sintetizaba muy claramente:

“El nuestro es un país con un alto desarrollo capitalista de las fuerzas productivas, intermedio entre los países de economía avanzada y los atrasados de Asia y África y parte de América Latina que evolucionó de la producción agraria a la industrial, con un alto grado de concentración del capital en monopolios nacionales e internacionales y

¹³⁷⁵El Obrero, *Acercas...*, op. cit., p. 15.

donde las relaciones técnicas y sociales de producción son capitalistas. [...] El imperialismo controla la economía del país y esto va a ser así mientras el capitalismo sea capitalismo, puesto que este no puede prescindir de él, dado que la burguesía argentina no es lo suficientemente poderosa”.¹³⁷⁶

Estas premisas no se abandonaron cuando se constituyó OCPO. En el documento en el que se selló la unidad entre El Obrero, Poder Obrero y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) la Argentina fue caracterizada como un país capitalista, monopolista y dependiente cuya revolución debía ser socialista. Para el agro se ratificó que la estructura era “esencialmente capitalista, el proletariado rural es una de las clases más importantes [...] las explotaciones precapitalistas son escasas y de pobre peso económico y en su mayoría integradas al mercado nacional.”¹³⁷⁷ En igual sentido, Dardo Castro, último secretario general de la OCPO, señalaba que los grupos que conformaron la organización “interpretaba[n] que las insurrecciones urbanas de fines de los ’60 cuestionaban profundamente las estrategias revolucionarias obrero-campesinas heredadas de las revoluciones soviética, china y vietnamita.”¹³⁷⁸

Primero El Obrero y OCPO después, batallaron contra posiciones que defendían la liberación nacional y, en particular, la consigna de reforma agraria, en dos instancias: como crítica al programa elaborado por los sindicatos clasistas Sitrac y Sitram, donde confluía buena parte de la izquierda argentina, y contra el Encuentro Nacional de los Argentinos, comandado por el PC. En los dos casos, con sus matices, se juzgó que ambos programas se ubicaban en el campo de la revolución democrático burguesa. Retomando los planteos ya señalados, en un documento de crítica, la organización insistió con la idea de que ese programa correspondía solo a países donde no había un Estado burgués plenamente constituido, no había unificación completa del mercado interno, la clase social más numerosa era el campesinado y la burguesía nacional era un mero apéndice intermediador del imperialismo. Características que no aplicarían a la realidad argentina.

Lo interesante es la crítica que realizó al planteo de reforma agraria. Esa consigna reflejaría “los intereses de la pequeña burguesía agraria”¹³⁷⁹ y como tal portaría un carácter profundamente regresivo, toda vez que dividir las grandes unidades de gran

¹³⁷⁶El Obrero (fracción disidente), *Por qué...*, op. cit., p.7.

¹³⁷⁷El Obrero, Poder Obrero, Movimiento de Izquierda Revolucionaria y Lucha Socialista: *Hacia la construcción del partido revolucionario*, 24 de junio de 1975, p. 1.

¹³⁷⁸Castro e Iturburu, “Organización...”, op. cit., p. 105.

¹³⁷⁹El Obrero: *Encuentro de la burguesía nacional con los reformistas argentinos*, marzo de 1971.

capitalización sería un paso hacia el descenso de la productividad. Incluso, en materia política sería sumamente peligroso pues “medidas como estas no pueden sino llevar al desarrollo de toda una capa de pequeños burgueses campesinos, que después se aferrarán a su mezquina parcela de tierra, significando un obstáculo”,¹³⁸⁰ “y la base más firme de la reacción burguesa, cuando el proletariado en el poder se plantee la socialización de la tierra.”¹³⁸¹ Ante la inexistencia de un campesinado numeroso en el país, la reforma agraria lo único que haría sería crear una clase de ese tipo, entendiendo por tal pequeños y medianos productores, que se constituirían no ya en un avance hacia el socialismo, sino en un obstáculo para el capitalismo mismo. La tarea revolucionaria, en ese sentido, sería la colectivización agraria y no la reforma.

En el documento ya citado de apoyo electoral al Frente de Trabajadores, se cuestionó también la consigna de recolonización agraria que, como vimos en el capítulo precedente, formó parte de su plataforma electoral. Siguiendo la crítica a la reforma agraria, OCPO señalaba:

“Tareas como recolonización del campo, por ejemplo -a través de las cuales se podría fortalecer una capa de campesinos medios y pequeños propietarios que son en lo general hostiles al proletariado si este no los gana en su proceso-, no ayudan al progreso de las fuerzas de la sociedad sino que se oponen a él, tirando hacia atrás la rueda de la historia. Creemos que consignas de ese tipo son también parte de una incorrecta concepción de poder obrero y popular, o sea de un poder compartido entre los obreros y capas pequeño burguesas.”¹³⁸²

Esta posición no dejaba de ser consecuente con la que la organización esbozó sobre los “monopolios” industriales y la burguesía pequeña y mediana. Al igual que combatió la supuesta “cuestión agraria” por resolver en la Argentina, El Obrero también cuestionó el carácter “antimonopolista” de la revolución. Contra toda la izquierda, defendió que el “monopolio” era progresivo en tanto y en cuanto la concentración de la producción en complejos mayores, más tecnificados y de mejor productividad no hacían sino facilitar la socialización que debe llevar adelante el proletariado. “Los grandes monopolios actuales, producirán maravillas en manos de la clase obrera.”¹³⁸³ De este modo, las

¹³⁸⁰El Obrero, *El programa...*, op. cit., p. 10

¹³⁸¹El Obrero, *Encuentro...*, p. 8.

¹³⁸²El Obrero (fracción disidente), *Por qué...*, op. cit., p. 8.

¹³⁸³El Obrero, *El programa...*, op. cit., p. 10.

medianas empresas, “que cierran, que especulan, que desocupan y superexplotan”¹³⁸⁴ a la clase obrera, deberán ser combatidas. No hacerlo, o lo que es igual, aliarse con ellas, sería desarmar a la clase obrera que trabaja en ese tipo de establecimientos. Como puede verse, la negativa a una reforma agraria en el campo tiene su correlato “urbano” en el rechazo a una alianza con el pequeño y mediano capital industrial.

Corresponde, finalmente, señalar una última discusión que sostuvo OCPO contra aquellas organizaciones que apostaban a una estrategia de construcción de aparatos militares. Detrás de ese debate aparecía, nuevamente, la cuestión campesina y la estructura económica del país. En concreto, la crítica de OCPO (por entonces, la organización se identificaba con la sigla ORPO –Organización Revolucionaria Poder Obrero-) tuvo como objeto debatir a raíz del lanzamiento por parte del PRT-ERP de la llamada Compañía de Monte. Reconociendo que la iniciativa no podía caracterizarse como “foquista”, toda vez que el PRT tenía una inserción en las masas y se proponía la construcción partidaria, sí advertía que se trataba de una estrategia inadecuada para la realidad argentina. Con una estructura social en la que el 75% de la población residía en centros urbanos, la situación del país no podía ser similar a la de Vietnam o China, donde el desarrollo capitalista al momento de producirse la construcción de la guerrilla y el ejército revolucionario, era escaso, existían relictos precapitalistas en el campo y no había una integración económica nacional. Si allí podría haber campesinos y ser plausible una guerrilla rural como estrategia, en la Argentina eso no se verificaría. En el territorio nacional no sería posible tampoco, como buscaba el PRT-ERP, establecer zonas liberadas:

“[para] estabilizarse una zona políticamente autónoma, requeriría de la existencia de un país socialista limítrofe, o la insurrección de importantes ciudades ligadas a la zona, y aun así es dudoso que pueda mantenerse. El grado de desarrollo capitalista del país, su integración nacional y la interrelación económica existente es tal que llevaría a la parálisis económica en pocas semanas a una zona aislada.”¹³⁸⁵

Por ello,

¹³⁸⁴“FAS: Balance...”, op. cit.

¹³⁸⁵“La guerrilla rural”, en: *El Obrero*, mayo 1975.

“Desde este punto de vista, resulta incorrecto dedicar hoy los esfuerzos enormes que dedica el PRT a la Compañía de Monte, siendo que en Buenos Aires, lugar donde está concentrada la inmensa mayoría del proletariado argentino, ninguna organización revolucionaria (ni nosotros, ni el PRT, ni nadie) alcanza a dar un mínimo de respuesta a las necesidades que plantea la lucha de clases.”¹³⁸⁶

La crítica es consecuente con el programa y el análisis del país que realizara OCPO. Tal como hemos visto en el capítulo VI, estos señalamientos bien podrían aplicarse también a VC, que inicialmente postuló una estrategia de guerrilla rural imaginando masas campesinas.

b. Una aproximación a la intervención en los '70

Dado que han sobrevivido pocos registros documentales de El Obrero y la OCPO y se trata de organizaciones que no han tenido continuidad hasta el presente (lo que hubiese contribuido a difundir sus documentos), es difícil reconstruir toda su intervención en la etapa. No hemos encontrado registros que nos permitieran aproximarnos a su caracterización o relación con el movimiento linguista o con las luchas del proletariado rural, lo que en parte puede atribuirse a la ausencia actual de buena parte de los números de sus publicaciones periódicas. Con todo, un informe sobre las “puebladas” de Malargüe y General Roca en julio de 1972, muestra que la organización no abjuró de sus posiciones frente a hechos que mostraban la activación de sectores de la burguesía agraria.¹³⁸⁷

El Obrero analizaba aquellos sucesos situándolos en un marco de “crisis general del país, que provocó una situación de masas desde mayo de 1969 en adelante.” No obstante, a diferencia de movilizaciones como las del Cordobazo, los hechos de Malargüe y General Roca representarían puntos más bajos del auge de masas, ya que acontecerían en localidades marginales del país. Veamos como examina El Obrero cada uno de los casos.

“Malargüe es un pueblo de 5.000 habitantes al sur de Mendoza (450 km.), que el domingo 2/7 fue tomado por sus vecinos, que cerraron las entradas del pueblo, tomaron

¹³⁸⁶Idem.

¹³⁸⁷El Obrero: *Las enseñanzas de Malargüe y General Roca*, 1972, p. 1. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

la Municipalidad y la radio para empezar transmisiones propias ('La Voz del Pueblo') donde denunciaban la situación económica. El desencadenante de los hechos fue el cierre de la mina de manganeso y el posible cierre de otras fuentes de trabajo con la que se produciría la desocupación de 500 familias, más o menos. La principal actividad económica es, al parecer, la minería. El manganeso producido en Malargüe [...] no alcanza a ser competitivo con el importado de Brasil, por la baja concentración de la industria y la baja ley del mineral. Caselo, dueño de la fábrica, comienza a trabajar a pérdida y cierra su mina. El conjunto de la población, con el Intendente incluso y con la burguesía local, al parecer están involucrados en la cosa: temen la desaparición del pueblo. Pero, no se puede perder de vista el hecho de que lo que inicia la movilización sea una reivindicación de carácter proletario: mantenimiento de las fuentes de trabajo. Por cuya causa se produce primero la marcha del hambre y luego la protesta del resto del pueblo, cuya base social es, al parecer, principalmente obrera."

La situación en General Roca sería sensiblemente diferente:

"Con 30.000 habitantes, el pueblo está enclavado en una de las zonas frutícolas más ricas, ya que en la cosecha de este año 71/72, representaría un 82,3% de manzanas y un 71,7% de peras para la producción nacional [...] La producción frutícola ha llegado al límite de su absorción por el mercado interno y encuentra dificultades en el externo, apareciendo el fantasma de la superproducción y seguramente la posibilidad de las grandes compañías de comprar a bajo precio la producción a los productores menores, burguesía menor y la pequeña burguesía rica".

Frente a tal situación se habría conformado, en el pueblo, una Comisión Popular Provisoria, la cual estaría integrada por esta burguesía media y pequeña, según señala El Obrero a partir de un estudio que habría hecho de los detenidos en las movilizaciones. Esta hipótesis se confirmaría por las entidades que habrían acompañado a la comisión (Cámara de productores frutícolas, Cámara de Comercio) y los partidos políticos (Radicalismo, Demócrata Cristiano, Justicialista).

Tanto en General Roca como en Malargüe, señala El Obrero, se habría dado un fenómeno análogo: la burguesía se habría movilizado ante el empobrecimiento de ciertas regiones, empobrecimiento que estaría vinculado a la tendencia objetiva de concentración monopolista inherente al capitalismo, y así habría arrastrado a las masas a la acción y al enfrentamiento. El conflicto habría llevado al punto de poner en cuestión

al personal político. Ante tal situación, la burguesía intentó retener la dirección del movimiento y encorsetarlo en sus propios objetivos: el cambio del personal político y una solución a la crisis, solución que, por su misma naturaleza de clase debería ser transitoria, ya que el causante último sería la propia legalidad del desarrollo capitalista.

El proletariado, por su parte, tendría como tarea empujar más allá de los límites burgueses y lograr la dirección del movimiento, para así imponer sus propios objetivos históricos. Para El Obrero, la lucha debía centrarse en la derogación de las leyes represivas, las reivindicaciones económico-sociales (aumento de salario, seguro al desempleo, libertad de organización), “separando lo más estrictamente que se pueda de la pequeña y mediana burguesía” con la cual “llegarán a chocar abiertamente”, y orientarse a que la “crisis regional no la cargue el proletariado” impulsando “la captura de los medios de producción y circulación.”

La clase obrera debía trabajar en la construcción de una salida independiente, estableciendo una alianza con el semiproletariado y los campesinos pequeños y medios. Vale destacar que estos campesinos correspondían a sectores que no eran los que protagonizaban la protesta, a los que El Obrero caracterizaba directamente como burgueses. Justamente, la organización hacía hincapié en enfrentar la lectura de los medios de prensa y la intelectualidad “burguesa nacional desarrollista” que

“hacen un elogio, una adulación, de la falta de banderas políticas e ideológicas, de los motivos puramente económicos que ‘unen’ a la población desde el más rico al más miserable obrero. [Elogian al] pueblo (burgueses y proletarios) unido por su interés nacional sin mezquinas banderas políticas”.

En este sentido, se señalaba que seguramente algunos partidos “seudomarxistas” reivindicarían a la “burguesía revolucionaria” que emprendía la alianza con los sectores populares. Una clara alusión al PC. Estos sectores estarían olvidando que la burguesía solo habría aspirado a un cambio de rumbo de gobierno en favor suyo. El documento aclaraba además que no podía asimilarse esta burguesía regional a la “clase media pauperizada por los monopolios” ni mucho menos tomar ello como el puntapié para una “alianza revolucionaria ‘antiimperialista’ o ‘popular’” a ser dirigida por el proletariado. La alianza con la burguesía, en definitiva, no tendría nada para dar de sí toda vez que, se insistía, la Argentina tenía por delante una revolución con “un carácter fundamentalmente socialista, el capitalismo tanto en la ciudad como en el campo ha

alcanzado plena maduración, no hay dudas y ¡menos que menos en el Alto Valle del Río Negro!”.

Como la OCPO no rechazaba la existencia de campesinos, señalaba que en el movimiento de lucha acontecido en el Alto Valle podía ser que existieran capas de campesinos fruticultores que estaban o bien desorganizados o bien bajo la influencia ideológica de la burguesía. Pero, citando a Lenin, señalaba que el aliado rural del proletariado es el semiproletariado, mientras que debía ser neutralizado el pequeño campesino no explotador con concesiones en materia de arriendos e hipotecas. Las capas medias y ricas eran, en cambio, lisa y llanamente explotadoras y con ellas no había una alianza que tejer. El documento se preguntaba, tras transcribir una cita de Lenin acerca del oportunismo “¿qué nombre poner a los que no sólo no intentan el derrocamiento de la burguesía, la organización independiente del proletariado, sino que proponen la alianza con esta campesinado medio y rico?” Y luego continuaba:

“Esto significa conceder abiertamente a estas capas burguesas la posibilidad de seguir dominando política e ideológicamente al proletariado y semiproletariado. En una situación como la de Gral. Roca es un deber trabajar en pro de la independencia del proletariado en particular y de la población trabajadora rural con respecto a aquellas capas”.

De manera que estos análisis nos permiten ver que, ante la activación de sectores de la burguesía, en particular en la localidad de General Roca de sectores burgueses agrarios, El Obrero no claudicó ante la iniciativa de lucha ni caracterizó a los mismos como impulsados por sectores campesinos. Por el contrario, denunció su carácter burgués y llamó al proletariado a intervenir con reclamos propios. Las reivindicaciones, por caso, no tenían ninguna concesión a fracciones de la burguesía, lo que lo diferenciaba de los casos ya analizados de la izquierda.

En cuanto al movimiento liguista, las fuentes fragmentarias de las que disponemos no arrojan referencias sustantivas. Solo encontramos una mención tangencial a ellas en un informe político de los últimos meses de 1975. En él se consigna la ofensiva de “la gran burguesía latifundista y los terratenientes de la Soc. Rural” a través de paros “sin precedentes” que preparan una “acumulación golpista”. Esa agitación rural alcanzaría a los “campesinos pobres y medios” con los paros de las Ligas Agrarias con una

“perspectiva totalmente distinta”.¹³⁸⁸ En otro documento, registramos una breve mención a las políticas agrarias peronistas, en particular a la discusión en torno al impuesto a la renta potencial, en la que El Obrero afirmaba que el criterio eficientista “produciría también la pérdida de pequeñas parcelas de innumerables campesinos pobres que por no contar con capital no pueden elevar la producción y cuando producen algo, los monopolios comerciales se los compran a precios irrisorios.”¹³⁸⁹ En ese mismo documento, se encuentra una breve caracterización de algunas corporaciones agrarias. La SRA sería “el sector más reaccionario de la burguesía argentina, la burguesía terrateniente”, mientras que la FAA es caracterizada como “pequeña y mediana burguesía rica del campo”.¹³⁹⁰

Si bien puede percibirse en el análisis del impuesto a la renta potencial parece defenderse a la capa más empobrecida del “campesinado” y en la caracterización de las Ligas se habla de que tienen una perspectiva distinta, son datos aislados nada concluyentes. El caso de Malargüe y General Roca, por caso, muestra otra perspectiva. De cualquier forma, las menciones al movimiento liguista y a las corporaciones agrarias son escuetas y, por tanto, no permiten calibrar las intenciones de la OCPO para con el movimiento agrario. De todos modos, disponiendo de doce periódicos de *El Obrero* (tanto el que editaba El Obrero como el que luego editara la OCPO) y siete documentos sobre análisis de la coyuntura política, para el período ‘73-76 la falta de menciones a acciones de las Ligas Agrarias constituye un dato en sí mismo.

Del mismo modo, no hay registros suficientes respecto a acciones y conflictos del proletariado rural. Lo único destacable es una nota a propósito de la lucha de los trabajadores azucareros de la FOTIA. La referencia en concreto, era a un plan de lucha votado por la Asamblea General de Delegados azucareros en el marco de la intervención del gremio, exigiendo su devolución a los trabajadores. El pliego por el cual se luchaba incluía la no introducción de máquinas integrales que generaban desempleo, el otorgamiento de beneficios laborales, contra el trabajo a destajo, por la reapertura del Ingenio Esperanza y por un aumento salarial. Lo que interesa destacar es que la OCPO apoya todo este pliego, pero siempre se refiere exclusivamente a los

¹³⁸⁸ Organización Comunista Poder Obrero: *Informe político*, 1 de octubre 1975, p. 6.

¹³⁸⁹ El Obrero: *La actual situación política*, agosto de 1973.

¹³⁹⁰ *Ibidem*.

“braceros tucumanos y los obreros de los ingenios”,¹³⁹¹ sin ninguna mención a los cañeros.

Resumiendo

Jorge Roze, especialista en el estudio de las Ligas Agrarias al que ya nos hemos referido, reflexionando sobre los obstáculos epistemológicos que dificultaron su investigación señaló:

“El mayor obstáculo que puedo referir desde mis procesos de conocimiento, pero puedo extender a gran parte de mi generación, consistía, a pesar de las abrumadoras evidencias:

1. En negar la disposición de la burguesía al uso de la coacción, la movilización y la violencia directa.
2. En atribuir a la burguesía un alto grado de homogeneidad y no entender la violencia que puede alcanzar la lucha en el interior de sus diferentes fracciones. De esa forma, cualquier forma de acción o movimiento de protesta de inmediato era adscripta al campo del pueblo o a alguna fracción del proletariado.”¹³⁹²

Llegado a este punto de nuestra investigación, podemos advertir que este obstáculo epistemológico atravesó a buena parte de las organizaciones que formaron parte de la fuerza social revolucionaria. El Obrero/OCPO parece, sin embargo, haber sido la única excepción. El análisis de los sucesos de Malargüe y General Roca muestra que la activación, movilización y protesta de fracciones de la burguesía agraria no llevó a la organización plegarse a ella, al menos eso señala la evidencia que hemos aportado.

Evidentemente, esto fue resultado de sus definiciones programáticas que, influenciadas por los aportes de Ismael Viñas, la llevaron a rechazar la existencia de tareas burguesas en la Argentina, y por tanto la alianza con fracciones de esa clase. La delimitación respecto de la ideología campesinista permitió evitar esa misma alianza bajo un ropaje progresista. De resultas de ello, la OCPO encontró un terreno políticamente virgen sobre el cual crecer, aquel que negaba las alianzas del proletariado con sus explotadores y que enfrentaba abiertamente al nacionalismo.

¹³⁹¹“FOTIA”, en: *El Obrero*, septiembre de 1974.

¹³⁹²Rozé, Jorge: *La larga marcha de un proceso social de conocimiento. Aprehendiendo el movimiento de las Ligas Agrarias del Nordeste Argentino*, Colección Violencia, Región y Fronteras, Resistencia, 2010, p. 24.

La OCPO alcanzó un desarrollo notable en los '70, como lo muestra su influencia en grandes luchas obreras como Villa Constitución¹³⁹³ y las Coordinadoras Interfabriles de la zona norte del Gran Buenos Aires.¹³⁹⁴ Merece destacarse que un partido constituido tardíamente, en un momento en que el nacionalismo estaba en auge y el campesinismo impregnaba a buena parte de la izquierda, creciera con celeridad defendiendo posiciones completamente opuestas al clima ambiente.

¹³⁹³Santella, Agustín y Andrea Andujar: *El Perón de la fábrica éramos nosotros*, Desde el subte, Buenos Aires, 2007. En este estudio sobre el conflicto de Villa Constitución se menciona a OCPO y al PRT-ERP como las organizaciones más influyentes.

¹³⁹⁴Löbbecke, *La guerrilla...*, op. cit. Werner y Aguirre, *Insurgencia obrera...*, op. cit. Ambos estudios muestran la presencia de OCPO en las Coordinadoras Interfabriles de 1975.

Conclusiones

“Y un día los ejércitos de amargura desfilarán todos en la misma dirección. Caminarán juntos y de ellos emanará el terror de la muerte.”

(John Ernst Steinbeck, *Las uvas de la ira*, 1939).

Nuestra tesis tenía por objetivo examinar el tratamiento que la llamada “cuestión agraria” recibió por parte de las organizaciones que formaron parte de la fuerza social revolucionaria que, en el proceso abierto en 1969 con el Cordobazo y cerrado con el golpe de estado del 24 de marzo de 1976, constituyeron una amenaza al capitalismo. A esos efectos, abordamos en estas páginas una serie amplia de observables: Partido Comunista, Montoneros, Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo, Partido Comunista Revolucionario, Vanguardia Comunista, Partido Socialista de los Trabajadores, Política Obrera y Organización Comunista Poder Obrero. Con aquel objetivo, pretendíamos evaluar el grado de conocimiento de la estructura argentina que estas organizaciones tenían, conocimiento que constituía la base sobre la que se sustentaba el programa y la estrategia con los cuales pretendían conducir al proletariado hacia la revolución. Por ello, nuestra tesis no se ubica en los llamados estudios de la “historia de las ideas”, toda vez que pone el eje en la praxis que de ese conocimiento se deriva.

La hipótesis que elaboramos y buscamos poner a prueba, planteaba que el conjunto de nuestros observables había alcanzado un conocimiento deficitario sobre el campo argentino. El grueso de aquellas organizaciones desconocía aspectos centrales de ese espacio fundamental de la estructura argentina: las clases sociales, el grado de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado y la dinámica de acumulación. Ese desconocimiento sería resultado, y a la vez alimentaba, una ideología campesinista y reproducía una serie de lugares comunes nunca verificados. Fundamentalmente, la idea de la existencia de una oligarquía terrateniente cuyo poder se asentaba en el latifundio, de la cual se derivaban diversas consecuencias (el estancamiento agrario, la descapitalización, la monopolización de la comercialización, etc.). La consecuencia de ello sería una adscripción generalizada, si bien advertíamos la existencia de una

excepción, a la consigna de la Reforma Agraria, expresión más acabada de aquellas ideas. Detrás de esa consigna lo que se ocultaba era el abandono del proletariado rural.

A los efectos de verificar esta hipótesis trabajamos con un tipo de fuente privilegiadas: aquellas que los propios partidos elaboraron ya sea como programas propios o como informes teóricos que fueran un aporte a aquellos. En concreto, constituimos un acervo documental nutrido por documentos internos (buena parte de ellos, surgidos de instancias congresales o de ámbitos internos de dirección), libros de cuadros militantes y publicaciones periódicas de los partidos en cuestión. Realizamos, además, una reconstrucción del desarrollo capitalista en el agro y el estado en el que se encontraba por aquella época, a partir de un relevamiento de la bibliografía especializada en el tema. Los años '60 y '70 pusieron sobre la mesa una serie de transformaciones sustantivas que permitieron el despegue de la producción agraria (tras un breve estancamiento en los '40), se incrementó el número de propietarios, la tierra sufrió un proceso de desconcentración mientras la producción se concentraba, la productividad se disparó, avanzó la mecanización, el uso de químicos y nuevas formas de organización de la unidad de explotación. Si en algún momento había existido algo identificable como “oligarquía latifundista” o un pequeño chacarero o campesino que podía producir para el mercado sin explotar fuerza de trabajo ni capitalizarse, estas transformaciones barrieron por entero esa posibilidad. Esta reconstrucción entonces nos permitió pertrecharnos teórica y empíricamente, para examinar los diferentes observables.

Seguidamente, nos abocamos a estudiar los diagnósticos y balances que se realizaron sobre la cuestión agraria por parte de partidos, intelectuales y corporaciones de la burguesía. En efecto, el debate agrario se instaló con fuerza por aquellos años, de resultas de las transformaciones que acontecieron en el campo. Encontramos que se delinearon dos grandes corrientes. Una, la agrarista, que ponía el foco en la cuestión de la tenencia de la tierra y las características de la clase que emprendía la producción agropecuaria. La otra, liberal, que achacaba el estancamiento a la intromisión del Estado y sus intentos de sostener un entramado industrial juzgado ineficiente. Así, reconstruimos un marco más general de discusión, que nos sirvió para contextualizar el análisis de la izquierda y poder ponerlo en relación a actores que la excedían, pero que se plantearon los mismos problemas.

A partir de allí, seguimos como esquema de trabajo el trazado de un bosquejo general del programa de cada organización, lo que nos permitió ubicar la cuestión agraria en un escenario más general. Luego procedimos a examinar nuestro problema específico,

atentos a cómo se describía aquella realidad que se pretendía cambiar, en particular: la existencia o no de campesinos, el carácter capitalista o no del agro y las tareas revolucionarias que de allí se desprendían. Y, finalmente, la intervención concreta que se desplegó en la etapa en el ámbito agrario.

Llegada esta instancia, corresponde esbozar algunas conclusiones generales. En primer lugar, debemos constatar un hecho elemental. A lo largo de estas páginas hemos analizados los más variados programas políticos: el estalinismo, el maoísmo, el guevarismo, la izquierda del peronismo, el trotskismo (y una variante específica, el morenismo) y lo que se autodenominó en la etapa el “socialismo revolucionario”. Todos esos programas tuvieron una encarnadura organizativa en la etapa. De modo que la primera conclusión general que debemos extraer es que la Argentina de los '70 fue la pampa húmeda de la izquierda, un campo fértil en el cual crecieron, con alcance desigual, un abanico variado de opciones políticas.

Sin embargo, esa heterogeneidad y diversidad se simplifica ostensiblemente cuando nos detenemos a examinar el tratamiento que recibió la cuestión agraria. Allí nos topamos con una serie de tópicos comunes y compartidos: la existencia de una oligarquía, el latifundio como traba al desarrollo capitalista, la penetración del imperialismo a través de los monopolios comercializadores, el estancamiento agrario, la existencia mayoritaria del campesinado o de una capa chacarera. En definitiva, lo que aparece dominante es la idea de un desarrollo capitalista incompleto en la Argentina, producto de una burguesía que no habría culminado con la totalidad de sus tareas. Lo que se observa, en este punto, es el carácter dominante del programa de liberación nacional, es decir, aquel que pone el foco en la liquidación de las trabas nacionales: la oligarquía y el imperialismo. Se podrá argumentar que existen matices, por caso el trotskismo y el guevarismo, que a diferencia del estalinismo y el maoísmo, no contemplaban la alianza con las burguesías nacionales ni sostenían la existencia de etapas. Pero aun abogando por una revolución en permanencia (PO y PST) o por la existencia de un enfrentamiento imperialista a posteriori de la revolución (PRT-ERP), lo cierto es que ninguna de las organizaciones cuestionaba el carácter incompleto de la nación argentina. De este modo, todos planteaban la resolución de tareas burguesas y abrían un terreno común con el nacionalismo.

En el campo, la tarea fundamental sería la liquidación de la gran propiedad, su fraccionamiento y reparto entre el campesinado. Así se pretendía dar inicio al despegue de las fuerzas productivas que estarían constreñidas por el latifundio y una oligarquía

especuladora, parasitaria o rentista. El gran terrateniente oprimiría a los pequeños arrendatarios, imposibilitando su capitalización y el incremento de la productividad. Partidos como el PC, el PCR y VC, consideraban esto como una traba precapitalista, lo que justificaba la alianza con algún sector de la burguesía a fin de alcanzar un pleno desarrollo del capitalismo en el agro. Otros, como el trotskismo, no lo afirmaba abiertamente, pero en la práctica llamaba a una alianza con el pequeño capital. En manos de productores directos, se presuponía, se desarrollaría una producción eficiente que sacaría a la Argentina del atraso. En este punto, el PC ofrecía la versión más idealista, en la medida que oponía a la oligarquía absentista, despreocupada del desarrollo nacional, explotadora y opresiva a un productor campesino o chacarero que tendría un interés, casi altruista, por el impulso de la nación, la diversificación de la producción y el ofrecimiento de condiciones de trabajo y remuneraciones “justas”. La burguesía agraria no aparecía entonces movida por la prosecución de la ganancia. En definitiva, tanto por el diagnóstico sobre las trabas del campo (la “oligarquía parasitaria” y el latifundio) como por la solución a ello (la reforma agraria y la redistribución del suelo), las organizaciones que estudiamos (con la excepción de la OCPO y los planteos de Ismael Viñas) pueden ubicarse en la línea, con mayor o menor radicalidad, de la corriente agrarista que estudiamos en el capítulo II.

Los partidos que más consecuentemente impulsaron la alianza obrero-campesina, como Montoneros, VC, PCR y PC, paradójicamente fueron los que más abiertamente reconocieron la existencia de intereses contrapuestos entre campesinos y obreros. Montoneros, por ejemplo, habló de “contradicciones secundarias” que podrían conducir a desviaciones en el enfrentamiento contra la oligarquía. Claramente se refería al enfrentamiento natural que podría darse entre quienes eran explotados y llamados a unirse a sus explotadores. El PCR, por mencionar otro caso, reprodujo en su prensa un documento del movimiento liguista, en el que la burguesía agraria reconocía que no pagaría los salarios de sus obreros por el alto precio de los arriendos.

Es allí donde se observa, finalmente, el núcleo del asunto. Lo que la reforma agraria y la alianza obrero-campesina, en las condiciones reales de la estructura social argentina, implicaba era una confluencia con fracciones de la burguesía agraria o de la pequeña burguesía (fundamentalmente, explotadora). Los partidos de la clase obrera se convertían, una vez que cruzaban la tranquera, en los partidos de los enemigos del proletariado. El proletariado rural fue el convidado de piedra de una alianza que lo relegaba a ser furgón de cola de sus explotadores. Fue, por tanto, la gran clase olvidada

por los partidos. Y aún más grave, fue traicionada. Las masas obreras del campo fueron abandonadas por quienes debían organizarlas para intervenir en el proceso revolucionario.

Todo ello es resultado de un profundo desconocimiento de la realidad argentina. Hemos visto que, con excepción del PC e Ismael Viñas (y con él, la OCPO) y, en alguna medida, el PCR, el grueso de las organizaciones careció por completo de cualquier análisis teórico y empírico de la cuestión agraria en los años '60 y '70. Pero incluso en los casos del PC y el PCR el análisis fue evidentemente unilateral, basados en datos aislados (casi siempre, extensión de las unidades productivas y censos para cuantificar clases confiando en las propias categorías censales). Lo que ello pone sobre la mesa es el menosprecio de la tarea intelectual que corresponde al partido revolucionario. Eso es algo que el grueso de los observables que analizamos, comparten. Quizás PO sea en este punto, el ejemplo más claro porque en su Primer Congreso reconoció abiertamente este déficit.

Puede argumentarse que se trataba de partidos de la “nueva izquierda”, es decir, de constitución reciente y que comenzaron a surgir en un momento signado por el ascenso de masas, por lo que urgían otras actividades más allá de lo intelectual. Esto es cierto solo parcialmente. Algunos, como el PC, ya tenían 50 años, y el morenismo era una tradición con más de 25 años; VC y PO, por caso, apenas promediaban los 5 años, mientras que el PRT-ERP y Montoneros se constituyeron como tales en el medio de esos hechos (si bien el partido de Santucho venía de un núcleo militante con algunos años más). Sin embargo, Ismael Viñas realizó un análisis mucho más certero en un período de tiempo relativamente breve: casi 4 años, entre 1969, año en que se disgregó el MLN, y 1973, cuando publicó su libro. No parece entonces tanto una cuestión de tiempo, sino de la jerarquía que se le otorgaba a la tarea.

En buena medida, esto se podría explicar por una concepción implícita y arraigada en buena parte de las organizaciones, según la cual los problemas nodales ya han sido resueltos por los clásicos del marxismo. No sorprende que la clasificación esbozada por Lenin (campesino chico, mediano y grande) haya sido retomada explícitamente por varias organizaciones para plasmarla en la realidad argentina. Abiertamente, en partidos como el PC, PCR y VC, eso se observa con nitidez. Toda la preocupación es como distinguir los límites entre las capas, no con conocimiento empírico sino con una derivación lógica. En otros partidos, como los que se reivindicaban trotskistas, guevaristas o peronistas, la preocupación era menor pero, justamente por ello, más

grave: el campesinado aparecía como todo aquel que no fuera oligarquía, es decir, aquel que no concentraba demasiadas tierras. De resultas de todo ello, la realidad es que se desconocía qué era y qué no era un campesino en la Argentina. La consecuencia práctica, la hemos visto: el seguidismo a los movimientos en donde se encontraban fracciones de la burguesía que eran desalojadas en un momento de crisis capitalista que implicaba concentración y centralización del capital. Esa experiencia que se conoció como las Ligas Agrarias. En lugar de promover la diferenciación en el interior del movimiento liguista, agudizando las líneas de clase que lo atravesaban, la izquierda intervino fomentando la identificación y los reclamos de tipo “campesinos”. No sorprende en este punto, que la organización con más éxito en ese movimiento haya sido justamente Montoneros, aquella que apostaba abiertamente a la conciliación de clases y se identificaba con el gobierno al que las Ligas apelaban y que brindó leyes como las del Pacto Agrario.

A este déficit profundo se le sobreimprime uno más general: el desconocimiento del funcionamiento de la realidad capitalista. Es lo que señalamos en el capítulo I cuando nos referíamos al sentido común según el cual la legalidad capitalista se alteraba sensiblemente una vez que se ingresaba al campo. El grueso de las organizaciones compartían el mismo horizonte: en el campo las clases sociales no son burguesía y proletariado, sino que aparece la oligarquía y el campesinado; la concentración de la producción es regresiva para el desarrollo capitalista; la propiedad privada de la que se desprende la renta agraria es contraria a una sociedad burguesa. Todo ello era un conocimiento que ya se hallaba disponible. No agotaba la realidad argentina, pero permitía comprender la dinámica general del capitalismo. Incluso en ese punto, la izquierda en la etapa mostró deficiencias. El conocimiento científico de la realidad cedió ante adopciones acríticas de las experiencias rusa o china, que funcionaban como “tipos ideales”. A lo que se suma la asunción acrítica de la imagen del agro argentino construido por la “visión tradicional” agrarista, sin percibir no solo sus falencias sino tampoco los cambios que se habían producido en el campo argentino desde la elaboración de estas tesis a principios del siglo XX con el momento en que la izquierda que asumió estas ideas debía intervenir sobre la realidad. Así, reclamando una reforma agraria se creaba el problema que había enfrentado Lenin y que la Argentina no tenía: una masa de campesinos que reclamaban el derecho a su parcela individual. En este sentido, podemos apuntar que el grueso de las organizaciones (al menos PC, VC, PCR y PST) tuvo dificultades para delimitarse del tercer peronismo y sus medidas agrarias que,

al menos en el discurso, se presentaba como ataques a la oligarquía y la concentración de la tierra. Recordemos que la Reforma Agraria era parte del programa del FREJULI.

La única excepción a todo lo que hemos mencionado fue Ismael Viñas y, subsidiariamente, OCPO. La importancia del trabajo del ex dirigente del MLN radica no simplemente en haber planteado un diagnóstico certero de la realidad, sino en la posibilidad misma de poder realizarlo. El panorama que describimos en el capítulo I era perfectamente asequible para los contemporáneos que aquí analizamos. No faltaban los datos empíricos ni el conocimiento sobre la dinámica del capital. En ambos, Viñas mostró un manejo que le permitió un conocimiento más acabado de la realidad. Investigaciones futuras podrán dilucidar si esa capacidad de comprensión de la estructura argentina fue la que permitió el crecimiento vertiginoso de OCPO.

Finalmente, creemos haber aportado evidencia favorable a nuestra hipótesis particular, sino a aquella más general de la cual nuestra investigación es una parte: la que, como indicamos en la Introducción, sostiene que las causas de la derrota del proceso revolucionario se explican por las debilidades subjetivas de la fuerza social revolucionaria. La incapacidad para comprender la realidad que se desea transformar es justamente parte de esas debilidades y contribuyen a explicar por qué esa fuerza se mantuvo en un estado embrionario. Este conocimiento que nos brinda el estudio de la historia, conserva completa actualidad, en particular a una década del llamado “conflicto del campo” que puso sobre la mesa las mismas debilidades de la izquierda argentina y el abandono del verdadero productor de la riqueza agraria: el proletariado.

Bibliografía y fuentes

I. Bibliografía

a. Bibliografía general

- AA.VV.: “Hagamos ciencia. Una respuesta fraternal a los compañeros del proyecto ‘El genocidio en la Argentina’”, en: *Razón y Revolución*, nº 13, invierno de 2004, pp. 142-166.
- Arendt, Hannah: *Sobre la violencia*, Alianza editorial, Madrid, 1970.
- Bachelard, Gastón: *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1988.
- Balvé, Beba y Beatriz Balvé: *El '69. Huelga política de masas. Rosariazo-Cordobazo-Rosariazo*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2005.
- Castellani, Ana: *Estado, empresas y empresarios. La relación entre intervención económica estatal, difusión de ámbitos privilegiados de acumulación y desempeño de las grandes firmas privadas. Argentina 1966-1989*, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2006.
- Clausewitz, Karl Von: *De la guerra*, Ediciones del Solar, Buenos Aires, 1983.
- Cuesta, Martín: “Celedonio Pereda: Patrones de inversión de un gran empresario de la Argentina próspera”, en: *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, nº 58, mayo de 2013, pp. 79-100.
- Devoto, Fernando y Nora Pagano: *Historia de la historiografía argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.
- Ferreres, Osvaldo: *Dos siglos de economía argentina. Historia argentina en cifras*, Fundación Norte y Sur, Buenos Aires, 2007.
- Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.
- Harari, Ianina: “Bitacora de lucha”, en *Los sindicatos clasistas: SITRAC (1970-1971)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2014, pp. 7-29.
- Hilb, Claudia, “La responsabilidad como legado” en: Tcach, Cesar (comp.): *La política en consignas. Memoria de los setenta*, Homo Sapiens, Rosario, 2003, pp. 101-121.

- Hilb, Claudia: “Violencia y política en la obra de Hannah Arendt”, en: *Sociológica*, año 16, n° 47, Septiembre-diciembre de 2001, pp. 11-44.
- Izaguirre, Inés y colaboradores: *Lucha de clases, Guerra Civil, y Genocidio en la Argentina. 1973-1983. Antecedes. Desarrollos. Complicidades*, Eudeba, Buenos Aires, 2009.
- Jáuregui, Aníbal: “La planificación en la Argentina: el CONADE y el PND (1960-1966)”, en: *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año XIII, n° 13, Córdoba, 2013, pp. 243-266.
- Kabat, Marina: *PerónLeaks. El peronismo y sus documentos secretos 1943-1955*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2017.
- Lenin, Vladimir: “El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional”, en: *Obras Escogidas*, tomo V, Progreso, Moscú, 1973, pp. 143-149.
- Lenin, Vladimir: “La bancarrota de la II Internacional”, en: *Obras Escogidas*, tomo V, Progreso, Moscú, 1973, pp. 97-120.
- Lenin, Vladimir: “Marxismo y revisionismo”, en: *Obras Escogidas*, tomo I, Progreso, Moscú, 1961, pp. 34-39.
- Marín, Juan Carlos: “La noción de bipolaridad de formación y realización de poder”, en *Cuadernos CICOSO*, Análisis-teoría N° 8, Buenos Aires, 1981.
- Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados. Un ejercicio posible*, La Rosa Blindada-P.I.C.A.S.O., Buenos Aires, 2007.
- Marx, Karl: “Salario, precio y ganancia”, en: Marx, Karl: *Obras Escogidas*, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1973
- Marx, Karl: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Ariel, Barcelona, 1971.
- Marx, Karl: *El Capital. Crítica de la economía política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.
- Marx, Karl: *Grundrisse: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976.
- Marx, Karl: *Miseria de la filosofía*, Gradifco, Buenos Aires, 2007.
- Marx, Karl: *Teorías sobre la plusvalía*, Cártago, Buenos Aires, 1974.
- Mastrángelo, Mariana: “Cultura obrera izquierdista: oralidad y memoria en el interior de la Argentina en las décadas de 1930 y 1940”, en: *Historia, Voces y Memoria. Revista del programa de Historia Oral*, n° 2, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2010, pp. 59-78.

- Maxwell, Joseph: *Cualitative research desing. An interactive approach*, Sage Publications, New York, 1996.
- Pozzi, Pablo (coord.): *Rebeldes e inconformistas. Procesos de politización y rebelión en América Latina*, Imago Mundi, Buenos Aire, 2016.
- Pozzi, Pablo: “Memoria, politización y fuentes orales en la cultura de los obreros argentinos”, en: *Historia, Voces y Memoria. Revista del programa de Historia Oral*, n° 2, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2010, pp. 41-58.
- Ricardo, David: *Principios de economía política y tributación*, Aguilar, Madrid, 1961.
- Sanz Cerbino, Gonzalo: “La lógica del enemigo: los programas de la burguesía argentina y sus límites, 1955-1966”, en: *Razón y Revolución*, n° 29, segunda época, Buenos Aires, 1er. Semestre de 2016, pp. 151-195.
- Sartelli et. Al: “Izquierda. Apuntes para una definición de las identidades políticas”, en: *Razón y Revolución*, n° 5, Primavera de 1999
- Sartelli, Eduardo (comp.): *La crisis orgánica de la sociedad argentina*, Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Buenos Aires, 2011.
- Sartelli, Eduardo: *La cajita infeliz. Un viaje marxista a través del capitalismo*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2005.
- Sartelli, Eduardo: *La plaza es nuestra. El Argentinazo a la luz de la lucha de la clase obrera en la Argentina del siglo XX*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2007
- Stalin, Joseph: *Cuestiones del leninismo*, 1926.
- Stalin, Joseph: *Los fundamentos del leninismo. Conferencias pronunciadas en la Universidad Sverdlov*, 1924.
- Trotsky, León: *El programa de transición*, 1938.
- Trotsky, León: *La Revolución Permanente*, 1930.
- Tse Tung, Mao: “Algunas experiencias en la historia de nuestro partido”, en: Tse Tung, Mao: *Obras Escogidas*, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1977, Tomo V, pp. 352-358.
- Tse-Tung, Mao: “Discurso ante la Conferencia Nacional del Partido Comunista de China sobre el Trabajo de Propaganda”, en: *Obras Escogidas*, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1977, pp. 466-467.
- Tse-Tung, Mao: “Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Juna (marzo de 1927)”, en: *Obras Completas*, Ediciones La Rosa Blindada - Nativa Libros, Buenos Aires-Montevideo, 1973, pp. 19-62

- Tse-Tung, Mao: “La revolución china y el Partido Comunista de China”, en: *Obras escogidas*, La Rosa Blindada y Nativa Libros, Buenos Aires, 1973, pp. 315-346.
- Weber, Max: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2006.

b. Bibliografía sobre cuestión agraria

- AA.VV.: *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1987.
- Bartra, Roger: “La teoría del valor y la economía campesina: invitación a la lectura de Chayanov”, en: *Comercio Exterior*, vol. 25, n° 5, Banco Nacional de Comercio Exterior, México, 1975, pp. 517-525.
- Bengoa, José: “25 años de estudios rurales”, en: *Sociologías*, año V, n° 10, Porto Alegre, julio/diciembre de 2003, pp. 36-98.
- Engels, Friedrich: “El problema campesino en Francia y Alemania”, en: Sartelli, Eduardo: *Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía, marzo-julio de 2008*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2008.
- Engels, Friedrich: *Las guerras campesinas en Alemania*, Grijalbo, México, 1984.
- Esteva, Gustavo: “¿Qué hay detrás de la crisis rural?”, en: *Comercio Exterior*, vol. 30, n° 7, Banco Nacional de Comercio Exterior, México, julio de 1980, pp. 675-683
- Kautsky, Karl: *La cuestión agraria. Análisis de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*, Ruedo Ibérico, París, 1970.
- Lenin, Vladimir: *El problema de la tierra y la lucha por la libertad*, Editorial Progreso, Moscú, s/f.
- Lenin, Vladimir: *La alianza de la clase obrera y del campesinado*, Anteo, Buenos Aires, 1960.
- Rochester, Ana: *Lenin y el problema agrario*, Páginas, La Habana, 1944.
- Warman, Arturo: *...y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, CIS-INAH, México, 1976.

c. Bibliografía sobre cuestión agraria argentina

- Aparicio, Susana: “El empleo rural y la caracterización de los sectores sociales a través de los Censos de Población”, en: INDEC-CELADE: *Los Censos de Población del '80*, Buenos Aires, 1985, pp. 201-216.
- Balsa, Javier y Silvia Lázzaro: *Agro y política en Argentina, Tomo I: El modelo agrario en cuestión, 1930-1943*, CICCUS. Buenos Aires, 2012.
- Balsa, Javier, Graciela Mateo y María Silvia Ospital: *Pasado y presente en el agro argentino*, Lumiere, Buenos Aires, 2008
- Balsa, Javier: “Discursos y políticas agrarias en Argentina, 1920-1955”, en: *América Latina en la historia económica*, nº 3, Vol. 19, Instituto Mora, México DF, 2012, pp. 98-128.
- Balsa, Javier: “Formaciones y estrategias discursivas, y su dinámica en la construcción de la hegemonía. Propuesta metodológica con una aplicación a las disputas por la cuestión agraria en la Argentina de 1920 a 1943”, en: *Papeles de trabajo*, nº 11, Vol. 19, Instituto de Altos Estudios Sociales, Buenos Aires, 2017, pp. 237-260.
- Balsa, Javier: “La cuestión agraria y la emergencia del discurso tecnocratizante: el posicionamiento de las entidades agropecuarias argentinas en los años cincuenta y sesenta”, en: *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Porto de Galinhas, Pernambuco, 15 a 19 de noviembre de 2010.
- Balsa, Javier: “La ideología sobre lo agrario de los productores rurales bonaerenses (2013)”, en: *Mundo Agrario*, nº 37, vol. 18, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2017, s/p.
- Balsa, Javier: “Las discursividades sobre la cuestión agraria durante el peronismo clásico”, en: Graciano, Osvaldo y Gabriela Olivera (coord): *Agro y política en Argentina. Tomo II: Actores sociales, partidos políticos, e intervención estatal durante el peronismo, 1943-1955*, CICCUS, Buenos Aires, 2015, pp. 19-92.
- Balsa, Javier: “Las políticas de colonización y regulación de los arrendamientos del peronismo clásico (1946-1955) y los posicionamientos de la Sociedad Rural Argentina y la Federación Agraria Argentina”, en: *Estudios del ISHiR*, año 3, nº 6, Investigaciones Socio-históricas Regionales, Rosario, 2013, pp. 22-42.
- Balsa, Javier: “Transformaciones en la agricultura pampeana en las últimas décadas y su relación con el conflicto agrario”, en: *X Jornadas de Investigación del Centro de Investigaciones Geográficas y del Departamento de Geografía*, La Plata, 6 y 7 de noviembre de 2008.

- Balsa, Javier: *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988*, Buenos Aires, 2006.
- Barsky, Osvaldo et al: *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1988.
- Barsky, Osvaldo y Alfredo Pucciarelli (ed.): *El agro pampeano. El fin de un período*, FLACSO-Oficina de Publicaciones del CBC-UBA, Buenos Aires, 1997.
- Barsky, Osvaldo y Jorge Gelman: *Historia del agro argentino*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.
- Barsky, Osvaldo, Marcelo Posada y Andrés Barsky: *El pensamiento agrario argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.
- Barsky, Osvaldo: *Aportes para un debate sobre el arrendamiento agrícola en la Argentina*, Documentos de Trabajo, Departamento de Investigaciones, Universidad de Belgrano, Buenos Aires, Junio de 2014.
- Benencia, Roberto: “Transformaciones en la horticultura periurbana bonaerense en los últimos cincuenta años. El papel de la tecnología y la mano de obra”, en: *Actas del XIII Economic History Congress*, Buenos Aires, 2002.
- Bil, Damián: *Acumulación y proceso productivo en la fabricación de maquinaria agrícola en la Argentina (1870-1975). Elementos de su competitividad en el marco del mercado internacional*, Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2011.
- Boglich, José: *El problema agrario y la crisis actual*, Aras, Buenos Aires, 1934.
- Boglich, José: *La cuestión agraria*, Claridad, Buenos Aires, 1937.
- Canitrot, Adolfo y Juan Sommer: “Productividad y ocupación en la producción de azúcar en Tucumán”, en *Económica*, vol. 18, n° 3, diciembre de 1972, pp. 251-278.
- Dal Pont, Silvina y María Soledad Ordoqui: “Caracterización económica de la provincia de Chaco”, en: *Apuntes Agroeconómicos*, año 3, n° 4, Facultad de Agronomía - Universidad de Buenos Aires, marzo de 2005, s/p.
- De Jong, Gerardo, Luis Tiscornia y otros: *El minifundio en el Alto Valle del Río Negro*, Universidad Nacional del Comahue - Facultad de Ciencias Agrarias y Facultad de Humanidades, 1994.
- Di Paola, María Marta: “Expansión de la frontera agropecuaria”, en: *Apuntes Agroeconómicos*, año 3, n° 4, Facultad de Agronomía - Universidad de Buenos Aires, marzo de 2005

- Frigerio, Reynaldo: *Cuatro ensayos marxistas sobre historia nacional*, El Tiempo, Buenos Aires, 1946.
- Frigerio, Reynaldo: *Introducción al estudio del problema agrario argentino*, Clase Obrera, Buenos Aires, 1953.
- Galafassi, Guido: “Conflicto por la tierra y movimientos agrarios en el nordeste argentino en los años setenta: la Unión de Ligas Campesinas Formoseñas”, en: *Perfiles latinoamericanos*, n° 28, vol. 26, México D.F., 2006, pp. 159-183.
- Galafassi, Guido: “Economía regional y emergencia de movimientos agrarios. La región Chaqueña de los años setenta”, en: *Nera*, n° 10, año X, San Pablo, Junio de 2007, pp. 11-36.
- Galafassi, Guido: “El movimiento agrario misionero en los años setenta. Protesta, movilización y alternativas de desarrollo rural”, en: *Herramienta*, n° 38, Buenos Aires, 2008, s/p.
- Gallo Mendoza, Guillermo: “Definición de reforma agraria y reforma agraria en Argentina”, en: Flores, Edmundo et al: *Reformas agrarias en América Latina*, Juarez Editor, Buenos Aires, 1970.
- Gallo Mendoza, Guillermo: *La mano de obra en el sector agropecuario*, Consejo Nacional de Desarrollo, Buenos Aires, 1964.
- Giarraca, Norma y Miguel Teubal: *El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2005
- Graciano, Osvaldo y Talía Gutierrez (dir.): *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*, Prometeo, Buenos Aires, 2006.
- Gras, Carla: “El nuevo empresariado agrario: la construcción y los dilemas de sus organizaciones”, en: Gras, Carla y Valeria Hernández (coord.): *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*, Biblos, Buenos Aires, 2009.
- Gresores, Gabriela: “Estatizaciones y reprivatizaciones en la industria frigorífica: ¿Otra forma de rentabilidad industrial?”, en: *Documentos del CIEA*, n° 2, 2004, pp. 93-102.
- Haidar, Victoria: “La polémica liberal con los desarrollismos: un análisis del pensamiento de Álvaro Alsogaray y de Federico Pinedo entre 1958 y 1973”, en: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, s/n, Buenos Aires, diciembre de 2015, s/p.
- Lattuada, Mario: *La política agraria peronista (1943-1983)*, vol. 2, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.

- Lattuada, Mario: *Política agraria del liberalismo conservador, 1946-1985*, CEAL, 1987.
- Lattuada, Mario: *Política agraria y partidos políticos (1946-1983)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988.
- Lázzaro, Silvia: “Bernardino Horne: política, legalidad y resignificaciones de la cuestión social agraria”, en: Graciano, Osvaldo y Talía Gutierrez (dir.): *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*, Prometeo, Buenos Aires, 2006, pp. 161-180.
- Lázzaro, Silvia: “El Desarrollismo y el problema agrario durante las décadas de 1950 y 1960”, en: *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n° 84, México, 2012, pp. 127-160.
- Lázzaro, Silvia: “Inequidad rural, desarrollismo y políticas de reforma agraria. El caso de la provincia de Buenos Aires”, en: *Revista de Historia Americana y Argentina*, vol. 48, Mendoza, 2013, pp. 153-162.
- Lázzaro, Silvia: “La ‘Reforma agraria’ en la propuesta del peronismo durante la década de 1970”, en: *Revista Estudios del Ishir*, vol. 3, n° 6, 2013, pp. 110-132.
- Lázzaro, Silvia: “La política agraria del peronismo a comienzos de la década 1970. Estado, políticas sectoriales y corporaciones”, en: *VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, “América Latina: realineamientos políticos y proyectos en disputa”*, Recife-Pernambuco (Brasil), 15 al 19 de noviembre de 2010.
- Lázzaro, Silvia: “La política agraria peronista en el marco del Pacto Social y los derroteros posibles”, en: *Historia Crítica*, Bogotá, 2013, pp. 145-168.
- Lázzaro, Silvia: “La política agraria y la experiencia desarrollista en Argentina durante el gobierno de Arturo Frondizi, 1958-1962”, en: *Revista Humanitas*, vol. 5, Campinas, 2003, pp. 39-55.
- Lázzaro, Silvia: “La problemática agraria en el contexto del Desarrollismo”, en: *Travesía. Revista de Historia Económica y Social*, 2016.
- Lemmi, Soledad: *Vivir como peón, pensar como patrón. Conflicto, organización política y conciencia de clase en el sector hortícola del Gran La Plata (1953-2009)*, Tesis de posgrado, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2016.
- Nemirowsky, Lázzaro: *Estructura económica y orientación política de la agricultura en la República Argentina*, Rosario, 1931.
- Oddone, Jacinto: *La burguesía terrateniente argentina*, Ediciones Populares Argentinas, Buenos Aires, 1956.

- Poggi, Mariana: “Discursos y representaciones agrarias en la prensa escrita. La Nación - 1973”, en: *Theomai*, n° 21, Buenos Aires, 2010, pp. 170-196.
- Poggi, Mariana: “El desvanecimiento del discurso reformista. El rol de la prensa argentina en la cuestión agraria durante 1975 y 1976”, en: *Global Media Journal*, vol. 9, n° 18, México DF, 2012, pp. 1-15.
- Poggi, Mariana: “Estrategias discursivas en las representaciones del Proyecto de Ley Agraria (1974). Los casos de La Nación y Anales”, en: *Revista Oficios Terrestres*, n° 27, 2001, pp. 1-33.
- Poggi, Mariana: “Estrategias discursivas y representaciones del proyecto de ley agraria (1974) en el diario La Opinión”, en: *Pilquen*, n° 15, 2012, pp. 1-10.
- Poggi, Mariana: “Estrategias discursivas y representaciones del Proyecto de Ley Agraria (1974) en el periódico La Tierra”, en: *INTERCOM*, vol. 32, n° 1, São Paulo, 2011, pp. 61-84.
- Poggi, Mariana: “Noticias de una reforma agraria: el rol de la prensa en la construcción de representaciones”, en: *Alter-nativa*; vol. 2, Córdoba, 2015, pp. 118-145.
- Rosati, Germán: “La captación estadística de los asalariados agropecuarios. Reflexiones en torno a sus problemas mediante un ejercicio de comparación entre censos de población y agropecuarios (Argentina, 2001/2002)”, en: *Mundo Agrario*, vol. 12, n° 23, La Plata, segundo semestre de 2011, s/p.
- Rozé, Jorge Próspero: *Conflictos agrarios en la Argentina. El proceso liguista (1970-1976)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011.
- Rozé, Jorge: *La larga marcha de un proceso social de conocimiento. Aprehendiendo el movimiento de las Ligas Agrarias del Nordeste Argentino*, Colección Violencia, Región y Fronteras, Resistencia, 2010.
- Sanz Cerbino, Gonzalo: “Antecedentes históricos de la unidad de las corporaciones agropecuarias pampeanas. La formación de la Comisión de Enlace y la disputa por la renta (1966-1973)”, en: *Mundo Agrario*, vol. 15, n° 29, La Plata, 2014, s/p.
- Sanz Cerbino, Gonzalo: “Los Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola frente al debate sobre el desarrollo agropecuario en las décadas de 1960 y 1970: propuesta programática e intervención política”, en: *XI Jornadas Nacionales de Investigadores en Economías Regionales*, Paraná, 2 y 3 de noviembre de 2017.
- Sanz Cerbino, Gonzalo: “Tiempos violentos. Los paros agrarios de 1975 y la estrategia golpista de la burguesía”, en: *Anuario CEICS*, año 3, n° 3, Buenos Aires, 2009, pp. 37-66.

- Sanz Cerbino, Gonzalo: *De Perón a Videla. La estrategia de la burguesía argentina, 1955-1976*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2018 (en prensa).
- Sanz Cerbino, Gonzalo: *La burguesía agraria entre Onganía y el golpe militar de 1976. La Sociedad Rural Argentina, la CARBAP y la Federación Agraria Argentina ante la crisis orgánica argentina*, Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras, 2012.
- Sartelli, Eduardo (dir.): *Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía, marzo-julio de 2008*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2008.
- Sartelli, Eduardo: “Cuando Dios era argentino. La crisis del mercado triguero y la agricultura pampeana (1920-1950)”, en: *Anuario*, Universidad Nacional de Rosario, 1994.
- Sartelli, Eduardo: *La sal de la tierra. Clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano (1870-1940)*, Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras, 2010.
- Scobie, James: *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1968.
- Tenenbaum, Juan: *Orientación económica de la agricultura argentina*, Buenos Aires, Losada, 1946.
- Tulio Halperin Donghi, “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, en *Desarrollo Económico*, vol. 24, n° 95, octubre-diciembre 1984.

d. Bibliografía sobre izquierda argentina

- AA.VV.: *No matar: sobre la responsabilidad*, Universidad de Córdoba-El Cíclope, Córdoba, 2007.
- AA.VV.: *Organización Comunista Poder Obrero. Una aproximación al Socialismo Revolucionario en los '70*, Ediciones A Vencer, Buenos Aires, 2009.
- Andrade, Mariano: *Para una historia del maoísmo argentino. Entrevista con Otto Vargas*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2005
- Anzorena, Oscar: *Tiempo de Violencia y Utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Editorial del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1998.
- Arico, José: *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

- Bartoletti, Julieta: *Montoneros. De la movilización a la organización*, Laborde Editor, Buenos Aires, 2011.
- Brega, Jorge: *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*, Ágora, Buenos Aires, 2008.
- Bretal, Eleonora: “El ocaso de Swift en Berisso: representaciones de ex-obreros sobre las tensiones entre el capital y el trabajo”, en: *Theomai. Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo*, n° 33, primer semestre de 2016, pp. 83-100.
- Brocato, Carlos: *La Argentina que quisieron*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1985.
- Califa, Juan: “Del Partido Comunista al Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria en la Argentina de los años sesenta. Una escisión con marca universitaria”, en: *Izquierdas*, n° 24, Santiago de Chile, 2015, pp.71-97.
- Calveiro, Pilar: *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013.
- Camarero, Hernan: *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.
- Campione, Daniel, “La izquierda no armada en los años setenta. Tres casos, 1973-1976”, en: Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de estado*, Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, México, 2007, pp. 85-110.
- Carnovale, Vera: *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011.
- Casola, Natalia: *Estrategia, militancia y represión. El Partido Comunista de Argentina bajo la última dictadura militar, 1976-1983*, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letra - Universidad de Buenos Aires, 2012.
- Castro, Dardo y Juan Iturburu: “Organización Comunista Poder Obrero”, en *Lucha Armada*, año 1, n° 1, diciembre-enero-febrero de 2005.
- Celentano, Adrián y María Cristina Tortti: “La renovación socialista en los sesenta, la cuestión del populismo y la formación de los primeros grupos maoístas”, en: *XXX Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos*, California, 2012.
- Celentano, Adrián: “La formación de Vanguardia Comunista, de la crisis del socialismo a la adopción del maoísmo y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1965 y 1969”, en: *VII Jornadas de Historia Política*, Tandil, 2012.

- Celentano, Adrián: “La Nueva Izquierda y las proletarizaciones en Brasil, Francia y Argentina”, en: *VI Jornadas de Historia de Izquierda*, Buenos Aires, 2009.
- Celentano, Adrián: “Maoísmo y lucha armada: el Partido Comunista Marxista Leninista”, en: *Lucha Armada*, n° 4, año n° I, septiembre-octubre-noviembre 2005, pp. 34-46.
- Celentano, Adrián: “Maoísmo y nueva izquierda. La construcción de Vanguardia Comunista (1965-1969)”, en: Tortti, María Cristina (dir.): *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*, Prohistoria ediciones, Rosario, 2014.
- Celentano, Adrián: “Maoístas y nueva izquierda en Argentina. Vanguardia Comunista y su reflexión sobre la construcción del partido”, en: *III Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, 2013.
- Celentano, Adrián: “Maoístas y nueva izquierda en Argentina. Vanguardia Comunista y su reflexión sobre la construcción del partido”, en: *III Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, 2013.
- Celentano, Adrián: “Unidad obrero estudiantil. La nueva izquierda y la proletarización de las corrientes maoístas en Argentina”, en: *Los trabajos y los días*, n° 1, 2009.
- Coggiola, Osvaldo: *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006.
- Colectivo Emilio Mariano Jáuregui: *Vidas y luchas de vanguardia comunista: la generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores*, Tomo I, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010.
- Colectivo Emilio Mariano Jáuregui: *Vidas y luchas de vanguardia comunista: la generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores*, Tomo II, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010.
- Colectivo Emilio Mariano Jáuregui: *Vidas y luchas de vanguardia comunista: la generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores*, Tomo I, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010
- Colectivo Emilio Mariano Jáuregui: *Vidas y luchas de vanguardia comunista: la generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores*, Tomo II, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010.
- Colectivo Emilio Mariano Jáuregui: *Vidas y luchas de vanguardia comunista: la generación del '70. Sus ideas, militancia, aciertos y errores*, Tomo II, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010.

- Cormick, Federico: “Apuntes sobre la Organización Comunista Poder Obrero”, en: *Cuadernos de Marte*, año VI, n° 8, enero-julio de 2015, pp. 95-128
- Costilla, Ana: “¿Qué hacer? Las tareas revolucionarias en el programa de la Organización Comunista Poder Obrero 1969-1976”, en: *VIII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*. Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2016.
- Costilla, Ana: “Contra la corriente. El programa socialista de la Organización Comunista Poder Obrero (1969-1976)”, en: Galafassi, Costilla y Rugar, *Dirán...*, op. cit., pp. 57-74
- Costilla, Ana: “La izquierda y la construcción partidaria en los ‘70: el proceso de discusión y formación de la Organización Comunista Poder Obrero (1974-1975)”, en: *XV Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia*, Comodoro Rivadavia, 2015.
- De Santis, Daniel y Santiago Stavale: *Un partido de la clase obrera. La política del PRT-ERP en el movimiento obrero*, A formar filas, Buenos Aires, 2016.
- De Titto, Ricardo: *Historia del PST. Tomo I: Del PRT-La Verdad al triunfo de Cámpora (1969-1973)*, Ediciones CEHuS, Buenos Aires, 2016.
- Díaz, Javier: “El MIR-Praxis y su intervención en el campo de la prensa periódica (1955-1961)”, en: *Hic Rodhus*, n° 13, diciembre de 2017, pp. 85-97.
- Diz, Verónica y Fernando López Trujillo: *Resistencia libertaria*, Madre Selva, Buenos Aires, 2007.
- Duval, Natalia: *Los sindicatos clasistas: SITRAC (1970-1971)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2014.
- Frondizi, Silvio: *La Realidad Argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, Praxis, Buenos Aires, 1956, Tomo I y II.
- Gallo, Antonio: *¿A dónde va la Argentina? Frente Popular o lucha por el socialismo*, Ediciones J. C., Mariátegui, Rosario, 1935.
- Gillespie, Richard: *Montoneros. Soldados de Perón*, Grijalbo, Buenos Aires, 1988.
- González Canosa, Mora: “En torno de los orígenes de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). Una revisión de la escasa bibliografía sobre el tema y algunas líneas de análisis para su indagación”, en: *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia*, San Miguel de Tucumán, 2007.
- González, Ernesto (Coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo I: Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1995.

- González, Ernesto (Coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo II: Palabra Obrera y la Resistencia (1955-1959)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1996.
- González, Ernesto (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo III - Volumen I: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana (1959-1963)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1999.
- González, Ernesto (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo III - Volumen II: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana (1963-1969)*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1999.
- González, Ernesto (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo IV: El PRT-La Verdad, ante el Cordobazo y el clasismo (1969-1971)*, Fundación Pluma, Buenos Aires, 2006.
- Grenat, Stella: *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del programa revolucionario en los '70*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2010.
- Hilb, Claudia y Daniel Lutzky: *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984.
- Jemio, Ana Sofía: “‘FOTIA, sus sindicatos y afiliados’. Una aproximación a los marcos discursivos y propuestas programáticas de la clase obrera azucarera tucumana en 1963”, en *Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, noviembre de 2012.
- Lanusse, Lucas: *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 2010
- Lissandrello, Guido y Ana Costilla: “La estrategia insurreccional en los sindicatos. El Partido Comunista Revolucionario (PCR) en los '70”, en: *II Jornadas de Iniciación en la Investigación Interdisciplinaria en Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Quilmes, 2013.
- Lissandrello, Guido: “El Partido Comunista Revolucionario (PCR) y la discusión estratégica en los setenta (1967-1972)”, en: *X Jornadas de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires (FSOC-UBA), Buenos Aires, 2013.
- Lissandrello, Guido: “La construcción sindical montonera en los tiempos del Pacto Social: La articulación entre la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) y el Instituto de Medicina del Trabajo (IMT), 1973-1974”, en: Galafassi, Guido, Brenda Rugar y Ana Costilla: *Dirán “hubo gigantes aquí”. Izquierda, peronismo y clase obrera en los '60 y '70*, Extramuros, Buenos Aires, 2018.

- Lissandrello, Guido: “La discusión estratégica en la izquierda argentina en los años ’70. Aproximación al debate entre guerrillerismo e insurreccionalismo en el nacimiento del Partido Comunista Revolucionario (PCR), 1967-1972”, en: *Revista Andes*, N° 26, Revista del Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología (CEPIHA), de la Universidad Nacional de Salta, Salta, 2015
- Lissandrello, Guido: “La izquierda y el movimiento obrero: El caso de El Obrero en Córdoba (1970-1973)” en, *Razón y Revolución*, n° 21, Buenos Aires, 2011, pp. 133-146
- Lissandrello, Guido: “La toma de la fábrica Perdriel y la clarificación de la estrategia insurreccionalista del Partido Comunista Revolucionario en los ‘70”, en: *VII Jornadas de Trabajo de Historia Reciente. Universidad Nacional de La Plata - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)*, La Plata, 2014.
- Lissandrello, Guido: “La voz de un imprescindible”, en: Pereyra, Daniel: *Memorias de un militante internacionalista*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2014.
- Löbbe: *La guerrilla fabril. Clase Obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2009.
- López Trujillo, Fernando: *Vidas en rojo y negro: una historia del anarquismo en la Década Infame*, Letra Libre, Buenos Aires, 2005.
- Mangiantini, Martín: *El trotskismo y el debate en torno a la lucha armada. Moreno, Santucho y la ruptura del PRT*, El Topo Blindado, Buenos Aires, 2014.
- Mattini, Luis: *Hombres y mujeres del PRT-ERP de Tucumán a La Tablada*, De la campana, La Plata, 2007.
- Mohaded, Ana: *Memorias de los ’70. La propuesta teórica, política y organizativa de la Organización Comunista Poder Obrero*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Catamarca, 2009.
- Nieto, Agustín: “Notas críticas en torno al sentido común historiográfico sobre ‘el anarquismo argentino’”, en: *A contra corriente*, vol. 7, n° 3, primavera de 2010.
- Ollier, María Matilde: *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.
- Ollier, María Matilde: *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.
- Ollier, María Matilde: *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Ariel, Buenos Aires, 1998.

- Pacheco, Julieta: “De Contorno al MLN. La construcción del programa del Movimiento de Liberación Nacional (1955-1960)”, en: *Anuario CEICS*, año 3, n° 3, 2009, pp. 149-168.
- Pacheco, Julieta: *Montoneros y las contradicciones del programa de liberación nacional (1970-1976)*, Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras, 2014.
- Pacheco, Julieta: *Nacional y popular. El MALENA y la construcción del programa de liberación nacional (1955-1969)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2012.
- Perdía, Roberto: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, Grupo Ágora, Buenos Aires, 1997.
- Petra, Adriana Carmen: *Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963)*, Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, La Plata, 2013.
- Petra, Adriana: *Editores y editoriales comunistas. “El caso de ‘Problemas’ de Carlos Dujovne”*, en: *Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 31 de octubre al 2 de noviembre de 2012.
- Portantiero, Juan Carlos: *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro: *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.
- Pozzi, Pablo: *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2004.
- Rojo, Alicia: “El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo”, en: *Cuadernos del CEIP*, n° 3, Buenos Aires, 2002.
- Rojo, Alicia: “Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera”, en: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, n° 1, septiembre de 2012, pp. 103-128.
- Rot, Gabriel: *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 2000.
- Rugar, Brenda: *A emergência do maoísmo na Argentina: uma aproximação através de Vanguardia Comunista e o Partido Comunista Revolucionário*, Dissertação (Mestrado)

- Universidade Federal Fluminense, Instituto de Ciências Humanas e Filosofia. Departamento de História, 2016.
- Sabaj, Daniela: “Vanguardia Comunista 1965-1971, lucha armada y violencia política”, en: *XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2017.
- Santella, Agustín y Andrea Andujar: *El Perón de la fábrica éramos nosotros*, Desde el subte, Buenos Aires, 2007.
- Seoane, Maria: *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta Bolsillo, Buenos Aires, 1991.
- Suriano, Juan: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001.
- Tarcus, Horacio (dir.): *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina. De los anarquistas a la ‘nueva izquierda’ (1870-1976)*, Emecé editores, Buenos Aires, 2007.
- Tarcus, Horacio: “¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890”, en: *Políticas de la memoria*, nº 4, Verano 2003/2004.
- Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1996.
- Tarcus, Horacio: *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.
- Tasso, Alberto: “Dimensión y la relectura de la historia”, en: *Dimensión. Revista de cultura y crítica. Edición facsimilar*, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Santiago del Estero, 2012, pp. 11-20.
- Tortti, María Cristina y Mauricio Chama (dir.): *La nueva izquierda argentina (1955-1976): Socialismo, peronismo y revolución*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2014.
- Tortti, María Cristina: “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en: Ansaldi, Waldo, Aldo Pucciarelli y José Villarruel: *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Biblos, Buenos Aires, 1995.
- Tortti, María Cristina: “La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución”, en: Tortti, María Cristina (Dir.): *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*, Prohistoria ediciones, Rosario, 2014.
- Tortti, María Cristina: “La nueva izquierda en la historia reciente de la Argentina”, en: *Cuestiones de Sociología: Revista de Estudios Sociales*, nº 3, Prometeo, Buenos Aires, 2006, pp. 19-32.

- Tortti, María Cristina: “Protesta social y ‘Nueva Izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en: Pucciarelli, Aldo: *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 205-230.
- Tortti, María Cristina: *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Prometeo, Buenos Aires, 2009.
- Trucco Dalmas, Ana Belén: “Dimensión, una revista de cultura y crítica. Santiago del Estero 1956-1962”, en: *Políticas de la memoria*, n° 14, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina, Buenos Aires, verano 2013-2014, pp. 124-129.
- Vezzetti, Hugo, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- Werner, Ruth, Facundo Aguirre: *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976*, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2009.

e. Bibliografía sobre izquierda argentina y cuestión agraria

- Adelman, Jeremy: “Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la Primera Guerra Mundial”, *Anuario IEHS*, n° 4, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Tandil, 1989, pp. 293-333.
- Ascolani, Adrián: “Corrientes sindicales agrarias en la Argentina. Socialismo, anarcocomunismo y sindicalismo (1900-1922)”, en: *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 15, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 1992, pp. 141-151.
- Ascolani, Adrián: “El anarco comunismo rural argentino. Utopía revolucionaria y sindicalismo (1900-1922)”, en: *Estudios sociales*, n° 4, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, primer semestre de 1993, pp. 113-136.
- Ascolani, Adrián: “La identidad de los obreros rurales pampeanos: representaciones y controversias entre socialistas, anarquistas y sindicalistas (1918-1928)”, en: Mateo, Graciela y Oscar Ernesto Mari: *Territorio, poder e identidad en el agro argentino*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2010, pp. 171-184.
- Ascolani, Adrián: *El sindicalismo rural en Argentina. De la resistencia clasista a la comunidad organizada (1928-1952)*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2009.
- Barandiarán, Luciano: “El Partido Socialista bonaerense y los trabajadores rurales permanentes (Tandil, 1920)”, en: *Trabajo y Sociedad*, n° 19,

- Barandiarán, Luciano: “La concepción socialista del trabajador rural: de Juan B. Justo a Juan Nigro”, en: Graciano, Osvaldo y Talía Gutierrez (dir.): *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*, Prometeo, Buenos Aires, 2006, pp. 117-136.
- Barandiarán, Luciano: “La propaganda socialista en el campo bonaerense: la experiencia de los ‘comités de zona’ (1930-1943)”, en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, n° 7, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2010, pp. 147-166.
- Etchenique, Jorge: *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, Ediciones Amerindia, Santa Rosa, 2000.
- Graciano, Osvaldo, “Soluciones para la crisis del capitalismo argentino. Las propuestas socialistas para la transformación de la economía pampeana en los años ‘30”, en: Guido Galafassi (comp.): *El Campo Diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX*, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2004.
- Graciano, Osvaldo: “Alternativas de izquierda para un capitalismo en crisis. Las propuestas de los partidos Socialista y Comunista de Argentina ante la crisis de su economía agraria, 1930-1943”, en: Noemí Girbal-Blacha y Sonia Mendonça (coord.): *Cuestiones agrarias en Argentina y Brasil. Conflictos sociales, educación y medio ambiente*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.
- Graciano, Osvaldo: “El agro pampeano en los 'clásicos' del socialismo argentino. Las propuestas hacia el campo de Juan B. Justo, 1894-1928”, en: Osvaldo Graciano y Talía Gutiérrez: *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*, Prometeo, Buenos Aires, 2006.
- Graciano, Osvaldo: “Entre la transformación socialista y la redención nacional. El pensamiento de izquierda ante la crisis del capitalismo agroexportador, 1914-1933”, en Graciela Mateo, Oscar Marí, Cristina Valenzuela (compiladores): *Territorio, Poder e Identidad en el agro argentino*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2010.
- Graciano, Osvaldo: “La escritura de la realidad. Un análisis de la tarea editorial y del trabajo intelectual del Anarquismo argentino entre los años '30 y el Peronismo”, en: *Izquierdas*, n° 12, Santiago de Chile, abril de 2012.
- Graciano, Osvaldo: “Las izquierdas ante la crisis del capitalismo agrario argentino. Producción de saber para la acción política”, en: Silvia Lázzaro y Javier Balsa: *Agro y política en la Argentina. El modelo agrario en cuestión, 1930-1943*. Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 2012, pp. 119-202.

- Graciano, Osvaldo: “Las izquierdas y la crítica de la economía peronista. Producción de saber social y práctica política”, en: Graciano, Osvaldo y Gabriela Olivera (coord.): *Actores sociales, partidos políticos e intervención estatal durante el peronismo 1943-1955*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 2015, pp. 93-134.
- Graciano, Osvaldo: “Las Izquierdas y la cuestión agraria en la Argentina del siglo XX. La persistencia de un vínculo en la definición de sus estrategias políticas”, en: Javier Balsa, Graciela Mateo y Silvia Ospital (compiladores): *Pasado y Presente en el Agro argentino*, Lumiere, Buenos Aires, 2008.
- Graciano, Osvaldo: “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”, en: *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, Madrid, 2007.
- Graciano, Osvaldo: “Representaciones del agro argentino en el Partido Socialista: entre la Segunda Guerra Mundial y el primer peronismo. 1939-1950”, en: Galafassi, Guido y Silvia Lázzaro (comps.): *Sujetos, política y representaciones del mundo rural. Argentina 1930-1975*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- Graciano, Osvaldo: “Utopía social y utopía tecnológica en el pensamiento de las izquierdas argentinas para la transformación del capitalismo agrario, 1890-1945”, en: *Mundo Agrario. Revista de Estudios sociales*, vol. 10, n° 20, primer semestre de 2010, s/p.
- Lemmi, Soledad: “El Partido Comunista Argentino y el Congreso Nacional de Horticultura y Fruticultura. Junio de 1971”, en: *XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, San Fernando del Valle de Catamarca, 2011.
- Martocci, Federico: “Mariano Vélez revisitado: una lectura socialista del agro pampeano en los años treinta”, en: *Revista de historia americana y argentina*, vol. 48, n° 2, Mendoza, diciembre de 2013.
- Rodríguez, Laura Graciela: “Los radicalizados del sector rural. Los dirigentes del Movimiento Agrario Misionero y Montoneros (1971- 1976)”, en: *Mundo Agrario*, vol. 10, n° 19, segundo semestre de 2009, s/p.

II. Fuentes

a. Documentos partidarios y textos programáticos

Partido Comunista de la Argentina (PC)

- Agnello, Mario: “El programa agrario del Valle de Neuquén y Rio Negro”, en: *Nueva Era*, nº 10 (216), año XXIV, noviembre de 1973.
- Berraz, Alfredo: “Causas de la crisis del agro en Córdoba”, en: *Nueva Era*, nº 2, marzo de 1964.
- Bondone, Luis José: *¿Cómo beneficiará la Reforma Agraria al Progreso Nacional? Carta a los campesinos y al pueblo argentino*, Anteo, Buenos Aires, Marzo de 1974.
- Cerro, Severo et al: “La situación de la ganadería y de los frigoríficos y los posibles aliados de los obreros de la carne”, en: *Nueva Era*, nº 10, diciembre de 1963.
- Cerro, Severo: “El movimiento obrero rural”, en: *Nueva Era*, nº 11 (142), año XXIII, diciembre de 1966.
- Cerro, Severo: “Lo nuevo en el campo y nuestras tareas”, en: *Nueva Era*, nº 1 (165), año XX, enero-febrero de 1969.
- Codovilla, Pablo: *Por la acción de masas hacia la conquista del poder. Informe rendido en nombre del Comité Central ante el XII Congreso del Partido Comunista que sesionó desde el 22 de febrero hasta el 3 de marzo de 1963*, 1963.
- Codovilla, Victorio: *¿Puede ser realizado el Plan de Gobierno?*, Buenos Aires, diciembre de 1946.
- Comisión Agraria del Comité Central del Partido Comunista: *El problema agrario y la posición de los comunistas*, Anteo, Buenos Aires, enero de 1974.
- Comisión Agraria del Comité Central del Partido Comunista: *Se agrava la crisis del campo argentino. El plan del Fondo Monetario Internacional*, Anteo, Buenos Aires, abril de 1961.
- Comité Central del Partido Comunista de la Argentina: “Opinión del Partido Comunista sobre el Plan Trienal”, en: *Nueva Era*, nº 1, año XXIV, febrero de 1974.
- Comité Provincial de Buenos Aires del Partido Comunista de la Argentina: *Carne: un problema clave*, Frente Unido, Buenos Aires, 1966.
- Correa, Eduardo: “El papel de las capas medias y la burguesía nacional”, en: *Nueva Era*, nº 1, año XXIV, febrero de 1974.
- Cosentini, Vicente: “Los imperialistas y terratenientes saquean a los campesinos tabacaleros de Jujuy”, en: *Nueva Era*, nº 4, mayo de 1963.

- De la Peña, Alcira: *Reforma agraria y medidas contra la carestía de la vida. Propositiones de la Consejo Comunista Alcira De la Peña ante el Consejo Deliberante de la Capital Federal*, Anteo, Buenos Aires, 1962.
- Del Campo, Rafael: “Las juventudes del campo luchan por la reforma agraria”, en: *Nueva Era*, nº 4 (199), año XXIII, mayo de 1972.
- Delfina, Irene: “La mujer campesina: Sus problemas. Sus luchas”, en: *Nueva Era*, nº 3 (230), año XXV, abril de 1975.
- Fuchs, Jaime: *Argentina: su desarrollo capitalista*, Cartago, Buenos Aires, 1965.
- García, José María et al: “¿Quiénes forman la burguesía nacional argentina? (continuación)”, en: *Nueva Era*, nº 8, año XVI, septiembre de 1964.
- García, José María: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino? (continuación)”, en: *Nueva Era*, nº 2 (133), año XVIII, marzo de 1966.
- García, José María: “El congreso pro reforma agraria convocado por la CGT”, en: *Nueva Era*, nº 4, año XVII, mayo de 1965.
- García, José María: “La dictadura contra los campesinos trabajadores”, en: *Nueva Era*, nº 3, año XVIII, abril de 1967.
- García, José María: “La situación del campo”, en: *Nueva Era*, nº 1, enero-febrero de 1963.
- García, José María: “Las actuales luchas en el campo argentino”, en: *Nueva Era*, nº 2, (187), año XXII, marzo de 1971.
- García, José María: “Los problemas del campo y las luchas campesinas”, en: *Nueva Era*, nº 4 (167), año XX, mayo de 1969.
- García, José María: *El campo argentino a 60 años del Grito de Alcorta*, Ediciones Centro de Estudios, Buenos Aires, 1972.
- García, José María: *El campo argentino y la reforma agraria*, Ediciones del Calicanto, Buenos Aires, 1968.
- García, José María: *Reforma agraria y liberación nacional*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1987.
- García, José María: *Temas Agrarios Argentinos. La reforma agraria eje clave para el cambio de estructuras anacrónicas*, Ediciones Tierra y Progreso, Buenos Aires, 1963.
- García, Oscar et al: “Sobre la alianza obrero y campesina en nuestro país”, en: *Nueva Era*, nº 7, año XVII, agosto de 1965.
- García, Oscar: “El movimiento obrero y la alianza obrera y campesina”, en: *Nueva Era*, nº 7, septiembre de 1963.

- Ghioldi, Orestes: *El Partido Comunista tiene una misión histórica que cumplir y nada ni nadie podrá impedir que la cumpla. Conferencia pronunciada en la ciudad de buenos aires el 1º de febrero de 1964 con motivo del 70 aniversario del nacimiento del camarada Victorio Codovilla*, Anteo, Buenos Aires, 1964.
- Ghioldi, Rodolfo: “Los obreros rurales”, en: *Nueva Era*, nº 8, septiembre de 1962.
- Gómez, Aníbal: “La avicultura argentina controlada por el imperialismo norteamericano”, en: *Nueva Era*, nº 6 (201), año XXIII, julio de 1972.
- Gonzalez Alberdi, Paulino et al.: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino?”, en: *Nueva Era*, nº 1 (132), febrero de 1966.
- González Alberdi, Paulino et al: “¿Quiénes forman la burguesía nacional argentina?”, en: *Nueva Era*, nº 7, año XVI, agosto de 1964.
- González Alberdi, Paulino: “La reforma agraria y el camino hacia el socialismo en la Argentina”, en: *Nueva Era*, nº 9, noviembre de 1963.
- González Alberdi, Paulino: “La renta de la tierra”, en: *Nueva Era*, nº 5 (232), año XXVI, junio de 1975.
- González Alberdi, Paulino: “Los problemas de Neuquén y Río Negro y su importancia para el país”, en: *Nueva Era*, nº 1, año XVII, enero y febrero de 1965.
- Grana, Roberto: “En el ‘Rocazo’ fue poder un gobierno comunal provisional de amplia coalición democrática”, en: *Nueva Era*, nº 2, (208), año XXIV, marzo de 1973.
- Kohen, Alberto: “El Congreso Argentino por la Reforma Agraria”, en: *Nueva Era*, nº 6, año XVII, julio de 1965.
- Kohen, Alberto: “El programa del Partido Comunista y la revolución agraria y antimperialista”, en: *Nueva Era*, nº 8, octubre de 1963.
- Kohen, Alberto: “La penetración en el campo agrava la crisis agraria argentina”, en: *Nueva Era*, nº 9 (162), año XIX, octubre de 1968.
- Kohen, Alberto: “Sobre el programa agrario del Partido Comunista”, en: *Nueva Era*, nº 9, noviembre de 1963.
- Kohen, Alberto: *Clases sociales y programas agrarios*, Editorial Quipo, Buenos Aires, 1968.
- Laborde, Julio et al.: “El problema del azúcar en el noroeste argentino”, en: *Nueva Era*, nº 11, año XVII, diciembre de 1965.
- Laborde, Julio et al: “Lo nuevo entre los obreros rurales”, en: *Nueva Era*, nº 6 (159), año XIX, julio de 1968.

- Laborde, Julio y Mauricio Lebedinsky: “Porqué está cara la carne”, en: *Nueva Era*, n° 9, año XVIII, octubre de 1966.
- Laborde, Julio: “Bibliográficas: La cuestión agraria y el movimiento de liberación nacional”, en: *Nueva Era*, n° 1, año XVII, enero y febrero de 1965.
- Laks, Jacobo: *La verdad sobre la cuestión azucarera*, Editorial Documentos, Buenos Aires, 1960.
- Lebedinsky, Mauricio: “¿Qué hay de nuevo en el campo argentino? (última parte)”, en: *Nueva Era*, n° 3 (134), año XVIII, abril de 1966.
- Lebedinsky, Mauricio: *Argentina. Estructura y cambio, realidad y conciencia*, Platina, Buenos Aires, 1965.
- Lebedinsky, Mauricio: *Estructura de la ganadería*, Editorial Quipo, Buenos Aires, 1968.
- Lebedinsky, Mauricio: *La Argentina. El país que tenemos, los cambios que necesitamos*, Cartago, Buenos Aires, 1975.
- Marianetti, Benito: “La empresa estatal Giol y la cuestión vitivinícola”, en: *Nueva Era*, n° 1, año XXIV, febrero de 1974.
- Marianetti, Benito: “La situación de la industria vitivinícola en la crisis estructural que afecta a la república”, en: *Nueva Era*, n° 1, enero-febrero de 1963.
- Mira, Jesús: “El problema de la carne”, en: *Nueva Era*, n° 8, año XVII, septiembre de 1965.
- Moreno, Eugenio: “El anteproyecto de Ley Agraria Nacional”, en: *Nueva Era*, n° 7 (224), año XXV, agosto de 1974.
- Moretti, Florindo: “¿Cómo fortalecer y extender la organización del partido en el campo?”, en: *Nueva Era*, n° 3 (220), año XXV, abril de 1974.
- Moretti, Florindo: “Un programa de lucha por soluciones populares”, en: Moretti, Florindo y Hugo Ojeda: *Los problemas de Santa Fe bajo la dictadura*, Unidad, Buenos Aires, 1966.
- Occhipinti, Juan: *Por un Partido Comunista de masas enraizado particularmente en las grandes empresas y en el campo*, Frente Unido, Buenos Aires, 1972.
- Partido Comunista de la Argentina: *Defendamos la ganadería nacional de la Agresión del pool extranjero*, 1970, compilado en Partido Comunista de la Argentina: *Resoluciones y declaraciones del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina. Año 1970*, Anteo, Buenos Aires, 1971.

- Partido Comunista de la Argentina: *El agro en combate contra la oligarquía y los monopolios*, 1972, compilado en Partido Comunista de la Argentina: *Resoluciones y declaraciones del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina. Año 1972*, Anteo, Buenos Aires, 1973.
- Partido Comunista de la Argentina: *El tabaco ¿Qué hay detrás de un cigarrillo?*, Anteo, Buenos Aires, 1973.
- Partido Comunista de la Argentina: *Hacia el XIII Congreso del Partido Comunista*, Anteo, Buenos Aires, octubre de 1968.
- Partido Comunista de la Argentina: *Hacia el XIV Congreso del Partido Comunista*, Anteo, Buenos Aires, agosto de 1972.
- Partido Comunista de la Argentina: *Orientación y táctica de los comunistas en el movimiento agrario*, 1973.
- Partido comunista de la Argentina: *Programa del Partido Comunista de la Argentina. Aprobado por el XII Congreso realizado en la ciudad de Mar del Plata entre los días 22 de febrero al 3 de marzo de 1963*, 1963.
- Partido Comunista de la Argentina: *Programa del Partido Comunista de la Argentina*, Anteo, Buenos Aires, 1974.
- Partido Comunista de la Argentina: *Programa del Partido Comunista de la Argentina*, Anteo, Buenos Aires, 1969.
- Partido Comunista de la Argentina: *Proyecto de Ley de Reforma Agraria del Partido Comunista de la Argentina*, Anteo, Buenos Aires, 1965.
- Partido Comunista de la Argentina: *Resolución del XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina*, 1963.
- Partido Comunista de la Argentina: *Resolución sobre el campo*, 1969, compilado en Partido Comunista de la Argentina: *Resoluciones y declaraciones del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina. Año 1969*, Anteo, Buenos Aires, 1970.
- Partido Comunista de la Argentina: *Sobre problemas de organización*, Anteo, Buenos Aires, noviembre de 1968.
- Partido Comunista de la Argentina: *Tesis política del Partido Comunista de la Argentina*, marzo de 1969.
- Rosales, Juan: "Los comunistas y las luchas campesinas en el noreste", en: *Nueva Era*, n° 3 (198), año XXIII, abril de 1972.
- San Esteban, Ricardo: *El agro argentino: Proceso histórico*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1975.

- Semerene, José et al: “Lo nuevo entre los obreros rurales (continuación)”, en: *Nueva Era*, n° 7 (160), año XIX, agosto de 1968.
- Sepiurca, David: “Una vez más sobre la necesidad de una inmediata Reforma Agraria”, en: *Nueva Era*, n° 5, año XVI, junio de 1964.
- Shapiro, J.: “Algunos problemas de la organización del partido en el campo”, en: *Nueva Era*, n° 5 (222), año XXV, junio de 1974.
- Tadioli, Pedro: *Los problemas bonaerenses y los comunistas. Informe rendido ante la conferencia de delegados del Partido Comunista de la Provincia de Buenos Aires realizada en La Plata el día 1° de abril de 1973*, Editorial Frente Unido, 1973.
- Toncovich, Otto: “Los problemas de Neuquén y Río Negro y su importancia para el país (continuación)”, en: *Nueva Era*, n° 2, año XVII, marzo de 1965.

Montoneros

- Montoneros, *Boletín interno n° 1*, primera quincena de mayo de 1973, citado en: Baschetti, *Documentos...*, op. cit.
- Montoneros: *Ante la más grave crisis de la historia argentina , esta es la única solución*, agosto de 1975, en: Baschetti, *Documentos (1973-1976)...*, op. cit., pp. 518-523.
- Montoneros: *Documento para el Congreso Nacional*, 1975, compilado en: Baschetti, *Documentos (1973-1976)...*, op. cit., pp. 341-371.
- Montoneros: *Documento y programa*, 24 de febrero de 1973, en: *Punto Final*, 22/02/1973, reproducido en Baschetti, *Documentos (1970-1973)...*, op. cit., pp. 522-524.
- Montoneros: *Las armas de la Independencia hoy están apuntadas hacia el Pueblo*, 1971, citado en: *Cristianismo y Revolución*, n° 30, septiembre de 1971.
- Montoneros: *Línea político-militar*, 1971, compilado en Baschetti, Roberto: *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, De la campana, La Plata, 1995.
- Partido Peronista Auténtico: “Antes de que sea demasiado tarde”, solicitada del Partido Peronista Auténtico en: *Clarín*, 24/08/1975, citado en: Baschetti, *Documentos (1973-1976)...*, op. cit., pp. 524-528.
- Partido Peronista Auténtico: *El Peronismo Auténtico al Pueblo de la patria*, 24 de agosto de 1975.

Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP) / Partido Revolucionario de los Trabajadores - El Combatiente (PRT-EC) / Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)

- Frente Revolucionario Indoamericano Popular: *Proletariado rural: detonante de la revolución argentina*, 1964.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores: *La situación tucumana. Documento político zonal aprobado por el plenario zonal del 11 de diciembre*, 1966.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo: *Hacia el VI Congreso. Proyecto de programa*, 1973.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores-El Combatiente: *El único camino hasta el poder obrero y el socialismo*, 25 y 26 de febrero de 1968 (Fecha de realización del Congreso).
- Santucho, Mario Roberto: “4 tesis sobre el norte argentino”, en *Estrategia*, n° 5, 3ra época, abril de 1966.
- Santucho, Mario Roberto: *La definición del peronismo. La tarea de los revolucionarios*, agosto de 1973.
- Santucho, Mario Roberto: *Poder burgués y poder revolucionario*, 1974.

Partido Comunista Revolucionario (PCR) / Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (PC-CNRR)

- Comisión Nacional de Obreros Rurales: “Golpeando en el corazón de la oligarquía”, *Teoría y Política*, n° 14, abril-junio de 1975, pp. 8-13.
- Duarte, Mercedes: “Las carnes y su incidencia en la política Argentina”, *Teoría y Política*, n° 5, mayo-junio de 1971, pp. 65-75.
- Echague, Carlos: *El otro imperialismo. Del socialismo al socialimperialismo*, Ediciones De Mayo, Buenos Aires, 1974.
- Galván, Roque: “Acercas del problema agrario en nuestro país”, en: *Teoría y Política*, n° 4, marzo-abril de 1970, pp. 31-50.
- Gastiazoro, Eugenio: *Argentina hoy. Capitalismo dependiente y estructura de clases*, Polemos, Buenos Aires, 1971.

- Gastiazoro, Eugenio: *Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*, Ediciones Pueblo, Buenos Aires, 1975.
- Gastiazoro, Eugenio: *Crítica del desarrollismo*, Editores Dos, Buenos Aires, 1970.
- Gastiazoro, Eugenio: *El problema agrario argentino y sus soluciones*, Paidós, Buenos Aires, 1976.
- Barsky, Osvaldo, Horacio Ciafardini y Carlos Cristiá: *Producción y tecnología en la región pampeana*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.
- Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: *Primer documento interno de trabajo sobre el proceso de formación de la economía y la sociedad valletanas*, Universidad Nacional del Sur, Departamento de Economía, Bahía Blanca, setiembre de 1972, (mimeo).
- Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: *Cuarto Documento interno de trabajo: Informe preliminar sobre las tendencias de desarrollo de las actividades económicas ligadas a la fruticultura*, Universidad Nacional del Sur. Departamento de Economía, Bahía Blanca, diciembre de 1973, (mimeo).
- Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: *Quinto documento interno de trabajo; Informe Final 1" (versión preliminar)*, Universidad Nacional del Sur, Departamento de Economía, Bahía Blanca, diciembre de 1973, (mimeo).
- Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: *Contribución a la Historia de la economía del Alto Valle del Río Negro. De la "Conquista del Desierto" a la fruticultura*. Diciembre de 1975 (inédito).
- Ciafardini, Horacio y Cristiá, Carlos: "Estudio de campo y elaboración de las cuentas sociales de Casilda para 1969. Metodología y principales resultados", en: *Desarrollo Económico*, n° 47, Vol. 12, octubre-diciembre 1972, s/p.
- Marín, Andrés y Lucas Fígari: "El método para analizar la lucha de clases en el campo", *Teoría y Política*, n° 6, Julio-Agosto de 1971, pp. 49-52.
- Montes, Ramón: "La lucha del gran aliado. La experiencia del movimiento campesino en Misiones", en: *Teoría y Política*, n° 13, 1975, pp. 5-11.
- Páez, Hugo: "Teoría de la dependencia: Inútil contra el viejo amo; útil para el nuevo", *Teoría y Política*, n° 14, abril-junio de 1975, pp. 14-23.
- Partido Comunista (Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria): *Tesis para el XIII Congreso*, noviembre de 1968, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1º Congreso del PCR. 1967-1969*, Comité Central del PCR, Buenos Aires, 2003.

- Partido Comunista Revolucionario: *Balance de la actividad del partido entre el II y III Congreso*, 1974, compilado en: Partido Comunista Revolucionario, *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2º Congreso...*, op. cit.
- Partido Comunista Revolucionario: *Conferencia Permanente del PCR de agosto de 1970*, 1970, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1º Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2º Congreso, abril de 1972*, Comité Central del PCR, Buenos Aires, 2005.
- Partido Comunista Revolucionario: *Conferencia Permanente del PCR de marzo de 1971*, compilado en: Partido Comunista Revolucionario, *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1º Congreso...*, op. cit.
- Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario: Resolución sobre el tipo de revolución y las bases para el Programa del partido*, 1969, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados desde la ruptura...*, op. cit.
- Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario: Informe del Comité Nacional del PCR*, 1969, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados desde la ruptura...*, op. cit.
- Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el Segundo Congreso del PCR: Programa del PCR*, 1972, compilado en: Partido Comunista Revolucionario, *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1º Congreso...*, op. cit.
- Partido Comunista Revolucionario: *Informe del Comité Central del PCR del 5 y 6 de marzo de 1975*, 1975, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 3er Congreso, marzo de 1974, hasta su 4º Congreso, abril de 1984. (Primera Parte 1974-1979)*, Comité Central del PCR, Buenos Aires, 2006.
- Partido Comunista Revolucionario: *Programa del PCR. Fundamentos*, 1974, compilado en: Partido Comunista Revolucionario: *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2º Congreso, abril de 1972, hasta su 3º Congreso, marzo de 1974*, Comité Central del PCR, Buenos Aires, 2005.
- Partido Comunista Revolucionario: *Situación nacional y tareas del partido*, compilado en: Partido Comunista Revolucionario, *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1º Congreso...*, op. cit.

- Sáenz, Rodolfo: “Notas sobre el militarismo peronista”, en: *Teoría y Política*, n° 6, 1971, pp. 21-48.
- Serdán, Pedro: “Acerca de la clase obrera rural (en una parte de la pampa húmeda)”, en: *Teoría y Política*, n° 5, mayo-junio de 1971, pp. 27-52.

Vanguardia Comunista

- “La inversión imperialista en Argentina”, en: *Temas Revolucionarios*, n° 1, noviembre de 1973, pp. 3-16.
- Agrupación Azucarera “13 de noviembre” (Vanguardia Comunista): “Declaración de principios de la Agrupación azucarera 13 de noviembre”, en: *Norte Obrero* (publicación de la Tendencia Obrera 29 de Mayo), s/f.
- Comisión Obrera Azucarera de Lucha: *Nuestros puntos de vista*, abril de 1969.
- Comisiones Obreras de Tucumán: “Por un gobierno popular revolucionario que nacionalice la industria azucarera”, 11 de diciembre de 1970, citado en: *Norte Obrero*, n° 3, enero de 1971.
- Comité Central de Capital Federal de Vanguardia Comunista: *Posición de Comité Capital frente al informe en disidencia*, octubre de 1968.
- Comité Permanente del Comité Central de Vanguardia Comunista: *Documentos sobre la revolución nacional, democrática popular y la estrategia de poder*, septiembre de 1972.
- Garcia, Juan: “Mendoza: el monopolio al desnudo”, en: *Temas Revolucionarios*, n° 3, noviembre-diciembre de 1975, pp. 39-44.
- Gonzalez, Melquíades: “Quiénes son los dueños de la tierra”, en: *Temas Revolucionarios*, n° 3, noviembre-diciembre de 1975, pp. 33-38.
- Semán, Elías: *Cuba miliciana*, Ubicación, Buenos Aires, 1961.
- Semán, Elías: *Derrotemos al revisionismo*, octubre de 1964.
- Semán, Elías: *El partido marxista-leninista y el guerrillerismo*, El Topo Blindado, Buenos Aires, 2013.
- Vanguardia Comunista - En Marcha: *Por la construcción del partido de la clase obrera. Declaración conjunta*, s/f (circa 1970).
- Vanguardia Comunista (Comité del Frente Estudiantil de Capital): *Los comunistas revolucionarios respondemos al PC (CNRR)*, s/f (circa 1968).

- Vanguardia Comunista Córdoba: *Resoluciones del Primer Congreso Provincial de Vanguardia Comunista*, Córdoba, Mayo de 1975.
- Vanguardia Comunista: *50 años de luchas. El Partido Comunista del Brasil*, Temas Revolucionarios n° 2, febrero de 1974.
- Vanguardia Comunista: *Circular de la dirección nacional sobre la situación nacional y el trabajo partidario*, septiembre de 1969.
- Vanguardia Comunista: *Circular de Vanguardia Comunista frente al aniversario de la muerte del Che*, 1969.
- Vanguardia Comunista: *Denunciamos el falso comunismo de Codovilla*, 1965.
- Vanguardia Comunista: “Documento del CC de Vanguardia Comunista”, en: *Cuadernos Rojos*, n° 2, septiembre de 1970.
- Vanguardia Comunista: *En la lucha contra la dictadura y su GAN construir un frente antiacuerdista de masas. Resolución de la 3° reunión del Primer Comité Central de Vanguardia Comunista*, agosto de 1972.
- Vanguardia Comunista: *Folleto sin título*, julio de 1973.
- Vanguardia Comunista: *Frente único contra la dictadura militar pro-yanqui*, Ediciones no Transar, julio de 1966.
- Vanguardia Comunista: *Hacia el congreso de reconstrucción del Partido Comunista*, Ediciones No Transar, mayo de 1966.
- Vanguardia Comunista: *Informe político*, 1971, compilado en: Vanguardia Comunista: *Resoluciones del Primer Congreso Nacional “Emilio Jauregui”*, noviembre de 1971.
- Vanguardia Comunista: *Llevar la campaña hasta el fin y forjar una nueva unidad a través de la lucha*, mayo de 1968.
- Vanguardia Comunista: *Manifiesto-Programa de Vanguardia Comunista*, 1971, compilado en: Vanguardia Comunista: *Resoluciones del Primer Congreso Nacional “Emilio Jauregui”*, noviembre de 1971.
- Vanguardia Comunista: *Proyecto de resolución sobre construcción del partido. 1er Congreso Nacional Vanguardia Comunista en marcha hacia la constitución del Partido Comunista Revolucionario*, circa octubre de 1968.
- Vanguardia Comunista: *Proyecto de resolución sobre situación nacional. 1er Congreso Nacional Vanguardia Comunista en marcha hacia la constitución del Partido Comunista Revolucionario*, octubre de 1968.
- Vanguardia Comunista: *Resoluciones del Comité Central de VC. Resolución sobre el carácter de la sociedad y la revolución*, septiembre de 1970, compilado en: *Documentos*

sobre la revolución nacional, democrática popular y la estrategia de poder, Comité Permanente del Comité Central de Vanguardia Comunista, septiembre de 1972.

Grupo Obrero Marxista (GOM) / Partido Obrero Revolucionario (POR) / Palabra Obrera / Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad (PRT-LV) / Partido Socialista de los Trabajadores (PST)

- Acosta, Daniel: “Los campesinos ocupan tierras”, en: *Revista de América*, nº 5/6, año I, segunda época, julio-agosto de 1975.
- Blanco, Hugo: “La reforma agraria peruana”, en: *Revista de América*, nº 1, mayo de 1970.
- García, Antonio y Jodo Rodríguez: “Defender la reforma agraria”, en: *Revista de América*, nº 13, año II, segunda época, marzo de 1976.
- Juventud Socialista de Avanzada: *Boletín Interno*, 9 de Marzo de 1975.
- Lorenzo, Aníbal: “Las lecciones de Bolivia”, en: *Revista de América*, nº 6/7, julio-octubre de 1971.
- Moreno, Nahuel: “El centrismo en cifras”, en: *La estructura económica argentina*, noviembre de 1974, edición digital de la Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org.
- Moreno, Nahuel: “Tesis agraria”, en: *La estructura económica argentina*, noviembre de 1974, edición digital de la Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org.
- Moreno, Nahuel: *Argentina y Bolivia: Un balance*, diciembre de 1972, edición digital de la Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org.
- Moreno, Nahuel: *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana*, 1968, edición digital de la Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org.
- Moreno, Nahuel: *La revolución latinoamericana, argentina y nuestras tareas*, 1968.
- Moreno, Nahuel: *La revolución latinoamericana*, marzo de 1962.
- Moreno, Nahuel: *Método para la interpretación de la historia argentina*, 1975, edición digital de la Liga Internacional de los Trabajadores (LIT-CI).
- Moreno, Nahuel: *Un documento escandaloso*, 1973, edición digital de Marxists.org.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad: “Situación Nacional”, en: *VI Congreso del Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad*, 1971.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad: “Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales”, junio de 1969, en: *V Congreso del Partido de los Trabajadores Revolucionario-La Verdad*, 1970.

- Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad: *Periódico Interno*, 10/05/1969.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad: *Plan de estudio económico*, 29 de abril de 1969.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad: *Sin título* (documento sobre agro), 1970.
- Partido Socialista de los Trabajadores: “Informe nacional”, en: *IV Congreso del Partido Socialista de los Trabajadores*, diciembre de 1973.
- Partido Socialista de los Trabajadores: “Situación nacional”, en: *II Congreso Extraordinario del Partido Socialista de los Trabajadores*, julio de 1973.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Anteproyecto de manifiesto programático del Frente de los Trabajadores*, 1972.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Boletín Interno n° 107*, septiembre de 1974.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Boletín sobre Campaña Electoral*, 05/09/1973.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Carta de E.*, s/f, circa 1972.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Conflictos desde el mes de Enero hasta el Congreso*, 1974.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Hagamos una campaña socialista revolucionaria*, 11 de julio de 1973.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *I Congreso del Partido Socialista de los Trabajadores*, diciembre de 1972.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Informe de Misiones*, 1972.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Informe del Chaco*, 27 de agosto de 1973.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Partido Socialista de los Trabajadores ante las elecciones. Hagamos una campaña socialista revolucionaria*, 11 de enero de 1973.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Plataforma Electoral del Partido Socialista de los Trabajadores en la Provincia de Buenos Aires*, 1972.
- Partido Socialista de los Trabajadores: *Respuesta del Partido Socialista de los Trabajadores a un cuestionario sobre posiciones programáticas*, s/d, 1973.

Política Obrera

- Política Obrera: *Análisis del programa de SITRAC-SITRAM*, junio de 1971.
- Política Obrera: *Bases para un balance político organizativo*, 1975.

- Política Obrera: *Documento político de base*, 1975.
- Política Obrera: *Por qué el Partido Comunista vota una alternativa reaccionaria*, Ediciones Política Obrera, 1971.
- Política Obrera: *Resoluciones del Primer Congreso Nacional Fisher-Bufano de la organización Política Obrera*, enero-febrero de 1976.
- Tendencia Estudiantil por la Revolución Socialista: *1er Congreso Nacional. La juventud se organiza para luchar por el gobierno obrero y popular y el socialismo*, octubre de 1971.
- Lora, Guillermo: “Notas sobre el movimiento campesino del siglo XVIII”, en: *América India*, nº 1, enero de 1972, pp. 23-30.
- “La crítica de Milcíades Peña a Ramos”, en: *América India*, nº 1, enero de 1972.

El Obrero / Organización Comunista Poder Obrero

- El Obrero (fracción disidente): *Por qué votamos y llamamos a votar al Frente de los Trabajadores*, circa 1973.
- El Obrero, Poder Obrero, Movimiento de Izquierda Revolucionaria y Lucha Socialista: *Hacia la construcción del partido revolucionario*, 24 de junio de 1975.
- El Obrero: *Acerca del carácter de la revolución en nuestro país*, 1970.
- El Obrero: *Continuando una discusión con la Tendencia Comunista*, s/f.
- El Obrero: *El programa de Sitrac-Sitram. Aportes para la discusión*, junio de 1971.
- El Obrero: *Encuentro de la burguesía nacional con los reformistas argentinos*, marzo de 1971.
- El Obrero: *La actual situación política*, agosto de 1973.
- El Obrero: *Las enseñanzas de Malargüe y General Roca*, 1972.
- Organización Comunista Poder Obrero: *Informe político*, 1 de octubre de 1975

Varios

- Aguirre, Osvaldo, Julio Calderón, Raúl Montes e Ismael Viñas: “Hegemonía proletaria en la revolución”, en: *Cuadernos de polémica*, nº 1, noviembre de 1969.
- Broner, Julio y Daniel Larriqueta: *La revolución industrial argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969.

- CGT de los Argentinos: *Programa del Iro de mayo*, 1968.
- Confederación General del Trabajo: *Jornadas agrarias realizadas por la Confederación General del Trabajo de la República Argentina*, CGT, Buenos Aires, 1964.
- IX Congreso del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional: *Resolución sobre América Latina*, 1969, citado en: Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad: *Acerca de la discusión en el IX Congreso Mundial de la IV Internacional*, 1969.
- Movimiento Revolucionario Peronista: *Decálogo revolucionario*, 1964.
- Movimiento Revolucionario Peronista: *Declaración de principios*, 1964.
- Parera Dennis, Alfredo: “Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, nº 4, año I, diciembre de 1964, pp. 3-25.
- Peña, Milcíades, Gustavo Polit y Víctor Testa: “Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos)”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, nº 4, año I, diciembre de 1964, pp. 58-81.
- Peña, Milcíades, Gustavo Polit y Víctor Testa: “Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos) [segunda parte]”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, nº 5, año I, marzo de 1965, pp. 58-65.
- Peña, Milcíades, Gustavo Polit y Víctor Testa: “Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos) [tercera parte]”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, nº 6, año I, junio de 1965, pp. 24-35.
- Peña, Milcíades, Gustavo Polit y Víctor Testa: “Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos) [cuarta parte]”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, nº 8, año II, diciembre de 1965, pp. 33-51.
- Peña, Milcíades: *Historia del pueblo argentino*, Emecé, Buenos Aires, 2012.
- Polit, Gustavo: “Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina”, en: *Fichas de Investigación Económica y Social*, nº 1, año I, abril de 1964, pp. 60-80.
- *Programa de Huerta Grande*, 1962.
- *Programa de La Falda*, 1957.
- Viñas, Ismael: *Capitalismo, monopolios y dependencia*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.

- Viñas, Ismael: *Tierra y clase obrera*, Achával Solo, Buenos Aires, 1973.

b. Publicaciones periódicas

- *Avanzada Socialista*
- *Boletín mensual del FRIP*
- *Cuadernos de los Grupos de Estudios Revolucionarios*
- *Dimensión*
- *El Combatiente*
- *El Descamisado*
- *El Obrero* (órgano de El Obrero)
- *El Obrero* (órgano de El Obrero, Poder Obrero y Movimiento de Izquierda Revolucionaria)
- *El Peronista lucha por la liberación*
- *Estrella Roja*
- *Evita Montonera*
- *La causa peronista*
- *La Verdad*
- *No Transar*
- *Norte Obrero*
- *Norte Revolucionario*
- *Nuestra Palabra* (primera y segunda época)
- *Nueva Era*
- *Nueva Hora*
- *Nuevo Hombre* (primera y segunda época)
- *Palabra Obrera*
- *Política Obrera*

c. Otras fuentes

- Banco Central de la República Argentina: *Estadísticas agrícolas*, Volumen V, Buenos Aires, 1976.
- CARBAP: *Memorias*, 1956.
- CARBAP: *Memorias*, 1957.

- Consejo Agrario Nacional: *La tierra en la Argentina*, Buenos Aires, 1975.
- Cortés Conde, Roberto y Ezequiel Gallo: *La formación de la Argentina moderna*, Paidós, Buenos Aires, 1967.
- Cortés Conde, Roberto: “Problemas del Crecimiento Industrial” en: *Desarrollo Económico*, Vol. 3, N° 1-2, septiembre de 1963.
- Cortés Conde, Roberto: *El Progreso Argentino (1880-1914)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1979.
- Díaz Alejandro, Carlos: *Ensayos sobre histórica económica argentina*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.
- Entrevista a “José”, *archivo oral del CEICS*, realizada por Stella Grenat el 6 de diciembre de 2006.
- Entrevista a Eugenio Gastiazoro, *Archivo Oral del CEICS*, enero de 2009, realizada por Julieta Pacheco.
- Entrevista a Ismael Viñas, *Archivo Oral del CEICS*, noviembre de 2007, realizada por Julieta Pacheco.
- Ferrer, Aldo: *La economía argentina: Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1963.
- Frondizi, Arturo: *El problema agrario argentino*, Editorial Desarrollo, Buenos Aires, 1965.
- Frondizi, Arturo: *Mensajes presidenciales, 1958-1962*, Centro de Estudios Nacionales, Buenos Aires, 1982.
- Funes, Víctor Luis: “Tierra y reforma”, en: *Anales de la SRA*, mayo de 1969.
- Gallo, Ezequiel: *La Pampa gringa: la colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983.
- Horne, Bernardino: *Un ensayo social agrario*, Leviatán, Buenos Aires, 1957.
- Junta de Planificación Económica de la Provincia de Buenos Aires: “Distribución de la propiedad agraria en la provincia de Buenos Aires”, en: *Desarrollo Económico*, n° 1, separata Serie Estudios n° 2, La Plata, 1958.
- United State Bureau of the Census: *Statistical abstract of the United States: 1969*, Washington D.C., 1969.
- Zemborain, Saturnino: *La verdad sobre la propiedad de la tierra en la Argentina*, Instituto de Estudios Económicos de la SRA, Buenos Aires, 1968.

d. Archivos consultados

- Archivo digital del Sindicato de Trabajadores de Concord (SiTraC), en el Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales (CEICS).
- Archivo digital que acompaña a *La Historia del PRT-ERP por sus protagonistas*, de Daniel De Santis.
- Biblioteca Digital Nahuelmoreno.org.
- Biblioteca y Hemeroteca del Centro Estudios, Investigación y Publicaciones *León Trotsky*.
- Centro Cultural de la Cooperación “Floreal Gorini”.
- Centro Cultural Raíces.
- Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI).
- El Topo Blindado - Centro de documentación de las organizaciones político-militares.
- Fundación Pluma.
- Ruinas Digitales.